Obras completas
de
José Sánchez Rojas

Tomo I

Nueva edición de
Gerardo Nieto Arias y
Jesús María García García

Este primer tomo de las obras completas de José Sánchez Rojas recoge la parte más íntima y más literaria de cuanto escribió, que fue mucho. Se muestran en él artículos literarios en que pone su empeño en el estilo y el sentimiento. También se encuentran obritas de ficción, cuentos, relatos, costumbres, tradiciones y semblanzas históricas ligadas con su entorno o con sus visitas a distintos lugares de España. Busca Rojas –idealista y quijote– el sentimiento inherente al paisaje, a la historia, a las personas que habitaron sobre todo sus amadas tierras de Castilla. Y no puede por menos –aunque de menor tono literario y dedicación– que expresarse poéticamente coincidiendo con momentos de su vida un tanto atormentados.

Recoge también este tomo los artículos que dedicó a exponer sus ideas, sus opiniones y sus reflexiones sobre muy distintos asuntos; ideas, opiniones y reflexiones muy próximas a las de su maestro y amigo Miguel de Unamuno.

Es un tomo, este primero, para abrir boca, para ir conociendo la habilidad de su pluma, la riqueza de su vocabulario, lo acertado de su expresión, la belleza de sus descripciones y sensaciones. Preludio de lo que será su tema principal: Castilla, Salamanca, Alba de Tormes, Teresa de Jesús o Juan de la Cruz que vendrán en los siguientes tomos.

Obras completas
de
José Sánchez Rojas
Tomo I

Obras completas de José Sánchez Rojas

Tomo I

Nueva edición de Gerardo Nieto Arias
y Jesús María García García

Edición digital

Alba de Tormes (Salamanca), 2025
Publicación no venal

Diseño de la cubierta: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
Maquetación: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
© Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García.
Licencia CC BY-NC-SA 4.0. Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

José Sánchez Rojas en 1905

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 19

ARTÍCULOS LITERARIOS 29

Mes de mayo 31
Crónica ligera 31
Crónica ligera 32
Crónica ligera 33
Oración 33
Oficio de novia 34
Amores viejos 35
Amor provinciano 37
Sin entrar 37
Los conquistadores 38
La alegría interior 38
El cielo de Madrid 42
A la Virgen del Rosario 43
El Palacio Pepoli 44
De los pasados días 44
¡Este Madrid...! 45
El piano callejero 46
La bailarina fea 46
El cielo de Madrid 47
La razón 47
La tristeza ambiente 48
La bohemia 48
La noche del sábado 49
Aires de fronda 49
Divagación sentimental 50
Drama en el tranvía 51
En Recoletos 51
Los Isidros 53
En el Retiro 54
Doña Urraca 56
Tristeza 56
De paseo 57
Adiós, Madrid 57

Doña Ignacia 58
La romería del Carmen 59
El mar 60
Las verbenas 61
Coplas 61
Oración 62
Amor 63
Un encuentro 63
Diálogo 64
Velázquez 65
El Ticiano 65
Día de difuntos 66
Como siempre 67
Meditación 67
Filosofía callejera 68
Del archivo ajeno 69
Intermezzo 69
Soliloquio 70
Diálogo trivial 71
Una revista vieja 72
En voz baja 73
Los dos "yo" 74
Elogio del tiempo 75
Comentario espiritual 76
El Mediterráneo, la llanura 78
Rosa 79
San Isidro, labrador 80
De la vieja epopeya 80
El dolor del patriotismo 82
Sobre las cartas 83
Elogio de la coquetería 84
La solterona 85
"Alemania canto de invierno" 87
¿El año de la paz? 88
Crepúsculo de sangre 89
Tierras del Barco 90
Divagación en horas de plenitud 91
Canto de primavera 92
Mayo 93
Trozos de una carta 94
Divagaciones 95
Divagaciones sobre Beatriz 97
Don Juan no existe 98
Chirris 99
Brindis 100
Las conquistas del espíritu 101
Inquietudes 101
Noche del Carmen 103
Del amor y la amistad 104
Ofrenda al Apóstol 107
La colilla del cigarro 107
Al marchar... 108
Don Juan Tenorio y don Juan Asavero 109

En tono menor ... 110
¡Una moneda para el monumento a Bretón! ... 111
Rosa, si no te cogí… ... 112
Oración para 1925 ... 113
¡Si yo tuviera dinero! ... 114
La palabra ... 115
Ante una bandera ... 116
Añoranzas ... 117
… ¡Y al aire!... ... 118
Plegaria a la Dolorosa de la Vera-Cruz ... 119
Saetas en Castilla ... 119
Diálogo sobre el amor ... 121
Pereza ... 122
Falta de temas ... 123
Mi primera lección ... 123
La risa y la sonrisa ... 124
Don Juan, en Novelty ... 125
Hormigas y cigarras ... 127
El placer de crear ... 128
Nochebuena ... 130
En Año Nuevo ... 131
El amor en Kutz ... 131
Lucero de la mañana ... 132
Mi plegaria civil ... 133
¡Salamanca, Salamanca…! ... 134
La gloria ... 134
Leña, vinos, mujeres ... 135
Diálogo sobre la lotería ... 136
Balance del año 1926 ... 137
Don Juan en 1927 ... 138
La estrella eterna ... 139
Serenidad ... 140
Llueve, llueve… ... 141
Monólogo de Don Juan ... 142
Diálogo de carnaval ... 144
Bajo el signo de los almendros en flor ... 144
La voz de las campanas ... 145
La plaza del lugar ... 146
Elogio del libro ... 147
Paz en la quintana ... 147
Madrigal en prosa ... 148
Comentario de Navidad y de Reyes ... 149
Año nuevo, vida nueva ... 150
Los hijos ... 151

RELATOS DE FICCIÓN ... 153

Cosas de mi amigo ... 155
El ciego Sabino ... 156
El brindis de Antonio ... 157
Sol entre nubes ... 159
Dos historias de amor ... 161
Hablando con don Juan ... 163
Cuento infantil ... 164

Amor prudente no es amor 165
La ciega 167
La forastera 169
El loco 170
El solitario 172
Hablando con mi Reina 173
Tres cartas 176
Hablando con el Greco 177
La última novia 179
Conspirando con Padilla 181
Sor Rosa de Santa Teresa 184
Hablando con don Juan 189
La casa de orates 190
Para una mujer bella y vanidosa 193
Noche de ánimas 194
Fray Simple 195

RELATOS Y SEMBLANZAS HISTÓRICOS 197
Francisco de Asís 199
Miguel de Cervantes dice 200
¿Abyecto o deseado? 202
María Luisa en Aranjuez 202
Los Saboyas 203
La carta de Torrijos 205
Las damas de Isabel 206
Sobre Martín Díez "El Empecinado" 206
Tanto monta, monta tanto 207
Un doceañista de Huesca 208
Apuntes de un proceso 209
La duquesa maja 211
Colón en el Archivo de Indias 212
San Francisco de Asís 213
El Padre Vitoria 215
La leyenda de Colón 216
Isabelita, Infanta de Castilla 218
Gonzalito Fernández de Córdoba 219
San Jorge patrono de Cataluña 221
Ateneo-Club 221
Símbolo del "Señor" Santiago 223
Mañara y su "Discurso de la Verdad" 224
Eugenia de Guzmán 225
Rodrigo Díaz de Vivar 226
Constituyentes: 1869 – 1931 227
Sesenta y dos años después 229
Pepe Botellas y su Constitución 230
La República en el Congreso 231
San Francisco de Asís 233
Las Cortes de Cádiz 234
San Juan de la Cruz 236
San Ignacio de Loyola 237
Barcelona, 1837 238
Paréntesis en Salamanca 240
San Francisco de Borja 241

El Secretario ... 243
23 abril 1616. La muerte de Cervantes ... 244
Dos fechas decisivas ... 245

GLOSAS CERVANTINAS ... 249

En busca de Dulcinea (I) ... 251
Maritornes ... 253
En busca de Dulcinea (II) ... 253
La novia de Cervantes ... 255
El romance de don Luis ... 257
Las noches de la venta ... 259
Isabelita y Cervantes ... 260
¿Existió Dulcinea? ... 261

COSTUMBRES Y TRADICIONES ... 263

Erostratismo ... 265
¡Esos muchachos...! ... 265
Las heroínas ... 267
El Carnaval ... 267
Nuestra barbarie ... 268
La tolerancia ... 269
La "comedia" ... 270
Las conclusiones del doctor Zimmermann ... 270
Sorteo de mozos ... 272
Una estadística ... 273
Corazón herido ... 273
Jueves Santo ... 274
Cantares ... 276
Meditaciones en una boda ... 277
Después de un día de lluvia ... 278
Homenaje campestre ... 279
El encanto de la feria ... 280
Día de feria ... 280
Las fiestas de otoño ... 281
Navidad ... 282
Hace veinte años ... 283
La Jota ... 284
El Viernes Santo en Huesca ... 284
Viernes Santo, en Huesca ... 285
Carnestolendas ... 286
La romería del Rocío ... 287
En la villa del oso ... 288
Desde el tren ... 289
Almas regionales ... 290
Más sobre almas regionales ... 291
Todavía las "almas regionales" ... 292
El final de una charla ... 295
Nuestros muertos ... 296
Más viejo que joven ... 296
Diálogo de la lotería ... 298
Diálogo de Nochebuena ... 299
Diálogo de Año Nuevo ... 300
Diálogo de Año Nuevo ... 301

Esta noche pasan los Reyes Magos 302
Días cuaresmales..... 303
En Castilla 303
Las primeras ferias..... 305
Sardana en Barcelona 305
Canciones zamoranas..... 306
Elogio de la sardana 307
Por ser la Virgen de la Paloma 308
Pan y pelota 309
Elogio de la lotería 310

PERSONAL..... 313
Un aniversario 315
Punto final 316
El fin de una polémica 316
Dialogando 317
Divagaciones I..... 318
Divagaciones II 319
Ciudad Rodrigo 321
Dulce vida 322
Autocrítica 323
"La Ciudad" 323
Descanse en paz..... 324
Los anónimos 325
Epitafio..... 326
La verdad verdadera y la verdad legal 327
Sobre un incidente..... 328
¡Dulce Jesús bueno! 329
La tertulia del Suizo 331
Con el pie en el estribo 332
Viernes Santo..... 333
Para mis nuevos lectores 335
Páginas autobiográficas..... 336
Cuatro años…..... 338
Confidencias..... 339
En el campo..... 339
Carta abierta a Don… 340
Para alusiones 342
Para concluir 342
Glosa risueña a una nota oficiosa 343
El cargo de cronista..... 344
Segunda glosa risueña a la segunda nota oficiosa 345
Presentación de la tuna por Sánchez Rojas 346
Por qué soy cronista de tunos..... 347
Los primeros amigos 348
Glosas en torno a Croce..... 349
Hacia Huesca..... 350
Un oscense más 351
Todos, estudiantes..... 351
En Zaragoza 352
¡Huesca, Madrid…! 352
Éibar y la libertad 353
"Sol entre nieblas"..... 355

¡Caminico de Huesca! ... 364
De un concurso literario ... 364
Cercedilla ... 365
Ciudad de plata ... 366
El Nacimiento ... 367
La fiesta ... 369
Caminito del cielo ... 371
Del collar de mis recuerdos ... 372
Cantares de niñez ... 374
Aterrizaje en Daroca ... 375
Anónimos ... 376
De la escuela ... 377
Del paisaje ... 378

OPINIONES Y REFLEXIONES ... 381
A propósito de Galán ... 383
La fiesta del Trabajo ... 383
El miedo a los motajos ... 384
Honremos al poeta ... 385
La mujer de Galán ... 385
El pueblo y los poetas ... 387
Quijotismo nuevo ... 387
«Nuestras cosas» ... 390
Jóvenes tristes ... 391
Más sobre la sinceridad ... 392
Fiebre difamatoria ... 393
Los críticos ... 394
Sobre una conferencia ... 395
De cómo se conoce a España ... 396
¿Maurista yo? ... 397
El erotismo en la novela ... 398
El derecho, la fuerza, los obreros ... 399
El espíritu ciudadano ... 400
La manía razonadora ... 401
Lo de siempre ... 402
El fanatismo ... 403
Brevemente ... 403
¿"Azorín", en la Academia? ... 404
El retablo de Maese Pedro ... 405
Sinceramente… ... 405
Más del caso Maragall ... 406
La guerra ... 408
Una sola disciplina ... 409
Divagaciones ... 409
Las flaquezas humanas ... 411
En "El Gato Negro" ... 412
En torno a la guerra. ¿Qué hace España? ... 413
Reflexiones sobre el heroísmo ... 417
Castellanismo y germanofilia ... 417
Año nuevo ... 419
La Fiesta del Trabajo ... 420
Amor y celos ... 421
¿Y las Academias? ... 422

La significación del año 1924 423
Dos preguntas 424
Mi correligionario 425
Divagación sobre el público 426
Tunos y tunas 427
Todavía más sobre Croce 428
Patriotismo 429
Aragonés fino 430
La Fiesta del Trabajo 430
Un brindis 431
La decadencia de D. Ramiro 432
Goya y fray Luis 433
Pucherazos 434
Crisis de inteligencia 435
A las puertas de la Academia 436
Los políticos y el momento actual 437
En memoria de un gran pintor 437

CARTAS PERIODÍSTICAS 439
Los sucesos de Salamanca 441
La peor obra de Dios 442
Carta abierta 443
Una carta 444
Una carta abierta 445
El banquete de esta noche 445
Carta abierta 446
Carta abierta 446
Carta abierta 447
Nueva carta abierta 448
Un error judicial 448
El banquete a Rojas 449
El indulto de los hermanos Reyes 449
El Ayuntamiento de Salamanca 450
El Ayuntamiento de Salamanca 450
Un centro antiflamenquista en Salamanca 451
Omisión subsanada 451
Al margen de "La Celestina" 451
Carta abierta a «El Timbalero» 453
Los daños de la tormenta 454
Carta abierta al Excmo. Sr. Ministro de Estado 454
Los niños de Francia 455
Un caso de Concejo abierto 456
La "colonia" de Murias 457
La huella de Dorado Montero 458
Disparatario 459
Un nuevo libro de Sánchez Rojas 459
Carta abierta 460
Del banquete de Asorey 461
Una carta abierta 461
Una carta dirigida a Unamuno por sus amigos íntimos 462
Una idea 463
Una carta 463
Leyendo el estatuto provincial 464

Sobre el turismo ... 465
Carta abierta a Pepe Valenzuela, catedrático, ex diputado a Cortes ... 465
Una carta del escritor don José Sánchez Rojas, desterrado en Huesca ... 466
Política femenina ... 466
Los soldados romanos ... 467
El homenaje a Maldonado y una carta de Sánchez Rojas ... 467
Rectificando ... 468
Carta abierta ... 469
Una carta de Josep Sánchez Rojas ... 470
Una carta del señor Sánchez Rojas ... 470
El banquete a Sánchez Rojas ... 470

POESÍA ... 473
Zamora ... 475
Nieve ... 475
A Teresa de Jesús ... 476
Alba de Tormes ... 476
Ávila de los caballeros ... 477
El patio de Escuelas ... 477
Oviedo ... 478
A las torres de Monterrey ... 478
Tus dos hijos ... 478
Campanas ... 479
Al Cristo de la Vega ... 479
Paisaje ... 480
Tu retrato ... 480
Y soy un luchador ... 481
Un soneto a falta de otra cosa ... 481
Salamanca ... 482
Burgos ... 482
Toledo ... 483
¡Así eres tú!... ... 483
Saetas del viernes Santo ... 484
Jotas de Ronda ... 484
Nuevas joticas de ronda ... 485
Joticas melancólicas ... 486
A mi pueblo ... 487

CANCIONES ... 489
A Tomás Bretón ... 491

ORACIONES ... 493
1901 ... 495
1905 ... 495
Mayo 1914 ... 495
Junio 1914 ... 495
Agosto 1915 ... 495

INTRODUCCIÓN

A José Sánchez Rojas se le debe, sin duda, un homenaje, un reconocimiento. No basta con que los albenses vengamos e intentemos reivindicarle como uno de los pocos literatos nacidos en nuestra tierra, sino por sus propios méritos. Y eso pretendemos con estas obras completas.

La idea nos surgió hace tres años y el trabajo ha sido arduo sin duda. Se trataba de buscar sus artículos en más de un centenar de periódicos y pasar a texto digital cuantos escritos dejó durante su corta vida, que sobrepasan los dos mil quinientos. No obstante, mucho del laborioso trabajo estaba ya realizado. Gerardo Nieto desde años atrás venía recopilando en su blog *Entre el Tormes y Butarque* artículos y obras de nuestro autor que encontraba en su incansable y pertinaz búsqueda. Pocos le faltaban cuando emprendimos la tarea de transcribirlos, labor que también tenía él bastante avanzada. Un trabajo lento y callado que ha sido una excelente base para continuarlo y concluirlo. Vinieron después las correcciones, las notas, la inclusión del epistolario, referido en su mayoría a la correspondencia con Miguel de Unamuno, su maestro.

No son estas obras completas el primer acercamiento a la labor del escritor albense. Parte de la obra de Sánchez Rojas es ya conocida por antologías y reediciones. Así la que publicó Julián Moreiro *El encanto de la Vega y otros artículos*[1] que fue un complemento esencial a la biografía que escribió años antes[2]. Gerardo Nieto Arias contribuyó en la Biblioteca de Temas Albenses con *Sol entre Nieblas*[3],una antología monográfica que recogía un buen número de artículos dedicados a Alba de Tormes. Y también en varias celebraciones cervantinas se dieron a la imprenta diversas reediciones parciales o completas de *Las Mujeres de Cervantes*[4].

José Jorge Sánchez Domingo nació en Alba de Tormes (Salamanca) el 19 de abril de 1885 y desde muy temprana edad tomó como apellidos los de su padre Andrés Sánchez Rojas y prescindió –salvo contadas ocasiones– de su segundo nombre con lo que vino a conocérsele como José Sánchez Rojas, *Rojitas* para los amigos, por su carácter bonachón, infantil y algo alocado. Tras los estudios primarios en la escuela de Alba, marchó a Ciudad Rodrigo, interno en el colegio San Cayetano donde cursó el bachillerato. Justo cuando don Miguel de Unamuno tomó posesión de su cargo de rector (1900), comenzó sus estudios de Derecho en la Universidad de Salamanca. Hombre inquieto, comienza a frecuentar la Academia de Santo Tomás de Aquino, fundada por los dominicos, donde expuso sus primeros trabajos y escribió los primeros artículos. Pero pronto abandonó esta Academia no con buenos modales, ni recuerdos. Sus ideas habían cambiado en contacto con sus dos pilares universitarios: Pedro Dorado Montero y Miguel de Unamuno, de quienes aprendió, más que de sus conocimientos, de su faceta humana y liberal. Tras el doctorado, realizado en Madrid, Unamuno le aconseja que complete sus estudios en el extranjero, cosa que hace en Bolonia (Italia) con harto aprovechamiento personal para él y para su maestro don Miguel, ya que éste le puso en contacto con escritores italianos y Rojas en justa compensación a Unamuno con el mundo literario de Italia.

[1] *El encanto de la Vega y otros artículos,* José Sánchez Rojas. Ediciones Diputación de Salamanca, 1986.
[2] Julián Moreiro, *Crónica de un cronista.* Salamanca, Centro de estudios salmantinos, 1985.
[3] *Sol entre nieblas*, Alba de Tormes(Salamanca). Biblioteca de Temas Albenses, 2016.
[4] *Las mujeres de Cervantes en Don Quijote de la Mancha.* Madrid, Gremio Madrileño de Comerciantes de Libros Usados, 2004. *Las mujeres de Cervantes en Don Quijote de la Mancha.* Madrid, Guillermo Blázquez Editor, 2005. *Las mujeres de Cervantes* (Facsímil). Sevilla, Extramuros Edición, 2010. *Las mujeres de Cervantes* (Facsímil) Barcelona, 2016.

A su vuelta a España comenzó a escribir en periódicos que pronto descubrieron su talento, pero nunca quiso ni consiguió entrar en redacción alguna como empleado a sueldo. Más que buscar –dada su abulia–, esperaba que alguien le concediese algún puesto remunerado. A punto estuvo de conseguir ser cronista de Salamanca, plaza que le arrebató el dominico P. Getino, y durante algunos veranos dio clase de italiano en la Universidad de Salamanca. El resto de su vida fueron artículos de circunstancia, crónicas, retratos de personajes, reportajes de viajes,… Y libros, pocos y en su mayor parte, fueron recopilaciones de sus artículos. Todo ello le daba para vivir con altibajos, unas veces con cierta comodidad y otras con estrecheces. La muerte de su padre en 1914 le obligó sentimentalmente a ocupar su puesto de abogado en la villa que le vio nacer, pero su espíritu inquieto le devolvió a Madrid, a su vida periodística. Fueron estos momentos convulsos para él personalmente ante tan sentida pérdida, pero también en España que, si bien no entró en la Primera Gran Guerra, se dividió en germanófilos y aliadófilos. Sánchez Rojas se inclinó por estos últimos y, efectivamente, dotó a la prensa de crónicas insuperables.

En momentos de desahogo económico, soñó con la perspectiva de contraer matrimonio, incluso compró una casa en la Ciudad de la Prensa de Madrid para que su sueño fuera el deseado. La venida de la dictadura de Primo de Rivera truncó sus buenas perspectivas, cuando la defensa de su maestro y amigo Unamuno, le llevó al destierro en Huesca. Le hundió profesional y económicamente. Pocos periódicos –temerosos de sus salidas de tono– le publicaban sus artículos.

Renació de nuevo con la caída de la dictadura y la llegada de la República que le encumbró como cronista político y como tal conoció un breve periodo de gloria que su muerte le privó de disfrutarla.

Retrato de Rojas

Hay ocasiones en que personas de importancia social o literaria se ven encasilladas en un papel que las circunstancias, de modo real o ficticio, les adjudican ocultando los demás valores, aunque estos sobresalgan muy por encima de cualquier otro retrato que se pretenda hacer del personaje. Es este el caso de José Sánchez Rojas, cuya bohemia es citada en todo lo que sobre él se ha escrito, destacando mínimamente el entusiasmo que su pluma despertó en su tiempo. "Sánchez Rojas –diría Antonio Machado– es, sin duda el mejor cronista contemporáneo. Escribe maravillosamente." Luis de Zulueta, político y periodista, dio a entender su importancia como periodista, porque estaba "dando días de gloria a la prensa española". "Qué maravilla de prosa la que escribía aquella pluma", exclamó Fernando Íscar Peyra a título póstumo. "¡Es toda una criatura Rojitas! –diría cariñosamente de él Francisco Cambó– Puede ser todo y no quiere ser nada. No se preocupa de sí mismo jamás. Con su café, sus cigarros y sus cuartillas es el hombre más feliz de la tierra." Y de este desinterés por sí mismo, de este descuido incluso en lo físico, se le encasilló en la bohemia. Pero Sánchez Rojas cayó en ella de manos de sus enemigos literarios que se cebaron con él y dibujaron con sus exageraciones un perfil que no le correspondía y que ocultó todos sus logros periodísticos.

No se puede negar que Rojas sufrió a lo largo de su vida depresiones que le provocaron una abulia enfermiza. Es muy probable que estos momentos le arrastraran indefectiblemente a la dejadez física, a la suciedad incluso que le achacó más de uno. Es esta la imagen que ha sobrevivido de él, la que con más agrado se ha aceptado. Sin embargo, suena un poco a falsa, a persona tal vez atildada que exige el mismo patrón a sus contertulios o a persona que envidiando su fama y su virtuosismo con la pluma, quisiera desprestigiarle con infundios tomados de momentos bajos del escritor, actitud esta muy española. Ese aspecto descuidado hasta tal extremo no cuadra con las múltiples amistades femeninas que hubieran hecho ascos de tal personaje descrito; no cuadra con la proximidad a políticos e intelectuales de renombre, no cuadra en fin con la multitud de amistades que cosechó.

Su vida bohemia y nocherniega con el pintor Julio Romero de Torres, con el torero Ignacio Sánchez Mejías, con el político Indalecio Prieto, con mujeres de la farándula, le haría también en ciertos momentos aparecer ante los bienquistos como hombre algo descuidado al amanecer. Incluso aquellos a los que fustigó inmisericorde con su pluma, le contestaron con infundios y exageraciones. El éxito que alcanzaron sus artículos –sobre todo sus crónicas– le llevaron a ser el candidato perfecto para dar cuenta de los acontecimientos parlamentarios de la Segunda República.

Porque José Sánchez Rojas fue un escritor de éxito en España durante su corta y dispersa vida. Su muerte vino a sorprenderle en el Hotel Terminus de la ciudad charra el último día del año,

una parada obligada para visitar a los amigos, cuando viajaba a Ciudad Rodrigo, donde se había comprometido a leer una conferencia. Los periódicos se disputaron su firma, sus artículos aparecían generalmente en primera página, sus ideas eran respetadas, sus informaciones y juicios de valor sobre los acontecimientos que le tocó vivir, admirados por su profundidad de análisis. No, no fue uno más en la barahúnda de periodistas que dio el primer tercio del siglo XX.

Cambó sin embargo tenía razón, pudo ser más, llegar a más, pero quería ser un hombre libre, no sometido a las exigencias de los directores de periódicos, ni a sus propietarios, escribir sobre lo que le apeteciera. No fue nunca ambicioso. Pero también diremos que su carácter y sus enfermedades le hicieron un hombre despreocupado, caprichoso, poco formal en sus compromisos en todos los ámbitos. Más de una vez le exigieron los editores la conclusión de su obra que él dilataba por falta de entusiasmo o de tiempo, ocupado en otros asuntos más sensibles para él. Aunque ambicionada un casa, una mujer, unos hijos, es decir, un hogar apacible, no fue capaz de crearlo por atender a otros intereses, ideológicos o sentimentales.

Su amor, su gran amor era su pluma, la expresión de sus sentimientos –más que sus ideas– a través de su pluma. Escribía con denuedo y en cualquier lugar, en los bares, en el Ateneo, en su habitación, en el tren, en el Retiro...

El oficio de escritor

Sánchez Rojas estuvo convencido de que "se nace escritor como se nace linfático o sanguíneo. Una Escuela literaria no fabrica humanistas del mismo modo que un Instituto de Belleza no fabrica mujeres guapas." Y conforme a esta idea actúa, Y afirma solemnemente: "No puedo ser más que escritor". Ha nacido escritor, es lo que mejor hace y lo ejerce. Y podemos decir que nació cronista, periodista, autor de ideas sueltas, con una ideal periodístico ya pasado de moda, el periodismo-sacerdocio, o mejor aún el periodismo-didáctico. "El periodista –dirá– es un educador y un maestro de muchedumbres". Si bien un educador especial, el educador que aprendió en Miguel de Unamuno y Dorado Montero, un sembrador de ideas. Para Rojas "el oficio del hombre que tiene la desgracia de escribir en los papeles, es uno: la del sembrador, atento solamente a arrojar la semilla en toda suerte de tierras estériles o fecundas." Lanza la simiente con el fin de que fructifique, a sabiendas de que no todas las simientes lo harán. Humildemente reconocerá sus límites: "no trato nunca de convencer a nadie, acaso porque yo no estoy convencido de nada" sin importarle entrar en contradicción, porque el ser humano es cambiante, no se contradice nunca porque los estados de su ánimo no son siempre los mismos, porque las palabras cambian de significado y de valor en el mismo autor en épocas distintas.

> Ni aun la contradicción –¡perdón, señor Alcayde!– me asusta demasiado. En mi continuo movimiento, en mis lecturas cada vez más frecuentes y copiosas, voy y vengo por las ideas, estudiándoles las caras que presentan según la distancia y según la perspectiva. No me importa creer mañana lo que hoy no creo, ni rechazar mañana ideas que ahora comparto y propugno con el mayor placer. El pensamiento para mí no es una función abstracta, sino algo concreto y vivo que refleja una idea o una emoción, sinceramente sentidas.[5]

Efectivamente para él el sentimiento, la emoción, el ideal están por encima del intelecto. Quiere transmitir emociones porque la emoción es sinceridad, sencillez. El escritor abre su alma a su público lector, no como "alcahuete, sino como confesor".

Y es así como traza su vida si le añadimos unas gotas de anarquismo literario, es decir, libertad para decir sin freno. De aquí se desprenderán dos aspectos negativos de su vida. Su sinceridad no siempre será entendida y le llevará por amargos derroteros y enemistades, extensibles incluso contra su familia más próxima. Su independencia le granjeará una desconfianza de sus editores, directores periodísticos o propietarios de periódicos, que le publican sus artículos, pero son incapaces de sujetarle a un contrato, ni marcarle unas pautas de conducta.

Unamuno, algo más que un maestro

Para llevar a cabo ese periodismo-magisterio se sirvió de sus dos más queridos maestros. Dorado Montero le enseñó a pensar por sí mismo, a huir del *magister dixit*; aprendió a equivocarse y rectificar sin importarle la contradicción. De Unamuno aprendió la lucha por el ideal, encar-

[5] "Todavía las 'almas regionales'", *El Adelanto*, 18 de Octubre de 1929 (O.C. Tomo I, página 292).

nado en don Quijote, ideal por el que luchar y que, a su entender, sería la redención de España. Lo contrario será el odioso sanchopancismo. Maestro y discípulo bebieron la idea –contradictoriamente, porque detestaban la inteligencia alemana– de Heine. Don Miguel la explicó en clase y en sus artículos y libros; sus alumnos, incluido Rojas, partieron de la Universidad de Salamanca como apóstoles de su maestro en el más literal de los sentidos. No sólo predicaron sus ideas, también ayudaron a difundirlas. Don Miguel se vanagloria de sus apóstoles a los que quiere dominar y dirigir en todo momento. Salamanca para él ha sido su esposa espiritual, "donde le han nacido, a la vez que los hijos de la carne, los hijos del espíritu que el glorioso pensador tiene hoy diseminados por toda España."

En el epistolario final veremos cómo estos alumnos-apóstoles dedican sus esfuerzos a propagar en la prensa cada creación del maestro: su poesía, su teatro, sus ensayos,… Incluso, como dejo dicho, sus relaciones con otros escritores, sobre todo italianos, en un afán de crear una cultura mediterránea contra la francesa y germana.

Llega hasta tal punto esta difusión de Unamuno por parte de Rojas que en 1913 un periódico catalán dirá francamente de él que es "el consol de l'Unamuno a Barcelona." Efectivamente es cónsul de don Miguel en tierras catalanas, lo fue en Italia también, y en cualquier lugar donde pusiese sus pies o su pluma , cosa que no siempre agrada a su maestro a quien le gusta llevar sus asuntos personalmente.

No obstante, las relaciones con su maestro fueron desiguales. Una vez en Madrid, Rojas cree llegado el momento de volar solo y protesta del sometimiento a que los obliga su maestro, de su obsesivo afán de posesión.

> Usted, querido maestro, quiere que seamos todos o como aparecemos por falta de habilidad o como a usted se le antoja, un poco gratuitamente, que seamos. Y yo soy yo. Y usted, usted. Es el primer grito hondo, salido de las entrañas, del Ingenioso Hidalgo, su señor y amigo.[6]

Tras venir de un "lamentabilísimo año en el extranjero" , don Miguel contribuye a expandir la idea de que Rojas trae consigo una enfermedad venérea. Rojas protesta ante tal infamia y se queja amargamente: "Unamuno, con sus ligerezas y su frío corazón, me hizo padecer. Perdió entonces mi cariño, no mi admiración." Sus relaciones se enfrían, incluso llegan al enfrentamiento cuando el rector en una conferencia desprestigia como poeta y político a Julián Sánchez Ruano, tío de Sánchez Rojas lo que obliga al sobrino a reivindicarle en un folleto, *Elogio de Julián Sánchez Ruano*.

El destierro del ex rector a Fuerteventura por la dictadura primoriveriana, une no obstante de nuevo a todos los ex alumnos-apóstoles e invaden la prensa de protestas mostrándole su cariño y reivindicando su vuelta. Él mismo aprovecha cualquier ocasión para mencionarle casi siempre como "el ausente" y tras unas palabras ante los obreros de Eibar a favor de su maestro, le "cupo la gloria de sufrir un confinamiento invernal en Huesca", según sus palabras.

El lector atento encontrará en sus escritos esta dicotomía de odio y amor a su maestro, e incluso en casos, un seguidismo de las ideas de éste. A pesar de la frialdad, de los exabruptos que vertió su maestro contra él y viceversa, Sánchez Rojas admiró y quiso siempre a don Miguel.

Por donde le llevó su pluma

A través de esa óptica de libertad, de rebeldía, tocó todos los palos. Se dejó llevar del momento, de la inspiración, del lugar donde se encontrara. Siempre con una libreta en el bolsillo, anotaba las emociones que le causaban las ciudades, los monumentos, los personajes, para decir de ellos lo que sentía sin importarle si molestaba a alguien o se ofendía o se jactaba por lo dicho.

Hemos, no obstante de reconocer, que su tema favorito fue Castilla. Numerosos fueron sus artículos sobre ella, pero de una Castilla extensa, mesetaria, que incluía León y las dos Castillas, aunque de una forma especial. A veces, contradictoria. Distinguía aún a los leoneses de los castellanos. Salamanca, dirá, es León, no Castilla. Para él los hombres que poblaban una zona, una región, tenían la misma psicología, los mismos medios económicos, los mismos problemas sociales, la misma cultura y también la misma decadencia desde la pérdida definitiva de las colonias como fue el caso de esa Castilla.

A pesar de hablar de Castilla, sus artículos rondan casi siempre lo más próximo a él: Salamanca, Alba de Tormes, y sus pueblos azotados por los terratenientes, o peor aún, por el administra-

[6] Carta de Sánchez Rojas a Unamuno. Madrid, 11 de abril de 1907 (O.C. Tomo VI, página 377).

dor de sus propiedades a quien deja plenos poderes. Pero también es el paisaje. Sus artículos paisajísticos y descriptivos remedan en parte –a veces superándolos– a los de quien considera su maestro y amigo, *Azorín*, aunque poco a poco vaya adquiriendo un lenguaje propio, diferente al del maestro.

Busca también, como muchos otros autores, las señas de identidad de estos pueblos, lo que llama psicología. Otras, le sirven de reivindicación a favor de los jornaleros y pequeños propietarios. Otras, simplemente, el valor artístico por excelencia para él, el sentimiento que le causan. Para Sánchez Rojas, como dejamos dicho, vale más una emoción que una idea. Ha aprendido de su maestro Unamuno que el estudio está a medio camino entre las aulas y la reja donde corteja a su dama y su dama es su pluma. Y coincide también en la búsqueda del ideal, postura de la que será patrón don Quijote de la Mancha. Y Dulcinea, símbolo del amor ideal, que extrapolará a todas las mujeres. Para él la reja estará siempre más cercana a sus sentimientos que el estudio y de ella surgirá su libro de más éxito *Tratado de la perfecta novia*, que hoy nos sonroja su lectura, aunque no en su tiempo.

Temas de más calado, abordados por él, son las crónicas, sobre todo políticas, de España e Italia, donde residió un año perfeccionando sus estudios universitarios en 1908 y que no olvidará en toda su vida.

Destacaron también sus retratos de personas, ficticios unos, reales otros. Así aparecen entre sus artículos, políticos del momento, descarnadamente, sin filtro la mayoría de las veces, lo que le valió en ocasiones serios disgustos. Publicó retratos de mujeres reales que quiso coleccionar en un libro que no vio la luz. Las mujeres de ficción sí vieron la luz en letra impresa en *Las Mujeres de Cervantes*, editado a todo lujo y con fantásticas ilustraciones.

Sus libros, dejamos dicho más arriba, son una recopilación de artículos publicados ya en prensa. No quiso, no tuvo tiempo o no fue capaz de escribir libros de estudio que necesitaran una investigación prolongada. A lo más que llegó fue a folletos como *Elogio de Gabriel y Galán*, *Julián Sánchez Ruano* o *Castilla y Cataluña*, escritos antes como conferencias.

Pasaremos por alto su novelita *Mercedes* por insustancial incluso en su tiempo. Aunque no podemos por menos de citar sus memorias, *Sol entre nieblas* (o *Sol entre Nubes*) que si bien terminó en 1919, no vieron la luz más que unos cuantos capítulos repartidos en varios periódicos.

Fueron no obstante varios los libros que intentó publicar, pero que no consiguió por distintas circunstancias: *La alegría interior* (1907), *Recuerdos de Italia* (1909), *La ley y la autoridad en los místicos castellanos* (1909), *Renacimiento* (1915), *El Dolor de Castilla* (1919), *Cataluña* (1921), *Misticismo y picardía* (1921), *Sol entre nieblas* (1919) autobiografía novelada, *San Francisco de Asís* (1919), *Guía de Salamanca* (1924) ilustrada por Ricardo Marín, *Las ciudades de Santa Teresa* (1925), *Al margen del romancero* (1925), *Sevilla* (1929) y algunos otros que no pasaron de proyectos, pero que se anunciaron en los periódicos como de pronta aparición si no en prensa. Como quiera que todos ellos eran recopilaciones de artículos ya publicados en diversos periódicos, podemos leer parte en estas obras completas, diseminados aquí y allá.

Artículos duplicados

Sánchez Rojas vivió de su pluma y tuvo momentos de esplendor y de miseria, momentos de prestigio y de olvido, pero nunca cambió su modo de vida ni su modo de escribir. Llevaba siempre en sus bolsillos unas cuartillas y un lápiz y en cualquier momento y lugar despachaba con ligereza un artículo para cualquier periódico. La variedad de sus temas surgía de la vida cotidiana, de sus viajes, de los periódicos leídos en bares o en los ateneos, de lecturas, de teatros a los que asistía… Y siempre en un momento de inspiración apenas meditada.

Recurrió a veces a revisar sus artículos y reenviarlos como nuevos pasado el tiempo, aunque no fue lo habitual. Para ello llevaba una libreta donde anotaba sus publicaciones con indicación de periódico y fecha. Echaba mano de ella cuando lo necesitaba y asistía al periódico o a una hemeroteca para recomponerlo y reenviarlo.

Esta práctica era inusual y podemos distinguirla de otras por la distancia en el tiempo. Es decir, cuando la reimpresión es simultánea o con unos días de diferencia, las causas son otras. En este último caso, se debía a que con frecuencia los mismos periódicos copiaban los artículos de otros con o sin permiso del autor. Las publicaciones de la época están llenas de quejas de escritores que ven reproducidos sus artículos sin permiso, incluso sin firma. También se daba el caso de las grandes empresas con varios periódicos en toda España a los que enviaban el mismo artículo. Se contaba además con agencias periodísticas de noticias que a la par de estas distri-

buían artículos a varios periódicos. Es decir, que salvo en raras ocasiones, el que un artículo apareciera en diversos periódicos era habitual, aunque ajeno a artimaña alguna.

El lector encontrará al final de cada artículo que recopilamos la lista de periódicos y fechas en que se publicó, destacando en negrita aquel del que hemos tomado el reproducido. En notas al pie de página indicamos los distintos títulos que dio a los artículos en cada periódico si es que existió esta diferencia. Obviamente, los repetidos no se publican en estas Obras Completas, aunque en ocasiones existen ligeras variaciones y por regla general tomamos el de fecha más próxima a nuestros días, en la suposición de que sea la más acertada por el autor.

El estilo de Sánchez Rojas.

Si bien su temática resultó interesante a sus lectores, su estilo no le fue a la zaga si es que no la superó.

Para Sánchez Rojas el estilo literario es la espontaneidad, el pensamiento sin filtro, las palabras tal cual vienen a la mente. Porque Rojas entiende que el buen escritor nace, no se hace y por tanto hay que dejarle expresar libremente.

> La espontaneidad: he aquí el encanto del estilo. Los cánones literarios, las *reglas*, son siempre adornos postizos, innecesarios y molestos. La gramática no nos enseña a escribir mejor como la psicología no nos enseña tampoco a digerir mejor.[7]

Por eso considera el género epistolar el estilo más puro, cuando es realmente epistolar, dirigido a una persona concreta, íntimamente.

Esa espontaneidad le lleva a veces a divagar sobre el momento vital, a asociar conceptos obligados por el momento histórico. Así, durante la guerra del 14, Primera Guerra Mundial, declarado aliadófilo hasta los tuétanos, aborrece la ciencia, la escritura sin alma de los germanos en defensa de la latina o mediterránea (en la que mete a Inglaterra por estar entre los aliados) todo vida, todo sentimiento.

> Yo no sé si los alemanes de hogaño, estos que no dudan, que tratan de matar las nacionalidades con guarismos, yo no sé si estos alemanes piensan y aman. Yo no sé si tienen alma. Al menos, no es como la nuestra. […] La vida no es una fórmula, ni la guerra, ni el amor, ni la sabiduría, siempre hay algo vital que escapa de entre las mallas del raciocinio. [8]

Por eso mismo ama lo sencillo; desprecia lo alambicado, lo insincero. No le importa incluir en sus escritos palabras populares, incluso locales. Aparecen en sus escritos con frecuencia salmanticismos (*cogüelmo, arriscado, hacer churros* [9]). Recurre también al término popular: *mollera, jeta*, *zorrería*, *gacho*, *cotarro*, *amarranarse*, *cachar*, *condumio*, *estrumpir*, *cantazo*, porque prefiere "siempre el modismo popular al modismo erudito."[10] Incluso recurre a arcaísmos o palabras de uso infrecuente: *Esotra*, *cabe* (preposición), *curar* (ocuparse), *marzal*, *pingorota*, *peces de grano*, *a fuer de…*

Frecuentes son también los neologismos de fácil entendimiento, sencillos, casi populares también: *amuchachaba*, *praderal*, *modorrera*, *floraleando*, *lucear*, *primorosear*, *aparisionarse*, *golfemia*, *faldariega*, *lumbrear…* Neologismos que extiende a una formación adjetiva propia y repetida en sus escritos: *azulesco*, *azulenco*, *esperanzoso*, *escolaresco*, *tenoriesca*,…

Encontramos en ocasiones incorrecciones morfológicas que por su reiteración debemos entender como propias: *enjabelgar* por *enjalbegar*, *sino* por *si no* y sobre todo un acentuado laísmo y leísmo en todos sus escritos.

En la lectura de los periódicos hemos encontrado incorrecciones, debidas claramente a los cajistas y como erratas que son las mostramos corregidas o anotadas. Sánchez Rojas reconoce –y nosotros hemos corroborado– que su letra resulta en ocasiones no ya ilegible, sino indescifrable, lo que convertía a los pobres cajistas en intérpretes: "Tengo, en efecto, hermano cajista, muy mala letra, y en adelante te prometo enviar copiadas a máquina mis cuartillas..."[11]. Pero

[7] "Sobre las cartas", *El Adelanto*, 23 de Octubre de 1915 (O.C. Tomo I, página 83).
[8] "El dolor de vivir", *El Adelanto*, 15-10-1915 (O.C. Tomo III, página 265).
[9] *Cogüelmo*: colmado, que sobresale de su continente. *Arriscado*: peripuesto, que lleva el calzón muy ajustado. *Hacer churros*: hacer novillos, hacer pellas.
[10] "Todavía las 'almas regionales'", *El Adelanto*, 18 de Octubre de 1929 (O.C. Tomo I, página 292).
[11] "Fe de erratas" *El Adelanto* , 03-07-1929 (O.C. Tomo V, página 431).

también los cajistas o redactores o editores metían mano en sus cuartillas, haciéndole decir lo que no decía. El del *El Adelanto* (2-07-1929) tradujo en cierta ocasión "Doña Elvira la obscena" en lugar de "obscura". Incluso se atrevió a cambiar las opiniones dadas por el autor sobre ciertos toreros, expresando lo contrario de lo que se quería decir.

Las citas

Sánchez Rojas no es amigo de consultas bibliográficas, escribe con lo que su memoria atesora y no es nada exigente con las citas. Tiene almacenadas un más bien corto número de ellas que suelta cuando la ocasión se presenta, y a veces, traídas por los pelos. Si sus escritos hubieran sido más escasos hubiera pasado desapercibido. Pero le traiciona la abundancia de estos. Nos atreveríamos a decir que estas citas van siempre unidas a un nostálgico pasado, a lecturas de libros que le impactaron y que se encuentran ligados a su vida.

Recurre con harta frecuencia a oraciones de su infancia "Dulce Jesús mío…", a canciones escolares "Delgadina se llamaba…", a romances que le retrotraen a sus primeros años. De su estancia en Italia se trajo en la memoria a Dante. Una y otra vez repite los primeros versos de su *Divina Comedia*, "Lasciate ogni speranza…" (Abandonad toda esperanza) y "Amor che muove il sole e l'altre stelle". Leopardi, su poeta preferido, aparece también entre sus citas machaconamente, sobre todo los tomados de *Canti* y especialmente de "La sera del dì di festa". De Carducci se contenta con la descripción de la reina italiana de las *Odas Bárbaras*: "Fulgida e bionda, nel'adamantina" o de *Il Bove*.

Entre los españoles destacará el catalán Maragall, a quien Unamuno introdujo en los afectos de sus alumnos, siendo su preferida *La vaca cega*. Con Galicia le asalta la poesía de Curros Enríquez a quien conoció personalmente en un viaje de juventud. Eça de Queirós será su favorito entre los portugueses. La mística le traerá al recuerdo la *Noche Oscura* de San Juan de la Cruz. Y su tierra natal despertará en él la visión de la *Égloga III* de Garcilaso, de "la ribera verde y deleitosa del sacro Tormes" y "aquesta tierra de Alba tan nombrada".

Su forma de escribir, a vuelapluma, en cualquier lugar y momento, espontáneamente, no le permite consultar sus notas, si es que las tenía, o los libros en las bibliotecas. Echa mano de su memoria y encuentra los versos que más le impactaron, que traen a su corazón momentos sensibles y nostálgicos. De ahí que las mismas citas se encuentren en muy diversos artículos y escritos.

Colofón

Estas líneas precedentes de introducción pretenden ser claves para entender la obra de José Sánchez Rojas, pero solo claves. El lector podrá encontrar mucho más en sus escritos. Podrá sentirse inmerso en el mundo literario del primer tercio del pasado siglo. Ahondará en los vericuetos políticos y politiqueros de su tiempo. Conocerá de primera mano la reacción de España y los españoles ante la Primera Guerra Mundial, la Dictadura de Primo de Rivera, la llegada de la República. Conocerá a Unamuno desde el punto de vista de un alumno rebelde y respetuoso admirador de su maestro. Conocerá paisajes y personajes descritos desde la pasión y el sentimiento. Y muchas otras cosas más.

Y todo ello con una prosa fresca, ligera, espontánea, llena de sentimiento, nacida de su "felicidad interior".

Jesús María García García

ARTÍCULOS LITERARIOS

Mes de mayo

No hay cosa más aborrecible en el mundo que el dichoso mes de Mayo.

Temo los pájaros, las flores, las campiñas rientes, los pámpanos de los árboles y este sol pegajoso que nos abrasa ahora.

Es preciso abandonar el libro que nos encanta, la conversación grata del amigo de veras y aquella dulce pachorra burguesa tan propia de los muchachos. Es verdad que no nos habla, en el espíritu, la voz secreta del deber, pero nos aprieta el miedo y es lo mismo.

Junto a las flores, se encuentran siempre las espinas, dice el vulgo. Y en este mes de las primeras, sería doloroso un picotazo de las segundas.

Las sedantes y tranquilas noches de la estación dulce,

> noches para el amor,
> para la rumia de las grandes ideas,

que dijo Galán, me parecen, francamente, odiosas.

El canturreo de los grillos, las estrellas guiñándose unas a otras, y esa intensa expansión de la Naturaleza, era lógico que sacase a los hombres de sus casillas. Pero el texto, el programa, el examen, la trinidad académica, nos retienen en el cuarto. Murmuran las comadres a las puertas de sus casas y los apacibles horteras, en mangas de camisa, juegan al tute. Solo el pobre escolar trae una vida endemoniada, con un bombo por caletre.

¿Y los sueños? No son los de ahora, sueños de juventud robusta, figuritas aladas, imágenes de rosa, caricias del inconsciente, no. La torpe realidad nos sigue a todas partes. La sonora realidad es una desahogada entrometida. Ceños adustos de profesores serios, bolillas insidiosas[1], notas endiabladas; he aquí las bromitas de ahora.

Vosotros, poetas de papel, dejaos de cantar el mes de Mayo. Aborrecedlo con toda el alma, y desead, como yo deseo, que pase pronto el mes de María y... de los suspensos.

El Adelanto (17-05-1904)

Crónica ligera[2]

¡Desgraciada labor la del cronista!

Goza con glorias ajenas, entusiásmase con los triunfos de otros y vive sin vida propia. Lejos de concentrar su espíritu, tiene que desparramarlo, fecundo, en la vida

[1] Se refiere sin duda a los exámenes en que se elegía una bola cuyo número correspondía al tema que debía desarrollar el alumno.

[2] Firmado como Jorge de Alba, seudónimo ocasional de Sánchez Rojas

corriente. Su alma es reflejo de otras almas y su pluma, dispuesta siempre a enderezar entuertos, es látigo para los soberbios, dulce voz amistosa para los humildes.

Y no puede desahogar sus propias penas, ni cantar sus alegrías, ni encomiar sus éxitos, ni reseñar, con la dulce prolijidad de la psicología, el diario de su alma. Nada de esto. El público, el respetable público, necesita información directa, y como no puede pedírsela al cronista, le exige impresión fugaz, ligero comentario. ¡Pobres cronistas!

Y ponen su alma entera, los sentimientos todos de su corazón y los pensamientos de su cerebro en su trabajo ruidoso pero instantáneo y el público se cansa. «¿Qué digresiones son estas? ¿Y a mí qué me cuenta usted?» Pero escribe, de mala gana, una estupidez donde se azuzan pasiones chicas y se desatan odios callejeros.

Entonces dice el público que el cronista tiene talento y que ha dado un palo enorme a Fulano, su enemigo, y que así debe escribir.

Yo mismo, a veces, cuando tengo que, hablar del suceso del día, me digo con frecuencia ¿y a mí que me importa el tal suceso? y escribo cuartillas, mecánicamente porque el alma camina por otros derroteros, con su lastre de tristezas mudas y de alegrías reconcentradas.

Cronista, tu papel es triste. Enmascaras tus propios pensamientos, cubres tu espíritu con los harapos profesionales. Si eres rudo y fuerte, de fuerza virgen, tu oficio te suaviza; si eres dulzón, el roce con los torpes te almibara; si eres complaciente con los fracasados, te revuelves luego en la basura de adulaciones insinceras. Ni tú mismo te conoces a través de tus cuartillas.

Sí, cronista, eres a tus propios ojos un desconocido.

Y si no pones gran cantidad de sinceridad en tus labios y de vigor en tu pluma, entonces, amigo mío, eres un clown, un payaso ridículo, que te diviertes, a tu costa, en el carnaval de la vida.

El Castellano (07-06-1904)

Crónica ligera[3]

Yo he gritado estos días, como Jacinto, el héroe de *A cidade e as serras*[4], como Jacinto en plena naturaleza: «¡*Una masada, a civilización*!» Y veo pasar el tren todos los días y recibo cartas de la ciudad, y yo lejos de ella, me siento feliz.

Aquí, en Castillejo, no hay alcaldes, ni jueces ni catedráticos; nada de esto. Ahora, brama el viento furiosamente, chocando con los cristales de las ventanas y en la cocina enorme de la alquería, arde una fogata alegre. Sentimos frío...

De vez en cuando, algún pobre caminante llama con los nudillos en el portalón. Se le abre y departimos con él un rato. Mi gañán come algo, se calienta un poquito, habla mal del tiempo, "¡cosa nunca vista en Junio!" y charla, luego, reposadamente, matizando su plática de refranes sabrosos.

Hay que aprender mucho de estos labriegos... No les interesa la política, porque Madrid está lejos y porque los papelotes en que se cuenta la comedia grande, vienen repletos de mentiras. Lejos de maldecir a esos haraganes que les tumban con las contribuciones, no de otra suerte que las nubes negras tumban a los trigales, les parecen personas listas. Pero el campo sereno y reposado, ese es objeto de sus amores más queridos...

Se ha dicho que nuestros charros son egoístas... Será cierto, pero el egoísmo es, en ellos, natural, efecto de su comunicación diaria y monótona con la tierra. Esta Madre fecunda, insensible a las caricias de los cielos, según demostró Samuel Morteira, e insensible también a las lágrimas campesinas, aborta con frecuencia...

Me olvidaba del caminante... Pregunta por los trigos, por las cebadas, por el soto, por la alameda, por la cosecha que se avecina. Discurre acerca de los probables contratiempos. Y luego habla de los suyos. ¡Cuánta poesía en su hogar silencioso y pobre!

Su hijo, el mayor, es una maravilla. Sabe de corrido la Geografía y el Catecismo: según el pedagogo, llegará a algo, aunque el padre barrunte que pagará como él a un Estado que esquilma, y que callará, sin protestas ni denuestos...

¿Y la nena? Roja como los madroños; es toda una mujer. Hacendosita, ayuda a su madre en los menesteres de la casa. Es una rueda necesaria en la máquina del hogar.

[3] Artículo firmado como Jorge de Alba.
[4] Poema de Eça de Queirós (1901).

...Y el buen labriego, en charla íntima, con alma abierta a los goces más puros y a las más amargas tristezas, se va ganando lentamente mi simpatía. El hombre de los campos, «que no ha leído en libros» pero que tiene su sistema, lo mismo que Fichte o Shopenhahuer [sic], filosofía casera, de adagios, vale más que muchos diputados, absortos de la civilización.

Y se va el caminante... Y sigue bramando el aire con furia... Y se desgajan las ramas de los árboles.

Y el cielo se torna cada vez más obscuro y plomizo. A lo lejos, una moza canturrea dulces cantares, pensando el fornido mocetón...

El tren que atraviesa estos andurriales, silba con fuerza. Yo le vi pasar, con rostro indiferente, y le digo con desdén, como Eça de Queirós al 20[5] con todos sus chirimbolos y refinamientos.

– Adeos civilacâo[6].

El Castellano (15-06-1904)

Crónica ligera[7]

Ayer nos hablaban los periódicos de la muerte de doña María Lac. Y nos hablaban porque esta señora fue madre de Mariano de Cavia.

Y yo pensaba en el dolor del hijo y en las bromas pesadas de la muerte. Cavia, el retozón e ingeniosísimo Cavia, tendrá que hacer reír, dentro de poco, cuando torne a sus faenas periodísticas, mientras su espíritu llora. Me recordaba también esto a los pobres cómicos de los pueblos.

Son reyes, generales, hablan de millones y grandezas en las tablas, y al bajar el telón, piden un cigarro por caridad.

La muerte de la madre de Cavia, con todo, es un hecho insignificante en la vida de la nación. Cuando se hable en la historia de la sátira española del hijo, nadie se acordará de la madre, de la señora doña María Lac, que ha bajado al sepulcro. Las madres están condenadas al olvido.

¿Es que ellas, –mirando el asunto por el lado externo– no influyen para nada en la vida *literaria* de los hijos? ¡Vaya si influyen! Yo no concibo la cuerda de la ternura en un poeta lírico, sin una madre dulcísima.

Dadme un escritor de odios viriles y yo os diré que ha bebido las lágrimas amargas de su madre. Y no me digáis que bien puede ser una esposa la que le robe el papel. Os replicaré que no. En el amor a la mujer entra, a las veces, la vanidad, el egoísmo de ser amado. En el de la madre nunca.

Ayer me figuraba a la madre del insigne Cavia como una graciosa matrona aragonesa, rebosando de gracia y de cariño. Su hijo encontraba en ella un baluarte donde se estrellaban las envidias que le amargaban, las burlas, los desasosiegos de su vida de periodista. Además ella le admiraba y le adoraba. Su madre era su mejor crítico. ¿Cómo no iba a ser él, Cavia, un escritor ingenioso?

Yo mismo puedo dar fe de que existe algún hombre insigne a quien su madre le hizo poeta. Ahora vuelve a su patria (estaba desterrado de ella) para llorar en la tumba adorada.

Sin embargo, dentro de pocos días, no volveremos a recordar a doña María Lac. Las madres viven y mueren en el silencio.

El Castellano (10-08-1904)

Oración[8]

Tu memoria será eterna en mi espíritu ¡oh poeta! No te olvidaré nunca.

Ahora, de mozo, con tus cantos olvido mi dolor. Tú das forma a mis amores juveniles, a mis tonadas inconscientes, a mi juventud rebosante de inquietudes y de dudas. Tu dulce placidez se

[5] Parece una errata por 202. De todas formas, difícilmente puede entenderse sin haber leído el libro. Jacinto, el protagonista, visita París y repite con mucha frecuencia "o palácio onde Jacinto nascera, e onde sempre habitara, era em Paris, nos Campos Elísios, nº 202".

[6] *Adeus civilizaçâo.* Para ser exactos Queiros dice "Adeus à Cidade".

[7] Artículo firmado como Jorge de Alba.

[8] Existe otro artículo, con este mismo título, aunque distinto contenido, publicado en *El Adelanto* el 27-07-1911 (O.C. Tomo I, página 62).

posa en mi espíritu, y cuando tú me la prestas, de mis labios brota una plegaria de amor por mis hermanos, los hombres. Tu musa, inocente y candorosa, incuba lentamente mis ensueños de mocedad. Tus amores son los míos, intensos, sanos, robustos, amores de llanura. Tus gorjeos de alondra mañanera son el amanecer de mi alma ¡oh cantor de mi tierra! y alegran mi juventud.

Mañana te cantaré también, cuando labre mi nido, en el hogar dichoso, con la dulce compañera, arrullando la cuna de los hijos. Sentiré, contigo, la poesía del padre. Cantaré la fecundidad abrahámica, la sementera del amor, el retoñar de gérmenes que me hagan perpetuo.

Y de viejo, cuando ya no viva de esperanzas, cuando todo mi caudal se componga de recuerdos, también te cantaré. Será mi canto reposado y tranquilo. Mi espíritu estará limpio de rudezas y de odios. Y entonces, rodarán mis lágrimas por el sobado libro de *Campesinas*, el libro del abuelo, que me hará vivir, de nuevo, la juventud pasada.

El Castellano (26-03-1905)

Oficio de novia

Juanita es una muchacha morena, sanota, que tiene negros ojos de terciopelo obscuro, una boquita fresca, unos senos mórbidos y una fisonomía, mitad simpática, mitad inexpresiva. Se ha levantado tarde esta mañana; se ha dado la última mano en el tocador y ha permanecido allí una hora, dos horas, sin pensar en nada. Se ha levantado de pronto y se ha puesto a tocar una sonata, una deliciosa sonata, que nos transporta a las más altas regiones religiosas, una sonata cuyas notas llevan al aire unción espiritual y a los corazones una dulzura inextinguible.

Pero Juanita no comprende ni poco, ni mucho, ni nada, a Beethoven; Juanita no tiene corazón. Aporrea las teclas con sus manos nerviosas, y lo que es un canto dulce, preñado de ternura, truécase en una marcha bélica, donde chillan los jinetes, relinchan los jamelgos y unos y otros se tropiezan en medio de la mayor confusión imaginable.

Ha sonado un silbido, seguramente del novio de Juanita, por que [sic] Juanita tiene novio, desde que era chiquitina y llevaba las trenzas negras colgando por las espaldas. Juanita no se ha emocionado. Con toda calma se ha levantado del piano, ha abierto las maderas del balcón y ha dejado deslizar, suavemente, su busto.

Juanita tiene este novio, que es sucesor de otros cien favoritos anteriores, como tiene amigas y blusas de seda y mantillas de encaje, como su padre tiene coches y un ayuda de cámara, como sus amigas tienen también sus novios respectivos.

Y el novio de Juanita, Pablito Alcázar, tiene también amores, como tiene automóvil y una magnífica jaca de paseo, una máquina Kodak y colección de galgos, unos amores, opacos, grises, sin inquietudes ni lágrimas, sin temblores de dicha y sin tristes meditaciones, solitarias y continuas.

Es un amor vegetativo, normal, de animales que viven para la sociedad, para rendirla culto. Pablito cuando ve a su Juanita le dice a los amigos: "Esa, esa es mi novia. No viste mal, ¿eh? Es chica de buena familia, gente toda ella muy respetable". Y los amigos aprueban y la saludan, automáticamente con el sombrero, como si tuvieran todos ellos un resorte interior para saludar a compás.

Y Juanita cuando descubre a su Pablito, tumbado groseramente en un diván del Casino, en las aceras de la calle, guiando su automóvil por los paseos, les dice al oído, a sus amigas: "Ese chico del automóvil es mi novio. Hoy está mal vestido porque eso levanta mucho polvo. Tiene pantalones blancos de piqué, que le han traído de París. Es rico y es galante". Las amigas sonríen y la dan, enternecidas, la enhorabuena.

Pablito es un distinguido *esportman* al decir de los piadosos periodistas, que le reputan, particularmente como un grandísimo majadero. Ella es la estrella, no de los salones, porque en aquella ciudad no hay salones, sino de las tertulias caseras, donde se enamora la juventud y se canta el *Espirto gentile*[9], por dos señoritas, una que tiene gusto pero no tiene voz y por otra que no tiene ni voz ni gusto.

Juana y Pablo hablan, hablan con interrupciones y desmayos, hasta las doce en punto. No tienen nada que contarse; ya se lo han contado todo, pero hablan porque sí, de modistos de trajes, de liláilas de la compañía del Teatro, de las jacas y de los amigos.

[9] De la ópera de Gaetano Donizetti, *La Favorita*.

Juanita ha cerrado el balcón. Ha cumplido con su oficio por aquel día.

Y Pablito se ha largado también, tarareando el wals [sic] de *La Bohemia*, con dirección al casino, donde almorzará con unos amigos, para ver luego, a unas barbianas que han llegado de Madrid y que viven en una casa solitaria, muy solitaria, allá en una calle que se encuentra lejos, muy lejos del Casino...

Ha cumplido también con su oficio y está satisfecho de su importante misión social.

Gente Joven (22-07-1905)

Amores viejos

Todos los pacíficos habitantes del pueblecillo costero habían salido de su casa para gozar las delicias de aquella noche. Una noche tibia, sin estrellas, una noche de amor, como las que sueñan las almas puras en sus ociosos viajes por los mundos del ideal. Daban ganas de cantar, de hacer piruetas, de ejecutar grandes locuras aquella noche.

El Cantábrico murmuraba sordamente, adormeciendo al pueblecillo, como las niñeras adormecen a los pequeños, con una muy dulce y monótona canción.

Unos paseaban a lo largo del muelle; otros, los más viejos, los cansados de la vida, se largaban al casino.

El pueblo tenía casino, un hotelito cómodo y sencillo, con grandes salas de divanes enfundados, con una biblioteca que contenía el Diccionario Enciclopédico, con un saloncillo donde se alineaban mesitas forradas de verde. El casino de los pueblos costeros es simpático; los contertulios son antiguos capitanes y pilotos, camaradas del mar, que se cuentan impresiones todos los días. Unos hablan de aquel accidentado viaje a Filipinas, con un temporal del diablo, en que el mar enfurruñado, acunaba violentamente el viejo vapor en que ellos hicieron sus correrías marinas. Otros de la frescura de los cafés de Nueva-York. Aquel otro canoso, encorvado, sonriente, de sus aventuras en Hamburgo. Cuando hay mucho que contar, no se murmura nunca. Y, como, por otra parte, los amables contertulios, ya un poquito ajados, ya un poquito cargados de espaldas y de primaveras, fueron jóvenes y amaron con pasión; narran su juventud también, a ratos, lentamente, saboreando las palabras como miel del Himeto[10].

Aquella noche, yo, como todos, dejé mi casa.

El mar estaba en calma. Las montañas linderas, con sus enormes moles fantásticas, envolvían, en ensueños dulcemente trágicos, las cercanías del pueblecillo. Y flotaba en el aire ese rumor lejano, ese susurro imperceptible de las noches costeras; sonidos antipáticos de sirena, ruidos de lanchas de vela que cortan las aguas en su marcha veloz, voces ásperas de pescadores que se saludan, acaso roncos lamentos de los grandes cetáceos en las profundidades del mar.

Las boyas, con sus lucecillas débilmente azuladas, verdosas, alumbraban puntos lejanos. Viejos buques mercantes, con banderas de países extraños, dejaban al descubierto sus enormes vientres encarnados, sus raquíticos puentes y sus cubiertas ordinarias. Canciones alemanas, francesas, añoranzas de la aldea, retozos de juventud, recuerdos de amor, rasgaban el aire con sus notas melancólicas y extrañas.

Acaso eran dulcísimas invocaciones a la muchacha rubia que pensaba también, a través de las distancias, en el robusto marino forastero. Acaso un canto guerrero que encendiese el patriotismo del ausente. Con toda seguridad, la expansión del corazón feliz que modula canciones inconscientes, porque sí, porque necesita cantar, porque el canto es la expresión externa del amor, como son las lágrimas la expresión del triste.

…Y me dirigí al Casino, que tenía su terraza, sobre el mar. Veladores de mármol blanquecino y desvencijadas sillas metálicas, que chirriaban sobre el pavimento, al moverse, con el ruido cargante de un carro gallego, componían todo el mobiliario de la terraza. Aquí y allá, grupos de contertulios, que discutían el resultado de las regatas celebradas aquella tarde. Y un poquito lejos, parejas de recién casados, generalmente, que con el egoísmo de la dicha se aislaban de todos y de todo, o también, matrimonios de burgueses, castellanos, extremeños o andaluces, que gozaban de la brisa refrescante quince días, para hacer frente más tarde, con el acopio del salitre, a la atmósfera cálida, bochornosa, de sus aldeas, tendidas en la llanura parda.

[10] Monte situado al sur de Atenas. Según la mitología, estaba poblado de abejas que producían la miel más sabrosa y la cera más suave de toda Grecia.

Me acerqué, instintivamente, al grupo de los ex capitanes y ex pilotos. Cerca de ellos tomé asiento. Mejor que los perros huelen la caza, huelo yo las conversaciones interesantes. Y en los pueblos costeros, industriosos y sencillos, no os reciben mal nunca, porque son afables de carácter e inocentemente ladinos por temperamentos. Ellos dicen, al veros: "Este viene a engordar a una patrona o a un fondista, dejará dinero". Y os estrechan la mano afectuosamente. En cambio, *tierra adentro*, en los villorrios egoístas, formados de haraganes, de murmuradores, de gentes que estudian sus peroratas para *épater le bourgeois*, en las tertulias de hombres solos, reciben al forastero con desconfianza y con recelos. Con su codicia de segundones, ven en el extraño al luchador que les ha de disputar un puesto. Y le odian si, además de pelearse con el indígena, posee el don precioso del ingenio. Con el ingenio se roba el *prestigio* y en los pueblos egoístas el *prestigio* –una cosa que nadie se ha tomado la molestia de comprobar– es todo.

Los viejos de la terraza charlaban animadamente.

Uno decía:

– Estos tiempos de ahora no son como los nuestros. Los muchachos no se quieren. El amor es un pasatiempo agradable y nada más *(aquí un terno)*. Que un buque mercante se hunde y con él una porción de muchachos... pues bueno... las niñas se van a rezar mecánicamente para pedir a Dios misericordia por el alma de los muertos. ¿A qué no veis en el muelle niñas que lloran, ni desde el mar pañuelos blancos que se agitan nerviosamente, cuando se larga por esos mundos un barco de nuestra matrícula? ¡Tá!, ¡tá!, ¡tá! Aquí quedan ingleses que se emborrachan y que cargan con ellas, cuando se les pasa el romanticismo. Pero *(otro taco)* señores. ¡Si es lo más chusco del mundo! Esos tíos, largos y rubios, vienen aquí a caza de chiquillas que bailen sevillanas y canten peteneras. Y sí ¡cantan peteneras en el tono de un zortzico!

Luego, resollando, prosigue el viejo, entre la aprobación general de todo el auditorio:

– Mis tiempos eran otros. ¡Y tan otros! Ser piloto en mi tiempo era una ganga. Se nos obsequiaba, se nos quería ¿verdad, D. José? Si había galerna, era segura una tempestad, más recia, de sobresaltos y de inquietudes en los pechos de las muchachas. Y cuando ganábamos para vivir, nos casábamos como Dios manda...

Cada palabra del viejo me conmovía profundamente. Y pensaba en aquel pueblecillo, cuando medio siglo antes, separado del resto de la tierra, vivía feliz y amoroso, sin las invasiones de la civilización. Las mujeres de los viejos –estas ancianitas sonrientes que paseaban todas las tardes por el muelle, con sencillos trajes de tonos obscuros– eran entonces encantadoras chicuelas bulliciosas que tenían sus amores en las gentes del mar. Y en el mar toda su alma. Y en el mar sus penas y sus alegrías y sus celos y su vida entera.

Ahora, las hijas de su amor, sus nietas, vivían en la tierra y para la tierra. Ni el majestuoso reposar de las olas les hablaba al alma, ni las horribles tormentas, con sus sonidos lejanos, con sus vértigos y trepidaciones, con el color suciamente parduzco de las olas que se enfurecían, en altos remolinos, para romperse después contra las rocas, les hablaba de tristezas y melancolías, de esas que se sienten a los veinte años y nos inquietan deliciosamente el espíritu.

Las pasiones, en la tierra, pisando en terreno firme, eran menos expuestas. Carecían de romanticismo. Eran la posesión pacífica del hombre, atado al hogar, un hogar sin aventuras, sin peligros, sin tristezas, y, a la larga, sin amor. El amor, según el viejo de charlar reposado y pintoresco, no era ni podía ser para las gentes de la tierra.

¡Había que ver estas parejas de ahora, que pasaban distraídas, por el mundo, volviéndose las espaldas, hartas de su eterna compañía! Entonces, no era así; entonces, a la llegada del barco que traía a los jóvenes, había explosiones de gozo, carcajadas ruidosas de amor en el puentecillo. Y las mujeres exhibían a sus maridos, mirándose en ellos, orgullosos de tenerlos por compañeros. Y ellos, dejándose arrullar, eran hombres amables y felices, ¡ellos, los fuertes, los camaradas del mar, los cachorros juveniles que ganaban su vida en incesante batalla, momento a momento, y que por luchar incesantemente con la vida la querían con fuerza y apetecían sus caricias y arrumacos!

Y el viejo proseguía:

– El amor no puede vivir sin emociones y las emociones están en el mar, un salvaje que revienta a los débiles...

Y seguía matizando su conversación

Gente Joven (12-08-1905)

Amor provinciano

Madrid es un pueblo eminentemente femenino. Triunfan las lindas cabecitas rubias, las sensuales morenas cabecitas, con sus gestos, con sus mimos, con sus arrumacos, con sus sedas, en las calles y en las plazas, en los tranvías y en los teatros. Tempestades de deseos, de encendidos piropos, acaso de cortesanías equívocas, levantan las hembras madrileñas. Y en este enorme poblachón, desteñido, incoloro, hay una nota callejera: la mujer; y una pasión también callejera: el deseo.

Acaso, las madrileñas, como los monarcas constitucionales, reinan pero no gobiernan en el corazón de los hombres. Su reinado es demasiado pasajero para dejar raíces. Triunfa la sensualidad, mas no el amor. La vida es dolorosa, compleja, vida de paso, no de quietud. La mujer lo sabe, y convertida en elemento decorativo, en adorno de plazuelas, impone su gesto soberano en la calle, solamente en la calle, a trueque de ser en el hogar la heroína soportadora de miserias y de privaciones.

Estas hembras espléndidas, esculturales, que vemos los pobres provincianos todas las tardes en la calle de Alcalá o en la Carrera de San Jerónimo, del brazo de sus padres, de sus maridos, de sus amantes, me causan una impresión de tristeza profunda. Las llevan los hombres como adorables mercancías, para que triunfen, para que se las vea. Van los hombres cantando la canción de la petulancia, como diciéndonos: "¡mirad qué hermosa mujer me ha tocado en el botín de la vida!" Y ellas, las muy tontas, envueltas en una atmósfera de voluptuosidad, prestan el reflejo de sus beldades a sus devotos anodinos, consagrándoles las caricias reglamentarias.

¡Ah, madrileña! Se te desea, pero no se te ama. Si sueñas, cuando te invade la melancolía en el hogar, vete a una tranquila población castellana, allí donde los hombres son niños grandes y tienen el corazón de oro viejo. Porque, hija mía, el amor es provinciano, netamente provinciano.

La Iberia (20-10-1906)

Sin entrar

Tarde de lluvia. Los primorosos piececitos de las mujeres chapotean en el agua. Los paraguas se cruzan, se entrecruzan, se chocan. Manotean airosamente los brazos de los caballos; hermosas carrozas atraen la atención de los transeúntes. Multitud de chicuelos, de golfillos desarrapados, anuncian los diarios con títulos sugestivos y atrayentes. La bandera nacional se muestra aquí y allá, con verdadera profusión; es día de gala.

Salimos de la Puerta del Sol. Las campanillas de los tranvías suenan incesantes. Sigue la decoración de las percalinas en los edificios públicos; en Madrid, es todo percalina. Un poco curiosos, un poco intrigados, pensamos en los políticos. ¡Qué amenos son todos estos señores! Del Ateneo hemos salido vagamente aburridos porque un parlamentario nos ha hecho terribles revelaciones acerca del porvenir de la nación española. Los pies nos conducen al palacio del Congreso. Ante el edificio, una multitud de aburridos contempla el ir y venir de los diputados, las escarapelas de los cocheros ministeriales. Está ansiosa de noticias. ¿Seguirá López Domínguez largo tiempo? ¿Hablará, Soriano de la catástrofe nacional poniendo como no digan dueñas a todos los que tomaron parte en la contienda? A medida que nos acercamos a los grupos, oímos elogios entusiastas, censuras acerbas, esperanzas, presentimientos, recelos, afirmaciones rotundas.

Aquel espectáculo nos aburre. Nos largamos del Congreso sin entrar; solamente, tenemos una mirada compasiva para los bravos leones de bronce que aguantan, a pie firme, una postura incómoda no sabemos cuántos años.

Los arbolillos del salón del Prado gotean sin cesar. Lloran de aburrimiento, que es la impresión dominante del día. Subimos las escalerillas del Museo del Prado, para que Velázquez nos distraiga un rato, porque su pincel representa, mejor que el verbo elocuente de los parlamentarios prestigiosos, el valor de una raza vigorosa que ya no tiene fe en sí misma.

España está en *Las Meninas*; no cabe ni en el salón de conferencias, ni en el salón de sesiones de las Cámaras.

La Iberia (03-11-1906)

Los conquistadores

En Madrid, naturalmente, donde la división del trabajo se ha impuesto más que en cualquiera otra urbe española, hay profesionales de la conquista, discípulos de don Juan Tenorio, émulos de don César de Mañara[11], reclutadores de novias, enemigos de los maridos, de los amantes, por nacimiento, por educación, por sport, por vicio, por ingénita idiosincrasia espiritual.

El tradicional ladrón de monjas guapas ha dejado profundas raíces en nuestro carácter galanteador, petulante, con posos de romanticismo en el hondón, con airecillos rabiosos de prosaísmo en lo aparente y en lo de fuera.

Pero el profesional madrileño de la conquista, pero el galanteador de todas las mujeres, casadas o solteras que se le ponen por delante, huele a tonto. Es un tufillo que claramente se destaca de todos los demás perfumes que nos revelan calidades humanas. Tiene los cabellos aplastados contra las sienes a fuerza de cosméticos; tiene la mirada fiera; el bigote a la borgoñona; la corbata flamante, a la muñeca el cronómetro... Don Juan Tenorio, don César de Mañara, se han ido afeminando, a través de las generaciones, y lo que antes era un arrogante mancebo, decidor y embustero, gentil y valiente, con chupa y casacón o espada a la cintura, flamante chambergo portugués a la cabeza y estructura fuertemente romántica, se ha ido tornando en el petimetre incoloro, neutro, afeminado, cobarde, cazador de menegildas y maritornes. ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!

Pues de estos profesionales de la conquista se va sabiendo, con toda certeza, que ni pican alto, ni calzan espuelas, ni montan alazanes, ni desenvainan espadas, ni escalan conventos, ni roban vírgenes.

Les tiende en las aceras una paliza segura del marido, un viril bofetón del padre, un aceptable chuzazo del sereno...

Y la aventura amorosa concluye en la Delegación o en el Juzgado de guardia, y el conquistador mohíno, contristado, no dedica sus ocios a componer madrigales, sino a curar con árnica los porrazos que por clasificación le corresponden en la nocturna refriega.

El Castellano (08-02-1907)

La alegría interior

Para el maestro

Yo no sé, mis queridos amigos, en qué rincón de España se esconde la honda, la sana, la verdadera alegría interior. Sobre todo, en este Madrid de mis pecados no he podido encontrarla todavía. No digo lo mismo en lo que concierne a la ironía salvadora; en la *cacharrería* del Ateneo charlan todas las tardes pequeños Anatoles France sin bigote, Eças de Queiroz de veinte primaveras, y futuros Armandos Palacio Valdés de la literatura de pasado mañana. Es una ironía libresca, literatizante, de segunda mano, la suya. No me hacen reír a carcajadas frescas. La sicalipsis que se cultiva en el teatro Cómico y en el Central Kursaal también me pone triste. Y no quiero hablaros de esas estúpidas gracias cuyo resorte estriba en el descoyuntamiento de los términos, en la grosería de los oídos que las escuchan placenteramente, y en la bestialidad que todos llevan dentro. Me descompondría. Y no estoy para disipaciones espirituales. Recogido como nunca, después de leer con sabrosa delectación unos capítulos de *Los Nombres de Cristo* y un magnífico ensayo, *Soledad*, de un grandioso místico contemporáneo, que me ha enseñado las delicias del pensar y del querer, y luego a encarnarlas en mi vida de mozo, he marchado tranquilamente a la cama. He dormido como un santo. Al apagar la luz, limpio el ánimo de inquietudes, lleno el corazón de alegría, he mirado cara a cara la esfinge. ¡Cómo he reído! Lejos de contarla los pelos del rabo, más lejos de inquietarme ante su mirada preñada de misterios, he sentido unas ganas atroces de hacerla cantar mi canción de siempre; esa mi canción de siempre que no sabe de dejos amargos ni de estancias tristes; esa mi canción eterna que me lleva a la lucha, por el solo placer de luchar, desde mi sitio; un inmenso lago azul, de tranquilas aguas, que tiene perspectivas lejanas, envuel-

[11] Sin duda es una errata o error del autor. Se refiere a Miguel Mañara Vicentelo de Leca (1627 – 1679), filántropo sevillano, impulsor del Hospital de la Caridad, cuya juventud disipada inspiró –según algunos– a José Zorrilla la figura de Don Juan Tenorio.

tas en una niebla poco densa. Esta niebla es mi ilusión futura, que presiento ya, y que tomará cuerpo cuando esta de ahora se derrumbe y se deshaga en añicos, sin dejar el más leve soplo de amargura en mi camino de muchacho.

Cada sacudida interior me renueva del todo, Maestro. Hoy no soy el de ayer, ni mañana seré el de hoy tampoco. Yo sé que hay algo que no cambia, porque siempre me presencio a mí mismo. Trasiego de inquietudes es la alegría viva que se nutre de ellas. Cada risotada serena tiene también su gesto, y de su conjunto nace mi alegría interior. Ayer soñaba con el dinero y veía montones de oro, nunca barrotes de cobre con cardenillo, como estos groseros materialistas de hogaño. Jamás hice del día, fuera el que fuera, una querida, sino una madre y una hija. Una madre, cuando el ideal era tan puro que llenaba todo mi espíritu mozo, y me arrullaba con canciones de cuna, y me besaba en la frente, y me prohijaba. Y me decía: "Sé fuerte, sé bueno, que yo te colmaré de bendiciones, y te daré mi leche blanca de sustento, y te ofreceré mi regazo abierto de par en par a tus caricias" Y una hija, Maestro, una hija mía, nacida de mis entrañas y de mi calor fecundo, cuando el ideal era rebelde, tronaba contra estas estúpidas leyes que hemos fabricado los hombres, llevaba una protesta cruda en el semblante y un látigo en la diestra. Entonces yo conducía al ideal de la mano por la empinada cuesta de la vida, y no era el ideal el que me conducía a mí. Y soñé con otras cosas; mejor, los míos soñaron por mí, y me cerraron los ojos, y me amodorraron con un cantar que no era el mío. Desperté, naturalmente, y al despertar me restregué los ojos, miré a mi alrededor, y la luz de la mañana entristeció mi alma, como entristece la luz solar el aire de la calle y el piar de los pájaros en primavera junto al balcón, el cuarto de una pobre prostituta que acaricia reglamentariamente, cumpliendo de mala gana con el oficio, las carnes de un viejo lleno de máculas...

Y soñé con honores, con preeminencias sociales. De pequeñito imité al pobre Luis Gonzaga, que no se atrevía a levantar los inocentes ojos delante del hermosísimo rostro de su madre, y como el bebé casto, quise ser un santo elegante, predije a San Expedito y soñé con una falange de lindas y numerosas devotas. Hoy mi ilusión se cifra, mi alegría interior consiste en ser yo, más yo cada día, sin afeites ni mejunjes, Maestro…

¡Oh, mi santa alegría interior! No hace muecas mi semblante, ni se contraen los músculos de mi rostro ante estos graves payasos de circo. Todo el depósito de mi contento está dentro de mí mismo. Como la tierra virgen reúne en estos días de primavera todas las armonías ignoradas del Cosmos, así mi espíritu es un inmenso órgano, que entona un soberano *Magnificat*, recogedor de emociones perduraderas. Vivo, Maestro, en perpetuo Sábado de Gloria.

El sol se está ocultando detrás de los montes en la castísima aldea. También yo estoy ocultando, con febriles ansias y cuidados de usurero, en el sagrado arcón de mis alegrías, mis tesoros ocultos para que no los manoseen mis hermanos. ¡Ah, y qué distraído, digo, qué *contraído* marcho por la apartada senda! Acaban de sonar las campanadas del Ángelus, vuelven del campo los gañanes viejos, recitando consejas; tornan los mozos emparejados, contándose temblorosamente sus confidencias íntimas. La sombra, amiga de los tristes, se adueña del campo poco a poco.

Y yo, religiosamente, me pongo a cantar. Es una tonada del terruño parida para que el aire se la lleve a prisa. Pero con tal unción sale de mis labios, que la prohijo, y yo mismo me admiro de su hermosura, y torno a cantarla por segunda vez, y tan ciego voy por el sendero, que doy con un caballo muerto allí tumbado, y caigo en tierra, y me repongo tarde, no sin que una lágrima corra por mis mejillas. Verdaderamente, Maestro, ha sido doloroso el porrazo. Y la farmacia, el árnica, están lejos.

Llego al hogar con la cabeza ensangrentada. No he dejado la canción, sin embargo. La canción, ya popular, es el pensamiento de un insigne cronista que yo he puesto en verso:

Recién nacido es Amor,
Amor es recién nacido;
si no se pone a llorar.
no se sabe si está vivo.

y chorreando sangre, con los primeros amagos de debilidad, que pasan pronto, tranquilo, feliz, alegre, llamo a la madre.....

– ¡Hijo mío! –grita asustada,

– Madre –respondo sonriente–, venía cantando, cantando, y, como es natural, caí…

La madre me cura. Corta con las tijeras de sus labores los cabellos rojos. Empapa la herida en un líquido que escuece. Me venda con maternal cuidado.

– Llamaremos al médico, hijo.

– ¡Ah, no, madre! ¡Te lo ruego! ¡Mi médico eres tú!

– Sin embargo...

– No hay sin embargos, madre. Cúrame tú, bésame tú, acúname como en los días de mi infancia, y háblame luego de duendes y de princesitas dulces.

– Siempre mimoso, hijo. ¿Estás triste?

– ¡No, madre! Contigo no hay tristeza posible. Mañana jugaremos los dos y reposarás tu cabeza junto a la mía, en la misma almohada. ¡Madre!...

– ¡A dormir, hijo mío, a dormir! ¡La noche es fría, sopla un aire traidor sobre nuestras cabezas!

Y, lentamente, con sonrisa triste, entro en mi cuarto y me despojo de mis vestiduras. Mi madre me contempla con orgullo. ¡Todo pasara! Y cuando la madre se aleja, pienso en otros brazos más blancos y más jóvenes que estrecharé contra mi cuerpo enfermo, en otras noches, madres de canciones nuevas. Y surge de nuevo la primitiva canción en el cuarto obscuro. Este mi ruiseñor es un pajarito de oro que no calla nunca. ¡Nunca! ¡Moriría, y yo con él, si callase!

Una mano, unas garras encienden la luz y profanan mi desnudez y mis ensueños:

– ¿Qué es eso, mocito? –me dice el señor grave de la casa, un señor que ha sabido hacerse rico, terrateniente y usurero.

– Nada, señor bachiller. Un cantar y, luego, un tropezón…

– ¡Claro! ¡Malditos muchachos y cochinas coplas! Si hubieras visto los guijarros de la calzada, en lugar de mirar arriba, no te hubieras caído, es lógico que no te hubieras caído.

¡No puedo con el hombre! Está cerca de mí y comienzo a darle de puñetazos. Mi madre –para eso es mi madre– me ayuda con santa furia. El hediondo ricachón rueda por el suelo.

– ¡Animal! –grita la madre –. ¿Decir al hijo que no cante? ¡Pobre de él si no cantara!

Levantamos al herido para perdonarle luego. ¡Vuelve la quietud a mi alma! ¡Si el cantar tiene sus quiebras, también el gruñir tiene las suyas!

– ¡Mira! –me dice mi amigo, el joven papá reciente–, ¡mira!

Y embobado, sonriente, con cara de satisfacción inmensa, me enseña una cartita gris.

– ¿Y qué es eso?

– Mi hijo, mi nene que me escribe. ¡Es su primera carta!

– ¡A ver! –digo yo, riéndome de la santa ingenuidad de mi amigo y participando de su dicha.

Y leo:

– "*Querido papá: te quiere muchísimo tu hijo, Luisito. – Ven pronto.*"

– ¿Y qué edad tiene?

– ¡Un año! ¡Es más bonito!...

– ¡Hermosa ortografía, caramba!

– ¡No, bobo! –replica mi amigo, apurando la copa de coñac–. Su *mamá* –y le tiembla la voz al decir su *mamá*– le ha llevado seguramente las manitas.

– ¡Ah, claro! Eso de ven pronto es de tu mujer, amigo. Procedencia inconfundible. ¡Como Madrid es tan pelígroso!

– Sin embargo –dice mi amigo, avergonzado– no creas que...

Y salimos riendo del café. Salen de los teatros burgueses, niños góticos y lindas picaras. Pasan sus cuerpos perfumados rozándose con los nuestros. Es la hora de la crápula. Pero mi amigo y yo, emparejados, desafiando el ambiente sin darnos cuenta de ello, metidos en nosotros mismos, con la carne quieta, con los nervios tranquilos, añoramos las viejas torres de nuestra ciudad dorada, las bullangueras aventuras estudiantiles, nuestro querido ideal, que ahora retoña más lozano que nunca. Y estamos tristes de alegría. ¡Hemos caminado sin un tropiezo! Nuestra senda ha sido siempre la misma, y cada vez adelantamos más en ella.

Ahondamos los dos en nuestros propios recuerdos.

Un día mamamos la rebelión ante unas bayonetas que se cebaron en cuerpos inocentes. Y fuimos fríos como el acero y violentos como un león que se escapa de la jaula. Pero luego unos ojos puros nos miraron infantiles y misteriosos, y vimos un rostro angelical bañado por la luz de la luna a la espalda de un viejo palacio encantado. ¡Qué noche aquélla, tranquilo cielo de Madrid! ¿Te acuerdas, corazón? ¡Cómo reíste, amigo, y cómo lloraste luego! Tu llanto te hizo hombre macizo. Tus manchas, tus carcomas, tus hediondas piltrafas se borraron pronto ante el baño reden-

tor. Lloraste, y aquel llanto engendró esta sana alegría tuya de ahora. Te hiciste callado como un cartujo, y derecho como un roble, y fuerte como un bloque de acero. El acero, como el hombre, no se dobla a los golpetazos: pero pierde su cohesión ante el fuego, ante el amor.

Y pensábamos también en el Maestro. Nos dijo que el libraco agostaba, y que la mujer rejuvenecía, y que el libraco y la mujer, dando a esta la serenidad del primero, y al libraco el alma apasionada de una virgen, nos harían llevadero y cómodo el camino, nuestro camino. Y fue Thompson quien nos dijo que "en el hombre que ama mucho, la mujer es cosa secundaria en su existencia", y que, al revés, "las energías del hombre que ama poco, las consume la mujer enteramente"; y fue luego una mujer quien prorrumpió en frescas y argentinas risotadas ante nosotros, delante de un pobre sabio, buen mozo, que hizo de su hogar un infierno, y de su mujer un amable conserje de librería. Su mujer le correspondió con largueza, como es frecuente, y ya tuvimos que comentar para dos meses muy corridos.

¡El Maestro! Aquel enigma viviente nos atraía con amor. Nunca era el mismo, y nunca dejaba de ser el mismo. Él, un pasional enorme, padecía de fiebre intelectualista. Barajaba hombres y libros en un monólogo preñado y sempiterno y nuestra curiosidad infantil, como después de recorrer las salas de un museo, se fatigaba pronto.

Volvía a espolearse al día siguiente, comenzábamos a distinguir tonalidades, sombras, claroscuros, distancias y perspectivas. ¡Ah, sí! Nos abrumaba un paisaje tan endemoniadamente complejo. Los hombres pensábamos con la cabeza, y el Maestro discurría con las entrañas; los hombres sentíamos con el corazón, y el Maestro, duro, terrible, seco… ¡zas!, aguaba nuestros entusiasmos con un chirimbolo de aquella pintoresca lógica suya, y nos llenaba de una íntima tristeza. Un día amanecía callado y murrioso; enormemente trágico, como el bufón de Heine, al día siguiente; alegre, chasqueante como el beso de una joven esposa, al tercer día. Y aquellos burros serios, que no reían jamás; y aquellos fariseos, que hacían de su Dios un tiranuelo de pan llevar; y aquellas sobrinas de Don Quijote, cuyo paladar no alcanza sino a percibir la salazón o la sosez del caldo cotidiano, nos aislaron y nos fue muy grato nuestro aislamiento, y de él sacamos la robustez interior.

– El Maestro es así.

– Pues no es así. Es rojo.

– Y yo te digo que es azul.

¡Si, reúne todos los colores, mujeres! Las mujeres armaban un zipizape horroroso. Los hombres sesudos aborrecían al Maestro cordialmente, y el Maestro espoleaba, hería, despertaba a todos. Los unos asestaban los puñales de su perfidia: el pozo de su ignorancia exhibían los brutos, y los buenos, las rosas de la variada flora de su espíritu.

¡El Maestro, el Maestro! ¡Si sabremos nosotros cómo es el Maestro!

Dulcemente fatigados por los recuerdos, nos pesa tanto, nos abruma tanto la alegría interior, que volvemos a charlar. No somos codiciosos de nosotros mismos.

– Me voy a la cama. Es tarde –dice el amigo–. ¡Si mi mujer me viera por estos sitios! y ríe. Ríe, señores ironistas. Ríe con todo el cuerpo, y tropieza violentamente con un pacifico transeúnte que dice "hum". Quedamos, señores míos, en que ríe.

– Espera. Acompáñame. ¡Mira que si mi mujer me viera!

– Si tu mujer te viera, se reiría como yo. No seas simple.

– Mañana regreso.

– Tus negocios son muchos. Por lo demás, yo no quiero retenerte.

– ¡Si vieras lo que tira eso de la mujer y eso del hijo, sobre todo eso del hijo! Estoy deseando llegar para besarle.

– ¡Déjame reír! ¡Cualquiera te reconoce a ti en el antiguo calavera! ¡Ja, ja, ja!

– No te rías.

– ¿Te incomodas, hombre?

– No. No podría incomodarme aunque quisiera.

– Me parece muy bien lo que haces.

– Si, ¿verdad?

– ¡Ya lo creo!

Y mi amigo, con el mismo fastidioso cuidado con que os enseña un propietario su heredad, torna a hablarme de sus cosas. El idilio de aquel hombre sencillo me refresca el corazón. Llegamos a mi casa. En ella se prolonga la plática hasta la madrugada.

Y me deja solo. Necesito llorar, desahogarme. Estoy en plena borrachera cordial. Abro las maderas de mi balcón y aspiro con ansia la frescura del alba. Suena algún viejo carricoche a lo lejos; mi vecino, el jugador, entra en su portal, con fiebre, bajos los ojos y distraído. ¡Le compadezco desde lo más íntimo de mis entrañas! Comienzan los barrenderos sus faenas; rechinan los goznes de alguna puerta. La calle tiene un color azulado mate. Molestos círculos verdes rondan en torno de mis ojos. Las campanas del convento monjil cercano, que tienen un timbre tan puro, saludan el nacimiento del día…

¡Oh, mi amigo, mi viejo amigo de la escuela! Dormirá a pierna suelta. Mañana tomará el tren, llevará un lindo juguete a su joven esposa, que ya ha dejado de jugar con las muñecas, y despertará a su Luisito, que soñará en la cuna, cuando llegue el viajero. Luisito despertará azorado, hará un pucherito en su cara redonda y de nácar, le llamará papá –¡papá!–, y juntará sus manitas en cruz.

¡Bendito seas, niño de mi amigo! Te engendró el amor, mientras los hombres que hoy te manosean llamaban loco a tu padre, porque casó pronto y casó mal. Casó mal, porque tu madre era más pobre que una rata, criatura. Tu padre, niño hermoso, iba para ministro o algo peor; mas se interpuso un ángel en el camino y le torció –eso dicen– la senda de la gloria y de la celebridad. ¿Te ríes, niño? ¡Haces bien! ¿Tú qué sabes de tales bobadas? Con tu caballo de cartón, con tus soldaditos de plomo tienes bastante. Soldaditos de plomo son los hombres, pero muy grandes, mucho más grandes que esos que tú tienes sobre tu cunita. Ya verás cómo pesan mañana sobre tus sueños. Entonces no reirás, gran loco, como ahora. Esos pucheritos moldearan tu rostro en muecas de amargura. Y si no eres fuerte, y si no eres bueno, y si no tratas todas las cosas de la tierra que son santas santamente, añorarás tu cunita, hijo mío.

¿Hijo mío? ¡Ah! ¡Quiero y no puedo decir esto! Verdad es que la paternidad se revuelve en mis adentros con febriles saltos; cierto es también que me inquieta una caja blanca que se esconde debajo de la tierra: es claro que sueño con venideros retoños.

Aquí, donde los tristes viejecillos encorvados han inventado ese perezoso culto a los abuelos, que nos ata a la tradición muerta, nosotros, los que asomamos a la vida para ser sacerdotes de sus misterios, tenemos que desgarrarlo con otro culto: con el culto a los nietos, eslabón del porvenir. No somos tanto consecuencia del pasado como causa viva de lo venidero. Demos de lado al lastre que nos ata a lo viejo, y dejémonos sumergir en el mar de lo espontáneo. ¡Libertad, Amor: enseñadnos cantos de cuna y despertemos con sus cadencias! ¡Tiranía, Odio, Malignidad: idos noramala con vuestros jeremiacos *dies irae*! ¡Al cuerno con vuestras ironías, con vuestras miseriucas, con vuestros preciosismos de oropel! Allí donde haya velas amarillas, pongamos gorritos de recién nacido. Enterremos a los muertos, que es grande y cristiana obra de misericordia, y enseñemos a la boquita del niño el camino de los sagrados pechos de la madre.

¡Y adelante todos, adelante! ¡Hagamos un alto con nuestra compañera, la alegría moza; refugiémonos en ella las noches frías, y adelante! ¡Adelante siempre! Nada de siringas, de laúdes, ni de flautines femeninos. Huyamos de arañar como los gatos de ojos fosforescentes y malignos, y andemos a zarpazos, como el león. ¡Trompas de caza, clamores bélicos, baños de sol! ¡Y a reír, hermanos, sobre todo, a reír!

¡Hijo mío! ¿Pero acaso no ha nacido esta madrugada el hijo mío, que nacerá sabe Dios cuándo? Ya me ha besado, ya me ha llamado padre; os aseguro que he visto entreabierta su boquita, sonriéndome.

¡Esta es, Maestro, mi alegría interior, mi canción de siempre! ¡El hijo, mi presentimiento del mañana!

Nuestro Tiempo (10-06-1907)

El cielo de Madrid[12]

¡Eres inconstante y tornadizo, mi buen cielo de Madrid! Toda la tarde me has estado engañando, mi buen cielo, y cuando me prometías en líneas azules unas horas de paz, luego te enfurruñabas, aparecías hosco y trágico con un manto negruzco, de nubarrones densos y descargabas tus iras sobre los isidros. ¡Qué hermoso estás enfadado, mi buen cielo!

[12] Posteriormente, en febrero de 1911, Sánchez Rojas publicaría en *El Adelanto* otro artículo con este mismo título, aunque distinto contenido (O.C. Tomo I, página 47).

Barres de curiosos las calles, escupes con rabia sobre los sombreros de los gomosos, destrozas los paraguas, trasladan los vendedores sus tenderetes a los portales más próximos, enseñan mujeres bonitas sus pantorrillas no menos bonitas.

Mi buen cielo, has hecho tus hijos a tu imagen y semejanza. Como tú son ellos, hijos de la tiranía de tu color, de la tiranía del alma, de las tiranías sociales. Y descargan y tornan a serenarse. La cuestión es descargar. Nos enfurruñamos una hora, vuelve la serenidad a nosotros y el nubarrón de la rabia torna a acogernos de nuevo. Y la serenidad suprema viene después del trueno supremo. ¿Cuándo sonará el de mi alma, mi buen cielo, tú que la cobijas ahora?

¡Cuántos idilios, sobre la pradera, has roto esta tarde, cielo mío! ¡Pobre Goya! No ha podido ver la pradera esta tarde. Pero he visto los rostros de los isidros que te miraban fieros. Y en los cafés y en los teatros, se han metido esta tarde, maldiciéndote.

A mí también, mi buen cielo, me has dado unas horas de tedio esta tarde. Pero yo no te maldigo; te he gozado mil veces en tus noches estrelladas, en tus amaneceres, en tus crepúsculos lentos y rojos, ¡cielo mío, mi buen cielo, cielo de Madrid, sigue descargando tus iras sobre la pradera, sobre la risa loca, sobre las juergas de coche de punto, sobre la modistilla alegre y el tendero en vacaciones! Y déjanos a nosotros, tus amigos, tus amaneceres, tus noches estrelladas y tus crepúsculos lentos y rojos.

Heraldo de Zamora (17-05-1909)

A la Virgen del Rosario

Ruega por nosotros, los pecadores, Santa Virgen del Rosario; ruega por los que te aman y por los que te odian, por los católicos y por los infieles, por los sectarios y por los tolerantes, por los buenos y por los réprobos, Santa Virgen del Rosario. Ruega por todos, y que por tu intercesión misericordiosa para con tu Hijo, cesen las disputas, los enconos y las querellas de aquí abajo.

Sé lábaro de paz y estandarte de gloria, Virgen María; únenos a todos en el amor a Cristo y ruega por todos.

Eres la Virgen católica, es decir, la Madre universal. Los que te tienen en sus labios no te llevan en el corazón. Ayer tarde brotaron plegarias; a tu corazón de Madre, llegaron las puras y argentinas de los niños, las graves y melancólicas de los viejos, las sonoras y potentes de los mozos. Que nadie calle en la alabanza universal. Que diga el amor su estrofa vibrante y hermosa. Que el odio se retire avergonzado, que la insidia calle, que desaparezca la intolerancia, que reinen en todos la justicia y la equidad.

Tu culto, Madre mía, no puede ser exclusivo de una secta, de un banderín político, de un interés humano. Los que digan eso y propalen eso, te empequeñecen y calumnian. ¡Ruega por ellos, Virgen del Rosario! Tu reinado no será de este mundo, hasta que a él no llegue el reinado de Jesús. Tu culto no es la explotación del pobre, ni la coacción del humilde, ni el rédito usurario, ni el estallido de la intransigencia, ni la exaltación al trono de un mozuelo extranjero y galante, ni el imperio del fusil frente al de la dinamita, ni el reino de la intransigencia frente a las orientaciones de la democracia. Tu culto es otro. Tu reino es el de los humildes, el de los buenos, el de los pobres de espíritu, el de los niños. Tus armas, las del perdón y las de la piedad. Todos somos tus hijos, Madre.

Y en esta España y en este día, todos cantamos tus alabanzas, en la calle unos, en el santuario de la conciencia y en la paz del corazón los más.

Porque, tú, Virgen María, eres popular y democrática. Algunas de tus advocaciones van unidas a la gloria de nuestras armas y a la vida de nuestro pueblo. En Zaragoza, eres capitana de los héroes y enciendes la mecha en el cañón de Agustina.

En Sevilla, la fantasía popular te ofrece cantares ¡las flores más lozanas del pueblo! cuando lloras la muerte y la soledad de tu Hijo. La infantería española rinde culto a tu Concepción Augusta. La Virgen del Carmen es patrona de toreros, y ante tu imagen, en las horas mortales de agonía, confunden la plegaria que te dirigen con el nombre de la mujer amada. Y la Virgen del Carmen vive en los cantares del pueblo y en los dolores del pueblo; llevan su nombre mujeres llenas de garbo y de majeza; reformó la Orden una mujer tan hondamente española como Teresa de Jesús; pidieron su amparo los guerreros de las Navas; fue el pueblo su cantor y su nombre, que recuerda flores y tristezas, jardines de fantasía y surtidores de fuente, tiene la dulzura del encanto y la gracia de lo ingenuamente plebeyo.

Y porque lo es, María, diles a esos que tu culto es patrimonio de todos y que tus hijos son todos los españoles.

¡Ruega por nosotros, Virgen del Rosario; ruega por los que te aman y por los que te odian, por los católicos y por les infieles, por los sectarios y por los tolerantes, por los buenos y por los réprobos!

¡Ruega por todos, Virgen española del Rosario!

El Adelanto (03-10-1910)

El Palacio Pepoli

A principios de este mes escribió el cronista una postal. *Las Lanzas*, de Velázquez; la postal iba dirigida a una italiana, admiradora del pintor español. Quedó la tarjeta en el buzón de un estanco, de allí pasó a la Central, fue sellada, salió para Barcelona en el expreso. Y siguió hasta la frontera, y paseó la costa azul, las orillas encantadas de Cannes, los paseos aristocráticos de los alrededores de Niza. Saludó a lo largo los palacios maravillosos de Génova, sintió de madrugada el frío de Alessandría, visitó con melancolía las estaciones de Parma y de Placencia. A la hora de comer llegó a Bolonia. Iba en un saco, cargó con él el auto, llegó a la estupenda Central de Correos –un palaciote austero del siglo XIII– tornó a ser sellada la tarjetita velazqueña, y una hora después, el cartero dejó en el patio de una casa de la vía Zamboni la postal del cronista.

Amadea –la portera– atraviesa el jardín.

El agua canta en el surtidor.

Sube unas escaleras amplias, llega a un corredor, se detiene a la izquierda; repica con los nudillos el nogal de la puerta.

Una voz cristalina contesta:

– ¡*Avanti*!

Amadea deja la tarjeta y se retira.

Nuestra condesita tiene veinticinco años y una hermosa cabellera negra; los ojos son azules y los labios están húmedos y rojos siempre.

– ¡Ah! ¡Un Velásquez! ¡Come e bello! *"Las meninas" ¿Cosa e questa? Di Rojas. ¡Ah, gentile!*

Del cajón de su mesita –blanca, de nogal– examina unas postales, recoge una. Escribe: "Le deseo un 1911 lleno de felicidad". Gracias por sus meninas. ¿No ha olvidado, a pesar del tiempo y de la distancia, que Velázquez es mi simpatía?

Y firma. Sus garabatos son nobles, firmes, claros. En el anverso de la tarjeta se lee: "Palazzo Pepoli, Bologna"

El Adelanto (18-01-1911)

De los pasados días

Está nevando, amigos míos. Nieva dulce, abundante, copiosamente. ¿Dónde guarecernos? El cronista se ha levantado temprano; ha estudiado unas amables disertaciones sobre la ley del Timbre; merece el descanso. ¿Dónde guarecernos? ¿En la chimenea del Ateneo? ¡Pero si esa chimenea está hipotecada por el doctor Maestre y por el general! ¿En el salón de conferencias? ¡Oh, sí, es una idea! Los troncos de leña se consumen vorazmente por un fuego alegre y retozón. ¡Es tan linda la lumbre en estas tardes de nieve! ¡Se duerme uno tan ricamente en los mullidos sillones de terciopelo!

Y al salón de conferencias vamos.

Apenas se puede transitar. Nuestros paraguas entablan recia lucha con el viento; la nieve cae horizontalmente; las mujeres luchan entre la estética y el decoro.

Y en el salón de conferencias nadie, casi nadie. ¡Ea, a dormirnos! Hacemos girar el sillón sobre las ruedas de las patas traseras, conduciéndole al fuego. Los diputados, los periodistas, los gobernadores cesantes que circulan por los pasillos, vienen de la calle cubiertos de nieve. Sentimos una sensación inenarrable de placer. La nieve cae mansamente sobre los cristales del salón. ¡Lindo es, en verdad, el fuego, amigos! Nos atrae el chisporroteo, la lumbrareda [sic], el tronco fuerte que se rompe ennegrecido, la capa de ceniza que se forma. Y ahora, a cerrar los ojos.

¿Por qué nos recuerda el fuego al hogar? Cuando yo forme el mío... Así, con los ojos cerrados, a trazar el cuadro. Mis dedos de ensoñador acariciarán una cabellera sedosa, rubia, como la de las mujeres del Tiziano.

Y unos muñecos completarán el cuadro. Tendrán una lengua estropajosa, ojos azules y reflexivos, boquita pequeña, manos de rosa. Y contaré las leyendas invernales, donde hay montes y lobos, aullidos y negruras. Y el fuego seguirá ardiendo alegremente, comentando con su chisporroteo, con su crepitar manso, el donaire de la leyenda invernal... Duermo... No sé que ángel bueno protege a las veces el sueño del cronista. Son horas sedantes en que se templa el alma para la lucha; momentos en que se escamotean las tristezas pretéritas por las dulzuras venideras; santos instantes en que se construye la ilusión nueva sobre las ruinas trágicas de la vieja ilusión rota...

Duermo... Y en las horas de inconsciencia del sueño –dulce como la muerte del justo– las ansias de paternidad prematura ponen una honda nota de inquietud. Somos los anillos de la cadena humana; el tronco verde que espera sustituir al ya rojo para quemarse; somos los hijos de nuestros padres y los abuelos de nuestros nietos. Y nuestros amores retoñarán en los brotes que formemos después; retoñarán con las ansias, con los anhelos, que son la vida.

Junto a la respiración bronca del moribundo sonará como música de salida de sol, el llanto del recién nacido, que será el compendio, la síntesis vital de los esfuerzos todos, de todas las luchas de los que le formaron.

En verdad os digo que estoy en la cueva de Montesinos, a cien mil leguas de la tierra. El sueño me dice qué grande es la pequeñez humana, qué breve es nuestro paso por la tierra, qué fuerte la huella de nuestra inconciencia en lo que vendrá después. ¡Si el amor imperase sobre la tierra! ¡Si las tardes de nieve nos cerraran los ojos plácidamente para aportar nuestro grano de ensueño a la vulgaridad cotidiana...!

Mas ya he subido de la cueva.

Una voz estridente me despierta; vuelvo a la tierra. El fuego sigue jugando alegremente en la chimenea. Y los copos cantan una canción lejana, canción de chasquidos, sobre los cristales sucios del salón.

¿Canción de presentimientos? ¿Canción de dulzura? ¿Canción de reproches? ¡Tú solamente lo sabrás, Señor!

A mí, pobre solitario, dame, en estas tardes de nieve, una cabellera para purificar mis dedos ansiosos de caricias, una boquita que lleve frescura a mi boca que ya conoce la maldición, un hogar, unos troncos verdes de encina, unos minutos de ensueño. Y yo te cantaré, porque sabes llevar una niebla dulce a los valles, un soplo de amor a los hogares, un manto de blancura al fuego.

El Adelanto (19-01-1911)

¡Este Madrid...!

Poco a poco, voy tropezando con los amigos antiguos en esta docta casa de la calle del Prado, vulgarmente conocida por el Ateneo.

Y todos, naturalmente, me ponen al corriente de su vida sentimental.

Uno de ellos se ha casado y es ya padre; otro está a punto de casarse; casi todos los demás han roto sus viejos idilios en el rincón de sus provincias. ¡Este Madrid...!

Porque este Madrid, amigos míos, es de una fuerza abrumadora de absorción. La comparación es terrible cosa en todo linaje de achaques, pero en amor es una piqueta demoledora que conmueve los cimientos –para emplear una frase lerrouxista de actualidad– de la Bastilla de nuestros amores provincianos.

La educación femenina separa nuestros sueños de los sueños de nuestras mujeres. Y a la larga, sin causa aparente, la hiedra del hastío trepa por el árbol de nuestro corazón, que comienza a aburrirse plácidamente. Y surge la discordia. Los cobardes continúan con el idilio forzado, sin darse cata de aquellas terribles palabras de Musset, donde se consigna el apotegma de que nada hay más imbécil que un amor sin celos. Los nacidos para luchar batallas del corazón siguen tentando la aventura de la eterna ilusión...

Y estos mis amigos comienzan ahora con el segundo capítulo de sus andanzas amatorias. Han dejado, sin duda, en el rincón de sus provincias –Zamora, León, Santander, Pontevedra– cuitadas que apechugarán para disipar recuerdos con villanos que las vistan, las calcen y atiendan pródigamente a las necesidades de su corazón. Hogaño tentarán ventura en Madrid. Pero en Madrid

acaecerá la misma prosaica aventura de provincias. Y seguirán fabricando nuevas ilusiones con los escombros de las viejas.

¡Pobres muchachas y pobres mozos! Ellas persiguen un marido; ellos la gloria. Y jamás se entienden.

El Adelanto (24-01-1911)

El piano callejero

¡Calla, piano callejero, calla! Vete con tu música bohemia a otra parte; no me turbes ahora; cállate. Cállate, que el brincar de tus notas bullicioso, apresurado, canallesco, trae recuerdos a mi espíritu, ahora en paz, y detrás de los recuerdos vienen inquietudes, y luego de las inquietudes, tristezas, tristezas mansas...

Organillero de carita insolente y morena, de gorrilla hampona, de ojillos cívicos y burlones, que cuelgas de tu labio la colilla apurada; vete ya.

A ti la música te recuerda la Bombilla, el chato, la chula desgarrona, el tupí, la juerga alegre, el vino rojo, los ojazos negros de ojeras violadas. A mí, organillero, no. A mí me recuerda otras cosas. ¡Por piedad, amigo, calla y vete!

¡Calla y vete, organillero de carita morena! Yo no tengo Puras que me esperan, ni Lolas que me dan achares, ni mujercitas de ingenio rápido y pronto que discreteen conmigo. Y esa música suena a tarde de sol para tus oídos y a campana de funeral para los míos.

Esas granadinas ¡son tan tristes, amigo golfo, son tan tristes! Mira, hombre: esa Andalucía que a ti te suena a gloria, a mí me sabe a muerte, a desolación, a miseria, a gazpacho de cortijo, a guitarra de ciego, a morena tísica, a cantaor moribundo, a vaho de cafetucho indecente y descocado.

Y esos ayes que arrancas al piano alquilado y catarroso, al piano que alimenta a tu madre, al piano que surte de pañolones claros a tu chula, esos ayes, amigo, despiertan los míos, los que yo quiero enterrar, allá muy adentro, en las entrañas de las mías.

¡Calla y vete! Rueda con tu piano por las calles donde haya modistas guasonas, donde haya torerillos románticos, donde circulan gentes alegres y desocupadas. Y haz que tu piano cante, que tu piano llore, que tu piano ría, que tu piano brinque.

¡Calla y vete, organillero de carilla insolente, que tienes de trofeo una colilla apagada en tus labios sucios de lascivia!

El Adelanto (28-01-1911)

La bailarina fea

En el Petit-Palais salió a las tablas una bailarina fea. Hizo todo linaje de contorsiones para agradar al público; bailó, cantó con una voz suave, pero desagradable. Luego, saludando a la respetable concurrencia, desapareció por el foro.

El público aplaudió a rabiar. Ya comprenderéis que sus aplausos eran irónicos. La muchacha tornó a lucir sus ojillos pintados, sus cabellos pardos, sus carnes lacias y sus pobres pantorrillas de alambre. El público comenzó a injuriarla. La pobre bailarina fea, con una sonrisa de resignación que era lo único bello que había en su fisonomía, procuró agradar a la gente, pero la gente seguía protestando rabiosamente.

Yo pasé un rato terrible en el Petit-Palais. El cocido de una pobre pecadora estaba en litigio, el empresario, según me aseguraron después, despidió a la bailarina fea. Y he aquí cómo una silba iniciaba un período trágico en la vida de la pobre mujer.

Pero ¿hay algo más grosero, más cínico, más insoportable que un público?

Desaparecen nuestros buenos sentimientos. En las revoluciones se nos contagia el morbo criminal, como en estos cines de pan llevar el espolazo de la carne, y en los toros la barbarie del ambiente.

Desaparece nuestra cortesía por encanto; pedimos, en los toros, la cabeza del presidente; en los teatros, que se quite el pan a una bailarina fea que nos desagrada. Somos la bestia de cien cabezas, de cien bocas y de cien patas.

¡Pobre bailarina! Su sonrisa de resignada era bella, mil veces más bella que la lumbre de lujuria que hace cerrar los ojos, como fogonazo de magnesia, en las burdas farsas que ahora imperan.

El Adelanto (31-01-1911)

El cielo de Madrid[13]

¡Qué hermoso eres, mi buen cielo de Madrid! Alegras, haces cantar, haces reír, haces poetas y haces buenos. He gozado de tu cielo, Madrid mío, esta tarde de sol y me has dado confianza, alegría, reposo, optimismo. Cuanto más me hundes en tu seno, cielo sonriente, más al oído me habla el ideal y me dice que te haga mío, que te posea, que te haga descanso de mi camino y estrella de mi noche.

He gozado de tu cielo, Madrid, en el Parque del Oeste.

Los frívolos no van al Parque. Prefieren el estruendo de la Castellana, la complicidad de las veredas ocultas del Retiro, las Ventas. Al Parque no vienen. No se ve a nadie: no está Canalejas; no está Bombita; no está Gloria Laguna. Hay unas tapias rojas de una cárcel y el telón azulado del Guadarrama. De tarde en tarde, una pareja amartelada en un banco. Y luego, niñas anémicas, mamás gruesas, papás asmáticos, niños, mozos de mirada abstraída...

Pero el sol ha inundado el Parque. Y estos meridionales que aman el sol gozan y ríen y brincan. Y se refrescan los pulmones, y con los pulmones el alma. Y nos hacemos vigorosos, ágiles, buenos. Y tornamos a la lucha confiados y alegres.

¡Este Parque del Oeste...! Yo también conozco sus secretos y sus misterios. Fue mi parque algún día. Hoy me hablaba cosas que no entenderían los ajenos. Pero ni reí ni lloré con sus confidencias. Pasé de lejos, creyendo que en el mar, como en el cielo, dejan menos surco las mercancías del buque que la estela babosa que se alarga, caprichosa, en las aguas agitadas.

El Adelanto (07-02-1911)

La razón

– Yo tengo razón, mozo.
– Y yo tengo juventud, anciano.
– Yo te enseño la experiencia de la vida, incauto.
– Y yo los ojos negros de esa mujer, y las visiones de este ensueño, y la dulzura de aquella rima.
– Hay que saber vivir, mozo.
– Hay que saber amar, anciano
– Yo amé, hijo mío.
– Y por eso beso tus cabellos blancos, y te sirvo de báculo y te protejo y te defiendo.
– ¡Doblégate!
– ¡No, anciano!
– Acepta los accidentes de la lucha. Amóldate al ambiente y protesta luego en tu interior, hijo.
– Pero la substancia, anciano, es el accidente. A un cómico se le muere la hija y tiene que reír en las tablas. ¿Hay cosa más amarga que el clown triste?
– Sí, hijo. El mendigo que pide una limosna a la puerta del circo. Y el mendigo no es un pobre romántico. Es un vago o un canalla despreciable.
– Acaso tienes razón, anciano... Pero sólo tienes razón.
– La vida es como es y tú no puedes cambiarla. Puedes renunciar a tus sueños; pero no a los que en ti cifran las personas que te aman.
– ¡Sí, hermoso es el sacrificio, anciano!
– Bello como una puesta de sol, como una moza de mi tiempo, como el rocío de la hierba al amanecer. Y acepta la vida; sin ella truncas la vida de los ojos que te miran serenos, de los corazones que te justifican, de los que en ti esperan. Y la prosa te llevará al verso, la estridencia a la canción y al alba la noche. ¡Ten tu castillo interior, como Teresa! Los castellanos de esa fortaleza

[13] Existe otro artículo con este mismo título y distinto contenido publicado en el *Heraldo de Zamora* (O.C. Tomo I, página 42).

pasan vulgarmente por la calle, pero dentro llevan su tesoro. Mira yo... Una vez... Y el ancianito cuenta. Y el mozo llora su petulancia deshecha. ¡También la nieve tiene fuego!

El Adelanto (09-02-1911)

La tristeza ambiente

Y esta noche del sábado nos proponemos descansar. Me acompañan un escritor castellano de recia fibra, Carlos Calamita, y el cronista del *Heraldo*, Juan Pujol.

¿Dónde vamos? Apenas lo sabemos; nos dejamos llevar de la corriente; nos dan las once en la calle de la Encomienda; entramos en el teatro Nuevo. Aúlla el pueblo soberano; una mujer gorda –gorda y fea– hace unas contorsiones ridículas. Y comienza una procesión de monstruos, hembras gruesas, hembras cloróticas, rellenas de brillantina, otra menuda y descarada, una tristeza, un desconsuelo. Pujol redobla su tristeza; Calamita ni protesta ni se adhiere; yo contemplo aquello, fuera de la corriente, abstraído, a mil leguas de distancia del espectáculo. ¿Qué más da? El arte de pasar la vida estriba en desinteresarnos de todo lo que es ridículo y deforme, así en el teatro Nuevo como en el teatro de la Princesa.

Dice bien Pujol. Nada hay más triste que la noche del sábado. Los obreros se disipan al calor del chato en la taberna, los estudiantes en el cine, los empleados públicos en la orgía barata y repugnante. Así se prepara la santificación de las fiestas. No hay descanso; hay tráfago triste y descorazonador. No hay juventud, no hay domingo.

Cierto amigo mío que vive en un barrio popular y madrileño dice que la mayor parte de las obreras que se casan en aquellos contornos de su vecindad, son bastante feas. Las bonitas no se casan jamás. Van al cocotismo, a las tablas, al café alegre, al celestinaje de la dama de alto copete. Es que las mujeres no saben defenderse del ambiente de los cines, del espíritu ligero de sus padres y de sus hermanos...

Hemos dejado el teatro Nuevo antes de concluir. Hemos salido tristes y descontentos de nosotros mismos. Luego, leyendo versos de Querol los tres amigos, hemos conseguido que nos oyera el dueño de una lechería y que rodara una lágrima por sus mejillas congestionadas y bobas.

El Adelanto (13-02-1911)

La bohemia

Dicen que Ramiro de Maeztu, al regresar de Londres, dijo:

– ¡Pero si esto está modificado! ¡Ya no hay bohemia!

Y en efecto, como advirtió Maeztu, no hay bohemia. De Emilio Carrere, el último cantor de la miseria, del toreo a las patronas, de la vida agitada y de los bolsillos vacíos, nadie hace caso.

El mismo Amadeo Vives le dijo una serie de cosazas en el teatro de la Princesa. Esto se modifica, se altera, se cambia, se modifica, que diría el señor Amador y Andreu con su riqueza de léxico. Esto se aburguesa, gritará Carrere, llevando a la boca su pipa, su clásica pipa bohemia.

En efecto, nadie cree en el encanto de la miseria, de la pobretería hampona, de la bohemia. Mürger escribió bien cuando escribió aquello de que la bohemia era un callejón sin salida. Si la realidad, con todas sus máculas, es tan despreciable, ¿por qué no conquistar la realidad? Si el dinero vale tan poco, ¿por qué no ganar mucho, pero mucho dinero? Si los goces de la vida son tan fáciles, ¿por qué no rodearnos de ellos, ya que son los únicos posibles?

No hay bohemios. Desaparecen aquellas piñas clásicas de los cafés donde los ingenios epataban a los incautos y dejaban de pagar al camarero.

Casi todos los que vivimos de la pluma nos acostamos temprano y nos levantamos también temprano. Casi todos nosotros vivimos encarrilados, normales, hechos unos buenos chicos.

Casi todos, finalmente, pensamos, para fabricarnos el nido ideal, que el paterno Estado nos sustente, no en solicitud de favores ni en palenque de comadrerías, sino luchando por el huequecito, en empeños de justicia, con programa, tribunal y puntos.

Desaparece la bohemia. Me da miedo verme tan serio cavilando que tal crónica irá a poder del sastre, tal artículo impresionista a manos del patrono, tales cientos de pesetas de presupuesto para un viaje soñado. ¡Y que no falten, señor, esas crónicas ni esos artículos impresionistas! Ellos,

con otra cosa normal que me dé el Estado, dará mañana un vestido elegante a la madre de mis hijos, un despacho confortable, unos libros adorados.

Pero en la disipación de la bohemia ¿quién piensa ya? ¡Demasiados sueños hermosos ha roto esta pobre pluma mía, jugando, para que destroce el único que le queda y del que espera ingenuidad, donaire, alegría y un suave perfume que se desprenda de las flores que huele al pasar!

El Adelanto (15-02-1911)

La noche del sábado

Los que trabajamos toda la semana normalmente, como una máquina, descansamos los sábados por la noche. A la taza de café cargado del Ateneo sucede una taza de agua sucia que tiene hasta café.

Luego, nuestros pies, automáticamente, nos llevan a un cine, al teatro Nuevo, al Kursaal, al Madrileño, al Petit Palais.

Y tiemblo ir a los cines. Voy a divertirme. Gozo viendo gozar al público: el espectáculo me es indiferente. Me sucede lo que con los platos: no me acuerdo nunca de lo que como.

Y tiemblo ir a los cines. Indefectiblemente, en los vestíbulos, tropiezo siempre con algún santo varón que continuamente me predica. Papás respetables de barbas canosas, maridos tiernos que no se hartan de amargarme la existencia con sus idilios incipientes, escritores que alardean de austeridad de costumbres, me han de abordar para decirme:

– Hombre, ¿usted por aquí?

– Sí. Vengo los sábados, mi amigo.

– ¿Y no le parece mal esto?

– ¡Pse! Todo está podrido en Dinamarca. A mí me divierte el público. Ya ve usted: ahora esta gente viene a pedir polkas a Angelita Easo.

– Sí, es repugnante.

– ¿Qué quiere usted? Un pueblo que lee a Trigo, que ríe a Pérez Zúñiga, que está enamorado de Soriano, que se electriza con Carmen Andrés, ¿qué quiere usted que haga?

Y comienza el espectáculo. El moralista ha tomado primera fila y se ha provisto de los gemelos del acomodador. Ruge de vez en cuando, pidiendo el garrotín. Se levanta para iniciar los aplausos; la goza en grande.

El sábado siguiente se repite la escena:

– Hola, ¿por aquí, hombre?

– Sí. Prefiero esto a oír romances a María Guerrero o prosa plebeya a Loreto Prado.

– ¡Hombre, hombre, Loreto, María Guerrero! ¡Qué cosas dicen ustedes los escritores!

– ¡Nada, nada! Me gusta más la Fornarina. ¡Vaya usted a Nelly Nell!

– ¿Dónde?

– En el Kursaal. Aquello es arte. Es una yanquee monísima la señorita Nell.

Y el moralista no va sólo los sábados al cine. Va todas las noches después de las once.

¡Luego es de verle predicar en su casa porque Luisito ha trasnochado un poco o porque Petra la cocinera retrasa su vuelta a casa los domingos!

El Adelanto (20-02-1911)

Aires de fronda

El día no puede ser más desapacible y antipático. Llueve, nieva; las calles, intransitables e intransitadas; frío. Es el de hoy un día de hogar, de recién casados o de recién viudos. Un día para conjugar el pícaro verbo con una buena moza. Un día de familia, de versos de Querol, de alegre fuego en la chimenea casera, de meditación y de recuerdos.

Hoy envidio a los enamorados, a los padres que se miran en sus hijos, a los hijos que tienen hogar, a los felices y a los que aman. Madrid, pueblo callejero, pierde su fisonomía en días como este. Solamente andamos por la calle los que buscamos en la mesa del café el calor de familia que en estos días nos falta, aterrados de la dura frialdad de las casas de huéspedes. ¡Días tristes, amigos!

Recuerdo una Noche-Buena, pasada fuera de España, en que un desgraciado paisano mío y yo, sin hablar, sin mirarnos, prorrumpimos a cantar la melopea campesina "Levántate, morenita", bajo los pórticos boloñeses, como si fuera un himno funerario. Nos ahogaban la soledad y la añoranza.

Y al Congreso hemos ido esta tarde. Aires de fronda soplan también en el Congreso. Se quiere resucitar, a toda costa, el espectro de Francisco Ferrer. Acaso, en el ignorado misterio de las cosas, sea simbólico que se resucite el viejo pleito en un día como hoy. Ferrer fue un hombre sin calor en el espíritu, sin hogar en el corazón; hombre que predicaba el odio a mil setecientos niños que poblarán mañana los presidios españoles. No amó Ferrer, no lloró nunca de alegría, no se acordó de sus hijas en la hora postrera. Estoy releyendo el proceso; aquello es triste y cruel como la llanura en un día frío, cuando el viento azota las ramas de los árboles y gime melancólicamente como una queja.

¡Pobre Ferrer! Como su corazón era sordo, su mollera era fecunda en conceptos burdos. Para él España era letra muerta. Letra muerta para él la madre adorada, la amistad, el amor, el deber, la alegría. Su anarquismo, de analfabeto presuntuoso, concluyó trágicamente, de una descarga, en los fosos de Montjuitch.

Aires de fronda soplan hoy.

Meréceme compasión un muerto, pero no puedo arrojar flores ni verter lágrimas en la tumba de Ferrer. Era despreciable su fisonomía moral.

Fríamente pensando, acaso no mereció otro remate la vida de un hombre que mató la alegría en el corazón de mil setecientos niños en nombre de la razón.

¡Muera la razón que mata en flor la infancia!

El Adelanto (29-03-1911)

Divagación sentimental

El cronista no quiere hoy buscar como tema para sus habituales comentarios, la manoseada política, pero en cambio ha perdido o le han perdido unos pañuelos, hecho histórico que para su vida íntima tiene tanta importancia como los discursos de Soriano o Melquíades, para la historia de las Cortes actuales. Vosotros conocéis seguramente a las lavanderas. Las lavanderas de Madrid visten a sus hijos, a sus viejos, a sus maridos, a sus amantes, con las prendas íntimas de los clientes. Un día desaparecen unos calzoncillos; otro, unos calcetines; mañana, unas enaguas; todos los días puños, cuellos, pañuelos, camisetas de punto. Hasta los más descuidados llegamos a notar la falta de tales adminículos. Y benévolos con los escamoteos, seguimos surtiendo a nuestras lavanderas de prendas de vestir.

Entre todas estas prendas anónimas, el cronista conservaba seis pañuelos sentimentales, bordados por una mano querida, con amor y diligencia. Apenas si se atrevía con ellos a sonarse las narices. Todos eran distintos y todos bellos, con la belleza que da un recuerdo roto, un deseo insatisfecho, una ilusión fallida. El cronista, huésped en todas las cosas, en el amor sobre todo, amaba sus pañuelos, que ostentaba orgulloso como el único salvamento de su naufragio. Pues bien, de esos seis pañuelos, cuatro no han vuelto a sus manos.

Se entrevistó con la lavandera, rogándola encarecidamente que procurase su captura. La señora lavandera habló de su honra y de su dignidad en términos tales, que el cronista, al no preguntar por esas prendas sino por las otras, dudó para sus adentros que todo eso formase el patrimonio moral de la astuta mujer.

Perdido el pleito, encastillada la lavandera en una honra absurda, y el cronista en su candidez de pensar en recuperar lo perdido, soportó, para final de sainete, entre una serie de tacos –los tacos de las lavanderas de Madrid – los consejos que siempre da la experiencia madura a la juventud alocada.

– Lo que pasa, señorito, es que esos pingos, ¡ya me entiende usté! les quitan los pañuelos de los bolsillos pa hacer colección. Y luego ¡velay! pagamos los probes.

En aquel momento histórico, era absolutamente absurdo el aserto de la lavandera. Además es analfabeta la buena mujer. De conjetura en conjetura, no de otra suerte que los historiadores recomponen los acontecimientos pretéritos, he llegado a sospechar que, acaso, la buena mujer ha sido víctima de sus compañeras, las alfabetas, que buenamente la despojaron de mis pañuelos, que habrán ido a parar al bolso de algún tocayo de tufos y gorrilla, pañuelo rojo anudado al

cuello, pantalón ancho y chaqueta ceñida, que leerá el *Cuento Semanal* de los amores de Vicente Pastor y que admirará a Carmen Andrés, con los dineros de su morganática o legítima, la lavandera ladrona.

Y mientras escribo estos comentarios, harto de escribir todos los días de los señores políticos y de sus discursos hechos a parche y a tamboril, sobre todo a parche, advierto que alguno de esos espíritus superficiales que se toman la molestia de leerme, dirá para su capote que a él no le importa la divagación sentimental del cronista. A mí tampoco me importan otras mil cosas de las que tengo que reírme para ocultar con ese disfraz una lágrima resbalona y tímida. Más que el proceso Ferrer, más que Cobián se marche o no se marche, me importaban a mí esos pañuelos, que se han perdido para siempre y que no tornaré a ver nunca.

El Adelanto (31-03-1911)

Drama en el tranvía

El bochorno de la tarde abrasadora me echa del Ateneo, de mi casa, de todas partes. Y me marcho a pasear por calles silenciosas y lejanas. Alguna vez os he hablado de este paseo en mis comentarios. Es el Madrid viejo de la corte de los Felipes, las plazoletas con palacios de torre y cruz donde juegan los niños al caer de la tarde, la campana de una iglesiuca vieja que vierte una canción melancólica y sonora que da paz al corazón, callejas tortuosas que nos recuerdan Salamanca, Toledo, Segovia, Ávila, plazas episcopales de ciudades italianas, añoranzas estudiantiles.

Y no sé cómo, he llegado a San Francisco el Grande. Y luego paseando lentamente, como paseaba don Diego de Torres y Villarroel por las orillas del Tormes, he dado con mis huesos impenitentes en la plaza de Armas del Palacio de Oriente. Los niños formaban corrillos cantando romances; otros jugaban a moros y cristianos; otro, filósofo precoz, contemplaba el telón del Guadarrama desde el balconaje que mira al Campo del Moro. Luz en el ángulo de las habitaciones de doña Victoria; centinelas tiesos, de servicio. Un soldado de un pueblo de Vitigudino haciendo cocos a un ama de cría. Hago votos fervientes para que el paisano se refocile.

Y el tranvía de Pozas, entrada la noche, me restituye a la Puerta del Sol. La plataforma está repleta de gente. El Palacio, contemplado de cerca, resulta pesado, amazacotado, demasiado sólido. De lejos, desde la estación del Norte, desde la Bombilla, contemplado, es airoso y elegante. Y llegamos a la calle Mayor. Frente a la casa siniestra donde Morral lanzara la bomba el día de las bodas de don Alfonso, para el tranvía y suben dos lindísimas muchachas, de veinticinco años y morena la mayor, de diez y siete, con expresivos ojos verdes la más pequeña. La mayor está excitada; en sus manitas enguantadas estruja una carta. La carta es un billete de amor.

– He de romper esto en pedacitos así, así, delante de ese canalla. A mí no se me escribe eso.

La pequeña asiente. Yo pienso en el canalla y en el mal gusto del canalla. Con una mujer así no se debe reñir nunca. Y las muchachas siguen su diálogo, sin advertir, ¡oh, dioses!, que figurarán anónimamente en la crónica de un pobre escritor provinciano que no tiene asunto para hoy.

– Manolo es muy soberbio, Mercedes –replica la chica–. Y tú no debes tolerar esa carta. Has hecho mal en citarle; eso es claudicar.

Mercedes está intranquila. Como el tranvía marcha en cuesta, Mercedes, que no ha encontrado asiento, se mantiene poco firme, de pie en la plataforma. Vibran demasiado sus nervios. La Puerta del Sol está muy cerca y Mercedes siente la ansiedad que se experimenta ante la inminente proximidad de los grandes acontecimientos.

Bajamos en la Puerta del Sol. Espera Manolo junto al evacuatorio. A Mercedes se le ha pasado la indignación. Y con la carta estrujada entre sus deditos, mirando amorosamente la fisonomía algo dura de su novio, el desdeñoso, se aleja del cronista que no volverá a saber nada de sus amores, de su cartita y de su Manolo.

El Adelanto (03-05-1911)

En Recoletos

(*A las seis de la tarde de un domingo. En las sillas, contemplando el paseo, siéntanse en completa vecindad, Luis, mozo de treinta años, soltero, harto amigo de juergas y jaranas, y* DOÑA

CARMEN, de cuarenta y dos, arrogante figura rubia, otoño espléndido, jamona codiciada, casada con el coronel X. La fantasía popular hízola heroína de mil aventuras, en los tiempos felices de don Alfonso XII el Pacificador).

Luis. – ¡Cuánta cara nueva, doña Carmen!

Doña Carmen. – ¡Sí, bobos recién casados! ¡Amarteladitos van los hombres! ¡Mira esa qué pava! Y mira ese otro marido alto, gordo, zafio, con esos zapatorros, con ese flexible lleno de mugre. ¡Toma, se sientan aquí! Ella parece más distinguidita y mucho más joven.

Luis. – ¡Cara de animal tiene el hombre! (*Pausa*). ¡Caballero (al recién casado) no pise usted, hombre! ¡Caramba, con tachuelas y todo!

Doña Carmen. – ¿Y... tú? ¿Cuándo te casas tú, Luis? Es hora de dejar de proteger a las amigas guapas y de sentar la cabeza.

Luis. – No he pensado en eso todavía.

Doña Carmen. – ¡Pues hay que pensar! Lolita Santa Cruz tiene dinero; su padre se metió hasta el codo en una contrata. Carmen... es sensiblera, romántica; tuvo un novio poeta o cosa por el estilo que llevó Romanones a Hacienda. A ver la lista. Pepita, no te hace. A su padre, el majadero, le da por la austeridad y no salen del veraneo al Guadarrama. ¡Hombre, Esperanza! Hasta su ligereza casa con la tuya. Pero... ¿te distraes?

Luis. – Sí. Usted perdone. ¡Estos recién casados...! Él debe ser un epicúreo. El matrimonio va a descomponerlo. ¡Qué piropos la dice! (¡En voz muy baja a doña Carmen!) ¡Epatante! Y ella, coloradita, robusta, recia como un encinar, la perfecta casada del clásico que hará un ama de cría excelente. Debe ser buena. Parece modosita, dulce.

Doña Carmen. – ¡No te fíes! Esas son las más calculadoras, las más frías. Se habrá entregado a él, en frío, sin emoción, como se entrega una negra en un mercado de África.

Luis. – ¡Es curiosa esta luna de miel, aquí, en Recoletos! Él mira, mejor, desea. Ella calla, despegada de todo este barullo. ¡Una chica ideal para mi tío el obispo! Rezará los dieces[14] sin dormirse; será apañadita; me tasaría el dinero.

Doña Carmen. – ¡Falta te hace!

Luis. – La verdad; me gustaría una luna de miel con una muchachita de estas.

Doña Carmen. – ¡No creas en la luna de miel! Fantasías de poetas. Es la época más aburrida del matrimonio. Nosotras comenzamos a conocer a nuestro marido como es, no como le soñábamos. Los primeros días, para cumplir, se queda en casa a nuestro lado. Luego vuelve al café, a los amigos, no sé si a las amigas. De todos modos, es una desilusión. Vosotros vais al matrimonio inválidos. Nosotras, desengañadas, nos vamos desentendiendo. ¡Hasta estéticamente no creas! El amado en calcetines; la amada con hipo o con flato a lo mejor. ¡Una miseria, Luis!

El amor no puede ser como el servicio militar: obligatorio. Los que se aman debieran verse, pero no vivir juntos. Y el matrimonio destapa, chico, destapa la vulgaridad que vosotros y nosotras encerramos.

(*Pausa*).

Luis. – ¡Estos caballeros callan!

Doña Carmen. – ¡Natural! Se lo habrán dicho todo. La tristeza del deseo satisfecho mata el amor, Luis.

Luis. – ¡Y usted me propone el matrimonio!

Doña Carmen. – ¡Sí, un buen *affaire*! Otra cosa, no.

Luis. – ¡El caso es, doña Carmen, que me gusta Juanita!

Doña Carmen. – ¡Pero, si está casada!

Luis. – ¡Precisamente por eso! Cuando reñimos y nadie la hacía caso, tan campante. Luego que se casó, ¡diablos! comenzó a gustarme una barbaridad. ¡No debe irle bien con Cayetano!

Doña Carmen. – ¡Sí, hombre, sí! Se corresponden perfectamente.

Luis. – ¡No sea usted cruel, amiga mía!

Doña Carmen. – ¡Ni tú candoroso! ¡Vaya, te dejo! Voy a tomar el thé con la generala.

Luis. – ¿Muy lejos?

Doña Carmen. – ¡No, en Felipe III!

Luis. – Entonces acompaño a usted.

Doña Carmen. – ¡Como gustes!

Luis. – Es una gloria para mí su compañía.

[14] El rosario.

Doña Carmen. – ¡Sí, eso me dicen todos! ¡Tienes que renovar el diccionario, hombre! Las mujeres queremos flores frescas; no piropos mustios, lilas de trapo, ingenio corriente.

Luis. – ¡Cualquiera sabe lo que quieren ustedes! ¡Ni ustedes mismas!

Doña Carmen. – Ahora hablaremos de eso. ¿En marcha?

Luis. – ¡Sí! A sus órdenes.

El Adelanto (11-05-1911)

Los Isidros

Me he despertado muy temprano esta mañana, a las siete, he abierto el balcón de mi cuarto de par en par y una oleada de rumores que viene de las Cuatro Calles me ha hecho fijar la atención una buena media hora. Gentes del pueblo transitan por esta calle de la Cruz. Hasta el portal de mi casa llega la cola de los que quieren ir a los toros esta tarde.

Dos charros cruzan por la calle de Núñez de Arce. ¡Hay un griterío!... El indispensable organillo desgrana el indispensable vals del *Conde bohemio*, y el organillero dice piropos a una cocinera apetitosa.

Dos curas, satisfechos, gordos, tranquilos, cruzan también por la calle. Mi vecinita, una modistilla morena y vivaracha, habla con el cronista de balcón a balcón:

– ¡Buen madrugón, vecino!

– ¡Sí, hacía ruido en la calle!

– ¡A usted tampoco se la pegan las sábanas!

– ¡Qué han de pegárseme! ¡Voy a ver el santo!

Noto, en efecto, que lleva la mantilla, una mantillita sencilla, lisa, una chaqueta gris de sastre y una falda *entravé*. Está muy guapa. Tiene los brazos carnosos de doña María Luisa de Parma, como aparecen en el retrato de Goya, la nariz recta y firme, los ojos negros y apicarados y el seno palpitante, llevando el ritmo de la respiración.

Es menuda y un poco orgullosa mi vecinita, porque habla de formal con Luis, el hijo de un tabernero rico que va para concejal, porque viste mejor que sus compañeras, y porque se ha dado cuenta que da cruz y raya a los señoritos que la piropean. Yo me llevo bien con mi vecinita, porque aunque la admiro no se lo digo, y estas majas, que tratan a puntapiés a los devotos, estiman, aprecian y hasta se permiten sus confianzas con los que se mantienen serenos en medio de sus encantos. Y mi vecinita, desdeñando olímpicamente a los transeúntes, ha gritado:

– ¿Ha visto usted? ¡Cuánto paleto!

Estoy en mangas de camisa, lectores, lo cual no empece, como diría Pepe el Gallego, para que siga jovial y alegre nuestra charla mañanera. Entre vecinos no hay etiquetas.

– Y… ¿usted no va a la pradera esta tarde, vecino?

– No, vecina.

– ¡Mal gusto tiene usted, hijo! ¡Habrá, juerga! ¡Y no va a estar una cose que te cose siempre! Todas somos hijas de Dios, que es lo que yo digo.

– Y dice usted bien, vecina. Y ahora... de bureo.

– No, señor, a misa. Conmigo viene Ramona, la rubia esa que cose aquí conmigo, ya sabe usted. Un ave fría, vecino. A la niña la salió un novio y el novio salió huido. Y siempre que me pesca, ¡zas!, la historia que él es un ingrato, que ella le quiere. El mismo disco siempre. Es un fono[15] de siete pesetas.

– ¿Y no cambia de disco?

– Ni por pienso. Y no es fea, fíjese usted. Y es una buena amiga, de lo que hay poco, porque a una, en cuando la da por limpiarse y arreglarse, la sacan la piel a tiras así, así.

Y extiende la linda vecinita mía los dedos de la diestra cruzándolos con los de la otra mano, en un gesto gracioso y expresivo.

– ¿Y el novio, vecina?

– ¡Roncando estará ese!

– ¿Y cuando hay boda?

– ¡No corra usted, hijo, no corra usted! No vaya a creerse que me tiene mochales. ¡No es mal tipo, pero el tío está pagadito de su persona y se cree que le adoran todas! Es como el Gaona, que debía mirarse al espejo pa no presumir tanto.

[15] Apócope de *fonógrafo*.

Aparece Ramona en el balcón. Saludos. Las vecinas desaparecen. Salen a la calle. La morena, taconeando, pisando fuerte, me regala una sonrisa y vuelve a repetirme:

– ¡A la pradera, criatura! ¡Qué es San Isidro!

– Y ¿si llueve? El día está poco seguro.

– ¡Miste, se moja!

¿Voy a la Pradera, no voy? ¿Y qué voy a hacer yo en la Pradera, San Isidro bendito, si no tengo que mirarme en ojos bonitos ni oír palabras queridas? Bendice, San Isidro, a tus devotos. Son perezosos como tú lo eras, cuando dejabas la yunta a los ángeles para orar con el Señor. Por eso eres el patrono de Madrid, del ingenuo Madrid, del buen Madrid, de las vecinitas morenas y vivarachas. Perdónalas, San Isidro, si abusan de los callos en los merenderos, si las encienden las palabritas de los mozos, si, por la noche, alguna llora una ligereza. ¡El calor, el ruido, la gente...! Y la mocedad es amor, y el amor es, a su manera, un culto.

El Adelanto (18-05-1911)

En el Retiro[16]

(Tarde agradable, pero gris, que diría un poeta llorón. Cinco de la tarde, frente al Ángel Caído. Poca gente en el Retiro. La frivolidad ambiente prefiere la Castellana. JUANITA, con su mamá –una mamá distraída, castizamente española– juega con la sombrilla, preocupada, inquieta, anhelosa, con algo que espera y que no acaba de llegar. JUANITA inicia con la punta de la sombrilla una M, larga, ganchuda, inconsciente, que revela de todas suertes su inquietud. DOÑA RAMONA, la mamá, beatíficamente, se dispone a contemplar unos dibujos de Méndez Bringa, de Blanco y Negro).

Doña Ramona. – ¡Hija, con el dichoso novio! Este es el mundo al revés. Nosotras esperando, y él de bureo, como si lo viese. (Mirando por todas partes). Y no aparece por ninguna parte. Nos da el plante.

Juanita. – No, mamá. Habrá tenido que hacer el pobre. Han venido unos de su pueblo, y dijo que me vería a las cinco.

Doña Ramona (exasperada). – ¡Son las cinco y cuarto! ¡En fin, paciencia! (Cambiando de tono). Y eso ¿cómo va? ¿Palabras todavía? ¿No se ha insinuado? Porque tú no estás ya para tontear ni para perder el tiempo. El parece formalito... pero de todos modos, cuidado con los formales. ¡Este Madrid es tan grande! Y aunque las referencias le abonan, sin embargo... no te fíes, no te fíes.

Juanita. – ¡Si hace tres meses que le conozco, mamá!

Doña Ramona. – Pero tres meses son tiempo sobrado para que te diga sus pensamientos.

Juanita. – Los leo en sus ojos, mamá.

Doña Ramona. – ¡Déjate de romanticismos, niña! Ahora, las relaciones de moda son cortas. Mira la de Peñalvo. Se puso en relaciones con Matías en Diciembre y se casaron el sábado en la Concepción. No hay nada tan odioso como las relaciones largas; mira la pobre Catalina; cinco años, hija, cinco años hablando con aquel locatis de Tomás y todavía está soltera y sin novio. ¡Son unos canallas los hombres, créeme a mí, son unos canallas los hombres!

Juanita. – ¡Pero Manolo no lo es!

Doña Ramona. – No te digo que sí ni te digo que no. Eso... el tiempo.

Juanita. – ¡La verdad es que tarda, mamá! (Pausa. Juanita mira hacia el paseo de coches. Lanza, un grito de alegría).

Doña Ramona. – ¡No seas súpita! ¡Ni aunque el dichoso Manolo fuera el príncipe de Asturias!

Juanita. – Para mí, es eso y mucho más. (Con deleite). ¡Es mi novio! (Aparece Manolo con la lengua fuera. Saluda a la mamá y se sienta al lado de la niña, roja y bonita como nunca).

Doña Ramona (Con indignación contenida). – Esos paisanos le han ocupado a usted mucho tiempo.

Juanita. – No, mamá; es pronto.

Manolo. – Si, me he retrasado. Perdonen ustedes.

[16] Existe otro artículo publicado con este mismo título, aunque distinto contenido en *El Diario de Huesca* (O.C. Tomo IV, página 48).

Doña Ramona (Con hipocresía). – No faltaba más. ¡Era una broma, hi... jo! Pero... hablen ustedes, (Doña Ramona torna a Méndez Bringa).

Manolo (a Juanita, en voz baja). – ¿También tú estás enfadada como tú mamá?

Juanita (ídem). – ¡No, hijo! Ni mamá, la pobre. Ya la conoces. Porque mamá te quiere.

Manolo. – ¡Pues bien lo oculta! No me había enterado.

Juanita. – ¡Sí, Manolo, sí! ¿Y qué cuentas, hombre? ¡Tenía ganas de verte! ¡Pudimos hablar tan poco esta mañana! Papá es así; serio y hosco... ¡pero más bueno, si vieras! Ya me ha echado algunas puntaditas en la mesa, no vayas a creerte. Dice que el señor Rodríguez habla bien de ti, de lo mucho que trabajas en la oficina, de la buena carrera que haces... Pero yo... quiero saber de ti algo más que tu nombre. Un poquito más sé, pero nada más que un poco. No me hablas de ti nunca, de tu pasado, de las cosas tuyas, de tus pecadotes gordos que los tendrás, herejote. Yo quiero que te confieses... si tienes confianza en la confesora... en tu Juanita.

Manolo (Halagado y un poco teatral). – ¿Para qué, Juanita? El recuerdo ¿vale más que la esperanza? ¡Y la esperanza eres tú... unos nenes!

Juanita. – ¡Calla, Calla!

Manolo. – ¿Por qué? ¿No dices que quieres que te cuente cosas mías?

Juanita. – ¡Eso sí, hombre!

Manolo. – Esas son mis cosas, mis esperanzas, lo único que tengo. ¿Mis recuerdos? ¡Bah!

Juanita. – ¡Si, no está mal bah! Habrás tenido mil novias. Di, ¿eran guapas?

Manolo. – ¡No me acuerdo! Pero, mujer ¿vas a tener celos?

Juanita. – ¡Puede ser!

Manolo. – Como no te expliques...

Juanita. – Si, hombre, a eso voy. Cuando me seguías, allá en Enero, desde que averiguaste por el hablador del sereno dónde vivía, dijiste a aquel amigote tuyo, al alto –que, entre paréntesis, me es muy antipático– que yo te gustaba porque me parecía a Mercedes. Y aquello se me grabó. ¿Quién será Mercedes?, me decía yo. Y me molestaba de una manera atroz el parecido. Este –me decía yo a solas– viene a repetir la suerte porque la Mercedes esa le gustó. Luego, siempre que te he preguntado, has vuelto la hoja. Di, ¿quién era Mercedes? ¿Me hace don Manuel el favor de decírmelo?

Manolo. – Tan pesada te pones...

Doña Ramona (interrumpiendo). – ¡Paseemos! (Los novios se levantan, Doña Ramona vigila a distancia, siguiendo la repulsiva costumbre).

Juanita (firme). – Di... ¿Mercedes?

Manolo. – ¡Pues Mercedes... es Mercedes!

Juanita (exasperada). – Sí, Paquito es Paquito. ¡Hijo, es ya un atraso el teatro de Echegaray!

Manolo. – ¡Fue una novia mía!

Juanita. – Y la quisiste.

Manolo. – Si.

Juanita. – ¿Mucho, mucho?

Manolo. – Como a ti, no.

Juanita (pensativa). – Eso dirías a Mercedes de su antecesora, lo que a mí me dices de Mercedes.

Manolo. – Y eso diría Mercedes a mi sucesor... que como a él, a ninguno. Y eso dirás tu a mi sustituto.

Juanita. – ¿Luego piensas dejarme?

Manolo. – ¡O tú a mí!

Juanita. – ¡Eso, nunca!

Manolo. – ¡Si, mujer! Cuando tengas donde elegir.

Juanita. – ¡Ya he tenido! ¡Parece mentira que me digas eso!

Manolo. – Yo he sido más discreto. No te he preguntado de tu pasado.

Juanita.– ¡Es verdad! ¡Será que no te interesa! Pero es igual: no lo tengo.

Manolo.– ¿Ni un cadete, ni un estudiante, Juanita?

Juanita. – ¡Vaya, bobadas!

Manolo. – ¡Y figúrate que yo quiero saber esas bobadas!

Juanita. – Pues yo te las cuento. Mira, una vez...

(El grupo llega a la puerta de Alcalá, Juanita y doña Ramona se encaminan hacia la plaza de Toros a buscar al papá y marido respectivamente. Manolo se despide, siguiendo, a lo lejos, entre la multitud).

Doña Ramona. – ¡Tarde perdida! ¡Debes de indicarle algo!
Juanita. – ¿Yo... mamá?
Doña Ramona. – ¡Tú, tú, naturalmente!

El Adelanto (19-05-1911)

Doña Urraca

Doña Urraca es la usurera del pueblo. Presta al catorce cuando no puede prestar al diez y seis. Es recia, enjuta, alta, estirada. Unos ojillos vivos y fríos, se mueven detrás de los quevedos; un pecho escuálido alienta cuando llaman al portón de su casa. Unos dedos largos y finos acarician mimosamente los billetes de banco y los créditos usurarios.

No es vieja doña Urraca. Se dijera que no tiene edad. Frisa en los cincuenta, pero puede llegar a los setenta. Casó con un buen mozo hecho al ahorro a la economía y a las santas costumbres, y de aquel matrimonio nacieron unos hijos, ya talludos.

Doña Urraca aumentó el acervo conyugal. Con tres mil pesetas, hizo seis mil duros, y con seis mil duros llegó, rodando los años, al millón, a su millón. Y aquel dinero, desparramado por los contornos de la comarca, aumenta pródigamente, todos los años. Doña Urraca es caciquesa. En los documentos –¡los documentos son documentos! – se hipoteca el voto para los deudores y sus hijos. Doña Urraca, de esta suerte, influye en el pueblo, sirve al candidato de orden, ejecuta al desleal y no es menos severa con el leal. Y el espantajo es una institución en el pueblo.

Dos libros conoce al dedillo doña Urraca: la Guía de pecadores y el Código civil. Acaso ha desentrañado mejor los artículos del segundo que las soflamas retóricas de la primera. Sabe doña Urraca que quien hizo la ley, hizo la trampa, y es ducha en toda suerte de escamoteos, de infamias, de chanchullos, de crímenes chicos.

Es muy devota doña Urraca. No pierde las misas domingueras ni las diarias. Con el alba se levanta. Contempla las peluconas amarillas del arcón, el balduque de los papeles pringosos. Saca la onza de chocolate de la mesa de la despensa; exclama: "¡Ay, Señor!"; viste su falda de merino obscuro, su corpiño; encuadra la cabeza gris en una mantilla vieja. Y marcha a la iglesiuca. Pide a Dios que sea duro con los pecadores –los pecadores son los morosos– y quiere contratar con él, pidiéndole un ladito en el trono de la gloria –¡ay que gusto!– a cambio de unas misas, que siempre la parecen muchas, y de unas pesetas que siempre la parecen demasiadas...

Esta es doña Urraca.

El Adelanto (21-06-1911)

Tristeza

Dios mío ¿para qué escribir? ¿Para qué ir contando a las gentes cosas que no te preocupan, ni te conmueven, ni te exaltan? ¿Para qué adornas, pobre payaso, de cascabeles tus nalgas para que las gentes rían con tu donaire, se inquieten con tus preocupaciones postizas, lloren con tus dolores imaginarios, sufran con tus lágrimas de alquiler?

¡Detente, pobre pluma de mis amores, tú que sonríes para no llorar, tú que inventas farsas para cubrir de olvido tus amarguras íntimas!

Sé discreta y cauta, cáliz de su sangre que borbota roja, santuario de tus penas, que vas falsificando, a fuerza de vestirlas de artificio. ¡Pobre pluma, detente y calla!

¿A qué agrandar tus penas, convertirlas en malestar cósmico, tornarlas en queja universal? ¿Qué importan a nadie tus dolores, corazón? Eres un grano de arena del desierto triste, una gota de agua del mar amargo, un sapo más que croas en el estanque de la vida para llamar la atención a los mortales. Crea tu soledad que será tu fuerza. Hazte tu silencio que será la expansión de tu plática. Créate tu cárcel, que se tornará en libertad y en campo abierto.

Y mientras, sufre y ama. Sufre por tus crímenes inconscientes, por tu ausencia de delicadeza, por los senderos que no supiste hollar, por las bocas que no besaste, por las ilusiones que no supiste cobrar en realidad, porque tus quejas de ahora son la semilla de tu error de antes. Y ama a todos, a los amigos y a los enemigos, a los propios y a los extraños, a los que arañaste con la crueldad y acariciaste con la ternura, a todos, que son tus hermanos, y que, como tú, tienen su verdad en su interior.

Y ahora que la tristeza te abate, pobre payaso, que adornaste tus nalgas de cascabeles, clown de circo que golpeas la pandereta cuando suena a hueco tu corazón, perdona. Perdona y olvida; sacrifica tus instintos vitales, desgarra tus entrañas con los garfios del olvido, diseca tu corazón brutalmente, al aire libre, sé el verdugo de ti mismo, tu víctima y tu juez. Y calla "y reza".

Y convierte, hijo mío, tus blasfemias en oraciones.

El Adelanto (24-06-1911)

De paseo

¡Berr, berr! La bronca bocina del auto hiende los aires con un alarido de queja.

Por la calle de Alcalá, repleta de tranvías, de simones, de landeaux, el auto se escurre, se desliza suavemente, aprovechando un hueco, insinuando una curva, orgulloso de su fuerza y de su agilidad.

¡Berr, berr! ¡A la Castellana! Es la hora del crepúsculo. Muellemente recostados en el auto, contemplamos los peones –los pedestres, diría un académico– que van en busca de luz, de aire y de frescura. ¡Berr, berr! El mecánico ha parado de golpe. Dos congresistas, atortolados, no sabiendo la dirección que habían de seguir, han hecho oposiciones a una muerte segura. ¡Conserve Dios los puños del mecánico!

Y reprende su marcha el auto, velozmente. La velocidad despierta en nosotros una sensación de placer. Hay pocos coches en el paseo todavía. Dueños del campo sigue la bocina con su melopea quejumbrosa. Minutos después, ya en fila, el auto pasea discretamente, regodeándose, como pasean los curas y los boticarios en los pueblos.

En la Castellana, a la hora del crepúsculo, un paseo en auto o en coche sugiere distintas impresiones a las de un simple paseo a pie. A la larga, es mucho más aburrido y cansado. Todos los días los mismos coches, las mismas caras, los mismos cocheros, las mismas libreas, los mismos caballos. Es un acto de presencia que tiene algo de ritual, de hierático.

La horizontal de moda se presenta en la Castellana como la moza de caudal en los salones. Pasa un coche galoneado: Romanones. Luego un landeau eléctrico: la duquesa de Tal. Luego una berlina de alquiler con el tubo del auriga un poco abollado: la Fulana y su perrito. Después, un derrengado coche de plaza, de estridencias metálicas y de caballejo ruin: dos empleados, dos estudiantes de buen humor. El coche da la medida del dueño; los hay austeros, blasonados, con señoronas graves; pretenciosos, de *parvenus* alocados; ruidosos, llamativos, de bilbaínos, recién llegados; ricos en apariencia, pero con macas, con un mullido de paja que se exhibe vergonzante, de la horizontal que se ha gastado cuatro duros; coches de plaza, democráticos e igualitarios.

Pronto se recorre la lista. El senador de ceño rugoso que está meditando una enmienda concienzuda a la ley de presupuestos. La duquesa de rancia estirpe y de mirada indiferente, recostada en el asiento con gesto desdeñoso, como si fuera a posarla el pintor Béjar. La moza de partido, recién pintada, de orejas brillantes, de toilette chillona, que repite sus pobres caricias con los ojos que quieren sonreír y lloran. La niña pálida, con seis millones de dote y una colmena de abejorros alrededor de los millones. El banquero que desde la cárcel del despacho ha venido a respirar con deleite a la Castellana, a la caída de la tarde. El *punto* provinciano, con los apéndices de rigor. El bilbaíno, ruidoso, satisfecho, que medita una cena con champaña y ostras. El eterno cazador de dotes, nuevo Narciso que ensaya posturas elegantes y miradas de encendimiento.

¡Berr, berr! El automóvil hiende los aires con un alarido de queja. Se abre paso. Abandona el paseo, las caras conocidas, los cocheros, lacayos, *grooms*, blasones, libreas, galones, mecánicos, políticos, marqueses, banqueros, horizontales, empleados y estudiantes conocidos. Sube por la calle de Alcalá, donde torna a iniciarse la consabida fila de los que pasan todos los días, a la misma hora y en los mismos coches, la calle de Sevilla. Descendemos del auto, estiramos las piernas y la bocina del auto, ya sin carga, sigue con su triste melopea.

El Adelanto (30-06-1911)

Adiós, Madrid

¡Con qué placer, amigos míos, llego a la estación del Norte, pago mi billete, arreglo el enojoso achaque del equipaje, compro una guía, me proveo de tabaco, fumo nerviosamente, pido una almohada, me sacudo de la prosa de estación!

¡Adiós, Madrid! ¡Adiós, Madrid de mis amores, cielo limpio, paisaje adusto, mujercitas morenas y vivarachas, golfos de los organillos, golfos de la Prensa, golfos de la política, golfos de la banca! ¡Estás imposible de calor, Madrid amigo! ¡Adiós, cupletista del Trianón, chulo de la calle de Sevilla, mujer que quise un día y que ya me olvidaste, amigo que esperas la gloria y vives en una buhardilla, torero sin contrata, niña clorótica que esperas anhelosamente un novio, ministro que te dejas adular, olvidando que así subiste tú, trepando; Ateneo de pupitres viejos, barrio de Salamanca aristocrático y señorial, adiós todos! ¡Adiós, hasta Septiembre!

Y ya el tren sale resonando metálicamente su tambor gigantesco, lanzando a los aires una queja ronca y melancólica. El traqueteo del tren es propicio a los sueños. Es el confesonario de los que, perdidos en la multitud, perdidos en nosotros mismos, vivimos poco a solas.

A fantasear. El sueño es la fortuna de los que no tenemos otra. Sacudimos el pesimismo y sonreímos. ¡Bah! Nuestra tristeza de hogaño bien vale nuestra alegría de antaño. A veces nos creemos verdugos y somos víctimas. Amamos las cosas y las personas porque las hacemos bellas caprichosamente. Roto nuestro sueño, desaparecen; reanudado, tornan a aparecer. Son fugaces como estos palos del telégrafo que va dejando atrás el tren; misteriosas como la sombra del campanario de esta aldeuca perdida en la llanura; tristes porque pasaron a indiferentes, soberanamente indiferentes, ante la serenidad del mundo. ¡Qué pequeños somos, Dios mío! Como yo, habrá ciento, mil, cien mil, un millón de muchachos que van añorando en un tren, en cien trenes, en mil trenes, sus inquietudes. Y la noche, magnífica, nos envuelve de frescura. Y en estas llanuras de quietud dormirán los niños sus sueños de inocencia. Y mañana saldrá el sol, dorará el campo, cantarán las alondras, mañanearán los labriegos y nuestra pena se disolverá en la augusta monotonía de la creación.

¿Para qué afanes, para qué esperanzas, para qué dolores? ¿Por qué no renunciar a todo, sentir la humildad de la anulación, la resignación del fracaso, la tranquilidad, la muerte interior del que nada quiere y nada espera? ¿Por qué no sentirnos fuertes en nuestra propia soledad, solos en nuestra propia fuerza?...

¡Villalba! Dos minutos. Una señora. Una muchacha enlutada, rubia, de ojos azules. Trunco las meditaciones por la observación. Unas frases de iniciación, una charla desmayada, un abanico que se cae, unas gracias apagadas de la muchacha de luto. Van a Palencia. ¿Se come en Segovia? Sí, debe comerse en Segovia. Y hablamos de Madrid, ¿cómo no?... La conversación desmaya. Cierro los párpados. Vuelvo a mi mundo interior.

Segovia. Se come en Segovia. Y torno al tren y no encuentro a la señora y a la niña enlutada de Villalba. Si mañana despierto pronto, en tierra asturiana, y mis huesos no están quebrantados, os hablaré, desde Oviedo, de mi despertar en Pajares, atento a la ventanilla del tren y a los ponderados paisajes de la tierra de Pidal, de Melquíades y de Palacio Valdés.

El Adelanto (11-07-1911)

Doña Ignacia

Doña Ignacia ha subido en Medina al tren, ha ocupado el mismo departamento que el cronista, ha suspirado tres o cuatro veces, se ha despojado del sombrero, ha endosado sobre mis piernas estiradas un cabás formidable, y ha exclamado:

– ¡Ay, pollo, dispense usted!

Me he incorporado y he mirado con ojos inexpresivos, con ojos de sueño, a doña Ignacia. Doña Ignacia se ha encargado de despertarme del todo. Va hasta Oviedo, ¡Dios me asista! Asturias meció su cuna, los paisajes de Asturias son los mejores y los más ricos los jamones de Avilés. Y torna a suspirar. Se ahoga en Castilla, en sus llanuras, entre sus gentes. Y sus exuberantes senos ondulan espantosamente, al compás de la respiración, cargados de sebo, de libras y de calor.

Doña Ignacia se casó en Castilla en sus mocedades, que deben ser tan lejanas como la batalla de Covadonga y la muerte de Fabila por un oso. Su marido, un descastado, la separó del terruño natal, pero ella se venga ahora, viniéndose solita a Oviedo, despertando a los dormidos y contando sus cuitas a los indiferentes. Torno a turbarme; doña Ignacia sigue hablando, hablando. Vengo harto acatarrado y doña Ignacia se encarga de abrir las ventanillas de par en par. Estornudo; insinúo débilmente que cierre, pero doña Ignacia da en la flor de decirme que admira los *panoramas*, que en su casa tiene un estereoscopo con vistas, que en Palencia tiene un primo que bajará a la estación a saludarla y que ya cerrará. Pero no cierra doña Ignacia. Y lo que es peor, no se calla, y no deja de suspirar.

La voluminosa señora no se está quieta; hace una requisitoria en los departamentos, visita el retrete, halla cómodos estos carruajes de primera, manchados y mugrientos y se admira de la velocidad del tren. ¡Ay, es progresista doña Ignacia! Y además de progresista, maternal. Comienza el interrogatorio:

– ¿De dónde es usted, joven? ¿De Madrid?

– Sí. De Madrid.

Me ahorro explicaciones.

– ¿Y se ha casado?

– También.

– ¿Cómo no ha traído a su mujer?

– Porque está loca; adora Madrid en verano.

– ¡Qué gustos, señor! –suspira doña Ignacia–. ¡Lo bien que estará en Asturias!

– Eso le he dicho yo –replico– pero a ella la tira más la Castellana que Gijón.

– ¿Y tienen nenes, joven?

– Sí, dos –replico imperturbable.

– ¿Niños?

– No, pareja, una parejita deliciosa, Pepito, rubio, y Manolita, morena.

Doña Ignacia suspira. Ella perdió una perla, señor. Y en el sainete asoma su seca carantoña la tragedia. Un sarampión se llevó la perla ¡ay, Jesús!

En León sigue hablando doña Ignacia. Yo consigo dormirme entrando en el Principado. No veo Pajares. En Mieres, al lado de Oviedo, me despierto.

No hay artículo impresionista. Echad la culpa a doña Ignacia que me ofrece su casa al llegar a Oviedo.

El Adelanto (11-07-1911)

La romería del Carmen

– Y ¿usted no baila?

– No, no sé bailar.

– ¡Ay, qué gracioso! ¿De veras?

– De veras, Carmina.

– ¡Claro! Tendrá su mocina en Madrid el pícaro. Y por eso no baila.

– No tengo mocina, Carmen.

– Pues aquí bailamos mucho. Nos reventamos a bailar. Con el fresco, da gusto. ¿De veras no baila?

– De veras no bailo, Carmina. Y dígame, ¿no hay muchachos por aquí? No los veo.

– Esos...

– Esos ¿qué, Carmina?

– Esos no nos quieren a nosotras. Son especiales. ¡Cuando yo le digo que son especiales!

– ¿Y en qué consiste la especialidad, Carmina?

– En eso, mire; en que son retraídos y huraños. ¡Como si nosotras les fuéramos a comer!

– Usted, Carmina, respira por la herida a lo mejor. A lo mejor, un novio.

– No, bobadas, cosas de mocinas.

– Las bobadas, eso que ustedes llaman bobadas, son lo más peligroso. A ver, cuénteme.

– ¡Oh, se reirá!

– Al contrario. Siempre es un desahogo. Y yo soy un buen amigo. Me han dicho que Antonín…

Y Carmina se torna roja, como las amapolas en el campo. La luna reparte su claridad desde la cumbre de los picachos. El Sella, murmura dulcemente. El pianillo ha comenzado un vals.

– ¡Antonín, no crea! ¡Se lo habrá contado *ese*!

Ese se defiende. No, no me ha dicho nada. Lo he descubierto yo, porque siempre que habla de Antonín carga la mano en la injuria. Y la injuria... ¡bah! Siempre que parece que odiamos, queremos. El que no tiene odios en su alma, tampoco tiene amores. Cosas de clavo pasado. Carmina... Antonín, en Oviedo, claro, se echará otra novia y la herida escuece. Antonín es muy simpático, por lo demás...

– ¡Ah, mucho, muy simpático! –dice con ironía la pobre Carmina–. ¡Qué penetración! ¡Usted se lo ha conocido luego!

– ¡Sí, luego de conocerle, Carmina!

Y sigue el paseo. Y sigue la luna guiñando. Y sigue la animación en el baile. ¡Antonín! ¡Pobre Carmina! La invito a charlar; Antonín, un asiento.

– ¡Aquí, Carmina, hacía grandes elogios de usted!

Y es Antonín, ahora, el que enrojece, y Carmina, la fuerte y la disimulada. ¡Pícaro amor, que así descubres a los mortales!

– Antonín, ¿quiere sidra?

– ¡Ah, no, gracias!

– ¡Hace mucho calor! –insinúa maliciosamente Carmina–. Está irrespirable la calle, Antonín.

– No, tanto –replica tropezándose el estudiante de Oviedo,

Y hay paces. Una ligereza es una ligereza. Antonín no puede olvidar a Carmina, ni Carmina a Antonín. La luna ha roto la niebla.

El campo se ilumina. Cinta de plata parece el río. Una hoguera relumbra a lo lejos. El gaitero de Bardón hace suspirar la gaita que llora, ronca, las desdichas del triste.

¡Dulce Asturias, da paz a Carmina, da paz a Antonín! Ilumínales el sendero de la vida, sirve de posada a sus inquietudes, de tabernáculo a sus amores.

– Vaya, señores, –tercia Rodrigo– al mar pelillos.

– Carmina –replico–, ¿ve usted qué serias son las bobadas?

Y la asturiana rubia y menuda, de ojos de cobalto, quiere ocultar una lágrima de gozo que asoma vergonzante mejillas abajo.

El Adelanto (18-07-1911)

El mar

¡Amigo mar, buenas tardes! Te saludo porque eres el ensueño, el escamoteo de la realidad, la trompa con la que engañamos el juego de la vida, porque eres grande y noble y fiero. Amigo mar: desde esta peña veo cómo te encrespas, cómo baten furiosamente tus olas el acantilado, cómo ruges roncamente, ante la majestad de la tarde, ante el silencio sepulcral del puerto humilde, ante el azul cobalto del cielo y el fuego del sol.

Amigo mar: te saludo porque eres rebelde. No te han dominado los hombres todavía: acaso no te dominarán nunca.

Cuando te enfureces, te enfureces seriamente. Tus entrañas tragan hombres, joyas e imperios; tu cólera no tiene límites; eres sordo a los ayes y a los lamentos; ruges como un león y en tus imperios de monstruos fosforescentes de abultada panza, y escamas de metal, se despedaza lo que reúne afanosamente la codicia humana. Amigo mar; eres grande y bello, eres inmenso como el amor y como el odio, las dos únicas pasiones que nos ennoblecen.

Envidio, amigo mío, tus hombres. Esos marinerotes atezados, curtidos por el sol, trágicos, soñolientos, que se emborrachan en las tabernas del puerto, que hoy están en Gijón y mañana en Marsella, dentro de ocho días en Liverpool y dentro de quince en Buenos Aires.

Envidio esos pescadores humildes, que conocen a medias tu secreto, que saben la furia de tus tempestades y la dulzura de tu alma, que ponen exvotos a una virgen morena y miran la vida como cosa pasajera. Tienen tus hombres algo de tu rudeza, amigo mar; algo de tu bravura y de tu fuerza.

Muéstrame tus secretos, tus mundos de algas, tus monstruos, tus cuevas, tus imperios, tus entrañas. ¿Es la vida agradable en tu recinto? ¿Se pelean la prepotencia, la riqueza, el egoísmo, la lujuria, el afán de nombre? ¿Eres tan miserable por dentro como la tierra?

Amigo mar: llévame lejos a otras playas, con otras gentes, a otros climas lejanos, a países remotos. Estoy harto. Me duele esta monotonía, esta sucesión de horas interminables sin placeres nuevos y sin dolores nuevos, esta eterna compañía de nosotros mismos, esta cárcel sin aire, este mundo interior sin amores, esta vida sin juventud. Descúbreme tu grandeza, en toda su inmensidad.

Hazme cambiar continuamente de lugar. Renueva mis impresiones de tal suerte que no me des sazón para rumiarlas. Hazme juguete de tus veleidades, amigo mar. Quítame toda conciencia de espacio y tiempo, todo recuerdo, toda esperanza. Y cuando te canses, que también tú serás inconstante, mar amigo, escúpeme de tu seno y que el rugido de tus olas cante mi funeral, con el cielo sólo por testigo. De tumba sirves al menos.

Aquí nos peleamos por cuatro palmos; tu eres más generoso. Tragas, pero no aprietas. Ofreces tus tesoros a la víctima y le das una tumba indigna de él, pero digna de tu grandeza y de tu poder.

El Adelanto (22-07-1911)

Las verbenas

– ¡Qué hemos de hacer las rapazas sino bailar! –observa una chiquilla traviesa, menuda, vivaracha, morena, que danza como una peonza todas las noches, sudorosa, jadeante; contenta de la vida y de sus opulentos diez y ocho años.

Y todas las noches se baila en Cangas; todas. Anoche resfrió; cayeron unas gotas; vino del monte un airecillo. Pero volvieron al monte el aire y las gotas y el frío. ¿Qué hacer? Los rapaces estaban consternados. Yo tuve una idea providencial. La seriedad del cargo[17] me impone altos deberes, pero no seguramente el de no divertirme. Y compré unos cohetes de bomba que hendieron el espacio y detonaron furiosamente.

Los rapaces se echaron a la calle, se encendieron unos faroles, se improvisó una velada; tomé asiento al lado de los notables y luego me escabullí como pude a la vera de las rapazas bonitas, que son muy lindas en esta vieja corte de don Pelayo. Y tocó el organillo. Y se bailó hasta la una. Y no se interrumpió la tradición de tomar el fresco; el amor andaba en el empeño, pícaro y travesuco, como niño mal educado que es.

En estas verbenas estivales no hay distinción de clases. Bailan graciosamente confundidas, señoras y siervas, opulentas ricachonas y pobretucas de solemnidad, señoritas y artesanas.

La corte de Faraón, El conde de Luxemburgo, todas estas porquerías eróticas que nos ensucian los sentidos en Madrid, pierden, a distancia, su perfume acre de lujuria, su saborcillo picante y amostazado. El aire de los pinares dijérase que purifica la música esa de chulería cortesana y de erotismo vienés. Danzan las rapazas seriamente, como si la danza fuera un rito, como si ellas fueran sacerdotisas del culto de mover el cuerpo y de marcar el compás. Y danzan santamente, por necesidad fisiológica, sonriendo a las personas graves, apicarando el gesto con candor provinciano, pidiendo "por favor" una silla cuando las notas del organillo van a morir lejos, entre la frondosidad de los castaños, confundiéndose con su lento y suave murmullo.

¡Las verbenas de Cangas! A mi me exalta y conmueve esta impetuosidad, este fuego de mozos y mocicas cuando llega la noche y la frescura nos echa fuera de nuestra vida corriente.

Así como cuentan que hay obispos que no ordenan curas que no conozcan la malilla y el basto, porque las cartas alejan de otra casta de protervos devaneos, así también todo el que rondase una bella, debiera saber danzar antes, danzar como un pajarito a la vera de la amada apretando dulcemente su cintura, apagar el balbuceo de una voz que no dice nada porque quiere decirlo todo con el ritmo de una danza casta, señoril, majestuosa, ligera, amable, risueña y alegre, como la danza de las verbenas veraniegas de Cangas.

El Adelanto (24-07-1911)

Coplas

Y canta la voz:
En toda la Quintana
ya no hay quien baile,
que se murió la moza
mejor del valle.

Y la voz ruge, llora, suspira mimosa, calla... Y la gaita impreca rugiendo. Y los mozos callan extasiados. Y las rapazas quieren llorar ante esta desgracia que evoca el poeta popular, llanamente, sencillamente, sin comentar, porque el comentario lo hace el oyente...

[17] Entre julio y agosto desempeña el cargo de registrador de la propiedad interino en Cangas de Onís, puesto que obtiene gracias a la mediación de Isidro Pérez Oliva.

La música popular asturiana que conozco hasta ahora, es de una gravedad dulce, que se queja sin maldecir, que llora sin dar voces, un poco fatalista, un poco escéptica, mimosa y mansa, con el mimo y la mansedumbre del corazón fuerte. No sabe ser zumbona, ni cruel, ni epigramática; narra, cuenta, suspira, llora, nada más. Y la monotonía del canto largo, que tiene un cierto dejo misterioso y ancestral, deja en el alma un ligero poso de inquietud...

El amor inspira casi siempre el cantar de la montaña. Habla de amores desgraciados y melancólicos de sueños rotos.

La nena mejor del valle que muere, la moza que se casa con un mal hombre, codicioso, hijo de indiano, la rapaza confiada que tiene un desliz por pasión. No es tan rígida esta causa como la nuestra. Es más tolerante con el amor, con la juventud. Es más vieja y generosa. Admite las Magdalenas arrepentidas y no las arroja en el muladar como nuestra sequedad castellana.

Y canta la voz:

En toda la Quintana
ya no hay quien baile,
que se murió la moza
mejor del valle.

Y la gaita llora en un *Dies irae* trágico.

El Adelanto (25-07-1911)

Oración[18]

¡Nuestra señora de Covadonga, Virgen remota a quien rezaron hombres rudos y bravos, ruega por nosotros, los españoles, ahora, sobre todo ahora! Extiende sobre nosotros tu mirada de piedad, Virgen de Covadonga. Ruega por los sectarios, por los catalanistas, por los bizkaitarras, por toda la farándula soez que reniega de su pueblo, de su raza y de sus amores. Sirve de símbolo en la falacia de la época. Di "España" donde los mamarrachos dicen el mundo, Europa, Euskaria o Catalunya. Danos un sentido nacional, español, nuestro, Virgen de Covadonga morena. Arroja el sarraceno de nuestro suelo, el judío de nuestro tenducho, el pedante de nuestra comunión mental, el insincero de nuestro afecto, el frívolo de nuestra compañía, la mujer fácil de nuestros sueños, el gabacho de nuestra amistad colectiva. ¡Virgen de Covadonga española, ruega por nosotros, los españoles!

Santa María: eres española aunque naciste en Judea. Nuestra cuna es la que elige el corazón, no la que impone la naturaleza caprichosamente. El pueblo español, caballeroso y romántico, hizo un culto de tu amor de madre. Vences en las Navas bajo la advocación del Carmen; vences aquí en Covadonga creando a España; inspiras a hombres fieros; te maldice el sarraceno con injuria; te bendice el cristiano con unción. Eres nuestra fantasía, nuestro corazón y nuestra entraña. Virgen de Covadonga. Dulcinea espiritual de nuestras andanzas, Santa María, sigue incubando nuestro ideal de plenitud. Crea nuevos hijos que abofeteen sarracenos cuando maldigan tu nombre; crea nuevas Teresas henchidas de amor por tu hijo; emborráchanos de ideales; llévate esta anemia estúpida, esta pereza, esta atonía que nos postran. Llena de vino rancio la bodega vieja y que el sentido español de mis hijos del mañana sea continuación del sentido español de mis abuelos del ayer.

¡Virgen generosa, haz que sigamos nuestra cruzada en Marruecos! Después de pelear durante seis siglos contra tus enemigos naturales salen ahora los gabachos, los gabachos que venciste en Zaragoza, con la peregrina especie de que no es misión nuestra conquistar el mundo a cristazos, llenando las mezquitas de cristos tétricos cuajados de sangre y de vírgenes morenas de ojos parleros. Castiga esa profanación, virgen de Covadonga. Conoces bien el franchute: es ligero, vanidoso, tonto, teatral, parlachero, falaz. Danos aventuras; déjanos conquistar tu reino; vencidos y maltrechos, todavía podemos lucir en pistas nuestro valor por España y por la Dama. Aleja la cautela, el cálculo, el disimulo de nuestro ánimo; haznos como tu devoto y nuestro señor don Quijote, esforzados y generosos. Que no se cierre nuestra leyenda ante un balance contrario, Virgen de Covadonga. Queremos verter nuestra sangre por ti, Santa María. ¡España, España!

[18] Con este mismo título, y contenido diferente, hemos localizado otro artículo de Sánchez Rojas publicado en *El Castellano* (O.C. Tomo I, página 33).

llenen de contenido, de savia ese árbol glorioso. ¡Hazla una afirmación frente a la negación, a la petulancia y a la estupidez europeas!

¡Escucha mi oración, Virgen de Covadonga, en estos peñascales de Pelayo, en estos montes de Fabila, en estos sotos de don Alfonso el Católico! Danos el culto, la religión del patriotismo.

Danos una misión que realizar. Di a los indiferentes que la Patria es el reino del ideal, la conquista del bien, la ciudad futura que se edifica entre canciones de amor. ¡Y llévate esta anemia, esta pereza, esta atonía que nos postran, Virgen de Covadonga!

El Adelanto (27-07-1911)

Amor

– Paez que se pasea mucho por la calle –observa el venerable don José.

– ¡Otra, esta es la tercera vez que le encuentro! –susurra Ángel.

– Por esta vez se equivoca, que la rapaza salió. Pero vendrá luego –dice oficiosamente Luisito.

– ¿Se registra algo, amigo? –pregunta con ironía el capitán.

– Sí. Se pasea la calle. Se pasea la calle y gusta la rapaza, amigos. Es una linda flor del valle. Es callada, bondadosa, inteligente, dulce; es muy linda la rapaza. ¿Dónde tenéis los ojos que no os habéis dado cata del fuego de su mirada? ¿Y dónde los oídos que no os ha embrujado el hechizo de su voz? ¿Y dónde el corazón, amigos, que no salta pleno de vida, entre sobresaltos y desmayos? Y su gesto breve, ¿no lo conocéis mejor que yo? Y el calor tibio de su mano ¿no llena de calor la vuestra? ¿Es fuerza que un pobre peregrino de amor os descubra la joya humilde, inconsciente de su valor, oculta, reidora como un ángel, suelta como un pajarito en la nieve, despierta y viva como buena montañesa? ¿Os maravilláis de mi maravilla, os asombráis de mi asombro? Sí; se pasea la calle y gusta la rapaza, amigos.

Gusta mucho la rapaza. Aquí os quedará luego. Los peregrinos no tenemos casa puesta, ni patria conocida, ni amor constante. Vivimos al día; vivimos del crédito en achaques del corazón. Pasamos sin quedar sobre las cosas y los afectos. Incubamos amores para que los desflore gente ruin y soez. Nos conformamos con ser los primeros en el recuerdo. Al herir, nos clavamos la punta del arma en el corazón. ¡Linda rapaza, flor de un día; quiero tu brote pero cedo tu fruto a otro!

¡Corazón, corazón; a la inquietud eterna estás condenado, al eterno anhelo! No salgas de tu paso de andadura; sé libre y sé solo. Deja la terrible verdad al soez; quédate tú con el ensueño. No sigas un camino porque renuncias a los demás. No conozcas el terrible desengaño, la comedia de la emoción, la vulgaridad de la vida corriente; toma de las mujeres su poesía, su amor y deja a Sancho su prosa, su compañía. El pensamiento vale más que el acto; el beso más que la posesión; más la crueldad que el disimulo. Julieta hubiera dejado de serlo poseída por Romeo. En las tapias azules del jardín de Verona no hubiera besado la luna la frente de los novios, si una dueña quintañona les hubiera mostrado estancia obscura donde holgar y colmar la dicha de los enamorados.

Haz de las mujeres incidente pero nunca historia. No seas el hombre del amor necio, de la mujer cínica y del lecho único. Serás estéril para ti mismo y para los demás. El matrimonio es la muerte de la ilusión, porque es la verdad y el noviazgo el principio de la dicha porque es la mentira. El día que nace el marido muere el amante y el día que brota la mujer con sus pequeños disimulos, con su espirituelo conservador, con su hipocresía de buen tono, con su ironía de anemia mental, muere la amada para siempre.

Mira la rapaza, háblala, pero gusta de ella en silencio. Acaso te guste porque es lo desconocido. Mas, en el fondo, es mujer. Pasea la calle pero no hagas en ella el hogar de tu espíritu. ¡Y no te arrodillas nunca más que ante tu madre!

El Adelanto (01-08-1911)

Un encuentro

– Pero ¿tú aquí? –dice la rubia mimosa y dulce saludando a un muchachote algo tímido que abre los ojos desmesuradamente, reconociéndola.

– Sí, yo aquí, ya lo ves...

Fuera, llueve insistentemente. Se ha suprimido la corrida de cintas por el temporal. Las gotas golpean tristemente el suelo; en el salón, un vals dulzarrón comienza a desarrollar un motivo insípido.

– ¡Sí, yo aquí!

Y ambos, los novios antiguos de Madrid, aprovechando la complicidad de la muchedumbre, inician un diálogo apagado. Ella se casó ya; él, no. Tornan a verse después de dos años. A ambos les parece tan nuevo, tan difícil el encuentro, que antes de lanzar una palabra, la miden, pesan y ajustan a su sentir.

– ¡Pues yo tengo mucho gusto en verte! –insinúa el muchachote, algo sofocado...

– ¡Y yo a ti también! –corresponde ella débilmente, como si en su voz oyera el eco de una tercera persona.

Y han pasado otros cinco minutos inacabables. Los dos conocidos se miran, se miran, pero no se hablan. Se miran mucho. Se dijera que se creen bajo el efecto de una pesadilla enojosa, de un sueño molesto.

Y los dos quieren ser fuertes. Ella no dice nada acaso porque lo dice todo. El muerde nerviosamente la punta de un puro, sin atreverse a formular un juicio. Y ella, rompiendo el silencio:

– ¿Te acuerdas cuando reñimos? –exclama y lanza una carcajada que no halla eco en su pecho.

– ¿Y tu marido? –rompe él, audazmente.

– No está aquí hoy. Marchó con unos amigos. Volverá el domingo.

Fuera, sigue lloviendo pertinazmente. Se deshace el baile. Ambos se dan un fuerte apretón de manos. Y ríen rumorosamente. No sería osado predecir que luego ha temblado en los dos una lágrima.

El Adelanto (31-08-1911)

Diálogo

El Amor. – Buenos días, vieja. ¿Cómo van esos achaques?

La Experiencia. – Cuídate primero de los tuyos, jovencito. Ahora estás en la edad de la locura; disipas la vida tontamente. ¡Ay de ti cuando quieras recogerla y te des cata de que la has disipado con prodigalidad!

El A. – Está bien, mi vieja. Eres sensata y sesuda. Pero no tienes más que razón. En cambio, yo no tengo más instinto que mis pasiones. Odio y quiero porque sí. Donde sopla el aire, allí está mi veleta.

La E. – Pero la vida es razón.

El A. – No lo creas; es amor.

La E. – La razón es maestra de la vida.

El A. – Al contrario, vieja; es esclava alquilona de la vida. Tasa sus miserias, sus retrocesos, sus caídas. Sabe disimular y mentir. Es agua fría en el fuego; paso de andadura en marcha veloz; ripio en la estrofa, vida en la muerte.

La E. – La experiencia es madre de los sabios.

El A. – ¿Y qué valen los sabios, vieja? ¿Les ahorra toda su ciencia el dolor de haber nacido? ¿Les libra de la muerte? ¿Les priva de los achaques, de las dolencias, de los sinsabores de toda laya? Yo amo más la inspiración, el deseo, el instinto...

La E. – ¡La inspiración, la inspiración! ¡Pobre mozuelo sin experiencia! Corcel loco es la inspiración; irracional, salta por los precipicios a pique de hundirse en ellos. Guía soy, en cambio; guía segura y faro luminoso.

El A. – Faro luminoso ¿para qué? ¿Para moverse en las tinieblas? Tu amiga la razón es un escamoteo; es tan hueca como un sofista vulgar de plazuela; se alimenta de palabras. No sabe cantar. Y yo canto, y me estremezco y vibro. Mi vieja, desdeño los consejos de tu amiga la razón.

La E. – Perecerás.

El A. – ¿Y qué importa perecer después de haber amado?

La E. – ¿Y cuándo hayas dejado de amar?

El A. – Entonces, en lugar de razonar mi dolor, de deducir consecuencias prácticas de él, de sacarle como tú un interés usurario convirtiéndole en regla segura de conducta, me pondré a edificar un amor nuevo.

La E. – ¡Joven, joven, no nos entendemos!
El A. – Indudablemente, vieja mía; así es como tú dices.

El Adelanto (04-10-1911)

Velázquez

Don Diego de Silva y Velázquez, ha sido nombrado, por real despacho, aposentador del Rey don Felipe IV. El pintor es viejo, ha cumplido sesenta años; Rubens le ha proclamado el pintor más grande del mundo; Juana Pacheco, su esposa, casi está convencida de que su marido, a pesar de su genio tornadizo y variable, es un hombre de talento. Un paje llama en el aposento de don Diego; repasa el artista las cuentas del rosario, sentado en un flamante sillón de cuero; saluda el paje "¡Buenas noches!". Al pronunciar el nombre del Rey, pónese en pie el artista.

– Sepa vuesa merced, señor don Diego, que su Real Majestad se ha dignado concederos el hábito de Santiago.

Velázquez, con una profunda inclinación de cabeza, agradece la merced de don Felipe. Dialoga brevemente con el paje; don Diego es hombre de pocas palabras y de largos silencios. Por sus ojos sagaces y melancólicos, llenos de la mansa ironía del que ha vivido mucho, del que ha amado mucho, desfila la caterva de los caballeros de Santiago, fieros con su cruz roja bordada al pecho, fieros con su chambergo petulante y señorial. Y don Diego sonríe.

– Decid a mi señor don Felipe –manifiesta al escudero– el contentamiento que en mi ánimo ha producido su real merced.

El pajecillo sale de la estancia. El leve matiz de ironía que se ha dibujado un momento en los ojos del pintor, colora su faz, se trasmite a sus músculos, desciende a sus labios y se trueca en una sonora, en una formidable carcajada. Hay mercedes sangrientas. No ha pasado nunca, con sus pinceles gloriosos, de ser un doméstico del Monarca, como un bufón, como un pajecillo ducho en tercerías de amor, como el gozquecillo fiel que se acuesta a los pies de la rubia infanta doña Margarita, como la horrible enana que dice cuentos de gnomos barbudos y de princesas encantadas a las infantitas, como el frailuco mercenario diestro en el catar el rojo vino de Italia y presuroso en referir chismes y contumelias de la corte al señor. Acaso quiere llorar el viejo artista, pero ríe. ¿Él, caballero de Santiago? ¿Él, aposentador de la Majestad de don Felipe? Mas don Diego es un viejo caballero cristiano, sufrido y humilde, y torna a repasar las cuentas del rosario y a sentarse en el flamante sillón de cuero. La comunión con la divinidad inunda su espíritu de consuelo; las plegarias a Santa María llenan su espíritu de paz. Y piensa...

Piensa que su venganza es cumplida. Sus pinceles han sido despiadados con el busto de don Felipe.

Repasa su cuello bovino, sus mandíbulas salientes, sus labios lujuriosos, sus ojos inexpresivos, su frente ancha, pero hueca. Y ahora sí que ríe don Diego de veras. Hombre al fin, piensa en lo sabroso y en lo eterno de su venganza; quizás en lo sabroso, quizás en lo eterno de ella...

El Adelanto (09-10-1911)

El Ticiano

Ni la maravilla del color, ni el sentimiento del paisaje desaparecen con los años en este pintor singular.

Ticiano es ya muy viejo. Ha cumplido ochenta años y sus manos conservan la firmeza de la mocedad y la sensualidad del amor. Su góndola, regalo de la opulenta duquesita de Ferrara, le exhibe todas las tardes en el Canal Grande, con el gorro veneciano que le tapa la cabeza, con los ojillos vivos y alegres, con la nariz fina y aristocrática, con las barbas blancas y luengas, recostado en su felsa, departiendo ora de serios negocios diplomáticos con el Dux, ora de enojosos pleitos de ducados, coronas y florines con los merchantes extranjeros, ora de suaves y deleitosas pláticas de amor con una damisela que tiene el cuello rosado como Flora, que tiene los ojos claros y ancha la frente como *la Bella*.

Venecia adora a su pintor. Su pincel, pagano y elegante, ha inmortalizado las glorias de la República. Carlos V, amigo íntimo del Ticiano, dice la leyenda que le ha recogido unos pinceles caídos en tierra, cuando le inmortalizaba con su mandíbula saliente, con su aire gotoso y melan-

cólico, jinete en soberbio alazán, a la hora del crepúsculo, en los campos de Muhlberg. Ha sido huésped de los Este en Módena, de los Gonzaga en Mantua, del príncipe don Felipe en Milán, de los Farnesios en Roma. Pero él prefiere Venecia con sus canales verdosos, con sus palacios de mármol, con sus *vícolos*[19] estrechos y silenciosos, con sus mujeres alegres y rubias, con sus procuradores solemnes y pedantuelos, con sus góndolas de penacho engallado y de andar de flecha, con sus violines que lloran, roncos, cuitas de amor a la caída de la tarde.

Messer Pedro Aretino acompaña en su góndola al pintor glorioso que oye, embelesado, las picardías, licencias y desenfrenos del escritor amigo. Describe el desnudo de la condesa Linda que propone al pintor como modelo:

– Acaso para un asunto religioso, insinúa maliciosamente Messer Pedro...

Ríe Ticiano de buena gana y con él Aretino. El sol se oculta detrás del puente de Rialto y las aguas del canal se enrojecen, como si fueran un lago de sangre. Las campanas de San Marcos rompen el silencio de la tarde. Del palacio ducal surge la góndola del Dux; detrás, escoltándola, cinco góndolas más, ligeras y soberbiamente empenachadas.

Saludos, aclamaciones. En la Giudecca, cantan unos chiquillos,

– Mirad, mirad –exclama Aretino–. ¡Es linda, por Baco! Dicen, que es amante del conde Julio. ¡Buen bocado, por Venus!

Y tornan a reír los dos amigotes. Los dos piensan en lo mismo...

El Adelanto (11-10-1911)
Tierra Soriana (31-10-1911)

Día de difuntos

Tañen las campanas con tristeza, hoy día de los difuntos. La tradición venera a los muertos, y para los que no disponen de flores del recuerdo, hay flores de trapo en abundancia. A nosotros, los jóvenes –Dios me perdone la sinceridad– no nos cala alma adentro el lúgubre tañido de las campanas. Como el Tenorio, repetimos, "tan largo me lo fiáis..." y pensamos en la muerte como en una cosa dulcemente lejana. Y es que para morir, creemos que tenemos que vivir antes. Para nosotros comienza la vida ahora.

Y sin embargo, hay muchos que mueren sin haber vivido verdaderamente. Y otros que viven en apariencia, pero que están muertos por dentro. Y hay otros que murieron la vida de la carne y viven; los padres en los hijos, los santos en sus devotos, los genios en sus admiradores.

Y tú, lector o lectora, dime: ¿vives solo vida de carne? ¿Te has sentido para vivir del todo, parte del todo, de lo infinito, de Dios? ¿Has muerto en parte y vives en parte? ¿Has muerto del todo o vives del todo? Con sinceridad dime: ¿no eres el espectro, la sombra, el esqueleto de ti mismo? ¿No ha muerto tu ritmo interior, la ilusión que te era más querida, la alegría que esperaste y que no llegó, el mañana que anhelabas tontamente como San Agustín para vivir la vida del espíritu?

¿Eres feliz? No, no me respondas eso; no te creo. Si eres feliz desearás un presente sin futuro, un hoy sin mañana, un momento actual, como el de ahora mismo, sin el que venga y sin el que marchó. Si eres feliz, no acariciarás una esperanza, ni forjarás un sueño, ni desearás cosa alguna. ¿Y no deseas nada, ni forjas nada, ni acaricias nada? ¿Morirías ahora satisfecho de ti mismo? ¿No has muerto en parte, lector?

Sí, sí has muerto en parte; todos hemos muerto en parte. Deseamos lo que marchó y deseamos lo que vendrá, pero cuando venga, desearemos más y siempre más. El tiempo, es una sombra; no hay presente, sino un pasado que presente nos enojaba y un futuro que cuando sea actual nos enojará también. De los muertos nos separa sólo la ilusión del tiempo. Ellos vencieron la cuesta y nosotros empezamos a vencerla.

Hoy doblan por ellos; mañana doblarán por nosotros ¿qué más da? La tierra, con burlona indiferencia, nos recogerá a todos.

Amigo mío: es tu fiesta hoy y tú te engañarás creyendo que vives verdaderamente. ¿Vale tu juventud los sueños que te proporcionó de adolescente? ¿Vale tu vejez los anhelos de tu edad madura? ¿No te molesta tu odiosa, tu monótona, tu etérea compañía? ¿No rectificarías tu vida después de tu muerte? ¿Acaso no la estás rectificando?

El Adelanto (03-11-1911)

[19] Callejones

Como siempre

Como siempre está el salón de conferencias, como siempre *Azorín* sestea con su carota de fraile casto y con sus ojos azules, insondables y napoleónicos. Un repórter adula a un ministro y el ministro sonríe al oírse llamar "eminente" por el turiferario del cuarto poder. Burell hace temblar la cristalería con su voz bronca y antipática, afirmando que el país no puede seguir por estos derroteros.

Un grupo de chicos de la mayoría hablan de Luisa, una estrella de los mundos planetarios del género flamenco.

Un amigo de Azzati confiesa que han comido la partida al zascandil valenciano. Salillas, rascándose la barba, sigue estudiando los crímenes de Cullera desde treinta y dos puntos de vista. Un redactor de *El Imparcial* continúa hablando mal de Cierva, como en los tiempos clásicos. Los conservadores dejan envidiar a los liberales sus magníficos gabanes de pieles.

Como siempre está el salón de conferencias; como siempre... Sonríe Zancada, retorciéndose los bigotes, dignos de un currutaco de fines del siglo XVIII. Canalejas deja caer los lentes a cada momento y sigue estrechando las manos de sus amigos con la misma gravedad de antaño. Soriano, con sus amigotes, formula en un rincón unas amenazas. Rafaelito Gasset, Rafaelito, deja al descubierto su cabeza recién adobada por el peluquero. Santiago Alba, al desgaire, luce un grueso anillo en el dedo índice y se atusa la barba con un gesto picarón. Un gozquecillo de la Defensa Social, hablando a voz en grito con un adversario de tertulia, afirma que este procede sin lógica en sus afirmaciones y que es forzoso partir de principios claros y evidentes. Recuerdo, oyéndole, ciertos apuntes de mis primeros años de carrera.

Conozco de memoria esta lección, amigo mío, por haberla repasado muchas veces en mis horas de hastío ¿a qué seguir? Luce un buen sol en la calle y en la Castellana están Luisa, Pepita, Mercedes, las amigas de todos los años, con los sombreros absurdos y las faldas *entrevées*.

El Adelanto (06-12-1911)

Meditación

Torno a leer *El elogio del silencio,* de Maeterlintk. Amanece. Rechinan los goznes de las puertas; un color verdoso, nuncio del día, ilumina la calle. Las campanas de San Sebastián, que tienen un timbre tan puro, tañen sonoramente.

Y yo, encerrado en mí cuarto, alimentado artificialmente por un café malsano, sin una alegría íntima que me haga vivir intensamente, perdido el ritmo del corazón, advierto que tengo el espíritu como una caja sonora. Todos los sonidos se graban en él. La puerta que se abre, el gozne que rechina, los pasos del noctámbulo que se alejan, la campana que tañe, el vaho de grato calor que surge de las casas que se abren. Y releo *El elogio del silencio.* Y cierro el libro del poeta belga. Y medito fumando, envolviendo mi rostro en las bocanadas de humo que empañan de sutil neblina azul, la lámpara eléctrica de la habitación.

Y medito... no sé en que medito. Es la mía una meditación inconsciente, una batalla entre el cuerpo fatigado y el espíritu despierto como nunca. Medito en el silencio, el gran misterio del amor.

Las almas que se aman verdaderamente se entienden por el silencio, con el silencio, a través del silencio. Gozan de las armonías que no se inician, de las frases que no pueden pronunciarse, y, a pesar de todo, se hablan. Se hablan con el silencio. Si este se rompe, se rompe el hechizo. Si este se quiebra, el amor, avergonzado, huye del calor de nuestra alma.

¡Oh silencio, divino silencio, alma del mundo!

¡Y qué grosera es toda palabra, mi Dios! Nuestras emociones más grandes, nuestras ternuras más íntimas, las alegrías más puras y los dolores que no cesan de sangrar, no saben expresarse. El lenguaje se ha hecho para la carne; para el espíritu el silencio. La palabra es máscara y el silencio verdad. Con una sola palabra que no es palabra, con un ¡ay! arrancado del hondón del alma, nos saluda la madre cuando nos desgarramos de sus entrañas; con un ¡ay! enlazamos nuestros brazos con los de la amada; con un ¡ay! lloramos en nosotros las amarguras de nuestros hijos. Las pasiones más complejas, los sentimientos más humanos, al traducirse, se vierten en las sencillas expresiones.

La fatiga del poeta que no encuentra su rima, del pintor que no acierta con su línea, consiste en eso: en que no es expresable nuestro yo, nuestra prolongación anímica en la danza de las co-

sas y de las apariencias. Un imbécil está siempre satisfecho de su obra; un hombre de ingenio, no. Nunca puede expresar lo inexpresable, porque el silencio es a nuestro mismo yo, nuestra razón de vida, nuestra angustia por la afirmación, nuestro primero y pobre escalón para la conquista.

Todas las disputas de los hombres, todos los juegos de palabras, nacen del silencio; no es que no nos entendamos; es que somos distintos. Tu diccionario espiritual, traducción de tu silencio, no es mi diccionario espiritual, traducción del mío.

Fingimos, aparentamos entendernos: eso es todo. Pero no nos entendemos nunca, porque el proceso amoroso de mi pensamiento se fragua en mi silencio, que tú no conoces, y tu proceso mental en el tuyo, que no conozco. Amor es para mí una cosa y para ti otra. Porque tu, al pronunciar esa palabra, no me puedes comunicar tu sentido, tu gesto, tu calidad de tono, tu mueca amarga o tu mueca alegre, que traduce tu amor y que es, a la vez, pobre y servil copia de tu silencio, de tu «verdad interior» que decía el Apóstol, de lo que en ti reside. Y esa no la incorporas a mi lenguaje, al lenguaje de todos, al lenguaje universal, amigo mío.

Grande es el mundo para la carne ¡pero que cárcel más angosta es para el espíritu, para el silencio, para el amor; hermano mío, amigo mío! De ti no conozco más que la sombra ¡de mi no conoces más que la sombra también, lo que flota, lo que no soy yo, mi palabra! Pero mi silencio se te escapa, como a mí se me escapa el tuyo. Le asomamos un momento en la palabra que es sombra, en la palabra que es ficción, que es apariencia.

La Vanguardia (10-02-1912)
El Adelanto (02-02-1912)

Filosofía callejera

Madrid anda de higiene peor que el último rincón de Marruecos. Realmente no se puede transitar por las calles. El barrio de Salamanca, por ejemplo, es un lago, mucho menos bello que el Leman, pero bastante más sucio. Sitios hay, la calle de Hermosilla pongo por sitio, donde no se puede caminar de ninguna manera. De seguir el temporal, tendremos que encargar unas gondolitas a Venecia para salir del paso.

Luego, este Madrid es un pueblo donde la gente no sabe caminar. La calle entre nosotros es un fin y no un medio. Vamos a la calle para que nos vean, no porque tengamos forzosamente que pasar por ella para ir a alguna parte. En realidad de verdad, no vamos a ninguna parte. La casadera se exhibe en la rúa para que la vean; el provinciano para extasiarse ante el escaparate; el torero y el cómico han tomado por asalto la calle de Sevilla y la acera de Gobernación; las rumbosas, entre dos luces, rondan la herradura que forman la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo. Por la calle de la Montera, pasan los salmantinos a las doce.

No encuentro grandes diferencias entre Madrid y Alba de Tormes, la verdad por delante. En Alba, a las doce de la mañana, toman el sol en la plaza las gallinas de una estanquera y el perro de un sastre lerrouxista, amigo mío. En Madrid, el que quiera ver la venerable panza del señor Barroso, pase por la Puerta del Sol a las once y dos minutos; el que quiera ver el cabello rubio de *Manon*, tome café o chocolate en el Oriental, a la una de la madrugada.

Volviendo a la calle, se advierte pronto que en Madrid no hacen vida de hogar más que los que no pueden hacer otra cosa.

Yo tengo amigos que conocen las asiduas de las aceras tan bien como yo conocía las caras de las salmantinas, en mis años de estudiante, dando vueltas a la plaza Mayor, después de la misa de San Martín. Y todos nos conocemos, no sé de qué, pero nos conocemos. Todas las fisonomías nos saben a vistas y retevistas[20].

Algunos, como Isidro Pérez Oliva, conocen el censo completo de la población.

Madrid es un pueblo grande. Los pillines que se imaginan pasar de ocultis no saben que sus aventuras son, a la media hora, del dominio público. Si quieres que todo el mundo te vea, vete de picos pardos; te harán traición tu mismo atolondramiento, tu misma torpeza. Si mentando al rey de Roma luego asoma, no hay nada como guardar el dulce y sabroso incógnito para que te vean los que, después, pasarán el rato murmurando a cuenta tuya...

El Adelanto (12-02-1912)

[20] Así en el original. Seguramente una errata por *requetevistas*.

Del archivo ajeno

Apenas hay cosa de más dulce y suave filosofía que leer cartas viejas de amores pasados. Nos inclinan siempre al optimismo y a la tolerancia. Vistas las cosas a tolerable distancia, en sus proporciones justas, con sus naturales contornos, con el paso de bondad que las cosas van dejando al pasar por nuestro espíritu, no comprendemos que hayamos sido tan bobos, tan candorosos o tan ingenuos.

Nuestra habilidad de antaño se nos antoja hogaño infantilismo ñoño. Y nos damos cata, al fin, de que la mayor de las habilidades del amor consiste en no tener ninguna. Recomendación que yo haría extensiva al arte de gobernar para uso de nuestros políticos de la provincia. Un amigo mío acaba de leerme unas cartas de cierta exnovia suya, que ya está casada con un apreciable bruto de excelente color. Las cartas de mi amigo se refieren al episodio de la ruptura: hace colección de episodios. Y comentando este la terneza de que ella parecía invadida con su esposo, la otra noche, en un palco de Apolo, decíame subrayando los inocentes parrafitos de todas las rupturas:

– ¿Ves? ¡Y esta es aquella! ¡Habría que reírse si la cosa no moviera a la indignación!

– No, amigo mío: no te indignes nunca por nada. La risa es el baño redentor del valle de lágrimas. ¡Y por amores, indignarte por amores que fueron y no son! Habiendo por ahí muchachas tan guapas y tan cariñosas... Deja que te juren amor; júralo tú cuando te convenga; sumérgete en el peligro y huye luego de la tentación.

Si el amor fuera espontaneidad, si pudieras aparecer ante tu dueño como te apareces a ti mismo en un momento de honda meditación, en uno de esos instantes en que parece que tu corazón detiene el ritmo del Universo, entonces, sí, valía la pena de estar triste y afligido. Pero aquí, donde todo eso es una linda feria de polichinelas, donde vives del engaño y para el engaño, donde las palabras son máscaras de las ideas y donde las gentes ocultan su verdadero sentir, destroza para que no te destrocen, pisa antes de que te pisen y predica por el mundo el cantar de la inconstancia, que es el verdadero cantar.

El papel de víctima es siempre un papel imbécil. Además, es el que se finge mejor. Cuando te llamen verdugo, sonríe.

En una época de fuerza no hay más armas que las que la misma fuerza proporciona. Perecerás si caes en un sentimentalismo cursi, que será dulce explotación, cuando en sus garras hayas caído. Se trata de vencer la presa, de cogerla bien cogida, de no soltarla nunca. Haz un recuento, si lo dudas. Esas mujeres que escriben cartas como la que acabas de leerme, que hablan vagamente de la paz de un claustro, esas que dicen amar un ideal se conforman con un marido. No importa la calidad; con marido basta. ¿Indelicado, grosero, torpe? ¡Que más da! Un marido. Eso las han enseñado y con eso se conforman, aunque masquen en silencio las ardientes lágrimas.

Y otro secreto por tu secreto, ingenuo amigo mío. Este Madrid va matando, poco a poco, los ideales íntimos. En todo negocio de amor, vemos irremisiblemente, a la corta o a la larga, pero mejor a la corta, el factor económico.

Es la vida inexorable la que, con su dureza, nos va cortando lentamente las alas del corazón. Por algo cubre el corazón el bolsillo, con los billetes, del interior del chaleco. Cuando queremos amar no podemos; cuando podemos no queremos.

Despilfarramos la moneda de oro de nuestro corazón en calderilla corriente y roñosa, y en la vida efectiva no se puede caer en la imprevisión. Luego, ¡ya lo ves! Cuando Pierrot está triste, es cuando mueve sus cascabeles Pierrot, cuando menea sus pantorrillas, cuando ríe el público de los títeres de la plaza. Y entonces, y sólo entonces, es cuando Colombine le contempla amorosamente. Porque si se le ve llorar, entonces ella se ríe y corre del brazo del mejor amigo para reírse de Pierrot y burlarle, una vez más, con su terrible desenvoltura.

El Adelanto (14-02-1912)

Intermezzo[21]

Hay en Lisboa, en una de sus plazas más concurridas, una estatua que levantó la minoría de artistas de aquel país contra la opinión general del rasero común.

[21] Existe otro artículo, también publicado en *El Adelanto*, con este mismo título, aunque distinto contenido (O.C. Tomo IV, página 230).

Es la estatua de Eça de Queiroz. El busto del novelista asoma irónico, con su monóculo, junto a la figura de una hermosa mujer desnuda. Cubre las desnudeces el artista con un velo. Y la leyenda del pedestal reza aquellas palabras del prefacio de *La Reliquia: Sovre a nudez forte da verdade o manto díaphano da fantasía*[22].

Releyendo ahora en EL ADELANTO el retrato del senador Oliva Rodríguez, acuden a los puntos de mi pluma las palabras del eximio artista portugués, acaso por una asociación de ideas que duerme, inconsciente, en los entresijos de mi espíritu.

Queriendo colarme de rondón y a campo traviesa, en el campo para los más vedado de la psicología, dejé de hacer una escapatoria, por un instante, a los matorrales de la política. Y acaso, esto no es justo. Por censurar, con censuras que en mis labios son elogios, la desproporción que me parece existir entre la aptitud y la actividad del señor Oliva, dejé de elogiar, con elogios que acaso sean censuras, la parte de gloria, de responsabilidad, de trabajo que tiene Nicolás Oliva en la política salmantina.

En las amazacotadas columnas del *Diario de Sesiones* aparece, varias veces, el apellido de este señor. Es la suya una oratoria fogosa, cálida, personalísima, y al mismo tiempo, correcta. En cierta ocasión discutió con el Ministro de Estado algo referente a la ejecución de sentencias dictadas por tribunales extranjeros, con absoluto, con perfecto dominio del tema. En la creación de la Granja Agrícola le corresponde exclusivamente la iniciativa. Recientemente ha oído el Senado su palabra, pidiendo reparación a los daños causados por las inundaciones periódicas en Salamanca. Y si le diese por intervenir en empresas mayores, se dejaría oír con gusto con elogio unánime de los que le oyeran.

Posee Oliva una hermosa cultura literaria. Prefiere lo clásico a lo efímero, lo de siempre a lo de hoy y a lo de mañana. En Bolonia perfeccionó y educó su espíritu, acostumbrando el paladar a manjares sabrosos. Y con amplitud, sin exclusivismo, sabe amarlo todo, desde Boccaccio a Leopardi.

Y yo quisiera que mis artículos le sirvieran de espuela. Por eso he mojado la pluma, no en la tinta del elogio fácil, sino en la espina del elogio que no siempre se agradece.

Sovre a nudez forte da verdade, o manto diaphano da fantasia.

El Adelanto (05-03-1912)

Soliloquio

Hay días, horas, momentos de tristeza tan dulce y plomiza en nuestra vida, que de buena gana tiraríamos la pluma, esta pluma que es nuestra esclavitud, y, sin embargo, el amor de nuestros amores. ¡Si no sirves para nada, amiga pluma! ¡Para nada! Si no quieres ser soez, si bajo la farsa del comedimiento sabes reírte suavemente de la maldad, y más que de la maldad, de la estulticia de las gentes, te dicen: cuquería. Si arremetes sin piedad con una lanza, enristrado, duro, te murmuran: bárbaro. Si tomando de pretexto a las gentes no haces otra cosa que dar salida a las pasiones que tienen su remanso en tu espíritu, te dicen: romanticismo. Y si dices la verdad, sólo la verdad, la que todos se dicen unos a otros en la plaza, en el casino, en todas partes, fingen asustarse esos forzados del buen tono, esos amantes de la cosa esa, tan ruin como ellos, que se llama circunspección y cautela.

Descansa, pluma amiga, descansa. Maneja tus armas en el silencio; brúñelas para el porvenir. Mira que tus juegos son tan peligrosos como tus chanzas. Mira que haces el vacío a tu alrededor. Mira que tu alma sedienta de afectos, cortesana de afectos, siente mil veces sobre su médula los aletazos de la indiferencia.

No seas cortesano de la palabra, que es hembra, sino del acto, que es macho. Aprende a hacer tu vida en la quietud, sin anhelos de exhibición, silencioso, obscuro, incubando tu ideal si es que tienes la fortuna de encontrarlo. Todo, menos servir de histrión. Todo, menos servir de payaso. Todo, menos lucir tus nalgas en la plazuela, moviendo los cascabeles para que se sonrían los desocupados.

Amiga pluma: deja tu odio inconfesable, violento, contra ese azote de la vulgaridad, de la estupidez humanas...

El Adelanto (06-03-1912)

[22] "*Sobre la fuerte desnudez de la verdad, la capa diáfana de la fantasía*".

Diálogo trivial

El filósofo. – Estoy en posesión de la verdad, amigo.

El poeta. – Y yo, en brazos del amor, hermano.

F. – Siempre fue vuesa merced, a guisa de mozalbete, harto irreflexivo y loco. Jamás podremos entendernos en nuestros razonares. Los labios no son más que labios y de corales los moteja vuesa merced. No pensáis que las mujeres son negocio efímero y dais en la flor de sospechar y de perjurar que el amor es eterna e insaciable aspiración. Dolencia extraña tenéis vos y yo os digo que no se cura, ni se marchita, ni se aplaca este dolor, más que con el baño de la reflexión y de la experiencia; con el cultivo, para decirlo mejor, de las facultades superiores del espíritu, dejando fuera de ejercicio las apetitivas, inferiores o sensibles que vos proyectáis sobre vuestras fantasías de mozalbete y de enamorado.

P. – Hermano mío: dejadme vos con mis sueños; dejadme caminar soñando; no me despertéis cuando el tosco guijarro de la calzada llene mis pies de llagas y de sangre. También el dolor de esperar tiene su alegría. Nada existe fuera de mí; yo soy todo mi universo y es todo mi cielo mi esperanza. Vuestra verdad será muy hermosa, pero en mi corazón no despierta un canto –¿sabéis?– un canto que es toda mi razón.

F. – ¿Vuestro canto, vuestra razón, vuestra esperanza y vuestro cielo, vuestro yo y vuestra tierra? A fe que no os entiendo, infante, por vida mía. Ni vos mismo os entendéis, acaso. ¿Por qué habéis de revolveros en ansias infinitas, si todo ha de perecer? ¿Por qué habéis de consentir que gire el Universo, todo el Universo, alrededor de vos, cuando sois una molécula suya innecesaria, absolutamente innecesaria para su vida y para su movimiento? Cuando muráis seguirá saliendo el sol. Guando cerréis los negros ojos de vuestra amada, y estampéis en sus labios el beso postrero, y llenéis de flores y de lágrimas su pobre sepultura, seguirán los pájaros cantando, y murmurando los regatos, y llenándose de amapolas y de margaritas el campo de primavera; no soñéis, amigo mío; razonad.

P. – Pues si los pájaros cantan, y los regatos murmuran, y de amapolas y margaritas se tapiza el campo, que tanto amo ¿para qué replicáis? ¿No anda en todo eso amor? Dios no tuvo en cuenta su utilidad para hacer el mundo, que, aquí, entre nosotros, no vale la pena; obedeció los impulsos de su amor a las criaturas, o como tú dices, a las moléculas. Y por amor nos hizo sus semejantes. Verdad es que Eva nos prestó un flaco servicio con la historia de la dichosa manzana, pero, ¡en fin!, aquí estamos. Y la muerte es nueva vida. Y el que cierra los ojos a la tierra es que los abre al cielo. Por eso, cuando muera mi amada, seguirá de fiesta la naturaleza; cantará de puro alegre, hermano. Hasta vos mismo, filósofo, que tenéis la cabellera amplia, y los ojos cansados de lectura, y los nervios cargados de razón, sonreiréis de vuestra petulancia vieja. ¿Vos, que sabéis del amor, y del misterio, y de la muerte, y de la vida, si no habéis hecho versos, si no habéis descansado en unos brazos, si no os habéis mirado en unos ojos, si no habéis reposado nunca en un regazo de mujer?

F. – La mujer, infante candoroso, es simplemente una creación vuestra, que por ser vuestra, que por no vivir objetivamente, no tiene ningún valor. El amor, poeta, no pasa de ser un escamoteo. Es el grito de la especie, que dijo mi buen compadre Arturo Schopenhauer, o el *vanitas vanitatum* que llora aquel sultán asiático.

P. (Interrumpiendo). – Del Cantar de los Cantares.

F. – Aquel sultán asiático, o la «amargura y el enojo»

amaro e noia la vita
altro mai nulla,[23]

del pobre Leopardi; nada más que eso es amor. Cuando imagináis querer a un semejante vuestro es que os seguís amando a vos mismo; amáis, no al ser ajeno, sino la imagen que de ese ser ajeno lleváis impresa en vuestro corazón. Viejo can labrador soy, niño poeta, y no me deslumbraréis nunca con sofismas, paradojas y artificios de la mente. Todo es perecedero, efímero. Todo concluirá para siempre. Este mundo nuestro, por el que suspiráis, chocará algún día, en los espacios imaginarios, con un astro que desvió su órbita y ya veréis. *Et in pulvere reverteris*[24].

P. –Y ¿qué más da si hemos hecho bella la vida hasta ese momento? Pero perdonad, hermano; me aguarda una reja llena de flores.

[23] "Amargura y enojo, no es otra cosa la vida". Giacomo Leopardi. *A se stesso.*

[24] "Et in pulverem reverteris" ("Y al polvo regresarás"), Génesis 3,19

F. – Sí, es tarde. Y a mí me espera mi laboratorio. Hablaremos de nuevo. Venid a mi cueva.

P. –¡No, filósofo! Iremos bajo un árbol corpulento. Desde allí se oye el murmullo de un regato y hay una sombra grata y apacible Ya veréis cómo os convierto, ¡Vaya, adiós, adiós!

La Vanguardia (29-05-1912)
La Ciudad (22-06-1912)

Una revista vieja

En el reposo tranquilo del pueblo, mientras el sol calcina las piedras, entretengo mis ocios en leer una revista vieja. El lomo del grueso volumen reza: *Ilustración Artística*, Barcelona. 1883.

Hojeo: Don Pedro Bofill, escribe las revistas madrileñas; don Francisco Giner de los Ríos, estudios de las viejas catedrales. Ávila, Salamanca, Toledo, el real sitio del Pardo; don Manuel Fernández y González, don Enrique Pérez Escrich, don Eduardo de Lustonó, cuentos y fantasías. La ciencia corre a cargo de los señores Echegaray, Benot y Rodríguez Mourelo. A las veces tropezamos, ávidos, con un oasis: *El pájaro en la nieve*, por don Armando Palacio Valdés.

Y los grabados… Campea en la pintura, en el dibujo, un optimismo bonachón y risueño, un poco romántico, un poco sentimental. Una chiquilla, *La cenicienta*, llora sus cuitas, abandonada, a los pies de una casucha lugareña. En el parque de un jardín, dos enamorados, en pleno idilio, sonríen embobados. Vienen luego los paisajes, los monumentos famosos. El viaje del príncipe imperial de Alemania a Valencia. El retrato de Gustavo Doré, con sus cabellos ensortijados y ásperos, su mirada triste, su enorme corbata negra. Los críticos hablan con encomio de Eugenio Sellés, de José Ortega Munilla, de Pedro Antonio de Alarcón...

Estamos en 1883. Vivimos, entonces, en el mejor de los mundos. Miramos por encima de los hombros la producción extranjera; nuestros sabios afirman que Alemania, Francia, Inglaterra e Italia viven de las migajas de nuestro ingenio. En el teatro de Apolo se representa con éxito creciente *Las esculturas de carne*, de Eugenio Sellés. La Restauración lleva camino de asentarse. Nuestros círculos literarios están corroídos por las grietas de la frivolidad.

A la salida del Real, *bellinistas* y *rossinistas* se pelean por un tenor favorito o por una tiple hechicera: Castelar, en el Congreso, desata torrentes de entusiasmo con sus períodos amplios y dulces. Nuestros papás, que estudian el doctorado, escuchan a Pisa Pajares, están a punto de casarse y corren, en la preparación, sus primeras aventuras en la corte. Fornos, de noche, está de bote en bote y asoma, en las primeras horas de la madrugada, Matilde Díaz del brazo de Vico. Se comentan, en sociedad, los chistes de Eusebio Blasco y las reseñas de Casabal. Cánovas del Castillo se hombrea, para las gentes, con Bismark, el pueblo adora al rey barbián y en las cámaras de palacio han jurado ayer, y jurarán mañana, terribles republicanotes que ostentan, en la pechera del frac, las bandas de Carlos III y de Isabel la Católica.

España es un pueblo feliz. Bebe la armonía oyendo a la Patti, la elocuencia oyendo a Castelar, el desdén escuchando a Cánovas; sabe interrumpir con Romero Robledo y sacar su fantasía en Fernández y González. Los chocolateros ricos han ido a Roma por blasones nobiliarios; hay un conde detrás de cada esquina; las digestiones son lentas y fáciles. Los escritores, que ganan seis mil reales haciendo expedientes en los rincones de los ministerios, son un amable grupo aparte, excéntrico y revoltoso, que la gente adora.

¡Año de 1883! Hojeando esta *Ilustración Artística*, hoy tan remozada, con sus cenicientas, sus lagos tranquilos, sus duelos regados por la presencia de la amada llorosa, su komprinz[25] rubio y bizarro, su Cánovas, su Castelar, su Pedro Antonio de Alarcón, advierto que aquellas páginas inocentes y rosadas hoy tienen para nosotros, que oreamos nuestro espíritu en el ambiente de la catástrofe colonial, un dejo amargo y melancólico, que nos hace aparecer más viejos y escépticos de lo que somos realmente.

El Adelanto (12-06-1912)

[25] Príncipe heredero.

En voz baja

Más cerca, amor mío, más cerca. Así. Aquí, sentada a tu ventana, sin testigos, en la soledad de nuestros dos espíritus, que son solo un espíritu, llora. Llora callada, copiosamente. No temas que yo profane tu dolor. Llora, hija mía, que yo te prohíjo ahora que me siento débil, que tus lágrimas calientes de las primeras ilusiones rotas refrescan mi alma agostada. Llora hija mía. ¡Que se te vaya el dolor en esta noche tibia, que alumbre la alegría tu rostro confiado y angelical! Boba mía: el llanto es dulce como la niebla del valle.

¿Sonríes? Dios te pague la sonrisa, amiga, ¡Habla, mujer, habla! Seré tu confesor, tu consejero, tu padre, tu hijo, tu hermano, tu amigo, todo. Mis brazos te recogerán desfallecida. Mis labios sorberán tus lágrimas. Mis dedos, fríos, se trenzaron con el suave calor de los tuyos. Mi cabeza tendrá su respaldo en tus senos virginales, donde pronto, muy pronto, descansaré. Llora, hermosa mía, llora. Mira qué fiesta de luz hay allá arriba. Oye cómo croan los sapos con su voz metálica de flauta. Mira qué mansamente canta el regato de tu huerto. Escucha, como de las entrañas de la tierra, que se conmueven en anhelos fecundos, surge una voz de confianza y misterio. Advierte que donosamente canta ese galán precoz al ventanuco de su moza; cómo arrastra sus notas largas y monótonas. Y ese cementerio, a la vera de la iglesia, ¡qué alegre, qué pequeño, qué dulce es! Corazón de mi corazón, madre futura de mis hijos, ojos que son de madre cuando lloran, ojos que son de nena cuando ríen, echa esa tristeza llorando, así, lágrima a lágrima, hilo a hilo, gota a gota, mansa, serena, amorosamente.

¡Dios te bendiga, descanso de mi sendero, estrella de mi noche, arroyo de mi sed, lumbre de mi hogar, espíritu de mi cuerpo, cielo de mi tierra, vida de mi muerte, tabernáculo de mi custodia, cáliz de mi sangre, madre de mis hijos, hija de mi amor! Desecha el recelo de tus confidencias; que torne a lucir la sonrisa en tus ojos. Así, así; quiero verte triste, contenida, siempre contenida, hermética, dueña de ti misma y dueña del mundo.

¿Qué dices? ¿Qué nueva música es esa? ¿Qué inflexiones tiene tu voz ahora? ¿Qué gesto es ese, amorosa soberana? Acaríciame, mímame, que yo también soy tu pequeño. Y tú eres madre cuando amas. Y yo soy débil, y me pongo triste, y me dejo acariciar blandamente, cuando me siento amado. Mira que yo también lucho y he sentido sobre mi frente, más de una vez, la dulzura de la derrota, la penitencia de la humillación, la amargura del fracaso. Anímame. Sírveme de guía en el sendero y en la noche de faro. Torna la venta de ayer en santuario de mañana. Preparémonos a caminar juntos la jornada. Levantemos, amiga, frente a la tradición pretérita, la tradición futura. Convirtamos los velones de los muertos en gorros de recién nacido, y sustituyamos con el canto de cuna la elegía. No somos tanto producto de lo que fue como causa viva de lo venidero. En nosotros duerme toda la vida; en el momento actual, en esta noche tibia en que tú lloras, y murmura tembloroso el regato del camino, y la silueta de la pobre torre de adobes recorta la lechosa claridad de la luna, viven los siglos, todos los siglos, en gérmenes que brotarán pujantes, en retoños que crecerán, en esa canción que surge ahora mismo, henchida de misterio, de las entrañas de la tierra.

¡Hermosa flor del llano, amapola roja, sigue alegrando la tierra, parda como el sayal de sus místicos, amorosa y calladamente! Musa modesta y casta, que no tienes en los ojos lumbrarada de lujuria, que sabes amar y no sabes decirlo, que ocultas a tu amado el mejor secreto, porque lo rumias enteramente, deja cantar a los juglares, que tornarán a ti. Tornarán a ti como el hijo pródigo después de colgar los jirones de sus ensueños en los mesones donde ríe la gente soez y satisfecha, después de gustar la miel de cien amores tornadizos, confesarán con sorpresa que era más sabroso el primitivo; luego de llenar las sandalias del polvo de los caminos, de los guijarros de las calzadas muertas, añorarán la vieja casa paterna, el tronco de encina, la caricia de la madre. Las aguas enfurruñadas volverán a sus cauces a murmurar la vieja canción de quietud, amiga mía. Esta tierra nuestra castellana, es como tú: prometedora, austera, reservada, mansa en el curso de sus ríos, llena de honda paz en la copa de sus encinas, llana en la interminable sucesión de los quebrados surcos, rezadora en la comunión del ancho firmamento que la cubre, rezadora en la monótona canturia de sus gañanes y en el lento andar de sus bueyes perezosos, pensativa y rítmica.

Y como ella, amiga mía, confíame tus secretos en voz baja. Hazme el solo confidente de tus anhelos, de tus inquietudes, de tu paz solemne, de tus promesas, de tus esperanzas. En estos tiempos de locos devaneos y de frívolas ligerezas estériles, prepárate para la vida y abandona tus muñecas de cartón para trocarlas en sementera viva, en brote prematuro y en retoño fértil de tus ensueños.

¿Sonríes? ¿Ya no hay lágrimas en tus ojos ni en tu silencio reproches? ¿Olvidas el recuerdo por la esperanza, edificas tu ilusión; grande en el solar mezquino de las viejas ilusiones rotas? Haces bien, amiga. Que la luna te bese en la frente con su beso más puro.

Más cerca, amor mío; al oído; mira, yo también... Yo también he aprendido en mi comunión con la llanura a cantar eso que hay de más grande y de más noble en la flor de mocedad: ella, la tierra, me ha enseñado a incubar el presentimiento futuro, el hijo que en nosotros duerme y que suele despertar cuando le llamamos, en estas horas de franco abandono, en que el espíritu de las cosas vibra al unísono con nuestro propio espíritu.

La Vanguardia (08-10-1912)
La Ciudad (16-09-1912)
El Adelanto (15-09-1912)
Hojas Selectas (Año 1911)

Los dos "yo"

Para el que hace vida interior, concentrada, vida de silencio, de soledad y de escarceo, para el que quiere callarlo todo para decirlo todo algún día, no es novedad flamante la de que las personas que nos son más queridas, aquellas que tienen perenne luz de ídolo en el altar de nuestro corazón, se llamen a engaño y hablen de sorpresa, y se descorazonen, y adviertan ellas, las primeras, el trágico desdoblamiento de nuestro espíritu al adaptarse a la vida. Y ven un escamoteo en lo que simplemente es una necesidad, y nos imaginan para los demás lo que solamente seremos para ellos solos –para ellos solos– y hablan de fruto cuando apenas ha comenzado a formarse la flor, y creen nuestro altar callejero cuando sólo, después de mil tinieblas, puede verse el resplandor a lo lejos. Amigo lector: si no te deleitan los paisajes interiores de tu alma, humildemente te ruego que no sigas.

Nuestra alma es una sola; pero, en la óptica espiritual, tiene una proyección doble. Se proyecta de una manera hacia afuera y se proyecta de otra manera hacia adentro. La palabra, que es caricia mansa, se torna, al querer resbalar por nuestros labios, en silencio, por una reacción del pudor. El mejor ritmo será el de los versos futuros, pero siempre futuros, el de aquellos que no escribiremos nunca.

Ajustar nuestros actos a nuestras palabras es lo mismo que medir el peso de un afecto en una báscula de estación. Adaptar nuestras palabras a nuestros actos, es vivir por la calle como dentro de nosotros mismos. ¡No, no! No te importe, hermano mío, la paradoja aparente y aprende que el mimo mayor es el de las manos férreas creadas para la lucha y que, después de luchar, te acariciarán paternalmente. Prefiere siempre las caricias del león a las del gato.

Nuestro yo se desdobla sencillamente para vivir, para defenderse. No es la postura del café la postura del templo, pero ambas posturas son necesarias para la vida. Habla cuando estés solo ante ti mismo o ante aquella persona que por querencia la asimiles a ti, pero entretanto, calla, calla siempre. Sea tu silencio el escudo y la malla de tu combate. Pasar inadvertido ¿qué te importa? No te dejes llevar nunca de la impaciencia ni de la vanidad; ahonda dentro de ti mismo en obscuro, doloroso análisis; cura las llagas de tu corazón antes de ofrecerlo en holocausto. Entre el pensar y el querer, vete siempre con el querer, pero, antes de ofrecerlo, sea tu silencio la prenda de tu sacrificio, hermano mío, corazón mío.

Sueña tu porvenir como reflejo de tu pasado. No te entregues hasta que no se te entreguen. Di tu verdad cuando tu hermano te haya dicho la suya, serenamente, cuando sin sorpresa, sin angustia, con infantil espontaneidad, haya abierto su corazón al tuyo. Y entonces, en la hora solemne de la luz, cuando llegue el momento de vuestra comunión, enseña tu desdoblamiento como muestra de tu amor.

¡Paisajes interiores del espíritu sois tan bellos como dolorosos, tan dolorosos como bellos! Pero como todas las tristezas grandes se fundan en una alegría mayor, así también este desdoblamiento es la prueba plena de la unidad de aspiraciones, de ensueños y de finalidad. A través de todos los cambios, nos presenciamos a nosotros mismos. Sobre las ruinas de nuestros propósitos, queda siempre el solar de nuestro corazón. Y el corazón –¡Dios me valga!– el corazón, el eternamente hipócrita porque es el eternamente sincero, cuando quiere callar habla y cuando quiere hablar calla.

Cuando te digan que advierten este tu desdoblamiento, esta dualidad tuya, diles que esperen porque su esperanza es tu justificación. Por cada momento verdadero de comunión, hay cien momentos falsos de posturas que tienen que adoptarse, de gestos, de caretas, para que los demás te crean pobre y no sepan nunca del arcón cerrado de tu tesoro.

Tus dos yo son tu solo yo. La cuestión es, meramente de cantidades: dos mitades suman siempre un entero. Como hay dos imágenes completamente distintas de tu envoltura exterior, e infinitas imágenes intermediarias, verdaderas todas, exactas todas, según te representen de frente, o de espaldas, o de perfil, o sentado, o de pie, o en cuclillas, así también tu contenido espiritual, como vital que es, tiene tantas imágenes como actuaciones y tantas actuaciones como minutos.

¡Ah, Dios mío, el trágico desdoblamiento! Tú, que lo conoces, justifícame y explícalo. Mientras tanto, sigue surtiendo de inquietudes, de añoranzas, de ideales, de proyectos mi porvenir. Enriquece mi dicha de calidad; enriquece de calidad la dicha de mis hermanos. Justamente, Señor, muy poco necesitamos los hombres; muy poco, sobre todo, necesito yo. Ni venturas materiales, ni fama que es el eco del nombre en el vacío. ¡Gloria, sí! Pero, mi gloria será una cabellera de mujer para ensortijarla blandamente con mis manos cansadas; unos ojos infantiles para mirarte a Ti, Señor, en el azul de aquellos ojos; una pluma para cantar mi dicha.

La Vanguardia (20-12-1912)
El Adelanto (21-12-1912)

Elogio del tiempo

Un amigo me cuenta una historia vieja. No perdonará mujeres que le ofendieron, ni levantará nuevos ídolos en el altar de su corazón, ni creerá en promesas femeninas, ni fiará de palabras livianas, ni dejará crecer en su espíritu ficciones que fueron halagadoras. ¡Ah, no! Y el hombre jura y perjura. Y yo sonrío oyéndole. Y él continúa jurando, y yo continúo sonriendo.

¡El tiempo! El no cuenta con la acción bienhechora, sedante, mansa del tiempo. «El tiempo –ha dicho Azorín– lo amansa y suaviza todo. El es nuestro amigo y es nuestro enemigo». Nuestro enemigo, porque nunca nos satisface su presente, sino su futuro, que es toda nuestra vida. Nuestro amigo, porque pasarán los días, y rebrotarán con pujanza nueva los rosales de nuestras ilusiones, y volverá la luz a nuestras tinieblas, y tornará la canción nueva cuyo ritmo perdimos con el dolor. Mi amigo no cuenta con el tiempo que nos rectifica, que nos vuelve a rectificar, que califica mansamente de bobos y livianos asuntos que reputamos graves, ilusiones pasajeras, amores que juzgamos eternos, explosiones de malhumor, amistades que llamamos enconadas. El tiempo es igualitario. A los tristes les da horas de placer y a los alegres les inquieta con el dolor. El tiempo es la pizarra donde vamos grabando todos nuestros estados espirituales, el barómetro que marca las bajas de nuestras crisis y señala las alzas de nuestras expansiones; el fantasma que no sabe de lógica y que destroza bravamente la nuestra, burlándose de los embelecos y naderías que fabricamos. El tiempo, desesperación del débil, es esperanza del fuerte. El tiempo, finalmente, va poniendo una mueca de bondad, de tolerancia, de comprensión, de amplitud, de generosidad, de finura, de delicadeza, de exquisitez en los hombres y en las cosas.

No desesperes nunca, pero no confíes nunca demasiado. Ahorra tus alegrías y no seas completamente presa de dolor. No vayas a las cosas con demasiado empeño, ni seas tan huraño que dejes de entregarles, cuando a ti lleguen, todo su fervor. No te creas nunca irremediablemente perdido, ni tengas tan menguado ingenio que reputes tu cuadro, tu libro, tu discurso, como obra perfecta y acabada. Con pureza de intención, no te cures nunca del resultado. Tú y el tiempo contra todos, amigo mío. Tú para exteriorizar, para consagrar, para eternizar el momento que –si eres artista para grabarle, para pintarle, para esculpirle, para decirle– vivirá en los demás como en ti vive. El tiempo, para aquilatar, para sutilizar, para clasificar esos momentos y vivir con ellos esa línea tan pintoresca y absurda, tan arbitraria y desconcertante, como es la vida.

¡Y, sobre todo, tu fervor, amigo mío, que es tu sinceridad y tu sello divino, la palabra que Dios te susurra al oído cuando hablas con Él en las horas fecundas de tu silencio! Sé cómo el tiempo que te moldea y te fabrica a su antojo. No temas que los hombres que no viven vida del espíritu, te motejen de inconsecuente y de arbitrario. Saca el jugo de eternidad que tengan las cosas fugaces; sea tu alma ventanal abierto al sol que quema, y a la lluvia que cala, al frío que tonifica y al vendaval que ruge. Que el tiempo hable por ti, siempre, siempre, siempre. Si eres

mozo, descúbrenos el ardor de tus esperanzas; si viejo, tus días de ayer encuadrados en el marco de otoño de tus recuerdos. Encárate con el tiempo que es tu vida, y mi vida, y la vida de todos; con el tiempo que es dolor, alegría, odio, amor, pesadumbre, satisfacción; que lo es todo y que no es nada.

Y vive en los demás para vivir verdaderamente. Deja tu corazón abierto para que en él depositen otras almas su simiente y la tuya fructifique a su hora, en campos ajenos que no sean ingratos, en tierras sedientas, como la tuya, de agua bienhechora y renovadora. Sé siempre del momento, de tu momento, para ser de la eternidad; vive tu hora, tu minuto, intensamente, plenamente. No es lo terrible la muerte, amigo mío: más terrible es una vida que no es vida, de alegría constante o de constante tristeza; una vida sin alternativas, sin crisis, sin caricias de ángel y sin regodeos de bestia; una vida que nos mantenga quietos, sin renovar de ideas el cerebro, de sensaciones los sentidos y de afectos el corazón; una vida uniforme, regular, lenta, desesperadamente lenta. Aguja de reloj que no se mueve. Barco que perecea junto al puerto sin encararse con las olas rizosas de alta mar. Tren que se detiene en estación humilde, ante paisaje borroso, una tarde de lluvia.

Y entreguémonos al tiempo. Seamos como él, serenos, ecuánimes, justos, levemente escépticos, un poco optimistas ante el pesimismo, un poco pesimistas frente al optimismo. Ni afirmaciones abiertas, ni negaciones rotundas. Seamos indulgentes como los viejos y como los niños.

Hagamos que las cosas dejen huella en nosotros, que ellas nos modifiquen, que ellas nos vayan cambiando lenta, apaciblemente, sin gritos, sin estridencias, sin aparato. Y bendigamos el tiempo que no tiene tonalidades rabiosas, ni ángulos esquinosos, ni contrastes de luz; que borra las líneas de las cosas, dejando los contornos, los colores, sin tocar el dibujo; que nos hace lejanas, dulcemente lejanas y remotas, alturas que nos causaban vértigos, desesperanzas que parecen romper el ritmo normal de nuestra vida, ilusiones vagas que alcanzan el latido del corazón y que hoy –vistas de lejos– son lindas figuras del país lejano del ensueño de un paisaje oriental, que han perdido su luz cegadora al encerrarse, para siempre, en los sótanos del recuerdo.

Vida Manchega *(*27-02-1913)
*El Adelanto (*02-11-1912)
*La Vanguardia (*02-01-1913)
La Voz de Guipúzcoa (17-06-1925)
El Luchador (18-06-1925)

Comentario espiritual[26]

Ejerce sobre mi alma un singular hechizo la lectura del capítulo IV de la primera parte del «Quijote», que trata, como sabe el lector, "de lo que le sucedió a nuestro caballero cuando salió de la venta." Si el lector recuerda, como es natural que recuerde, que don Quijote salió de la venta, que para su mal imaginó castillo, tornando a su aldea, no a otra cosa sino a proveerse «de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, especialmente de las de los dineros y camisas», se comprenderá fácilmente que sobre todo hombre de vida interior, que hace del ideal algo tan recio y macizo como de la realidad envolvente, ejerza singular hechizo la lectura de ese capítulo tan hondamente humano y quijotesco, y se empape uno de la dulce melancolía que destila cuando la vida nos recuerda "las prevenciones necesarias que hemos de llevar con nosotros mismos" por muy locos, caballeros y quijotes que seamos.

Don Quijote ha leído en su aldea toda suerte de libros. Se ha enamorado de la más alta dama que conocieran los siglos. Nuestra señora del Ideal: Ha limpiado y bruñido las armas de sus abuelos para pelear con ellas. Ha quitado el ocio a su caballo, no muy gordo ni muy bien criado el pobre. El ama le llama loco, y loco la sobrina, y loco el bachiller, el cura y hasta el barberillo. ¡Qué amargura! Hasta su casa le pesa demasiado, y por pesarle, sueña el hidalgo con la llanura infinita. Quiere amparar huérfanos y doncellas don Quijote, deshacer entuertos, lograr que la justicia reine en la tierra. Pero está solo y es pobre el hidalgo. Está solo, porque nadie le comprende, y por lo tanto, nadie le ama y es pobre, porque los que tienen un rico tesoro interior no se curan o se

[26] Sánchez Rojas publicó otro artículo con este mismo título y distinto contenido en *La Semana Gráfica*, *La Esfera*, *La Publicidad* y *El Sol* (O.C. Tomo IV, página 156).

curan muy poco de lo que hemos dado en llamar «impurezas de la realidad», como si la realidad fuera cosa pura y simple y no asentase su verdad sobre un montón de contradicciones.

Pero sigamos adelante. El hidalgo, a la hora del alba, sale de su casa en busca de aventuras, atravesando los llanos de Montiel; piensa con su salida don Quijote cobrar fama y estruendo por los siglos de los siglos; se encomienda a la dama de su ideal, como hace todo caballero bien nacido, y ve en lontananza un castillo. Los caballeros hacen siempre de las ventas castillos. Pero es venta y bien venta lo que tiene delante de los ojos el hidalgo. Han fallado los libros a la primera salida. No hay damas en la venta, como es natural, sino rameras. El oficio de las rameras es burlarse de los caballeros y las rameras se burlan de don Quijote. Ponen su inocencia, su bondad, su sencillez, su ideal a prueba, y vence en la prueba el caballero. ¿Recordáis? El ventero, que es un ladrón corriente y moliente, se burla también de don Quijote. Un ventero –¡oh, crueles burlas de la vida!– arma caballero andante a nuestro buen hidalgo. En la vida confieren los honores los truchimanes a los que padecen amor, y con amor, sed de justicia, que es lo mismo.

Llega la hora de pagar el hospedaje, que es el único acto serio para el ventero. Don Quijote confiesa que no lleva dineros, porque no ha leído él nunca en las historias de los caballeros andantes, que se necesite dinero para seguir las aventuras.

Desengaña y saca de su error al caballero el ventero gordo, pachorroso y pacífico. Don Quijote promete corregirse. A la Tolosa y a la Molinera, las dos hembras del ventorro, como no puede darles propina material el hidalgo, quiere hacerlas una edición de gentileza; que Tolosa se llame doña Tolosa y la Molinera doña Molinera. Las mozas se ríen. ¿Qué van a hacer mozas de semejante jaez?

Y sale el caballero de la venta en busca de las provisiones tan necesarias. Todo lo ha olvidado el caballero, todo, por servir a su ideal. Ha dejado la bolsa en casa; con la bolsa, las alforjas. Por no llevar, no lleva ni alimentos de los que sustentarse en sus caminatas en busca de aventuras que le den nombre y fama. Tiene que tornar a su aldea donde nadie le comprende, Don Quijote. ¿Comprendéis qué amarga es la lección que nos presenta Cervantes, la amargura de la ligereza y de la imprevisión, para que los venteros y las Molineras y las Tolosas se rían a costa nuestra, así que nos asomamos a las ventanas de la realidad?

Vuelve don Quijote a su aldea. Como no ha pecado, no está triste. Además, no se le ocurre ni pensar a don Quijote que Dulcinea pueda mofarse del primer fracaso. Dulcinea no se burla nunca; es el consuelo de don Quijote y de todos los Quijotes. De regreso de la venta, va pensando –¡pobre caballero!– en la necesidad de sentirse[27] de las provisiones tan necesarias, y de tomar escudero. Advertid cómo la idea de tomar a su servicio a Sancho, nace en don Quijote al primer batacazo de la realidad y a la primera advertencia del ventero; no es tan loco como parece don Quijote; nadie es lo que parece y nadie parece lo que es, al fin de cuentas. Solo en el criterio del hombre habita la verdad, como dice el Apóstol. En don Quijote, el ideal tiene más consistencia que su armadura roñosa, en el ventero no hay más realidad –¡pobre realidad!– que los maravedises de las costas de la posada de los que se sustenta y vive su vida de burlas.

Vuelve Don Quijote a su aldea. En el bosque, le sorprende la aventura de Juan Haldudo, el rico, que pega al mozo Andrés. Defiende don Quijote al menesteroso; prométele Juan Haldudo pagar la soldada al mozo e indemnizarle de los palos; no lo hace; se aleja don Quijote; la burla se repite y el entuerto con la burla.

Pero no se detienen aquí las miserias de nuestro caballero. A los seis mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia, les detiene Don Quijote para que declaren que no hay en el mundo doncella más hermosa que Dulcinea del Toboso. Un mercader "muy discreto" –dice con pesimismo inevitable Cervantes– replica al caballero que se la muestre.

Pero don Quijote no da su brazo a torcer ante el sofisma del mercachifle. Tienen que declarar hermosa a Dulcinea los mercaderes sin haberla visto, que ahí está el toque y la razón de los sueños y de los ideales; arremete con los mercaderes el caballero. Y cae de Rocinante molido, apaleado, deshecho. La causa del molimiento es una imprevisión inicial.

Queda don Quijote vencido, pero con el ideal enhiesto, que es lo que importa en la vida. Se han burlado de él las mozas de partido, los mercaderes y el ventero por culpa de los dineros que ha dejado en casa. Es acaso que no los tiene el caballero y que no quiere decir que no les tiene. De la tierra le recoge un buen hombre, su convecino Pedro Alonso, que le vuelve a la realidad. Los buenos, los sencillos de corazón, los pobres de espíritu –¡bienaventurados!– recogen al caba-

[27] En las otras versiones "surtirse". Sin duda se trata de una errata en este.

llero de su mal trote. Y es acaso la única nota dulce, tierna, conmovedora que hay en este amargo capítulo y en los dos que le siguen de la primera parte de «Don Quijote de la Mancha», como llamamiento que es para que los caballeros hagan caso de los venteros, ya que los venteros no pueden nunca ponerse a tono con los hidalgos del ideal.

El Adelanto (10-05-1913)
La Vanguardia (01-05-1913)
El Adelanto (14-06-1925)

El Mediterráneo, la llanura

«Castilla no puede ver el mar.»
(*Azorín*, CASTILLA.)

Castilla, querido *Azorín*, sí puede ver el mar, sí puede ver el mar Castilla. La llanura, como el mar, me da la sensación de lo eterno y la sensación de lo infinito. La llanura es mar y el mar es llanura. Mar de mieses es la llanura; llanura de aguas es el mar. Como las olas al azote del viento, las espigas se rizan, se brezan, se balancean, murmuran también su canción bronca. La llanura, como el mar, se abraza con el cielo, con la infinita plenitud del cielo, pero sin confundirse con él. Visión de ensueño es el mar y visión de ensueño es la llanura. Se pierde en el mar un barco hasta parecer una raya negra imperceptible, inmóvil; se pierde en la llanura la silueta de Don Quijote, jinete en Rocinante, como si de la llanura surgiera el caballero del ideal. Y son las piedras las islas del mar de la llanura, las catedrales viejas, los palacios mohosos, las curvas vías.

Esta mañana he ido a ver el mar. Era diáfana, transparente y limpia la mañana; era limpio, transparente y diáfano el Mediterráneo. Primeramente había una faja azul intensa, casi añil; luego, en pleamar, otra faja de azul celeste. Sobre las rocas sentí la sensación de lo fatalmente angustioso, de lo trágico. Es trágico, trágicamente bello, el mar. Miradle indiferente, magnífico, majestuoso. Miradle en calma. Nada conmueve las entrañas de su lecho; es insensible a las inquietudes del hombre, con un gesto desdeñoso nos aparta de la ansiedad y del anhelo. ¡Hazme, Señor, sereno como el mar!

Extiendo el brazo y señalo, allá lejos, en la montaña del mar, donde Mediterráneo y cielo se confunden, un punto imaginario. Es la costa de Italia. Este mar hermoso, quieto, que dormita durante esta mañana diáfana y limpia, nos trajo el sentido del decoro, de la elegancia, del equilibrio, del reposo, de la gracia, de la armonía, de la majestad. Pero, lejos de detenerse en la costa, aunque la empapara, penetró llanura adentro. ¿Se explica Fr. Luis sin el Mediterráneo? Y la morbidez, la ductilidad, la gracia, el sentido profundo, amplio, de la vida en Cervantes, ¿no vinieron de Italia, pasando por Cataluña?

Y nuestros pícaros ¿no bebieron aguas mediterráneas? ¡Oh, mar!, tu curso es el de nuestra cultura; tus olas nos trajeron las caricias de la madre Italia; tus senderos llevaron a la madre Roma la bendición de Grecia. ¡Oh, mar! Penetras, sin saberlo, en la llanura; la moldeas a tu antojo; unes al reposo, al silencio, al éxtasis del llano, la sed de aventura, el placer de hollar lo desconocido; das al hidalgo espíritu andariego; haces pícaros y soldados y aventureros y hampones, mientras Teresa, encerrada en su castillo interior, quiere combatir con tu fuerza; mientras Juan de la Cruz, como una oveja blanca, trisca detrás del Amado, hollando los oteros de su comunión con las cosas. ¡Oh, bello mar Mediterráneo, que eres limpio, diáfano y transparente, en esta mañana transparente, diáfana y limpia!

Contemplad la llanura. Fingidla en Agosto. Es un atardecer. El sol, al ocultarse, ha dejado huella de su lumbre en la tierra. El campanario de adobes del pueblucho rompe la monotonía de la visión con unas casonas que se acurrucan en su torno, pardas, de la misma color del llano. Es infinita la extensión de la llanura; fuera del pueblucho surcos y más surcos, infinitos surcos. Y canta el llano como canta el mar; canción de fecundidad, de madurez, de plenitud, es la suya. Un telón nevado, de sierra, se vislumbra a lo lejos; un río, que de la sierra nace, murmura mansamente su canción de quietud; una ermita, en un promontorio rocoso, refulge como el oro, al contacto del último beso del sol.

Mirad la llanura, contempladla, sentidla. Los surcos, rectos, parecen curvos y quebrados, como los pensamientos que en ella se fraguan, se enredan y sutilizan también. Aquí se piensan las locuras y en el mar se realizan; la visión de la llanura nos trae la visión del mar. Queda en la llanura el fraile, queda el mendigo, queda la mujer; surcan el mar el aventurero, el estudiante que sabe fabricar algo más que rosarios de argucias, el segundón de casa con polilla e hipoteca.

Quiere la llanura conquistar el mar. Nuestro fervor de catolicismo es una expansión de castellanía; queremos que sean los demás como nosotros somos; anhelamos que sean las Indias prolongación del llano. Y el mar orea, sutiliza, afina, purifica la estrechez de nuestro espíritu. Queda en la llanura Don Quijote peleando con los molinos de viento, mientras hinchan de oro sus gabelas Pizarro y Hernán Cortés; queda Teresa en Ávila, dentro de su castillo interior, mientras pelean fuera nuestras flotas; un forastero, el Greco, descubre nuestro espíritu atormentado, anguloso; los comuneros de Castilla murmuran de los reyes y piensan, por vez primera, en la conquista del propio suelo.

Mirad la llanura, contempladla, sentidla. Fabrica ergotistas; en su casa de adobes medita el bachiller Sansón Carrasco la derrota del Caballero del Ideal; en su granja agustina, a la orilla del Tormes, contemplando las torres de Salamanca, Fray Luis, atento al ritmo del mar, oye el cantar no aprendido, mañanero, de las aves; en sus caminos y posadas –posadas de Castilla, calzadas de Castilla–; Lázaro –que pasará en las mazmorras de Argel, que surcará las olas– hurta el vino de la bota de cuero del ciego que sabe picardías y compone romances. El mar estrujará a la llanura, pero el mar dará nuevo espíritu a la llanura.

Un castellano, querido *Azorín*, sí puede ver el mar; Castilla sí puede ver el mar; sí puede ver el mar Castilla...

Mundo Gráfico (29-10-1913)
La Vanguardia (28-01-1913)
El Adelanto (22-01-1913)

Rosa

¿Por qué estás triste, mujer?
(GABRIEL Y GALÁN. Castellanas. "Castellana.")

¿Por qué estás triste, mujer? Rosa de Mayo, ¿por qué estás triste? Dímelo a mí, en secreto, de oído a oído, de boca a boca, de corazón a corazón, así como estamos ahora, con las manos mías sobre tu cuello, con tus ojos mirándose en los míos. ¿Por qué estás triste, mujer? Rosa de Mayo, ¿por qué estás triste?

Sonríe. No seas tonta. El trovador no sabe decirte que te quiere. No sabe hablar el amor de los hijos de nuestra tierra castellana. Sentir, sí; anhelar, sí; soñar, sí; hablar, no. Aquella mirada tuya de aquella tarde, en la romería, junto a la ermita del otero, de tal suerte descompuso el latir de mi ritmo, que ya no sé decirte nada. Vivo como embrujado, como hechizado por el fulgor de tus ojos. Son dos soles, y queman y ciegan como lo que son, Rosa de Mayo.

¿Por qué estás triste, mujer? No es hablador el hondo amar. Mejor te digo que te quiero con mis silencios que con mis palabras. No juzgues de amor nunca por lo que dice, sino por lo que calla; no por lo que hace, sino por lo que quiere hacer. Amor vive lo mismo en las charcas donde croan los sapos, que en las selvas vírgenes donde rugen los leones y sacuden perezosamente su melena al sol. Es rey de reyes amor. Manda en santos y en galopines, en héroes y cobardes, en vírgenes y mujerzuelas. Sujeta al imperio de amor vive la vida.

Como tú y como yo, tu poeta, vivimos sujetos a su imperio. Cumple tu gozo mirando desde esa colina ese puebluco tendido a tus pies. Puebluco y colina son novios. ¡Qué secretos –que el arte sabe descifrar–, se dicen todos los días! ¿Te place mi patria, Rosa de Mayo? El campo es mudo, serio, grave, pelado, solemne, igual, monótono, largo, tan largo como el cielo, que se espeja en él. Busca soledad, melancolía, tristeza, plegaria, humildad, calma, reposo, pureza de conciencia, en nuestra llanura castellana. Depón tu ceño adusto. Liebres cazaré para ti en los eriales; perdices en los matorrales de los cerros; alondras en los baldíos; sisones en los peñascos; en los carrascos, en las matas, conejos. Mataré para ti ese milano que cruza el cielo; ya verás cómo al caer, ante la destreza que tu amor graciosamente me regala, clava los ganchos de sus garras en los surcos del barbecho. Te daré violetas, gamarzas, amapolas, campanillas. Sabrás cómo gano el pan para ti, para los hijos, trabajando en la besana con mis gañanes. Te enseñaré el ritmo, el balanceo de las espigas, que son olas del mar de la llanura. De clavelillos azules tejeré tu corona; te haré reina, no de mi arte, que ya lo eres; no de mis sueños, que ya lo eres; no de mis esperanzas, que ya lo eres, sino de las tierras que heredé de mis padres, de mis gañanes, mis caballos, mis bueyes, mis ovejas, mis corderos, mis gallinas. Te bendecirán mis aperadores, mis *trilliques*, mis segadores, mis pastores, mis zagales, mis zagalas, mis criados, mis pobres, mis deudos. Todos los que me quieren te

querrán a ti más que a mí mismo, cuando sepan que más que a mí mismo te quiero yo. Te besará mi madre; mi anciano padre –que aún monta a caballo con sus setenta–, te besará llorando, mí Rosa, mi bien, mi patria.

Alégrate, mujer. Te quiero de tal suerte, que estoy llorando de alegría. Toda mi hacienda eres tú, y yo quiero conservar mi hacienda, que es mandato de Dios el conservarla.

¿Por qué estás triste, mujer? Rosa de Mayo, ¿por qué estás triste? Salamanca, mi Castilla, ¿por qué estáis tristes, si yo estoy incubando para vosotras el ritmo inefable de mis canciones futuras?

Mundo Gráfico[28] (21-01-1914)

San Isidro, labrador[29]

El buen pueblo de Madrid celebra hoy la fiesta de su santo patrono, San Isidro, labrador. El buen santo era un espíritu contemplativo; amaba la oración; gozaba en conversaciones ultraterrenas y tenía deliquios constantes con los felices moradores de la corte celestial. Araba el buen santo, y en plena llanura manchega, cara al sol, contemplando a lo lejos los telones grises del Guadarrama, se postraba de hinojos en la madre tierra. Los angelitos del cielo, dulces muchachos, se curaban de la aijada y guiaban a los bueyes, que, lentamente, con sus testas pesadotas, seguían arañando y surcando los terruños...

Hasta aquí la piadosa leyenda. Isidro labrador tiene una ermita en la Pradera, junto a la iglesia de San Andrés, graciosa, elegante, risueña, con su torre de ensueño cuando la baña la luz lunar, donde dice la tradición que estuvo la tierra del patrono de Madrid, la que por él araban los angelitos del cielo, mientras el santo se arrobaba en éxtasis dulcísimos.

Y Madrid eligió por patrono al cristiano gañán de ensueño. Nada más simbólico que este patronato. Madrid, si tiene que arar, sueña, y en las horas de sueño se apega a la yunta para conducir los bueyes. Ama el trabajo cuando es compartido con ángeles que se avengan a llevar toda la carga, y en esas horas, prefiere soñar, panza arriba, con la morfina de la placidez. Y todo es una bendición y como una seda va todo, que los campos dan flores, y luego frutos, y la panera está dispuesta para recoger el grano de oro, y los bolsillos dispuestos para recoger el precio del fruto, que los ángeles son buenos, muy buenos, y ellos uncen y desuncen, y los bueyes se someten al yugo que es una bendición y da gloria.

¡Santo bendito, patrono de este pueblo de manolas y chulillas, de chisperos y bravos, de pícaros juglares y mendigos que tienen aires de gran señor: eres todo un símbolo! ¡Todo un símbolo eres, Isidro labrador, que explicas de un golpe, con mágica clarividencia, problemas de psicología colectiva, que tratan de obscurecer los sociólogos al uso! Yo he ido a tu pradera con tus mujeres, y he tomado avellanas en los puestos, y he montado en los tíos vivos, y he bebido agua en la fontecica milagrosa, hace años, cuando era escolar y conocía mejor los cuplés de Consuelito Fornarina –una madrileña gloriosa– que los textos del Sr. Ureña y Senenjaud –un arabista de fuste y un jurista profundo y consumado–. Mas ahora, un tantico escéptico, con mis posos de zumba, he aprendido que se puede rezar arando, y la vida, esta cosa tan sutil que llamamos vida, me ha enseñado que el toque es vivir con los pies en la tierra y con la vista mirando al cielo, y amando la santa leyenda con amor de artista, la condeno como símbolo de psicología madrileña.

Y quiero a Madrid. Y le venero. Y me placen sus mujeres finas y pálidas, y su majeza y su bravura, y su despreocupación, y su alegría, y su divina mocedad. Y me gusta Don Paco de Goya, y la maja desnuda me deleita. Pero ¡ay!, bueno es que oren los hombres que no son santos, sin solicitar la buena y dulce compañía de los angelitos del cielo.

La Actualidad (23-05-1914)

De la vieja epopeya

Burgos. El Arlanzón. El Castillo de Don Alfonso III en un altozano de la Ciudad. La pobre morada de Rodrigo cerca del Castillo. No es noble Rodrigo; se ha distinguido por el valor de su brazo; el Rey, agradecido, le ha casado con Ximena Díaz, hija de los Condes de Oviedo.

[28] Se publicaron, en el mismo artículo, las semblanzas de «Rosa» y «Ana María».

[29] Posteriormente, en mayo de 1928, Sánchez Rojas publicaría otro artículo, con este mismo título, aunque distinto contenido, en *Nuevo Mundo* (O.C. Tomo II, página 375).

Recibe el Cid un encargo del Rey. Ha de cobrar los parias y tributos a los reyes de Córdoba y Sevilla: ha de cobrarlos anualmente. Odianse o quiérense «con mal de muerte» –como dice el viejo cronicón– Almutámiz, Rey de Sevilla, y Almudafar, Rey de Granada. Amigos de Almudafar son el Conde García Ordóñez, Fortún Sánchez, López Sánchez, y combaten contra Almutámiz.

Pero Almutámiz es pechero y vasallo del Rey Don Alfonso; suplica el Cid por cartas de ruego a sus amigos que no combatan contra el Rey de Sevilla. Nadie le hace caso. Los castellanos se apoderan del castillo de Cabra, del Rey de Sevilla.

Y Ruy Diaz pelea entonces contra Almudafar. Vence; hace huir a los adversarios de las tierras conquistadas. Prende el Cid al Conde García Ordóñez; además de prenderle «mesóle una pieça de la barba». Devuelve los haberes y riquezas Rodrigo al moro Almutámiz, pechero de la corona de Castilla. Y todos, moros y cristianos, ante el triunfo de Rodrigo, llámanle en adelante el Cid Campeador.

A su vuelta a Burgos, el Rey le recibe con todo linaje de honores. Los cortesanos chismorrean contra Rodrigo; cae en desgracia y Don Alfonso le destierra.

Destiérrale el Rey de Burgos; nueve días le da de plazo para abandonar el Reino. Algunos amigos le acompañan, Alvar Fáñez entre ellos. Llora el Cid y torna la cabeza para contemplar su pueblo. Su plegaria al Todopoderoso es recia, mesurada y breve:

grado a ti, señor padre, que estás en alto!
Esto me an buolto mis enemigos malos.

Llevan sesenta pendones las huestes del Cid al despedirse de Burgos; salen a las ventanas las gentes para verlo partir. Y todos dicen:

¡Dios, qué buen vasssallo, si oviesse buen señore!

Pero nadie le hospeda. «El que dé mansión al Cid –dice la carta real– *perderie los averes é más los ojos de la cara*». Sólo una niña de nueve años excusa la hostilidad:

Cid, en el vuestro mal vos non ganades nada,
mas el Criador vos vale con todas sus vertudes santas.

Ante Santa María, se desmonta el Cid de su caballo. Se arrodilla. Reza de corazón. Hecha la plegaria, torna a cabalgar. Sale por la puerta de Santa María, cruza el Arlanzón con los suyos, deja Burgos sin víveres. Dios y el buen Martín Antolínez proveerán.

Martín Antolínez se procura unos dineros de Don Raquel y Don Vidas, judíos burgaleses. Todos conocéis el episodio de la famosa arca llena de arena; en la Catedral podéis contemplarla hoy mismo.

Con el dinero, buenas albricias se promete el Cid. Cabalgan despacio el Cid y sus huestes, fuera de Burgos, siguen contemplando la ciudad. Vuelve el caudillo la cara del caballo hacia Santa María, alza su mano derecha y se santigua. Mil misas promete a la Virgen si sale bien de su destierro. En San Pedro de Cardeña despide a su esposa e hijas. Llegan nuevos refuerzos de Burgos; cantan las huestes los maitines en San Pedro; pasan el Duero; acampan en la frontera castellana; penetran en Toledo; marchan a Zaragoza; comienza la epopeya victoriosa del *mío Çid*,

el que en buen hora nasció

Y los tiempos han matado lentamente la epopeya del buen vasallo. Con siete llaves, un gran español, Joaquín Costa, quería cerrar el sepulcro de Rodrigo. Una sangría dolorosa, la de las Colonias, nos devolvió la sensatez. Cerramos el sepulcro de Rodrigo, y los nombres que sonaban a gloria fueron, desde entonces, para nosotros, himnos funerarios.

Mas la epopeya castellana ni muere, ni puede morir. Resucitará de nuevo. Resucitará cuando llenemos la historia de contenido espiritual. Resucitará cuando miremos con amor las piedras viejas. Resucitará cuando sepamos revivir este dormido espíritu castellano que sestea perezoso en el silencio. Resucitará cuando logremos infundir un ideal a los derroteros de la patria. Resucitará cuando cambiemos el peso muerto de la actual cazurrería con el vivo de la esperanza de un fin concreto.

La epopeya del Cid, las gestas del Romancero, el valor de los viejos cronicones son eso: la expresión de la espiritualidad de una raza, la consagración de su altivez individualista, la marca de unos hombres que no quieren domeñarse y que saben afirmar su personalidad ante los obstáculos. El Cid es, al mismo tiempo, un hombre para la historia y un símbolo para la leyenda. El Cid es Castilla. Con-

quista el Cid para casar honradamente a *las sus fijas*, y para lograr la gloría después. La gloría no vive, en nuestros héroes pasados, aislada del provecho material, sino que vale tanto como su entronización y coronación. A lo largo del viejo poema, se habla demasiado del botín. Se pelea por bravura y se pelea, sobre todo, ¡ay! por necesidad, para que coma Doña Ximena, para que casen bien las hijas, para cargar de regalos a los deudos, para obligar a la adhesión con favores materiales.

Y así, el Cid, símbolo de leyenda, es el sentido práctico de la raza. Por eso, habrá que resucitarla. Y cuando sea nuestra grandeza material obligado corolario de nuestra expansión anímica, tornará el Cid a montar en Babieca, para pasear, de nuevo, por el mundo, el pendón morado de su señor Don Alfonso.

La Actualidad (27-06-1914)

El dolor del patriotismo

En Madrid no se ocupa nadie de la guerra –acaba de decirme un amigo que regresa de la Corte–. Todos viven pendientes de Joselito y de Belmonte. Después de los toros, sólo preocupan las bailarinas; la otra tarde, al entrar en el palco recibió la *Argentinita* una ovación delirante de toda la plaza. De la guerra, de la política, no se preocupa nadie.

No quise replicar a mi amigo, un entusiasta *joselista,* que traía, a guisa de amuleto, un alfiler de corbata con el retrato del ídolo. No quise replicarle, porque no nos hubiéramos entendido nunca. De la discusión rara vez brota la luz; los diccionarios espirituales son harto diferentes y las palabras nunca tienen el mismo valor en los labios de dos interlocutores.

No quise replicar a mi amigo, que daba más importancia al duelo de los dos astros coletudos que a la trágica contienda en que se desangra Europa; pero los ecos de su conversación todavía perduran en mi espíritu, vertiendo en él lentamente posos y más posos de amargura. El momento actual es desoladoramente trágico. Tiene la tragedia de lo inconsciente y la fatalidad de lo irreparable. No nos duele el dolor ajeno ni nos acucia nuestro propio dolor. No hacemos ante la matanza propósito firme de enmienda ni reponemos, ante el ejemplo de los extraños que están afirmando y reafirmando sus ideales patrióticos, los puntales de nuestra esperanza colectiva. Manchamos los amores de los beligerantes con nuestros odios intestinos, y los furores germanófilos de algunos y los entusiasmos por los aliados de muchos otros, no tienen para mí otro valor que el del eco de esos aficionados que vitorean a *Joselito* para hostigar a los belmontistas, o a Belmonte para sacar de quicio a los partidarios de la acera de enfrente.

Contiendas de aficionados de toros son nuestras contiendas; el fulanismo domina con absoluto imperio en la política; hasta el santo amor a la patria viva, huesa de tradiciones y vivero de ideales perennes, está sometido, entre nosotros, los españoles, a tal cúmulo de sutilezas, reparos, objeciones y distingos, que aparece siempre como perturbado y obscurecido.

Da pena leer lo que se escribe sobre la guerra. Este jefe de las izquierdas pregona el absoluto cariño a Francia, aun a trueque de desdenes y de burletas recíprocas. El otro exalta sus amores germanófilos, prescindiendo de los compromisos naturales que nos impone nuestra situación geográfica, porque espera no se que orientaciones dinásticas con la victoria del Kaiser. El otro no tiene una palabra de amor para Bélgica, para la desventurada Bélgica, para la pobre Cenicienta de los tristes destinos, olvidando que 1808 y 1914 son símbolos de la más digna exaltación del espíritu de independencia. Y nadie piensa en los intereses de España, mientras tanto, y seguimos los incidentes de la lucha con efusión verbalista, si, pero con indiferencia suicida e irreparable.

¡Y si al menos hubiera en España elementos directores que, en medio de la indiferencia y de la atonía generales, hicieran algo para acelerar el pulso dormido de las masas! El grito de don Antonio Maura –hombre digno de respetos, porque es hombre de fe– se ha perdido en el vacío; el gobierno vegeta con el comodín de la neutralidad, como si eso fuera un programa y no una necesidad; los escritores siguen probando el influjo de la prensa sobre la opinión...

Belmonte y Gallito, toros, estocadas, fenómenos, orejas, ovaciones; así abrimos el alma a la meditación de este momento, en que tanto hemos podido hacer, en que tanto podemos hacer todavía, para cancelación de nuestros yerros y para enmienda firme y duradera, abriendo senderos al porvenir…

El amor a la patria se va trocando lentamente en dolor agudísimo, insoportable, que abrasa las entrañas, «España me duele –decía recientemente el señor Ortega y Gasset– como si

España fuera una espada que llevara atravesada en mi pecho, y no puedo moverme ni dar un paso sin que sienta la angustia del dolor tenaz». ¡Nobles y santas palabras las del profesor de Filosofía que no son comprendidas, y lo que es más triste, sentidas en la hora actual! ¡Nobles palabras que se pierden entre el garrulo clamoreo de los circos taurinos, de los banquetes a los santones, de los espectáculos coreográficos, a cuyo arrullo se duerme nuestra España!

Que se desangra Europa, nada importa. Que la hora de la paz nos coge desprevenidos y vacilantes, con nuestras querellas intestinas, no por ideas, que santas son entonces las querellas, sino por estímulos groseros y por bajos apetitos: lo mismo da. Que los pueblos afirman, al crisol del sacrificio, sus virtudes más calladas y perseverantes, su sentido nacional de la cultura, sus esperanzas de prosperidad y de grandeza: nada importa.

Si. España es una espada que llevamos atravesada en el corazón; no podemos movernos ni caminar sin que sintamos atrozmente el escozor perenne de la herida. ¡Toritos, barbarie, garrulería política, tramoya, hacer que se hace, pasar por las cosas sin resolverlas, aplazamientos, interinidad permanente, hambre! La guerra ha podido redimirnos y no nos ha redimido; la guerra ha podido traernos la conciencia de la responsabilidad del momento y nos ha traído, en cambio, la incomprensión fanática, el odio y la división; la guerra ha podido ser un alto, un paréntesis para medir la hondura del precipicio, para elegir formalmente nuestros amigos sin el riesgo de una intervención que nadie nos demanda; la guerra ha podido vigorizar nuestra industria, nuestro comercio, llenar las fuentes naturales de nuestra riqueza pública, atraer el respeto a España entre los pueblos que se destrozan. Pero al llegar a los Pirineos los estampidos de los cañonazos, se han estrellado contra los aplausos de los circos en plena apoteosis de los ídolos.

Y no son los toros, sino sus derivaciones; no es la garrulería política, sino sus consecuencias en el alma parasitaria de la plebe; no son los estallidos de la injuria, sino sus aledaños; no es la vacilación del Gobierno, sino su corolario natural y preciso lo que ahora sorbe, seca y esteriliza la circulación de la sangre en el desmedrado organismo de nuestra postración presente.

Los toritos son el mejor expediente para acallar el monólogo constante con nosotros mismos. Las luchas partidistas son pujas y apuestas, mejor que discusiones y esclarecimientos. Nuestra neutralidad, en fin, no es abstención vigilante y digna, sino postura de languidez y sueño perezoso en la hamaca de la indiferencia.

De la garrulería, de la pereza, surge la descomposición; en los circos taurinos no nos duele el dolor de la patria; busquemos el silencio y la soledad, en estas horas trágicas, para renovar, con la voluntad y el esfuerzo, el hilo de nuestras esperanzas colectivas, cuando las hayamos definido… que están todavía por definir.

Nuevo Mundo (30-07-1915)
El Adelanto (09-06-1915)
La Vanguardia (04-06-1915)

Sobre las cartas

Un distinguido y buen amigo nuestro, don Fernando de la Quadra Salcedo, ha disertado recientemente en el Ateneo sobre la restitución, sobre la incorporación a nuestro ambiente del espíritu de las humanidades. Y se ha detenido especialmente en el valor social y literario de las cartas. Recordando las epístolas de Lucrecia Borgia al cardenal Bembo, las de madame Sévigne a sus amigos los abates y las de mademoiselle Julia de Léspinasse a su más que amigo y menos que amante el marqués de Mora, ha pensado discretamente el señor de la Quadra y Salcedo que las cartas son la más dulce y grata comunicación espiritual. En ese recuento ha faltado el nombre, siempre glorioso, de Teresa de Jesús. En ese recuento prescindió también el orador de la sabrosísima correspondencia entre Miguel Ángel y su amiga Victoria Coloana. Hablando de epistolografía, no es lícito olvidar tampoco a P. Nieremberg, de la Compañía de Jesús, al fogosísimo Beato Juan de Ávila, a Giacomo Leopardi –las cartas a su hermana Paulina– y a otros nombres que están en la memoria de todos.

Posiblemente, el señor de la Cuadra y Salcedo no se propuso hacer una historia de los documentos epistolares, sino fijar la atención de los oyentes sobre tema tan delicado y atractivo. Y de esta suerte, son más que explicables las omisiones del distinguido conferenciante vasco.

No hay, en efecto, género más sabroso y delicado que el de las cartas. No se escriben para el público, sino para una sola persona que nos es dilecta. Tienen las cartas el encanto de la llaneza, de la naturalidad y de la confidencia. Se escriben o deben de escribirse, al menos, a la pata la llana, sin la más tenue apariencia de afectación y de artificio. No se trata de convencer a nadie, ni de admirar a nadie; responden al humano impulso de verter hacia fuera nuestras preocupaciones del momento.

Nada más fácil ni más difícil a la vez que escribir bien una carta. Será tanto más hermosa cuanto mejor refleje un estado espiritual, independientemente de la persona a quien va dirigida.

Ha de huirse con todo cuidado del empaque; debe huirse asimismo de la preocupación de ser correcto o de dejar de serlo; la finalidad de toda carta no ha de ser otra, sencillamente, que descargar el peso de nuestras alzas o depresiones morales.

Los españoles escribimos pocas cartas. La correspondencia no suele ser un placer para la mayoría de las personas. Rara vez nos comunicamos sino para los menesteres económicos y sociales de la vida. Al revés de lo que ocurre en Inglaterra, en Francia, y, sobre todo, en Italia, cuna hoy como ayer del renacimiento, no es frecuente la relación epistolar frecuente entre personas de distintos sexos. Nos damos difícilmente cuenta de que la amistad tiene mil matices y tonalidades, desde la corrección amable y fría hasta la cordialidad efusiva, pasando por la simpatía corriente, por la amistad serena, por la identidad intelectiva, por la curiosa observación del espíritu ajeno y por ese instinto latino –tan español, tan francés, tan italiano– de cortés galantería que busca con ansia un grato refugio en la estimación de la mujer inteligente y buena.

Nada más estirado y aparatoso y menos íntimo que nuestra corriente comunicación epistolar. Se diría que en lugar de entregarnos, jugamos al escondite. Andan las cartas salpicadas de tópicos corrientes, de frases hechas, de giros estúpidos e incoloros.

Y las cartas que se llaman de amor –hay manuales de cartas amorosas como si fueran recetarios de cocina, muy leídos y utilizados por el vulgo– y las cartas que se llaman de amor, decimos, son el índice más acabado de la ñoñez corriente. Ni una confidencia que valga la pena. Ni una observación sagaz. Ni sombra de cultos a la verdad desnuda.

Parecen concertadas por apetitos que se encabritan y no por corazones que se unen.

El encanto de las cartas es... el encanto que debían tener absolutamente todos los demás géneros literarios, desde la oda al soneto, desde el madrigal a la elegía. Como que las cartas son un compendio de lo más exquisito e inefable del corazón. La espontaneidad: he aquí el encanto del estilo. Los cánones literarios, las reglas, son siempre adornos postizos, innecesarios y molestos. La gramática no nos enseña a escribir mejor como la psicología no nos enseña tampoco a digerir mejor. Las mejores calidades del hombre son innatas y no adquiridas. Se nace poeta como se nace bueno; el hábito perfecciona la calidad, pero no la desvía ni modifica substancialmente; se escribe bien como se viste bien; por algo que no presta la corrección del gramático ni el corte del sastre: por instinto. Y son las cartas el género literario más delicado porque obedecen a una necesidad tan humana, tan corriente y tan instintiva como el de la comunicación.

Los placeres de las cartas son los placeres de la amistad y del amor. Y así, en las edades del Renacimiento, fueron los más lindos vehículos de la difusión de la cultura; y así también, en los tiempos que ahora corren, han descendido de su trono viejo para danzar por el arroyo, entre las bestiales carcajadas de la idiotez, del apetito grosero y del empaque de los toscos y de los estirados.

El Adelanto (23-10-1915)

Elogio de la coquetería

Bien, ¡día aprovechado!, una cuenta más que ventilar con el corazón. ¡Estamos buenos! De niño, hacía examen de conciencia. Ahora, de mozo, examen de vida. ¡Y qué exámenes más distintos! De niño –bien lo recuerdo– creía ofender a Dios sin haberle ofendido. ¡Ea! Positivamente, no le ofendía. ¡Pero estos exámenes de ahora, duros, brutales, disecciones del corazón, en que te vas arrancando tira por tira, en que te vas lavando entraña por entraña! Y si no te pesa el pecado, te muerde el remordimiento. ¡Te muerde, te hace sangre, te tritura! ¡Corazón, corazón, cesa de latir! ¡No seas bruto nunca!

¡Estas cerillas!... ¡Ea! Fumemos y leamos. "Casta de hidalgos". Muy bonito. Sí, dicen que está muy bien. Pero yo no puedo leer esta noche. No duermo y tengo frío...

¡Las cinco! ¿Ya son las cinco de la madrugada? Hace doce horas, exactamente doce horas, que perdí el ritmo interior de mi vida.

¡Medio día con el corazón sin brújula, cuando no hay luz! A propósito de luz: esta me molesta. No quisiera verme ni en ese armario de luna de la habitación cercana. ¡Tengo miedo de mí mismo!

!Así, así! ¡Ajajá! Mejor ventilaré contigo, corazón mío, las cuentas pendientes. En la obscuridad, eso es, como ventilan las suyas los ladrones y los asesinos. ¡Estas mantas! ¡Señor, cúbreme, que tengo frío de cuerpo y de alma, frío mortal! ¡Cúbreme, ángel de los niños y de las virgencitas!

Sí... Ese Retiro... En ese Retiro fue todo. Una rubia bonita, de cuerpo elegante, con un ritmo tan delicioso para andar que ya lo quisieran para escribir más de cuatro guasones modernistas. Pero no hagas digresiones, corazón: el caso no es de risa. Tú la seguiste. Y lo de siempre: cuatro osos que siguen, para matar el tiempo, a la primera mujer bonita que pasa por la calle. Visillos, ración de vista, mucha ración de vista y a casa. Luego a tu vida normal con un poco más de frescura en ese corazón agotado y seco, como llano en Agosto.

¿La quieres? ¡Ja, ja, ja! Calla, calla, no te rías. Sí, la quieres. ¡Pero si la has visto un momento! Pues en un momento la he querido y para siempre. Nada: si me dice que sí, me caso y al avío.

¡Hombre, hombre! Deja tu ligereza, tu maldita vehemencia; asiéntate. Sé sensatoooo, como te decía aquel sordo que te negaba cinco duros y te ofrecía cincuenta consejos. A propósito de consejos: me cargan todos. Como Brand, el personaje de Enrique Ibsen, prefiero los malos, los rematadamente malos.

Pero... ¿tú entregas tu corazón a la primera que pasa? ¿No tienes miedo de ella, de ti, de todos? ¿Has de resolver de un modo tan liviano una cosa tan seria?

Y ¿por qué no? ¡Mira que puede ser una coqueta, que lo es seguramente, que te miraba a ti y también al otro imbécil –porque los dos lo sois– del hongo gris! Bueno... sí... puede ser. Pero yo quiero a las coquetas. Son claras: quieren un momento: no juran una felicidad eterna; no llegan a abrir en tu vida un sendero de hastío. ¡Cinco días a la reja, un beso robado, tal vez una confidencia y adiós! "La donna e movile…" !Viva la coquetería! ¡Abajo las hembras modositas que guardan todos sus encantos para después de la bendición del cura; abajo esas mujeres caseras que no te la pegan, que te son fieles, pesadamente fieles, que te dicen bobadas sin alma y sin ortografía! La coquetería es noble en la mujer bonita. Su medio de defensa. Sus uñas en el combate. Los encantos son tan fáciles que te cansan de ellos a las primeras de cambio. Y aprendes, como ellas, a ser inconstante. Sigue con eso del Retiro. Una aventura no es un problema de amor: tal vez, es el desenlace de él. ¡Y tienta, tienta, corazón, sal de ese estado brutal! ¡Tírate de bruces al mar, a la ventura, donde te lleven las olas! ¡Nada, nada, nada bien, sin corchos! ¡A la orilla o al hondón!

¡Sí, sí! estoy loco. No puedo ser sensato como un notario o cosa así. Pero… déjate de eso, corazón. Si no crees, ¿para qué has de exponerte de veras otra vez? Los libros: esos agostan el espíritu para no ver, para no vivir. ¡Agárrate a la ciencia! ¡Bah! Es el arte inventado por ingenieros. Que la vida sea reflejo del arte y que el arte no sea sociológico ni ingenieril nunca. Bueno. Para ti, el reflejo del arte es la rubia del Retiro ¿no? ¡Corazón, corazón, pasa por el Amor sin que te coja nunca! ¡No tengas familia! Ahoga tus ansias de paternidad: sé libre y sé solo. Sobre todo, sé solo. Ya ves: la familia ¿para qué sirve? Para darte una taza de caldo... cuando no te apetece.

¡A lo del Retiro! ¡Oréate de nuevo! Rehaz tu muchachez y a la batalla. Un desengaño más te hará sonreír. Pero... ¿y si no fuera desengaño? Y, y si... porque cuando no se entrega nada, en achaques de amor, nos lo conceden todo, tal vez... logro…

(Luis, al concluir de hablar, llora. Suenan cinco campanadas en el reloj vecino. Después, antes de las cinco y cuarto, ronca intensamente.)

Fray Mocho (06-07-1917)

La solterona

(Habitación modestamente amueblada, que dicen en las comedias. Cuatro sillas de paja, un sofá raído, una camilla antigua castellana, un calendario con Santa Teresa, dos diplomas de la escuela adornando simplemente las paredes. Completan el mobiliario una máquina Singer y un montón de piezas blancas, apelotonadas sobre la camilla. Pepita cose, repasa la ropa blanca, y cuando se aburre, lee El Escándalo de Pedro Antonio de Alarcón. Son las cuatro de la tarde, de una tarde de abril. La campana de la colegiata ha dejado caer, sobre la diafanidad de la tarde, dos golpes lentos, vibrantes. La habitación tiene un balcón y el balcón mira hacia un jardincillo, don-

de juegan y cantan los niños de la vecindad. Pepita, que ha pasado ya de los treinta años, tiene cabellos rubios y ojos azules y soñadores. Es una belleza interesante la suya: belleza de crepúsculo, de toque de oración, forjada en el sacrificio, en el silencio y en el anhelo.)

Pepita (repasando la ropa blanca).–

¡Constantemente así, siempre sola, siempre esperando algo que no llega, con los mismos afanes de otras veces! ¡Primavera! Todas pasan y yo quedo; todas caminan por una senda de flores o de abrojos, pero por una senda, y yo, solamente yo, estoy en el punto de partida, pronta a tomar el tren para una estación desconocida, pero el tren no llega. ¡Amor, amor! Eres como el rayo de sol, que quieren coger ahí, con las manecitas, los niños del jardín, cuando se quiebra su luz por entre la espesura de los álamos. Cuando aprietan los puñitos para recoger los rayos y los abren luego, se desesperanzan porque no hay nada entre las manecitas. ¿Quién puede creer en tu imperio, amor? La codicia de los hombres se burla de tus fueros. La fidelidad, mi felicidad, te ha dado mi corazón como prisionero de guerra. (*Silencio. Cantan los niños en el jardín el viejo romance:* Rey moro tenía tres hijas...)

¡Sí, niños míos, sí! Rey moro tenía tres hijas. Y no porque fueran bellas, sino porque eran hijas de monarca, las tres amaron a tres príncipes cristianos, que casaron con ellas, descansando en sus brazos después de las fatigas del combate. Ya vendrá el amor a vuestros juegos de hombres, niños. Vendrá el amor con sus sobresaltos, la reja con sus misterios, con sus confidencias la cartita gris de la novia, pero el amor se irá. Lo echaréis de vuestra alma cuando la vida os enseñe, que, para caminar, es más práctico contar los baches de la tierra que extasiarse ante las estrellitas del cielo... Rey moro tenía tres hijas... En busca de las hijas del rey moro iréis vosotros, niños que cantáis el pasaje del Romancero que yo también recuerdo de memoria. ¡Aquellos tiempos de los corros con vosotros, en que jugábamos a mamás y apretábamos contra nuestro pecho la muñequita de cartón, en que éramos amigas del más bravo, qué lejos están, hijos míos. Aquí tengo mis muñecas de antaño, arrinconadas todavía, sin alma, como yo, apesadumbradas y caribobas como su dueña, porque no juegan ya.

Y después de la niñez, el colegio, y el "bon jour" a la madre de ojos miopes, y el vestidito largo, y la confesión del baile, y la *simpatía* con aquel muchacho, y la chica que nos da una carta, y la primera cita a la ventana, y los llantos que vienen sin saber por qué, y las alegrías alocadas, y la emoción ante el organillo catarroso que toca el vals *aquel*, y el sobresalto al pasar por la calle *aquella*, y el beso que estampamos furiosos, estallador, a papá que nos pregunta por el muchacho *aquel*. Y más tarde el olvido, el matrimonio del príncipe con la hija del rey moro, la soledad, el hábito de los Dolores, el encuentro con el príncipe que nos pasea su dicha por las narices.

Y la escena se repite, y el amor que brota de nuevo, más firme y contenido que antes, nos trae un nuevo desengaño y un nuevo dolor. Después del otoño, el invierno. Y detrás del invierno, la primavera. Primavera, ¿qué me traes este año? ¿Seguiré repasando la ropa blanca, leyendo una vez más este libraco que ya estoy cansada de leer viendo esta eterna tapia y esta calle de siempre, escenario de mis alegrías que fueron luego simiente de dolor?

¡Déjate, príncipe, de princesas moras que tendrás cautivas cristianas de tu hogar y de tu corazón! ¡Déjate de aventuras, príncipe mío, que tu corazón está cerca de ti, delante de ti, anhelando penas que rumiar contigo, sacrificios que compartir contigo, hijos que vuelen de tus brazos a los míos y de los míos a los tuyos, dándonos celos de ventura y de amor! ¡Primavera, devuélveme mi príncipe, el que me hace soñar el perfume de tus rosas, la limpieza de tu cielo y la solemnidad de tus noches quietas y prometedoras!

Cuando en mi alma se rompe una ilusión, en seguida se incuba en ella otra más grande y más soberana. ¡No te vayas con ella, primavera!

(Nuevo silencio. Cantan los niños en el jardín:

No te cases, no te cases
con las pobres y las viejas.)

¡Callad, niños, callad! ¿Quién os ha enseñado ese cantar sangriento y... feo? ¿Qué sabéis vosotros de esas cosas?

Fray Mocho (09-08-1917)
Mercurio (Nueva Orleans) (Enero-1914)
La Vanguardia (22-08-1912)
El Hogar (06-12-1918)

“Alemania canto de invierno”

A Francisco Ruipérez

Y heme aquí, querido Paco, en el grato aislamiento de mi pueblo castellano donde no me queda ningún francófilo con quien conversar, mientras en la rebotica matan por millones a los franceses y se embrutecen con ese órgano de la incultura y de la ramplonería espirituales que se llama *ABC*, me encierro en el despacho y releo una vez más, con emoción creciente, ese estupendo poema: Alemania, *Canto de invierno*, de aquel maravilloso poeta alemán de alma francesa que se llamó Enrique Heine. El poema, más que un canto, es una profecía guerrera de un clarividente. Lo escribe el poeta en 1844, cuando después de catorce años de destierro de su querido París vuelve a su patria alemana.

«El poema –escribe Josué Carducci, con su lucidez acostumbrada–, el poema *Deutschland, Ein Wintermärchen* (Alemania, canto de invierno) es... una floración del subsuelo húmedo y vegetante de la fantasía y de la canción populares, que, elevándose en humareda por el ingenio y el ánimo nerviosamente líricos del poeta, se deshace en la conmoción de la actualidad histórica». Pero de la actualidad histórica, nos atrevemos a añadir nosotros, de este año corriente, y más todavía, de este mes de junio en que las tropas imperiales, contenidas en su brutal empuje sobre París, reciben en sus ojos de miopes, saturados de cerveza, el reflejo de la sonrisa serena y segura de Francia. Si el poeta es un adivino, no hay que dudar que Enrique Heine lo era, no ya solo porque «los imbéciles de los teutómanos le hicieron despreciar los colores de su bandera», sino porque comprendió, al fin y al cabo, la estupidez de la leyenda del viejo Barbarroja, convenciéndose de que «para nada necesitamos emperadores».

Pero abramos el libro de Heine, mientras el notario de mi pueblo, que exhibe en las procesiones los colores de la banderita esa, asegura, desde la cumbre de su ciencia hipotecaria que los alemanes han abierto la brecha del valle mimoso de Mondidier para turbar el reposo de París. En el invierno abandona el poeta a su patria. El viento es húmedo y el paisaje está desnudo. Sobre los baches se atasca el pobre carricoche del viajero.

Y mientras recuerda la imagen de aquella Virgen de la Catedral de Colonia que se parecía a la de aquella novia que le dejó por un hombre grave –cervecero primero, consejero imperial además– una voz canta y resuena en su espíritu: –¡Oh, sol, tu llama acusadora!

El pobre judío errante, el bardo hambriento que ha pedido con su moral al hombro pan y fuego en las casas de los pastores de las aldeas que encuentra al paso, recuerda que ese es el estribillo que le cantaba su nodriza. ¡Oh, sol, tu llama acusadora! Y recuerda también aquella balada de la hija del Rey que en el bosque se peinaba su cabellera de oro. Ha perdido el trono la niña rubia. Del viejo esplendor no le queda más que su caballo Falada. Y dialoga con el caballo la princesita rubia en el bosque, lamentando sus pesares.

Y de la balada de Federico Barbarroja, el bruto que violó a Italia y que encerró al rey Enzo en su palacio de Bolonia, se acuerda también el pobre bardo, camino, caminito de su país.

Tenía razón la vieja nodriza: Federico no había muerto. En la caverna del monte de Kifhäusser se hallaba encerrado el viejo Emperador. Millares de caballos con los lucientes arneses a la grupa descansan en Kifhäusser. Ni relinchan, ni galopan, esperando una orden de su señor. Los soldadotes, inmóviles, yacen sobre la raja, al lado de las caballerizas. Las viejas armas, las bridas, las espadas gigantescas y afiladas, los yelmos de acero con incrustaciones de plata, las hachas, las lanzas poderosas, esperan el guante de acero que les agite. La bandera negra, roja y blanca de Federico ondea en lo alto. ¡Ay! El poeta penetra en el castillo. No es tan fiero como le pintan el pobre Emperador. Tiene un aire de cretinismo feroz, a pesar de todos sus trofeos militares y de sus viejas glorias. Y es tacaño y sórdido como buen Emperador. Dice al poeta que hablen en voz baja, porque es día de paga y pueden despertarse los soldadotes, reclamándola. Los soldadotes prefieren una vaca fugitiva de una granja, la caja de caudales de un comerciante flamenco, a las ramas del laurel.

Y el poeta se siente charlatán. ¿Por qué no hablar a Federico de Mendelsohn y de la Karschin, de las queridas de los Reyes y de esa preciosa invención del cuarto estado que se llama la guillotina? ¡Con qué deleite la describe Heine! «Mira, Barbarroja, mira –canta en el canto XVI–; te sujetan bien a una tabla que desciende; ágilmente, sutilmente, te deslizan entre dos planchas; encima está suspendida una cuchilla triangular, se tira de una cuerda y la cuchilla se desploma lista y segura que es una delicia, y de este modo te decapitan, metiendo tu cabeza en un saco».

Y el Emperador, a pesar de ser Emperador, tiembla. Y el diablejo del poeta le hace sus cortes de mangas. –«¡Tú eres, Federico, una vieja fábula!»– le grita.

Y acaba el poema. Para el poeta, su pueblo nacerá con el hundimiento de los emperadores. Hasta entonces, la rubia muchacha de Alemania, con sus senos virginales y sus cabellos de oro al sol, no oirá la canción nueva del poeta, aquella su canción mejor con que empieza el poema. La de la felicidad en la tierra, sin esperar la celestial, cuando la virgen Europa se despose con la Libertad y gocen de su primer beso de amor.

El poeta no pudo ver su sueño realizado. Pero nosotros, con permiso del *ABC*, o vuestros hijos, cantaremos el canto nupcial sobre las ruinas de las dulces granjas francesas. Y los emperadores, trocados en momias, se tornarán polvo en los pudrideros de la Historia.

Iberia (15-06-1918)

¿El año de la paz?

El que quiera la paz prepárese para la guerra, *qui vis pacem, para bellum* –afirma un dicho latino de los ciento en boca–. Y este viejo aforismo, que pudo ser antaño esencialmente imperialista, se tiñe hoy, ante las tintas de la luz del alba nueva, de un profundo sentir espiritual.

Quiere decir, en último término, que no goza de la paz el que no la merece, y que para merecerla, hay que ahuyentar del ánimo las causas permanentes de su perturbación y desasosiego.

Por haber vivido España al margen de la guerra que acaba de ganar la democracia en el altar de Europa, el año que ahora brota de las entrañas misteriosas del tiempo, ha de ser, para los españoles, tormentoso y de terribles sacudidas.

Es un castigo fatal histórico, de cuya inminencia no podemos sustraernos.

Tal es la triste y sencillísima profecía de un español que ha lamentado, durante cuatro años, día por día, con tozuda insistencia, el suicida y torpe aislamiento de su país, ante el dolor del mundo. La paz que llevará consuelo a los luchadores –vencedores y vencidos– desencadenará la tormenta en los indiferentes, amontonando, en bizarra confusión, las inquietudes ajenas y las propias.

¡Año de 1919, y que triste despertamiento has de procurar a los modorros!

Anda entre nosotros el Estado divorciado de la Nación, la ley a cachetes con la justicia, el ciudadano en duelo continuo con el político, la mujer considerada como simple juguete placentero y el que trabaja no a muchos codos sobre la bestia.

La incomprensión y la insensibilidad son cualidades necesarias en este país para procurarse los balidos del rebaño.

El corazón y la cabeza pesan demasiado para no desalojarlos de nuestra actividad.

Sobre nuestra trágica desorientación, campea una crisis, todavía más trágica de hombres. Caminamos de tumbo en tumbo. Y cuando surge en el desierto una palabra nueva, nos tapamos el oído para no escucharla. Y si la escuchamos, no la comprendemos. Y si la comprendemos, no nos da la gana *sentirla*.

¿Cómo podríamos evitar las amarguras que hemos de recoger en el Agosto del año que nace hoy?

¡Ay, nos duele España como una llaga abierta! Más que una madre, se nos antoja una criatura que no ha nacido aún y que ya gime por desgarrar el claustro en que se nutre. Savia de nuestras tradiciones, sí, pero hija, hija del presente, sobre todo. Para ella no alumbran los rayos del sol todavía.

Advertimos con pena, que ella puede pagar en la hora nuestra frivolidad de muchos años.

¡Y si a costa del natural dolor del parto, ella viviese la paz que se nutre de inquietudes, la cultura que se alimenta de fatigas, la libertad que se templa en la disciplina de la conciencia interior, la democracia que se forja en la lucha y en la violencia contra los despotismos y las arbitrariedades de toda laya, si el año 1919 la trajese todo eso!

Pero será un año más, una vida que no se vive, una lección que no se estudia, una fecha estéril, una etapa dolorosa para ir subiendo lentamente al Monte Calvario de nuestra expiación. En la hora del silencio, se vocea. En el momento de la confidencia, sembramos la tierra con las malezas y ortigas de los equívocos y despropósitos. Cuando debíamos prepararnos al nacimiento de la patria futura, enterrando la presente, vamos a estrangular lo venidero y a insuflar inyecciones en el cuerpo de un cadáver, que apesta ya, y cuya fosa debiera cavarse bien honda, bien honda, y en el rincón más apartado posible.

El Adelanto (01-01-1919)

Crepúsculo de sangre

Y el sol vierte su luz roja, luz de sangre, a la hora del atardecer de esta tarde de Mayo. Hemos venido al pueblecito, de elecciones en un carricoche, durante siete horas, por atajos y caminos de cabras, y con los huesos triturados y molidos. Quiebra el sol, refrescamos la garganta y descansamos unos minutos. El término municipal está compuesto de grandes dehesas. Hay la alfombra verde de los prados, y el verde intenso de los centenos, y el acerado y metálico de las cebadas. El mismo color en matices distintos sobre la llanura infinita. Y el silencio y la paz del campo. Y nos sentimos hombres, dueños de nosotros, en esta soledad augusta que nos empuja a la acción. No somos los muñecos que son los hombres en los paisajes del Norte –recodos, repechos, rincones–, ante las cumbres, en las montañas; somos algo más, porque el alma nuestra es el centro de esta ruda y varonil belleza del campo de Castilla.

Se pone el sol. Y queremos dialogar un momento con la Naturaleza, saturarnos, empaparnos, henchirnos de lo infinito. Todo convida a la dulce comunión. Arriba, en el cielo, parpadea un lucerico temprano, que platea la copa del álamo, junto a un regato. Preludian los grillos su modulación en los trigales, y las ranas su monótono cantar. Del Tormes viene una brisa de delicia. Las sombras de los alcornoques convidan a la sabrosa procesión de los recuerdos gratos, de las horas felices.

Aquella montaracía plantada en la loma nos hace soñar sueños que se fueron.

Y tornan del campo las mujeres, de escardar. Refajos amarillos, caras tostadas, pies desnudos y terrosos. Vienen las mujeres sin cantar, de regreso, arrastrando la fatiga del día para reanudarla al apagarse el lucerico. Diez y ocho horas de trabajo; cinco reales de soldada...

¡No, no se puede soñar en el llano maldito! No es lucero el lucero que alumbra la triste caravana; no suena a música la modulación de estos grillos en el trigal. Se deshace la emoción estética en un instante. El dolor nos roba la serenidad y la ecuanimidad de la hora. Estas lomas, y esa cuesta, y esa procesión de encinares, y esta paz de la noche, y aquella brisa de primavera, son un torcedor para el recuerdo. Mis hermanos son peores que esclavos: son terrones. Los otros no tienen alma, no viven pendientes de su miedo y de su tosquedad. Castilla es un camposanto donde las almas vivas yacen también enterradas. Y nadie las oye, ni las comprende, ni las ama. Almas ceñudas y solitarias en un escenario indiferente y augusto, creado para el hombre, han perdido el contacto y se mueren retorcidas de dolor.

Y la caravana llegó al pueblo. Otra vez la noche, sin intermediario. La luz de la casa de una aceña, la poesía del silencio que trata nuevamente de envolver al corazón, sin lograrlo. La angustia no nos permite la entrega sin reservas a la contemplación pura. Un mendigo en la carretera, una frase soez, una blasfemia que restalla como fusta de mayoral, una mano que se extiende pedigüeña. He aquí que Castilla es un gran mendigo impúdico.

Son todos mendigos en Castilla: los que tienen y los que no tienen, los que reciben y los que prestan; todos. He aquí un asilo de bobos amemados, de idiotas velazqueños, un hospital de mentecatos incurables que piden, que extienden eternamente una mano en la noche al transeúnte. La visión del mendigo, su melopea de falsía, vuelve a encharcarnos el agua corriente de nuestra serenidad.

Y una luna roja asoma su carita llena encima de las ruinas del Carpio. ¡Una luna, roja luna, salve! De sangre es la noche, como de sangre es el atardecer. Los mendigos se levantan de sus lechos de hospital, y requieren las hoces, reclamando cada uno la espiga de su pan.

Hay un gran estrépito.

Crujen las paredes y se resquebrajan; el piso se hunde. Los enfermos de la ración acortada vociferan. No sirve.

La luna roja hace muecas burlescas sobre las ruinas. El paisaje, eternamente sereno, no se altera.

Las espigas caen ante las hoces, debajo de la luna roja, pletóricas de grano. Ya tiene cada mendigo de Castilla su pan. Tritura la espiga, arroja la paja en la parva, que el aire corre del Norte. Encera, esconde su grano en la alhóndiga.

Es flor de harina ya.

Los hijos sonríen al mendigo, y la esposa le tiende los brazos, amorosa, como en la noche nupcial.

Y el pobre mendigo, acorchado de dolor, reposa por primera vez. Abre la ventanita de su alcoba. La brisa le hincha los pulmones; la paz le colma de sentires el corazón. Ya no le duelen las ideas en la cabeza. Allá, sobre la loma, una imagen como la del Nazareno le sonríe, dándole las

buenas noches. Y croan las ranas en los remansos, y los grillos en los rastrojos. Y el paisaje ya no le duele como si fuera la proyección de su viejo corazón gastado. El de ahora rima en promesas con la flor de harina que llevará mañana al horno. Esta Castilla de su sueño, esta de ahora, es una granada realidad en sazón.

La Esfera (19-07-1919)

Tierras del Barco

El turista

Gredos está sin explotar y ha comenzado a surgir el turista en estas tierras. Don Plácido del Moral y Cañabete es el jefe del turismo por esta loca empresa. Alto, gordo, risueño, contento de la vida y elocuente como un abogado en ejercicio, don Plácido da conferencias sobre el turismo en el casino de la población. En Suiza –asegura– no hay montañas y todas las inglesas son feas, desgalichadas y flacuchas. El turismo –define– es el arte de que los indígenas saquen dos pesetas de propina a los forasteros por cada servicio. Como el turismo no tenga comités y los comités no se federen, el turismo será un arte –hay quien dice también que es una ciencia– que irá de tumbo en tumbo y de capa caída. Es decir, don Plácido, que hace profesión de solemnidad, no emplea expresiones de tan bajo vuelo. Don Plácido dice que nuestra ciencia pasará por un periodo de descomposición orgánica si no se somete a la alta dirección, un tanto militarizada como debe ser, de los comités del fomento del turismo en la provincia.

He hecho muy buenas migas con don Plácido, que es militar retirado, en estas hermosas y feraces tierras barcenses. Mi hombre es un filón inagotable de observación para los hombres sencillos que posan un límite discreto a la grotesca variedad humana. Don Plácido no es político. Don Plácido aborrece a la Prensa. "El Sol" lo pagan los yanquis, "El País" lo escriben los descamisados. Nuestro genio nacional es don Juan Vázquez de Mella. Los versos que más le gustan son los de Cavestany. La canción del olvido le arranca lágrimas de emoción cuando la oye en Ávila, en la plaza del Alcázar, a la banda de la Academia.

Don Plácido siente debilidad por los trípticos. ¡Ay, los trípticos le vuelven loco! Hemos visto un Cristo negro en la parroquia, unas lindísimas vírgenes, un bajorrelieve florentino, tres joyas que ya quisieran para sí muchas catedrales españolas. Don Plácido ponía el ceño hosco ante aquellas lindezas; el mismo ceño que pone ante los artículos de fondo y ante su viejo asistente cuando no le da gusto al afeitarle. ¡Ah: aquello no era malejo! Pero apareció un tríptico en el trascoro, desportillado, roto, hecho un pingo y don Plácido palusoteaba[30] como un buen chico:

–¡Qué tríptico, señores, qué tríptico! Pero, ese párroco…

Y hemos ido a ver al párroco, un hombre discreto, avisado e inteligente. Y don Plácido ha hablado de esta guisa:

– ¡Soy, señor cura, el señor del Moral! Le suena mi nombre ¡eh! Todos dicen lo mismo. No sé que ocurre pero así es. En Madrid, por ejemplo, tengo que ir con el sombrero en la mano, descubierto: todos le conocen a uno, aunque uno, como usted comprende no pueda conocer a todos. Veo a una señora, hago una inclinación de cabeza y digo: "¡A sus pies, señora mía!" Se trata, por el contrario, de un caballero que me saluda con respeto y exclamo: "¡Beso a usted la mano, caballero!" Y pasa después un íntimo y entonces, con cordialidad, poniéndole la mano en el hombro, digo: "¡adiós, querido!" (Pausa)

– Pues soy, señor cura, como usted sabe, presidente de la Federación del Turismo.

Mi visita tiene, por lo tanto, un carácter oficial. Sé que no es usted como los demás curas, vamos, un poco animal (gesto del párroco como para tirarle de la ventana al corral), vamos, dedicado a las teologías, y yo que lo sé, he venido a rogarle en nombre del turismo que me cuide ese tríptico. ¡Qué tríptico! ¡Una joya, un portento, un señor tríptico! Sobre la Encarnación ¡eh!

No le conozco, señor del Moral –asevera el párroco–. ¿El de la Anunciación? Allí no hay más que uno del Bautismo del Salvador.

–¡Bien, ese! ¡Una confusión, señor! ¿Quién no se confunde? ¡Lleva uno tantas cosas en la cabeza! Uno entiende de pintura ¡sabe! y de turismo aunque yo oficialmente no conozco más que la ciencia militar.

[30] Así en el original, tal vez por "palmoteaba".

Don Placido del Moral y Cañabete habla con un gesto amplio ¡Ah, el, él, El! El turismo es cosa suya. Ahí, en los Congresos esta toda su obra. Concienzuda, minuciosa, a base de estadísticas. Para leche, Ávila; más de millón y medio de litros de leche de Ávila se beben los madrileños al cabo del año; cifras cantan. Once mil terneras se comen en los restoranes de Madrid al año; lo tiene comprobado y visto don Plácido del Moral y Cañabete. Estamos absortos ante don Plácido.

– ¡Cuídeme ese tríptico, eh! ¡Que tenga más luz! (Recibe de plano la de la ventana mayor del trascoro.) ¡Más luz! ¡Más luz! ¿Y esas ropas, señor cura?

El señor cura, un hombre muy simpático, saca las ropas. Del Moral y Cañabete observa, escudriña, con su gesto ceñido de presidente de todos los comités de todo el turismo de todo Gredos:

– ¡Eh! ¡Qué ropas! ¿Siglo XII?

– Del XVI, señor –rectifica el párroco– Digo, creo que son del XVI

– Un absurdo, señor párroco. ¡Siglo XII y bien XII! ¡Qué riqueza, qué colorido, qué amplitud!

Nos despedimos del buen sacerdote. Le hemos parecido bichos raros y un tantico cómicos. Con la mirada, que no era cosa de interrumpir la sabrosa plática y el claro discurso de don Plácido, me he atrevido a insinuarle que yo también me divierto. Silenciosamente nos hemos estrechado las manos. Luceritos en el cielo. Viene de la fuente el suave murmurar del río. Hemos tomado el vermouth. Allá, en las mesas, ha disertado don Plácido sobre la guerra:

– Hay una cosa evidente, indiscutible, señores, ¡en Francia no existe el soldado! ¡Francia no tiene virtudes militares!

Y hemos salido convencidos de la fealdad de las inglesas, de la carencia de montañas en Suiza y de que el "peludo francés" es una dulce fantasía de nuestros sentidos.

La Publicidad (22-08-1919)

Divagación en horas de plenitud

"pro després el gran jorn, després el día
l'esposa sens joiells, tota a l'espós."[31]
(Maragall. Donant les Joies. *Poesies*.)

Esposa: ha llegado la hora de la plenitud. No podemos con nuestra alegría interior. Tiene silencio y paz la casa; son los muebles claros y alegres; están lozanos, contentos y talludos los hijos. Cuando tú trabajas, yo sonrío, y cuando yo trabajo, eres tú la que sonríe. Tenemos un solo espíritu para los dos; tenemos paz, quietud, sosiego, armonía inefables. Han cesado las batallas, los hablares de traición, los recelos, aquel hervor íntimo que nos desasosegaba. Eres mía y soy tuyo. Y los dos somos de Dios. Y sabemos que hay algo más allá del amor: el sacrificio, y algo más allá del sacrificio: la resignación.

Eres, esposa, santa. Y al contacto de tu santidad, yo soy bueno. ¡Muy bueno soy! Tengo tus ojos, los de nuestros hijos, dentro de casa; y fuera de ella, circundándola, envolviéndola, iluminándola, el mar y el cielo y la montaña. Y la ciudad, mi patria, a los pies del hogar.

Ya sé callar; nada más fecundo que el silencio. Gozo, saboreo, paladeo con unción la majestad y la armonía del mundo. Espejo bruñido y claro de nuestro espíritu me parece el mundo. El mundo es un espíritu, esposa mía, y es Dios el espíritu del espíritu del mundo. Todo siente, ama, y canta en él. No hay polen que sea estéril, ni germen que no fecundice, ni flor que no florezca, ni fruto que no madure y sazone, ni insecto que no zumbe, ni pájaro que no píe, ni arboluco que carezca de nido de amor; todo, todo obedece a la armonía, a la paz, al equilibrio del mundo.

Estoy como hechizado, como embobado, esposa. Hablamos apotegmas y nos rodean misterios. ¿Qué mayor misterio que un apotegma? Hablamos de amor, y sentimos de amor, y creamos amor, y creemos en amor; ¡y qué mayor misterio que el amor, esposa! Nada más verdadero que Dios; ¡y qué misterioso es Dios, esposa, qué misterioso es Dios! Le veo aquí, en esta flor blanca de almendro que rebrota ahora con savia moza; le veo en el gato que me saluda todas las mañanas, perezoso, con el aire distraído de gran señor: le veo en los ojos del hijo mayor, que viene a darme un beso al despacho todas las mañanas, y que me llama papá –¡papá!–; le veo en tus manos, esposa, cuando juegan con las agujas de punto, tu labor predilecta, porque es labor que invita al sueño; lo veo en los estantes de mis libros, que tienen alma, esposa, alma como tú y como yo; le

[31] "pero después del gran día, después del día / la esposa sin joyas, toda (es) del esposo".

veo en mi paz, en mi alegría y en mi arte; le veo en ti, esposa, y le veo en mí. Veo en todas las cosas a Dios. Dios es todas las cosas, y por serlo, todas las cosas son santas y divinas.

Aprendemos a callar, esposa. A callar, sobre todo. No callando siempre, no se oye la canción del mundo. La canción de la tierra, fecunda y prometedora, que vibra de amor. La canción de las olas que traen inquietudes, celos, rugidos, pero rugidos roncos, celos desesperados e inquietudes anhelosas de amor. Y la canción del cielo diáfano y limpio que nos mira. Y la canción de la montaña sana, alegre, natural, bravía, hosca, pero canción de amor. Y todas estas canciones que se oyen en el silencio son el lenguaje de Dios. Aprendamos a oírle.

¡Ah, sí, esposa mía! Y de decir algo, de hablar algo, de mover la lengua para algo, sea en nosotros sacramento la palabra. Algo confortador, vivificante, divino; algo que alegre, que calme, que aquiete al espíritu de los hermanos que sufren y que lloran. El reproche, la censura, el desdén, la mordacidad, la ironía, son sacrilegios en horas de plenitud. Todos son buenos, los buenos y los malos. El reino de Dios no será de este mundo hasta que destruyamos toda suerte de categorías jerárquicas de bondad y de maldad, dichas en horas falsas de crítica, que toda crítica es bastarda y mezquina. ¡Aprendamos a callar, esposa, para saber de la majestad y de la armonía del mundo!

Cubriré, en el silencio, de joyas tu cabellera, tu cuello, tu pecho, tus brazos, tus manos. Serán lluvia las joyas en tu cuerpo; serán en tu cuerpo lluvia de amor mis besos castos. Y besos y joyas te harán resplandecer con luz infinita. Cada joya es un beso, cada beso es una joya que alumbra en esta noche plácida de nuestra plenitud, tu cuerpo santo de esposa. ¡Y cuando pase el gran día, después de él, te quiero toda sin joyas para mí, mi amor!

La Esfera (25-02-1922)

Canto de primavera

Y esta mañana llegó la primavera con sus galas a Madrid. De madrugada pasé por el Retiro; cantaban los pájaros, florecían su primer verdor los árboles, sonreían las muchachas con su primera sonrisa mañanera. Y los rayos del sol se quebraban por entre los intersticios de los árboles.

Y esta mañana llegó también la primavera con sus presentimientos a mi corazón. Con el alba lució en mis entrañas la sonrisa de ella. Mi corazón adivinó el hijo que sueño. Al trabajar, el trabajo se trocó en reposo, y en descanso, y en placer. Y me levanté cantando, y este canto ha sido el ritmo continuo, el motivo constante de mi día.

¡Señor: de primaveras y de veranos y de otoños y de inviernos se componen y se forman también las estaciones de nuestra vida interior! Nos castigáis, y cuando te dueles Tú, Señor, de los golpes que nos has inferido, nos acaricias, nos mimas, nos sonríes, paternalmente, y de pronto, por el amor que nos tienes Tú, nos recuerdas, con una recaída, con un golpe, con una pequeñez del prójimo, con un encontronazo, que el dolor nos purifica de la escoria que la alegría dejó en nuestro corazón. Y vienen las horas tristes del dolor, del dolor callado, incomprendido para todos –hasta para la madre, hasta para la amada– y cuando has vito Tú que ni entonces blasfemamos, sino que te bendecimos porque nos castigas, tornas, Señor, la primavera a nuestro corazón.

Pero la primavera no me desvanece porque me acuerdo del invierno de mi vida interior. Ni el invierno tampoco hiela los rosales de mi corazón porque te conozco, Señor, y sé que vendrán la alborada, y el sol tibio, y las hojas, y las flores, y los cantos de la alondra allá, en lo más escondido y oculto de mí corazón. Así, esta primavera me traes alegría serena y ponderada, grave, reflexiva, repleta de ideas y de emociones, primavera de madurez y de fruto. Y he cantado, no para los demás, sino para mí sólo. Y mi canto no ha tenido el ritmo atropellado de la muchachez, sino el ritmo del que, pensando en la cosecha y en el fruto, y en la espiga, y en la panera, y en el nido, se prepara, Señor, no al canto, que es estático y contemplativo, sino a la acción formada de sacrificios y de limitaciones, de concesiones, de abnegaciones; en el ritmo –un poco monótono y cansino quizás– de la recolección y de la vendimia de los granos del pensar y de las uvas –sabrosas y dulces– del querer.

¡Dios mío: te siento en mis entrañas en estos días soleados y tibios de la primavera que llega! Vives en mí tan por completo, que vivo sin vivir en mí, como vivía –anhelando la muerte– tu Teresa. Y gozo de tal plenitud, de tal alegría, me sobras Tú tan por completo, Tú, Señor, me satisfaces de tal suerte, que la misma muerte sería una liberación, "un nacimiento nuevo", una "anticipación de goces porque vería tu faz", como para tu Francisco, como para tu San Francisco Maragall, de Barcelona.

No temo nada. No espero nada. No deseo nada en estos días de primavera de mi corazón. He vuelto a la niñez, y a los juegos, y a cantar los romances de Delgadina:

¡Rey moro tenía tres hijas,
todas tres como la plata;
la más pequeña de todas,
Delgadina se llamaba!

¡He vuelto a ser niño, Señor! Recibe Tú mi presente de niño y de poeta: mi canto de primavera. Y prepárame el canto del estío, que estoy anheloso de la recolección y de la vendimia de los granos del pensar que son panes del espíritu y de las uvas dulces y sabrosas del querer, que saben a mieles.

La Publicidad (31-03-1922)

Mayo

Mayo en Madrid… las primeras corridas, los primeros claveles, las primeras blusas transparentes en las muchachas. Puestos de horchata y de agua de limón en las calles, organillos con canciones idiotas de Serrano por las calles, Leonardo Parish exhibiendo sus "clowns", sus equilibristas, siendo el regocijo de los bebés en el Circo de Price.

Mes de mayo en Madrid... Dos de mayo, milicianos de morrión, alegría en las calles, merendolas en las Ventas, excursiones nocturnas a la Cuesta de las Perdices. Ventiladores en los cafés; Lulú, Mimí y Totó, con blusa calada; carreras de caballos. Corridas los domingos, las fiestas de guardar y los días de trabajo que no se trabaje. Espantás del Gallo, Chicuelo y La Rosa haciendo de pollos bien en Fornos Palace, dispersión de los diputados y senadores anónimos a la provincia.

Mes de mayo en Madrid... San Isidro Labrador que, para rezar, deja al cuidado de sus bueyes a los ángeles del cielo. Tíos vivos en la Pradera. Buñuelos aceitosos, ambiente que apesta, fritangas en las casetas y barracas de madera, junto al santo. Celos de chulos y de chulas que se injurian, palabrotas rudas y ásperas, gitanillas diciendo la buenaventura al transeúnte –¡oh, estela de Preciosilla!–, organillos. Y las cimas azules del Guadarrama invitando con su frescor y su altura al corazón cansado. Y la mole del Palacio Real a lo lejos. Y los aduares del Manzanares con ropa colgada en los ventanillos… Isidros, soldados, amas de cría, baturricos, charros, maragatos, asturianos, gallegos... Banda municipal.

Mes de mayo en Madrid. Los cafés y los bares en las aceras, Bombilla, frescos románticos a la Moncloa y al Parque del Oeste con la mujer, con la novia o con la amiga, mujeres que son claveles, mujeres que son rosas, mujeres que tienen rostros adorables de siempre novias. Y mañanitas tibias, y cielo azul, y atardeceres lentos, y chubascos rápidos y gratos. Verbenas. Y el boticario del brazo de la rubia y de la morena, y Julián que –acordándose de que tiene madre– no riñe con la nena que le trae de cabeza, y el vals lento con el señorito de postín, y el padre de familia que echa una cana al aire… Aires de Chueca, de Caballero en las verbenas populares. Y allá, en el barrio de Salamanca, unas manos delicadas preludian al piano la Suite Iberia de Albéniz, y allá, en el tupís del Avapiés, una chiquilla oye los primeros requiebros de amor en la dulce tibieza de la mañana.

Mes de mayo en Barcelona... Puig y Cadafalch sale en automóvil abierto, Cambó se baña en el mar y hace declaraciones; comienzan los primeros Congresos en Barcelona. Fiesta de claveles en Sitges la blanca. Acogimiento piadoso de la montaña. Excursiones a Montserrat, a Vallvidrera, al

Funicular del Tibidabo. Coblas[32] y caramellas[33]. Toda Cataluña es mayo, y toda la montaña y toda la llanura y todo el cielo y todo el mar, es mayo en Barcelona.

Mes de mayo en Barcelona. Sardanas, nobles sardanas, dulces sardanas, sardanas que son el alma de Cataluña hecha ritmo y hecha armonía, en las plazas, en los centros, en las romerías y en las barriadas populares. Lecturas de Maragall, junto al mar, y de Mossén Cinto, al pie de sus cenizas, en la montaña de Montjuich. Banderitas; oriflamas barradas en la plaza de Cataluña, en la calle de Fernando, en el Paseo de Gracia. Canciones de amor en la falda de los montes. Exposiciones de cuadros. Noyas sonrientes, cenas en el Parque, carreras de caballos, desfiles de coches, compañías madrileñas en los teatros.

Mes de mayo en Cataluña. Gozos de los frailes a la "moreneta" en este mes de las flores, y juegos florales, y reina de amor y conciertos en el Palau de la música y la batuta de Grignon de Lamote[34] dominando las muchedumbres calladas en las plazuelas, y ruidosas sesiones del Consistorio, y Emiliano Iglesias con un clavel de Sitges en la solapa, y Jesús Pinilla redactando a hurtadillas un nuevo manifiesto a los de Manresa, y Vehils de aquí para allá, siempre solícito, siempre caballeroso, faltando a las citas y confundiendo los nombres. Y Junoy contando su última entrevista con el Rey, y Pilar Alonso cantando caramellas, y Cambó preparando un viaje fantástico para el estío, y Aguilar iniciando un idilio, y Segarra descubriendo un poeta yugoeslavo en el Ateneo, y Rusiñol dejando una revista a medio hacer, un cuadro a medio pintar, unos versos por mirar.

Mayo en Barcelona… Paralelo, bares, pianolas, paseos por el mar. Silencio de Badalona. Fragancia de Sitges. Montes sagrados de Montserrat. Sonrisa de la moreneta.

Mar blau
muntanyes amansides
que per damunt hi corre el vent suau
Campanes, de las viles escondides
que tantes hores m'heu tocat en pau…[35]

¡Mayo, Madrid-Barcelona! Desde el Guadarrama pienso en el Tibidabo. Y desde las altas cimas serradas de nuestra montaña, sentía, catalanes, la añoranza de mi llanura pobre y estéril, de mi llanura que no sabe cantar ni sonreírse.

La Publicidad (30-05-1922)

Trozos de una carta

Me asegura usted, querido amigo desconocido, que he llegado a la meta y que debo ayudar a usted en los primeros pasos de la áspera senda literaria que quiere recorrer. ¡A la meta, pobre hombre! ¿Y que es la meta? ¿Y cuál es nuestra meta? ¿Pero "llegamos" alguna vez? Llegar es detenerse, pararse, descansar, otear lo andado, "morir" en cierto sentido. Yo no he llegado nunca; no sé más sino que vengo del misterio y que al misterio voy; no sé sino que vivo insatisfecho, anhelante, consciente de mi limitación y de mi importancia; no sé más sino que no he dicho todavía mi palabra, ni forjado mi arte, ni cantado mi canción, ni escrito mi libro, ni rimado mi verso.

Y sé más, amigo mío, sé más. Sé que no lo haré nunca, nunca; que toda mi vida será un proyecto eterno, un tejer y destejer, un anhelo doloroso para hurtar el dolor y encontrármelo a cada paso. No sé sino que siempre, siempre, mi obra será una caricatura de mi sueño, una mueca grotesca, un pálido dibujo de mi mundo interior. ¡Santo mundo interior mío, fortaleza rocosa de mi fe y de mi esperanza! ¡Santuario de los amores que no se dicen nunca, de los perfumes que no se destapan para que no se disipen jamás! ¡La meta, amigo mío, la meta! ¡Desgraciado del que llega a la meta, que es el acabamiento definitivo!

---

[32] Agrupación musical folklórica de Cataluña con un repertorio basado, principalmente, en composiciones para sardana.

[33] Caramelles, en catalán. Canciones populares catalanas. Tradicionalmente se cantaban por Pascua para celebrar la resurrección de Jesús, aunque también pueden tener carácter profano.

[34] Joan Lamote de Grignon i Bocquet (1872 – 1949). Pianista, compositor y director de orquesta español, fundador de la Orquesta Sinfónica de Barcelona y de la Orquesta Municipal de Valencia, de la que fue director. También dirigió la Filarmónica de Berlín y la Banda Municipal de Barcelona.

[35] "Mar azul, / montañas apaciguadas / que por su cima corre el viento suave; / campanas de los pueblecitos escondidos / que tantas horas para mi habéis tocado en paz: / adiós". Joan Maragall. *Poesies*. "Vistes al mar".

¿Sueñas –me dices– con la gloria literaria? Eso ¿qué es? Trabajas, años y años, en el silencio, en la obscuridad, entre el desdén de los botarates y de los asnos. Se consume la flor de tu mocedad en locos devaneos estériles. Vives a cachetes con el mundo de la realidad, porque no tienes tiempo sino para construir el castillo de tu quimera. Y llega eso de la gloria. Citan tu nombre con encomio los gacetilleros. Tus colegas, los literatos, que tienen un alma como las rameras y como los esbirros, te ladran si caminas demasiado a prisa, o peor aún, te lamen la mano con la baba repugnante de la envidia y con la viscosa de la adulación. Te sonríen las mujeres galantes, a tanto la caricia. Los políticos te pasan la diestra por el lomo y te domestican, limando tus garras y cortándote las uñas. A la hora de la que tú llamas victoria, se acercan a ti los que te volvieron la espalda en el instante de la tribulación.

Y adviertes que tu nombre es eco lejano de otro eco de lo que tú quisiste ser y no supiste ser. Tu sueño es la sombra de un sueño que soñaste y cuyas brumas se perdieron ante la condena de la vida. Tus amigos de la juventud se desparramaron en lugares que desconoces. Las mujeres que amaste no supieron esperar porque no tuvieron fe en tus quimeras y están ya gordas, rollizas, plebeyas y vulgares, poblando el mundo de pequeños fariseos. Perdiste un tiempo precioso para cazar una mariposa que se deshizo al tocarla.

¡La gloria! Aquel pobre Vicente Wenceslao Querol, que llena las mesas de las aulas con los sonetos a María; sabe que la gloria es enemiga del amor. Para que viva tu nombre en muchos corazones no sabes hacer de él la vida, el eje y el centro de un solo corazón. Para que las lenguas y trompetas de la fama te mareen con su estruendo, que dura lo que las verduras en las eras, no aciertes a que una sola te paladee en silencio y te bendiga y tu nombre le sepa a música callada.

La gloria, amigo mío, es un fantasma que no existe".

"Y ahora, un consejo, amigo mío. No escribas… Labra tu tierra, unce los bueyes de tus horas al carro de tu deber, poda tu viña, cava tu pozo, llena de flores tu jardín interior.

No escribas:

"… siempre el poeta ama
algo ajeno a esta vida transitoria,
tú olvidarás la Dicha por la fama,
la rival de mi amor llámese Gloria."[36]

No dejes nunca la gloria por el amor. Prefiere la huella luminosa de unos ojos confiados al aplauso de las galerías…"

La Publicidad (10-08-1922)

Divagaciones[37]

Meditaciones sobre lo infinito

La voz más grata que puede oír el corazón es la voz del silencio. El silencio es más fecundo que la palabra, más elocuente, más vivo, más sincero que el verbo. Las grandes cosas que nos decimos los hombres nos las decimos callando. Todos sabemos, por ejemplo, que los amantes nunca acaban de decirse lo que se tienen que decir. Los ojos hablan más y mejor que la lengua. A veces hablan también las manos –¡Oh, las manos de Eleonora Duse!–, y en los políticos de profesión todo el mundo sabe que su órgano expresivo reside en el bajo vientre.

En el silencio, un querido amigo nuestro, que nos acompaña en nuestras soledades y en nuestras excursiones por las zonas de la verdad y del bien, Giacomo Leopardi, oye una voz que también nosotros oímos. Cuando se hunde en el pensamiento puro la mente de Leopardi, oye silencios sobrehumanos y se abisma en hondísimas quietudes, «profondissime quiete». Y el corazón, su pobre corazón de jorobadito, de conde arruinado, de señorito de pueblo, de poeta melancólico que lucha vanamente por dar a su pensamiento una expresión cabal; su pobre corazón de erudito que recuerda a todas horas «la prima battaglia d'amor»*;* su corazón de hombre que ve «como surge en torno a las tinieblas la dulce imagen», no se espanta ni se sobrecoge al llegar al final de su experiencia: ¡la infinita vanidad de todo!

[36] Vicente W. Querol. *Rimas*. "Cartas a María"

[37] Existen otros artículos con este mismo titulo y distinto contenido publicados en *El Adelanto* (O.C. Tomo I, página 409) y en *El Sol* (O.C. Tomo III, página 338).

¡No, no, no! ¡Qué ha de ser todo vano, dulcísimo poeta del dolor! No lo es el dolor, por de pronto, que talla las almas y las pule, y las hace fuertes, eternas y puras; no lo es el silencio, preñado de armonías; no lo es lo infinito que descubres en este silencio tuyo de eternidad, poeta. ¡Si lo dices tú mismo!

... io quello
silencio a questa voce
vo comparando...[38]

Y al medirlo, al sondarlo, al tasar este silencio tuyo en todo su valor trascendental, ¿no adviertes cómo las alas de lo infinito te rozan el corazón, henchido de emociones, y la frente, repleta de tempestades, que se disipan, luego, en suspiros, lágrimas, sollozos, esperanzas y versos?

Este silencio de lo infinito que oye nuestro corazón nos hunde en la eternidad porque nos desliga de nuestros enemigos naturales, el tiempo, el espacio, o tal vez y mejor, porque vivimos, a la vez, en todos los tiempos y en los espacios todos

… e mi sovvien l'eterno
e le morte stagioni, e la presente
e viva, e il suon di Lei…[39]

Las estaciones muertas, y la presente y viva –¡dices bien, poeta!– revivimos en este silencio de eternidad que nos visita de tarde en tarde, y en el silencio sorbemos también, empapando de dulzura los oídos de nuestro espíritu, *il suon di Lei. ¡Il suon di Lei!* ¿La voz de ella, que es voz de Dios, voz de la especie y voz de la esperanza? ¡Voz de ella, que nos acaricia con su voz de terciopelo; voz que mima, voz que guía, voz que sonríe, voz que conforta, voz que recrimina, voz que asusta, voz que atrae, voz de Dios!

Y en estas inmensidades se anega el pensamiento de mi poeta y mi propio pensamiento. Y el poeta naufraga en esta marea y yo también naufrago. Pero, ¡qué dulce es este naufragio del poeta y este naufragio de mi corazón, sediento de ternuras! Después del naufragio, viene el salvamento. Actúa de salvador una madre, un niño, una amiga, un enemigo que nos despierta –con su aversión– del sueño de nuestro egoísmo. Pero los mejores salvadores del gran naufragio somos nosotros mismos.

¡Y desgraciados de aquellos que no han naufragado nunca en esta inmensidad del silencio, en este mar de lo infinito!

Meditaciones sobre el hastío

¡El hastío de vivir del dulce poeta de Recanati! ¡El hastío de ser yo, siempre yo, con mi carne y con mi sangre, con mi espíritu y con mi tristeza, con mis remordimientos que siempre me punzan y mis esperanzas que jamás se logran! ¡El terrible hastió de la eternidad de mi conciencia en torno a lo efímero y a lo accidental! ¡La tragedia de mi pensamiento que cuanto, más sabe más ignora! ¡El ritmo de mi corazón que ama lo inaprensible, lo incoercible, lo inlograble, lo quimérico y lo absurdo! ¿Comprendéis?

Tomar un sendero es renunciar a los demás senderos. Amar a una mujer es renunciar al amor de las demás mujeres. Consagrarse a una disciplina es condenarse a ignorar todo lo demás. Limitación del cerebro, limitación del esfuerzo, limitación del resultado. Hombres, llevamos en nuestra humanidad la cadena de nuestra limitación y los grilletes de nuestra servidumbre.

Leopardi, enclenque, enfermo, jorobado, deformado por los libros y por la soledad, maldice y blasfema de su suerte. A la edad de los besos se abisma en el estudio. Cuando debe entablar relaciones con unos ojos parleros y mirar a través de ellos lo infinito, se enfrasca en los clásicos griegos y latinos. No conoce la edad del amor y comienza su vida con la edad del conocer. ¡Pobre poeta! «¡Descansa para siempre, dormido corazón mío –gime entre sollozos–; descansa para siempre! ¡Pereció mi esperanza con el último engaño! He apagado los deseos y las esperanzas de las ilusiones queridas. ¡Descansa para siempre, corazón!»

¿Para siempre? ¡Pero si el corazón no descansa nunca, nunca, Condesito! El corazón jamás palpita demasiado, por fortuna, sobre el solar de las ilusiones perdidas fabrica sus edificios de esperanza el corazón. El tuyo, el mío, todos los corazones. Porque la limitación no reza con él. A mayor cantidad de amor, mayor capacidad de amar. Con el uso no se desgasta el corazón: se

[38] "… yo este / silencio a esta voz / voy comparando". *L'infinito* de Giacomo Leopardi.
[39] "...y pienso en lo eterno / y en las estaciones muertas y en la presente / y viva, y el sonido de ella..." *Ibidem*.

engrandece. Vendrán días amargos, negros; se nos caerán las alas en el fango y en el estiércol de las pasiones; olvidaremos a Dios. No importa. Los hechos buenos son fecundos siempre. Cada minuto de amor es una eternidad, porque el corazón no tiene tiempo. Y cada latido de él es una vibración del Universo.

¡Bah, bah, poeta; no me convence, que soy cristiano! «Ya latiste demasiado, corazón –exclamas–. Tus latidos, ¿Quién los merece? Amargura y hastío es la vida y el mundo es fango. ¡Aquiétate! Desespera por última vez. El hado que nos rige no nos hizo más presente que la muerte. Hoy te desprecio a ti, a la Naturaleza, al feo poder que impera oculto procurando el común daño, y la infinita vanidad de todo»[40].

¡Como te duele la terrible joroba dentro del corazón! Te duele tanto que la has convertido en malestar cósmico porque en tus horas de dolor no has acudido al Cristo; tu esterilidad te corroe dentro de las entrañas, poeta. Un hijo te hubiera redimido del desastre…

La Libertad (20-08-1922)
La Publicidad[41] (09-04-1922)
La Esfera (01-10-1922)

Divagaciones sobre Beatriz

Y me desperté en Florencia, en la Toscana, sobre el Arno, junto al Puente Viejo. Era primavera y Mayo; las rosaledas perfumaban los viales; la aguja de la señoría resaltaba, enhiesta, la azulez del cielo; en el barrio de la Trinidad habían ido despertando los ardores gibelinos del pueblo contra la opresión güelfa. Mi palabra era una fusta, y un volcán mi corazón.

Y me desperté en Florencia, la ciudad más bella del mundo, porque fue la ciudad de mi sueño. Revivía con mi pensamiento todas las épocas de esplendor. Desfilaban ante mis ojos los Médicis, espléndidos y señoriales; Savonarola, atormentado y lleno de pasiones redentoras; Maquiavelo, cínico, inteligente y sagaz; Miguel Ángel, dando expresión en la piedra a sus sueños apocalípticos; Leonardo, persiguiendo al enigma de una sonrisa; Rafael, requebrando de amores a la Fornarina; el Alighieri, desterrado de su patria, pobre y peregrino, lleno de la luz que dejara en su espíritu la luminosa huella de Beatriz. Yo había sorprendido en mi mocedad todos los encantos de Florencia. Había subido el vial de Miguel Ángel las tardes de Mayo para gozar el crepúsculo; había hollado las rosas y los jazmines de los jardines Bóboli; había conocido las mujeres más hermosas y espirituales de la tierra en las galerías y pinacotecas de la ciudad; sabía de los hechizos del Duomo, de Santa María de las Flores, de la Trinidad. En Fiésole había tenido citas de amor, y había saboreado en copas de oro los vinos más delicados de Prato, y conocía los modelos de Angélico, de Lippi y de Ghirlandajo, y las estancias de los palacios, y los rincones de los jardines llenos de musgo, y los suspiros amorosos de Mimusa, de Linda, de Francesca, de Eleonora, de Isabel. Había conocido en Florencia, la de la Toscana, junto al Arno, todos los placeres, todas las amarguras de los mozos que han vivido demasiado a prisa.

Y conocía los secretos de los libros que legó Florencia a los hombres. Había reído con el Aretino y temblado de deseos con Boccaccio, y medido la miseria de los hombres con Maquiavelo, y tirado toneladas de oro a los artistas con los Médicis, y escrito cartas saturadas de pureza a Vittoria Colonna, la mimosa marquesa de Pescara, y comido en las trattorías con la Fornarina reñida con la fe conyugal, y arengado a las muchedumbres con el verbo cálido y tempestuoso de Savonarola, y acusado en silencio en las villas acogedoras que rodean a la ciudad, y había sido favorito de la condesa Pitti –alta y esbelta como la cimera de la señoría–; había visto, finalmente, con el Dante, una mañana de Mayo, sobre el Puente Viejo, a Beatriz, coronada de rosas y vestida de blanco, con sus amigas, que me esquivaba dulcemente la mirada.

Y no me satisfacía Florencia, ni el Arno, ni sus viales, ni sus pórticos, ni sus trípticos, ni sus palacios, ni sus poetas, ni sus pintores, ni sus jardines, ni sus villas, ni sus lienzos, ni sus mujeres, ni sus libros, ni sus vinos, ni sus manjares, ni sus rincones, ni sus sueños, ni sus Meccenas, ni su República, ni sus gibelinos, ni sus almenas, ni sus templos, ni sus gremios, ni sus revoluciones.

La "dolce lengua" no me bastaba para cincelar en ella mis poemas; con toda la belleza de sus mujeres no forjaba mi corazón la hermosura de la mujer soñada. Las ironías de Boccaccio y del

[40] *Ibidem*. "A sí mismo", canto XXVIII.
[41] En *La Publicidad* y en *La Esfera* se reproduciría únicamente la primera parte de este artículo, y su título fue «Lo infinito» y «Divagaciones sobre lo infinito» respectivamente.

Aretino dejaban un regusto agrio y desagradable en mi paladar. Hasta la misma Vittoria Colonna no aquietaba del todo las tempestades de mi espíritu. Y la Fornarina que robé a Rafael una noche en la calle de Calzauoli me saturaba de tristeza después de una larga y sabrosa plática de amor. Solamente Beatriz –"¡beata Beatrix!»– ponía, con su blancura y con su humildad, los primeros jalones de mi vida nueva, de esa vida que razona los movimientos del corazón y hacen sensibles y plásticas las vibraciones de la inteligencia; pero no siempre Beatriz aplacaba, con su frescura de nieve que acaba de derretirse en agua de sierra, la fiebre interior que me devoraba.

Y me dijo Beatriz un día que yo rimaba con el Dante un soneto:

– ¡Hermano poeta: Tampoco el Amor Humano puede satisfacerte nunca! Los goces satisfechos valen menos que los goces que no se gustan nunca. Solo pueden dejar estela en tu corazón las mujeres que no han sido nunca del todo tuyas, y los poemas que no acabes y los cuadros que no pintes, y los vinos que no bebas, y los jardines que no te permitan arrancar sus flores. ¡Por eso –añadió Beatriz sonriendo al errante Gibelino– yo no quise nunca desposarme con mi querido poeta!

Y como yo le preguntara donde aplacaría mi fiebre, alzo gentilmente la diestra al cielo y, gentilmente, suspiró:

– ¡Ni allí…, ni en ninguna parte!

Y rimaron los acordes de su voz de cristal, las flores de los jardines, las copas de los cipreses en las colinas y los suspiros de las florentinas, que sueñan en las mañanas de Mayo.

La Libertad (08-12-1922)
La Publicidad[42] (28-05-1922)
El Hogar (14-09-1923)

Don Juan no existe

Para la Excelentísima Señora Condesa de San Luis

Don Juan no existe –pese a la venerada memoria del querido Said Armesto– D. Juan no existe. No existe D. Juan, como acaba de afirmar Albornoz, ni ha estado en el cielo, ni ha conversado con Napoleón Bonaparte, ni siquiera con Santa Teresa de Jesús. D. Juan ni siquiera es un mamarracho que a los cincuenta años se casa con la criada, como asevera Miguel de Unamuno, el ausente. Y menos es compañero de Juan Ashavero, el judío errante, como quiere hacernos tragar, a guisa de rueda de molino, Giovanni Papini. Ni conquistó a Doña Inés de Ulloa, según Zorrilla, ni a Doña Isabel de Nápoles, si hemos de creer a Tirso de Molina, el fraile mercedario. Usted, señora condesa de San Luis, está en lo cierto. D. Juan es una entelequia, un ente de ficción.

Y D. Juan no existe, porque no existen los conquistadores, los tenorios y si ustedes me apuran, vocalizando el castizo vocablo parisién, los "messieurs Alphonses". El hombre es siempre la víctima, el acusado, el conquistado. Cuando se imagina tender unas redes, es que le tienden a él en ellas. Cuando se cree cazador, es que ha sido cazado. Cuando pretende que ha roto una vida femenina en flor –¡pobrecito!– es que la mujer juega con él como un gatito salvaje con un pelotón de goma. Usted, señora Condesa de San Luis, continúa estando en lo firme.

Lo que pasa, y yo diría crudamente todo mi pensamiento si las adorables viguesas no me tirasen de los pelos –lo que pasa es que, en la estrategia amorosa la mujer, como buen jugador instintivo– se cubre siempre con la pinta. De ella parte siempre la iniciativa, aunque lo disimule mucho. Solicita y se las arregla siempre de tal modo, que finge ser la solicitada. Pide con insistencia y logra que, aparentemente al menos, se la ruegue y se la suplique. Pretende la plaza descubierta, o la cubierta si está de ese talante y los psicólogos rudimentarios, que no paran mientes en la entraña y en la esencia de las cosas, toman las hojas por los rábanos imaginando que la mujer es nada menos que el centro y la meta de todas las agresiones masculinas.

No; D. Juan no ha existido nunca, ni siquiera existe ahora, en estos tiempos de Monjardín, el de las patadas, de Chicuelo –el niño bonito– y de Benavente, el bufón de corte y el criado de casa y boca. D. Juan no existe, ni tiene la categoría de hombre; es, a lo sumo, un bibelot de "boudoir", un buzón de correspondencia, un pretexto de sonrisa y de ironía. Don Juan, de existir, sería un mentecato que no podría cumplir con todos sus compromisos, y que tendría que suicidarse, antes

[42] En *La Publicidad* se tituló «Beatriz», mientras que en la revista argentina *El Hogar* se publicó bajo el epígrafe «¡Beata Beatrix!».

de que las campanas de Sevilla tocasen a su entierro. Y D. Gonzalo de Ulloa, lejos de amedrentarle, usaría con él de todo linaje de zalemas y el otro, el padre de la taimadita doña Ana de Pantoja, se adelantaría a D. Gonzalo en la pretensión de comprometer a D. Juan en la coyunda y de dotar a la hija de rentas suficientes para que D. Juan acceda fácilmente al sacrificio.

El Pueblo Gallego (25-03-1924)
La Noche (27-03-1924)

Chirris

– ¡Hola, Chirris!
– ¡Hola, Mameluco, Mameluquín!
– ¡No lo he visto!
– ¡Pues no sé dónde tienes los ojos! ¿Cómo vas así, de ese modo, Mameluco, Mameluquín?
– ¡Calla, Chirris!

No es un diálogo de amor. Mameluco es uno, cualquiera. Chirris es el nombre de una perrita, pero Mameluco, Mameluquín –uno, cualquiera– ha puesto ese sobrenombre dulce, cariñoso, a su linda amiga de quince años. Tal es la historia del cuento. Pero Mameluco, para justificar el sobrenombre íntimo de su amiga, acude a no sé qué historias de contracciones. Chirris se llama Carmen; de nombre bien pudieran llamarla Carmenchirris; así brota naturalmente Chirris. No convence a nadie, pero no trata de convencer a nadie Mameluco, Mameluquín.

Chirris... pues Chirris es nada menos que Monna Lisa, la Gioconda que ha tratado de infundir dulzura en los hombres del siglo XX. La Gioconda, cuando comenzaba a ser mujer. Negros son los ojos de Chirris; un arco perfecto las cejas; la nariz firme y recta, pura. Toca sencillamente la cabecita Chirris. Roja y breve es la raya de la boca. Son una cuenca de amor los pabellones de la oreja. Apetece besarla en la nuca como besaríamos a una nena. Estos son los trazos de su fisonomía; pero falta el color, que es blanco-rosa. Y el gesto, la sonrisa dulce y misteriosa que todo lo ilumina, sol que llena de contento el valle, sol tibio, sol bueno, sol santo. La sonrisa de Chirris no es sonrisa de mujer como la de Monna Lisa; es sonrisa de niña. No nos abisma en la contemplación trágica de un misterio del que no acertamos a darnos cuenta, ni a desmadejar la urdimbre; es sonrisa que nos vivifica, que nos alienta y que nos entona.

Chirris es dulce, buena, ingenua; por eso la quiere Mameluco, Mameluquín. Y donairosa, alegre, inteligente, muy inteligente Chirris; por eso la admira Mameluco, Mameluquín. Y hermosa, perfecta, de belleza reposada y serena: por eso la retrata en esa galería de nenas, donde quiere poner todo su espíritu, Mameluco, Mameluquín... Con las óperas del Teatro Real y con la lectura de ese inocente libro de viajes, «Spagna», de Edmundo de Amicis, ayudadas con la paciente labor de un Diccionario, ha comenzado Chirris a balbucir graciosamente la dulce lengua toscana de Monna Lisa. Penetra, cala Chirris al instante el lado cómico de las cosas que son trágicas y el trágico de las cosas que son cómicas. Lo penetra sin hiel, sin ironía, sin amargura.

Cuando no quiere que la vean, cierra los ojos Chirris como los niños. Cuando no quiere escuchar algo, lleva sus manos al pabellón de la oreja, o corre y se marcha, como un día en que Mameluco, Mameluquín, le contaba una historia de calaveras.

Adora la música Chirris. A su edad Wagner la ha transportado a las más altas esferas del sentimiento y de la poesía. Plácela coleccionar retratos de cantantes y tiene sus ídolos: la Storchio, Titta Ruffo, la Barrientos.

Pasa largas horas en el Museo, y «el tonto de Goya» la hace reír con toda su alma. No sé si tendrá novio Chirris... que ya es mujer; si lo tiene... cultive el novio ese jardín con esmero; dé las gracias a Dios; no sea tan vil que apague la sonrisa de Chirris con la sombra de un recelo; maravíllenos un día con su canto nuevo, que asomándose a la luz del corazón de Chirris no puede hacerse otra cosa sino cantar, cantar, cantar...

Y tú, Chirris adorable. Chirris buena, Chirris que oyes con unción la música y sabes balbucir la dulce lengua toscana, recoge este pobre canto mío, que es la huella de horas amargas, de mi primera juventud, y de tu niñez.

El Noroeste (23-04-1924)

Brindis

Si yo tuviera puesto oficial en el banquete de gala de esta noche y el protocolo me permitiese hablar, diría seguramente, con la copa de champán en la diestra, este brindis:

Majestades: Brindando el 19 de noviembre de 1876, día de Santa Isabel, el gran poeta Josué Carducci ante sus electores de Lugo que acababan de llevarle al Parlamento, no pudo acabar su discurso. Malas lenguas dicen que el viejo león se emocionó y se calló. Brindando, majestades, por la poesía y por la libertad, Carducci acabó su discurso de esta guisa: "Por Italia, por la inmortalidad, por la gloria de Italia os invito a beber, señores; por Italia…" Y un sollozo ahogó las palabras finales del viejo luchador, y sus ojos se empañaron de lágrimas, y el cantor de la reina Margarita, que antes lo fuera de Satanás, lloró por primera vez, en público, y en su gloriosa vida.

Por esa Italia, majestades, brindo yo también, español y poeta, esta noche; por esa Italia de Carducci. Por la gloriosa raza de los Saboyas, por Carlos Alberto y su Estatuto, por el Libertador, por la memoria de las camisas rojas, por la expedición de los mil, por las hazañas de la Puerta Pía, por Silvio Pellico y su prisión de Spilzberg, por Alfieri y sus apóstrofes, por el dolor de Leopardi, por el talento de Cavour, por la generosidad de José Mazzini os invito a beber –¡oh reyes y príncipes de los pueblos hermanos!– Y levanto mi copa también por la dulce lengua Toscana nacida al calor de un amor infinito y contrariado, por la sombra blanca de Beatriz en el Puente Viejo, por Laura, y por Leonor. Por Silvia…,

… quando beltá splendea
negli occhi tuoi ridenti e fuggitivi[43]

por Margarita, por Elena y por Yolanda. Por la gloria y por la inmortalidad de Italia bebamos el vaso de "bon vino" que placía beber el Arcipreste a la vera de las mozas guapas; el vino que paladeaba Cervantes en las hosterías y tratorias de Nápoles y de Roma; el vino con que emborrachaba a las cortesanas, en las orillas del Tíber, aquel rijoso presbítero andaluz que se llamó Francisco Delicado. Mezclemos esta noche, majestades, el Valdepeñas con el Chiauli[44], el Jerez con el Lácrima Christi, brindemos y bebamos por un pueblo que no es solamente fruto de bendición, sino flor de cultura.

¡Flor de cultura, sobre todo, Italia, señor rey, señora reina; flor de cultura y de pensamiento! Italia logró su expresión geográfica cuando ya era expresión espiritual. Por la Italia de la bandera tricolor, por la Italia de los jardines florentinos, y de los canales venecianos, y de los porches boloñeses, y de los bosques de la Umbría, y de las llanuras de la Romaña, y de las anchas plazoletas silenciosas de Roma, y de los cobertizos ferrareses, y de los viñedos de la Emilia, y de los mármoles de Carrara y de los "viccoli" de Padua y de Verona, y de las lagunas pestilentes del Mantuano, os invito a beber, señores.

Y no os extrañe que un español exalte así las glorias de un pueblo que no es su pueblo. Los amores con la patria, de tan sabrosos que son, han de ser mudos y callados para que no los profane la lengua. Pero España, sin Italia, no sería España. Nuestras glorias y nuestros dolores son comunes; nuestros destinos también. Sorbimos la misma leche y la misma lengua aprendimos en la cuna de nuestra formación histórica. Milán es hermano gemelo de Barcelona; Madrid tiene gran semejanza con la Roma del Risorgimiento. Nuestras banderas ondearon en Italia alguna vez; nuestros juristas allí aprendieron sus glosas y nuestros poetas sus rimas. Juan de la Encina, que huele a romero y a mejorana, aspiró el perfume de las rosaledas florentinas; Cervantes pasó hambres en Roma; Velázquez aprendió en Italia las magias de los hechizos del pincel. Somos hermanos, pero no siameses, y es torpe cosa que nos volvamos las espaldas, cuando debemos mirarnos cara a cara y con amor.

Así yo, pueblo, brindo por el pueblo de Italia, por los Saboyas y por su cruz, por la bandera tricolor y por los futuros destinos comunes… Por la lengua y por la libertad de Italia; bebamos, reyes y príncipes, por Italia…

Heraldo de Madrid (07-06-1924)

[43] "[aquel tiempo] en que la belleza resplandecía / en tus ojos sonrientes y fugitivos". "A Silvia" en *I Canti* de Giacomo Leopardi.

[44] Errata del cajista por *Chianti*.

Las conquistas del espíritu

En el interior del hombre dice Pablo de Tarso que habita la verdad; pero hay que reconocer que no la sabremos del todo, y que será para los hombres un arcano indescifrable hasta que no la busquemos –y la encontremos– en el seno de la Naturaleza... En estos momentos estoy ante un aparato receptor de la telefonía sin hilos; oigo un concierto en Londres; percibo perfectamente las tonalidades, los matices, de una canción de Grieg. Mi espíritu sueña, una vez más, con los ojos abiertos. A través de los mares, por encima de los montes, por los valles y por las cuencas y por los ríos, la voz humana, estéticamente emitida, llega hasta mí, lecustre [sic][45], y me sume en una deliciosa meditación. Los cuerpos se comunican ya a distancia. La luz se transmite, y con ella el color, y con el color el sonido, y con el sonido el matiz. A través de estas comunicaciones en el mundo físico o espiritual, puedo sostener una conversación de amor con una mujer lejana, puedo lograr que un espíritu distinto agite el mío con sugestiones que me turben, puedo hacer yo mismo que una sensación que es dueña de mi alma, en un momento dado, sea patrimonio de todos mis hermanos, los hombres, en menos de un minuto de tiempo.

Y luego, ¿qué? Luego falta más, mucho más, todavía más. Y así como el espíritu no se manifiesta en sus expansiones más que por leyes físicas, a través de los cuerpos, día llegará en que los espíritus se comuniquen directamente. Y aquel día reinará la verdad. Y aquel día reinará el amor. Y aquel día reinará la justicia. Porque cuando las vibraciones espirituales jueguen solas, a través del silencio, padre de la confidencia y del amor; cuando el alma no se avergüence de su desnudez y de andar desnuda por el mundo; cuando no podamos engañarnos porque el engaño quedó desterrado para siempre de la faz de la tierra ante la Gran Conquista, entonces, señores míos, habremos sido semejantes a Dios, viviremos como dioses, y el drama del Calvario no será sacrificio estéril, sino fecunda y soberana lección que nos hará comprender hasta qué punto el Dios fue hombre y hasta qué punto el hombre puede convertirse en el Hijo de Dios...

¿Sueño? ¿Vida? Ante un aparato de radiotelefonía, ante este aparato, con sus luces y sus alambres, de *La Libertad*; ante la serenidad plácida de esta tarde de verano, en que las cosas todas adquieren un relieve de porcelana y una transparencia de cristal, se comprende mejor la frase del melancólico príncipe de Dinamarca: «Toda nuestra vida está tejida de sueños.» ¿Acaso, pensamos, un solo sueño no estará, por el contrario, tejido de mil vidas? ¿De millones de vidas, de cientos de siglos y de generaciones? Para que llegue este momento actual en que yo oigo un concierto desde Londres, una bella canción de Grieg, que habla de blancas flores a la primavera y de túnicas blancas de vírgenes, coronadas de rosas, que vigilan los sueños de los hombres... ¡cuánto esfuerzo, cuánto tanteo, cuánta brutalidad, cuánto ensayo! Hoy hemos domeñado la naturaleza. Pero no hemos logrado todavía esclavizarla del todo. Hasta diríamos que la civilización es un patrimonio exclusivo de la riqueza. Los hombres siguen divididos en castas. Todavía...

Pero ante este aparato, ¡cuántas posibilidades se abren ante el espíritu! Ante el espíritu y ante el corazón, amigos. La vida, dentro de muy poco, sin guerras, sin tempestades, sin rozamientos, sin brutalidad, estará tejida de sueños, como presintió Hamlet, porque todo sueño es el punto de las vidas que se agostaron al calor del sacrificio y de la generosidad.

T.S.H. (29-06-1924)
El Diario de Albacete (04-06-1924)

Inquietudes

A mi entrañable e ilustre camarada Joaquín Aznar.

Hace poco leí una conferencia, por medio de la telefonía sin hilos, dedicada a las mujeres de toda España. Me encerré en la cabina de la Radio-Ibérica; me puse en mangas de camisa, y ante el micrófono fui diciendo, con la emoción que pude, unas palabras[46]. Palabras que –como usted ha dicho, querido Joaquín– «ya no llevará el viento, porque las recogerán las ondas». Y ante el auditorio, invisible y disperso, de los «radioescuchas» de mi patria y de fuera de ella, de Sevilla, de

[45] Posiblemente por *lacustre*.
[46] *El Pueblo Gallego* recogió el contenido de esta conferencia en un artículo publicado el 20 de julio de 1924 bajo el epígrafe «Del amor y la amistad».

Valencia, de Barcelona, de Vigo, de Santander, de Cádiz, y de París, y de Londres, y de Roma, y de Berlín, y de Lisboa fui diciendo humildemente, ante los ojos que no me ven, pero ante los oídos que me escuchan –¿qué sé yo?–, algo que un alma tiene siempre que decir a las almas ajenas, mi emoción personal ante las cosas, el poso que deja la reacción del ambiente exterior dentro de mi espíritu.

¡Maravillosa experiencia, en verdad, esta de la telefonía sin hilos, querido e ilustre Joaquín! La palabra, que es lo más inefable y etéreo de nuestro espíritu, se eleva así, por los azares de la ciencia, que es amor a todos, a la categoría de sacramento. ¡Sí es para temblar, corazón; sí es para arrodillarse ante el Creador, que así nos regala con maravillas insospechadas! Y como la palabra se trueca en sacramento, tenemos que administrarla con parquedad y con unción, porque nos trocamos en sacerdotes de nosotros mismos, de la palabra, que es nuestro gesto y nuestra representación del Mundo y nuestro soplo de vida. Soplo, entre los griegos, quiere decir espíritu; pero acaso primitivamente quiso decir antes palabra. ¡Si es la misma cosa, en fin de cuentas! Somos porque hablamos y hablamos porque somos. Nuestro pensamiento, al manifestarse, se desgrana en sonidos y los sonidos, ¿son, acaso, cosa distinta de la vibración física de nuestro pensar?

Hablaba para mujeres que no me veían, pero que me escuchaban... ¿Qué las dije, Dios mío? Ahora que voy exactamente por la mitad del camino de la vida,

nel mezzo del cammin di nostra vita[47]

y que he penetrado, más de una vez, en compañía del amado Poeta, por la selva oscura voy intensificando mi culto a la mujer. A todas las mujeres. Ellas nos hacen amarlo todo y comprenderlo todo y… justificarlo todo también. Ellas son nuestra espuela, sí; pero además nuestra brida. Ellas nos hacen oír, de madrugada, el canto de los ruiseñores dentro de nuestro corazón, y gracias a la mujer, en estas noches de Julio, llenas de estrellas y llenas de sueños, vamos soñando por la calle, inventando ternuras y mimos para que nos quieran. Todos nuestros momentos espirituales tienen nombres de mujer. La primera es aquella viejecita que nos dio de regazo su seno tibio y que nos enseño la Salve. Porque nos la enseño ella no se nos olvida nunca, nunca… «Vita, dulcedo, spes nostra. Salve!» ¿Oísteis nunca palabras más bellas, más puras, más saturadas de plenitud? Y luego es aquella rubita de las trenzas de oro, y aquellas tardes de Mayo de escolar, y aquellos paseos con el maestro que no retorna a su España… Y luego, la moza de los ojos castaños, y las delicias de la reja en una ciudad doctora, besada por el sol todo el día... Y luego, la madrileña pizpireta que nos hace conocer el torcedor de los celos y que nos habla –sin hablarnos– con los ojos. Y luego, la deliciosa boloñesa, que nos oye, sonriente y avergonzada, bajo los pórticos de su ciudad, viendo la «Santa Cecilia» de la Pinacoteca, advirtiendo cómo se deshace el hielo en los estanques de los jardines Margarita, almorzando en la penumbra de un comedor prócer o gozando con el espectáculo de los gusanillos de luz, las noches de primavera, por las faldas de San Miguel del Bosque, allá, en los Apeninos... Y luego, y luego,

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver;

y la cabeza que va desplazando al corazón, y el primer contacto con la vileza y con la abyección de los hombres; y con el tesoro que se marcha y con la tristeza que llega, nuevas primaveras que vuelven sin saber cómo, sin esperarlas. Como ha dicho mi querido Antonio Machado:

La primavera ha venido,
nadie sabe cómo ha sido;

y que, sin saber cómo tampoco, vuelve a marcharse; pero sin secar en nuestro corazón la esperanza de verdes y nuevos brotes, de mejores días futuros, que anhelosamente esperamos.

¿De qué hablé yo a las mujeres hace unas horas, mi querido Joaquín? No pude hablarlas de las verbenas ni de las Cármenes, Joaquín... Si las ondas inalámbricas recogieran el silencio con todos sus matices hubiera callado... Pero tuve que hablar para muchas mujeres, dispersas por las playas y por los montes. Quisiera haber formado con el espíritu de todas las que he amado una sola alma, transparente como el cielo, fresca como el agua de un regato, luminosa como el lucerito saltón y corredor. Y haberlas dicho con fervor, con unción, con amor, con esperanza, una

[47] Dante Alighieri. *Divina Comedia*. "Inferno".

plegaria viril para que ellas nos salven a los hombres de nuestros errores, y con nosotros a esta España que se nos va de entre las manos, a esta España del Romancero, donde no van quedando más hombres que las mujeres...

La Libertad (16-07-1924)
El Pueblo Gallego (16-07-1924)
La Noche (18-07-1924)

Noche del Carmen

Para Arturo Pérez Camarero

1919.– Noche del Carmen en Fontiveros, el pueblecito donde vio la luz San Juan, el santito, el místico iluminado y estático, el poeta de la Noche obscura del alma. Estoy en casa de un amigo labrador, entre segadores, aperadores, trilliques y mozas de labor. Hay una luz de plata en la noche del Carmen, hay un grato fresquecillo que orea nuestra frente. Botijos de rojo barro, lechugas, pimientos, tomates.

He buscado aquel lugar amigo para descansar unos días. Hemos levantado en masa a nuestros queridos aldeanos de Salamanca contra el cacique y contra el usurero; acabamos de ganar dos distritos de diputados a cortes para la causa con un triunfo resonante. A cambio de la gratitud de los buenos y de los humildes, los tahúres, los diputadetes provinciales que le adulan –melancólicos y traviesos– la carroña del tapete verde, nos persiguen con unas cosas pintorescas que llaman actos de conciliación, querellas por injurias...

¡Bah! ¿Quién hace caso de los perritos que le ladran a uno por el camino? La cosa es caminar, llegar a la meta, desandar lo andado, volver al camino y no detenerse jamás. ¡Ay, del que se detiene! Pero en estas luchas, a las veces, conocemos la vileza y la abyección del enemigo. Nos tasan, nos merman, nos quitan el pan. Cerramos nuestro bufete, que no ha conocido la ganzúa, y damos en la horrenda manía de escribir para el público. Descansamos en Fontiveros la noche del Carmen. Allá, a media noche, cerca de la vereda de la fuente, que hay junto al palacio de Quintero, canta un rapazuelo:

En el cantar conozco
la que está virgen;
tiene la voz delgada
y el eco triste.[48]

Nos refugiamos en la casa. Leemos las cartas, los periódicos… Echamos toda aquella broza al suelo. Y leo una vez más, los versos del santito, y, como él, tranquilo, alegre,

Dejé todo cuidado
entre las azucenas olvidado,[49]

para soñar en el silencio y en la quietud del pueblo de las fuentes...

1924.– Madrid... Verbena de Chamberí. Faroles venecianos. Ojeras pintadas, caras pintadas, *rimmel*, *Koll*, mantones, miradas provocativas, deliciosas cabecitas rubias y morenas, piececitos calzados primorosamente. Nos ahogamos de calor. Cerveza, más cerveza... Preparamos la maleta para descansar una temporada en Vigo. Nos apetece el mar...

Y está nuestro espíritu como esas casas cerradas que tienen los sillones enfundados, las mesas patas arriba y los muebles más íntimos y caseros en el desván. Madrid nos parece un apeadero. Anhelamos irnos, y hoy es una cita urgente, y mañana una exigencia editorial. Anhelamos irnos. Queremos mar y rías, niebla, aturuxos, alalás, romerías. Deseamos volver a Compostela y perdernos y hundirnos en el silencio de Marín… Madrid nos parece un apeadero.

Y eso es, después de todo, pero no ahora; sino siempre, Madrid para nosotros. Apeadero de viajeros amables, de mujeres que pasan y pasan siempre... Añoramos los aturuxos, los alalás, las vaquiñas, las romerías, y, sobre todo, la niebla... Y queremos volver a leer a Curros sus gritos de dolor:

[48] De un canto popular.
[49] San Juan de la Cruz. *Noche oscura del alma.*

¡Ay d'o que leva na frente una estrella
ay d'o que leva no bico un cantar![50]

El Pueblo Gallego (18-07-1924)

Del amor y la amistad

(Conferencia leída por su autor ante el micrófono de la *Radio Ibérica* de Madrid, a las once y media de la noche del día 13 de Julio)

A las mujeres de Vigo dedico esta conferencia en un momento de turbación espiritual.

¡Buenas noches, mujeres españolas, buenas noches! Permitidme, señoras invisibles que converse con vosotras unos minutos. Estas noches de julio,

cargadas de silencios rumorosos
y de sanos perfumes en las eras

que dijo el poeta de Castilla, mi pobre amigo José María Gabriel y Galán; estas noches de trojes y de parvas, de espigas que se tronchan al peso de su fruto, noches de sueños y de verbenas, se prestan para la confidencia de oído a oído y de corazón a corazón. Y estas noches de julio, al mismo tiempo –no lo olvido, señoras– noches de dolor para muchas pobres madres que, pendientes de las noticias de África, rezan a los Cristos sarmentosos en la soledad de las iglesias españolas por aquel hijo de sus entrañas que defiende el honor de la bandera en las tierras inhóspitas del Riff. No puedo turbar vuestro dolor, madres, con palabras triviales, ni quiero deciros a las que no lo sois aún, galanterías al uso que más que gestos de hombre que ama son contorsiones y piruetas de mico que desea. Ante unos ojos que no me ven, pero ante unos oídos que me escuchan, puedo permitirme la elegancia moral de ser sincero. Además las palabras –os decía no ha muchos días desde esta misma cabina en que yo hablo, un hombre bueno, inteligente y discreto, mi camarada Joaquín Aznar– ya no se las lleva el viento; las recogen las ondas y las meten en nuestros oídos y en nuestros corazones. Si las ondas transmitieran a la vez el silencio con todos sus matices y con todas sus vibraciones, callando me entendería mejor con vosotras. Pero tengo que hablar y quisiera administraros las palabras, fervorosamente y con unción, porque la palabra, más que un sonido, es un sacramento. Antes del mundo fue el verbo, dicen los libros santos, porque antes de hacer Dios el mundo lo nombró; la palabra es el gran misterio antes de convertirse en luz. Las palabras matan y las palabras dan vida. Una palabra os trajo la desgracia y otra os desposó con la felicidad. Somos hijos de Dios, señoras, por eso, porque tenemos palabras, porque un sonido físico pone al descubierto nuestro espíritu, porque la palabra es el escudo que acredite nuestra divinidad y nuestra familiaridad con los dioses.

Si no hubiera palabra, no habría amor tampoco. La palabra de amor, de tan henchida de plenitud como está, es muchas veces trivial y bobita, ya lo sé, pero es así porque encierra silencios que no pueden colmar las deficiencias de nuestro tesoro mental y haces de luz que ciegan nuestra pobre sensibilidad hecha a las tinieblas. Un "¡te quiero!", dicho con emoción es el germen de todo el romancero español, y de la balada alemana, y del endecasílabo toscano. Es la escena del jardín de Verona cuando Romeo, delante de la sombra blanca de su Julieta, oye el trino de los ruiseñores dentro de su corazón que salta. Un "¡te quiero!", susurrado en un minuto de verdad, es Beatriz caminando por el Puente Viejo, es Leonor de Este enloqueciendo al poeta en su castillo de Ferrara, y es Dulcinea del Toboso sorbiendo los sesos a aquel pobre hidalgo cincuentón, amigo nuestro, que se llamó Don Quijote, y que al conjuro de la palabra trivial, dio en la flor de pasar los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro. Pero un te quiero es mucho más que los sueños de los poetas, porque es también el drama del Calvario y el secreto de vuestra maternidad, y la razón de vuestra vida, y hasta el anhelo, no turbado, de nuestra esperanza y de nuestros sueños.

[50] Manuel Curros Enríquez. *A Rosalía. ¡Ay d'o que leva na frente unha estrela! / ¡ay d'o que leva no bico un cantar!*" (¡"Ay del que lleva en la frente una estrella! / ¡ay del que lleva en la boca un cantar!)

Y como no hay palabras triviales, señoras mías, quiero que meditéis conmigo en ellas, que los hombres os las decimos torpemente, de corrido, a flor de labio más que a flor de alma, porque en España, ni vosotras sois amigas nuestras, ni nosotros, si prescindimos de las mujeres familiares, solemos amigarnos más que con hembras libertinas y pasajeras que pasan por nuestro corazón velozmente y sin dejar rastro alguno de luz en él. Vivimos mujeres y hombres en España como hermanos siameses, con las espaldas vueltas y la cabeza y el corazón de espaldas.

Los tenorios son, ante vosotras, por la ausencia de trato, tontuelos tímidos que no dicen dos palabras seguidas con sentido, y las mujeres pizpiretas e ingeniosas de suyo se exhiben ante el hombre, al que no tratan ni conocen, en un plano de falsedad y de gazmoñería que les hacen intolerables y poco gratas a la larga. Así, en lugar de ser colaboradores, somos adversarios, de la clase de encubiertos, que son los peores, y el afecto tranquilo, reposado y sereno de la amistad, se convierte, entre las mujeres y los hombres de nuestra España, en una batalla, donde hacen sus guiños el erotismo y la bestialidad con desenfreno. Como no nos conocemos, no podemos amarnos. Jugamos a engañarnos y a escondernos, como los chicos, y el que engaña más es el que gana esta pobre y necia batalla de la mentira y de la farsa. Como nos falta a los hombres, por regla general, el contacto con la mujer, somos ásperos, violentos y duros, carecemos de delicadeza y no tenemos esa flexibilidad encantadora, ese segundo plano que vosotras dejáis adivinar siempre en cualquier panorama espiritual vuestro, por sencillo y primitivo que nos parezca, y como a vosotras, mujeres, os falta también el trato con el hombre, que más que perverso es majadero –muchas de vosotras estáis ya en el secreto– carecéis, a la vez, de cierto matiz de justeza y de ponderación que suele faltaros, de cierta complejidad en el juicio, porque las cosas son mucho más complicadas de lo que parecen, y no sabéis hermanar vuestro instinto maravilloso, vuestro sagaz primer golpe de vista con la reserva en el fallo y la ductilidad en la sentencia. Por no ser amigos vuestros, nosotros carecemos de ternura y porque vosotras estáis siempre en estrategas con los hombres, perdéis las batallas que debierais ganar siempre, ya que rompéis el fuego en primer lugar, elegís el escenario de la batalla y soléis también armaros de las armas que más os convienen y con las que imagináis hacer los mayores estragos.

El amor que no es hijo de la amistad no puede ser ni sólido ni duradero. El amor que no se basa en el conocimiento ni en la exhibición no es perfecto y sabio amor. *Amore d'intelectto*, amor de conocimiento, amor de estimación, llama el Dante a su pasión por Beatriz Portinari; pero el Dante conoce a Beatriz de niña, y es de una familia gibelina, modesta y artesana como él, y sabe, por sus amigos y por las novias de sus amigos, de su pureza y de su modestia, de sus encantos y de su perenne y candorosa niñez espiritual. Don Quijote también conoce mucho a su Aldonza; por eso le regala el trono de la Mancha y la hace princesa en el altar de su corazón. Durante algunos años, asiste Don Quijote a misa los domingos en la parroquia del Toboso. A la salida ve a la mozallona en el atrio, y al verla, suspira fuertemente. Amor de silencio el suyo, se desborda, al cabo de unos años, y la flor, colmada, se trueca en punto de conquista y en gloria de aventuras. Y si pudiéramos explicar, a la usanza humana, el amor de Teresa por Jesús, no lo explicaríamos, a buen seguro, de otra suerte. Jesús y Teresa son, desde muy niños, los mejores amigos de la tierra. Una buena tarde, Teresita, acompañada de su hermano Rodrigo, se desgarra de su casa de Ávila, porque desea que los infieles la descabecen para ofrecer su cabecita en holocausto a su Dios. Lo que ocurre es que el buen Dios no tolera ese sacrificio, porque necesita de su Amada para poblar a España de palomares rústicos[51]. Y muere, ya vieja, en los brazos de su esposo, cuando florece un almendro raquítico y seco que hay en el jardín del convento de Alba de Tormes, entre arpas y trompas celestiales, que tañen y soplan los ángeles y serafines, para celebrar los esponsales de Jesús y de Teresa, en los cielos, por toda la eternidad.

Los grandes amores son maduros y sazonados siempre. Prematuros, mueren antes de florecer; y a destiempo, y pasados de estación, se agotan y pudren en los sumideros del alma. Hay su primavera en el año del corazón, con sus brisas abrileñas, y sus aguas de mayo, y sus auroras de rosa, y sus atardeceres melancólicos y tibios, la primavera se repite muchas veces, muchas, pero ¡ay! del que la deja pasar, sin asentar su brisa en el alma, más de dos o tres veces. Viene de pronto, sin avisar, como un ladrón nocturno, viene de pronto, como ha cantado en su maravilloso libro reciente, *Nuevas canciones,* este gran poeta que se llama Antonio Machado.

La primavera ha venido,
¡nadie sabe cómo ha sido!

[51] Creemos que se trata de un error del cajista y que Sánchez Rojas, en realidad, hablaba de palomares *místicos*.

pero se marcha también de pronto sin avisar; lo mismo que llegó. Es inútil que la aprisionemos. Los niños, los días soleados, empuñan sus manecitas imaginando que retienen los rayos solares, y lloran cuando no advierten el eco del sol en la palma. Los hombres nos reímos, pero somos como ellos, niños también. Queremos retener una primavera que nos acaricia, pero que estamos muy lejos de merecer, y cuando alzamos los puños airados, y en lugar de una plegaria de comprensión musitamos una blasfemia de odio, la primavera se marcha de nosotros, ágil y risueña como una chiquilla de quince años, para ceder el paso a un invierno turbio y negro, de aguaceros, de escarchas, de hielos y de nieves.

Y es que el amor que trajo esa primavera era un amor callejero. Lo incubó tal vez el deseo, el deseo se vistió de hembras falsas, y fuimos juguete de nuestra propia bestialidad inconfesada. Advertir, señoras mías, que el amor verdadero no llega de pronto, sino por sus pasos contados. Primero, es conocimiento. Estimación después. Más tarde, recreo de presencia, ansia de comunicación pérdida de la noción del tiempo… y del espacio. Y al final, maravilla, divina maravilla, milagro florecido, Mayo perenne y eterno!... ¡Ay! Quien no lo ha vivido no ha sido, verdaderamente, hijo de Dios. Porque todo el mundo tiene entonces un sentido nuevo, y nuestro corazón conoce entonces el sentido del mundo, y sentimos sus palpitaciones todas en nuestro corazón, y la cosa más pequeña, el minuto más liviano, lo colmamos buceando lo infinito en unos ojos o encontrando el misterio de la vida en el silencio de unas palabras que no supimos decir y que no sabremos decir tampoco nunca, pero nunca.

Estos amores de eternidad perduran siempre en nuestro espíritu, sin que seamos desleales con los que vivimos honestamente después, a lo largo de nuestra vida de luchadores. En la vida del hombre más desengañado y más triste hay siempre faros luminosos, hijos de nieve, que son como regatos de agua en un erial o como juncos y bardales de río en la paramera y en el desierto. La madre primero, una amiga nuestra de la infancia, otra mujer –viva acaso– en cuyos amores nos complacemos y deleitamos, con absoluto desinterés, o, mejor todavía, con el interés estético con[que] asiste el poeta a la contemplación de un cuadro de infinita belleza. Todos tenemos en el corazón una zona infranqueable a la codicia y al deseo carnal, y esta zona recogerá los paisajes más anchos de nuestra alma, acaso toda ella en toda su integridad, el día en que vosotras, señoras mías, y nosotros, no esclavos, sino compañeros y señores vuestros también, nos amiguemos en amistad leal y profunda, en camaradería discreta y comprensiva, sin reñir batallas donde solo debemos mirarnos cara a cara, sin avergonzarnos y sin bajar los ojos, entre apretones de manos, cediendo los hombres nuestro brazo de hierro para que sobre él caminéis, libre y amorosamente, por la vida con vuestros sueños y haciéndonos vosotras, mujeres, la merced de vuestra sonrisa, de vuestra piedad, de vuestra tolerancia, de vuestra comprensión, para que nos sirváis de almohada blanda en las horas de reposo y de freno –y también de espuela y de brida– en los momentos de pelea.

Muchas veces pienso que las amarguras de nuestra España no tienen, en el fondo, otra causa que este desconocimiento y esta distinción que reina entre vosotras y nosotros. Somos injustos y crueles porque vosotras no nos ayudáis; sois vosotras frívolas y ligeras porque no os apoyáis lealmente a nuestro brazo para caminar con firmeza. Los pueblos fuertes son pueblos hogar, como Inglaterra.

El *home* es, para el inglés corriente y moliente, la chimenea y las zapatillas, sí, pero es también para el inglés toda la vieja Inglaterra el *home*, la casa, el hogar. Francia es más bien un pueblo-salón. Está de tertulia siempre. Necesita el vino espumoso, y la carne fresca y la *causerie*[52] chispeante, y el flirt[53] que no compromete, y la palabra que se desliza, insinuando demasiado o no insinuando nada. Pero España, esta España de vosotras y de nosotros, esta España de vuestros hijos y de vuestros novios, esta España que vosotras, más que nosotros, hacéis, es un pueblo de calle. Y es espantoso, frívolo y teatral. Pongamos toda nuestra nobleza en él para que no se nos vaya de entre las manos, como de las manos de los niños se escapan los rayos del sol.

Y ahora, señoras mías, ¡perdón y buenas noches! Mis palabras tal vez han sido duras, porque son palabras de amor, os lo aseguro. ¡Perdón y buenas noches, señoras mías!

El Pueblo Gallego (20-06-1924)

[52] Charla, conversación, en francés.
[53] En el original parece escrito *Uirt*, errata que corregimos por *flirt*.

Ofrenda al Apóstol

Si yo fuera gobernador de La Coruña en el día de hoy –como lo fueron Cristino Martos y Evelio Rodríguez Blanco– esta mañana, ante la tumba del Apóstol, en la Catedral santiaguesa, presentaría mi ofrenda con estas o parecidas palabras:

– Apóstol señor Sant Yago. Eminentísimo Cardenal, Cabildo ilustre de la Catedral compostelana, Señoras y Señores: En nombre de la Majestad Católica de Don Alfonso XIII (q. D. g.), os ofrezco, señor Apóstol Sant Yago, la ofrenda habitual de mi Monarca y de mí Rey. Aceptadla, señor Apóstol, como prenda devota del cristianismo de mi señor y de la devoción fidelísima de su pueblo. Los tiempos, señor Sant Yago matamoros, Santo del caballo blanco y del campo de la Estrella, nos van familiarizando, poco a poco, con nuestros odios al infiel, y España vive todavía los tiempos pasados, con la obsesión del Estrecho y con el pensamiento del desquite.

Señor Sant Yago, permitidme, como gobernador de La Coruña, como delegado de Don Alfonso de Borbón y Habsburgo, que diga mi plegaria en esta santa Catedral, asilo de peregrinos, ruta de la cultura, camino celeste de Santiago de mi España, perfumada con el incienso del "botafumeiro" y cincelada para siempre con el buril del gran Mateo... ¡Ábrenos el camino de África, señor Sant Yago! ¡Ábrenos las rutas de Nador y las orillas del Quer y de la Mar Chica! Danos a todos prudencia, equilibrio, ponderación, sagacidad... Abre a la paz, los caminos de la guerra y la diplomacia y al disimulo las vendas de la violencia y de la incomprensión. ¡Que España, señor Sant Yago de mi alma, no tenga guerras cuando no goza de paz en casa y que se desborde y precipite cuando goce de aquellas garantías que hacen felices a las naciones: justicia, derecho, culto a la inteligencia, espíritu, disciplina y solidaridad espiritual!

Señor Sant Yago: eres un santo espiritual de pura cepa, de estirpe, de honda raigambre en la esperanza colectiva de mi pueblo. Hasta derrotas, con la ayuda de D. Francisco de Quevedo y Villegas, la candidatura de Teresa de Jesús[54], la monjita de la Reforma Carmelitana, para Patrona Nacional. Eres, ante todo y sobre todo, señor Sant Yago, un santo guerrero. Eres el santo de los romances populares, de la poesía épica de mi raza, de la dramaturgia de oro de mi pueblo español. No admites nunca parejas ni comparaciones. Eres el único y eres solo. Por ti, en la Edad Media, andamos a cristazos; por ti, en la Moderna, huimos de la Reforma y del Renacimiento, como de la peste; por ti en la Contemporánea, huimos de los debates actuales y nos refugiamos en el misticismo y en la fe. ¡Danos señor Sant Yago, una nueva victoria, en una nueva batalla de Clavijo! ¡Arroja luz, lumbre y fuego, debajo del casco de tus caballos, y danos un nuevo campo de estrellas, para que nos sirva de meta del ideal! ¡Danos un ideal, una ilusión; un amor colectivos, señor Sant Yago, para que cantemos, con la guitarra, nuevos romances de fe, de esperanza y de caridad!

¡Conviértenos en flamantes peregrinos, con manto de conchas, cayado pastoral, para que descubramos nuestra España al final del camino! ¡Descúbrenos nuestra España ideal, señor Sant Yago, descúbrenos nuestra España ideal, asiento de la justicia, trono de la paz, solar del amor y fruto de la esperanza bien fundada!

¡Señor Sant Yago: he concluido mi oración! ¡He concluido mi plegaria, Eminentísimo Cardenal, Cabildo ilustre de la Catedral compostelana, Señoras y Señores, y extiende tu bendición sobre mi Rey, sobre mí pueblo y sobre este humilde devoto tuyo, que en nombre de su señor, te ofrece, hogaño, las ofrendas tradicionales!

El Pueblo Gallego (25-07-1924)
La Noche[55] (28-07-1924)

La colilla del cigarro

Para Fernando Íscar

Y no acierto a marcharme, no sé marcharme. ¡Son tan sabrosos estos días después de las corridas! No hemos visto, con tanta algarabía, a todos los amigos; no hemos visitado todos los rincones. Salamanca, que ha estado disfrazada, se nos presenta hoy, por primera vez, en su traje corriente y natural, de todos los días.

[54] Teresa de Jesús fue proclamada 3 veces patrona de España (1618, 1627 y 1812) pero la candidatura de Santiago se impuso.

[55] En *La Noche* su título fue «El milagrillo que se pide a nuestro Apóstol».

El pueblo de nuestra adolescencia, de nuestra primera juventud, es tan seroso, como las últimas chupadas de un buen habano. Lo mejor es la colilla. Se nos antoja que el cigarro está apagado ya, y cuando lo aproximamos a la boca advertimos con gozo que el aroma es más exquisito que antes y que arde mejor que nos hemos imaginado.

¡Nos esperan en Madrid tantas cosas! Nos gruñirá un editor, tal vez, hablándonos de plazos inevitables; nos dirán en los periódicos que estamos un tanto perezosos y holgazanes. Pero estas cosas se resuelven por correo. Madrugamos... y todos los artículos, todos, son glosas de una sola palabra: Salamanca. Y escribimos sin comprometernos demasiado en concretar la fecha de la marcha; tal vez el 18, tal vez el 20, tal vez el 22.

¡Y es que nos quedan tantas cosas que recordar en Salamanca! El sábado por la noche, con Guillermo Sáez, con Villalobos, con Santos Mirat, con Salcedo y otros amigos de la infancia, enseñábamos la Salamanca monumental a Ricardo Marín y a su señora. La luna plateaba las cornisas y cenefas de Monterrey, el torreón del Clavero, el bosque de agujas y de campaniles de las iglesias.

Como por arte de encantamiento, no revivía plenamente –abstraído y absorto– los momentos más deliciosos de mi vida estudiantil. Pensaba en el ausente, en Unamuno, y si nos hubiéramos tropezado con el sombrero de copa de Gil Robles en la calle de Libreros, con la sombra de Dorado en las afueras de San Pablo, con las chicas –que hoy son madres– dando vueltas en la Plaza Mayor, yo os aseguro que hubiera vuelto a sentir la angustia de tenerme que examinar con Requejo en Derecho Mercantil, con el temor de tener que aprender de memoria las triquiñuelas de legislación minera en la clase de don Salvador Cuesta.

Los muertos viven más que los vivos en el corazón de los que ya nos hemos resignado a no esperar. Acaso nuestra Salamanca no existe ya, pero con un torreón, con una ventana, con una hornacina callejera, la reconstruimos con el mismo diligente cuidado con que reconstruía Curier, con los restos de un animal antediluviano, toda su osamenta y toda su anatomía. Nuestra Salamanca, Fili dirigiendo la Unión Escolar, Dorado, Unamuno, Fernando Íscar «atacándome» desde «El Lábaro»; don José Manuel Rodríguez, Brusi, Gil Robles, no existe ya; pero aquí quedan los recuerdos dorando un poco más sus piedras y sutilizando más su silueta renacentista.

¡Ay! Salamanca es tan sabrosa como las últimas chupadas de un habano. Sería grotesco que no supiéramos apurar completamente la colilla.

El Adelanto (16-09-1924)

Al marchar...

La fisonomía de las ciudades tengo para mí que cambia mucho más que la de las personas. Los que viven en ellas y para ellas no advierten fácilmente estos cambios y mudanzas. Hay que vivir lejos para darse cata de esta variedad de matices, para advertirlos, para fijarse bien en ellos.

Una ringlera de automóviles de línea que he visto, al salir de los toros, en la Plaza de Colón, me ha dicho el único cambio favorable y sensible, que está sufriendo Salamanca. Todo problema de comercio, y hasta de cultura, es, en el fondo, cosa de transportes y de comunicación. Salamanca tiene hoy un contacto íntimo y diario con su provincia, hasta absorberla.

Yo no lo sé, pero presumo que a excepción de las zonas de Vitigudino y de Ciudad Rodrigo, que viven comercialmente de su comarca, las tierras cercanas a Salamanca, como Ledesma, como Alba de Tormes, viven hoy una vida lánguida y mediocre por su proximidad a Salamanca. Salamanca, panera y granero es más que la fábrica, la tienda de la provincia. Hoy la gente debe venir a Salamanca a comprar unos zapatos, a tomar café a Novelty, o simplemente a dar un vistazo a la ciudad.

Pero Salamanca panera, Salamanca granero, Salamanca Audiencia, Salamanca covachuelera y oficinista, es bien poca cosa. Todo eso está al alcance de Soria o de Guadalajara. Y en Salamanca, de paso, no se advierte hogaño más. Sigue siendo la población de los terratenientes forasteros y de los pequeños rentistas indígenas, de la murmuración subterránea y un poco femenina y cominera, de la inteligencia traviesa y anecdótica, de la holganza, del proyecto y de la eterna espera. Si todo el capital de energía que emplea Salamanca en proyectos, lo colocase con usura en la acción, sería la sede espiritual de las Castillas. Está a punto de serlo, pero no lo es aún.

Cerca de Portugal, nudo y llave de las comunicaciones del Oeste, con una tradición cultural, rica y casi laboriosa, nuestra ciudad, con el porvenir que se le abre con los saltos de Duero, debiera recogerse un momento y tomar una orientación: la de prepararse. Necesita más hoteles, necesita higiene, necesita respeto a su tradición gloriosa de ciudad favorita del Renacimiento español.

El fomento del turismo es pleito capitalísimo para Salamanca, La ciudad está un poco abandonada al forastero, que se admira de la indiferencia glacial del salmantino por sus piedras y por sus artes pasadas, como la de la filigrana de los plateros y la de las encuadernaciones.

Hoy el mueble charro, tan parecido al inglés por su solidez y sobriedad, no se encuentra en tienda alguna: faltan chamarileros inteligentes y avivados que pudieran explotar un negocio formidable en Salamanca el día que se implantara; el de las antigüedades. Faltan, en fin, otras muchas cosas; más necesarias que los absurdos cafés de camareras, que los pintorescos «cabarets», que «aquí» ha impuesto la rijosidad de unos cuantos mozos poco avezados al regodeo lento y prudente de los placeres.

¡Adiós, ciudad panera, ciudad Audiencia, ciudad linda, ciudad viuda desde la marcha del ausente: adiós! Que vuelvas a ser «ciudad», la «ciudad»; es decir, la Escuela, antes que otra cosa, para sembrar a voleo las inquietudes y las preocupaciones, como otras veces, en el corazón de tus hijos, que tienen su ritmo un tanto lento y perezoso, como el arar de tus bueyes.

El Adelanto (24-09-1924)

Don Juan Tenorio y don Juan Asavero

Don Juan Tenorio, el calavera de Sevilla, y Juan Asavero[56], el judío errante, son, además de tocayos, grandes y antiguos amigos.

Se ven casi todos los años la noche de difuntos. Como los dos son inquietos y errabundos, y poco dados al asiento y a las delicias del hogar, se encuentran en las ciudades más apartadas, en todos los climas y bajo todos los cielos. Juan Papini les sorprendió hace unos años charlando y riendo rumorosamente en una cervecería de Florencia, decorada con ese pesado gusto alemán, cerca de la Plaza de la Señoría. Estos años, en que los rublos, marcos y coronas, han estado literalmente por los suelos, los dos amigotes se han divertido de lo lindo en Moscou, en Dresde, en Colonia y en Viena. Ambos personajes son muy tacaños, y Asavero conserva todavía doblones de Carlos II y ducados del César alemán, que rigió los destinos de nuestra España. En cuanto a Don Juan, vivía siempre a cuenta de la herencia de Don Diego, y desde que Don Diego Tenorio murió, no hay memoria de que haya vuelto a pagar a nadie.

Ambos compadres se han visto este año en Madrid, en la Cava Baja y decidieron cenar en el mesón de Santiago González, alias «el Segoviano» –un posadero gordo, pacífico y sonriente– entre vinateros de Méntrida, trigueros de Macotera y de Arévalo y honrados ganaderos de Trujillo y de Don Benito. Santiago, antes de cenar, invitó a sus huépedes a que firmaran en el álbum, entre Rome[r]o de Torres y el Embajador de Italia.

Los dos amigos pidieron, con tres raciones de lec[h]ón, para abrir boca, y media arroba de tinto de Méntrida, sopa segoviana, abadejo, pepitoria y besugo al horno. Después, uvas, queso, nueces y hasta dos kilos de buñuelos de viento para solemnizar la noche.

– Una vez más, ilustre amigo –comenzó diciendo Asavero– nos reunimos los dos a cenar esta noche piadosísima y cristiana. Los hogareños la celebran, cosidos a la falda de sus mujeres, y yo, el hombre escotero por excelencia, que, como el caracol, llevo siempre la casa conmigo y encima de mis hombros, busco tu compañía para libar juntos. ¡Vivan la inquietud, el eterno proyecto, lo que nunca se logra, porque, después de logrado, hastía!

Don Juan Tenorio, melancólico y callado, cachaba unas nueces; Santiago les llevaba solícitamente nuevos jarricos de Méntrida, porque con la cena habían despachado todo el vino pedido. Ambos, buenos bebedores, se mantenían con la cabeza firme.

– ¿Vos no brindáis, don Juan? –preguntó el hebreo al sevillano.

–¡Tengo miedo, Asavero; ya tañen y doblan por mí las campanas de la corte!

Asavero prorrumpió en una carcajada estrepitosa. Los comensales volvieron vivamente la cabeza mirando al osado que de tal modo reía en noche tan seria y tan señalada:

[56] Así en el original, por Ashavero, también conocido como Ahasverus, Buttadeu, Larry el Caminante, Joseph Cartaphilus, Juan Espera en Dios, Alvarus Stevenson, Michob, Ader, Samuel Belibeth, Juan de los Tiempos… Nombres atribuidos al *judío errante*, quien, según la leyenda, negó un sorbo de agua a Jesús en su ascensión al Gólgota, por lo que recibió el castigo divino de vagar errante por la Tierra hasta la segunda venida de Jesucristo. Algunas teorías asocian esta leyenda a ideologías antisemitas al interpretarla como una metáfora de la diáspora del pueblo judío, condenado por Dios como responsable de la muerte de su Hijo.

– Tú no mueres, don Juan –siguió el judío– porque eres la sandez humana personificada; y la sandez es eterna! ¡Y yo, yo tampoco muero, porque soy, a mi vez, el símbolo de la esperanza que siempre se malogra, símbolo que es tan eterno como la humanidad!

Dijo, pagó con una buena pelucona amarilla de los tiempos del señor rey don Carlos III, y cogiendo del brazo a su tocayo, se encaminaron a la Plaza Mayor, y luego al café Colonial, donde tuvieron una bronca con dos estudiantes y sus amigas, acabando la noche lamentablemente en una Comisaría.

El Adelanto (02-11-1924)

En tono menor

Este Madrid, este querido Madrid de nuestros afanes y de nuestras luchas, pero también de nuestros triunfos y alegrías; este Madrid tan grato, tan llano, tan asequible y tan familiar, donde se nos abren por igual las puertas del «camerino» de una mujer guapa y las del despacho de un ministro orondo y mediocre, este Madrid es, para nosotros, sin embargo, como

... la estéril rama
donde el ave, al pasar, duerme una noche[57].

Estéril rama, posada, mesón, apeadero, es, para nosotros, Madrid, aunque estemos condenados a vivir eternamente en él. Hogar, no; santuario, tampoco. Prenderemos en Madrid; crearemos aquí intereses; fructificaremos en él; pero seremos eternamente, inevitablemente, desterrados. ¿De qué patria, corazón? ¿Del pueblo de la niñez? ¿De la ciudad dorada de la adolescencia? ¿De las poblaciones de ensueño –italianas, francesas, suizas– que gustamos y saboreamos de mozos? Yo no sé a dónde vamos; vamos, tal vez, al mar de la muerte, que decía Jorge Manrique; pero sé que venimos de lejanos países, velados por una luz de alba eterna, que nos han dejado la estela de su recuerdo y el polvillo del oro de su luz. Venimos, sin duda, de una tierra remota, donde viven las almas desnudas, abrazadas a la quimera de su ideal. Venimos del cielo. Y nuestra niñez no es más que la primera etapa de nuestro destierro de él…

Estoy viendo jugar a unos niños en el Retiro. Los vigilan, desde sus bancos, una mamá joven y una camarera. La mamá joven lee atentamente; cose un pedacito de blanca tela la camarera. Ambas sonríen a la visión de los niños. Anita se llama la nena; tiene ojos azules, anchos, dulcísimos y serios, una melenita rubia, una carita amasada de pétalos de rosa.

El es un nene moreno, cobrizo, de ojos negros, inquietos y errabundos. La parejita viste un delantalito blanco y lleva las piernas al aire. Y los nenes juegan con la arena, corren, saltan, juegan, se enfadan y se besan. Vienen a mí, acorto la distancia dándoles un caramelo, y los dos, a requerimiento de las jóvenes que les vigilan, me hacen la merced de su carita para que les bese con la mejor gana del mundo.

– Estos nenes –pienso– vienen del cielo. Lo abandonaron al nacer. Pero todavía lo recuerdan y sus ojos están borrachos de la luz celestial. ¿Me recordáis cuando veíais de niños el mundo con ojos celestiales? ¡Dios mío, la soberana visión del mundo...! La tierra está enhechizada; el aire es puro, la luz tornasolada, el verdor transparencia de esmeralda, y el agua, bulliciosa y alegre como nuestro corazón. La poesía es eso: el retorno de la niñez a nosotros, la estela de la infancia en nuestro corazón.

¡Y qué bello es el Retiro para nuestros amigos, Anita y su compañero de juegos y de besos! Ellos absorben por entero la placidez de la tarde, la soledad del paraje; los rayos de sol poniente, colándose en los claros de las copas de los árboles que comienzan a desnudarse, quiebran su luz para que ellos la gocen; los parterres son una mancha verdinegra, sin contornos, para que los niños dejen volar su fantasía, corriendo, jugando, saltando, gorjeando como pajaritos alegres.

Y al abandonar el Retiro, solo, con un libro, pienso, como Maragall, que nuestra patria está aquí abajo, en la tierra. Los montes, los valles, los ríos y el mar se han hecho para que eternamen-

[57] Vicente Wenceslao Querol. *Ausente*.

te los gocemos. Pero nuestra patria celestial será nuestra cuando aprendamos a no interrumpir el eslabón de la cadena humana. Hasta que no demos vida a otro ser, hasta que no vivamos en otras almas, no podremos convertir en eterno lo temporal. Pero el día en que tornemos a nacer, a vivir en otro, el día que tengamos la suprema generosidad de creer la infancia –añoranza del cielo– para otros seres, volveremos a gustar los tranquilos placeres olvidados. Nos remozaremos y nos aniñaremos. Y serán los cristales de nuestra visión los ojos –¿negros, azules, verdes?– de aquella mujer que, en espasmos de dolor, desgarre sus entrañas para oír el vagido del nuevo ser que reclama su goce celestial sobre el tibio regazo de su madre...

Mi corazón canta en tono menor, esta velada y dulcísima tarde de otoño, una canción olvidada y remota. ¿Canción de estío, canción de otoño? No lo sé; pero seguramente, canción de plenitud. Es que he visto el mundo con los ojos de los dos nenes de blanco delantalito.

Ellos abandonan con las jóvenes el campo y yo también. Y me han prestado su corazón de niños, a cambio del beso que les di.

Generosidad por generosidad, un cambio espléndido de parte de los tres. Ellos lo adivinaron como yo... Los niños comprendieron; yo también. Ellos me daban un poco de su niñez; yo les estampaba en la frente ese beso que todos los hombres anhelamos más. Un beso anticipado de paternidad ganada, después de haber extraído de las cosas su zumo de azúcar y de acíbar...

El Adelanto (14-11-1924)

¡Una moneda para el monumento a Bretón!

Anoche, en una de las esquinas de la calle de la Pasa, calle de novios y de manolas, de motoristas que antes fueron organilleros y de peinadoras y de modistas que ahora se han dedicado a la noble profesión del tango, del fox-trot y del shimy, me encontré con Susana, la rubia de «La verbena de la Paloma». Hace muchos años que somos buenos amigos Susana y yo. Susana vestía un vestido negro de seda; llevaba melena corta y calzaba unos zapatitos primorosos. Creí que esperaba a Julián y me limité a saludarle para huir de aquel paraje como alma que lleva el diablo. Pero Susana me detuvo, arregló con la diestra la pelambrera de eso que la molestaba cerca del cogote, hizo un delicioso mohín con la lengüecita roja capaz de dar un disgusto a Melquiades Álvarez o a otro demócrata cualquiera, y me detuvo con un gesto imperativo:

– ¡Hijo, pues no llevas tú poca prisa! Oye, ¿y qué hay de eso de Bretón?

– ¿Del monumento?

– ¡Claro que del monumento, pasmadote!

– ¡Todo va adelante, Susana! ¡Se piensa en un busto!

– ¿Nada más que en un busto? ¡Yo creí que los salmantinos eran más generosos!

– Si tú quisieras, Susana, el busto podría trocarse, con la buena voluntad de todos, en un monumento formal. Hasta tengo yo dentro de mi caletre la idea de ese monumento, chiquilla. Bretón en el centro, con pañosa y hongo, presidiría otras figuras: las cinco que se imponen. Casta y tú, de jarana con don Hilarión, por esas verbenas de los Madriles, dándole achares por todo lo alto, mientras el pobre boticario, por todo lo alto, bebe los vientos por vosotras,

una morena y una rubia,
hijas del pueblo de Madrid,

y luego Julián, que te adora porque te insulta donde te ve, armando broncas con el lucero del alba, y después Dolores la de Calatayud, huyendo la copla infame de unos hombres cobardes porque ella tuvo la valentía de obedecer a su corazón por una sola vez.

– Me gusta la idea, ninchi. Pero ¿se puede saber qué tengo yo que hacer para eso?

– Sí, hija; arrendar en casa de Veguillas un mantón de la China y pedir dinero de casa en casa, a los salmantinos.

– Oye: ¿y no serán tan duros de pelar como los caseros?

– ¡Eso depende de ti, Susana!

– ¡Pues... tengo una idea! Aquí, en secreto, te diré que estoy «colá» por Julián, pero que tengo cinco amigas que pueden sustituirme.

– ¿Cuáles?

– ¡Si las conoces tú, chavea! Mary, la de los ojos empañados en niebla, y Lully, la de los ojazos de cielo, y Nieves la jaranera, y una rubia nacida por estos barrios, que sabrán seguramente sustituirme. Con la peineta y el mantón son capaces de revolucionar a los salmantinos y de sacar ellas solitas para el monumento.

– Se lo diré.

– Díselo, que te harán caso. Yo me he puesto a todo, y eso que no perdonaré jamás a Ricardo de la Vega que haya supuesto que yo, después de quitar el mantón y el vestido chiné al regreso de la verbena, durmiese como una bruta. Me pasaba, chico, las noches de claro en claro pensando en Julián. Pero a los hombres hay que castigarlos así, ofreciendo el brazo al primer boticario que nos sale al paso, para que no crean que estamos muertas por ellos y que no podemos vivir sin su permiso...

Llegó Julián cuando llegábamos a este punto del diálogo, que es ahora «chauffeur», con el puesto en frente del Palace, y que lleva gabardina, bufanda de seda y guantes blancos como un marqués. Me saludó con afecto, porque Julián y yo somos correligionarios.

– ¿De qué se habla, maestro?

– ¡De «honrar» a Bretón, Julián!

– ¡Buena idea! Bretón, hijo del pueblo, oriundo de unos labradores de Babilafuente, merece vivir en la memoria del pueblo. Nadie como él supo cantar nuestro amor por las chaveas, ni decir el ritmo de su andar, la gracia de su cabecita vacía como una grillera y el ímpetu de sus desdenes, cuando están caldeados por una pasión.

¡Y por una morena chulapa
me veo perdido!

me hizo decir a mí, entre sollozos que se han hecho ya clásicos en la música popular madrileña, y él mismo, a la hora de casarse, prefirió una hija del pueblo y del trabajo, a la señoritinga babosa que le había vuelto la espalda a la hora de la miseria para sonreírle, con sonrisa de alquiler, a la hora del triunfo y de la victoria.

¡Salmantinos: unas muchachas gentiles, bonitas como un sol, van a pediros un óbolo para el monumento de nuestro paisano! No se lo neguéis, por Dios... Hace ya algunos años, hablábamos, en Tournié, Bretón, Clemente de Velasco, el marqués de Selva Alegre y este humilde cronista, de Salamanca... El maestro no lograba asentar su vejez; en su casa no sobraban del todo la comodidad y el desahogo; de la dirección del Conservatorio, después de muchos años, había sido lanzado el maestro por las ambiciones y prisas de los rastacueros. Hasta nosotros llegó el eco de unas bandurrias que preludiaban el principio de la jota de la Dolores. Callamos un momento absorto por la placidez de la noche y la dulzura de los compases que se nos colaban corazón adentro.

– ¡De qué buena gana –comentó Bretón– oiría yo ahora una charrada!

El la oyó y nosotros también... Oía las cadencias de nuestros campos, preñados de amor y de fecundidades, pocos meses antes de bajar a la tumba. Vosotros, ahora, debéis de pagar la abnegación de aquel hombre, que, desde su humilde atril de violín segundo en el teatro, se elevó a las más altas cumbres de la lírica española, porque supo leer en el corazón del pueblo y traducir los compases del ritmo de sus sueños. ¡Una moneda de oro, de plata o de cobre –¡tanto monta, paisanos!– para el monumento de Bretón.

El Adelanto (03-12-1924)

Rosa, si no te cogí…

– ¡Que cante Carmeliya!

– ¡Que cante!

En la Venta de Eritaña, donde no hemos podido cenar cosa de provecho porque tenemos el corazón encharcado por tapas y manzanilla. Hasta yo mismo, que no bebo nunca, confieso que he apurado el vinillo de oro más de la cuenta. En Sevilla se está siempre un poco borracho. Son las cañas, son las flores, son las mujeres, son los patios; son el aroma del naranjo y del azahar. Tengo los sentidos como embrujados y esta llaneza aristocrática, este sentido lleno de buen gusto y de grata ponderación de las gentes de Sevilla, me hace feliz y optimista.

En la Venta de Eritaña... Cuatro amigos, un míster, la mujer del míster, la hija del míster –una rubia espigada y alta como un varal que se llama Fanny– Carmeliya, una cantaora morena y ya jamona, un tocaor amigo de nuestro amigo Montoya, Pepiya y Asunción, dos bailarinas de jondo, pero de jondo puro y castizo, y dos niños bonitos, presumidos, relamidos, de ojos negros, piel cobriza y pelo pegado con plastón a la cabeza a fuerza de fijador. Estos nenes son los sacristanes del culto. Baten las palmas, enarcan las cejas, mueven las caderas, dicen ayes lastimeros y melancólicos; pero ritualistas.

– Carmeliya, canta!

– ¡Un fandango de Almería! –grito yo.

– ¡Va por usté, compare!

Y canta Carmeliya:

Isabel, María, Romero,
a ti te ha dejado Dios
casándote con Juan Lucas,
estando en el mundo yo.

El precioso fandanguillo me llena de buen humor...

– Ahora va un cantarcito serio –agrega Carmen.

– ¡Venga!

– Va:

Rosa, si no te cogí
fue porque no me dio gana;
al pie de un rosal dormí,
y rosas tuve por cama,
por cabecera un jazmín.

Y las notas tienen color, y olor, y sabor, y tristeza mansa y resignada y una muda y callada delicadeza que me subyuga. Las rosas que no sabemos coger en la vida son infinitas. Hemos dormido besados por su aroma, nos han calentado y arrullado al tibio calor de su crecimiento y hemos sido tan soberanamente majaderos, que las hemos arrancado del rosal...

Rosa, si no te cogí...

Tornamos a Sevilla. Paseamos a la orilla del río. Platean la torre del Oro y la Giralda. Sevilla duerme como una mocita, un poco despreocupada; que tuviera sus brazos blancos fuera de la manta, y que dejara asomar el secreto de su escote ante los ojos profanos. Dan ganas de retozar, de brincar, de cantar. Pero el ritmo de los versos de Carmeliya hace un nudo en la garganta y empezamos a advertir, en la tibieza de esta noche de otoño, que la juventud se nos va de entre las manos para siempre, para siempre…

El Adelanto (13-12-1924)

Oración para 1925

Y mientras en la calle tañen los idiotas los panderos y las zambombas, y las latas, yo, arrebujado en la cama, he suspendido, por un momento, la lectura de «Las Florecillas» del pobrecito de Asís, he abierto el paquetito con las doce uvas tradicionales, y he dicho esta plegaria al Señor Dios:

– ¡Señor Dios: dame para el año que ahora asoma en la contradanza de los siglos, la perfecta alegría, como a tu siervo Francisco y como a tu sierva Clara! La perfecta alegría ya sabes que no consiste en la posesión de las lenguas, ni en el descubrimiento de los tesoros del mundo, ni en conocer la tierra, ni en poseer las riquezas.

La perfecta alegría estriba en el perfecto amor, que es renunciamiento y que es sacrificio, y ansia de perfección, y muerte del apetito. ¡Dame, señor Dios, para 1925, la perfecta alegría!

¡No te pido descanso, no te pido reposo, Señor Dios! Al contrario: dame todas las mañanas tu gracia. Que sobre el montón de blancas cuartillas que todas las mañanas, inexorablemente, me esperan, vaya yo poniendo, temblorosamente y santamente, mis emociones sobre las cosas y las gentes que me rodean; que encuentre siempre la palabra justa y la sensación cabal; que sea mi labor una plegaria, el roce de mi espíritu con las alas de lo infinito, la renovación continua de una inteligencia; siempre despierta y de una expresión siempre nueva; que en mi labor, Señor Dios, encuentre siempre tu siervo su justificación, y su anhelo, y los desengaños de su pasado, y las esperanzas, siempre lozanas y frescas, de una mocedad y de una mañana eternas...

¡Dame, Señor, un hogar; un hogar soleado, íntimo, claro, silencioso, bello, donde haya siempre un poco de leña, una flor no marchita, una mujer siempre comprensiva y tolerante... Un hogar arrullado por el canto del ruiseñor en la fronda y la risa de un niño en el santuario de su cuna... Un hogar que sea escuela del trabajo, asiento de la fe, yunque de la esperanza y patria natural del corazón.

¡Nada más que un hogar te pido, Señor Dios, donde reine la alegría interior que hace eternamente infantil a tu siervo Francisco y eternamente pura a tu sierva Clara! ¡Un hogar para el cuerpo, y, sobre todo, un hogar para el espíritu, Señor Dios! Un hogar de comprensión, de tolerancia, de sacrificio y de amor; un hogar donde los tiranos sean los niños y donde una mujer deje en las cosas que la rodeen la estela de su hermosura y el perfume de su bondad.

Riquezas, honores, preeminencias y vanidades para los demás, no para mí, que ya estoy curado de espantos… Paz en la inquietud, Señor Dios, y una promesa eterna para cada día: el fuego siempre encendido y la ilusión siempre renovada... trabajo y fe, y que la luz del día nuevo me traiga, como a los niños, Señor Dios, energías nuevas para extraer el zumo de poesía que tienen las cosas que se contemplan por vez primera».

Hasta aquí mi oración.

Fuera, suenan las zambombas y los panderos... Y yo torno a mi preciosa edición de «Las Florecillas», hecha por Sansovini y dedicada a la reina Margarita, a aquella mujer «que alumbraba –canta Carducci– a los italianos con la luz del alba y a quien bendecía el pueblo como a muchacha rubia que marcha camino del altar del brazo del elegido...» Y advierto que la alegría del que espera es –¡oh, paradoja!– bien triste para el corazón que no acaba de hallar su asiento…

El Adelanto (02-01-1925)

¡Si yo tuviera dinero!

Por todas partes, queridos amigos míos, oigo la misma exclamación:

– ¡Si yo tuviera dinero! ¡Procure usted hacer dinero! ¡En el mundo no hay más realidad que las pesetas! ¡Las pesetas: no hay más que pesetas! ¿No cree usted lo mismo?

¡No, no creo lo mismo! Siento deseos de impugnar los puntos de vista de mis amables consejeros, afirmándoles que, en realidad, no me interesan las pesetas por las pesetas, sino como medio necesario para gozar de la partícula de felicidad a que, individualmente, tengo derecho.

En realidad –y no es jactancia– sé cómo se hacen las pesetas. Puedo escribir una novela pornográfica y agotar decenas de miles de ejemplares. Puedo escribir una revista idiota para el teatro, donde las damas luzcan las pantorrillas y algo más que las pantorrillas. Puedo –sin ir más lejos– alquilar la pluma al servicio de cualquier fantasmón de nuestras finanzas o de nuestro gran mundo. Y puedo decir que no me han faltado, que no me faltan y que no me faltarán las ocasiones para realizar esa experiencia que siempre me ha repugnado, me repugna y me repugnará con una repulsión irresistible.

– Entonces, ¿en qué piensa usted? –han solido replicarme esos impugnadores– con el dinero se compra la mujer, el reposo, la popularidad y el respeto de las gentes.

Pero yo he pensado que con el dinero no se compra ni se adquiere más que dinero. Una mujer que se compra es una mercancía de alquiler que usufructuamos mientras no compite con nosotros otro postor más rumboso. Una mujer así, por lo tanto, no puede satisfacerme porque ni siquiera me permite el orgullo íntimo de pensar que se ha rendido ante mi delicadeza. El reposo ¡ay! es imponderable y tampoco se compra con dinero, porque el espíritu es la eternidad de la inquietud.

La popularidad y el respeto que se compran podrán satisfacer a un imbécil, pero no a un hombre que tiene la costumbre de dialogar consigo mismo en voz alta todos los días y que tiene conciencia de su limitación, de su ignorancia y de su poquedad.

– Entonces, fuera de las pesetas, ¿qué le satisface a usted? –vuelve a preguntarnos el terrible materialista.

Y no le contesto ya porque nuestros vocablos –las palabras de que nos valemos– son recíprocamente ininteligibles para ambos.

Y pienso para mi capote:

– Me satisface, ante todo, el trabajo. Me satisface pensar, leer, escribir, viajar, no porque los viajes, los artículos, las lecturas y las meditaciones se traduzcan en el dinero que me alimenta, sino como actividades que me placen en sí mismas y fuera de toda compensación práctica y económica. Si tuviera los tesoros de Creso, trabajaría lo mismo, acaso mejor, sin las impaciencias ni las precipitaciones naturales que me impone la vida. Si esta actividad espiritual no se tradujera para mí en rendimiento económico, trabajaría lo mismo, porque no sé hacer otra cosa,

¿Pero... la mujer, la gloria, el renombre, lo que se compra? –torna a decirme el hombre que tiene cobre en cardenillo dentro de las celdillas de su cerebro para que pese, suene y abulte mucho.

Y aún me defiendo continuando el monólogo interior:

– La mujer no se compra. Si el amor se comprase, todos los hombres estaríamos en posesión de una enorme fortuna. El amor se da o se niega; nada más. Como los hombres lo damos y lo negamos también, a título gratuito y en calidad de donación. Amor condicionado no es amor, ni vale la pena de hablar de él.

Hay sí, –¡y ya en este último reducto nos vencen siempre los materialistas!– hay, sí, la necesidad del pequeño huerto para alimentarnos de él los días difíciles. ¡Verdad triste que aprendemos en la madurez los quijotes y que saben de memoria los materialistas antes de desprenderse del vientre de su madre!

El Cid conquista tierras, no por la gloria, ni por el botín sino por generosidad, para casar bien a «las sus fijas con home ondrado», aunque las case luego con la canalla de los Infantes de Carrión. Pero el botín debe reducirnos, no por el botín, sino porque, gracias a él, mantenemos los sueños de los que amamos, no nuestros propios sueños. Las princesas todas necesitan un trono y los tronos tienen un precio material.

Para soñar hay que vivir. Y si queremos ver lo infinito al través de unos ojos puros que esperamos que nos alumbren, si queremos oír la armonía eterna al través de la risa de un niño, tenemos ¡ay! que sacrificar nuestro egoísmo, para tasarlo, medirlo y venderlo por cosas que nos aseguren la visión eterna de esos ojos puros que se nos han confiado, para sentir las risas de unas criaturas que desaparecen automáticamente con la miseria, con la estrechez, con, la pugna entre la grandeza de la fantasía y la angostura de la realidad.

El Adelanto (03-01-1925)

La palabra

«La palabra –me decía en mis años mozos del doctorado aquel santo que se llamó don Francisco Giner de los Ríos– debe administrarse con unción, como un sacramento».

La palabra hablada, es claro, y la palabra escrita. Y el silencio, cuando es silencio de plenitud, porque entonces tiene el valor de una palabra inefable, pudorosa, que pugna por salir de nuestro corazón y no sale nunca. Hoy he pensado que la palabra, cuando es buena, debe ser como una caricia en cabellera de mujer. Hablar debe ser, siempre que hablamos o escribimos a mujeres, mimar, acariciar, pero mimar y acariciar virilmente. Caricia de franqueza, que nunca es ruda, porque está impregnada de suavidad, mimo de hombre que depone su ceño adusto, porque ha visto, de pronto, la azulez del cielo en los ojos de una mujer.

Lo de menos es que se razone o se fantasee con la palabra; con que la palabra sea pura, sobria, justa, sencilla, es mimosa y es cariñosa ya. Basta con que sea «aquella palabra» que dijimos porque sí, porque brotó espontáneamente del caudal de nuestro tesoro interior, aquella palabra que engendra luego un ritmo de palabras nuevas que llegan graciosamente engarzadas, como las perlas de un collar. Aquella palabra es, por sí misma, en su valor absoluto, todo un mundo, el patrimonio completo de nuestro sentir, que infantilmente y graciosamente se desbordó en un momento de pasión serena, cuando sin pensar en nosotros mismos, nos volcamos y adentramos del todo en aquel ser, cuya ventura deseamos, sin que se nos dé una higa de la nuestra, aunque sea fabricada con nuestro dolor y con nuestro sacrificio.

La palabra justa solamente brota de nuestros labios o de los puntos de nuestra pluma en un momento de amor. No queremos nada, no deseamos nada para nosotros entonces; moriríamos a gusto porque vivimos con tal intensidad en el momento de pronunciarla y de decirla, de crearla, que damos en la flor de creer que sólo hemos vivido para decirla y que nuestra vida llegó a su intensidad máxima cuando la dijimos. Y esa palabra, caricia, y mimo, y ritmo de eternidad y de

pureza, es nuestra ejecutoria de ángeles, que provoca en el buen Dios la necesidad de perdonarnos, de justificarnos y de sentarnos a su diestra.

La palabra es un sacramento, sí ¡sombra venerable y querida de don Fernando Giner! Un sacramento de confesión, porque nos revelamos como fuimos a pesar de nosotros mismos, y un sacramento de comunión de dos almas. Las dos reciben simultáneamente, con la carne, la sangre del Cordero. Por las dos pasa entonces una luz de eternidad, que las desata para siempre de las tiranías del tiempo y de las tiranías del espacio. Y en aquella palabra está, en germen, con el dolor de todos los humanos, la sonrisa piadosa del que olvida su dolor para acallar, aplacar y atenuar, el dolor del alma ajena, su hermana de inquietud y de angustia.

El Adelanto (07-01-1925)

Ante una bandera

Para Ricardo Power*, ex-alcalde de Bilbao*

Hoy hace ocho días, en la manifestación de alcaldes, tuve junto a Palacio –no se lo digáis a nadie– un momento de intensa emoción. El provinciano insobornable que hay dentro de mi espíritu, a pesar de los pesares, sintió, por un instante, ese «quid divinum» que nuestros anhelos llamaban ternura y nosotros más sencillamente emoción. Los amigos que me acompañaban –un oficial de Regulares, un músico popular y una linda muchacha, amiga de los tres– no se dieron cata de mi estado de ánimo. Y, ahora, quiero referírselo sencillamente al lector.

Fue al pasar una bandera. La bandera de los sitios de Bilbao. La bandera de los sitios de la invicta villa es roja y gualda como la bandera española.

Está muy estropeada. Está rota. Está sucia. Ha conocido la fatiga de los campamentos, las emboscadas nocturnas, los toques de diana al amanecer. Esta bandera hizo frente a las hordas montaraces y alejó de la ría –de la ría que es el nervio y el corazón de la villa– el terrible peligro del ruralismo. La bandera de los sitios de Bilbao consiguió que las tribus tornasen a sus guaridas de San Pedro Abanto y que la villa comenzase realmente en el Abra, a las puertas de Santurce, donde comienza la ría.

Aquella bandera, y en aquel sitio, entre chistularis, tamborileros, miñones, miqueletes y maceros –¡brava y noble tierra vascongada!– nos daba a todos una lección. Y ella nos decía, entre el estruendo de los vítores y de los músicos municipales:

– Vengo a este sitio para que nadie olvide mi historia. Soy la enseña de una ciudad, y soy, por ende, una enseña civil. Represento a los liberales de mi tierra, y con ella, a todos los hombres que se dan cuenta del peligro que comienza a invadirnos seriamente. Hablo del peligro del ruralismo, que es simplismo y que es elementalidad; que es incomprensión y rutina, que es, en suma, falta de inteligencia. El oro un poco terroso de mi color, más que al oro recuerda al hierro, y el rojo, mi otro color, no es ya brillante, porque conoció el «sirimiri», el eterno calabobos, la lluvia menuda de mi país, empapado en niebla. Pero mi pasado es una aspiración de mi futuro.

Yo, que sentía perfectamente las palabras de la bandera, recordaba que detrás de ella, todos los años, acuden al Cementerio a recordar las víctimas liberales de los sitios, esos bilbaínos de alma infantil para los que liberal quiere decir sencillamente no ser carlista y no tornar tontamente a la época de los apostólicos. Y formulé, para mí sólo, ante la bandera bilbaína, el juramento, eternamente renovado, de ser cada día más de mí tiempo. Entre tanto pendón glorioso –el de Zamora, el de Zaragoza, el de Gerona, el de Valencia– solamente la bandera de la capital de Vizcaya, no nos hacía recordar un pasado, sino añorar un porvenir.

No pensábamos en los oscuros orígenes de Bilbao, cuando lo fundara don Diego López de Haro, sino en los días futuros en que los concejos sean el último reducto de la libertad ciudadana. La bandera de Bilbao, que libertó a este pueblo del espíritu aldeano, parecía llorar a su paso por las calles de Madrid, añorando sus paseos cívicos del mes de Mayo, allá por el puente del Arenal, cuando sale del Concejo, en los primeros días primaverales, que ahuyentan la niebla y el «sirimiri» y la ría resuena de contento con el toque agudo y estridente de sus sirenas.

El Adelanto (01-02-1925)

Añoranzas

¡Y cuántas veces, querido Cándido[58], paseando, después de haber trabajado toda la mañana, por los senderos solitarios del Retiro, o contemplando desde la Moncloa los picachos nevados del Guadarrama, mi pensamiento, con lo más hondo, lo más ingenuo y lo más infantil, que todavía queda en mi espíritu, vuela hacia usted, hacia su silencioso retiro de Ledesma, y hacia el Maestro, ahora en su destierro húmedo y neblinoso de París! Y con ustedes dialogo, y con ustedes sufro, y con ustedes callo, y con ustedes revivo horas que yo espero que han de volver. De estos diálogos sale confortado y fortalecido mi corazón. Hoy los tres somos aún más muchachos y nuestros amores por la novia España son más frescos, más íntimos y más delicados que lo fueran nunca. ¡Ay, Cándido amigo, que tantas cosas me enseñó usted a ver con sus ojos cerrados...! Cuando llegan a mis oídos los piropos vulgares de la plebe soez a nuestro amor común, tiemblo de indignación y de coraje, y me refugio en mis recuerdos, y en mis esperanzas me arropo, y vuelo hacia aquella carretera de Zamora, tan íntima, tan nuestra, y torno a ver nuestra Salamanca, a la caída de la tarde, roja de sol, amapola de piedra, a la que nosotros vanamente quisimos dar, día tras día, año tras año, un espíritu civil que la redimiese de sus paneras...

El 11 de Febrero fui al cementerio del Este con unos ramos de violetas para aquellos hombres que se llamaban Nicolás Salmerón, Francisco Pi y Margall, Julián Sanz del Río, Francisco Giner, Gumersindo de Azcárate... Y sentado en una de las gradas de la tumba de Salmerón, de aquel hombre que dejó el Poder por no firmar una sentencia de muerte, mis ojos veían otra tumba recogida y solitaria, humilde: la de Pedro Dorado... Mi plegaria era para todos a la vez, querido Cándido, y a mi retorno, mis ojos veían juntos el paisaje desolado y manchego de las Ventas y los tesos de Salamanca, desde nuestro Camposanto, aquella mañana de Febrero, triste y lluvioso, en que llevamos los despojos de Dorado al seno de la madre tierra...

Días son estos de meditación, de recogimiento para pensar en nuestros muertos y en nuestros ausentes. La vida nos arrancó a los tres, de cuajo, de nuestra ciudad dorada, y para ella son hoy, como lo fueron ayer, como lo serán mañana –que los amores hondos arraigan y fructifican la ausencia– nuestros recuerdos más fervorosos. Los rincones donde aprendimos a pensar y a soñar tienen para nosotros, hombres, el valor que tienen para los muchachos las rejas de los primeros amores. Pues ¿qué es el pensamiento más que amor, querido Cándido? ¿Cuándo será que volvamos todos a reunirnos, al cobijo de nuestras tierras? ¿Cuándo será la vida tan piadosa con nosotros que nos permita ver en Salamanca un hogar compatible con nuestros sueños? Este Madrid, donde la vida me ha traído en busca de una gloria, en la que no creo, para construir un hogar que será para mi corazón un apeadero y una estación de paso, será siempre, como para el poeta valenciano, que venía a la corte a rumiar sus amores con la dulce María.

> ¡como la estéril rama,
> donde el ave al pasar, duerme una noche![59]

A estas horas, las primeras de la madrugada, acabo, para entregarlo al dibujante y al editor, un libro escrito en muy pocos días, pero meditado durante muchos años: «Las ciudades de Santa Teresa»[60]. Impresiones domingueras de Ávila, a la vera de sus templos y al cobijo de sus murallas. Impresiones de Salamanca, fuertes y crudas como la luz de mediodía, añoranzas de mocedad que no vuelven y sugestiones que vuelven a retoñar. Páginas de Alba de Tormes, pensadas en horas de lucha y escritas hoy, pensadas con una atmosfera que me asfixia y en un ambiente que no era el mío.

Y al concluir y al numerar el número de cuartillas, Cándido amigo, surge ante mi espíritu –¡vaya usted a saber en virtud de qué razones psicológicas!– nuestra carretera de Zamora. Con un cielo de cobalto, como el que ahí se goza en ciertos días de Enero y con un ambiente de cristal. La ciudad brilla al sol y tiene una limpidez y una diafanidad de porcelana… El ausente extrae de una

[58] Cándido Rodríguez Pinilla (1856 – 1931). Poeta salmantino, nacido en Ledesma y amigo personal de Miguel de Unamuno y Sánchez Rojas.

[59] Vicente Wenceslao Querol. *Rimas*. "Ausente", 1877.

[60] No existe constancia alguna de que se llegase a publicar.

carterita de bolsillo su primer borrador de la «Oda a Salamanca». Va recitando salmodiosamente su plegaria de amor a la ciudad:

Alto soto de torres…

Usted y yo callamos. Volvemos a la plaza cuando se encienden las primeras luces. El oro de las piedras se ha tornado mate. Y pensamos en una Salamanca, que sea una Jerusalén celestial, ciudad donde los amores y los pensares crezcan lentos, pero seguros, como las encinas, aunque no seamos nosotros los que presenciemos la gran cosecha.

El Adelanto (15-02-1925)

… ¡Y al aire!...

Para Carlos de Anta

Y este cantar oído una deliciosa noche de Marzo, bajo los porches de la Plaza Mayor de Madrid; este cantar que nos dice a media voz Pedraz, con su hermosa y sensible voz de barítono,

A la mar se van los ríos
paloma revoladora,
no pongas el pie delante,
deja que ruede la bola
¡y al aire![61]

este cantar que nos trae olor a tomillo y a mejorana, olor a la tierra, es una sabrosa lección de vida, que concierta de tal modo con el paisaje interior de mi alma, que quisiera glosarle ligeramente aladamente, con el gesto con que el pelotari devuelve su pelota en el frontón, sonriendo, sin apoyar demasiado las palabras... ¡Al aire!

A la mar se van los ríos. Sí. Y la vida va a la muerte, y el amor al pensamiento, y la mocedad a la vejez. Todo lo borra, todo lo lamina, todo lo perdona el tiempo. Las cosas, todas las cosas, tienen su trayectoria fatal. Caminamos por ellas y nunca es presente. Las cosas pasan, las cosas vuelven. Y es el recuerdo como el lecho del curso de nuestra esperanza. Y es la esperanza como el retorno a los días dorados de la niñez.

¡A la mar se van los ríos paloma revoladora! Paloma de la fantasía que vuelas, y revuelas y tornas a volar: teje siempre tu sendero, hollándolos todos; elige tu ideal, después de haber gustado todos los sueños. ¡No te detengas nunca, nunca, paloma revoladora! El oriente te lo dará tu altura, la senda tu vista; tu propio instinto te proporcionará el punto de mira, palomita que no sabes reposar.

Y no bajes a la tierra, ni pongas el pie delante. Fatalmente cumplirás tu destino. Hagas lo que hagas, seguirá rodando la bola siempre. Volando, no te detengas a reflexionar. Camina por el espacio azul, habla con los luceros y con las estrellas, aprovecha las sombras de la luna para tejer tus quimeras, quémate de sol para vivir del calor que adquiriste en los días fríos. ¡Deja que ruede la bola!

Vendrán las noches de los sueños ardientes y las quimeras de las mañanas azules. Vendrán las horas otoñales de los afectos tibios que nos sirven de rescoldo y las terribles tardes de granizo, de escarcha, de hielo, de nieve, en que la fe vacila y el fervor se apaga.

¡Y al aire! ¡Al aire siempre, palomita! El aire es tu elemento, tu vida, tu sentido, tu pasado y tu porvenir. No pongas el pié delante ¡Al aire, siempre, paloma del corazón, al aire! ¡Al aire, para que los vientos te curtan, y te oreen, y te refresquen, y te hagan gratas todas las sendas!

No pongas el pie delante,
¡deja que ruede la bola
y al aire!

El Adelanto (29-03-1925)

[61] Canción popular salmantina recogida por Dámaso Ledesma.

Plegaria a la Dolorosa de la Vera-Cruz

Si en la tarde del Viernes Santo pudiese volar a Salamanca, lejos de las ataduras que me esclavizan en Madrid, por el campo de San Francisco y por el bello paseo de las Ursulinas, iría a la santa ermita de la Vera-Cruz, para decir ante aquella imagen, tan salmantina, que supo de los sueños de nuestras madres, mi plegaria más sincera, más fervorosa, más cristiana y más humilde. E hincado de rodillas ante los siete puñales que lleva en el corazón –¡eran sólo siete puñales!– diría así:

«–¡María, Madre de Dios, «vita dulcedo», «spes nostra»: Aquí estoy, hincado ante tus plantas de mujer y de madre, a pedirte, yo, escéptico redomado y burlón impenitente, un poco, un poquito de fe! ¡No quiero riquezas, no te pido honores, no te demando felicidad; quiero fe, sólo fe, Madre mía! ¡Fe en algo, fe en alguien, fe en una idea, en un sentimiento, en una iniciativa, en un impulso cordial! ¡Fe con dolor, Señora, porque es fe viva la que te pido! ¡Fe en una persona, en cuya sonrisa pueda ver el cielo, en cuyo silencio pueda ver una promesa, en cuya palabra pueda descansar para siempre mi corazón, que no conoce el reposo definitivo desde el día que conoció el sarcasmo!

¡Señora, dame fe! Dame fe primero en estas cosas que los hombres tenemos más al alcance del corazón: la mujer, la Patria, la amistad, el trabajo lento, cotidiano, subterráneo, que nos va limando, poco a poco, que nos va dando flexibilidad, comprensión, tolerancia, respeto, hasta que nos convierte en tierra. Fe en la mujer, en su ternura inconfesada, en su espíritu de sacrificio, en su aprendizaje doloroso de maternidad, para recoger, como fruto de su desprendimiento, siete puñales en su corazón llagado. Fe en España, en los destinos y en el futuro de una España ideal, que tenga por trono el reino de la justicia y por corte la alegría de los humildes y de los desvalidos. Fe en la amistad y fe en la propia obra, para que la contrariedad no me abata nunca, y arroje sobre la tierra semilla mía que sea polen de frutos nuevos.

¡Señora: es un poco, es un poquito de fe lo que yo necesito y lo que necesitamos todos! Fe que es esperanza, porque solo acostado en el lecho de mi propia bondad, puedo caminar confiado en la corriente de la bondad ajena. Fe que es caridad, porque mi propio entusiasmo prenderá, como reguero de luz, en las tinieblas de las almas hermanas. Fe en las cosas y en las personas –¡oh, María de los Dolores de la ermita de la Vera-Cruz de Salamanca!– para que tu Hijo no confirme el presentimiento de la esterilidad de su sacrificio, cuando clamando a su Padre, que está en los cielos, en el momento de su expiación, le pedía que alejase de su boca la amargura del licor postrero»

Y tranquilo, con mi plegaria dicha, tornaría a la ciudad, con el ánimo del que ha volcado sus confidencias en una madre que todo lo sabe y que todo lo previene. Y abrazado a la fe con el fervor de un neófito, mi alma sería como una nueva primavera, donde la esperanza florecería en brotes nuevos, llenos de savia y llenos de vida, en este dulce Viernes Santo de mi Salamanca, de mañana tibia y de atardecer lleno de rumores y de promesas que trae la llanura, desperezada y feliz en su loca inconsciencia de recién nacida.

El Adelanto (09-04-1925)

Saetas en Castilla

Coincidiendo con los pasados días devotos de Semana Santa, un escritor palentino, muy estimable, el señor don Marciano Zurita, ha propuesto que en las procesiones de Viernes Santo, de los años sucesivos, se canten «saetas» en los pueblos de Castilla. Lo que es tan hermoso por la calle de Larios, en Málaga, o en el Barrio de Triana, de Sevilla, al paso del Cristo del Gran Poder, debe aclimatarse en Palencia, en Ávila o en Salamanca, según el escritor de referencia. «Saetas» en Castilla me hacen el mismo efecto que «soleares» en Barcelona o que «zortzicos»[62] en Granada. Permítame el distinguido compañero que vote en contra.

Una «saeta» es un grito del alma angustiada, una exclamación rápida e inarticulada de dolor o una copla breve y enjundiosa, donde se da a los aires un amoroso y melancólico sentir. No es que los poetas castellanos no puedan hacer «saetas», no; es que la «saeta» no se acuerda, no encaja,

[62] Ritmo o pieza musical tradicional vasco-navarra

no se ajusta, con la psicología de nuestras gentes, cerradas a cal y canto a toda confidencia hecha a los aires para que ellos la desparramen y se la lleven a prisa.

¿«Saetas» en Castilla? Hace falta el ambiente perfumado y tibio de Sevilla, su olor a nardos, a jazmines y a claveles y los ojos de las sevillanas –negros, insondables y tristes– para que la «saeta» se dispare al cielo y arranque del corazón, del corazón donde, según el Apóstol, habita «nuestra» verdad. Es el ambiente, más que el ánimo interior todavía, el que provoca la brevedad y la rapidez de la «saeta». No puedo concebir a mi amigo don Abilio Calderón, vestido de nazareno, bajo los porches de la Calle Mayor de Palencia, pidiendo al Santo Cristo del Almirante que le retire la cruz de su ostracismo:

¡Oh, Cristo del Almirante,
hazme, de nuevo ministro,
que los tiempos están malos
y estoy haciendo de Cristo!

No puedo concebir a Gerardo Benito Corredera, encapuchado, descalzo, con el cirio en la diestra, pidiendo a la Dolorosa de la Vera Cruz que le dé una mujercita guapa para cuidarle del uniforme:

¡Oh, María de los Dolores,
una chavala te pido,
que estoy rabiando de amores
y estoy rabiando de frío!

¡No, querido Zurita, no! Nuestros «cazurros» se reirían.

Y en Sevilla no se ríe nadie. Pasa el Cristo del Gran Poder. De pronto, como un perfume y un rumor más, surge una «saeta», lo mismo, absolutamente lo mismo que surge una estrella saltona en el cielo. El Santo Cristo se detiene y sonríe. Una voz mimosa, dulce, voz de surtidor de fuente en primavera, voz de cristal, voz de virgen, melancólica y delgada, de hinojos ante el paso, dice humildemente su dolor. Las mocitas escuchan anhelantes, los hombres ocultan virilmente una lágrima fugaz. Va descalza la morenita engañada y sus espléndidos cabellos de ébano la cubren los hombros como un regio manto de seda. La pobrecilla canta su pasión:

Mi Virgen de la Esperanza,
tú esperas y yo no espero,
me ha matado el corazón
otro corazón que quiero.

Ha terminado. Está el ambiente cargado de tristeza y de claveles. Vuelve a detenerse Jesús del Gran Poder con el pesado madero de su cruz. Es la voz cascada, rota, quebrada y temblorosa de un pobre viejo; le mataron al hijo, al único chaval que tenía, en tierras de Melilla; el viejo ofrece al Cristo su dolor:

¡Oh, Cristo del Gran Poder,
me mataron al mi hijo
y con mis penas al hombro,
estoy, como tú, solito!

Y todos sienten, como una «saeta» en medio del corazón clavada, el sueño roto de aquel abuelillo que ya no tendrá nietos en el terrible invierno de su vida.

Nosotros, castellanos, no podemos, hoy por hoy, familiarizarnos con las «saetas». Nuestras procesiones son buenas amigas del recogimiento, del silencio, de la plegaria que, antes de salir de la boca, se madura en el corazón. La procesión más bella de Salamanca para mi gusto, la de la Soledad, que sale de la Catedral la noche del viernes, requiere «precisamente» como fondo ideal el silencio de la primavera, o, a lo sumo, el rodar lejano de un coche en una calleja apartada y solitaria. Idéntico fondo requieren las solemnidades de estos días en Palencia, en Toledo, en Ávila, en Segovia. Un recuerdo inefable conservo yo del Viernes Santo del año pasado en Segovia. Había pasado la tarde con unos amigos en el Parral. Llevábamos dentro de nosotros todo el silencio pretérito de la ciudad de las casonas hidalgas abandonadas, del Acueducto, del Alcázar, de la Casa de los Clavos y del solar de las Comunidades de Castilla. Cuando pasaba la procesión junto a la casa de Juan Bravo y frente al gracioso pórtico románico de San Martín, se oían el piar de los pájaros en las postrimerías de la tarde y el sordo murmullo del Eresma, agitado por un vientecillo sutil que movía los álamos y los chopos en el valle. Y eran aquellos rumores, para mi

alma, que era toda oídos en aquel momento, el mejor comentario a la pasión del Justo, que todos los años muere y todos los años resucita, en Primavera.

El Adelanto (17-04-1925)

Diálogo sobre el amor

El filósofo. – He venido a tu cita, niño poeta, que la tarde es plácida, aquí, junto a la fuente, oyendo el murmullo del regato, viendo las trenzas doradas de las ninfas, gozando de las caricias del sol. Como si fuera mozo, me siento vivir ahora. ¡Mi cueva estaba tan triste!

El poeta. – ¿Te place el lugar, amigo mío?

F. – ¡A fe mía, que me place! En verdad, te digo que bien sabes elegirlo. Este manso río, ahora tan humilde y sereno, murmura quietud. Estos álamos tan graves, estirados y solemnes, que espejan las aguas, este cielo tan azul que se abraza con la tierra en toda su extensión, esta vega cantada por todos vosotros, los poetas, y limitada allá lejos –¡mira!– por aquella cresta blanquecina de la sierra, hinchen mi espíritu de una alegría suave y deleitosa.

P. – ¡Como que dan ganas de cantar!

F. – ¡Y tenéis razón!

P. – De cantar esas tonadas inconscientes de la llanura, largas y monótonas, como paso de yuntas, como andar de bueyes, que surgen de nuestro espíritu en momento de abandono y que no sabemos reproducir jamás. Aquí se cura la murria, renace la esperanza, escapa el dolor y el más grato presentimiento se apodera, hasta anularla, de tu filosofía. Y ahora, ¡oh, filósofo!, advierto que hablas otro lenguaje, que te contagia el sitio de su hermosura y que te despojas de la hosca gravedad de otras veces. ¿Anda en el cambio amor?

F. – Amor anda en el cambio. Vagaba yo distraído la otra tarde al salir de mi cueva, sin mirar el sendero, con mi soledad y mi dolor a cuestas, y a mi vera acertó a pasar una ninfa. Fue un instante, pero en mi alma sigue alumbrando la luz de aquellos ojos. Tú has visto corretear luceros saltones en noches estrelladas; tú has visto brillar de luciérnagas en el bosque, rocío en hierbas mañaneras, luminarias polícromas en la superficie de los lagos quietos, fosforescencias de algas en el lecho de los mares, platear de escamas en la barcaza negra del pescador atezado. Pues mayor resplandor daban los ojos de la ninfa. Y hace días que no consulto mis libros, que no me intriga el misterio y que la muerte no me asusta. De noche y de día me persigue la lumbre de aquellos ojos de maga. Cupido se vengó de mi tristeza, y manejando el arco diestramente, clavó la flecha en el centro de mi corazón, ¡Pero esto es vivir, niño poeta!

P. – ¡Cambiado estás por Cupido! Y ahora –dime– ¿no temes? ¿No hay en el fondo de tu alegría una desesperanza, un anhelo, una inquietud que no se colma? ¿Estás realmente satisfecho? En estas lides soy yo maestro, y discípulo tú. Y pregunto: Al asomar el amor, ¿no asoma el dolor también? ¿No tiemblas, no ya por ti, sino por todas las cosas, por las flores que son tan bellas, por los regatos que tantas confidencias saben hacernos a media voz, por ese río, por esos álamos, por aquella cresta serrana, por todo el Universo, cuya responsabilidad compartes desde que el amor llamó tus puertas?

F. – ¡No lo sé, mozo! Realmente, nada sé de nada. Esponja fue el amor que borró toda mi vida. Solamente me siento vivir, renacer. Hasta he perdido la memoria, hasta parece que he surgido del abismo de la muerte, hasta parece que nunca hubo luz en mi cerebro hasta que aquellos ojos de la ninfa sondaron en los míos. Nada me preguntes que nada sé, maestro. Al completarme, me he deshecho en fragmentos; al recibir vida nueva la he dado ya, de antemano, a todas las cosas, cuyo sentido oculto percibo, pero no sé explicarte. Hablas de inquietud, pero ¡es tan grata esta inquietud! Llámala amor, llámala vida y la darás su verdadero nombre.

P. – Estás, amigo mío, en las primeras letras de un alfabeto inmenso, que no concluye más que en la eternidad, que no sabemos dónde empieza ni siquiera si empieza. Las palabras, en tu lenguaje de filósofo, hablan de limitación y tienen un contrario; así es que jugamos con ellas como lo que son, como piezas de ajedrez para destruir el tiempo y para destruirnos a nosotros mismos. El lenguaje del amor es harto distinto. Es siempre absoluto y siempre insondable. No afirma, niega, ni contradice; pregunta, y en el abismo de la interrogación queda enterrado. Cosas sutiles y quebradizas son estas, donde se estrellan el donaire del ingenioso, y la sabiduría del docto, y la ignorancia del cabrero; cosas que no requieren más que limpieza de ánimo y pureza

de intención. Ahora comienza tu vida de razón, que la razón nace cuando el amor despierta. No la razón abstracta, objetiva que decís vosotros, que no es nada y que nada vale, sino tu razón, la razón de tu vida, el porqué de tu propia existencia, la afirmación de tu vida personal, el surco de tu vida en el mundo y en los tiempos venideros. Amor te hará caprichoso, y el capricho creará tu filosofía, tu amor parirá tu noción de las cosas todas. Serás tú mismo, sino tu sombra o envoltura, cuando tu vida sea la vida de tu ninfa. ¿Entiendes?

F. – ¡Niño poeta, la letra no; pero me dejo envolver del todo en la música de tu canto!...

(El sol se oculta dejando huella de luz en la llanura, Poeta y filósofo callan, absortos, en la solemnidad del momento. Percíbese, un poco mejor, el murmullo del río, cuyo lenguaje comienza a comprender el filósofo. El poeta sonríe, y ambos amigos caminan, despacio, en perfecta plenitud de vida, gozosos, avaros de su silencio interior. Los álamos van perdiendo sus contornos; anochece; se van trocando, poco a poco, en una mancha oscura, informe. Croan unos renacuajos en un remanso. Asoma su palidez la luna detrás de un montecillo. Percíbense, en el silencio, mil rumores distintos. Uno de ellos el eco del estruendo de la ciudad, donde disputan las gentes. Otro es el chillido metálico de un grillo, que da la nota aguda en el concierto de otros grillos más distantes y lejanos. Un coro de ninfas canta también cerca de la fuente. El tañido de una campana rompe, por un momento, el ritmo rumoroso de la noche. Pero luego, cuando ha muerto del todo la vibración del bronce, en la llanura, en las arenas, en la sombra informe de los álamos, en el lecho del río, en la cumbre de la nevada crestería donde luce un resplandor rojizo, surge, magnífica, una canción extraña de fecundidad, de vida renovadora, de amor que vive más allá del tiempo y más allá del espacio.)

El Adelanto[63] (06-06-1925)
El Pueblo (28-06-1925)
El Adelanto (07-06-1912)
La Vanguardia (06-06-1912)

Pereza

Y ¡qué pocas ganas tengo de escribir, amigos! Tomo los periódicos ávidamente en busca de temas y los temas no surgen por ninguna parte; merodeo por los rincones más ocultos de mis recuerdos y los recuerdos se empeñan en vivir, agazapados… ¡Qué pocas ganas tengo de escribir, amigos! La charla con el amigo a quien no he visto desde hace varios años, la quietud de la mesa de café, la contemplación durante horas y horas de los porches de la Plaza Mayor, me roban tiempo y espacio para la rumia de meditaciones más graves, y estos días odio la pluma como un chisme molesto que ha nacido para procurarme el enojo en las escasas vacaciones que puedo permitirme.

Realmente, no hay placer más grato que el de la pereza. Preguntad a una muchachita francesa –empleada, mecanógrafa, modista– por sus «dimanches» por sus domingos, y sonreirá alborozada. Preguntadle a un escritor español por sus domingos y os replicará malhumorado. Los domingos le persiguen los fariseos en los cafés; de los paseos se apodera la plebe municipal y espesa; se levanta tarde y pierde los trenes domingueros que le echan de Madrid; por las tardes, ha de soportar en los sitios céntricos los comentarios de la corrida o del «foot ball».

Y si quiere descansar de noche en el teatro, el público dominguero le aporreará los oídos con sus comentos de frivolidad, y marchará lleno de hastío, a la cama, a soñar un rato sus horas de liberación y de independencia.

¡Bendita pereza, dueña del mundo! El opio es el tejedor de la fantasía y el cañamazo del pensamiento. Solamente el que perecee, el que huelga de tarde en tarde, puede trabajar. No pensar en nada equivale a pensar en todo. Echar la pluma por inútil a un lado, es el modo de apoderarse de ella con más fruición,

¡Dura servidumbre, amigos, la del que escribe para el público! Su oficio es bajo, y vil, y bellaco, porque ha de vivir, a la vez, dos vidas interiores paralelas: la suya, la del hombre de carne y hueso que hay en él, con sus desfallecimientos y entusiasmos, y la otra, más aparatosa y solemne, de estar en continuo contacto con gentes para quienes su trabajo tiene cuando más, el valor de un aperitivo, y muchas veces, el recuerdo de escritos que no lograron nunca interesarle y conmoverle.

[63] Los artículos publicados en junio de 1912 en *La Vanguardia* y *El Adelanto,* tuvieron por título «Del amor»

Se habla luego de renombre, de gloria, de prestigio. ¡Bah, bah! Palabras que consisten en la repetición mecánica de un nombre y de un apellido en las columnas de un diario, curiosidad malsana de penetrar en las intenciones del que escribe, unas líneas amables de unos compañeros como único estímulo de actividad. Y pasan los años, y nuestra labor se va perdiendo, y nos van olvidando poco a poco, y nosotros mismos vamos siendo completamente extraños a nuestra obra de servidumbre.

¡Grata pereza la de reposar en el pueblo de la niñez! Estos días que no escribimos son los más fecundos, porque algún día, vistos a distancia, se convertirán en gratas añoranzas, desde una población extraña, donde las sensaciones gratas del ocio serán en terribles inquietudes que tejimos en horas de silencio interior, mientras contemplábamos los espirales azules de un cigarrillo fumado tranquilamente o saboreábamos una taza de café, olvidando nuestras preocupaciones cotidianas de llenar por obligación un número aproximado de cuartillas.

El Adelanto (31-07-1925)

Falta de temas

Me dan ganas de proponer a mi director, Mariano Núñez, que abra en estos meses estivales un concurso original con fuertes donativos en metálico para los lectores de este periódico. Este concurso podía consistir en proporcionar temas de alguna enjundia a los que tenemos la ingrata obligación de escribir con frecuencia o casi a diario en estas columnas.

Porque no ocurre nada, pero nada, señoras y señores. No se escriben libros, no se pronuncian conferencias, no se exhiben cuadros, no se matan poetas por amor, no se acatarra el Directorio, no envejecen Loreto ni María Guerrero, no lanza notas Maura a la publicidad, no acaba de casarse Dora la Cordobesita, no sabe la afición si decidirse por «el Litri» o por el «Niño».

Este verano es mucho más aburrido que todos los veranos. No pasa nada. Y nos vemos y nos deseamos para que la lectora o el lector no nos licencie definitivamente por aburridos y por falta de interés.

Como en España, en Salamanca. En Salamanca tampoco pasa nada. Sigue Novelty donde estaba; Gerardo Benito Corredera, prolonga eternamente su fluida juventud; Cividanes y García Boiza continúan con sus estudios eruditos sobre la Mariseca, el Padre de los chicos y señora lechera; Cardenal no se harta todavía de mostrarnos los secretos encantos del dulce Chamonix[64] y las arriesgadas excursiones a los picos de la Yungfrau[65]. No creo que pase más en Salamanca. Y con estas cosas tampoco es posible hinchar demasiados perros[66] en estas forzadas y melancólicas crónicas estivales.

Si no ocurre alguna erupción más cercana que la del volcán griego, si no se mata alguien, si el mes de Agosto sigue tan estéril para el cronista como fecundo para el labrador, vamos a tener que dejar de escribir definitivamente sobre temas actuales. Y no estamos en el verano para sugestiones líricas ni para evocaciones históricas que requieren días grises de invierno y confortable calefacción.

Durante estas noches no cabe otro recurso que aumentar la clientela de Puche en la Alamedilla, que fumar pitillos y más pitillos y que presenciar el paso de las lindas salmantinas, bajo los porches de la Plaza Mayor, mientras oímos a Villalobos sus preguntas sobre aquel Parlamento madrileño que lleva trazas de arrendarse para un teatro de varietés o nos aburrimos lastimosamente bostezando, hartos de calor y saturados de pereza.

El Adelanto (18-08-1925)

Mi primera lección

Si yo fuera catedrático de Derecho Político, diría esta mañana, ante mis alumnos, sin pedantería académica, con sencillez, con emoción, estas palabras para inaugurar el curso:

[64] Población francesa situada en las proximidades del Mont Blanc.
[65] Jungfrau. Pico más alto (4.158 m) del macizo montañoso del mismo nombre, situado en los Alpes suizos.
[66] *Hinchar perros*: Exagerar desproporcionadamente lo que se dice o se hace.

«Queridos estudiantes: Vamos a dialogar este año de los problemas políticos de nuestra patria, de nuestros derechos y de nuestros deberes como ciudadanos de nuestro país. El tema me parece que no puede ser más actual ni más sugestivo en estos momentos. Y antes de entrar en él, yo quiero deciros unas breves palabras de bienvenida cordial a esta escuela, donde perderéis lamentablemente el tiempo, si no sabéis casar la serenidad de las ideas con las santas inquietudes del corazón.

Amigos míos: sois muchachos afortunadamente para mí. A cambio de la serenidad de juicio que yo quiero prestaros, pido al buen Dios que a mí se me pegue de vosotros vuestra pasión y el calor cordial que lográis infundir siempre a vuestras opiniones. En el cambio he de salir ganando yo, que soy el añoso y maduro de la familia espiritual que hoy formo con vosotros. Es preciso que todos nos hablemos con sinceridad y con pasión. Mi parecer no valdrá nunca más que el vuestro, ni el vuestro más que el mío. Nos vigilaremos todos mutuamente con amor. No soy un dómine, sino un hombre. Los deberes todos son cosa mía; el Estado me paga para que os enseñe. Los derechos, todos los derechos, son patrimonio vuestro, que pagáis para que yo os enseñe o por lo menos os enseñe a pensar.

Hablemos de política. Sí, sí, de política. El estudiante debe ser, ante todo y sobre todo, político, es decir, hombre de relación y hombre de sociabilidad. Devolvamos a una vieja palabra decorosa todo su decoro, ahora que tiene su sentido tan aplebeyado y envilecido la pobre. Hacer política vale tanto como vivir hacia fuera y para los demás. Política es civilidad y es cultura, porque siempre es polémica y siempre es controversia. Si lo primero que importa es la patria, es natural que tengáis una idea de ella y que forjéis sobre ella una pasión.

No de otro modo procedéis en la calle o en la plaza con las muchachas que os agradan. La patria es un hogar del espíritu, y nuestra patria, España, un hecho histórico que naturalmente habéis de estudiar en el plano de la realidad. Para amarla, tenéis que conocerla primero, y para conocerla, bucear en sus dolores y en sus angustias colectivas. Vuestra política será sencillamente vuestro diagnóstico honrado, y vuestro diagnóstico, el fruto de vuestras ideas y el florecimiento de vuestro amor a ella.

Todo el curso hablaremos de cosa que tanto nos interesa. Todo el curso. Hemos de entendernos muy bien: os lo aseguro. Sabréis la diferencia que va de una kábila a un grupo social, de una pasión animal a un proceso ideológico, de una sociedad acéfala a un Estado estructurado. Y aprenderéis vuestro primordial deber de ser políticos, es decir, hombres que tienen ideas y emociones que cambiar.

Hoy me conformo con haber dado a la palabra política su antigua elegancia. Era mi deber elemental amigarme con una palabra que tantas veces hemos de emplear en nuestros escarceos. Vosotros también procedéis así en vuestras grandes fiestas del corazón. Sabéis que no hay placer comparable al de pronunciar ciertos nombres que, si a veces queman el pecho, muchas más refrescan el corazón y los labios que la dicen como una plegaria: con unción. Mi prisa de hoy consiste en ennoblecer el sentido de una palabra que está encanallada entre los canallas y envilecida entre los viles. Y nada más. Hasta mañana.»

El Adelanto (03-10-1925)

La risa y la sonrisa

Dime cómo sonríes y te diré cómo sientes. Sabiendo cómo sientes conozco la calidad de tu entendimiento y sé, en definitiva, mujer u hombre, quién eres y en qué estriba tu verdadera personalidad en el mundo.

El torpe no sabe sonreír jamás. Ríe. Ríe estúpida, brutalmente. Ríe por un motivo liviano o ríe sin motivo alguno. Ríe fisiológicamente sin saber de qué ríe. Ríe como cocea una mula, como muge un buey o como croa una rana. Ríe sin que le agite el más pequeño temblor espiritual; ríe sin decoro y sin gracia. Esta risa, puramente animal, acogota lo que puede haber de hombre, de ángel o de demonio, en su interior. No se reserva. No formula, al reír de esta laya, un juicio, ni tamiza una emoción dentro de sí mismo. Los orangutanes ríen como estos hombres cuando se refocilan con las hembras en la espesura de los bosques.

En cambio, el que sabe sonreír, ¡cuántas cosas sabe sugerirnos con su sonrisa! El hechizo de la sonrisa estriba siempre en su carácter enigmático y misterioso. El que sabe sonreír sabe únicamente que piensa y que siente, y al exteriorizar su sentimiento y su pensar, cuida de no subrayarlo demasiado para que el prójimo lo interprete con la más exquisita y amplia libertad. ¿De qué nos sonreímos? ¿De nosotros? ¿De los demás? De los demás y de nosotros, a la vez, nos burlamos con

nuestra sonrisa, que es la mueca de la piedad y la flor más temprana de la inteligencia cuando comienza a urdir sus hilitos de oro.

Hay sonrisas amables y sonrisas esquivas, sonrisas placenteras y sonrisas tristes; pero siempre son humanas, porque son sugeridoras y se mueven en un horizonte ilimitado, sin contornos, cerca de lo infinito. Lo que nos atrae en el amor es la sonrisa. Todos vemos un poco en la mujer el terrible misterio de Monna Lisa. ¡Ay, la «Gioconda»! Aquel pliegue de su boquita, flor cerrada; aquel aleteo imperceptible en la nariz; aquella frente noble; aquellos ojos. Sobre todo aquellos ojos, no sabemos si pícaros o piadosos, no sabemos si humanos o diabólicos, donde vamos a encontrar, tal vez la ternura de un lago quieto, tal vez, la tempestad de los viejos fondos submarinos, son, con los labios, la interrogación eterna, nunca contestada, de la pobre humanidad que vive vida del espíritu.

Todos nuestros comentarios caben, linda mujer, hombre ingenuo o diabólico, en una sonrisa tuya. Todos. Son más ricos que todas las palabras con todos sus matices y flexiones. Son más elegantes que todas las miradas que tantas cosas saben decirnos cuando se encaran o esquivan con las nuestras.

En la sonrisa juegan, a la vez, ojos y labios. Los ojos, pudorosos, se apoyan en los labios, nunca más habladores que cuando se cierran a tiempo. Los labios, a la vez, dan el matiz a la faz entera, que se compone para expresar lo inexpresable con el lenguaje articulado y con el simple movimiento de los ojos.

Sí. Dime, hombre; dime, mujer, cómo sonríes y te diré siempre cómo eres. A la defensiva siempre, sabré de tu secreto y me apoderaré del todo de él.

Es inútil que hables en lo sucesivo para mentirme o para decirme la verdad. Siempre recordaré tu sonrisa, que fue el secreto que se te escapó, cuando más oculto lo tenías. Y conoceré las calidades de tu cerebro y de tu corazón por el matiz de tu sonrisa, flor preciosa de humanidad, que teme no sé con qué temores, y que espera no sé con qué esperanzas para seguir viviendo, esto es, sonriendo.

El Adelanto (10-10-1925)

Don Juan, en Novelty

Todos los años, por esta época de los primeros fríos y de las primeras castañas, suelo conversar con Don Juan Tenorio. He hablado con él en todas partes y bajo todos los cielos. En Nápoles, no lejos de la hostería del Chorrillo, cerca de la puerta de Toledo, me contó sus amores con Doña Isabel. En Sevilla, junto a la Giralda, en una plazoleta silenciosa y blanca, tuvo la osadía de referirme, con todos sus pelos y señales, el rapto de la hija de Pantoja. Esta tarde, saliendo de la redacción, al lado de la torre del Clavero, más viejo y achacoso que otros años, con un chambergo de plumas lacias, con un juboncillo aleonado que usó hace muchos años en sus correrías por Flandes, con los borceguíes bejaranos llenos de lodo, ha tenido la humorada –¡melancólica humorada!– de invitarme a su matrimonio, que el gran burlador se casa, al fin, así que han asomado los primeros alifafes en el cuerpo y las primeras grietas en el corazón.

Don Juan se nos casa. Con una cocinera, seis años mayor que él, grosezuela, desuellaceras[67], ignorante y fanfarrona, que ya sisó en las cocinas de don Diego Tenorio hace muchos años, y que ha andado siempre, de la ceca a la meca, en las cocinas de mayor atuendo de nuestra España. Petra –que así se llama la futura mujer del burlador– tiene su cartilla en el Monte y sus buenos diez o doce mil duritos colocados ventajosamente en réditos. El novio, en cambio, hipotecó, hace ya algunos meses, la última fanega de tierra y el último olivar que en tierras de Osuna le quedaban.

– Ya ves –me decía don Juan, mientras íbamos camino de Novelty–. Es el último negocio. Necesito tranquilidad y calma. No me queda más patrimonio que el recuerdo de un millar de cartas que tengo convenientemente clasificadas en tres bargueños. Y me prevengo contra la miseria y contra la vejez.

Subimos la calle del Consuelo, y al dar vista a la de San Pablo, frente a la Casa de la Salina, don Juan encendió melancólicamente un cigarrillo. No era de Gijón[68] y tuvo que tirarlo entre palabrotas. Sentía hambre y nos guarecimos en Novelty. Circulaban, hombres y mujeres –los de

[67] Posible errata por *desuellacaras* (descarada, de mala vida, de malas costumbres).

[68] De la fábrica tabaquera de Gijón. Tenían a gala las mujeres de esta fábrica de ser las mejor pagadas y organizadas sindicalmente. Acababan, en 1921, de mantener una huelga.

siempre– mirándose como todos los días y diciendo las mismas palabras que dijeron ayer y que dirán mañana. Don Juan y yo tomamos por la acera del Correo, y al extremo de ella, topó con la cartelera luminosa donde se anunciaba su aparición en el Moderno:

– Este Zorrilla –me dijo– me pone en ridículo todos los años. Yo, en verdad, no he sido nunca libertino, sino majadero. Con cuatro meses de purgatorio o de limbo, si me apuras, borraré todos mis pecados.

– ¿Por qué, Don Juan?

– Porque, hijo mío, yo he sido casi siempre el burlado y el sorprendido en mis querellas con las mujeres. Doña Ana, por ejemplo, me tomó de mingo con don Luis. Todas las chicas que yo burlé se casaron a escape, gracias a Dios... ¡Te digo que estos dramaturgos!

Penetramos en Novelty, y Don Juan se apoderó de la mesita del rincón de la derecha, junto a la ventana. Pidió un café expreso, y le agradó tanto, que repitió su taza cuatro o cinco veces. El viejo contemplaba a los paseantes de la Plaza con gran curiosidad. Detuvo su mirada en los ojos de todas las bellas que pasaban y suspiraba con una tristeza y con una sinceridad que partían el corazón. Y proseguía conmigo su monólogo inacabable de todos los años:

– ¡No valen, no, querido amigo, las mujeres lo que cuestan! Sobre todo las guapas. Mujer que sólo se cura de su belleza y que con solo las armas de ella imagina que nos hiere de muerte para siempre, pasa por nosotros con la rapidez de un lucerillo saltón en noche de Agosto. No he tenido jamás la suerte de tropezar con una mujer interesante. Por eso pasaba, de unas a otras, sediento de cariño y anheloso de que me correspondieran. Buscaba almas y no tropezaba más que con cuerpos; quería luchas y todas capitulaban, ante mi chambergo, mi juboncillo y mis calzas milanesas, sin combatir.

Don Juan disertaba despierto y agudo; con su tercera taza, recobraba mi amigo su lucidez habitual. La pianola inició entonces un tango argentino, desmayado, lascivo y tristón, muy en consonancia con la tarde, gris y meona, y con las pasiones fofas y blandengues de nuestros días. Y don Juan continuaba:

– ¡Sí, hijo, sí! Estoy hastiado. Casi siempre me dormí como un bendito en los brazos de las bellas. Una vez logradas, carecían de interés. Verdad es que las que se resistieron tampoco valían la pena de llegar hasta el fin. Se pasaban de listas. La coquetería es agradable en pequeñas dosis; en grandes, mata la ilusión indefectiblemente. Por eso me dediqué a monjas y a colegialas, que, a fuer de bobas, son más complicadas... Llegaron a Novelty, Sáez, Villalobos, Cimas Leal[69] y otros amigos. Don Juan les saludó con una leve inclinación de cabeza; yo, con el afecto de siempre.

– ¿Amigos?

– Sí.

– Ese alto, fornido, de los guantes grises, ¿quién es?

– Un político reformista.

– Melquiades ¿no es el don Gonzalo de Ulloa de nuestro drama nacional, el pobre hombre a quien raptan y escamotean siempre las esencias liberales?

– El mismo.

– Y ese vivaracho, nervioso, hablador, que gesticula con tanta animación ¿es también reformista?

– Ese es catedrático de Ciencias y comentarista alegre y confiado.

– ¿Y ese otro de lentes, pulcro, animado, gracioso, que oye risueñamente al doctor?

– Un gran abogado.

– Yo creo que los conozco. Tal vez he estado antes en Salamanca y no lo recuerdo ya. Viajo como los toreros y como los actores sin enterarme del nombre de la estación donde me detengo. En el viaje por la vida nos pasa lo mismo a casi todos los mortales. Caminamos con nuestro dolor a cuestas, tanto más solitarios cuanto nos vemos más acompañados y celebrados.

Daban las ocho; don Juan Tenorio rumorosamente, alegremente, con una sonrisa que hubiera asustado a Margarita y hubiera conmovido al doctor Fausto.

– ¿Qué? ¿Nos quedamos a cenar?

– ¡Bueno!

– Los que somos escoteros y vivimos como el caracol, debemos pararnos en la primera hostería que nos sale al paso.

[69] Filiberto Villalobos, persona harto conocida, Guillermo Sáez Muñoz, catedrático de la facultad de Ciencias y José Cimas Leal, médico.

Cenamos de lo lindo. Don Juan abusó luego, demasiado, del cognac [sic] Martel. Tuvimos que llevarlo muy tarde al hotel, completamente beodo, cerca del alba. Las campanas doblaban a muerto. Por Oriente asomaba el día sus primeras claridades, inciertas y lechosas...

El Adelanto (31-10-1925)

Hormigas y cigarras

– «Mas viniéndole a la memoria –siguió leyendo lentamente con su voz cascada y temblona el viejo pedagogo– mas viniéndole a la memoria los consejos de su huésped [a] cerca de las prevenciones que había de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volverse a su casa y acomodarse del todo... Mirad, hijos míos –añadió en el mismo tono enfático de la lectura– cómo hasta los locos necesitan de la previsión y del ahorro para continuar sus locuras por el mundo.

Los niños oían ensimismados el principio de las aventuras del gran loco don Quijote. Reían unas veces, lloraban otras, pero se interesaban siempre. Aquel pobre cincuentón, a quien una pasión tardía alborota y saca de su quicio, haciéndole desfacer entuertos que nunca se enderezan del todo y socorrer huérfanos, doncellas, viudas y desvalidos que acaban por recelar siempre del sacrificio ajeno, llenaba sus pequeñas inteligencias de dudas y de confusiones.

– De modo –observó Pepito– de modo señor maestro, que don Quijote se volvió a la aldea justamente por no tener dineros...

–Sí, Pepito; por eso volvió, y desde su segunda salida ya no le faltaron nunca ni viandas en las alforjas, ni monedas de plata ni de cobre en el bolso. Y gracias a eso, pudo seguir soñando el buen caballero con las esperanzas de doña Dulcinea, la Señora del Ideal.

– Pues yo tendré siempre mi cartilla en el Monte de Piedad de Salamanca –agregó Juanito– para no dejar nunca las cosas a medio hacer.

– Y obrarás muy cuerdamente –observó el maestro.

– He de contaros un sucedido, hijos míos –añadió éste–. Poned atención. ¡Pues, señor! Una hormiga y una cigarra eran muy amigas, muy amigas, por eso de que los extremos se tocan y se juntan. Las hormigas ya sabéis que preparan en los días buenos las provisiones de los días crudos, y que tienen siempre qué comer. No acarrean demasiado, no son demasiado avaras las hormigas. Se conforman con un granito, con dos, con tres al día, para no tocarlos sino en momentos de necesidad y de carestía. Las cigarras son, en cambio, unas señoritas muy locas, pero muy simpáticas, eso sí, que se pasan cantando todo el día. Comen cuando hay, y ayunan cuando no lo tienen. Las tontas se imaginan que cantando, todo lo demás lo tienen de añadidura.

Pues estas dos amigas se llevaban muy bien. No reñían nunca. Un día sí y otro también la cigarra se alimentaba de las reservas que la llevaba su compañera. Pero, de repente, la hormiga se murió de muerte natural. La cigarra se consoló cantando durante unos días. Pero dejó de cantar, porque el ayuno forzoso y su maldita imprevisión la hicieron morir también.

– ¿Y ese es el cuento? –exclamó Juanito, un poco desconcertado.

– Ese. Pero le falta la moraleja.

– ¡Venga, venga, don Jacobo! –interrumpió Pepito, que había comprendido toda la transcendencia de la inocente relación del buen maestro aldeano.

– En la vida –continuó este– hemos de ser a la vez un poco hormigas y un poco cigarras.

El ahorro, la previsión son la raíz misma de la vida, porque nos familiarizan con el ensueño y con el cantar. No ahorréis nunca por ahorrar; pueden venir tiempos de tal naturaleza en que nuestro tesoro, como el del rey Midas, no sirva para saciar nuestra hambre de pan y nuestra hambre de sueños. Ahorrad, en cambio, preveníos contra vosotros mismos, para que vuestros esfuerzos sean siempre el seguro de vuestra ilusión. Los poetas no pueden ser esclavos; no pueden ni siquiera ser pobres.

La poesía en la vida –ya lo sabréis cuando seáis hombres– es el renunciamiento diario, el sacrificio diario de la satisfacción menuda y pequeñita para no vernos privados a nuestra hora de la gran satisfacción de ver que la vida nos devuelve con amor el respeto que hemos puesto en merecerla y en gozarla en toda su madurez. Debéis ahorrar de mozos pasiones malsanas, para poner la vuestra en la mujer que os haga ver a Dios y sentir lo infinito en las niñas de sus ojos. Y de hombres, para no privarnos nunca de la risa, de la salud y de la alegría de vuestros hijos, que son continuación vuestra en el mundo y pedazos desprendidos de vuestra carne y de vuestro

corazón. Y de viejos, porque necesitáis de las últimas astillas de la leña de la piedad, a fin de que vivan vuestras esperanzas, enfriadas por el desengaño con el rescoldo y con la tibieza de vuestros recuerdos de muchachos.

El señor maestro no pudo continuar. Y él mismo hizo la mejor glosa de su discurso con un lagrimón ardiente y solitario que le quemó las mejillas.

– ¿Llora usted? –le preguntaron los dos niños a coro.

– ¡Bah, bah! No es nada –aseguró el anciano secándose los ojos con su pañuelo de hierbas–. Sed hormigas siempre para que así podáis ser cigarras. Pero no seas solamente cigarras, porque moriréis de frío, de hambre y de pena, ya que no supisteis hacer otra cosa que cantar.

Dijo, remató de esta suerte la frase con sus dos amiguitos en quienes la lectura de los capítulos de las aventuras del ingenioso hidalgo había dejado un poco de tristeza, y abandonaron estos chiquillos los bancos de la escuela por la alegría de la calle y por la luz del sol, que daba a las cosas, en aquel radiante medio día de otoño, una transparencia de cristal. Hasta el otoño no tienen nunca transparencia de cristal ni las cosas, ni las personas, ni las figuras. Para estos días dijo el salmista aquellas bellas palabras de que aprendamos a contar los años de nuestra vida, para que amontonemos sabiduría en el corazón. En el corazón dijo, que no en la cabeza.

El Adelanto (01-11-1925)

El placer de crear[70]

Acaso no hay un placer estético más intenso que el de la creación artística. Ese goce vale por todas las contrariedades que la vocación acarrea. Es tan intenso ese placer como es intensa la amargura de la incomprensión. Generalmente, se escribe, se hace música, se pinta un lienzo, se esculpe una estatua, se traza un dibujo, por una de estas dos consideraciones: por satisfacer una necesidad económica, extraña al arte, o por una ebullición interna, por una llamarada espiritual, que pone en tensión el ánimo del artista para dibujar, esculpir, pintar, musicar, escribir. No queremos sino esbozar someramente este segundo aspecto, dentro ya de la zona de la estética

¿Dónde empieza la creación? Hay una creación activa, la del que produce por primera vez, y otra pasiva, la del que reproduce la emoción artística ajena, haciéndola carne de sus propias emociones. Yo, escritor, creo mi obra; yo, lector de Cervantes, de Leopardi, reproduzco el arte ajeno, haciendo mi *Quijote,* mi *Sera del di di festa,* y todavía más, sorprendiendo en la fragua del arte el calor que ha purificado el acero de la trama perenne, haciendo mi Dulcinea, mi Silvia. Creo en el primer caso y creo en el segundo. El padre no es padre porque engendra a sus hijos; lo es, sobre todo, porque los educa y mantiene, después de engendrados. En una obra colabora tanto el lector como el autor; colaboración es la lectura; colaboración es detenerse, horas y horas, ante la «Gioconda»; colaboración es oír fervorosamente la «*Marcia appassionata*» del divino sordo; colaboración es compenetrarse, identificarse con un dibujo vigoroso, genial, de Miguel Ángel o de D. Francisco de Goya y Lucientes, el chispero.

Adentrando en un pensamiento ajeno, lo hacemos propio. Un filósofo del día entiende a Platón acaso como el mismo Platón se comprendía, porque advierte y tiene en cuenta más elementos de juicio que los que podía utilizar aquel sereno vidente. *La divina comedia* de hoy es tan obra del Dante como de sus exégetas y comentaristas; la obra de Cervantes no es lo que Cervantes quiso que fuera, sino lo que todos sus comentadores –Heine, Carducci, Turgueneff, Unamuno– y sus lectores hemos querido que sea; la «Gioconda» de Leonardo no es la Monna Lisa de carne y hueso, sino todas las mujeres, la sonrisa de todas las mujeres, el inefable misterio del alma femenina.

¿Quién es más padre de *La Divina Comedia,* el autor o el lector? *Amor che muove il sole e l'altre stelle*,[71] el verso inefable del último terceto del Paraíso*,* ¿no te da ahora, amigo mío, todo un mundo de ideas, todo un mundo de sensaciones? El Evangelio, Shakespeare, el Kempis, las Florecillas del pobrecito de Asís, la oda a la dulzura y a la soledad del campo del fraile agustino, ¿nos producen impresión por lo que dicen, por lo que han sugerido a otros o por ambas cosas

[70] Artículo publicado inicialmente en el semanario salmantino *La Ciudad*. Más tarde, revisado, retocado y ligeramente ampliado por su autor, lo haría en la revista *España* y, posteriormente, en *La Libertad, La Publicidad,* la revista argentina *La Nota,* el periódico cubano *El Diario de la Marina* y la revista *Gaceta de Bellas Artes*.

[71] Dante Alighieri. *Paradiso*, XXXIII, v. 145

a la vez? ¿No es mejor decir que por ambas cosas? No hay más idea viva que la idea madre, que la que crea otras y luego otras, en eterna corriente. Al sugerirme una idea un músico, un poeta, un escritor, ¿no perfeccionó, no completó, no acabó en mí su obra? ¿No la acaban otros en otras sugestiones venideras? ¿No hago vivir vida independiente a lo que en el autor no pasaba de un trazo, de un apunte, de una sugestión? ¿No pulimento lo que en él era materia bruta? Si los padres viven en los hijos es porque los hijos tornan a prestar, en misteriosa corriente de exósmosis, la vida a sus padres.

Pero este placer estético de la creación pasiva, con ser tan vivo y tan intenso, no puede compararse al de la creación activa. ¿Cómo comienza, Dios mío, el misterio? Las madres lo son, ¿por el placer o por el amor? ¿El pensamiento crea el ritmo? ¿El ritmo produce el pensamiento? ¿Pero no es ritmo el pensamiento y el pensamiento ritmo? ¿Sugieren las ideas las palabras o las palabras las ideas? Tengo delante unas cuartillas; reclino la cansada mano sobre la frente; no sé qué voy a decir. Y… de pronto, de pronto, me invade una emoción extraña; vibra el amor o el odio en mi espíritu; se crea la palabra, que es la idea en germen, la célula viva de la idea si la palabra es pura. Y creo. Creo sin saber cómo, pero creo.

Creo la palabra justa, pienso la idea precisa, surge la frase limpia. Y así, por el placer de cantar, porque el campo está verde, porque unos ojos bellos me han regalado el fulgor de su mirada en presente de amor, porque una canción infantil me ha enternecido a la vuelta del paseo, porque una puesta de sol ha puesto mi espíritu en tensión de plegaria, porque he descubierto un nuevo dolor en la mueca que impone el carnaval de la vida, porque he arrancado del piano las notas de una extraña melodía que ha enriquecido el tesoro de mi vida interior, porque ha llegado la noche y sé leer a través de la luz velada de un balcón toda la poesía del hogar feliz, porque he llorado, porque he vivido otras vidas dentro de la vida mía, porque ha lucido un buen sol, porque gotea la lluvia mansamente, porque aman unos mientras sufren otros, creo mi canto en pureza de intención, mi canto crea otros cantos dentro de mí y dentro de otros, que el arte es vida y la vida arte.

Deleite de forma, goce interior de contenido, renovación, viejo que muere y niño que nace gimiendo al desgarrar las entrañas maternales, desdoblamiento de mi ser, expansión de él, sol que quema, polen que lleva el viento, mi ser que da vida a otros mundos, mundos que, al vivir en mí, me reproducen; todo esto y otras cosas, todas las cosas, es la creación artística activa. Ella nos purifica, nos transforma y nos transfigura; sin ella seríamos animales; por ella somos semejantes a Dios; por ella es Cristo Hijo del Padre. Nuestro sello divino, no está en la inteligencia, sino en la emoción. ¡Desdichado de aquel que no tiene más que inteligencia! Inteligencia sin fantasía es mancha sin aceite, mocica sin novio, madre sin hijo, vida sin juventud. Acaso la metáfora crea la lógica; el amor la economía; el arte la ciencia; desde luego, el calor da lugar al termómetro, la atmósfera al barómetro, la palabra al acto, el sacrificio al amor. El mundo fue hijo de la palabra y la expresión madre del concepto. «¡Hágase la luz!» y la luz fue hecha.

El artista –esto es, el creador– lo es todo. Sabio de todas las ciencias, descubridor de todos los inventos, padre de todos los hijos, amador de todos los amores. Homero es legislador, santo, héroe, guerrero, padre de la paz, todo. Las mantillas de la ciencia son las artes bellas. Sin expresiones gráficas no habría ciencias metafísicas y sin el dolor, derecho. ¡Hazme, Señor, artista! Luego, si Tú quieres, me suprimes y me anulas. Y eso que si me haces artista no podrás suprimirme porque seré como Tú. Hijo tuyo, y yo viviré en Ti y Tú en mí vivirás. ¿Que sufro, que lloro, que soporto cargas de amargura, que me consume el horror de comprenderme, esto es, de comprenderte? ¿Y qué Señor? Reiré con una estrofa; haré de una cosa fugaz, de un beso robado, de un sueño roto, una obra eterna.

¡Hombres, sed artistas si queréis ser hombres, esto es, hijos de Dios! ¡Artistas, sed hombres si queréis ser artistas! Y la muerte será vida y el dolor canto y la esperanza recuerdo.

¡Bendito seas, Señor; en la plegaria del artista y en las emociones que han pasado y que pasarán por el corazón de todos los que crean!

Gaceta de Bellas Artes (01-12-1925)
Diario de la Marina (14-02-1926)
La Libertad (19-09-1922)
La Publicidad (19-07-1922)
La Nota (16-04-1920)
España (26-12-1919)
La Ciudad (30-12-1911)

Nochebuena

Ayer

Niños, en un pueblo neblinoso de Castilla, cobijado a la sombra de una torre feudal. Panderos. Zambombas. Niebla... En la cocina, preparan la ensalada con los granitos rojos de la granada, la coliflor, el besugo, el pavo... Esperamos al padre... Luce en el comedor el fuego de leña, que crepita: el brasero, encendido, bajo la camilla familiar, calienta nuestros zapatitos húmedos. La nena, con su lengua de trapo, nos asegura que nos quiere muchas arrobas. Goloseamos anticipadamente los turrones, robamos en la cocina un trocito de piña; mordemos un plátano a espaldas de la madre.

Niñez. Panderos, zambombas. Niebla en Castilla. La vajilla transparente descansa en los manteles albos. Llega el padre. Nos habla de la futura visita de los Reyes de Oriente, cargados de juguetes. Si somos buenos, se detendrán en el balcón. A las once y media, nos retiramos a la cama.

Soñamos con la Virgen, y con los ángeles caribobos, y con los Reyes espléndidos, que nos traerán una sorpresa. ¿Qué sorpresa nos traerá Melchor? ¿Es el rey negro? ¿Lo son Gaspar y Baltasar? ¿Guiados de una estrella luciente vendrán al pueblito neblinoso en busca de nuestros zapatos? Soñamos con los ángeles; dormimos de un tirón.

Hoy

Leemos en un poeta que nos es dilecto y querido:

> … yo sé que un año vendrá
> sin Nochebuena.[72]

Ya hemos vivido, de hombres, muchos años sin Nochebuena. Vivimos en Barcelona, en Madrid, en una gran ciudad. Estamos solos, sin afectos, encogidos, a solas con nuestros pensamientos, encastillados en la rudeza de nuestro dolor. Nochebuena... Unos cuantos amigos nos recogemos en un café céntrico. Algazara por fuera, pero silencio por dentro. Hablamos, no para comunicarnos, sino para aturdirnos. Pasan unas mujerzuelas pintadas a nuestro lado, esta noche no las hacemos sitio a nuestra vera. Es noche de dolor, de recuerdos, de confidencias con nosotros mismos, de nostalgias, de ausencias.

¿Y el padre, y los panderos, y las zambombas? ¿Y la misa del Gallo? ¿Y los Reyes de Oriente, precedidos del lucero, tan lejanos?

Silencio de todos. Un camarero sirve la sopa. Nuestro espíritu vive bien ausente del café. Los gritos de los beodos nos espantan; suenan dentro de nosotros a blasfemia y a maldición. ¿Y el pueblecito lejano perdido entre la niebla? ¿Dónde estás, niñez?

Momentos de falsa alegría. Taponazos del champaña. ¡Qué dulces eran los puntitos rojos de la granada! ¡Dios mío, qué frío! Aterido tenemos el corazón dentro del cuerpo. ¿Y la leña de aquel viejo comedor obscuro? Las caricias de la nena de la lengua de trapo, ¿dónde están?

Plegaria para mañana

¡Dios mío: todos los hombres esperamos la Nochebuena: dánosla mañana, cuando la merezcamos! ¡Dánosla, señor Dios! ¡Danos la Nochebuena a través de los ojos de una mujer confiada y buena, a través de unos niños que esperen de nosotros la visita de los reyes, a través de la bondad de toda una vida, de la esperanza de toda una vida, del sacrificio de nuestras andanzas y de nuestras inquietudes!

¡Danos esa Nochebuena, Señor! ¡Enséñanos a superar la vida, a enraizar en ella, a vivirla y a gozarla en los demás! ¡Venga esa Nochebuena, Señor, para adorarte y alabarte!

¡Que la leña añosa de nuestra paz se trueque en fuego y en brasa; que en el banquete familiar estallen las risas de los niños; que sea para ellos, para mi amigo, para mi enemigo, para todos, Señor, la vida, una Nochebuena hermosa, con su portal de Belén, con los magos que llegan al portal alumbrados por la luz de una estrellita que les precede en su camino!

El Adelanto (24-12-1925)

[72] *En Nochebuena* de Vicente Wenceslao Querol, dedicado a sus ancianos padres.

En Año Nuevo

Encerrado en este cuarto de fonda, siempre provisional y siempre transitorio, con envoltorios de papelotes sobre la mesa de mármol, con libros sin abrir y sin cortar, con cigarros junto a los puños y sin una mano amiga y piadosa que deje un perfume de confidencia y de intimidad en él, arranco melancólicamente la última hoja del almanaque. Un año más... Es decir, un año menos. ¡Bah! No me traerá sorpresas, no me traerá inquietudes, no me traerá alegrías el Año Nuevo, más viejo, por más conocido, que el que termina dentro de unos minutos. El año pasado, en Madrid, quebró la soledad de mi pensamiento el ruido infernal de los borrachos en la calle, con sus latas y zambombas. Este año, en la paz y en el reposo de esta Salamanca nuestra, la ciudad tiene la tibieza de un pequeño rescoldo que ilumina, con los resplandores del recuerdo, los rojos fuegos de la esperanza.

Un año más. Un año menos. Desaparecerán rostros amigos, dejando una huella de dolor en nuestro espíritu. Nos familiarizaremos con otros nuevos, hoy desconocidos, que se colarán, por derecho propio, en el sagrario de nuestro afecto y de nuestro amor. Algunas bribonadas nuevas nos golpearán el alma; delicadezas inéditas de otros seres refrescarán y orearán nuestro corazón de niños. ¡Oh, Dios, Dios mío, hacednos niños, siempre niños, durante el año que comienza ahora, dentro de unos minutos! «Quisiera tener –dice mi entrañable amigo el gran poeta Salvador Albert, en un maravilloso librito de poesías íntimas– los ojos de niño, para contemplar el mundo. Siempre me sabría a cosa nueva y renovadora. ¡Bendito sea el dolor!» Año nuevo, año viejo. ¡Ay: ya no nos sorprendemos de nada; ya no nos sorprendemos siquiera de nuestras sorpresas! Tenemos gastado el cerebro; tenemos viejo el corazón. Ni aun intentamos, en un rato de buen humor estéril, trazar una nueva trayectoria a nuestra conducta y a nuestra vida. Torpe y absurdo aforismo el de «año nuevo, vida nueva», ¡No, no! La vida de siempre, la lucha perenne sin llegar nunca a la meta, el eterno idilio con doña Dulcinea, Nuestra Señora del Ideal, el continuo tejer y destejer de nuestros sueños, de nuestros fracasos, de nuestras decepciones, calladas e íntimas, que sólo nos confesamos a nosotros mismos. Año nuevo, vida vieja. Y en cada año que pasa, más atados a nuestros semejantes, porque los queremos, porque los comprendemos un poquito más.

¡Las doce, señores míos! ¡1926! ¿Será tan estéril como el que pasó para mi pueblo, para mí? El año que ha muerto –¡bendito de Dios vaya y se hunda en el rodar de los siglos!– no ha dejado huella alguna. No nos han cantado nada nuevo los poetas; los conductores de pueblos no han sabido o no han podido llevarnos a la tierra de promisión; el hombre no ha querido alzarse un codo de altura sobre la bestia. Estamos purgando todavía el inaudito crimen de la guerra pasada. Nadie piensa, nadie llora, nadie ríe, nadie siente. Atenazado, acorchado y prisionero está el espíritu por la materia. Por un plato de lentejas vendimos los hombres la primogenitura de nuestro rango y de nuestra estirpe. El plato nos colocó frente y contra el ensueño. Tal vez, el hijo de María tenga que volver al mundo para renovarlo y refrescarlo.

¡1926! Cojamos un libro bello, para glosarlo y comentarlo a nuestro antojo hasta que el sueño nos cierre piadosamente los ojos, hasta que despertemos mañana con las primeras luces mañaneras. ¿Qué lucerito saltón y bello iluminará tu vida, lectora, este año nuevo? ¿Qué esperanza brezará y acunará tu alma, lector amigo y hermano en el dolor y en la lucha?

Quiero para vosotros, para todos vosotros, cordialmente, fervorosamente, todas las venturas que se sueñan y que no se viven. Tal vez si se viviesen, no serían nunca venturas. No hay sueños más hermosos que los que no se realizan. No hay para nosotros, escritores y artistas, mejores páginas que aquellas que quisiéramos escribir y que sabemos –fatalmente– que no podremos escribir nunca.

¡Buenas noches, señoras y señores!

El Adelanto (01-01-1926)

El amor en Kutz

Lamentable tragedia la de la tarde de los domingos: Unos cuantos amigos no sabemos dónde guarecernos; como almas en pena, caminamos de un lado para otro; todo nos aburre y nos enoja... Al fin nos sentamos en Kutz. Y en Kutz, en el saloncillo que da vista a la calle madrileñísima

de Caballero de Gracia, estamos sitiados materialmente por parejas amorosas, que, indiferentes a lo que se charla y a lo que se consume, mirando a los ojos del galán o de la dama, herméticamente cerrados en su egoísmo, se dicen las eternas tonterías que siempre nos place oír a los humanos.

El público de Kutz es un tanto heterogéneo y abigarrado; es el que no ha podido penetrar en Molinero ni en los cafés de moda.

No sabemos si las mujeres pertenecen a la clase media o sí son empleadas –mecanógrafas, cajeras, contables– de las grandes compañías inglesas o alemanas que tienen sucursales en Madrid. Deben ser madrileñas por lo que cuidan de la cabecita y del calzado. Los galanes son de los de trabilla, corbata microscópica, junquillo de caña y rostro petulante y agresivo de seductor profesional. Fácil es advertir que no son ellos precisamente los que han de pagar esta modesta refacción dominguera. Más que hombres, parecen bibelots. Así como antes lucíamos nosotros las mozas guapas que llevábamos orgullosamente a nuestra vera, hoy son las mozas las que lucen a sus amigos y devotos. En todos, el mismo aire de corrección fría, de agresividad, de narcisismo, de elegancia afectada y un tanto horteril. Cualquiera nota que están desempeñando un papel a un tanto seguramente alzado. Desde luego no desempeñan gratuitamente sus funciones sagradas de galanteadores y acompañantes de las bellas.

Y sin saber cómo ni por qué, nosotros, hombres comprensivos, pero que tenemos del amor otro concepto y otro ideario, nos encontramos a disgusto en este saloncillo equívoco de Kutz. Nos ahoga este ambiente de cigarrillos turcos y egipcios, de mujeres semidesnudas y procaces, de narcisos que admiran al Caballero Audaz, tocados de trabillas, de trincheras, de botines y de nuditos de corbata microscópicos. Cuando el amor es demasiado correcto, deja de ser amor. Ineducado y arbitrario por su propia naturaleza, lo natural es que desentone, de vez en cuando, que se subleve, que proteste, que se ponga en jarras como las verduleras en los motines de la Plaza de la Cebada, que riña para buscar luego, entre los pliegues de un mimo tenue o de una caricia suave, la razón de su desquite, de su afirmación y de su existencia.

Estas parejas domingueras de Kutz nos han dejado un poco cavilosos y un poco tristes. La sentencia formidable de aquel delicioso romántico, de Alfredo de Musset: «on ne badine pas avec l'amour»[73], solamente rezaba, por lo visto, con los que vamos entrando demasiado a prisa en los umbrales de la madurez y de la plenitud de la vida. Con los pollitos de hoy, que tienen un concepto puramente decorativo y externo de las gracias y de las virtudes femeninas, con los del plan «jamón» y los de las hembras «bestiales», con los corrompidos por una literatura de jayanes y de «garçonnes» melenudas y fuertes, ya es otro cantar. Y, sin embargo... no les envidiamos, ni les tememos.

Preferimos siempre ser seducidos a ser seductores y quedarnos sin dinero, bonitamente, ante un capricho, ante una sonrisa, o, meramente, ante la presencia de una mujer bonita. Hoy ha cambiado la ética con la resaca de la guerra o con lo que sea, y son ellos los que viven de las mujeres y no por ellas ni para ellas. Verdad es que son semejantes a los hombres que galantean, y rara es la mujer de estos últimos tiempos en las grandes ciudades que no esté orgullosa de su palmito, o de su cara, o de sus curvas, como si eso fuera todo. Por mal concepto que nosotros tengamos de estas damiselas que pagan la merienda los domingos a sus amigos, es siempre superior al que ellas tienen de sí mismas.

El Adelanto (13-01-1926)

Lucero de la mañana[74]

Me ha sorprendido el lucero de la mañanita de San José, leyendo. Tengo el orgullo de que todas las mañanas me sorprende ya el lucero con el espíritu animoso, despierto y vigilante. ¡Lo que redime el trabajo, lo que tonifica la disciplina, lo bien que sabe –bien ganado– el pan de la ausencia! El día se mide por la mañana, y la mañana mejor es la que nos trae la luz de su lucero,

Lucero de la mañana...

[73] *Con el amor no se juega*, pieza de teatro en 3 actos publicada por Alfred de Musset en 1834.

[74] Años antes había escrito otro artículo con el mismo título «Lucero de la mañana» (*El Adelanto*, 20 de septiembre de 1915) pero con distinto contenido (O.C. Tomo IV, página 173).

El lucero, en efecto, me deleitó con sus resplandores hasta que se hundió en este bello cielo azul Prusia del Alto Aragón, y, para seguir glosando la bella canción de Salamanca,

Vino mi niña cogiendo flores...

¡No, no os riais los que tengáis la desdicha de no «saberla» ver con las primeras luces de la aurora! ¡Peor para vosotros, ciegos del corazón! Me sorprendió leyendo el lucerito de la mañana de San José... Leyendo un libro que no suelto de las manos: el de Juanita Ibarburo, la morenita uruguaya:

Como un ala negra tendí mis cabellos
sobre tus rodillas.
Cerrando los ojos, su olor aspiraste,
diciéndome luego:
– ¿Duermes sobre piedras cubiertas de musgo?
¿Con ramas de sauces te atas las trenzas?
¿Tu almohada es de trébol? ¿Las tienes tan negras
porque acaso en ellas exprimiste el zumo
retinto y espeso de moras silvestres!
¡Qué fresca y extraña fragancia te envuelve?
¡Hueles a arroyuelos, a tierra y a selvas!
¿Qué perfume usas?
Y, riendo, te dije:
– ¡Ninguno, ninguno!
Te amo y soy joven. ¡Huelo a primavera!
Este olor que sientes es de carne firme,
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven; por eso es que tengo
las mismas fragancias que la primavera!

La tierra, y las selvas, y el almendro de la montaña dejaron su perfume en mi cuarto de desterrado. Me vestí alegre y presuroso, cantando. El telón azul Prusia del cielo mañanero se iba haciendo más claro cada vez. Y el lucero había desaparecido. ¡Mi lucero, el lucerito de la mañana del día de San José!...

El Noroeste (01-04-1926)
El Socialista (31-03-1926)
El Adelanto (24-03-1926)

Mi plegaria civil

Y al levantarme esta mañana, alegre, confiado y animoso, después de un sueño profundo y reparador, advierto que me esperan las albas cuartillas sobre la mesa. Son el pan nuestro de cada día. Y elevando mi corazón a Dios, he dicho fervorosamente mi plegaria civil de todas las mañanas:

«Señor Dios: Tú que no olvidas a los pájaros del monte, ni a los pobrecitos lobos que se mueren de hambre y por eso muerden, ni a las cándidas parleras avecillas, no me abandonarás tampoco. Bendito seas Señor Dios. Dame la emoción diaria, la idea diaria, la imagen diaria, la impresión diaria –limpia y pura–; dame, Señor Dios, el pan nuestro de cada día; dame trabajo en estas tierras de la soledad y del destierro, el trabajo que es mi liberación y mi alegría. Dame pureza, gracia, entereza de ánimo niñez perenne en el corazón y en la inteligencia. Préstame alas, ahora que la alondra ha vuelto a cantar en mi espíritu, ahora que ando en fiestas de plenitud, ahora que torno a ver el mundo con los ojos de niño. ¡Dame, Señor, el pan mío de hoy, el pan nuestro de mañana!

Haz que te consagre todas mis horas, todos mis minutos, Señor Dios. Perdona mi pereza de antes, mi laxitud de antes, mi tibieza, mis dudas, mis vacilaciones. Dame fuerzas, como me las vienes ya dando hace meses, para ganar el día con la mañana, para ganar la vida con la juventud que vuelve, como canta tu poeta y tu salmista, Dios de Israel. No me abandones, Señor. Tú lo sabes bien; las contrariedades no me abaten nunca. Es la felicidad, que no merezco, la que me espanta, y me entibia, y me empereza, y me hace dormitar.

Dame sobre estas cuartillas blancas que me esperan alegremente como buenas compañeras, mi emoción diaria. Dame Señor, con ella, el pan nuestro de cada día. Y yo santificaré Tu Nombre, porque deseo –Tú lo sabes bien– que venga a esta nuestra Patria Española, a esta nuestra Patria Espiritual, el Reino Tuyo: el Reino de la Justicia y de la Fe.»

Y dichas estas palabras, me he puesto a escribir alegremente.

El Pueblo (Tortosa) (10-04-1926)
El Socialista[75] (18-03-1926)
El Diario de Huesca (16-03-1926)
El Adelanto (27-02-1926)

¡Salamanca, Salamanca…!

Media mañana. Las diez de la mañana. El baño, el café y las cuartillas de todos los días. Y unos versos de Rubén:

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver:

¡No, no te vayas, juventud, que ahora me haces más falta que nunca! ¡No, no te vayas! ¡Acúsame, motéjame, acúciame, brézame, ampárame, mocedad! ¡No te vayas, mocedad! ¡Aquí, en el Alto Aragón, junto al Gállego, de cerca al Pirineo, me haces más falta que nunca! Ya que has vuelto a mí, no te vayas nunca.

Juventud, divino tesoro... ¿te acuerdas, corazón? Era allí en la Salamanca dorada, unos días llenos de sol. Unas muchachas. Unos libros. Dorado. Unamuno. Las tertulias del Rojo. Aquellos amigos –Paco, Fernando, Filiberto–, aquellos paseos por la carretera. Aquellas confidencias a primera noche. Aquella reja de las viejas calles.

Luego se fue todo, todo:

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver:

Pero has vuelto, juventud. ¡Has vuelto! En el Alto Aragón, días que debieron ser tristes y fueron alegres; días que debieron ser odio y fueron amor. ¡No te vayas, juventud! Quiero la mía, la del corazón, siempre optimista; la del cerebro, siempre despierto; la de la voluntad, siempre ágil y placentera. Vuelvo a oír los romances en los corros de niños y me emocionan. Torno al comercio de mis hermanos, los hombres, y los encuentro dignos de amor. Reanudo el ritmo, que creía perdido, del espíritu y las cosas saben tener de nuevo para mí un sentido claro y luminoso.

¡Sólo faltas tú, Salamanca, Salamanca mía, en ese concierto! Las diez de la mañana... Salamanca, encinchada en sus surcos rojos. El Tormes, diciendo una canción de quietud. La Escuela, plácida, sirviendo de cuna de sueños para los escolares. ¡Qué dentro del corazón te llevo, Salamanca, Salamanca mía!

El Adelanto (25-04-1926)

La gloria

– Como yo necesito luchar –me dice un muchacho que viene a verme, recomendado por unos amigos– procure usted que yo consiga colaborar en algún periódico. ¡Debe halagar tanto la gloria! Eso de que le conozcan a uno ¡debe ser tan agradable!

Le ofrezco un pitillo y le dejo charlar a su antojo. Tiene veinte o veintidós años el rapaz. Viene del pueblo. Visita los cotarrillos literarios. Le atrae la letra impresa. Cree que el nombre es algo, que la gloria es una realidad.

– Haga usted oposiciones –le digo–. Me mira asustado. Presumo que me cree un fariseo. Me habla de todos los que llegan –¿a dónde?– Yo le replico con los nombres de los que no llegan.

[75] En *El Socialista* y *El Diario de Huesca* se publicó con el título «Plegaria civil»; en *El Adelanto* lo hizo como «Plegaria mañanera».

– ¿Tiene usted novia? –le pregunto. No. Tampoco. El futuro genio no tiene novia ¡Bah, las provincianas! Sueña con la mujer gloriosa, que se deje subyugar por su talento, como si el talento valiese para algo. Piensa en la mujer ideal de las novelas por entregas, que se entrega libremente, y por amor, al primer aventurero que pasa.

Sigo riéndome.

– Es que a usted se le va ya pasando la juventud –me dice, amoscado– y usted ya no cree…

Y ahora le miro con verdadera compasión. En efecto; ¡ya va creyendo uno en tan pocas cosas! La tragedia del que quiere creer y no puede creer es horrorosa. Pero es la tragedia del que vive verdaderamente. Y, sin embargo…

– La mocedad empieza –le digo– cuando se acaba el sueño, cuando sabemos encajarlo en la realidad, amigo mío. Usted sueña con la gloria; si yo la tuviera, la daría íntegramente por la callada dicha, ¡Bah! Por pensar en lo ajeno, no piensa usted en lo propio. Y cuando en lo propio empieza usted a pensar, ya le dice a usted la vida que es demasiado tarde…

Y despidiéndole, concluyo

– Ahí van esas cartas. Le publicarán a usted artículos; se los pagarán a usted. Es posible que las muchachas de su pueblo vuelvan la vista al pasar usted. Pero tan necio como no interesar a nadie, es interesar a todos. Viva usted para una sola persona, a ver si esa sola persona vive para usted.

Pero el chico no me entiende, ni yo a él tampoco...

– ¡Tanto gusto!

– ¡Servidor de usted!

El Diario de Huesca (10-06-1926)

Leña, vinos, mujeres

«La calidad de la leña está precisamente en su vejez. Y la de los vinos: el «bouquet» es cosa que solo se logra y puede calmarse con los años. Los años son también la garantía de la amistad leal, y firme, y apretada...»

Leyendo ahora a La Bruyére[76], advierto que las mujeres han de ser como los amigos rancios, como los vinos generosos, como la leña vieja. Hemos de conocerlas bien, hemos de presenciar la evolución de sus sentimientos más íntimos y personales, para que no podamos llamarnos a engaño con ellas... ¡Y aun así...! Los hombres jugamos a las pasiones para ganar, pero las mujeres juegan por el riesgo del deporte y por saber qué pasa. Ganancias o pérdidas, en puridad, las tienen sin cuidado. Han descubierto que lo inefable del juego del amor –como de todos los deportes– es el azar, y por azar se lanzan al ejercicio.

Estoy escribiendo, con alguna precipitación, por exigencias editoriales, el «Tratado del perfecto amor»[77], que ya ofrecí hace tres años en mi «Tratado de la perfecta novia», cuya segunda edición sin retoques fundamentales preparo también antes de comenzar mis vacaciones veraniegas, y advierto que, ya al acabar el libro, comenzado a mediados de abril, estoy como al principio: sin una verdadera orientación. Nuestra psicología es siempre ruda, elemental, infantil: juzgamos la humanidad vista al espejo de nuestro propio espíritu y disertamos de los sentimientos ajenos a través de nuestros propios sentimientos. No hay libros objetivos; ni páginas independientes y serenas.

Sin querer, somos los hombres los conejillos de las Indias de nuestro análisis personal y de nuestra meditación íntima.

La leña, los vinos, los amigos, las mujeres. La Bruyére, el libro que traemos entre manos para aislarnos del mundo exterior, como si, en realidad, hubiera mundo exterior... ¡Bah! ¡Pobres de los hombres, y cómo nos engañamos! Escribiendo estas páginas, que ya son abultadas y copiosas, me doy cuenta de que apenas se inician, se rozan o se desfloran temas que nos proponemos apurar o agotar. No sabemos más que de nuestros hijos todavía, son apenas esbozos, intentos, apuntes de auto-psicología momentánea y pasajera, fugaz, absolutamente fugaz.

Y estos momentos fugaces de nuestra vida forman después la costra permanente de nuestro carácter y de nuestro espíritu. Cuanto más vivimos, cuanto más pensamos, cuanto más nos hun-

[76] Jean de La Bruyère (1645 –1696). Escritor y moralista francés, autor de *Les Caracteres ou les Moeurs de ce siècle* (1688), obra que le proporcionó renombre y celebridad.

[77] Es esta una más de sus muchas anunciadas publicaciones que nunca llegarían a salir a la luz.

dimos en el rumbo de los afectos, mejor cuenta nos damos de la limitación de nuestra vida, de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad. Después de afirmarlo todo, o de negarlo todo, de todo se duda.

Después de entregarnos a las personas o a las cosas que nos rodean, recogemos velas en un acto de suprema desesperación que nos lleva a la serenidad suprema. Y los libros no pasan de ser las alcahuetas de nuestras tercerías afectivas o intelectuales. Si yo fuera rico, dejaría de escribir automáticamente. Es terrible esto de saberse histrión de uno mismo. Recuerdo siempre a aquel payaso melancólico, enfermo del espíritu, que fue a pedir a un doctor en Londres que lo curase:

– ¡Vea usted a William el payaso, amigo! –aconsejó el médico.

– ¡Es que William soy yo! –aseguró descorazonado, el enfermo.

Y recuerdo también el terrible momento de Hamlet ante la calavera de Yorick.

Y nosotros, como el pálido y rubio príncipe de Dinamarca, como el dulce padre de la duda, jugamos al marro, estúpidamente, con nuestra propia calavera. Y cuando vamos a reír rumorosamente, porque hemos destripado nuestros propios sentimientos o reducido a la nada nuestras ideas más fundamentales, oímos gritar a Hamlet, perplejo para la acción: –¡Palabras, palabras, palabras!

¿Qué somos todos, qué son nuestras alegrías, y nuestras amarguras, y nuestros amores, y nuestros desdenes, más que palabras y palabras, y palabras, dulce y rubio príncipe dinamarqués?

El Noroeste (15-07-1926)

Diálogo sobre la lotería

– ¿De modo, señor cronista, que usted es un decidido partidario de la Lotería?

– Sí, de todas las loterías en general, pero particular y especialmente de la navideña. Ella forma, con la sopa de almendra, con el Pavo, con el turrón y con la piña americana, uno de los manjares más socorridos de estos días, familiares e íntimos. Gracias a la lotería, no se puede agotar nunca el crédito de la esperanza entre nosotros. Gracias a la lotería, no se acaba entre los españoles la capacidad para el sueño. Y la lotería nos venga a todas horas de las pequeñas y molestas contrariedades de la vida.

– Pero ¿y el ahorro y el trabajo?...

– No moralice usted, por Dios, mi querido amigo. El ahorro es un placer que solamente pueden permitirse los que ganan más de lo suficiente para subvenir a los menesteres cotidianos de la vida. El trabajo no alcanza, otra recompensa, salvo casos excepcionales, que la de seguir trabajando eternamente, sin posibilidad de sacudirse, ni aun en plazo muy remoto, del yugo de su tiranía. Y la esperanza del «gordo» nos permite pensar que, gracias a él, podremos ser generosos, no ya solo para nosotros mismos, sino también para los demás; y que podremos elegir libremente, humanamente, aquellas zonas de la actividad que más nos placen, las que amamos verdaderamente, hasta el punto de convertir el trabajo en un placer, recreo o deporte espiritual.

– Pero, ¿no le parece a usted inmoral el espectáculo que nos ofrecen estos vecinos nuestros, soñando a todas horas con el reparto imaginario que han de dar a su dinero en el caso de verse favorecidos por la suerte?

– ¡No, señor! Lo que compramos, en realidad, con la lotería –no me cansaré de repetírselo a usted– es nuestro derecho al ensueño, lo que vale tanto como la liberación futura. No es el egoísmo, en realidad, lo que nos lleva al juego, sino la esperanza de podernos producir alguna vez como somos verdaderamente. Queremos ser ricos para imponernos nuevas normas de conducta, para vernos libres del yugo de la preocupación y del afán materiales de cada día. Esos vecinos nuestros a quienes usted alude, morirían de pena si no jugasen a la lotería. Tienen lo estrictamente necesario para mal comer; cumplen con su deber a todas horas; las enfermedades merman y quedan el presupuesto, tan exiguo, de sus pobres ingresos. Necesitan los niños la playa del verano, la casa cómoda y limpia, la calefacción y la higiene, cosas todas que tienen un valor, un subido valor, y que no pueden alcanzar nunca por las vías normales del trabajo, sino por las extraordinarias del acaso y de la buena ventura. Es natural que sacrifiquen unos céntimos al riesgo de poder cambiar de condición. Y si no les toca nada, que es lo más probable, es lo mismo, pues el jugador no juega, en último término, para ganar, sino por jugar; eso es, por aventurarse y arriesgarse. Al año que viene, nuestros amigos tornarán a repetir la dulce aventura. De ella han gozado en cierto modo soñándola e imaginándola. Charlando a la mesa, en las horas de asueto

familiar, han recorrido playas y balnearios de moda, han paseado por ciudades bellísimas y pintorescas, han ido muellemente en coches confortables; se han solazado, en fin, anticipadamente de un futuro que les es amigo y devoto. Es tal vez el único premio de los esperanzados; pero un premio que tiene una realidad mientras descansamos en él nuestros ojos. No, no arrugue usted el ceño ante el espectáculo que a usted se le antoja inmoral y que, siéndolo, tal vez, le ofrecen nuestros vecinos. La lotería es la única compensación que se nos ofrece a los pueblos que, como el nuestro, andan siempre manga por hombro, y al buen tun-tún.

– Usted jugará, naturalmente.

– Sí, señor. Lo mismo que usted juega, aunque me diga lo contrario. Y juego, no para holgar, sino para elegir mañana mi trabajo, para complacerme y recrearme en él y hacerlo así, mañana, más noble y más humano. ¡Triste cosa esta de escribir para comer! Tenemos que opinar a todas horas sobre lo divino, y sobre lo humano; hemos de escribir con ganas y sin ganas; fatalmente, inexorablemente, hemos de apartar la mirada de nuestros pobres engendros de forzados. El hombre, de todas las profesiones no debiera actuar sino cuando está en condiciones de rendir un esfuerzo útil. Y la lotería...

– ¿Ya vuelve usted a su tema?

– Sí, señor; a mí tema vuelvo. Pudiera perfeccionarse todavía su mecanismo, aumentando la cuantía de los premios y no tolerando a los potentados que midieran sus armas con los pobres. A los ricos debiera prohibírseles terminantemente la participación en esta gran timba navideña, que nos hace todos los años soñar un poquitín, para volver con renovado impulso al sueño. Los humildes no podemos vengarnos de otro modo de esa mala partida que nos juega la realidad, convirtiendo la vida, no en medio, sino en fin de nuestros sobresaltos e inquietudes.

La Voz de Guipúzcoa (22-12-1926)
El Pueblo (22-12-1926)
El Luchador (22-12-1926)
El Noroeste (22-12-1926)
El Pueblo Gallego (23-12-1926)

Balance del año 1926

Cuando vivimos nuestra vida con cierta intensidad, el tiempo es una cosa que ya no tiene la virtud de proporcionarnos la menor sorpresa. El año nuevo es un poquitín más viejo que el que acaba de precederle, como lógicamente y absolutamente igual al que ha de seguirle en el rodar de los siglos. Año viejo, vida vieja... Toda la literatura de ocasión que se expende estos días en el muestrario de los periódicos nos coge, naturalmente, de vuelta, sin ánimos para rubricar los tópicos de rigor en estos casos. Sabemos de sobra que el tiempo es un valor imponderable, solamente cuando es inactual...

Y así, con cierta melancolía, al advertir que faltan pocas, muy pocas lunas para que el año 1926 desaparezca, entablamos con nosotros mismos un monólogo íntimo, que, ruborosamente, trasladamos al lector en toda su crudeza:

– En el año que termina –nos confesamos a nosotros mismos– ha variado un poco el ritmo de nuestra existencia de forzados. Hemos conocido Aragón, hemos oído la jota, hemos leído dos o tres libros nuevos, que han dejado abierto el surco correspondiente en nuestro espíritu. Hombres de llanura contemplamos durante la primavera pasada, la línea tenuemente azul de la Sierra de Guara, que acabó por sernos tan familiar como un viejo amigo. Y conocimos mejor España, lejos de la casa paterna, en aquel rincón montañés y pirenaico, que reducido, primeramente a los contornos aldeanos del condado de Ribagorza, fue extendiéndose como una mancha de aceite, ribera abajo, hasta ser un enorme peligro para Castilla. El peligro se disipó después en las capitulaciones de un matrimonio de conveniencia y España se trocó, de esta suerte, en una cosa patrimonial que se hereda. Dueñas, con su alcoba de novios reales, es inexplicable sin Sós, con la casa de niñez de aquel príncipe Fernando, que tan sinceramente admiraba el secretario de la Señoría de Florencia. Por eso, Castilla no se explica sin Aragón, que es su contrapeso histórico.

¡Sí! Hemos conocido mejor España en el año que va a finalizar dentro de unas horas. Y con ella a Castilla y a nuestra Salamanca también. Solamente desde lejos se conocen mejor los matices, los contornos de las personas, de las cosas de las ciudades que amamos. Fuera de Salamanca durante todo el año 1926, cuando ya le iba cobrando afición al ambiente salmantino, advierto

que nuestra ciudad va adquiriendo un tono inconfundible dentro de la psicología de las ciudades castellanas. Progresa, lleva camino de ser rica, aumenta considerablemente la densidad de su población, pero no se cura nada o se cura muy poco de su primogenitura espiritual, que más de dos coterráneos que yo me sé quisieran ver trocada cuanto antes en un plato de lentejas. Más de una vez, cuando la añoranza de la tierra natal estallaba en senda congoja dentro de mi pecho, tenía la clara visión de este abandono y dejadez de mi ciudad, por sus valores permanentes y eternos. Y refugiaba mi dolor, cara a la Sierra de Guara, esperando el milagro que no sabía realizarse.

En todo el año de 1926, la vida mental ha permanecido estacionaria y quieta. El ingenio español sigue en huelga constante y forzada. No ha pasado cosa alguna en estos doce meses, que merezcan los honores de la glosa y del comentario. Hemos aprendido los españoles a no desear con excesiva vehemencia. El mismo alejamiento del cronista de su escenario habitual, le ha enseñado a no esperar demasiado de los cambios de tono del almanaque. La influencia del año que pasa absorberá la fragancia del que llega, y 1927, será simplemente una continuación en la partida empeñada con los mismos trucos, con las mismas cartas, con las mismas vacilaciones y con los mismos sobresaltos. Y al volver ahora, después de algunos meses de silencio, a la glosa diaria en estas columnas de EL ADELANTO, tan queridas para mí, temo que no tenga nada que glosar porque en Salamanca y en todo España no pasa nada y va quedando todo.

El Adelanto (01-01-1927)

Don Juan en 1927

Don Juan con trabilla, y con pantalón chanchullo, y con cuellecito de tijereta, es absolutamente incomprensible. Como lo es Doña Inés enseñando las rellenas morbideces de sus piernas, fumando. Abdulas, tuteando a toda la «panda» de sus íntimos, forjando planes más o menos estupendos y ocultando el amor como una llaga, o lo que es peor, como una sandez corriente y moliente a todo ruedo. En la pareja amorosa, de la postguerra y de 1927, es posible señalar el comienzo de la prestancia varonil y de la resistencia femenina. Doña Inés adopta seguramente posturas de varón y D. Juan unos aires de colegiala arrepentida que nos despista al principio y también al final de nuestra observación. La leyenda del burlador sevillano pasó a mejor vida para la juventud que hoy presume y despunta entre nosotros.

Me figuro a la Inés y al Don Juan de nuestros días comentando el drama de Zorrilla, hijo del de Tirso, sentados en las butacas o en las sillas de los palcos. Momentos antes de entrar en la sala de espectáculos, han recalado en el café para trazar el «plan bomba» de la tarde. Posiblemente, el Don Juan ha trasegado una naranjada ayudándose con unos buñuelos de viento, mientras ella ha bebido, muy lindamente, su buena copa de coñac. Don Juan ha charlado con la amiga de sus preocupaciones puramente suntuarias, el peluquero, el manicura, el sastre, el perfumista y Doña Inés ha replicado con el inventario de sus ideas sobre el último libro o la nueva marca de automóvil. Después, camino del teatro, el silencio, ese silencio de dos personas que se soportan con gentileza pero que no se han entendido nunca.

Ya sentada la extraña pareja amorosa contemporánea oye los versos del gran bohemio vallisoletano como quien oye llover y la evocación de los juramentos, y de las palabrotas de burdel, y de los juramentos de tapicería, y de los emplumamientos a dueñas y terceras, y de los raptos de vírgenes, y de la escena del sofá, y de la complicidad de la luna en los sueños de los humanos, y de las imprecaciones al cielo que no sabe oír nuestros gritos lacerantes y angustiosos, son para la pareja, para esa mujer que tiende a lumbrear y para ese hombre que va adquiriendo hálitos de afeminamiento, danza de cosas arbitrarias, absurdas, desentonadas e irreales.

La generación que ha polleado después de la guerra, no creo que tiene nada de común con la que hoy ha pasado ya por la mitad del camino de la vida. Nosotros perdimos nuestra sensibilidad en la gran hecatombe, pero recordamos que la poseímos exquisita y los que vienen inmediatamente detrás de nosotros ya nacieron sin ella a la vida del espíritu.

Casi puede asegurarse que la mocedad espiritual es hoy patrimonio de los viejos, y luego de los maduros, pero jamás de los mancebos o de las doncellas de hogaño. Los mozos están de vuelta donde nosotros, más duchos o más sagaces en apariencia, no sabemos ver el doble plano de las cosas. Las ideas y hasta las personas que amamos solamente conservan para los que hemos dejado de ser mozos perspectivas y hasta lejanías ideales; los mozos no las ven sino a crudo sol, y sin matices, ni complicaciones. Estamos ante una juventud que no sueña, ni se rebela, ni aspira

más que a vivir y a situarse. La ola de memez que nos envuelve es la misma ola del materialismo cursilón y alicaído que nos rige.

Don Juan no tiene hoy veinticinco años; por lo menos, por lo menos, anda en los cuarenta o ha pasado ya de los cuarenta, cuando se empeña –¡todavía!– en cortejar a Doña Inés de Ulloa.

Doña Inés, en cambio, no tiene edad. Si la ajamonamos, la escena de la seducción pierde todo su sentido, y si la aniñamos demasiado, convertimos en un sacrilegio el juego de toma y daca que hay en el fondo de las relaciones entre todo aventurero y toda novicia cucharona. Diremos mejor que había porque Don Juan pasó. ¿Afortunada, desgraciadamente? «Chi lo sá» Lo que hay en el pobre hombre de mariposeo trágico, de anhelo de acertar y de topar con los brazos de la única, de buscar detrás de la aventura de cada hora el amor que no encuentra de toda la vida, eso se marchó en estos tiempos en que las chicas quieren parecerse a los chicos y los chicos ya hace tiempo que se han confundido con las chicas.

El Diario de Huesca (05-11-1927)
El Adelanto (02-11-1927)

La estrella eterna

Las fiestas navideñas de estos días, que ojalá le sean gratísimas lector amigo, son, mejor que las fiestas del hogar, las de los niños. Un exquisito poeta valenciano, que ya se va olvidando demasiado, Vicente Wenceslao Querol, nos ha descrito, en severos y nobles versos de alta entonación clásica, el encanto de estas fiestas íntimas. Ha de reunirse la familia, toda la familia, en torno a la dispuesta mesa; la vajilla ha de brillar como ascua de oro; el hermano mayor ha de contar uno de esos cuentos maravillosos que ha de dar miedo y gozo a la vez. La velada transcurrirá plácida y lenta en torno a la sagrada chimenea del hogar. Con una familia deshecha no es posible la noche; tampoco con el hijo ausente. Y como contraste, el torcedor y la angustia han de ser el pensamiento de que, algún día, cuando seamos hombres, ha de fallar el patriarca a la fiesta familiar, o la madre, dulce y austera, para trocarse las fiestas venideras, en el perfume y recuerdo de los pretéritos que guardaremos ya dentro del corazón, como eco lejano de los días en que éramos niños y deslizábamos el tiempo entre las figuritas de cartón del Nacimiento y la espera del regalo de los Reyes Magos.

Siempre que me es posible, escapo estos días de Navidad a un pueblecito de Castilla, famoso por sus mercados, en demanda de un lecho y de un plato amigos en el hogar de un camarada de la infancia, que posee copiosa descendencia de florecientes bebés. Ese pueblecito es de los secos, pajizos e inhóspitos de la altiplanicie. Parece todo él una inmensa barbechera y hasta el mismo caserío urbano dijérase una floración de los propios cebadales y trigales de pan llevar.

Al llegar estos días, el pueblecito vive envuelto en una densa niebla que rompe el contorno de las cosas y trueca en huraño y desapacible el espectáculo de la calle, que vive en perpetua feria. Es la feria navideña del contorno. Al lado de los frutos naturales del país, de la coliflor, del nabo, de la zanahoria y de la escarola, estalla la maravilla roja de las granadas[78]. Largos tenderetes del turrón indígena exhiben sus enormes panzas correosas. Las figuras de Nacimiento se amontonan en un suelo de musgo, en las casetas místicas; hay riachuelos de plata junto a estrellas de papel dorado; Herodes, personalmente, con unas terribles barbas y un sable ensangrentado degüella a los niños; la Sagrada Familia que huye a Egipto; los pastorcitos, por misteriosas veredas, al lado de palacios barrocos que se alzan en este mundo imaginario o infantil, tañen sus panderos y zambombas, caminando hacia el portal de Belén. Hay túneles absurdos y puentes de un raro atrevimiento que ponen en contacto prominencias inasequibles, y automóviles del último modelo y aeroplanos, y charritos, y maragatos, y sanabreses con la policromía de sus trajes rústicos, que llevan su presente al Niño que acaba de nacer ... Y los niños, extasiados, embobados, recorren estos mundos infinitos de la calle, haciendo su acopio de ilusión para la noche...

La fiesta, en realidad, llega pronto; se la espera, se la espía, se vive de ella y para ella desde las primeras horas de la tarde. Hasta el Casino cierra sus puertas así que anochece. No queda alma viviente en la calle. Para que el cuadro sea más completo acaso llovizna o se desata un viento furioso que golpea los portones de madera y gime y plañe como sollozo humano. Las campanas

[78] Dos platos clásicos en la cena de Nochebuena en Alba de Tormes eran la coliflor y la ensalada de escarola con granada..

de la parroquia, después del toque de queda, tan castellano repican festeramente, anunciando la solemnidad del gallo.

Nos encaminamos con prisa al hogar amigo. Ya nos esperan los niños con sus gritos y con sus zambombas. El comedor se engalana y es una pieza de respeto, negada a la curiosidad del ocioso, hasta que llega el momento solemne de la cena. En la velada son los niños los reyes absolutos y tiránicos. Tienen la libertad de sus diabluras y la seguridad de que sus sueños son sagrados. Se les oye, se les atiende, se les mima, se les acaricia, se buscan y celebran sus réplicas inocentes o ingeniosas. Y nos sentimos desposeídos del lastre de toda una vida y tornamos a vivir la vida azul de nuestra infancia. La cena, luego. El torcedor de que habla el poeta valenciano nos aprieta, a los adultos, el corazón. Ya no sabemos creer en los cuentos imaginarios ni las exploraciones de la fantasía pueden sernos gustosas ya. Añoramos, recordamos... El patriarca murió; el hogar de nuestra infancia saltó en mil pedazos; perdimos aquel maravilloso polvillo de la niñez que tocaba, transformándolas, todas las cosas; pero los niños siguen recitando embelesados sus imaginerías y les pedimos por unos momentos la merced de su contagio y de su gracia.

Y cuando acaba la cena el pueblecillo castellano se ha transformado completamente: las gentes cantan villancicos de nuestro Romancero, que no se han perdido porque fueron trasmitidos de generación en generación con amorosa complacencia. Los versos ingenuos de Timoneda, de Juan del Encina, del mismo Lope de Vega, siguen cantándose al compás del pandero y de la zambomba. Algún día intentaré reconstruir, para deleite de mis lectores, la antología navideña que aún subsiste, confiada al recuerdo popular. Los eruditos, que no salen de su torre de marfil, se extrañan de hallazgos que juzgaban punto menos que imposibles y de reminiscencias graciosas en que el buen humor ha ido poniendo, junto a la gravedad de los conceptos teológicos, sus puntos y ribetes de zumba y donaire, explicando anécdotas locales.

Y con este estruendo y esta algarabía del hogar alegre, de la despensa bien provista y de la bodega más repleta del vinillo nuevo, la misa del Gallo. Como en los primitivos pueblos cristianos es todo el pueblo el que contesta en sus preces al sacerdote y al entonar el gloria a las alturas y al desear la paz a los hombres de buena voluntad, el espectáculo es inenarrable. Los villancicos y las coplas se suceden sin interrupción. Cada cual luce sus habilidades. Pero hay en todo aquel estruendo un hondo sentido dramático de religiosidad fervorosa y humanizada.

Los niños asisten, ya dormiditos, a la exaltación de su fiesta, y alineados delante del Nacimiento parroquial, recorren, ellos solos, el camino sagrado que conduce a Belén y encuentran dentro de su corazón el fulgor de la estrella eterna que conduce a Oriente. Y en verdad, en verdad, os aseguro que yo también la veo, y me dejo alumbrar por ella, y ella sabe prestarme su calor, allá en un pueblecito castellano, donde los cuerpos, las almas, se conservan en el resto del año, como los rastrojos de sus barbechos.

El Luchador (24-12-1927)
El Pueblo (28-12-1927)
El Pueblo Gallego (28-12-1927)

Serenidad

Hay días que quisiera tirar la pluma. Hay días en que la terrible pregunta se me agarra al cerebro y me angustia el corazón. Si no eres sincero eres un farsante, un ente despreciable para los demás y, lo que es más terrible, para ti mismo. Y si no lo eres; si pones sinceridad, nobleza, pureza de corazón, transparencia cristalina en tus pensamientos, eres, pobre escritor, más vil que una prostituta que vive de sus encantos, más miserable que una muchacha impúdica que se exhibe desnuda, más canalla que cualquiera de estos ganapanes que viven de la sicalipsis, del escándalo y del «chantage».

Hay días que quisiera tirar la pluma. Me digo, en silencio, que exploto mi sinceridad espiritual, mi emoción diaria, el cotidiano roce de las alas de mi corazón con lo infinito. Pero si no soy sincero, si no digo cordialmente mi verdad a mis hermanos, ¿me lo perdonaría a mí mismo un solo instante? Y la esfinge se burla de mí, y juega con mi pensamiento, y con mi emoción juega, y después de tener un rato la mano en la mejilla y el corazón apretado y el cerebro en plena actividad me acuerdo de los que quiero, y de los que me quieren, y me digo que sí, que no soy vil, que la sinceridad es hija de Dios, y que de la verdad de sus doctrinas tejió su vida tormentosa el hijo de María.

Y para acallar mis dudas, que son mi dolor –las ideas «duelen» en la cabeza algunas veces–, me refugio en estos libros que siempre tengo al alcance de la mano. Y Teresa me dice, con su donaire y castellanía de mujer discreta y delicada, que ella no se hartó de decir a los hombres, en público, sus amores íntimos con Jesús. Y Francisco, el pobrecito de Asís, me cuenta, con fray Maseo, en qué consiste la perfecta alegría del corazón. Y Silvio Pellico, desde la cárcel veneciana del palacio ducal y luego desde la lóbrega fortaleza austriaca, me dice que no somos mejores porque nos hagan mejores ni peores, porque vomiten contra nosotros injurias y denuestos los viles y los que no nos conocen. Y Salomón, el sultán asiático teñido de literatura y harto de besos; el hombre de las doscientas concubinas, el cantor de la Sulanita, cuando es mozo y el de las vanidades de todo cuando es viejo, me asegura en un proverbio que «el necio que repite su necedad es como el perro que vomita por segunda vez». Y, en fin, este melancólico, y dulce, y bueno, y triste condesito de Recanati, me habla del mar de la duda y me consuela hundiéndome en las tinieblas –llenas de luz– de su propio dolor;

il naufragar m'é dolce in questo mare[79].

¡Pero no, no; no quiero tirar la pluma! ¡Perdóname la blasfemia, Dios mío! ¡No me la quites jamás! Dame con ella el pan del cuerpo y el pan del espíritu; dame con ella mi consuelo y mi esperanza, mi realidad y mi ilusión diarias. ¡La ilusión nuestra de cada día dánosla hoy, Señor...! Perdónanos nuestros pensamientos, que nosotros perdonaremos los pensamientos de nuestros prójimos, de nuestros hermanos los hombres. ¡No nos dejes caer en la tentación de tirar la pluma, Señor! ¡Líbranos del mal de la insinceridad, del silencio, de la ironía, de la mordacidad, de la burla, de la blasfemia, de la mediocridad, de la indelicadeza, de la grosería, de la incomprensión, del odio, de la indiferencia, de la crueldad y del desdén!

¡Oye Tú mi oración, Señor, todas las mañanas cuando me espera el ringlero de las blancas, de las virginales cuartillas sobre mi mesa de trabajo! ¡Que no profane nunca ni su blancura ni su pureza!

¡Estoy enamorado de mi pluma, que es mi servidumbre, Señor! La mimo como a una hija; la adoro en silencio; como a una esposa; la reverencio como a la vieja madre; tengo con ella las intimidades y las ternuras que tendría con mi mejor amiga. No, no es vil mi oficio como el de una ramera, como el de un guapo, como el de un vocero de plazuela. ¡Soy, Señor, un sacerdote de la inquietud y de la verdad!

Periodista, escritor, poeta, amigo mío, hermano mío: oye... Por todos los tesoros que hay en el fondo de los mares; por el amor de todas las mujeres buenas y puras que hubo, hay y habrá sobre la superficie de la tierra, no cambiaría mi pluma. Es mi amiga, es mi novia, es mi vieja madre esta pluma. Y Dios me la ha dado para algo. ¡Con ella, Señor, te bendigo todas las mañanas cuando me levanto! Al despedirme de ella, cansado, fatigado, rendido del trajín diario, yo te pido, Señor, con mi ilusión de mañana, una nueva ringlera de cuartillas virginales y blancas –blancas como nuestras hermanitas, blancas como los hijos que soñamos– para mañana al despertarme.

El Heraldo de Madrid (20-06-1929)
La Publicidad[80] (12-03-1922)
La Esfera (20-05-1922)

Llueve, llueve…

Llueve, llueve; he pescado un catarro terrible; no me dejan salir de casa; la cama me pesa demasiado… ¿Qué hacer? ¿Libros nuevos? Por aquí danzan algunos: el de Ernesto Glaeser, el de Trotski –graciosísimo– contando sus peripecias en España cuando era ministro de la Gobernación Romanones; "Las Dictaduras", de don Francisco Cambó, del que escribiríamos mucho más de lo que nos han dejado… Y todavía, la cuarta edición del libro de Remarque, una preciosa edición nacional portuguesa de "Os Lusiadas", "Fisonomía de Santos", de Juan Maragall, libro editado bellamente en la imprenta Catalonia; los versos –todos los versos– de Manita de Ibarbonzón, esperando una selección para la biblioteca Rubén Darío. Y cojo un libro, y lo abandono, y torno a cogerlo…

[79] "y naufragar me resulta dulce en este mar". *El Infinito* de Giacomo Leopardi.
[80] En *La Publicidad* su título fue «Este oficio» y en *La Esfera* «Divagaciones en horas de serenidad».

¡Llueve, llueve!... Los cristales de mi cuarto están empañados; toso; no tengo ganas de leer. Y he perdido el hábito de soñar despierto. ¿Con quién? ¿Para qué? En plena juventud, el sueño es el mayor regalo del espíritu. Todos son caminos nuevos y azares en la vida. La mujer. La gloria. A las veces las dos cosas son la misma cosa. Bien lo dijo Vicente Wenceslao Querol, pensando en María, el amor de su época de estudiante de Derecho en las claras aulas de la Universidad valenciana:

¡Gloria fuera, mi bien, dejar escrito
mi amor, más duradero que los bronces
en verso más eternos que el granito!...

Pero se deja de soñar cuando hemos perdido la esperanza, que más que un hábito, es una virtud. ¡Llueve, llueve!... Fumamos desesperadamente; nos atraen los monos de una revista ilustrada; volvemos a pensar. Y, poco a poco –ya no podemos resistir más– vamos pensando en el modo de salir de casa a una casa amiga. Nos invitamos a almorzar, a tomar café. Iremos a las afueras de Madrid, bien abrigaditos, en un taxis [sic]; telefonearemos antes; pediremos una butaca y pediremos que nos hagan música.

¡Ea! ¡Ya está! El… tantos ¡Al habla! ¿Estás ahí? ¿Buen almuerzo? Un buen caldo; unos huevos pasados por agua; café, sí, mucho café. ¿Y un cigarro? ¡Bravo! ¡Allá voy! ¡Y música! ¿Quieres Grieg? ¡Ah, muy bien! Grieg, noruego, en días de lluvia, abre torrentes de luz en nuestro espíritu. ¡Sí, Grieg! La danza de Anitra; Solvej; Canciones de cuna… lo que quieras tú…

El comedor familiar; las discrepancias políticas con el jefe de la casa. El almuerzo, el café… Y unas breves manos femeninas que dicen castamente la bella canción del "Solvej", sueños de fuego en paisajes de nieve. Amores inocentes en los "fijords"[81] noruegos, en días velados, sin sol, cuando crepita alegremente el fuego en la chimenea. "¿Por qué no vienes a mí de nuevo, Primavera? –dice la canción–. Calienta mis huesos ateridos y mi alma fría. Ven a mis brazos, con tus cabellos de trigo, coronados de pámpanos. Y para ti serán las palabras que nunca salieron de mis labios.

¡Llueve, llueve! La canción del Solvej, de nuevo. Lentamente se diluye, se apaga, se deshace en fina lluvia la canción dentro de nuestra alma. La canción pide eterna primavera y sol eterno: calor, vibración, dinamismo, ¡espíritu! Recordamos, no sabemos por qué, aquel tremendo drama noruego del viejo Bjornstjerne Bjornson[82], que se llama "El guante".

La unión de las dos almas se deshace un día porque ella exige de él su misma pureza de nieve para unirse. Pero si los labios de él besaron, ya no pueden besarla a ella. ¡Eso, no! Mintió en su canción: "Ven a mis brazos –canta Grieg– con tus cabellos de trigo, coronados de pámpanos. Y para ti serán las palabras que nunca salieron de mis labios".

Ahora los compases extraños y juveniles de "la danza de Anitra". Estos dioses septentrionales son un poco fieros, pero siempre mozos. ¡Llueve, llueve!... Sobre las terrazas grises de los hotelitos cercanos del Madrid moderno cae una capa de plata oxidada, casi cenicienta. Anochece. Vuelta al tedio de los libros y al tedio del lecho, donde preferimos dormir a meditar.

El Adelanto (23-10-1929)

Monólogo de Don Juan

Noche de ánimas, buñuelos de viento, las primeras pañosas, los abrigos primeros en las calles de Madrid. Don Juan viste indumento contemporáneo. Nada de chambergo con plumas, ni de justillo apretado, ni de calzas de Milán, ni de espada ricamente labrada por artífices toledanos.

Don Juan, octogenario, catarroso, toma café en Regina, asiste un rato a Romea o a Maravillas y marcha a la madrugada a un cabaret. Don Juan se casó con la criada hace ya más de quince años porque la criada tenía sus cuartitos ahorrados en una cartilla del Monte de Piedad y una cuenta corriente de quince mil pesetas en el Banco Hispano Americano… Don Juan cobra además veinte duros «de pasivos» al mes y vive en un modesto cuarto de la barriada de los Cuatro Caminos.

Noche de ánimas. Primeros vientos. Campanas que doblan rasgando el silencio de la noche. Don Juan sale a la calle para «echar» una cana al aire. La última evolución de Don Juan en los

[81] Por *fjords* (fiordos)
[82] Bjørnstjerne Bjørnson.

tiempos que corremos deriva hacia la clase, bien numerosa y nutrida, ciertamente, que puede llamarse de maridos de cuota o de complemento.

Don Juan, antes de entrar en Regina, donde tiene una cita puramente desinteresada con una peripatética ex cocinera que se llama viuda de un *jockey* y se supone protegida por un marqués de muchas talegas, con el cual supone un pasado tempestuoso. Don Juan –¡ya no está para ciertos trotes y retrotes el hombre!– contempla las carteleras de los teatros. *¡Han matado a don Juan!* Lee el viejo castigador sin conmoverse. Y monologa en alta voz: unos chicos, vendedores de diarios, se llevan la diestra a la sien del mismo lado, como para indicar que el viejo está más loco que una cabra soltera.

Don Juan (*hablando consigo mismo*). –Cada año me trae una sorpresa. Ahora me ha descubierto no sé qué taras hereditarias Marañón[83]. Hace poco, un ensayista joven y de talento, no me dejaba hueso sano, afirmando que yo soy un mentecato. Ahora, Federico Oliver asegura en el Alkázar que he muerto definitivamente en el corazón de la mujer[84]. Afirma más D. Federico, afirma que yo nací del caletre bien equilibrado del mercedario de Soria, Fr. Tirso de Molina. No quiso recordar don Federico que yo soy tan viejo como un mito y que vivía tan campante en las leyendas célticas y nórdicas cuando Tirso descubrió mis aventuras con Isabela, Tisbea y otras damiselas en los palacios napolitanos. Moliere no me entendió del todo; en cambio, mi hermano Lord Byron, al descubrir su alma donjuanesca, que tanto amaron las mujeres de Cádiz, de Roma y de Venecia, descubrió también la mía para siempre. Zorrilla fundió todo lo que había y fabricó un plato muy castizo y muy español. No iba yo muy a gusto en la compañía de los poetas, que son gente ligera y sin blanca, pero la prefiero con mucho a la de los galenos y a los ensayistas. Lo mismo Gregorio Marañón que Ramón Pérez de Ayala me toman de blanco para disparar por elevación (Pausa. Suspiros.) ¡Todo sea por Dios!

Lo que pasa es que mi figura ha envejecido y que se ha ido retirando lentamente de la circulación ante los nuevos modelos. No reconozco como hijos míos ni a los niños *peras* ni a los castigadores de hogaño. Se dejan lucir por las mujeres, en lugar de lucirlas a ellas; y el amor, en las chavalas y en los chavales de 1929, parece más bien una camaradería asexual. El flirt de ahora frecuenta menos la vicaría o el hospicio de lo que es razonable. Estos niños y estas niñas de ahora prefieren el asiento natural de la sierra, al sofá de mi quinta sevillana, que hipotequé cuatro veces y que ya no es mía, naturalmente. ¡Sevilla!

Hasta los sevillanos me recuerdan poco; apenas si una callecita de tercer orden, cerca del Osario, recuerda mi estirpe andaluza. Mi socias (?)[85] D. Miguel de Mañara y Vicentelo de Lecca, vive, en cambio con renovada actualidad en el corazón ingenuo y generoso de la ciudad del Guadalquivir. Mi desprendimiento haciendo donación de mis doblones a doña Brígida resulta bufo al lado de la humanísima y dramática fundación del Santo Hospital de la Caridad. Soy un verdadero pelele al lado de D. Miguel de Mañara. Yo tiemblo cuando oigo doblar las campanas en mi entierro, y Mañara, en cambio, se complace en rogar a Valdés Leal que pinte su cadáver con el hábito de la cruz de Calatrava, comido de los gusanos. La muerte no asusta a los hombres que han vivido de veras, como Mañara. Y el rosal de sus obras sigue perfumando el ambiente embriagador de Sevilla. Miguel de Mañara vive vida eterna, y yo malvivo esta vida transitoria, gracias a Petrilla, mi mujer que apenas si puede darme una peseta por las noches para tomar café. Como ya no me queda para el sereno, tengo que traer el llavín en los bolsillos de mi viejo y apolillado abrigo. Del viejo libertino, del *glober-trotter*, que descubrió Papini en las rumorosas cervecerías de su Florencia natal, del hombre que quiso amar y no pudo amar, buscando a través de todas las mujeres la mujer soñada, no queda apenas otra cosa sino este vejestorio ridículo, al que tutean ya los *chauffeurs* y los camareros. Última evolución donjuanesca: don Juan, marido de cuota o complemento *(Don Juan llora.)*

Noche de ánimas. Sombras que se deslizan por las aceras de la calle de Alcalá. Se oye el tañido de las campanitas de San Sebastián. Don Juan, al filo de la media noche, entra en Regina, se sienta, tose, saluda a la clientela femenina, vuelve a toser y pide al camarero un café con leche, con mucha leche…

Nuevo Mundo (01-11-1929)

[83] El doctor Marañón había publicado unos años antes un extenso artículo poniendo en solfa la virilidad de don Juan Tenorio (Marañón, G., «Notas para la biología de Don Juan», *Revista de Occidente*, enero 1924, año II, nº VII, pp. 15 y sigs.), trabajo que culminaría con la publicación en 1940 de un estudio más profundo bajo el título de *Don Juan.*

[84] Autor del melodrama policíaco "Han matado a don Juan" estrenado el mismo año del artículo (1929).

[85] Así en el original incluida la interrogación entre paréntesis. No cabe duda que habría de poner *sosias.*

Diálogo de carnaval

– ¿Me conoces?

– ¡Te conozco mascarita! Aquí nos conocemos todos sin dificultad alguna precisamente cuando llevamos disfraz. Cada uno se viste de lo que no es. Parodiando a Buffón, podemos decir que el disfraz es el hombre. Dime de que te vistes y te diré lo que no eres. Me agradan estos días de Carnaval precisamente porque todas las caretas, a poco que se fije uno, revelan las fisonomías que tapan, mejor que si estas anduvieran al descubierto.

– ¿Cree usted?

– ¡Sí, querido Pierrot, sí! No sé si tú has vivido alguna vez la tragedia íntima de que nadie te conozca, precisamente cuando arrojas de tu cuerpo y de tu espíritu todos los antifaces habidos y por haber. Si el rostro es la realidad, la careta es el anhelo. Muchas veces –ya lo sé– nos disfrazamos por pudor. Mas hay momentos, muy pocos, es verdad, pero los hay, en que descubrimos lo que venimos vanamente ocultando siempre, y cuando esperamos que otros nos cacen y recojan nuestra vibración, esta no llega jamás a las gentes. La careta es, por lo visto, una parte integrante de la personalidad.

– ¡Filósofo estáis!

– ¡Aburrido, que es lo mismo, después de cuentas! Dentro de unos minutos, vendrá la mañana, tañerán las campanas de los templos y nos recordarán nuestra miseria futura. Polvo somos y en polvo nos trocaremos. No vale la pena luchar por ninguna cosa. El tiempo, Cronos, nos tragará a todos. Primero seremos un recuerdo, después un nombre, y más tarde un eco en el vacío. A ti, Pierrot, Colombina, seguirá jugándote malas pasadas, y la Luna continuará burlándose de tus aullidos de dolor. Tú, soldado, fanfarronearás con tu sable y con tu espuela, con tu casco de hierro y con tu pistola automática, pero la idea podrá más que el filo de tu espada y que el plomo de tu balín. Tú, pobre hombre, vestido de sabio, orgulloso de tu inteligencia, te ahogarás en un mar de palabras sin sentido y la conciencia de lo que ignoras te hará envidiar al pobre de espíritu que no sabe nada, y al pobre de corazón que limita sus horizontes sentimentales para ser feliz. Tú misma, Colombina de ojos azules y de cabellos de oro, date prisa en jugar con tu Pierrot. El tiempo vale más que la química, y tú, señorita desdeñosa, te harás vieja, mientras tu pobre payaso, en plena madurez, ha aprendido a gozar cuando supo olvidar tus desdenes.

– ¡Melancólico estáis!

– ¡Aburrido, nada más que aburrido! El Carnaval se está cayendo de tedio. Hoy podemos divertirnos a espaldas de las carnestolendas, del mismo modo que podemos comer turrón fuera de las fiestas navideñas. La cuestión es tener apetito y ganas de divertirse. El Carnaval ha muerto en una época como la nuestra, que no está sometida a ningún calendario reglamentado. Tú, vestido de Pierrot, me pareces un pobre hombre. Mañana, vestido con tu chaqueta civil, estarás pendiente de los desdenes de la rubia Colombina, que ríe –¿quién sabe?– pero que no la descubramos que, cuando está sola, llora para adentro.

El Adelanto (06-03-1930)

Bajo el signo de los almendros en flor

Árboles en flor y mujeres, lindas mujeres, en flor. Florece en Cataluña el almendro con la vara de San José –recordemos la canción de Maragall– y florecen en Castilla las amapolas por los praderales –recordemos a Garcilaso–. La mujer que enamora al poeta es más blanca que la leche y más hermosa

que el prado de Abril de flores lleno[86].

Prados de Abril, savia nueva, brotes tempranos, caricias tibias del sol sobre la madre tierra. Amaneceres lentos en la llanura y en el mar; crepúsculos lentos también que dan un polvillo de oro en el cielo. Y mujeres que sonríen con los brotes tempranos y con la savia nueva. En las viejas ciudades universitarias se abren de par en par las rejas del amor cuando anochece; las plazas de Doña Elvira, en Sevilla, y del Potro, en Córdoba, se llenan de tiestos y de macetas; la huerta valen-

[86] Garcilaso de la Vega, *Egloga III.*

ciana cobra toda su compleja y graciosa policromía; el paisaje severo y uniforme de Castilla oye, en sus entrañas eternas, la fecunda canción de la vida que rompe en sus primeras eclosiones. Con el buen tiempo, estrumpen las fallas en Valencia y suenan las caramellas en Cataluña, y los valles gallegos oyen los primeros alalás, y en Asturias abandonan las nieblas los altos picachos, y Murcia se prepara a la graciosa lucha de sus cofradías y hermandades, y relinchan los potros alegremente en sus pesebres antes de ser acariciados por las bellas en las ferias andaluzas. España es tierra de primavera. Toda ella renace con el recencio de la mañana y con la brisa templada de la noche primaveral, henchida de silencio y de promesas.

También el rostro de las mujeres recobra el optimismo, la frescura, la gracia de la estación que llega. Botones en flor, rositas tempranas de Abril, son las gentiles mujercitas de nuestro romancero. Mocita abrileña es aquella hermana de don Bueso, cautiva en tierra de moros, a la que su hermano busca hasta dar con ella lavando en un regato que espeja la tersura de su frente y la lozanía de su estampa. Mocita abrileña es aquella linda doña Clara, hija del oidor, que oye requiebros de don Luis el estudiante en la plazuela madrileñísima de San Andrés. Mocita abrileña es aquella gitanilla Preciosa que baila contradanzas en la calle de Toledo, ante el asombro de los hidalgos y caballeros. Mocitas de Abril son las heroínas de las letras de hogaño: la arisca Sotileza, flor de la calle alta, que trae de cabeza a los mareantes santanderinos, aquella rubia Pepita Jiménez que al llegar la primavera hace vacilar la vocación del seminarista hasta dar con ella en tierra; aquella Gloria sevillana, que en Marmolejo roba el corazón de un galleguito seroso y le hace soñar con la luna después de una excursión por el Guadalquivir.

Las mujeres que saben de los fueros de su belleza, se tocan, al llegar la primavera, con mantillas negras para orar ante los sagrarios o con mantillas de madroños para acudir a los circos. Y se adornan de claveles para decir, en una saeta, todos los secretos de su fe y de su juventud a la Señora de la Esperanza de Triana o al Jesús del Gran Poder, que se venera en San Lorenzo, en esas noches sevillanas que riegan los luceros corredores con caminitos de luz.

Crónica (16-04-1930)

La voz de las campanas

Las campanas anuncian la media mañana del Sábado de Gloria, después de haber callado dos días en recuerdo de la muerte del Redentor. Con el silencio de las campanas, los pueblos han perdido también su voz, porque las campanas son las notas inconfundibles y personales de los pueblos de España. El volteo de las campanas de la Giralda es tañido de plata bajo el cielo añil. Despierta con los claveles y lleva a lo ancho de la vega un estremecimiento de primavera que se desborda. Tiene siempre algo de nupcial el tañido de las campanitas de la Giralda. Los bronces de Toledo son, por el contrario, solemnes y pausados; son graves y son litúrgicos; conciertan con el bramido ronco del Tajo, que se duele de la estrechez de su cauce antes de verter sus aguas en las tierras dulces de Lusitania. Y son roncas las campanas de la Basílica barcelonesa; parece que llaman a somatén; cuando a diario doblan por la muerte del rey don Felipe V, se diría que recuerdan los fueros y prerrogativas robados a Cataluña por el «rei lladre», de infausta memoria.

En la tregua del silencio que rompe el clamoroso volteo campanil del Sábado de Gloria, los pueblos recobran, con la algarabía de sus campanarios y de sus torres, sus tonos únicos, sus matices inefables de expresión colectiva. Cambian las canciones; las gentes se renuevan; pero quedan en cada lugar de España las campanas; lo mismo que tañían hace cincuenta, hace ciento, hace doscientos años, tañen ahora. Las campanas van unidas a los dolores y a las alegrías que a nosotros, los humanos, nos conturban y estremecen a lo largo de nuestra existencia. Anuncian alegremente nuestra llegada al mundo; repican solemnemente en nuestras bodas; doblan sonoramente, dejando una estela de amargura en otros corazones, cuando nos vamos de la tierra. Con ser siempre iguales, son siempre distintos los tañidos de las campanas. Hay el toque de las todas en las aldeas de Castilla anunciando la misa dominguera; hay el repique de la minerva en las fiestas y solemnidades; hay el dulce canto de la queda al anochecer, cuando las notas conciertan con el cantar de las mozas que regresan del ejido y con las esquilas del ganado que, ya de vuelta, se guarece en las tenadas.

Nuestras sensaciones más agudas de los pueblos de España van siempre unidas a la cadencia musical de sus campanas. Recordamos los pueblos de Teresa –Alba, Beas de Jaén, Caravaca, Medina del Campo– por el gracioso sonido de las esquilitas conventuales; los pueblos de silla epis-

copal, por los sonoros bronces cardenalicios; los pueblos modernos –Madrid, Barcelona, Bilbao– porque apartándonos del tráfago de sus vías modernas, hay siempre un remanso, la plazuela de la Concepción, Santa María del Mar, la basílica de San Nicolás, donde el sonido de las campanas nos conmueve con su eterno *ritornello* de inquietud.

En ellas vive soterrado el pasado de los pueblos de España. Son las suyas voces que vienen de muy lejos, que oyeran nuestros padres, y los padres de ellos, que nosotros escuchamos con una vaga mueca de inquietud, y que oirán nuestros hijos, y los hijos de ellos. Cuando en la mañana clara y luminosa del Sábado Santo prorrumpen en alegre algarabía, todas a un tiempo, la misma canción de esperanza y de eternidad, vemos en ellas no el símbolo de nuestra vida, que apenas sabe arrancarlas un solo comentario de ritual, sino la permanencia de la tradición y la voz de la raza a través de nuestros pobres afanes cotidianos.

Crónica (20-04-1930)
Nuevo Mundo[87] (14-04-1933)

La plaza del lugar

Todas las plazas de los pueblecitos catalanes y altoaragoneses se parecen. El Concejo, la alhóndiga; tal vez el parador del lugar. Unos tremendos y hondos caserones enjalbegados, con porches, escudos pimpantes y muchas veces saledizos, balcones españolísimos de hierro. En los soportales cubiertos, quizás, una de esas tiendas pueblerinas, con esos escaparates donde hay de todo: la novela de Blasco Ibáñez junto al queso de bola, la puntilla de encaje que dejaron en la última feria unos quincalleros insolventes junto a unas pelotitas de goma. Otras veces los bajos son de la botica: una enorme bola de cristal con un líquido azul o rosa, palos indígenas de regaliz. O de la escuela pública. O del Juzgado de Paz. Y a la vera, el caserón de la familia más rica, con las piedras hidalgas desafiando la indiferencia de los tiempos.

Y estas plazas son el corazón de la aldea. Le dan lo que tienen: silencio y paz. En las claras tardes primaverales se oye la canción del yunque, o un largo romance infantil que dicen unos chiquillos, o el pregón pintoresco y absurdo del forastero que afila navajas de bolsillo, cuchillos de cocina y pide "paraguas que componer". El pregonero también ensaya en estas plazas sus cantos, convocando a faenas camperas o a remate de pasos por las hermandades y cofradías. También la Alhóndiga da su contingente diario a la plaza melancólica; muchas veces es el depósito franco de todas las mercancías trashumantes; el cantarico de vino se exhibe junto al saco de habichuelas y junto a la tabla de carne antes de salir callejeando, de casa en casa de la clientela fija, para el consumo diario.

Estos viejos rincones de las aldeas de Jaca o de Barbastro, de Cervera o de Solsona, de Fraga o de Sariñena, de Vich o de Villafranca, tienen un hechizo indefinible. Se diría que son una célula primaria y que el pueblo se formó después a su cobijo, para encincharle y cercarle con perfecta simetría. La plaza nos lleva al ejido, y a la fuente y al atrio de la iglesia. Las calles arrancan de la plazoleta y son las arterias urbanas. Solamente los domingos reviven estas viejas piedras su esplendor pretérito. A la caída de la tarde se inicia una jotica brava o comienzan los primeros compases de una bella sardana. Pueblos montañeses, que brotaron en el corazón de los Pirineos o en sus primeros alcores o estribaciones, reciben en estos días, con el beso del sol, los primeros aromas de la flor del almendro.

Un poeta catalán, al que hace cada día más actual la inquietud del momento español, Juan Maragall, ha cantado las flores del almendro, de este lindo *ametller*, que es la primera gala de estos pueblecitos. Florece en Marzo, por San José, y llena de un blanco polvillo imperceptible las cercanías de estos pueblecitos. Su perfume llega hasta los porches y soportales de estas plazas consistoriales. Y es una delicia recoger, con el eco de los ruidos que allí se apagan y se quiebran, el perfume de los primeros brotes y de la savia nueva de estas aldeas próceres de la antigua coronilla de Aragón, que han sabido conservar los palacios de sus viejos monarcas aldeanos en la alhóndiga de todos, en el concejo y en el típico parador donde ondea una bandera y donde se cobijan unos carros con toldos, que conocen todos los caminos.

Mundo Gráfico (11-06-1930)

[87] En este periódico se tituló "Sábado de Gloria"

Elogio del libro

El libro es siempre nuestro mejor amigo. El más discreto. El más donairoso. Y el más recatado también. Le tomamos y le dejamos a placer. Si nos cansa, si nos fatiga, somos muy dueños de abandonarle. Si nos deleita, tiene la generosidad de ponerse a nuestro alcance en todo momento. Y sabe repetirnos sus confidencias y sus secretos tantas veces como queramos.

Hay libros que tienen la generosidad de espíritu de la mujer amada y de nuestro camarada más leal. Acuden a nuestra vera en el momento en que los necesitamos. Parecen hechos precisamente para procurarnos el deleite oportunísimo e inefable. Así *La imitación de Cristo*. Así *La Ilíada*. Así el *Quijote*. Así la *Divina Comedia*. Es más: les abrimos, abriéndolos al descuido, por aquella página, por aquel capítulo, por aquella estrofa, por aquel consejo que anhelamos oír entontes. Aquellas páginas, antes de ser escritas, fueron dichas, en voz baja, de corazón a corazón. De sentido permanente y eterno, caen, como lluvia menuda y fresca, en los campos resecos de nuestra sensibilidad, creándola y haciéndola apta para toda suerte de sensaciones y sugestiones.

Al contacto de estas páginas sentimos el remozo de nuestra inteligencia. Oteamos paisajes espirituales vírgenes, y nuestros ojos se pierden oteando lejanías y perspectivas infinitas.

Otros libros nos distraen de nuestro dolor, fundiéndolo hábilmente en el dolor ajeno. Se apoderan de nosotros y nos prestan energías insospechadas. ¡Qué hondos e inefables consuelos debo a este Marco Aurelio que tengo siempre al alcance de la mano, sobre la mesa! ¡Que alegrías apretadas e intimas que no puedo compartir con nadie me ha regalado este primoroso *Miei prigioni*[88], del buen Silvio Pellico, que nos reveló para siempre que el manantial de toda alegría es la paz del corazón! ¡Cómo nos aniña y nos torna a los dorados días de la infancia este pobrecito de Asís que amansa los leones, entiende el lenguaje de los pajarillos y lleva toda la vida del Universo dentro de sus entrañas! Hasta cosas inmateriales de aires, colores, aromas y perfumes nos traen otros libros. ¿No es toda la poesía de Garcilaso un hermoso campo de Abril? ¿No tiene color y música la prosa de D'Annunzio? ¿No son una visión de amapolas, y de claveles, y de gamarzas las trovas del viejo Berceo o las serranillas, ungidas con flor de romero, del viejo marqués de Santillana?

Estos mismos libros de hoy, con ser menos pulidos y trabajados que los de antaño, sirven de reposo a nuestro trajín constante y son el mejor espejo de las horas de angustia y desorientación que vivimos todos.

Los tenemos para todos los gustos y para todos los instantes. Les buscamos ansiosamente para no estar un momento solos con nosotros mismos. Cucharones, no hay repliegue del mundo espiritual que no se atrevan a descubrirnos. Contradictorios, son como la época que les ha parido. Bellos o feos, cándidos o cínicos, oportunos o impertinentes, les tendemos siempre la mano para formular, en su presencia, las interrogaciones a las que no queremos responder.

El libro ha desertado hoy del silencio de los estudios y bibliotecas para invadir todos los parajes. Tenemos necesidad de él en la calle, en el bolsillo, en la alcoba, en el salón, en el ferrocarril y en el avión. Nos persigue, nos busca y nos alcanza. Nos sirve para formularnos a diario cuestiones nuevas, que, en realidad, no nos importa resolver. Sabemos de sobra que la verdad no es jamás un botín, sino un anhelo. Y el que sabe más hoy es el que tiene noción de todo lo que ignora, y al que más ama en los tiempos que corren es el que sabe atesorar más inquietudes dentro de su propio corazón doliente.

Nuevo Mundo (19-09-1930)

Paz en la quintana

Paz en la quintana, aire puro que viene de Castilla; silencio denso y macizo; tañidos de la campana de aldea que rasgan la paz del valle. Olor a heno y a paja quemada. El hórreo… No es el grano rubio el príncipe, como en las dehesas de Castilla o en los cortijos andaluces; todos los mimos son para la vaquita… Se la llama con un nombre dulce: *Cordera; Mimosa, Maja, Salerosa, Nena*… Trabajadora, es la alegría de la quintana; cansada, enferma, su inquietud y su tristeza.

[88] "Mis prisiones". Libro de memorias del italiano Silvio Pellico, publicado en 1832.

Ella es la leche de la mañana, y el queso cuajado y la manteca fresca de la merienda. Ella se lleva la flor del prado. Cuando abreva, lo hace en regatos deliciosos y limpios. Y junto al pesebre tiene su lecho, bien mullido y caliente las noches frescas.

Paz en la quintana; el amplio carrizo que sirve de secano a las mujerucas hasta la hora de *las todas*; en un rincón descansa la carreta, que tiene ruedas que cantan su melopea en las calzadas. Las parras dan sombra a los portales. En el balconaje de madera del hórreo cuelga la ropa lavoteada de la semana. La vecindad esta ausente durante el día. Pocas pisadas amigas. La de un pobre viandante que pide, con la moneda de cobre, los restos de la olla; la de un señorito que precisa una dirección por aquellos andurriales… Hasta la hora del crepúsculo no se anima aquel pequeño mundo. Todos regresan del prado cuando se ha puesto el sol. Una lluvia menuda y pertinaz hace más intensa la verdura de la alfombra. El crepúsculo es lento y triste. Tornan las carretas con el heno; se ordeña en el establo; las vaquitas mugen placenteras antes de perecear.

La conversación de siempre en el carrizo y en la quintana. La *Primorosa* esta flaca; a la *Cordera*, en cambio, la crecen las carnes que es una bendición; el ternerillo trisca alegremente junto a la madre. De tarde en tarde, el peatón con la carta del ausente. El hijo que sirve al Rey; el tío que marchó del otro lado del mar, el amo que habla de rentas, o de préstamos, o de escrituras. La familia rodea al lector, que va deletreando las frases del familiar. Hay un capitulo de recuerdos para todos, absolutamente para todos; hay preguntas para el estado de la vaca. Y, a lo mejor, hay algo más. Hay también un cheque. Se organiza entonces la excursión a Cangas o a la Pola, a Avilés o a Infiesto; se apuntan bien los encargos; la pala, la hoz, el queso de presente a don Fulano, la tela para el vestido y el paño para la zamarra. Y al día siguiente, el amo o el ama de la quintana marcha a la cabeza de partido, y a la vuelta no se cansa de contar las maravillas que ha visto en la villa, donde viven el señor y los curiales, bien avenidos con el recaudador que les lleva los dineros todos los trimestres.

Mundo Gráfico (03-12-1930)

Madrigal en prosa

– ¡Tráeme claveles rojos; me gustan mucho los claveles rojos!... ¡Oye! ¡Han de ser rojos precisamente!

Rojos, precisamente rojos, son los claveles que le gustan a ella... Rojos... De sangre de toro. De crepúsculo de llano. Rojos de pasión. Rojos de llama. Rojos como las lenguas de fuego que suben en espiral a las alturas en el enterramiento del conde de Orgaz. Rojos como las mejillas de los serafines de Fray Angélico que tocan las trompetas celestiales en la Anunciación de María. A ella le gustan los claveles rojos porque conciertan, juegan y casan con los pliegues de su boca. Su boca es un clavel. Amasados con pétalos de clavel están sus labios, que se encierran en una flor que es también cáliz, y tabernáculo, y sagrario de su faz, compuesta de nácar, con su proporción de terracota, y de suaves coloraciones de lirios, y de nardos, y de jazmines, y de margaritas, y de rosas tempranas y abrileñas. Pero las coloraciones llegan a la cumbre de su decoro y de su armonía al recobrar los matices graves en los pliegues del cáliz de su boca.

¡Boca de serafín y por serlo, y a pesar de serlo, boca sensual, divinamente sensual tu boca! Boca que pide, boca que da, ¡Boca que suspira, boca que habla, y sobre todo, boca que sabe callar, tu boca! Hasta el beso es grosero en los pliegues de tu boca. Hasta la caricia es fiera torpeza en el cáliz de tu boca. Porque tu boca, que enciende mi deseo, lo atempera y refresca después de encenderlo, y mata y destroza en él lo que tiene de animal, para sacar a flor de tierra y elevar a las nubes lo que de angelical y humano tiene mi deseo. Tu boca, nacida para el mismo, para la oración y para la confidencia, se descompone, y se marchita, y pierde su ritmo con el beso y con la caricia. Solamente puedes besar a un hijo tuyo con tu boca. Solamente puede abrirse para hablar con Dios tu boca. Porque tu boca, madre, es la de María cuando oye del Arcángel San Gabriel que sus entrañas han sido fecundadas por el Espíritu. Porque tu boca es la de Julieta cuando suspira por el canto de la alondra que sabe de gorjeos para anunciar la mañana fresca en el jardín de Verona. Porque tu boca, mujer, es la del niño, ingenua y fresca, que interroga para asombrarse primero y chillar y palmotear después. ¡Boca de serafín, y por serlo, y a pesar de serlo, boca sensual, divinamente sensual, tu boca! Tenla siempre cerrada, amiga, en tu cáliz de

clavel. ¡Ya verás, cómo siempre –¡siempre!– los claveles rojos que a ti te gustan se descomponen, y marchitan, y mueren de dolor a la visión, al contacto y al fuego de tu boca!

El Adelanto (23-12-1931)
Nuevo Mundo (25-07-1930)
El Pueblo Gallego (18-06-1924)
La Libertad [89] (31-07-1924)
La Prensa (07-08-1924)

Comentario de Navidad y de Reyes

Gloria in excelsis Deo, reza la Iglesia Católica en estos días, agregando: *Pax hominibus bonae voluntatis.* Lo que vale tanto como glorificar a Dios en las alturas y desear la paz, la verdadera paz, la interna y de corazón, a los hombres de buena voluntad. Por exclusión, hemos de pensar que a Dios no se le puede glorificar más que de lo alto, y que es inútil desear paz a los malos y envidiosos del bien ajeno, porque ellos están fatalmente condenados a perpetua guerra.

Esta glosa católica navideña se presta a otras muy sugestivas, que podemos aplicar a todos los sectores de la vida social.

En estos momentos, en que tanto se habla de la cuestión religiosa, sobre todo. No glorifica a Dios quien le desplaza de su verdadero reino, quien le saca a público debate en la plaza del lugar, quien aprovecha su pabellón para ocultar las malas mercancías de su egoísmo, de su facción, de su interés. Además de que las cosas santas hay que tratarlas santamente, es decir, en su verdadera sazón, en las cosas de nuestros intereses no tenemos por qué mezclar su santo nombre en vano.

Dios no es monárquico ni republicano, individualista ni socialista, rojo o azul. Dios lo es porque está por encima de nuestras querellas.

Solamente despojados de todo interés, de toda finalidad práctica, podemos glorificarle. En las alturas a que se eleva nuestro corazón, en las alturas a que se eleva nuestro cerebro. Pensando o sintiendo más allá de nuestro egoísmo, sintiéndonos hijos del sacrificio que no del interés, podemos glorificarle, haciéndolo nuestro, porque nuestra posesión entonces es de amor y no de odio. Y solamente los hombres buenos, los puros, los limpios de corazón, solamente..., *hominibus bonae voluntatis,* son dignos de la paz y la merecen. Pero esta paz interior, manantial de alegría sobria y contenida, se parece mucho a la guerra, y solamente después de la guerra brota. Yo creo más en la perfecta paz del pecador arrepentido que en aquella otra del que no tuvo jamás ocasión de pecar. Los juicios de los hombres, cuando son injustos, procuran esta paz con frecuencia a los buenos. Hay momentos en la vida en que ni el rencor, ni la pasión, ni la vileza, ni la calumnia, ni la injusticia nos mueven a dejar de practicar el bien. Lo de menos es el juicio que merezcamos a los demás; el premio a que aspiran es el de la estimación de sí mismos ante el propio juez de la conciencia, que no sabe ni quiere ocultar ningún móvil personal. En la vida pública, el político honesto no tiene otra compensación mejor que la de su paz interna. En la vida artística, el escultor, el pintor, el escritor o el músico que ha vivido unos instantes de pura emoción no compartida. En la vida del espíritu, quien tiene la costumbre de dialogar consigo mismo cada mañana para ofrecerse a su Dios en holocausto.

Y no olvidemos tampoco otro símbolo de estos días: el de Reyes. Cuando el amor o el ideal nos llevan a alguna parte, no advertimos que alumbrándonos la senda hay siempre un lucerito que nos guía. Nuestro papel es puramente pasivo: basta con que nos dejemos guiar. La luz del lucerito es tan viva, que no hay ni puede haber tinieblas en nuestro derredor. No importa que el camino sea largo y la jornada corta: al final está el portal de Belén, con un Niño que ha de mover el mundo y que ha de agradecernos el tributo de nuestra adhesión fervorosa. Todo lo que tenemos, todo lo que podemos tener –oro, incienso y mirra– démoslo por entero al ideal, para que el ideal con creces nos lo torne. No hay mayor egoísmo que el de sentirse desinteresado, ni más alta calidad de señorío que la de servir amorosamente y con desinterés a quien no puede necesitar de nosotros. El señor no solamente se basta a sí mismo, sino que desparrama su actividad de señorío en los hombres que le rodean, sobre todo si no son señores, sobre todo si no son de calidad. Quejarse luego del olvido o de la ingratitud es torpe cosa.

[89] El título en *La Libertad* y en *La Prensa* fue "Madrigal a una boca". En *Nuevo Mundo*, y *El Pueblo Gallego,* "A una boca".

¡Hacia Oriente y hacia el Portal, amigos! La noche es clara; el sendero está perfumado de flores; el lucerito de Oriente brilla sobre nuestras cabezas, curtidas en todos los temporales. Ya se parará algún día la estrella; tal vez sobre nuestra tumba, que es donde cesará nuestro sendero hacia lo desconocido. Porque la vida es eso: una senda y una estrella. ¡Qué cosa más triste debe ser la vida para esos idiotas que no cesan de reír y que, con sus carcajadas, no saben escuchar la música que viene de muy lejos, envuelta en la luz de la estrella clara!

Nuevo Mundo (25-12-1931)
La Prensa (06-01-1932)

Año nuevo, vida nueva[90]

Incipit vita nova, podemos escribir, como escribía el florentino al frente de sus maravillosos y eternos sonetos a Beatriz Portinari, al descubrir, con una leve emoción que no puede disipar del todo el galope de los años, la primera hoja del calendario. *Incipit vita nova*… Un año por delante, sin anécdotas aún, sin sucesos, tan blanco como la cuartilla en que trazamos estas líneas, limpio todavía de pecado y sugestivo con todo su silencio. En la vida individual, cada año que nace de las entrañas del tiempo, este terrible Cronos que se devora a sí mismo, es un nuevo torcedor de angustia y a la vez un verde brote de esperanza. Vivimos, sencillamente, porque esperamos. ¿Qué esperamos? El corazón no lo sabe jamás a punto fijo. ¿Una mujer acaso? ¿Un golpe de fortuna? ¿Un cambio? Con los años, las cosas pierden aquel polvillo dorado de que nos habla Flaubert; el perfume de las fiestas se ha disipado; todos los días son monótonamente grises y uniformes; solamente oímos –al llegar la madurez– aquel canto extraño, que sobrecogía al pobre Leopardi, cuando, desde el lecho, oímos el rumor de los que regresaban de la fiesta:

> Un canto che s'udia per li sentieri
> lontanando morire a poco a poco
> giá similmente mi straigeva il cuore[91].

Año nuevo y sin estrenar, será tan viejo como los otros que le precedieron y tan desconsolador. Es que ya no vemos, como los niños, la frescura de las cosas. Nuestras impresiones no son puras ni directas; son recuerdos y ecos de otras que ya nos han saturado la sensibilidad, y con la sensibilidad, el corazón, y con el corazón, la mente. Estamos condenados a volver a ver. La palabra creadora ya surge, de raro en raro y sólo por excepción, de nuestros labios o de nuestra pluma; las sensaciones que nos aguardan son las viejas conocidas, que no guardan ningún secreto para nosotros; cambiamos a buen precio todas nuestras esperanzas por nuestros recuerdos, y advertimos que arrastramos una cadena: la del espacio, la del tiempo –ambos limitados–, la de la insoportable compañía de nosotros mismos. El sendero que venimos hollando desde un buen día quiere decir que hemos renunciado para siempre a los demás senderos; el papel que nos han repartido en la comedia, hasta la terminación de la farsa, nos obliga, por la fuerza de las circunstancias, a no descomponer ya nunca la figura, sobreponiéndonos dolorosamente ante nosotros mismos; el desenlace ya lo conocemos. Y cuando sin peluca ni coloretes, ni las ropas de la representación, tornamos a nuestro hogar íntimo, no sabemos si hemos de sollozar o de sonreír ante el espectáculo del Tiempo, que es eternamente joven porque se resuelve en eternidad, pero que a nosotros nos consume, y nos deshace, y nos aniquila, llevándonos en un momento de la cuna a la tumba, para arroparnos después en el silencio eterno y en la eterna nada.

Cada año que nace nos va minando algo del espíritu y del cuerpo. Y llega un momento en que ya no le tememos, porque ya no le esperamos. Sin embargo, a guisa de españoles, este en que entramos de 1932 nos sorprende con un gesto de interrogación infinita. Nuestra vida de relación, nuestra vida política se funden por primera vez en nuestros adentros con los anhelos y con las inquietudes de nuestra vida íntima. Advertimos que hasta nuestra economía espiritual está limitada e intervenida, y que la patria, que no es cosa externa, integra también nuestro tesoro interior. Porque 1932 va a ser uno de los años decisivos en los anales históricos de España. El cambio de rumbo, el viraje se iniciarán en él. El año que entra es el puente que nos ligará con

[90] Posiblemente sea este el último escrito de José Sánchez Rojas, un artículo redactado apenas unos días antes de su muerte (31-12-1931) con el que saludaba la llegada de un nuevo año que él ya no conocería.

[91] *La sera del dì di fiesta.* "Un canto que se escuchaba por las veredas / y alejándose moría poco a poco / ya igual que ahora me oprimía el corazón."

el porvenir. Todas las energías dormidas, latentes de la raza, empezarán a actuar con las primeras flores de la primavera y antes que los frutos tempranos del estío. Con la primavera de 1932 coincidirá la del país. Estas agitaciones subterráneas del momento no son más que la revulsión del mantillo, bien abonado, que tapa las tierras vírgenes. Los gérmenes ya están en el subsuelo. Faltan unos meses para salir a la superficie, y será cosa de estudiarlos entonces en su composición.

He aquí cómo la patria nos distrae de nuestro pesimismo personal, que no se convierte, gracias a ella, en cósmico, como el del pobre poeta de Recanati[92]. Nos interesa la experiencia de la patria, que es la proyección de nuestro yo en los demás, en el tiempo y en el espacio. Si con nuestros propios problemas estamos de vuelta, los de España aparecen enteramente nuevos ante este primer año de sorpresas y segundo de República, que hoy saludamos, preguntones.

Crónica (03-01-1932)
El Adelanto (03-01-1932)

Los hijos

Ellos nos enseñan que nuestra vida no es sino un puente entre la tradición y lo venidero. Cuando nace un hijo, la noción del hastío no tiene razón de ser. Se puede morir, se debe morir, se muere a gusto, cuando ya vivimos en otra vida. Y, paralelamente, morimos en vida, somos los cadáveres de nosotros mismos, restos, piltrafas de nuestro yo pasado y, ¡ay! de nuestro yo presente cuando el hijo se nos va y se trueca en polvo…

Y tú, ¿qué sabes del dolor, poeta? Tu dolor es teórico, imaginario, lírico; te debates con la barrera de «la infinita vanidad» porque no has conocido realmente el supremo dolor: el de la muerte de ti en los demás.

El dolor grande, el insondable, es enemigo del hastío. Lloras, enmudeces, porque no hay palabras para decirlos; te revuelves, se encabritan tus entrañas, y... blasfemas. ¡Sí! ¡Blasfemas! En aquel momento, Dios te sonríe y te perdona. Todo pasa. Nada queda. Detrás de tu muerte hay un nuevo nacimiento. Con los últimos hielos del invierno coinciden los primeros brotes primaverales. Y te resignas, y aquel día tú, hombre, eres semejante a Dios.

Solamente aquel día. Lo que te ha embrutecido y encanallado el hastío te ha purificado el dolor. ¡Y solamente ante tu hijo muerto, ante la piltrafa de ti mismo, aprendes a resignarte y a bendecir tu limitación!

Diario de la Marina (02-02-1936)

[92] Giacomo Leopardi.

RELATOS DE FICCIÓN

Cosas de mi amigo

– Ella es buena, ella es santa, ella es mía –decíame mi amigo, que charloteaba de prisa, dando risotadas, parándose a veces, riendo, llorando, haciendo contorsiones de monigote de barraca.

Mirándome de pronto, hizo un gesto singular. Dio vueltas y más vueltas a la caja de fósforos, que sobre el mármol de la mesa del café tenía. Adquiría no sé qué reflejos de hombre superior aquel pobre diablo.

Soltó la caja. Chupó el cigarro, sin tino, nervioso, como enamorado quijotesco al fin. Sus amores eran curiosos. Se salían de la torpe vulgaridad callejera. Él quiso a una niña con quien jugaba. La quiso, al fin, como hombre. Y era tan constante su pensamiento en ella, que bien pudo decirme un día, sin haber elucubrado nada, «mi mundo es ella, ella sólo». Discurría, en todo, mi pobre amigo, con el corazón. Y como sentía de firme, le pareció brutal el lenguaje de los hombres. No podía decirla nada: sudaba y trasudaba como el bueno de Sancho en la famosa noche de la aventura de los batanes. Y cuando la escribía le parecía todo torpe, deshilvanado, *literario*. Esto del literatismo le encendía en cólera; poníase furioso cuando yo le replicaba que sus cartas estaban trabajadas.

Explicábame aquella tarde la esencia de aquel amor que tanto me interesaba, para conocer la psicología de él y la de ella. Partía siempre de su amor infinito, que iluminaba el discurso, embellecía las frases y hermoseaba los conceptos. Todas las aventuras grandes, todos los pensamientos fecundos, todas las empresas generosas al amor se debían. Trastornado por las endiabladas razones de Nientszche [sic]y enloquecido con la infinita soberbia de Shopenhahuer [sic], era librepensador, tolerante; pero, por cima de todo esto, era bueno y decía:

– Tú ya sabes cómo las electricidades contrarias se atraen. La contradicción es la razón suprema de la simpatía grande. En el mundo intelectual ocurre también esto. Suponte que el gran bellaco Voltaire, Tomás de Aquino, Hegel, Kant y Descartes se hubieran conocido. Pues hubieran sido grandes amigos, de esos que visten el cariño con el ropaje de la discusión. Mira, yo soy un teórico, sin voluntad alguna. Acomodo mis actos a lo preconcebido. Mi espíritu se deslíe en tesis. Ella es todo fuerza, energía en bruto, mujer española. Con esto quiero decirte que es guapa, discreta, callada, que tiene pudor y malicia. Yo quiero moldearla a mi capricho; hacerla intelectual, grande, sin estrecheces.

Arrugué el ceño. Mi amigo lo notó enseguida. Calló de pronto esperando alguna pregunta mía.

– ¿Pero tu amor –le dije– es humano? ¿O es, por el contrario, una burda protección intelectualista, un amor como el de don Quijote a Dulcinea, el de Cyrano a Roxana, el de Medina a Fuensanta?

Adquirió el rostro de mi amigo una expresión sublime. Comprendió la cosa. Habíase contradicho.

– Tengo atrofiada la cabeza, porque abuso del corazón. Es ley de vida. Unos órganos se desarrollan a expensas de los otros. Por eso no sé lo que digo. No fío en contradicciones, ni por ellas me apeno. Si el hombre fuese rectilíneo, uniforme, monótono, transparente, ¡qué cosa más estúpida sería! Tú sabes que el hombre lo es por ser contradictorio.

– Si –le repliqué–. Pero no me contestas. Voy a exponer mi pensamiento con claridad, de otro modo: ¿tú la quieres porque es guapa, discreta, pudorosa, etc., o la has hecho así para quererla?

– Ni el diablo que te entienda –replicó mi amigo–. Tú eres de los míos, un pobre teórico, enamorado de los tajos de última hora. Déjame hablar.

Pasaron años, ¡muchos años! Y estreché mi mano con la del amigo viejo. Era ya otro. Era de los torpes, de los vulgares, de los que llaman buenas cabezas los hombres e insubstanciales los grandes.

Le hablé de aquella transformación. Se quedó pálido como la muerte.

Era una historia como todas. A fuerza de dudar, se contagió de la locura sanchesca, la más baja de todas.

Estaba soltero, según él para siempre. Y me despedía el pobre neurasténico a grandes gritos exclamando:

– ¡Yo me regeneraré! ¡Yo me haré el de antes!

No sé cuál de las edades del hombre es más contagiosa, si la de la juventud tolerante o la de la virilidad egoísta.

Noticiero Salmantino (06-06-1903)

El ciego Sabino[93]

Con un libro de historia sobre la mesa de estudio, abierto por un grabado que representaba a Daoiz y Velarde defendiendo el Parque de Madrid, dormitaba yo las horas de mis ensueños, diez años ha, en el colegio de mi niñez[94]. Eran las siete de la tarde y corría el mes de Mayo, ingrato para los estudiantes. Habíamos regresado de paseo los colegiales con nuestros bonetes cuadrados y nuestras flamantes becas azules. Apretaba el calor y el tiempo apretaba. Y yo repasaba la Historia de España deteniéndome con deleite en la epopeya de la Independencia.

La ventana de la sala de estudios miraba a la muralla de la ciudad. Aquellos paredones, rugosos y viejos, daban una impresión castiza de pueblo castellano, digno de los juglares de nuestro sabroso Romancero.

Por aquellos días leíase en el refectorio del colegio una historia de Miróbriga; antes, habíamos escuchado la lectura de unas leyendas. Y en mi memoria danzaban, confundidos, un obispo resucitado, una bella que resiste los halagos de su Rey y desfigura su rostro con aceite hirviendo, unos caballeros que luchan por su dama en las sombras de la noche y en los ángulos de las esquinas: el eterno motivo shakespeariano de los Montescos y Capuletos, con Julietas que asoman su rostro blanco al pálido claror de la luna y con Romeos que lanzan, ante las tapias del jardín azul, los eternos ayes de nuestras esperanzas y de nuestros amores.

Y soñando, soñando, –¿qué ha de hacer un niño sino soñar?– tuve una visión clara y sintética de la epopeya nacional que antes estudiara. Por primera vez en nuestro pueblo, de sus entrañas surge un grito redentor, que sale de las ciudades, que se desparrama de las aldeas, eco que retumba en los valles, canción que vibra en las montañas, grito de coraje, de esperanza y de amor. No luchan las ideas, no se pelean los hermanos, entonces, y sólo entonces, siente el pueblo que es uno y que es firme. La unión nacional, simbolizada en el pendón de Granada, tiene para el pueblo un valor plástico ante el peligro francés. La unión nacional se consolida entonces. Las notas diplomáticas callan cuando habla el pueblo. No pelea el ejército regular, luchan siempre los guerrilleros. Mézclanse clérigos, hampones, mujerucas, escolares, los mozos y los viejos, los desordenados y los modosos, los corregidores y los corchetes. El pueblo es el héroe. No hay episodios sueltos, aislados, en la conmoción popular. Son anónimas las glorias y en el corazón del pueblo encienden su llama generosa. Cada uno se siente trozo vivo, entraña palpitante de la patria única; cada uno defiende sus amores, el beso de la madre, el halago del hijo, el techo de la

[93] Narración galardonada en los Juegos Florales de Ciudad Rodrigo (10-julio-1910) con el premio que ofreció el periódico *Avante* de aquella localidad cuyo tema VII, dotado con 250 pesetas, trataría de una *Crónica literaria sobre un episodio del sitio de Ciudad Rodrigo*. Sánchez Rojas presentó su trabajo con el lema "La rival de mi amor se llama gloria". El Jurado estuvo constituido por las siguientes personas: Presidente, D. Luis Maldonado. Vocales, D. Timoteo Muñoz Orea, D. Antonio García Maceira, D. Cándido Rodríguez Pinilla, D. Martín D. Berrueta, D. Mariano Núñez Alegría y D. Ricardo M. Unciti. Secretario, D. Mateo H. Vegas.

[94] Él mismo cuenta en otro lugar que ingresó el 27 septiembre de 1895 en el colegio de Ciudad Rodrigo de San Cayetano.

vivienda, la espiga que dora la campiña y la canción que aprende a la reja de la mujer amada. No es la Junta central, no son las cancillerías, ni los generales, ni los obispos, ni los letrados los que declaran la guerra santa; son dos artilleros del Parque de Madrid, son las coplas de los zaragozanos, es el Alcalde de Móstoles que en su Concejo lanza una proclama que es reguero de sangre y manantial de cantares. Es el instinto popular, grande en su fiereza, magnífico en su cólera el que quiere lo suyo: el pan del suelo y el pan del alma, que lo conquista como puede.

Y mientras sueño, comienza a ponerse el sol. Las campanadas de la catedral caen, en la calma del crepúsculo. La sombra se adueña de las murallas que veo desde mi ventana. Y pienso en la lucha de la ciudad. También el pueblo es aquí el héroe. Al lado de Pérez de Herrasti, está el deán austero, de patriotismo noble y de frase acerada, el gran Aparicio; Lorenza Iglesias, de gesto altivo y de señoril continente; el ciego Sabino, el héroe que sube desde las entrañas del pueblo al trono de la gloria; el fantástico Julián Sánchez, sembrando espanto entre los gabachos, con sus lanceros inmortales.

La figura de Sabino... ¿No es esta, amigos míos, una figura genuinamente épica? Si Homero, el ciego, canta las gestas, los bandos que las caricias de Elena se disputaban, el ciego canta el Paraíso, el nuestro, el español, el mirobrigense, lo trae a las murallas de la ciudad sagrada, encendiendo su ceguera focos de luz en los patriotas.

La historia del sitio no está hecha. Son más las tradiciones orales que los documentos escritos los que narran las hazañas de vuestros abuelos, mirobrigenses. No os apesadumbren achaques de tal linaje.

La charla del viejo que os ha referido, en vuestros años mozos, cosas que él oyó en su muchachez, tiene un matiz, un arte, un calor de humanidad que no reproduce nunca el papelote amarillo, el cronicón añejo y la carta familiar de un ascendiente, traspapelada en los sótanos de un desván, donde silba el viento durante las noches invernales. La del ciego Sabino es una tradición oral, y por serlo, es más verdadera que el documento tamizado por el erudito rebuscón. Las murallas, grietosas, comienzan a desconcharse. Los conventos de Santa Clara y de San Francisco, el cimborrio de la catedral, oyen el zumbido de la metralla. Hay voces desgarradoras, cuerpos que caen, lamentos, polvo, ruido infernal. Las mujeres llevan agua a los combatientes; Pérez de Herrasti no quiere rendirse y despide a los emisarios. El pueblo lucha bravamente y no quiere ser francés.

Y camina un ciego con su perro por la muralla. No se arredra nunca; él está siempre en la vanguardia y no sabe del peligro ni de la vida. Y lleva municiones, dice palabras de piedad a los moribundos, predica a los fuertes y da vigor a los débiles. Tal vez tropieza con un casco de granada, se rehace y los ladridos del perrillo que olfatea en el ambiente, dan luz a sus ojos y a su alma coraje.

Y yo digo que no hay figura como esta, ni arrojo como este arrojo. Es el episodio más conmovedor del sitio y de la epopeya toda de nuestra Independencia. Ni Agustina con sus cañones, ni Palafox con sus arengas son comparables al ciego mirobrigense.

Y estas figuras desaparecerán para siempre. No tornarán nunca a los dorados jardines de nuestra niñez. El patriotismo se ha trocado ahora del arrojo individual en cifras numéricas y en fuerzas mecánicas, de escaramuza aislada en achaque cerebral. Mas nuestra España formará su alma del recuerdo de las viejas gestas y el ciego de Ciudad Rodrigo puso una nota de ternura en la bandera y en el alma de la patria.

Alma plebeya, anónimo juglar de nuestro espíritu, el ciego Sabino abrirá camino de luz a nuestros hijos. Leguemos a estos la historia dorada que de nuestros padres heredamos nosotros. Una historia fuerte, viril, austera, de leones que rugen y de águilas que tienen cortadas las alas, historia a la que puso el ciego Sabino un comento de gracia y de melancolía.

Nuevo Mundo (24-11-1910)
El Adelanto (11-07-1910)
Avante (25-06-1910)

El brindis de Antonio

I

Cuando leyó en el periódico la noticia de la boda de Luisa, Antonio sintió una angustia tan grande en el corazón, que estuvo a pique de sollozar. Antonio era víctima de su timidez. Amigo desde la infancia de aquella criatura burlona y traviesa, contertulio de los padres de Luisa que le

estimaban grandemente, Antonio, sin formulárselo nunca, allá en las entrañas del corazón, sin conciencia de ello, amó a Luisa de veras, escribiéndole cartas donde la amistad jugaba al escondite con el amor. Pero Antonio se alejó de Luisa. Marchó a Madrid a concluir su carrera de ingeniero y la correspondencia, asidua y cariñosa del principio, sufrió luego interrupciones largas y silencios constantes. O Antonio era torpe en achaques de amor o Luisa no se curó nunca de las intenciones del amigo de la niñez. Entretenido en amoríos vulgares, que no alejaban nunca el perfume del recuerdo de Luisa ni el anhelo de tornar a ella, Antonio, que pensaba vagamente en Luisa, y en las burlas de Luisa, y en su charla animada y picante, dejó pasar el tiempo. Y la muchachuela se puso, en el entretanto, en amores con un abogadete, secretario del Casino de Villa-Regia, quien –según decía La Voz– «había pedido la mano de la bella y distinguida señorita Luisa Córdoba, cambiándose valiosos regalos entre los novios, con tan fausto motivo.»

Cuando nuestra historia comienza, acaba de llegar Antonio al pueblecillo natal, rugoso pueblo castellano, asentado en la llanura abierta. Acaban de hacerle ingeniero industrial. En el Casino leyó la noticia de la boda de Luisa, y él, que tenía siempre genio alegre y conversación abundante, quedó como alelado con la noticia. Aquella gacetilla vulgar y corriente, ¿por qué le llegaba tan al alma y rompía con brutalidad el ritmo de sus esperanzas? ¿De qué se quejaba? ¿Acaso era él preterido, burlado, con aquel escopetazo repentino? ¿Pero había dicho él, Antonio, alguna vez a Luisita Córdoba que la amaba formalmente?

Los más serios razonamientos no aplacaban sin embargo su desasosiego singular. Las letras de aquella gacetilla eran unos garfios que le desgarraban las entrañas. En la sala de la biblioteca fue a ocultar su dolor. Allí estaba el juez, que le preguntaba bagatelas sobre las tiples de Apolo. ¡Para bagatelas estaba él! Necesitaba sollozar, desahogarse, deshacerse en un río de lágrimas lentas, mansas, aplacadoras. Y no pudiendo soportar la charla del representante de la justicia en Villa-Regia, marchó a su casa, subió a su cuarto, cerró las maderas del balcón, y vestido, sobre la cama lloró como no había llorado nunca. Luego, dominando una pesadilla, se quedó dormido.

Una voz acariciadora y dulce, la de doña Ramona, su mamá, despertó a Antonio. La gentil señora, que no tenía tiempo de haberse percatado de la crisis moral por que atravesaba su hijo, entregó a éste una carta del interior. Era de D. Paco Córdoba, padre de Luisita. En ella saludaba al novel ingeniero, rogándole que fuera por la noche a su casa. «Luisita –añadía el buen caballero– tiene también deseos de verte. Ya sabrás que se nos casa para el mes que viene. Queremos que tú, buena pieza, vayas también a la boda, aunque ya te invitaremos oficialmente, como a tu mamá.»

– Dime, Antonio, ¿quién te escribe?, preguntó la señora, mientras su hijo concluía la lectura de la carta.

– D. Paco, mamá, y me invita para que vaya esta noche a su casa, replicó, con la voz algo velada por la emoción, el ingeniero.

– ¡Bien, hijo, no faltes! ¡Pero cuantas ganas tenía de abrazarte, señor ingeniero!, susurró doña Ramona.

– ¡Como yo a ti, madre mía!, confirmó Antonio.

Y abrazándose madre e hijo, sollozó el ingeniero sobre el regazo maternal. Doña Ramona pensaba conmovida, que su hijo, aunque había sido algo díscolo y más que pedigón, encerraba un tesoro de ternura para ella. Y estrechándole contra su pecho se confundieron las lágrimas de los dos.

II

Las campanas de San Eustaquio comenzaron a sonar alegres en todos los corazones, menos en el de Antonio, a las diez de la mañana. Se casaba Luisita. Doña Ramona entró en el cuarto de su hijo para que despachara pronto. Y minutos después, el ingeniero, que vestía una magnifica levita inglesa y el reluciente tubo, ofreció el brazo a su mamá, que llevaba prendida a la cabeza la mantilla española con singular donaire. Y los dos marcharon a casa de los señores de Córdoba para unirse a la comitiva.

Luisita, con su vestido blanco y los hermosos ojos negros lucientes de emoción, estaba extraordinariamente guapa. Saludó con un montón de besos alborotados y rumorosos a doña Ramona y con una mirada de confianza y de rubor al ingeniero. Éste, hecho a ocultar sus emociones y a rumiarlas en silencio, respondió a la mirada de Luisa con una cortés inclinación de cabeza. Apenas pudo hablar a Luisa, que se escabulló entre un corro de amigas que le decían palabras de afecto, besuqueando el rostro gentil y curioseando los encajes de su vestido de novia.

La comitiva se puso en marcha. El pueblo se agolpaba en sus calles haciendo elogios de Luisa. En la iglesia la ceremonia fue breve, rápida. Antonio asistió al derrumbamiento de su dicha con una apariencia de serenidad inalterable.

Pocas horas después, los novios y los invitados se sentaron a la mesa. El juez, muy dado a las expansiones retóricas, propuso que se brindara por la felicidad de los novios. Un redactor de *La Voz* comenzó el fuego: alabó la belleza de Luisa y los encajes del vestido blanco. Sonaron los aplausos y los vivas. El juez, estirándose los puños de la camisola, habló del origen del matrimonio hasta nuestros días, entre la admiración de dos curiales y el mohín de impaciencia que acentuaban cada vez más las señoras a medida que avanzaba la fatigosa peroración. Y D. Pedro Córdoba, que miraba con amor a su hija, propuso que brindara el ingeniero. Antonio se negó con modestia, pero con don Pedro hicieron causa común los comensales. Y el ingeniero se levantó. Luisa, con el codo sobre la mesa y la palma de la diestra apoyada en su blanda cabecita, se dispuso a oír a Antonio con afectuosa curiosidad.

Comenzó el ingeniero. Su voz, al principio temblona y opaca, se tornó enseguida diáfana y vibrante. Habló de los novios; habló de Luisa, de los juegos de la infancia, del ayer risueño en que él estampaba besos sonoros sobre la frente pura de su amiga, Luisa era para el corazón su hermana. Quería que estas bodas dieran frutos de bendición. Él enseñaría mañana a los hijos de Luisa a dominar el mundo y a ser buenos. En la futura familia de sus amigos pedía un puesto y a Luisa le enviaba flores, votos de dicha, victoria en el porvenir y seguridad en el amor.

Estallaron los aplausos al oír la original oración de Antonio. Pronto se deshizo la sobremesa ante la impaciencia de las muchachas para bailar. Luisa dijo al ingeniero cariñosamente:

– Antonio, hablas del amor que da gusto. ¿Para ti qué es el amor, Antonio?

– ¿El amor? Silencio, Luisa; eso es para mí amor.

– ¿Silencio nada más, Antonio?

– ¡Silencio y sacrificio!, replicó el ingeniero.

Y los ojazos negros de Luisa interrogaban, en el misterio y en la inconsciencia, a su amigo, que desvió la mirada sonriendo amargamente.

La Ilustración Artística (13-02-1911)
Sóller (25-02-1911)

Sol entre nubes

I

Siempre que se trasladaba a Madrid le sucedía lo mismo a Manolo Suárez, abogado por ser algo, mozo de rentas saneadas, de espíritu alegre, de simpática fachenda y dueño de su vida y de su tiempo. Vivía cuidando de sus terrones, a la vera de ellos, en una muerta ciudad castellana, con canónigos y colegiata, donde el tiempo discurría plácidamente, entre el tute del casino, los bailes de confianza, los libracos que le traían de París, amarillentos y frívolos, y el culto a las musas. Manolo tenía su musa, María, una mozallona de la ciudad, alta y garbosa, de castaños ojos prometedores, cristiana de sangre, humilde, angelito casero a quien Manolo había hecho dueño de su corazón y confidente de las fantasías de sus ocios.

Aquellos amores, largos y sedantes, tenían paréntesis de cuatro o cinco meses, en que Manolo se trasladaba a la corte a ver los teatros, a murmurar con sus colegas en Apolo de los que no estaban presentes, a oír los pintorescos discursos parlamentarios, a flanear por las rúas de la villa del madroño, con sus amigotes y antiguos condiscípulos de la Central. Los primeros días escribía a María largas epístolas y hasta espiaba, desde su lindo cuarto de la calle del Arenal, la llegada del cartero. Luego, embotaba su pluma y se adormecía su musa. Los amigos, los teatros, los libros de los conocidos, el tranvía, el estreno, el té del Ideal, la excursión a Toledo, le separaban de María. La pobre chica, que conocía a su Manolo, resignábase a los contratiempos. Sabía que su prometido era un tarambana, pero que a ella no le desalojaba, sin más ni más, cualquier intrusa del corazón del desmemoriado.

Madrid sin embargo, prendió aquel año con sus raíces de frivolidad, de escepticismo y ligereza, en los amores del mozalbete desocupado y rico. No se sabe cómo comenzó aquello, ni si comenzó siquiera. Tengo para mí que en el cambio tuvieron parte un sol dominguero, la alegría callejera llena de pianillos acatarrados que esquilean, de gritos de vendedores que aturden, de mujercitas adorables de trajes claros que inquietan el corazón acompasado y seguro de sí mismo. Es el caso que Manolo, en la calle del Arenal por cierto, topó con una damisela rubia, esbelta y gentil como una palma, de inmensos ojos azules que negreaban con el enojo y diluían su color con la sonrisa, bien vestida, mejor calzada como buena madrileña de recia estirpe, coquetuela, acompañada por una acartonada dama de compañía, de gesto torvo y cara de pocos amigos. Que

al requerimiento de simpatía de Manolo accedió la bella con una sonrisa, con dos sonrisas, con muchas sonrisas, camino del Retiro, y que al regreso, a la hora en que los rayos del sol se quiebran por entre los árboles del hermoso jardín, la bella animaba ya francamente a la persecución y a la conquista. Que Manolo, aturdido por la dulzura de aquellos ojos y la elegancia de aquel palmito, siguió a la muñeca hasta la calle de Leganitos donde vivía. Que quince días después se juraban amor eterno, con la discreta protección de la acartonada señora, solterona machucha y agresiva. Que María, la pobre María, la honesta mozallona de su pueblo, pasó a la fosa del olvido. Que la novia escarnecida por el ingrato tarambana lloró mucho y esperó más. Sol entre nubes, su espíritu se dejaba mecer por una canción remota, que apagaba, con su lejana música, el desasosiego de la infeliz. ¡Si Manolo volviese!

Lolita –Lolita se llamaba la linda muñeca madrileña– adormeció con sus gorjeos de alondra juguetona los remordimientos de Manolo. Tuvieron un mes encantador de relaciones. En el Retiro, por la Castellana, por la santa placidez del Parque del Oeste, cascabelearon, como diligencia novata, los oídos de las gentes con aturdimientos de su amor intemperante.

Lolita era una charlatana adorable. Sus recuerdos de colegio embobaban a Manolo. La muñeca tenía un horror invencible al silencio, a la disciplina, a la calma del colegio. Una noche de Cuaresma, mientras las buenas madres oraban con sus educandas, Lolita aporreo el piano, vecino al comedor, y preludió las notas jubilosas de la Marsellesa. Se privó a Lolita de postre durante quince días. Otro día, durante la clase de pintura, pegó con recosidos la falda de dos compañeras. Y repetía, alocada, imitando el gesto de la madre superiora:

– *Oh, mademoiselle! Oh, mademoiselle! Ça n'est pas possible, comprenez?*[95]

Al mes justo de los amores, Manolo comenzó a notar que Lolita era poco exacta en sus recuerdos. Caía en flagrantes contradicciones. Además, era poco puntual, cada vez menos, a las citas en el Ángel Caído, las tardes de sol. Luego, sospechó que no conocía del todo la familia de Lolita, el mundo de Lolita. Vestía con demasiada elegancia y el sueldo de papá era harto poco. El papá, deseoso de representar un distrito en el Congreso, entre señorones de reluciente tubo y levitas impecables, hacía poco caso de Lolita. Manolo pensó que, tal vez, había sido demasiado ligero. Tímidamente, de tarde en tarde, pensaba en María:

– ¿Me perdonará?

Y aquellos amores se rompieron de pronto, porque sí, sin ruido, por un capricho de Lolita, por una testarudez de Lolita. Los ojos azules, el palmito gentil, el sombrero enorme que encuadraba el marco de las delicadas facciones de su muñeca, se le habían colado alma adentro más de lo que él había sospechado. Indudablemente, decía bien Musset: *on ne badine pas avec l'amour*[96].

Y pensó en volver a su tierra enseguida. Y escribió a María. Pero María no contestaba. Ocho días después, Manolo, que no acertaba a explicarse el enigma del silencio, dejó la baraúnda cortesana por la calma del poblachón, donde cuidaba de sus terrones la mayor parte del año.

II

A la puesta del sol, se doraban las gloriosas piedras de la ciudad muerta castellana. El astro se ocultaba en la tierra de las llanuras, lenta, rítmicamente, dejando huella de sangre en su descenso. De la tierra surgía una canción fecunda de promesa y de misterio. Y en la ciudad, para decir a los hombres frívolos que llegaba la hora de las sombras, lloraba la campana de la colegiata. A su llamada, contestaba temblorosa la esquila de un convento monjil, de aniñado acento; la campana moza de una parroquia; el tañido armonioso, lejano, de una ermita del arrabal.

Se encendieron las luces de la ciudad. Sus calles, en ziszás, recordaban los surcos quebrados de los llanos que la circundan y aprietan. Eran todas evocadoras y todas distintas. En una plazuela solitaria arañaba el cielo la aguja de una torrecilla; en otra cantaban los niños, a coro, un romance de las tres hijas del rey infiel. En una calleja, una alhóndiga. En la de al lado, un escudo mohoso en la fachada vieja. Por ella discurría Manolo, presa de una agitación febril, esperando la luz conocida de una ventana que permanecía cerrada.

Dos horas de mortal angustia esperaba Manolo la luz de aquella ventana que tantas veces había alumbrado sus ensueños. ¿Ahora? La interrogación, sin respuesta cabal, le martilleaba las sienes. ¿Aquella Lolita? Pero Lolita no tenía culpa, sino él, él solo. Y proseguía en su monólogo, henchido de divagaciones, contradictorio, pintoresco, absurdo:

[95] ¡Oh señorita! ¡Oh señorita! Esto no puede ser. ¿Comprende?
[96] *No bromeamos con el amor.*

– Esas provincianitas, se decía, nos quieren, sí, nos quieren, como María me ha querido. Pero la procesión les anda por dentro. Nos quieren y no saben decirlo. Se sacrifican y nadie sabe su sacrificio. En la vida, son perfectas madres, pero como novias… No; lo que es para novias, Madrid. ¡Aquella Lolita, tan charlatana, tan embustera, tan bonita!... ¡Pero María! ¿Saldrá María? ¿Jugará conmigo ahora como yo he jugado con ella antes? El caso es… que yo no tengo defensa. Y la quiero pedir perdón, y casarme con ella, y…

Se oyó ruido de cristalería, se abrió una ventana y asomó un busto de mujer. El de María. Manolo quedó confuso. Se acercó tímidamente.

– María…, balbuceo el terrible pecador, el de los devaneos e infidelidades cortesanas.

María replicó dulcemente:

– Pero Manolo…

Y Manolo razonó la solicitud de su indulto prolijamente. Siempre ha sido torpe costumbre la de oír conversaciones ajenas y necia cosa, además, fisgonear pláticas de enamorados. Aquella fue larga y cordial. Se habló de boda: se fijó una fecha; «pelillos a la mar», dice el adagio.

María, al hablar luego con su mamá, estaba radiante, pero en las mejillas había surcos de lágrimas.

También Manolo, espíritu fuerte para los contertulios de la cacharrería del Ateneo, lloró aquella noche…

Y es que le nació el grande amor entonces sobre el solar de las pasadas frivolidades. El amor, del que ha dicho un poeta que es como un niño recién nacido. En efecto, hasta que no llora, no sabemos si vive.

La Ilustración Artística (11-09-1911)

Dos historias de amor

I. ¿Mercedes se casa?

«Querida Lolita: Carlos pidió la entrada ayer. ¡Si vieras, chica, qué trance más apurado es ese!

Llegó a las diez en el coche; desde la ventana espiaba yo el alto de la carretera. Llegó una hora más tarde el dichoso cochecito. ¡Cuando llegó me entró una alegría y, al mismo tiempo, un miedo! No sé lo que sentí al verle con su gorrita de viaje, con el cuello del gabán alzado, muertito el pobre de frío. Entró en casa enseguida; salió Jacinto, mi cuñado, a esperarle. Llegó al fin. ¡Qué trance, hija! Salí a recibirle al pasillo y no se me ocurrió nada; él, tan ocurrente siempre, tan abierto de genio, estaba más simple que yo. Te aseguro, Lolita, que era un paso, ¡un paso!.. Bueno. Entró en el comedor; entraron con él mis padres; se habló del campo, de la política, de todas esas cosas tan pesadas. Y... ¡pum! Mi padre abordó el asunto. Carlos traía el consentimiento de sus padres; dio a los míos una carta. ¡Tengo una suegra más simpática, si vieras! Yo estaba muy colorada, chica, como un tomate. No era para menos, Papá nos dijo que aprobaba nuestros amores y que esperaba de él, de Carlos, que me quisiera mucho y que me respetara siempre. Carlos, bobo, se emocionó. Respondió con un silencio que no olvidaré nunca.

Luego, se deshizo la etiqueta. Almorzó Carlos a mi lado, alimentamos la chimenea y hablamos, hablamos. Llegó en seguida la una, ¡Cuidado que son cortas las horas en que está una con el novio! Aquí comió; tomó café con nosotros. Y no creas; él, que ha andado siempre de la ceca a la meca, que vive en Madrid, no se aburre de esta aldea. Es sencillo en sus gustos; dice que la cocina de casa le recuerda la puchera de la suya; da gusto con él.

¡Cuánto le quiero, Lolita! Perdona el desahogo, chica. Estoy loca de alegría, pero mi alegría es serena, agradable, apacible. Le adoro y no se lo digo. Quiero que él vea por un agujerito el corazón de su Mercedes, que es suyo, todo suyo, y no me atrevo a decirle nada. A veces me reprocha mi silencio, «mi sequedad», dice él; pero me mira y queda tranquilo

Me casaré pronto. Carlos piensa ganar estas oposiciones, las ganará y nos casaremos. ¡Hacía ya un año que lo veía! Y estará aquí sólo unos ocho días, que quiero aprovechar.

Lolita; ¡qué dulce es sentirse amada, mimada, querida, por un hombre como Carlos! ¡Es para mí tan bueno! Dice que soy su madre, su hija, su hermana, su amiga; todo eso soy para él. Y lo demuestra. Me habla con confianza, con una intimidad tan hermosa, con un afecto tan serio y tan contenido. ¡Cuánto le quiero, Dios mío! A veces siento miedo por algo que no sé decirte. Se pone triste, se calla; me parece que hay algo de él que no me pertenece. El cariño que le tengo me hace pensar, a veces, cosas absurdas.

Mira, Lolita. Ahora viene Carlos. Le veo desde aquí. Cierro la carta; perdona, chica. Ya te lo diré todo.

Recibe muchos besos, muchos besos, de tu amiga

Mercedes»

II. Tres años después

«Querida madre: Vine ayer a este pueblo. Hoy me ha dado posesión del Juzgado el juez municipal, un abogadete que ha dejado la toga por la escopeta y que sabe de memoria todas las zarzuelas de Arniches. Luego fui al casino, me presentaron a los primates y pude advertir que me toreaban para jugar. Y no lo consentiré. Quiero cumplir con mi deber sin intemperancias, pero sin vergonzosas debilidades.

El pueblo es como todos los pueblos de Castilla. Una llanura inmensa, que se abraza con el cielo, le rodea. No hay un regato, ni un árbol, ni una suave ondulación montañosa. La gente, castellana vieja. Me parecen francos y simpáticos todos, así, a primera vista.

Y anoche, mamá, tuve un disgusto horroroso. Tú sabes que no quería venir aquí porque Mercedes se casó con un chico de este pueblo. Yo, mamá, he ido retorciéndome el corazón, callando, pensando que Mercedes no me pertenece. Hasta ahora, tengo la conciencia limpia. Pues verás; anoche tuve ya que actuar de juez. Fueron de caza varios, entre ellos el marido de Mercedes, a una dehesa del marqués de Sotogrande. Un cazador era novato; en un puesto soltó dos tiros a quemarropa a Luis Ruipérez, que así se llama el pobre marido de mi exnovia. Fui con el escribano y los médicos y constituí el Juzgado en la dehesa; un verdadero jaleo. Tomé declaración al herido; metí en la cárcel al imprudente, que es un buen hombre, al parecer; llegó Mercedes... Tuve que hablar con ella. Adopté una postura correcta, afectuosa. Me parecía mi hermana. Aquel dolor mío, tan callado, serenóse al verla. Y Luis murió entre Mercedes, el escribano, el forense y yo. A mí –no me conocía, pero conocía mi historia de seguro– me estrechó las manos en silencio, antes de morir.

Mamá: he sacrificado al placer de tenerte cerca la tranquilidad de mi corazón. Porque estoy como el que cae de la luna, atontado, despistado. ¡Por algo no quería yo venir aquí! Toma el tren y vente, madre mía, ¡Dichosa profesión la judicial!

Ahora no sé si ir a dar el pésame a Mercedes. En el dolor, me parece sagrada. Siempre lo fue para mí. Verdad es que no quiso oírme después de nuestra ruptura, pero también lo es que yo di aquella campanada porque sí. Y la pobre tenía que casarse...

Cumpliré mi deber. Hablaré conmigo a solas, en uno de estos monólogos brutales que me destrozan el alma, pero ten la seguridad de que no insultaré el dolor de Mercedes con una indelicadeza, ni faltaré tampoco a la estimación que a mí mismo me debo.

Todo ello parece una novela. ¡Qué vida ésta!

Adiós, madre, y recibe un abrazo fuerte, rabioso, de tu hijo

Carlos»

III. Mercedes, «Jueza»

«Querida Lola: Mañana hace dos años que enterraron al pobre Luis. Y voy a decirte que me caso por segunda vez. ¿Con quién? ¡Pues con Carlos! Oye y no me taches de ligera.

Carlos vino de juez aquí el mismo día que murió Luis. Ya sabes de qué manera murió el desgraciado. Carlos, como autoridad intervino en aquello. Y en seguida se aisló de todo el mundo. Vivió en su Juzgado, con sus papeles, con sus libros. Por una delicadeza verdaderamente singular, no vino a darme el pésame. Me escribió una carta breve y efusiva. «Señora y amiga,» me llamaba el buen juez.

A vivir con Carlos vino su madre. Y esta señora es amiga mía, desde que el botarate de su hijo me dejó por aquella madrileñita –¡hace ya ocho años!– que casó con otro. La mamá de mi segundo y futuro marido, Doña Andrea, vino a verme, a coser conmigo por las tardes, acompañándome con asiduidad. Nunca me habló de Carlos. Así pasamos un año y pico. Luego, Carlos, con timidez, se acercó a nosotras una tarde en que salíamos de paseo por las afueras, después de un encierro largo.

Luis el pobre no fue bueno conmigo. Yo le he perdonado, pero así es como te lo cuento. No dejó huella en mi corazón. Los ocho meses de nuestro matrimonio no fueron tranquilos ni felices. Tampoco, es cierto, fueron borrascosos. Luis –¡Dios me perdone, pero en ti me confío del todo!– se distanció de mí muy pronto. Tenía sus amigotes, su partida del casino, sus cacerías; después de eso, su mujer.

El caso es, como te iba diciendo, que Carlos se puso a mi lado, paseando yo con su madre, el día 4 de marzo del año pasado. Hablamos muy poco. Nada insinuó. Volvió a casa con su madre. Ya me insinuó un poquito, pero tan vagamente, que sería una loca entonces si hubiera levantado

mí castillo de naipes. Hubo amistad íntima; nada más. Alguna vez hablamos de aquellas relaciones pasadas, digo, habló él. Y en mí, mujer al fin, volvió a renacer una esperanza, que ni yo misma sabía en qué había de consistir. ¿En ser su amiga afectuosa, sin que entre nosotros jugase el amor para nada? ¿En ser su..., mujer? Yo era viuda, pobre, un poquito ajada acaso. Y no me parecía del todo un disparate aquella esperanza.

En fin, hija, abreviando, que un día Carlos, colorado hasta las orejas, me dijo: «Si yo pudiera ser *para ti* –¡dijo *para ti*!– el de antes;» que yo callé; que él, sabio en interpretar leyes, olió la buena que yo le tenía; que... nos casamos. Que nos casamos dentro de quince días. No hay ya arrebatos en él. En los ojos tiene una tristeza que me da pena; me mira largas y largas horas; un día le encontré... sollozando. Sí, hija, sí. Y me reveló el misterio.

– Mercedes, me dijo, te quise siempre, siempre. Te casaste y callé. Pero siempre fuiste mi ángel bueno; mamá lo sabe. Hoy ya puedo decírtelo. ¿Me perdonas *aquello?*

Le perdoné aquello y quedó concertada nuestra boda. Mi padre ha vuelto a ser amigo suyo; voy a ser pronto la *jueza.* ¿Tienes que recomendarle algún pobrecito preso, algún pleito enojoso?

Vendrás a la boda; a su tiempo te invitaré oficialmente. Carlos, que sabe que te escribo, me encarga que te salude muy cariñosamente y que te escribirá.

¿Me contarás en secreto lo que te diga, Lola?

Te abraza esta viuda alegre que ha sido siempre tan triste

Mercedes»

La Ilustración artística, (25-09-1911)
Sóller (07-10-1911)

Hablando con don Juan[97]

Para Nicolás Oliva

La noche de ánimas me visitó don Juan Tenorio. Ha venido a charlar conmigo a mí despacho. Era ya muy tarde, las tres de la madrugada. Me inquietaba ese conjunto de rumores que forma el silencio de la noche; un perro que ladra a lo lejos, unos pasos que tiemblan sobre las pizarras, un suspiro de angustia que se pierde, un gato que maya sobre los tejados vecinos. De pronto, se abrió la puerta de mi despacho. Me asustó. La tradición de la noche de ánimas me hizo ver un esqueleto envuelto en una sábana blanca; recordaba el coco de la rolla y los gnomos barbudos de los cuentos infantiles. Pero, no; era don Juan, ojeroso, pálido, alto y esbelto como siempre. Traía gallardamente envuelta la capa andaluza sobre los hombros; la pluma del chambergo flotaba airosa, ritmíticamente con el movimiento acompasado y señoril del burlador sevillano. Las calzas eran de cuero fino de Milán. Desembozado, pude darme cata de que colgada al cuello, a guisa de amuleto, traía una medalla de la virgen del Carmen.

Nos saludamos como antiguos amigos. Don Juan, sin ceremonias, me pidió un cigarro. Usaba yesca el hombre; ofrecíle mi encendedor flamante. Sonrió finamente el burlador. Devolvióme el chisme y con sorna, dulcemente, exclamó don Juan:

– En todo adelantáis, mi amigo, menos en el arte de amar.

Dejó el chambergo sobre la mesa. Su cabeza, digna de Van Dick, estaba llena de canas. Fumaba con gesto aburrido. Me miraba de hito en hito, y una mueca de ironía se dibujó en sus labios. Luego, turbando el silencio de la noche, prorrumpió en una sonora carcajada; yo le acompañé en el estrépito, sin saber porqué.

– Vengo –comenzó diciendo– de dar digno remate a una nueva aventura. Me gustó una casada sabrosa, hembra de un hombre vulgar. He de advertirte que estoy harto hastiado de monjas; son untuosas, bobaliconas, tímidas. Sus besos saben como el arrope y sus lamentos como la música de Rossini... Son gelatinosas... Las solteritas no excitan tampoco mis apetitos de libertino, juegan a defenderse; piden recursos al enemigo cuando tienen la plaza rendida; una vez raptadas, te hablan de regularizar la situación. Con las casadas, ya es otro cantar. El amor se ha hecho mecánico, monótono; de dogma ha pasado a liturgia; de sentimiento a palabra. He robado a una casadita sabrosa como te digo, y una vez que he gustado de ella, no he tenido tiempo para aguantar sus lamentaciones. La he dejado llorando a la puerta de casa y he venido a fumar un cigarro contigo porque sabía que velabas...

[97] Con este mismo título, aunque distinto contenido, Sánchez Rojas publicaría, años más tarde, otro artículo en *El Liberal* (O.C. Tomo I, página 189).

La voz de don Juan era opaca; no tenía vibraciones ni matices; comenzó a contarme sus aventuras. La de Isabel, en Nápoles, fue chistosa, y el Rey, cuando les sorprendió, llevaba unos ridículos calzoncillos azules. ¡Era de verle con el candelero en la mano, hablando del honor en rotundos períodos calderonianos! El encuentro con Tisbea ha servido de argumento de novela romántica y provinciana. La de doña Ana de Ulloa le hizo reír a mandíbula batiente, y fue sabrosa porque gozó las primicias... Pero estaba aburrido, cansado, lleno de rencor contra sí mismo.

– No creas, hombre, soy un libertino a mi pesar. Creí advertir por primera vez una leve emoción en sus palabras. No me engañaba. Don Juan, sacando de la faltriquera un lindo pañolito de batista, regalo seguramente de alguna aventurera, enjugó una lágrima temblona. Luego, recogiendo de mi librería unos cuantos volúmenes, y poniéndolos sobre la mesa, continuó diciendo:

– Sí, ya sé: *El burlador de Sevilla*, de Tirso, el fraile socarrón; *Don Juan*, del trovador aventurero y fácil, el poema del inglés cojo, hermoso y poeta, los sueños extravagantes del mozo florentino, "la leyenda" del pollo, ese de Said Armesto. No hagas caso de tales libros. El fraile quiso atemorizar a las beatas asustadillas; Zorrilla tejió lindos versos a costa mía, para correrse una juerga; Lord Byron me cantó para cantarse a sí mismo y para hacerse el reclamo entre las *ladyes* [sic] fáciles; Papini se aproximó a la verdad cuando dijo que yo buscaba el amor en el fondo de una aventura; Said Armesto la tomó conmigo para fastidiar a Farinelli. Seguramente hará otro libro para probar que soy gallego, paisano suyo. Todos los grandes hombres, yo, Colón, somos gallegos. Es la moda. Pero a ti sólo te contaré la verdad.

Encendimos otros cigarros. Don Juan contempló un retrato de mujer que yo tenía encima de la mesa. Y como le dijera que se quedase con él si gustaba, para aumentar su colección, no se dejó rogar, y abriendo el apretado juboncillo gris, lo llevó al pecho, al lado de otros retratos.

Bebimos alegremente y brindamos por la mujer. Don Juan, reanudando la plática, siguió diciendo de esta guisa:

– No, no soy un libertino: miente Zorrilla y miente Tirso, y con Tirso y con Zorrilla, otros como Molière, a pesar de ser este hermano mío: un perfecto histrión como yo. En mis escalas nocheriegas, en mis juramentos falsos, en mis besos robados, en mis promesas fingidas, con Isabel, con Tisbea, con doña Ana de Ulloa, con Inés, con la casadita de ahora, iba detrás del amor, pero el amor no me correspondía. Amaba sin ser amado, al revés precisamente de cómo entiende mi real y verdadera historia ese tarambana de Florencia. Pensaba en el matrimonio antes que en sí deseado; en los hijos antes que en, la coyunda; en los nietos antes que en los hijos. Y escuché voces que me hicieron palidecer de espanto, y toqué manecitas que hicieron correr por mis manos ráfagas de tibios escalofríos y besé labios puros que me hicieron semejante a Dios. Pero amigo mío –y aquí la voz de don Juan temblaba dulcemente– del fondo de la voz amada llegaba a mi espíritu una estridencia rabiosa, en el contacto de las manecitas veladas notaba no sé qué de viscoso y repugnante; mis labios, al apartarse de los labios amados, sentían un sabor dulzarrón y baboso. Mi ángel me mostraba la mujer con todos sus encantos, y mi bestia me mostraba la mujer con todos sus prosaísmos. Una novia me hablaba de matrimonio; otra, de que no la hiciera perder el tiempo; esotra, me contaba los terrones; para la de más allá, era un petimetre de calzas de Milán, de capa airosa y de chambergo caballeresco. Pero ninguna acertaba a ver, bajo mi capa de libertino, mis anhelos, mis entusiasmos de mozo, los sueños de adolescente que quería renovar en la vida. Y me burlé de todas. Fui libertino, porque no me dejaron ser un santo. En el fondo, soy un buen marido fracasado. Y lloró don Juan. Respeté su emoción, y las campanas del pueblo doblaban por los muertos a la hora del alba. Hablé a don Juan del Comendador, y comenzó a temblar de miedo. Las campanas seguían tañendo tristemente. Juntos marchamos a una buñolería, y mientras yo pensaba en las desdichas del libertino, fracasado como todo hombre, él requebraba a una mozallona sudorosa y guapa y concertaba una cita para el anochecer.

Reprendí con la mirada al hijo de don Diego, y él se encogió de hombros, ofreciéndome una copa y una rueda aceitosa de buñuelos humeantes. Cantó un gallo, clareaba, y me despedí de don Juan.

El Adelanto (04-11-1911)

Cuento infantil

Una vez era una princesa muy linda, que tenía el cabello de oro y los ojos de cielo despejado. Era muy buena, sus papás la querían mucho y se llamaba Rosita. Como era rica y princesa, no se trataba con las niñas pobres, ni con las niñas ricas porque no eran princesas. Como no había más principado que el de Rosita en su reino, Rosita no se trataba con nadie.

Reía mucho de niña la princesita.

Tenía una muñeca, Buby, con la carota muy roja y los ojazos muy grandes. Rosita y Buby se querían mucho. Pero Rosita crecía y no crecía Buby. Como las amistades se fundan en la semejanza de edad, y las niñas chicas buscan la compañía de las niñas grandes, la pobre Buby perdió el favor de su amiga, y fue con su carota roja y con sus ojos grandes al desván del palacio, que era muy grande; al desván del palacio, que era muy frío.

Rosita tenía que ilustrarse. El Rey la buscó una institutriz inglesa, que se llamaba Dazy, o lo que es igual, Margarita. La inglesa, que no se reía nunca, era el castigo de la linda princesa. Cuatro horas de piano, dos de inglés, una de geografía, dos de baile. Había hecho un horario, con rayas tiradas a regla, y por nada del mundo podía alterarlo la princesa. La futura reina de un trono era la esclava de la señora cargante. Si se reía con estrépito Rosita, Margarita le decía que las risas fuertes son intolerables en la etiqueta. Si la niña murmuraba de que el presidente de los ministros tenía una verruga en la nariz, la inglesa hacía un gesto de mírame y no me toques.

Una vez que la princesa habló de una prenda íntima, de una camisita, delante de un criado, Margarita habló con los reyes, Rosa fue castigada, se quedó sin postre y se fue a la cama a la hora de las gallinas.

La pobre niña comenzó a decir una cosa y a sentir otra. Hablaba con los labios y callaba con el corazón. Entonces la institutriz la elogiaba y sus papás la compraban muchos juguetes.

Cumplió diez y seis años Rosita.

Era una preciosa muñeca la gentil princesa. Sus ojos destilaban bondad. Las manitas, pequeñas, parecían de rosa. La boquita, menuda, remataba en dos líneas pequeñas, rojas y frescas. La garganta era muy bonita. Luego, el cuello iniciaba dos arcos, llenos de gracia, en las espaldas.

Y Rosita fue a un baile. Los cortesanos de su hechizo y donosura se prendaron. Los poetas la cantaron en verso, los cortesanos la rendían a reverencias, los embajadores hablaron muy bajito, muy bajito...

Y Rosita bailó con un mancebo. No se dijeron nada, pero al separarse de bailar el primer baile se pusieron muy encarnados. Danzó después Rosita con dos señores graves; el tercer baile fue para el mancebo.

Concluyó la fiesta, Rosita se retiró a su habitación, azul como sus ojos. Después de rezar el bendito, se quedó dormida. Y luego se soñó[98] con el mancebo; daban vueltas y vueltas en una sala muy grande. Fatigada de bailar se despertó. "¡Jesús, que locura!" dijo, tiritando de emoción, embozada en encajes. Y se quedó dormida como se quedan dormidos los ángeles en el cielo, cuando San Pedro toca la campana al anochecer, y los angelitos se van a descansar después de dar un beso a Dios.

Al despertar Rosita, su papá, el Rey, la llamó a sus habitaciones. El embajador de Tentonia había concertado con el papá el enlace de Rosita con un príncipe de allí. Rosita, al saber la noticia, lloró, acordándose del mancebo de la noche antes. Los papás que no suelen entender cosa mayor de las lágrimas de los niños, echó a la emoción la paternidad de aquel llanto, que era hijo de la primera amargura de la princesa bonita.

Se casó Rosita y no fue feliz. Y se murió pronto. El pueblo la lloró porque era buena y su marido se casó al año siguiente con otra princesa de Franconia, más fea que Rosita.

¡Niño mío, no envidies a nadie! El niño que tiene palacios, y automóviles, y muñecas que dicen papá y mamá, y escopetas de dos cañones, y barcos de resortes, y abrigos de pieles, tiene también sus tristezas, como las tuyas, niño pobre, peores que las tuyas. Y sus enfermedades como las tuyas, peores que las tuyas. Rosita era princesa, guapa, rica y mimada y ¡ya ves! se murió de tristeza. Porque mi cuento es historia, todas las historias de los corazones que sangran. ¡Como sangrará el tuyo, hijo mío, cuando seas mayor!

El Adelanto (18-01-1912)

Amor prudente no es amor

Aquella ruptura de relaciones amorosas fue la campanada más gorda que se oyera nunca en Villa Regia, la comidilla más sabrosa del casino, el tema que mejor profundizaron los ociosos y

[98] *Se soñó*: salmanticismo por "soñó".

distinguidos azotacalles de la población, lo menos durante quince días, hasta que el trueno gordo de la quiebra comercial de don Ramiro relegó los asuntillos amorosos al desván del olvido. No era para menos la campanada de Joaquín, un muchacho tan formal con la novia pedida, anunciando a sus íntimos la fecha probable del entronque, cometiendo tonterías de cadete a todas horas con la novia, asegurando el día antes que Nieves era un ángel del cielo, una perla de mujer, su ideal hecho carne. ¡Vaya usted a fiarse de las palabras de los hombres, palabras que lleva el viento consabido! Cinco años en relaciones con la chica más bonita del pueblo; cinco años pelando consecuentemente la pava las noches lluviosas y las noches serenas; cinco años de fidelidad absoluta, Joaquín sin devaneos, Nieves haciendo la monja en las ausencias largas de Joaquín.

Y el mejor día, después de la petición de mano, el trueno gordo, la badajada, una ruptura incomprensible, un tirón brusco sin explicación aparente. Sobre todo, las chicas de Villa Regia, con esa solidaridad en juzgar al sexo opuesto, que tanto las honra, decían horrores de Joaquín. Nieves se encerró en su clausura otra vez. Joaquín marchó a la corte…

Marchó a la corte Joaquín, queriendo recoger, en todos sus detalles, con todos sus matices, para aferrarla bien a su espíritu, la escena fatal de la ruptura. El mismo no se explicaba lo que sucedía; en la mueca serena de su dolor se retorcía el recuerdo de la palabra dicha así, naturalmente, como si hubiera sido carne de pensamientos que nos son familiares, palabra maldita que revela más que un discurso, descuido fatal que alumbra un secreto que celamos cuidadosamente, fortaleza que se asalta sin temor en un momento de sorpresa, cazando al enemigo para siempre… Hablaban Joaquín y Nieves de la boda, de la fecha probable de la boda, que Joaquín no se atrevía a fijar nunca, pendiente como estaba de resolver su vida que era su amor. Nieves apretaba el cerco; Joaquín se defendía: –Será pronto, nena, muy pronto. Y llegó la palabra: –Joaquín; no me gustan las relaciones largas; todas mis amigas se han casado; mira lo que haces; van pasando los años y... yo puedo perder una colocación.

Así; *una colocación*. Joaquín, cobarde como todos los enamorados, oyó la palabra sin rumiarla, sometiéndose ante la hembra cautelosa, que quiere asegurar su presa en su vanidad. Juró casarse de cualquier modo, al aire, Dios proveería a buen seguro, eran unos meses, muy pocos, de inestabilidad. Luego vendría la plaza, el equilibrio, el sueldo normal, con sus ascensos, con sus quinquenios, cronométrico, exacto, seguro, como un reloj. Nieves venció en toda regla aquella noche. Joaquín, derrotado, pidió un beso.

Nieves retrocedió indignada. Entonces, después, cuando la boda... Joaquín se despidió de su prometida, con una tristeza muy honda, que supo velar. Aquella roche no pudo dormir. "Una *colocación*, una *colocación*"; le zumbaba la palabra, un moscardoneo insolente; vino la reflexión, la calma; el matrimonio era otra plaza, como la que él esperaba, meses después, en los Registros; Nieves le hablaba prudentemente, cuando la prudencia –que es una forma de egoísmo– es enemiga del amor. Aquella novia suya calculaba: esto era todo. El ideal, potro mal domado en el espíritu de Joaquín, era rocín flaco, que se paraba ante el obstáculo para moderar la marcha, en el alma de Nieves. Y recordando...

Recordando Joaquín, recordando en la vigilia de aquella noche que no tenía alba para su esperanza, pensó, por primera vez, en aquellos amores. Nieves le correspondió a las primeras de cambio, sin emoción, contenta con ser novia, satisfecha en su vanidad, dejando hablar a la gratitud.

¡Después de todo, no iba a casarse con su suegro, contra el que se despachaban a su gusto las venenosas lenguas de Villa Regia! Aquel sí, dicho fríamente, mecánicamente, ante la turbación de Joaquín que no acertaba a decir discretamente la cosa más sencilla, fue la primera espina que se clavó en su corazón, y que después se fue disipando ante inolvidables confidencias posteriores a la reja.

Nieves llegó a quererle con toda su alma; Joaquín correspondió con la suya. Pero luego que se formalizaron las relaciones, después del paso comprometedor, por propia iniciativa o por ajena sugestión, Nieves dejó de ser como era. Apuntó el recelo ante la generosidad de Joaquín; asomó la mujercita calculadora, que no tiene alas para volar, y que no sabe remontarse más allá del suelo; era vulgar, muy vulgar, inmensamente vulgar, en sus apreciaciones, en sus amistades, en sus gustos; vivía eternamente a la defensiva, como ante un salteador de honras. No quiso hablar nunca de sus amoríos pasados a Joaquín. Sus cartas eran opacas, reflexivas, maduradas acaso con la colaboración de la mamá, sin una vibración, sin un matiz, sin una espontaneidad de esas que se paladean calladamente en las horas amargas, cuando buscamos el ánimo del hombre generoso.

Joaquín recordaba dolorosamente. Su dolor era como un hoyo; cuanto más crecía, más terrones de su espíritu arrancaba con la piqueta del pensar. Y no lloraba Joaquín. Tomó una reso-

lución enérgica, brutal: despedirse de Nieves, sin explicaciones, con frases ambiguas, corteses. Nada de insultos, que los insultos delatan. Y su amor se le marchaba de cuajo para siempre. Escribió a Nieves; marchó a Madrid. Villa-Regia no se hartaba de comentar la campanada.

Nieves recibió el trabucazo a la mañana siguiente de la entrevista. Lloró; se deshizo en lágrimas; comprendió que aquello no tenía una compostura fácil. Buscó una explicación y... nada. Fue el suyo un dolor rabioso, de amor propio pisoteado, de vanidad burlada. Frases compasivas de amiguitas que componen su mohín triste, su muequita de congoja; las frases de protesta, dichas sin alma, como en el funeral de un canalla, que nadie llora, pero todos acompañan al camposanto; la comidilla poco generosa; la bola de nieve que crece forzosamente en un pueblo donde no pasa nada y todas las cosas dejan su huella.

Nieves escribió a Joaquín, pidiendo perdón de alguna falta, que, de existir, sería inconsciente. No se hartaba de esperar al cartero que no llegaba nunca con la respuesta...

Se habló en el pueblo de otros amores de Joaquín, pretexto para olvidar amarguras recientes.

Nieves pensó en la paz del claustro. Escribió a Joaquín, contándole su determinación. Joaquín no contestó.

Pasó un año.

Y pasó otro. Y otros dos años más pasaron. Nieves se casó. Entre los novios antiguos ocurrieron incidentes que no salieron a la superficie. Joaquín anda todavía por esos mundos de Dios, esperando el amor grande. Nieves ha sido desgraciada porque casó con un hombre grosero. Joaquín ha encontrado, al correr de los años, una lucecilla lejana, que tiembla en el horizonte sereno de su esperanza.

Su optimismo se ha humanizado al choque de las pasadas amarguras. Y, en la convalecencia del corazón, ha creado carne nueva y sigue adorando, a pesar de los pesares, a don Quijote más que a los escuderos y bachilleres.

El Adelanto (21-10-1912)

La ciega

A la memoria de José Mª Gabriel y Galán, poeta de la charrería

Vicente se ha echado novia en la romería del Otero. Regresa de la romería con el corazón lleno de luz. En el altozano donde está la ermita ha conocido a Mari-Juana, la hija del montaraz de los Perales, moza garrida, guapota, con dos ojos negros como dos estrellas, con la color aldeana, rebosante de salud y de brío. Fue en el baile. Él, Vicente, danzaba rítmicamente, como buen charro, imprimiendo andar de vértigo a las piernas, manteniéndose firme, seguro, solemne, el cuerpo. Ella tocaba los pitos en la danza aldeana, embelesada con el ritmo. A lo mejor, se perdió el compás. «¡Anda la mi morena, que te quiero yo!», exclamó el galán, menos corrido que los señoritos formales en trotes semejantes. «*Pus pa* muchos años que *tamién* te quiero yo, Vicente», subrayó la moza. Y ni cortos ni perezosos, celebraron los esponsales. Ella se despojó del pecho el ramo y lo colocó en el chambergo del galán. Vicente se quitó del cuello el pañuelo rameado. «*Pa* ti, mi prenda», y la dama ufana, donairosa, recogiólo prestamente. Y ya no cambiaron de pareja en toda la tarde.

Vicente, sentado en el escaño de la cocina, mientras el *ama* repasaba las cuentas del rosario entre el *siñorío*, aperadores, menestrales y domésticos de la alquería de Íñigo-Blasco, recordaba la romería del Otero. Pocas horas antes él caminaba, de retorno, con su Mari-Juana por el atajo de los Perales. Allí estaba toda la charrería del contorno, de cinco leguas a la redonda. Era la romería del amor la romería del Otero. Después de la recolección se celebraba, y abundante y pródiga había sido la cosecha aquel agosto. Las paneras repletas de grano rubio daban alegría y buen humor. Las mozas, atezadas, curtidas al sol de fuego, estaban siempre guapas y ágiles al llegar la romería. Vicente, al llevar la renta al amo de los Perales, conoció a la muchacha. Le sirvió el yantar. Sin hablar de nada, lo hablaron todo. Ella le escanciaba el vinillo alegre, le adobó el lomo, le sirvió las rodajas de chorizo y el sabroso queso de oveja del lugar.

Pagó él tales refinamientos descubriendo su ingenio de mozo, que era *alcalde* de la mocería por méritos propios, y por su fortaleza al marro, y hasta por su habilidad en enamorar mozas, con tira y afloja, sin comprometerse. Y vagamente se citaron para la romería del Otero. Y como

son las citas tácitas las que mejor se cumplen en toda tierra de garbanzos, en la romería tornaron a encontrarse Vicente, el mozallón de Íñigo-Blasco, y Mari-Juana, la mozallona de los Perales.

Recordaba Vicente los ojos negros de Mari-Juana, ojos de fuego, de sol de agosto, ojos de meseta que abrasan como el llano en estío. Y el cuerpo garrido, menudo, apretado y armónico. Y los brazos redondos y carnosos de su novia. Rezó el rosario distraídamente. Y después de cenar, subió en el *Lucero*, le hincó espuelas, llegó a los Perales, tocó el tambor con los nudillos a la ventana de la moza, salió ella y se prolongó la plática en la noche clara. La tierra cantaba un himno de fecundidad. Croaban las ranas en el charco de la alameda. Hacía guiños la luna nueva.

Los novios, que no tenían grandes refinamientos, sintieron la majestad de la noche. Y renovaron su juramento. Y hablaron de boda «*pa* otro año»; él contaría con dos yuntas; ella tenía una *yugá*…

Dejó el mozo la ventana. Y cantando iba su alegría, en el silencio de la noche, camino de Iñigo-Blasco:

Labrador de mis padres
serás mañana;
echa surcos floridos
a mi ventana.

Y luego, cambiando de tonada, cantó furiosamente:

Te quiero más que a mi vida
sí.

El eco se perdía en el atajo. La luna, burlona, parecía sonreírse con una mueca amarga.

La viruela se cebó el invierno en la alquería. Murió el tío Simón, el aperador en pocos días. El amo Juan, enhiesto y firme como una *ahijá* de picar bueyes, murió de unas calenturas malignas. Mari-Juana se multiplicó cuidando a los enfermos, pasando noches enteras en vela. Y cayó ella también enferma con la terrible enfermedad. Fue la invasión a escape; la carita fresca se llenó de hoyos. Perdió la vista. Quedó ciega Mari-Juana.

Vicente lloró como galán enamorado, los primeros días, la tragedia silenciosa de su novia. Después… Después el *alcalde* en ejercicio de la flamante mocería aldeana tornó a mirar las mozas del contorno. Quedaban ojos muy bonitos así en los Perales como en Íñigo-Blasco, así en Valde-Soto como en Valdemierque. Y fue menos a los Perales, cada vez menos. Primero el rendimiento al dolor, la protesta de fe viva, el aullido del alma enamorada que quiere rebelarse contra lo irreparable. Después –también el diccionario aldeano tiene todas las gamas, aunque otra cosa crean los *insinguines* letrados de la ciudad– la frase cortés y vaga, que dice literalmente compasión y esconde desprecio.

La pobre ciega lloraba en la cocina, lloraba mansamente, sin consuelo. Se sabía traste inútil, cachivache que no sirve y se destina al desván, estorbo. Y mimosa quería creer a su Vicente y dentro de su corazón primitivo le quería. ¡Ay, sin ojos se puede amar también! ¿De qué valen los hoyos en la cara cuando es transparente y cristalino el corazón, que es el verdadero soberano en achaques de amorío? ¿Una ciega no puede amar a su hombre? Sí, sí, Dios mío, sí. Pero su Vicente… Su Vicente aparecía cada vez menos por la cocina. Pretextaba un quehacer urgente: tenía que ir a la *tená*, que herrar al *Lucero*, que hacer un encargo del amo para la feria de Alba. Pero volvería. Volvería a ver a su Mari-Juana. Las cosas estaban malas; ya no podrían casarse después de la recolección. Vicente se había metido en gastos y acaso no contara con las yuntas para cuando él quisiera. La palabra, sin embargo, era palabra. Más importaba palabra de caballero que juramento de galán al mozo.

Y la ciega tenía miedo, un miedo horrible, sin saber de qué. Veía allá, en la zona de su conciencia, donde todo era luz, que ya su Vicente no le pertenecía. No de ella, no de su hablar cantarino y fresco de antaño, no de su carácter bueno como el pan de trigo, no de su corazón fresco como rocío de mañana, se había enamorado Vicente; solamente los fulgores de sus ojos le turbaron. Y no se casará con ella. Pero ¡ay Vicente si otra hembra trataba de arrebatarle su cariño a la ciega! Y sentía calentura de leona celosa la pobre Mari-Juana. Que no la quisiera a ella Vicente, bueno. Le perdonaría. Después de todo ¿qué era ella, la cieguita, más que un estorbo? Pero que Vicente encontrara bonitos otros ojos, aquello iba a ser sonado y vendría en los papeles y en los

romances que cantan los ciegos, con voz gangosa, con violines acatarrados, en las ferias de Alba y de Piedrahíta, que ella no vería más…

Vicente tuvo otra novia, María Josefa, la de Valdemierque, muchachota de ojos verdes como sirena de mar, de senos firmes y recios como si fueran de mármol, de cabello castaño. María Josefa era precisamente la amiga de Mari-Juana. Supo la ciega la perfidia del galán. Calló, se reconcentró en su dolor como en rocosa fortaleza, sentada en la cocina de la alquería, insensible, acorchada, meditaba, meditaba la ciega…

Nadie advirtió el silencio, preñado de amenazas, de la pobre Mari-Juana. El aperador nuevo, José Manuel, no tenía tiempo más que para comer, y era tan cerrado de palabra, que apenas cruzó con la ciega unas frases que, queriendo ser compasivas, fueron burlonas. Justo, el hijo del amo, que lealmente quería a la cieguita, era el único que departía con ella, amablemente, en los ratos ociosos. Las criadas no la consultaban ni la gastaban bromas.

Pareció la ciega olvidarse de su Vicente. Era cosa hecha su boda con María Josefa. El hijo del amo asistiría; en septiembre, al recoger las uvas, por San Miguel, se casarían los novios. Y como es costumbre en las alquerías, la novia participaría el enlace. E irían a la ermita del Otero las mozas de los Perales, a horcajadas, en los mejores caballos. Y se cantarían coplas. Y hasta la rosca se danzaría por los mejores bailadores.

Y un día llegó la novia, la misma María Josefa en persona, a dar parte del convite. Besó a la ciega; ni le concedió los honores de la hostilidad siquiera. Habló de su Vicente.

Y… se levantó la ciega, lentamente, a buscar una cosa olvidada. Nadie hizo caso; era la plática animada y alegre. Volvió la ciega a María Josefa; la besó en la frente, y sacando unas tijeras del mandil, las aproximó a los ojos de la novia flamante.

Hubo un grito; los dedos perdieron la dirección; por la frente de María Josefa manaba sangre en abundancia. Sobre las cejas se advertía una honda cortadura.

La Ilustración Artística (19-05-1913)
Sóller (07-07-1923)

La forastera

Ha llegado una forastera al tranquilo pueblo, tendido en la llanura parda. La forastera es alta, grácil; viste con elegancia; su perfil es de una pureza clásica; su cuello es gracioso y ondulante; los ojos –negros– están saturados de bondad y de melancolía. Por el pueblo ha pasado una ráfaga de curiosidad. Luego, lentamente, los amadores jóvenes, los novios del pueblo, los que pican en graves y letrados, hasta los señores solemnes con facha de diputados provinciales que dan la última vuelta de crítica al proyecto ministerial, de retorno del paseo, se han preguntado si aquella mujer es la mujer perfecta, si todos han hecho mal abandonando su corazón a mujeres muy buenas, muy leales, sí, pero que tienen el vestido un poquito ajado, la conversación un poquito vulgar, la dentadura un poquito amarilla; a mujeres, en fin, que no han sabido sazonar de idealidad, de poesía, la vida soñada en los primeros sueños.

Las mujercitas del pueblo –¡Dios las dé muchos hijos!– son de una ingenuidad encantadora. Han vivido siempre una vida sin complicaciones, sin demasiados odios, sin demasiados amores. Les falta esa tolerancia comprensiva que cae casi siempre del lado del perdón y casi nunca del lado de la censura; esa tolerancia que da la vida y que descubre más pronto la tontería que la malicia en los actos humanos. Las mujercitas fallan sus pequeñas cuestiones de una vez, rotundamente, en bloque. Ni son felices ni son desgraciadas. Tuvieron un novio; intervino la familia; a su edad se casaron y a su edad fueron madres. Como casi todos los tontos, no hicieron nunca tonterías; la más grave solemnidad presidió todas las resoluciones; el cerebro, siempre sobre los hombros, fue el supremo juez de la vida, de lo que ellas llaman vida. No se engalanaron nunca con flores para las verbenas ni para los bailes. Nunca despertaron a su paso ni deseos ni esperanzas de aventuras. Cuando aparecen en el paseo, junto a los álamos del río, cerca de la Fuente del Peral, por la carretera de Valdesoto, actuando de suegras, en venerable escuadrón, adoptan ceños adustos, sombríos, casi trágicos. Ningún amor que no sea conveniente, lógico, razonable, es posible en el pueblecito. Una vecindad de tierras influye más en un matrimonio que una vecindad de espíritus. Mandan los padres y obedecen los hijos. Una boda es una fecha corriente en

el calendario, como el día del santo patrono o la aparición de la primera muela. Todo es acompasado, cronométrico, ni demasiado rápido ni demasiado lento.

La forastera hace ocho, quince días que vive en el pueblecito. La vida es agradable en el verano. Por las tardes, después do las seis, nunca; antes de las seis, salen las gentes, huyendo del calor, a un jardín que se levanta sobre un cerro pizarroso. Es bello el paisaje desde el jardín. Unos pinos, a la derecha, bordean las orillas del ancho río, que, serpenteando, va a morir a su manantial, entre las nevadas sierras que rematan a lo lejos la vega. A la derecha del paisaje, el llano se extiende infinito, monótono, con los surcos quebrados e interminables. El pueblecito se alza a la derecha, sobre una estribación. Agazapado y en línea como está, apenas si columbramos un torreón macizo que se destaca solitario, una aceña pajiza, dos campanarios panzudos, una casita blanca en la vega, las ruinas de un monasterio lejano con los campaniles huecos. A este jardín viene todas las tardes la forastera. Ellos la saludan embelesados, con respeto, bruñendo picarescamente las mohosas armas de seducción que manejaran hace muchos años en los escondrijos de la revuelta ciudad académica donde estudiaron. Las mujercitas, con un mohín de protección que esconde la hostilidad más refinada en su envoltura. Ellos dicen «¡qué guapa!», mientras ellas tratan en vano de buscar una imperfección oculta, un leve descuido, una osadía que criticar en el atavío. Cuando los hombres contemplan el cuello, de seguro se preguntan ellas si no es pronunciado el escote. Medid siempre la belleza, el hechizo, el encanto de una mujer, amigos míos, no por las pasiones masculinas que levanta, sino por los recelos femeninos que despierta.

Y la forastera trae revuelto el pueblecito. Hace ya dos meses que vive en él. Asiste a los bailes, a las reuniones, al teatro, siempre con distinta toaleta, siempre elegante y sencilla. La hija de don Pedro el diputado, que es la elegante del pueblo, halla intolerable la presencia de la forastera. Ya sabéis lo que dice D. Basilio de la calumnia; el texto es de *El barbero de Sevilla*. Primero es un airecillo frío, cruel, apenas perceptible; se torna en un viento fuerte; finalmente se trueca en huracán.

La forastera es provocativa; después, escandalosa; luego no tiene atadero posible. Ya se sabe la vida de la forastera en sus más nimios detalles; es una aventurera vulgar; D. Pedro el diputado sospecha que la ha conocido en Madrid en muy malos pasos, aunque la forastera no ha estado nunca en Madrid; la señora del diputado también afirma que «lo ha visto ella» con sus propios ojos; el pueblo ha convertido la sospecha en artículo de fe. En torno a la forastera se hace un vacío hostil. Las señoras apenas la saludan. Los hombres formales dejan sus sonrisas para mejor ocasión. Únicamente los inexpertos mozalbetes, de moral más ancha –ya sabéis todos lo que es la juventud–, piensan que una mujer bella bien puede permitirse el lujo de tener el pasado envuelto en el misterio. Finalmente, D. Enrique, el poderoso y discreto D. Enrique, ha dicho, mientras le daban un codillo en el casino, que «al ave de paso, cañazo», «que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer», y endilgando otros refranes de su hermosa ciencia sanchopancesca, de usurero, ha aludido claramente a la forastera, diciendo al alcalde que tome sus medidas.

La forastera se marcha.

A los quince días nadie se acuerda de ella.

El venerando ejército de suegras ha vuelto a sus paseos por la Fuente del Peral, por la carretera de Valdesoto, junto a los álamos del río, a departir tranquilamente. Siguen los señores graves discutiendo el proyecto ministerial en cartera. El periódico local, a propósito de ciertas fiestas que se avecinan, ha vuelto a su disertación sobre la hospitalidad de los pueblos castellanos.

Mundo Gráfico (24-12-1913)
La Vanguardia (05-09-1912)
El Adelanto (21-08-1912)

El loco

Temido era por su ingenio, por su franqueza desatada y hasta por su amor a la sinceridad –una sinceridad cruda, en bloque, maciza y desesperante–, el joven duque del Olivar, grande de España, muchacho de veintiocho años, alto, guapo, moreno, con la estampa de sus abuelos, aquellos abuelos clásicos que acompañaron a Don Fernando III el Santo a la conquista de Sevilla. En todas las reuniones y bailes de sociedad donde asistía el joven duque Fernando –y asistía a casi todas– se cebaba, luego, el comentario anónimo, la murmuración festiva y graciosa alrededor de sus dichos y ocurrencias. Se le temía, se le adulaba, se prodigaban con él los gestos más agrada-

bles de los caballeros y los mejores mohínes del repertorio de las damas. Pero nadie le estimaba sinceramente. El sentido de la franqueza en un ambiente tejido de mentiras frívolas, de amables condescendencias, de frases de doble sentido, no encuadraba con aquel primitivo, con aquel retoño de los Arcos y López de Vergara que, al igual de sus gloriosos ascendientes, labradores y guerreros, despreciaba la media luz y gustaba de la cruda, sana y saludable del campo.

La vieja duquesa, madre de Fernando, que adoraba a su hijo, porque era bueno y generoso, recto, llano con sus deudos y servidores, leal y de fuerte y enérgico carácter, tuvo que oír, más de una vez, los poco piadosos comentarios que se hacían de la franqueza de su hijo. Dominaba en los salones el recelo, el miedo; cuando el duque del Olivar asistía a los tés, a los bailes, se perdía y desaparecía, como por arte de encantamiento, la holgada y frívola plática, donde no siempre dominaba el sentido moral más exquisito. El duque del Olivar amaba a la marquesita de Talavera, una linda rubia malagueña, hija de inglés y andaluza, que admiraba el despejo de su Fernando, y era entusiasta de su claridad que a las veces tenía sus puntas y asomos de desvergüenza; daga florentina unos ratos y navaja de Albacete otros, la palabra de Fernando mordía, hincaba la punta de su donaire en los convencionalismos sociales que nadie se atrevía a desmoronar con denuedo.

Pero la noche de mi cuento, en casa de los barones del Sotillo, la madre de Fernando llegó a creer que su hijo estaba loco. Dialogando con un diputado de oposición, del que decían malas lenguas que se había enriquecido con la política, el duque del Olivar, como emborrachándose con su propia palabra, dijo a las damas la edad que tenían, a unos politicastros los millones que habían hecho; como le replicase uno de ellos, alterado y pálido, el joven duque repuso con presteza contando otras anécdotas, que todos conocían, pero que nadie se atrevía a comentar en voz fuerte. En la tertulia de los barones se hizo un silencio embarazoso, difícil, hostil para Fernando. La marquesita de Talavera, al lado siempre de su Fernando, fue la única que le apoyó resueltamente. El doctor Losada –que asistía a la tertulia– dijo, limpiándose los quevedos, que muy bien pudiera suceder que aquel joven estuviera perturbado.

La noticia corrió; la fama del doctor Losada era su mejor garantía. A la vieja duquesa le dio la fatal nueva su cuñada, la señora de Mezquita, el banquero. Acaso fuera necesario recluirle en un sanatorio. Los ojos del duque, inyectados de sangre, saltones, iluminados con el fulgor de sus frases sangrientas, terribles, eran, en verdad, los de un demente. La excitación del joven duque fue en aumento en los días sucesivos. En el Congreso, Fernando llamó histrión a un jefe de multitudes y ambos se fueron a las manos. Otro día, en un palco del Real, motejó de bandido a un usurero que andaba comprando títulos nobiliarios vacantes y había escrito una disertación de ética para su ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

La vieja duquesa, días después, oyendo los consejos del doctor Losada, recluyó a su hijo en un sanatorio. La novia, la gentil marquesita de Talavera, dijo que se trataba de un error, de una venganza; que Fernando estaba cuerdo y muy cuerdo; nadie la hizo caso. La pobre madre lloraba en silencio.

Fernando leía en su cuarto del sanatorio una mañana clara de abril. Desde allí contemplaba la pista de la Plaza de Toros, los aleros rojos de la calle de Alcalá, los miserables zaquizamíes y barracas raquíticas de la Venta del Espíritu Santo. En un jardín, a la derecha de su cuarto, paseaban los alienados. Uno de ellos, gesticulando, decía que era Don Alfonso XIII, Rey de España, que le habían usurpado la corona y que sus partidarios se aprestaban para la guerra civil. Otro de ellos, con una mitra de papel, echaba bendiciones al regocijado auditorio: era León XIII y le llevaban en la silla gestatoria, bajo las opulentas naves de San Pedro. Un banquero bilbaíno, que se había arruinado trayendo la ruina como secuela su demencia, trazaba en el aire cifras imaginarias, y lloraba y gritaba y pateaba de rabia porque sus cuentas no le salían bien y porque se había equivocado en la suma. Un loquero paseaba, fumando, lejos del pelotón de locos, pero vigilándolos. La mañana era plácida y dulce; se oían las esquilas de un rebaño que marchaba a Alcalá, a pastar acaso en las fértiles vegas del Henares. La campana, vecina, de los Hermanos del Corazón de María, tañía con majestad. Un sordo rumor, ya quebrado por la distancia, opaco, se advertía en la dirección de Madrid.

Fernando tornó a asomarse al balcón. Estaba tranquilo, resignado, pero triste, muy triste. Llamaron a la puerta. El duque exclamó:

– ¡Adelante!

Era el viejo doctor del sanatorio. Tenía unos ojos azules risueños, una figurita exigua, una frente despejada y noble.

– ¿Cómo va, señor duque?, dijo tendiendo su mano, huesosa y larga, al recluido.

– ¡Ya lo ve, doctor!, dijo Fernando con tono de tristeza.

– He venido observándole, dijo con lentitud el viejo médico. Usted está bien. Ha tenido usted en el mundo, según los antecedentes que le trajeron, una terrible, una desenfrenada, una cruda franqueza para tratar las gentes de su rango, señor duque...

Hizo una pausa el doctor. Ofreció un cigarro al descendiente de los Arcos y López de Vergara. Continuó diciendo lentamente:

– Así es que, amigo mío, yo no puedo entretenerle más en el sanatorio. Llame usted guapas a las mujeres feas, inteligentes a los necios, hombres austeros y morales a los follones y galopines con que usted tropiece por el mundo. Es la terapéutica del doctor y el consejo de un amigo; créame. Y vuelva usted a su casa esta tarde. Y hablaron después, largamente, de otras cosas el médico y el enfermo. Lució su despejo, su garbo, su donaire, el duque del Olivar.

– ¿Promete usted seguir mi tratamiento, señor duque?, insistió, dulcemente, el doctor.

– Lo prometo y le doy mi palabra de honor, repuso Fernando, dando fin a la plática.

Aquellos meses de reclusión dejaron honda mella en el espíritu de Fernando. Volvió al mundo, a la sociedad, sin esquineces ya su carácter, amable y risueño, galante. Logró apagar a su retorno los viejos rencores que había despertado y armado contra él. Dijo las frases que dice todo el mundo. Las damas contaron con un caballero más. Los que temían su ingenio, al verle ya recostado, accesible, fueron los primeros en aplaudir su talento. Aquellas furias pasadas –¡pobre Fernando!– no dejaban, tras de sí, el menor vestigio. Al conductor de muchedumbres le felicitó un día cordialmente, por los pasillos del Congreso, dándole su abrazo de amigo. Al usurero que hacía acopio de blasones nobiliarios, para tapar con ellos aquellas cuentas negras de las contratas del ejército durante la guerra carlista, le preguntó una noche, en el salón de los barones de Sotillo, particularidades y pormenores para hacer, de común acuerdo, una operación bursátil. Había ahorrado el joven duque casi todas sus rentas aquel año y quería emplear el capital sobrante en la buena compañía de un hombre diestro. No había de ser todo eso de ir cortando cupones y de ir apurando la cuenta corriente del Banco de España, hasta que la engrosara con un ingreso nuevo. Pero..., pero la marquesita de Talavera tenía para Fernando grandes desdenes desde que era como todos los demás, desde que decía las frases corrientes y se confundía con el estado llano de su círculo. Era evidente el desamor de la gentil marquesita. Cuanto más procuraba agradarle el duque, mayores pruebas de enojo y despego daba ella.

Y vino la explicación. La marquesita de Talavera replicó a Fernando ásperamente.

– ¿Me quieres?, exclamó colérico.

Calló la rubia con un gesto más despectivo que la misma negación. Y el duque –¡ay, amigos míos!– el duque se volvió loco, pero loco de veras.

La Ilustración Artística (09-02-1914)

El solitario

Y en el pueblecito, tumbado en la llanura parda que tiene su ombligo cara al sol, mozos y mozas, viejecitos y beatas murmuran y murmuran de mi amigo «el solitario». Todos le tienen ojeriza; las mozas porque no las mira ni las dice piropos; los mozos, porque el solitario no asiste a los bailes, ni canta en las rondas, ni pone flores en los ventanucos; los viejos, porque mi amigo se les ríe delante de las venerables barbas que saben a nicotina, de la experiencia de la vida y de otras cosas muy sagradas y muy serias, ¡pero muy serias!; las beatas, en fin, dicen horrores de mi amigo Manolo, del desgraciado loco del pueblecito, porque no es muy constante espectador de las misas domingueras, y además, trata con un marcado desdén al señor Párroco.

Mi amigo, el solitario vive muy a sus anchas en este valle de lágrimas y suspiros que le deparó la Providencia. Mascando odios, respirando antipatías, sintiendo los latigazos de los jayanes ocultos. Manolo es feliz. No tiene novia, ni quiere tenerla.

Él se ha nombrado su propio acompañante, consejero y amigo. Siempre va solo, ensimismado, enormemente distraído en no sabemos que peregrino monólogo interior. Y cantan las aves y no las oye; y pasan mozas arrogantes, plantitas de tiesto casero, y no las mira; y se acuesta el sol

detrás de los montes y no se le cuela alma adentro la roja puesta del sol… Siempre, siempre ensimismado, melancólico, abstraído.

Y, además, siempre alegre. En el hondón del alma del extraño Manolo, brilla una lucecita intensa. Espera, espera. Ha mirado, a hurtadillas, en un baile nocturno, en el patio de la iglesia, en el comercio de ultramarinos, en el vestíbulo del modesto teatro, *de pasada* siempre, aquellas muñequitas rubias, aquellas bravas morenas, y… nada, nada, ni la luz de unos ojos, ni el ademán de unas manitas frívolas, ni el parlotear de un canario bullanguero, han encontrado morada en su corazón. Y ha tornado al sueño, al ensimismamiento, a la terrible reconcentración de siempre. Y en aquel mundo suyo, que no pueden profanar ojos libertinos, ni husmear narices cucharonas, ni percibir orejas indiscretas, el ensueño toma la forma de mujer. De mujer y no de virgen. De mujer opulenta, espléndida, fecunda a las caricias del pobre Manolo y no de otro mortal alguno. El ensueño es un órgano cuyas teclas resuenan, solemnes y rebosantes de vida, al contacto de sus dedos, solo de sus dedos. El ensimismamiento es un cuadro con tres figuras centrales, una madre, un príncipe rubio, y él, Manolo, cuadro cubierto con cortinas para los demás y que solo puede descorrer el solitario. Y su reconcentración eterna, perenne, le es un placer tan grato que ríe a solas el pobre loco con tal desbordamiento, que el eco retumba de monte en monte. Y si gime, lloran los valles y las cañadas, y las esquilillas de los ganados y las gaitas de los pastores.

Es amigo de la Naturaleza el solitario. Es su maestra y le da sus lecciones, su amiga y le presta sus confidencias, su novia y le colma de besos. Y mimado por ella, pasea por sitios ignorados, donde no hay una risotada de mujer frívola, ni el tono alegre de una sombrilla, ni el pajarraco feísimo de un sombrero femenino, exótico, ni la tos perruna de un señor asmático y prudente.

Esto de no pasear por los parques urbanos le ha valido grandes reprensiones. En el pueblecito no comprenden la soledad, la santa, noble y fecunda soledad. O acaso la comprenden demasiado; acaso porque la temen, la rehúyen…

El solitario, con el codo sobre la mesa de su cuarto, con la mano acariciándose la barba, alegre y radiante, fuma y silba. Silba un aire desconocido en el pueblecito, un aire lioso, según dicen sus amigos, una canción alegre y triunfadora por un lado, amarga y tristísima por otro. Reconstituye Manolo la figura antipáticamente donjuanesca del duque de Mantua y el aspecto sombrío de Rigoletto. Canta:

«La donna è mobile»

Mas él no cree en la ligereza, en la veletería de su *dona*. Canta por cantar, en plena canción estética, sin motivo aparencial alguno. Ha dado fin su reconcentración espiritual. Y tiene novia. Y pasea por los parques urbanos. Y mira la puesta del sol. Y saluda con un piropo galante el encuentro de las buenas mozas. Y canta en las rondas, pone flores en los ventanucos y…

Sí, Manolo. Sé sincero. Y Manolo hace versos, *poesías*. Yo quiero que mi amigo se ponga colorado, delante de ustedes.

Y Manolo, además de hacer versos, de pensar mil locuras, de asistir a las misas domingueras y de haber hecho muy buenas migas con el párroco, que es un pobre señor –para el solitario todos son pobres señores hoy–, ya habla de la experiencia del derecho de la propiedad y de otras cuantas zarandajas divertidas.

Es propietario de un alma y volvería a sus soledades, después de mil locuras, si se la robasen.

El Diario Palentino (02-02-1915)
El Adelanto (10-06-1907)

Hablando con mi Reina

Pues anoche me soñé[99] que hablaba con mi Reina, Dª Victoria Eugenia, la dulce y hermosísima ex–princesa Enna de Battemberg. Mi sueño fue tan incoherente y absurdo como todos los sueños. Salí de un hotel de la calle de la Montera, con levita y enchisterado, a bañarme al Círculo de Bellas Artes. A la salida del Círculo, tropecé con Mella y con un presbítero gordo que

[99] "Me soñé", salmanticismo por "soñé".

le acompañaba, diciendo a cada paso: «¡Bravo, Don Juan, bravo!» En la Puerta del Sol tomé un modestísimo simón, con dirección a Palacio. Había solicitado una audiencia de la real bondad de Dª Victoria que me había sido concedida. A las once y media en punto se dignaría recibirme mi dulce Soberana. No sentía gran curiosidad por conocer las costumbres palatinas; años atrás había ya ofrecido mis humildes respetos a Dª Victoria con una comisión de mi provincia de Salamanca.

El cochero era germanófilo, como todos los cocheros. Al entrar en la calle del Arenal compró un número de *El Correo Español*, parando el vehículo. Aproveché el momento para apearme y proveerme de cigarrillos en un estanco próximo. Volvimos los dos a nuestros puestos. El caballejo comenzó a trotar tímidamente por la calle. Saludé a *Azorín* que iba solo, retorciéndose el bigotillo, con un libro en el bolsillo derecho de la americana. Al entrar en la plaza de Isabel II, torné de nuevo a contemplar la gallarda figura del Sr. Mella con el mismo presbítero obeso que repetía su estribillo de: «¡Bravo, Don Juan, bravo!» Don Juan, con el índice de la diestra, trazaba idealmente una parábola frente a la casa de Cook. Me restregué los ojos para asegurarme si era posible que Don Juan estuviese en la calle a las once y minutos de la mañana. Sabido es que Don Juan es uno de estos sabios españoles que se levanta a las dos de la tarde, porque su talento se cultiva por inspiración y brota por generación espontánea. ¡Si, sí! Era Mella; vestía una americana holgada y tocaba su soberana cabeza con un ligero sombrerillo de paja. Su compañero el presbítero no abandonaba su canción de: «¡Bravo, Don Juan, bravo!»

Llegué a Palacio por la puerta principal. Al subir por la escalera, bajaba D. Eduardo Dato, desmayado, flácido y soñoliento; se dejaba arrastrar por los escalones desmadejadamente, con pereza. Saludé al Sr. Presidente; el Sr. Presidente –recuerdo mi sueño con toda precisión– se irguió como un autómata y me hizo una indicación para que me acercase a él.

– Buenos días. D. Eduardo. ¿A qué debo el honor?

– El honor es mío; ¿usted es el Sr. Sánchez Rojas?

– ¿Usted me conoce?

– Ya lo ve. Pensaba telefonearle en este momento. S.M. la Reina no podrá recibirle hasta las doce; así me lo ha encargado mi Augusta Señora S.M. la Reina, Dª Victoria Eugenia.

– Estaba señalada la hora de las once y media para ofrecerla mis humildes respetos, Sr. Presidente. Con mucho gusto esperaré a las doce.

– ¿Usted no tendrá nada que hacer?

– Hasta las doce, nada.

– Pues entonces, son las once y ventidós minutos –dijo D. Eduardo sacando un magnífico cronómetro de oro–. Suba usted en mi coche, me lleva a la Presidencia y el coche volverá a traerle otra vez a Palacio. ¿Le conviene?

– Agradecidísimo a la bondad de usted, señor Presidente. Un lacayo correctísimo abrió la portezuela del automóvil presidencial. D. Eduardo, que es la quinta esencia de la corrección, quiso que yo subiera primeramente; yo, humilde escritorzuelo, no quise consentirlo; D. Eduardo insistió y tornó a insistir sin lograr vencer mi tenaz y un poco pacata obstinación. El automóvil partió con blandura, con naturalidad, sin esfuerzo, por la Plaza de Oriente en dirección a la calle Mayor. El Presidente y yo saludamos al Diputado por Algeciras, D. José Luis de Torres y Beleña, que cruzaba en automóvil también, vestido de maestrante de no sé qué Orden. D. Eduardo me ofreció un pitillo. Yo le miraba un poco aturdido de tanta familiaridad.

– S.M. la Reina –me dijo suavemente D. Eduardo– recibe en este momento al Sr. Vázquez de Mella.

– ¿Eh? –repliqué con asombro.

– Sí; al Sr. Vázquez de Mella.

– Acabo de verlo. Sr. Presidente, con un presbítero gordo en la calle del Arenal.

– Acabará usted de verlo, pero está en Palacio. ¿Acaso Mella –añadió D. Eduardo con cierta sorna– no tiene el don de la ubicuidad?

– Evidentemente –repliqué.

Mediábamos la calle Mayor. Tales cosas me estaban acaeciendo durante aquella mañana memorable, que perdí la conciencia de mi responsabilidad. Recuerdo que en un *landeau* pasaba recostada una mujer deliciosa. Era morena: tenía el pelo como el ébano y unos ojos grandes, verdes y dulces.

– ¡Buena hembra! –afirmé, impávido, como si el Sr. Dato fuera amigo mío de toda la vida.

– ¡Superior, pollo, pero superior! –reforzó el presidente, entre una bocanada de humo.

Cruzamos por la puerta del Sol; era blanca la sombra de un sol rabioso de Junio; *Azorín*, sin priesas, contemplaba el nutrido escaparate de la librería de D. Fernando Fé, que Dios haya. A la

puerta del Suizo, de la Peña, del Ideal Room, había una muchedumbre plácida de ciudadanos, sentados en torno a los veladores, saboreando la ociosa hora del *vermouth*. Cruzamos por Recoletos: llegamos en seguida a la Presidencia; me despedí del Sr. Dato, y torné a mi puesto, con rumbo nuevamente al Alcázar de nuestros Reyes D. Alfonso y Dª Victoria Eugenia (q. D. g.)

Me puse a leer una carta que llevaba en el bolsillo. Era una epístola de una viuda sentimental, partidaria de Alemania, que me hablaba de idealismos trasnochados. ¡Caramba, retorcía sus argumentos la viudita con un primor! La epístola se componía de cuatro pliegos en un finísimo papel cebolla. Al llegar al tercer pliego, estaba ante la mole grandiosa del Alcázar. El automóvil se detuvo en seco. El chico abrió la portezuela:

– ¡A sus órdenes, señor!

Saqué un duro del bolsillo; no hubo modo de que el chico lo cogiera. Hizo mil protestas: el duro volvió al bolsillo. Y el chico galoneado repitió la consigna:

– ¡Le esperamos, señor!

Torné a subir por la escalera. En el primer rellano volví a encontrarme con el Sr. de Torres y Beleña. Su exigua figurita respiraba satisfacción inmensa. Atravesé la galería principal de un ancho patio; el Sr. Duque de Tamames cruzaba vestido de coronel; a su paso, resonó el golpe de alabarda. Atravesé no sé por dónde; estaba ante la cámara de la reina; me calcé los guantes apresuradamente. Un criado de la Real Casa me recogió el bastón; llevaba de la diestra mi chistera.

El Sr. Vázquez de Mella y el cura gordo salían de la regia estancia; D. Juan hablaba con calor; el clérigo obeso repetía con insistencia su estribillo: «¡Bravo, Don Juan, bravo!»

Me encontré ante la gentil presencia de la Reina de los españoles, dos veces Reina porque su amor al Rey tuvo su bautismo de sangre y porque su belleza es, en todas partes, soberana como su virtud. No sé si salí gallardamente de los saludos de etiqueta. Dª Victoria vestía un sencillísimo traje morado, abierto de escote; una cadena de oro, de muchas vueltas, aprisionaba su cuello; llevaba Dª Victoria unos largos guantes blancos; su diestra jugaba con un abanico. Los ojos dulcísimos de mi Reina me miraban sin extrañeza; un rayo de sol, en aquel momento, vino a coronar amorosamente, a través de un balcón casi abierto, su espléndida cabellera rubia.

– Ya le habrá dicho el Sr. Dato –me dijo la Reina con una voz de cristal– que no podía recibirle hasta las doce.

– Siempre a las órdenes de V.M. –repliqué, haciendo una reverencia.

– Muy agradecida; su visita...

– Mi visita, Señora, no tiene otro objeto que el de cumplimentarla. Y... perdone V.M. ... Yo no sé si voy a decir algo que esté fuera de la etiqueta: sálveme, Señora, la intención.

– Diga, diga usted...

– Señora, pues en la persona de V. M. quiero saludar a su pueblo, Inglaterra, cuna de la libertad, del buen gusto, de la elegancia moral y de la exprincesa de Battemberg.

Me pareció que los ojos de mi Reina se ensombrecían, mas en seguida recobraron su placidez habitual. Se desprendió el abanico de su mano derecha. Yo temblaba como un azogado. Contemplé un retrato de Sorolla en que mi Reina tocaba la mantilla castiza; el blanco amarillo de los encajes jugaba con el oro de los cabellos. Y Dª Victoria me dijo lentamente, con un leve acento londinense:

– ¡Muchas gracias, señor, muchas gracias! No puedo olvidar que mi patria es Inglaterra. Soy española, sin embargo.

Y con una transición tenue en el tono, añadió estas palabras misteriosas:

– ¡En cambio! ...

No dijo más; me arrodillé; la Reina me dio a besar su larga mano enguantada. Salí de la estancia: me devolvieron el bastón... En el patio grité como un energúmeno:

– ¡Viva Inglaterra! ¡Viva Dª Victoria! ¡Viva la educación!

Me miraron como a un loco. Se armó una tremolina; el cura gordo quiso agredirme: D. Juan me miraba con ojos compasivos, midiendo desde las cumbres de su sabiduría los valles de mi locura.

Y... desperté. La criada me traía el chocolate y un rimero de periódicos. Cantaba la codorniz de la solana. Un sol radiante jugaba con el lavabo de mi cuarto.

Revista Castellana (Julio-agosto-1915)

Tres cartas

I. De D. Luis Mora a D. José Ossorio

Querido Pepe: tengo que reñirte, hombre, que reñirte muy en serio. Llegaré hasta negarte mi amistad si no hacen mella en tu espíritu mis reflexiones. Te has casado con un ángel; Pilarita, tu mujer, está tan enamorada como triste con esa vida que tú haces tan absurda, tan misteriosa y –a decirlo claro– tan inmoral. Si tú fueras un hombre vulgar, un señorito tonto de esos que andan de conquista por las noches, cazando a salto lo que sale; si en ti hubiera muerto enteramente la vida del espíritu; si tú no estuvieras enamorado como un cadete de tu mujer, me callaría y te despreciaría. Pero no es así. Tú eres bueno, pero abúlico. Tu vida de escritor un poco falaz, un poco histrionesca, un poco *literaria*, falsa, te ha metido en estos fregados de encelar a tu mujer, de embutirte de nuevo en esa vida de los cafés, de encajonarte de nuevo en los saloncillos de los teatros, de traerte de la ceca a la meca por esos bastidores, por esos *camerini* de tanta y tanta actriz como añora el fregadero, de tanto y tanto malandrín como pulula por las redacciones de los periódicos.

Atiende mi toque de atención, Pepito. No sé por qué regla de tres ha de ser incompatible la gloria de las letras con las dichas del hogar. Cuanto más nutras a tu espíritu de amor sereno, de paz callada, de goce íntimo, de alegría secreta, tanto más consistencia tendrá tu arte ¡Y tu deber es tan fácil de cumplir! Pilar es una primorosa criatura, muy mona, muy inteligente, que vive con el alma en un hilo interpretando un gesto tuyo, una palabra tuya, un silencio tuyo. Luego, no tiene nada de vulgar. Todos los pillos tienen suerte y tú eres el rey de los pillos. Vuelve a tu mujer, a tu casa, y sacúdete del vaho de la redacción, del *camerino*, de la mesa del café, de la cacharrería del Ateneo. Prefiere una mujer que te quiera, que te quiera con toda su alma, a cien mujeres que te admiren. Y no me vengas con ese tema que con tan poca fortuna desarrollaste el otro día en la revista *Nuestra Época* de que la moral es triste. ¿Triste la moral, el deber triste? ¡Majadero! Si te tengo delante, te doy un bofetón a mi gusto. Y la pobre Pilar, que con el instinto certero que su amor le presta advierte tu alejamiento, está más triste que el valle de nuestro pueblo en mañana de niebla.

¡Sí, Pepito! Deja esa *pose*, esa condenada *pose* que se os ha pegado de esos literatos de fuera, de ese insoportable D'Annunzio, de ese mamarracho de Roca el novelista que no se lava nunca, de ese Santonja que vive de sablazos y de embusterías, y torna a ser lo que antes eras: un buen chico, de excelente sentido moral, al que todos queríamos tanto.

Da un beso a tu mujer y pelillos a la mar. No desparrames tu afecto en monedas de cobre, que se gastan pronto, sino en centenes y en viejas onzas amarillas, de las que se guardan en el arcón de los abuelos.

Adiós, hijo, y corrígete. Ya sabes que te quiero como un padre, tuyo.

Luis

II. De Dª Pilar Rodríguez de Ossorio a D. Luis Mora

Mi buen amigo D. Luis: Esta mañana guardaba en su armario un traje de mi Pepe y... ¡ya sabe usted lo curiosas que somos todas las mujeres! En el bolsillo de la americana tropezó mi vista con letra de usted y leí, –mejor que leer, devorar– devoré su carta. No sé si por la repasata de usted o porque Pepe tiene un fondo excelente, a pesar de ser tan tarambana, de pocos días a esta parte ha variado por completo para conmigo. Estudia y escribe por las mañanas y no sale de casa por las noches. Yo con egoísmo le quería para mí sola y gocé los dos primeros días con todas las veras de mi corazón. ¡Es tan grato estar junto a la persona amada! A usted, mi buen D. Luis, que quiere a mi Pepe tan de veras, a usted a quien yo quiero porque sé la buena ley que a mi marido tiene, puedo decirle estas cosas con el mayor abandono. Sí; va cambiando. Dios bendiga a usted, que buena parte tiene en el cambio. Yo soy la más feliz de las mujeres y a usted se lo debo. D. Luis, quiérame como una hija. Véngase con nosotros a nuestro lado. Usted, viejo ya –no se haga ilusiones–, muy viejo, solterón empedernido, debe venir entre nosotros, de patriarca. Y yo le querré tanto, tanto, que seré su nena pequeña, su mujer, su juguete, un juguete que le hará muy feliz, que le quitará ese tono gruñón que tan mal le sienta, que le dará toda clase de sorpresas ¡Sí, D. Luis! Usted cerró los ojos de papá cuando el pobre murió solo, con su Pilar lejana, en aquella isla de Cuba que tanta sangre nos hizo derramar. Y yo quiero cumplir mi deber; cerrarle a usted los ojos y besarle la frente…

Perdone usted; no sé qué cosa es ésta de la alegría, que sin saber cómo, nos ponemos tristes y comenzamos a soltar el chorro de las lágrimas. ¡Si seré boba, Dios mío, que hasta le hablo de la

muerte a usted que tanto miedo la tiene porque Dios lleva a los egoístas, a los que no compartieron su vida con una buena mujer, a las calderas de Pedro el Botero!

Bueno, no me haga caso. Me he hecho un lío y no sé cómo desenredarle; le estrecha fuertemente la mano y con todo cariño su afectísima.

Pilar

III. De D. José Ossorio a D. Luis Mora

Querido D. Luis: ¡Soy padre! Yo no sé qué tengo que parece que se me ha abierto un chorro de luz en el alma; no sé qué tengo que parece que revivo, que torno a renovarme, que la vida se me aparece como un paisaje nuevo, que estoy loco de alegría, de una alegría muy seria, que no podré profanar nunca. No sé qué tengo que hoy me siento hombre, que desaparece mi segunda naturaleza de hombre artificial y civilizado. ¡Estoy llorando! Pero estas lágrimas mías de ahora no me escuecen las mejillas; no es metáfora de profesional; las limpian y refrescan, ¡Da gusto con estas lágrimas!

El rorro vino anoche en gran velocidad. Le juro a usted que el tormento de Pilar no fue comparable al mío. Hice, mientras me daban la factura arregladita y en buenas condiciones, un examen de conciencia muy áspero, muy duro. Nunca he sido tan cruel conmigo mismo como anoche. Tal esfuerzo de atención hizo mi conciencia, de tal suerte vigiló y entonó mi alma, que... me quedé dormido en el despacho. Muy prosaico, pero así fue. Y luego me entregaron una cosa que chillaba muy débilmente, un rebujón donde resaltaba una carita de ojos azules como Pilar, ojos de cielo sereno, de mañana de mayo. Apreté el rebujón con tanta gula, que Carmen, la camarera, me insultó en mis barbas y me arrancó de mis brazos la cría, faltándome al respeto. Tan contento estaba, que a poco abrazo también a Carmen, con perfecta pureza de intención, naturalmente. Y marché a la camita de Pilar, la quise decir algo, no pude, y sollozamos los dos. Repuesto le dije; «¡Hija mía!», y ella adivinó entonces todo el valor que en mis labios tenían tales palabras en aquel momento.

Ya no tendrá usted ocasión de reñirme, D. Luis. Sírvame de garantía la memoria de mi madre. Y no le escribo más. Tanto quiero decirle que no caben mis secretos en cien cartas.

Venga y sea padrino del nene. Telegrafíeme y marcharé a la estación a buscarle. No me niegue este favor, D. Luis. Hace más falta a mi espíritu la compañía de usted en estos días en que tenemos que dejar reposar a Pilar, que a mi bolsillo, antaño, los cinco duros que de estudiante me prestaba.

Y luego cuando Pilar salga, iremos de jarana los tres por este Madrid, que usted conceptúa tan peligroso. No verá usted a Roca ni a Santonja. ¡Pobres! ¿Cómo van a ser felices si no son padres?

Le abraza,

Pepe

Revista Castellana (Octubre 1916)
El Adelanto[100] (05-10-1912)
La Ilustración Artística (02-09-1912)
Mercurio[101] (01-02-1914)

Hablando con el Greco

En la casa del judío Samuel Levi me encontré esta mañana con el Greco. Estaba enfurecido el buen pintor de Creta con el señor delegado regio del Turismo, mi amigo el señor marqués de Vega Inclán, por un retrato de Covarrubias que le ha atribuido este. El Marqués y el pintor daban bastantes voces. El Greco quería acudir ante la chancillería para pedir daños y perjuicios por la equivocación que, en su concepto, le perjudicaba tanto. Quise terciar de buen componedor, pero como el Greco tiene un genio de mil diablos desde que ha empezado a tratar con Cabildos, me dijo tres o cuatro frases bastantes gráficas, que no puedo consignar aquí. En esto llegó Samuel, el semita, dueño de la finca –que el Marqués ha hecho pasar ante Europa por la morada del Greco que no se sabe dónde está– y me dio recuerdos para don Antonio Maura y para Paco Cambó.

[100] En *El Adelanto* y *La Ilustración Artística* su título fue «Paternidad». En *El Adelanto* le dedica el cuento a su amigo peñarandino Francisco Ruipérez y las cartas del y al esposo se intercambian con Paco (Francisco de Osorio), no con Pepe (José de Osorio) como en las otras publicaciones.

[101] No localizado. Artículo citado en *El Adelanto* – 24 de febrero de1914.

Enemigo de la bulla, me coloqué, como pude, ante el retrato del Beato Juan de Ávila. El labriego castellano, cazurro y místico, y de vez en cuando soñador, me miraba con recelo con sus ojillos pardos y ensoñadores. Y llegó el Greco. Tenía la gola manchada de sudor. Con la diestra acariciaba el pomo de una espada fina y delicadamente labrada por Rodríguez. Se sentó a mi vera el cretense y departimos amigablemente:

– ¡Hola, Pepe! ¿Qué te trae por Toledo?

– Pues me trae, amigo Domingo, el deseo de charlar contigo, tanto tiempo acariciado. ¡Y no es lisonja, fe de hijodalgo!

– ¡Te lo creo, chico! Pinto como los ángeles que pintan. Ahora ese idiota de Felipe II me regateaba ese San Mauricio que me encargó para su palacio del Escorial. Decía el caballerete, enfangado con la tuerta de la princesa de Éboli, que era un cuadro modernista. ¡Con tanto ponerse golas, gorrillos, jubones, cadenillas y dijes, anda mal de la vista el soberano! Bueno; me pagó. Le hubiera llamado tramposo y cochino en plena Corte y la hubiera emprendido a guantazos con Antonio Pérez. Y me pagó porque yo y la tuerta…

– ¡Sí, hombre, sí! Entendido. Pero me hablas de cosas viejas. ¿Qué dices de la guerra?

– ¡Qué quieres que te diga! ¡Griego, veneciano, toledano: aliado por tres sitios! Como griego, porque Venizelos[102] me gusta. Le conocí de niño; somos del mismo pueblo. Como amigo de los venecianos, me revienta Austria. Como toledano –aquí soltó el Greco un taco redondo– como toledano adoptivo, me cargan la Sublime Puerta, los Jóvenes Turcos, Benavente el femenino, Lutero el lascivo, Guillermo el manco, el Kronprinz, [… Ilegible …] Alcalá Zamora el hueco, los yernos de todos los suegros, los valses vieneses, y Paco Gómez Hidalgo, el director de ese "Día" sin sol, "Armando Guerra" el marroquí, los redactores de "El Debate", Torcuatete el de "ABC", Moreno Carbonero, Béjar, Benlliure, Répide, los jesuitas, los sacristanes y las novias de los cadetes.

– ¡Hablador estás, Domingo!

– ¿Qué quieres? Ando haciendo ahora ese "Entierro" del conde de Orgaz y trabajo como un desesperado porque no tengo blanca en la boina. ¡Gasto un horror! El chico, el Arquitecto, me ha salido también algo desigual. Y cuando me encuentro con un buen amigo como tú, me desahogo. ¿Cuándo dais una patada a La Cierva?

– ¡El día menos pensado, Domingo! ¿Estás mal con él, hombre?

– Sí. Me tiene cargado con eso de la condesa de Bornos, una beata que vivía ahí en los "Lavaderos de Rojas", ¿sabes? Trae revuelto a Roma con Santiago y a Soria con Plasencia.

– ¡Cortesanillo andas, bobaliconcillo mío! ¿Qué tal andáis de mujeres en Madrid?

– ¡Bien, Domingo, muy bien!

– ¿Son como estas toledanas, menuditas, apretadas, graciosas, pizpiretas, de cabos menudos como las jaquitas finas. ¿Las hay así?

– ¡Haylas, Domingo, haylas!

– ¿Amas?

– ¡Cucharón eres, Domingo, como buen griego! ¿A ti que te importa?

– Te lo digo porque dicen por ahí que las doncellas son germanófilas. ¡Uf, y cómo está Teresa de Jesús, hecha una furia! El otro día me dijo: –"Si viéredes, Greco, cómo andan las señoras cortesanas y hasta las plebeyas. Necias son de capirote y de corazón bastas y de visión ruines, y de mollera harto débiles las míseras. ¿Pues no le bailan el agua al dominico alemán?" Y Don Quijote, que estaba presente, añadió: "En lugar de tumbar vestigios, me voy a dedicar a cazar damas, si es que con tal nombre sonoro y peregrino pueden llamarse a las Maritornes que en las ventas refocilan con los arrieros. Y más te digo, Greco: he mandado al Toboso a Sancho para que averigüe qué piensa mi señora Dulcinea del Toboso, que tengo mis escamas y barruntos de que la tiene sorbida el seso el clérigo que lee "El Debate", y si Dulcinea ¡vive el cielo! apuesta por el hijo de Atila y por el Turco que mancó a Miguel de Cervantes, mi cronista, hará que surja un nuevo Cide Hamete Benengeli[103], menos fullero que él, para que diga que Don Quijote se arrepiente de haber amado a Dulcinea , y buscaré, cabe a las orillas del Arno o del Sena, si es que estas del Manzanares no las topo, lindas y graciosas damiselas para yogar con ellas, sin mayores escrúpulos". Y como San Juan de la Cruz le reprendiese al hidalgo manchego la viveza de expresión, Don Quijote le denostó enfurecido de esta guisa: "Frailico bobo; tú no entiendes de aquestos discursos, pazguatito mío". Teresa defendió a Juanico y le recomendó que rimase trovas, mirando al soto que se columbra desde su ventana celestial…

[102] Elefterios Venizelos (1864 – 1936). Político griego –ejerció como primer ministro de Grecia en siete ocasiones diferentes– partidario, durante la Primera Guerra Mundial, de la intervención directa junto a las fuerzas aliadas.

[103] Personaje ficticio, supuesto historiador musulmán, creado por Miguel de Cervantes en su novela Don Quijote de la Mancha.

Salimos de casa de Samuel, el Greco y yo para dar un paseo por la ciudad. El Marqués se despidió de nosotros para saludar a unos chamarileros yanquees que quieren llevarse un retablo de una iglesia. Dimos un paseo por los aledaños del seminario de Santa Catalina; el gracioso tejadillo libraba de los rayos solares al pórtico. Las monjitas de Santa Isabel cantaban a laudes. El Greco se detuvo embobado y absorto. Echó una ojeada enigmática ante la puerta que fuera antaño del Rey de Castilla, Don Pedro I el Cruel.

Seguimos paseando. Entramos en la Catedral. Los canónigos salían del coro con gesto jacarandoso y retrechero. Entre beneficiados, canónigos de dignidad y oficio, cantores y seises, contamos más de setenta personas.

– ¡Esta Catedral cuesta al Estado más de mil pesetas diarias! –me dijo el Greco.

– ¡Y cómo te regatean a ti los cuadros, Dominguillo!

– ¡Qué quieres! ¡Cosas de la vida, hombre! Dicen que si el color, que si las líneas, que si las mesas, que si el concepto. Parecen ciegos; juzgan de las telas por el tacto. ¡Igual que José Francés, igual, hombre! ¿Qué tal se pinta ahora en los Madriles?

– ¡Psé!

– Dicen que Moreno Carbonero gana mucho.

– Sí, gana. Confitería, cromitos; fija sus cuadros con cosmético. ¡Las damas están enamoradas!

– ¿Y Béjar?

– Un retoño de Moreno Carbonero.

– ¿Hay mejores Arquitectos que mi hijo?

– No sé. Yo conozco a un catalán medio loco que me gusta mucho: Gaudí. Los demás no serían capaces de concebir un hospital como el que mandó levantar a tu hijo el Cardenal Tavera.

– ¿Y los troveros?

– Los hay de casa y boca. Los hay geográficos. Los hay históricos. Y los hay delicuescentes. Algunos cantan a Cloris todavía.

– ¿Pero los memos del Zurguén no reventaron?

– Sí, pero dejaron brotes.

Seguimos paseando. Al salir de la Catedral por el patio del Cardenal Tenorio, una turba de pecheros nos interceptó el paso. Llevaban banderas rojas. Un palo tenía una sábana blanca que decía: "No más flamencos. ¡Vivan las comunidades!". Juanito Padilla iba a la cabeza de la manifestación. Sobre el Municipio ondeaba la bandera municipal.

El Greco y yo nos detuvimos a charlar con el comunero.

– ¿Sabes algo del obispo Acuña? –me preguntó.

– ¡Sí! ¡Está armando cien lanceros! Pero habla despacio que nos oyen dos esbirros, no sé si efectivos u honorarios.

El Greco les soltó un salivazo en la carota plebeya.

– ¿Has estado en Salamanca? –me dijo Padilla en voz baja.

– Sí. Maldonado me ha dado este pliego para ti.

Y saqué del pecho el pliego de mi amigo Maldonado. El Greco, Padilla y yo quedamos citados en la iglesia de Santa Isabel, para conspirar, a la hora de vísperas. Padilla gritó:

– ¡Vivan las comunidades!

Y nos dio un abrazo el bravo comunero. Y la plebe nos dejó libre el paso. Una dama muy guapa nos preguntó por Padilla. Luz de mañana despedían sus ojos negros. Estaba llorosa. Era doña María Pacheco. Agitamos al aire nuestros chambergos de pluma. Yo desenvainé mi espada milanesa para defenderla de los apretones de las turbas. María me apretó la diestra silenciosamente…

La Publicidad (03-02-1918)

La última novia

Aquella noche noté en Jacinto una agitación extraordinaria. Tumbado en su poltrona de la cacharrería del Ateneo, abría los ojos, los cerraba, tornaba a abrirlos, gesticulaba, y no había en sus palabras ni en sus raciocinios nexo ni trabazón.

Salimos del Ateneo. Serían ya las once y pico. Era una hermosa noche de mayo, serena y cálida.

Jacinto no hablaba. Únicamente suspiraba alguna vez con ademán entristecido. Quise llevarle a casa y se opuso gritándome:

– ¡No quiero recogerme! Tenemos que hablar.

– Vamos a un café, si te parece, le dije por decir algo.

– No; prefiero pasear, dijo resueltamente, emparejando conmigo y sujetándome fuertemente por el brazo.

– Como quieras, exclamé sin hacer resistencia alguna.

Y bajamos por la calle de Alcalá. De Apolo salían entonces los espectadores de la tercera, riendo y comentando alegremente los donaires de una zarzuela. Nosotros continuamos nuestro paseo hasta el del Prado.

En un banco me hizo sentar Jacinto. Lio un cigarrillo. A la luz de la cerilla note que sus ojos brillaban con una luz extraña. Luego comenzó su narración en estos términos:

– Tú conoces a Pilar, ¿no es cierto? Sí, sí la conoces. ¡Mi novia, hombre! Aquella muchacha alta, delgadita, rubia, con la que paseaba por Recoletos todos los domingos. Llevo con ella un año de relaciones y hace ya un mes que no paseo, agregó sollozando como un chiquillo.

Le pedí serenidad. Jacinto estaba enfermo, sin duda alguna. Trabajaba mucho. Días antes, había llevado una plaza de catedrático, por oposición, en un Instituto de una lejana ciudad de provincias. Los ejercicios habían sido brillantes. Jacinto escribía también en periódicos y revistas. Aquella labor, fatigosa, le obligaba a estar caviloso de continuo. Había adquirido una reputación sólida entre la gente del oficio; pero continuaba pobre y vivía con apuros, a pesar de que sus necesidades eran harto modestas.

Un poco más sosegado, continuó de esta manera:

– Hace un mes que no sale porque está enferma. Dicen que tísica. Yo no podía creerlo, y he tenido que rendirme a la evidencia. Mi intención era pedirla ahora e irnos lejos, al Instituto de Villa Regia, a trocar en carne y vida nuestros ensueños mozos. Pero está mala, muy mala. A ti, que eres mi mejor amigo, debo contarte toda mi pena. Porque estoy loco de dolor. Y no puedo más, amigo mío, no puedo más…

Volvió Jacinto a sollozar. Luego vertió lágrimas en abundancia. Y su llanto fue pródigo, sereno, religioso. Le apreté la mano fraternalmente. Jacinto, abrazándome de pronto, me dijo:

– Quiero que tú me acompañes esta noche a casa de Pilar, que velemos juntos. Antes de la una, prometí a su mamá volver por allí.

Le dije que sí a todo. Pilar habitaba en un tercero de la calle de Hita. Huérfana de un comandante que murió en Filipinas, Pilar y su madre, una buena señora que rezaba mucho, habían vivido con la viudez dignamente, sin una deuda, casi con desahogo. Hasta se permitían dar una vuelta por Lara los sábados y pindonguear algún domingo en Aranjuez. Jacinto había conocido a su dueño en el paraíso del Real. Un día acertó a ver unos ojazos azules, cargados de bondad, que oían devotamente una romanza agradable, tal vez un poco cursi. Moría Mimí[104]. Rodeaban los bohemios su lecho, mientras las notas de la orquesta lloraban como había llorado Jacinto: de veras, sin gritos, con dolor recogido y hondo, hermético. Luego la pobre Mimí, muerta de frío, ahogándose, se alzaba entre desmayos. Y la orquesta comentaba solemnemente, con aires fúnebres y doloridos, la agonía de la dulce pecadora. Los ojazos azules de la gentil muchacha se humedecieron en las alturas del paraíso. Y Jacinto acertó a ver aquellos ojos; los de Pilar. Al mes siguiente ya volvieron al paraíso juntos Pilar, su mamá y mi amigo.

Sin darnos cuenta llegamos a casa de Pilar. Doña Paca –que así se llamaba la madre de la novia de mi amigo– nos recibió en la alcoba de su hija. Tosía débilmente Pilar. Al ver a su amado hizo un gesto de alegría.

Y hubo entonces en la alcoba, cargada de olores acres, una de esas escenas mudas que solamente saborean, en esta pícara vida, los corazones donde alguna vez posó su aliento la bondad. Jacinto, harto de llorar a solas, se fue serenando poco a poco. Habló alegremente a Pilar. Aquello pasaría. La fiebre se iría prontito. Y todas las tardes pasearían por la Moncloa, descansarían luego en su banco, que estaba metido entre árboles, en un sendero en cuesta, oculto.

Pilar sonreía, crédula, a las frases de su amigo. Como el pudor le vedaba acariciarle con las manos, le acariciaba con los ojos. ¡Y cómo brillaban, puros e infantiles, aquellos ojos sobre su rostro de nácar de Cristo casero! En los párpados rosa brillaba el fuego de la calentura. Los cabellos, pesados y pegajosos, en remolino, se agarraban a las sienes.

Siguió tosiendo Pilar. Percibíamos, debajo de las sábanas, el cuerpo menudo y gracioso de la enferma. En todo él se reflejaba el trabajoso ajetreo de su respiración lenta. Yo salí de la estancia.

[104] Protagonista de la ópera *La Bohème* de Giacomo Puccini.

Y me asomé a un balcón. Serían ya las dos de la madrugada. La calle era estrecha. Lejos, sobre los tejados, una cúpula delgada de una torrecilla arañaba el cielo.

Jacinto salió también. Y detrás de Jacinto doña Paca. La enfermita quería descansar. Los tres, sin hablar, nos lo decíamos todo. Y nos envolvía una tristeza mansa. Un dolor resignado, que dejaba de ser dolor si nos valíamos de palabras para echarlo fuera. ¡Qué hermoso estaba el cielo! La luna, a medio salir, repartía su luz melosa y melancólica en la villa y corte. Ni un ruido. Allá arriba no había enfermitas como Pilar que respiraban fatigosamente.

Y de pronto nos quedamos helados, ateridos de espanto. Yo tuve que agarrarme a los hierros del balcón para no caerme. Pilar dio un grito desgarrador, tétrico, que nos heló el alma. Doña Paca corrió a la alcoba. Tras ella yo. Jacinto, con gesto de idiota, me siguió mecánicamente, con los ojos muy abiertos.

Pilar yacía sobre el lecho sin sentido. Tenía los dos brazos fuera de la cama, encerrados en unas mangas púdicas de una camisita burguesa y sencilla. Miré a doña Paca con terror. Me apoderé brutalmente del pulso de Pilar, que latía aún muy débil, casi imperceptible. Doña Paca me miró. Yo sonreí e hice muy serio un gesto afirmativo.

Sin hablar permanecimos en la alcoba. Poco a poco fue recobrando su respiración y su pulso la enfermita. Tenía una calentura muy alta: deliraba.

Llamaron a la puerta. Llegó el doctor; un vejete simpático y campechano que había sido amigo del comandante. Observó a la enferma.

– Cosa perdida, me dijo al oído. Morirá a escape la pobrecita. Me quedo aquí con ustedes.

Cesó el delirio. El doctor, muy atento, de pie en la cabecera, observaba con piedad. Jacinto le miraba y el vejete esquivaba los ojos fijos del pobre amigo.

Clareaba. Una luz blanca y lechosa se apoderaba poco a poco del espacio. Dejamos de oír de nuevo la respiración de Pilar.

Aquel ángel se consumía sin un grito, sin una protesta; a veces cambiaba de postura. Los ojos, abiertos eran cada vez más inexpresivos; la luz de la luna que escapaba estampó su beso postrero en la frente de Pilar. Fue aquel un momento trágico; las manos de Pilar cayeron sobre las sábanas.

– Doña Paca, resignación, murmuró el viejo. Ya murió; ¡mejor para ella, que no ha conocido dolor!

Y se asomó al balcón llorando. Doña Paca quedó insensible, acorchada, inmóvil, sobre la silla. Jacinto se aproximó al lecho; dio muchos besos a su dueño.

Y ya la lengua roja del sol había aparecido cuando me di exacta cuenta de la desgracia de mi amigo. La madre, llorando, me dijo que tenía que perdonarla porque no se había ocupado de mí. Me añadió que podía descansar en su alcoba. Me negué y apreté con efusión las manos de doña Paca.

El Norte de Galicia (25-02-1918)
El Adelanto (16-09-1911)
La Ilustración Artística (29-11-1909)

Conspirando con Padilla

A las seis y media estamos citados con Padilla, el Greco y yo en Santa Isabel. El Greco, que es bastante bebedor, me ha citado dos horas antes en una botillería de Zocodover. Trasegamos de lo lindo el blanco vinillo de Yepes. Charlamos por los codos. El momento es gravísimo para la patria. Plebeyos y magnates, obispos y laicos, están hartos de los gestos del Rey alemán.

La regencia del cardenal Adriano ha colmado la paciencia de los más cachazudos.

Las Cortes de Santiago han cedido por fuerza los inmensos tributos que les demandaba Carlos para su exaltación al trono imperial, a la muerte de su abuelo Maximiliano. En estos años del Señor que corren –1520, 1522– las ciudades castellanas están ya exhaustas de tanto despilfarro, de tanta baraúnda y en ellas se amasa y se cuece, subterráneamente, la levadura de la insurrección.

– ¿Sabes lo que dicen en Toledo, querido Pepe, de esta gentuza flamenca? Son ladrones, son rapaces. Hay un alemanote, con bigote de mijo, favorito del Emperador, llamado Xebrés, que coge las bolsas al vuelo. ¡Ay de mis doblones!

Salveos Dios
ducado de a dos
que Xebrés no topó con vos.

– Padilla, ¿está bien de ánimos?

– Muy bien. Y su mujer no es como Antoñica Quijano, la sobrina de nuestro amigo Don Quijote, que quiere el maridito recosido a las faldas, no. Maruja Pacheco es tan valiente como Juanito. Este ya sabe que se juega la cabeza en la horca si le vencen los boches, pero tiene su alma en su almario y no da su brazo a torcer. En el Alcázar le miran de reojo. Padilla es noble, de los de la calle de la Plata, solar rancio, escudo conocido, doce nombres de pila y padrino corregidor, pero nos ha salido plebeyo. Ya sabrás que murió Ronquillo, el alcalde.

– Sí, –replico–. Se lo llevó el diablo en Valladolid. Teresa dijo que se borraría como hija de Ávila si hubiera persistido Ronquillo en hablar a todas horas de la ciudad de los caballeros y de los hidalgos como cuna suya.

– Ansí es –interrumpe mi amigo el Greco–. La «Junta Santa» de Ávila, ¡hasta las Juntas de hogaño han borrado la levadura democrática de antaño!, no aguanta más. Y veremos qué nos dice Padilla esta noche.

Llega Padilla a la botillería. Con nosotros escancia un litro de lo añejo. La pluma gallarda de su chambergo se mueve airosamente: trae el juboncillo prieto como los calzones. Calza espuelas. Las tiene a punto en toda sazón para montar a caballo, siempre con silla, piafando de alegría en la cuadra el noble bruto.

Como hay policías honorarios, nos separamos los tres para ir cada uno por nuestro lado a Santa Isabel. El cabo de los policías, fullero y andaluz él, un tal Sánchez Guerra, natural de Cabra en tierras de Córdoba, tiene más olfato que un sabueso y peor intención que olfato todavía. Doméstico de semitas, aliado de frívolos, es de los que se echan la manta a la cabeza, el trabuco al hombro y la navaja a la diestra por un quítame allá esas pajas. Nosotros se la hemos jugado de puño esta tarde. Está en el Alcázar despachando y nombrando Ronquillos en todas las villas descontentas y nos hemos aprovechado de la coyuntura para conspirar.

Yo voy a Santa Isabel por la calle de la Plata. Doy un rodeo después por la posada de la Santa Hermandad; los castizos cuadrilleros están jugando a los dados y chicoleando a las mozas de partido. Junto al Ayuntamiento, desenvaino la espada, me cubro con la capa hasta los ojos y rebajo las alas del chambergo para que no me vean. Por San Bartolomé, el hijo del Greco disputa una novia a un cadete de la Academia. La espadaña de Santa Isabel sobresale por los tejadillos en la noche. Entro en la iglesia. Oscuridad. Las monjitas rezan en voz baja. A través de las rejas claveteadas del coro, veo los ojos negros de una profesa que me miran insistentemente. Padilla está en la iglesia. El Greco no ha llegado todavía. Probablemente se ha detenido en alguna botillería del tránsito. Nos sentamos en un banco.

– ¿Sabes lo que contenía el pliego de Maldonado? –me dice Padilla mirándome a los ojos.

– No.

– ¿De veras?

– ¡De veras, hombre! Sellado me lo entregó y sellado llegó a su destino.

– ¿Cómo anda aquello?

– ¡Mal, Juanito, mal! Íbamos bien después del golpe de la Asamblea de Ávila. Habíamos sacado dos procuradores en Cortes por cada ciudad, hidalgo el uno, labrador el otro; habíamos recabado el derecho de nombrar nosotros regentes si el Rey se ausentaba, moría o enfermaba de la chola... Iba la cosa como una seda... Y de pronto, estos Grandes de España, que hicieron aquel manifiesto ridículo –¿te acuerdas?– diciendo que nos apoyaban, nos volvieron la espalda así que el flamenco les dijo que podían cubrirse delante de sus cesáreas barbas, yantar de su plato, holgar en su lecho y acompañarle en los deportes que dicen venatorios.

– ¡Mal lo pintas, José! –me interrumpió Padilla.

– ¡Así es! Luego, andáis un poco descuidados. Paco Maldonado está que echa las muelas. Allá en Salamanca, me consta, no tiene simpatías más que entre los escolares y clérigos jóvenes; en cambio, los dominicos, los hermanos en religión de Fray Martín, en particular el Padre Juan Hurtado, le odian a muerte. En la socampana, los pecheros de Ledesma y de Alba de Tormes, y de Ciudad Rodrigo, se han unido a la protesta. Poca cosa: quinientos fusileros. Mas en Vitigudino hay tierras de Abadengo, y en Béjar dominan los Zúñigas, esos burgaleses orgullosos, y ya han levantado horcas a la entrada de los pueblos. Los rollos no descansan de sacar la pechuga a los villanos.

– ¿Y por Zamora?
– El cura Acuña es el más leal.
– Si salimos bien de esta, le traemos de Arzobispo a Toledo.
– ¿Tienes planes?
– Sí. Vete a Valladolid. Revienta cuantos caballos quieras. Tengo amigos en Madrid, en Illescas, en Talavera en todas partes. Toma los pliegos que te acreditan de emisario mío. En Segovia dile a mi tocayo Bravo que prepare mil caballos y dos mil lanzas. Y que se deje de bobear con casaditas, que no son tiempos aquestos para amores tapados. Toma doscientos doblones en oro para el camino; en ese bolso van. Me lo regaló María el día de las bodas. –Y el comunero, al decir María, temblaba de dulzura y de felicidad infinitas.
– ¿En Valladolid, qué hago?
– Husmear los infundios de la gente, palpar la opinión, exponerme –como diría cualquier Gay imperialista– su coeficiente. ¡Agita, hijo mío, el espíritu de este pueblo! ¡Llénale de inquietud, castellano! ¡Por Dios, por España y por la dama, por mi María, por la tuya, por la de todos, peleemos como caballeros y muramos, en el rollo si es preciso, como cristianos! ¿Contáis con Miguel de Unamuno, el recio vizcaíno, en Salamanca?
– ¡Contamos, Juan, contamos! Paco Maldonado y él son íntimos amigos. En el Concejo lleva ahora Miguel la voz cantante; los amigos del flamenco están rabiosos con el vizcaíno. ¿Quieres algo para Miguel? ¿No sabes que le presenta para procurador en Cortes el estamento o brazo de la llaneza?
– ¡Me alegro, chico! Dale un abrazo.

Hora era de que dejase sus ensueños místicos... o de que los calentase al fuego de la lucha en el arroyo. Camino de Villalar le espero. Dice de él Don Quijote, que, aunque vizcaíno, no le guarda rencor y que le estima porque mantiene los fueros de la pluma frente...

– ¡Calla, Juan, calla! ¿No sabes que hay un señor censor militar, asaz despierto y agudo, que me poda mis memorias cuando las doy a las muchedumbres? El otro día, que platiqué con el Greco, me quitó no sé cuántas cosas de las que me dijo con más ardor el cretense. Como que el diálogo, mutilado aquí y acullá, precía concebido y trazado por un idiota. ¡En fin, paciencia, que dijo el otro!

En esto llegó el Greco. Las monjitas comenzaron los laudes. Padilla se arrodilló cara al Presbiterio. Su hermoso rostro varonil parecía iluminado.
– ¡Vaya un retrato que tiene el mancebo! – me dijo el Greco «sotto voce».
– ¿De qué habéis tratado?

Le conté nuestro diálogo al pintor brevemente.
– Mañana salgo para Valladolid.
– ¿Con el alba?
– Sí; con el alba.

Las isabelas seguían rezando despacito. Nos embozamos los tres conspiradores. Llegamos a casa de Juanito. María hizo los honores con supremas distinción y gentileza. Me ofrecieron cena abundante y muelle lecho. A las cinco me despertó Juanito.
– ¡Arriba, muchacho! ¡Madruguemos con la aurora!

Me froté los ojos y me vestí con priesa. El caballo de Padilla piafaba, gordo y satisfecho, delante de un magnífico pienso. Acaricié al noble bruto. Monté en él. María Pacheco me puso provisiones en las alforjas; mazapanes, embutidos, clarete de Yepes, albaricoques y olivas de los Cigarrales. Abracé a Juanito y besé la mano de María. En el puente de Alcántara me saludaron dos mosqueteros. Tres horas después estaba en Illescas... Acabo de llegar a Segovia; dentro de dos o tres días estaré en Valladolid.

España (01-01-1920)
La Publicidad[105] (08-02-1918)

[105] En *La Publicidad* salió a la luz con una nota al píe en la que Sánchez Rojas manifestaba: *«He de hacer de una vez para todas la advertencia de que en estos artículos incurro adrede en ciertos anacronismos y en manifiestos errores cronológicos. Lo que me propongo a secas es dar la sensación del espíritu de nuestros personajes ante los acontecimientos pasados, presentes y futuros. Así, pues, el Greco habla con Padilla, con La Cierva y con los que a mí se me antoja.»*

Sor Rosa de Santa Teresa

I. Viernes de Pasión

Rosita siguió, con la mayor atención y diligencia, todos los incidentes de aquel terrible sermón del Descendimiento, que tenían en un puño, como suele decirse, al auditorio de pueblerinos y charritos de las aldeas comarcanas que aquella tarde se habían congregado en la parroquia de San Pedro. El predicador era nada menos que el padre Sebastián, que el célebre padre Sebastián, provincial de la Orden de Carmelitas Descalzos, a quien había encargado la cofradía del Santo Sepulcro un sermón de los buenos, por el cual no había tenido inconveniente en pagar el hermano mayor media docena de onzas, seis peluconas amarillas y magníficas del señor Rey D. Carlos III, que acaso yacían enterradas más de un siglo en los arcones de la Hermandad. Pero a tal rumbo, tal pago, porque el sermón era de los de primísima calidad. Los elementos intelectuales de la Villa-Regia, don Pedro, el registrador; el juez de primera instancia; Perico el concejal, poeta laureado en los Juegos florales de la capital de la provincia por una oda en sáficos adónicos al lucero vespertino, y el novio de Rosita, sentados los cuatro en el banco de las autoridades, asentían, con rotundas cabezadas afirmativas, a los trazos vigorosos del predicador, que describía una vez más el drama del Calvario. La escena era gráfica y expresiva, porque cuatro sacerdotes, a la derecha del presbiterio, corroboraban con el gesto y la actitud las indicaciones del padre Sebastián. Ahora desclavaban la corona de espinas de la cabeza ensangrentada del Justo; luego desclavaban la mano derecha y el pie derecho del madero afrentoso de la cruz; después depositaban el cuerpo del Redentor en el sepulcro que había de figurar en la procesión del Santo Entierro.

Rosita lloró más de una vez, contagiada de ternura y de sincero fervor y –todo hay que decirlo– devorada por una pena secreta que se iba apoderando de su optimismo y de su jovialidad. Su novio no la quería; había descubierto que no la quería. Pero ella, a la vez, con las ausencias prolongadas de su Luis en los Madriles y con las periódicas intermitencias epistolares de aquel amor que había nacido muerto, no se encontraba atada a los afectos terrenales con lazos demasiado indestructibles. Se miró por dentro con una de esas miradas introspectivas que bucean, analizan y disecan los pliegues más íntimos del corazón, y lo encontró vacío de esperanzas y deseos a la manera humana. Su experiencia había sido muy dura y esquiva, y no había conocido más que el egoísmo y la torpeza en torno a ella. El padre, un alcohólico inveterado, había muerto siendo Rosita una nena, y su único hermano, Ramón, luego de correr aventuras con una bailarina en París, había purgado sus trastadas de mala nota en San Miguel de los Reyes[106]. La madre, señora muy cristiana y devota, refugiada en su dolor y en el cariño de su Rosa, había cantado siempre en sus oídos el aria de la desconfianza y del recelo. Y Rosita, indecisa entre el noviazgo y el monjío, iba despegándose poco a poco de las efusiones, con ser, naturalmente, llana, cariñosa, alegre y locuaz.

Aquella tarde del Viernes Santo se decidía, acaso, su destino. Apenas si miraba, de higos a brevas, al novio que, con la levita de alcalde mayor y con el junquillo enlutado en gracia a la solemnidad simbólica del día, ocupaba, muy orondo y satisfecho, la cabecera del banco, sin adivinar que unos ojos puros dejaban de mirar en los suyos con abandono y con amor. Aquel Jesús, aquel Cordero inmaculado que inmolaban bestialmente unos sayones, que necesitaba de la ayuda de Simón para llegar al paraje del sacrificio, que a la vez perdonaba a los buenos y a los malos, era el único Esposo, el verdadero Esposo, que no miente, y que no olvida, que premia en eternidad de dichas con el don de su presencia y de su gracia. Rosita sentía las primeras dulces, suaves, inefables efusiones de su noviazgo con Jesús. ¡Oh, y cómo quería Rosita a su Redentor! El Domingo de Ramos, cumpliendo con el precepto pascual, a la hora de comunicarse con Él, oyó que unos niños cantaban, en el momento de ofrecer el sacerdote la carne y la sangre del Cordero, unas coplas de la madre Teresa:

Dulce Jesús mío,
dulce Jesús bueno,
véante mis ojos,
muérame yo luego,

y advirtió que sus ojos se empañaban y nublaban de lágrimas, que fueron primero velada y turbia cortina, y después cascada y torrentera impetuosa. El alma de Rosita en aquella hora se elevaba, como el incienso, a las alturas.

[106] Antiguo monasterio jerónimo de San Miguel de los Reyes (Valencia), utilizado como prisión entre 1874 y 1966.

Pero Luis… Quedaba la ruptura con Luis, que Rosita no era de esas vírgenes locas que encienden candelas a la vez en dos hogares. No le quería, pero tampoco deseaba disgustarle. Le diría sencillamente su resolución de consagrarse a Dios. Luis sería para ella un amigo, un hermano, por el que pediría a Dios todas las mañanas en la soledad de la celda y del coro. Las pompas de la tierra eran sepulcros blanqueados y gusanos viles y cosas efímeras y pasajeras para el corazón de Rosita. E ingresaría cuanto antes, así que hubiera plaza vacante, en el mismo convento carmelitano donde murió Teresa de Jesús, su madre del espíritu. La dote no la preocupaba cosa mayor; vivía con su madre, si no en la opulencia, en el desahogo más colmado…

Cuando acabó el padre Sebastián su hermosa plática, Rosita, tornando a la realidad, advirtió que la procesión del Santo Entierro se ponía en marcha; grupos de nazarenos labradores rodeaban al Cristo de San Jerónimo; unas viejicas que tenían en la piel raras coloraciones sarmentosas, y que semejaban una mezcla singular de tierra, cera y pergamino, hacían guardia de honor a la Soledad; las dos parejas de la Guardia Civil que había en el pueblo daban escolta al Santo Sepulcro. Rosita, quedamente, atusando unos ricitos rubios que luchaban con la prisión de su rica mantilla de Almagro, limpiando con el pañolito de batista las últimas lágrimas que velaban sus ojazos azules e infantiles, fue a colocase entre las Hijas de María, que también rodeaban al Sepulcro… Ella era, como su Jesús, un muerto más a los ojos del mundo, porque nacía a la vida del espíritu, que es abnegación, y sacrificio, y renuncia de la propia estimación. Su Jesús quería amores callados y esponsales secretos. A Él, a su amado, se consagraba desde aquel momento. La virginidad de su cuerpo sería prenda de su pureza y de su humildad y de su fervor por toda la vida. En aquel momento, la banda municipal dio a los aires una marcha fúnebre de Chopin, y Rosita resolvió su crisis en nuevo raudal de lágrimas, que refrescó su espíritu angustiado y sediento de sacrificio.

II. Un coloquio con el padre Sebastián

– ¡Repórtate, hija mía! –agregó, quedito, el padre Sebastián, atisbando, a través de la rejilla del confesonario, la faz, y con la faz, el estado de espíritu de la linda penitente–. El negocio que te trae es harto grave y requiere mucha calma y sosiego. Por otra parte, la regla de mi Santa Madre es muy estrecha y es muy fácil, por ende, quebrantarla. También en el mundo se puede hacer una vida de perfección. En todas partes podemos consagrar y elevar nuestro espíritu. Ya lo dijo la Madre Teresa, hija mía, muy querida en Jesús: «Entre pucheros anda el Señor.»

– Pero es que yo, padre mío –insistió con dulce tenacidad Rosita– me encuentro completamente desligada del mundo. Ningún afecto me ata a él. Tenía novio, y ya no tengo novio. Sentía cierta pasión por las galas y afeites, y ya llevo para siempre… digo, hasta que Dios se digne oír mis plegarias y logre entrar en el convento de Alba, este hábito del Carmen. Me gustaban las lecturas profanas; me encantaban las novelas de Pereda y de Alarcón y los versos de Gabriel y Galán, y ahora no leo más que la vida de mi Santa Madre. Ya ve vuestra reverencia, padre mío, que mis pecados son de los que se borran en el silencio del claustro, como los borró Santa Teresa. Porque si se prescinde de lo del novio –concluyó graciosamente Rosita–, tengo para mí que mi vida, hasta hoy, no se diferencia gran cosa de la de la Madre fundadora, y que la Villa-Regia de hoy bien puede competir en aburrimiento y hastío con la misma Ávila de los Caballeros.

– ¿Y has pensado en los votos, en la seriedad y en la solemnidad de los votos, hija mía? ¿En los rigores de la pobreza? ¿En la obediencia ciega que no analiza ni discute la orden recibida? ¿En la perfecta castidad, en el castigo diario de esta basura que es el cuerpo con todos sus apetitos y groserías? ¿En la dura tarima donde has de reposar de noche? ¿En el condimento monótono, a base de leche y de pescados, con que has de sustentar tu cuerpo todos los días?

– Si, padre mío; en todo eso he pensado –arguyó valientemente Rosita–. Pero vuestra reverencia no cuenta para nada los delirios, los arrobos y los éxtasis de la vida espiritual. Aquel vivir en amoroso concierto con Jesús, ¿no vale nada? ¿Nada el reposo íntimo, la perfecta paz, el desprendimiento de las vanidades, la ausencia del orgullo? En una palabra, he pensado bien mi resolución, padre Sebastián, y más que al confesor, vengo a ver en estos momentos al sabio consejero y a la alta autoridad de la orden. Puesto que hay ocasión de profesar en Alba, quiero solicitar humildemente el ingreso en aquel santo monasterio.

– ¿Y cuentas con el asentimiento de tu madre?

– Cuento con él.

– Casi has logrado vencerme, y hoy mismo escribiré a sor Prisca[107], la madre priora, intercediendo en tu solicitud. Pero piénsalo bien y vuelve a verme siempre que lo creas oportuno –añadió el padre Sebastián–. En este confesonario me tienes a tu disposición todas las mañanas, desde las siete. Y ahora, en nombre de Dios Padre, y de Dios Hijo, y de Dios Espíritu Santo –acabó, trazando en los aires la señal de la cruz–, yo te absuelvo como indigno ministro que soy del Altísimo en la tierra, y en penitencia de tus pecados y faltas, reza, durante el santo sacrificio de la misa que ahora vas a oír, tres salves a la Augusta Madre de Dios, para que ella suplique a su Hijo que te ilumine en la grave resolución que acabas de tomar.

Rosita se levantó, acercándose a la portezuela del confesonario y besando con humildad el hábito café que el padre extendía ante ella. Del coro surgió el grave zumbido del órgano, que preludiaba una queja. Y la queja se tornó suspiro, y luego, imprecación, y después, murmullo de aire abrileño, y más tarde, tormenta huracanada y borrascosa de las postrimerías de junio. Rosita siguió sus ensueños e imaginerías al compás del órgano, sabiamente manejado por la agilidad traviesa del padre Manuel, el organista. La música tiene, entre otras muchas, la virtud de hacer revivir en nuestro espíritu los recuerdos más borrosos y pretéritos. Y el padre Manuel era un mago que resucitaba en la devota y gentil rubita, prometida del Señor, escenas remotas y lejanas de su infancia. Y así, recordaba al padre beodo, dando trompicones, que rompía sus muñecas y decía palabras soeces a la mamá, que no se hartaba de suspirar y de llorar, y que luego, a hurtadillas del esposo calavera, besaba a su Rosita frenéticamente y la estrechaba contra su corazón. ¿Serían así todos los papás? Ahora, tenía ante sus ojos la figura achulada e insolente del hermano Ramón, silbando siempre aires zarzueleros y libertinos, llevándose los ahorros de la hucha al tapete verde y las joyas de la madre al Monte de Piedad. ¿Serían así todos los hermanos? Y luego se le aparecía la propia estampa de su rolla Lorenza, que la cantaba el romance de la infanta doña Delgadina, la hija pequeña del rey moro, y que la hablaba de un novio, de un mal hombre, que supo abandonarla luego de burlarse de su cariño. ¿Y serían así, como el novio de la rolla, todos los hombres?

Y Rosita se aislaba, se abstraía de todos sus recuerdos, para pensar en Jesús. Jesús era el amor de su vida, y la estrella de su noche, y el lucero de su aurora, y el agua de su fuente, y el lecho de su descanso. Jesús no era como papá, ni como el hermano Ramón, ni como el novio de la rolla. ¡Dulce Jesús bueno! El sacerdote comenzó la misa; Rosita cumplió su penitencia, comulgó, se postró de hinojos ante el Cristo de San Jerónimo y salió a la calle.

Ya en ella, Luis, el pobre, la persiguió sin resultado. Un saludo ceremonioso y frío, unas palabras cambiadas al azar, una súplica, que fue con dulce tenacidad rechazada, y nada más. El señor alcalde, con el pleito perdido en última instancia, dobló una esquina, y Rosita, ligera como un pajarito, tocada de su mantilla y con su libro de devoción y su bolsito en la diestra, ganó con presteza la puerta de su casa. Momentos después, tomaba chocolate con su mamá, que ya se iba resignando a lo del monjío. Luego, sentada a la camilla, Rosita siguió tejiendo, con el cañamazo de su fantasía, frescas flores que ofrecer a Jesús para el dulce momento de las nupcias.

III. El convento de la Anunciación

Y llegó el momento tan anhelado por Rosita de ingresar, a guisa de novicia carmelitana, en el convento de la Anunciación de Alba de Tormes, una de las primeras fundaciones de la Reforma de la Santa Madre Teresa de Jesús. Hizo el viaje con su mamá, desde Villa-Regia, en los primeros días de junio. A la villa de los Álvarez de Toledo llegó en las primeras horas de la madrugada. El pueblecito, asentado en un lecho de pizarra era muy bello, y si las casas eran bajas y achaparraditas, las torres eran altas y de graciosa proporción. Ringleras de pinos, de álamos y de negrillos bordeaban las orillas del Tormes, que en aquellas horas mañaneras cantaba dulcemente su canción de quietud, lamiendo los paredones y muros del castillo y de las iglesias. Una ermita, la de la Guía, cuyas espalderas estaban resguardadas por una colina, iniciaba el acceso al rugoso puente romano. Rosita divisó desde la diligencia el convento teresiano sobre la mole blanca de los cimientos de la nueva basílica. Las ventanitas de las celdas miraban al río, y desde ellas la vista se espaciaba hasta más allá de las cumbres de la serranía de Gredos, siempre cubiertas de nieve.

Rosita penetró con su madre en el templo, y no tenía ojos para ver todo lo que se ofrecía a su curiosidad. «Pozo de la aparición de San Andrés», rezaba una leyenda en el sotacoro, y recordó los incidentes de la fundación del buen Francisco de Velázquez y de su esposa, doña Teresa de Layz. «Celda de la muerte de la Santa», leyó al pie, y advirtió que unos aldeanos, ganando unos

[107] Persona real que fue superiora del convento de las Madres Carmelitas de Alba de Tormes.

escalones, miraban, admirados, por una mirilla o ventanuco que allí se abría. No pudo resistir la tentación y guardó vez. Una imagen de la santa descansaba en el lecho auténtico desde donde se verificó su glorioso tránsito a la mansión de la verdadera felicidad. La faz de Teresa era alegre y tranquila; un secreto y callado gozo la dominaba. Las monjitas que la vieron morir afirmaban que el espacio se inundó de armonías y que miles de serafines, y de ángeles, y de arcángeles, y de tronos y de potestades, bajaron hasta la celda para transportar su alma a la presencia del Todopoderoso. Y otra monjita vio un lucero muy alto y muy resplandeciente, que era el alma de Teresa remontándose a lo alto. Y testimonios veraces y fidedignos afirmaban, en fin, que un almendro estéril y roñoso que había en el atrio del convento se pobló y cuajó de blancas flores aquella helada noche de octubre en la llanura castellana. Pues Rosita sintió la fragancia del almendro y oyó las armonías celestiales y hasta sintió el resplandor del lucero en su corazón, contemplando la celda que ella había de ver en adelante todos los días. Adoró luego las reliquias: el corazón traspasado por el dardo de fuego del serafín, el tronco de encina con la cruz dibujada en sus fibras que evitó a un duque de Alba la muerte segura un día de tormenta, encomendándose de corazón a Teresa, el relicario primoroso de las diócesis de Bélgica, el brazo derecho –descarnado y terroso–, una carta de la Madre a un prelado de su devoción y amistad. Curioseo luego los cálices de esmaltes peregrinos, regalos de reyes y pontífices, las capas pluviales, las casullas, los albos roquetes, las sobrepellices, los zapatos pontificales… Y por el torno convinieron madre e hija la visita al locutorio carmelitano para unas horas después.

A las tres de la tarde, Rosita apareció con su madre en la puerta del monasterio. Un sacristancillo, insinuante y untuoso dejó a ambas a la puerta del locutorio. Este era una reducida pieza, encalada y cuadrada; una reja de clavos puntiagudos hacia fuera se destacaba al fondo; un torno, a la derecha de la reja y una tabla de un Cristo borroso completaban el monjesco y sencillo ajuar. Sombras de voz gangosa se movían en la penumbra:

– ¡Ave María Purísima! –dijeron las sombras.

– ¡Ave María! –replicaron las visitantes.

– ¿Usted es la novicia, a lo que veo? –exclamó una voz, que, por las trazas, debía ser la mandona de la comunidad, dirigiéndose a Rosita.

– ¡Servidora! –exclamó Rosita, iniciando el plácido palique conventual.

– El padre Sebastián ya nos ha informado –reanudó la voz, grave y segura de sí misma–, y como ya están cumplidos todos los trámites de la dote, las puertas de la casa están abiertas de par en par para nuestra nueva y querida hermana en el Señor. Esta tarde, a las cinco, ya puede ingresar vuestra merced.

– ¿Tan pronto? –intervino angustiosamente la madre.

– ¿Y por qué no, Señora? –arguyó dulcemente la monja carmelita–. Estos tragos de la separación conviene pasarlos cuanto antes.

– Yo estoy a la disposición de vuestras reverencias –dijo Rosita, ganosa de cortar el diálogo y las inquietudes maternales.

A la hora señalada, ingresó la novicia en el convento de la Descalcez Carmelitana de Alba de Tormes. En el patio de ingreso florecía el almendral; las monjas se cubrieron la faz con la toca para recibir a la nueva hermana, y la tornera agitando una campanilla, para que las profesas se acogiesen a su retiro, indicó la celda a la muchacha. Era la misma de la Santa, y miraba a la vega. En aquella hora del atardecer, sonaba el Ángelus la campana de San Pedro. La vega se estremeció al religioso tañido. Lloviznaba, y un silbido penetrante, el del tren, rompió, allá por los altozanos de la huerta del Duque, la placidez de la hora.

Angelus Domini nunciavit Mariae. Et concepit de Spiritu Sancto. En las celdas vecinas hubo un susurro de plegaria, un fervor de oraciones inusitadas y lentas. Luego, el tañido de una campanita. Después, nada. Rosita se recogió en su tarima y durmió plácida y tranquilamente durante su primera noche de noviciado.

IV. Los amores con Jesús

– ¡Vistamos al Niño Jesús, hermana Rosa!, –gritó alegremente la madre Prisca, una dulce mañana de mayo, preparando las ropas para una misa pontifical.

– ¡Vamos allá, madre!

El Niño Jesús está en el centro de una pieza que comunica con la sacristía, por un torno. Una linda camisita de seda cubre sus carnes de madera pintada. El Niño es alto, rubio y gordezuelo; los ojos son azules y sonrientes; breves las manos y pequeños y mantecosos los pies. Aquel Niño

lo trajo de Italia el gran Duque y doña María de Colón y Henríquez[108], la nieta del gran navegante, lo regaló a sus pobres y buenas amigas las Carmelitas. Penetra el buen sol por un ventanuco rasgado de la estancia; desde ella se oyen, a lo lejos, tamizados por dos gruesos muros, ecos de canciones, que llenan las bóvedas del templo. Acaban de llegar a él peregrinaciones de Valencia y de Sevilla. Y se oyen vítores y estallan cohetes, y las campanas de todas las iglesias voltean medio locas, y calle de San Pedro arriba, se oye el eco de un himno de circunstancias:

Valencia, tierra de flores,
patria querida de mis amores.

La madre Prisca se ha apoderado de unos zorros, y con ellos golpea sabiamente las ropitas albas que han de cubrir al Niño. Sor Rosa lo contempla con deleite. Ora besa sus piececitos con unción; ora coloca, entre la camisita, un lindo escapulario del Carmen; ora monologa con él, ganada por la efusión del grato ambiente mañanero lleno de sol y lleno de alegría:

– ¡Niño rico, Niño mío, Jesús precioso, yo te quiero mucho, mucho; pide tú a tu padre por mí, por sor Rosa, que piensa en ti a todas horas! ¡Nene guapo, más rubio que el trigo en las trojes y más blanco que las nieves sobre las cumbres de aquella sierra! ¡Niño mío, y qué guapo voy a ponerte hoy, con tu vestido blanco, recamado de oro; con tus zapatitos azules y con tu corona de esmeraldas y de rubíes! ¡No; hoy no es un día como todos, Nene; hoy es un día grande, muy grande, y van a ponerte en el presbiterio, en frente de su eminencia, el señor cardenal de Sevilla! ¡Qué guapo estás! Pues ¿no sonríes de alegría? ¿Estás contento, Niño? También yo lo estoy de verte y de contemplarte a mis anchas…

La madre Prisca sonríe también, contagiada por la alegría y el candor de la hermana novicia. Rosita es la alegría de la casa y la niña mimada de la comunidad. Se diría que es una Santa Teresa rediviva. Madruguera como un jilguero, devota y recogida en el coro, parca en la mesa y muy diligente y afanosa en sus trajines, a la hora del recreo no hay quien la gane en gracia y en buen humor. Gracias a Rosita, no se interrumpe la buena tradición de la Reforma del Carmen. La monja teresiana no es huraña, sino alegre; no es hermética, sino expansiva; no es una mística de palo, sino una mujer de carne y hueso.

– ¡Alegre está esta mañana vuestra merced, hermana Rosita! –exclama la madre Prisca, con un dulce acento maternal.

– ¿Y por qué no voy a estarlo, madre Prisca, delante de este Niño, tan bonito y tan retrechero?

– ¿Le gustan mucho los niños?

– ¡Mucho, madre, mucho! En las visitas del locutorio me apetecería besarlos, si no fuera por esa reja con pinchos. A veces pienso que, por el torno, debieran cedérmelos por unos minutos sus madres para comérmelos a besos. ¡Eso sí; no hay ninguno tan bonito como este Niño nuestro!

Y mientras charlan animadamente novicia y priora, van vistiendo al Niño Jesús. Ya tiene sus zapatitos puestos; en su diestra han colocado un cayado de paz, porque este infante es el mejor de los pastorcitos, que llora de pena cuando se le desmanda un cordero remolón, y no descansa hasta que no le retorna al aprisco. La corona, ya refulge sobre las guedejas rubias, y el vestidito de rosa blanco cubre sus carnecitas sonrosadas.

Las dos monjitas preparan las estolas, las albas, las casullas, las capas, los roquetes, las sobrepellices, los zapatos albos de pontificar, la mitra, el báculo de oro. Las vinajeras de plata rebosan de blanco vino aromático. Desfundan el cáliz de esmalte que regaló León XIII. De una caja de caoba sacan una magnífica miniatura de plata para el beso de la paz. Y llevan también al torno el juego nuevo de las campanillas para el momento de la consagración, y el relicario de Bélgica, y la carta autógrafa, y el álbum, y un rico misal gótico.

V. La muerte de sor Rosita

– Y ahora –suplicó la madre priora a la comunidad, al concluir los rezos vespertinos– cantemos, hermanas, un Miserere para que Dios se sirva salvar la vida de sor Rosa o disponer lo que mejor convenga para su eterna salvación.

Y las monjitas, hondamente emocionadas, entonaron las doloridas estrofas del rey David, en el coro en penumbras, para que Dios devolviese la salud a sor Rosa, que había de profesar, si mejoraba, un mes después. La epidemia gripal, que había respetado los umbrales del monasterio,

[108] Sánchez Rojas alude, en este y en otros artículos, a María de Colón y Enríquez (o Henríquez) como esposa del Gran Duque de Alba. En realidad, la esposa de Fernando Álvarez de Toledo fue su prima, María Enríquez de Toledo y Guzmán, quien no tenía –que sepamos– ninguna vinculación familiar con Cristóbal Colón.

aparecía en él, escogiendo una víctima propiciatoria: sor Rosita. El caso era grave y desesperado hasta más no poder, y el doctor meneaba negativamente la cabeza, confiando sólo en un milagro de la Providencia. La enferma tenía ahora una fiebre espantosa de cuarenta y un grados; deliraba, y no había esperanza alguna por su vida.

Desde el coro se dirigió la comunidad a su celda. El médico y la hermana enfermera cuidaban de la doliente. En su delirio bendecía sor Rosita al niño Jesús. Los ojos iban apagándose y perdiendo su azulez intensa; los cabellos rubios, cortados y prisioneros de la toca, estaban empapados en un lago de sudor, las manos, breves, perdían por minutos su coloración y se confundían con la cera. Un padre carmelita entró, solícito, para leer la recomendación del alma. Las monjitas se postraron de hinojos en torno al lecho, acompañando en sus preces al recomendante.

Ya hemos dicho que la celda de sor Rosita era la misma que ocupó la madre Teresa en su primera etapa de monja en aquel convento de la Anunciación. Toda la noche la pasó delirando la enferma. Con el alba cedió un poco la fiebre; pero momentos después entró en el periodo agónico. Y sor Rosita seguía delirando.

– ¡Tú, mi buen Jesús, llévame al cielo! ¡Y dame paz, sobre todo paz! No lleves a él ni a papá ni al hermano Ramón, que son malos; pero a mí mamita, sí. Y tú, Niño bueno, has de estar con nosotras para que yo te bese los piececitos, para que yo te acaricie, para que yo te de los ricos picatostes que toma con el chocolate su eminencia el cardenal. Cuando yo profese, niño Jesús, me seguiré consagrando tan por entero a ti que no tendrás nunca una queja mía. Tú, que eres el Jesús de Teresa, ¿no quieres serlo también de Rosita?

Dulce Jesús bueno,
dulce Jesús mío,
véante mis ojos
muérame yo luego.

Muérome para verte. Porque te veo me muero… Esa luz, ¿dónde está esa luz, sor Prisca?

Pero sus incoherencias cedieron el paso al sopor. Luego extendió la cabeza, quedando muerta. Pero sonreía como si viviera, y de su faz no se había borrado el sello del reposo. Era un ángel más que dormía.

Las monjitas la amortajaron piadosamente. En la fosa común la enterraron aquella tarde por prescripción facultativa. Su recuerdo no se ha borrado todavía entre las monjas; pertenece, con Ana de San Bartolomé, con María del Sacramento, a la pléyade de esas religiosas sencillas y admirables que fueron felices porque mataron el deseo de lo temporal por el amor de lo eterno.

El Imparcial (11-05-1924)

Hablando con don Juan[109]

Como todos los años en esta noche, mi buen amigo Don Juan Tenorio me ha invitado a comer buñuelos de viento y los huesos de santos, mojados con el vino de Méntrida, en una tasca del barrio de la Latina, cerca de la plaza –tan madrileña– de San Andrés. Desde hace cinco años en que asisto puntualmente a sus citas, el hijo de Don Diego Tenorio viste con el traje del siglo: hongo, bufanda, abrigo y unos botines grises. Todo su aspecto denuncia al militar retirado. Frisa en los ochenta años, padece de neuralgias, tose constantemente, se queja del asma que le ahoga, padece de arteriosclerosis y todo el pobre señor está hecho una cataplasma. Habla poco, y siempre con un hondo dejo de melancolía, y como buen español, habla de política, de toros y de mujeres.

– ¿Como va ese Directorio? –me ha preguntado con su voz lúgubre y cavernosa.

– Mejor lo sabrás tú que yo, Don Juan, puesto que eres somatenista.

– ¿Qué quieres, chico? Mis aventuras me obligan a ir armado continuamente. Y ya sabes mi credo, amigo; sin orden, y sin autoridad, no hay felicidad posible para los individuos y para las naciones.

Don Juan se detiene ante un golpe de asma. Traga un sello de aspirina, y dirigiéndose al tabernero, le reclama dos litros de vino de la tierra:

– ¡No se ve ninguna tapada por aquí! –exclama

[109] Años antes, en noviembre de 1911, Sánchez Rojas había publicado otro artículo con este mismo título, pero distinto contenido, en *El Adelanto* (O.C. Tomo I, página 163).

– ¡Ninguna, Don Juan! –le replico–. Todas duermen a pierna suelta en estos momentos. ¿Y cómo van esas aventuras?

– De capa caída. Desde que agoté la herencia de mi padre, ninguna mocita me hace caso. No se vive nunca de fiado en este negocio del amor. Los tenderos y los mercachifles me han derrotado, y como ya no queda sombra de mi garbo ni de mi prestancia, me dedico a saborear golosamente mis recuerdos en la sociedad.

– Pero dicen que te has casado, Don Juan –inquiero.

– ¡Sí, hijo, sí! Va para tres años. Me casé «in artículo mortis» con la Petra, con la cocinera de mi padre, que me trata de mala manera. Cuando le cuento mis conquistas de antaño no se harta de reír y de burlarse de mí. Está deseando que me muera, y no sabe ocultar su piadoso deseo. Lo malo es que yo soy inmortal.

– ¿Inmortal, Don Juan?

– ¡Inmortal, chico, inmortal! Condenado a la vejez perpetua y a no salir nunca de los dominios de las Españas. Y no me divierte, ¡vive Dios!, semejante castigo. Ahora mismo no sé si estamos en 1824 o en 1924; no estoy seguro.

– Ni yo tampoco, Don juan

– ¿Mandan los progresistas? ¿Mandan los moderados? No lo sé. ¿Murió el padre Claret? Lo ignoro ciertamente. ¿Habló ayer tarde Argüelles en el Congreso? No sabría decirte.

– Yo tampoco.

– Esta España es de una monotonía desesperante. Parece que todo se va cuando todo vuelve. España es una perpetua noche de difuntos, y de trasgos, y de brujas montadas en escobas, y de sombras que se escapan y no se tocan. ¿Qué dicen las gacetas? ¿Leíste algún artículo de Mariano José?

– ¡Las gacetas callan, Don Juan! Mariano José, permanece también callado. La previa censura ha concluido ya con su paciencia.

– ¡Increíble, chico, increíble! Entonces circularán sátiras, acrósticos, papeles clandestinos, murmuraciones de corro en corro… ¿no?

– ¡No, Don Juan! No circula nada, ni se dice nada, ni se miente nada. Todos somos felices hasta la saciedad.

Pagamos el gasto y salimos a la calle. Por San Francisco el Grande ganamos la distancia hasta el palacio de Oriente, y por la plaza de Isabel II, Arenal arriba, llegamos a la Puerta del Sol. Doblan a muerto las campanas. Del palacio de la Castro Enríquez surgen unas damas y unos caballeros, precedidos de criados que llevan un farol. El sereno canta el avemaría y las tres de la madrugada. Dos padres carmelitas, con su sombrero blanco, con su hábito café, penetran en el atrio de –San Ginés. Luego oímos un rumor espantoso de plañideras que gritan, de alguacilillos y corchetes que se abren paso a empellones ante las turbas.

– ¿Qué es esto? –pregunta Don Juan

– ¡Sentencia del Santo Oficio para mañana contra unos relapsos en la plaza Mayor!

Don Juan cree estar soñando; yo también. Nos restregamos los ojos, y en las escalerillas de San Felipe ralea de mendigos y de prostitutas nos asaltan.

Don Juan dispara un tiro al aire; momentos después, nos encontramos en la Comisaría… Yo me despierto, y la criada me trae EL LIBERAL con una taza de café y una barra de Viena untada con mantequilla.

El Liberal (02-11-1924)

La casa de orates

Ocho días después de haberme licenciado en Medicina y de haberme casado con Pepita, la preciosa modistilla que diera a toda mi vida de estudiante un tono de alegría y de honestidad a la vez, mi padre, que era un cacique de tomo y lomo, nada menos que vicepresidente de la Comisión Provincial, consiguió que me nombrasen médico director del Manicomio de Villatriste. Tres mil pesetas, con descuento, pagadas con poca puntualidad; pero el trabajo no era arco de romanos ni cosa del otro jueves. A las nueve hacía la visita a los pobres dementes, y el resto era domingo para mí. Yo no sabía cosa mayor de enfermedades mentales; pero muy pronto el estado de abandono en que yacía aquella casa sublevó enteramente mi temperamento. Aquello era un depósito de idiotas, imbéciles, bobos y deficientes, donde había algunos locos. Los loqueros,

antiguos sargentos del ejército, allí colocados por los diputados provinciales, llevaban la dura disciplina de cuartel a aquella *citta dolente* de la miseria y de la podredumbre humanas. Funcionaba el vergajo; las cunas estaban siempre ocupadas; se aplicaba el chaleco a cada dos por dos; la cocina era escasa y el alimento parvo y deficiente. Los baños y las duchas brillaban por su ausencia. Los pobres enfermos llegaban a mi presencia amedrentados y tímidos; las buenas hijas de San Vicente de Paúl –encargadas de la administración de la casa– dejaban todas las iniciativas a los loqueros y yo no lograba nunca descifrar enteramente el enigma de aquella casa, cerrada a cal y canto a las miradas de los profanos.

Los enfermos eran, por lo común, idiotas vulgares. Las regiones vinícolas de la provincia daban un buen contingente al personal. Había dos epilépticos peligrosos, un melancólico muy avanzado y un avariósico que se debatía en las ansias de la muerte. Acaso los locos puros eran los más felices. Uno de ellos, emperador del reino de Sanfelices, su pueblo, pasaba las horas hablándonos de su corte y de su ejército, de sus finanzas y de la señora reina, su mujer. Otro de ellos, zapatero antes de ser recluido, se las echaba de archimillonario, y para pagar sus pérdidas del tute a los compañeros les reintegraba en sendos cheques imaginarios. Un tercero, abandonado por la mala hembra de su mujer en la travesía de Buenos Aires a Cádiz, pasaba las horas cantando las excelencias de la ingrata y las dulces y sabrosas horas de amor pasadas a su lado. Otro infeliz, corroído por una enfermedad terrible, cantaba cuplés que oyera a la Raquel Meller de estudiante, y en su cabecita ya no quedaban ideas ni palabras siquiera, sino reflejos, ecos y piltrafas de sensaciones remotas que no hacían ya vibrar su pobre espíritu insensible.

Yo, médico, nada podía hacer contra tal estrago. Procuraba vigilar la cocina, me curaba de la limpieza y policía de las camas, evitaba el abuso de las gualdrapas y del chaleco y solicitaba de la administración que no escaseara el tabaco, que tanto bien y de tan grata manera distrae a los alienados. Si no había cambios meteorológicos bruscos, la vida del manicomio marchaba como una seda. Los días de cambio de luna eran también un tanto revueltos y agitados. Aquellos días los locos, a la salida del refectorio, marchaban a los patios disparados como flechas, corrían, cantaban, danzaban, disparataban a su sabor, y de noche, rendidos, en sus aposentos, soñaban a grandes gritos y recordaban y añoraban, con notable precisión, episodios de su vida pasada, horas de dolor, horas de placer, cuyo recuerdo había quedado grabado a machamartillo en su cerebro.

Muy pronto llegó a intrigarme la suerte de un pobre enfermo que al decir de los loqueros era bastante peligroso. A primera vista le juzgué por alcohólico en segundo grado. Tenía los ojos hundidos y desorbitados, la palabra torpe y balbuciente y la sonrisa pronta. Era muy obediente y sumiso, y empleaba todos sus ahorros en fumar de continuo. Su vida había sido un tanto pintoresca. Casado con una guapa moza de una aldea situada en la frontera de Portugal, marchó con ella a Buenos Aires y en unos años de esfuerzo continuo logró levantar un capitalito de treinta y cinco a cuarenta mil pesos. Su mujer le acabó los ahorros en un santiamén. Se decía que ella era muy dada a las joyas, a los dijes y al complaciente trato con los mancebos. Regresó el matrimonio a España; a él le dio el naipe por frecuentar la taberna. Un día, previo certificado del médico del lugar, fue recluido en la casa de orates, pasó por la experiencia de las cunas y del chaleco, y una noche se descolgó de una ventana, apareciendo tres días después en su pueblo, situado a veinte leguas de la capital de provincia, donde se encuentra este manicomio que yo dirijo.

Pude darme cuenta de que Enrique, el enfermo alcoholizado, no era simpático ni a las monjitas ni a los loqueros. A las monjitas porque decía a los pobres bobos que le rodeaban que él era republicano, y ateo, y librepensador. A los loqueros porque de cuando en cuando se permitía discutir con ellos acerca de las deficiencias del régimen interior de la casa. Recluido de nuevo en la casa de orates, su conducta era intachable a todas luces. Paseaba solo, a grandes zancadas, sin hablar con nadie, siempre ensimismado, siempre triste, fumando sin descansar cigarrillo tras cigarrillo, sonriendo, a lo mejor, como si fuese el protagonista de un diálogo imaginario. Y comía con apetito. Y dormía de un tirón. Los loqueros, para evitar una segunda fuga, le habían recluido, a espaldas mías y sin saber yo cosa alguna, en una cuna, al lado de un epiléptico, una mala bestia, que se pasaba toda la noche de claro en claro, cantando canciones lascivas, sin dejar pegar el ojo al compañero.

Llegué una mañana temprano a la Casa de Salud a certificar la defunción de un demente. Enrique paseaba fumando, como de costumbre. Se quitó la gorrilla a mi paso y le llamé:

– Enrique: ¿cómo te encuentras, hombre?

– ¡Muy bien, doctor! –me replicó.

– ¿No te duele la cabeza? ¿Tienes buen apetito? ¿Comes bien?

– Siempre he comido bien y nunca me ha dolido la cabeza, doctor. Por lo demás, siempre he rebañado el plato.

– ¿Y por qué te escapaste?

– Porque me encontraba mal entre estos bobos.

– ¿En qué sala estás?

– En las cunas.

– ¿Cómo en las cunas?

– Sí. En las cunas me han puesto los enfermeros. Estoy de compañero de habitación, en el calabozo, con Rodríguez. Por cierto, que no me deja dormir.

Lo tuve en cuenta para dar una grita a los loqueros. Todo lo que me dijo fue prudente, discreto y atinado. Seguí observándole con curiosidad. Una densa tristeza empañaba sus ojos algunos días; seguía encerrado en su misantropía y en su soledad; no conversaba con nadie, y cuando tenía la suerte de apoderarse de algún pedazo de periódico viejo usado, era el más feliz de los mortales Enrique.

Procuré indagar. En el pueblo pasaba por un borrachín; pero nunca jamás por un desequilibrado. Al retorno de Buenos Aires se consagró al alcohol. Decían las gentes que su mujer había dilapidado en muy pocos meses el capital que peso a peso amontonara Enrique durante ocho años. A la vuelta, la mujer de Enrique fue la admiración del pueblo. El médico, un solterón mujeriego, coqueteó con ella. Días después se iniciaba un expediente contra Enrique para recluirle. El pueblo en masa protestó; pero pasaron los días, las protestas fueron amansándose poco a poco y ya lleva cerca de dos años recluido Enrique en el manicomio de Villatriste.

Con estos antecedentes tenía un camino que tomar: libertar inmediatamente a aquel pobre hombre de la reclusión. Los loqueros me aseguraban, sin embargo, que Enrique estaba enamorado de la mala hembra de su mujer y que sería inevitable un nuevo choque entre ambos. Pero mi deber era claro: aquel hombre, que no estaba loco, no debía permanecer un minuto más en aquella Casa de Salud.

Llamé al padre de Enrique. Le ordené que comprase un pasaje para la Argentina, un pasaje a su hijo, que lo viniese a buscar un día determinado, que le embarcase en Vigo y que no volviera a la aldea hasta que no estuviera seguro de que su hijo navegaba en alta mar, con rumbo a una vida nueva, desligada completamente de los recuerdos del pasado.

Así se hizo. Enrique salió de la Casa de Salud. Me dio un abrazo y me prometió ser discreto y prudente.

He leído esta mañana el periódico y me he quedado helado de espanto. Enrique ha matado a su mujer y al médico del pueblo. Les ha cosido a puñaladas a los dos. Desde Cádiz volvió a la aldea, pasó toda la noche rondando la casa de su esposa, y al clarear el alba penetró en ella por la chimenea de la cocina. Allí estaba el médico. Los dos han quedado tendidos, entre un charco de sangre. Enrique se entregó a la justicia, declarándose autor del doble crimen. En el pueblo no ha producido una gran impresión la catástrofe. Los vecinos han declarado sencillamente que la esperaban.

Para situación crítica, la mía. ¿Cómo reclamo yo al pobre enfermo? ¿Cómo explico que bajo mi responsabilidad le eché de la Casa de Salud y que ahora torno a reclamarle a ella? ¿Quién está loco? ¿Quién no lo está? ¿Por qué no se me ocurrió prever que Enrique, en libertad, había de buscar fatalmente la revancha? Por otra parte, ¿a santo de qué iba a tener yo recluido en un depósito de bobos y deficientes mentales a un pobre hombre víctima de una mala mujer? ¡Qué situación la mía, santo cielo!

He visto esta mañana en la cárcel a Enrique. Me reconoció en seguida.

– ¡No estoy loco, doctor Rubio, no estoy loco! Lo que pasa es que liquidé todas mis cuentas con aquella perra.

Y tornó en seguida a su ensimismamiento, a su melancolía. Encendió un pitillo y comenzó a reír; sus carcajadas resonaban en el locutorio jovialmente como un canto de liberación.

La Esfera (21-03-1925)

Para una mujer bella y vanidosa

Góngora –don Luis de Góngora y Argote, el clérigo cordobés–, el divino Góngora, ha venido a visitarme esta mañana. Estaba alegre y jaranero, como siempre, el autor del romance «Hermana Marica», estaba locuaz y hablador, con su gracioso ceceo, el querido poeta. Vestía sotana; sobre el pecho ostentaba la cruz de Caballero de Santiago. El rostro tenía una color terrosa y enfermiza; la perilla le temblaba, al cecear, en la sotabarba.

– ¿Qué hay, amigo don Luis? –le pregunté.

No me contestó. Se puso a hojear los libros que tengo diseminados en todos los rincones de mi habitación. Luego fisgó unas cartas con interés creciente.

– Este es un anónimo, ¿verdad? –me preguntó a su vez.

– Sí.

– ¿Quieres conservarle?

– ¿Para qué? Se lo regalo a vuesa merced, señor don Luis.

– ¡Bah! –exclamó el divino poeta–. La historia de siempre. La fea y la guapa. La fea inteligente y la bella idiota, ¿Eso es?

– ¡Eso es, maestro!

– ¿Y tú…?

– Yo sonrío, callo y espero. La mujer que se jacta de ser guapa, solo de ser guapa, me hace reír.

– ¿Es culta?

– Ni culta, ni culterana como vuesa merced. Es eso; guapa a secas; nada más que guapa; tonta...

– ¿Y apañadita, a lo que veo?

– Apañadita, también... Hija de Eva. Una bella mulita. Recrea la vista, nada más que la vista, hasta que se la conoce. Luego...

– ¿Luego, qué?

– ¿Cómo sigue el Conde Duque?

– Siempre tan necio. Tío y sobrino se corresponden.

– ¿Y Villamediana?

– Siempre enamorado de Isabel. Eso acabará de mala manera.

– ¿Y ella?

– Parisién, rubia, mujer de Feliporro, ¿qué quieres que haga? Tira, afloja, dice que no, dice que sí, suspira, se irrita, ¡Vete a saber, chico!

– ¿Y qué se murmura en los mentideros?

– Nunca se ha murmurado tanto como agora. Vengo de Salamanca.

– ¿Qué hay por allí?

– Lo de siempre. Los rústicos se han apoderado de la ciudad. ¡Progresa! ¡Hay cada iniciativa que aturde...!

Revuelve de nuevo mis libros el cordobés. Coge un tomito de versos suyos, que tengo sobre la mesilla. ¡Este delicioso clérigo, tan conocedor del mundo...!

– ¿Te recito algo?

– ¿Y quién le dice que no a los poetas?

– ¿Vana Rosa?

– ¡Bien!

Y con voz suave y melodiosa, ceceando, recita el buen Don Luis:

Ayer naciste y morirás mañana,
para tan breve ser, ¿quién te dio la vida?
¿Para vivir tan poco estás lucida
y para ser nada, estás lozana?

Si te engañó tu fermosura vana,
bien presto la verás desvanecida,
porque en esa hermosura está escondida
la ocasión de morir muerte temprana.

Cuando te corte la robusta mano,
ley de la agricultura permitida,
grosero aliento acabará la suerte.

No salgas, que te aguarda algún tirano,
dilata tu nacer para tu vida;
que anticipas tu ser para tu muerte.[110]

– ¿Qué, te agrada? –me añade ya en tono natural.

– Me deleita el soneto, y ha tiempo que lo sé de memoria, querido poeta. Lo recito para mí sólo, cuando tropiezo en la vida con rosas vanas, Cuando no hay robustez en la cabeza o hermosura en el corazón, podemos decir a la pobre criatura que está desprovista de tales calidades:

Grosero aliento acabará tu suerte...

El Adelanto (01-04-1926)

Noche de ánimas[111]

Sevilla, casitas claras, calles pinas, absurdas, cielo añil... Sevilla, siglo XVII. Calle de las Armas, compasillo de San Francisco, barrio de Santa Cruz con casitas judías, achaparradas y bajas. Flores en los balcones. Noche de ánimas. Doblan las campanas de la Giralda, y las del Sanctorum Omnium, y las de San Lorenzo, y las de San Francisco, y las nuevas y flamantes de las Teresas. Sevilla: 1620. Un hombre alto, moreno –calzas de Milán, juboncillo, espuelas, chambergo de plumas, espada ricamente cincelada al cinto– cruza, con nosotros, por la calle de la Cabeza del Rey don Pedro, junto a la casita del judío Samuel Lévy, que es ahora propiedad de un comerciante genovés.

– ¡Buenas noches, don Miguel de Mañara y Vicentelo de Lecca! –decimos al hidalgo.

– ¡Buenas noches!

– ¿Y don Juan?

– Cerca del Osario le he dejado esta noche, querellándose con la mujer –me dice Mañara. No sé si sabes que don Juan se ha casado. Don Juan, después de tanto presumir, querido mío, es un marido de cuota lo mismo que el corregidor, lo mismo que el alcayde del Alcázar; lo mismo que... todos. Borracho le dejé tendido en el compás de San Francisco, harto de trasegar el mosto de Guadalcanal; su mujer acaba de recogerle entre improperios y frases feas, y yo sigo mi peregrinación por estas calles, en busca de delincuentes y de menesterosos.

Emparejo con el caballero sevillano, de procedencia maltesa. Ya no es el viejo castigador que hemos conocido años antes por el Prado de San Sebastián y por la Puerta de Jerez; ahora es un caballero discreto que viste tonos suaves, grises, casi sacerdotales. En el lado del corazón luce la cruz roja de Santiago. Atravesamos el dédalo de la calle de Argote de Molina. De nuevo, al Barrio de Santa Cruz, iluminado por la plata de una luna esplendorosa. En el callejón de las Aguas nos detenemos un momento oyendo cantar las fuentes en el jardín. Un vigilante nos saluda:

–¡"Ave María, gratia plena"!

– ¡"Dominus tecum"! –respondemos.

Callecita de Justo de Neve. La iglesia de los venerables está abierta y en ella nos arrodillamos un segundo. Un enorme catafalco negro se exhibe en el centro de la preciosa iglesia. Unos clérigos, cieguecitos, cojos, mutilados –"los Venerables"– cantan gangosamente el "Dies irae, dies illa", desde el coro. Unas velas amarillas alumbran el presbiterio. De la calle llega un aire tibio y otoñal, henchido de perfumes.

– ¿Has visto a Bartolomé Esteban? –me dice don Miguel.

– ¡No!

– ¡Y sin embargo, por aquí anda! Caza sus modelitos –golfillos y muchachas– por estos andurriales, todas las noches. He decidido buscarle para que me pinte una Santa Isabel en la casa de mis hermanos, los pobres. ¿Vamos a su casa?

– ¡Vamos!

Otra vez, la calle de Neve, y el callejón de las Aguas. Bartolomé Esteban Murillo está en su casa. Atravesamos el pequeño zaguán y llegamos a su estudio por la derecha. Detrás de la cancela, se descubre un jardincito humilde. Bartolomé, rechoncho, colorado, bajito, dicharachero, alegre, nos recibe con alegría:

[110] Luis de Góngora. *A la rosa.*

[111] Con este mismo título, aunque distinto contenido, hemos localizado otro artículo de Sánchez Rojas publicado en *La Libertad* (O.C. Tomo II, página 36).

– ¡Por acá, señores míos!

Y a la luz de un velón, penetramos. No está solo Bartolomé en el estudio. A su vera, hay una muchacha lindísima. Tiene la piel cobriza y la cabellera es tan negra que, a estas horas, parece azul con reflejos metálicos. Los ojos están cuajados de luz y de tristeza. Se cubre con un manto de anascote y su juboncillo, de merino, tiene las mangas arrocadas. La bella desconocida nos saluda con un gracioso ceceo sevillano.

– ¡Necesito una Santa Isabel, curando a los leprosos, para mi Iglesia! –ordena don Miguel.

– ¿Os place esta faz, señor, para Reina de Hungría?

– ¡De veras que me place!

– ¡Entonces, ya tenemos el modelo!

– ¡Encantador, a fe! –replico.

– Hermosa señora! –dice, inclinándose, el caballero Mañara.

– Esta señora –explica Bartolomé– es mi prometida. Con ella me he criado y más que a las niñas de mis ojos la quiero. Para buscar leprosos –dice luego graciosamente el pintor– no tenemos que correr mucho en esta ciudad de Sevilla. Todo el puerto está lleno de marineros hamburgueses y paisanos que pueden servirnos.

La futura Santa Isabel, con su calidad ya definida, charla animadamente con nosotros. Maravillosa es la noche y salimos a pasear. Nos acompaña la novia del artista. Salimos, por la torre del Oro, hacia Triana. La luna se refleja en el Guadalquivir; por Oriente, hay en el cielo franjas luminosas y blanquecinas. Doblan las campanas de las Dominicas y de la Virgen de la O. En Nuestra Señora de la Esperanza se dicen misas de difuntos. Rondas de corchetes y de esbirros circulan por la calle de Castilla. Antes del alba, atravesamos el puente para acostarnos. En un recodo del callejón de los Pobres, tornando al hogar, rezamos un "Ave María" a una Virgen morena, alumbrada con el aceite de unos farolillos. Del jardín del palacio frontero de los Bucharelli, la capa elegante de un ciprés corta la azulez de la mañana sevillana que rompe, oyendo el tañido de las campanas y el "¡Ave María!" de los esbirros y de los vigilantes.

El Adelanto (31-10-1929)

Fray Simple

Y caminaban por las vereditas de Asís el siervo de Dios, Francisco, llamado el Pobrecito, y su hermano en pobreza y humildad, fray Maseo, e iban hablando los dos de la perfecta alegría, y decía Francisco:

– Y no consiste la alegría en poseer los tesoros de los ricos ni los secretos de las ciencias.

– ¡No, ciertamente, Francisco!

– Ni en el goce de los placeres de la carne, sino en el placer de sufrir por el Señor Dios.

– ¡En eso estriba, Francisco!

– ¡Mira, Maseo! Si ahora llegásemos a nuestro convento de Santa María de los Ángeles y nos mordiesen y ladrasen los perros hambrientos, y nuestras vestiduras se cubriesen de nieve, y las rasgásemos en las malezas, y al llegar al convento el hermano guardián nos echase a golpes de la casa de los Pobrecitos, y nos apalease y denostase, y nosotros pasáramos la noche a la intemperie, completamente seguros de que por la boca del guardián hablaba el Señor Padre Jesucristo, y llevásemos con paciencia tan pequeñas privaciones pensando en las amarguras del Calvario y de la Cruz, di conmigo, ¡oh, hermano Maseo!, que en eso estriba la perfecta alegría.

Y caminando así por las veredas los dos Pobrecitos, encendidos en pláticas de amor a Dios y a los hombres, acertó a pasar junto a ellos un mozo que llevaba una carga de leña en un borrico. Caminaba muy largo: hacia Florencia. Había oído el diálogo de los Pobrecitos y se mofó de sus palabras.

– ¡La alegría, hermanos –díjoles–, consiste en tener mucho oro!

– ¡Así lo crees, mozo!

– ¡Así lo creo, Padre!

– Te engañas. El oro trae las guerras, las pestes, las hambres entre los humanos. Y quita al que lo tiene la paz para el resto de sus días.

El mozo se llevó el dedo índice a la frente, como para indicar que el Pobrecito estaba loco. Después, viendo su sencillez y su humildad, dialogó con los dos Menores. El mozo era huérfano y no tenía pan que llevar a la boca ni lecho donde guarecerse. Cobraría en Florencia unas monedas

de cobre por su carga y tornaría, al anochecer, otra vez al campo, buscando, para reposar, con el cobijo de los árboles, la mullida alfombra de los maderales.

– ¡Si yo tuviera oro...! –suspiró el mozo.

– ¡Pues lo tendrás, hijo mío! Y cuando, harto de él, busques la paz de corazón, acude a nuestro convento de los Ángeles, donde gozarás, al fin, de la perfecta alegría.

El mozo y los Pobrecitos se separaron.

El mozo entró en un bosque, sacó su humilde refacción de las alforjas del asnillo, bebió del agua clara de un regato y se quedó dormido. Al despertar advirtió que a su lado brillaba y relucía una piedra grande donde se reflejaban los rayos de sol. Era un enorme pedrusco de oro macizo que se le ofrecía al alcance de la mano. Con gran cuidado lo envolvió en una arpillera y lo metió en la alforja. No podía respirar ni reposar de codicia. Arreaba al burro, y miraba a todas partes esperando que alguien le robase la piedra. Llegó a las cercanías de Florencia poco después de las tres, y hasta que no fue de noche no entró con el asnillo por el Puente Viejo. Tenía fiebre; sus ojos relucían; las piernas se negaban a moverse. Penetró en una hostería de la calle de los Zapateros y se cerró con llave en una pobre estancia. No pudo conciliar el sueño en toda la noche. Un sudor de angustia le bañaba la frente; el ruido más pequeño se le antojaba pisadas de ladrones y facinerosos que echarían abajo la puerta, le robarían el tesoro y le matarían sin piedad. Las luces del alba le dieron mayor sosiego. Muy temprano acudió a casa de un rico banquero judío, que, al ver la piedra, no supo disimular su alegría. A cambio de la explotación de la riquísima veta entregó al mozo hasta quinientos ducados de oro y un recibo en regla de guardar en depósito el precioso pedrusco, que valía hasta diez mil ducados más. El mozo vistió ricos paños, comió carnes sabrosas en hosterías donde acudían los señores, miró amorosamente florentinas morenas que le correspondieron con pasión en las mancebías. Pero el mozo perdió la paz de corazón. Asociado con el banquero que le guardaba en depósito la preciosa piedra, ganó grandes sumas de oro, tuvo un lindo palacio junto al de la Señoría, compró un jardín para su solaz en el recreo de la tarde, casó con una preciosa florentina, de nombre Yolanda, que le amó apasionadamente y que le dio un hijo rubio como los trojes del trigo en el verano. Pero el mozo perdió la paz de corazón. Su mujer que era la dama más hermosa de la ciudad, murió al darle su segundo retoño, y el primogénito subió al cielo a consecuencia de unas fiebres malignas. El viudo lloró sin consuelo, y para olvidar su dolor emprendió nuevos negocios. Y fueron fabulosas sus ganancias. Su corazón se endureció como si fuera de la naturaleza del rico metal que le había dado bienandanzas materiales, y prestó sumas importantes a los de Siena y a los de Pisa, a los mercaderes genoveses y venecianos y hasta el mismo Papa de Roma, que le hizo conde y caballero. Encanecieron sus cabellos, se apagó su salud, enflaqueció y se tornó viejo. Y el hombre perdió la paz de corazón.

Y un día de Navidad atravesó el Puente Viejo, tomó la calzada de Asís y penetró en el bosque. Una cara celestial de una mujer casi niña que tenía un precioso bebé en los brazos le pidió una limosna con voz cantarina. El corazón del negociante advirtió una sensación muy dulce y abandonó su bolsa a la Señora, cuya faz él había visto en los altares de la ciudad. Tenía fiebre la Señora, y él tornó a la ciudad en busca de drogas y de alimentos para curar su mal. A la vuelta acarició los cabellos del niño, y la guapa Señora le sonrió con dulzura. Aquel hombre, que no había llorado mientras era rico, vertió abundantes lágrimas de ternura y de amor por los pobres y por los desvalidos y por los humildes. Y de rodillas ante la Señora, rezó las plegarias de la infancia. La divina visión había desaparecido del bosquecillo toscano. Arrebujándose en una manta, quedó dormido. Y al día siguiente llegó al Monasterio de Asís. Había muerto Francisco, pero quedaban los Pobrecitos, sus hijos. El mercader fue recibido en la comunidad con el nombre de fray Simple. Y fue fraile ejemplar de muy santas y honestas costumbres y de gran limpieza y rectitud de corazón. Su patrona fue Santa María, y a la dulce Señora se encomendaba siempre con alegría y con fervor. Cuando murió a los doce años de haber abrazado la estrecha regla de los Pobrecitos, una Señora muy bella con un niño le sonreía en la cabecera de su camastro. Los Pobrecitos, embobados y suspensos, presenciaron la dulce muerte del pecador. Lo que, para loanza de la perfecta alegría y para la edificación de los Pobrecitos, contamos nosotros a mayor gloria del Señor Jesucristo y de la Señora Santa María.

Crónica (22-12-1929)

RELATOS Y SEMBLANZAS HISTÓRICOS

Francisco de Asís

Yendo una vez San Francisco desde Perusa a Santa María de los Ángeles con el hermano León –cuentan las *Fioretti*– en tiempo invernal, cuando el frío cruelmente les azotaba, llamó el santo al hermano, que delante de él caminaba, y le dijo de esta suerte:

– Hermano León, aunque los Hermanos Menores dan en todas partes grande ejemplo de santidad y de buena edificación, escribe y nota diligentemente que en esto no estriba la perfecta alegría.

Y caminando San Francisco, llamando por segunda vez al devoto siervo del Señor, tornó a repetirle:

– Hermano León, aunque los Hermanos Menores dan luz a los ciegos, movimiento a los paralíticos, oído a los sordos, habla a los mudos, ahuyenten los demonios y resuciten los muertos al cuarto día, escribe también y observa que en esto tampoco consiste la alegría perfecta.

Y por tercera vez, exclamó el pobrecito siervo del Señor con voz recia y vibrante:

– ¡Oh, hermano León! Si el hermano Menor supiese todas las lenguas, y todas las ciencias, y todas las Escrituras, de tal guisa que acertara a profetizar, a revelar no solamente las cosas futuras, sino el secreto de la conciencia y del espíritu, escribe que tampoco en esto estriba la perfecta alegría.

Y todavía, añadió San Francisco:

– ¡Oh, hermano León, ovejita de Dios, aunque el hermano Menor hablase con lengua de ángeles, supiese el curso de las estrellas y los dones de las hierbas, le fueran revelados los tesoros de la tierra y conociese las virtudes de las aves, de los peces, de todos los animales, de los hombres, de los árboles, de las plantas, de las piedras, de las aguas, escribe que tampoco en esto consiste la alegría perfecta!

Y hablando San Francisco de esta manera, durante más de dos millas de camino, el hermano León, lleno de admiración y de espanto ante el calor y la sencilla elocuencia del santo, le atajó y dijo:

– ¡Padre, te ruego, en nombre de Dios, que me digas en dónde reside la perfecta alegría!

Y San Francisco repuso:

– Mira, cuando lleguemos a Santa María de los Ángeles, empapados de lluvia, ateridos de frío, enfangados de lodo, muertos de hambre y llamemos a la puerta, el portero, airado, nos dirá: –¿Quiénes sois? Y le diremos: –Dos de tus hermanos. Y replicará: –Mentís. Sois dos granujas, que andáis engañando el mundo y robando las limosnas de los pobres. No nos abrirá. Estaremos a la intemperie hasta la noche, entre la nieve, llenos de frío y de hambre. Si soportamos tamaña injuria y tanta crueldad sin murmurar del portero, pensando humilde y piadosamente que aquel portero en verdad nos conoce, que Dios se vale de él para hablar contra nosotros, escribe, oh, hermano León, que en esto estriba la perfecta alegría. Y si continuamos llamando, y él nos persigue, diciéndonos: Ladrones perversos, marchad al hospital, que yo no os albergaré ni os daré viandas; si nosotros sufrimos tal adversidad con paciencia, con alegría, con amor, escribe que en esto consiste la alegría perfecta. Y si obligados por el frío, por la nieve, por el cansancio, por el hambre, no cesamos de llamar, y el portero, escandalizado, nos trata como somos, y sale con

un bastón lleno de nudos, nos apalea en la cabeza, nos cae[112] en tierra, nos revuelca en la nieve y sufrimos estas cosas con paciencia y con alegría, pensando en los trabajos de Cristo bendito, escribe, hermano León, que esta es la perfecta alegría. Y ahora, oye la conclusión, hermano. De todas las gracias y dones del Espíritu Santo, que Cristo concede a sus amigos, la de vencerse a sí mismo, la de sufrir penas e injurias y oprobios pacientemente, es gracia nuestra. De todos los demás dones de Dios no podemos gloriarnos porque son suyos y no nuestros.

Así dice el apóstol: –¿Qué posees tú que no sea de Dios? ¿Y si es de Dios para qué te glorías de lo tuyo, como si tuyo fuese? Pero de la cruz de la aflicción y de la tribulación sí podemos gloriarnos. Eso es nuestro. Y por eso exclama el apóstol: –Yo no quiero gloriarme sino en la cruz de Jesucristo, Nuestro Señor...

Esta tarde he visto en las calles de mi pueblo la procesión franciscana. He pensado que muchos de los devotos de San Francisco, que cantaban en la carrera, no conocen remotamente la gracia, la poesía, la exquisita espiritualidad del pobrecito de Asís. Nunca fue el cristianismo más puro que en la época del hijo de Pedro Bernardón. Porque este Santo, que habló a los pájaros, a los peces, que cantó el agua porque es humilde y cristalina, a las estrellas porque son preciosas, al hermano asno porque es sufrido, que acompañaba mujeres públicas por las calles de Roma, retornó a su primitiva austeridad el amor de Dios. Fue un reformador, un héroe, un Santo, porque fue hombre, porque fue bueno y porque fue poeta. Poeta, sobre todo. Le inspiró el corazón.

No fue un espíritu complejo, sino simple y candoroso. Nos sorprenden sus razones con la grata sorpresa que nos produce la sonrisa de un niño. Niño grande San Francisco, su reforma tropezó, en los primeros tiempos del siglo XIII con las mismas dificultades con que hubiera tropezado hoy. Le resistieron y le hostilizaron las clases conservadoras; Roma fue enemigo encarnizado de San Francisco. En el espíritu del Santo, lloraban las tristezas de la humanidad; en sus predicaciones latía el espíritu de justicia porque eran el mismo espíritu de amor descendido de lo alto. Cristo echó a los mercaderes del templo; San Francisco no hubiera echado solamente a los mercaderes...

El Adelanto (06-10-1911)

Miguel de Cervantes dice

Valladolid, llanura triste y desolada, páramo en la meseta, vías anchas, palacios deshabitados y tristes, templos sin acabar, orillas del Pisuerga y del Esgueva, trampas, bridas, socaliñas, lacerías de amor. Soldados, y clérigos, y más más clérigos, y más soldados, y alcahuetas, y troveros, y hambrientos llenos de ingenio, y garduñas de chancillería, y carne de presidio, y cuellos dignos de la horca. Corchetes, estudiantes de sopa, bribones venidos de Flandes y de Milán, Felipe II ha edificado su nuevo palacio, por el Manzanares ha dejado el Pisuerga; el pueblo que iba para Corte se quedó en el camino. No se acabó la Catedral. No se acabó San Benito. La traza de San Llorente no es la primitiva. Marchó el cortesano pero quedó el pícaro por falta de recursos. Las palomicas no han alzado todas su vuelo todavía a los Madriles. Felipe II visita de vez en cuando su pueblo natal. Tordesillas conserva aún el recuerdo de Juana y de Felipe. La horca levantada en Villalar, los rollos teñidos de sangre a la entrada de los pueblos, acogotaron el recio espíritu de la castellanía.

Ha muerto Felipe III. La grandeza de sus funerales ha espantado al pobre Miguel de Cervantes. Por Valladolid anda viviendo nuestro Miguel no se sabe cómo, no se sabe de qué. En Alba le han premiado unos versos a la beatificación de Teresa de Jesús, poca cosa, para ir tirando[113]. Ese proceso incoado por la justicia con ocasión de la muerte de Ezpeleta llena de sombras la moral de nuestro amigo. ¡Ay, el cuitado no tiene que comer! En el "Quijote" ha elogiado los alcahuetes diciendo que es noble y saludable profesión, propia de agudos y discretos. Miguel vive en Valladolid con una hermana… Ezpeleta y la hermana de nuestro amigo se me antoja que se entienden.

[112] Salmanticismo por *tirar*.

[113] En realidad, Cervantes participó con esta poesía en el certamen poético celebrado en Madrid –y no en Alba de Tormes– durante las fiestas de la beatificación, al que concurrió con esta *Canción a los éxtasis de nuestra B. M. Teresa de Jesús* cuya estrofa más conocida dice: «… Aunque naciste en Ávila, se puede / decir que en Alba fue donde naciste; / pues allí nace donde muere el justo. / Desde Alba, (¡oh, Madre!) al cielo te partiste…». Figura en la sección de Canciones de las fiestas madrileñas en *Historia de las fiestas que las ciudades de España hicieron en la beatificación de Santa Teresa de Jesús, en el año 1914*. Fr. Diego de San José. Impreso en Madrid, 1915. p. 53.

Miguel se me antoja asimismo que no es ajeno a tales conciertos. ¡Hambre, hambre; que dura y qué terrible eres en el estómago de los ingenios aposentada!

He ido a ver a Miguel. Junto al Esgueva vive, a tiro de ballesta del Hospital de la Resurrección. Vive en la casa de al lado, en la otra, en la que está junto a la que hogaño llaman "casa de Cervantes" y sostiene la Casa Real. Morada de mala nota es la suya; el acceso es libre y la confianza llana. En el bajo hay una botillería donde se canta y se blasfema…

Miguel me recibe. Con la pluma de ave está escribiendo "El casamiento engañoso". Me lee algunos pliegos. Luego charlamos:

– ¿Qué dices, Miguel?

– ¿Qué voy a decirte, Pepe de mi alma, que voy a decirte? Manco, lleno de heridas, y de deudas, y de sueños, soñando soy Quijote y viviendo galeote y forzado. No como. No me hacen caso los ricos, y los magnates, y los escritores. Vendo a peso de papel mis comedias y mis versos. Catalina, mi Catalina, aquella ninfa de Henares que yo canté cuando no tenía canas, se burla de mí. ¡Como no gano, como no gasto, como no triunfo! ¡Ya no hay sol en las bardas, amigo mío! Muero y conmigo muere España. ¿Me das algo de comer? Ya no me fía ni el botillero…

De la bolsa saco unos doblones de oro. Los dejo caer sobre la mesa. Miguel los recoge ávidamente con la única mano útil que le queda.

Desvío la conversación del enojoso cauce:

– Miguel: te celebran mucho el "Quijote"; las dueñas y los pajes leen las ocurrencias y donosuras del escudero; todos, altos y bajos, se deleitan con el hechizo de tu prosa. No sería arco de iglesia encontrar un Mecenas.

– No lo creas; con el ingenio no se medra en tierra de cristianos, Pepe. ¡Y luego, chico, los cuervos se han apoderado del cadáver de mi Alonso el Bueno, del Alonso que había en mí y me destrozó la vida! Los eruditos me lo han hipotecado. Hay un Rodríguez Marín, especialmente, que me tiene frenético. ¡Como si un abogado maurista pudiera penetrar en mi espíritu! Y al cobijo de mi estilo, ha surgido la calcomanía esa de Ricardo León, el lenguaje espeso de ese Julio Cejador, los profesores de Instituto, las fiestas conmemorativas y los centenarios oficiales. ¡Y cómo me explotan a mí, a mí que no me exploté jamás a mi mesmo! Erudito ha habido que ha sacado sus buenos doblones a mi expresión de duelos y quebrantos, diciendo que eran huevos y torreznos, cuando en tierra de cristianos se llama así, aun agora, como tú sabes, a los menudillos de los cerdos. De mis platos soñados, que no comidos, yantan hogaño las gentes. Ese ejército de cervantistas me pone demasiado en ridículo y ya estoy harto de tanta pamema y embeleco…

No hay modo de reanimar a Miguel, que no hay sol en las bardas de su espíritu. Hablamos de la guerra. El manco se exalta y pierde los estribos a las primeras palabras:

– ¿Has observado? ¡Los cervantistas, los eruditos, todos germanófilos! Idiota ha habido que ha sacado a relucir el diálogo del morisco Ricote con mi Sancho para probar mi germanofilia. ¡Bellaco y villano, y turco maldito quien tal dijo! Además, Antoñita, la mansa, la ñoña, la sin espíritu, la apegada, la tonta, la ruin Antoñita se ha hecho germanófila, como si entendiera de otra cosa que de menear palillos de randas, de asistir a convites, de cortejar bachilleres y de cortar las alas a los aventureros y a los poetas ¡Te digo…! Catalina, claro, también apuesta por el que cree que va a ganar. ¡Como hay botín en la ganancia! Sancho, en cambio, es francófilo; no sé si te he dicho que, desde que murió Don Quijote, insiste en salir de aventuras. ¡Pobrecito Sancho! Las cosechas vinieron malas; se acabaron el cerdito, los doblones encontrados en la maleta y las mandas que le legara su señor. Como están tan majos los tiempos, la mujer le pega, los hijos se le suben a las barbas, donde no hay harina todo es mohína, y él que se ha puesto a leer las gacetas y que entiende más de lo que parece de cuentas y de colores, ha dado en la flor de armarse andante caballero. En agosto tuvo un encontronazo, pero ya se ha repuesto.

Miguel no dijo más. Llegó una tapada a su casa; ni me saludó siquiera. Un caballero embozado le seguía.

Cervantes suplicó:

– ¡Si pudieras volver otro día!

Estreche la mano del manco. Miguel lloraba… Y he salido esta noche a contemplar la graciosa torre de Nuestra Señora de la Antigua y a pedir a Dios que el sol dore las bardas de mi entusiasmo civil, de mi entusiasmo civil, ¡ay! que tiene preocupada a Dulcinea.

La Publicidad (27-04-1918)

¿Abyecto o deseado?

Sobre el príncipe de Asturias, Fernando VII "el deseado", según el pueblo de la época o "el abyecto" según todos los historiadores y comentaristas de su reinado, escribe su primera mujer y prima, la princesa María Antonia de Nápoles: "No tiene instrucción, ni talento natural, ni viveza; es mi antípoda, y yo, por desgracia, no le quiero nada". Y la suegra, la reina María Carolina de Nápoles, opina por su cuenta que "es... un tonto, ocioso, mentiroso, envilecido, solapado, y ni siquiera hombre físicamente". La madre, María Luisa, mujer de Carlos IV, habla a Godoy, a su Manolo, "del marrajo cobarde de mi hijo", y Napoleón Bonaparte, el emperador de los franceses, júzgale de "muy bruto, muy malo y muy enemigo de la Francia." Historiadores de la ortodoxia monárquica del señor marqués de Villa-Urrutia, escribe que fue "un monarca para quien la piedad fue un mito, y la crueldad, felino deporte enfrenado sólo por el miedo". El general Arteche no lo juzga con menor serenidad.

Y, sin embargo, Fernando VII, con sus espléndidas narices y con otras partes del cuerpo no menos espléndidas, es el ídolo de la plebe de su tiempo. En el partido "fernandino" militan, con magnates de tanto fuste como el duque de San Carlos, el duque del Infantado, el marqués de Valmediano y el conde de Montijo –el famoso "tío Pedro" del motín de Aranjuez–, los curas, los frailes, las señoritas de la clase media y las mozas de partido que le conocen muy de cerca, como Pepa la Malagueña; además no hay que decirlo, de los guardias de Corps. Un "pronunciamiento", el primero de la fecunda y larga serie; le da la corona el 19 de marzo de 1808, provocando la abdicación forzosa de sus padres, D. Carlos y doña María Luisa. El miedo insuperable le obliga a huir a Bayona, su abyección le mueve a felicitar a Bonaparte por los triunfos que obtiene en la guerra contra los españoles, y, sin embargo, repetimos, a este mal hombre, follón, solapado y rastrero, que roba al Tesoro público 68 millones de reales para comprar unos imaginarios barcos de madera a Rusia, que injuria villanamente a su madre, que recuerda a todas horas al autor de sus días las dos coronas que lleva sobre la frente, no le faltan nunca la asistencia pública ni el favor popular.

¿A qué obedece esta contradicción entre el juicio de sus coetáneos, ignorantes y perezosos, y la opinión unánime, contundente y abrumadora de todos los historiadores? ¿Es que Fernandito es gracioso? Los síntomas son de que es todo un bárbaro, sin atenuantes ni limitaciones de ninguna clase. Pega a sus mujeres, abusa del alcohol y de las viandas, es cruel con los infelices y sólo se doblega, sin necesidad, ante los poderosos. ¿Es que Fernandito es generoso? Se sabe de su tacañería; valen las cruces de España a huevo como los cordones de San Genaro en Nápoles y como en los tiempos recientes del karageorgevitz[114], las condecoraciones de San Alejandro de Serbia, que adornaban el chaquet de los peluqueros más distinguidos de París. Es que Fernandito era madrileño y conocía los timos y los colmos de su época, y se amigaba con las balas perdidas, como Chamorro y el duque de Alagín, frecuentaba los garitos y las mancebías, y hacía gala de su cinismo; es que Fernando VII era un plebeyo "en cuyos amores y amistades –como apunta el marqués de Villa Urrutia en su magnífico libro: "Fernando VII, rey constitucional"[115]– tanta parte cupo a gente baja, soez y chocarrera, con la que el monarca se refocilaba y esparcía".

Se habla a todas horas de que el sol de las cumbres ilumina y baja hasta los llanos. La metáfora no es para tomada en consideración por los que tienen la costumbre de pasear por las alturas. Entre estas y los vallecicos se interponen las nubes apelotonadas y pardas, precursoras de lluvias, que impiden, siempre o casi siempre, la nitidez y la limpieza de la visión. Suelen darse las tempestades, por regla general en plano inferior al de las cumbres. Las de plano igual: solamente estallan muy de tarde en tarde para alterar la estructura geológica de los esqueletos de las montañas.

El Pueblo Gallego (16-04-1924)

María Luisa en Aranjuez

Monterito y Bon –pernoctamos en el Hotel de la viuda de Pastor, que fue algún día residencia de don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz– duermen en dos sendas camas de una amplísima habitación que pudo ser muy bien la alcoba del favorito; yo al lado, entre muebles, sofás, espe-

[114] Dinastía reinante en Serbia en distintos periodos (1842-1858 y 1903-1918), y en Yugoslavia (1918-1945).
[115] W. R. de Villa-Urrutia. *Fernando VII, rey constitucional: historia diplomática de España de 1820 a 1823*. Madrid, F. Beltrán, 1922.

jos y lavabos del siglo XVIII, en una pieza que pudo ser muy bien cámara de algún guardia de Corps. Tenemos los balcones abiertos. Las acacias en flor embalsaman y perfuman el ambiente. El cimborrio de la ermita de San Antonio araña el cielo negro, sin luna. La plaza porticada nos transporta, por un momento, a una vieja vía boloñesa. Y las estatuas de los reyes, y las columnas, y los barracones de madera de los restorantes [sic] improvisados en la noche primaveral, semejan una decoración de teatro, decoración de opereta bufa con amplio coro general de camaristas, palafreneros, postillones, abates y majas.

En este hotel donde estamos, concluye la privanza de Godoy, que se guarece de las iras populares, entre la blandura de unos colchones y el celestinaje de unas esteras, que le tapan, aquí arriba, en los desvanes de este palacio dieciochesco. El pueblo presidido por el tío Perico, vestido de alcarreño, por el tío Perico, conde de Tebas y de Montijo y abuelo de la que fue, sesenta años más tarde linda Emperatriz de los franceses, con picas y garrotes, irrumpe desde la casa de los Infantes al palacio de Godoy. El abyecto Príncipe de Asturias, recién casado; con su prima la napolitana, actúa de cabeza de motín, y como cabeza de motín penetra en Palacio, ciñendo la corona aquel 19 de Marzo de 1808. María Luisa, pálida y desencajada, con los ojos asustados por el pavor y los brazos en jarras por la costumbre, dicen que injuria a su hijo, llamándole hijo de fraile. El pobre Carlos IV, que no puede cazar perdices al día siguiente en la casa del Labrador ni pescar patos en el río, se resigna, una vez más, a las contrariedades del hijo como ya de contiguo se ha resignado ante las de la reina.

Desde Aranjuez, toda la caterva de conjurados se dispone a entrar triunfalmente en Madrid. Hay un Te-Deum en la ermita de San Antonio en acción de gracias, fuegos de artificio en los parques, besamanos de todo el personal sublevado de las cuadras en el salón del trono, medallitas a la fidelidad que cuelgan del pecho de los conspiradores, un curita – Escóiquiz– que predica un sermón contra el privado inerme, un oficial de secretaría –Luís de Onís– que sale con pliegos reservados para Madrid. Los vivas a Fernando y a María Antonia se pagan a real y cuartillo y las arcas principescas están lamentablemente exhaustas. No importa: Chamorro el chulo, y el duque de Alagón, arbitrarán todo lo necesario extrayéndolo de las mismas entrañas del Tesoro, y las monedas de plata se enterrarán en Aranjuez. Carlos IV y María Luisa salen de cualquier modo, con rumbo hacia el Norte, y para Godoy ha llegado la hora del destierro y del olvido.

María Luisa no da paz ni a la pluma ni a la lengua en las últimas horas que permanece en Aranjuez. La pluma es desgarrona y villana; escribe la sabia señora como una cocinera de nuestros días que ha llegado a tanguista y se ha codeado y algo más que codeado con los vástagos de la nobleza en los bailes del Ritz; habla María Luisa como una rabanera descosida, que acaba de perder el portamonedas y el retrato de su sargento en una revuelta de la Plaza de la Cebada. Ella lo tolera todo, todo menos las ofensas al pobre Manolo. Fernando es un marrajo, un ladrón, un chulo y un desuella caras; su nuera, una italiana que se deleita en mirar estampas cochinas, en leer libros inmundos y en platicar de cosas obscenas con las dos mozas de retrete que se ha traído de Nápoles, con las dos hermanas Dahier; el tío Perico, un piojoso; piojosos también, Valmediano, Infantado –mejor de estampa que de caletre– y el marqués de Santa Cruz. En cuanto a Chamorro y al duque de Alagón, María Luisa, tan honesta, les ha sorprendido en tapujos con todas las damiselas fogosas y divertidas.

La ralea de sublevados sale para Madrid, sin perder tiempo. Fernandito preside la partida con sus narizotas imponentes. Comienza sus arengas con un c...; los acaba con otro c... María Antonia, la reina, se atreve a insinuar a mamá, en sus epístolas íntimas, si Fernando, a pesar de ser el rey, no es más bien un palafrenero. De Nápoles la replican que tal vez.

Y en una noche tibia de las postrimerías del mes de Marzo, hizo ya ciento diez y seis años, queda deshabitado el Real Sitio de Aranjuez. Isabel II lo visita alguna vez; Alfonso XII muere en este palacio. Aquí no quedan más que la sombra de María Luisa y la proyección de las narices de su hijo invitando a Godoy a que abandone las esteras y los colchones, porque él, el hijo perjuro y canallita, ¡c...!, le perdona la vida generosamente.

El Pueblo Gallego (15-05-1924)

Los Saboyas

Víctor Manuel III –el rey de Italia, egregio huésped nuestro que sale esta noche para Barcelona– nos deja a nosotros, liberales españoles, el perfume del recuerdo de su tío, el rey «galantuomo» Amadeo I de España, hermano de su padre, Humberto I de Saboya... Recordemos, amigos... Una votación parlamentaria, en Noviembre de 1870, ofrece la Corona de España al duque de

Aosta. El 3 de Diciembre del mismo año D. Manuel Ruiz Zorrilla, con el encargo expreso de las Cortes españolas, ofrece el Trono a D. Amadeo en el palacio Pitti, de Florencia. D. Amadeo acepta, porque al aceptar «acoge y obedece la voluntad española, que le elige».

El 26 de Diciembre embarca D. Amadeo desde Spezia, en la fragata española «Numancia», llegando a Cartagena el 30 del mismo mes. Al desembarcar, sabe el alevoso asesinato de su amigo el general Prim. Hace noche en Aranjuez el 1 de Enero de 1871, y entra en Madrid el 2, a las once de la mañana, por la calle de Atocha, orando brevemente ante el cadáver del conde de Reus. Y jura la constitución minutos después en el Congreso de los Diputados, «acoge y obedece la voluntad española, que le elige». Y, desde el Congreso, visita a la viuda del ilustre general asesinado, para darla el pésame en nombre de la nación española.

Desde el comienzo de su reinado, don Amadeo se rodea de todos los hombres de la izquierda. Serrano forma el primer Gabinete de D. Amadeo con D. Cristino Martos, D. Práxedes Mateo Sagasta y D. Manuel Ruiz Zorrilla. El 3 de Abril se inauguran las Cortes, asistiendo el rey a ellas sencillamente y sin boato alguno cortesano. «Jamás trataría yo de imponerme», dijo en su discurso D. Amadeo a diputados y senadores, que le aclamaron frenéticamente. Días después tiene ocasión de mostrar que no son vanas ni insinceras sus palabras. Ante la dimisión de D. Cristino Martos, del general Serrano y de algunos otros ministros del Gabinete, el rey advierte que la crisis no es constitucional ni parlamentaria, y provoca una votación en el Congreso. Favorable al Ministerio, renueva a este sus poderes; pero ante la insistencia en marcharse de Martos, Zorrilla y Beránger, es nombrado Zorrilla presidente. Dimiten muchos generales y se alarman muchos unionistas; pero D. Amadeo concede una amplia amnistía general por delitos políticos en el real decreto del 30 de Agosto de 1871, y recorre media España el monarca siendo agasajadísimo.

Abiertas las Cortes, es nombrado presidente Sagasta y derrotado Rivero, candidato ministerial. Zorrilla se ve obligado a dimitir. D. Amadeo ofrece el Gobierno al general Espartero, que no acepta; luego a Sagasta, que lo declina también, y, finalmente, a Malcampo, que se atreve a aceptarlo con harta ligereza. Las Cortes combaten la solución de la Corona; pero la Corona no las disuelve; lo que hace es suspender temporalmente las sesiones y escribir una carta al presidente del Congreso explicando la medida y añadiendo que, al reanudarlas, hagan obra nacional, discutiendo y aprobando los presupuestos. Malcampo tiene que dimitir, y Sagasta, presidente del Congreso de los Diputados, es nombrado, lógica y constitucionalmente, presidente del Consejo de ministros.

El 22 de Enero de 1872 se abren nuevamente las Cortes, bajo la presidencia del salmantino Sr. Martín de Herrera. El mismo día de la apertura, la presidencia recibe un voto de censura, por 50 votos de mayoría. D. Amadeo las disuelve; pero señala el 2 de Abril para la reunión de las nuevas Cortes que hayan de elegirse. El Gobierno y la dinastía luchan en las elecciones contra un fuerte y poderoso bloque de carlistas, isabelinos, republicanos y federales. El rey insinúa a Sagasta, por primera vez, su propósito de abdicar...

El 18 de Julio, al pasar con la reina don Amadeo por la calle del Arenal, es objeto de un atentado. D. Amadeo, al día siguiente, pasea las calles de Madrid a pie y sin escolta. Dos días después sale para el Norte. Y, al abrirse las Cortes, recuerda nuevamente D. Amadeo que la fuente de su soberanía es la voluntad popular. En estas Cortes toman asiento Sagasta, Martos, Cánovas, Ríos Rosas y Nocedal, entre otros. |

Comienzan las primeras sublevaciones federales durante aquel verano. El 11 de Noviembre se reprime un motín republicano en Madrid. Los carlistas tampoco se están quietos y conspiran en el Norte. Generales, diputados y grandes de España proclamaban el derecho al Trono de don Alfonso XII de Borbón. El 15 de Enero del 73, al iniciarse otro período parlamentario, surge el conflicto de los artilleros. D. Amadeo se resiste a disolver el glorioso Cuerpo, y los enemigos se aprovechan de la entereza del rey en cumplir la Constitución. Pero toda España es ya una olla de grillos. No hay cohesión en ningún organismo oficial; los jefes y oficiales de Artillería son sustituidos por los sargentos primeros de la misma Arma. Y al firmar el rey su decreto disolviendo esta, anuncia solemnemente su abdicación. ¡Precioso documento, amigos! «He buscado ávidamente el remedio dentro de la ley, y no lo he hallado. Fuera de la ley no ha de buscarlo quien ha prometido observarla.» Y el 12 de Febrero de 1873 abandona España D. Amadeo, camino de Lisboa, después de haber renunciado ante las Cortes su Corona.

La sombra de Amadeo ha corrido estos días por Madrid. Víctor Manuel III tiene algunos rasgos espirituales y fisonómicos de su buen tío. Y ha heredado de los Saboyas su amor al pueblo y su respeto a la voluntad soberana de este.

La Libertad (11-06-1924)

La carta de Torrijos

Para Primitivo Santa Cecilia

Cuando algún amigo provinciano viene a saludarme a la biblioteca del Congreso, donde indefectiblemente me refugio con mis cuartillas todas las tardes, suelo enseñarle todas [las] dependencias de la casa. Visita el salón de sesiones y se sienta infantilmente en el banco azul; contempla extasiado el famoso reloj y, para última hora y para remate de fiesta, le enseño la famosa carta que el general Torrijos, la víspera de su fusilamiento, dirige a su mujer. La admirable carta, es la carta de un hombre y de un liberal; vista hoy, en estos momentos, no muestra la menor inseguridad en los trazos. No resisto a la tentación de copiarla íntegramente. El emocionante documento dice así:

«Málaga. Convento de Nuestra Señora del Carmen, el 11 de Diciembre de 1831 y último de mi existencia.

Amadísima Luisa mía: Voy a morir, pero voy a morir como mueren los valientes. Sabes mis principios, conoces cuan firme he sido en ellos, y al ir a perecer pongo mi suerte en la misericordia de Dios y estimo en poco los juicios que hagan las gentes. Sin embargo, con esta carta recibirás los papeles que mediaron para nuestra entrega, para que veas cuan fiel he sido en la carrera que las circunstancias me trazaron y que quise ser víctima por salvar a los demás. Temo no haberlo alcanzado; pero no por eso me arrepiento.

De la vida a la muerte hay un solo paso y ese voy a darlo sereno en el cuerpo y en el espíritu. He pedido mandar yo mismo el fuego a la escolta; si lo consigo tendré un placer y si no me lo conceden me someto a todo, y hágase la voluntad de Dios.

Ten la satisfacción de que hasta el último aliento te he amado con todo mi corazón. Considera que esta vida es mísera y pasajera y que por mucho que me sobrevivas, nos volveremos a juntar en la mansión de los justos, adonde pronto espera ir y donde sin duda te volverá a ver tu siempre, hasta la muerte. – José María Torrijos.

P.D. Recomiendo a Sir Thomas, a mi abuelo y al Griego y a todos mis amigos que te atiendan, te consuelen y te protejan considerando que lo que hagan por ti lo hacen por mí. Te remito por Carmen el reloj con tu cinta de pelo, única prenda que tengo que poderte mandar. También te enviará Carmen lo que haya sobrado de quince onzas que tenía conmigo. Carmen se ha portado perfectamente. Adiós que no hay tiempo. Él te dé su gracia y te dé fortaleza para sufrir resignada este golpe. Por mí no temas, Dios es más misericordioso que yo pecador y tengo toda la resignación y fuerza que da la gracia».

Esta carta, repito, refresca nuestros ideales en un baño de optimismo y de confianza. «De la vida a la muerte –dice el mártir– hay un solo paso y ese voy a darlo sereno en el cuerpo y en el espíritu». ¿qué nos importan hasta la propia muerte si nos alienta la fe viva? «Estimo en poco los juicios que hacen las gentes». ¿Qué saben, en efecto, las gentes, qué valor tienen sus juicios, para que nos preocupen tanto?

En el cuadro de Gisbert, el general José María Torrijos, delante del pelotón que ha de fusilarle –por «traidor a la patria» le condenan los tribunales de su época– permanece pálido y sereno. Por sus ojos, a punto de ser vendados, pasa una leve sombra de tristeza. Piensa en su pobre mártir, en su Luisa. «Ten la satisfacción de que hasta mi último aliento te he amado con todo mi corazón». Sus labios permanecen mudos para pronunciar, por última vez, el nombre querido de su esposa. Y de sus manos pende, oculto en un pañuelo, el reloj con la mata de pelo de Luisa. Carmen, esta buena Carmen, esta dulce Carmen, que se porta perfectamente con el reo en las últimas horas de su existencia, recogerá de la pálida diestra del soldado liberal y españolísimo la mata de pelo que ha de llevar a la viuda, que no cuenta con más recursos para todos los días de su vida, que con las quince onzas que pudo ahorrar el general en los días zozobrosos de sus revueltas y conspiraciones.

El Adelanto (15-03-1925)

Las damas de Isabel

Repasando las pruebas de mi introducción del libro de Croce «La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza», que quiero que edite Mundo Latino[116], antes de que aparezca mi librito «Las tres ciudades de Santa Teresa», tropiezo con un bello pasaje de Navagero[117], que he vuelto a releer cuidadosamente. Resucita este ilustre escritor y viajero italiano los días españoles que siguen al matrimonio de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla, y en tres pinceladas, no más, nos describe el encuentro de los novios. Fernando e Isabel se encuentran, como sabe el lector, en el bello pueblecito de Dueñas, que hoy pertenece a la provincia de Palencia. Y Navagero recoge la leyenda de que el príncipe aragonés va disfrazado a la amorosa cita.

Verlo y enamorarse de él Isabel de Castilla, es cosa de un momento. «Inmediatamente lo toma por marido –nos cuenta Navagero– a despecho de los magnates de Castilla, que quieren casar a doña Isabel con el rey de Portugal.» La declaración va seguida inmediatamente del matrimonio. La noche de bodas se celebra en un caserón enorme, que todavía subsiste, que es hoy propiedad del ducado de Medinaceli, caserón que a mí me enseñó, hace años, mi excelente y querido amigo el doctor Rafael Navarro. Y desde aquella noche memorable, cambian para siempre los destinos de España.

A España vienen muchos italianos eminentes. Humanidades explica, durante doce años, en esa Universidad, Lucio Marineo Sículo. Pedro Mártir de Anguera[118], también visita nuestro pueblo. Italianos son, igualmente, los preceptores de los príncipes, Navagero nos habla de un Fernando obstinado, tozudo y caviloso, y de una Isabel cauta y muy reina siempre, y, sobre todo, conocedora del corazón humano.

Por conocerlo maravillosamente gana el último reducto español a los moros: Granada. La conquista de la hermosísima ciudad, en 1492, es nuestra última página caballeresca. Isabel, nos cuenta Navagero que se hace acompañar de las muchachas más jóvenes, guapas, frescas y lozanas de su corte, a los guerreros que peleen mejor, las ofrece la reina en matrimonio. Continuamente excitan ellas a los capitanes a la pelea; continuamente los capitanes acometen las más arriesgadas empresas, para ganar, de este modo, el corazón de las bellas. En las tiendas de campaña se vigilan las asechanzas del enemigo, se riman canciones trovadorescas y se escriben cartas apasionadas. Navagero nos describe, en sus cartas del viaje por España, el delicioso cuadro. «Nadie piensa en la derrota, meditando en el premio amoroso que le espera. Ninguno se aviene a huir ante el moro, para no caer en desgracia con su bella.»

El artista italiano ve la influencia del amor en esta última gran empresa de los cristianos españoles. Obra del talento de Isabel de Castilla es esta empresa. Más de cien matrimonios se realizan después que el pendón de Castilla ha podido alzarse en la torre de la Vela. «La guerra de Granada –concluye Navagero– ha sido una guerra ganada, indudablemente, por el amor».

El Adelanto (31-05-1925)

Sobre Martín Díez "El Empecinado"

Martín «El Empecinado» se casa con una linda burgalesa, Catalina de la Fuente, cuando vuelve a la capital castellana, de regreso de la guerra de la Independencia. Apenas si cuenta con dos escasos meses de paz casera el ilustre liberal castellano en su azarosa, trágica y fecunda vida. La mujer se le muere, harto moza y lozana todavía, y Martín, viudo, se abraza de nuevo a la acción para olvidar sus fracasos íntimos.

En el recuerdo que estos días se viene consagrando al caudillo, no se alude para nada al romántico impenitente, al soñador exquisito que hay en este hombre bueno y generoso, de cuyos amores se cantan romances en los pueblos de esta vieja Castilla, que recorrió, de mozo, palmo a

[116] Fue efectivamente publicada por Mundo Latino, Madrid, 1925. El de *Las tres ciudades de Santa Teresa* no conoció la luz, si bien algunos artículos sobre el asunto de esta época parece que iban destinados a ese libro.

[117] Andrea Navagero, (1483 – 1529). Humanista, escritor y político veneciano

[118] Así en el original. Se refiere a Pedro Mártir de Anglería, en italiano Pietro Martire d'Anghiera (1457–526). Humanista y cortesano al servicio de los Reyes Católicos, miembro del Consejo de Indias a quien se conoce, fundamentalmente, por sus escritos acerca del descubrimiento de América.

palmo, matando franceses, y que volvió a recorrer de viudo, llorando su soledad que le impulsa a pedir las cuentas estrechas al rey más bellaco que soportamos –hace un siglo– los españoles: don Fernando de Borbón.

Martín «El Empecinado» repica con los nudillos en todos los portones y pone flores en las ventanas de todas las mozas garridas de estos pueblos. Martín echa de nuestra Salamanca al Mariscal Soultz[119], primero, y a un destacamento francés después; se interna en Alba de Tormes, recorre Garcihernández, recluta mozos, hace coplas, tiene amores en Ciudad Rodrigo y Morasverdes y el recuerdo de sus galanteos con la rubia francesita de Moncey a la que hace prisionera exalta la inclinación amorosa de nuestras campesinas hacia el osado caudillo.

Como feo, es harto feo
Martín El Empecinado,
pero es mozo bien galante
y además enamorado.

Toda la lucha de Martín con el rey es, andando los años, la lucha de siempre entre el caballero de sangre y el chulo profesional –el monarca.

El rufián manda porque está ungido con la majestad y el soñador impenitente, tiene que obedecer porque así lo ordenan las leyes de los hombres. El narizotas de Fernandito instigado por toda el hampa de Madrid, destruye de un plumazo la Constitución y el Empecinado le pide su restablecimiento. Se le encarcela, se le persigue, se le lleva de cárcel en cárcel y el caudillo no da su brazo a torcer. Es el luchador indiferente, que rabioso y desesperado de su soledad, lejos de rehuir la muerte, la provoca a todas horas para descansar de una vez:

– He podido hacer una patria y no he logrado tener un hijo –le dice a un carcelero.

Y cuando lo exhiben en una jaula, preso, en Roa, para que sirva de rechifla a los chiquillos, replica soberbiamente:

– ¿Y a mí qué me importa? ¿A mí qué me importa si vivo como un hongo?

El centenario de Martín el Empecinado no puede ser más actual. Es el eterno conflicto que no concluye nunca entre generosos y aprovechados. Fernando VII simboliza en nuestro pueblo el acomodamiento, la farsa, la mentira, la ductilidad. Juega siempre a las maduras que no a las duras y siempre se inclina al lado de los que acaban de vencer. Su vida íntima es una red de brutalidades y de indelicadezas «Tu marido es un solemne bárbaro», dice la reina de Nápoles a su hija la princesa de Asturias, hablándola de Fernandito. La madre, María Luisa, es de la misma opinión de la suegra. No hablemos del desprecio que por Fernando sienten tanto como Bonaparte la generala. En cambio sobre el pobre ahorcado en Roa teje la leyenda popular los romances más bonitos, hablando de la bravura de Martín, la belleza de Catalina y la brevedad de un idilio que apenas si pudo gustar un par de meses el primero de los guerrilleros castellanos, incluyendo entre ellos a nuestro famoso Don Julián Sánchez, «el Charro», y el más excelso de los liberales de estas tierras de pan llevar.

El Adelanto (23-08-1925)

Tanto monta, monta tanto

¿Será verdad el dicho decidero –tan castellano como aragonés– de "tanto monta, monta tanto... Isabel como Fernando"? Muchas veces he pensado con melancolía que del amor de una voluntad firme y masculina, aragonesa, como la de Fernando V, y de una mujer tierna y sagaz, como Isabel I; rey de Castilla, rey de Medina la del Campo y rey de Madrigal de las Altas Torres, nació España, simbolizada en una pobre loca, en Juana, la de Tordesillas, que aúlla, como loba que acaba de parir, ante el cadáver de su marido, el flamenco y el primero de los siniestros Felipes, que no la comprendió y que no supo quererla. De dos fuerzas positivas, Fernando, tan ensalzado y estimado por hombres de la inteligencia y del… corazón de Maquiavelo, e Isabel, que gana Granada a fuerza de comprender a la juventud de su tiempo y que anima al navegante a descubrir un mundo, empeñando las escasas y pobres joyas de su tocado personal, brota la lo-

[119] Nicolás Jean-de-Dieu Soult (1769 – 1851). Militar y político francés, uno de los principales dirigentes de las tropas francesas durante la guerra de la Independencia española.

cura apasionada, el lamento histérico y femenil, que hacen eco las aguas del padre Duero, allá en Tordesillas, frente al monasterio real.

¿Tanto monta, monta tanto?

Yo creo que sí, que tanto monta, lector amigo, españolísimo y enamorado de sus dos patrias, temporal y espiritual a la vez. España, a fuerza de ser "solo" Aragón, a fuerza de ser "solo" Castilla, disolviendo y anulando en el entronque todos los matices y modalidades regionales, no tiene fisonomía todavía en el momento actual. ¿Acaso no te preguntas, en los deliquios de tu fiebre patriótica, por la razón íntima de esa España, tuya y mía que tanto quieres y que tan poco conoces? Esa pregunta asoma trágicamente, a lo largo de nuestra historia, en todos los cerebros y en todos los corazones de los buenos españoles. ¿Cómo es España? Si no la conocemos, ¿cómo vamos a quererla? Si no la queremos o si la queremos como no es, ¿no nos exponemos a la más terrible desilusión desgarradora?

Escribo estas impresiones, que son sollozos comprimidos, en Huesca del Alto Aragón, en un hermoso día primaveral. Las flores del almendro han brotado ya, trayendo el presagio de la dulzura de los días futuros. Pienso, ante la flor que se abre, cara al Pirineo, en aquel poeta españolísimo, a fuerza de ser de su tierra y de su tiempo y de todos los tiempos, que se llamó Juan Maragall... ¿España no es Murcia también, con sus huertas, y Andalucía con sus cortijos, y Cataluña –la "dolça Catalunya"– con sus masías, y Vasconia con sus montes, nidos de inocencia y de honradez, y Galicia con sus prados y sus valles, y Extremadura con su porvenir espléndido? ¿Cuándo fundimos todo esto, amorosamente, para que resurja tu España, lector, la mía, nuestra España?

¿Tanto monta, monta tanto? ¡Y qué hermosa es la flor del almendro, en esta tibia y sensual mañana de primavera, en esta querida y clara, y noble, y limpia Huesca del Alto Aragón, patria de Costa, y de Goya, y de Mor de Fuentes, y del conde de Aranda! Yo ofrendo su perfume a mi patria española, tierra sagrada de la fe, de la esperanza y de la caridad. ¡Viva España!

El Liberal (20-03-1926)
El Diario de Huesca (23-03-1926)

Un doceañista de Huesca

– ¡Anda, te llevo en automóvil! –me dice este querido don Luis López Allué, veterano periodista liberal oscense y exquisito costumbrista del Alto Aragón.

– ¿Adónde?

– ¡A tres kilómetros de aquí!

– ¿A un pueblo?

– ¡No!

– ¿Pero adónde?

– ¡Ya verás!

Una carretera, una de estas espaciosas y alegres carreteras que construyeron Moya y Camo[120]; casonas anchas y sin enjalbegar; árboles... La línea zarca del Pirineo a lo lejos. El cementerio, a la derecha; nos detenemos en el cementerio.

– ¿Ha muerto algún amigo?

– No; sígueme y calla.

– Bueno.

El camposanto de Huesca, humilde, sencillo, campesino, desprovisto de todo ornato, no obstante, simpático y alegre. Unos porches con nichos. Leyendas grabadas en piedra, en mármol, en azulejos...

– ¡Pues no es aquí! –exclama López Allué–. ¡Si habrán quitado esa lápida ya...!

Volvemos sobre nuestros pasos.

– Estas inscripciones son de muertes acaecidas el 60, el 62, el 64. Apellidos muy aragoneses, chico: Lacambra, Lardíés. La de mi cuento es de esta época. Un azulejo... ¡Fíjate tú!

– ¡Aquí está!

[120] Manuel Camo Nogués (1841 – 1911). Político y periodista español fundador, entre otros, del periódico *El Diario de Huesca,* alcalde de esta ciudad y diputado en Cortes, en varias legislaturas, por la provincia altoaragonesa.

– ¡Sí; esa es!

Y leo: «Aquí yace don Pablo Lacambra y López, adicto y constante partidario de la Constitución de 1812. Murió el 28 de Junio de 1860, a los sesenta y un años de edad.

Jamás olvidarán tus hijos
los mandatos y consejos que les diste,
porque tienen sus pensamientos fijos
en este sepulcro donde tu cuerpo existe.

– ¿Te ríes? –me pregunta don Luis.

– ¡Al contrario, amigo mío! Me descubro. He aquí un verdadero ingenuo, un verdadero liberal, o, lo que es lo mismo, un español de cuerpo entero. Ortega y Gasset el malo, es decir, don José Ortega y Gasset, el ex «Xenius» ex ameno ese, Salaverría, los genios de la Granja del Henar[121], lo encontrarían cursi. De seguro. No han sentido jamás, dentro de su espíritu, una íntima, una entrañable solidaridad con el zapatero radical, con el limpiabotas republicano, con la obrerita. Yo, en estos momentos en que vivo henchido de plenitud, de satisfacción íntima, me siento un poco hijo de don Pablo Lacambra y López y rezo a mi Dios una plegaría íntima por su ventura eterna. ¡Este don Pablo, noble y honrado como buen aragonés, era un vidente!

– ¡Sabía que te habías de conmover y por eso te he traído, hijo! –me dice paternalmente este veterano de la Libertad.

– ¡Sí, señor! Mi tatarabuelo, hombre ilustre, escritor, catedrático, grande de España, marqués y tres veces conde[122], murió en el presidio de Melilla por llamarse liberal y por ser un fervoroso doceañista. Sus bienes los posee ahora, no sé cómo, la mitra de Salamanca. Cuando mi padre protestaba, le regalaban unos miles de pesetas a la chita callando... Murió mi tatarabuelo, después de haber sido deportado a Pamplona por Fernando VII, pobre, viudo y lleno de esperanzas y de juventud, en Melilla. Sus nietos, mis abuelos paternos, cantaron el himno de Riego. Un hermano de mi abuelo, el pequeño Julián Sánchez Ruano, fue secretario de las Cortes Constituyentes. Ya no soy un señorito de automóvil por las Constituciones y por la República. Los bienes de mis antepasados estuvieron siempre confiscados por estas cosas. ¿Y aquí estoy, bendiciendo su memoria en la de don Pablo Lacambra y López, el doceañista oscense!

¡Estos liberales de Huesca, qué simpáticos son! ¡No; no temen el ridículo! Los caballeros –al revés de los bachilleres– no lo han temido nunca. Costa[123], Villacampa –el defensor del púlpito zaragozano de Santa Mónica cuando la francesada–, el otro Villacampa, García López; Montestruc[124], Camo, eran unos hombres. Unos hombres que ni leyeron a Spengler, ni tomaron café en la Granja del Henar, ni se emocionaron, que se sepa, ante las mujeres tensas y sensibles, como las cuerdas de un stradivarius.

Los espectros de 1860, ¿serán –espantosa pesadilla– los mismos de 1960?

El Diario de Huesca (07-04-1926)
El Liberal (04-04-1926)

Apuntes de un proceso

Pocos temas más sugestivos en estos días en que va a celebrarse la conmemoración Universitaria del cuarto centenario del nacimiento de Fray Luis de León, que el del famoso proceso que se sigue contra el insigne catedrático de la Universidad de Salamanca y sus gloriosos compañeros de claustro y de infortunio Grajal y Martínez de Cantalapiedra, en los meses de marzo y de abril de 1571, ante el comisario del Santo Oficio de Salamanca, Francisco Sancho. El proceso dura, como sabe el lector, muy cerca de cinco años, hasta las postrimerías de 1576, durante los cuales permanece prisionero en las cárceles inquisitoriales de Valladolid, Fray Luis de León. Grajal muere en

[121] Café Granja El Henar o Granja del Henar. Afamado establecimiento hostelero madrileño, situado en el número 40 de la calle Alcalá, y habitual punto de reunión y tertulia de políticos, periodistas, escritores y artistas del primer tercio siglo del XX.

[122] Se refiere a Francisco Sánchez Barbero.

[123] Joaquín Costa Martínez (Monzón, Huesca, 14-09-1846 – Graus, Huesca, 08-02-1911). Notario, político, economista, historiador y principal representante del regeneracionismo.

[124] Luis Montestruc Rubio (Tardienta, Huesca, 1868 – Biescas, Huesca, 1897). Político, escritor y periodista español, fundador del periódico zaragozano *Heraldo de Aragón.*

ellas, como en ellas muere también aquel pobrecito Padre Gudiel, que a todas horas suspira por su madre, la viejecita granadina que queda sin amparo en la tierra.

El proceso se incoa por un quítame allá esas pajas, entre un montón de simplezas y de naderías. Contra Fray Luis se va de rechazo, por su amistad con Grajal y Martínez de Cantalapiedra, pero se va con insistencia. Molesta por su carácter, por la independencia de su espíritu, por la solidez de su doctrina, y, sobre todo por el aura de popularidad de que goza entre los escolares. Es el proceso –como dirá el prisionero más tarde viviendo en la soledad del calabozo– de la envidia y de la mentira. Fray Bartolomé de Medina, catedrático, depone contra los acusados con verdadero ensañamiento. La Universidad es para el testigo un montón de novedades y el poeta se paga siempre de todo lo nuevo. Además, ha traducido al romance para una monjita, el *Cantar de los Cantares* de Salomón y en la Escuela, ante los estudiantes, pone siempre en tela de juicio la autoridad de la Vulgata. Para el catedrático de Prima, León de Castro, Fray Luis de León es de raza de judíos y hasta se manifiesta la vileza de su sangre en el acatamiento que da siempre a los pareceres de los rabinos. Lo del traslado del *Cantar* al romance es un hecho muy cierto que tiene escandalizada a la ciudad porque trasladado por el fraile, parece el cantar un carmen amoroso de un hombre cualquiera a una mujer cualquiera, y las traducciones vienen, a escondidillas entre los patios, enardeciendo a los inocentes escolares. Los demás testigos, ya de menor cuantía, siguen las inspiraciones de Castro Medina. El Santo Oficio, celoso de la pureza y de la ortodoxia del dogma, se decide a limpiar del claustro universitario salmantino la ponzoña que le corroe, y los envidiosos ganan la batalla.

Lo curioso del proceso, desde el primer momento, es la actitud de nuestro Fray Luis. Se mantiene siempre sereno y ecuánime y se defiende, no ya sólo acusando de parcialidad a sus detractores, sino a los mismos jueces, por las dilaciones burocráticas a que se somete el esclarecimiento de la verdad. En materia de doctrina sostiene el procesado que solamente tienen autoridad para juzgarle los doctos, los enterados, porque él no puede entretenerse en demostraciones ante gentes que carecen de toda preparación. Solamente cuando la calumnia sube de punto, o cuando se quiere molestar el linaje de los suyos, quiebra de pronto la tranquilidad del fraile. Pero se recobra siempre. Cuando su cátedra queda vacante y no puede oponerse a ella, solicita que se haga constar que no ha sido condenado todavía y que su ausencia de la lucha no obedece a motivos inconfesables ni de indignidad. En achaque de testimonios, prefiere los escritos a los orales y sus referencias son concluyentes respecto a los papeles que cita o a las autoridades que aduce en su abono. Pero el Santo Oficio da largas y largas a sus tareas. Necesita cinco años para deshacer los chismes de vecindad que amontona la Escuela contra sus maestros más ilustres y hasta fines del 76 no sabe acabar con sus diligencias. Fray Luis sale absuelto, pero los dominicos han ganado la batalla, porque el procesado ha perdido su cátedra. Se le adjudica otra, pero por poco tiempo. El poeta dirá que este oficio de enseñar es de los que traen mayores quiebras en España, porque a él, que lo ha desempeñado con toda su lealtad, sólo le ha procurado el destierro y la prisión.

Lo cierto es que Fray Luis se va retirando, poco a poco, de su amada Universidad de Salamanca, que ocupa cargos importantes en su Orden, que pasa grandes temporadas en Madrid en el Monasterio de San Felipe de Neri, y que consagra casi todo su tiempo, en adelante, a la corrección y publicación de sus libros.

No sabemos qué comentarios suscitará el famoso proceso en el cursillo que, en este mes de abril, consagra la Universidad de Salamanca al maestro que tanto contribuyera a su gloria y esplendor en las postrimerías del siglo XVI. El tema, tentador, contiene toda suerte de sugestiones modernas en lo que se refiere a la libertad de conciencia, y por lo tanto, a la libre exposición de toda clase de doctrinas. Es de suponer que de todo ello se hable a la sordina y con un criterio que haga creer a los papanatas de nuestros días que Fray Luis fue un hombre en cuyo espíritu no libró la duda las más rudas batallas.

Del cursillo se han encargado ciertamente hombres muy doctos y eruditos conocedores de los archivos, capaces de aprisionar con pinzas toda suerte de pormenores y de datos eruditos, pero que no han sabido darnos, al tratar de este punto lo hondamente dramático del proceso de Fray Luis de León y de sus compañeros, el más leve soplo de emoción. Y, sin embargo, leyendo la "*Exposición del libro del Job*", libro que tanto tiene de autobiográfico, Fray Luis nos desnuda su alma casi del todo y nos descubre los más tenues estremecimientos de su espíritu y los repliegues más ocultos de su intención, en las amargas horas de la soledad y de la cárcel. Fray Luis, visto con un sentido moderno, o simplemente con un sentido humano, es la primera víctima de la independencia mental en nuestras aulas. Debiera ser un símbolo y debiera ser una enseñanza. Si los muros rojos, henchidos de vítores, de la Escuela pudieran hablar, contarían cosas muy pere-

grinas a estas Universidades de ahora, donde se fabrican licenciados, pero de las que huyen los hombres que se afanan por sembrar entre sus conciudadanos la inquietud y la emoción, que son las cualidades que separan a los hombres de los animales inferiores.

La Voz de Guipúzcoa (21-04-1928)
El Pueblo (21-04-1928)
El Pueblo Gallego (22-04-1928)
El Luchador (23-04-1928)

La duquesa maja

Muy siglo XVIII.

En Piedrahíta y en los cerros, oyendo cómo cantan los surtidores en el jardín veraniego de los duques de Alba. Doña María Cayetana, la duquesita, viuda de D. José Álvarez de Toledo, es una muchacha locuela, aniñada, correntona y parlanchina. Viste un traje blanco y deja al aire la blancura de alabastro de su cuello y sus bracitos macizos y gordezuelos. Menudita, ágil, morena, cuenta en el cenador que mira a Santo Domingo unas sabrosas aventurillas, de corte. Don Francisco –D. Francisco Sánchez Barbero, *Floralbo Corintio*– y D. Juan –D. Juan Meléndez Valdés– oyen absortos a la gentil narradora:

«– ¡Pues, señor!... ¡Pues, señor; señores míos! Nuestra muy amada Reina, Doña María Luisa, no tiene atadero posible. ¡Ea, que no lo tiene! Y nuestro muy amado señor, Don Carlos IV, que Dios guarde, no se entera jamás de cosa alguna con sus venados, con sus liebres, con sus conejos y con sus perdices. A Pepito Pignatelli le he oído yo, María Cayetana, que la graciosa señora gusta de los tratos y de las pláticas con los mancebos. El brutote de Godoy goza hogaño de todas las preferencias. El Rey lo saluda, cuando lo ve pasar del brazo de su esposa, con un mimoso gesto de minué. No se cura Don Carlos más que de los venados.»

Ríen D. Juan y D. Francisco. La duquesita, muy seria, les impone silencio con un gentil cachetito en los doctorales hombros. Allá, a lo lejos, se destaca, sobre una loma, el campanario de Bonilla de la Sierra; bajan las aguas por entre las grietas y hendiduras de los montes; Piedrahita, desde el cenador, es una huerta inmensa llena de caseríos; los rayos del sol muriente enrojecen los ventisqueros de la Ceja; tañe la ermita del cerro su último saludo a la luz que se apaga.

En el cenador, cuchicheos, risas, toses de rapé, recitaciones a los ojos azules de Cloris y a los hombros macizos y morenos de la señora Filis. Don Juan recita con empaque, solemnemente; D. Francisco –el futuro periodista de El Conciso–, da a sus trovas, inocentes y dulzarronas:

–¡Oh, Dios!, ¿qué se hicieron
la paz, las caricias,
y tantas delicias,
y tanto placer?
Veloces huyeron,
cual sombra liviana,
cual rosa temprana
que muere al nacer–,

suavidades de miel, mirando tiernamente a la duquesita.

Pitafio.

«¡Que viene *Pitafio* –exclama, batiendo palmas, Marujilla–, que viene *Pitafio*!

Pitafio es un lego dominico de Piedrahíta, hijo de renteros y de pecheros de la duquesa; dicen que lo sacó de pila María Cayetana en uno de sus accesos frecuentes de buen humor. *Pitafio* –Eugenio Gómez, por más señas, hijo de Restituto Gómez y de Emerenciana Gómez, naturales ambos del lugar de Diego Álvaro, en esta comarca– es hombre gordo, zafio, inexpresivo.

El perrazo de lanas y *Pitafio* son los dos favoritos de María Cayetana; *Pitafio* es tosco y acciona con la mano zurda; *Pitafio* llama francmasones, gabachos y franchutes a los respetables y amables señores que departen con la madrina; *Pitafio*, en fin, regüelda como Sancho antes de los yantares, en los yantares y después de los yantares.

Pitafio cuenta esta noche comidillas de vecindad de los villanos y huertanos de Piedrahíta. María Cayetana ríe como una tonta. Una mocita que estaba en casa del arcediano, linda como una

rosa –¡ju, ju!–, ha tomado el camino de la solana. La sobrina del abad de la Colegiata, D. Rodrigo, anda saliendo también la pobre de un mal paso. Pepillo Somoza y Carvajal, el estudiante, glosa los acaecimientos desde el poyo del mentidero de la parroquia que hay en la plaza,

–¡Ju, ju, ju!...

El frailote ríe con la barrigota llena de truchas, que él mismo pescó ayer tarde, para la cena de la madrina, detrás de las Chorreras, en la laguna del duque. Bordeando la cuerda de la montaña se hizo una pupa en la cabezota con un enorme canchal.

–¡Qué bruto eres, *Pitafio*, hijo! –comenta la duquesa.

Y se sirve la cena en el jardín. Suena la campana grande de palacio llamando a los comensales. El viejo Goya administra su sordera dando el brazo a una damita llamada Rosario Fernández, que representa en los Corrales de Madrid los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Pepito Pignatelli, el heredero de la casa aragonesa de los Vistahermosa, trae en la diestra un libraco de cuentos de Voltaire. Quintana acude al cenador desde el bosque, distraidote y jovial, como tiene por costumbre. La condesa de Benavente, flamencota, guapa, viene diciendo chacotas y donaires a una criadita de la servidumbre.

Cena, risa, nuevas toses... De Gredos sopla un airecillo sutil que sobresalta levemente a las damas. Goya, gruñón e impertinente, no aparta sus ojuelos francos de la duquesita; D. Juan guiña a la Benavente; D. Francisco cuenta de Horacio y de Virgilio, comiendo truchas, a una damita distraída y pavisosa, parienta lejana de la duquesita.

Lucen las estrellas en la noche; cantan los surtidores; Piedrahita duerme arrullada por los cantos de los arroyos; *Pitafio* ha vuelto a regoldar.

– ¡Qué bruto eres, *Pitafio*, hijo –dice, muerta de risa, la duquesa–; qué bruto eres!

Y Goya arroja al rostro del ahijado una expresión malsonante que espanta y enoja a nuestras damas. Pero D. Paco ya sabe a qué atenerse en achaque de espantos y enojos femeninos.

La Esfera, (24-04-1928)
La Libertad [125] (11-01-1924)
El Liberal (29-01-1925)
El Sol (06-08-1919)

Colón en el Archivo de Indias

El Almirante genovés, que tanta gloria robase a los Pinzones, a los Cosas y a todos los grandes navegantes españoles, continúa dando guerra después de muerto. El Ayuntamiento de Salamanca, que no tiene la obligación mayor de estar al tanto de las últimas disquisiciones históricas, pedía el año pasado al Comité de la Exposición que no figurase como azulejo alegórico de la ciudad uno en el cual se mostraba a Colón discutiendo con los profesores de aquella Escuela. Y recientemente, algunos ilustres próceres, entre los cuales recordamos al generoso duque de Alba, han llevado al Archivo de Indias los documentos que poseen sus Casas respectivas sobre la epopeya colombina, para que nuestros huéspedes ultramarinos puedan trabajar bien a sus anchas en los salones del interesantísimo Archivo de la ciudad del Guadalquivir.

Realmente, es del mayor interés patriótico que todos esos documentos se desamorticen y circulen y vivan, ante los ojos de los curiosos y eruditos, en las salas de aquel Archivo. El riquísimo Diario de la navegación, propiedad de la casa de Alba, en el cual el Almirante iba apuntando, ora sus reflexiones, ora sus temores de cada día, es un documento inapreciable para probar toda la grandeza colectiva del pueblo español en el descubrimiento de América. En él se ve que los Pinzones son el alma de la exploración; que Cosa es un navegante insigne; que Colón sin España no hubiera pasado de Palos, y que España sin Colón se hubiera lanzado igualmente a la divina locura de conocer y explorar y descubrir nuevos continentes. Con el Diario en la mano, los señores concejales salmantinos no se hubieran apurado por un azulejo más o un azulejo menos, y el Comité de la Exposición de Sevilla no hubiera tenido ocasión de escribir una página patriótica cantando las glorias salmantinas dentro del marco de la historia española. El duque de Alba, siempre tan oportuno y tan señor, deshace ochenta leyendas y orea la historia con su rasgo de poner el Diario autógrafo del Almirante a disposición de todos los curiosos. Historia que ya sabía en América

[125] En *La Libertad* se tituló «La Maja desnuda»; en *El Liberal*, «Doña María Cayetana»; y en *El Sol*, «Doña María Teresa de Silva».

Carlos Pereira, y con Pereira, en Europa, Fernández Navarrete, Lellis, Humboldt y tantos otros; pero que en España aparentábamos desconocer, o desconocíamos realmente. Y la historia es bien sencilla, y cabe en dos líneas de letra impresa. De España es toda la gloria del descubrimiento; de España, y no de Colón. Colón llevó los honores, pero Cosa y los Pinzones el peso y la responsabilidad de la aventura. Y Colón, de paso, no sintió el hambre nunca. En Córdoba, donde se le supone apedreado por la chusma, es siempre el huésped favorito del duque de Medinaceli. En Salamanca no pisa el convento de San Esteban, aunque haya un Claustro de gran estilo que lleva su nombre. Marchena, que es un bendito, no hace otra cosa sino favorecer al navegante y procurarle hidalgamente el auxilio, siempre creciente, de Isabel y de la Corte española.

De este modo, Sevilla, con su Archivo de Indias, se convierte ahora en lo que realmente ha sido siempre: en la sede de los estudios ultramarinos.

De su Archivo surgirá ahora la visión de una gran España, que los historiadores italianos, principalmente, han simulado desconocer, por razones políticas de expansión de su raza en los pueblos no latinoamericanos, sino hispanoamericanos y sólo hispanoamericanos.

Mundo Gráfico (10-04-1929)

San Francisco de Asís[126]

No descansa –desde hace unos meses– nuestro querido compañero Pepe Sánchez Rojas. Además de sus colaboraciones continuas en "Prensa Gráfica", en América, en la Agencia Sirval, escribe libros…
Acaba su novela "Sol entre nieblas", que aparecerá en Septiembre (algunos de cuyos capítulos conocen nuestros lectores), y termina, en breves días, un bello librito, "San Francisco de Asís", flor suave de piedad y de devoción humildes, que dedica a una distinguida dama salmantina. Ayer remitió el original completo a los editores señores Nelson and Sons, de Londres. Espigando en el bello librito, de cien páginas, que irá ilustrado con preciosas estampas italianas del siglo XV, entresacamos hoy estos capítulos para deleite y regodeo espiritual de nuestros lectores. Dicen así:

Santa Clara

San Francisco, el Pobrecito del Señor Dios, visitaba mucho a santa Clara, cuando estaba en Asís. Y teniendo ella grandísimos deseos de comer con él, se lo rogó muchas veces, pero él no quería nunca concederle este consuelo.

Viendo sus compañeros el deseo de Santa Clara, dijeron al Pobrecito de los Pobrecitos:

– Padre; se nos antoja que esta rigidez no es conforme a la caridad divina, porque a la Hermana Clara, virgen, tan santa y tan amada de Dios, debías complacerla en cosa tan nimia y tan subalterna como es esa de comer en tu compaña.

Y el Pobrecito respondió:

– ¿Os parece a vosotros que debo complacerla?

Y respondieron los compañeros:

– ¡Sí, padre, concédela ese consuelo!

Y se lo concedió el Pobrecito. Y llegado el día convenido, Santa Clara salió del Monasterio con una Hermana y con unos compañeros de San Francisco, vino a Santa María de los Ángeles, saludó devotamente a la Virgen María delante de su altar, donde había sido tonsurada y velada, y la llevaron al Convento hasta que se hacía la hora de comer.

San Francisco hizo preparar la mesa sobre la tierra desnuda.

Llegada la hora de la comida, sentáronse juntos San Francisco y Santa Clara, y un compañero de San Francisco con la compañera de Santa Clara, y después, todos los demás Pobrecitos se fueron acercando a la mesa con humildad.

Como primer plato, el Pobrecito comenzó a hablar de Dios tan suave y maravillosamente, que descendiendo sobre ellos los dones de la divina gracia, todos fueron arrebatados en Dios. Y estando así enajenados y como en éxtasis, con los ojos y con las manos levantadas en alto, los hombres de Asís, de Bettone y de toda aquella comarca, vieron que Santa María de los Ángeles, y el convento, y la selva, que estaban entonces junto a la casa, ardían con tanta intensidad, que parecía que la huerta y el convento y la selva, estaban hechos una llama, por lo cual, los vecinos

[126] Con este mismo título, pero de contenido distinto, hemos localizado otro artículo de Sánchez Rojas publicado en *Crónica* (O.C. Tomo I, página 233).

de Asís, con toda presteza, corrieron al lugar para apagar el fuego, creyendo verdaderamente que todo aquello ardía.

Pero al llegar al sitio y no encontrar fuego ninguno, entraron en el Convento y vieron a San Francisco con Santa Clara y todos sus compañeros arrebatados en Dios por la contemplación y sentados en torno a la humilde mesa sobre la tierra desnuda.

Por lo que claramente entendieron aquellos vecinos que era fuego divino y no material, porque, materialmente ardían, en llamas de amor vivo, las almas de aquellos santos frailes y de aquellas santas monjas.

Las aves

Con Fray Maseo y Fray Miguel, fue el Pobrecito, sin escoger –caminando a impulso del espíritu– senda o calzada, llegaron a un castillo que se llamaba Himano. Y San Francisco se puso a predicar, mandando a las golondrinas que piaban, que guardaran silencio en tanto que él predicaba.

Obedecieron las golondrinas, y él predicó con tanta emoción, que todos los hombres y todas las mujeres de aquel castillo querían seguir al Pobrecito y abandonar sus casas.

Pero San Francisco no las dejó, diciéndolas:

– ¡No tengáis prisa y no os vayáis, que yo ordenaré lo que debéis hacer para salud de vuestras almas!

Y entonces pensó fundar la Tercera Orden, para salud de todos los fieles sin excepción. Y dejándoles a todos muy contentos y en paz de corazón, el Pobrecito del Señor Dios, anduvo entre Cramano y Tevagno.

Y caminando, levantó los ojos y vio algunos árboles al lado del camino, sobre los cuales estaban posados millares de pajarillos.

Y dijo a su compañero el Pobrecito del Señor Dios:

– ¡Espérame en el camino, que yo voy a predicar a mis hermanitos los pájaros!

Y se metió en el campo.

Y comenzó a predicar a los pajaritos que estaban en el suelo. Y los que posaban en las ramas de los árboles vinieron a él, y le rodearon, y se aquietaron, y callaron mientras predicaba el Pobrecito, hasta que éste les dio su bendición.

Y así dijo San Francisco:

– ¡Pájaros, hermanitos míos, vosotros, vosotros estáis muy obligados a Dios, a vuestro Creador; alabadle siempre que os ha dado dos vestidos, y, a veces tres vestidos! Y os ha dado libertad, para ir a todas partes. Y guardó vuestro linaje en el Arca de Noé para que ninguno de vuestra especie pereciese con las aguas, sobre la faz de la tierra. Y le estáis obligados por el aire que os dio. Y luego, que no sembráis, ni segáis, y Dios os alimenta, dándoos las fuentes y los ríos para vuestra bebida, y los puentes y las calles para vuestro lecho, y los árboles para que tejáis en ellos vuestros nidos de amor. Sin que sepáis hilar, ni coser, hermanitos míos, Dios os viste a vosotros y a vuestros hijos. Vuestro Creador os ama mucho, ya que tantos beneficios os hace. ¡Guardaos, pues, pajaritos míos de no caer nunca en el pecado de la ingratitud, alabando siempre a Dios!

Palabras de un capítulo

Hubo Capítulo general en Santa María de los Ángeles. Y asistieron cinco mil Pobrecitos. Y vino el Cardenal de Perusa. Y así habló el Padre de todos y General ministro San Francisco:

– "Hijos míos, grandes cosas hemos prometido a Dios, pero mayores nos las ha prometido Dios a nosotros si observamos lo que le hemos prometido y esperamos con certeza lo que él nos ha prometido a nosotros!

Breve es el placer del mundo.

La pena que le sigue es perpetua.

Pequeñas son las penalidades de esta vida.

Mas es infinita la gloria de la vida futura.

Ninguno de vosotros tenga cuidado ni solicitud de cosas de comer o de beber o de cuanto sea necesario al cuerpo. Pensad en orar y alabar a Dios solamente, dejando la solicitud de vuestro cuerpo a Él porque tiene especial cuidado de vosotros".

Y todos se alegraron de corazón por haber oído al Pobrecito. Y la alegría se reflejaba en la sonrisa de sus semblantes, serenos y tranquilos

Cristo aparece a San Francisco

Y estando en oración el Pobrecito, oyó una voz de lo alto que decía:

– ¡Francisco, respóndeme! Si toda la tierra fuese oro, y bálsamo los mares y las fuentes y los ríos, y piedras preciosas, los montes y los collados y las rocas, y tú encontraras un tesoro más noble que todo esto, ya que él no es más noble que la tierra, y el bálsamo de más pulidos quilates que el agua, y la piedra preciosa de más bruñida calidad que los montes y los collados y las rocas, y te fuese dado todo esto en lugar de la enfermedad que padeces, ¿estarías muy contento y muy alegre, Francisco?

Y respondió el Pobrecito:

–¡Señor, yo soy indigno de tan precioso tesoro!

Y la voz de Dios le dijo:

– ¡Alégrate, Francisco, porque este es el tesoro de la bienaventuranza, del cual es prenda la enfermedad que sufres ahora!

¡Hermano lobo!

Y cuando el Pobrecito vivía en la ciudad de Engubbio, condado de Engubbio, apareció en ella un lobo grandísimo, terrible y feroz, que no solamente devoraba a los animales, sino también a los hombres. De modo que los ciudadanos vivían en perpetua zozobra.

San Francisco, compadecido de aquellos hombres, quiso librarles de su inquietud. Y San Francisco salió valerosamente en busca del lobo, haciendo la señal de la cruz, fuera de la ciudad. Los indígenas, llenos de miedo, no se atrevían a seguir al Pobrecito. Pero éste, valerosamente, tomó la senda de la guarida del lobo. Y el lobo salió al encuentro del Pobrecito con la boca abierta.

Y dijo el Pobrecito al lobo:

– ¡Ven acá, hermano lobo! Yo te mando, en nombre de Cristo, que no me hagas daño a mí ni a persona alguna.

El terrible lobo cerró la boca. El terrible lobo dejó de comer. Y como un corderito, se echó, mansamente, a los pies del Santo.

Y el Santo dijo:

– Hermano lobo, tú has hecho mucho daño en esta comarca. Has matado y has devorado personas, animales, cosas. Eres digno de la horca, pues eres ladrón y eres homicida. La gente habla mal de ti y nadie te quiere en la tierra.

– Prométeme ser otro. Todos te perdonarán. Ni los hombres te perseguirán ni te morderán ni te ladrarán los perros. Y el terrible lobo movía el cuerpo, la cola y las orejas en señal de paz.

Y el Pobrecito añadió:

– ¡Si me prometes paz, hermanito lobo, yo prometo, en cambio, darte la comida mientras vivieres, y los hombres te alimentarán, y no pasarás más hambre, porque yo sé que por el hambre has hecho tantos daños, hermanito lobo! ¿Me prometes no dañar ni a personas ni a animales?

El lobo inclinó la cabeza, prometiéndolo.

Y así fue, como todos saben, en la ciudad de Engubbio, condado de Engubbio.

Y el lobo vivió dos años en Engubbio. Y entraba familiarmente de puerta en puerta, por las casas, sin hacer daño ni morder a nadie. Y jamás le ladró perro alguno.

Y el hermano lobo, se murió de viejo. Y todos lloraron la muerte del hermano lobo.

El Adelanto (19-07-1929)

El Padre Vitoria

Una nota oficiosa, de publicación reciente, nos asegura que en 1932 se reunirán en España todos los juristas que se han especializado en Derecho internacional, y rendirán tributo de admiración al famoso profesor de Salamanca padre Vitoria, reconociendo que España ha sido, en todos los tiempos, la sede y la escuela del verdadero Derecho de gentes. Muy consoladora es esa nota, en efecto, para el honor nacional, y lo sería doblemente si los sabios extranjeros diesen en la flor de reconocer algún día que también los españoles comenzamos a ser los maestros, iniciadores, impulsores del Derecho político. De todos modos, las doctrinas del padre Vitoria comienzan a ser divulgadas. Lástima grande es que algunos eruditos, como el padre Getino, se dirijan a los estudiantes, desde el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, hablándoles en latín, para mayor claridad. Y lástima grande también que la Asociación del Padre Vitoria, que funciona en Madrid, integrada por catedráticos y diplomáticos hispanoamericanos, sea más conocida por sus reuniones y asambleas, que por sus publicaciones. Urge que se haga una buena edición, en cas-

tellano corriente, de los libros con que asombró el padre Vitoria a los estudiosos y a las escuelas del siglo XVI.

La figura de Vitoria gana, en efecto, con el tiempo, y aparece perfectamente destacada y limpia en estos días de la Sociedad de Naciones en Ginebra, y de los pactos de Versalles y de Locarno. El hombre no fue menos notable, sin embargo, que el tratadista. Como profesor supo tener a raya la majestad cesárea de Carlos V. Ni la inclusión en el *Índice* de sus famosas *Relecciones*, ordenada por la curia papal a instancias, seguramente, del Emperador, no le llevaron a atenuar jamás la dureza de sus principios en el orden teórico. En la contienda triunfó la inteligencia sobre la astucia. El Papa, como rey temporal, no era infalible, ni como rey podía hollar el derecho de los demás pueblos. Roma tuvo que ceder ante Salamanca, y Vitoria, continuó impertérrito sus lecciones en la famosa cátedra, que había de inmortalizar, después de él, su amigo fray Luis de León. El jurista dominico era del mismo temple de espíritu que el agustino poeta.

Después de cuatro siglos se le rinde justicia, y con él a España. Evidentemente, el principio que hoy defiende la Sociedad de Naciones es un postulado vitoriano. No estaría de más que el nombre del glorioso dominico se grabe con letras de oro en la sala de deliberaciones de Ginebra. Pero su consagración más efectiva vamos a presenciarla ahora, que van a estudiarse con más ahínco los papeles y documentos del riquísimo Archivo de Indias. Se verá hasta qué punto las *Relecciones* del dominico sirvieron de norma, de guía y de molde a nuestras *Leyes Nuevas* y a nuestras humanitarias y clementísimas *Leyes de Indias*. Se advertirá también que de Vitoria a Bolívar hay una tradición constante de serenidad jurídica, y el papel de la colonización de España en América se tratará bajo una fase nueva.

Mundo Gráfico (18-09-1929)

La leyenda de Colón

Es curioso e interesante observar el tino de la Prensa hispanoamericana, a propósito de la leyenda colombina, cuando se pone a glosar los consabidos tópicos de la raza. Donde no ha variado nada la leyenda del navegante genovés, que, por casualidad, se asomó al continente americano, es entre nosotros. Hasta pretendemos demostrar que Colón fue español –gallego, catalán o mallorquín–, como si España debiera su gloria a la del navegante, y este no hubiera, por el contrario, robado todo su prestigio a oscuros marinos españoles, que fueron los verdaderos descubridores de las tierras ultramarinas. Los americanos ya saben a qué atenerse respecto a la tremenda simulación histórica del caso de Colón. La epopeya del descubrimiento es colectiva y popular, obra de un pueblo y de su fe en los destinos futuros. Hoy sabe cualquiera que España, sus frailes, sus reyes, sus soldados y sus calumniados doctores de Salamanca descubrieron las Américas a pesar del aventurero, que no tenía más preocupaciones que la sed del oro y la venta de los esclavos de color.

Y sin los hermanos Alonso Pinzón, de Huelva, la gesta del descubrimiento hubiera sido exclusivamente obra de los viajeros y exploradores portugueses.

España ha fabricado una leyenda de siglos a través de los escritos de Bartolomé de las Casas, sin advertir que es mucho más bella la verdad que la leyenda. La verdad, que se debe en gran parte a los estudios de Carlos Pereira[127], y que aparece en el mismo texto del navegante, es que Colón aprovecha un privilegio de Fernando y de Isabel, abusando de la buena fe de los Pinzones, que arman de su cuenta las carabelas que salen de Palos, llevando la dirección y la responsabilidad técnicas del viaje. De Colón desconfían los marineros andaluces y vascos, porque desconoce hasta el más rudimentario mecanismo de los aparatos de navegación. El oscuro aventurero llega a llamarse pomposamente almirante de Castilla sin haber navegado una sola vez. Va a su negocio, el de tornar rico y poderoso, sin advertir que España convierte en empresa nacional lo que para él es un medio cómodo de hurtar su pasado de la vista de las gentes. A la altura de las islas Canarias, Pinzón tiene que rectificar a Colón, porque este quiere estrellarse frente a Gomera. Todas las observaciones de su Diario –ya lo advierte Marius André[128] al estudiar la leyenda colombina– son de una admirable imprecisión. Si se da vista a San Salvador el 12 de octubre de 1492 es gracias a Martín Alonso Pinzón, que precisa exactamente el sitio y la latitud.

[127] Sin duda se refiere a Carlos Hilario Pereyra Gómez, escritor e historiador mejicano.

[128] Escritor francés (1868-1927) que en 1922 había escrito *La Fin de l'empire espagnol d'Amérique* traducida el mismo año al español: *El fin del imperio español de América: causas y caracteres* (Araluce, Barcelona, 1922).

Cuando se ve tierra entre los tiros de bombarda y los gritos jubilosos de la gente de mar, Colón, gran simulador, no puede ocultar su extrañeza, y se convierte en héroe por la fuerza de las cosas.

Pero su fracaso empieza allí donde impone su autoridad. Él se cree en el Japón, en tierras de Cipango y no hay quien le apee de su error. Juan de la Cosa y los Pinzones determinan el mapa de la isla, mientras Colón comienza a engañar a los reyes para sugerirles la importancia de lo descubierto. Descubriendo las islas Lucayas, incurre en errores que todos los geógrafos han rectificado después. Como no da con el oro, exalta la riqueza del suelo y hasta la utilidad que puede derivarse de la explotación y venta de los indígenas.

El falso soñador desaparece ante el auténtico negrero que hay en el hombre. Se ve dueño y señor de aquellas islas; pero jamás sospecha que lo que tiene delante de sus narices es un verdadero continente. Su preocupación única desde entonces es evitar que los Pinzones participen con él, más que de la gloria, de los beneficios de la empresa, y sembrar recelos sobre la conducta de los marineros españoles, que han perdido todo respeto al navegante, por su ignorancia total y absoluta de las cosas de mar.

Toda la política de Colón a partir de aquel momento es una diatriba contra España, que le ha sostenido, que le ha facilitado los medios de llevar adelante su sueño, y que ha rectificado totalmente sus conocimientos geográficos, evitándole el fracaso más colosal. A la vuelta, Colón, por impericia, está a punto de naufragar en *La Pinta*, salvándole Pinzón. Ante los reyes en Córdoba y en Sevilla, el almirante quiere curarse en salud de los ataques que presume de sus compañeros de viaje, tratándoles de malhechores y de bandoleros.

Pero vuelve con las manos vacías. En el fondo no sabe lo que ha descubierto, ni lo que ha visto, ni lo que puede descubrir y ver en lo futuro. Sigue hablando del oro, de las ricas especias y de los salvajes pintorescos, para poder vivir del apoyo de la Corte. Cuba y Haití se descubren, sin que Colón se percate de ello. Es un iluminado, con la cabeza llena de fantasías, que, absorto en las lecturas de Marco Polo, sigue pensando en el Cipango y en las tierras del Gran Kan. Si el mismo Diario del navegante no nos hiciese sabrosísimas confidencias, bastaría leer con alguna atención cuantas páginas se han escrito –desde Humboldt hasta Pereira, pasando por los curiosos documentos recopilados por Fernández Navarrete y Cessare Lollis, hasta las últimas investigaciones de Fernández Duro y Marius André– para conocer la verdadera psicología de Colón.

Mientras nosotros hemos recordado todos los tópicos colombinos, desde la imaginaria discusión con los dominicos de Salamanca, que no se celebró nunca, hasta sus apuros económicos, también imaginarios, en Córdoba, donde fue huésped del duque de Medinaceli y gozó del amor de una bellísima dama, los americanos, más cautos y enterados que nosotros, abandonan este camino para explicar el descubrimiento como una empresa romántica de todo el pueblo español. El mito colombino es, en el fondo, una tesis antiespañola. Colón, sin España, jamás hubiera descubierto, ni aun por casualidad, las tierras nuevas. España, sin Colón, hubiera tenido bastante con los Pinzones para dar cima a su gloriosa empresa. La verdad cruda es que Colón, lejos de facilitar el descubrimiento, lo retrasó, y que sin sus imaginaciones y sin el candor del benditísimo padre Marchena, el viaje de Palos se hubiera realizado unos meses antes. Ni Doña Isabel tiene que empeñar sus joyas para un viaje que pagan Cosa y los Pinzones de su bolsillo, ni los profesores de Salamanca, que saben más de geografía que el aventurero, se escandalizan de las afirmaciones de este sobre la redondez de la tierra. Lo que hacen aquellos buenos doctores –buen archivo de datos nos suministra D. Tomás Rodríguez Pinilla[129] sobre la cuestión– es reírse en las propias barbas del navegante. Las cartas de Pedro Martín de Angliera[130] sobre Colón demuestran que el mundo culto tuvo siempre del almirante el más pobre concepto.

En la Universidad de antaño –mucho más avisada en algunos respectos que la de hogaño– se sabía que el prestigio de Colón era meramente fortuito, y los marineros de Huelva, y los vascos que con ellos navegaron, no se hartaban de decir que Colón no sabía manejar un cuadrante.

De Colón a los Pinzones, a Cosa, a Juan Sebastián de Elcano, a los gloriosos navegantes portugueses, media todo un abismo. Los contemporáneos del navegante justamente le olvidan, ciertos de sus embustes y, sobre todo, de sus negocios, nada limpios. El eclipse de Colón en vida coincide con el de la muerte de Doña Isabel, ocurrida en Medina del Campo, en 1504. Don Fernando, el monarca viudo, ya distraído con los encantos de Germana de Foix, está más que harto de las be-

[129] Catedrático y liberal salmantino que escribió "Colón en España: estudio histórico-crítico sobre la vida y hechos del descubridor del Nuevo Mundo: personas, doctrinas y sucesos que contribuyeron al Descubrimiento". Madrid, 1884.

[130] Así en el original. Se refiere igualmente a Pedro Mártir de Anglería, en italiano Pietro Martire d'Anghiera.

llacas acusaciones del almirante contra los españoles que descubren un mundo, descubrimiento que ha de usufructuar un aventurero, por una de esas mistificaciones históricas, tan frecuentes en nuestro país, fabricadas a pulso después de la muerte de Colón. Porque en los últimos años de la vida de éste, nadie se llama a engaño. Y cuando muere Colón en Valladolid, España conoce ya la superchería que le ha dado celebridad y dinero.

Así la muerte de Colón pasa inadvertida en Valladolid. Siete años después, en 1513, Vasco Núñez de Balboa descubre el Panamá, hinca en él el estandarte de Castilla, toma posesión del Pacífico. Es el pueblo español, todo el pueblo, el que entonces descubre verdaderamente América, de la que ya sabía Américo Vespucio que era un verdadero continente. América es hija de España. En estos días de la Exposición de Sevilla, en que se traslada el Diario del navegante –propiedad del caballeroso duque de Alba– al Archivo de Indias, no está de más difundir estas verdades, tan conocidas, por otra parte, en América. Admitamos, finalmente, que son los hijos de nuestra lengua y de nuestro espíritu los que, libres de prejuicios, valoran en su justo precio nuestra epopeya, cuando por acá hay quien se empeña todavía en sostener que fuimos unos ignorantes que necesitamos del apoyo de un extranjero para descubrir un mundo que sin él, y a pesar de él, hubiera sido, del mismo modo, el gran patrimonio espiritual de nuestra raza.

Cosmópolis (Octubre 1929)
El Adelanto (15-10-1929)
El Luchador (08-12-1928)
El Noroeste (21-11-1928)
La Voz de Guipúzcoa (20-11-1928)

Isabelita, Infanta de Castilla[131]

Isabelita, infanta de Castilla –después Isabel la Católica, primera de este nombre–, nace en el pueblecito de Madrigal de las Altas Torres, cerca de Arévalo y cerca de Peñaranda de Bracamonte, en 1462. Sus padres son Don Juan, rey de Castilla, y Doña Isabel, princesa de Portugal. Madrigal es una pequeña aldea encantadora; recias murallas la circundan y rodean; asentada sobre la altiplanicie de Castilla, domina casi toda la meseta central de nuestra España. Cuando Isabelita cumple cuatro años, muere su padre, el rey Don Juan, sucediéndole el hermano Enrique en el trono. Isabelita queda en Madrigal al cuidado de la reina viuda. Pueblo de labriegos la aldea abulense, Isabel los conoce y trata a todas horas. Menudita, rubia, con preciosos ojos azules que espejan la limpidez del cielo y el candor de su espíritu, la dulce infantina castellana cautiva a todos con la llaneza de sus maneras y con la gravedad de su continente. Visita a los pobres; frecuenta el trato de los humildes; sabe de los dolores del labrador cuando estalla una tormenta en el verano y son resecos los inviernos y las otoñadas al iniciarse la sementera. La reina viuda cuida con el mayor tacto de la educación de la nena. A cada momento cambian de residencia las dos mujeres. Ora pasan temporadas en el Alcázar de Segovia con el rey; ora visitan el castillo de los Zúñiga en Arévalo; ora acuden a recibir el acatamiento de los comerciantes en los mercados de Medina, aposentándose en el precioso castillo de la Mota. Isabelita es una princesa cabal. Cose la ropa de su madre y la suya propia; borda primorosamente las casullas de los prelados; estudia los libros donde se cantan las glorias nacionales; aprende la lengua latina con la dama de palacio Dª Francisca de Nebrija. Alejada de las intrigas cortesanas, su carácter se forja en la soledad de Madrigal y de Arévalo con el trato de los buenos libros y con el comercio de la buena gente del pueblo. No piensa nunca en suceder a su hermano Enrique en el trono; pero piensa siempre que por su estirpe real debe estar cerca del corazón de sus gentes.

Toda la niñez de Isabelita es una preparación sólida y firme para su juventud. Ella sabe de fueros, y de cartas rodadas, y de libertades municipales y, lo que vale más todavía, de las verdaderas necesidades de sus vasallos. Su figurita y su tocado, los cabellos de oro recogidos en las blancas tocas del cendal y su traje talar de mangas anchas y amplísimas, son populares en Valladolid y en Simancas, en Tordesillas y en Palencia, en Medina y en Arévalo, en Segovia y en Madrigal. Ante las desgracias de Don Enrique, que no tiene sucesión, el pueblo comienza a pensar en Isabelita como única heredera para el trono de Castilla. El pueblo la mima, y lleva a sus romances la belleza y las virtudes de la infantita recoleta. El arzobispo de Sevilla y cardenal D. Pedro González

[131] Artículo firmado como Jorge de Alba,.

de Mendoza representa y se hace portavoz de las aspiraciones populares, preparando la famosa entrevista de los toros de Guisando. Isabel se convierte en princesita de Asturias cuando apenas cuenta diez y seis años. Y ya tiene que pensar la mocita rubia y menuda en los aspirantes a su mano, rechazándoles dulcemente, pero con firmeza.

Pero de Aragón llegan nuevas de que hay un infante, apuesto y guapo, que piensa en ella. Isabel se informa con cautela de las condiciones del prometido por los buenos oficios del capellán de Palacio, fray Alonso de Coca, y se confía enteramente a su amiga de la niñez, Dª Beatriz Fernández de Bobadilla. Meses después son las bodas. Los infantes viven en Dueñas, que está justamente en el camino de Valladolid a Palencia. Y cinco años después de sus nupcias, a la muerte de su hermano Don Enrique, es proclamada reina de Castilla, confirmando el nombramiento las Cortes de Segovia.

Doña Isabel, ya en su trono, es la misma Isabelita, infanta aldeana y popular, que hemos conocido en Madrigal y en Arévalo. Nunca rehúye la presencia del pueblo; antes bien, la provoca a todas horas. Isabel, unas veces con Fernando, otras en su ausencia cuando el infante de Aragón ha de acudir a la vera de su padre para pelear con los franceses, administra justicia por sí misma y siempre de un modo rápido y eficaz. Las estancias de palacio están siempre abiertas de par en par a todas las quejas. A las veces, la misma reina monta a caballo para no dilatar una resolución urgente. En cierta ocasión aparece ella misma, durante una tarde lluviosa, en el castillo de Simancas para castigar un desacato de un joven magnate, hijo del almirante de Castilla y primo de su esposo. En otra marcha a Segovia a oír las quejas de los vecinos de la ciudad contra el marqués de Moya, gobernador de la plaza, dejando aplacadas las discordias. Es la misma niña de antaño, enérgica y dulce, tolerante y justa, que sabe ordenar sin dureza para ser obedecida sin tardanza. Acude con su pueblo a las procesiones y a las fiestas; se deja besar la mano de los niños, y para todos tiene una sonrisa y un consejo. Y siempre acertada, respeta la libertad de los Concejos, sabiendo que solamente la nobleza puede ser su enemigo natural, y no desdeña la rueca ni el bastidor en sus ratos de ocio.

Todas las grandes gestas de Isabel están en consonancia con el espíritu de ecuanimidad y de templanza que revela desde niña la infantita de los cabellos rubios. De uno de sus pajes, de Gonzalo Fernández de Córdoba, de la ilustre casa de Aguilar, hace el capitán más famoso de su época, y de un obscuro franciscano, confesor suyo, el arzobispo de Toledo, cardenal de la Santa Iglesia y regente más tarde de sus reinos.

Fray Francisco Ximénez de Cisneros demuestra sus condiciones de estadista gracias a la sagacidad de la reina. Del pueblo surgen sus más altos valores para dirigirle, y es Isabel la encargada de sacar tales tesoros a la superficie. Y los dos grandes momentos de su reinado, la conquista de Granada y el descubrimiento de América, se realizan gracias a ella, y sólo por ella, ante el pueblo, atónito, que no cesa de rendirle acatamiento.

Supo siempre Isabel que su fuerza estribaba no tanto en ser reina como en ser mujer prudente y sagaz. A Santa Fe llevó consigo la reina las mozas más guapas de su Corte para que los guerreros realizasen proezas en presencia de ellas. Lindo torneo de amor y de caballería fue la linda historia que acabó con el llanto y los suspiros de Boabdil el Chico a la vista de Granada. A los hechos de armas siguieron los idilios, amadrinando Isabel los enlaces más linajudos de la época. La reina que, en su caballo blanco, al lado del rey de Aragón, recibe las llaves de la última ciudad mora en una bandeja de plata, era la misma nena que veinticuatro años atrás conocía, entre los mancebos llegados de Aragón, al príncipe deseado, confirmando las palabras del caballero Cárdenas que le acompañaba en la ventana de palacio, la misma que abrazaba a Don Enrique en la entrevista de Guisando, la misma que al morir en el castillo de la Mota dictaba su testamento a los sucesores.

Crónica (12-01-1930)

Gonzalito Fernández de Córdoba[132]

Poco más de mediado el siglo XV, en 1453, nace en el pueblecito de Montilla (Córdoba) el que ha de ser, por antonomasia, «el Gran Capitán». Sus padres son un rico hombre de Castilla, Pedro Fernández de Aguilar, y Elvira de Herrera, de la familia de los almirantes palentinos los Enríquez. Don Pedro, de procedencia leonesa seguramente, es sucesor de una de tantas y tantas

[132] Artículo firmado como Jorge de Alba.

familias castellanas que Fernando el Santo llevó a repoblar Córdoba y su comarca, después de la conquista de las grandes ciudades andaluzas. Siendo muy niño Gonzalito, muere el padre, y Dª Elvira manda a su despierto retoño a que se eduque en Córdoba al cuidado del juicioso y discreto D. Diego de Cárcamo. Educación quiere decir, en los tiempos a que nos referimos, adiestramiento del cuerpo en las armas y del espíritu y hasta del corazón en el arte de la caballería. Los hombres se enseñan, desde niños, a ser un poco guerreros y un poco poetas, y Gonzalito, como otros coetáneos suyos, el conde de Paredes de Navas, conocido en nuestro Parnaso con el nombre de Jorge Manrique, aprende, con el manejo de la espada, las buenas formas de la gentileza y de la galantería al uso. El buen Diego de Cárcamo, maestro de Gonzalito, no ahorra dispendio alguno, bien aleccionado por la madre, para completar la educación del niño. Y si su espíritu queda moldeado por la serenidad y por la ponderación, desprecia siempre un poco los bienes materiales, de los que dispone hasta la saciedad, sin cortapisa ni limitación alguna.

Pero solamente así durante la niñez. Después, el mayorazgo, Alonso, arrambla con todo y Gonzalito que queda de segundón, con harta y despierta inteligencia, sin oficio ni beneficio alguno, ha de ingeniarse para ocupar en la vida el puesto a que por su linaje y nacimiento tiene derecho. Las luchas políticas de la época determinan, con sus resacas y vicisitudes, bien tempranamente, la vocación militar de Gonzalito. En las luchas entre el rey Enrique IV y su hermano el infante D. Alfonso, los cordobeses toman partido por éste, y los Aguilar logran que Gonzalito, a sus doce años, acompañe al infante, de paje, a la ciudad de Ávila; y después, en sus excursiones y correrías guerreras. Imagínese lo que un niño despierto, inteligente, a quien la vida le descubre de pronto sus secretos, ha de aprender al lado de su señor. Muerto el infante, Gonzalito torna a Córdoba por poco tiempo, mal avenido con su hermano, del que se dice públicamente que es amigo de moros y de judíos y completamente desgajado de la casona solariega que le niega el sustento y el reposo. Pero con la gallardía y la gentileza de Gonzalito corren parejas la viveza de su ingenio y la riqueza de su erudición en achaque de trovas y de romances. La figura del adolescente es popular en Córdoba, cuando Isabel, que ya ha casado con Fernando el Aragonés, lo llama a su lado en el Alcázar de Segovia; y Gonzalito, que ya conoce demasiado la vida de los campamentos y de las ciudades sujetas a las constantes mudanzas de la guerra, más loca que la misma fortuna, estudia ahora en las cuadras, antecámaras y pasillos de la morada real el modo de ganar el favor y la privanza de los príncipes.

La madurez es una secuela natural de la niñez y de la adolescencia. El discípulo del ponderado y discreto Diego de Cárcamo en Córdoba y el pajecito de Ávila y de Segovia, curioso observador de la vida de los campamentos y de las artes de privanza en los príncipes, es, naturalmente, el famoso Gran Capitán de años después. Casi un adolescente, durante la guerra de Sucesión, a la muerte de Enrique IV, ya muestra la gallardía de su persona al frente de ciento veinte jinetes de la mesnada de su hermano mayor, Alonso de Aguilar, y con la gallardía, la fuerza de su ingenio y la prodigalidad de su bolsa, abierta lo mismo en los despilfarros que en los infortunios. Después, durante la conquista del reino de Granada, manda también un centenar de lanzas, «con el cual cargo –nos cuenta su panegirista Pérez del Pulgar– se mostró de pronto consejo en las hazañas singulares y a los trabajos y peligros de la guerra salía a recibir con ánimo no vencido». Y la prodigalidad con la persona. A la Reina la suministra ropas y alimentos durante el asedio en Santa Fe. Isabel se admira de la riqueza y de la generosidad de su vasallo. Los episodios del sitio crean la leyenda en torno a la figura del gran caudillo. Se cuenta, en preciosos y españolísimos romances, el sitio de Loja. Y en la hora de las capitulaciones es Fernández de Córdoba un hábil y sagaz diplomático, cuyo consejo busca siempre Isabel para aceptarle después de discutido punto por punto.

No vamos a contar ahora menudamente las hazañas de Italia y de África. Ni vamos a referirnos al episodio de las cuentas famosas, que si no es del todo rigurosamente histórico, merece serlo, por reflejar a maravilla el carácter del caudillo cordobés. Sí lo es, en cambio, que cuando recibió el presente del Senado de Venecia, agradecido al servicio que había prestado a la Señoría en Sicilia contra los turcos, lo regaló todo a su soberana, «que solas cuatro piezas de oro y de plata –cuenta la *Crónica del Gran Capitán*– retuvo para sí, porque estuviesen en su aparador, por memoria de ser las de haber dado aquella Señoría». Genio y figura...

El héroe, retirado en Loja durante los últimos años de su vida, murió en Granada. Al lado de la Reina, fue brazo y espada de uno de los políticos más hábiles de nuestra España, Fernando V, y de uno de los corazones más generosos y de los cerebros más despejados que se hayan sentado jamás en trono alguno, Isabel I de Castilla.

Crónica 02-02-1930

San Jorge patrono de Cataluña[133]

Este año, después de seis de silencio forzoso, Cataluña, y, en su nombre, la Diputación de Barcelona, que tiene como sede el Palacio de la Generalidad, celebra solemnemente las fiestas de su santo Patrono, el Señor San Jorge. San Jorge o San Jordi es la adaptación catalana del Señor Sant Yago, el ganador de la batalla de Clavijo. Y San Jordi va unido a todas las tradiciones de la región, y a sus gestas gloriosas, y a sus viajes por Oriente, y a las conquistas de Jaime el *Valenciano*, en los momentos más culminantes de la historia de la Coronilla.

San Jorge, más que un santo de tierra, es un santo marítimo. Patrono de Barcelona y de Cataluña, es el patrono del *mare nostrum*, del Mediterráneo, quieto y azul. El simbólico santo, caballero ante todo y sobre todo, con su lanzón en la diestra, sobre el caballo blanco, conoce todas las rutas de Oriente. Visita Nápoles y se asienta en Cerdeña. Es dueño de Malta y hace incursiones en las tierras turcas. Cruzado, llega hasta el Santo Sepulcro, y sus adeptos luchan gustosos en las huestes de Godofredo de Bouillón. Inspira la política de Fernando el Católico, después de haber paseado triunfantes las banderas aragonesas por todos los mares, y Maquiavelo, en *El Príncipe*, se lamenta más de una vez de sus acometidas fieras al dragón. En lo alto del portalón gótico del Palacio de la Generalidad, que mira a la calle del Obispo, en Barcelona, el caballero se exhibe como símbolo de una expansión política que los tiempos destruyeron y como símbolo también de las ansias de un pueblo que aspira a vivir con toda su hegemonía histórica en el concierto de los pueblos peninsulares.

San Jorge, con ser el patrón del pasado, no sabe de vergüenzas históricas y es siempre el caballero del mar. Sus gestas mejores fueron siempre cincelándose en el entusiasmo y en el ensueño. Cuando dejamos de hacer política mediterránea, cuando las rutas de Oriente fueron olvidadas por los países descubiertos por el genovés, San Jorge se trocó en el ejemplo vivo de los conquistadores del mar, volviendo las espaldas a la meseta. Hoy se ha transformado completamente el sentido de su leyenda. El caballo, blanco, es el yunque del trabajo y del anhelo; la lanza, siempre empuñada por la diestra, es el ideal de una lengua que quiere su expansión familiar y el respeto del vecino. El dragón es el demonio de la incomprensión y de la rutina. Y el caballero resulta, a la postre, vencedor.

Este año Cataluña se dispone a celebrar el nombre de su Patrono con toda solemnidad. El hecho, lejos de despertar recelos, provoca una viva simpatía en toda España. San Jorge, precisamente por ser un santo muy catalán y un caballero que parece arrancado del ciclo carlovingio, descubre bien su raigambre españolísima. No es el San Jordi un Santiago Matamoros, sino un santo expansivo y colonial, que hizo siempre su política comercial tolerante. Por Aragón y por Cataluña, España quiso extenderse hacia el Oriente y San Jorge llenó las factorías de productos indígenas y nos trajo luego, por la misma ruta, las inquietudes del Renacimiento. Sin el Boscán de Cataluña, Garcilaso no hubiera hecho sus maravillosos endecasílabos en Castilla.

Crónica (27-04-1930)

Ateneo-Club

Un diario conservador de la mañana, comentando la conferencia reciente del señor Prieto, se ha lamentado de que el Ateneo de Madrid se va trocando poco a poco ni más ni menos que en un Club. A cuenta del amor que despierta la acogedora casona de la calle del Prado, hay que aceptar la censura, que en labios del adversario, y hasta en los del amigo, es, sencillamente, un elogio. Cuando la inteligencia no puede encauzarse por ciertos derroteros y calla, y pugna por sus luchas normales, se convierte fácilmente en sensibilidad. Embotado el discurso se resuelve en captación de matiz. No formula la protesta porque no puede, pero la recoge con intensidad, y la conserva, y la guarda cariciosamente, hasta que cambien las circunstancias. Los Ateneos, asilo de hombres inteligentes, cuando dejan de serlo, adoptan necesariamente la forma de clubs, morada de varones sensibles. El Ateneo de Madrid ha sido siempre que se ha gobernado dictatorialmente en España el más ilustre de nuestros clubs, para fortuna suya, porque no ha podido ser otra cosa.

Estoy repasando la historia de los cinco años anteriores al advenimiento de la República de 1868 y el Ateneo vibra cuando todo lo demás vegeta. Estaba el Ateneo en aquel entonces instala-

[133] Artículo firmado como Jorge de Alba.

do en el número 22 de la calle de la Montera –en lo que hoy es Hotel Imperial– y no hay protesta alguna de importancia que no se incube primero en aquellos muros, en las naves de aquella Biblioteca, larga y estrecha, en la sala de conferencias que había a la derecha del portalón, donde discutían todas las ciencias humanas y divinas hombres de tendencias tan opuestas como el famoso polemista padre Sánchez y aquel portento de erudición y de sagacidad que se llamó Moreno Nieto y que llegó a ser presidente de la Corporación. Don Antonio Alcalá Galiano, viejecito, siempre embutido en su gabancillo gris, salió del Ateneo para ser ministro de una dictadura y tuvo que abandonar el local no de otro modo que como lo han abandonado en nuestros días Vellando, Soto Reguera, Gay, Serna y demás compañeros mártires. Dos días antes de la famosa noche de San Daniel, cuando Castelar fue destituido de su cátedra y el marqués de Zafra sustituyó en el Rectorado de la Universidad Central al señor Montalbán, también destituido, el Ateneo organizó la famosa serenata de la calle de Santa Clara, concluyendo la fiesta casi todos sus socios en el Saladero. Ya en los movimientos anteriores del 48, del 52 y del 54, el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, había sabido cumplir con su deber de inquietar, de hurgar y de remover la conciencia política de las gentes. Pero del 65 al 68, esa casa, tan saturada de tradiciones liberales, contribuye al destronamiento de Doña Isabel II, conspirando, lanzando hojitas clandestinas, aleccionando a los futuros oradores de las Constituyentes en las armas de la polémica y del panfletismo. En el álbum que los ateneístas madrileños regalan al señor Méndez Núñez por los hechos navales del Callao, hay como una anticipación de las listas en las que han de figurar, el año 69, como diputados, las primeras figuras de nuestras Cortes constituyentes.

No se aquieta un solo instante el espíritu liberal y tolerante del Ateneo en los años sucesivos. Los diputados del 69 y del 71 y de la Asamblea Nacional, pertenecen, en su mayoría, a ese Centro, y hasta los prestigios de la derecha se forman allí también discutiendo ora el espíritu del "Syllabus"[134], ora el de las modernas constituciones. El Padre Sánchez fue un modelo de respeto al adversario, como lo fue también el famoso canónigo Manterola, con el que Castelar tuvo siempre una amistad íntima. Monescillo, obispo de Jaén y diputado de las Constituyentes, más tarde arzobispo de Toledo, era un hombre tan afable y ecuánime, que jamás tuvo frases de intransigencia doctrinal para los idearios enemigos y de mal gusto para los adversarios.

Con la Restauración desciende el nivel medio del Ateneo, como acontece con todos los centros de cultura del país. Sus hombres, sin embargo, le colman de atenciones de toda suerte y Cánovas del Castillo, y Martos, y Moret, y Castelar, y Pi, figuran siempre entre sus consocios más asiduos y devotos. A la cacharrería van otros hombres: el sillón de López de Ayala lo ocupa Echegaray; los socios más jóvenes y entusiastas son los que todavía dirigen hoy nuestros partidos políticos. En el salón de sesiones rompen el fuego los que se adiestran para las luchas parlamentarias. Hay un tono, tal vez, de pedantería en los oradores, que registran Clarín y Palacio Valdés en un famoso folleto, publicado hace cincuenta y cinco años, pero no se pierden nunca los hábitos de tolerancia y de libertad. Trece años más transcurren de esta suerte, hasta que en 1898, a raíz de la pérdida de las colonias, vuelve a agudizarse la sensibilidad colectiva de la casa. La generación del 98, Azorín, Baroja, Unamuno, Silverio Lanza, Santiago Alba, se forma en aquellos pasillos y sobre aquellos pupitres. Los antecesores de aquellos muchachos, el catedrático de Valladolid, señor Macías Picavea y el ingeniero señor Mallada y Campos, salen también de aquella casa y en ella estudia y trabaja, y ruge, y llora por todos los que no saben llorar las desdichas de la Patria, don Joaquín Costa, del que nosotros recordamos su figura atlética y su acento dolorido de profeta cuando preparábamos nuestras clases con Azcárate y Fernández Prida en la Universidad ante un montón de libros y con una ringlera de cuartillas delante de los ojos, siempre en la Biblioteca saboreando su taza de café o comiendo a destiempo, ante las protestas cariñosas del empleado que no lograba apartarle un punto de sus meditaciones. Y con Costa se solidariza el Ateneo, cuando le trae, enfermo y achacoso, de Graus, del brazo del señor Moya, para combatir la ley del terrorismo.

Y no ha cesado, ni ha podido cesar, en estos años, la actuación del Ateneo para fortuna suya.

Actuación de club, de comité secreto, actuación de gente moza e inexperta, que ha trazado normas de dignidad ciudadana para los demás. En el pleito de las responsabilidades, el Ateneo tradujo y concretó una aspiración nacional. Y cuando las espadas no han consentido el diálogo, el Ateneo se clausuró violentamente, visitando previamente la cárcel los hombres que lo inspiran y dirigen.

[134] Encíclica de Pío IX publicado por la Santa Sede en 1864 que dio pie a los integristas para rechazar el liberalismo.

El Ateneo es, pues, para orgullo suyo, un club. Tiene que serlo mientras no se le reintegre a sus funciones normales de serenidad intelectual y de respeto a las ideas. No es que ahora se desvíe de su cauce, es, precisamente, que se reintegra a su buena tradición de siempre. Club fue el Ateneo en la calle de la Montera cuando a Castelar se le borraba del escalafón del Profesorado y club tornó a ser cuando siendo gobernador civil el señor Villaverde, conocieron el destierro Azcárate y Giner de los Ríos; club ha sido, durante seis años, cuando Unamuno simbolizaba la persecución a la inteligencia y a la libertad. Y dejará de serlo, cuando las gentes se percaten de que las ideas no son nunca disolventes, cuando al ciudadano se le devuelva la integridad de todos sus derechos, el cumplimiento de todos sus deberes.

La Voz de Guipúzcoa (01-05-1930)
El Pueblo Gallego (03-05-1930)
El Luchador (02-05-1930)

Símbolo del "Señor" Santiago

En el día de Santiago o, como decían nuestros juglares de la Edad Media, «del señor Sant Yago», funciona el viejo botafumeiro purificador bajo las bóvedas de la Basílica compostelana, y las rúas del Villar y del Perguntoiro, un poco deshabitadas por las obligadas vacaciones estudiantiles, sienten la nostalgia de los bordones, calabazas, conchas y esclavinas de los peregrinos. La Vía Láctea o el camino de Santiago, que decora con su polvillo de luz el cielo de las noches románticas de Julio, va perdiendo todo su sentido entre nosotros. El camino de Santiago, que fue la ruta de la cultura y de la fe para los españoles de la Edad Media, apenas tiene otro valor que el de una mera denominación astronómica. Las hospederías, ventas, posadas y refectorios de los monasterios de la ruta ya no gozan de su clientela habitual, de pícaros, juglares y devotos. Los trapenses de Venta de Baños, dedicados hoy a sus ocupaciones hortelanas, no sienten turbado su reposo por las molestias de los viandantes, y el monasterio de San Rosendo de Celanova aparece hoy deshabitado y triste. La ruta de Compostela ha dejado de ser la ruta de España, y de Occidente en Europa.

Sobre su alfombra celestial tachonada de estrellas, teniendo ante su vista el cielo plomizo y lluvioso de la dulce Compostela, y el pórtico de la Gloria del buen Mateo, y los porches negruzcos de las rúas tradicionales, y la bella perspectiva del paseo de la Herradura, y la proximidad de las rías bajas, el señor Santiago ya va dando por concluida su misión histórica. Hasta ahora ha podido en España más que todos los valedores celestiales. Cuando en el siglo XVII se intentó sustituir su Patronato por el de la Reformadora del Carmelo, recién canonizada, el peso de la tradición pudo más que las voces de los flamantes innovadores. El Apóstol tuvo en don Francisco de Quevedo uno de sus abogados más agudos y entusiastas. El santuario de Santiago era todavía uno de los pilares más firmes de nuestra nacionalidad. Los peregrinos de calabaza y de esclavina acudían diariamente ante su sepulcro desde las más lejanas tierras, y Compostela era, después de Roma, la ciudad por antonomasia de la cristiandad.

Hoy la sombra de Prisciliano desvanece un tanto la fuerte silueta del caballo blanco y del apóstol guerrero, y hasta el mismo San Jordi de los catalanes, natural, por lo visto, de Tarragona, fue un cruzado caballero, pues, de carne y hueso, que conquistó para los pueblos que vierten sus ríos en el Mediterráneo las tierras de Oriente, llenas de luz. No hablan la misma lengua San Jordi ni el señor Santiago, ni en el fondo tienen las mismas aspiraciones. La batalla de Clavijo, poco aprehensible para el escalpelo de los historiadores concienzudos, está bastante más lejana en nuestro ideario que las positivas conquistas mercantiles en aguas orientales de los aragoneses, valencianos y catalanes. Pero Santiago y su truco de Compostela fueron un día toda nuestra cultura y toda nuestra civilización, y moldearon a su antojo todas las tierras septentrionales del occidente español. Las escuelas surgieron de los monasterios, y gracias a ellos las cátedras tuvieron su primitivo asiento en las capillas. Sería curioso determinar hasta qué punto Santiago moldeó el primitivo estudio de Palencia, trasladado después a Salamanca, y hasta qué grado Galicia no acaba como región en sus límites materiales, sino que extiende su espíritu por todo el reino de León. No olvidemos que, eclesiásticamente, la archidiócesis de Santiago llega en los tiempos pasados hasta Extremadura, y que son dos arzobispos compostelanos, los Fonsecas, los que llevan a la piedra y al paisaje y al arte de León la alegría, la juventud y la elegancia del Renacimiento italiano. El símbolo guerrero del Apóstol persistió gracias a las aulas y a los monasterios; pero la falta de herejes

le ha privado hogaño de toda su significación. Y de la tradición no queda más que la ofrenda tradicional de los Reyes y el cortejo de los cabañeros santiaguistas, que ya no pelean con el infiel, decididamente batido y humillado en los tiempos que ahora corren.

Crónica (27-07-1930)

Mañara y su "Discurso de la Verdad"

En 1926 nace en Sevilla, de padres italianos, el famoso caballero don Miguel de Mañara y Vicentelo de Leca, considerado hoy como Venerable por la Iglesia Católica, y pendiente hoy del proceso de su beatificación y canonización. Hasta un siglo después no se publica su famoso "Discurso de la verdad", que imprime también en Sevilla –1725– Diego de López de Haro. En el momento de conocerse y difundirse este precioso opúsculo, el renombre de Mañara comienza a extenderse por la ciudad. Es el símbolo sevillano del libertino redimido por la fe y por la penitencia. Sus correrías de mancebo nocherniego y trotacalles se han olvidado ya por los sevillanos, pero queda en pie su maravillosa fundación del Hospital de la Santa Caridad. Me atrevo a decir de esta obra que es consubstancial con el espíritu de la Sevilla eterna. Exhala el mismo perfume de sus flores, tiene la gracia de sus callejas y de sus patios, conserva la gracia y la frescura de sus mujeres. Y doy en la flor de pensar, contagiado por la finura de su ambiente, que a fuerza de ser hondamente cristiana esta fundación, es risueña y es españolísima. Solamente los que han sido pícaros pueden trocarse en místicos sin vías de artificio ni de afectación, Mañara llega tal vez a las más altas cumbres del amor y de la caridad, porque a la hora de pecar pecó también íntegramente, sin trabas ni cortapisas de ningún linaje.

Contemplando hace poco los terribles cuadros del Valdés Leal en la lindísima iglesia sevillana del Santo Hospital, he pensado que son una simple ilustración plástica de las meditaciones de Miguel de Mañara en torno a la muerte, de este su famoso "Discurso de la verdad". Valdés Leal, como Murillo, como Roldán, ponen, en este caso, los primores de sus lienzos y de sus tallas al servicio del ascetismo y de la piedad ajenos. Simples glosadores, pintan y tallan y esculpen de encargo, o más bien, al dictado del caballero arrepentido. Es el alma de Mañara la que nos habla a través de los mejores artistas sevillanos de la época. Los lienzos tienen su lugar determinado con la luz que les corresponde y para producir en el ánimo la impresión precisa que quiso su fundador. El libertino que olvida una cita en la calle del Ataúd ante la idea de la muerte que le turba de súbito; el marido de doña Jerónima de Carrillo que se refugia en la soledad de su alcoba, cuando enviuda, en el convento de Carmelitas Descalzos de Montejaque; el fundador del primitivo Hospicio que recoge a los pobres, y a los enfermos y a los malhechores, en las calles y en las plazas públicas, no puede creer ni cree, en efecto, en el inefable consuelo del arte, si el arte no mueve a la piedad y al recogimiento. "El hombre más vil de la tierra", como Miguel de Mañara se llama a sí mismo, a cada paso, impone a Valdés Leal no solamente el tema de sus lienzos, sino el modo de tratarlo y de desenvolverlo.

Los gusanos del cadáver del obispo con mitra y báculo y del caballero calatravo –el mismo Mañara que descansa eternamente putrefacto y deshecho en ese pasmo de la pintura ascética española que se llama "Finis gloriae mundi"; el esqueleto de la muerte que pasea su guadaña misteriosa sobre las armas de los reyes, y las tiaras de los pontífices y las mitras y báculos de los obispos, y las espadas de los guerreros, y los libros de los doctos, y los compases de los navegantes, son, llanamente, una estampa de la consideración XIV de este "Discurso", que debe leerse en Sevilla, cuando la luna platea los rincones del barrio de Santa Cruz y las aguas cantan en las tazas de las fuentes, dentro de los muros floridos del Alcázar. "¿Qué importa, hermano –pregunta Mañara– que seas grande, si la muerte te ha de hacer igual con los pequeños? Llega a un osario que está lleno de huesos de difuntos, distingue entre ellos el rico del pobre, el sabio del necio y el chico del grande; todos son huesos, todos calaveras, todos guardan una igual figura. La señora que ocupaba las telas y brocados en sus estrados, cuya cabeza era adornada de brillantes, acompaña las calaveras de los mendigos". Sobre el espíritu de Valdés Leal pesan estas palabras que glosa en sus cuadros del Hospital de la Santa Caridad.

¿Y el esqueleto de la muerte no danza su baile triunfal al ritmo de las reflexiones de Mañara? "Con gran dificultad –escribe temblorosamente el sevillano que lleva en sus venas sangre maltesa y siciliana–, con gran dificultad podrás en la vejez volverte a Dios, por estar duro tu corazón y obstinado en pecados. A muchos sucede lo que al caminante que en tiempo de lluvias se encuen-

tra con un arroyo que pudiera pasar de un salto, y diciendo ¡adelante lo pasare!, mientras baja más abajo, lo halla mayor, y con más agua, y no lo puede pasar". Es que hemos tropezado con la muerte, acaso por no haber hecho con oportunidad las entradas y salidas en el escenario de la vida, acaso por no haber representado, con entera buena fe, nuestro papel de comediantes. Las razones de Miguel de Mañara comentando a Epítecto [sic][135] son evidentes y claras, pues "... el repartir los dichos y papeles, al autor solo le toca que, por postre, estas figuras que representamos se han de acabar, y en quitándonos del tablado de este mundo, todos quedamos iguales, y en polvo y tierra resueltos; representamos lo que no fuimos y no somos lo que representamos". Estas palabras de un sevillano ejemplar conservan hoy su primitiva emoción al cabo de tres siglos, porque florecieron en el arte y dieron su fruto en la creación de la hermandad más austera y graciosa de hogaño.

La Voz de Guipúzcoa (02-12-1930)
La Semana Gráfica[136] (18-07-1928)
El Pueblo Gallego (09-12-1930)
El Noroeste (03-12-1930)
El Luchador (02-12-1930)
El Adelanto[137] (17-12-1931)

Eugenia de Guzmán

Recientemente ha publicado el señor marqués de Villa-Urrutia, en la linda colección de *Vidas españolas del siglo XIX,* una curiosa biografía de la condesa de Teba, Emperatriz de los franceses por su matrimonio con Napoleón III. Creo que después del libro de monsieur Paleologue sobre la bella granadina no hay otro más substancioso y atrayente que el de este malicioso y agudo diplomático español, que a sus ochenta años bien corridos se dedica a escribir, con amorosa delectación, las andanzas y desventuras de aquella bellísima hija de la condesa de Montijo, que conoció todos los mimos y todos los azotes de la Fortuna. El marqués de Villa-Urrutia conoce muy bien la historia política y diplomática del siglo XIX. Sus acres y hasta salaces monografías sobre Fernando VII, donde se despeja todo, desde las intrigas de las antecámaras hasta los secretos de alcoba, le acreditan como un sagaz historiador y como un risueño y despreocupado hombre de mundo. Contando recientemente las peripecias del «general bonito», que fue aquel buen duque de la Victoria, más esclavo de los caprichos de la consorte que de las exigencias del cuarto de banderas, explica con aguda malignidad cómo los soldados de fortuna no saben prevenir nunca en nuestra Patria los acontecimientos políticos más elementales, que ellos sacan siempre de quicio, provocando alarmas y tempestades en todas las conciencias civiles. Narra y glosa muy bien el señor marqués, y la donosura y picardía de sus comentos son celebradas a cada paso por el lector más hosco y exigente. Los capítulos que consagra en este libro a recitar la niñez y la mocedad de los dos tiernos retoños de la Montijo –de Paca, que fue, andando los tiempos, duquesa de Alba, y de Eugenia– son verdaderamente deliciosos. Aquellos salones madrileños de mediados del siglo pasado, aquellos pollos como Pepe Alcañices, Mariano Osuna y Luis Jacobo Stuart, aquella calle del Sordo y aquel palacio de la plaza del Ángel, aquella finca de Carabanchel, no se borran ya nunca de nuestro recuerdo. Flota sobre este singular escenario la sombra de Próspero Merimée y de Enrique Beyle, acariciando las dos nenas y corrigiéndolas sus temas de francés. Y las que han de ser luego Emperatriz y duquesa, respectivamente, no desmienten un momento el carácter impulsivo e impetuoso de sus ascendientes, su temperamento meridional, su gracia granadina y su educación castizamente española.

¿Cómo fue la Emperatriz? ¿Intervino acertadamente en los destinos políticos de su marido y de su Patria de adopción? ¿Merece los apasionados comentarios, los ultrajes de que fue víctima Eugenia de Guzmán, a raíz de la batalla de Sedán, cuando la caída del Imperio? Bismark, que era un hombre muy ducho en sondear y conocer el corazón humano, tenía la mejor idea de nuestra compatriota. En cambio, Napoleón III era, para el diplomático prusiano, una *grande incapacite méconnue.* Eugenia asumió varias veces la Regencia en ausencia del Emperador.

[135] Por Epicteto, filósofo griego.
[136] En esta publicación llevó el título «El caballero Mañara» con algunas variaciones con respecto al presente.
[137] En *El Adelanto* su título fue «Sevilla: El ascetismo de Mañara».

En 1859 «intervino la Emperatriz –escribe Villa-Urrutia– en el mecanismo gubernamental, ejerciendo la Regencia muy en serio, con plena conciencia de las responsabilidades y de las iniciativas que la correspondían». Sospechaba la Emperatriz que estaba dotada de la más aguda capacidad política. En aquellos momentos entraban las tropas francesas en Milán, y se creyó en el caso de llamar la atención del Emperador sobre la agitación que se advertía en Alemania, singularmente en Prusia, y sobre la conveniencia de reconciliarse inmediatamente con Austria. Prusia había conseguido la movilización de 350.000 soldados para provocar con la amenaza la evacuación de las provincias lombardas. Con la batalla de Solferino, Prusia montó en cólera, y nuestra compatriota logró del Emperador, su marido, que desistiera de su empresa, firmando el Tratado de Villafranca. Bastante menos afortunada fue la Emperatriz interviniendo en el avispero de Méjico, que dio lugar al fusilamiento de Maximiliano. Pero su momento político culminante fue en los días trágicos de Sedán. Villa-Urrutia nos cuenta el dramático Consejo de ministros que presidió la Emperatriz, días antes de la caída del Imperio y del destronamiento del último Bonaparte. «Estaba pálida, terrible –escribe–, con la mirada dura y flameante de cólera, casi desfigurada por la emoción. ¿Saben ustedes –les gritó– lo que pretenden por ahí? Pues ¡que el Emperador se ha rendido, que ha capitulado!... ¿Creen ustedes esa infamia? Y como no se le contestara nada, volvió a preguntar con una violencia inaudita y casi amenazadora: ¿Lo creen ustedes? Señora –balbució Conti–, hay circunstancias en que el más valiente... La Emperatriz le interrumpió, y su alma, agitada en sus profundidades más recónditas, vertió un torrente de locas palabras. Todo esto duró cinco eternos, cinco espantosos minutos.» Y a continuación añade su biógrafo: «Lo que entonces dijo la Emperatriz a nadie lo han referido Conti ni Filón, que quedaron atontados, anonadados, como si hubiera pasado sobre sus cabezas un ciclón, y Filón añade que lo que ella pensó en aquel tremendo instante no lo creyó mucho tiempo, y cuando supo lo que el Emperador había sufrido, no solamente le devolvió el respeto, sino que le devolvió también, como mujer que era, el amor que desde hacía seis años le había retirado.»

Pero la Emperatriz que nosotros hemos conocido ha sido la viejecita, desterrada la mayor parte del año en Farmborough, o paseando sus tristezas en aquel yate *Thistle,* con el que navegó por todos los mares, recordando la muerte de su hijo entre los zulús. Su viaje al Cabo es el último calvario de la bellísima ricahembra española que para siempre inmortalizara el pincel de Winterhalter. Desde Durbán escribía Eugenia de Montijo a su fiel Petri: «La acogida que recibo en todas partes es conmovedora: ni una palabra, ni un grito; sólo un respetuoso silencio, como el que se procura guardar en la habitación de un enfermo, y la gente descubriéndose a mi paso.» En Madrid, y en el palacio de Liria, propiedad de su sobrino el duque de Alba, moría la Emperatriz en los primeros días de julio de 1920. «En la mañana del 10 de Julio –escribe nuestro ministro de Estado en unos apuntes íntimos– se sentía muy bien; paseó por el jardín, almorzó con ganas y mucho gusto; pero pocas horas después se quejó de indigestión, sintió frío y se metió en la cama a las dos de la tarde. Alarmados mis hermanos, mandaron buscar al médico, que temió fuera un ataque de uremia por el frío, de que todo el tiempo se quejaba. Al empezar la noche dijo: «Creo que va a pasar». Pero más tarde parece que se dio cuenta de que se aproximaba el fin, y pronunció estas palabras: «Esto acabará pronto...» A las cinco y media perdió el conocimiento, y a las siete y tres cuartos expiró tranquilamente.» Días después se verificaba el sepelio en Farmborough. Sus restos descansan en aquel lugar, al lado de los de Napoleón *el Chico* y de los del pobre Príncipe imperial.

La Esfera (10-01-1931)

Rodrigo Díaz de Vivar[138]

La aldea de Vivar, nueve kilómetros al norte de Burgos, tiene hoy sesenta casas con menos de doscientos habitantes –nos cuenta el Sr. Menéndez Pidal en su primoroso primer volumen de La España del Cid[139]– ... «Entre ellos –continúa– abunda notablemente el tipo rubio, garzo y aguileño. Las casas, de cuadrada simplicidad, se repelen, esquivando la medianería, como descomunales dados caídos al azar. La mayoría de ellas llevan en su interior la cocina antigua, con chimenea de ancha campana, bajo la cual se reúne la familia para reanimarse de las crudas hela-

[138] Artículo firmado como Jorge de Alba.
[139] *La España del Cid*. Editorial Plutarco (S.A.), Madrid (1929)

das invernales, mientras el humo va curando la matanza». Nosotros hemos visto, en efecto, estas casas que tienen la color de la mies, con la cual se confunden en Julio y en Agosto. Los chopos y negrillos se alinean en las orillas del Ubierna. El llano se extiende amarillento y verde, cubierto de trigales, pequeños como pañuelos, en aquel vallecito del Vivar. El Ubierna es un riachuelo de poco caudal y poco conocido. Hay muchos molinos a la orilla del Ubierna, herederos acaso de aquellos otros que fueron de la pertenencia del Cid.

En este valle transcurre la niñez del Cid. Su pueblo, Vivar, era en aquel entonces fronterizo del reino de Navarra. Diego Laínez, padre de nuestro héroe, recobra de los mismos navarros, a raíz de la batalla de Atapuerca[140], el castillo de Ubierna. Diego Laínez, descendiente del buen Laín Calvo, uno de los jueces o duunviros de Castilla, es un personaje de segundo orden en el reino. Medio guerrero, medio labrador, pero más labrador que guerrero, vive más cerca de los anhelos populares que de las etiquetas cortesanas. Es de suponer que su hijo ocupase sus horas por igual en las faenas agrícolas y en la educación militar. De su niñez no han llegado a nosotros sino sucesos de fábula e imaginación, recogidos y recopilados en textos del siglo XIV. En la *Crónica particular del Cid* se supone a Rodrigo adulto al comenzar el reinado de Fernando I, «y que en el primer año de dicho reinado –sigue contando don Ramón Menéndez Pidal– venció cinco reyes moros y los llevó presos a Vivar ante su madre.» Se dice también que Rodrigo mató en duelo al conde don Gómez de Gomar. Pero cuentos de juglares desocupados son estas referencias. Rodrigo nace hacia 1043, reinando ya Fernando I. Desde niño asiste a las empresas guerreras con su padre. Tengamos en cuenta que el hijo de Alfonso VI asiste también a la batalla de Uclés antes de cumplir los diez años. Diego Laínez muere hacia 1058, y el Cid, que puede tener entonces de doce a quince años, pasa a la tutela del infante don Sancho, hijo primogénito de Fernando I, cuatro o cinco años de más edad que su pupilo o protegido. En la corte completa su educación Rodriguito. Un clérigo u obispo le enseña las artes liberales; se le ejercita, además, en el manejo de las armas, corriendo caballos al uso español y en el arte de la caza. Pedro Ansúrez, conde de Carrión, fue su maestro en tales ejercicios. Literariamente, el huérfano de Vivar fue luego hombre amante y conocedor de las leyes, siendo, en cambio, su ortografía bastante descuidada. De la muchachez de Rodrigo poco más se sabe a ciencia cierta. Puede tener quince años, puede tener diez y siete Rodrigo Díaz de Vivar cuando el Infante don Sancho le arma caballero, ciñéndole la espada. Desde entonces, el novel caballero usa todos los arreos caballerescos de su padre. Un rico hombre burgalés, amigo del abuelo de Rodrigo, al donar, en el año 1062 toda su hacienda al monasterio de Arlanza, describe prolijamente estos arreos de todo buen caballero: «Mis atuendos, esto es, mi silla mozerzel con su freno, y mi espada con su cinturón, y mis espuelas, y mi adarga con su correspondiente lanza, y otras espuelas labradas, y mis espadas con labores, y otras espadas que no están labradas, y mis lorigas, y mis yelmos, y mis caballos, y mis mulas, y mis vestidos, y las demás adargas, y otro freno de plata.»

Con estos arreos pasa nuestro Rodrigo desde la muchachez a la Historia y desde la Historia a la inmortalidad. Su niñez gloriosa la vemos un poco borrosamente en este pueblecito de Vivar, cerca de Burgos, entre álamos y molinos, no sabiendo del todo si nos las habemos con un labrador que asciende a caballero durante el transcurso del tiempo, o con un caballero agricultor que dará siempre en la vida gran importancia a los botines, despojos y provechos de las batallas graciosamente ganadas y logradas.

Crónica (05-04-1931)

Constituyentes: 1869 – 1931

Constituyentes españolas: las primeras, en Cádiz, son las de 1812. En el 36 vuelven a reunirse con ese carácter para promulgar la constitución del 37, continuando en sus funciones, como ordinarias, un año más. Vienen luego las del 44 a redactar otro nuevo Estatuto bajo la férula de Narváez; del 54 al 56 se discute la Constitución de don Baldomero Espartero, Del 69 al 71, con el Gobierno Serrano, se promulga la Constitución del 69. El 1 de Junio del 73 se reúne la Asamblea Nacional, que preside el marqués de Perales, para discutir si la Federación Española, si la nueva República Federal, ha de ser a base de regiones o por grupos cantonales, sin que el Estatuto lle-

[140] Batalla librada el 1 de septiembre de 1054 entre Fernando I, rey de León, y García Sánchez III, rey de Pamplona, ambos hijos de Sancho III el Mayor, rey de Navarra.

gue a ser aprobado. Y las últimas constituyentes, ya en la restauración borbónica, se reunieron el 15 de Febrero de 1876 para poner en vigencia la Constitución que mató, a mano airada, la Dictadura del general Primo de Rivera.

De todas estas Cortes, las que han llegado a nosotros, hombres maduros, por los relatos de nuestros padres, han sido las de 1869. Ellas señalan el momento culminante del triunfo de la juventud. A los viejos prestigios parlamentarios de Cortes anteriores –Olózaga, Ríos Rosas, López de Ayala, Cánovas del Castillo– se suman los valores nacientes de las provincias españolas. Se han formado en el club y en la barricada, en la logia y en el periódico, pero han amado siempre los libros y se han formado en el estudio y en la meditación; Olózaga ha destrozado, con su famoso discurso de los Campos Elíseos, los planes revolucionarios de Prim; pero la muerte de Isabel II se resuelve en la calle con la hoja clandestina, con la sátira anónima, que circula de boca en boca. Se conspira en secreto y se conspira en público. Desde que Castelar, por su artículo *El rasgo*, ha sido separado de su cátedra en la Central, el mundillo universitario anda revuelto y se agita contra las camarillas de trasgos y de íncubos que danzan en las sombras del Palacio de Oriente. Desde 1864 a 1868 los muchachos se aprestan continuamente a las luchas de toda suerte. Alguno de ellos, como Julián Sánchez Ruano, sale de las aulas para ser diputado por Salamanca.

Las Cortes de 1869, reunidas en el Congreso, son sencillamente un índice de la mentalidad española contemporánea. Las provincias, entonces, se ponen en pie –como quería el maestro Ortega que se pusieran ahora– con un admirable buen sentido, al liquidar el reinado de Isabel II para desembocar en la Regencia y en la República; después del paso por Madrid del rey «galantuomo» Amadeo de Saboya. España se cura hasta de la calidad de los diputados que han de llevar la voz de la oposición. Cánovas representa la tradición monárquica, y Monescillo, Manterola y el cardenal Cuesta dirigen la opinión católica del país. Los escritores, los artistas, los grandes prestigios del foro y de la cátedra, llegan en tropel a las Cortes. José María de Pereda, el novelista montañés, viene representando a los carlistas santanderinos. Echegaray comparte el estudio de las matemáticas con terribles –vistas a distancia, inocentes– arremetidas a la Inquisición y a los quemaderos donde tuestan las cabelleras de las vírgenes impías. López de Ayala, con su perilla de mosquetero, es el mandatario de los republicanos extremeños. Don Pedro Antonio de Alarcón, que acaba plácidamente sus días de senador con la restauración borbónica, es el verbo de los moderados del Guadix. Don Juan Valera, bien resguardado siempre al abrigo de las embajadas y de las legaciones, pone su cordobesa socarronería al servicio de los defensores del Trono y del Altar. Los catalanes –tan inquietos como ahora– ya predicen en Víctor Balaguer los tiempos de Ventura y Gassol[141]. Hasta la bohemia está magníficamente representada en aquel simpático Robert, secretario de Prim, que ha comido las alubias en todas las tascas, y descabezado sueños, a falta de patrona permanente, en los divanes de todos los cafés. Del Ateneo, de su salón de conferencias, surge aquel torrente de palabras que se llama don José Moreno Nieto. Federico Rubio y el doctor Mata, prestigios antaño de la Medicina, como lo son hogaño Marañón y Sanchís Banús, vienen también de diputados a las Constituyentes del 69. López Domínguez, al que los honores apaciguan de tal modo que muchos años después le vemos nosotros de presidente de un Ministerio de la Monarquía, bien que con el penacho democrático anticlerical, debe su acta al castizo pronunciamiento, saltando al escaño desde el cuarto de banderas. Albareda, enamorado por entonces de aquella granadina Eugenia de Guzmán, condesita de Teba, representa el cuarto poder, y a título de periodista escala luego la Embajada de París.

Las Cortes son un resumen de toda la vida española. Hay en ellas hasta el aristócrata impetuoso y el extremista, el marqués de Sardoal, y el prócer que se toca de gañán, el de Albayda, a quien don Nicolás María Rivero, el presidente, tan devoto siempre del coñac, advierte que debe acudir a ciertas sesiones mejor vestido. Paul y Angulo, complicado en complots tenebrosos, y Suñer y Capdevila, son los *enfants terribles* que se comen crudos a los curas, provocando constantemente los triduos de desagravios en las beatas.

1869-1931… Aquellas Cortes, juzguémoslas como queramos, son la flor de España, sesenta y dos años atrás, como deseamos que lo sean ahora las que se reúnen el día 14 en el Congreso. Ellas fueron el recuerdo de mocedad de nuestros padres; en sus relatos las veíamos llenas de poesía y de ardor juvenil. Nuestros problemas son muy distintos; nos atraen preocupaciones muy complejas; el concepto viejo de la oratoria ha sufrido una honda crisis. Pero aquellos hombres, nuestros abuelos, soñaron una España llena de gloria, y hoy nosotros tornamos, de nuevo, a la forja de

[141] Creemos que se refiere a Ventura (o Bonaventura) Gassol y Rovira.

aquellos ideales, que ellos defendieron en las barricadas, sonriendo a la muerte, en tiempos heroicos, que nosotros hemos vuelto a resucitar.

Nuevo Mundo (03-07-1931)

Sesenta y dos años después

El 11 de Febrero de 1869, a las dos de la tarde, bajo la presidencia de don Francisco Santa Cruz, diputado electo por Teruel, tuvo lugar, en el salón de sesiones del Congreso de los Diputados, la sesión de apertura de las Cortes Constituyentes. El Diario de Sesiones ha conservado los nombres de los diputados que recibieron y despidieron al Gobierno provisional, presidido por don Francisco Serrano y compuesto de don Juan Prim, ministro de la Guerra; don Juan Álvarez de Lorenzana, ministro de Estado; don Antonio Romero Ortiz, ministro de Gracia y Justicia; don Juan Bautista Topete, ministro de Marina; don Laureano Figuerola, ministro de Hacienda; don Práxedes Mateo Sagasta, ministro de la Gobernación; don Manuel Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento, y don Adelardo López de Ayala, ministro de Ultramar. Entre esos diputados figuran don Eugenio Montero Ríos y don Álvaro Gil Sanz, y entre los suplentes, don Emilio Castelar y don Santiago Diego. El Gobierno presentose puntualmente en el salón de sesiones, ocupado totalmente por los nuevos diputados. Momentos antes se había recibido una invitación del rector de la Basílica de Atocha para asistir a un *tedeum*, en acción de gracias al Todopoderoso por la apertura de las Cortes, que había de tener lugar a las cinco de la tarde; grandes risotadas acogieron la lectura del mensaje. A las dos y media asomó su faz el general Serrano, seguido de todo el Gobierno, con los maceros del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial, poniéndose en pie –dice el acta oficial– todos los concurrentes.

El discurso del general Serrano fue breve y substancioso. «El Gobierno provisional –dijo, entre otras cosas–, investido por la Revolución de un poder pasajero, no ha debido hacer ni ha hecho más que allanar el terreno y trazar a grandes rasgos las líneas principales de lo que debe edificarse ahora. Para ello ha tenido los principios fundamentales del liberalismo más radical, aceptándolos y proclamándolos con fe viva y con entusiasmo fervoroso; habiendo llegado en la declaración de todas las libertades y de todos los derechos hasta el punto adonde podíamos llegar sin faltar a nuestro carácter de poder anormal y transitorio,»

La Cámara no aplaudió, sin embargo. No había sido, en rigor, muy lucida la tarea del Gobierno provisional; el presidente del Consejo determinó las causas. En el frente contra el Gobierno estaban los partidarios de la dinastía derrocada, los que simbolizan en nombres proscritos desde los albores de nuestra regeneración política sus aspiraciones a evocar el torpe fantasma de los pasados siglos, y los que anticipan soluciones «violentas» en todos los órdenes. Pero el Gobierno había vencido.

Era curioso examinar el aspecto del salón durante el discurso del general Serrano. En el banco azul, Sagasta sonreía, Prim gesticulaba, López de Ayala aparecía ensoñador y distraído; Topete, atezado el rostro por el aire marino de todos los climas, asentía imperturbable; Castelar, detrás del Gobierno, asomaba su cabecita exigua entre don Pablo Alsina y don Constantino Ardanaz, Sánchez Ruano, Abarzuza y García Ruiz, en los bancos extremos de la oposición, meditaban ya su famosa trinca unitaria frente a las aspiraciones de los federales de Cataluña. En el centro se destacaban las vestiduras episcopales de los prelados de Jaca y de Jaén. Los cordobeses se apiñaban en torno al marqués de Vega Armijo y al señor Alcalá Zamora y Caracuel; don Segismundo Moret y don Gabriel Rodríguez, diputado por la circunscripción de Ciudad Real, mostraban su pechera inmaculada, destacándose sobre el negro de los fracs.

Serrano concluyó su discurso sin grandes muestras de aprobación ni de desagrado. Se jactó de que la anarquía no hubiera asomado en medio de una de las revoluciones «más radicales y profundas» –la del 63– que registraban los anales de los tiempos modernos; aseguró que había establecido de improviso «todas» las libertades, sin que los cimientos sociales se hubieran conmovido; habló de haber aplicado en las elecciones «un procedimiento apenas ensayado y no bastantemente conocido en las naciones más adelantadas, el procedimiento del sufragio universal, y aplicarlo con regularidad inesperada y un éxito feliz». «Permitidnos ahora –concluyó diciendo el general– no que los individuos del Gobierno hagamos ostentación de merecimientos que no existen ni de servicios que apenas tienen derecho a mencionarse, sino que nos felicitemos de que, por un caprichoso juego del destino, vayan unidos nuestros modestos nombres al principio

de una nueva era que debe ser de regeneración y de ventura para este pueblo generoso.» Leído el discurso, el presidente lo entregaba al señor Romero Ortiz, ministro de Gracia y Justicia, mientras se vitoreaba a la soberanía nacional y a la España con honra, y la ceremonia concluía poco más de las tres y media de la tarde.

Sesenta y dos años después, España se reúne en nuevas Constituyentes. Otro Gobierno provisional declinará sus poderes y dará cuenta de su breve gestión a la Cámara soberana. Pero nuestra Revolución, por fortuna, no ha necesitado de puentes de Alcolea ni de sublevaciones gaditanas. Engendrada con el dolor de muchos años, surgió de un acto plebiscitario en las urnas. Las urnas la trajeron y las urnas la han consolidado. Por eso, en el Gobierno no se advertirán el día 14 de Julio, como en 11 de Febrero de 1869, tres uniformes militares en el banco azul. Si aquel Gobierno provisional se desplazó hacia la monarquía, nosotros ya hemos conjurado para siempre ese peligro, y haremos una República de este o del otro tipo, pero siempre eminentemente civil. Si en estas páginas de NUEVO MUNDO evocamos otros tiempos y otros hombres, es para señalar a todos que España ha salido siempre gallardamente de sus horas difíciles remozada y ágil. Y sí nos hemos fijado preferentemente en estas Cortes Constituyentes, ha sido porque en ellas, lo mismo que en las que se reunirán el martes, la juventud española supo hacerse cargo de la emoción y de la responsabilidad de la hora.

Nuevo Mundo (10-07-1931)

Pepe Botellas y su Constitución

Los empleados técnicos del Congreso de los Diputados, entre los que descuellan personas tan competentes y eruditas como los señores Villalba, Pérez Serrano, Riaza, Pons y Umbert; Posada (D. Carlos), Rodríguez Valderrama, Pérez del Camino, Cuevas, Dabán, San Zolartin, Santa María de Paredes, Ortiz de Bengos y Casares, acaban de publicar, con sorprendente oportunidad, el texto íntegro de todas las Constituciones españolas. A ese texto acompaña también el de los Reglamentos por que se han regido las Cámaras, desde las Cortes de Cádiz hasta la Dictadura de Primo de Rivera. El libro contiene unas indicaciones preliminares del oficial mayor, Sr. Gamoneda, acerca del carácter de la recopilación. Regalo más provechoso no sé que pueda hacerse a los diputados a Cortes constituyentes.

El libro contiene más de lo que por su título "Constituciones y Reglamentos", ofrece a la voracidad del estudioso. Por ejemplo, el texto de la Constitución de Bayona, obra más que de José Bonaparte, de su hermano Napoleón. No la discuten en Cortes los españoles, pero la aceptan, como es sabido, los afrancesados. Los que se llaman "componentes de la Junta española" acuden a Bayona y el 6 de julio de 1808 suscriben, con el rey intruso y con su ministro secretario de Estado D. Mariano Luis de Urquijo, el compromiso formal de respetar la Constitución que les ha otorgado el rey, después de doce días de deliberación, reunidos con él en el palacio del Obispado Viejo de la ciudad francesa. El documento contiene frases de adulación para el monarca extranjero. Los firmantes aseguran que por hallarse, al frente del Gobierno un príncipe tan justo "la España y sus posesiones serán tan felices como deseamos". Es curioso repasar la lista de los firmantes de Bayona. Firman el duque del Parque, el de Frías, el de Híjar; los marqueses de Santa Cruz, de Bendaña, de Castellanos, de Espejea, de las Hornazas; los condes de Fernán-Núñez, de Orgaz, de Noblejas, de Castelflorido; el arzobispo de Burgos, el visitador de los Agustinos, el general de la orden de San Juan de Dios. El pueblo está ausente de tales actos. Y el proyecto de la primera Constitución española, que no llega a regir, tiende, ante todo y sobre todo, a perpetuar la corona de España en los Bonapartes a la sazón reinantes en los distintos tronos de Europa, comenzando naturalmente en el emperador, a falta de descendencia legitima en José, y acabando en los descendientes varones de Jerónimo, rey de Westfalia, y en defecto de descendencia masculina en Luis Napoleón.

La Constitución de Bayona es sencillamente un intento de previsión napoleónica frente a las veleidades de los españoles. La sucesión a la Corona, la Regencia, la dotación del monarca "que ha de llegar a la suma anual de un millón de pesos fuertes", y los oficios de la casa real ocupan los primeros títulos del Estatuto. Los Ministerios se dividen en nueve. "Justicia, Negocios eclesiásticos, Negocios extranjeros, Interior, Hacienda, Guerra, Marina, Indias y Policía general",

refrendando todos los decretos un secretario de Estado, con la calidad de ministro. El Senado es un Consejo de familias al que pertenecen los infantes y veinticuatro miembros que el rey elegirá precisamente entre los ministros, capitanes generales, embajadores, consejeros de Estado y consejeros del Consejo Real. El Consejo de Estado es una secuela del Senado. Las Cortes se compondrán de 170 miembros, correspondientes a los tres estamentos del clero, de la nobleza y del pueblo. Cada diputado representará 300.000 almas. Para serlo, figurará como propietario de bienes raíces. Los quince comerciantes más ricos del país podrán ser diputados, siempre que los nombre el rey. El diputado del estamento popular "se renovará de unas Cortes para otras; pero podrá ser reelegido para las Cortes inmediatas". Las Cortes "se juntarán a lo menos una vez durante tres años". El rey nombrará presidente de las Cortes. Las sesiones no serán públicas, y nunca podrán divulgarse ni imprimirse sus votaciones ni discusiones.

Como se ve, Napoleón, en la cabeza visible de su hermano, quiere sujetar bien las riendas a sus vasallos y súbditos de España y de las Indias. Apenas si en el último título, el XIII, que establece normas de carácter general, se concede algún respiro a los españoles. La casa es un asilo inviolable, pero en ella, se podrá entrar de día para un objeto determinado por la ley o con una orden de la autoridad. Hace falta orden escrita del juez para reducir a prisión a un súbdito de José I. Sin embargo, basta un "decreto de acusación" para que el alcaide o carcelero detenga cuando guste a una persona. Los grados y clases de nobleza se conservan íntegramente con sus distinciones respectivas.

Hasta aquí la carta magna de Bayona. Los españoles no hicieron caso; fue muy precario el imperio de José Napoleón en nuestro país; el pueblo no tuvo para él más que desdenes y sarcasmos. Solamente la nobleza y el alto clero –el bajo peleó a la vera del pueblo frente a los ejércitos invasores– fingieron tomar en serio las magnánimas concesiones del rey intruso. La Constitución de Bayona es poco conocida; el texto íntegro que ahora se publica nos da perfecta idea de su alcance y naturaleza. En la edición oficial reciente a que aludimos se dan también todos los nombres de los conformistas. No sé por qué, me han parecido los abuelos naturales de aquellos flamantes asambleístas de los siete años indignos de nuestra Dictadura militar. Cuando el Congreso haga otra edición, debe incluir en ella el proyecto constitucional que elaboraron, con Primo de Rivera, los técnicos inefables que tuvo a su servicio. Hay vergüenzas que deben eternizarse para el escarmiento y la ejemplaridad de los futuros forjadores de nuestra historia política contemporánea. El Estatuto de la Dictadura era la supervivencia del engendro bonapartista, y yo sé además, que ciertos apellidos asambleísticos ya fueron oídos por Pepe Botellas, en el palacio del Obispado Viejo de la ciudad francesa.

La Voz de Guipúzcoa **(**23-07-1931)
Nuevo Mundo[142] (21-08-1931)
El Noroeste (26-07-1931)
El Pueblo Gallego (24-07-1931)
El Luchador (23-07-1931)

La República en el Congreso

Evoquemos en esta tarde del 14 de Julio de 1931, fecha de la apertura de las Cortes Constituyentes de la segunda República española, la del lunes 10 de febrero de 1873, en que por primera vez se proclama esta forma de gobierno en el salón de sesiones del Congreso. Son las dos y cuarto de la tarde. En los escaños hay exactamente doscientos catorce diputados, algunos apellidos que se pronuncian durante la votación nominal nos suenan familiarmente al oído: Alcalá Zamora, Canalejas (don Francisco), Álvarez Bugallal, Esteban Collantes, Pidal y Mon, conde de Toreno, Pi y Margall, los dos Salmerones, Castelar, Orense, Soria, Ayuso, Díaz Canseco, Berruete, Fernández Villaverde… Ruegos y preguntas de los señores Rodríguez Pinilla y Soria. Defensa de una proposición de ley del señor Hilario y Sánchez. Las tres, las tres y media. Impaciencia en las tribunas, atestadas; rumores y conversaciones en voz alta desde los escaños. Discursos de los señores Vitoria y marqués de la Florida. Las cuatro. El banco azul, desierto… Inicia los fuegos el señor Figueras, el presidente, señor Rivero, le llama al orden; Ruiz Zorrilla, presidente del gobierno, con todos

[142] En *Nuevo Mundo* se publicó con el título «La Constitución de Bayona»; en *El Luchador* lo hizo, posiblemente por error del cajista, bajo el epígrafe «Pepe Botella y su Constitución».

los ministros, entra precipitadamente en el salón de sesiones y ocupa el banco azul. Las cinco de la tarde. Ruiz Zorrilla da cuenta de la abdicación de don Amadeo. Se prorroga la sesión. Se lee una proposición, suscrita, en primer lugar por el señor Figueras, para declarar el Congreso en sesión permanente. La defiende su autor, pidiendo la proclamación de la República. El ministro de Estado, señor Martos, interviene; «¿Queréis que ya ondee en este edificio la bandera, como señal de que seguimos deliberando indefinidamente?» Los republicanos dicen que sí. El presidente no se mueve de su sitio; una comisión de diputados acompaña al señor Rivero toda la noche: Figueras, Lagunero, Castelar, Soria, Valera, Castell, Bugallal... Agitaciones en Madrid. Se vitorea a la República en las calles. Hasta las tres de la tarde del día siguiente, martes 11 de Febrero, no se lee por el Secretario, señor Moreno Rodríguez, el documento oficial de la abdicación de don Amadeo I, rey de España.

¡Notable documento! "Conozco que me engañó mi buen deseo –dice el rey caballero–. Dos años largos ha que ciño la corona de España y la España vive en constante lucha, viendo cada día más lejana la era de paz y de ventura, que tan ardientemente anhelo. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces, al frente de estos soldados, tan valientes como sufridos, sería el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravian y perpetúan los males de la Nación son españoles; todos invocan el dulce nombre de la Patria; todos pelean y se agitan por su bien y entre el fragor del combate; entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión publica, es imposible atinar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio de tantos males. Lo he buscado ávidamente dentro de la ley y no le he hallado. Fuera de la ley no ha de buscarlo quien ha prometido observarla".

Con la abdicación, las Cortes recobran la integridad de su soberanía. El Congreso invita al Senado a deliberar juntamente. El Senado contesta que «considera necesaria la reunión de ambas Cámaras en una sola Asamblea para proveer a las necesidades de la Nación».

Los momentos son de una emoción indescriptible. Las tres y media de la tarde. El Senado aguarda en los pasillos.

–¡Ujieres –dice el señor Rivero–, avisad al Senado que el Congreso le espera!

Precedidos de los maceros, entran los senadores. El presidente del Senado, señor Figuerola, con los secretarios, señores Baalart y Fuenmayor, se dirigen a la mesa. El señor Figuerola saluda; el señor Rivero le sienta a su derecha; los senadores se confunden en los escaños con los diputados. Se leen la comunicación del Gobierno y el acta de la renuncia al trono por segunda vez. Unánimemente aceptan los Cuerpos colegisladores las renuncias de don Amadeo y del Gobierno. También acuerdan «enviar un mensaje al ilustre príncipe, manifestando su sentimiento y aceptando la renuncia.» Momentos después se lee el mensaje por su autor, el señor Castelar: "Bien puede decir V. M. en el silencio de su retiro, en el seno de su hermosa Patria, en el hogar de su familia, que si algún humano fuera capaz de atajar el curso incontrastable de los acontecimientos, V.M., con su educación constitucional, con su respeto al derecho constituido, los hubiera completa y absolutamente atajado. Las Cortes, penetradas de tal verdad, hubieran hecho, a estar en sus manos, los mayores sacrificios para conseguir que V. M. desistiera de su resolución y retirase su renuncia. Pero el conocimiento que tienen del inquebrantable carácter de V.M., la justicia que hacen a la madurez de sus ideas y a la perseverancia de sus propósitos, impiden a las Cortes rogar a V.M. que vuelva sobre su acuerdo, y las deciden a notificarla que han asumido en si el Poder supremo y la soberanía de la Nación..." El final del documento es también muy expresivo "… El pueblo español, que mientras permanezca V. M., en su noble suelo, ha de darle todas las muestras de respeto, de lealtad, de consideración, porque V.M. se lo merece, porque se lo merece su virtuosísima esposa, porque se lo merecen sus inocentes hijos, no podrá ofrecer a V.M. una corona en lo porvenir, pero le ofrecerá otra dignidad, la dignidad del ciudadano en el seno de un pueblo independiente y libre." El mensaje, maravillosamente leído por Castelar, se aprueba unánimemente. Nueva proposición declarando la República forma de gobierno. La suscriben Pi, los dos Salmerones, Figueras, Lagunero, Molins y Fernández de las Cuevas. En ella piden también que se elija por nombramiento de las Cortes el poder ejecutivo, responsable ante las mismas. Pi y Margall, Romero Ortiz, Salmerón (don Nicolás), intervienen en la polémica. El señor Ruiz Zorrilla quiere que se nombre cuanto antes Gobierno que responda del orden. Rivero le replica que del orden responden las Cortes. El que ya no es presidente del Consejo insiste. Rivero le llama al orden como a un simple Diputado. Los ministros, que han dejado desierto el banco azul, vuelven a él ante la insistencia de las presidencias de los dos Cuerpos Colegisladores. Intervenciones de Martos, de Ulloa, de Calderón Collantes. Unas palabras ya históricas de Cas-

telar cierran la discusión. "Señores, –exclama– con Fernando VII murió la monarquía absoluta; con la fuga de doña Isabel II la monarquía parlamentaria; con la renuncia de don Amadeo I de Saboya, la monarquía democrática; nadie ha acabado con ella, ha muerto por sí misma. Nadie trae la República; la traen las circunstancias; la trae una conjuración de la sociedad, de la naturaleza y de la historia. Señores, saludémosla como a sol que se levanta por su propia fuerza en el ciclo de nuestra Patria."

Doscientos cincuenta y ocho votos contra treinta y dos proclaman la primera República de España. Son las nueve y cuarto de la noche del martes 11 de Febrero de 1873. Los diputados y senadores, puestos de pie, saludan; el público de las tribunas vitorea hasta enronquecer. La sesión se suspende hasta las doce. A esa hora se procede a la votación del Poder ejecutivo; Figueras es elegido presidente con 244 votos; Castelar, ministro de Estado, con 345; Pi, de Gobernación, con 243; don Nicolás Salmerón, de Gracia y justicia, con 242, Echegaray, de Hacienda, con el mismo número de sufragios que don Nicolás; Córdova, de Guerra, con 239; Beránger, de Marina, con 246, Becerra, de Fomento, con 233, y don Francisco Salmerón, de Ultramar, con 238.

Al ocupar los ministros el banco azul, las Cámaras aplauden. Don Cristino Martos vitorea la República. Son las dos y media de la madrugada. En la carrera de San Jerónimo se oye el *Himno de Riego.* A pesar del frío, las gentes acompañan a los diputados a su domicilio. La bandera tricolor ondea en la fachada del Congreso. Los ministros acuden a sus despachos con las primeras luces de la aurora republicana que vieron alborear nuestros padres.

Nuevo Mundo (24-07-1931)
Diario de la Marina[143] *(14-08-1931)*
El Pueblo Gallego (17-07-1931)
El Luchador (16-07-1931)

San Francisco de Asís[144]

¿Quién no conoce, en este risueño pueblecito de la Umbría, a Juan, llamado también «Francisco» o «el francesito», hijo de Bernardone y de la señora Pica de Bourlemont? Es un iluminado el muchacho; da, desde niño, cuanto tiene a los pobrecitos; va cantando por las calles canciones de amor y de paz; es amigo de los pajarillos y de las flores; sonríe a la vera de los regatos y de las fuentes. De su nacimiento se cuentan cosas muy extrañas en Asís. Su madre lo parió en las afueras del burgo; un peregrino le tuvo en sus brazos; otro peregrino, forastero también, lo bendijo, dejando en sus hombros, bien marcada, la señal de la cruz.

Juan, llamado después Francisco, es tan sensible como una damisela. Impresionable siempre, el espectáculo de la bondad o de la belleza le conmueve hasta el extremo de hacerle reír o de hacerle llorar. Se levanta con el alba para ver salir el sol; la hora del tramonto le sorprende en el campo. Siempre va solo; habla consigo mismo; de sus ojos se desprende un fulgor extraño de alegría. Ama las mujeres bellas y se complace de su trato y familiaridad; sus amigos son los chicos más apuestos y distinguidos de la ciudad; los bienes de fortuna del señor Bernardone le hacen pródigo y generoso. Pero un día tropieza con un miserable leproso en el camino; le socorre y le abraza. Su vocación está trazada ya. Visita en penitencia el sepulcro del Apóstol Santiago. En Asís, a su retorno, conságrase a la oración en la rústica ermita de San Damián. A su padre le toma dineros y géneros de comercio para reedificar la ermita. Bernardone le denuncia ante la autoridad del obispo, y el hijo se despoja de cuanto su padre le había dado, incluso de sus vestidos. Se hospeda en el hospital, entre pobrecitos de Dios, y les sirve de criado y enfermero... Junto a San Damián, levanta, mendigando de puerta en puerta, dos ermitas más: la de San Pedro y la de Nuestra Señora de los Ángeles, llamada también la Porciúncula. Sus paisanos le toman por loco.

Francisco medita y ora. Unas palabras del Evangelio se le graban en el corazón: «Predica el reino de los Cielos. No quieras oro, ni plata, ni dinero. Viaja sin alhajas. No tengas dos túnicas. Prescinde del calzado. No lleves nunca bastón.» Desde entonces se toca con burda túnica; del

[143] Se publicó con el título "Cómo nació la Primera República Española"
[144] Artículo firmado como Jorge de Alba.
No sería esta la única semblanza que Sánchez Rojas dedicaría al santo italiano. Anteriormente, el 6 de octubre de 1911 ya había publicado una en el diario salmantino *El Adelanto* con el título «Francisco de Asís» (O.C. Tomo I, página 199) y en julio de 1929, también en *El Adelanto*, otra bajo el epígrafe «San Francisco de Asís» (O.C. Tomo I, página 213).

cuello le pende una cuerda; sus pies conocen las heridas de todos los guijarros del camino. Doce hombres se unen a él: son de corazón sencillo y muy simples; temerosos de Dios, reparten todos sus riquezas y se despojan con la pobreza. Juntos marchan a Roma, para solicitar la bendición del Papa. Inocencio III funda de esta suerte la Orden franciscana.

Pobrecitos llama la gente a estos frailucos sencillos y humildes; a todos los lugares llevan la buena nueva; el pueblo les ama y les socorre. Cristo vuelve a la tierra en estos hombres iluminados y ardientes. Durante unos años predican el Evangelio; luego se recluyen en sus celdas de la Porciúncula. San Francisco es la palabra y la canción de estos pobrecitos.

No saben de rencores, ni de envidias, ni de temores; aman todas las cosas con un supremo amor; son pacientes, son resignados, alegres y poetas. Los hermanos menores se multiplican en Italia y después en Europa. No solamente buscan a Cristo los hombres; también las mujeres. La dulce Santa Clara es la musa sencilla de estos varones ejemplares. Un día que Clara reparte el pan a los pobrecitos, resplandece una cruz luminosa en los panes.

Vive la Orden sus días gloriosos de leyenda áurea. Los lobos se detienen al paso de Francisco. Los peces salen a la superficie de las aguas para oírle. Las aguas de los regatos cantan para acompañarle en su oración. Por España predica la pobreza nuestro Santo. Visita Galicia. Se detiene en Burgos. Ciudad Rodrigo conoce las huellas de sus sandalias sobre la calzada meritense. En Barcelona le acogen los cancelleres y le siguen las turbas. En Vich apaga su sed en aquella fuente que evoca Mossen Cinto:

San Francesch s'hi moría,

y prorrumpe luego en un cantar dulcísimo. En Roma asiste al Concilio de Letrán (1215) y se hace amigo de Santo Domingo, muerto después en Bolonia.

Con el Capítulo de las Estevas, el franciscanismo adquiere carta de naturaleza en toda Europa. Francisco visita después Siria, Palestina, Jerusalén. Del gobierno de la Orden se encarga fray Elías. Francisco, con su hermano Jesús, «la ovejuela», se retira del mundo: En la soledad le nacen alas al pobrecito. Un día, sus hermanos, atónitos, le oyen su himno al hermano Sol. Otro día canta al agua, porque es limpia, y clara, y casta. Sintiéndose morir, llama a su seno la dulce hermana Muerte. Sobre el suelo, cubierto de ceniza, recibe el beso de la hermana el 3 de Octubre de 1226. Su cuerpo quedó depositado en la iglesia de San Jorge. Dos años después le canonizaba Gregorio IX. En la preciosa basílica de Asís, construida por aquellos años, quedó el sagrado depósito de su cuerpo.

¿Cómo era Francisco? Tomás de Celario nos cuenta que «era de suave y apacible trato. Muy cortés. Su mirada era dulce y sus palabras estaban impregnadas de bondad; grave y mesurado en el consejo, fiel a toda prueba de discreción, guardador de secretos... Su espíritu vivía en plena calma.» El cardenal Ugolino describe su figura como «pequeño de estatura; tenía la cabeza redonda y medianamente grande, la cara algo prolongada y ancha, la frente tersa y pequeña, los ojos proporcionados y negros, de mirada atractiva; el cabello, casi negro; las cejas, rectas; la nariz, afilada y estrecha; pequeños y delgados los labios; la barba, negra y no muy poblada.» Y completa así este retrato, ya clásico, del Pobrecito: «Era de muy pocas carnes. Dormía harto poco. Era humilde y apacible con todos. Era santo entre los santos, y ante los pecadores se presentaba como el más ruin pecador.»

Crónica (02-08-1931)

Las Cortes de Cádiz

Las Cortes Constituyentes de Cádiz, o como se dice en el lenguaje jurídico de la época, las Cortes generales y extraordinarias de la Nación, se convocan por un decreto del 28 de Octubre de 1809, precedido de un manifiesto, para que se reúnan solemnemente el día 1 de Marzo de 1810. Surgen dificultades, porque varias provincias se encuentran en poder del invasor, y el Consejo Supremo de Regencia de España e Indias torna a disponer, el 18 de Junio del mismo año, que se elijan diputados allí donde no se hubiera celebrado la elección, y que los electos se congreguen en la Real Isla de León en todo el mes de agosto. Pero llega septiembre, y la apertura e instalación del Congreso de las Cortes, se fijan para el 24. Desde este día al del 20 de febrero de 1811 funcionan sin interrupción en la Isla; de allí se trasladaron a Cádiz para continuar el 24 de febrero hasta el 14 de septiembre de 1813. No se disuelven, y acuerdan continuar como Cortes

ordinarias el 1 de octubre; pero la fiebre amovible[145] obliga al Gobierno a trasladarse al Puerto de Santa María, cerrándose definitivamente después de las Sesiones del 17, del 18 y del 28 de septiembre.

El 18 de agosto de 1811 comienza, con la presentación del discurso preliminar, la discusión de la Constitución política de la monarquía española. Hasta Marzo del año siguiente dura la discusión de todo el articulado. El 17 se aprueba definitivamente, y el 19 se promulga con la mayor solemnidad.

¡Simpática Constitución la que redactaron esos hombres sencillos e inteligentes que se reúnen en Cádiz y en la [Isla] de León, en uno de los momentos más graves e interesantes de nuestra historia! Recordemos al primer presidente, don José Lázaro de Dou; a don Antonio de Capmany, diputado por Cataluña, al clérigo Muñoz Torrero, a don Juan Nicasio Gallego, a don Plácido de Montoliú, al obispo Quevedo de Orense, y a tantos y a tantos ilustres, varones. La historia parlamentaria de nuestras Cortes conserva el acta de la famosa sesión del 24 de septiembre de 1810 en los archivos del Congreso de los Diputados. En la sala del Real Palacio de la Regencia se reúnen "los señores diputados propietarios de las provincias que están libres del enemigo" y los "señores suplentes". La tropa de la Casa Real y del ejército acantonado en la Isla cubre la carrera. A las nueve de la mañana acuden a la iglesia Parroquial "a implorar la asistencia divina por medio del Espíritu Santo". El cardenal de Escala, arzobispo de Toledo, celebra su misa de pontifical. Después del Evangelio, el obispo de Orense, como Presidente del Supremo Consejo de Regencia, hace "una oración exhortatoria". Enseguida, don Nicolás María de Sierra, secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia, pronuncia la fórmula del juramento: "A lo cual siguió el himno *Veni Sancti Spiritus* y el *Tedeum,* que se entonó con toda solemnidad."

Los señores diputados salieron ordenadamente desde la iglesia a la sala de las Cortes. "Las galerías –nos cuenta el acta– estaban ocupadas del modo siguiente: la primera del piso principal de mano derecha, por los embajadores e individuos del Cuerpo Diplomático; la siguiente a ella, por los grandes y oficiales, generales del ejército; las de la mano izquierda, por las señoras de la primera distinción; las de los otros dos pisos, unas por señoras y las demás por inmenso gentío distinguido, el cual, en el acto de la entrada de los señores Procuradores, los aclamó con repetidos vivas a la nación."

Estas Cortes, rápidas y breves para la inmensa tarea que pesaba sobre ellas, dejan una huella indeleble de romanticismo en el siglo que pasó. La sombra de un clérigo como don Diego Muñoz Torrero nos parece bastante más contemporánea que la proyección en nuestro siglo de canónigos como el señor Pildain. Los regalistas van mucho más allá en sus relaciones con la iglesia que los seráficos redactores del anteproyecto constitucional con que se nos amenaza ahora. Diputados secretarios del fuste del señor Díaz Caneja, abogado de León, que después de las Cortes permanece en Cádiz con bufete abierto, se me antojan bastante más actúales que aquellos señoritos anónimos de buena ropa que decoraban las mesas con sus perfumes, fijadores y cosméticos realmente apestosos, en las últimas Cortes de la monarquía. Temperamentos como el de don Juan Nicasio Gallego surgen muy de raro en raro en las Asambleas populares. Y así, el Código político que brota de aquellas cabezas ponderadas y de aquellos corazones inflamados en el amor a la Nación, aquel Código que se decreta y sanciona "en el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, autor y supremo legislador de la sociedad", ya prescribe en su artículo 2º que la Nación "libre e independiente, no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona", y establece en el 3º "que la soberanía reside esencialmente en la Nación, y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales", y prescribe en el 6º "que el amor a la Patria es una de las principales obligaciones de los españoles, y asimismo el ser justo y benéfico".

En estos días, tan henchidos de emoción para todos los españoles, pláceme acariciar el lindo volumen familiar de la Constitución gaditana que fue propiedad de un hombre de mi sangre, Francisco Sánchez Barbero, el famoso liberal doceañista, director de "El Conciso", enemigo irreconciliable del rey perjuro, que pagó sus ironías contra el príncipe abyecto, vistiendo en Melilla el uniforme de presidiario, junto a sus amigos Martínez de la Rosa, Máiquez y José María Calatrava. En aquel presidio abierto murió a los treinta años, después de haber escapado de las iras de los franceses en la fortaleza de Pamplona. Y pienso, acariciando el pequeño libro, análogo al que se conserva en la vitrina de la Presidencia del Congreso, que si las Constituciones se sancionan en las Cámaras, se ganan antes en la calle por hombres silenciosos y tenaces. El Código del 12

[145] Errata de imprenta. Se refiere a *la fiebre amarilla.*

comienza a escribirse desde el reinado de Carlos III y el pueblo lo comienza a ganar en los cosos –inexpugnables– de Zaragoza, Gerona y Ciudad Rodrigo.

El Autonomista (04-08-1931)
La Voz de Guipúzcoa (28-07-1931)
El Luchador (29-07-1931)
Nuevo Mundo (03-07-1931)

San Juan de la Cruz[146]

Juan de Yepes –al que luego venera la Iglesia en los altares con el nombre de San Juan de la Cruz– nace en un lugarcito de Ávila llamado Fontiveros, de una hermosa mujer, Catalina Álvarez, y de un mercader toledano, Gonzalo de Yepes, que se prenda de la lugareña en sus continuas excursiones a Medina del Campo, quedándose a vivir en este pueblecito, cerca de Medina, a la vera de Arévalo, de su fuente y de su castillo. Muy pronto quédase Catalina viuda y sin recursos. En Medina tiene que vivir de su trabajo con Juan y sus dos hermanos. Juanito es bueno como el pan, y siempre anda abstraído y como ilusionado. De enfermero en el hospital, gana el sustento de los suyos, y, desde luego, piensa en consagrarse a Dios; y hace penitencias, y se mortifica en los ayunos, y se recrea en las lecturas de las cosas místicas y celestiales.

Pero Juan de Yepes es pobre como una rata. Un caballero de Medina, pariente de los duques de Alba, Alonso Álvarez de Toledo, tómale bajo su amparo y costea en Salamanca sus primeros estudios. Los dos amigos, protector y protegido, no se hartan de ejercer la caridad. Son el ángel custodio de los pobres, que les bendicen a cada paso. Lee a Pascal[147] en Salamanca Juan de Yepes; aprende Filosofía; rima sus primeros versos. En el rumoroso patio de escuelas oye las lecciones de los maestros, y lentamente, con el estudio, con la reflexión, con la flama de amor viva que es su pecho generoso, conoce los rumores del silencio y los encantos de la soledad, y piensa en la Cartuja para acabar en ella sus días sobre la tierra.

El encuentro de Juan con Teresa de Jesús le disuade de sus pensamientos. Teresa piensa en la reforma del Carmen y cuenta con Juan para llevarla a cabo. Así funda, en pleno campo castellano, el místico y pobrísimo monasterio de Duruelo, hoy convertido en una casa de labor. La reforma no puede ser más dura. Allí se desposa para siempre Juan con la caridad y con la pobreza. Un montón de paja le sirve de lecho, y en el techo, bajo, penetran la lluvia en el invierno y los rayos de sol en el rigor del estío. Duruelo, Pastrana y Alcalá son los primeros palomares. Por todas partes cunde la lucha contra Juan y la reformadora.

Conoce las iras de los prelados, la incomprensión del vulgo, la cárcel y el destierro; pero Juan sonríe y canta cuando le acorrala el dolor. «El alma –escribe cuando arrecian los contratiempos– está abatida y triste, cuando atendemos sólo al cuerpo: el vapor de los placeres la mancha y la confunde. Castigad el cuerpo y encontraréis el espíritu serenado y puro». En la cárcel que le procuran los frailes calzados de Toledo, el alcaide le priva de luz y de libros. De ella se descuelga por un corral a la calle, para ponerse a salvo en el seguro huerto de Almodóvar. Allí torna a ponerse en comunicación con Teresa, y juntos de nuevo, alentados por el mismo espíritu y conscientes los dos de la obra que realizan, prosiguen su peregrinación por España, llevando fuera de Castilla la reforma del Carmelo.

Así conoce Juan de Yepes Baeza y Granada. Poco después –en 1581– es nombrado vicario general de Andalucía. Del célebre Capítulo general de Madrid sale definidor y, poco después, vicario de la casa de Segovia. En la huerta de este monasterio, que todavía hoy puede visitarse, contemplando las torres del Alcázar y los campaniles románicos de la ciudad, Juan de Yepes escribe sus libros y sus trovas. Su alma, libre de ligaduras, comienza a volar por los más altos espacios que haya conocido nunca la lírica castellana.

Los altozanos del pueblo de su niñez, de Fontiveros, cobran vida en sus recuerdos, y es siempre la meseta con su mar de mieses, donde el cielo se mira sin una nube, el escenario de su cantar. Su cielo es una Arcadia. Los pastorcitos andan tristes de sus ovejas y las ovejas balan tristemente buscando a sus pastorcitos:

[146] Firmado con su seudónimo *Jorge de Alba*.
[147] Desconocemos a qué Pascal pueda referirse ya que no al filósofo Blas Pascal (1623-1662)

¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido.
Salí tras ti clamando; ya eras ido.
Pastores, los que fuéredes
allí por las majadas al otero:
si por ventura viéredes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Juan de la Cruz, «medio Juan», como le llama graciosamente su compañera Teresa de Jesús, vive en adelante entre montañas rumorosas, valles solitarios, islas imaginarias, ríos cuyas aguas cantan dulcemente y aires que silban cadencias que sólo oyen los poetas. El oficio de Juan es el amor. Su ciencia, «muy sabrosa», no le entra por el raciocinio, ni por los sentidos, sino por el corazón. Amando, aprende Juan a conocer todas las cosas, sin aprenderlas. Su lenguaje es de metáforas, y los sabios de la tierra le dan pena. Su aprendizaje es de otra laya.

Este saber no sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo,
jamás le puedan vencer.

Teresa, otra iluminada como Juan, le comprende, en cambio, a las mil maravillas. Segovia le pesa ya, y sólo quiere vivir en el Desierto de la Peñuela. También la calumnia quiere quebrantarle en la soledad, y lleno de úlceras, agobiado por el hambre y el desfallecimiento, muere al poco tiempo en Baeza. Sus compañeros de religión trasladan su cuerpo a Segovia a través de la Mancha –¿recordáis el episodio de les clérigos encamisados del Quijote?–. Los testigos de su muerte dicen que, al morir, decía un verso, un solo verso:

sus dulces ojos, de mirar cansados,

y que alegremente besaba un crucifijo, cuando sonaba, al filo de la media noche, la primera campanada de *maitines.*

Crónica (16-08-1931)

San Ignacio de Loyola[148]

Íñigo de Loyola, guipuzcoano, hijo de Beltrán Yáñez de Oñaz y de doña María Sáenz de Licona y Balda, se educa de niño en la villa de Arévalo, en medio de la llanura infinita que a todas horas dialoga con el cielo abierto. La sequedad del paisaje penetra para siempre en su corazón. Vasco injerto en castellano, alumno del caballero don Juan Velázquez de Cuella, contador mayor de los reyes Isabel y Fernando, estudia las artes militares y cinegéticas, y los reglamentos, y las ordenanzas, y las pragmáticas, y los usos y costumbres de las gentes de espada le seducen en sus primeros años. Parece que pelea en Nájera a las órdenes del virrey de Navarra, don Antonio Guzmán, y que gana prontamente los primeros escalones de la milicia. Junto a la fortaleza, nos cuenta uno de sus mejores biógrafos, el Padre Rivadeneyra, que resaltan en su espíritu la sagacidad y la prudencia, y que es, asimismo, diestro en el difícil arte de aunar voluntades dispares y de conciliar espíritus enemigos y contrarios. Como embajador del virrey de Navarra en su Guipúzcoa natal, distinguióse notablemente, volviendo al redil a los más díscolos y revoltosos.

La vida de Ignacio, en su juventud, es la aventurera y errante de todos los soldados. En 1521, Íñigo, que actúa de gentilhombre del duque de Nájera, ante la amenaza de invasión del monarca francés Francisco I, el prisionero de Pavía, se apodera de muchos pueblos fronterizos y llega con sus tropas a las murallas de Pamplona. En ellas llega a las cumbres de la gloria el capitán español. A pesar de la superioridad de los sitiadores, Íñigo, desoyendo los consejos de su jefe, Herrera, y del mismo duque de Nájera, que le aconseja la capitulación, resiste días y días hasta que cae herido por una bala de cañón, cundiendo entonces el pánico entre los suyos, que, al fin, entregan la

[148] Firmado con su seudónimo *Jorge de Alba.*

fortaleza a Francia. Ignacio está a punto de morir. El 28 de Junio hace crisis la dolencia y el enfermo se consagra a la lectura de los libros de caballerías. Después conoce la famosa *Vida de Cristo*, escrita por Indolfo El Cartujano, y las vidas de los Santos, el castizo *Flos sanctorum* de nuestros abuelos de los pasados siglos. Los libros devotos hieren vivamente su imaginación. Y una noche, el capitán se levanta del lecho, y arrodillado ante una imagen de la Virgen, jura consagrarse en adelante al servicio de Cristo.

Desde Pamplona marcha Ignacio al monasterio de Montserrat para «velar las armas» a lo divino. Con el Padre Xamnés hace confesión general de sus pecados, confesión que dura tres días. Regala al monasterio la mula en que viaja, y como exvotos cuelga al pie de la Moreneta su daga y su espada de militar. Se desprende de su ropa, que entrega a un mendigo, y él viste un tosco hábito talar. Con un pedazo de cuerda a la cintura, dos alpargatas de esparto y un bordón con su correspondiente calabaza, completa su indumento el nuevo caballero de Cristo.

De Montserrat se dirige al hospital de Manresa, donde duerme una noche. En la cueva de la ciudad catalana hace frecuentemente sus oraciones. El diablo le tienta con toda suerte de escrúpulos y el neófito no consigue la paz interior que tanto busca.

Barcelona, París, Montpellier y otras ciudades conocen el paso del santo penitente.

Visita también Bolonia y Venecia. En Roma se consagra de sacerdote. Con Paulo III celebra los primeros coloquios para fundar la Compañía de Jesús. Y en 1541, por la decisión de sus compañeros, previos los votos de castidad, de pobreza y de obediencia, Ignacio de Loyola es elegido primer general de los jesuitas.

El general consagra su vida a la meditación y al estudio, componiendo sus famosos *Ejercicios espirituales*. Los deberes de su cargo le proporcionan, sin embargo, no pocos sinsabores. El famoso episodio de Isabel Rosell, oponiéndose Ignacio a que las mujeres pudiesen formar parte de su milicia cristiana, demuestra con qué rigor impuso el general a sus huestes la práctica de los votos, especialmente el de la obediencia. Sus discusiones con el P. Rodríguez dieron lugar a la primera persecución contra los jesuitas en Portugal.

Los Colegios Romano y Germánico de la Ciudad Eterna fueron, por estos años, sus fundaciones predilectas. El duque de Gandía, virrey de Cataluña, entró en la Compañía, dotando espléndidamente el Colegio Romano.

No es cosa de trazar en esta breve semblanza el espíritu de este hombre, tan combatido por la Reforma. El P. Rivadeneyra traza de su figura este bello retrato: «Era –nos dice– de estatura mediana, o, por mejor decir, algo pequeño y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y bien dispuestos. Tenía el rostro autorizado, la frente ancha y desarrugada, los ojos hundidos, encogidos los párpados y arrugados por las muchas lágrimas que abundantemente derramaban: las orejas medianas, la nariz alta y combada, el color vivo y templado y la calva con muy venerable aspecto. El semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre, de manera que con su serenidad alegraba a los que le miraban, y con su gravedad les compungía.»

San Ignacio murió en Roma el 30 de Junio de 1556. Paulo V le beatificaba el 27 de Julio de 1609, y Gregorio XV le canonizaba, al mismo tiempo que Santa Teresa, el 12 de Enero de 1623. Las fiestas que se celebraron en España con motivo de su elevación a los altares fueron descritas por los cronistas de aquel entonces. Especialmente las de Barcelona, primera ciudad que recibió las nuevas de Roma, tuvieron gran importancia tomando el pueblo activa parte en ellas con autos sacramentales, procesiones cívicas y manifestaciones poéticas. *Sus Ejercicios espirituales*, leídos con el espíritu de hoy, servirían de base para un estudio sobre el carácter militar y combatiente que aún tiene entre nosotros el catolicismo, singularmente el del Norte, y más singularmente el guipuzcoano, patria natal del caballero que velara sus armas, hace cuatro siglos, en la cueva de Montserrat, postrado ante la Moreneta.

Crónica (06-09-1931)

Barcelona, 1837

Barcelona –querido señor Companys–, Barcelona en 1837. Cortes Constituyentes. Ministerio de viejos y conocidos constitucionalistas: Calatrava, Gil de la Cuadra, Ferrer, Landero, López Rodil, Mendizábal. El partido avanzado asalta en masa los Ministerios; se devuelven las armas a los milicianos de Madrid; la dignidad real –para emplear el lenguaje de la época– se humilla y escarnece a todas horas.

Calatrava gobierna como un dictador. El general Quesada muere asesinado.

El Tesoro público padece de angustias mortales. Mendizábal impone un empréstito forzoso de doscientos millones de reales. Los edificios de las Órdenes religiosas suprimidas, con el bronce de las campanas, y el oro y la plata de los vasos sagrados, y la seda de los brocados, se venden, por una miseria, al mejor postor: 1837, Fígaro escribe su *Día de Difuntos*: «Ellas también –las campanas– han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo; ellas van también a mano de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España, ¡santo Dios!, que morirán colgadas. ¡Y aún hay justicia divina!»

1837. Anarquía. Desorden. Para destruir las fuerzas del Pretendiente se imponen gravámenes, se crean arbitrios y se hacen repartos que pesan, como losa de plomo, sobre los partidos liberales. No se puede vivir. Hacienda decreta una rebaja gradual en los sueldos y haberes de los empleados. Las sociedades masónicas son un manantial de conflictos. De los ministros, francamente revolucionarios, dicen los más extremistas que son moderados y vacilantes. Se abren las Cortes Constituyentes el 24 de Octubre.

Las minorías parlamentarias quieren derribar a toda costa la situación.

El general Cabrera muere en casa del cura de Almazán. Espartero avanza con dirección a Bilbao. El Gobierno hace lo posible y lo imposible para sostenerse.

1837. Barcelona. Un viejo historiador de nuestra historia política, don Juan Rico y Amat, llama a la noble capital de Cataluña «la turbulenta, la siempre indisciplinada Barcelona». Los órganos de las sociedades secretas de la ciudad condal azuzan a las masas con terribles provocaciones. Veamos estos periódicos que se llaman *El Vapor, La Guardia Nacional, Sancho Gobernador, Bandera... El Vapor* del 1 de Diciembre escribe:

«Si el pueblo no se decide a arrebatar de las manos eclesiásticas (las del Ministerio Calatrava y las Cortes) la dirección de sus intereses, no tardaremos en vernos altamente burlados con el Inri matador del Estatuto». El día 4 torna a escribir *El Vapor*: «Emancípese el pueblo de esa cáfila de políticos y embusteros que le embaucan; mire a Madrid con ojos espantados como si mírase una corrompida Sodoma; haga por sí solo la revolución a que el cielo le está llamando, y entonces la cuestión española se decidirá en bien de todos los pueblos». En *Bandera* leemos: «Un sólo medio espantoso, único, pero necesario, puede salvarnos: la Revolución... A las armas.

Derribemos los derechos de los aristócratas; derribemos sus cabezas para que no les quede el derecho de reconquistarlos.

Con su sangre rejuvenecerán Cataluña, España, Europa toda... ¡A ellos!»

Barcelona, en 1837, no se cura de ninguna solución salvadora. Tiene el deporte de la revolución por la revolución.

Sus diputados son escritores ilusos y militares descontentos. Su Ayuntamiento está afiliado al famoso *Club de Hermanos de la Grande Unión*: su primer alcalde constitucional, don Mariano Borrel, daba las gracias en una serenata popular a una turba de apaleadores, jactándose de ser hijo de un obrero albañil que no necesitaba ser demasiado discreto al frente de la Alcaldía. ¡Alerta, hijos! –concluyó Borrel–. Guardemos las libertades populares. Vivan la Libertad y la Constitución. Siempre me hallaréis pronto a defender estos derechos con mi sangre, y no dejaremos las armas hasta no exterminar a nuestros enemigos...» El general Paneno destituye al alcalde, que perora de cabeza de motín en una algarada.

Barcelona. Sentido revuelto, extremista, confuso, en 1837 y en 1842. Y en 1852. Y en 1854. Y en 1873. Y en 1909. (Recordemos la *Oda Nova* de Juan Maragall).

La Barcelona «encisera», sí, pero también «crudel», «riattllera»,

... menestrala parringuda,
que ha fet tot par punt,

destruye los conventos para «renacerlos más potentes». Barcelona lucha en el Paralelo y levanta la Sagrada Familia.

Destruye el viejo caciquismo y crea la solidaridad. Barcelona: inquietud, hiperestesia y alguna vez literatura.

Sardanas y bombas; juegos florales y manifiestos de Manresa, Milá y Fontanals, Almirall, chalinas, melenas, viaje de la Regente, Exposición Universal de 1888, Prat de la Riva.

Un salto, y Cambó. Otro salto, y Rovira. Otro salto, y Maciá. Barcelona: generosidad, ímpetu y juventud perenne y eterna.

Pero el *seny* no se desplaza a veces hacia la política. Los pleitos más sencillos no saben con frecuencia plantearse. Barcelona: 1931. Con Maciá, el *avi* bondadoso y austero de los trajes claros y de las exclamaciones infantiles; Sediles, Franco, Grau, Samblancat, Sbert...

Los que amamos a Cataluña como a las niñas de nuestros ojos; los castellanos que conocemos su lengua, y leemos sus poetas, y conocemos palmo a palmo su campo y sus ciudades, y anhelamos su gloria, y deseamos para Cataluña toda suerte de venturas dentro de la armonía peninsular, pensamos, querido señor Companys, que son ustedes unos terribles niños que se alían con los chicos más indóciles de nuestro cotarro para armar ruido, mucho ruido, y distraerse quizás demasiado con los pleitos indígenas que nadie ve con encono y que todos querríamos ver resueltos.

Nuevo Mundo (25-09-1931)
El Luchador (13-08-1931)

Paréntesis en Salamanca

Unos días de asueto en esta mi Salamanca dorada, flor del Renacimiento de Castilla, donde las sombras del Padre Vitoria y de Fray Luis de León, maestros de la Escuela cuyo lema ostenta orgullosamente la leyenda "omnium scientiarum princeps Salaemantica docet"[149], parecen sonreír a este otro maestro de hogaño, Miguel de Unamuno, nuestro rector y maestro, padre espiritual de los años mozos, que ha inaugurado el curso académico en nombre de la majestad de España, una, universal e indivisible... Unos días de asueto y de vacación, amigos míos, lejos de las Constituyentes, de los diputados, de los pasillos, de los escritorios y de la cantina, de las tribunas y de los gacetilleros. Unos días de reposo, y de euforia, y de alegría interior, hundiendo los ojos en este firmamento ancho y azul, y en los picachos de la sierra de Credos –esqueleto de España– y en estas piedras de oro, preñadas de gloria y de vejez, que me hablan en el silencio, a mí que soy su confidente y su amigo, de la España de ayer y de hoy, de la España de mañana y de siempre, de la España que queremos hacer y haremos con la República, cuando el espíritu aldeano haya sido barrido por la preocupación universal de la Patria como cultura y como idea.

¡Ea! Un rato a conversar con estos maestros, con estos estudiantes, que tienen la virtud de devolvernos inmediatamente a su contacto aquella alegría del pensar que nos enseñaron aquellos profesores, Unamuno, Dorado Montero, Cañizo, Nogueras, cuando confundíamos España con una novia y no sabíamos a punto fijo si la cátedra era el remanso de la reja o la reja el reposo del libro y de la meditación. ¡Ay! Ya somos hombres maduros. La reja se trocó en alcoba nupcial. La esposa sin joyas –como canta el poeta español Maragall, español por catalán– se dio toda al esposo y engendramos en ella con dolor. Rompimos con una tradición falsa para buscar la corriente viva de nuestra historia que nos marcara la buena senda. Trajimos la República, hija nuestra, de nuestras bodas con el ideal. Ya la vemos, vacilante, caminar sus primeros pasos, inexperta e infantil, que se asusta y llora la pobre ante el coco y espantajo que la ponen enfrente los primeros descontentos. ¿Qué es eso de fragmentarla, de dividirla, de repartirla en mil pedazos para soldarla mejor? ¿Quién fue el autor de un dislate semejante?

Los pueblos peninsulares, las comarcas, las regiones españolas, vivían de espaldas, como hermanos siameses, por obra y gracia de la monarquía. Gracias a la Universidad se completaban y fundían los naturales de ellas en una aspiración común de cultura. Estos muros... ¡Estos muros nos cuentan tantas cosas! El siglo XVI es, a pesar de los Austrias, universal por haber desparramado nosotros el espíritu en América. Cuando el mismo día del descubrimiento, deshecho el mito colombino, porque España comienza a presentir que es ella sola la descubridora, anda en las cámaras de los pajes y en las salas de estudio de la escolaresca, sutilizando los amores de Calixto con la dulce Melibea, España ya es. Tiene su lengua, es decir, su expresión, o para decirlo de otro modo, su voluntad. España es porque quiere ser. Pero aún expresa infantilmente su deseo; ha de venir ochenta años después procedente de Cuenca, un niño que profesa en la orden de San Agustín, hijo de judíos y sobrino de abogados, Fray Luis de León a perfeccionar el instrumento, a enseñarnos a querer. Hablamos ya plenamente cuando queremos plenamente.

Los capítulos de Dueñas y de Madrigal coinciden con las fundaciones de Teresa y con las vivas persecuciones del santo Oficio, más obra del Estado, del austracismo forastero, que de la Iglesia. Los mismos santos, los místicos, tienen un profundo sello españolista; la historia de nuestras

[149] Omnium scientiarum princeps Salmantica docet. Lema de la Universidad de Salamanca: "*Los principios de todas las ciencias se enseñan en la Universidad de Salamanca*".

herejías castizas es la misma de nuestra mística. Felipe II ha recogido la herencia de Carlos I, apoderándose de una España que, lejos de ser castellana, según el último tópico circulando en las Ramblas por Gaziel[150], está ya extranjerizada y flamenquizada. Es lo que sobrevive de Villalar y Ávila, después del fracaso de les Cortes de Coruña en 1519. Para mí es evidente, visto el panorama histórico desde aquí, desde la Universidad de Salamanca, "alma mater" como la patria, y hogar como ella de la esperanza y la fe, para mí es evidente, digo, que desde esta fecha desaparece un pueblo para quedar en pie una dinastía con su terrible organización parasitaria. Para nadie es un secreto hoy el monstruo absolutista, a pesar de su terrible caparazón es un cadáver. Los embajadores y los autores extranjeros que vienen a Madrid lo dicen a voces. El intento sucesivista asoma la cabeza con Felipe IV y con Carlos II. Páginas hay en Benedetto Croce bien reveladoras en este respecto. Siempre recuerdo con emoción aquellas palabras que el embajador de Módena, Fulvio Testi, envía a su país. "España se deshace; Castilla, que es su núcleo y centro, es desgraciadísima; los demás pueblos, acaso con la sola excepción de Andalucía, están exhaustos y desolados."

Los Borbones recogen la fatal herencia. La corte de Felipe V no es más alegre que la de Carlos II. Los príncipes franceses, los Borbones, al hincar sus plantas en nuestro suelo, se dejan devorar bonitamente del medio que les rodea. El delfín, al cabo de unos cuantos años, es un pobre heredero del Hechizado. A la Universidad alcanza también la quietud dinástica con el peso tradicional del absolutismo heredado. Esta Escuela sigue la suerte general del país. Durante el siglo XVII vive del crédito del XVI, y ya en el XVIII merece aquel terrible epíteto de Carlyle[151] que la definía como "fortaleza de la ignorancia". Torres Villarroel, torero, y brujo, y tahúr, y catedrático, es su mejor símbolo. Jovellanos, en visita de inspección, trata de remediar el terrible daño. Asoman tímidamente los primeros liberales. Un universitario de mi sangre, doceañista, Sánchez Barbero, sabe morir en presidio porque Fernando VII le exaspera. Mediados del XIX: están Somoza, y Bartolomé Gallardo, y don Toribio Núñez, traductor de Bentham[152] y diputado a Cortes por Salamanca, al acecho. La Universidad es la semilla liberal de la población. La revolución del 68 es, aquí, hija de la escuela: Sánchez Ruano, Gil Sanz, Rodríguez Pinilla, son, lisa y llanamente, universitarios. Y 1931 es hijo de la Universidad; su símbolo, símbolo de ella y del pensamiento español todo, se llama Miguel de Unamuno.

En esta mañana otoñal de principios de octubre, frente al roble de la Escuela, pienso en la España que estamos haciendo todos. El cimbalillo universitario trenza sus notas en el silencio; los estudiantes, rumorosamente, abandonan el claustro por el aula. Desde Francisco de Vitoria, desde Fray Luis de León, hay un hilo de oro de tradición soterrada, de pensamiento dormido, de mocedad anhelante, que les une con Miguel de Unamuno. Ese hilo es nuestra España de sueños y de inquietudes, nuestra ciudad de Dios, que la historia fragua a lo largo de los siglos.

El Noticiero Gaditano (22-10-1931)
El Noroeste (21-10-1931)
El Adelanto (21-10-1931)
La Voz de Guipúzcoa (18-10-1931)
El Luchador (17-10-1931)

San Francisco de Borja[153]

El noble duque de Gandía, Francisco de Borja, que hoy se venera en los altares, fue hijo del tercer duque de Gandía, Juan de Borja, y de Juana de Aragón, de la sangre real de este reino. Primogénito, tomó el nombre de Francisco por la devoción que por el pobrecito de Asís sintieron siempre sus padres. De ingenio abierto y despejado, de gran simpatía personal, Francisco recibía, de niño, a la vez, educación literaria de su maestro Alfonso de Ávila, y nociones de esgrima y de equitación de su ayo el doctor Ferrán. En 1520 –Francisco había nacido en 1492– murió su madre, dejando en el espíritu del joven duque un hondo surco de melancolía. En Zaragoza, en Peñíscola, en Denia, y últimamente en Tordesillas, a orillas del Duero, pasaba Francisco los años

[150] Agustí Calvet Pascual (1887 – 1964). Escritor y periodista catalán, más conocido por su seudónimo: Gaziel.
[151] Thomas Carlyle (1795 – 1881). Filósofo y ensayista escocés; catedrático y, más tarde, rector de la Universidad de Edimburgo.
[152] Jeremy Bentham (1748 – 1832). Filósofo, economista, pensador y escritor inglés, padre del utilitarismo.
[153] Sánchez Rojas firmo esta semblanza con su seudónimo Jorge de Alba.

de su juventud. Formó después parte de la corte de doña Juana la Loca y de Felipe el *Hermoso* y fue menino de la infanta Catalina hasta que se casó esta con Juan III de Portugal, en 1525. Tornó después a Zaragoza, a casa de su pariente el arzobispo de la ciudad, consagrándose al estudio de la Filosofía, según las lecciones de Gaspar de Lax.

Años después entraba al servicio de Carlos V y de la emperatriz Isabel. Su elegancia natural, su despejo, sus graciosas dotes de guerrero y de prócer le hicieron pronto una de las figuras principales de la Corte. Doña Isabel le elegía para esposo de su amiga, la dama portuguesa doña Leonor de Castro, casando a los contrayentes en 1539. El padre de Francisco convertía a este en marqués de Lombay, y la emperatriz le nombraba su caballerizo mayor, al mismo tiempo que trocaba a su esposa en camarera mayor de Palacio. Carlos V lo tuvo siempre por su amigo mejor y más leal, hasta el punto de encargarle la custodia de la emperatriz durante sus frecuentes ausencias. Con la Música, el Canto, la Poesía, llenaba los ocios de Isabel su caballerizo. En el hogar era también feliz el marqués. Le nacía su hijo Carlos, y la vida se le presentaba henchida de placeres y seducciones de toda laya. El 1 de Mayo de 1539 moría en Toledo la emperatriz Isabel. Ante el cadáver repulsivo de aquella mujer, el marqués pasaba por una de esas crisis que cambian completamente la vida de un hombre, descubriendo, lo mismo que Leopardi tres siglos después esa «infinita *vanití del tutto*»[154] que nos empuja a la vida interior, prescindiendo para siempre de las apariencias y oropeles de la etiqueta cortesana.

El marqués de Lombay, muerta la emperatriz, era nombrado virrey de Cataluña y caballero de Santiago. Al frente de su cargo se ocupaba principalmente de armar galeras para defender Barcelona de los ataques berberisco, construyendo las murallas de la ciudad condal. También fortificaba los pueblos fronterizos y dotaba de defensas a Tarragona, Tortosa, Mataró y otras ciudades importantes del Principado. Extirpaba del campo las partidas de bandoleros, que lo infectaban, y merecía continuamente elogios del emperador por sus excelsas calidades de caudillo.

La muerte de su padre, ocurrida en 1543, le llevaba a sus estados de Gandía, y después a Valladolid. Nombrado por el emperador mayordomo de la princesa María, murió muy pronto esta, y poco después, su esposa, Leonor de Castro, ya duquesa de Gandía, quedando Francisco viudo. Enseguida profesaba en la Compañía de Jesús, y en 1548 obtenía del Papa Paulo III autorización para ingresar en ella. Su devoción fue pronto proverbial en toda España. Su oratorio, la Santa Capilla de Gandía, tenía la forma de ataúd, y en sus paredes se dibujaban los misterios del Rosario. Extraordinariamente liberal, trocaba todos sus bienes en limosnas. San Ignacio tuvo que moderar severamente las penitencias del devoto duque. En 23 de Mayo de 1551 decía su primera misa en Oñate, después del viaje a Roma, donde fue acogido con hondísimo respeto. Julio III quiso ofrecerle el capelo cardenalicio, y Francisco, para huir de la tentación, se refugiaba secretamente en Oñate, donde se despojó de sus Estados, cediéndolos a su hijo Carlos. El segundogénito, don Juan, le sirvió de acolito en su primera misa. Luego, en una fiesta religiosa, daba de comulgar a miles de almas. El ejemplo de su alcurnia causaba la más honda admiración. San Ignacio, obligándole a viajar con el padre Miguel Torres, le disuadía de visitar las distintas casas que la Compañía tenía en Salamanca, en Burgos, en Valladolid, permitiéndole un pequeño descanso en Oñate antes de marchar a Portugal. Francisco quedaba nombrado comisario de la Compañía. Poco después pasaba a general de la Orden. Pio V, a la sazón Pontífice, era el mejor aliado protector de los españoles. El estudio de la influencia de Francisco de Borja en la dirección de las huestes ignacianas no cabe, naturalmente, en esta breve impresión. Digamos solamente que el jesuita moría, extenuado y débil, en Roma el 27 de Septiembre de 1572. Los procesos de beatificación del Santo fueron muy curiosos, así como notables los festejos con que se celebraba esa beatificación, primero en 1624, y su canonización, después, en 1671. La nobleza española le nombraba su Patrono, y el cuerpo fue trasladado a Madrid en 1617, conservándose en la casa profesa de la villa y corte, donde continua en la actualidad, después de no pocos cambios y vicisitudes.

Crónica (22-11-1931)

[154] *A se stesso.* "Infinita vanitá del tuttto" (infinita vanidad de todo)

El Secretario[155]

Hace ocho días, a punto de partir para Salamanca, Sánchez Rojas nos entregó dos originales "porque acaso –dijo– me quede algún tiempo por allá". Iba a pasar las fiestas con los suyos y a escribir luego unos estudios sobre la aplicación de la reforma agraria en tierras salmantinas, que prometía reservarnos. Poco esperaba que el "acaso me quede por allá" fuese a tener tan dramática y definitiva confirmación. Allá se ha quedado. Para siempre. El cuchillo de la Sierra de Gredos ni siquiera quiso dejarle espacio para llegar a su pueblo natal: Alba de Tormes. En Salamanca le detuvo y allí, en un cuarto de hotel dejó inmóvil y muda la pluma garbosa, fresca, tersa, viva, llena de agilidad y de donaire de nuestro casticísimo escritor. Descanse en paz.
Hoy publicamos el primero de esos dos últimos artículos.

Julián Sánchez Ruano, diputado a Cortes por Salamanca, fue, con Llano y Persi, con Francisco Javier Carratalá, con el marqués de Sardoal, diputado-secretario de las Cortes Constituyentes de 1869. Poco a poco, fue él solo acaparando la denominación "del secretario". Joven, impetuoso, guapo, gallardo, maravilloso orador y escritor de la más alta y limpia solera castellana[156], se le llamaba en todos los sectores de la Cámara bien "el secretario" antonomásticamente, bien por el grupo de Sagasta y de sus amigos, el saco de víboras. Sus episodios parlamentarios andan todavía en la memoria de las gentes. Leía Sánchez Ruano el dictamen de una Comisión y el presidente, don Nicolás María Rivero, le reprochaba de lentitud en la lectura. Rivero, como sabe el lector, no era precisamente un varón abstemio y morigerado.

– Si yo estuviera tan alumbrado como la presidencia –replicó el secretario–, tenga seguridad el señor Rivero de que leería más de prisa.

El incidente con don José Echegaray, ministro de Hacienda, es también harto conocido. Hacía don José desde el banco azul un parrafito retórico contando cómo en la Moncloa tuvo un quemadero el Santo Oficio, de donde se extraían todas las tardes hermosas cabelleras de mujer. Sánchez Ruano, rápidamente, atajó al orador:

– ¿Quién le ha dicho a S. S. que eso que llama virgíneas trenzas no fuera menguada cola de rocín sarnoso?

Con Prim... pues con Prim también se las mantuvo tiesas el ilustre orador salmantino:

– S.S. no habla en un cuartel con rancheros ni asistentes; habla en un Parlamento con iguales y superiores a S. S.

El paso de Sánchez Ruano fue rápido y fugaz. Al lado de Castelar, de Pi, de Martos, de Cánovas, él, un pollo de veinticinco años, fue consagrado enseguida como uno de los más altos y excelsos valores de aquel entonces. Era un orador elegantísimo, ático, burlón, un poco frío; recuerda mucho su silueta moral la posterior de don Francisco Silvela. Intervino con Castelar y con Pi en la discusión contra el proyecto de totalidad constitucional; combatió a cada paso con los federales, por ejemplo, con el señor García López, diputado a Cortes por Huesca, y con el grupo catalán de la Cámara; se apartó de la minoría republicana para condenar lo que él llamaba excesos de la *Commune*; formó, con Abarzuza y con García Ruiz, el diputado palentino, la famosa trinidad de los unitarios; votó al decidir las Cortes optar por un régimen, República a secas, entre trescientos y pico sufragios que le motejaban, condicionaban y clasificaban. Este voto fue, en realidad, su último gesto parlamentario, pues en agosto del 71 fallecía a consecuencia de las heridas del duelo a muerte que tuvo con el diputado autonomista de Cuba, señor Pardial, sin haber cumplido 31 años, siendo médico del combate el famoso doctor don Federico Rubio.

La figura de Julián Sánchez Ruano que apenas dejó labor literaria si se exceptúa una edición de los fueros de Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes[157], un estudio sobre Doña Oliva Saluco de

[155] Nos caben serias dudas de que este artículo pertenezca a José Sánchez Rojas. No es su estilo, ni su ritmo. Parece un estudio en que se han recopilado datos de Sánchez Ruano y se han soltado todos como si se tratase de una enciclopedia. Recuérdese que Ruano era familiar de Rojas y este mantuvo una polémica con Unamuno por unos despropósitos que el rector lanzó sobre su familiar.

[156] Llaman poderosamente la atención los calificativos que utiliza: "Joven, impetuoso, guapo, gallardo, maravilloso orador y escritor de la más alta y limpia solera castellana" más propios de una mujer.

[157] Es raro que J. Sánchez Rojas desconociera que sólo editó el *Fuero de Salamanca*. Y más raro aún que no conociese, de ser cierta, la edición del de Alba de Tormes, que no lo era. Este fuero fue publicado por su condiscípulo y amigo Federico de Onís con Américo Castro en 1916: *Fueros leoneses de Zamora, Salamanca, Ledesma y Alba de Tormes* (1916). Ciertamente Ruano tuvo en sus manos los tres fueros dichos y el de Béjar según advierte el editor del *Fuero de Salamanca* en su prólogo.

Nantes[158], un breve opúsculo sobre el socialismo y un libro de polémica filosófica escrito contra don Ramón Campoamor y Campoosorio, cobra estos días notorio relieve, comparando estos debates con aquellos debates y los puntos de vista que hoy exponen nuestros diputados frente a los que exhibían nuestros legisladores de hace sesenta años. La formación mental era muy distinta. Eran humanistas, y sabían muy bien griego y latín, muchos de aquellos diputados; Castelar tenía una inmensa preparación histórica; Manterola conocía todas las cuestiones del Derecho Canónico, lo mismo que Montero Ríos; Valera, Núñez de Arce, Pereda[159], Navarro Villoslada, Alarcón, eran los pontífices máximos de nuestras letras; los prestigios de la cátedra se acumulaban en los escaños republicanos. Las discusiones, más que políticas eran académicas; se discutía con calor una figura retórica, más linda o menos linda[160], pero, a pesar de todo, había pasión y coraje. Para Sánchez Ruano, perpetuar España era perpetuar el "Quijote", que citaba continuamente en sus intervenciones parlamentarias. Para Manterola, a su vez, la Iglesia era, ante todo y sobre todo, un depósito de fe y de cultura. No se sabe si en el salón de conferencias se continuaban aquellos famosos ejercicios polémicos que iniciaban en el Ateneo de la calle de la Montera hombres como el Padre Sánchez y como el eruditísimo extremeño don José Moreno Nieto, o si en el Parlamento se hacían oposiciones para ocupar los sillones de la Directiva del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. Sea de ello lo que sea, lo cierto es que aquellas Cortes no pueden ni deben ser repudiadas al estudiarse con un criterio actual, y nosotros que hemos loado varias veces la limpieza moral de este Parlamento y su noble pasión de buena ley, encontramos la del 69 ajustada a la realidad política de aquel entonces, siendo la mejor estampa de nuestras clases intelectuales y dirigentes.

Y la figura de aquel secretario alto, pálido, de grandes y hermosos ojos negros, de palabra ática y mordaz, de gesto siempre señoril y distinguido, nos parece un precursor y un vidente. Sánchez Ruano llevó la voz de Castilla, recién salido de las aulas, con la misma elegancia que hoy la lleva don Miguel de Unamuno, encanecido en ellas. Castilla, que siempre ha tenido una serena y madura visión de la realidad, no sabe más sino que todos formamos una unidad superior, que esa unidad superior se llama España, y que de su reflejo hemos vivido, vivimos y viviremos las mejores horas de nuestra historia.

El Diluvio (09-01-1932)
Política (09-01-1932)
El Luchador (04-01-1932)
La Voz de Guipúzcoa (03-01-1932)

23 abril 1616. La muerte de Cervantes

Dos mujeres –¿el ama y la sobrina?–, además de su esposa, doña Constanza de Figueroa, y de su hija, doña Isabel de Saavedra, acompañadas del buen licenciado Martínez Morcilla, rodean el lecho de Miguel de Cervantes a la hora de su muerte. La muerte le ronda desde hace días; harto lo sabe Miguel; ya la tiene presentida desde hace tiempo. Componiendo Los trabajos de *Persiles y Segismunda*, dice al conde de Lemus, su amigo y protector:

> Puesto ya el pie en el estribo
> con las ansias de la muerte,

Añadiendo después, en prosa llana, corriente y moliente a todo ruedo: «Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos, que ya me voy muriendo y deseando veros presto en la otra vida.»

Miguel muere tan razonablemente como su amigo Alonso Quijano, el caballero de la Mancha. Días antes, el 2 de Abril, ingresa devotamente como Hermano menor de la Orden Tercera de San Francisco. Sus últimos días los consagra por entero a la devoción y a la plegaria. Muere pobre y obscuro y le entierran al píe de su casa, en el Monasterio de las Monjas Trinitarias, sito en la calle de Lope de Vega.

[158] Hay una errata en el nombre, se trata de Doña Oliva Sabuco de Nantes.
[159] El éxito de Pereda no le llegó hasta 1876, muerto ya Ruano.
[160] "…se discutía con calor una figura retórica, *más linda o menos linda…*" Nuevamente los calificativos no son propios de Sánchez Rojas y menos aplicados a una figura retórica.

Le amortajan con el hábito de franciscano. El clérigo Fray Félix Lope de Vega y Carpio reza un responso ante su cadáver. El entierro no se verifica hasta el día siguiente, domingo, 24. En la comitiva fúnebre no concurre nadie, pero nadie... Franciscanos humildes, juglares desconocidos, dos escritores humildes de los que ninguna obra nos ha legado el tiempo, dos pobres bohemios de antaño: un tal Francisco de Urbina y un cierto Luis Calderón.

Las exequias son un poco más solemnes, porque Cervantes no es solamente un pobre escritorzuelo, sino, además, un cautivo de Argel. Al lado del presbiterio de las Trinitarias depositaron los sepultureros su cuerpo; las monjitas rezaron gangosamente unos responsos. Ninguna huella quedó en los documentos de la época de semejante inhumación.

Cervantes muere pobre, como había vivido. En Madrid continúa el calvario de Valladolid y de Sevilla. Sus protectores y amigos le socorren tacañamente. Sus editores, presintiendo a los de hogaño, le roban y merman sus míseros ingresos. Los vecinos se encargan de suministrarle los últimos alimentos.

Sobre Cervantes pesa una maldición. No es un hombre normal. El proceso que se le siguió en Valladolid sobre la muerte del caballero Ezpeleta[161] proyecta de sombras y de equívocos su vida andariega y trafagosa. Sus estancias en Sevilla le han enemistado con los nobles y con los profesionales de la pluma. Sus últimos días en Madrid, siempre mendigando, solicitando siempre favores y mercedes, han sido terribles y calamitosos. Apenas si ha podido el mes pasado reunir los maravedises suficientes para descansar la Semana Santa en Esquivias. En las vacaciones impuestas por el físico ha tenido que trabajar para comer. El conde de Lemus no se entera de que su protegido está ya viaticado. «Las ansias crecen –le participa Cervantes–, la esperanza mengua y es breve el tiempo que me separa de la muerte.» Y muere, al fin; muere, en una casa incómoda, estrecha y mal oliente, de arterioesclerosis, según las trazas más posibles.

Madrid conserva la casa donde murió Cervantes en la calle de su nombre, y los restos de su sepultura, en el lado derecho del presbiterio de las monjas Trinitarias, en la calle de Lope de Vega; una ceremonia fría y oficial, una misa de *réquiem*, a la que asiste en corporación la Real Academia Española, recuerda entre nosotros la fecha memorable. Este día, sin embargo, debiera ser sagrado en la memoria de los españoles. ¿Por qué no se declara esta fecha fiesta nacional? ¿Estamos tan ahítos y colmados de gloria que podamos prescindir del día glorioso en que ingresara en los anales de la inmortalidad el padre de *Don Quijote* y de las *Novelas ejemplares*?

Crónica (24-04-1932)

Dos fechas decisivas[162]

Hoy hace un año que murió José Sánchez Rojas, escritor casticísimo, de prosa fluente y viva. Rojas, que era un hombre sin hogar, perpetuamente azacaneado por una vida de bohemia y desorden, sintió en estos días de fiestas hogareñas la atracción del cobijo materno. A él fue para pasar las navidades y recibir al nuevo año. Y en él le sorprendió la muerte. Lo que creyó nostalgia familiar era la llamada de la tierra que le atraía a los lugares de su niñez en la hora última.

Damos hoy, en homenaje a su memoria, un artículo suyo que conservó inédito y que no ha perdido la lozanía ni el vigor.

Todas las Constituciones han sido violentamente combatidas al promulgarse. Pero es singularmente curioso el proceso seguido por la de 1837.

[161] Proceso instruido en Valladolid como consecuencia del asesinato, a las puertas de la casa de Miguel de Cervantes, del caballero de la orden de Santiago D. Gaspar de Ezpeleta. Durante el transcurso del mismo, Cervantes –junto a otros vecinos– sería detenido e ingresaría en prisión por unos días.

[162] El lector se percatará de la extrañeza de este artículo que atribuyen a Sánchez Rojas. Resulta demasiado técnico para proceder de su pluma, sin gracia ninguna. Rojas aun en los temas más arduos ponía mucho de su espíritu, de sus sensaciones, cosa de la que no goza este. Dudamos por tanto de que sea suyo.

El 17 de diciembre de 1836, unos cuantos parlamentarios distinguidos, los señores Argüelles, Olózaga, Sancho, González y Ferrer, presentaban las bases en que había de inspirarse el nuevo Estatuto. Se suprimiría todo aquello que correspondiera jurídicamente a los Códigos orgánicos. El sistema sería bicameral, y los miembros de los dos Cuerpos legisladores se diferenciarían por sus calidades individuales, por el sistema del nombramiento y por la duración del cargo, sin que ninguno de ambos Cuerpos fueran hereditarios ni privilegiados. La sanción de las leyes y la facultad de convocar, prorrogar y disolver las Cortes serían facultades de la Corona. Finalmente, sería directa la elección de los diputados, pudiendo ser reelegidos indefinidamente.

Estas cuatro bases habían sido impuestas por la amarga experiencia política y parlamentaria de 25 años. Si se separaban de la Constitución las ordenaciones o normas de las leyes orgánicas del país, se la daba un carácter de permanencia sobre los cambios o mudanzas de las leyes adjetivas. El sistema bicameral regía en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en los Estados Unidos y en varias Repúblicas de la América Española, siendo el último figurín político de aquel entonces. Trasladando a la Corona la sanción de las leyes, se creaba, en realidad la responsabilidad ministerial. Con el sufragio directo se evitaban en gran parte los amaños electoreros y se hacía intervenir al pueblo, más activamente en la elección de sus procuradores o mandatarios.

Contra las bases señaladas se alzó inmediatamente la demagogia de los clubs y de las logias; contra su inspirador, el señor Argüelles, se dirigieron todos los tiros de la oposición. Los redactores de la Constitución no tuvieron más remedio que modificarla en sus líneas fundamentales. Hubo que declarar el dogma de la soberanía nacional a la cabeza del articulado.

Igualmente la delegación explícita de los legisladores de Cádiz proclamando la religión católica como única y verdadera fue rechazada, consignando únicamente «que la nación se obligaba a mantener el culto y los ministros de la religión católica que profesaban los españoles». Debatiendo el artículo, se abogó, naturalmente, por la libertad y por la tolerancia religiosas. Y al tratar de la organización del Senado, se cercenaron las facultades de la Corona que tenía que seleccionar los senadores según el artículo 15, título III «a propuesta, en lista triple, de los electores que en cada provincia nombran los diputados a Cortes» El Senado se troca de esta guisa en otra Asamblea popular dependiente de la voluntad de la nación, y así las dos Cámaras o estamentos eran absolutamente iguales en sus atribuciones. Los proyectos de la Comisión constitucional, declarando vitalicia la composición del Senado, vinieron a tierra, y el Código fue aprobado seguidamente el 1 de abril de 1837.

Mes y medio después, el 17 de junio, juraba la reina Gobernadora en nombre de su hija la nueva Constitución flamante. No pudo ser más explícito el juramento que se la obligó a formular ante las Cortes. «Si en lo que he jurado, o parte de ello, lo contrario hiciere, no debo ser obedecida; antes, aquello en que contraviniere, será nulo y de ningún valor. Así Dios me ayude y sea en mi defensa, y si no, me lo demande».

El liberalismo español, los doceañistas, los llamados filósofos reformistas de 1834, los directores más caracterizados de los alzamientos populares de 1835 y de 1836, transigían, una vez más, con la monarquía. Se acababa de firmar un nuevo, «modus vivendi». Insturiz y Galiano triunfaban de los extremistas. Al mismo tiempo que se aprobaba la Constitución, se excluía a los infantes don Miguel y don Sebastián y a la madre de ambos, doña María Teresa de Braganza, de la sucesión a la corona, se autorizaba al Gobierno para concluir tratados de paz y amistad con los pueblos de América y se confeccionaba una ley de Imprenta, practicándose por primera vez en España la doctrina de los depósitos y editores responsables.

Los diarios y los clubs pudieron más que los nuevos resortes constitucionales para asegurar la paz entre los partidos. En Barcelona hubo desórdenes de importancia lo mismo que en Madrid. Se declararon en suspenso varias garantías. Las Cortes, a pesar de tener concluida la Constitución, siguieron funcionando. El 16 de marzo se decreta que las fincas de propios y comunes, compradas en los años 20 al 23, se devuelvan a los que las compraron teniendo que acreditar estos su adquisición legítima ante los jefes políticos y las Diputaciones provinciales: El 24 de junio se suprimió definitivamente el diezmo. La Comisión nombrada para informar sobre supresión de las contribuciones de diezmos y primicias, propuso –15 de junio– que se declarasen propiedad de la nación todos los bienes del clero secular, que los clérigos fueran dotados por la nación y el culto sostenido por ella. Aprobado el dictamen se aprobó el decreto.

Estas Cortes de 1837 inauguraron el sentido pícaro y pintoresco que ha venido conservando el Parlamento monárquico español hasta su extinción en 1923. Argüelles elogiando al ministro de Hacienda, afirmaba que su misión era la de «trampear... y salir de momento». El diputado Venegas decía muy serio que renunciaría a sus ideas disolventes cuando España se hundiese

como un edificio viejo. «Ahora es preciso arruinar». Un clérigo, García Blanco, se expresaba así: «Nosotros, suprimiendo las fiestas no hacemos sino sancionar, lo que el pueblo ha hecho, como sucedió con el diezmo y los frailes». Y decía más gráficamente aún: «Es necesario limpiar la era, separar de sus cargos a los clérigos desafectos, aunque no sea más que por sospechosos, en lo que no se hace injusticia alguna». Don Pascual Madoz tronaba: «El Gobierno es el que tiene la culpa de todos los males, la primera reforma que se debía hacer era volar todos los ministerios.

Pero estas Cortes y la Constitución que de ellas surgió fueron ejemplares, no por lo que hicieron; sino por lo que evitaron. El divorcio entre el pueblo y la reina se había evidenciado ya. Contuvieron los desmanes absolutistas, ayudaron a Mendizábal, prepararon el ambiente liberal para los años sucesivos. 1837 fue un año decisivo para el siglo XIX; como 1931 lo ha sido para el XX, en que nos movemos y vivimos.

La Mañana (01-01-1933)
La Voz de Guipúzcoa (01-01-1933)
El Adelanto (05-01-1933)

GLOSAS CERVANTINAS

En busca de Dulcinea (I)

En esta mi nueva lectura de *Don Quijote,* vigésima lectura, reposada y tranquila; para recoger del manantial inagotable de sus canteras el perfume que en el ánimo de Don Quijote y de Cervantes dejaron las mujeres –la enana Maritornes, la vulgar Sanchica, la estúpida sobrina, la inefable Luscinda, Lela Marien la dulce, la gentil Dorotea, la bella Clarita, las dueñas cargantes, la burlona Duquesa, nuestra señora Doña Dulcinea, conocida en su aldea con el nombre vulgar de Aldonza Lorenzo– digo, que al releer el *Quijote* con ese propósito, el espíritu, en sus horas plenas de libertad y de emoción que son los únicos momentos de su vida, protesta de la limitación que le impone la realidad y la lucha por el pan de la esperanza.

Y el lector se detiene en el capítulo VIII, y los dos que le siguen, de la segunda parte, y torna a leer y releer, y meditar, esos tres capítulos. Se detiene aquí con singular deleite y con extraña amargura tratan esos capítulos de lo que le acaeció a Don Quijote cuando fue a ver a su señora Dulcinea y de las burlas de Sancho. Y se advierte que la burla es un arma pobre de razón y que la razón no vale nada junto al sentimiento. La burla supone una estrechez cerebral y es una prueba fuerte de incomprensión ante el dolor humano.

Leyendo el Quijote, no puedo soportar después, en muchos meses, a los ironistas profesionales como Quevedo, por citar a los viejos, como Anatole France y Eça de Queiroz para que no se me diga que me olvido de mis tiempos. Y se advierte –insisto– que la razón no es el único motivo del obrar y que la razón, el sentimiento práctico de conducta, es bien poca cosa sin delicadeza, sin unción, sin bondad, sin el total desdoblamiento del ánimo a toda suerte de vicisitudes. Para comprenderlo todo, hay que amarlo todo. No se penetrará jamás enteramente en el espíritu de Cervantes –no hablo ya de su obra literaria, externa, de lengua y de estilo– si no se ha sentido antes en el alma la fuerza de un ideal, que, a pesar nuestro, nos arrastra cuando parece que somos nosotros los que le arrastramos a él. No se dará uno cuenta de cómo Aldonza es Dulcinea, y las ventas castillos, y los rebaños de ovejas ejércitos de gigantes, y las rameras damas, sino[163] purificamos, antes de la lucha, en la lucha y después de la lucha, las imperfecciones humanas para olvidarlas y quererlas. Nadie más feliz, por ende, que el Don Quijote del amor cristiano, San Francisco de Asís. Nadie más feliz tampoco que el Caballero de la Triste Figura. O que aquella dama andante del ideal, Teresa, que de niña quería irse con su hermano Rodrigo a descabezar infieles[164], a tierras de protervos herejotes. El toque está en proveerse de una morada para la vida material, y sobre todo de un castillo interior, como la Santa, o de una fuerza interior como Don Quijote, o de un amor a todos y a todo como el Santo de Asís para la vida del espíritu, que no puede vivir con ligaduras, ni con cadenas, ni con limitaciones, los sueños que le dan la libertad y de los que cobra el espíritu su fuerza.

Recordad, conmigo, los incidentes de Don Quijote. Apretaré el recuerdo en pocas palabras; no temáis fatiga. Marcha Don Quijote a ver a su dama a la aldea del Toboso; quiere el caballero

[163] Así en el original. Dada la frecuencia con que encontramos la confusión entre *sino* y *si no* hemos de concluir que se trata, no de erratas, sino de una confusión propia del autor como demuestra también en las cartas personales.

[164] Una y otra vez insiste Sánchez Rojas en decir que Teresa de Jesús, como heroína, estaba empeñada en ir a "descabezar infieles", cuando lo que cuenta en su *Vida* es lo contrario, deseaba ir a que la descabezasen, a morir como tantos mártires de la fe cristiana: "Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen". Vida, 1,4.

la bendición y la buena licencia de la dama para continuar sus aventuras; aprieta a Rocinante, porque la noche entra a más entrar, y el hidalgo quiere dar con sus cansados y molidos huesos en la aldea del Toboso, para alcanzar el día en aquellos andurriales manchegos de su amor. En el camino habla Don Quijote con Sancho: «Ninguna cosa desta vida –dice Don Quijote– hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas». Sancho así lo cree, pero apunta la malicia de que el caballero recibirá la bendición de su dama, desde las bardas de un corral.

Amo y criado discuten. De ricos palacios habla Don Quijote, y de galerías, patios y corredores como digna morada de Dulcinea. Sancho, burlón, materialista, indiferente a los sueños del ideal, advierte que todo puede ser, pero que él vio bardas de corral en la morada de Dulcinea. Don Quijote, al contacto de la realidad con Sancho, afirma más y más su fe en el idealismo. Bardas de corral o verjas doradas de jardín, ¿qué le importan al hidalgo? «Cualquier rayo que del sol de su belleza –afirma Don Quijote– llegue a mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón de modo que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía». ¡Admirable fe la del hidalgo! Las cosas ya no son tangibles realidades, sino sombras y apariencias; con hacer de las bardas verjas, queda resuelto el problema para el espíritu. Sancho no entiende de sutilezas, pero da en el clavo cuando afirma que vale más ser santo que caballero andante. Lo que pasa –puntualiza don Quijote– lo que pasa es que el oficio de la caballería es una suerte de religión, y así sostiene el hidalgo, no ya la igualdad de los oficios y menesteres, sino la santidad de todos ellos. «No todos podemos ser frailes» –dice agudamente Don Quijote–; en toda profesión se sirve a Dios y se puede alcanzar el ideal. Esto no lo entienden los literatos que reputan profesión ilícita la de las armas o los capitanes que entienden cosa de juego y niñería el culto de las musas.

Así hablando llegan al Toboso caballero y escudero. Dormía la aldea en sosegado silencio. La noche era entreclara. Ladridos de perros atronaban el oído de nuestros dos amigos. Los vecinos del Toboso dormían a pierna suelta en estas horas altas de la noche. Sólo velaba el desasosegado amor de Don Quijote, porque Sancho estaba, a su modo, dormido. Dormido y lleno de miedo, que su amo iba a descubrirle las tretas de su fingido primer viaje a Dulcinea. Nada de conciertos armoniosos –¡oh pícara realidad!– en la patria de la dama. Rebuznan jumentos, maúllan gatos, ladran canes, gruñen puercos; en el silencio de la noche, sobre el fondo del silencio del Toboso, redoblan tan lamentables y ásperos sonidos.

«Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea, que tal vez la hallemos despierta». Advierte que el caballero llama hijo a Sancho; llámale hijo porque son horas de amor estas horas. «*Sancho, hijo...*» Una sola palabra bástale a Cervantes para revelarnos cabalmente el estado de espíritu del enamorado y pobre caballero. Sancho no se conmueve; no recuerda de palacio alguno en la aldea del Toboso; en una casa pequeña dice él que vio a Dulcinea, cuando en verdad no la había visto jamás en casa alguna, ni pequeña ni grande. No advirtió don Quijote que Sancho no puede ver jamás a Dulcinea. No quiere discutir con su Señor, y discretamente, juzga Sancho que no son estas las horas de velar Dulcinea. Don Quijote se deja convencer, pero su fe en el amor recobra nuevos bríos. El bulto obscuro de la iglesia parécele a Don Quijote el alcázar de Dulcinea. Pero los ojos de la carne dícenle a Don Quijote que no es palacio sino iglesia lo que tiene delante y humildemente rectifica: «Con la iglesia hemos dado Sancho...»

Han dado con la iglesia los dos. Sancho tiene miedo de rondar cementerios a tales horas; Don Quijote, que tiene que topar con el palacio de la hija de Lorenzo Corchuelo, vive alejado de tan infantiles recelos como hacen temblar de angustia a su escudero. Sancho, para alejar el peligro de su aventura, quisiera ver «comido de perros» el alcázar de Dulcinea. No sabemos cómo detiene su cólera Don Quijote; después vemos que necesita su amor de Sancho, es decir, de la materia, de la forma, de la realidad –trabajo, dinero, guía– como siempre necesita el Amor para vivir. Sancho no ha visto nunca a Dulcinea, pero Don Quijote... tampoco la ha visto. ¡Pobre caballero; necesita las confidencias de Sancho para no morir de angustia! Don Quijote *tampoco* ha visto a Dulcinea; se enamoró de ella por la fama de su honestidad y de sus virtudes. Entonces Sancho dice su primera verdad, que él tampoco ha visto jamás a Dulcinea, pero no cree tal villanía el inocente caballero. Y es que el amor sino se nutre, para vivir, de verdades, se nutrirá de mentiras; a la postre, es igual; necesita vivir, y como no puede elegir de ambiente, acepta de buen grado el que le dan.

Pero, al llegar a este punto, oyen amo y escudero un romance, y les sucede lo que verá el lector, si tiene la paciencia de leer el segundo artículo que dedico a las huellas de Dulcinea, con el bagaje que me dan mis meditaciones y mi experiencia personal de las cosas, oteando, una vez más, por el peregrino libro, biblia de todos los aciertos y de todos los desaciertos de nuestra raza.

La Vanguardia (16-05-1913)

Maritornes

«Servía en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerto y del otro no muy sano...»

CERVANTES
(D. Quijote. 1ª Parte Cap. XVI)

Todos recordáis a la buena moza asturiana, caritativa, dadivosa; todos recordáis a Maritornes.

Miradla; está sentada en el pozo de la venta; cae la tarde. Por la calzada suena el cuerno de un porquero; lleva el ventero bellotas a unos cerdos que reunían en el corral. Oyese, a lo lejos, el tintineo de las esquilas de un rebaño que pasa.

Mirad a Maritornes. Pringa el ojo tuerto; tapa el menos tuerto una bayeta de tafetán verde. La cara ancha, tiene la color amoratada; se ha llevado el moquero a la nariz roma. Como es jorobada, su busto escuálido se inclina y la cabeza también; su exigua figurita le da el aspecto de una enana.

Llora Maritornes sentada en el poyo de la venta. Ya es vieja; muy pronto cumplirá sesenta años; parece el cutis pergamino; el pelo semeja crin de caballo. Del juboncillo sucio, zurcido y vuelto a zurcir, ora negro, ora verdoso, asoma un pecho lacio. Tan infantil y ridículo es el llanto de la enana que mueve a risa a la mala hembra, mujer del ventero, que pasa a su lado.

Es que Maritornes, la pobre Maritornes, recuerda su vida pasada. Nació en una aldea risueña, donde lucían los castaños; era verde la campiña de su infancia; un monte abrupto le servía de abrigo; un riachuelo lamía la alfombra de su aldea. Y después... Después recordaba Maritornes algo nebuloso, vago, impreciso. Criada de escolares en Salamanca, todos se burlaban de ella. Después, un soldado ocioso en Valladolid, que la requebró de amores. Ella que era buena, se lo creyó y un hijo nació de todo aquello. Pero el hijo murió a raíz de haber nacido, no se alimentaba Maritornes; era pobre su leche; de anemia murió el retoño del soldado burlador que la requebraba de amores en Valladolid.

Y luego lo que pasa. Rodó por mesones y por ventas; vivió con una bruja en Talavera; sirvió en mancebías toledanas; vivió en Córdoba con un galopín que le pegaba. Y rodando, rodando, acertó a pasar por aquella venta; y en ella se quedó por pereza, y fue de todos los que la quisieron tomar. Conoció besos de trúhanes y de arrieros, de bachilleres y de ladrones, de pajes y de soldados. Y ningún beso había dejado en su alma su perfume. Eran besos de lujuria, besos a escote como la ración de la cebada y el alimento de los que allí posaban.

Todos se habían reído de la pobre Maritornes; todos. Ya es vieja y tiene el pecho lacio; su cuerpo se encorva hacia la tierra que será más piadosa para Maritornes que los hombres. Solo una vez... solo una vez acertó a pasar por la venta un caballero que la llamó señora. ¡Señora a ella, a la pobre Maritornes! Era un hombre espigado, alto, seco, vestido de un jaez tan peregrino que todavía lo recuerda Maritornes. ¡Le llamó señora a ella, a la pobre Maritornes! Aquel caballero se llamaba... ¿cómo se llamaba? D. Quijote.

Llora Maritornes sentada en el poyo de la venta, a la caída del sol. Y no tiene más recuerdo dulce, piadoso, en su vida de afanes, de ajetreos, que el del Caballero de la Triste Figura.

La Alhambra (15-06-1913)
El Adelanto (12-03-1913)
El Eco de Santiago[165] (28-06-1917)

En busca de Dulcinea (II)

Oyen un romance amo y escudero, el romance de Roncesvalles:

Mala la hubisteis franceses,
La casa[166] de Roncesvalles;

es un aldeano el que lo canta; el labrador, sencillo, discreto, juicioso, se acerca al hidalgo y a Panza y Don Quijote le pregunta: «Sabreisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios,

[165] *El Eco de Santiago* incluía, también, la semblanza de «Marta».
[166] El romance dice: «En esa de Roncesvalles».

¿dónde son los palacios de la sin par princesa Doña Dulcinea del Toboso?» Le llama buen amigo, le desea buena ventura; mirad que humilde es el continente de los caballeros cuando su amor necesita merced de noticias aldeanas. El mozo es forastero; no sabe, pero no se ríe; no cree que haya princesas en el Toboso, pero cada señora honesta es en su casa una princesa. Pocas palabras y bien dichas, sin el menor asomo de ironía en ellas. Don Quijote, que jamás se ha dejado vencer de la burla de Sancho, parece quebrar ante la discreción del humilde labrador. «Pues entre esas (señoras) –dice Don Quijote– debe estar esta, amigo, por quien te pregunto». «Podrá ser» –agrega el labrador– «y adiós, que viene ya el alba».

¡Adiós, que viene ya el alba! Maragall no se hartaba de paladear tan donosas palabras. Con harto motivo, ciertamente. Viene el alba, y marcha al campo el mozo. Por las noches, vela el amor y el deber del gañán que de noche se levanta para preparar sus menesteres. Todos los que no son enamorados ni labradores, yacen en nuestra España, sobre el lecho, largo rato después de salir el sol. Es la hora del alba, y Sancho está malhumorado y confuso, que anda en vías de descubrirse su necedad, cuando engañó a Don Quijote diciéndole que había visto a Dulcinea, sin haberla visto, real y verdaderamente. La preocupación de Sancho es que Don Quijote salga a más pronto salir del Toboso. Don Quijote acepta de buen grado. El socarrón de Sancho topará con Dulcinea; hablará con ella; le pedirá licencia para que Don Quijote le ofrezca su homenaje. Sale del aprieto así, y el buen caballero agradece a Sancho la feliz ocurrencia de todo corazón. Pero Dulcinea –diga lo que quiera el señor Unamuno– *no existe;* es Aldonza Lorenzo la que vive en el Toboso, marchita y vejestona ya, seguramente. Aun siendo prudente Sancho Panza, no sacará de la verdad más arbitrio que de la mentira; tanto monta, al fin de cuentas, para un enamorado, esta como aquélla. Aldonza Lorenzo tendrá ya cerca de los cincuenta años; será descuidada en el tocado; la forzada soltería la habrá hecho malhumorada y murmuradora, al ver cómo han dado fruto amores ajenos de tiernas doncellicas. Aldonza Lorenzo, sin la fantasía de Don Quijote, no vale nada, como no vale nada igualmente el hombre sino lo embellece el amor de una mujer; nos enamoramos de Dulcinea porque es guapa o la fingimos guapa para enamorarnos de ella; el valor del sueño, del ideal, del amor, la esencia del espíritu de Don Quijote, estriba sencillamente, no en una verdad *objetiva* –que viva vida aparte de nuestro entendimiento– sino en una luz interior, deslumbrante y cegadora, que preste luz a los rincones obscuros y mal iluminados y que arroje vivo resplandor sobre los más claros y lucientes. Borra defectos pero multiplica la intensidad de las virtudes. Hace, en una palabra, Dulcineas de Aldonzas. Así España ha procedido siempre con espíritu quijotil; ha vivido a gusto en el engaño; llama cerdos a los *yanquees* y vive contenta; inventa toxpiros, submarinos, demonios colorados, de cara a la ciencia, y como Don Quijote, se retira del Toboso a un bosque cercano, a la menor advertencia de un marrullero cualquiera.

Pero no divaguemos; Don Quijote –haciendo caso de Sancho– ha salido del pueblo; Sancho piensa en una nueva industria para engañar al hidalgo y salir del apuro como mejor pueda, que, en el fondo, los discretos temen los puños de los enamorados.

Y Sancho piensa: «Don Quijote no ha visto a Dulcinea; tampoco yo la he visto. De suerte que cualquiera mujer puede servir de Dulcinea». Esto es, Sancho prepara una trampa, pero dice una cosa razonable, acaso porque la razón sirve para todo, lo mismo para las burlas que para las veras. Una careta es muchas veces una cara y una cara es muchas veces una careta. La industria de Sancho lleva las trazas de salir con todo bien del barranco. –Don Quijote está loco– piensa Sancho. Y como está loco Don Quijote, cualquier fingimiento tendrá aire de cosa verdadera y auténtica.

Entonces ve el socarrón tres labradoras sobre tres pollinas. Y acude a buscar a Don Quijote. Una labradora –piensa Sancho– puede ser muy bien Dulcinea; haré pasar a las otras dos por doncellas suyas. Si niega Don Quijote, yo afirmo. Si niega Don Quijote, le haré creer en que Dulcinea y sus dos criadas han sido encantadas por algún encantador, enemigo de la gloria de mi amo.

Dicho y hecho. El problema de *la apariencia* resuelto está y queda satisfecho Sancho Panza. Don Quijote cree a Sancho, que el corazón cree siempre lo que quiere creer. La voluntad modifica siempre, más de lo que parece, las voliciones y los discursos.

Don Quijote ve tres labradoras sobre tres borricas. Afirma Sancho que no; insiste Don Quijote. Acude Sancho al expediente de los encantamientos y queda convencido el infantil hidalgo. Y se arrodilla ante la labradora que Sancho dice ser la gentil princesa del Toboso, Dulcinea. Se arrodilla Don Quijote y acepta la realidad exterior, echando la culpa a la magia y hechicería de los encantadores, sus enemigos. Frases vulgares, pullas burlescas dice la labradora al rendido corazón de Don Quijote. –«Sancho–exclama el caballero– ¿qué te parece cuán mal quisto soy de encantadores?... Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados...»

Sancho, a su vez, se indigna y alborota contra los encantadores. Lleva camino de creer sus propias patrañas el escudero. Don Quijote se resigna pensando cómo han de ser los lunares de Dulcinea, por la buena cuenta que le da Sancho Panza de ellos. Pero lleva el frío del dolor en el alma, y no puede disimularlo Don Quijote.

Como no puede disimularlo España, la patria del caballero. ¿Dónde cae el Toboso?

Más concretamente ¿dónde habita Dulcinea? Estas dos preguntas no las ha contestado nuestra historia todavía. ¿Lleva, lector amigo, camino de contestarlas?

Que si Europa; que si la cultura; que si las escuelas; que si la despensa –como si la despensa diera felicidad–. Unos piden libertad, como si la libertad, por sí misma, sirviera para algo, como si la libertad fuera un fin; otros, pelo, mucho pelo, mastines de presa con bardas de corral, llenas de pinchos.

Y el Toboso sin parecer, y sin parecer Dulcinea. En el bulto de la sombra de la iglesia confunden los Quijotes el palacio de Dulcinea; es natural; todo palacio de la amada debe ser templo del espíritu. Pero otros dicen que el palacio de Dulcinea es una fábrica; otros un cuartel, otros, mucha práctica y ninguna teoría; otros la escuela *neutra.* ¡Qué se yo! Ni aparece el Toboso ni aparece Dulcinea.

Vivimos como descentrados; nadie sabe embutir una finalidad en las cosas. No hay brújula posible que oriente nuestra política, nuestra literatura, nuestra hacienda; damos voces en el desierto y callamos cuando podemos ganar un corazón a nuestra causa, que es la causa de don Quijote. El camino del Toboso ¿dónde está? ¿Dónde el alcázar de Dulcinea? Acaso en el espíritu, sólo en el espíritu, y es inútil devanarse los sesos por los caminos reales y por los ventorrillos en busca de Dulcinea.

La Vanguardia (21-06-1913)

La novia de Cervantes

De Toledo he venido a Esquivias con unos amigos esta tarde en automóvil. Tarde soleada y tibia, páramos manchegos, espadañas y torres en los llanos de la Mancha rasgando la monotonía solemne de la tierra gris. De lejos, en el coche, se me antojaba que las torrecitas eran molinos de viento. Muchachas de belleza sobria y reposada, de hablar lento y sonoro, en las ventas del tránsito; aldeanos cachazudos y sentenciosos tomando el sol y liando un cigarrote tosco de mal tabaco. Un cura en una yegua. En Algodor nos obsequian precisamente con duelos y quebrantos; están sabrosos los menudillos del cerdo sacrificado ayer; yantamos de los tasajos con blanco y aromático clarete de Yepes. En Yeles, ya en pleno escenario quijotesco, una muchacha muy linda, de resuelta y negra pelambrera, con dos ojos que dan más luz que los luceros, llamada Isabel María, nos pregunta si hemos visto a su padre por el camino.

Sonreímos. Tal vez…; ¿Un aldeano, con chaqueta de pana, gordinflón, que cabalga en una mula?

– ¡El mesmo, señorito, el mesmo!

Y hay tal dulzura, tal fragancia en la voz de esta niña de Yeles, de Isabel María, que se me entra alma adentro, llenándome de suavidad.

– ¡El Señor les guíe, señoritos! –dice Isabel María. Y el auto reanuda de nuevo su marcha.

Esquivias. Una Iglesia mudéjar. Casucas grandes. Algún escudo. La casa de Catalina Palacios de Salazar, la novia de Miguel, es de aspecto hidalgo. Otra linda chica, rubia, mimosa, sale de la casa de Catalina. Tiene ojos azules. El lino de la caballera es de oro veneciano, de mies seca de Agosto, de centenes relucientes de Carlos III[167]. Miramos la fachada. La rubita nos invita a entrar

– ¿Quieren ustedes verla?

– Sí. Con mil amores. ¿Viene mucha gente?

– ¡Ay, no! Ingleses, alguno que otro, Españoles, alguno que viene de Toledo, así como ustedes, una tarde. ¡Tiene tan poco que ver el pueblo!

Y yo me siento galante:

[167] En realidad, el centén fue una moneda de oro que se emitió por primera vez en 1609 bajo el reinado de Felipe III, no Carlos III, bajo cuyo reinado no se acuñó.

– Señorita... señorita, qué ¿cómo es su gracia?
– Pilar, para servir a Dios y a usted.
– Pues mire usted, Pilar –¡bonito nombre, caray!– si a mí me aseguraran que una tarde como esta, que todas las tardes, al llegar a Esquivias, veía yo salir de casa de la novia de Miguel una criatura tan linda y tan amable como usted, vendría todas las tardes a Esquivias.
– ¡No se burle de una pobre pueblerina como yo! –suplica Pilarita.
– ¡Al revés, Pilar! ¡Si viera usted qué pocas cosas nos dicen al corazón las cortesanas! ¡Empolvadas, con colorete en los labios, un asquito, Pilar! El que tiene sed, ¿cree usted que bebe Vichy o coge en la palma de la mano un poco de agua cristalina y fresca del regato?
– A mí, es un decir, me gusta más el agua natural.
– ¿Ve usted?
– No, no veo –añade Pilarita picarescamente.

La casita es vieja. Resuena la madera bajo nuestros pasos. Estancias anchas y oscuras, pasadizos, salitas con estampas de David matando a Goliath, de Sansón y Dalila; una Reina de *La Esfera*. Camas anchas de matrimonio, con colchas rojas, Pilarita nos dice con una ingenuidad admirable:
– ¡Aquí duermo yo!

Las almohadas son blancas, blancas... Huele a membrillo. En unos vasares hay unas flores marchitas. Hemos concluido la visita y saludamos a Pilar. Pilar saluda mejor que las princesas más o menos auténticas del Palace y del Maxim.

¡Amigo Cervantes: sacié mí curiosidad! Conozco la casa de tu Catalina. Te veo llegando a caballo de Alcalá, vega del Henar adelante. Te veo bajar en la casa de tu prometida, risueño, optimista, cargado de esperanzas y de sueños. Catalina te sonríe; tus suegros te gruñen. ¡Si no eres nada, Miguel! Ganas poco dinero; antaño, los editores son bastante más ladrones que hogaño; no perteneces, amigo mío, a ningún escalafón. ¡Soldado, viejo y poeta: mira que son unos títulos para pretender hidalgas!

Pero tú sonríes y Catalina te reconforta con su mirada y te presta su mano que tú besas a hurtadillas, y la suegra dice: «¡ya está ahí ese pavisoso!» y el suegro exclamando: «¡buen pelo va a sacar mi hija!» te saluda seca y brevemente y va a charlar de la cosecha de las olivas con el físico, con el secretario y con el corregidor a la botillería de la esquina...

Y tú hablas con Catalina. En la alcoba de Pilar, sin duda. Donde ella pide a la Virgen un novio, donde ella extiende su madeja de oro por las blancas almohaditas, nació tu amor, Miguel. Y tú hablas con tu Catalina. Serás el primer hombre de España. Te sonreirá la fama. Las Musas te besarán en la frente, llena de dolores y de recuerdos. Y llega la noche en Esquivias. Y la luz de la luna se refleja en el rostro de tu novia. Y os juráis eterno amor. Y la suegra te dice una impertinencia, Miguel. Y el suegro te dice que qué piensas hacer, Miguel. Y tú hablas con Catalina, y Catalina razona como sus padres, al despedirte de ella. Y de tus ojos sale una lágrima que te quema las mejillas.

¡Querido Miguel: Un amigo tuyo viene a recoger a través de tres siglos largos la estela que el amor mozo dejase en tu espíritu, en esta casita de Esquivias, en horas de reposo y de dolor! Y tu interrogación ante las cosas es su propia interrogación hogaño; las mujeres, el amor. ¿Y luego? Los desengaños. ¿Y luego? El amor después. ¿Y luego, y luego, y luego?

Te separaste de Catalina. El lugar «de cuyo nombre no querías acordarte» yo sé de buena tinta que era Esquivias. Te separaste de Catalina, Miguel. Era buena, pero... Era linda pero... Y tornaste a ella, ya viejo, y cansado, lleno de gloria, de sueños y de deudas. Y Catalina no se acordó de las noches de Esquivias, cuando besaba y plateaba la torrecilla del lugar.

Y fuiste infiel. Y tuviste devaneos en Sevilla, en Valladolid, en Italia quizás. Y defendiste a Maritornes. Y una hija natural te cerró los ojos a la hora de tu muerte.

¡Miguel, tus suegros tenían razón! Un pegujalero zafio, un vocero idiota, valen más que tú socialmente.

¡Soñemos, meditemos! Pero compremos con nuestros sueños un jardín. Y pongamos precio a los versos. ¡Ay, somos más viles que los Arlequines y Pantalones de la italiana farsa! ¡Cobremos en moneda corriente nuestros sueños!

– ¿En qué piensas? –me dice el canónigo de la Metropolitana.
– En Catalina, pater.
– ¡Pobre Cervantes!
– Sí, no fue muy rico.

– Y fue muy desgraciado.
– Oye: Dulcinea era mema –le digo.
– ¿Crees tú?
– Seguramente, Y germanófila. Y leía los folletines de *El Debate*. Y no entendía las cartas de D. Alonso. Y se casó con el Bachiller. Y le puso las peras a cuarto. Y no se peinaba hasta después de comer.
– ¿Estás loco?
– ¡Claro! No en balde hemos estado un momento en casa de la novia del padre del Quijote, de la Dulcinea *auténtica*, chico, ¡Muera Dulcinea!

Mi páter oye el exabrupto. Anochece. El clérigo de Esquivias nos da un reconfortante chocolatito. Noche de luna clara. Atravesamos el páramo manchego. Una hora después, entramos en el puente de Alcántara.

¡Pilar, Isabel María, Catalina, Miguel! ¡Gracias, Dios mío, por el día de hoy!

El Adelanto (14-02-1918)

El romance de don Luis

El episodio del mozo de mulas es, para mi gusto, el más bello del Quijote, el de mayor emoción estética. Todos vosotros lo recordaréis seguramente. Un estudiante, hijo de un noble y principal caballero aragonés, se ha enamorado de una niña que vive enfrente de su casa. Estos amores han transcurrido y se han deslizado suavemente, sin una sola palabra, a hurto de la presencia de los padres. Los favores de la damita han sido tan cándidos como inocentes. Se han reducido a dejarse contemplar por el galán, estudiante y enamorado. De las señas que se hacían estos palomos nos da Cervantes exacta y puntual noticia. El galán «juntaba una mano con otra», dando a entender a la damita que se casaría con ella. La damita aceptaba la insinuación sonriendo. Y corriendo y descorriendo las celosías de la ventana se entendía con su trovador.

Clarita desaparece de Madrid. Su padre es un grave magistrado que va a la Audiencia de Méjico. A los dos o tres días de caminata descubre al novio la dama con arreos de mozo de mulas. Y al llegar a la venta que rige Juan Palomeque, el *Zurdo*, rompe el sueño de la dama el galán cantando un romance.

¿Os habéis parado a leer este romance alguna vez? Yo lo he leído muchas veces, y cada vez me sabe a cosa nueva. El poeta es un marinero de amor que navega sin brújula por el mar de la vida, desesperanzado de llegar a tierra firme. El marinero es víctima de sus inquietudes, de sus dudas, de esos pesares que destrozan cruelmente el corazón. Y ha descubierto a lo lejos, parpadeando en el último confín del horizonte, una estrella el marinero, que sigue ansiosamente. Es una estrella tan bella la del estudiante, que proyecta la luz a los ojos de la mujer amada. «Recatos impertinentes» y «honestidad contra el uso» son nubecillas que empañan la luz de la estrella saltona. Y en su lumbre se apura el corazón del estudiante. Y la muerte coincidirá con la ocultación de la estrella. ¿Recordáis?

Y cuando duerme el romance en los labios de don Luis, mientras Clarita duerme, mientras reposa la siempre novia, don Luis, firme en sus quimeras, inicia otra canción, rasgando la placidez de la noche. En ella canta su esperanza el mozo de mulas disfrazado. «La esperanza –dice la canción– sigue la vía que nuestros sueños aderezan y fingen.» Así, a cada paso coincide con la muerte. La desdicha no se ha hecho para los que no saben contrastar la fortuna. Amor no puede nutrirse de ocios, porque Amor es tan razonable que vende muy caros sus favores. La prenda más rica es la que se aquilata por su gusto. Las porfías amorosas logran lo imposible, y cuando son difíciles, el corazón no debe recelar nunca de alcanzar desde la tierra el cielo.

Toda la poesía de Cervantes está en estas canciones. Diría también que toda su filosofía de la amargura, que su visión personal de la realidad del mundo. Toda la tristeza del Caballero de la Triste Figura está en el error inicial; en fingirse una estrella que no alumbra, y en no divisar una real, por alta y lejana que esté, en el rincón más oculto del estrellado cielo de la ventura. La conquista de las cosas, la posesión de la dicha, la aproximación de los ideales estriba no tanto en la intensidad como en la limitación del esfuerzo. Solamente abrazándonos con la realidad, bebiendo a sorbos en el manantial de sus aguas, es como podemos desembarazar el camino de obstáculos y de malezas. Los poetas tienen la mala costumbre de hacernos comulgar con ruedas de molino, de convertir el mundo en representación subjetiva y de inferirnos porrazos con sus sueños, de que solo la realidad fecunda, madre del ensueño, puede curarnos completamente.

Las cosas son como son –independientemente de nuestros sueños y de nuestras imaginerías–. Y el mozo de mulas, en su romance, nos enseña el camino para llegar a la realidad de las cosas. No es con la contemplación pura, sino con el entusiasmo de la acción, como nos apoderamos de sus secretos. Se requiere la fe, la fe limpia de dudas, para que las nubes no empañen la luz de las estrellas que alumbran nuestro corazón; pero ha de ser fe activa, diligente, constante y perenne; fe de creyente, y no de carbonero, la que impulse en todo momento la conquista, el conocimiento y la posesión del mundo.

Los sueños los prepara la imaginación; pero solo sabe adueñarse de ellos enteramente la voluntad. Nuestro quijotismo histórico –tan decantado– no es más que un caso agudo de abulia. Inventamos trabajos para no trabajar, y acumulamos ideales sobre la fantasía, sin completarlos, gozarlos y vivirlos.

Toda la epopeya quijotesca se reduce a dar coces contra el aguijón, a clavarnos las espinas de todos los senderos, y a relucir nuestra soledad, y a no tener el valor de aceptar nuestro puesto en la vida, convirtiendo las ventas en castillos, los carneros en ejércitos, y en altas damas las rameras y mozas del partido. Y en el amor –y Don Quijote no es caballero enamorado, digan lo que quieran los comentaristas– el secreto estriba no en gozar de sus favores, sino en merecerlos, en estimarlos y en tasarlos a alto precio, para dilapidarlos en los instantes de cansancio y de optimismo.

Don Luis el estudiante escribe romances y los canta en la venta, mientras Clarita duerme; pero don Luis los ha vivido antes en sus horas de abandono, cuando confía a los gestos lo que no puede decir con los labios. Don Quijote, en cambio, compone coplas de pie quebrado a Dulcinea, que no conocen los yangüeses, ni conoce aquel buen labrador con el que tropiezan el caballero y Panza en su excursión al Toboso, ni conoce nadie, porque es la justificación de la petulancia, la ensoñación de esta alta señora, que no pasa de ser Aldonza, la hija de Corchuelo, casada probablemente con el más bruto y negado del lugar, mientras Don Quijote se disciplina las finas pantorrillas, por un ensueño que no ha aceptado tal como era. La imaginación, para ser fecunda, ha de ir envuelta en trazos de realidad, en anhelos de carne y hueso, y no en pragmáticas de libros de Caballerías. Más listo Don Luis que Don Quijote, su romane le lleva a la vida –a su vida, que es su Clara–, mientras todas las coplas del caballero manchego le llevan al lecho de la muerte, para que ni siquiera en aquellos instantes crean en su cordura los rapabarbas y las mujerucas ramplonas que le rodean en el último instante. Mi Don Quijote, el mío, nace cuando su carne corporal se pudre, allá, en el cementerio del pueblo, y su confesión más dolorosa, la que le reconcilió con Dios y con los hombres, es aquella tristísima suplicación a los que le rodean para que le dejen en paz, ya que su alma no es cosa de broma y él quiere ponerse a bien con su alma…

Amorosas porfías
tal vez alcanzan imposibles cosas,
y así, aunque con las mías
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra al cielo.

Así cantaba el mozo de mulas, y así debemos cantar también en estas horas tristes en que se están renovando todos los valores sobre la concepción de la vida. Y con la canción del escolar en los labios, yo no encuentro más grito patriótico que el de ¡muera Don Quijote!, para que viva Alonso Quijano el Bueno, y para que vivan con nosotros también la resignación y el espíritu de sacrificio, y para que acoplemos nuestros sueños a nuestra realidad y nuestra realidad a nuestros sueños. ¡Muera, muera Don Quijote y todas sus imaginerías, para que en nosotros viva la fe de la niñez, y para que la estrella que vio Don Luis en su romance vierta su luz cegadora sobre los corazones que se asoman a los nuestros, pendientes de escuchar una palabra que nos redima de nuestros falsos sueños!

La Esfera (23-02-1924)
La Libertad (19-03-1922)
El Adelanto[168] (13-12-1915)
La Publicidad (10-02-1922)

[168] En *El Adelanto* y *La Publicidad* se tituló «Sobre el romance del mozo de mulas».

Las noches de la venta

Todos duermen en la venta; Clarita, la rubia hija del oidor, que cumple quince años allá para San Miguel, por las vendimias; Lela Marien, ya en tierra de cristianos, con su buen capitán, el cautivo de las montañas de León; Dorotea, la bella labradora de Osuna, pensando en su Don Fernando, arrepentido de sus bellaquerías, y la dulce Luscinda, la niña cordobesa, que torna a revivir las ilusiones de la infancia con Cardenio el Roto. Todos duermen en la venta de Juan Palomeque, el *Zurdo*, menos Don Quijote, que hace guardia voluntaria y nocturna en lo que él imagina ser castillo; Maritornes, rijosa de arrieros y ambulantes que lo rondan sin precaverse, de ojos ociosos, y Don Luis, el estudiante, que dice endechas y compone romances a la luz de la luna, mientras Clarita, la novia madrileña, duerme...

Advertid, amigos míos, que todas las heroínas y todos los héroes de nuestra novela andan cabizbajos y mohínos hasta que no topan a Don Quijote en la senda de su vida. Dorotea se conforma con ser una princesa Micomicona de la ficción y del ensueño; Luscinda se resigna a la soledad de un claustro andaluz con limoneros y naranjos; Clarita, a escuchar romances platónicos y comedidos; Lela Marien, la hija de Agi Morato, a sonreír ante la Virgen María, madre común, estrella de la noche y consuelo y refugio de todos los *nizarani* caballeros y guapos. Solamente Don Quijote, que sigue pensando sin cesar, como tozudo cincuentón que es, en aquella Aldonza Lorenzo, a la que vio una mañana en el atrio de la iglesia de su pueblo a la salida de la misa dominguera, solamente Don Quijote tiene la virtud de trocar en realidad de bulto, de carne y hueso, las ficciones y ensueños o imaginerías de amor de todos los que lo rodean y circundan. Pues hasta la propia Maritornes, sonrojada de oírse llamar altiva señora y principal princesa por aquel estrafalario, queda purificada ante la presencia del niño grande, que no sabe de bromas ni de chacotas, y que vela las armas una noche de luna clara para que las damas duerman y reposen.

¡Denso y maravilloso silencio el de una noche de verano en una venta manchega! De las entrañas de la tierra parda surge un canto de fecundidad y de promesa; dicen los grillos su monorritmo de metal; saludan las codornices la aparición del alba con sus golpes secos y cortantes. El aire nos trae el perfume de la mies encerada y en sazón y los trilliques, y mozos y segadores, al levantarse de las eras a media noche, vigilando el grano de las parvas cantan, para que el aíre se las lleve a prisa, envolviendo los surcos de ondas melódicas las primeras alboradas. No duermen en las noches del estío más que los amadores vulgares. Las quimeras nos hacen dar vueltas y más vueltas en el camaranchón de la venta; las ideas se entrelazan como racimos de cerezas en nuestra fantasía; el cuerpo, ágil, quiere desperezarse para encararse con el llano y soñar en él hasta que llegue la luz de la mañana. En estas noches –noches verbeneras de San Juan y de San Pedro, noches de San Cayetano y de la Virgen de las Nieves, noches de Santiago y de San Joaquín, y de Santa Ana, y de la Asunción– nacen los poetas inconscientes de la llanura, se llenan de rosas y de claveles las rejas de las siempre novias, hablan de celos y de esperanzas los bordones de las guitarras y de las bandurrias y nacen los idilios labradores en las aldeas. Son las noches en que llora su vejez Juan de la Encina, porque una morenita, fresca como una rosa, no hace caso de sus trovas y de sus «malenconías» de amor. Son las noches en que vela el buen Lope los sueños de Dorotea en la calle del León, de la Villa y Corte. Son las noches en que brotan los sonetos de Camoens y de Gil Vicente. Son las noches en que siglos atrás los poetas y juglares, a la vista de los castillos, robaban a las princesas y las llevaban muy lejos, muy lejos, a las tierras encantadas de la leyenda y de la poesía.

En estas noches tiene que velar, necesariamente, Alonso Quijano el Bueno, para que los que no son caballeros ni se han propuesto nunca desfacer entuertos ni aliviar a doncellas menesterosas, den en la flor de pensar durante la vigilia que no merece vivir quien no supera su vida en alas del absurdo ni de la locura.

La vida exterior no es, en puridad, otra cosa que el reflejo de nuestro yo, y por eso solamente saben gustarla, gota a gota los poetas y los caballeros andantes, que son hermanos mellizos o gemelos.

Nuevo Mundo (29-02-1924)

Isabelita y Cervantes

Mi querido amigo y compañero José Andrés Vázquez, que tan hermosas páginas escribe de Sevilla a cada paso, me ha traído esta tarde al gracioso compás de las monjas jerónimas de Santa Paula. Entramos al compás por una puerta gótica. Enjalbegado a la buena usanza sevillana, tiene una palmera en el centro y está materialmente sembrado de flores. La pequeña puerta de acceso aparece adornada con molduras de ladrillo. Nos sentamos y callamos un buen espacio a la caída de la tarde. La portada, de un solo cuerpo, adosada al muro, es de ladrillo agramilado. Unos delgados baquetones sirven de base a la serie de arcos ojivales concéntricos que la forman. Sobre azulejos azules y blancos, medallones con figuras de santas y de santos –Santa Elena, Santa Paula, San Sebastián, tal vez San Roque– aparecen encerrados en guirnaldas redondas de relieve. El espíritu de Luca della Robbia –a través del sevillano Millán– pasa por este compás y por este patinillo. Y el de nuestro amigo Miguel de Cervantes Saavedra que traza las páginas de *La Española Inglesa*, sentado tal vez, hace tres siglos, donde nosotros estamos ahora, evoca en nosotros, con la fragancia de la tarde de otoño, la silueta de esta dulce Isabelita que vive en la casa que mira a la puerta del compás, de esta Isabelita rubia y risueña que tiene en el convento una primita sevillana de voz de plata y de cristal, de esta Isabelita casera que llorando cuitas de amor prepara el momento de su noviciado, ente oraciones, plegarias y recuerdos de aquel novio Recaredo que ha muerto en países extraños pensando en la prometida… ¿Recordáis?

Pero… ¡silencio, amigos míos! Isabelita, la misma Isabelita, acaba de penetrar ahora en el compás. Es la misma de carne y hueso que nosotros hemos amado y añorado tanto desde los días plácidos y ya un poco lejanos de nuestra muchachez. Está vuelta de espaldas, y habla en estos momentos con el recadero, deseando penetrar, tal vez, en el locutorio. No viste saya entera de raso verde, acuchillada y forrada en rica tela de oro, como cuando la conoció Miguel, sino que se toca de mantilla y de peineta alta, a la sevillana: La blusa y la falda son negras; negras también las medias, donde aprisiona sus piernas sólidas, armoniosas y firmes. Por sus cabellos «rubios y largos, entretejidos y muchos», hemos conocido a Isabelita. Y por sus ojos, azules como este cielo y sonrientes y cariciosos como él. El recadero se aparta un momento de la muchacha, e Isabelita penetra en el templo, como tiene por costumbre todas las tardes, antes del toque de la oración. Vázquez y yo, sin previo acuerdo, seguimos los pasos de esta niña, que con tanta y tan honda emoción nos descubriera Cervantes en sus andanzas por Sevilla. Isabelita atraviesa la linda nave, lanza una mirada furtiva al coro bajo y decididamente se encamina al altar mayor. En sus gradas se arrodilla ante la graciosa Santa Paula que tallara Alonso Cano. Ni por un momento se digna volver la vista atrás y regalarnos con la luz de sus ojos Isabelita. Y el órgano ha comenzado entonces a lanzar sus notas graves y dulces en el templo, y una voz deliciosa, de inconfundible ceceo sevillano –la de la prima de Isabelita– preludia los primeros saludos a María: *Salve, Regina, mater misericordiae; vita, dulcedo, spes nostra, Salve…*

Y por nosotros, por mi amigo y por mí, en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu, rozan las alas de nuestros ángeles custodios, que son buenos amigos del de Isabelita. La iglesia se puebla de armonía, y de aroma, y de dulzura, y de paz. Las notas del órgano cantan, y lloran, y surgen, y murmuran, y susurran cosas inefables y misteriosas en esta Sevilla que volcó su espíritu en el espíritu de su hijo más naturalmente sevillano: Gustavo Adolfo Bécquer, el de las rimas y el de los suspiros, el de los anhelos vagos y el de las figuras sin contorno. Por esta Santa Paula gótica, y por estas rejas, y por estos coros, y por este arco de la capilla mayor, y por el cierre de piedra, y por la azotea, y por el hermoso alicatado de azulejos, y por el San Juan de Alonso Cano, y por la Virgen de Gaspar de Rivas, y por el sepulcro de la marquesa de Montemayor –que también se llama Isabelita–, y por el de Cristóbal de Santander, y por el de la Venerable Madre Ana de Santillán, priora y fundadora de este convento que nos pide la sencilla ofrenda de un Avemaría en su recuerdo, se columbra todo un mundo pretérito de alarifes moros, y de pintores y artistas venidos de Italia, y de bohemios de Alcalá que dejan su emoción en estos muros. *Spes, dulcedo, vita nostra, Salve…* Y no son las emociones de Isabelita ajenas a las nuestras. La voz celestial de la primita, acompañada del órgano, conmueve sus entrañas andaluzas. El culto mariano en Sevilla no es más que un brote o hijuela del culto a la madre. Así, humaniza la ciudad a María en sus Roldanas, y sus Rocíos, y sus Pastoras, y sus Macarenas, y sus Esperanzas de Triana. Y las coronas sé yo de buena tinta que son peinetas disimuladas y que los mantos están pidiendo a gritos el velo y la mantilla.

Calla el órgano, y en el coro alto unas voces gangosas y virginales entonan los laudes. Luego, las monjas abandonan la estancia, y el rumor de la canción monjil se va perdiendo poco a poco. Isabelita cruza el patinillo, contempla la palmera, gana el compás y penetra en su casa. Vázquez y

yo aspiramos a pleno pulmón fragancias de azahar y de poesía. Sevilla es ahora eso: azahar. Sobre las paredes de un huerto, decorando el campanil cercano, se destaca una cruz maltesa. Miguel de Cervantes –el infeliz protegido del mesonero Tomás Gutiérrez– acaba de revelarnos su secreto de artista silencioso, melancólico y huraño. Isabelita es el remedo de la mujer que se ama y no se logra. Es el rosal que se descuida y que se lleva el viento de la violencia, de la fatalidad, de la indecisión o de la cobardía. En este compás de Santa Paula, Cervantes pidió un lenitivo a su fracaso. Sus amigos de hoy, evocando estas andanzas por los países del ensueño y de la imaginación, ocultamos también nuestros sinsabores más íntimos con una sonrisa que solamente en Sevilla se puede comprender y perdonar… ¿No es así, Miguel, amigo Miguel, hermano Miguel?

La Esfera (06-04-1929)
El Pueblo[169] (02-01-1929)
La Voz de Guipúzcoa (28-12-1928)
El Pueblo Gallego (28-12-1928)
El Luchador (27-12-1928)

¿Existió Dulcinea?

Aquel sol de hermosura, emperatriz de la Mancha, ¿vivió en realidad y fue, acaso, doña Ana Martínez Zarco, esposa, a la postre, de don Francisco de Pacheco?

¿Existió, realmente, aquel sol de hermosura, emperatriz de la Mancha, llamada Aldonza Lorenzo por los toboseños, y Dulcinea del Toboso por el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, conocido también como Alonso Quijano *el Bueno*? Para los toboseños, es indudable que existió Dulcinea. Cervantes tenía parientes en la villa toledana, generosos y ricos; a ellos acudía Miguel en los momentos de apuro y de amargura en su vida, que eran casi todos los momentos; en El Toboso conoció y amó Cervantes a una linda mancheguita llamada doña Ana Martínez Zarco de Morales. Habitaba doña Ana en el callejón de Mejías, junto a la iglesia y a la espalda del Monasterio de las Franciscas; el padre era el doctor Zarco, que ostentaba en su escudo de hijodalgo la barra verde de los Gil de Albornoz, por haber sido, en sus mocedades, colegial en San Clemente de Bolonia. Cervantes se prendó perdidamente de la muchacha. Pero era pobre Miguel, y el estado de su bolsa no mejoraba nunca. La pícara necesidad, que se burla de todas las normas, le obligó, tal vez, a manchar el noviazgo con alguna mentira. Doña Ana, mujer de sentido práctico, como buena española y como buena manchega, dio oídos al caballero calatravo, vecino del lugar, don Francisco de Pacheco. Con don Francisco se casó, al correr de los años, doña Ana...

Y ya en relaciones con Pacheco la linda toboseña, Cervantes trató de estorbar esta inteligencia. Una tradición afirma que Cervantes anduvo a palos y los recibió sin cuenta de los criados y servidores de su adversario. Otra asegura que los contendientes fueron los dos rivales. El hecho es que Miguel, después de la trifulca ruidosa acaecida, en el callejón de Mejías, al lado de la casa de la amada, no tornó más al Toboso, y que años más tarde se casó en Esquivias, junto a Illescas, con doña Catalina Palacios de Salazar.

La Dulcinea del Quijote tiene su casa a la salida del pueblo, lo mismo que la casa de doña Ana. El palacio de la amada de don Quijote está junto a la iglesia, y junto a la iglesia continúan hoy las ruinas de la casa solariega de los Zarco. La que en la vida real es hija de un doctor, laureado en la ciudad roja de los glosadores y de los pórticos, apenas si es, en la epopeya cervantesca, hija de su obscuro bachiller Corchuelo, graduado no sé si en Osuna o, más posiblemente, en Sigüenza. Para los toboseños es indudable que Cervantes recordó, entre ironías, la dulce imagen de su amor primero. En estas tierras, Dulcinea fue mujer de carne y hueso, y nadie se permite dudar, ni en broma, que la fantasía de Miguel no tuviera sus hondas raíces en la vida cotidiana ni fuera un recuerdo amargo en los amores de mocedad del primero de nuestros escritores.

Toda la tarde, mi querido amigo, el alcalde de El Toboso y director de la Biblioteca Cervantes, don Jaime Martínez Pantoja, ha estado leyéndome documentos viejos sobre los Cervantes y los Zarcos que en El Toboso han sido. Después me ha llevado al patio de la casa de los parientes de Miguel. Me imaginaba a nuestro gran cronista, de vuelta de la reja de doña Ana, pidiendo al cielo que la hiciera suya por arte de hechicería. Doña Ana comenzaba a recelar; de Quintanar de la Orden, del Campo de Criptana, de Argamasilla de Alba llegaban noticias turbias sobre la vida del

[169] En *El Pueblo*, *La Voz de Guipúzcoa*, *El Pueblo Gallego* y *El Luchador* su título fue «Cervantes e Isabelita».

héroe. Don Francisco, que quería casarse y no gustaba de perder el tiempo, maniobraba en las sombras. La tragedia del callejón de Mejías tenía que suceder. Y Cervantes, dolorido, abandona a la quimera de su vida, para casar años más tarde, en Esquivias, con una pobre mujer, a la que había de vender sus viñas y sus tierritas, como un ganapán de cuota de los de hogaño.

A la caída de la tarde he visto, con el señor Martínez Pantoja, el palacio de Dulcinea. Está cayéndose. En lo que fue corral se conservan los escudos de los Zarco. Por primera vez he sentido, en este silencio denso y macizo de El Toboso, toda la terrible amargura del símbolo. Don Quijote adora a una mujer que apenas si ha visto en el atrio de la iglesia, a la salida de la misa de los domingos. Ha calentado su corazón de solitario a la lumbre de aquel amor, y cuando inicia sus primeras aventuras se encomienda a la única reina de sus pensamientos.

Dulcinea, en cambio, apenas si ha oído hablar del caballero, si hemos de creer al socarrón de Sancho. ¡Cómo le duele la gloria al pobre Miguel! Ha perdido un brazo luchando por el honor de España, ha escrito un libro que anda en lenguas de las gentes y, sin embargo, doña Ana apenas si sabe nada de él. Es feliz doña Ana con don Francisco, y tiene un hijo de su matrimonio con él. Cervantes no hay noticia de que torne jamás a El Toboso. Y disimula su amor callado de juventud por el sueño de un pobre caballero andante. Y hace que El Toboso sea el escenario de los amores maltrechos de su héroe de ficción tan real y cuando ríe la gente grosera ante los fracasos del héroe, doña Ana no lee más libros que los devotos, ni admite otras esquelas que las de su esposo, cuando está ausente.

Crónica (20-07-1930)
El Adelanto[170] (06-12-1929

[170] En *El Adelanto* su título fue, simplemente, «Dulcinea».

COSTUMBRES Y TRADICIONES

Erostratismo[171]

En cierta ocasión publicóse un artículo que produjo mucho ruido. Un sujeto atribulado hubo de manifestarme que no era él autor del famoso escrito, y yo le contesté con absoluta ingenuidad:

– Lo creo, amigo. Usted es incapaz de publicar una cosa tan bien hecha.

Hay gentes que piensan constantemente en sí mismas; que contemplan a todas horas su ombligo de hazañas periodísticas y que sienten, por dentro, que ellos son unos personajes de dominio público.

Hablan con afectación, como Maura en el Congreso. Estudian, como el Presidente, los chistes, las aptitudes, las posturas, y discuten con un desenfado enorme. «Hombre, ¿no sabe usted que murió mi perro de aguas? No se habla de otra cosa en la ciudad.» Con todo; el erostratismo es un consuelo, para los tontos. Saben que valen muy poco y se engañan con frecuencia.

Estos buenos señores, y no digo finos y galantes porque no lo son, se creen los padres naturales de la ironía, de la frase sangrienta y del chiste cómico. El caso es que no son padrastros siquiera. Mi criada es capaz de llamarme bruto a secas; pero cuando se enfada con sus iguales, es preciso taparse los oídos.

La gracia es una cosa y la sátira otra bien distinta.

Y es doloroso, doloroso y triste, que algunos sujetos se entusiasmen con su literatura rústica.

Bien es verdad que otros se jactan de ser muy brutos.

Y no va más.

El Castellano (19-05-1904)

¡Esos muchachos...!

I

En Villa-Regia cultívase una charla apacible y calmosa, elegante y distinguida. Es la oratoria de los villa-regienses, de largos periodos y cadencias largas. Y como los oradores del simpático poblachón están hondamente saturados de toda casta de ciencias históricas y políticas, se trata la cuestión en todas sus evoluciones, desde el diluvio universal hasta los comienzos del siglo XX. A la sombra de los árboles cuajados de pámpanos, a las orillas del claro río que murmura sordamente, en los bancos del jardín de O'Donnell, en todos los rincones abiertos y cerrados de la portentosa Villa-Regia, tópase cualquier mortal con estos buenos oradores que nos hablan de Maura y del Congreso, de las reformas de Sánchez Toca y del chico talentudo que escribe en los papeles. No se conocen los sueños despiertos del espíritu, ni las divagaciones a los países alados de la fantasía. Dentro de cada villa-regiense se encuentra el tipo del regenerador insoportable.

Y no son las charlas concretas nunca, nunca son reales. Jamás rueda la conversación sobre personas; sabido es que todas las de la Villa-Regia tienen una reputación indiscutible. Y, como por otro lado, allí la ciencia es porosa, tómanse los asuntos *á la negligé*, con un amable desenfado. El raciocinio de los villa-regienses no es recto: por eso no da jamás en el bulto. Camina por

[171] Firmado con su seudónimo *Jorge de Alba*.

vericuetos y senderos tortuosos, por oscuros callejones y tierras con surcos infinitos. Como este camino intelectual es largo y peligroso, suele acometerse por jornadas, con una previsión heroica. «Vamos por partes, señor mío, vamos por partes», dicen, a menudo, los eternos discutidores de Villa-Regia.

Y si tenéis la enorme desgracia de charlar con viejos, –con viejos de cuerpo y de espíritu–, desdeñarán vuestros hermosos arrebatos, vuestros entusiasmos juveniles. ¡Cómo se burlan de vosotros por fuera y cómo os burláis vosotros de ellos, por fuera y por dentro!

Es numerosa la casta de los viejos en Villa-Regia, unos vejetes sesudos, apacibles, con gran caudal de vida y de afecciones reumáticas. Tosen demasiado y hablan con demasiada experiencia. Verdad es que su charla es un esputo de su esófago, lanzado en el delicioso manjar de la juventud. La experiencia de estos vejetes es una alcahueta ridícula; quien la compra, para lanzarse en los brazos de la *hermosura* de la Vida, estará condenado al fuego eterno y su alma se perderá para siempre.

Estos Sanchos, sin fe en Don Quijote, quieren alcanzar la ínsula soñada, no por las aventuras del loco, sino por la viveza y prontitud en cargar con el botín de los vencidos caballeros. Para vivir, se bajan del rucio y se enroscan, hasta chuparles la sangre, en los cuerpos de los eternos fracasados. Y el fracaso supone vigor perdido y el vigor se muestra en la batalla. Los vejetes reumáticos de Villa-Regia no han batallado nunca. Han vivido en eterno baboso idilio con su experiencia.

II

Los templos que en los poblachones como Villa-Regia, se levantan para incensar el idolote de la Experiencia, se llaman boticas, farmacias, cafetines. La Iglesia *experimental* de los villa-regienses, es la tertulia de don Jeremías, el magno cacique, el diputado maurista del distrito. Tertulian diputado y electores largamente, por la mañana, por la tarde, por la noche. Jamás se aburren tertuliando. Les habla don Jeremías del mismo don Antonio Maura, de Pepe Sánchez Guerra, de las comidas en casa de Lhardy[172] y de los estrenos del Real.

–Pues sí, –exclama don Jeremías repantigado en su butaca–, yo he escuchado a Julio Burell. ¡Qué hombre! ¡Qué conceptos! ¡Qué labia! Por cierto que al terminar su discurso, me tocó en el hombro. Yo le felicité enseguida. Muy bien don Julio, muy bien, es usted un héroe.

– ¡Qué hombre! –repiten, a coro, los rústicos electores de Villa-Regia

– ¡Ah! –sigue don Jeremías con reserva encantadora–. Hay otro. Señores, aquello si que es oratoria. Nuestro jefe en persona. Os digo que pulveriza a sus enemigos, los pulveriza.

– Ya lo creo, –exclamó uno.

– Toma, como que es el *Demostes* contemporáneo, –agrega un pollo mustio, que estuvo en Madrid hace años.

Aquellos electores borreguiles que no saben quién es *Demostes*, admiran al joven. Es la gloria de Villa-Regia, la esperanza más grande del poblachón. Hizo oposiciones a una plaza del Estado y le revolcaron, a pesar de la influencia de don Jeremías. En cambio, tiene aprobados los ejercicios a la plaza de una rica moza casadera, *tilinga* como él, pero que tiene cuartos y caderas postizas.

¡Ah! escolares *aplicados*, fetos de Universidades! ¡Qué vivos sois! Termináis la carrera para incluiros en Comités políticos y en regeneradores de meetings. No os equivoquéis nunca. La burguesía es vuestra carrera.

Sigue la tertulia lentamente, apaciblemente, en amable pachorra. Se habla de gacetas, de líos concejilescos, de los *couplets*, de las bellezas de Romea[173]. Los pájaros cantan fuera endechas amorosas. El aire que menea las ramas de los árboles, es cada vez más dulce y tranquilo. La naturaleza dormida, en los calores veraniegos, se ríe con todas sus ganas de estos buenos señores prosaicos, de almas de zorro, que discuten majestuosamente las estupideces de los hombres.

III

Y vosotros que tenéis fuego en las venas y entusiasmos en el corazón y santas ideas en el cerebro, vosotros que sabéis luchar con los molinos de viento, romped lanzas en honor de la señora Dulcinea, convertida, por arte del encantamiento burgués, en hombruna mujerota desgarbada,

[172] Restaurante ubicado el nº 8 de la Carrera de San Jerónimo. Fundado en el año 1839, es considerado uno de los más antiguos de Madrid.

[173] Antiguo teatro situado en el nº 14 de la calle Carretas de Madrid. Aunque por aquella época existían al menos otros dos teatros –en Murcia y Barcelona– con el mismo nombre, nos inclinamos a pensar que Rojas hace referencia al madrileño.

que no puede predicaros dicha, sino que cortará vuestros alientos para hacer de vosotros unos sesudos regeneradores de Villa-Regia.

Y estos señores que tertulian diariamente, conspirando contra la juventud entera, son vuestros enemigos. Eso sí; al fin y al cabo, os temen y os envidian. Ya dijo Grandmontagne, «que el vivo es capaz de una fuerte pasión: el odio al inteligente».

Sus ideales de estómago y de bolsillo no pueden competir con vuestros ideales. También ellos hablan de ilusiones, ¡Ilusiones ellos! Las del bastardo. En sus digestiones, se les escurre la baba por el rostro. A ellos no puede cambiarles el héroe de Molière el sitio del corazón. No lo tienen. ¡Y luego hay gentes que se burlan de Darwin, con la tontería esa de que procedemos del mono! Los señores que eligieron por diputado a Jeremías, solo tienen instintos imitativos.

A burlarnos de ellos, a cazarlos en sus trampas, aunque luego meneen tristemente la cabeza, con la canción aprendida.

–¡Esos muchachos! ¡Esos muchachos...!

El Castellano (01-07-1904)

Las heroínas

Se necesita ser mujer para desafiar este instinto cucharón, agresivo y burlesco, que ahora hace de las suyas con las valientes que visten la falda-pantalón. Como Madrid tiene una intransigencia aldeana, como sus moradores –de Belchite, de Calatorao o de Cuenca– se indignan con tan rápida facilidad, la moda parisina ha venido a turbar la dulzura callejera de flamear cómodamente. Pero la moda se impondrá. Ya dijo Benavente que en cuanto los obispos den en predicar contra ella en pastorales y las mujeres en convencerse de que la innovación viene del demonio, nuestras señoras se irán transformando, lenta y paulatinamente, en odaliscas.

Las odaliscas de estos días han exasperado a las señoras –más que a los hombres– precisamente porque se sospecha que la no muy grande amplitud de la nueva falda, contrasta con la desenvoltura de vida de las que se han atrevido a defender la innovación. ¡Envidia y pura envidia! La honradez sería encantadora, si no fuera un poco envidiosuca. Las señoras hablan mal de los amantes, de la vida desarreglada, de la poca honestidad, pero, ¡ay! En el fondo sienten la amargura de no haber pecado un poquito, para darse luego el gustazo de ofrendar a Dios el arrepentimiento.

La moda entrará. Todo consiste en irse acostumbrando. Al principio, nos molestaba Gómez de la Serna, el joven escritor sibilítico, y ahora nos regocija. Todo es ir acostumbrando los ojos a la falda-pantalón, el oído al estilo trascendente. Y en estos días de libertad, hay que sancionar el derecho de vestirnos como nos dé la gana. Las mujeres serán menos cobardes que Unamuno, que, al fin y al cabo, ha reconocido que por esas mesetas hace un frío respetable, dejando de lucir el cuerpo gentil hasta el mes de Agosto.

El Adelanto (28-02-1911)

El Carnaval

Odio sinceramente el Carnaval, sobre todo el carnaval madrileño. Odio esta alegría callejera y barata, este ruido molesto, este polvo, esta inconsciencia y esta carnavalada plebeya y ruin. Odio esta alegría porque es aparente, este ruido porque es molesto, este polvo porque es sucio, esta inconsciencia porque es simbólica, esta carnavalada de payasos y de gente soez y borracha. Imposible transitar por las calles. El gallego con su gaita; la estudiantina de horteras; las mascaradas de los dichosos circulitos regionales; las mujeres, decorativas y pintadas; las carrozas de tan mal gusto que excitan la admiración concejil. Marcho lejos, a inundar *mi espíritu de paz*, oyendo música de Beethoven en una casa amiga. A mi retorno, en la calle de Alcalá, oigo el órgano de los Agustinos y entro en la iglesia. Luego, huyendo de la muchedumbre, al Ateneo. Y ya instalado en la Biblioteca, torno a mi Leopardi.

Recomiendo al poeta italiano en todo tiempo y en Carnaval sobre todo.

Él nos ayuda a encontrarnos de nuevo, a recordar las dulzuras de la tristeza, a bendecir, como Wagner, a la naturaleza que nos hace sufrir tanto. ¿Quién no tiene el corazón desgarrado? ¿Acaso hay alguien completamente feliz fuera de un tonto, de un imbécil o de un malvado? ¿Nuestra

alegría es tan excesiva que podamos derrocharla locamente un domingo de sol, en la Castellana, tirando confettis a las amiguitas, diciendo piropos a las jamonas de buen ver, planeando una cena a última hora de la noche en algún reservado de los Burgaleses?

El Carnaval es traidor para los provincianos. Ellos suelen iniciar idilios que luego rompe bruscamente la voz del deber. Hace dos años...

Pero volvamos a Leopardi. Hagamos de la venta hogar y del recuerdo, santuario. Y naufraguemos en el mar de nuestras amarguras para bendecir la mano que nos hirió por la espalda:

Il naufragar m'é dolce in questo mare[174].

El Adelanto (01-03-1911)

Nuestra barbarie

El escritor inglés señor Cunmimgaham Grahame[175] ha tenido el mal acuerdo de resucitar en *ABC* el asunto Ferrer.

Azorín, que sabe mucho y que escribe muy bien, publica hoy un artículo sobre el que me atrevo a llamar la atención de los lectores. Aplaudo su tendencia. Ese sonoro vocablo "de Europa", que suele llenar la boca a nuestros zapateros anticlericales, es una cosa sin consistencia como todos los fantasmas. Los europeos saben más que nosotros, viven mejor que nosotros, saben gobernarse mejor que nosotros. Pero –haciendo las salvedades correspondientes– no saben una palabra de nuestras cosas y se equivocan lamentablemente cuando nos juzgan.

El que haya vivido fuera de España, sabe perfectamente hasta qué punto ignoran los europeos más cultos e inteligentes el verdadero estado de nuestro país. Yo me acuerdo de un excelente médico, amigo mío, italiano, el doctor Rovighi, que me decía que la opinión anticatólica española estaba representada por el señor Nakens. Tal es la ignorancia de los europeos, tal la estulticia de Francia en este respecto que, para reforzar los argumentos de *Azorín*, voy a recordaros los dislates de estos últimos años con respecto a las "cosas de España".

Cuando asesinaron a don Carlos de Portugal, pasó por Salamanca un redactor del *Corriere della Sera*, de Milán, que goza de gran predicamento, el cual vio pasar por ahí, desde las ventanillas del tren, casacas y chimeneas. Y se preguntaba dónde estaban las torres, mientras yo, leyéndole, le preguntaba dónde tenía los ojos. En un diccionario francés, que circula por Italia se dice que *Alvacette* – conservo la ortografía– es la capital de la Mancha, patria, como es sabido, de Hernán Cortés. En un artículo que publicó *Le Journal* en 1908 de Catulle Mendes, se hablaba de los amores de Santa Teresa con el Greco. Santa Teresa era una nenita de cuatro o cinco años cuando el gran pintor pasaba de los sesenta. El mismo Mendes, en La *Vierge d'Avila*, decora el tercer acto con un soberbio templo gótico en Alba de Tormes; por lo visto, presentía la Basílica.

El señor Vaccaro, autor de un libro *Attraversola Spagne*, nos unta los hocicos con las aromáticas frases de madame d'Alnoy y recuerda el "Agua va" del siglo como si de cosa actual se tratase. Un editor napolitano traduce los libros de Blasco Ibáñez, a quien llama "jefe del partido republicano español". Al bueno de Emiliano Iglesias le ha hecho un periódico italiano eminente dramaturgo catalán, confundiéndole con Ignacio. Conocida es la leyenda de un periódico de Perpignan, donde se habla del padre Maura, fraile franciscano, casado, al abandonar la Orden Tercera, por disposición expresa del Pontífice. Y no quiero alargar la lista. De las calumnias portuguesas también pudiera hacer también un largo rosario.

Y es natural que estemos hartos. Ya lo estamos. De la burla, vamos pasando insensiblemente al desprecio. Muchos de esos ilustres sabios son indignos de admirar a Ferrer.

Azorín trata a zapatazos a todo ese cúmulo de infamias, injurias, tonterías, enormidades, mentiras, brutalidades y desdenes que forma la "opinión europea". Y recordando una frase del señor Cunmimgham Grahame, repite que con los papeles donde eso se publica deben rellenarse los zapatos de cartón que nos vende Europa. Me parece demasiado alto el destino de esos papelotes. Yo, amigo *Azorín*, hace tiempo que los empleo para otros menesteres.

El Adelanto (29-04-1911)

[174] *El naufragio es dulce para mí en este mar*. Giacomo Leopardi. Canto XII, L'infinito.
[175] La grafía correcta del escritor inglés es Cunninghame Graham.

La tolerancia

La procesión del congreso eucarístico se ha celebrado con un orden perfecto. Ni un grito político, ni un gesto procaz, nada. Han cantado, han rezado, han aguantado con perfecta serenidad las alarmas de momento, inherentes a la aglomeración de miles de personas.

Y muy bien los radicales. Ni una blasfemia de mal gusto, ni un grito. Con perfecta tolerancia han presenciado el paso de la procesión, soberbia, admirable.

El cronista, que no tiene posiciones, ni prejuicios, felicita al pueblo español. Madrid ha dado pruebas de tolerancia, y la tolerancia es la educación del espíritu, la virtud elemental de la convivencia, el primer postulado de toda educación política. Cada cual debe pensar como quiera y mostrar sus preferencias mentales allí donde le plazca. El adversario de estas preferencias es muy dueño de exponer también sus contrarios puntos de vista, sin que nadie se altere, ni haga muecas de aspaviento.

La idea por su misma naturaleza, es libre. Puede reducirse a la inacción un cuerpo, pero no puede condenarse la mente a la inacción. Con la idea no se ofende a nadie, ni se calumnia a nadie, ni se molesta a nadie. El que es católico, no injuria, por serlo, a los radicales; se limita a declarar públicamente su credo.

El que es radical no molesta, por el hecho de serlo, a los creyentes; se limita a poner en frente de unas ideas otras ideas.

Si el acto de hoy es una rectificación de conducta, lo mismo de las derechas que de las izquierdas, que son igualmente intolerantes y agresivas, el pueblo español está de enhorabuena. Hasta ahora, una exageración en un campo producía una reacción instantánea en el campo opuesto. Reacción de injuria, de insulto, de palabrotas gruesas, de amenazas y de coacciones. El meridión alusivo de Alejandro Lerroux, casa perfectamente con los agresores de San Feliú de Llobregat. De Soriano a Salaverry no hay distancias. La prosa violenta y sectaria de *España Nueva*, casa con la prosa sectaria y violenta de *El Debate*.

Si debajo del radical hay un petrolero, en el carlista se esconde un guerrillero sediento de sangre. El respeto a la ley, al derecho establecido, que no se encuentra en el Círculo Radical, brilla también por su ausencia entre los neos.

Hace tres años, por estos días calurosos de verano, fue el cronista, desde la encantadora ciudad de Ginebra a un pueblecillo de la frontera francesa, a Ferney-Voltaire a pasar un domingo. El camino es tan corto como hermoso. La faja azulada del Lago Leman da una nota, de melancolía al paisaje. Los Alpes recortan la perspectiva al Este y el Jura al Oeste. Hay bosques de abetos por el camino. Las aldeas se acurrucan alrededor de las agudas flechas de los campanarios protestantes. Se llega pronto, en veinte minutos a Ferney-Voltaire.

Voltaire, el jacobino Voltaire, el endemoniado Voltaire –que en realidad de verdad fue un hombre frívolo, irrespetuoso y ligero, que nunca se interrogó en la soledad de su conciencia por los problemas eternos– fue el fundador de Ferney. ¿A qué describiros el pueblecillo, amigos míos? Es bonito, limpio, cuidadoso, mezcla de pueblecillo francés y de aldea ginebrina. Tiene una plaza de la *mairie*[176], llena de árboles, una estatua del fundador, el castillo de Voltaire, unas lindas y encantadoras muchachas.

Cuando yo llegué a Ferney, la misma campana llamaba a los quehaceres devotos a católicos y calvinistas. Ya sabéis que el calvinismo es intransigente y rígido. Pues bien; los católicos oyeron su misa y los calvinistas, los protestantes, pared por medio cantaron sus salmos.

Y mi espíritu español sintió una sacudida de alegría y de emoción. Aquí, realmente, no hay cultos distintos. El protestantismo será siempre una planta exótica en España. Hay católicos que creen en algo y unos indiferentes que no creen en nada.

¿Por qué no han de vivir juntos? ¿Por qué una misma campana, un sólo acento, una sola voz de tolerancia y de respeto mutuo no ha de acoger en mi patria las ideas más opuestas, los más distintos credos?

¿Cuándo tocará a gloria, entre nosotros, la campanita de Ferney?

El Adelanto (03-07-1911)

[176] Ayuntamiento, en francés

La "comedia"

¿Qué hace tan solo que no va a la "comedia" a la plaza? –me preguntan.

Y voy a la plaza. Unas lucecillas de gas iluminan una alambre de acróbatas. Completan el mobiliario una mesita de pino y una alfombra raída. Dice sus gracias el clown; ríe el buen público de lindas rapazas. Pierrot, con la cara enyesada, distrae sus ocios para no recordar las crueles travesuras de Colombine. Se repite la eterna tragedia al aire libre. Los bohemios andariegos, que luchan con el hambre, van sembrando por estos pueblecitos su sementera de alegría, y el pueblo, no contaminado de la mueca de amargura que llevamos dentro del espíritu los que somos a nuestro modo acróbatas de la idea y del sentimiento, ríe con ganas, ríe ruidosamente y jubilosamente.

¡Pobres bohemios! Los veréis por esas carreteras de Castilla en estos días secos y terribles de Agosto, embutidos en un carro, sonando el cornetín. El clown, que suele ser en la vida el más serio del cotarro, se detendrá en una venta; le acompañarán el equilibrista, su hermano, la mujer del alambre, su mujer, anémica y pintada, y el chiquillo o la chiquilla escrofulosos. Gruñirá el ventero; suplirán los cuartos que faltan con una pantomima. Y reanudarán la marcha. La música de circo escandalizará las plazas solitarias, la normalidad plomiza del lugarejo. Rifarán una botella, un pañuelo, un reló de segunda mano, de horario absurdo, y luego de haber dicho cosas muy alegres, con un tono muy triste esperando la recaudación para comer aquella noche, el pueblo tornará a su sueño y ellos a las fatigas del camino.

A mí me ha dado mucha pena la "comedia" de Cangas. Los que a diario hacemos piruetas al público, somos, en el fondo, hermanos espirituales de estos clowns serios, de estos equilibristas que no comen, de estos niños que pasean sus escrófulas alrededor de la pista, de estas mujerucas pintadas, que ocultan su tristeza interior repartiendo besos a un público que no prodiga sus cuartos ni prodiga sus sonrisas.

Como ellos, entretenemos, enojamos; se nos exige siempre. Y cuando rellenemos un hueco, el buen público se llama a engaño. Y realmente, el público de las comedias que paga diez céntimos y el lector de un periódico que paga cinco, no pueden ser exigentes. Tienen bastante con clowns de guardarropía y con escritores que vayan a lo suyo.

El Adelanto (08-08-1911)

Las conclusiones del doctor Zimmermann

Todos vosotros conocéis al doctor Zimmermann, miembro del Imperial Instituto de Ciencias de Berlín, socio honorario de la Academia Imperial de Viena, caballero del Cristo de Portugal, de Carlos III de España, oficial de la Legión de Honor de Francia, etc., etc. Filólogo, poeta, jurisconsulto, psicólogo, el doctor Zimmermann es también un respetable hombre práctico. Imperialista en Alemania, republicano en Francia, liberal en Inglaterra, el buen doctor lo mismo inclina su espinazo ante las testas coronadas de la vieja Europa como ante las levitas republicanas de la joven América. Hegeliano en su juventud, el doctor Zimmermann conserva en su edad madura las huellas del filósofo que, metido a revolver los chirimbolos de la filosofía, fue, sin embargo, respetuoso para su Emperador. Receloso como Shopenhauer [sic], juerguista como Comte, algo trastornado como Nietzsche, el doctor Zimmermann vive de Congreso en Congreso, de agasajo en agasajo, de conferencia en conferencia. Este año ha perorado en Heidelberg, en Maguncia, en Ginebra, en Bolonia y, aprovechando un kilométrico que comprara en Barcelona hace tres meses, ha visitado Sevilla en Semana Santa y hace pocos días Madrid.

El doctor Zimmermann ha venido a visitarme. Me encontraba en la cama cuando llegó el buen doctor. Mi criada anunció un tipo estrafalario, algo así como un poeta incomprendido o como un anarquista precoz. Como los sastres alemanes son muy inferiores a los españoles, el Sr. Zimmermann usa un chaquet inverosímil que le sienta bastante mal. Luego lleva una corbata negra de seminarista extremeño, un sombrero flexible como el de Unamuno, un paraguas rojo, que debió prestarle *Azorín* cuando se hizo diputado, y que ya está desteñido; unos zapatones yanquis, un bigote alarmante, unos ojillos de un azul sucio muy filosófico, unas correas cruzadas con una cartera, que cualquiera diría que contiene unos gemelos, pero que yo sé que lleva un frasquito de coñac.

El doctor me saludó ceremoniosamente. Quería que yo le sirviera de *cicerone*. Un amigo común de ambos, Henry Cortot, francés, me rogaba este favor. Zimmermann venía a estudiar-

nos. El doctor no viaja por el simple placer estético de viajar, sino para documentarse y rellenar con nuevos y abundosos alimentos la provista alacena de su cerebro. Procediendo lógicamente, el doctor ha estudiado antes de venir a España libros franceses. Sus conocimientos geográficos son bastante exactos; en un diccionario francés ha leído que Albacete es la capital de la Mancha; en *L'Echo de Perpignan*, que D. Antonio Maura ha sido fraile franciscano; en *Le Journal*, que Bombita es secretario del Rey. Andalucía ha sido su fuerte. Pero como no han asaltado el tren los bandoleros, ni ha podido saludar a *M. Vivillo*, ni ha visto al arzobispo en la plaza de toros, ni le han enseñado las ligas las sevillanas, Zimmermann estaba desorientado y triste.

– Créame el amigo –confesaba– como en Berlín. No hay nada pintoresco. En Madrid ya es otra cosa, ¿no?

Me vestí en un santiamén y salí con el doctor a la calle. Pasamos por la de Sevilla a las doce. Infinidad de muchachas bonitas alegraban el cuadro; dos señores con sombrero de copa –que parecían senadores– hablaban de Canalejas; una orquesta de ciegos atacó las primeras notas de *Cavallería*. Zimmermann comenzó a impacientarse.

– ¡Oh, oh! Las muchachas visten como en París. Pero ¿y los toreros de la calle?

Bajamos a la Puerta del Sol. En la acera del ministerio, Zimmermann recordó una anécdota profunda. En esa acera los ministros han dado muchas veces lumbre a los franceses para encender el cigarrillo.

– ¿Y el ministro? –preguntó.

– En el despacho o en la cama.

– ¿En la cama? –insistió.

– ¿Por qué no?

– Mi canciller se levanta a las cinco.

– Sí, y vuestro Káiser atronando las calles de Berlín con las cornetas militares y despertando a todo el mundo.

Zimmermann sonrió ante mi inferioridad latina. Seguimos adelante. Ante el evacuatorio le expliqué nuestros adelantos, le hablé del teléfono, del servicio de escribir, sin perdonarle un detalle.

– Pero... teléfono –observó. – No entiendo. ¿Para qué teléfono?

El buen doctor tuvo una idea. No quería renunciar a sus ideas queridas. Me propuso una visita a la Bombilla; podíamos almorzar en un *restaurant*.

– ¿Nos robarán?

Le tranquilicé. Los ladrones urbanos crecen en relación directa con el dinero. Ya se roba muy poco, porque no hay donde robar.

Tomamos el tranvía. El camino distrajo muy poco al doctor. Al llegar a la Bombilla me miró como si le hubieran engañado.

– ¿Y las chulas?

– En el taller, doctor.

– ¿Y los organilleros?

– Tocando donde se pueda, doctor.

– ¿Y el movimiento?

– En reposo, doctor.

– ¿Y la juerga?

– Es día de trabajo.

– ¿Pero se trabaja en España?

– Sí, doctor.

– ¡Ah, ah! Me han engañado. ¡Como en Sevilla!

Y tornamos al centro de Madrid. Almorzamos luego. Después se despidió Zimmermann, que tenía que visitar a un compatriota. Por la noche, el rápido le trasladó a su tierra.

Ayer recibí de Colonia un abultado paquete postal. Contenía dos libros, obsequio gentil del doctor Zimmermann, y un artículo suyo en la Revista Científica de la Alemania del Norte, titulado "Las conclusiones sobre España".

Con ayuda de un diccionario, os traslado las conclusiones de mi amigo el doctor Zimmermann.

"En Madrid pasé dos horas admirables con un colega del periodismo, que fue tan galante, que me enseñó la corte de España. Vi la calle de Sevilla llena de toreros. El Gaona, que, como saben nuestros lectores, es madrileño, besaba el anillo al obispo de Madrid, cardenal Borbón,

primo del Rey. El ministro del Interior, vestido con chaqueta corta, recibirá la ceremonia de la alternativa el domingo próximo. La alternativa consiste en graduar a los toreros, capacitándoles para matar toros. Se compone de dos ceremonias: una matutina, en que el graduando oye misa ante la Virgen de los toreros en la iglesia de Alcalá; la vespertina tiene lugar en la plaza de toros. El ministro pronunciará un discurso en el momento de torear, que será aplaudido por las mayorías parlamentarias".

"Vi también la Bombilla. Dos chulas feroces quisieron asaltarnos. Gracias a mi valor frío y a la serenidad de mi colega pude evitar el agravio."

El doctor Zimmermann, tan respetuoso con la verdad, como ha visto el discreto lector, sienta las conclusiones que siguen:

"España es, pues, un país bizarro, absurdo; ya dijo Taylor en *The Land of Castanet* (El país de la castañeta) que las mujeres visten de cintura para arriba y van desnudas de cintura para abajo, cubiertas con una tela cuando van en *landeau*. De éstos y otros detalles concluyo que España no puede ser un país sintético hasta que no purifique su ambiente."

Galante siempre con mi amigo el doctor Zimmermann, lanzo a la publicidad sus apreciaciones... hegelianas.

Blanco y Negro (10-09-1911)

Sorteo de mozos

Apenas puede caminarse por la ancha plaza de la Libertad.

He saludado, desde lejos, la estatua del padre Juan de Mariana. Una algarabía enorme, un barullo indescriptible. Sortéanse los mozos. El secretario del Concejo, en el balcón, lee los nombres de los quintos; un concejal extrae, de un bombo, a presencia del gentío que hay en la plaza, los números correspondientes. A veces, suena una guitarra que apaga los siseos; algún ganso mañanero luce su careta de mono, de perro o de burro; al lado de los quintos, domésticas; los señoritos que se sortean, separados de la plebe, fuman con dignidad en el portal del Concejo.

"...Erez... nández... 312."

El favorecido recibe un diluvio de cachetes. Y se aleja del barullo con sus amigotes; la novia le mira contenta; seguirá tardando dos horas en dar un recado de la señorita a la vecina más próxima, "...artín... aanchez... 5" El desdichado no recibe golpes en la espalda, pero se aleja mohíno de la plaza. Y sigue el sorteo. Los mozos colocan fieramente la papeleta con el número en las alas del chambergo. Salen a relucir guitarras y botas de vino. Se ofrenda con todo fervor a Baco. Talavera adora a los dioses de la mitología. Sería aventurado decir si tiene más fieles Baco que Venus. Aquél cuenta con algo más de cien templos; éste con el mundo de las camareras excelentes que han corrido todo el escalafón en Madrid, con los viajantes de comercio, con los señoritos ociosos, con las maritornes de proverbial desenvoltura y de peinado bajo y repejado. Es un pueblo alegre y divertido Talavera de la Reina. Contrasta con la austeridad, con el silencio de Illescas; cada pueblo tiene su fisonomía particular.

El sorteo es largo, monótono. Lo acorta la lluvia. No sé de dónde sale tanto paraguas. El reló[sic] tañe con precipitación infantil doce campanadas. Desaparece el barullo de la plazuela. Los chillidos de las máscaras, al estrellar su eco en aquel paraje, parece que pierde su ridiculez de graznido y de rebuzno.

Y las gentes se pierden por estas calles tan típicas, tan estrechas, tan evocadoras. Junto al palacio de los condes de Oliva, sesea un beodo. Unos cuantos mozallones, favorecidos con sus fajas rojas, con sus largos sombreros, con sus pañuelos verdes de jaretón anudados al cuello, cantan el "ahí va" de *La corte de Faraón.*

Un policía indígena, con un paraguas cerrado, corre hacia el casino. No hay nada más gracioso que un policía que corre con un paraguas cerrado. Pierde la seriedad con la prisa. Viéndole así, luchando con un paraguas que se enreda con el espadín, dan ganas de no respetarle y de hacer de él y de las ordenanzas, pajaritas de papel.

Una chica, vestida de napolitana, seguida de la obesa mamá, recibe los saludos de las vecinas que la manosean. Y luego –¡horror!– entra en el portal de un fotógrafo. Hay que inmortalizar el momento y guardar un retrato para el novio de la chica.

El Adelanto (23-02-1912)

Una estadística

Aburrido, abro al azar, para matar el tiempo en estas vacaciones estivales, un periódico: *Il Corriere della Sera*. Y un distinguido cronista milanés comenta una estadística. Cada día se casa menos gente en Italia. En las grandes poblaciones –Nápoles, Roma, Milán, Venecia, Bolonia– la proporción de matrimonios decrece de un modo alarmante. El cronista estudia los factores locales del problema. El factor económico, naturalmente, juega un papel importantísimo en esa proporción decreciente.

Lo peor del caso es que ese fenómeno se presenta en todas partes, así en la vieja Europa como en la flamante América. No hablemos de Francia; apenas hay sociólogo al uso que no haya llorado su despoblación. En Alemania comienza a alarmar a las gentes un fenómeno paralelo. En España son también las grandes poblaciones las que dan mayor contingente al celibato. ¿A qué obedece esta alarma general y constante?

Un predicador dirá que a la falta de fe religiosa, y nos sonreiremos un poco. Un observador atento de la vida, dirá que a la mayor pobreza; pero en seguida nos encontramos con la paradoja de que ahora somos mucho más ricos que antes, y es precisamente en la actualidad cuando advertimos este decrecimiento en el número de los matrimonios.

El amor al placer, a la libertad, explica, en parte también, el fenómeno, pero se nos ocurre pensar, a renglón seguido, que nuestros abuelos tampoco fueron santos y que siempre han gustado las mujeres bonitas, los vinos buenos y la vida comodona y holgada.

¿Habrá una causa de orden psicológico que explique del todo este fenómeno? Es posible. Estamos enterrando el romanticismo. Así como antes por romanticismo se pecaba demasiado, hoy apenas, por otros ideales opuestos de mayor conciencia de la responsabilidad, apenas nos atrevemos a pecar. El idilio de contigo pan y cebolla, ya no se lo explica nadie, y nuestras mujercitas las primeras.

En ellas, el matrimonio es el principio de la lucha; en los hombres, el final de ella. Se temen las contingencias desagradables y nadie es tan osado o tan loco que dé a compartir con otros seres sus dificultades económicas.

El Adelanto (19-07-1912)

Corazón herido

Los periódicos traen una noticia estupenda, estupenda para nosotros los españoles. Una señorita yanquee ha demandado a su novio por incumplimiento de promesa matrimonial. Figuran varias partidas en la demanda. "Por mi corazón herido, cincuenta francos", escribe la bella. El presidente del tribunal pidió explicaciones sobre el alcance de esa partida. "El corazón se desgasta con el amor, señor presidente –exclamó la señorita– y yo no creo que pida una cantidad alarmante,".

Ciertamente que no. No son muchos francos cincuenta francos por un corazón herido. Nosotros nos reímos de que los yanquees, los ingleses y los escandinavos resuelvan sus diferencias amorosas a golpe de cheques. Ellos se ríen de que nosotros, los meridionales, resolvamos los conflictos del corazón a golpes de revólver. El caso de la señorita Kenda Golsdick, que ha entablado esta reclamación, nos hace sonreír burlonamente.

A ellos el vitriolo, el tiro en defensa de la honra, el noviazgo napolitano que recluye a la muchacha prometida, les hace estallar en protestas de indignación. La guerra de Troya que reconoció como origen las caricias de Elena –¡se parece tanto esta mujer a las diosas inmortales!–, hace prorrumpir en carcajadas al buen inglés, al buen yanquee, al buen noruego. A nosotros las leyendas septentrionales, donde el amor no aparece para nada, donde los héroes se mueven cegados por la codicia del oro, nos dejan un poco perplejos, aunque aplaudamos a Sigfrido, a su blanco cisne y a su espíritu blanco.

¿Es, acaso, que los pueblos del Norte no saben amar? Seguramente, no. Aman, desde luego, de otra manera. La furia nuestra es, en ellos, deliciosa placidez. Nosotros tenemos un gesto de rebelión ante lo inevitable, y para un hombre del Norte lo inevitable es siempre lo inevitable. Un español mata a la mujer que le es infiel; la mata un francés y un italiano. Un inglés la pone de patitas en la calle. Es capaz hasta de pedirle una indemnización. A la larga, se consuelan los dos, el español y el inglés. El español se pregunta, al cabo de cierto tiempo, por qué hizo la supina tontería de indignarse. El inglés se ahorró aquella indignación y contó con la acción bienhechora del tiempo: esto es todo.

Y no se diga que el hombre del Norte es menos delicado, menos fino, menos espiritual que nosotros. Ahí está toda una literatura para desmentirlo. Lo que pasa es que tenemos una concepción distinta de la vida. Entre nosotros, el amor es servidumbre, esclavitud. No nos impone más deber que el de la cautela, pero gozamos de todos los derechos. La mujer, por el contrario, tiene todos los deberes.

El plano de igualdad entre los amantes, entre los cónyuges, es incomprensible para nosotros, pero perfectamente normal en un sajón. Nosotros partimos del recelo mutuo y ellos de la confianza recíproca. Aquí cazamos la mujer por la conquista; allá, por el acuerdo. Como la conquista es un acto violento y temporal, tememos las posibles incursiones del enemigo y vivimos siempre al acecho. La mujer tiene que darnos cuenta de sus actos, hasta de sus pensamientos.

A un inglés le parece incorrecto abrir la correspondencia de su mujer, intervenir sus amistades, enterarse de sus quehaceres fuera del hogar. En nosotros, en una palabra, toda gira sobre la atracción sexual.

El hombre del Norte siente esta atracción a su hora, como un incidente más al que hay que atender cuando llega el caso.

El corazón herido de la señorita Golsdick vale cincuenta francos. Es muy posible que esté tasado a conciencia. En estas tierras del sol, el corazón no sufre por una ruptura más. Cuando está herido no hay millones que puedan indemnizarle.

El Adelanto (26-07-1912)

Jueves Santo[177]

Apenas nadie por las Ramblas, a las siete de la mañana; criadas con cestas, payesas, devotas que van a los oficios de mantilla. En los kioscos pliegan los diarios mañaneros. Es una mañana tibia, pero nublada. Y hay en el ambiente, sin embargo, algo de la majestad del día.

Como me placen los sitios apartados y silenciosos más que las vías anchas y frívolas, doblo por las callejuelas, a salir por donde saliere. Estoy en la plaza del Pino; la iglesia es una de las más bonitas y típicas de Barcelona; también es la plazoleta evocadora, castiza. No han comenzado todavía los oficios en el templo, que está completamente obscuro; sólo allí, en el presbiterio, parpadea una lámpara mortecina. Temo tropezar, caer. Una vieja suspirosa penetra en la iglesia entonces, y en la pila del agua bendita tropiezo con los dedos sarmentosos, duros, de la vieja que sigue suspirando:

– *¡Ay, Mare de Deu!*

Marcho a la Catedral. En mañanitas así, tibias, dulces, como esta, he visto casi todas las catedrales de España, de Francia, de Italia; en mañanitas así. El madrugón dispone al optimismo, a la tolerancia; está la mente más despejada, ven mejor los ojos. Y las catedrales –todas las catedrales– son hogar de nuestro espíritu, nos sentimos en ellas como en la propia casa; conociendo el lenguaje de las piedras, podemos platicar con ellas, de corazón a corazón, sin que nadie nos rompa, sin que nadie nos quiebre el sueño.

La Catedral de Barcelona tiene, en descargo de su fachada un poco presuntuosa, del tono de color de su fachada que contrasta con el matiz sombrío del resto de la basílica, un patio muy lindo. Con sus palmeras, en el jardín. Con su estanque. Pasean los canónigos por el patio. Curioso, me informo de aquella arcada, de este sepulcro, de la edificación, de los repelotes de la fachada. El interior es estupendo por su proporción y armonía. Recorro la basílica: me detengo ante las capillitas apartadas; detrás del presbiterio, contando sus penas a algún Cristo, ahora tapado, solloza otra mujer. No es vieja como la de la iglesia del Pino; puede tener treinta años la acongojada mujer; viste una falúa de merino, una blusilla modesta. Pende de su diestra –fina– el rosario, y apuña un librito de oraciones.

Torno al claustro a fumar. Dialogo con un canónigo andaluz. Hablamos; acaso vaya el obispo de Jaca a Tarragona; el obispo de Lérida –un santo– me bautizó; dícese que el cardenal Aguirre quiere retirarse al claustro y que añora, desde la silla del Primado, sus penitencias franciscanas. Los oficios serán largos; son muy complicadas las ceremonias del santo día.

[177] Existe otro artículo de Sánchez Rojas, publicado con el mismo título, aunque distinto contenido, en *El Adelanto* en abril de 1911 (O.C. Tomo V, página 124).

Marcha mi amigo, el canónigo andaluz, a la sala capitular. Y yo salgo de nuevo a la plazuela.

Me detengo ante el lindo palacio del Renacimiento catalán, de buen gusto, que hay en frente de la puerta del claustro. Como desde allí no se ve la fachada de la Catedral, me creo transportado por un momento, a una plazoleta florentina o boloñesa.

Elegantes, sencillos, armoniosos son los tres cuerpos del edificio; asoma una palmera en el centro. Pregunto: es el Colegio de Abogados. ¡Enhorabuena, queridos colegas! Me dirijo a la puerta de la izquierda: «Se alquilan pianos y armonium en el primer piso». ¡Por caridad, que quiten de allí ese letrero, queridos colegas! Allí no debe haber nada, nada; que sueñe uno que es un palacio encantado; que sospeche otro que el príncipe Colonne tuvo el humor de venir a habitarlo a Barcelona; que se invente una leyenda; que yo pueda suponer que allí habita Teresa, la *Ben Plantada,* cuando viene a Barcelona desde Sitges.

Sin preguntar, entro en el palacio del señor obispo. Es igual a casi todos los palacios episcopales de España; se hicieron igualitos todos, allá, en las postrimerías del siglo XVIII, reinando don Carlos III, don Fernando VI, don Carlos IV. Ávila, Zamora, León, Ciudad Rodrigo, Plasencia, Tarragona, Sigüenza, Coria, tienen el mismo tipo de palacio. Todos, casi siempre, al lado de la Catedral. Y yo diría que hasta el mismo portero. Y el cochero, con la misma cara. Y los mismos dependientes enlutados, tímidos, bajitos, con gafas.

– ¿Puedo ver el patio? –pregunto al portero.

– El patio, sí, señor –me dice franqueándome el paso.

El patio está visto pronto y es linda y sencilla la reja que da acceso. Pero yo me pongo a pasear y a fumar filosóficamente. El portero está intrigado. Quiere abordarme y no se atreve. Por fin...

– Lleva usted mucho tiempo aquí, señor

– Sí –le contesto con cachaza– Va a salir pronto S. I. ¿no es eso? A las ocho y media dice LA VANGUARDIA.

–Sí. Pero... ¿usted?

Muestro al buen hombre un *carnet* de un periódico de Madrid. Está tranquilo; comprende. Los chicos de la prensa somos así ¡muy raros! Nos da el naipe por esperar a S.I. una mañana dulce de Marzo. Alargo un cigarro al fiel servidor, más por gratitud que por sobornarle.

– No fumo –me contesta con dignidad.

– ¿De veras? Son buenos; no son de la Tabacalera.

– No fumo, señor; de veras.

En el patio, unos acólitos, seminaristas, de sobrepelliz, blanca como la nieve y rizada con esmero por tenues manos de monjitas, charlan animadamente. El más osado me aborda. Esperan todos a S.I. para acompañarle a la Catedral. Penetra un canónigo en el patio, con su capa morada de vueltas rojas, su peto de armiño, su bonete de verde borla de seda. Hay un grato silencio.

– Ese palacio, ese Colegio de abogados ¿usted sabe qué ha sido?

– Si ¡vivieron los canónigos allí! Se llamaban la *canonia...*

Avisan; tocan unas palmaditas... Los acólitos ascienden las anchas escaleras del patio de la morada episcopal. Minutos después, procesionalmente, sale el doctor Laguarda, con su capa roja, de amplía cola, en el centro de cuatro canónigos. Es alto, delgado, de ojos hundidos y tristes, el doctor Laguarda, llenos de bondad y de melancolía, ¡Debe sufrir mucho el buen señor obispo! Saluda dulcemente al portero; me dirige una mirada de bondad el doctor Laguarda, al descubrirme, con respeto, a su paso. Detrás de los coleros, un clérigo joven lleva la almohada episcopal.

Entra la comitiva en la catedral, por el claustro. Mujerucas sencillas acuden a besar el anillo: a todas sonríe melancólicamente el doctor Laguarda. Sube a su trono, en la derecha del presbiterio. Comienza la ceremonia larga, complicada, ritual, del santo día.

Vuelvo a recorrer las naves de la Basílica barcelonesa. Sigue arrodillada la mujer ante la capilla que hay detrás del presbiterio. ¡También yo desearía estar allí muchas, muchas horas! La luz del sol, al filtrarse por los ventanales, llena de reflejos azules las capas blancas de los oficiantes. Resuena el órgano...

Y yo salgo a la calle. En la de San Felipe Neri se oye el tintineo rítmico de un herrero que martillea un cilindro de acero. Hay un grato silencio. Se apaga la armonía del tintineo. Luego, en la Plaza de Santa Ana, ante los tranvías, contemplando a lo lejos el Paseo de Gracia, pienso que también Barcelona tiene sus gratos rincones, donde es dulce reposar, de cuando en cuando.

La Vanguardia (22-03-1913)

Cantares[178]

Para el marqués de Buniel

Mayo, Castilla, atardecer. El río canta su canción de quietud junto a la dehesa. Llueve. Lluvia de primavera. Arco iris. Los montes lejanos son de naranja, y los campos azules y añiles y violetas. Sale el sol, se pone el sol. Se desgarran unas nubes negras. Primavera. Castilla.

Y el charrito canta caballero en su corcel. Canta a pleno pulmón, llevando el ritmo al paso del caballejo. Sorbe el charrito, cantando, la paz del campo, que se abraza con lo infinito en toda su extensión, y canta. El charrito canta.

En el cantar conozco
la que está virgen;
tiene la voz delgada
y el eco triste.

¿En quién piensa el charrito mientras canta? Torna de la villa a su aldea; al toque de oración llegará a su casa. Le espera la madre con sus besos más sonoros, le espera el padre para apiensar[179] el ganado en el pesebre. Y, al atardecer, le espera también una mocita en la ventana; le espera «ella». Labrador el mozo, la moza labradora, fundarán un hogar allá para las vendimias, por San Miguel. Y ella tiene el eco triste y delgada y cristalina la voz. Y por la noche, al acostarse la charrita novia, piensa en el niño caribobo y redondo, bolita de manteca, que no se hartará nunca de sus besos. Amor de carne y amor de espíritu el de la madrecita futura. Mareada, fascinada por el misterio de la maternidad, la charrita se queda dormida dulcemente en su lecho, que tiene aroma de membrillos nuevos[180].

El charrito canta. Es el ritmo de su cantar el ritmo mismo de su corazón:

Labrador de mis padres
serás mañana;
¡echa surcos floridos
a mi ventana!

Sí, al casarse se levantará con el alba en busca de los surcos floridos; que los hijos tiran mucho. ¡Ay, si no fuera por ellos! Y el charrito echa sus cuentas y teje sus ensueños a la vez. Ella tiene sus terrones junto a los del mozo, desaparecerán las lindes; nada menos que nueve hectáreas tendrán los cuarticos en la Cuesta de las Monjas. Sobrará el pan. En la panera reventarán, de puro grandes, los montones de trigo rubio. Colgarán del techo humoso de la cocina de la matanza millares de sartas de chorizos. Los quesos nadarán en mares inmensos de aceite de oro.

La abundancia de la hacienda y la paz del corazón. ¡La paz del corazón! Ella, trajinará todo el día, sobre todo, en verano. En verano cortará los tasajos, las raciones de los segadores; madrugará con los pájaros y se acostará en la era, junto a la parva, cara al cielo. Allí, bajo el cielo estrellado, le dirá sus amores él. O no se los dirá, que es lo más seguro, henchido del silencio, y de la paz, y de la blancura del caminito de Santiago. Contará, junto a ella, las estrellitas del Carro. Y cuando salga el lucero junto al otro lucero de su mañana y de su ventura, ¡a levantarse y a beber agua pura del barril fresco, y a besarla a ella en la faz, y en los ojos castaños, y en la boquita fresca!

El charro, cuando está henchido de plenitud, canta. Canta siempre:

Alégrate, corazón,
aunque sea por la tarde,
corazón que no se alegra
no viene de buena sangre.

¡No, no viene de buena sangre corazón que no se alegra! Este charrito que canta de retorno a su aldea, que es su paz y su inquietud, tiene la graciosa prestancia de un viejo caballero y los ojos –errabundos y ensimismados– de un juglar.

¿Cuándo tornamos a oír los cantares de mi tierra, marqués amigo? ¿Cuándo –lejos de la baraúnda de este Madrid de gacetilleros, arbitristas, pretendientes y farsantes– nos tumbaremos

[178] Previamente, en septiembre de 1915 *El Adelanto* había publicado un artículo con el mismo título y distinto contenido (O.C. Tomo IV, página 172).

[179] Tanto como *apajar*, dar pienso.

[180] Era costumbre perfumar los armarios y dormitorios con membrillos o manzanas en su interior.

en una parva, cara al cielo, advirtiendo cómo la paz de los campos concierta con nuestra propia paz?

La Libertad (01-07-1922)
Región (10-07-1926)

Meditaciones en una boda

De testigo en una boda, en la castiza y simpatiquísima iglesia de San Andrés... En esta iglesia se gana todavía indulgencia plenaria rezando un «Pater Noster» por el alma de don Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán; en esta iglesia está enterrado un obispo que se llama José Canalejas, como el llorado jefe de la democracia española; en la plaza de esta iglesia, edificada con los primeros barrotes de plata que llegaron de las Indias, puso Cervantes la mansión de la preciosa Clarita, la hija del Oidor; en la plaza de esta iglesia está la casa de unos marqueses donde sirvieron de criados San Isidro Labrador y su mujer Santa María de la Cabeza; en la plaza de esta iglesia, entre compases de Bretón y de Chapí, elegimos este año unos escritores y artistas de buen humor las reinas y princesas de la belleza del barrio de la Latina.

Desde Agosto, tengo sinceras y profundas amistades en este barrio, y de testigo he venido a la boda de una preciosa manola. De pañosa y hongo ellos; de mantilla y de traje de seda negra, las mujeres. Primero, la boda. Los besos de las amigas, los lagrimones de la madre, el respeto de los deudos.

¡Qué porte de caballero, tan señoril, tiene este buen pueblo madrileño! Luego, el desayuno rumoroso, con tostada entera y purito canario, en Platerías. A medio día, el almuerzo en San Isidro, con paella, langosta, solomillo, jamón en dulce, vino de Riscal, café, copa y habano. Y para concluir la fiesta, baile en la Bombilla. La tarde, plácida, animaba al bullicio; yo mismo he tenido que bailar a[181] Amparito, a Consuelo, a Lolita, a todas las bellas chulillas, amigas de la novia, como Dios me ha dado a entender y bastante mal.

Estas muchachas de Madrid, que sacaron de quicio a Julián y trastornaron el seso al boticario, estas bellas majas, que ahora lucen su melena, su calzado primoroso y sus medias color de carne, son en la intimidad, pese a las apariencias, de una ingenuidad encantadora.

Honradas, generalmente, honestitas, avisadas e inteligentes; su libertad de maneras suele engañar a los observadores superficiales.

Poneos en plan de tenorios vulgares y os hincharán el carrillo de una magnífica bofetada. Tratadlas, en cambio, con respeto y con delicadeza, y os abrirán, de par en par, las puertas de su alma. Un alma ingenua, romántica, sencilla; os dirán que esperan al hombre que ha de redimirlas y os contarán sus apuros hogareños, el costo de su vestido, el escandaloso precio de sus zapatitos. Una madrileña neta gastará siete pesetas en un traje de percal, pero ahorrará, céntimo a céntimo, doce, catorce duros para un calzado primoroso y cómodo, que las permita caminar con garbo y donosura por estas calles.

Esta tarde ha aumentado el número de mis amistades femeninas en la Bombilla. Durante cinco o seis horas, he sorprendido nuevamente el corazón de estas muchachas. He comprometido la tarde del domingo para el cine y he quedado en asistir otra tarde a una merienda familiar. Benlliure y Romero de Torres –los tres formamos un terceto popular en el barrio– han sido también invitados.

Julio las llama «chavaliyas», Mariano Benlliure «chicas», yo –sencillamente– «sobrinas». En el catálogo de mi dilatada familia espiritual hay catorce o diez y seis nombres, que todos los días van en aumento. No ha faltado en la boda más que nuestro querido Pepe, el duque de Canalejas; el muchacho estudia, de firme, latín y griego en la Universidad de Oxford.

Pero ellas y nosotros le hemos escrito unas líneas de salutación, seguros de que preferiría gustoso unas horas de palique con Lola, con Consuelo, con Maruja o con Amparo al diálogo, siempre docto y profundo, con sus ilustres profesores ingleses, bajo un cielo gris y encapotado, en medio de una niebla densa que hace gratas las meditaciones –amorosas o intelectuales– en

[181] Expresión popular al menos en pueblos de Salamanca. Se dice "bailé a Rosa" y no "bailé con Rosa", por ejemplo.

el «home», ante una buena estufa, una pipa cargada y un delicioso libro de Lord Byron o de Schelley.

El Adelanto (30-10-1924)

Después de un día de lluvia

– ¡Llueve, amigo mío, llueve! Día velado, gris, tristón...; día de chapotear por esas calles, de recibir las salpicaduras de los autos, de aguantar en el café las risas alocadas de los peripatéticos[182], que hablan alto y suenan fuerte, descubriendo la hilaza del fogón de donde surgieran.

– ¡Así es, amigo!

– Y luego, a guarecerse en el teatro de todas las noches, a dormir la siestecita en el Ateneo, entre las discusiones de tanto sabio en agraz, a escribir un artículo, a morirse de asco y hastío.

– ¡Llueve!Il pleut dans la ville,
com' il pleut dans mon coeur![183],

que dijo el pobre Verlaine. También nuestro corazón gotea agua, pero no pura de sierras, sino mezclada y podrida de charcos. ¡Llueve!

– Madrid, con estos días, está más intransitable que el último villorrio. ¿Quién es el guapo que sube por la calle de la Montera? ¿Quién el osado que se aventura desde las Ventas a la Ciudad Lineal? ¿Quién el atrevido que se atreve a asomar las narices por los Cuatro Caminos? Del caño al coro; del caño al pesebre, y del pesebre al café. ¡Es para morirse!

– Y no te cabe el recurso de los porches, de los soportales, como en las ciudades de Italia, como en Palencia o como en Salamanca. La Plaza Mayor es la lonja de los descuideros y de los carteristas, y la academia donde conjugan el verbo amar las amas de cría y los soldados de la guarnición. ¿Dónde ir? ¡Oh, la lluvia, la condenada lluvia!

–¡Pues tenemos para rato, amigo mío! Esta calefacción tan antipática, ¡te hace echar tan de menos la camilla, el dorado braserillo, el tute familiar y el juego de prendas! Tardes de castañas calientes, de buñuelos de viento, de huesos de santo, de novia formal, ¡no saben los provincianos lo que tienen! Aquí, en cambio... ¿Dónde vamos?

– ¿Al Colonial?

– ¿Encontraremos sitio? Por las tardes desemboca toda la mesocracia que paga menos de treinta duros de alquiler al mes. Con tres pesetas cincuenta, la mamá, la niña, el novio y la doméstica, se apoderan de la mesita más discreta y no hay quien les eche desde las tres de la tarde hasta la hora de cenar. Mejor es pensar en otro sitio.

– ¿A un baile de barrio?

– ¿Y quién soporta la conversación de una tanguista más allá de diez minutos? Ella tiene doce proporciones [¿proposiciones?], pero no se casa. Ella tiene tres impermeables ingleses, pero no ha traído ninguno. Ella te ama a ti, pero tienes que llevarla a cenar a la Viña P y surtir a la «madre» de mariscos durante cinco horas. ¡Nada de bailes!

– Entonces ¡a leer!

– Sí; acaso es el mejor recurso.

Un libro bello, un buen cigarro, y ¡a soñar!

¡Il pleut dans la ville,
com'il pleut dans mon coeur!

Goteamos como las varillas de un paraguas roto...

El Adelanto (07-11-1924)

[182] Posible error de interpretación del cajista al leer "los peripatéticos" en lugar de "las peripatéticas" como creemos que escribió Sánchez Rojas.

[183] Paul Verlaine. *Romances sans paroles*, 1874. Los versos dicen en realidad: "Il pleure dans mon cœur / Comme il pleut sur la ville" (Llora en mi corazón / como llueve en la ciudad.)

Homenaje campestre

Se despejó la tormenta y ha sonado en los aires el primer cohete. Es la señal de la danza en el pueblo; la hora del baile. Sale la mocería de las casas, contenta, gozosa, ávida de expansión y de amor. En el puente lucen unos farolillos de papel. Suenan las guitarras y se oyen las primeras coplas.

La tarde estuvo fría; helados airecillos, cortadores como navajas, trajo la montaña a la caída de la tarde; no lució su púrpura el sol al hundirse en su carrera cotidiana. Temblaron mozas y mozos, fabricando tristes presagios, pardos y grises, como las nubecillas de última hora. Pero, al fin... Al fin, el cohete hendió los aires, dejando, al zumbar, un reguero de luz en el espacio. Lucieron los farolillos en el puente. Dijo la guitarra un aire triste, henchido de temblor. Y hasta el fonógrafo del juez, ronco y gastado, lloró con Mimí la caída de la tarde y evocó el tañido de las campanas, tal como se oyen en Roma, a la hora del alba, desde el castillo de Sant'Angelo, dejando llenos de admiración a los técnicos del pueblo los lirismos campaneros del músico efectista.

Y al pueblo van llegando todos. Una hilera de hotelitos une la aldea con el puente. Cada cual lleva su silla al sitio de la danza. Las forasteras han llegado también. Vosotros, los que no habéis vivido en los pueblecillos, no sabéis el encanto de las forasteras. Una forastera es una visión dorada en un lugar donde todos los rostros os son conocidos, donde sabéis de memoria los matices de todas las voces, donde habéis percibido, una y mil veces, los resplandores de todos los ojos y las caricias de todos los gestos. Una forastera es mirada en silencio, contemplada en silencio. Inicia, aunque sea discreta, amores fugaces que se tronchan; acucia el ingenio indígena para que nazcan donosas galanterías que no llegan a pronunciarse; es término feliz de comparaciones, de las que sale siempre vencedora. Al baile asiste una forastera. Si queréis saber dónde está, fijaos en los ojos de los mozos, que ellos os señalarán la trayectoria. Ha comenzado el baile y ella permanece sentada. Sus ojos negros cabrillean como luceros, de aquí para allá, viéndolo todo, sonriéndolo todo, gustando de todo, del silencio de la noche, de la templanza del aire, de la música ingenua que marca los compases. Los mozos hablan en voz alta, para que ella les oiga. En los primeros asaltos de amor, el hombre –rústico o civil– es siempre un animal rudimentario. Al fin, un indígena se atreve. La forastera baila con él. De lo que dicen no es fácil enterarse; tampoco es difícil colegirlo. Será uno de esos diálogos sencillos, humildes, respetuosos, en que el galán procurará agradar plácidamente, y la forastera sonreirá contenta, sin saber de qué. ¿Coquetería, interés, amor, deleite de aventura? No, no. Un placer inocente por lo liviano y sabroso por lo sencillo. Ella viene de grandes ciudades donde se habla con el silencio y se calla con el diálogo; donde las cosas tienen tres sentidos: el que tienen, el que se les da y el que se les quiere dar; donde las cosas se sutilizan, se desgastan, se estropean, se deshacen, a fuerza de astucia y de recelo.

Baila y baila la pareja. He aquí dos novios atortoladitos, melosos, que no hablan porque todo lo han dicho ya. He aquí un bailador profesional, hierático, rígido, pendiente del compás, de la figura, de la exactitud, de la gracia. Más allá, un pobre muchacho enamorado, que no logra convencer a la bella que hace visibles muestras de despego, que todos advierten menos él. Y acaba la danza. Un vals concluye lánguida, perezosamente. Las muchachas charlan, las mamás se impacientan, los papás hablan del Directorio, de Madrid y de lo mal que están las cosas.

Ahora una rifa. Se sortean abanicos entre los mozos. Luego, ellos, los regalarán a las muchachas. El momento es solemne, decisivo. Para el tímido, es una confidencia de una pasión oculta que no se atreve a formular; para el osado, un arma de dos filos, que sabe ser súplica y sabe ser desquite, según las ocasiones. Un muchacho canta el número. Le ha tocado al chico que bailó con la forastera.

Galantemente, acepta ella. Las muchachas aplauden; encuentran muy original el homenaje. Yo pienso que el abanico puede ser un madrigal que tiene como versos las varillas. El abanico es un buen confidente de la mujer, porque la libra de un sofocón inoportuno, de una mirada tenaz, y puede acariciarlo con las yemas de los dedos para acentuar la complacencia con una persona grata, para iniciar cien mohines, para matizar cien gestos, para mostrar el perfil de una nariz bonita, la tersura de una frente noble, para castigar un ricillo rebelde.

Los muchachos tornan al baile después de cenar. Y nosotros volvemos a Madrid, después de haber presenciado la sencilla danza aldeana.

El Adelanto (12-06-1925)
El Pueblo (01-07-1925)
El Adelanto (10-12-1912)

El encanto de la feria

El primer día de la feria es siempre pueblerino y charro. Es el encanto de los niños y de las criadas de servir. Al buen Padre... Lucas y a su esposa La Lechera, que nos trae el recuerdo del Puente Romano y de las cercanías del puente, la parejita charra. A la parejita charra dicen que van a sustituir unos negritos. Pareja exótica, en verdad, para la charrería, que no sabe grandes cosas de las razas ni de los peces de colores.

La dulzaina, el tamboril, las gigantillas... Estas cosas que servían antes de tarascas para el día del Corpus, fiesta eminentemente civil, inauguran hoy las fiestas de todas las ciudades, que tienen siempre un sentido eminentemente comercial.

El calendario es de las cosas mejor confeccionadas del mundo. ¡Con qué oportunidad están fijados los días de los santos patronos en las ciudades y en las villas castellanas! San Antolín en Palencia y en Medina, la Virgen de la Vega entre nosotros, San Mateo en la capital de la Rioja, coinciden siempre con el término de las faenas de recolección. Y San Isidro deja su ahijada y se olvida de los bueyes por la oración, precisamente en Mayo, cuando el campo tiene sed y Madrid goza de la más deliciosa temperatura de la tierra, y los catalanes se acuerdan de la dulce Virgen de las Mercedes, a fines de Septiembre, en Barcelona, cuando está dorada y azul la viña del Priorato. Realmente, no se puede elegir mejor.

¿Qué nos traerá este año la Virgen de la Vega? ¿Cuántos charros que se extasíen ante los floreos de la dulzaina y los repiques del cornetín? El dulzainero, Sánchez Mejía, la visita al Teso de la Feria, el encargo en casa de Jesús Rodríguez, el chocolate de Enrique Prieto y, ¡vuelta a la aldea! Y vuelta a la aldea a contar las excelencias de la ciudad a la parienta y al coro de mocosos.

La feria ya no tiene encantos sino para los niños y para los aldeanos. Para los demás –hombres escépticos y aburridos– se han perdido por completo. Somos demasiado poco niños y demasiado poco aldeanos para admirarnos ya de nada. Salamanca, con bambalinas o sin ellas, nos es demasiado familiar y ya no nos causa sorpresas.

El Adelanto (09-09-1925)

Día de feria

Acaso es hoy nuestro primer día de feria, de verdadera feria. Hasta hoy la ciudad vive en familia, sin más aportación casera de importancia que la del pariente que madrugó demasiado y sin otros castigos de bolsa que los ordinarios en días festivos y fiestas de guardar. Salamanca tampoco altera su fisonomía corriente hasta el día de hoy. El charrito espera su espectáculo, los toros, y hasta hoy no se mueve de su aldea con rumbo a la «ciudá». Pero hoy se apodera del Teso, y de los soportales de la Plaza, y de los figones recién blanqueados, y del restaurant, y de la Alamedilla, y hoy luce su garbo y deja sus billetes. En los comercios se exhibe receloso y desconfiado, y harto de nadar, hace posada del suelo donde le place, hasta que remata con escrúpulo todas sus diligencias y ha visto dar a Ignacio su «estocá».

Y con los charros llega la avalancha ciudadana de la afición taurófila. «Novelty» parece, desde hoy, una sucursal de Sevilla. Falta ya «Memento»[184] este año; un cordial recuerdo para el hombre bueno, de la anécdota graciosa siempre a flor de labio, que sólo con la muerte ha perdido su costumbre de venir a Salamanca. Falta «Memento», pero ya asoman su gallardía, de vanguardia, las huestes de Nacional II, con los incondicionales de los maestros que les siguen a todas partes –el marquesito y el condesito– los críticos de los diarios, los ganaderos y las caras familiares de todos los años. En lugar de Salamanca, me creo en Triana, o cuando menos, en mi tertulia madrileña de Regina, oyendo a Fortuna sus eternas querellas con los empresarios, mientras Cochero bebe cerveza, Indalecio Prieto dormita y Juanito Larrínaga canta las excelencias de las angulas y de la «merlusa».

Salamanca deja hoy su placidez académica, que tanto amamos los que sabemos gustar de su sosiego, por la bulla y por el estruendo fugaz de un par de días. Hoy se pone a tono con el aldeano la ciudad del Tormes. Repiques de tamboril y agudos y estridentes alaridos de la dulzaina, a lo lejos; grupitos de charros que despachan su tortilla en la Plaza del Mercado, en los jardines

[184] Famoso picador de toros.

de la Plaza y junto al Puente romano; barracas y baratijas; novios rurales un poco atortolados y sorprendidos, que vienen a las «vistas»; visita a los «menumentos» y hasta a los animales del Instituto, que, dicho sea de paso, no son los únicos animales que albergamos en nuestro dorado recinto; los vehículos familiares que hoy se desenfundan y abandonan la cochera por unas horas; el agosto del hortera, del cocinero y del patrono accidental; los niños que acuden al circo a reír con su divina ingenuidad las payasadas de los «clowns» y las piruetas de los acróbatas.

¡Ay, Dios! ¡Quién fuera niño, quién fuera al menos –por unas horas– nada menos y nada más que un aldeano! El polvillo dorado que la niñez puso en las personas, en los parajes y en los rincones que tanto amamos va desapareciendo, poco a poco, con la acción laminadora del tiempo. «Quisiera ser niño –ha cantado un excelso poeta contemporáneo catalán– para ver las cosas siempre de nuevo, siempre por primera vez y siempre con asombro». Apenas si ya podemos hoy con nuestro hastío. Hagamos lo que hagamos siempre estamos de vuelta en achaque de impresiones y alegrías. Estos días de feria salmantina recordamos con fuerza nuestras primeras impresiones de niños. Aquellas comidas de Chapado, aquellos recortes de Reverte, aquellas compañías de Luisa Vela y de Sagi Barba…

¿Qué fue de «La Viejecita»? ¿Qué de «La alegría de la Huerta», de «Gigantes y Cabezudos», de «La Tempestad»? ¿Y de aquellos alcaldes, Rodríguez Miguel, don Indalecio Cuesta? Todo pasa. Sólo queda la ciudad eterna de nuestros recuerdos y de nuestras esperanzas. Pero ¿qué esperamos ya, si no sabemos reírnos en el circo, ni seguir a lo lejos al Padre Lucas, ni emocionarnos en el teatro, ni contemplar las cosas, siempre de nuevo y siempre por primera vez? Feria de Salamanca: ¡Y cómo sabes decirnos que hemos pasado de actores diligentes a espectadores pasivos de tu estruendo aldeano de estos días!

El Adelanto (12-09-1925)

Las fiestas de otoño

Por primera vez, Madrid, no el simpático Madrid del pueblo, laborioso y trabajador, sino el otro, el que vive de la farándula y del artificio, pide su apoyo a las provincias para vivir como le sea posible, en estas horas de crisis y de anormalidad.

Madrid, sin la población flotante que llenaba sus hoteles, sus cabarets y sus teatros, apenas si pasa de ser capital de Castilla la Nueva, o, a lo sumo, de la Mancha. Desde que las castizas «fuerzas vivas» se despidieron de la Puerta del Sol, la vida cortesana languidece visiblemente. Y ahora acude al socorrido expediente de las fiestas de otoño para que no perezca del todo su comercio y para que los intereses creados puedan vivir con alguna comodidad a la sombra, sea como sea.

Desde 1923, la vida madrileña apenas si es una sombra o caricatura de lo que era antes. Madrid, si no vivía para el isidro, vivía de él exclusivamente.

Para el isidro eran las mejores sonrisas de sus cocotas, sus entrecots más nutritivos, sus bailes, sus fiestas, sus taxis y sus vicios. El señorito de Cuenca, el alcalde de Soria, la comisión de diputados provinciales de Teruel, eran siempre los que pagaban los vidrios rotos. Cuando el Parlamento estaba abierto, vivían a la sombra de él los pedigüeños, arbitristas y pretendientes de todo medro. Todo hombre público tenía a su vera una pequeña población parasitaria que esperaba la felicidad de su gestión o simplemente de su palabra amablemente prometedora y vagamente hipócrita. Y era toda esta gentecilla candorosa la que daba vida al cabaret que hoy agoniza, a la pobre cocota que ha abaratado ostensiblemente el precio de sus favores, al hostelero que hoy bosteza de inacción, al camarero que hoy liquida sus faenas diarias con un miserable rendimiento y al chauffeur [sic] que ha olvidado ya el camino de San Fernando del Jarama y de la Cuesta de las Perdices.

El señor conde de Vallellano pretende hoy resucitar los viejos encantos de un Madrid que ya pasó y que podría vivir, como el pez en el agua, solamente durante los tiempos del llamado viejo régimen. No creo que con cabalgatas vespertinas ni con verbenas otoñales consiga resucitar su cadáver. Porque el provinciano ha olido que van a caer sobre él como los cuervos sobre la carroña muerta, y no es de creer que se preste a estos atracos, ni que se fíe caso mayor de programas que no se cumplen y de atractivos que no puede ofrecer un pueblo como el madrileño, que ha perdido la costumbre de divertirse.

El Adelanto (21-10-1925)

Navidad

Y qué sentido cobran para mí estas fiestas navideñas en la paz y en la quietud de esta Salamanca que me ha hecho prisionero y cautivo de las doradas cadenas de sus piedras rojas. Toda la infancia torna a volcarse de nuevo en mi espíritu cuando llegan los días de Navidad. Son, primero, los juguetes en los escaparates de las tiendas, y luego los despachitos provisionales de los turroneros valencianos, y después las preocupaciones por pellizcar el "gordo" que este año se quedó en Madrid, al final, las sartas de pavos, gordos, lucientes, que se exhiben en el Mercado de la Plaza de la Verdura, en espera del catedrático exigente, del ganadero rico, del propietario de posibles que ha de tragarles en la cena del día pascual.

Todavía conservan el perfume de su graciosa intimidad, de su sabor fuertemente casero y doméstico, estas fiestas navideñas. Todavía... Al menos en mi ciudad. Desde el día de la Purísima, se masca la proximidad del ambiente. Los escolares se declaran en huelga forzosa, los catedráticos se reúnen en claustro, se quiere dar sanción a las faltas colectivas y comienzan las hostilidades, hasta que se firma, como todos los años, el armisticio, favorable para los relapsos y perezosos. Con el vuelo de los chicos a sus pueblos y alquerías, Salamanca se queda un poco desanimada y triste. Nieva inevitablemente en seguida. Se viste su blanco traje de novia la bella crestería de Monterrey, y el patio italiano de la Plaza Mayor adquiere, como el de San Marcos y las "Procurattie" de Venecia, la pátina del mármol viejo y un poco morenico. Llegan a los teatros las compañías inocentes que representan piezas inodoras, incoloras y total y completamente insípidas. Se trata de anticipar la inocentada. Y la ciudad se infantiliza.

Porque su alegría en estos días no es estruendosa, ni profana. La fiesta navideña es la fiesta del hogar, como en Cataluña. La calle queda desierta e inhabitable en la Noche Buena. Solamente allá, a las doce, los devotos se prestan a las expansiones de la misa del Gallo. El "pax hominibus bonae voluntatis" del sacerdote resbala sobre los corazones aquietándoles y apaciguándoles. Fiesta de paz esta del portal de Belén para los hombres buenos, fiesta de vegigas [sic] que estallan clamorosamente, de zambombas zumbadoras, de castañuelas que repican gozosas, quiere advertirnos que la alegría es, además, un elemental deber humano.

Un cantar de la tierra lo dice sabrosamente:

> Alégrate, corazón,
> aunque sea por la tarde;
> corazón que no se alegra,
> no viene de buena sangre.

y como si todos advirtieran que la tristeza es un vicio estéril y feo todos se aprestan a encender, con el fuego del hogar, el de los afectos con los suyos. Fiesta de la niñez y de hombres que quieren tornar a la infancia es la de estos días.

En esta Salamanca, después de tantos años de ausencia, torno a gustar del regalo de estos días invernizos y navideños, de lluvia y de niebla, con terribles heladas en las noches y mañanas purísimas y frescas, soleadas, que tienen la limpidez y la transparencia del cristal. Salamanca, es, en estos días, una ciudad de nacimiento. El Tormes, helado, recuerda esas cintas de plata que ponen los niños en su portalito de Belén. Los rostros, amoratados por el frío, de las obreritas madrugueras tienen el color de las figuritas de barro que regalamos a los pequeños Y el sol loco de estos días, que juega con las nubes pardas, con sus timbas y con sus estratos, besando este granito rojo de Villamayor[185], da a las piedras mil coloraciones de magia. Y para que la ilusión sea completa; allá, en el cielo, forman las nubes, antes de descargar, ciudades imaginarias encinchadas de murallas medioevales, de torres numerosas y fantásticas, con cubos, fosos y palacetes inconmensurables que se van dibujando y borrando en la lejanía. Y se pierde por el Sur, hasta pasar las cumbres, moteadas de nieve, de la Sierra de Gredos, que corta la monotonía del llano igual, poblado de surcos infinitos, sin más salientes que los dos montes del Arapil y del Carpio –del Carpio de Bernardo, el del Romancero, el de León y no el de Roncesvalles– y que el semicírculo del Tormes, caminito de Alba, hacia el cual va aumentando su cauce, agradecido, en aquella vega, a los halagos de Juan del Encina y de Garcilaso y a la bobería sensiblera y reverente, de los árcades del Zurguén.

[185] Se refiere a la piedra arenisca de sus monumentos conocida como piedra de Villamayor, pueblo de sus canterías.

Estos días navideños tienen aquí, en mi ciudad, el hechizo doble de su fisonomía y de la evocación que su fisonomía provoca nuestro espíritu. El "pax honinibus" nos hace buscar el fuego de la chimenea casera, la caricia del nene y el santo cobijo de la mujer. Nos dicen que no podemos vivir para nosotros solos, sino también, para todos los demás. Y nos dicen que así como el nacimiento del Niño-Dios se celebra todos los años, también todos los años pueden celebrar su fiesta los hombres de buena voluntad cuando saben retoñar en los otros con su espíritu y su carne.

La Voz de Guipúzcoa (25-12-1925)
El Luchador (28-12-1925)
El Pueblo (26-12-1925)

Hace veinte años

Presenciando ahora, en el teatro Bretón, la «reprise»[186] de las grandes zarzuelas de hace veinte años, cuando nosotros apenas entrábamos en los primeros y sabrosos años mozos y contemplábamos con el espíritu atento y los ojos cucharones el espectáculo del simpático Madrid de entonces, comparamos épocas y épocas, sin querer, y encontramos mejores, más finas, selectas y espirituales las que pasaron. Hace veinte años, Madrid tenía carácter y hoy no lo tiene. Hace veinte años, la vida mundana de Madrid –Fornos, la Gran Peña, la cuarta de Apolo, Tamames y Silvela, Lucrecia Arana e Isabelita Brú– tenía un sello de franco españolismo que hoy ha desaparecido completamente. Los grandes de España se tocaban con la capa y hoy los horteras llevan su trincherita.

Las mozas guapas eran castizas y saladas y más de una anécdota picante se cuenta de Rosario Falcó –la duquesa de Alba de entonces– de Matilde Loríng –la marquesa de Ivanrey– y de otras grandes damas y señoras. De la Plaza del Progreso para abajo abundaba el mantón de cuatro picos y hoy es la vivienda de las niñas cloróticas y tanguistas, que llevan melena y se conducen en la vida cotidiana como Maritornes se conducía con los arrieros y viandantes.

Votamos, decididamente, por el Madrid de entonces. El Madrid de entonces, sin Gran Vía, sin cabarets, sin motoristas, sin niños peras, sin crímenes del expreso, sin tafureros[187] ni golfas de postín, estaba menos desplazado que el actual. Era más íntimo y más español. Tenía un sello de elegancia que hoy se ha borrado del todo. Hasta el vicio era más alegre, más soportable y –¿cómo diría yo?– más cristiano.

Aquel Madrid de Fernán Flor y de Mariano de Cavia, de Francos y de Canalejas, del «Heraldo» y de la «Corres», de Guerrita y de Reverte, de Salmerón y de Sagasta, del chocolate de doña Mariquita y de los «bistés» del Colonial, de las medias tostadas de Correos y de las cenas de Fornos a la salida de Apolo, de las chulas desgarronas del Avapiés[188] y de las doncellas guapas del barrio de Salamanca, de los exministros y expresidentes del Consejo que perseguían a las cocineras de madrugada, y de los toreros que eran perseguidos por las condesitas, tenía, sobre todas las cosas, espíritu y emoción.

Los ídolos se entronizaban en su pedestal y las mujeres guapas formaban parte del patrimonio monumental de la villa del oso y del madroño. Y era frecuente el caso de un hombre que se arruinaba por el amor de una mujer, o por la propaganda de una idea política, mientras hoy se perfila y se hace corriente y moliente el caso del chulo que vive de la hembra y del arrivista[189] que come, cena y hasta merienda, sin apetito, de los que llama sagrados ideales.

Madrid, cerebro, corazón, el bajo vientre de España, camina de tumbo en tumbo, como el pueblo de que se cree capital y sede. Este teatro de «La viejecita», de «Agua, azucarillos y aguardiente», de «La verbena de la Paloma», de «El postillón de la Rioja», de «El lego de San Pablo», de «El anillo de hierro», bellísimo –que veremos esta tarde– conserva un poco el perfume, el candor, la frescura y el españolismo de los gustos y pensamientos de la sociedad que reflejaba.

Era más honrado el teatro, como era más honrada la novela. Ni Pereda, ni Alarcón, ni don Benito, ni Octavio Picón, han sido superados después. Nuestra época no ha sabido producir ni

[186] Galicismo. Reposición, repetición.
[187] Término en desuso por *tahúres*, si bien aún se encuentra en apellidos.
[188] Antiguo nombre, del que deriva, el madrileño barrio de Lavapiés.
[189] Así en el original y escritura más frecuente desde principios de siglo. Neologismo introducido en español del francés *arriviste*. Hubo quienes adoptaron la proximidad al francés y quienes propusieron la españolización en *arribista*, de modo que coexistieron ambas formas ortográficas durante tiempo.

«Sotileza» ni «El escándalo», ni siquiera las «Pequeñeces», del jesuita burlón, predicador y cominero. El periodismo era más ingenuo, pero sabía ser más independiente y caballeroso. Estas «reprises» del teatro Bretón nos recuerdan años pasados, aquellos en que Jacinto Benavente revolucionaba el teatro y Chapí, Chueca y otros, hacían una música alegre, salada, españolísima, que ya no sabemos oír ni componer.

El Adelanto (03-01-1926)

La Jota

Cuando Pilarín arregla los papeles de mi cuarto, canta una «jotica»; cuando Angelita me prepara el baño, en el casino, a las diez de la mañana, canta una «jotica»: cuando Romanico, el chiquilicuatro[190] del bar, me trae los periódicos de Madrid, canta también una «jotica».

La «jotica» es el modo de expresión de estos simpáticos y queridos huesquetas; les sirve de amoroso sentir, les sirve de expansión corriente y moliente a todo ruedo. Hay la «jotica» de Jaca –rondas de mozos a las novias– y la de Barbastro, y la de Graus, y la de Loarre, y la de Boltaña; pronto sabré sus matices; hay la «jotica» del Roncal, ahí, en Navarra, donde nació Gayarre; hay muchas «joticas», pero todas se fundan en una sola. La «jotica» es un retozo viril. La «jotica» es el himno de la juventud, de la fe y de la esperanza. La «jotica» es el requiebro llano, y la queja melancólica a la mujer esquiva y huraña, y el amor a la tierra que nos nutre y ha de arroparnos en nuestro reposo definitivo; la «jotica» es este recio y noble Aragón de los Argensolas, de Goya, de Agustina, de Rosa de Fuentes, de Joaquín Costa y de Enrique Nogueras, a cuya tumba llevaré flores el sábado para que sepa que no le olvido. ¡Viva la «jotica»!

Un pueblo que canta, francamente y virilmente, la «jotica», es un pueblo masculino. Y bravo. Y fuerte. Y generoso. Y bueno. Hoy cantaba Pilarín –la bella y discreta Pilarín, que dice que no se casará porque no tiene dote– la «jotica» del Roncal:

Al león con ser león
las horas le rinde el sueño;
a mí, criatura humana,
de pensar en ti no duermo.

La voz cristalina de Pilarín se ha clavado en mi corazón. ¡Ay! No sé si pensando en vosotras, mujeres, nosotros, los humanos, dormimos o no; lo que sé de ciencia cierta, es que cuando soñamos y estamos en lo mejor del sueño, vosotras, con un mohín vulgar, con un gesto de incomprensión, con una leve mueca de grosería, nos hacéis despertar y rompéis para siempre el ritmo inefable de nuestras ensoñaciones e imaginerías...

El Adelanto (06-03-1926)
El Noroeste (26-03-1926)

El Viernes Santo en Huesca[191]

Esta querida y noble ciudad aragonesa me ha traído en el día de hoy, con sus soldaditos romanos, con sus apóstoles y evangelistas, con sus «milites» del astral y de la lanza, con sus sibilas, el lejano, pero siempre vivo y perenne, recuerdo de mi niñez. Me he sentido niño en Huesca en este Viernes Santo... He corrido detrás de los soldados desde la Catedral al Coso; he adorado el Santo Entierro en Santo Domingo, presenciando el relevo de la guardia; he contemplado, con ojos de crío, a estos concejales con banda –un poco encogidos–, a este alcalde llevando el negro pendón un poco solemne –a este gobernador, correcto, [censurado]– y, sobre todo, he oído una música peregrina. Un redoble sonaba sordamente; una flauta y un clarinete melodiaban una música siempre igual y siempre distinta, monótona, evocadora, vagamente sugestiva, que se metía en el corazón...

[190] O *chilicuatre.*
[191] En esta misma fecha y con un título similar –«Viernes Santo, en Huesca»–, Sánchez Rojas público otro artículo, con la misma temática aunque distinto contenido, en el diario *El Adelanto* que reproducimos a continuación.

¿Dónde he oído yo esta música tan de esta tierra, tan oscense, tan evocadora y aniñada? Algunos baturros de pro y de años advertí que la escuchaban con los ojos llenos de lágrimas. ¿Era de un domador domesticando serpientes y culebras en la India lejana? ¿Ritmo de bayaderas gaditanas, de danzarinas sagradas que bailan, al son del arpa de David, junto al santuario? ¿Compases guerreros de la vieja Osca? ¿Repique de redobles al asentar una vieja libertad aragonesa, entre ballesteros y arcabuceros oscenses? ¿Por qué sonaba tan bien y se pegaba tan mansa, tan quietamente al corazón despierto?

Para conocer las cosas, para arañar sus secretos, hay un expediente muy sencillo: amarlas. Nadie sabe si el conocimiento viene antes del amor o el amor antes del conocimiento. Allá Berin, Croce y los psicólogos contemporáneos con sus vacilaciones y titubeos. Para mí es evidente que ambos fenómenos de posesión, el cordial y el intelectivo, se dan simultáneamente en nuestro espíritu. En cuanto conocemos una cosa, una persona, la amamos porque la conocemos. En cuanto conocemos alguien, algo, verdaderamente, le amamos porque le conocemos. ¡Qué dulcemente, amigos míos, ha brezado la canción que lleva dentro este redoble apagado del tambor, esta música lenta y monótona de una flauta y de un clarinete, de la procesión del Santo Entierro de esta noble y «maja» ciudad de Huesca!

Yo también, llevo dentro de mí, la imagen de «otro» Viernes Santo. En un pueblecito prócer de Castilla. Mi pueblo es un castillo, unas torres y unas casucas de pizarra cobijadas a la sombra de las torres y del castillo. Un río –el Tormes– lame sus muros, pizarrosos y pardos, cantando una vieja apacible canción. El Viernes Santo de mi pueblo, de Alba de Tormes, es tan recogido y tan discreto como el de Huesca. Acuden los charritos, desde la aldea, cogidos de la mano, a la procesión del Santo Entierro, que sale de la iglesia ducal de San Pedro, junto a la vega que cantara Garcilaso. La ruta de la procesión de mi pueblo es la misma que llevó más de una vez, Teresa de Jesús, en sus ajetreos y viajes, fundando palomares místicos en aquellas llanuras adoradas. Visten las señoras traje negro de seda cruda; crujen sus faldas y cruje la cera de los velones. Las muchachas se tocan con mantilla. El alcalde lleva un junquillo roto en forma de corona de espinas, recordando la muerte del Justo…

De noche –¡hace ya muchos años, muchos!– iba yo cogido de la mano por mi madre, a oír el sermón de la Soledad en la iglesia de Santa Teresa. Es bellísima la Soledad de mi pueblo, muy «majica» y muy madre. La talló en cartón-piedra un artista anónimo, italiano, del Renacimiento; el gran duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, el verdugo de italianos y de flamencos, la trajo a su casa solariega; un remoto abuelo mío, el marqués de Pozas, la nombró madre adoptiva suya, cuando se quedó huérfano[192].

Aquella Soledad es madre dos veces. Madre de Dios, porque en su rostro de niña, en la pureza inalterable de sus facciones, en sus ojos negros, se adivina que presiente la resurrección futura del Hijo que ha sabido morir por los que ni vivir saben. Y madre del hombre, aunque lleva su dolor sin consuelo.

Cuando me he recogido esta noche, he dicho una plegaria a la Soledad de mi pueblo, tan lejana, pero tan presente en mi corazón: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, los españoles, ahora…» ¡Sobre todo, ahora, Señora, ruega por esta España nuestra, que no sabe recordar, y que, por eso, acaso, no sabe esperar tampoco!

El Diario de Huesca (06-04-1926)

Viernes Santo, en Huesca

Para don Luis de Zúñiga.

Como los niños, como las chicas ingenuas, como todos los hombres que tienen algo que recordar en su niñez, yo también he acudido, esta mañana, a la parroquieta de la Catedral, a presenciar el desfile de los soldados romanos, que hacen luego, en Santo Domingo, guardia de honor a Jesús en el sepulcro. ¿Qué queréis? Leyendo en las almas de estas baturricas y de estos baturricos sus recuerdos de niñez, también los míos, más intensos, plácidos y serenos que nunca, me han brotado a flor de corazón.

[192] Remotamente los marqueses de Pozas llevaron el apellido Rojas y de ahí suponga su parentesco, sin más motivo ni razón.

Los oscenses son muy lígrimos; es decir, y para fortuna suya, muy oscenses. Aman y quieren a su ciudad con afecto firme y reconcentrado. Y el Viernes Santo he podido adivinar, esta mañana, que es para ellos uno de esos días que los traen el perfume de la niñez perdida con sus contornos luminosos y dorados. Estas chicas, tan sencillas y tan «majas», corrían por las cuestas cercanas a la Catedral, hacia el Coso Alto, para no perder detalle del paso de los soldaditos. Y yo corría con ellas y con ellos para evocar el Viernes Santo, que, yo también, de barro mortal como todos, pero con mi alma en mi almario, guardo en los rincones más inasequibles de mi espíritu.

Recordaba Alba… Y el sermón del Descendimiento de San Pedro. Y el alcalde de mi niñez –don Luis López Laporta– grave y elegantísimo, con su junquillo doblado en forma de corona de espinas. Y la tarde plácida y serena cuando la procesión del Santo Entierro doblaba la esquina de las Benitas. Y las señoras con vestido negro de seda. Y las muchachas de aquel entonces. Y el padre Sebastián. Y el tenebrario de las Madres. Y la dulcísima Soledad de mi pueblo. ¡Ay, Soledad bendita –tan «maja» y tan madre– de mi pueblo! A través de la distancia, he oído el

Stabat Mater Dolorosa,

que cantan tus hijos del Carmen esta noche, y vuelvo a rezarte la Salve con la misma unción de mis días mejores. «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, los españoles, ahora y… » ¡Ahora, sobre todo ahora, Señora, ruega por esta España, que no sabe recordar, y que por eso, acaso, no sabe esperar tampoco!

El Adelanto (06-04-1926)

Carnestolendas

Hoy no le sería posible al mismísimo caballero veneciano Giacomo Casanova, atravesar la plaza de San Marcos bajo los porches de las Procuradorías Viejas, asomar las narices por el Puente de los Suspiros y penetrar, seguido de dos o tres feroces cancerberos del Señorío, por el patio del Palacio Ducal, a cumplir un arresto político, vestido con arreos carnavalescos. Se le tomaría por un loco de atar si no iba vestido con un traje corriente de calle, y los mismos polizontes le concederían unos minutos de graciosa libertad para mudar de indumento en su domicilio. Los tiempos cambian, y la Prisión de los Plomos[193] ya no guarda en sus mazmorras a los que conspiran en las fiestas y bailes de Carnaval. Las Carnestolendas y hasta los conjurados, han perdido todo su prestigio y toda su razón de ser en los tiempos de fascismo que hogaño corren. El caballero de Seingalt, como su legítimo heredero Ricciotti Garibaldi, andaría hoy de la ceca a la meca, lejos de las fronteras del Señorío, sin curarse para nada de antifaces inútiles.

Los carnavales desaparecen hasta de su escenario natural en las ciudades y cortes italianas, y no porque se marche definitivamente el melodrama de las que fueron repúblicas señoriales, o pretorianas o teocráticas, o ducados de pan llevar y de andar por casa, sino porque el melodrama no ha menester de alharacas y chafarinones para campar por sus respetos. Los Casanovas de hoy viven en perpetuo carnaval, sin necesidad de alquilar por horas rostros bonitos y complacientes que les hagan el juego y carceleros torpes y terribles que ya saben a que carta quedarse en achaque de conjuraciones. Los carnavales han perdido su inconfundible abolengo veneciano.

Estas fiestas alcanzan su mayor esplendor en Italia, cuando Italia no puede manifestar su espíritu público por cauces normales y tranquilos, esto es, cuando vive medrosica y asustada por el miedo, por la intriga y por la delación. Los italianos entonces se manifiestan en los festejos carnavalescos, no de otra suerte que nosotros nos manifestamos en los circos y en las plazas de toros. El carnaval es la válvula que emplea donosamente en aquella época el absolutismo itálico para que la plebe descargue, por unas horas, sus humores contenidos y no se desmande el resto del año. En Roma, al anochecer del martes gordo, por el Coso, la fiesta se trueca en una verdadera orgía colectiva. En Bolonia, a la sombra de los pórticos de terracota, a la vera de las tumbas de los glosadores, y de los patios de los templos, las doncellas pierden sus irreemplazables atributos y los mozalbetes sorprenden el alba del miércoles de ceniza, idiotizados por la obscenidad y por el alcohol. De Venecia recordamos las zarabandas en los locutorios, que Casanova pinta y el buen Taine reproduce en su delicioso "Viaje por Italia". Y en Parma, y en Módena, y en Placencia, y en Mantua, las Peggias se pueblan de muchedumbres incontinentes que se desembarazan, entre

[193] Antigua prisión veneciana.

burlas y veras, de los tiranuelos de poca monta a cambio de mantener con sus rangos y sinecuras a los magistrados permanentes y principales. Italia hace entonces gala de una forzada expansión de ánimo para engañarse a sí misma. Pero así que recibe la ceniza en la frente al iniciarse la cuaresma a toque de campana, torna automáticamente a su pasividad y a su silencio.

Durante el siglo pasado, los residuos del Carnaval se trasladaron a las escasas ciudades europeas que no contaban más ingresos que los del placer y los del ocio que les suministraban largamente sus moradores eventuales o volanderos. Los antifaces se trasladaron desde Venecia a Niza y desde Bolonia a Budapest. Pero la guerra, convirtiendo los casinos en hospitales y los cabarets en clínicas de urgencia para mutilados y heridos del frente, acabó con estas manifestaciones de la alegría artificiosa. Desde entonces los carnavales huyeron de la calle para manifestarse y sobrevivirse en locales cerrados a bolsas poco repletas y a temperamentos mojigatos.

En la actualidad, ese dios Momo que acaba de pasar estos días, solamente hace de las suyas en las aldeas y en los pequeños núcleos de población. Es el modo de olvidar la tristeza, la soledad y el terrible aburrimiento de todo el año. Claro está que se despeja de su pasado aristocrático y de selección para sobrevivir lamentablemente con una miserable mueca de impotencia. Las calles se pueblan de dominós absurdos, de Colombinas de estropajo, de Pierrots que abandonan los remos de la galera por unas horas, de comparsas y de estudiantinas ruidosas que se aturden con la incongruencia y con la necedad de sonajas y de panderos, y de confites de harina, y de prendas de deshecho y de cuantos objetos se conservan en los desvanes y trasteros. La pobre humanidad aparece demasiado melancólica así vestida, presentada y ataviada. Y pueblos hay en Castilla donde las fiestas paganas alternan razonablemente con las religiosas. Las comparsas no comienzan en las calles hasta que acaban los sermones donde se recuerdan a los fieles las penas del infierno y las torturas de Lucifer prepara a los lascivos y borrachos. En el pueblo de mi niñez, los carnavales así dispuestos, vivían contenidos por el miedo al más allá, y la plebe se volvía razonable al toque de oración, con las primeras sombras de la noche.

Estamos muy lejos de Casanova y del cardenal Bernia, y de la monja M. M. y de los gondoleros discretos que aprenden a callar, y del siglo XVIII en que los carnavales llegaron a la cumbre de su esplendor. Hoy declinan y tienden a desaparecer. Este año nos han parecido más lánguidos que en el anterior y el próximo nos lo parecerán más que el presente. Acaso la razón de que los carnavales desaparezcan obedece al hecho indudable de que la humanidad está saliendo de su primera infancia. Se va haciendo demasiado formal, prefiriendo pecar en silencio a pasar por pecadora y jaranera. Su pobre sensibilidad ha recibido golpes de tal naturaleza que vive como acorchada y no quiere simular una pirueta de buen humor, vestido de mamarracho, como el caballero Casanova cuando ingresaba en la Prisión de los Plomos.

La Voz de Guipúzcoa *(*02-03-1927)
El Pueblo Gallego (04-03-1927)
El Pueblo (10-13-1927)

La romería del Rocío

Entrada de los romeros del Rocío en Triana. Noche de San Fernando. Primavera. La luna riela en el río y hay reflejos metálicos, de alba prematura, que galopa en el cielo bajo e intensamente azul. Triana, rumorosa y alegre; mujeres cobrizas, con la roja flor al pelo, a la puerta de los corrales; sevillanitas con el pañolón de Manila en la capota de los coches, y de los autos, y de las carretas endomingadas. Cantares de romería que huelen, no a cantueso y a romero, como los de mi sierra castellana, perdida la pobre allá arriba en la llanura, sino a geranios y a claveles:

La carreta y los bueyes
son de mi padre;
el carretero es mío
¡Dios me lo guarde!

Rumor de cantares. Y repiqueteo de crótalos y de castañuelas. Y zumbos y estampidos de cohetes que hienden un momento de cielo azul. Y el tañido de las campanas de Triana, que se han vuelto locas. Y azahar, y fragancia, y aroma, y leyenda, que no desvanecen ni el olor de las freidurias ni el ruido de las campanas de los tranvías que se han parado, en ringlera, en medio

de la calle de Triana que viera nacer a Juanito Terremoto[194]. Sevilla, que sonríe en esta noche de primavera. Yo mismo, perdido entre la multitud, con el fardo de mis penas al hombro, busco una sonrisa en los ojos negros, verdes, azules, castaños –rasgados e infinitos– que alumbran como luciérnagas en el bosque.

Tornan del Rocío los romeros. Vienen del monte, que se pierde allá lejos, en tierras de Huelva, detrás de las marismas. Tres días tardaron en llegar al monte; otros tres en retornar. Sobre las carretas de bueyes, en colchones y mantas, han dormido allá, en medio de las veredas muertas; manchones de olivares se columbraban a lo lejos. Altos en el camino para el almuerzo y para el gazpacho. Canciones a la Virgen, Pastora de las Marismas; procesiones lugareñas, tamboril y crótalos. Y la vuelta a Triana y a Sevilla. Vienen primero los cofrades caballistas con la vara de la Hermandad a la diestra, y la estampa de la Virgen presa en la cinta del sombrero ancho, y el blanco chaquetón justo, corto, ceñido y apretado, para cabalgar mejor, sin rozamientos. Algunos llevan su pareja a la grupa, como glorioso trofeo de la conquista del amor. Al paso de los bueyes caminan los caballos impacientes de los cofrades. Luego, la carreta del «sin pecado» armoniosa y risueña como el ángel de la anunciación. Y las carretas de los romeros, adormilados, soñolientos y rendidos de la terrible caminata. Pero Triana no sabe de penas. Les recibe con cantos y con vítores en la majestad augusta de esa noche primaveral. Las muchachas han vestido sus mejores galas, y cantan sin cesar. Los hermanos del Cristo del Cachorro han abierto las puertas de su iglesia y queman una traca en honor de los romeros. Los de la Virgen de la O no quieren ser menos que sus vecinos, y estallan bombas reales al paso de las carretas. El Guadalquivir, vecino, se estremece de placer. Triana rebosa, henchida de plenitud y de vida.

Canciones, siempre canciones, en las aceras, y en los patios, y en las rejas, y en los corrales, y sobre los coches. Este pueblo no sabe rezar más que así. Y una voz ceceosa, delgada como el cristal, que me ha recordado no sé por qué aquel lamento de la fuente oculta que canta de noche en el callejón del Agua del barrio de Santa Cruz, ha dicho, al pasar esta copla, que ya no saben hacer los poetas de estos tiempos:

La Virgen del Rocío
entra en Triana;
es de noche, y parece
por la mañana.

Y es que, al conjuro mágico de la voz deliciosa y melancólica, Triana goza de la luz del amanecer a las once de la noche, sobre la Torre del Oro, he visto regueros de luz de estrellitas saltonas que juegan en el espacio para que sonría la virgencita del Rocío; el lucero de la mañana trae lumbres nuevas de tierras orientales al barrio sevillano. Las nubes blancas y algodonosas presentan en sus bordes reflejos luminosos desconocidos e insospechados para los astrónomos que no saben mirar las fiestas del cielo con los ojos del corazón. No sabemos si es el río el que espeja el cielo o si el cielo es una linda copia del Guadalquivir. Sobre el puente regresamos a Sevilla, enhechizados y absortos. El que más y el que menos, sin darse cuenta, lleva sus posos de recencio. Y su luz de aurora en el rincón más oculto de su alma. Yo he escuchado en esta noche de San Fernando, en Triana, viendo el regreso de los romeros del santuario del Rocío, canciones de alondra que antes no había sabido oír jamás…

Nuevo Mundo (15-06-1928)

En la villa del oso

– ¡Adiós, mañico!
– ¡Adiós, mañica!
– Estás más joven.
– Y tú más guapa.
– No pasan años por ti.
– Y tu pasas por ellos cada vez más linda.
– ¿A que no vienes mañana a almorzar a mi hotel?

[194] Uno de los alias del torero Juan Belmonte, a quien también se conoció como *El pasmo de Triana*.

– ¿A que sí? ¿Qué me das?
– Pollos a la chilindrón.
– ¿Cocinados por ti?
– ¡Claro!
– A la una en punto, Ofelia. Como un clavo. ¿Comensales?
– Tú, mi tía y yo. ¡Tenemos que hablar!
– Lo que tú quieras, maña.
– ¿Dónde vas ahora?
– Me esperan Romero de Torres, Linares, Roldán, "Perlita", en Negresco. Luego... ya sabes. A que nos dé "Visentet" un vaso de horchata frente al Ministerio de Estado. Y a la cama...
– ¡Recuerdos al maestro...! ¡Que no faltes!
– ¡No, no faltaré!

Y no falto. A la una en punto. Ciudad Lineal, Avenida del Vizconde de los Asilos, último hotelito a la izquierda. Jerez fresquísimo; caldo hogareño, pollos a la chilindrón, dignos del colmado de Dichoso, en Huesca, de Dichoso Funes, federal y bueno. Ofelia de Aragón, frescota, guapetona, ingenua y francota como una baturrica de casta que es ella.
– ¡Que te falta un botón!
– ¿Nada más?
– ¡Siempre con patronas, hombre! ¿Cuándo te casas?
– ¡Nunca!
– Pues te convenía una muchacha.
–¿Para costurera?
–¡Vete a paseo, hijo!
Ofelia está empeñada en una cruzada espiritual. No quiere que desaparezca Apolo. Apolo para ella es un rincón tan castizo como la Cava Baja o la plazuela de San Andrés. Y escribió a unos amigos suyos, grandes financieros argentinos. Tira de papeles la heredera legítima de Lucrecia Arana, que, por cierto, hace ya tiempo que no vemos en el Liceo, ahora que ha venido completamente renovada y con un timbre de voz más fresco, y con un vestuario digno de una princesa oriental... Escribió a unos financieros Ofelia, y estos ofrecen por el inmueble los millones de pesetas que hagan falta a su propietario actual, el Banco de Vizcaya. En seguida Ofelia iniciará las conversaciones con este Banco.
– ¿Son noticias?
– Sí.
– ¿Te parece?
– ¡Muy bien! ¿Qué llevas en eso?
– ¿Yo...? Expresión aragonesa pura. Vengo de Barcelona preocupado; no sé si Don Quijote nació en las Ramblas o en el Coso.

El Adelanto (23-08-1929)

Desde el tren

No tengo ganas de escribir... ¡Perdón, Mariano! Me limito a traducir una carta que me trae el correo. Es de una señora de Bolonia, muy linda y muy señora. Dice así:
"Querido amigo Sánchez Rojas: He conocido a tu amigo X... de paso para Roma. ¿Es muy español? Casi, casi me hizo el amor delante del marido. Entre vosotros, no he conocido más que dos españoles, Pepe Riera y tú, que saborearais la amistad con las mujeres. Los demás, chico, me han resultado siempre unos Don Juanes espantosos. A la primera palabra, salían de quicio. Adoptaban posturitas interesantes. Ponían los ojos en blanco. Me hablaban de la novia que, allá, en provincias, les era fiel. Y, enseguida, a barrenar, a no perder ocasión, a contarme lo que no me importaba, a decirme que tal vez, el pobre Selio, mi querido Selio –por ser banquero– es vulgar. Y ¡zas! la declaración tortuosa. Al menos, hace treinta y cinco años, según tía María, Tovar, Álvaro Romanones y aquella gente eran más prácticos y más desahogados, de solteros; ¡la besaban a una, y una tenía que cerrarles la puerta de la casa! Ahora son carneros degollados, querido Sánchez

Rojas: espíritus incomprendidos como aquel violinista bohemio que enamoró a aquella loca de Luisa de Sajonia, escapándose con ella, empeñándole al fin, las joyas y acabando lamentablemente el idilio en la comisaría del barrio Pitti, de Florencia.

¡Bueno, hijo! Tu amigo X… es muy español y es nieto de aquellos bravos que tanto delectaban a nuestro Alejandro Manzoni.

Por aquí, sin novedades. Seguimos todos en la villa junto al Rimini, viendo el mar desde el comedor. Selio te saluda y te manda el más fuerte y el más cordial de sus abrazos. Mis hijas, María y Linda, se acuerdan mucho de su "tío" el español y te quieren muy bien. ¿Cuándo vienes a vernos? Italia no es ahora una balsa de aceite, pero para mis amigos tengo yo siempre un sillón, un cigarro, una sonrisa y un afecto.

Veo que escribes mucho. De la Argentina, por "El Hogar", y de España, por "La Esfera", llegan a mí noticias de tus impresiones espirituales. Estás muy solo. Pero tú eres incorregible y lejos de mi darte consejos. Te acepto como eres. Tal vez por ser como eres precisamente, te acepto.

El más cariñoso apretón de manos de tu antigua "hermanita" C.J."

El Adelanto (08-09-1929)

Almas regionales

¿Me permite mi querido y admirado amigo, el profesor de Lógica fundamental de nuestra Escuela[195], que glose brevemente su bello discurso de apertura? ¿Me permite, además, que señale las discrepancias únicamente para ahorrar tiempo y meditaciones al lector?

Yo no creo, señor Alcayde, que haya un alma charra, un alma baturra, un alma maragata, un alma astur, etc. Lo externo es lo regionalista, pero lo entrañable, lo del corazón, es lo humano. No en otro sentido interpreto –esto va con usted, querido don Juan Domínguez Berrueta– la feliz sutileza de Unamuno cuando dice que Shakespeare por ser inglés, Cervantes por ser español y el Alighieri por ser italiano, son profundamente humanos y universales.

Hay, si ustedes me apuran, un alma campesina con matices regionales, pero no otra cosa. Un aldeano de Tolstoi se parece como un huevo a otro huevo a un aldeano de Luis Maldonado de Salamanca, o a un aldeano de López Allué de Aragón, o a un aldeano de Pereda de la Montaña, o a un aldeano de Andalucía de Fernán Caballero, o a un aldeano portugués de Castello Branco. Hablan las mismas cosas y el léxico es igual; tienen el mismo fondo y la misma cáscara de sombría resignación y de honda desconfianza y de mutuo recelo; son pequeños, y ladinos y mezquinos. Y sensuales, e interesados. Es la tierra la que les moldea y les hace así. Que hablan lo mismo, que piensan lo mismo y que reaccionan del mismo modo ante las cosas, es cosa, señor Alcayde, que yo probaría, con textos en la mano, sin la menor dificultad.

¿Alma charra? Para broma, no está mal. El señor Maldonado se estudiaba a sí mismo y del propio espíritu iba sacando su caballerosidad, su amor al Crucificado, su gracia, su generosidad, su optimismo. Pero eso era la psicología de don Luis Maldonado y Fernández de Ocampo y no la del campesino de esa comarca. Por lo demás, señor Alcayde, sentada esta discrepancia, que no quería dejarme en el tintero, se me antoja admirable y bellísima su oración inaugural. Para mí, más clara que la psicología del alma charra, me hubiera parecido la lógica, ya que no la ética, del alma charra. En esto de la psicología del alma colectiva, me permitirá usted, mi buen amigo, que no fíe demasiado. Todo eso me parece sociología, es decir, camelo puro, pasatiempo que está bien para gentes como Posada (don Adolfo) o Saldaña (don Quintiliano). En todo caso, habrá la psicología "de un" charro, pero no la "del" charro. Ahora que un charro, ese, Fulano, el de carne y hueso, por ser él y no otro, es inefable, e individual, y único. Todo hombre que lo es de veras "no forma serie", como ciertos coches eléctricos y mecánicos. ¿Y quién aprisiona en leyes, en normas, en reglas, lo infinito, nuestro dolor, nuestro amor, nuestra angustia, nuestra vida?

Señor Alcayde: muchas gracias por su oración. Ha tenido usted frases de admiración para un hombre puro y para un artista excelso de nuestra tierra, que profesó en esa Escuela; muchas

[195] Francisco Alcayde y Vilar. Psicología del pueblo charro según las obras de D. Luis Maldonado. Comentaron el discurso inaugural Juan Domínguez Berrueta y Mariano S. Cividanes.

gracias. En los labios tengo el nombre de otros dos escritores, don Antonio García Maceira y don Mariano Domínguez Berrueta, que hubieran completado dichosamente la feliz disertación de usted en torno al modo de ser de nuestra región.

El Adelanto (10-06-1929)

Más sobre almas regionales

Réplica al doctor Alcayde

El trabajo de mi inteligentísimo contradictor, el profesor de nuestra Escuela, señor Alcayde y Vilar, contestando a mis apreciaciones sobre su discurso de apertura, lejos de haber modificado mis puntos de vista sobre la inexistencia del alma regional, me han reafirmado en ellos. El señor Alcayde, como si estuviera examinando, me coge por los pelos, me hace sacar una bola, le contesto por anticipado y me llama a capítulo muy alarmado: "¡Eh, amigo! ¿Con que dices que no hay alma charra, y te gustaría haber leído un discurso mío sobre la lógica del alma charra?" Lo que pasa, querido señor Alcayde, es que yo no he escrito eso. ¡Ante todo, el matiz, siempre el matiz!... Yo decía que sólo puede hablarse de almas regionales si las explicamos como almas campesinas con tendencias impuestas por el ambiente de la región. El ambiente influye en el traje, en el vestido, en el cantar, en el derecho consuetudinario, etc. En ese sentido, puede hablarse de la lógica del alma campesina de Salamanca.

Y la tierra –volvamos siempre al matiz–, "surtout la nuance", que dijo el poeta francés, y la tierra siempre es idéntica para el aldeano de Odessa, de Sicilia, de Cracovia, de Gales, de Beira o Tras-os-Montes, de Cataluña o de Castilla. El paisaje no ha entrado todavía en el corazón del aldeano de tipo medio; le preocupa el fruto de la tierra, y más que el fruto, la renta que ha de pagar al señor. Lo que explica la ruindad del aldeano, y si me apura el señor Alcayde del mismo terrateniente, su limitación mental, su raquitismo, su cuquería, su conservadurismo, su vejez de corazón, es que el esfuerzo está siempre limitado por un resultado económico conocido. Trabaje lo que trabaje, el fisco y la renta se llevarán el pellizco mayor. No puede ser generoso porque no se lo consiente la tierra. No puede ser bueno –Caín y Abel ya riñeron por la tierra– porque no le deja ser bueno la tierra. Esta preocupación de la tierra la siente lo mismo el mujik ruso, que el "cratadino" toscano, que el payés catalán, que el paisano gallego, que el jebo[196] vizcaíno, que el charro salmantino. El aldeano emplea un léxico muy limitado para hablar. Para enjuiciar psicológicamente, tiene lugares comunes, sentencias, "refranes". Solamente para hablar de la tierra, y del cielo en lo que favorece o perjudica a la tierra, es rico de lengua y de matices el campesino.

El señor Maldonado, "el amo Luis" como a él mismo le gustaba que le llamasen, era el propio "Ciego de Robliza", y, si me apuráis, el tío Cavila y el tío Clamores también. Charro por los cuatro costados el querido escritor muerto, inventó una psicología del país, extrayéndola de su propio espíritu. Era bella, pero no tenía la pretensión de ser exacta. Ni le importaba cosa mayor a don Luis que no lo fuera. Contrastaba su optimismo de escritor, por ejemplo, con sus cualidades de político, ya que como político, tenía que habérselas a todas horas con las miserias y rencillas pueblerinas. No solamente los doctores salmantinos se portaron mal con don Luis Maldonado. En Vitigudino, que él quería tanto, tuvo que ceder el puesto a un aristócrata forastero que se hizo temer fingiendo que sonaba los talegos. Representante una o dos veces de la "ciudá", tuvo que refugiarse en el Senado, cegado el tapón de Vitigudino, y en la Universidad después. Maldonado, que conocía a los hombres, yo sé muy bien que hubiera rectificado muchos juicios acerca de la tierra, que para él, como para todos, no ha sido más que una madrastra.

Pero no vaya a creer el señor Alcayde y Vilar que trato de separarme, con estas digresiones, del punto capital de la polémica, o si la palabra le parece fuerte como a mí, de la charla cortés, cariñosa, y, por su parte atinadísima y discreta, que hemos empezado en público y que en público también es natural que rematemos. Crea el señor Alcayde que estoy de vuelta. Recuerdo precisamente que mi primer trabajo de colaboración en una revista que tuvo gran predicamento

[196] *Aldeano fornido, de maneras rudas, pero noble de corazón. Más o menos el mismo significado que mujik, contadino (no cratadino), charro o payés.*

en su día, en "La Lectura", fue un estudio crítico de un folleto del señor González García, hoy catedrático de Oviedo, afirmando la existencia del alma charra. Me faltaba un poco el sentido de la realidad; había viajado poco; estaba influido por los escritores locales; detrás de una frase... veía mucho más que una frase. Después, he conocido bien mi tierra. He vivido en la ciudad, en cabezas de partido y en aldeas; he agrupado en sociedades obreras a miles de jornaleros de mi comarca de Alba; les di lo que yo tenía, sin pretender nada a cambio. Acaso, a consecuencia de estas luchas sociales y políticas, no vivo yo ahí. Me echaron la zancadilla los que han acabado siendo uña de curia y compadres de Monipodio. Pues bien, señor Alcayde, raspaba y raspaba en la piel del campesino, y no encontré nunca sino mezquindad, pequeñez, recelo, amor al dinero... en calderilla. Es gente que hasta para amar ha de pensar si las tierras de la novia lindan con las suyas:

Se casan primos con primas
por el interés ná más,

dice el cantar aldeano. Pero no es cosa de ahí, de Salamanca, sino de la aldea. Así obran el matraco, el jebo, el payés, el charro, el paisano, el aldeano, el "contadino", el "mujik"; así obran todos. El drama que su paisano, señor Alcayde, plantea en "La Barraca", no es de la huerta, de su noble y hermosa huerta valenciana; es el problema de todas partes. Hasta la cama campesina parece tierra; tierra la paz de esas viejas que suspiran, que tienen brazos que son como sarmientos y manos como espigas tronchadas y vanas; tierra, esa amarillez y esa rugosidad de la mujer así que se casa y pare dos veces; tierra, ese rastrear a flor de suelo, sin espíritu, pensando en la peseta, siempre en la peseta, sin más aspiración que amontonarla y amontonarla; tierra, ese amor a la conveniencia, y ese desamor a la locura, y ese requebrar a la rica heredera, y ese ahitarse de pan y de cebolla... ¡Viva la, ciudad, querido Alcayde, que puede darnos Abeles! Los Caínes, todos los Caínes, son campesinos.

Habla usted de la lengua. Pregunta si la lengua "inculta" traduce con fidelidad el modo de pensar, de querer y de sentir de los hombres. Honradamente respondo a usted que sí. Pero la lengua de los campesinos traduce el mismo recelo, como la lengua de los tontos –hablen en inglés o en chino– descubre siempre la misma sandez. Cuando usted quiera, cogemos un libro de Tolstoi, de Turgueneff [sic][197] o de Chejow [sic][198], nos vamos a Santa Marta, cambiamos los nombres de Nicolás, Basilio, Constantino, etcétera, por los de Pepe, Paco, Manolo, modificamos el trineo de perros en carro de mulas, y haremos la prueba. El auditorio dirá: "¡El tío Pedro de Arapiles! ¡El tío Lucas de Mozárbez! ¡Juan Manuel el de Beleña!". Lo entenderán todo demasiado bien. Después, haremos la experiencia con un volumen de cuentos de Verge o de Castello Blanco: el mismo resultado. Se diferencia el hombre culto. El aldeano es igual en todos los climas, en todas las latitudes.

Ahora hay en Europa una cosa que se llama nacionalismo y que no es más que aldeanismo y campesinismo. En Rusia se llama de un modo, en Italia de otro, en España de otro, en Portugal de otro; es la misma canción y ¡ay! la misma letra. Lo rústico, que quiere apoderarse de lo urbano, de lo ciudadano, de lo "civilizado". Y hace tiempo que yo he tomado posiciones en la contienda, sabiendo donde estoy.

El Adelanto (12-10-1929)

Todavía las "almas regionales"

Conversación con el doctor Alcayde

Ya comprenderá mi querido amigo, el ilustre catedrático de Lógica Fundamental de nuestra Facultad de Letras, que no pretendo vencer ni me allano tampoco a ser vencido en esta conversación amable –y de parte de mi "adversario" inteligentísima y ecuánime– que mantenemos en alta voz, desde estas columnas. Yo tengo que olvidar a cada paso viejos hábitos profesionales, y recordar que no tengo a un enemigo enfrente; sino a un ilustre amigo, y no me atrevo a llamarle compañero –aunque yo también soy doctor y haya profesado de catedrático "in partibus

[197] Por Turguénev
[198] Por Chéjov

infidelium"[199] en esa Escuela– cuyos juicios y glosas estimo en tanto que, precisamente, me siento atraído a propugnarlos y refutarlos. Si alguna palabra equívoca, menos aún, si algún juicio no del todo cortesísimo y reverente para los prestigios del doctor Alcayde saliese de mi pluma –no lo creo– téngalo por borrado y hasta por no pensado ni escrito mi distinguido interlocutor. Él y yo tenemos el deber de convertir esta discusión, no en riña de gallos para regocijo de muchedumbres, sino en amable deporte espiritual de gentes que conceden al pensamiento una máxima eficacia. Cualquiera de los dos nos rendiremos cuando debamos rendirnos. Mi derrota personal tendrá para mi pluma el valor mismo de una gran victoria. Con tales adversarios, sabemos de antemano que la capitulación será siempre más que honrosa y que el botín nada tendrá que sufrir en el contratiempo.

Y tengo para mí que los dos estamos divagando con exceso, cosa inevitable si se tienen en cuenta nuestros temperamentos respectivos. El señor Alcayde es un hombre lógico que se queda definitivamente en las cosas hasta sacarlas el tuétano; yo prefiero, en cambio, pasar por ellas, aspirar su perfume y tornar en seguida a orearme con sensaciones nuevas. Seguramente, a mí me gustaría tener el temperamento del señor Alcayde y es muy posible que el ilustre catedrático valenciano tenga en excesiva estima mi exagerado dinamismo espiritual. Ni aun la contradicción –¡perdón, señor Alcayde!– me asusta demasiado. En mi continuo movimiento, en mis lecturas cada vez más frecuentes y copiosas, voy y vengo por las ideas, estudiándoles las caras que presentan según la distancia y según la perspectiva. No me importa creer mañana lo que hoy no creo, ni rechazar mañana ideas que ahora comparto y propugno con el mayor placer. El pensamiento para mí no es una función abstracta, sino algo concreto y vivo que refleja una idea o una emoción, sinceramente sentidas. A veces tener razón a secas no es tener nada, si no se tiene también pasión. Un dilema que no me sirva, aunque sea perfecto, le tiro por la ventana. Para mí la lógica o es una rama de la psicología o no es nada. Me gustaría que las cosas fueran no lo que son y porque son, sino lo que deben ser. Si tuviéramos siempre presente la lógica en nuestro espíritu, la vida sería un completo tormento. ¿Qué tiene que hacer un antimemo ante los ojos bonitos de una mujer? Y si nos preguntamos, ya viejos, por qué nos miran sin disgusto, ¿no estamos a dos dedos de volvernos locos? Dejemos la lógica, amigo, para cuando nos nutramos de sopitas de ajo y no podamos ya con los calzones. La vida es más que lógica, es alógica, y gracias a serlo, es bella ¡ay!, y multiforme, y contradictoria, y pintoresca, y jaula de grillos, y espuerta de gatos, y locura de hombres. Refiriéndose a esto, ha dicho sin duda, el maestro de todos –he nombrado a don Miguel de Unamuno– que los tontos son los que no hacen tonterías jamás. El colmo de la sandez, es, en efecto, no caer en sus garras, ni aun cuando se tienen veinte años y un espacio ancho y azul para volar hasta estrellarse.

Y tornemos, ahora ya, a nuestras discrepancias y a nuestras coincidencias en este tema de las "Almas regionales". En lo del lenguaje, yo no he dicho exactamente lo que usted me atribuye. Yo he dicho que la lengua popular es rica en lo que se refiere a la tierra, al grano, a la cosecha, y a sus derivados: la metereología [sic], la curia, el fisco, etc. Usted opone –y hace bien– el lenguaje académico y muerto, pero ese no lo hablan precisamente todos los hombres cultos. No lo hablaba Valera, no lo hablaba Clarín, no lo habla Unamuno; en su tiempo tampoco lo hablaban Cervantes y Santa Teresa. Yo mismo; inspirándome en esos modelos, prefiero siempre el modismo popular al modismo erudito. Mi admiración por Teresa de Jesús procede precisamente de que esta mujer singular me da siempre la sensación de que la estoy oyendo.

¿La música popular? Hablemos, querido amigo, de música popular. No hay una música charra, ni zamorana, ni leonesa, ni asturiana, ni gallega, sino "galaica". De Galicia nos llegan los huevos de oro. ¿Ha oído música popular en su propia salsa el doctor Alcayde? Hay matices y variantes aquí, y en Zamora, y en el Bierzo, y en Orense, y en Luarca, pero la cadencia es igual. El "Levántate morenita", se canta en toda la región. Un cantar que yo creía muy salmantino,

A la mar se van los ríos
paloma revoladora, etc.,

lo he oído en la provincia de Burgos; y hasta tiene variantes como esta... ¡en Cuba!:

[199] Significa en latín "en tierra de infieles". La Iglesia Católica utilizaba este término para cargos episcopales sin fieles a su cargo por encontrarse el obispado en tierras de infieles. Se trataba de un cargo honorífico. Rojas, efectivamente, fue profesor de italiano sin posesión de la cátedra.

Las noches que voy a verte
siempre voy con alegría,
porque tengo la esperanza
de ser tuyo, y tú ser mía
¡y al aire!

Las alboradas y canciones de ronda son iguales en León –en todo el reino con sus cinco provincias, León, Zamora, Salamanca, Palencia y Valladolid–. Realmente distinta, no conozco más que esa cadencia astur:

… Santa María
que a los asturianos guía.

La jota tampoco es de Aragón. Es valenciana, levantina; llega hasta Murcia. En algunos pueblos catalanes, los arrimados a Huesca, se canta también. Fleta canta una jota valenciana:

Te quiero, baturra, te quiero
como se quiere a una madre,
como se quiere al dinero,

que no es jota popular, sino erudita. A ningún aragonés se le ocurre mezclar la madre con la calderilla, dirigiéndose a la novia.

¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que la música española es, o galaica, del Oeste; o catalana –extiéndala usted a la Cataluña francesa, al Rosellón y a la Provenza–; o mediterránea –Aragón, Valencia, Murcia–; o del Sur, andaluza. Nada tiene que ver una seguidilla sevillana, o un fandango de Almería, con el "cante jondo", tan bello. Y hasta éste vive desplazado. Hoy son los mineros de Puertollano, de Pueblo Nuevo del Terrible los que sostienen el fuego sagrado. Me dice Romero de Torres, maestro en flamenquerías, que la sede del cante jondo está hoy en el Puente de Vallecas, y no va descaminado. En resumen: que no hay música provinciana, ni comarcal, por mucho que nos duela. Hay variantes de música regional –iba a decir nacional– no otra cosa.

Queda el punto negro para acabar de entendernos: el que se refiere a la exactitud de la visión campesina de don Luis Maldonado. Yo sostengo que sus creaciones son bellas, pero no exactas. ¿Conoció usted íntimamente, querido Alcayde, a nuestro don Luis? Era un hombre generoso, optimista, ingenuo, infantil. Sus amigos éramos los más talentosos de todos los hombres y su tierra la mejor de todas las tierras. ¡Era tan bueno el ilustre escritor charro! Lo que él deseaba, para los demás se lo concedía generosamente. Así, su visión de la charrería. Él era todo un caballero, y sus charros tenían que serlo; él era generoso y la generosidad tenía que ser prenda del alma campesina. En las elecciones, de vez en cuando, flaqueaba su convicción cordial...

En buena compaña va usted cuando afirma que los señores Camón y García Blanco sostienen que la visión de Maldonado era exacta y veraz. Veraz, nadie lo ha puesto en duda, porque era artística, y el arte se forma con la verdad subjetiva del forjador. ¡Pero exacta!... Argumento de contundez se llama esa figura. Camón, en dos años que lleva entre nosotros, no nos conoce más que en visita. El señor García Blanco es un buen rapaz, un chico excelente, que más que por experiencia propia, puede hablar por la ajena. Salamanca, más que la ciudad de la provincia, es hoy el pueblo más grande de la Armuña.

El doctor Alcayde me dice que los Quintero no podrán hacer un sainete charro. ¿Por qué no, si se lo proponen? De su sevillanismo –lo sevillano jamás es rural, sino urbano– mucho hablaríamos si dispusiéramos de espacio en este lugar. "Si no ¿hubiera diferencias regionales –escribe usted–, podemos decir que el teatro de los Quintero es teatro charro o que Teodoro Llorente es charro tanto como don Luis Maldonado valenciano". ¡Naturalmente, amigo! Pero nadie ha negado esas diferencias regionales y nada vale el argumento. Yo he dicho que el campesino es siempre igual con las modalidades puramente externas que le impone el ambiente, y a eso me atengo. Como la naranja y el melón y el dátil valen más que la cebada, el levantino es un poco más generoso que el aldeano de tierra adentro. Como el catalán es más independiente del amo que el castellano, es más señor el campesino catalán. Como el sol alimenta, el andaluz y el extremeño tienen bastante con el gazpacho, y el leonés o el castellano necesitan el cerdo.

El Adelanto (18-10-1929)

El final de una charla

Si la tos, y el cansancio, y el movimiento de los huesos –que desde hace unos días me traen recluido en casa– me lo permiten, voy a decir unas cuantas palabras a mi querido amigo don Francisco Alcayde y Vilar. En realidad, hemos estado de acuerdo en el tono, que era lo importante. Para discutir no hay que enfadarse, ni excitarse jamás. Pero a la discusión escrita le falta siempre el calor, la rapidez y la oportunidad del diálogo. Cuando vuelva ahora, un poco repuesto, a gozar de la otoñada de Salamanca, será siempre para mí un placer y un honor el dialogo con el señor Alcayde, acerca de las almas regionales, de los cuerpos de la ciudad o del tema que le venga en ganas. Siempre aprenderé mucho, y eso saldré ganando.

Porque todos los días, un hombre discreto, debe aprender alguna cosa. Él me habla de su excelso maestro don Adolfo Bonilla y San Martín, y yo voy a revelarle un secreto relacionado con aquel varón integral. Vivía yo en Barcelona… En Barcelona trataba a diario, en unión de mi amigo Montaner –hoy secretario flamante de la Exposición Internacional y padre, a medias con Cambó, primer comisario regio del pabellón del Pueblo Español– a una de las mujeres que más hondo surco dejaron en el espíritu renacentista del señor Bonilla. Era ella alta, rubia y madrileña; popularizó cierto género frívolo en los teatros, que, después de su muerte, ha pasado a menester tedioso de ex-cocineras de profesión. Aquella mujer, muy graciosa, muy buena amiga, excelente compañero –"¡honny soit qui mal y pense!"[200]– inspiraba, a la vez, las disquisiciones de un erudito, los encendidos versos de un poeta y las luchas políticas de un caudillo popular. Yo veía todo aquello, como Joaquín Montaner desde el tendido, y me solazaba el espectáculo. Mi afición posterior a Bonilla, que yo creía sin conocerle un sabio inaguantable, procedió de aquello. Era encantador el espectáculo del hombre juicioso y ponderado, que hacía números y bebía los vientos ante una mujer bonita e inteligentísima. Hoy vivimos al revés. Una vez nos explicaba un catedrático, al paso de una linda mujer por la calle de la Rúa, que sus curvas tentadoras, eran un paraboloide hiperbólico. ¡Y todavía come pan del Estado ese hombre!

Cuando yo hablaba de que me importa más sentir las ideas que apurarlas y agotarlas, me refería, querido amigo, al hecho de que me cautiva más lo cordial que lo cerebral en el hombre y... en la mujer. Por eso, la razón me parece algunas veces una pobre sirvienta de la humanidad. "Ils si ont que raison"[201] –exclama De Maitre alguna vez, hablando de sus adversarios–. Los pobres "no tienen más que razón". ¡Bien poca cosa tener sólo razón en estos tiempos! Ni usted, ni yo, posiblemente, la tendríamos del todo, al hablar de almas regionales, lo interesante era excitar la curiosidad de las gentes en torno a un tema que tienen ante la puerta de casa.

Los discursos de apertura –bien sabe usted– tienen algo de discursos de panteón. Sobre temas vivos, yo no he escuchado o leído más que tres en Salamanca: el de Unamuno, el de Cañizo y el de usted. Se me antojaba un deber sacar el suyo a la plaza pública y orearle. No sé si lo habré conseguido. Pero desde luego ha cobrado fuerza en el ojeo. Ha tenido usted ocasión de defender su punto de vista y yo el deleite de escucharle, de un lado. De otro, me promete usted diálogos íntimos sobre las cuestiones que parece que nos distancian y que son las únicas que positivamente nos aproximan en la amistad mutua y en el mutuo conocimiento. Y ya ve usted como he ganado yo en polémica. Por algo le dije el otro día que no me allanaba a ser el vencido en esta conversación que en público habíamos empezado y que en público felizmente rematamos ahora.

Y ya proseguiremos hablando del "tío Cavila" y de la huella que el querido don Luis Maldonado ha dejado en el espíritu de los dos. Pero hace falta el escenario para ese diálogo. Necesitamos de fondo ese soto de torres, ese telón azulenco de la Sierra de Béjar, esos oteros y lomas del Arapil. Así que deje la cama, querido señor Alcayde, para hablar de eso y de su tierra que yo amo mucho: de Llorente, de Querol, de las puestas de sol en el Cabañal, de los rumores mañaneros de la huerta, de las caritas de nácar sonrosada de aquellas noyas –todas luz– de Valencia, que es griega, mora y cristiana al mismo tiempo.

El Adelanto (25-10-1929)

[200] Honni soit qui mal y pensé. Lema de la orden de la Jarretera. "Que la vergüenza caiga sobre aquel que piense mal de ello", en francés.
[201] Sin duda quiso decir *Ils n'ont que raison* (Solo tienen razón).

Nuestros muertos

Las campanas, vecinas, de San Sebastián me despiertan, a la hora del alba, en esta mañana de Difuntos. ¡Dilán, dilán!... Abro las maderas del balcón; amanecerá pronto; apenas una rayita tenuamente azulada, que viene por Oriente, anuncia la luz del día. ¡Dilán, dilán!... Mañana de Difuntos. Se abre una puerta y dos muchachas enlutadas caminan con dirección a la iglesia...

Día de Difuntos... Los que ya hemos dado unos cuantos pasos

nel mezzo del cammin di nostra vita,[202]

pertenecemos por igual a los que murieron y a los que viven, a los que se fueron y a los que quedan con nosotros, en ese sendero que va a la muerte. Nuestra infancia, nuestra mocedad, están pobladas de sombras que el tiempo disipó. El padre, amigos de la infancia, maestros. Pero todos ellos viven en nosotros. Los sueños nos los presentan a todas horas. Cuando en el reposo nos sustraemos a la acción del tiempo, el tiempo se cobra de nosotros, retornando. Y hay en esos muertos algo dulce y tranquilo en el gesto, en la mirada. Al dialogar con nosotros, nos dicen que el amor que nos ata a su recuerdo, es más fuerte que los días que pasan. Parece que el misterio de la muerte es la misma placidez. Vuelven a nuestros sueños, paréntesis de nuestra vida, y al despertar, no los lloramos, porque sabemos que han de volver a visitarnos. En la vigilia, no quieren enojarnos.

La muerte de las personas que hemos querido me parece algo absurdo, en los primeros momentos. La creo, pero no la siento, no la vivo. La pena viene después, ante un sillón vacío, ante un timbre de voz que no volvemos a oír más, ante una caricia o un regaño que era nuestra segunda costumbre. Y cada persona que amamos y que se va, deja un hueco plácido en nuestra existencia. Al cabo de unos meses, el recuerdo de su ausencia nos la hace actual en todos los momentos. No hablo sólo de las bajas de nuestra sangre; hay amistades en la vida cuyo desgarramiento por la muerte duele tanto como los seres más allegados. Entonces, cuando su nombre comienza a hundirse en la indiferencia, en el olvido, vuelve a nosotros con renovado brío. Recordamos gestos que creíamos soterrados para siempre, palabras cuyo alcance comprendemos ahora; gestos y actitudes de cuya trascendencia no nos habíamos dado cata jamás. Aquella persona se incorpora ya para siempre a nuestro patrimonio espiritual. Nos era necesaria, nos era querida, y no lo sabíamos. La muerte le ha dado ya la fisonomía con la que ha de quedar para siempre en nuestro espíritu angustiado.

Pero hay unos seres que no nos consuelan jamás de su partida: son los niños. No es extraño que Dios los llame siempre a su vera, por el anhelo que sentimos los humanos en retenerlos bien pegados a nuestro corazón. Yo no podré olvidar nunca la angustia que me produjo la muerte de una hermanita. Que muera un hombre, me parece natural; que muera una mujer, lo mismo. Pero un niño que se va sin pensar del todo, sin sentir del todo, con el enigma de su vida y de su espíritu delante de nosotros, es algo desgarrador que agota nuestra pobre sensibilidad, hasta embrutecernos. Los angelitos, cosas del cielo, están bien en el cielo, pero en la tierra, morada de diablos, hacen más falta. Para aniñarnos la vida. Para sacar a flor de ojos el ángel que todos llevamos dormidito hasta que despierta en presencia de otro. Dios quiere que los niños vayan a él; ¿por qué no vamos a desear los hombres, si es deseo divino, que los niños permanezcan con nosotros? ¡Dilán, dilán! Siguen las campanitas tañendo cuando se desgarran las primeras luces del amanecer. Día de nuestros muertos... Para todos tenemos una oración callada, un recuerdo placentero. Nos aproximan a nuestra niñez, a nuestros años mozos. Éramos niños y éramos ángeles cuando ellos vivían y al traernos su recuerdo estas campanitas de la iglesia madrileña que tañen en la mañana triste, nos devuelven –¡galantería de la muerte!– nuestra niñez y nuestra pureza.

El Adelanto (03-11-1929)

Más viejo que joven

He pensado y escrito muchas veces, y vuelvo a pensarlo y escribirlo una vez más, que estoy más cerca de los hombres que andan rondando los sesenta años, que de los jovencitos sin pelo de barba que andan rondando los veinte. Equidistante por edad de ambos, me inclino más a la

[202] "En la mitad del camino de nuestra vida". Dante Alighieri. *Divina Comedia*, Canto I.

madurez que a la juventud de ahora. Estoy pasando por una época en que, verdaderamente, me siento desplazado. Estos bailes negros o de micos, estas horribles orquestas de orangutanes, este teatro yanqui a base de película y de reportaje judicial, estas niñas con las uñas rojas, y el cigarrillo egipcio, y el jeringazo de morfina, y los amores ultravioletas, no son mis niñas, ni mi teatro, ni mi orquesta, ni mis bailes. En lo espiritual, me ocurre lo mismo. El desinterés ha huido de nuestros muchachos para refugiarse en nuestros viejos. El candor es hoy achaque de madurez. Los niños hoy tienen más de cincuenta años. Yo me entiendo del todo en Salamanca, hablando de política, por ejemplo, con veteranos como don Torcuato Cuesta o don José Morato, a los que honro saludando en estas páginas, y no hablo de inquietudes ciudadanas con un pollo, porque un pollo no suele sentir esas inquietudes. Hablo de los chicos y no de las chicas. Las chicas, por regla general, son más espirituales, más sagaces y más listas que los varones de su promoción. La galantería nada tiene que ver con estos juicios. El hogar, sin duda, las preserva de ciertos miasmas de la calle y tienen más espíritu que los muchachos.

Estoy sentado en la terraza de un café, curioseando y oyendo todo lo que pasa y se dice en torno a mí. Primero, en la mesa de al lado, se sientan dos chicas con una carabina y dos pollos bien. Hablan de los coches de marca que pasan, del dinero que tiene Fulano, del plan jamón que hay en el Palace esta tarde, de lo bien puesta que va Luisita y de lo bien puesto que va Joaquín. No dicen nada personal. Todo son ecos, frases de segunda mano, apreciaciones sin relieve y sin gusto. Ni un piropo de ellos a ellas. Ni una insinuación femenina de ellas a ellos. Son camaradas, no de vida, sino de sport. Viven de la galería y para la galería. Al final, la carabina paga lo de ellas y los chicos pagan lo suyo. Se van hablando de una sandez que ha dicho en "Estampa" Celia Gámez. Y uno de los niños pitongos elogia las piernas, no de sus amigas, que con gusto y justeza pueden alabarse, no ya delante de la carabina, que no se sorprende de nada, sino de la mamá, que se sorprende de todo; elogia, digo, las piernas de Josefina Backer[203]. Se largan los cinco en busca del plan jamón de la tarde, que, aunque se llame jamón, me figuro poco sabroso. Luego se sientan dos hombres maduros, con el pelo cano, jefes de negociado o cosa así. Hablan de todo, parca, pero discretamente. Enjuician los temas del día y hablan de tomar butacas para Lara, "Para ti es el mundo", es, en efecto, lo que hoy puede oírse en los teatros de Madrid. No tengo ganas de hacer nada y me sitúo en otro café. Es uno de los cafés madrileños –ya sólo quedan dos o tres– que frecuentan las parejas amorosas y los que no pueden vivir sino al calor de su peña o de su tertulia. Hay una orquesta que todavía nos deleita con Grieg, con Chopin o con Beethoven. Hay un gatito que se queda dormido en los divanes rojos y que no esquiva, el muy confiado, el trato de los hombres. Hay siempre un cerillero que nos lee, que nos atribuye artículos o dramas que no hemos escrito nunca y que nos pregunta siempre si tuteamos a Emilio Carrere o a Pedro Muñoz Seca. Hay periódicos ilustrados, sujetos con cincho de hierro a la carpeta, para que no se los lleven los clientes. Entramos en uno de estos cafés siglo XIX –Sagasta, Cuba, Maceo, Alarcón, Vico, Gayarre, la Patti– pero el XX de la post-guerra nos persigue del mismo modo. Las parejitas de ahora son de ahora y muy de ahora. Son ellos los solicitados, no hay más que ver el aire de desgana con que se producen ante la novia, y ellas, las infelices, que soportan la cadena de su servidumbre con alegría. Seguramente, si a la hora de pagar estamos atentos, son ellas las que extraen de su portamonedas hasta la mano del hombre la moneda con la que han de liquidar. Si seguimos atentos, advertiremos que también se quedan con la vuelta los angelitos. Y a la vera, un pobre señor, oye, ensimismado, al viejo Beethoven, paga el consumo de todos y llora recordando, tal vez, un aria de la Patti en el Real.

Remarque tiene razón. La guerra nos ha robado la juventud. La generación que se ha creado a sus pechos es egoísta, serena, amiga del éxito rápido y fácil. Desprecia a la mujer... Confunde la mecánica con la estética. Entroniza a Muñoz Seca en el teatro, a Lalanda en el toreo, a Orlas en el escenario, al "Caballero Audaz" en la novela. Nada tenemos de común con esa juventud. Preferimos el ardor bajo la nieve de las canas al frío en el corazón que está a medio formar. No es esta nuestra época. Bien está el automóvil; pero oigamos a Chopin alguna vez. Bien está el escalafón; pero espaciemos alguna que otra locura en el transcurso de nuestra vida para vivirla intensamente. Ni siquiera nos irritan estos muchachos; nos dan pena. Con el tesoro de su juventud, ¡cuánta derrocharíamos nosotros –pródigos contumaces –por todas partes!

El Adelanto (18-11-1929)

[203] Freda Josephine McDonald, conocida como Joséphine Baker (1906 – 1975). Bailarina, cantante, vedette y actriz, espía, activista pro derechos civiles… estadounidense, nacionalizada francesa, de renombre internacional.

Diálogo de la lotería

– ¿Juega usted mucho estas Navidades, don Jaime?

– ¡Bastante más, amigo mío, de lo que puede y debe jugar un modesto jefe de Negociado como yo! Por un lado, llevo dos vigésimos para mí solo. Por otro, tres participaciones de cinco duritos cada una con mis tres cuñados. Después, lotes distintos de diez y de quince pesetitas con los compañeros del Ministerio, en la Cooperativa del Barrio, en el Casino Militar y en la tertulia de Platerías. Mi mujer tiene varias participaciones de las tiendas. Llevo también cinco duritos con Pepe Ruiz, el novio de mi hija Carmen. Unas quinientas pesetitas tiradas al azar.

– ¡A la calle!

– ¡No; al azar! En este país todo es posible, hasta que le toque a uno la lotería. Somos hijos del azar, que en España tiene un margen considerable. Cuando cae, digo, cuando pasa fugazmente por mi cartera un billete de mil pesetas, juro a usted que lo debo a la suerte y no al honrado trabajo. Aquí el dinero, como todo, viene siempre por cauces anormales. Un arbitrista de café suele ser bastante más afortunado que el banquero más reflexivo. Los que no dan una jamás, ni por casualidad, son los técnicos. Yo entré en Fomento, como usted sabe, en tiempos de Sagasta desde el periodismo. Con los treinta duritos al mes que me daba el periódico, "La Opinión Liberal", por escribir un fondo cada dos días, apenas si tenía para pagar al casero. Mis negocios los realizaba en Fornos o en el Colonial[204]. Con un torero, con un inventor de específicos, con un loco que urdía empresas completamente fantásticas. Vivía de las comisiones de publicidad que me agenciaba en la administración de "La Opinión Liberal". Aquello no fallaba nunca, dada la red espesa y bien nutrida de mis conocimientos. El dinero fresco me lo traía siempre mi buena ventura, la suerte, la diosa casualidad, pero jamás la reflexión, el estudio, ni el trabajo...

– ¿Pero no me negará usted que la lotería es inmoral?

– ¡Se lo niego, don Jaime, se lo niego! La lotería en España es la Providencia, nuestra única Providencia. Se nos paga mal; apenas si podemos vivir con decoro; un chollo es ahora una moneda sin importancia; una familia de cinco personas, como la mía, necesita cincuenta pesetas diarias para poder vivir sin apuros. El Quijote se expone a salir a los Campos de Montiel, no solamente sin blanca, más también sin aquella provisión de camisas, calcetines y viandas que ningún caballero debe olvidar en sus excursiones. La realidad es tan limitada entre nosotros, que necesitamos acudir al sueño. La Administración, paternal, bienhechora, optimista, nos pone, todos los años, ante las narices, un precioso aliguí[205] de quince millones de pesetas. Desde Octubre hasta Navidad, no hay hogar español modesto que no sueñe con esos milloncejos. Yo compro quinientas pesetas de ilusión, de esperanza, como otros compran quinientas pesetas de salud con el médico. ¿Seré rico? ¿No lo seré? Yo me juego, como un hombre, la posibilidad de serlo. Pero trabajo doble en la oficina que mis compañeros y el Estado no me lo recompensa. Doy ejemplo de honestidad en mi vida pública y no veo, por parte alguna, la compensación. La fortuna es de los audaces y de los soñadores. Me tengo que conformar de soñador, yo, que no he podido sentar nunca la plaza de audaz. ¡Sí, señor; yo juego a la lotería todos mis pequeños ahorros y espero la visita del hada cariñosa de la suerte! Mi mujer y mis chicas –yo mismo, contagiado– me cobro en planes y en sueños antes de que el bombo extraiga mi bolita: el 32.344, billete en el que, como he dicho, llevo, yo solito, dos vigésimos. Tengo derecho a esperar, por cuarenta duros, una fortuna de un millón quinientas mil pesetas el día 22 de Diciembre. Carmen, Lolita y Amparito, que tienen novio, celebrarán el banquete de sus bodas en el Ritz, en lugar de ir a almorzar a un hotel de tres al cuarto. Mi costilla piensa en la adquisición de un Buick[206], o, al menos, de un Citroën. Renovará la vajilla de la casa y aprovechará menos los vestidos la pobre. Además, irá al teatro todos los domingos y fiestas de guardar. ¡Y todo eso me cuesta cincuenta duros al año, cincuenta, ciento! Sueños más baratos, ¿dónde los encuentra usted, don Jaime?

– ¿Y si no le toca?

[204] Antiguos cafés madrileños, famosos por sus tertulias y por la clientela que habitualmente los frecuentaba: cupletistas, actores, actrices, literatos, toreros…, con la que se codeaba, durante sus estancias en Madrid, José Sánchez Rojas.

El Colonial estaba situado en el número 3 de la calle de Alcalá y Fornos en la calle de Alcalá esquina a la calle Virgen de los Peligros.

[205] *Al higuí. Higuí*: juego de cucaña consistente en colocar un higo en el extremo de un palo en movimiento para tratar de cogerlo con la boca.

[206] Lujosa marca de automóviles americanos fundada en el año 1903. Actualmente es propiedad del grupo industrial General Motors.

– Vuelvo a jugar para comprar el derecho de volver a soñar al año que viene. Y así jugaré y soñaré hasta que me muera. A cambio de las compensaciones que no sabe, o no quiere, o no puede darnos el Estado por nuestro esfuerzo consciente y continuo, nos hace picar en el azar.

La lotería es nuestra liberación y nuestro respiro. Yo soy muy español, y gracias a la lotería, cuando veo a un Duque, pienso que yo puedo codearme con él, y aun superarlo, si la bolita de mi número sale bien emparejada con esa cifra mágica de los quince millones de pesetas que es, hoy, por hoy, la obsesión de todos los españoles.

El Adelanto (20-12-1929)

Diálogo de Nochebuena

– ¿Cómo pasó usted la Nochebuena, amigo don Leandro?

– ¡Como puede pasarla un hongo solitario y suelto! La Nochebuena es la peor noche del año para los que no hemos podido, sabido, o mejor aún, querido hacernos con los afectos permanentes y tranquilos de un hogar, de una compañera y de unos hijos. Todas las demás noches son tolerables para uno. Recordamos que no tenemos obligaciones. Nos reímos de los apremios de la modista, del sastre o del proveedor que han de aguantar trágicamente aquellos amigos nuestros que han cargado demasiado ligeramente con las responsabilidades de un hogar. Pero, en Nochebuena, sentimos un poco de nostalgia, de unas bocas que hemos podido besar y no hemos besado, de unas lenguas de trapo que debieran llamarnos papá y no nos lo llaman, de un afecto tranquilo y duradero, dulce, que ha podido servirnos de cabezal en nuestros sueños y que no nos ha servido. ¡Terrible tragedia, don Matías! Desde que anochece, el castigo del solterón es harto duro. Recibe ochenta invitaciones para pasar la noche; no acepta ninguna. Al fin, engulle solo la sopa de almendra, el pavo y el turrón en el rincón más apartado de un restaurant. Después, deambula de café en café, como alma en pena. Aquí donde usted me tiene, me he acostado a las seis de la mañana.

– ¡De juerga, claro!

– ¡No, hombre! Haciendo consideraciones melancólicas y sentimentales. Dando vueltas y más vueltas por la Puerta del Sol, por la calle de Alcalá y por la Carrera. Viendo el estrépito con que se divierte la plebe. Tengo la impresión de que el pueblo español no cena más que en Nochebuena. Se emborracha, no de vino, sino de pavo. El pavo se le sube, en efecto, a la cabeza, y necesita hacer mil disparates para desalojar el estómago de esta carga extraordinaria. Canta canciones estúpidas, aporrea latas y panderos, molesta a la mujer vistosa que va acompañada de un hombre. Exceso de pavo y hambre de mujer... ¡Terrible cosa! Recuerdo una noche como esta, en Italia. La gente no se agredía ni de palabra ni de obra. Reía satisfecha y tranquila. La mujer podía caminar libremente sin miedo al piropo grosero o a la procacidad. Se advertía bien que aquella gente cenaba y amaba normalmente. ¡Pero aquí!...

– ¿Y hasta las seis presenciando esos cuadros?

¡Sí, señor; hasta las seis! Los solterones vivimos siempre en un apeadero, jamás en una estación de término. Nos pesa la casa solitaria y fría como una maldición. En la calle vivimos más a nuestras anchas. He presenciado veinte broncas. Siempre la misma causa: la falta de mujer. Advierta usted que solo los hambrientos se detienen ante los escaparates de las reposterías; solamente los niños ineducados de nuestro país se dedican a la gracia de impedir el paso de una mujer; de sofocarla, de molestarla, de hacerla sentir el peso de las impertinencias y de las procacidades de la necesidad. ¡Pura necesidad, amigo! Hambre de amor, que no exceso de lujuria. Advierta usted que aquí la gente se echa novia para pasearla o para lucirla. En el fondo, le interesa dar que decir a los amigos. Amor con escaparate; que se vea. Paletismo sentimental y paletismo culinario. Por ahí he visto unos fulanos con unas fulanas que mañana nos contarán sus proezas a nosotros, que estamos en el secreto. En otro orden, pasa lo mismo con la fisonomía de esta noche. Sale la gente a decirnos que ha cenado para convencerse ella misma de que, al fin, y por una vez, ha dado casi rienda suelta al apetito.

– ¡Valiente Nochebuena!

– No se ve otra por ahí, en la calle, a las altas horas de la madrugada. Hay, en efecto, ya lo sé, la noche hogareña y plácida. Sobre la blanca mantelería, los granos rojos de la granada, la lombarda, el cardo, el besugo, la piña, los tostones. Nenes en torno a la mesa; los padres... ¡Cómo pinchan el corazón esta noche los recuerdos de niñez! Se rinde al sueño la gente menuda; los

mayores salen tal vez a la misa del Gallo de la iglesia vecina. Panderos y castañuelas en la iglesia. "Pax hominibus bonae voluntati". ¡Para los hombres de buena voluntad! Y el sueño reparador después. El niño Manolo se encarga de que los bebés duerman a pierna suelta. Los padres piensan en la proximidad de Reyes y en los presentes que han de traer a la casa los Monarcas. Estos días de Nochebuena son, acaso, los únicos de hogar de que goza la familia española. Por aquí, en la calle, andan diseminados los hogares rotos. ¡Y debe haber muchos en Madrid!

– Pues yo lo he pasado de otro modo. A las doce estábamos todos en la cama; oímos las campanas de los Jerónimos momentos antes y nos quedamos dormidos. Y cenamos bien.

– ¡Yo, como le he dicho, me retiraba a las seis! Resignado, puede creerme, tranquilamente resignado ante lo irreparable. Pero uno no puede nacer dos veces, ni es cosa, tampoco de rehuir cobardemente la responsabilidad de las torpezas propias. No me emborraché, por tanto... Pero, al acostarme, puede usted creerme, aunque la noche estaba templada, sentía demasiado frío en el lecho, y haciendo de tripas corazón, quedé dormido, pensando que volvía a la niñez, y que, dentro de unos días, los Reyes de Oriente habían de traerme una nueva esperanza. ¿Acaso vivir no es esperar? ¡Eso sí; cuando la esperanza se concreta llega la muerte!

El Adelanto (27-12-1929)

Diálogo de Año Nuevo[207]

– ¿Dónde tomamos esta noche las uvas, don Jaime?

– En la misma Puerta del Sol, que es el sitio indicado y castizo para despedir el año. Los regocijos populares de estos días se prestan a muy sabrosas interpretaciones. El pueblo da un poco la sensación de que no cena más que la Nochebuena y esta noche. Es el pavo, que no el vino, lo que se le sube a la cabeza. El pobre tiene que hacer un gran esfuerzo para desalojar del estómago esa carga extraordinaria. Canta, aporrea latas y panderos, dificulta el paso de las buenas mozas. Comida extraordinaria, pero ayuno forzoso de mujer. Nuestra asendereada sicalipsis no reconoce, amigo mío, otra causa. En los pueblos que comen y aman normalmente, no se explica uno tales estrépitos. La alegría es recogida, íntima y completamente personal. Aquí –ya lo verá usted esta noche– cuando las campanas de Gobernación señalen el nacimiento de 1930, advertirá usted que la plebe se contagia de brutalidad. Engullirá las uvas y sacudirá unos palos sencillamente para ponerse a tono. Sale a la calle a decir que ha cenado bien, que ha bebido un poco más, que está alegre y que, de momento, quiere campar por sus respetos. No falte usted al espectáculo; yo le espero en cualquiera de esos cafés de la Puerta del Sol que permanecen abiertos toda la noche: en el Colonial, en el Universal, donde usted quiera...

– En el Colonial, a mano derecha, según entramos, si a usted le parece. En realidad, tenemos el deber de despedir el año viejo para que no vuelva. ¡Vaya añito el que se va! No nos ha dado una emoción nueva, ni un respiro. Subieron al poder los laboristas en Inglaterra, pero en Alemania enterró a Stresemann, en Francia acabó con la eterna juventud de Jorge Clemenceau, y en España, produjo dos bajas en la crítica cuyas vacantes echaremos muy de menos en el año que entra. La primavera se llevó a Enrique de Mesa con su prosa limpia y castellanísima y el invierno madrileño se cebó en la defunción de aquel inimitable Andrenio[208] que iba ganando agilidad y juventud y donosura con los años. Enrique de Mesa[209] representaba, entre nosotros, el decoro literario; Andrenio era el maestro insustituible, espejo de la generación pasada, que se remozaba cada día con un más pujante aliento vital. No creo que el año 1929 haya dado de sí otra cosa que desgracias. ¡Que se vaya para no volver! Las Exposiciones han puesto un poco de moda España en Europa, pero los libros que han llovido sobre nosotros, si se exceptúan los de Havelock Ellis sobre el espíritu de nuestra raza y el de Pfand[210] sobre la psicología española durante los siglos XVI y XVII, demuestran que el viaje a Sevilla y Barcelona ha sido un poco precipitado. Un escritor francés, Carco[211], se ha llevado la palma del despropósito y de la incomprensión con su "Printemps d'Espagne". En cambio, se han elogiado nuestras carreteras y nuestras hostelerías.

[207] Sánchez Rojas publicó en estas mismas fechas un artículo en *El Adelanto* con el mismo título y temática, aunque distinto desarrollo. Es el que reproducimos a continuación.

[208] Eduardo Gómez de Baquero, periodista y crítico literario español.

[209] Poeta y crítico teatral madrileño.

[210] Ludwig *Pfand, hispanista alemán.*

[211] *Francis Carco* (1886-1958), poeta

– Por algo se empieza, créalo usted. Yo pienso que debemos abrir un poco el espíritu a la esperanza. Las notas oficiosas son más optimistas que nunca. El presidente nos asegura que tiene buena dosis de inconsciencia el español que no anhele la normalidad constitucional. Esta afirmación, que suscribimos todos con el mayor gusto, lleva envuelto el propósito de restablecerla, a buen seguro, en un período de tiempo que no puede rebasar el año que surge a las doce de la noche de hoy. Tal vez, la carencia de anécdotas y sucesos en el 1929 depende, ante todo y sobre todo, de la anormalidad que estamos soportando para la curación y remedio de nuestras culpas. El espíritu anda siempre perezoso y remiso cuando no puede actuar con la independencia que necesita para mostrarse en toda libertad. A lo mejor –un día habrá de ser–, el año 1930 cierra el paréntesis, demasiado largo, en que aparece sujeto a tutela nuestro pueblo, ya anheloso, un poco vivamente, del cambio de postura. Sucede a las veces que la opinión pública, que se dijera soterrada en estos periodos de pereza y de inhibición, irrumpe espléndida, después de tales paréntesis, en la historia moderna de los pueblos europeos. ¿Quién reconoce en la Italia de 1870, de 1872, a aquella pobre *serva Italia* de los comienzos del XIX? ¿Cómo nos explicamos razonablemente el salto del zar a Lenin? ¿Quién advierte en la Alemania republicana de estos días aquellos pujos imperialistas de hace quince años? Acaso, la incubación de la conciencia popular exija periodos de oscuridad y de silencio. Así es, muy posible que en el año 1930 advirtamos que la conciencia española no se extinguió en 1923, sino que se ha amodorrado para mantenerse, después del sueño, más ágil y despierta. Estamos en la obligación de saludar el año nuevo del modo más democrático y madrileño del mundo.

– Por eso nos veremos después de cenar en un café céntrico. Compraremos nuestros cartuchitos de uvas, y sin el apremio de las doce campanadas, las tragaremos plácidamente, mientras estalla la algazara popular en la Puerta del Sol. Puede usted creer que no nos encontraremos solos en el propósito. La razón de vivir es siempre una esperanza que no sabemos concretar ni definir nunca. Vivimos porque esperamos. La raíz de los festejos populares no es otra tampoco, en puridad. Lo que ocurre es que aquí nos conformamos con los puramente fisiológicos. El pueblo no se echa a la calle más que dos noches al año porque solamente durante dos noches llena la andorga a su placer, harto de la frugalidad forzosa a que vive sometido. No puede el pobre filosofar porque necesita antes tener la sensación de que vive plenamente. Vea usted que sinceramente se entrega a sus dos grandes anhelos: la caza de la hembra y la digestión del pavo. Todo lo que puede parecer grosería en la plebe, falta de respeto a la mujer, procacidad de obra y de palabra, grosería, en suma, es, a la postre, hambre y necesidad. Le devolveremos al pueblo su soberanía el día que acertemos a conseguir que coma y ame normalmente. Hasta entonces, siempre perderemos un poco el tiempo. No vamos a exigir gestos heroicos a gentes que tienden la mano en actitud mendicante porque no pueden soportar las privaciones de toda laya que les hemos impuesto. Estas noches de Navidad y de Año Nuevo se prestan, como ya le dije, a muy tristes divagaciones. ¡Bebamos, por ahora, la última caña, o como dicen en Sevilla, la penúltima! Después, cuando hayamos cenado, oiremos el ruido de las zambombas, y de los panderos en la Puerta del Sol, y esperaremos las cuatro cifras luminosas del año que nace en la torre del reloj del Ministerio, mintiendo esperanzas, de las que acaso nos riamos ruidosamente, cuando tornemos a encontrarnos en la tertulia, dentro de un año en esta misma tarde de San Silvestre.

La Voz de Guipúzcoa (31-12-1929)
El Mañana (31-12-1929)
El Luchador (31-12-1929)
El Pueblo Gallego (02-01-1930)

Diálogo de Año Nuevo

– ¿Dónde tomamos esta noche el cartuchito de las uvas tradicionales, don Jaime?

– ¡Donde las toman los castizos, querido don Leandro! A las doce menos cuarto en punto espero a usted en la acera de Alcalá... Pegadito en el Bar Flor, a la derecha, para que usted no se confunda. Daremos unas vueltas a salto de mata. Y luego daremos, en buen amor y compaña buena cuenta de un excelente Macharnudo, en un reservado de los Gabrieles o donde a usted le venga en gana. ¿No le parece?

– ¡Me parece de perlas, sí, señor! Precisamente la parienta con las niñas y los novios de las niñas saldrán a misa a las Carmelitas. Comentaremos las vicisitudes del año que muere y haremos

vaticinios sobre el que nacerá esta noche. No ha sido un año cabal este 1929 que se está rematando sus horas postreras. El periodismo perdió a Luca de Tena y la crítica española a Enrique de Mesa y a Eduardo Gómez de Baquero. Literariamente, el año ha sido tributario del extranjero. Se ha leído a Remanque y nosotros no hemos producido cosa alguna, que valga la pena. El teatro, con excepción de la obra de los Machados, "La Lola se va a los puertos", no ha dado tampoco señales de vida. Los certámenes literarios de los periódicos han hecho pasar nuestra vista aterrada por el rostro anónimo de los amigos de dos directores. Con el eclipse de Celia Gámez coincide la espléndida aurora de Perlita Greco. Un escritor argentino, Martín Noel, ha dado una visión muy justa y muy acertada de la España contemporánea. Los franceses perdieron a Clemenceau y los alemanes a Stressemann. Pudo conjurarse el conflicto ruso-chino y los aliados han evacuado, por fin, la cuenca renana. Mussolini sigue siendo el gallo de Italia y las dictaduras continúan floreciendo en la virgen América y en la caduca Europa. La bolsa se ha mostrado muy nerviosa durante estos últimos meses.

– ¿Qué más?

– Pocas cosas, en realidad, hay que añadir a la lista de usted, bastante completa. No olvide usted que este ha sido el año de las Exposiciones, y, en general, del turismo. Nuestras carreteras comienzan a adecentarse y los chinches comienzan a huir de nuestros hoteles. El año ha concluido, en fin, entre escandalitos. Un ex-editor y un escritor insigne se han puesto como no digan dueñas por unas traducciones y un buen señor, por querer demasiado a su familia, trae de cabeza a los contables de la Delegación de Hacienda, con gran regocijo de leguleyos y curiales. Ahora recuerdo también que durante el año que acaba se han celebrado no sé cuantos concursos de belleza y que en Febrero coronamos a Pepita Samper, como reina de Valencia y como reina de las bellas de España.

– ¿Y de política?

– ¡Chitón! Parece que caminamos a la normalidad.

¡Cualquiera aventura cosa alguna para el año 1930! Lo mejor de todo es que preparemos, por de pronto, buena cena y que nos dediquemos a engullir el cartucho de las uvas al filo de media noche. ¿Hasta las doce?

– ¡Hasta las doce!

El Adelanto (01-01-1930)

Esta noche pasan los Reyes Magos[212]

Esta noche –mañana es la fiesta de Melchor, y de Gaspar, y de Baltasar, los Reyes de Oriente– se cambian los nacimientos familiares con la decoración postrera. La estrella que les guía por el sendero de Belén queda suspendida exactamente delante del mismo portal; los Reyes descienden gallardamente de sus cabalgaduras, con su cortejo de servidores y palafreneros blancos y de color, y ante el Niño que ha de verter su sangre por los pecados de los hombres, depositan en holocausto costales de oro, de incienso y de mirra. De oro que no ha de servirle para nada al Redentor, de incienso que simbolice la suprema virtud, de mirra que es presente de monarcas a monarcas.

Y en el hogar, en todos los hogares, se espera también ansiosamente el término de la cena. Los zapatos se llevan al balcón y a la ventana, y al filo de la media noche, cuando ha cesado el rumor de la última zambomba y el cascabeleo de la pandereta tenaz, se espera el paso de la comitiva real. Los niños saben que los reyes son muy altos, ya que, sin esfuerzo alguno, pueden dejar sus presentes dentro de los zapatitos y a la vera de ellos. Los hombres, menos ingenuos todavía que los bebés, no se fijan cosa mayor en el símbolo augusto de esta noche, porque toda la vida es, para ellos, la esperanza continua de una eterna comitiva, que todos los días se detenga ante la puerta de nuestro corazón, llenándole de un zurrón bien colmado de realidades que nos ayuden a sobrellevarla. Toda nuestra vida es, en definitiva, una serie de promesas que esperamos a plazo corto. Los mortales –ha escrito Papini– tenemos la vaga sensación de que hemos prometido y de que a todos nos han prometido algo. Es que esperamos ansiosamente todos, cuando ya hemos abandonado los umbrales de la niñez, nuestra noche de Reyes. Perdemos el sueño cuando las primeras cornetas de la cabalgata rompen con sus roncos acordes los silencios de la noche fría.

[212] Artículo firmado con el acrónimo J.S.R. (**J**osé **S**ánchez **R**ojas)

Nuestros anhelos de ternura, nuestras ansias de amor esperan el paso de los monarcas, caballeros en sus monturas, con la vistosa corte. Queremos que pasen a nuestro lado, que colmen bien colmadas las alforjas de nuestra esperanza, que –lo mismo que ellos en su excursión al Portal de Belén– sigamos la trayectoria de un lucero que nos marque siempre la ruta a lo largo de nuestra vida.

Esta noche es noche de Reyes. Los nacimientos cambian por última vez las figuritas para desmontar los Reyes y arrodillarlos ante el Portal; la estrellita de papel plateado queda suspendida por unos hilos invisibles, encima del portalito. Los zapatos de los niños reciben, con el beso de la escarcha, el presente de los Reyes. Los hombres contemplamos con un poco de envidia esta noche de Reyes, porque todos esperamos melancólicamente la nuestra.

Crónica (05-01-1930)

Días cuaresmales

Los primeros *vía-crucis* en estas tardes de los viernes de Cuaresma, en los que ya empieza a asomarse tímidamente la primavera. Días de ayuno y de penitencia; tarde de meditación y de plegaria. Lienzos morados, y después negros sobre los altares. Devotucas humildes arrodilladas ante las espadas simbólicas de la Virgen de los Dolores, de Jesús atado a la columna con su burlesco cetro de caña frágil, del Cristo en la Cruz. Catedrales de Burgos, de Santiago, de Tarragona, de Sevilla, a las cinco de la tarde. Cesaron las horas canónicas. Silencio denso a lo largo de las naves. Rumor de chicos, melodías de romances en la plazoleta que circunda la Basílica. Unas velitas encendidas en el trascoro. Y un ¡ay! Y un suspiro.

Y una mujeruca arrodillada, siempre arrodillada, ante un altarito solitario. Es la misma siempre. Con un velito, con un pañuelo a la cabeza, elige el trascoro o el trasaltar de la Basílica, allí donde hay Cristos macilentos de mirada errabunda o imágenes de la virgen de los Dolores, llorosas y tristes, sintiendo en sus entrañas los clavos de la cruz. La devota, que necesita dialogar con la imagen a cada paso, en esa hora de silencio en que los canónigos abandonan el coro capitular; en que el perrero, con su manojo de grandes llaves, va cerrando con estrépito puertas y mas puertas; en que cesa el tañido del cimbalillo sobre los tejados próximos del claustro, no se mueve jamás. Esta absorta. Vive ensimismada en su dolor. Reza por el hijo que murió en la guerra, por el marido ausente que amontona ochavos para su regreso, por la nuera enferma, cargada de hijos, que apenas puede subir con sombría resignación la cuesta de su vida monótona y oscura. Estas catedrales españolas conocen las confidencias más dolorosas y humildes del pueblo. Son el hogar de los tristes y la casa llana de los pobres de corazón que un día serán ensalzados y alabados.

Estas tardes de *vía-crucis* se redoblan las confidencias angustiosas y las suplicas siempre renovadas del buen pueblo español a sus Cristos y a sus vírgenes. Hay rincones, como este que aquí reproducimos de la bella Catedral compostelana, que sabe más de los emigrantes y de los solitarios de la dulce Galicia que todos los sociólogos y eruditos de la región. Sobre el trascoro, un Cristo agonizante sirve de cúpula y pingorote al altarito barroco de la Virgen de los Dolores. A los lados, otras dos imágenes están dispuestas a recibir cuantas confesiones vayan a morir suavemente en aquel rincón como una caricia. Del otro lado, en las naves laterales, se cantan piadosamente unos motetes; se recuerda la primera caída del Salvador, la segunda, la oración del Huerto, la Crucifixión en el Calvario. Y de aquel rincón surge un sollozo, o bien un llanto dulce y callado, que es al rostro del dolorido lo que el caballo manso a los maizales que encinchan la vieja ciudad del Apóstol.

Mundo Gráfico (19-03-1930)

En Castilla

El camino

Caminitos toresanos, valles del Duero, viñas, tierras de pan llevar. Otoño. Caminos a pie hacia el pueblucо, a la caída de la tarde, con la parienta y con el crío. Matrimonio novato. Se casaron allá en las vendimias, por San Miguel, el cielo bendijo la unión con un retoño; ahora, al cabo de los tres años, asisten a la boda de un amigo en la aldea vecina. Y se bailó la rosca a la salud de los

novios. Hubo bromas para todos, principalmente para los recientes. Sonrieron las comadres y cantaron las canciones más intencionadas. Hubo tostón en abundancia y vinillo nuevo del mismo Toro. Luego, baile, con danza y tamboril, en la plaza, junto a la iglesia, y chocolate con bollo y leche fresca y confituras de la ciudad. Al fin quedaron los novios solos en la casa. Y las parejas se diseminan por los senderos…

Por el suyo va la pareja feliz, sin vacilación, enraizada en la vida. Él lleva su capa de los días de fiesta, sus borceguíes de goma, su camisita limpia y su chambergo de los días solemnes. Ella, la parienta, las sayas de siempre novia. Sus caderas se han redondeado, sus pechos se han trocado en manantial de vida y en la carita fresca se han dibujado los hoyuelos que pintan, de común acuerdo, en la faz de las mozas, el reposo bien aliado con la dicha. El rapazuelo no da paz a su cuerpo. Alegre, mofletudo, caribobo, sonríe a los padres; juega, bien seguro de su impunidad, con los mofletes, cada mes más rojos, de la moza; ríe el muy necio sin saber por qué.

El padre está como asustado de tanta dicha. La madre, extasiada, advierte, sin saber expresarlo, que la paz del sendero concierta con la paz de su corazón. Senderito en el llano de Toro. Tierras doradas con matiz de oro viejo; cebadales, trigos; tierras barbecheras. Y después, viñas. Allá, sobre la peña ingente, bajo un cielo cobalto, sobresale la panza del castro con las torres románicas de la Colegiata. La llanura se encara con el cielo en toda su extensión. Y del lado acá de una loma se divisa un pueblecito; poca cosa, nada. La espadaña de una ermita, casuca con humo pardo que se pierde y se eleva en el horizonte diáfano.

Tarde otoñal en Toro; tarde de regreso de bodas. El humo es el fin de la jornada. Es el hogar con el vasar de la cocina que huele a membrillo y con el sabor de la paja húmeda que da al condimento un punto de pura gloria. Es el hogar con la salita nueva, y la estampa de la Virgen morena del Tránsito, y la silla recia de paja, y el baúl historiado de colores con galones dorados. Es el hogar con la cama de matrimonio, y la cuna del bebé, que le sirve de escenario para sus juegos.

Sonríe, feliz, la pareja. Y él se pone a cantar:

A la mar se van los ríos,
paloma revoladora;
no pongas el pie delante;
deja que ruede la bola,
¡y al aire!

El nene –¡bobo!– ríe también. Golpea la carita de la madre para probar su regocijo. El pueblucco está ya cerca; en la torre de la iglesia suenan las campanadas de la queda; los dos mozos se descubren. Y dicen un *Ave María* que es el mejor momento del cantar y del retozo del pequeñuelo…

En la plazuela

Día de mercado en Toro. La ancha calle de Oliveros, que se inicia bajo la torre del reloj y remata junto a la Colegiata, está llena de viandantes. En el altozano del castro hay feria de ganados. Sanabreses, sayagueses, algún salamanquino de Cantalapiedra o de Zorita caracoleando en un caballo pinturero; chalanes de Medina y de Peñaranda a la husma de la ganga que sale al paso; gitanos enjutos y morenos, siempre distanciados de la pareja de civiles, por lo que pueda suceder. Y el charlatán que vende específicos, y el ciego de feria con un cartelón tremebundo con los pareaos del último crimen, y el juglar del pueblo, que vende coplas en pliegos azules y amarillos con buenas advertencias sobre el arte de rendir mozas tempranas y saladas. Las doce. Surgen las primeras transacciones, lentas, protocolarias, firmes. De la faja surge la carterota de cuero, y de la carterota los billetes pringosos y doblados, muy doblados. Alguna vez van cosidas en un bolso interior de la camisa, al lado del corazón, para que no vuelen. Ciento, doscientas, quinientas. Un abrazo. Y la firma del pacto que es el convite o alboroque. Rueda la bota de labio en labio; se paladea el néctar con lentitud; algunos quedan contando no las estrellitas de la noche porque es mediodía, sino los vencejos que se arremolinan junto al castillo. Y se inicia la desbandada.

Los de cada pueblo van juntos, porque temen perderse. Desde fecha inmemorial, porque a ellos fueron sus padres y sus abuelos, van a los mismos figones y yantan los mismos platos.

En una plazoleta, de casucas bajas y achaparraditas, bien blanqueadas, sorprendemos un delicioso grupo. Tres mozas, con mantones rameados, hablan con un paisano. Ríen. Conversan gravemente. Callan. Tornan a reír. ¿Diálogos de amor? No; diálogos de tierra; del *Lucero*, el potranco loco que cambió de dueño; de la arroba de vino que se vendió para las Extremaduras a mejor precio que nunca; del trigo de la panera, que pagaron a tocateja graneros de Salamanca para llevarlo a Barcelona. Moza que no sabe del arte de mercar, no sabe, en realidad, de amores. Los afanes son comunes en varones y en hembras, y el ama ha de ser mañana la mejor guardado-

ra de la hacienda. Si no es madrugadora, si con el alba no está ya fresca y bien lavada para todo el día, la casa se vendrá inexorablemente abajo. Más que el celo del hombre, es la diligencia de la mujer la que colma de abundancia la despensa y la que logra que del arcón familiar no falten nunca las onzas amarillas.

Dialoga el grupo campesino en la plazuela. La fábrica de una iglesia románica se perfila en una calle próxima. Y estas tres mujeres y este hombre, hablando de los cambalaches del mercado, platican a su modo de amor, con un sentido que no sabe comprenderse ni estimarse en las ciudades.

Crónica (30-03-1930)

Las primeras ferias

Mayo... Las primeras ferias en los pueblos de Castilla, de Aragón, de Andalucía, de Cataluña. La grande de Madrid, por San Isidro; la de Salamanca, en Pascuas; luego la de San Antonio. Y antes de que la siega se eche encima, los caballejos, las muletas, los potrancos. En el ejido, en el teso, se aderezan las primeras casetas. A la vera de ellas, sestean los primeros gitanos, cuatrerillos disimulados y sin disimular a la busca del semoviente sin dueño.

Después llegan los juglares con el cartelón llamativo del crimen sensacional, y el húngaro del oso y de la mona, y las parejas de civiles a bien guardar, y el hombre que cobra el piso en nombre del Concejo. Con los tenderetes de chanfaina y fritos lucen los barreños de aceitunas a las puertas. Poco más. Los mendigos inválidos de toda la comarca que dicen dolientes melopeas. El escenario queda completo.

En Mayo brotan las primeras ferias. Todos esos pueblos evocadores de la meseta las tienen de gran predicamento e importancia.

La de Piedrahíta se hace al cobijo del palacio de verano de los duques de Alba, allí donde doña Cayetana, la duquesa maja, sonríe las tretas de su ahijado, el legote dominico. La de Alba utiliza todo el solar de lo que fue plaza de armas del castillo de los Álvarez de Toledo. Salamanca sitúa al ferial, pasado el Puente Romano, en el Arrabal del Puente que comunica directamente con las comarcas agrícolas de toda la región. El Barco utiliza las cercanías del Castro, que hoy sirve de cementerio. Toro aprovecha de ferial el altozano más prominente de la urbe, también a la vera del Castillo y de la Colegiata, acaso para otear mejor desde allí el tono cárdeno de los viñedos y saber imponer el mosto que ha de presidir el alboroque obligado. Hay ferias en Valladolid que se llaman de los ajos. Y en Junio, muchas –allá por San Juan y por San Pedro– que se llaman sencillamente de mozos. Los que han de arrendarse para la trilla y para la siega y para la recolección se ponen en fila ante los patronos agrícolas. De allí se eligen los trilliques, los mocosuelos que llevan las viandas a la era en Agosto y a los panes en Julio. Zamora, y Salamanca, y Valladolid, tienen ferias de estas. «De enganche» las llaman también en algunos sitios.

Mayo y Junio son los meses predilectos de las ferias. Las merinas han regresado de los pastos y ya se vende lana. Los garrapillos se venden ahora también para cebarlos y matarlos allá, desde San Andrés a Navidades. Los caballos y las mulas adquieren ahora sus precios más altos. Los anémicos y tuberculosos se destinan, bien a los menesteres de los circos, bien a los de la siega. La escena es siempre la misma. Interviene el veterinario, y cuando no lo hay, el albéitar del lugar. Se pasea la prenda, se la mira, se la remira, se la pondera; en muchos cambalaches de estos, los gitanos cobran un tanto del vendedor por actuar de aparentadores. Y cuando el comprador se allana con la demanda, ya no hace falta escritura. Con palabra de hombre hay bastante. Se pide el vinillo con la limonada; corre el jarrico de gaznate en gaznate; del alboroque participan los espectadores y aquel convite campero vale por la firma formal en escritura pública ante notario y todo.

Mundo Gráfico (07-05-1930)

Sardana en Barcelona

¡Sí, sí; no se esfuerce, no se esfuerce! Le entiendo bien, muy bien, en su propia lengua. ¡Así! No necesito que me traduzca nada. Mis abuelos maternos eran catalanes, payeses, de tierras de Morell, en el Priorato, en Tarragona. Y a mi bisabuela materna la mataron las partidas carlistas de Cabrera, en Falset, porque mi abuelo militó en las filas de Doña Isabel.

¡Sí, catalanes, sí! La sardana... La sardana es la danza más bella de todas las danzas. ¡Al corro, don Francisco de Asís Cambó; vamos al corro todos! Al corro todos, hijos de Iberia; vosotros, los andaluces desengañados y finos; vosotros, los galleguitos tristes y llenos de morriña, y los portugueses henchidos de *saudade;* vosotros, jóvenes vascos alegres de la pelota y del chacolí; vosotros, mastines leales del viejo Aragón; vosotros, los audaces extremeños de la aventura de antaño y del latifundio de hogaño; vosotros, los tristes hijos de Castilla, que no sabemos, o no podemos, o no queremos asomarnos al mar. ¡Vamos al corro todos, para que se agrupe y se ensanche España! La sardana, sardana casta, sardana pura, sardana buena, danza de hombres que sueñan con mujeres y de mujeres que quieren apoyarse en hombres; danza de ciudadanos, danza de catalanes... La sardana es la danza más bella de todas las danzas.

La sardana és la dansa más bella
de totes les danses...

digo con Maragall en acento castellano, que es mi acento, y con dejo salmantino, que es mi dejo, lleno de unción, de fe y de respeto por Cataluña. Y digo también: ¡Viva Cataluña!

Danzando la sardana, pueblo hermano, has hecho tu ciudad, coronándola con tu Exposición[213], en Montjuich, a la vera de la tumba que arrulla el mar azul, de tu Jacinto Verdaguer, el curita pobre, franciscano y poeta... El poeta mayor de nuestra España... Danzando la sardana has hecho tu ciudad y tu certamen, Cataluña. «Los catalanes, de las piedras hacen panes», dicen estos hidalgos labriegos de Castilla que te quieren, Cataluña, sin conocerte. Danzando la sardana, llevando el compás, apoyándose el anciano en la doncella y la esposa en el esposo... Danza casta, danza pura, danza buena, danza de ángeles en el cielo y de ciudadanos en la tierra: tu ritmo es el pensamiento y tu compás es el trabajo y es el amor.

Aquí, en el Palacio del Pueblo Español, oyendo los compases de la sardana, me sangra mi Castilla dentro del corazón, durante esta tarde en que, una vez más, he visto y comprendido a Cataluña. ¡Ay, y cómo duele Castilla! Dehesas, señoritos, galgos, rentas, paneras, usura, amor al dinero. Y el pensar en la heredera rica, y en el suegro influyente, y en la carrerita de escalafón los muchachos... Y en el garbanzo, y en la quietud, y en el silencio, y en la obligada jerarquía, los hombres. Y en no soñar, mientras bordan sus encajes –labor de ensueño–, las mujeres. ¿Se habrá hecho catalán Don Quijote? ¿Dulcinea no es, hoy por hoy, la novia, la "estimada" de Cataluña? ¿Queda sola en el llano, recomendando cordura a su hidalgo tío, la antipática, la ruin, la taimada, la feísima Antoñita Quijano, diciéndole ella a su tío, la mocosa, que se meta a predicador, y que, en lugar de fabricar aventuras para derribar dragones y amparar doncellas, haga jaulas para grillos y buchetas para guardar la calderilla?

¡Cataluña: aquí, sobre los alcores de tu Montjuich –viendo a lo lejos Vallvidrera y el Tibidabo–, contemplando rendido a tus pies el "Mare Nostrum", te pido con fervor que no olvides, que no desprecies, que te acuerdes del llano que te da de comer materialmente, y que muchas veces también –un estanquito ruinoso, una tiendecita tarda en pagar, un triguero desvergonzado– te arruina o te hace comer chinas para que las digieras! No merece vivir, en efecto, el que no sabe realizar sus sueños. Hay en la mujer catalana de hoy el orgullo, la seguridad, el ritmo de la hembra que se siente acariciada y protegida por el hombre fuerte de un varón que sabe trabajar para ella. Pero, Cataluña, dime ahora que danzas la sardana... ¿no eres tú misma esa mujer casta y buena que buscan para llevarte al altar, y hacerte concebir y parir el futuro, todos los españoles que saben serlo, de litoral y de la meseta?

La Esfera (10-05-1930)
La Veu de Catalunya (25-08-1929)
El Adelanto (18-08-1929)

Canciones zamoranas

Canciones de sayagueses, y de sanabreses, y de toresanos, y de las riberas del ancho y pardo Duero, según va descendiendo hacia Portugal, y de las llanadas de Fuentesaúco y de Fuentelapeña asomadas a los encinares salmantinos, y de las tierras que miran a Simancas y a Nava del Rey, y

[213] Exposición Internacional de Barcelona, que se desarrolló en la montaña de Montjuic ente el 20 de mayo de 1929 y el 15 de enero de 1930.

de las que confinan con los maragatos de León y con los charros de Ledesma. Canciones leonesas, de ancha melodía y de ritmo lento; canciones fronterizas. Alboradas. Cantares de arada y de sementera. Decires de ronda, ora ingenuos, ora apicarados. Estos días han llegado envueltos de perfumes camperos a Madrid, bajo la dirección inteligente del maestro Haedo, y pasean su garbo y donosura por las calles de Madrid, entre el pasmo de los doctos y la devoción inconsciente y entusiasta de las muchedumbres.

Con la «Coral Zamorana» llegan a la Corte todas las modalidades de la canción leonesa. El maestro Ledesma nos había ya deleitado con los cantos charros, y Conrado del Campo con las melodías de las tierras de León. Faltaban los cantares zamoranos para completar la fisonomía de la región occidental. Algunos parecen desprendidos de la cantera inagotable del Romancero, y son contemporáneos del Cid, y de Bellido, y de los Arias, y de los cubos y barbacanas de la ciudad. Otros vinieron de Lusitania y murieron en Alcañices y en Bermillo al adoptar el dejo regional. Otros, más alegres y movidos, bajaron de Orense, y los de llanada aprendieron el secreto de su ingenua melodía y el castizo sabor de sus asonantes en los feraces campos armuñeses, que de jardín deleitable y terrón montaraz pasaron a páramo reseco y a llanada inclemente.

Con los cantares nos trae Zamora lo mejor de su espíritu. Lo mejor de su espíritu y la razón de su existencia. León es, geográfica y espiritualmente, tierra fronteriza, que nada tiene que ver con el empaque y con la gravedad solemnes de la madre Castilla, y que se deja influir abierta y constantemente por la saudade portuguesa y por la ironía galaica. Los charros, y los maragatos, y los sanabreses, han llegado a nuestros días sin perder una partícula de su fisonomía colectiva, con un dialecto y con un derecho propios, con una leyenda y una indumentaria que no se han dejado influir por las corrientes comarcanas vecinas. Desde Asturias hasta Béjar, en el confín de las Extremaduras, reina, acaso, la misma canción; pero el dejo y el matiz son diferentes según la comarca. Hay tres matices harto distintos en estas manifestaciones regionales: el de serranía, el de ribera y el de llanura. Siendo el mismo el espíritu del cantar, el dejo varía con la variedad geográfica. Casto y lleno el de la planicie, dice preocupaciones religiosas y amores monogámicos y familiares a la compañera sana; los de ribera son cantos de amor y de ronda, y comentarios irónicos a las mudanzas de la vida y de las cosas de los hombres; los de serranía son más ricos de melodía, y se refieren a las pequeñas incidencias del lugar. Un oído experto puede determinar concretamente dónde nació el cantar y cómo se ha tornado viajero y andariego de boca en boca, y dónde acampó definitivamente, al fin, adaptándose a la comarca que lo prohijara para prestarle su fisonomía actual y su gracia presente.

¡Bienvenido sea a la Corte el señor Haedo con sus aguerridas huestes musicales zamoranas! La meseta canta, a pulmón abierto, toda suerte de cadencias para que el aire se las lleve aprisa, y ha bastado el entusiasmo de un hombre para que Madrid presencie, agradablemente sorprendido, la labor musical de unos coros que nos traen, con las viejas asonancias del Romancero, frescuras de regato y aromas de tomillo.

Crónica (08-06-1930)

Elogio de la sardana

Elogiemos nosotros, castellanos, la sardana de Cataluña. Su ritmo es el ritmo de la tierra hermana; su gesto plácido y tranquilo, es el gesto de la costa. Cantemos la sardana desde la llanura, pues

> la sardana és la dansa més bella
> de totes les danses que es fán i es desfán[214]

Más bella que la jota, aragonesa; más que nuestro baile de la meseta, casto y monogámico, bailado al son del tamboril, en tarde soleada de domingo, castellanos y leoneses y extremeños; más que vuestros "agarraos", hijos de Madrid; más que los bailes de vuestras romerías, astures y gallegos. La sardana es la danza más bella de todas las danzas. Danza de vírgenes y de guerreros, que cuentan, y acompasan, y miden, y ponderan sus pasos y contrapasos. Danza que no sabe

[214] "La sardana es la danza más bella / de todas las danzas que se hacen y se deshacen" (se juntan y se separan). Poema de Maragall titulado *La Sardana* que ganó la "Englantina d'or" (rosa silvestre de oro) en los Juegos Florales de Barcelona de 1894.

estrechar el corro, sino alargarlo y ampliarlo y extenderlo. Danza grave, danza seria, danza religiosa, la sardana de la hermana Cataluña aprieta el corazón de congojosa alegría. Si se pierde el ritmo, se deja de danzar. Pero el ritmo siempre torna y retorna, y las niñas, maravilladas, dan su mano casta y breve al sesudo varón que las sirve de pareja, y es toda Cataluña la que vibra, y la que canta, y la que llora, y la que ruge, y la que suspira en los pasos y contrapasos de la sardana. De la sardana, castellanos, que es la danza más bella de todas las danzas...

La sardana "no es la danza –canta Juan Maragall, el San Juan Maragall, de San Gervasio de Barcelona– innoble y lasciva, en que las parejas se hurtan a la vista de las gentes y desaparecen: no. Es la danza sincera de un pueblo que ama y que avanza dándose la mano". Y después agrega: "Toda mi Patria cabrá en el anillo, en el corro de la sardana, y de esta suerte los pueblos dirán que la sardana es la danza más bella de todas las danzas."

Pero los pueblos ya lo dicen en estos días de apretada e íntima exaltación catalana y barcelonesa. ¡Pero los pueblos ya lo dicen, Maragall! Los pueblos peninsulares de la España grande, que van a contemplar, desde las cumbres del Tibidabo, el manchón rosado y azul de tu ciudad y el recinto encantado y maravilloso de tu genio y de tu laboriosidad, Cataluña. Y los pueblos lo han dicho siempre, aunque el eco de su voz no haya llegado a tus oídos: Cataluña recelosa y áspera, sí, pero dulce y buena. Y lo proclaman hoy: la sardana es la danza más bella de todas las danzas...

Y mientras los pueblos te elogian y te celebran, yo, castellano, siempre amigo tuyo, más en las horas de tribulación que en las de alegría y de botín, pido un puesto para ensanchar el anillo, el arco de tu danza sagrada, ¡oh "estimada", "estimada" Cataluña! Pido la diestra breve y maciza de una hermosa menestrala de tus pueblos para posar en ella la mía. Con tu hija cuento los pasos –¡*un, deu, un, deu*!–, a la vera de tu mar azul, cara al Pirineo. Y no pido a la hermosa *noya* que traduzca a mi lengua su emoción, que tal como ella me la comunica la sé entender, y sentir, y saborear, y paladear en el silencio. ¿Oís, españoles? Una voz de cristal dice su dolor: *Per tu ploro!...* ¡Lloro por ti!

Y dice luego la canción:

Adéu, rosa d'Abril!
Adéu, rosa encarnada!
Demá, lluny del ten roser,
d'enyorament me moriré![215]

¡Sí *noya* bonita, sí! Dé añoranzas, de nostalgia, lejos del ritmo y del paso de nuestra sardana, nos morimos en la llanura, porque no sabemos, o no podemos, o no queremos acercarnos al mar...

La Esfera (09-08-1930)

Por ser la Virgen de la Paloma

Queda el escenario, pero desaparecieron los actores. Acaso de los vecinos del barrio de la Latina conserva en toda su tradición el tipo Santiago González *el Segoviano,* o aquel teniente alcalde, de procedencia romanonista, que acudía, hace seis años, a la verbena con hongo y capa, lo mismo que un tipógrafo romántico o que un boticario castizo de los tiempos de mi paisano don Tomás Bretón. Sí; desaparecieron los actores, aunque permanece íntegramente el escenario. Recorrámosle con amor en estos días de la Paloma, agosteños y calurosos. Porches de la Plaza Mayor, calle de Toledo, Taberna de la Escalerilla, estampa prerromántica. ¿Quién se acuerda ya de aquel motín de Squilache que de allí surgiera, o de las primeras escaramuzas del pueblo de Madrid contra las tropas francesas en Cuchilleros? Cava Baja, siglo XVIII y también siglo XIX, bien que en sus albores o comienzos. Posadas, mesones... Posadas del Dragón, de la Villa, de San Isidro, de la Merced... Vino de Méntrida, cuajado y negro; patios con balconaje de madera; carros, desuncidos, al sol... Quincalleros, buhoneros, gitanos, bohemios que recitan el romance del crimen de Cuenca en las ferias del contorno, niños gallegos con su caja de barquillos, modistillas del barrio. Cúpula de San Andrés y la madrileñísima plazuela barroca del mismo nombre. Merca-

[215] "¡Adiós, rosa de abril! / ¡Adiós, rosa encarnada! / ¡Mañana, lejos de tu rosal, / de añoranza moriré!", Joan Maragall. 'Per tu ploro'.

dos, calle de Don Pedro, aledaños de San Francisco el Grande. Casetas con baratijas, prenderías, buñolerías. Viejos palacios –como el de Villafranca– que Goya conoció y amó.

Barrio de la Paloma, sol de manolas y de flamencos, antiguos muleros de Maranchón, allí retirados después de los azares de la gran guerra; alegre gente de bronce que piropea a las mocitas en las terrazas de los bares; la tabernera gordita y limpia con mandil blanco, pañolón de flecos, calzado primoroso, cabeza erguida y lavoteada. Mercados, casitas bajas y enjalbegadas, tiestos en el balcón. El sereno con la vecindad en la calle; manubrios que nadie sabe de dónde surgen; chiquillería pródiga y bullanguera.

Queda el escenario, pero desaparecieron los actores. Las hijas de la Susana se han hecho tanguistas[216], y vuelven a las tantas de regreso, en *auto,* con unos señoritos. Julián se ha formalizado, se sienta en los escaños del Concejo a la vera de Saborit y visita todos los años Ginebra, de congresista del partido. El boticario abandonó el Café Nacional por Regina y toma su *coktail* antes del cocido, en una tertulia de maestros de obras, amigos de Marcial Lalanda. El mismo Romanones –tan castizo– no quiere reconocer que han disminuido notablemente sus Comités en la barriada, esos Comités que manejaba con tanta fortuna el conde de Santa Engracia. Hasta los chotis y las polkas han huido de las *Kermesses*[217] ante la bárbara música negroide que nos aporrea el tímpano a todas horas. Pero el escenario permanece incólume. Sigue siendo –todavía– el corazón de la madrileñeria corriente y moliente de nuestro teatro popular.

En esta semana comienzan las fiestas. La Virgen de la Paloma es nada más y nada menos que el símbolo madrileño de la Virgen de la Asunción. El barrio se prepara con su estrépito de costumbre a los holgorios tradicionales. El Segoviano prepara sus limonadas, sus cochinillos, sus lacones. Los de Villaconejos ya andan buscando puestos para sus melones y sandías; las chicas guapas del barrio exhibirán de noche sus mejores peinados y mantones. Y la Plaza de San Andrés, la primorosa iglesia madrileña, fabricada con los primeros barrotes de oro que llegaron de las Indias, a la vera de la casa donde es fama que sirvió algún tiempo San Isidro Labrador, será el centro natural de estas expansiones populares. El recuerdo de Goya y de sus chisperos y manolas puede evocarse allí, con todo su vigor, en las noches luneras, a pesar del ruido de los taxis y del áspero olor a aceite frito que destilan los colmados y las buñolerías.

Crónica (10-08-1930)

Pan y pelota

La fuga del futbolista Rubio ha desatado mayor cúmulo de comentarios, apostillas y exégesis que si hubiera aparecido ya el decreto de convocatoria de esas Cortes con las que se quiere remendar y zurcir lo que a todas luces no tiene compostura. Sobre todo para la Prensa de derecha el suceso ha adquirido proporciones casi de desastre nacional. Asombra tanta mentecatez. No combatimos el deporte. Practicado con medida y en su estricto plano subalterno de menester físico nos parece una de las más preciadas conquistas de nuestra época. Pero ese desbordamiento incivil que a no pocos importa fomentar, nos parece asimismo una de las mayores calamidades de este tiempo.

A muchos nos duele que los deportes embarguen el espíritu de tal modo que no le dejen vagar suficiente para otros deportes y juegos de mayor elevación espiritual. La vieja expresión de pan y toros podría ahora muy bien ser substituida por la de pan y pelota. Y es natural que ese estado de cosas sea fomentado por quienes escriben sus interpretaciones para la clase media mental española y que rezuman optimismo por los poros de su pluma, elogiando el momento actual del mundo y hasta encarándose, si es preciso, con Keyserling[218], a propósito de sus juicios apretados y densos, sobre España que ellos no pueden digerir, naturalmente, por falta de jugos asimiladores en el cerebro.

Advirtamos que los amigos del deporte por el deporte son los jóvenes de cierto sector que no suele estar atacado generalmente de la funesta manía de pensar. Sus jaleadores y apologistas desorbitados se reclutan también en las mismas tiendas. La emoción y las discusiones que los cam-

[216] Mujeres de actuaban en los cabarets y alternaban con sus clientes.
[217] Fiesta de barrio o de vecindario, generalmente al aire libre, con bailes, rifas, concursos, atracciones mecánicas…
[218] Hermann Alexander Graf Keyserling (1880 – 1946). Filósofo alemán autor, entre otras, de la obra «Diario de viaje de un filósofo» publicada en España en 1928

peonatos despiertan amortiguan el espíritu para otras luchas e inquietudes de planos superiores. Según los apologistas de marras, si protestan y se lamentan de esos excesos deportivos algunos espíritus dilectos no es ello en el fondo otra cosa que la alarma que suele acometer al tendero cuando ve que la clientela se le marcha a la tienda de enfrente. Realmente hace falta una dosis muy fuerte de cinismo y de bellaquería para pensar así o para fingir que se piensa así. Claro está que, a continuación, excusan su descortesía imaginando creer que los jóvenes estudian ahora más que nunca y que se imprime ahora más papel que nunca se haya impreso, y que los problemas públicos, nacionales y universales, preocupan a los jóvenes con más intensidad que en las épocas pasadas. Pero a continuación se olvidan estos ingenios, cuyo paso por la Universidad no se ha advertido nunca y cuyo desconocimiento de lo que ocurre en las aulas universitarias se nota a cada paso de estas preocupaciones juveniles, ya que afirman doctoralmente a continuación que «de lo primero que conviene enterarse es de que actualmente ya no existen problemas provinciales ni nacionales». Díjolo Blas... Pero si no existen, ¿cómo van a preocupar a los muchachos con más intensidad que nunca? ¿Es lícita esta actitud en estos momentos? ¿Son decorosas estas palabras dirigidas a los chicos de nuestros centros de enseñanza?

Cuando se elogia sin tono ni medida el deporte, y cuando se exalta la bravura de una juventud que rompe sus brazos y sus piernas en perseguir una pelota, lo que se quiere decir por estos intérpretes del mundo actual, es que no se piense, que se dejen las preocupaciones políticas y cívicas a un lado y que la juventud ya cumple su misión con toda integridad en el aniquilamiento de sus facultades corporales por el exceso de un ejercicio y de una violencia inútiles. No nos extrañaría que del mismo modo que hace más de un siglo se pidió por ciertas gentes una Escuela de Tauromaquia en Sevilla, se pidiese ahora una Universidad del fútbol en Deusto, en Salamanca o en El Escorial, con bendición apostólica, colores lila en los listones de la camisa de los jugadores y hasta exégetas especiales para la lectura de los libros de Keyserling y para la reforma de las rutas de ese turismo que han querido ocultar a los propios españoles Ignacio de Zuloaga y Miguel de Unamuno. Por algo vivimos ahora en pleno cultivo del dislate y de la interpretación bufa. Y así vamos viviendo, como el pez en el agua y los pájaros en el aire.

Regocijémonos cuando se nos advierte que la pasión desenfrenada por el deporte, es nada menos que una moda vital o que una expresión vital; verdaderamente profundas y universales –las modas y las expresiones–, que las naturalezas débiles no pueden contrariar y resistir. Dejemos el pase a estos espíritus fuertes, cuya abundancia de vida les lleva a convertirlo todo en actividad y júbilo, en lucha y entusiasmo, y cuyo desbordamiento intelectual les precipita a trocar todos sus temas en dislates y torpezas, en arbitrariedades y en lesos crímenes de ciudadanía. «Pasadistas» somos los hombres que no comprendemos las exquisiteces de una patada ni el delirio de un cerebro por donde jamás penetra la sombra de una idea. Ya habíamos advertido antes de ahora que los «actualistas», que nos apedrean con la frase de Marinetti cuando de Marinetti se ríen hasta los fascistas de Cremona en Italia, han sido siempre precisamente eso: «actualistas». Ahora más que nunca, amigos míos. Cuando les veáis por la calle, mirando hacía lo alto, haciendo que cuentan las estrellitas del cielo, tened en cuenta que con las manos están forzando siempre el cajón del pan.

La Voz de Guipúzcoa (07-11-1930)
Política (08-11-1930)
El Pueblo Gallego (08-11-1930)
El Noroeste (07-11-1930)
El Luchador (07-11-1930)

Elogio de la lotería

Declaro que no acierto a explicarme la actitud de ciertas gentes que la emprenden con la lotería española como vicio colectivo de muy difícil extirpación. Y tengo para mí que lo mismo que encajó en una monarquía de haraganes y de parásitos, debe persistir en una República, como la nuestra, de trabajadores de toda clase. La lotería, el juego de la lotería, el vicio –si así queréis que le llame– de la lotería, bien administrado, puede ser, si no un manantial de venturas, un buen capitalito de esperanzas. Yo lo que arriesgo a la lotería es el derecho a esperar y a fabricarme cábalas e ilusiones. Supongo que no me toca, pero es evidente que puede tocarme un buen premio y pensando en él disfruto por anticipado, aunque después quede como estaba y me parezca ilógico que cifre mi ilusión en una loca bolita de marfil.

Los cinco duros que pongo a un número me dan evidentemente un derecho: el de pensar que puedo ser el 22 de Diciembre dueño de una bonita suma de 37.500 duros, que distribuyo alegremente y a mi sabor, cuando no tengo cosa más grata que imaginar. Lo de menos es que se pierdan. Prestados a un amigo, se pierden con el amigo. Metidos en un negocio industrial, el beneficio es de tan poco volumen, que apenas si nos vale para una taza de café. Ahorrados… Pero yo no voy a querellarme ahora con las hormigas, aunque prefiera las cigarras. Ante la ruleta, y mejor todavía, ante la lotería nacional, esa pequeña cifra de un hombre modestísimo como yo, que no puede permitirse mayores riesgos, me sirve de vaga, de lejana esperanza en vísperas de Nochebuena. ¡Ah, si mis cinco duros tuvieran fortuna! Una vuelta por Rusia, tal vez; desde luego, peregrinaciones artísticas por Italia y por Grecia; a la vuelta, una pequeña estada en París. Pienso en esto un momento, al despertar, o rendido de fatiga, después de los trabajos de la jornada diaria, arrumbado en el sillón de un Círculo o de una Biblioteca. ¡Ah, si tocara! Me acordaría de Fulano y de Zutano, que están mucho peor que yo; cobraría mis ingresos de una vez, sin fraccionarlos en pizcas; ahorraría una lágrima; compraría un juguete; podría soñar a mi antojo unas semanas.

¿Por qué no hemos de pensar los tristes, los que hemos visto derrumbar por torpezas propias los sueños que nos hemos fabricado en la vida, que algún día podamos instalarnos en el Castillo de la Buena Ventura? Lo monstruoso sería pensar únicamente en uno mismo; pero la felicidad hemos de compartirla seguramente con alguien, porque siempre es enemiga del egoísmo. Uno piensa en la madre, en la amante, en la hija, en la amiga, en el amigo. A cierta edad de la vida llamamos dicha a sentir en nosotros el reflejo de la dicha de los que nos rodean. Nos sentimos contentos solamente cuando los que amamos rezuman alegría. Sabemos que a la larga la felicidad es el ejercicio constante del sacrificio en el silencio. El dinero y el bienestar material que proporciona no es la esencia de la dicha, pero sí su escalón y su pórtico. No es que seamos esa cosa nauseabunda que se llama hombres prácticos; pero, como somos razonables, pensamos con Benavente que allá se van dinero sin felicidad y felicidad sin dinero. Julieta a la vez estaba entusiasmada de su Romeo y de su jardín. Para el ensueño se requiere, naturalmente, el jardín. Lo de menos es que luego sea un simple huerto de coles, si con él salimos del paso, elevando los ojos al cielo.

La lotería es el placer de los pobres porque piensan que pueden dejar de serlo. El trabajo es –nos dicen todos los señores graves– padre del bienestar, abuelo del orden y tío carnal del ahorro; pero ni trabaja el que quiere, ni el que trabaja logra siempre aquel mínimum de placer a que tiene derecho por su esfuerzo. Ese factor de la suerte es tan interesante como el trabajo. Yo hablo, por ejemplo, de mi profesión de escritor, y para nadie es un secreto que aquí gozamos de escalafones pintorescos, donde los más necios o los más audaces figuran a la cabeza. Siempre que se llega –aunque la palabra llegar no tiene sentido–, se llega tarde. Un idiota que fabrique chistes en serio para una revista teatral, o un figurón cualquiera que ha dado cuatro patadas a una pelota, o que ha dicho siete necedades juntas en una reunión de rabadanes, llega antes que el infeliz que se confíe al estudio y a la meditación. El que no cultiva lo espectacular, o el que no se administra su propia importancia con alguna prosopopeya, nada tiene que hacer entre nosotros. Depende la estimación del trabajo, no de su calidad, sino de cosas bien ajenas al merito. Yo conozco escritores malos bien pagados por sus relaciones familiares. Otros, por sus prendas de vestir, que no por sus calidades literarias. Análogamente, pasa eso mismo en todas las profesiones. Una oleada de holgura material puede sacar a la superficie a mucha gente útil. Y asegurar, de este modo, el derecho al bienestar que no logra con su talento ni con su diligencia.

No execremos, por ende, la lotería. Aquí no se habla del jugador profesional, ni del coleccionador de billetes; ese es un loco. Ni del que cree en cábalas, ese es un enfermo. Pero el pobre hombre que arriesga unas monedas de plata o de cobre para buscar la felicidad de los suyos y la suya propia debe ser exaltado con toda suerte de alabanzas. Yo he creído siempre que lo más necesario para los niños son los juguetes. Para nosotros, pobres hombres, lo más urgente es soñar y fabricar castillos. Con bien poca cosa se conquista el derecho al sueño. Bastan una moneda y un número. La moneda suele perderse y el número suele obstinarse en no salir. Pero volvemos a soñar al año que viene y tornamos a esperar. ¿Qué nos impulsa a vivir, en último término, sino una esperanza no sabemos de qué y no sabemos en quién?

Crónica (20-12-1931)

PERSONAL

Un aniversario

I

Yo tengo miedo, tengo un profundo horror a los aniversarios. Llegan todos, seguidos de la procesión de nuestras flaquezas.

Es el aniversario una fiesta, una exteriorización de nuestras penas o de nuestras alegrías; un recuerdo feliz, un recuerdo triste.

Y es bueno mantener el espíritu preñado de recuerdos, llenito de añoranzas, pero sin celebrar aniversarios. El recuerdo debe ser vivo, y como vivo, constante y hondo. Yo quiero más a mi pasado y a mi futuro que a mi presente. Las cosas que nos ocurren ahora, pierden su intensidad: solo queda de ellas una mínima parte, que se une, en los adentros del alma, a la cadena interrumpible de los recuerdos viejos. Carecen de luz chillona; se estancian, velados en una penumbra amable.

La vida presente, tejida por los pequeños hechos que nos impresionan hoy, forman el medio día, el color fuerte, rudo, de nuestra existencia; pero los recuerdos, –vida del pasado–, y las esperanzas, –la vida de mañana–, tienen el dulce misterio, el encanto indefinible de los atardeceres. Son, en efecto, las esperanzas y los recuerdos atardeceres y penumbras del espíritu.

El dolor, como el amor, las dos grandes crisis de espíritu, que, por otro lado, vienen a confundirse, no perora, ni chilla, ni discurre, ni escribe. Hace llorar, hace sufrir, pero nada más. Y las alegrías pasan, como pasan los dolores. Y en el *aniversario* ni el dolor es fuerte ni el amor hondo. Uno y otro son ya recuerdos, cosas que fueron, y de las que queda algo, lo menos, en el espíritu.

Balart llora cuando se le muere su esposa; no recibe a sus amigos ni halla consolación en el mundo. El labriego que nos pinta Galán en *Campesinas* arando las tierras cercanas al cementerio, cuando entierran al dueño de su amor, está también desconsolado y lloroso, conservando la finísima, la imperceptible ironía de los amores grandes. Pero llega el aniversario y Balart se consuela y hace poesías y canta.

> Llevo en un relicario colgado al cuello
> tu retrato y un rizo de tu cabello.

Y tengo para mí que aquel gañán, cuyas penas canta mi amigo el gran poeta Castellano, es el mismo que pide al amo Luciano cantares para la ronda de San Juan... al año siguiente.

¡No creo en la eternidad, en la consistencia de las pasiones humanas!

II

Hoy lloramos los salmantinos la triste, la terrible fecha del **2** de Abril. Celebramos el primer aniversario.

¡El 2 de Abril! Yo recuerdo, ahora mismo, mientras escribo estas reflexiones, aquel día de luto para la ciudad y la Escuela; aquella agitación del cuerpo escolar; aquellos discursos de que era preciso «oponer a la razón de la fuerza del Gobernador, la razón de la fuerza de los escolares». Y luego, el trotar de los caballos de los guardias, la detonación seca y rápida de trueno lejano que produce el Maüsser [sic]; los llantos de todos nosotros, la indignación honda de los pechos generosos.

Dos escolares que mueren, otros heridos, las camillas que pasan por la calle de la Rúa; un pueblo que brama, pidiendo justicia; madres que buscan a sus hijos e hijos que salen al encuentro de sus madres.

¿Y luego? Un entierro solemne, sublime, hermosamente fúnebre. Un Juez especial que entiende en el asunto. La acción pública acusatoria para exigir responsabilidad criminal al Poncio funesto.

Pero pasan los meses; nada parece. Aquel Sr. Maura, el mismo que hoy soportamos, promete mil cosas y no cumple ninguna.

¿Y qué es lo que queda de todo aquello?

Dos viudas que perdieron sus hijos para siempre.

Un gobernador que vegeta en su país.

Unos funerales para el día 7.

Y la tremenda fecha, que sirve de tópico para burlarse de los gobernantes que padecemos.

Hoy lloramos el aniversario, sí, pero somos indiferentes, no conservamos ni la indignación pasiva...

...¡Yo tengo miedo, tengo un profundo horror a los aniversarios!

El Adelanto (02-04-1904)

Punto final[219]

Para el Sr. Hernández Gutiérrez

Y voy a terminar, no sin advertir antes a mi buen amigo que no nos entendemos y que cada cual habla en *lenguaje distinto*. También he de advertir que en el artículo del señor Hernández Gutiérrez, titulado *Cuatro palabras*, ni responde a mis argumentos ni cosa que lo valga.

Puede seguir saliéndose de tono mi distinguido amigo cuanto tenga por conveniente, porque no es cosa acostumbrada, en estos achaques, contestar a razones con pullas, ni a estos o aquellos argumentos diciendo que remedo muy bien el fonógrafo.

¡Ah, mi querido Edisson, usted, en cambio, remeda bastante bien al nunca bien ponderado Cañete!

Y esos golpecitos de *ligas* y de *intelectuales*, parecen entretenimientos de chicos de seminarios.

Perdono a mi buen amigo que me llame vanidoso. Estas cosas no me llegan a la piel nunca, y como a él le sucede con mis cosas, tampoco me quitan el sueño las suyas.

Muchos recuerdos a Platón y a los buenos señores de la Escuela de Alejandría, a los que yo, porque así lo quiere el señor Gutiérrez, tengo que desdeñar profundamente. Es una tontería muy arraigada en las gentes esa del odio literario, que yo he tenido la fortuna de no sentir nunca.

Además yo no sé, ni el señor Gutiérrez tampoco, lo que pensaban los sabios de Alejandría. Lo que sucede, por una razón psicológica que no quiero desentrañar ahora, es que fundamos nuestros asertos inconscientemente en citas añejas. ¡Da mucho tono en las polémicas el sacar a relucir señores respetables anti-diluvianos [sic]! Algún día, si tengo paciencia para ello, he de escribir un trabajo, citando los disparates (para usted) que han escrito los hombres más formalotes y sesudos. Y es, amigo mío, que en los adentros íntimos de todos los hombres, está el hombre salvaje, sin trabas, aquel adorable animalito que descubrió Rousseau.

Y... basta.

El Castellano (05-06-1904)

El fin de una polémica

No pensaba el cronista contestar de ninguna manera al desabrido artículo del señor Felipe, en el que este señor replica con palabras gruesas a la crónica "Adulaciones necesarias", publicada

[219] Desde este mismo medio, *El Castellano* (30-05-1904), y mediante un artículo titulado «Gramática y estilo» (O.C. Tomo IV, página 72), Sánchez Rojas ya contestó a las alusiones que sobre él se hicieran en otro firmado por el Sr. Hernández Gutiérrez. Según parece el Sr. Hernández debió insistir en su particular polémica que Sánchez Rojas pretendió zanjar con la publicación de esta nueva refutación.

en El Castellano del lunes. Pero he notado que, cuando riñen una señora y una rabanera, y esta ahueca la voz y se pone en jarras, el público no se satisface si la señora no se incomoda un poquito y si no imita la actitud de su enemiga.

No puede discutir con el señor Felipe el autor de estas líneas. La Prensa no es un reñidero. Yo me limitaba, sencillamente, en mi crónica última, a explicar las causas que me han impulsado a adular al señor Unamuno; y el señor Felipe, inocentemente, me injuria, llamándome nada menos que calumniador y otras lindezas por el estilo, creyendo que yo trataba de aludir a su conducta y a su historia.

No he de devolver insulto por insulto, por mi propio decoro y por el decoro de la Prensa. Salamanca, es, afortunadamente, un pueblo pequeño, donde todos me conocen, y donde todos conocen también al señor Felipe (don Fernando). Y nada más.

El público ha de juzgarnos.

El Castellano (15-02-1906)

Dialogando

– Ustedes, los educados en Salamanca, son verdaderamente cerriles y montaraces. Chillan, protestan, afirman, niegan, censuran y elogian sin tasa; son iconoclastas; se burlan de todo y han entrado aquí como dueños del botín, no a recoger las migajas.

– Es natural, amigo mío. No es tarea de jóvenes la de asentar pedestales, sino la de derribarlos. Aquí tienen ustedes un indiscutible para cada cosa. Y qué indiscutibles, ¡cielo santo! El padre Cejador...

– ¿También con Cejador arremete usted?

– Y ¿por qué no, amigo? Yo soy un profano ante sus cosas profesionales, mas esto no me importa. He hojeado un libro suyo y he dormitado. ¡Qué soporífero, qué machacón, qué pesado, qué vulgarote es el pobre! Aunque sea un erudito, no pone alma en su erudición. Y es que no le importa su filología. Para él, esto es un pretexto de hacerse *el sabio*. La erudición es aceptable para novia, aunque tenga el rostro apergaminado y rugoso, pero no sirve para ama de llaves...

– Eso es discurrir con imágenes.

– Sí, desde luego. ¿Pero discurrimos acaso con otra cosa? Nada llega con tanta intensidad a mi cerebro como lo que ha pasado antes por mi imaginación. A vueltas ando ahora con la Biblia, preocupado y melancólico, y la Biblia es un poema, ante todo y sobre todo...

– Usted se sale del tiesto. Nada, amigo mío. Con ustedes, con los de Salamanca, no sirve charlar serenamente.

– ¿Y por qué no hemos de salirnos de un círculo que nos parece estrecho si nos ahogamos en sus angosturas? Las piernas no se hicieron para andar tan solo; se hicieron también para saltar. Ustedes son seminaristas por dentro. Defina usted; divida usted; clarifique usted... No me da la gana. Las cosas son porque yo quiero que sean. A las películas de mi cinematógrafo espiritual las doy la luz, el vigor y la tinta que tengo más a mano.

–Eso es cursi. Usted cuide de la estética de sus actos no de su honorabilidad. Los actos son indiferentes, pero son bellos o feos.

–Sí, ya le entiendo a usted. ¡Bonito ideal ese, propio de un madrileñizante como usted! ¡Cochina estética esa! Esa es una estética que le permite tener querida, y engañar a su mujer, y ejercítase en toda suerte de perversiones sexuales, y estafar al amigo, y vender al vecino de enfrente. Ya conozco eso. ¡El evangelio de *La Maja desnuda*, esa indecencia fabricada para el regocijo de las kabilas de Valencia y del ateneo! ¿Cuándo ahorcamos a Blasco Ibáñez por sus osadías repulsivas, por la perversión que está sembrando con sus libros? Luego continuaremos con Dicenta.

……..……
……..……

El diálogo ha proseguido violento y animado. Madrid no ha podido entenderse con Salamanca. El rudo no ha hecho migas con el hombre de buen tono, ni el hijo de místicos y de gañanes con el *esteta* conservador y pazguato.

El Castellano (04-12-1906)

Divagaciones I

Hace ya un mes largo que me encuentro en Italia, en una de sus poblaciones más hermosas y menos conocidas: hablo de Bolonia. Aquí, embutido en otro ambiente, viviendo otra vida distinta de la mía, comienzo a ver desde lejos, a mi patria, a conocerla, a juzgarla mejor. Y como mi poder de adaptación al medio es grande, consigo, lentamente, que estas puertas se me abran, y detrás de las puertas, los corazones. Mi vida de disipación mental ha concluido, y he comenzado por hacerme unas ganas atroces de modificarme interiormente, y tras el esfuerzo de la voluntad, como obligado cortejo, viene la modificación interior, y con ella la alegría, una alegría íntima, callada, apretada de esperanzas, que me canta a todas horas.

Sí, amigos míos, estoy muy alegre. Casi, casi no puedo dormir de alegría, cavilando, fabricando esperanzas de goce mental, adelantándome venturas con la imaginación, que no cesa un momento de tejer su tela sutil y luminosa, blanca. Y luego, este escenario está hecho para soñar. Paseo, a todas horas, bajo pórticos; contemplo en las calles, al lado de los palacios del Renacimiento, damas hermosas, muy hermosas –el Dante encontró siempre muy bellas a las boloñesas–; paseo por las colinas azules de las faldas de los Apeninos casi todas las tardes; mis ojos contemplan con frecuencia cuadros de Rafael y de Guido Reni… Mis maestros, en la santa soledad de mi cuarto, son Virgilio, el Dante, Pascal, Carducci…

Estoy contento. Y, por las mañanas, al levantarme temprano y al comenzar mis tareas, paseo por la Plaza de Víctor Manuel, y casi, casi, las palomas que juegan con la estatua de este rey, que estropea la plaza monumental –para Carducci, era la más hermosa de toda Italia– vienen a mí, y no se asustan y me dan los buenos días como a un viejo amigo, que no les es extraño…

Mi amigo ha querido que vea otros cuadros de la Pinacoteca. No he querido, de ningún modo. Estas cosas hay que gustarlas lentamente, sin precipitaciones, sin prisas. Y yo he aprendido en Italia a no tener prisa por nada, a hacer cada cosa en su momento y solo aquella cosa, a rodearme de placidez infinita. No soy, no quiero ser un turista, ni mirar las cosas con el Baedecker[220] en la mano. Soy un estudiante que estudia solamente un libro. Y mi libro es hoy la Pinacoteca, mañana aquel fresco de Francia de la capilla de *San Giacomo il Maggiore*, más tarde aquel amigo, luego aquella colina graciosa de mi paseo favorito. ¡Dedícate hoy a tu cuidado, que el día de mañana te traerá otros y debes estar desembarazado para recogerlos!

A tantos de Diciembre.- He comenzado a buscarme amigos italianos, a charlar en italiano disparatando a cada momento y haciéndome corregir. Y he penetrado en el café de *San Pietro*, con una revista española en la mano, creo que *La Lectura*, dispuesto a beber cerveza. Pero unas manos traidoras me han arrebatado la revista, he protestado, me han dado mil excusas y el distraído italiano me ha preguntado que si era español. Le he contestado que sí, que no volviera a acordarse para nada de su precipitación y que le ofrecía mi amistad. Y hoy somos amigos y contertulios. El italiano es boloñés, dueño de una panadería, hablamos en su lengua, y el me corrige, y me indica la palabra precisa cuando yo vacilo, porque conoce el castellano por haber estado en Buenos aires.

Estoy contento. Mi estribillo podrá pareceros molesto, monótono, pero es dulcemente consolador.

Corazón que no se alegra,
no viene de buena sangre

dice un cantar popular de mi tierra salamanquina. Y dice bien. ¡Qué grato me es el cantar, cuando me recojo a casa, bajo los pórticos, las cosas de mi tierra!

Hoy, tantos de Enero, he visto en la Real Pinacoteca –todo es real en Italia, los correos, las Universidades, el tabaco, las mujeres, los paisajes–, el cuadro de Rafael *Santa Cecilia*. Está restaurado. El azul del cielo es crudo rabioso, pero las figuras, la disposición de las figuras más bien, es de un

[220] Baedeker: Metonimia por la que se conocen a las primeras guías de viaje modernas impresas por el editor alemán Karl Baedeker (1801 – 1859). Estas guías, cuidadas hasta el más mínimo detalle, tenían por objetivo proporcionar al viajero toda la información necesaria para sus viajes, y una de sus características era la utilización de estrellas –tan generalizadas hoy en día– para la identificación de hospedajes de confianza.

efecto sorprendente y encantador. El cuadro me ha sorprendido al principio: no lo he comprendido, no lo he visto bien. Luego, mis ojos se han empapado de la visión divina. Me he sentado en un banco, frente al cuadro y allí he permanecido largo rato absorto, en religiosa contemplación. ¡Qué San Pablo más humano, más varonil! ¡Qué libertad de espíritu revela y qué gravedad en su semblante! Con los cabellos envueltos, que no revelan, sin embargo, desnudo ¡con el fuerte brazo en actitud reflexiva, con la diestra arreglándose la barba! ¡Y esta casta matrona de Santa Cecilia, con los ojos azules que miran al cielo, su patria, con la nariz recta, finísima, con la boca plegada! ¡Y esta dulcísima doncella de Santa Catalina, qué bella es! Os aseguro que he visto su cara virginal por estas calles, su cuerpo esbelto, su mirada limpia y sus cabellos recogidos hacia atrás, bajo la blanca cofia

Esta noche me ha recitado un pasaje de la Divina Comedia, ayer la oda a la Reina Margarita del gran Carducci y el domingo pasado hablamos los dos mal de *La Nave* y de ese *poseur*[221] inaguantable de D'Annuncio, que cree ser el eje de la tierra, el Tenorio de todas las Ineses, la envidia de todos los escritores del mundo, la escultura más perfecta del Viejo Continente y el tema de todas las conversaciones de todos los países. Me ha preguntado noticias españolas. Yo sabía pocas, pero entre ellas le he contado una peregrina: esa Real orden que ha dado el señor Rodríguez San Pedro disponiendo que haya un militar en las juntas locales de instrucción pública, "a fin de que –dice poco más o menos el documento oficial– la enseñanza nacional tenga de ahora en adelante un carácter patriótico, del que ha carecido, por desgracia, hasta ahora". El panadero ha puesto las manos sobre su cabeza y ha exclamado:

– ¡Esa España siempre tan pintoresca!

Me he puesto serio. No me gusta ese vocablo de pintoresco. Quiero que los españoles pasemos por marroquíes o por europeos; jamás por pintorescos. La frase del panadero, ha sido, aplicada al caso concreto, justa.

– Ya ve usted –me ha dicho, atenuando mi mal humor–. Aquí hemos echado a un militar del Ministerio de la Guerra y hemos dado esa cartera a un hombre civil. Y el otro día, se decía en un club que hay que llevar a Instrucción a un militar. Los profesores nos van disgustando demasiado.

Vida intelectual (1908)

Divagaciones II

Uno de mis amigos es catedrático y masón. Pertenece a una antigua familia israelita, de origen español, que fue expulsada de nuestro territorio en tiempos de don Felipe III. Le he conocido en un puesto de periódicos de la plaza Neptuno. Me ha preguntado por mi patria y muy pronto ha comenzado a decir cosas extrañas, sibilíticas contra el clero. Remontándose, haciendo una pintoresca digresión histórica, ha dicho mil perrerías de la Inquisición, de esa tan simpática y castiza Inquisición Española que fue algo popular, que surgió de las entrañas de las muchedumbres y que estuvo muy lejos de ser una imposición del brazo eclesiástico. El doctor no opina así. Para él, todos los males humanos y divinos vienen de los bonetes y de las sotanas. El clero es el enemigo del pueblo, el enemigo del progreso, el enemigo de la civilización, el enemigo de todo. Su odio anti-clerical, de tan infantil como es, me solaza no poco. El doctor lee el *Asino*, admira a Nakens, opina que Ferrer es un mártir, sostiene que Morrals no era tan bruto como se cree en España. Comenzamos a disentir, pero a disentir como disienten los italianos, matizando nuestras frases de perdones, excusas, *caro dottore, caro amico* y *caro mio*. Nuestras reciprocas advertencias parecen discreteos de novios bien avenidos. Por nada en el mundo, se descompone mi doctor. Yo, en cambio, hijo de las llanuras de Castilla, nieto de místicos y aventureros, comienzo a alzar el grito. No paso por lo de la admiración mental a Nakens, aunque le crea un buen hombre; no creo tampoco en la grandeza moral de Morrals, que fue un criminal vulgarísimo; tengo para mí que Ferrer, el director de la Escuela Moderna de Barcelona, es un racionalista de entendimiento adocenado, un excelente burgués que no recuerda en sus digestiones las hambres de los míseros. Y entre la Inquisición y el sufragio universal, entre la Inquisición, sometida a procedimientos ponderados y medidos, y la conciencia actual del Tribunal del Jurado, me quedo con la Inquisición. Puesto a elegir entre Torquemada y Pablo Gómez, el presidente del Jurado de la Audiencia de mi pueblo,

[221] Presumido

me gusta más Torquemada. La comunión espiritual con mi maestro me viene enseñando que democracia y liberalismo son ahí cosas antitéticas. No es el pueblo español, como sostenía Silvela, superior a sus gobernantes; se halla próximamente al nivel del hampa política o a más bajo nivel todavía. No es –diga lo que quiera D. Joaquín Costa, ese gran vidente y ese gran patriota– la materia prima, la masa, lo sano del país. El pueblo, mejor aún, la plebe cocea siempre. La plebe, en España, es ese gran carnero de Panurgo que grita "¡muera Cataluña!"; que baila, como el oso de los húngaros, al son que le tocan las panderetas de los periodistas asalariados; que no se entera de nada y que tiene su opinión arrendada en el artículo de fondo que le sirve diariamente su hoja favorita; que dificulta todo paso de avance y de sinceridad colectiva; que vive, a gusto, en el charco de la memez, de la lujuria y de la mentira, que gusta de Dicenta, y sabe los cuplés de *La gatita blanca* y aplaude a Melquíades. Esto le digo al doctor y le agrego que la Inquisición aligeró al pueblo las herraduras. Y, puesto que a desbarrar, y olvidándome del *caro dottore* y del *pardon*, añado también que eso del anticlericalismo, tomado así en bruto, en explosión pasional malsana, es algo tan sentido y tan estúpido como el extremo contrario; que el partido republicano, por husmear demasiado en los flacos de los frailes sin ver los suyos propios, morirá pronto en mi España; que su muerte será bendecida por los pocos amantes que tiene la cultura en mi país; y que deje sus odios para ocasión más oportuna.

Mi doctor ya he dicho que no se descompone. Acaso, sus ojos se mueven con demasiada rapidez detrás de los lentes, pero su fisonomía permanece quieta, sin alterarse. En mi tono, un sí es no es irreverente, en mi actitud, tal vez un poco desconsiderada, hay la sospecha de que el doctor me compadece a mí por ser español, y a mi pueblo. Y la compasión es intolerable. Que nos amen, que nos odien, que nos maltraten ¡todo! menos que nos compadezcan. Somos hidalgos pobretones, hambrientos, degenerados quizás, pero tenemos derecho a una pasión robusta de los ajenos, no a una máscara de compasión. Y estos masones compadecen demasiado a España, cuando ellos deben ser los compadecidos. Yo no creo en la leyenda de los masones, ni en sus reuniones misteriosas, ni en su estúpido escupir al Crucifijo; tampoco creo en la leyenda de los jesuitas. Sospecho que se trata de unos tontos aburridos, que, juntos, se dan aire de personajes, fraguando conspiraciones que fracasan bonitamente. Pero me duele que llenen los buches de su inteligencia en los abrevaderos de la difamación y de la ignorancia cuando habla de la *poveretta Spagna*. ¡No es *poveretta*, imbéciles! No es *poveretta*, a pesar de los aburridos que os presentan una Andalucía fantástica, las damas con la navaja en la liga; los enamorados, digo, los queridos cursis contando sus impudores a la luna; no es *poveretta*, a pesar de los críticos taurinos…

Pienso, al despedirme del doctor, que debemos ser cautos con la lengua y con la pluma todos; que debemos hacer una hoguera donde quememos los libros de Amicis, de Próspero Merrimée, de Teófilo Gautier, que del París, del hediondo París de las *soubrettes* y del chauvinismo más inaguantable –de este chauvinismo que tiene por símbolo reciente a Delcassé– surge, amparada por los españoles y por los hispanoamericanos que pierden su tiempo en el Barrio Latino, esa compasión que da triunfalmente la vuelta por Europa; que debemos licenciar a las Fornarinas, Chelitos, Machacos; que finalmente, debemos silbar a Salmerón si torna a hablarnos del fanatismo negro, cuando estamos padeciendo el rojo.

¡Por Dios, que no fragüemos nuestra deshonra en casa; que no seamos los seductores de la madre!

Hablamos de la hermosísima Tina di Lorenzo, espejo de damas castas, una bella condesita italiana, una aristocrática dama de la buena sociedad boloñesa, un joven escritor sudamericano y quien estas líneas escribe. La velada transcurre deliciosamente. Hemos tomado el té, o como dicen los españoles que han pasado quince días con catorce noches en Liverpool, el *tea*. Anoche nos hemos aburrido, oyendo *La Bohemia*, en el Olimpia. A mí no me gusta Puccini, que viene a ser en la lírica lo que Echegaray es en la dramática, un eterno rebuscador de efectos estrambóticos; pero tengo el valor de confesar ante el esclarecido concurso, que así como de niño me hacían llorar los versos de Leopoldo Cano y de don José, así, anoche mismo, mientras el bajo cantaba la fúnebre romanza del gabán, y moría, tísica, Mimí contemplando su manguito, yo también, que estoy muy lejos de ser un *sprit fort*, tenía los ojos empapados de lágrimas.

Mi ingenuidad (¡corazón, no seas jamás ingenuo!) ha provocado la risa de los demás. Pero aquí, riéndose ellas y mirándolas yo sonriente, me han dado una lección de ingenuidad. Me interesaban los dientes blanquísimos de la gentil condesa, dueña de palacios maravillosos y de viejas galerías de cuadros…

Después de Puccini, sale *Manon Lescaut* a relucir. Después *El Barbero de Sevilla*, que tiene gracia en el original de Beaumarchais, pero que es inaguantable con la música de Rossini. Yo me he dormido oyendo las insulseces del médico, de Fígaro, de don Basilio, de Rosina. Y aquello de:

Buona sera, don Basilio,
presto andate a riposar[222]

me crispa los nervios. Eso de repetir tanto las buenas noches es para incomodar a cualquiera. Unamuno dice que no comprende la belleza que tiene eso de preguntar por la señora y por los niños en las tablas. Tiene razón. Por eso es partidario de que un personaje sea el Mar, otro el Fuego, otro el Viento; así en épico. Las cuentas con la lavandera se ajustan en casa, y antes de ir al teatro, se acuesta a los chiquillos.

Hablamos después de las actrices. Tina di Lorenzo no es la primera de las grandes actrices italianas. Antes que ella, están la Emma Gramática, Eleonora Duse, Teresa Mariani, la traviesa Lyda Borelli, la ingenua Dora Badanello acaso. Lo que sucede es que Tina di Lorenzo es, realmente, hermosa, de belleza italiana, y la guapeza, el garbo, la distinción y la elegancia son un motivo siempre de admiración. En Tina triunfa antes la belleza que el talento dramático; impone primero la mujer –no la hembra– la mujer dulce que la actriz.

Y las señoras entonan entonces un himno a su castidad:

– Tina di Lorenzo es casta. En París ha circulado la leyenda de que era la amante del rey de Italia. A mí me consta que es mentira. También creo que en Madrid se ha hablado de eso. Hubo, sí, inclinaciones de muy altas personas; pero Tina, las rechazó con una dignidad sobrehumana. ¡Es buena, buena y pura!

Nosotros nos ponemos los gabanes. Vamos a salir. Y las señoras, que hablan de la gentil actriz, siguen murmurando:

– ¡Qué bella es!

Vida Intelectual (1908)

Ciudad Rodrigo[223]

Impresiones de un colegial que despierta a la vida... Esta tarde, jueves, hemos salido los chicos en renglera con nuestros bonetes cuadrados y nuestros flamantes manteos de becas azules. En la muralla, dos novios. Rubia ella, militar él. Hemos dado la vuelta de la muralla hasta la Puerta del Conde. Esta puerta nos parecía ordinaria, aunque muy grande, y no la dábamos el menor valor histórico, hasta que ayer don Emilio, el profesor de las Historias, nos dijo que por allí había pasado Lord Wellington y que, desde la cama, dentro de la puerta aquella, había dirigido D. Andrés Pérez de Herrasti las fuerzas de la plaza, en su breve, pero heroico rendimiento de la Independencia. Aquella erudición nos da cierta familiaridad con la Puerta del Conde. ¿Dónde estaría la cama del general? ¿Como sería el caballo que montaba Lord Wellington?... Y miramos con desprecio a los horteras que hablan a las costurerillas, a los soldados de la guarnición, a los barquilleros y demás hombres vulgares que tropiezan con nosotros.

Y hablamos de D. Carlos. Todos, en el Colegio, somos carlistas; todos afirmamos que doña Margarita ha sido la mujer más hermosa del mundo, y D. Carlos el más apuesto de los galanes. El periodiquillo carlista que nos dejan leer –y al cual estoy suscrito– publicó ayer el Palacio de Loredán[224]. ¡Chacho, que casa, sobre las aguas, completamente en las aguas! Eso del centro de gravedad debe ser una broma. No he aprobado la Física, pero la Física miente.

Y empezamos a vislumbrar los jardines del arrabal de San Francisco. El mundo, la vista del mundo, la contemplación de las mujeres guapas y de los matrimonios jóvenes, nos envuelve en una atmosfera de bienestar. Atravesamos, de prisa, las calles habitadas. Y nos internamos por la vieja "vía meritensis", la calzada, que, según la tradición, unió, veinte siglos hace, Roma con la famosa Mérida.

Desde allí contemplamos la torre de la catedral. Está toda abollada. En el sitio del año 1812, abollaron las granadas, las naves, el cimborrio, la bola de la cúpula. Las paredes están desconcha-

[222] Versos de *El Barbero de Sevilla* (Gioachino Rossini), sin embargo, no contiguos como los presenta Sánchez Rojas y en lugar de *don Basilio,* dice *mio signore.*

[223] Años más tarde publicaría otro artículo, con el mismo título y contenido completamente distinto, en *La Esfera* (O.C. Tomo V, página 90).

[224] Palacio veneciano donde residió Carlos VII, pretendiente al trono español y fundador de la saga de reyes carlistas.

das y rotas y asimétricas las almenas. La catedral nos da la impresión de una hermosa jorobada, que perdió su esbeltez, conservando su gracia y su belleza. Los terremotos del año 1777, que también dieron al traste con la tradicional rectitud de la torre de la Catedral Nueva de Salamanca, achataron y empequeñecieron la cúpula de la colegiata mirobrigense. Es severa y desnuda. Tiene algo de la serena austeridad de la catedral santanderina. Sin estar sobrecargada de detalles innecesarios, de pormenores indigestos, sabe ser elegante y sobria. El coro es de una alegría singular. Lo tallaron los judíos. Hay canónigos cuyos cuerpos son botas de vino. Ellos asoman, por el cuello, la cara congestionada y satisfecha de buenos bebedores. ¿Recordáis los apuntes de Téniers? Como ellos, su visión os mueve a risa plena y estallante. Hay movimiento y vida en aquellos sillones respetables. Ellos me han recordado, mientras en las naves resonaba el órgano con el "Magníficat", las notas canallescas y populares de la matchicha[225].

Regresamos a la ciudad.

En frente, descubrimos las fortalezas portuguesas de Almeida y Guarda. Guarda tiene unos cañones "terror d'os mundos". Ciudad Rodrigo, en cambio, es una pequeña e insignificante plaza fuerte.

Otra vez la muralla. A lo lejos, el bloque de piedra del castillo, hoy fuerte de artillería.

El puente romano, miserable y ridículo, nos da una impresión de plebeyez absoluta.

El Águeda, regando las huertas verdes, deja correr su cauce pobretón.

En las callejuelas, casones de blasón mohoso. En la plaza de Cerralbo, fértil en leyendas y estocadas y amoríos en tiempos de los Pachecos revoltosos, se levanta la capilla del Renacimiento, airosa y esbelta, como el cuerpo menudo de una doncellita rubia.

Y nos encerramos en el Colegio.

El rosario y el estudio.

En nuestras cabecitas adolescentes tratamos de reconstruir la carita avergonzada de la rubia coloradota y del teniente apuesto. Los novios siguen parloteando en la muralla. Los veo desde mi mesa.

Alrededor del Mundo (24-03-1909)

Dulce vida

Y por las noches, después de comer, salgo de paseo con los notables. La niebla se agarra a los picachos de los montes, empaña la atmósfera, hace lechosa y blanca la palidez de la luna, los regatos y riachuelos toman un aspecto decorativo, de teatro. Refresca. Ni un ruido. Duermen las cosas en una dulce paz. Canturrean los mozos y las mujeres, sentadas a la puerta de la casa, nos dan gravemente las buenas noches. Y atravesamos el Concejo[226] y nos internamos en el de Parres, y dulcemente, sin gritos, hablamos de Madrid, y de los señores políticos, y de las señoras cupletistas, y de las vueltas que da el mundo peregrino.

¡Dulce Asturias! Quiero hundirme en tu regazo, dejarme mimar en él, olvidar mis tristezas e ingratitudes y me tienes todavía atontado, soñoliento, sin descifrar tu misterio, avaro de tu belleza y de tu gracia soberanas. Eres mimosa, Asturias; eres tierna y grave. Tu paisaje halagador, femenino, suave, ondulante, es menos risueño que el de Galicia; es menos triste que el de la Montaña, pero se apodera más del espíritu que ellos, halagándole con gestecicos de gravedad fingida, coqueteando con graves mohines de fidelidad jurada.

Me pareces, Asturias, una de estas rapazas que diviso por las tardes, junto al puente musgoso de Cangas, prietas en su jaboncillo claro, con la dorada trenza cayendo con desgaire por los hombros, con ojos azules tristes, cantando un aire, que cae lento en el silencio del valle, llenando de dulzuras el ambiente y de tristezas el ánimo. Como la rapaza entra en el corazón de su aldeano, debes entrar tú, Asturias, en el alma del poeta, cautamente, sin violencias pasionales, apoderándote con mansedumbre, haciéndote señora con la astucia de una esclava.

En estos paseos, miro y remiro y torno a mirar. Dios me dé alientos para cantaros Covadonga, Arriondas, el claro San Miguel de Villanueva, las lujuriantes riberas del Sella, la luz que se en-

[225] Machicha. Nombre español de un baile popular brasileño, similar al tango, que se puso de moda en Europa y América en los primeros años del siglo XX.

[226] Artículo firmado en Cangas de Onís.

ciende en los montes a la puesta del sol, los juegos de la luna en los valles, las cadencias de este cantar regional que llora sin desesperación, que ríe sin estrépito, que no sabe maldecir como copla gitana ni arrastrarse perezoso como arada charruna.

Dios me dé alientos y dejadme que calle unos días, hundido en la naturaleza comentando con los notables de Cangas las andanzas del mundo peregrino.

El Adelanto (17-07-1911)

Autocrítica

Esta mañana, con pluma temblona, he concluido el último capítulo de mi novela. He numerado la cuartilla 1817, he puesto "fin", he fechado y he mirado con amor el albo rimero de cuartillas. ¡Mi novela! ¿Cómo se llamará? Y con amor paternal he mirado el promontorio de papel, que se imprimirá pronto, que formará un grueso volumen después, que irá a parar a las manos despiadadas de la crítica, que no hará vibrar, acaso, a las almas ajenas, al unísono de la mía. Pero no importa. Que salga el libro por el mundo, que se curta de aire, de lluvia, y de sol, que corra su primera aventura y que torne a su padre a darle cuenta de sus hazañas y correrías.

Y esta tarde, he hojeado el libro... ¿No será, acaso, demasiado personal? ¿Correrá a gusto, bajo las redes de la farsa, la vena sutil y cristalina de mis pobres emociones de los últimos años? ¿Será un libro de escándalo? ¿Verán las gentes lo que hay en él, lisa y llanamente lo que hay en él? ¿Acaso no se transparentarán demasiado los personajes? No me importa tampoco. Me quejo, lloro, rabio, río... No hay técnica en el libro; es todo emoción. No he querido que el arte sirva de alcahuete, sino de confesor.

El escenario, Salamanca. No conozco mejor fondo de telón que este. Aman los estudiantes; suena el cimbalillo universitario por las mañanas; pasean las muchachas por la plaza Mayor los domingos. En la Universidad, amor anda desatado y suelto. Desfilan los profesores con sus chisteras. Hay exámenes, citas amorosas, riñas, palabrotas, tiros. Desfila mi adolescencia por las páginas del libro. A través del tiempo, pulidas las esquinas, perdidos los rudos rencores juveniles, la farsa ha tejido un manto de piedad sobre la vida…

Una mujer, naturalmente, es la protagonista. De las canteras de la realidad la extrajo la fantasía del autor. Se llama Lola; nació en Salamanca; en Salamanca se casa; en Salamanca se muere. Es muy linda. Tiene ojos castaños, confiados y puros, unas manos regordetas, hechas a jugar palillos de encaje, un corazón de bronce como doña María la Brava, una voz dulce, acariciante y mansa. Asistimos a su adolescencia, sorprendemos las primeras inquietudes de su espíritu, sus primeras tristezas. Y sus alegrías primitivas también. Es delicada Lola como una sensitiva.

Conoce la inconstancia de los escolares y la cobardía del corazón humano. Y cuando se entrega al amor, la muerte la recibe risueña al retornar en vida nueva...

No está el padre satisfecho del hijo. Pero el hijo nació sediento de vida y es fuerza que corretee. A falta de otra cosa, tiene la frescura del recuerdo. Y el recuerdo en los que han perdido el ritmo interior de su existencia, vale mil veces más, cien mil veces más que la esperanza.

El Adelanto (31-07-1911)

"La Ciudad"

Otra vez unos cuantos amigos, Cándido Pinilla, Federico de Onís, Fernando Íscar, Marcelino Martín González y yo, volvemos al periodismo activo, fundando un nuevo semanario en Salamanca, *La Ciudad*, que hoy, sábado, verá la luz. ¿Qué nos proponemos, qué queremos hacer, cuál es nuestro programa? ¿Y nuestro criterio? ¿Y nuestra orientación? ¿Y nuestro partido político? Apurado se vería el cronista si un caballero de barba venerable le espetase tales preguntas a quemarropa.

En cosas de credo político somos un poquillo escépticos. Nuestro escepticismo reza con las habilidades y argucias de la política al menudeo, con las ambiciones nunca satisfechas de los politiquillos, con los afanes, nunca sinceros, de renovación de la noble Salamanca. ¿Qué le vamos a hacer? No pensamos en subir a Oliva, ni en tirar a Maldonado, ni en jugar una mala pasada a don Cecilio, ni hacernos sospechosos a este o al otro bando, a este o al otro señor.

¡Ah, pensamos vivir en las nubes! Pero se puede vivir en las nubes y mirar a la tierra. A la tierra nuestra, a la ciudad nuestra, pensamos mirar nosotros. ¿Por qué no hemos de pensar un poco en la educación cívica de nuestros paisanos? ¿Por qué no hemos de librar a las gentes de ese ruralismo político que hace estragos? ¿Por qué no hemos de decir, serenamente, cuando llegue el caso, nuestra opinión en un asunto escabroso, en un problema difícil, aunque corramos el riesgo de quedarnos solos y de que las gentes se admiren de nuestra falta de habilidad, de nuestra ausencia de cuquería?

Somos jóvenes, somos muchachos; de Salamanca hemos cobrado buena parte de nuestros sueños y en ella queremos dejarlos o extenderlos. De estudiantes, salimos con aquella *Gente Joven*, que logró el favor público; tornamos a resucitarla hace dos años y la mató nuestra indolencia. Ahora ofrecemos a las gentes la tercera edición definitiva de nuestras obras completas. En algo nos hemos corregido y en algo hemos aumentado.

No pasa la vida en balde en nuestro derredor. La literatura es muy hermosa, pero en el mundo hay que hacer algo más que literatura. La emigración es espantosa en nuestros campos: salen manadas de gentes para América. El problema social asoma su cabeza; los labriegos se perjudican elevando ellos mismos las rentas a los señores. En política influyen más las piñas de amigos que la comunión de ideas. En otro orden de cosas, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Béjar no se atreven a explotar sus riquezas artísticas y sus bellezas naturales. Hace falta una palanca de juventud que renueve todo esto, que oree todo esto. Y eso queremos y a eso vamos nosotros. No buscamos una plataforma, ni la queremos. ¿Para qué? Hoy nuestra juventud no se sacia con cosa alguna. En último término, vamos a hacer lo que los pájaros, cantar. Que trepen otros.

Nos reunimos, pues, para algo, saltando por nuestros criterios personales, por nuestras respectivas orientaciones, lo mismo que antes. Un sueño común guiará nuestras plumas. Ayudadnos todos.

Os daremos también, a guisa de ordubres, versitos, monos, cuentos. No todos van a ser platos fuertes. Tenemos horror a las indigestiones. El ingenio vale para nosotros tanto como la razón. Con zumba os diremos cosas serias y con gesto serio divertidas y alegres cosas. ¡Todo por cinco céntimos, los sábados!

¡Hoy sale *La Ciudad*, hoy!

El Adelanto (09-12-1911)

Descanse en paz

La pluma de Jacinto Benavente se ha mojado en sangre para contar sencillamente la muerte de una pobre maestra que ha fallecido de hambre. Ni se queja, ni censura; narra. Y ese episodio vulgar no tendrá siquiera la virtud de indignarnos.

Dice bien Benavente: eso es mucho más terrible que lo de Cullera, más vergonzoso para un pueblo, lo más vergonzoso que puede ocurrirnos a la hora presente, si el anhelo de la cultura es un anhelo verdaderamente español. Que no lo es. Aquí no importa a las gentes nada de nada.

Aquí el maestro es tipo de sainete. Aquí la maestra es una bachillera pedante y doctoral, que si pica en beata, infecta el pueblo de ñoñez, y que si da en la flor de llamarse librepensadora, escandaliza, con sus argumentos de guardarropía, a los pobres de espíritu. A las veces, sus argumentos suelen ser contundentes. Cae en la desenvoltura y la desenvoltura es pecado social siempre. Una estafa de millones en silencio no es un sablazo de dos pesetas en público. Para tener amante hay que tener posición. Cuando se emborracha un rico... Ya sabéis a donde tiro.

Los maestros, ¡pobres maestros! no enseñan porque no les pagan. Y no les pagan porque no enseñan. Su función, en los pueblos, es puramente tutelar y la escuela es una cárcel. Los chicos, más que ilustración, necesitan que les zurzan las orejas. El zurcir orejas es nuestro procedimiento pedagógico por excelencia. La ilustración es cosa que debilita el organismo. Ya se entiende que todo es pura comedia y que la Junta local repartirá los premios hablando antes con el alcalde.

Guardo de la escuela de mi niñez recuerdos desagradables. El que me enseñó realmente era un pobre hombre de buena letra y de hermoso corazón. Luego pasé a la férula de un barbarote que me rompió una oreja. Mi madre es moderna en achaques de pedagogía, acaso porque es madre. Parecióle muy mal lo de la oreja y no volví a la escuela. Me llevaron a un colegio.

Y... aquellas primeras nociones de la vida, las que nunca se borran, las que se incorporan para siempre a nuestro corazón, ¡fueron tan desagradables en mi segunda escuela como dulces y san-

tas en la de párvulos! El maestro de los párvulos era otro niño. Su corazón, fresco, era nuestro mismo corazón. Le faltaba tiempo para jugar y correr. Y su vida... hizo cura al mayor de sus hijos, maestro a otro. ¡Ya murió el pobre don Nicolás! Cuando supe su muerte, ya hombre, lloré como un niño. El bueno deja simiente. Murió el pobre al lado del cura, contento, con los ridículos derechos pasivos que el hijo no tocaba; eran el tabaco, el tute, del padre. El otro maestro... no era niño. Por él supe que yo era hijo de un abogado. Luis hijo de un rico y de un albañil Pedro. Por él supe que estaba a mitad de la escala, yo que no sabía de escalas. Por él supe que una nena a quien escribí a mis doce años, por Carnaval, no me convenía. Por él supe que el dinero servía para todo, yo que no creía que sirviera más que para cromos y confites. Por él supe que Tubal y Tarsis fueron los primeros fecundadores de España; por él aborrecí la Historia Sagrada y un párrafo terrible: el de Sansón. Por él supe que vale más la influencia que el trabajo, una mujer rica que una mujer buena. Y no le he perdonado. Ha muerto ya. Cuando hablan de él, me resigno y callo. Recuerdo el desprendimiento de la oreja, el "tío cochino", que yo lancé, la alarma consiguiente, los acusiques –que son años después príncipes en los colegios de Jesuitas y después diputados de la Defensa social– la indignación de mi madre, el colegio...

La muerte de esta pobre maestra es tan vergonzosa, como las escuelas sin bancos y sin luz, como las Juntas locales de enseñanza, como todo nuestro infame espíritu pedagógico, que prostituye, así como suena, que prostituye la inocencia de la niñez. ¿Por qué no nos enseñan a ser eternamente niños? ¿Por qué no son niños los maestros? Y no hay más educación que la de la infancia perenne en el espíritu. Luego, la Universidad se encarga de rematar la obra de destrucción espiritual, fantasmones con discursos huecos; gentes que hablan de la santidad del derecho y corrompen ellos a los jurados, después. ¡Antipática Universidad que no das ciencia, ni la supones, ni la vendes! Claro es que no habló de ahí, sino de todas partes. Esta maestra muerta de hambre debe cincelarse por un escultor, sentada, con un puntero entre las manos, que estarán ocupadas en despiojar no consuelos: los senos flácidos y colgantes, la ropita limpia y bruñida a fuerza de cepillo; la tristeza en los ojos, una de esas tristezas alegres que son las más tristes, las de los vencidos. Debajo un torero a la derecha; la Chelito a la izquierda. Y si aquella estatua no es un símbolo, habrá que confesar que no entendemos cosa mayor en achaque de símbolos. Y si lo destruimos, habrá que convenir en que no somos España.

El Adelanto (23-12-1911)

Los anónimos

Conste que con motivo de cierta campaña, en la que ni entro ni salgo, que no me interesa más que la primera camisa que me puse, el correo de hoy me ha obsequiado con dos anónimos.

Advierto a los autores que conozco perfectamente su caligrafía.

Los hombres eminentes, Canalejas, Bombita, la Chelito, desprecian los anónimos. Nosotros, los vulgares periodistas, los releemos con fruición. Y tomamos nuestras medidas. Y afilamos nuestras uñas. Y hasta nos permitimos nuestros comentarios. No quiero hacer gracia de ellos al lector.

Advierto a los comunicantes que les devuelvo su compasión. Cada cual sigue su camino en la vida. Se puede discutir todo, sabiendo discutir.

Se puede decir todo sabiéndolo decir. Y ya comprenderán ellos que siempre se calla algo; que nunca se dice todo y que los que nada buscamos fuera de nosotros mismos, los que aún no hemos perdido la fe, ni el santo optimismo, ni la alegre confianza en la vida, podemos permitirnos, de vez en cuando, el lujo de romper el tablado, como hizo don Quijote con los monigotes de Maese Pedro.

Hablando en romance, el cronista quiere decir que hay ambiciones, harto limitadas, prestigios que no trascienden del umbral casero y que las gentes suelen enfurecerse cuando el prójimo les descubre sus pensamientos íntimos. Uno que vive en la política local no comprende que haya quien no aspire a ser alguien en el palacio de la Salina. Otro que vive de las letras, no comprende que un hombre cualquiera no aspire a ser un Cervantes. Y hay tantos planos en la vida como hombres. Cada uno consigo mismo y Dios con todos.

¡Anónimos: no es cosa de condenaros al fuego! Sois representativos de la cobardía moral de mi raza y de mi pueblo. Me amenazáis con un porvenir que no espero de vosotros, y con una

influencia que de vosotros no quiero. De una vez para siempre, queridos comunicantes: no voy para diputado provincial. Daré toda la influencia de Cánovas por una página de Valera. Cada cual tiene sus chifladuras. Las mías no me dan dinero, pero no os lo he pedido a vosotros.

El Adelanto (11-01-1912)

Epitafio

Ha muerto *La Ciudad*. Entre todos la matamos, pero ella sola se murió. Y con haber muerto *La Ciudad, La Ciudad* sigue viviendo. Vive *La Ciudad* en Salamanca, y ha empezado a vivir con ella, lo otro, lo que aquel semanario simbolizaba: la ciudad.

¿De qué ha muerto? Ni su muerte ha sido vulgar siquiera. No ha muerto de consunción; no ha sido uno de esos periodiquitos que nacen al calor de la estrategia electoral, a los pechos de algún figurón político, a la sombra de algún chantaje asustadizo. Iba a destrozarnos *La Ciudad* a nosotros y nosotros la destrozamos.

Fue lo siguiente. Yo escribí un artículo violento, tan violento como las violencias rectorales al juzgar a uno de mi sangre: al señor Sánchez Ruano. Se dividieron las opiniones. "Esto debe publicarse", decían unos. "Esto no debe publicarse", decían otros. Aquellos sostenían que la pasión tiene un valor; estos, más clásicos, optaban por la serenidad.

Y –¡Señor!– apareció el conflicto. ¿Qué hacer? Que sí, que no, que qué se yo... Como después de la tempestad viene la calma, yo estaba calmado después de la tempestad primera de mis nervios en tensión. Pero yo quedaba sin oponer unos cuantos reparos al discurso que pronunció el señor Unamuno a la buena cuenta de la memoria de Julián Sánchez Ruano. Queden los agravios a un lado; hablemos solo de razones.

Me duele que remuevan la sepultura de mi inquieto pariente, Unamuno y los de la acera de enfrente; todos a la vez. No podía esperar un homenaje de tanta pasión el inquieto secretario de las Cortes Constituyentes.

Y así, para escribir mi epitafio sobre el cadáver de *La Ciudad*, que ha de seguir ganando batallas después de muerta, he de oponer, no agravios a palabras de pasión, sino afirmaciones contra afirmaciones. Ruano no solamente no supeditó toda su labor política al ansia de ser ministro, sino que no "quiso" ser ministro. Hasta por razones de conveniencia, me atrevo a sospechar. Sin estar ligado a los malos pasos del banco azul, sin tener hipotecada su independencia un hombre público, puede, como pudo Ruano en su tiempo, gozar de todas las ventajas de una crítica independiente frente a los actos ministeriales.

"La muerte le sorprendió –afirmó Unamuno– preparando su ingreso en la Monarquía. Este ingreso puede determinarse por la conducta pública, por la preparación de actos privados o por el conocimiento personal de la persona cuando se goza de toda su intimidad. La conducta pública de Ruano fue naturalmente en el Parlamento. Mientras Pinilla y Gil Sanz –por razones muy estimables que yo no he de combatir– votaron como Rey a don Amadeo de Saboya, Sánchez Ruano votó concisamente "República". Esta sola palabra es todo un documento. Ruano era unitario; combatió el libro *Las Nacionalidades*, de Pí y Margall; frente a los primeros chispazos de amplia autonomía en los diputados catalanes, frente a los orleanistas, a los montpensieristas, Ruano, queriendo salvar un principio antes que sus afirmaciones personales, votó "República", esto es, República federal, unitaria o como fuera, pero República. En su correspondencia no se reflejan jamás tibiezas en sus ideales.

Yo mismo he sospechado que, quizás, Sánchez Ruano, ante los acontecimientos que con rapidez cinematográfica sucedieron a su muerte, acaso el ilustre político salmantino hubiera formado, diez años después de su muerte, ante el golpe de Estado de Sagunto, en las vanguardias liberales de don Alfonso, pero hice esta sospecha, recientemente en EL ADELANTO, con todo género de reservas.

Me abstuve, naturalmente, de atribuir a móviles egoístas determinaciones que yo suponía se hubieran desarrollado en Sánchez Ruano si la muerte no le hubiera sorprendido en plena flor de mocedad. Pero de esto a afirmar que Ruano supeditó su actuación política al deseo de ser ministro –postura psicológica que se da de cachetes con su temperamento, con su vida parlamentaria, con su ardor por la crítica, con los hechos– y de esto, a sentar como realidad que a Ruano le sorprendió la muerte preparando su ingreso en la Monarquía, media el abismo. Fácilmente,

Ruano no murió de una dolencia crónica. Puede ver su partida de defunción el señor Unamuno cuando guste. Aunque hubiera muerto, que no murió Ruano de una enfermedad crónica, ¿qué tiene que ver esto con su cultura y con su significación política?

Todo esto, con gran violencia, un poco despiadadamente, quería yo haber dicho al señor Unamuno.

Como ha muerto *La Ciudad* sin acritud, sin violencia, lo repito en el EL ADELANTO. Y aún me callo, por ejemplo, otras cosas. Así no refuta la frase del señor Unamuno de que fue preparada la réplica a Echegaray. ¿Preparada una interrupción de un discurso que no se conoce y donde solo incidentalmente se habla de los quemaderos de la Moncloa? La frase, mala o buena, fue espontánea, y por serlo, obtuvo la tremenda ovación que se ganó. ¿Tan mala idea tiene de la espontaneidad el señor Unamuno? ¿Y no sabe el señor Unamuno, que es un orador ilustre, que se preparan y se guardan en conserva frases que luego se llaman improvisadas? Por serlo verdaderamente la frase de Ruano, por serlo sin trampa ni cartón, fue aplaudida.

Y este es el epitafio que yo escribo sobre el cadáver de *La Ciudad.* Sin agravios, sin frases insidiosas, quiero contribuir, no a la rehabilitación de un político, que no la necesita, pero sí a dejar la verdad en su sitio. Los apasionamientos del señor Unamuno han sido verdaderamente un poco extemporáneos.

Y ya que se lo digo, pasado el momento de la pasión inevitable, que la fuerza de la sangre es toda una regla de conducta, él debe rectificar noblemente sus enconos; sencillamente porque son enconos. Es lo más cristiano y lo más humilde en el Maestro –sangre de mi espíritu– que me enseñó las delicias del pensar y del querer. Acaso porque mi pasión luchaba entre dos corrientes opuestas de sentimiento, la fuerza de la sangre que es fermento de pasión, y el recuerdo de días mozos, que es germen de infinita paz, yo hubiera dicho todas mis violencias, de no haber muerto *La Ciudad*. La pasión no es la razón, señor Unamuno; pero la razón que no va aliada con la piedad y con el respeto hacia la conducta ajena tampoco es razón, señor Unamuno.

Vivos quedan en el mundo para templar las armas torpes del encono, que desechamos así que nos han dado la pobre vanidad de haber probado nuestra destreza en ellas. Por lo demás... ante las tumbas, reza el creyente. El que no lo es, si es artista, las cubre de flores. Si no es artista, y solamente hombre, pasa en silencio y se descubre.

Y esta es la fe de un sobrino inquieto del luchador Sánchez Ruano y de un mozo que ha reñido batallas –mucho más duras que esta– cuando los bachilleres han armado ruido de codicia, frente a la labor del mayor inquieto del mundo, del hombre de mayores virtudes y defectos de este mundo; de don Miguel de Unamuno. Y esta es mi fe y mi verdad: la verdad en la creencia de la sangre que grita y del espíritu que calla... pero ¡viva la sangre! y sobre todo ¡viva el espíritu!

El Adelanto (12-05-1913)

La verdad verdadera y la verdad legal

Aquí estoy, en Madrid, desde el martes, con una comisión de Salamanca, gestionando el indulto de unos desdichados: Leandro y Serapio Reyes. Hace nueve años apareció un hombre muerto de una sola puñalada en el corazón. Se instruyó sumario y fueron encarcelados tres hijos y un padre. El padre, un hombre honrado que sació su venganza en un matón vulgar que trataba de arremeter contra sus hijos, murió, achacoso y viejo, en la cárcel, mientras se tramitaba el sumario. Llegó el juicio oral. No estaban de acuerdo los hijos en sus declaraciones. Uno de ellos, Agapito Reyes, ante el instinto de conservación, dijo la verdad declarando la culpabilidad del pobre viejo muerto. Los otros dos, Leandro y Serapio, se limitaron a negar, pues a la verdad cruda preferían la penumbra respecto a la intervención, en el crimen, del padre. El abogado que les defendió, sin parar mientes en que las defensas eran incompatibles, cargó con las tres. Agapito fue absuelto; Leandro y Serapio condenados a 14 años, 8 meses y 21 días. Ya va para nueve años que purgan los inocentes en el penal de Cartagena.

¿Qué pasó? Pues una cosa harto sencilla y corriente. Se preguntó al Jurado, en una pregunta muy larga y muy difusa, si Leandro y Serapio Reyes eran culpables de haber agarrado o sujetado a la víctima mientras un tercero le apuñalaba en el corazón. El Jurado afirmó, creyendo que establecía la culpabilidad de un tercero, matador, sin parar mientes en que a la vez afirmaba la colaboración directa de los dos inocentes –que ni siquiera se encontraban en el lugar del crimen–.

Comenzó el juicio de derecho. Al hablar el señor Fiscal, uno de los jueces populares, Carlos Dueñas, se levantó diciendo que habían padecido un error, pues querían haber absuelto a los tres hermanos. El Presidente del Tribunal de Derecho, cumpliendo con su deber, atajó al Jurado. El defensor no consignó la manifestación del juez de hecho, ni por consiguiente pudo accederse a su pretensión para hacer constar, en todo caso, la negativa. La malla de la ley, muy espesa, llevó a dos infelices a un penal, y los jurados, para reparar su inconsciencia, firmaron y encabezaron una solicitud de indulto.

Y detrás de aquella solicitud, vinieron otras. Todas se estrellaron ante el murallón chinesco de las sutilezas legales. Yo conocía de ciencia propia, no por afirmaciones extrañas, la verdad verdadera del crimen, que ocurrió en mi pueblo y junto a mi calle, y conocía al protagonista y a la víctima. E inicié recientemente una campaña, en la que me han ayudado eficazmente el Obispo de Salamanca, Doctor Alcolea –tan bueno como inteligente– el ilustre penalista Sr. Dorado Montero, el señor Unamuno, etc. Y a Madrid hemos traído centenares de firmas de calidad pidiendo el indulto. Y al Sr. Dato[227] y al Sr. Marqués de Vadillo[228], y a todos los que pueden hacer justicia y sembrar misericordia, les contamos el caso, tan triste, tan humano, tan frecuente, por lo demás, en los Tribunales...

¿Llevaremos el perdón? Yo creo que sí, yo aseguro que sí. Don Eduardo Dato, el Sr. Marqués de Vadillo, son hombres antes que ministros. Hay un veredicto congruente; hay una sentencia intachable desde el punto de vista legal; no está en el papel sellado la menor protesta. La viuda del muerto no otorga el perdón a los que ella sabe de sobra que son inocentes, si no se lo pagan bien. Pero por encima del papel sellado y del expedienteo intachable, flota una verdad, una seguridad, una evidencia de inocencia tales, que se impone el perdón, porque si hay una verdad dentro de la ley, hay otra fuera de ella más alta y más noble.

Y si hay que reformar la ley del Jurado, refórmese desde luego, para que no se repitan errores como el que ha llevado al penal de Cartagena a los hermanos Reyes, inocentes de un delito que yo sé, que sabe todo mi pueblo, que no cometieron... y que no presenciaron.

La Actualidad (16-05-1914)

Sobre un incidente[229]

No necesita rogarme el señor Maldonado, mi querido amigo, que deponga mi actitud para con el señor Rubio. Entre nosotros no ha habido la menor tibieza en el afecto común que ya de antiguo nos profesamos. Pensaba, y sigo pensando, que una carta que se destina a la publicidad debe ser publicada, que el señor Maldonado es mayor de edad y que las razones de afecto, de estimación al hombre público, de admiración al escritor y –¿por qué no decirlo?– de solidaridad entre lo que el señor Maldonado piensa y yo también pienso sobre esos homenajes insinceros tan comunes en nuestra España, donde se reclutan los convidados con toda suerte de coacciones, me obligaban a rogar al señor Rubio que sobre la carta de don Luis Maldonado se diesen más noticias que sobre otra cualquiera de cualquier Fulano Gómez, de Villapuerca de Arriba.

El homenaje al señor Pérez Oliva fue un grato convite de amigos. No tuvimos necesidad alguna de acudir a reclutamientos forzosos. Yo no he visto en mi vida un homenaje más espontáneo y más verdaderamente popular. Sorprendía la cantidad, y sobre todo, la calidad de los comensales. Junto al amigo común, honrándonos, nos sentábamos a la mesa hombres de las más

[227] Eduardo Dato e Iradier (1856 – 1921). Abogado y político español, figura destacada del Partido Conservador. Llegó a ocupar las carteras de Gobernación, Gracia y Justicia, Estado y Marina, así como la presidencia del Consejo de Ministros en tres ocasiones durante el periodo de la Restauración. En 1921 fue víctima de un atentado que le produjo la muerte.

[228] Francisco Javier González de Castejón y Elío (1848 – 1919). Abogado y político español que ocupó distintas carteras ministeriales, entre ellas la de Gracia y Justicia, durante el reinado de Alfonso XIII.

[229] El día 3 de octubre se celebró en Alba de Tormes un homenaje al diputado por el distrito Isidro Pérez Oliva. Como representante de *El Adelanto* asistió Manuel Rubio, redactor jefe del mismo. Luis Maldonado, senador por la Universidad, envió una carta de adhesión a través de Sánchez Rojas para que felicitara al homenajeado. Manuel Rubio no quiso publicarla en su periódico en contra de la opinión de Sánchez Rojas, amigo personal del diputado, quien la envió con una nota explicativa del asunto a *El Salmantino* (06-10-1915). Maldonado envió sendas cartas a Manuel Rubio y a Rojas para zanjar el asunto y este artículo es el colofón de la polémica. Manuel Rubio escribió otro en parecidos términos el 7 de octubre.

opuestas doctrinas y tendencias. Los muy retrasados en las concepciones políticas olvidaron la significación liberal del señor Pérez Oliva, significación liberal a la que debe este señor todo su ascendiente en la vida pública; los que somos liberales hicimos el doloroso sacrificio de nuestro silencio, para que no sospechase la mezquindad al uso que unos cuantos buscábamos orejas en plazas de segundo orden, donde no suele pagarse en dinero contante, sino en rencores que, generalmente, no logran llegarnos ni a la piel. Las cosas claras.

Creo, como el señor Maldonado, que su carta es inocente a todas luces. El amigo Manolo Rubio, cegado por su afecto entrañable –que todos compartimos– al senador por la Universidad, ha podido pensar otra cosa y por las razones de delicadeza que él dice no creyó prudente que estallase la bomba. Sin embargo, por esta tierra ya no nos asustan las detonaciones. Todos sabemos perfectamente a qué atenernos en cada caso particular. Pero la carta del señor Maldonado tiene una significación espiritual que no puede desdeñarse. Séame lícito glosarla antes de cerrar este incidente.

Al señor Maldonado le molestan los fuegos y cohetes de artificio. No hace otra cosa que afirmar un criterio estético. Está perfectamente en su derecho. La malicia de las gentes no debe subrayar demasiado esa afirmación. Esta bendita tierra es ducha en finura mental, tiene un sentido crítico agudísimo y sabe entender a medias palabras.

Finalmente, el señor Maldonado rechaza toda solidaridad con los políticos locales. A mí, hombre de partido, con todo género de reservas y distingos, eso sí, me parece gallardísima esa actitud. Nuestra política local es meramente oportunista. No se distingue por su cohesión; anda la pobre descosida y mal hilvanada. Carece también de cimientos y todo está al aire. Por eso, los adversarios políticos del señor Maldonado –para mí una representación universitaria no es una representación política– no deben solazarse mucho por esta posición de aislamiento que se complace en afirmar el casticísimo escritor charro. Hay muertos que gozan de buena salud, sigue el Cid ganando batallas entre nosotros y hay hombres que alardean de salud porque ellos saben que sufren un doloroso proceso de enfermedad consecutiva.

Y sea de ello lo que quiera, torno a decir de nuevo que está el incidente solucionado, que me complazco en estrechar la mano de mi querido amigo Manolo Rubio –*honny soit qui mal y pense*– y que ante la generosa intervención de don Luis Maldonado, persona que tiene para mí, sobre todos sus prestigios, una pluma de oro y amor hondo a estas queridas llanuras de pan llevar, depondría yo, no el ceño que ahora no se ha desarrugado ni levemente, sino otras actitudes en que jugase ese amor propio que tanto se adueña de los humanos en esta farándula –tan divertida a ratos– de la vida.

El Adelanto (08-10-1915)

¡Dulce Jesús bueno!

Los niños comulgamos esta mañana en la iglesia de las Madres Carmelitas, al cobijo del sepulcro de Teresa de Jesús. Hay una grata penumbra en la iglesia. Los peregrinos han entrado en la nave mayor del convento. En la plazuela suenan tambores salamanquinos y dulzainas zamoranas. El P. Cámara sonriente ha entrado en las Madres con los macoteranos. En el patio se ha desmontado de una mula, donde cabalgaba, graciosamente, el señor Obispo.

Se ha dicho misa rezada brevemente. Las Madres han dejado las casullas nuevas, recamadas en oro y pedrería, de los días de *fiesta,* a los sacerdotes forasteros. El organista, desde el coro, juega con las teclas del órgano. Los carmelitas, dentro de los confesonarios no dan paz a la mano absolviendo a los penitentes.

Vamos a comulgar los niños. El señor Obispo está encargado de repartirnos el pan de los ángeles, que es salud para el espíritu y para el cuerpo. Santa Teresa, con su palomita blanca que la dicta dulces confidencias al oído, con su birrete doctoral, con su manto blanco y café de la Orden carmelitana, nos está mirando con harto contentamiento de su espíritu. Un sacerdote nos hace desde el presbiterio, una arenga bélica a los niños.

El *confiteor...* Yo, que estoy de acólito, me lo sé de pe a pa; el hermano Hilario ya no me da solamente recortaduras de hostias; me da también estampitas, medallas, escapularios, perras gordas y riquísima miel de la huerta del convento... *¡Gloria in excelsis Deo!...* El organista, alegre, retoza con las notas del órgano. Disponemos nuestra almita blanca para que sea digna morada del Señor de los Señores. *¡Credo in unum Deum, omnipotentem, Factorem coeli et terrae!* Nos arrodillamos cuando el oficiante nos dice que el Cordero fue encarnado en las entrañas de María.

El organista se ha puesto grave; ya no retoza como al principio; las sonoridades están ahora impregnadas de una dulzura melancólica, que dispone suavemente el ánimo al recogimiento. El Ofertorio. *¡Sanctus, Sanctus! Pleni sunt coeli et terra gloria ejus!*[230] Las esquilitas de plata anuncian la elevación de la carne y de la sangre del Redentor... *Agnus Dei qui tollis peccata mundi...*

Y los niños comienzan a cantar. Los que comulgan, se disponen en fila a subir las gradas del presbiterio; yo recojo la bandejita poniéndome a la diestra del P. Cámara... Y los niños comienzan a cantar. Mi madre me contempla amorosamente, vestidito con mi roquete blanquísimo. El señor Alcalde, seguido del Concejo, del Secretario, de los alguaciles y de los escribientes, sube el primero las gradas; doña Pilar, la de Encinas, tocada con su graciosa mantilla charra, no desvía del suelo los ojos negros y parlanchines; los curas de las aldeas se ponen al frente de los peregrinos de las respectivas feligresías... Y los niños comienzan a cantar...

Cantan un motete de la Santa. La voz resuena purísima y vibrante bajo las naves del templo. Dice así el motete:

¡Dulce Jesús mío!
¡Dulce Jesús bueno!
Véante mis ojos...
Muérame yo luego.

Y al llegar al verso final la voz de les niños tiembla, y llora, y se estremece, y suspira, y se agita tristemente:

Muérame yo luego.

No he podido olvidar nunca este motete. Apenas veía la bandejita de plata que yo llevaba en la diestra. Apenas podía caminar de un lado para otro. Gracias a que el señor Obispo me daba tiempo, porque los comulgantes al mismo tiempo que recibían el pan eucarístico, besaban el anillo pastoral a Su Ilustrísima.

Hace tres años –ya corridos– en Mayo de 1914, con motivo de las fiestas del tercer centenario de la beatificación de Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes, volví a oír ese motete. A unos niños de Bilbao que comulgaban también. Hacían dúo dos rapazuelos. Oyendo el motete, volví a revivir horas inefables de infancia. ¡Me acordé de unas cosas, hermanita mía!

Volvía a ver a doña Sofía, sentada en el portal de su casa de la calle de las Ninfas, frente a nuestra casa, con la varilla de caña, al lado, cascando las liendres a las remolonas que no cantaban el Bendito, al unísono; volví a ver a don Pedro Canto, con su uniforme de Jefe de Administración civil, alto seco, espigado, avellanado como un don Quijote redivivo; volvía a ver con el frac impecable, cortado por sastre londinense, a aquel bueno y querido don Luis López Laporta, que sostenía la bandera del Conde de Romanones en el Concejo, frente a los conservadores y neos del lugar y frente a un maestrillo jubilado, bastante enredador, que pintaba la fachada de su casa y llevaba materiales a su portal a cargo y cuenta del presupuesto concejil... Volvía a ver a don Victoriano Muñoz Vargas, garrapateando su letra angulosa y seca; a don Nicolás Caballero, el de párvulos, que era el reverso de su tocayo; el Secretario Florentino y a doña Carolina, hoy ciega la pobre, y a doña Martina, que parlaba más que un relator, y que hablando se quedó muerta; volvía a ver al hijo de don Miguel Teruel, Pepito, que escribía unos versos en un periódico semanal que se llamaba El Teresiano; volví a ver a la Miss que enseñaba inglés a mi amigo Emilio Zúñiga y que era alta, rubia y distinguida; volví a ver gentes que han desaparecido, calles que no existen, barrios enteros, sobre los que hoy asienta sus cimientos la Basílica teresiana, personas y calles con su fisonomía, con su carácter, con su ambiente, con su luz, que yo creía para siempre enterrados en el mar del olvido. Después de oír a los niños bilbaínos el

¡Dulce Jesús bueno!

[230] Así en el original, por *gloria tua*.

tuve que salir a la calle de San Pedro con una comisión de fuerzas vivas con las que me peleaba de continuo, pero yo seguía viendo la ermita de la Cruz ya desaparecida, y oyendo la voz opaca y monótona del cura don Calixto Vela, que rezaba una letanía, en una novena de la Dolorosa, cuando yo era niño.

La Basílica Teresiana (15-01-1918)

La tertulia del Suizo

Con este título ha dado a la estampa un nuevo libro nuestro querido colaborador y amigo D. José Sánchez Rojas. Sin perjuicio de que hablemos a su tiempo de este libro cuando aparezca, damos hoy un fragmento inédito del mismo, curiosísimo e interesantísimo para nuestros lectores por evocar en él su autor episodios de su vida escolar cursada entre nosotros.
Dicho fragmento dice así:

Tertulia del Suizo, en el turno del Rojo, que tiene que saber partida doble para llevar nuestras cuentas:... Paco[231], con sus ojillos miopes, delgadito, alto, vestido de negro, contando el último mitin lerrouxista de Peñaranda de Bracamonte y discurriendo, con su buen juicio habitual, con su brava honradez de corazón, acerca de las personas y de las cosas. Querido Paco, y cómo te recuerdo a todas horas, hoy que concejaleas en tu pueblo, inventando cosas para suprimir los consumos, espoleando a los caciquillos garbanceros, haciendo que esa gente pida la amnistía para los queridos amigos de Cartagena…

Marcelino, con su cuello alto y su corbata negra, hablando del libro *Los raros*, de Rubén recitando salmos de Unamuno, ganándose bravamente la vida con sus lecciones de Matemáticas, hablando del decano y contando, entre risotadas estrepitosas, incidentes de la clase de Cosmografía y Física del Globo y *golpes* de Guillermo Sáez. ¡Cómo te recuerdo, querido Marcelino, ahora que, con tu cátedra, te has echado a la bartola, continuando en esperanza tú que podías ser realidad razonada hace ya muchos años!

Arcadio, con su salud gañanesca a toda prueba, fuerte, colorado, risueño, grande, contando cosas de Polilla, discursos del histólogo, diagnósticos del simpatiquísimo Dr. Cañizo, acaecimientos de la Facultad de Medicina que nos llenan de regocijo. ¡Cuántas veces en la tranquilidad de la aldea, donde estás de médico ahora, querido Arcadio, recordarás con fruición aquellas tertulias nuestras del mes de Junio, cuando los pobres empollones daban vueltas a la noria de su necedad a través de la necedad del libro de texto del catedrático!

Julio, pequeño, grave, doctoral, adorador de su madre y sus hermanitos, soportando con serenidad la muerte de su padre que se llevó la llave de la despensa, inteligente como una ardilla, recto como un huso, ecuánime, bueno, justo. ¡Qué de corazón celebro tus éxitos, querido Julio y cómo gozo interiormente cuando te elogian delante de mí sin que sepan lo que yo te quiero!

Antonio, delgado, enfermizo, con ojos llenos de luz, pensando cuentos, hablándonos de los concursos de *El Cuento Semanal,* libertándose de la poesía con la medicina y de le medicina con la poesía. ¡Querido Antonio, y cuántas veces, al lado de tu mujer, mi amiga de la infancia, has añorado aquellas horas del Suizo!

Federico[232], grave, toscote, formalote, buenote, inteligente, perspicaz, un poquito charro en eso de dar vueltas a las cosas y en ir rodeando al sitio que está más cerca práctico, con los pies en contacto con la tierra y con la cabeza pura mirando al infinito. ¿No recuerdas, señor catedrático, señor erudito, señor sabio de mi entrañable afecto, no recuerdas ahora, en ese endiablado tráfago de New York, en esa Columbia University donde profesas tus lecciones, en ese Phylosophy Hall donde vives para gloria de mi España, que es la tuya, la apacibilidad de la vivienda salmantina que enhechiza la voluntad de cuantos han saboreado su placidez?

Fernandito[233], gomosito, con su eterno habano en la boca y la sinceridad de vez en cuando en la punta del habano, cauteloso, frío, pero caldeado por dentro, ingenioso, elegante y ameno y eternamente irónico. ¡Por Dios, Fernando! ¿Y qué mosca te ha picado, hombre de Dios, para trocarte en diputado provincial maurista y andar con ristras de charros de oficina en oficina y

[231] Sin duda se refiere a su amigo peñarandino Francisco Ruipérez.
[232] Federico de Onís.
[233] Fernando Íscar

discutir, de manos a boca, con los diputados como si una simple frase tuya, un silencio tuyo, no valiera más que toda la garrulería de aquella casa? ¿O es, mira que a mí no me engañas, que allí has ido a documentarte para escribir una novela picaresca? ¿O es, finalmente, refinado humorista mío, que has ido a contemplar los techos que puso el Arzobispo Fonseca, el Médicis castellano, a su elegante y preciosa querida, la Salina, mientras un colega tuyo lee los informes de lactancia sobre las nodrizas del Hospicio?

Todos estos queridos amigos forman la tertulia del Suizo. Hay un tema único de conversación; se habla mal de los profesores, Unamuno ha asistido una noche, una sola noche, a la tertulia. Como hay estudiantes de todas las Facultades, allí no reinan los exclusivismos. Ayer, ginecología; mañana, derecho; hoy, cosenos y cotangentes; pasado, Elena, y Paris y Menelao, los eternamente jóvenes y risueños héroes de la dulce Grecia, más grata al paladar del espíritu que la miel de Himeto. Y somos garibaldinos con Carducci, y socialistas con Marx, y petroleros con Saint-Just, y regionalistas con el querido amigo poeta José María Gabriel y Galán, y positivistas con Dorado, y espiritualistas con Unamuno, y republicanos con Mazzini, y anarquistas con Kropotkine, y españoles con Cervantes y Santa Teresa, y portugueses con Oliveira Martins, y universales con el 202 de *A cidade e as serras*, de Eça de Queiroz, y románticos, y clásicos, y viejos, y modernos. ¡Oh, plenitud mental de los diez y ocho años! ¡Oh, reja santa que calmas la sed de todas las inquietudes de un muchacho! ¡Oh, gioventu, primavera della vita!

¿Quién no dice con el Dante:

Amor che muove il sole e l'altre stelle?
(DIVINA COMEDIA - *Paradiso*.T, Ult.).

¿Quién no repite, con el atormentado bardo florentino, aquel divino soneto del ensueño de los tres amigos Guido, Lapo y él, huyendo de la tierra, sobre el mar sereno, a platicar de amor con Monna Vanna y Monna Beatriz Portinari? ¡Días serenos en mi serena Salamanca, la Florencia española! ¡Qué de sueños conocéis vosotras, vieja Escuela gloriosa, torre de Monterrey, graciosa Plaza Mayor! ¡Oh,gioventu, primavera della vita!

Dos de Abril. Muertos en las calles. Veladas en el paraninfo con sermones del P. Miguel. El P. Miguel que se emociona. «A través de vuestra voz, hijos míos, he escuchado el eco de la mía. Sed como las águilas; volad primero y orientaos después en los altos espacios del firmamento libre...»

El Adelanto (10-01-1918)

Con el pie en el estribo

Con el pie en el estribo para abandonar la corte por el quieto vivir de mi pueblo castellano, he de escribir, regularmente, para estas páginas de EL SOL, impresiones que recojan los lazos colectivos de esta pobre Castilla, que vive al margen de la vida pública española y que vegeta cansada de luchar. Yo no pienso hablaros de la luz roja de Salamanca, ni de las resonancias del Romancero, que todavía se escuchan en Zamora, junto al río; ni de Valladolid, que iba para Corte y se quedó en la mitad de la calzada; ni del silencio místico de Ávila, ni del aburguesado y apañadito vivir de Palencia; ni de la modorra conventual de León; ni de las nevadas cresterías de Béjar; ni de este paraíso ignorado de bellezas recónditas que inicia el Tormes en su curso hasta que llega a fundir sus aguas en las del pardo Duero.

Hablar de una región en el sentido pintoresco me parece un leso crimen de patria, y una insigne muestra de impudor en estos momentos. Pero el caso es que la vida de Castilla es una triste y miserable vida. Apenas si se mueven más que los harineros y trigueros de Valladolid, los acaparadores y graneros de Salamanca, los fabricantes de mantas de Béjar y de Palencia. En la vida espiritual, los muchachos de Valladolid lanzan sonetos a las bellas en los diarios y revistas y Unamuno despierta las inquietudes latentes de los salmantinos. La casa, la abogacía, la germanofilia inconsciente de las masas ahogan todo ensayo de sacudimiento. La guerra no ha logrado poner en desacuerdo las almas consigo mismas y con las almas de los demás. Se lee muy poco, se piensa menos y no se entiende nada. Salaverría cuenta en mi tierra castellana con muchos devotos de su optimismo transcendente. Agotada la actividad popular por el trastorno electorero de marzo, en funciones ya los diputados de la comarca, la política no preocupa como cosa viva e inquietadora; el concepto que se tiene del Estado es puramente hospiciano y hospitalero, y los gañanes están unidos a él por el hilo fiscal y por la obligación de llevar a sus hijos al Ejército.

Pienso en el sesgo que he de dar a estas crónicas desde Castilla. Como no hay conciencia –o de haberla es muy apagada– de los intereses colectivos, es claro que para dar la sensación de una Castilla real y viva, de carne y hueso, he de desdeñar todos los tópicos, corrientes y molientes a todo ruedo, que entre nosotros son moneda obligatoria para agotar el tema. A los literatos les cabe buena parte de esta culpa. Hablando del paisaje, desacertaron "Azorín", Baroja y cuantos escritores viven, desde el 98 hablándonos de una paramera gris, "parda como el sayal de sus místicos" es la frase consagrada, y de unos terrones ingratos y secos. Con retazos de paisajes locales quisieron hilvanar una impresión de conjunto y no lograron darla. Los libros fueron, para esos escritores, antojeras que les impidieron ver la realidad. Los árboles, como diría Unamuno, no les dejaron ver el bosque. Ni tampoco lograron fijar en sus escritos el carácter de la raza. Reservado, pero alegre, irónico, pero veraz, el castellano presenta tantas facetas, que es muy difícil aprehenderlas de un solo golpe. Además, la geografía modela bastante el carácter de la región. Los leoneses son ya medio gallegos, medio astures; el charro de la Armuña, en Salamanca, es el reverso de la medalla del serrano de Sequeros en la misma provincia; en Zamora un sanabrés parece lusitano y el natural de Benavente es seco y adusto; en Burgos, Miranda de Ebro nada tiene que ver , por ejemplo, con los de tierras de Aranda, y en Ávila el carácter de la población da cierto tono de recogimiento a sus hijos, que se trueca en alegría y desenfreno, allá en el Barco, cerca del nacimiento del Tormes, o en las sierras alegres y femeninas de Piedrahíta.

Con el pie en el estribo para mi tierra castellana, quiero recoger en este diario, en la mesa redonda de los fondistas, en el interior de las diligencias, al compás del trote de los caballejos, el vivir actual de los gañanes, de los agricultores, de los obreros, de cuantos miman con los abonos o arañan con la esteva los surcos de la tierra gris. Prescindiré de lo pretérito, hasta donde me sea posible, para trazar lo actual y husmear los elementos que pueden integrar lo venidero. Más que las capitales me importan las villas y los pueblos de alguna importancia mercantil, como el de Guijuelo, que se está formando al cobijo de los transportes del ferrocarril del Oeste, o el de Candelario, donde hay un turno de rotación y selección para la provisión de las concejalías y de la justicia municipal, o el de Toro, llamado a surtir de uva al mercado nacional, o el de Ciudad Rodrigo, santuario de arte, que no ha sido hollado todavía por las plantas de los turistas y de los curiosos, o el de Béjar, donde hay una eterna lucha entre las clases sociales que se encona periódicamente y que no desaparece jamás. Y pondré toda mi alma en estas exploraciones y escarceos.

El Sol (15-04-1918)

Viernes Santo

Recuerdo, con sus detalles precisos, los Viernes Santos de mi niñez. Era primero el oficio en la iglesia, severa y desnuda, de las Madres Carmelitas; el silencio de las calles, las primeras fragancias de la primavera en el ambiente, luego el potaje con sus espinacas y la langosta, y las rodajas de merluza, y las torrijas de pan, huevo y leche, el arroz dulce, después. Nada de juegos en el casino. La mesa del billar estaba tapada; no se oía el ruido antipático de las fichas de dominó sobre los tableros de mármol. Y a las tres de la tarde, la salida de los judíos.

Allá, en aquella preciosa iglesia de San Miguel, donde también se rezaba la novena de las Ánimas por un clérigo de voz angosta y quebradiza, comenzaban los remates de los pasos en fanegas de trigo:

– ¡Doy tres fanegas por la Oración del Huerto!

– Y dos celemines más – añadía otro, levantando la puja.

– ¡Hasta cuatro fanegas doy!

– ¡Cuatro fanegas, cuatro, cuatro, cuatroooo! –exclamaba en voz alta el capellán de San Miguel– añadiendo después, como en las rifas:

– ¿Quién da más?

Daban más los labradores. Daban las naranjas, la cera; pagaban un novenario.

Y con los pasos restantes –el balcón de Pilatos, el Cristo atado a la columna, la Santísima Virgen de los Siete Dolores– se repetía el remate. Solamente estaba libre de tales cuidados la bellísima Soledad, regalo del gran duque de Alba al Monasterio de Carmelitas Descalzas.

Y al filo de las cuatro salía la procesión. Nazarenos encapuchados y enmascarados. Mujeres con la cabellera suelta y con los pies desnudos, niños y niñas vestidos de angelotes, con alas de papel dorado y el vestido como un lampo de nieve. Mis devociones de niño me llevaban, con

mi cirio encendido, detrás de la Soledad. Temblorosamente, rezando Aves y Salves en silencio, caminaba mi niñez, añorando lo infinito, vislumbrando el dolor infinito de la común Madre de todos. Y juraba no pecar nunca, no ofender nunca a la Madre, ser bueno, muy bueno para que no se enfadara nunca María conmigo… ¡Anhelos santos de la infancia, que perduran, a lo largo de la vida siempre, y que son el perfume del dolor y de los encontronazos con que la turbia realidad desbarata y borra luego nuestros sueños!

Recuerdo el itinerario de la procesión; mi pueblo está ya muy cambiado; la mayoría de los espectadores de entonces han muerto ya. El sermón del Descendimiento era escalofriante para mí. Se desclavaba al Cristo de la Cruz; se le encerraba en el sepulcro; se sellaba éste por los presbíteros de estola y de casulla. Un rumor de piedad sacudía las entrañas del pueblo. «¡Consumatum est!» Y el pueblo se arrodillaba ante el sacrificio del Cordero…

¡Dios mío, la procesión del Viernes Santo en mi niñez! ¡Si todavía, todavía respiro sus perfumes abrileños, y oigo la antigua canción del Tormes, y veo las rojas luces del crepúsculo! Allá por el altozano de Santa Isabel, a la vera del Castillo, lucían las primeras amapolas en las torres paniegas; la vega –eternamente verde– florecía ante la renovación del Dolor Augusto; de la tierra surgía como un estremecimiento, como una palpitación de sus entrañas, que era canción, y era promesa, y era nuncio de fecundidad y anticipación de recolección y de fruto, y los cantos a María se mezclaban con estos rumores de la tierra y con esta sonrisa de los cielos.

Las mujeres se tocaban con la mantilla negra y con el traje –negro también– de raso de las grandes solemnidades. No llevaban joyas, ni flores; a lo sumo, la pulsera de pedida, el aro de noviazgo que pasó. Y el señor alcalde, enlutado, sin el bastón de autoridad, con la corona de espinas, ornada de lazos negros, en la diestra. Y con el juez de instrucción, el capitán de la guardia civil, y mi santo maestro don Nicolás –devoto de la Soledad– y don Pedro Canto de uniforme, y mi padre de juez municipal severo y grave, el presidente del Gremio de Labradores, y la Cofradía del Santo Cristo de San Jerónimo, y los Padres Carmelitas Descalzos, y una turba de mujeronas detrás. Y la charanga del pueblo tocando himnos funerarios en la carrera.

Y luego a las tinieblas. Tocábamos las carracas con furia cuando en el tenebrario lucía una sola vela amarilla. Después, el sermón de la Soledad. Allá arriba, en las gradas del presbiterio, sonreía de tristeza la dulce imagen. Sus ojos brillaban ante el resplandor de las velas. Las lágrimas caían, lentas y dulces, sobre su faz de Madre.

¿Qué decía el predicador? Ya lo he olvidado; olvidé la letra, pero la música vive siempre unida al ritmo interior de mi espíritu. Y luego el órgano lloraba, suplicaba, gemía

¡Stabat Mater Dolorosa
iuxta crucem lacrimosa
dum pendebat Filius![234]

Acababa el sermón. Cesaban los cantos. Los frailes, envueltos en sus capas blancas –el Padre Lino, el Padre Simón, el Padre Florentino, el Padre Clemente, el Padre Gregorio, el Padre Manuel, el Hermano Hilario– tornaban a su rescaño de pan en el refectorio, a su pobre tarima de madera en la celda. Yo volvía con mi madre a casa. Arriba, en el cielo, lucían y parpadeaban las primeras estrellas primaverales. La dulce canción del río seguía entonando su murmullo de paz, junto a la vega. El ambiente de la noche tibia continuaba saturado de perfumes y de frescura.

Y me acostaba sin una pena, sin un sobresalto, sin un deseo. El remate de los pasos, los nazarenos, la voz temblorosa de don Nicolás Caballero cantando el Miserere, los rumores de la charanga, el murmullo de los campos, la canción de la naturaleza tan eterna como el dolor y su compañera inseparable, eran el nuncio de mi sueño. Mis labios murmuraban con mi corazón «regina mater misericordiae». Y de madrugada, tornaba a la iglesia por el agua bendita que échase al malo de los vivos de mi hogar y me preparaba a escuchar el loco y atropellado volteo de las campanas en la mañana cristalina del Sábado de Gloria.

La Publicidad (14-04-1922)

[234] *"¡Estaba la Madre dolorosa / junto a la Cruz llorosa, / en que pendía su Hijo!".* Inicio de la oración "Stabat Mater" atribuida al papa Inocencio III.

Para mis nuevos lectores

Con ser como soy un hombre que no tiene más ingresos que los de la pluma, no he logrado ser nunca eso que llaman un escritor profesional. La pluma no es, en la zona de mis íntimos afectos espirituales, mi mujer legítima, sino una mozuela de rompe y rasga, mal educada, con la que tuve un día la flaqueza de amigarme; desde que trabamos relación, vivimos en continua y perenne querella los dos, con las exaltaciones y las depresiones naturales de dos temperamentos díscolos y sin atadura, que se quieren y se aburren; que se besan y se vuelven la espalda, que se dicen todas las ternezas y no se ahorran las mejores groserías. No soy escritor de oficio, a Dios gracias. Hablo cuando tengo que decir una cosa, y si no tengo nada que decir, licencio la pluma y callo.

Hago esta confesión a mis nuevos lectores para curarme en salud, que dicen en mi tierra castellana. La glosa que yo prefiero y que en horas normales daré a los lectores de EL PUEBLO GALLEGO, me está vedada por ahora. Yo no sé hablar con sordina. Cuando el pensamiento no puede vagar a su placer, es preferible tomar el sol, chicolear a las muchachas guapas, asistir a las representaciones de Muñoz Seca, y dejar quieta y en paz a la pluma que necesita de temporales descansos para cobrar nuevo empuje en las peleas que luego hayan de reñirse. Es una teoría conservadora, es decir, inmoral la de sortear la censura como sortea un gladiador los embistes de una fiera furiosa. No. Es más lícito presenciar la fiesta desde el tendido, meditar, callar, acumular energías y decir mañana del todo lo que hoy puede decirse solo fragmentariamente.

Con ser como soy un pobre hombre que a veces da por realizado lo que sueña y por soñado lo que acaba de realizar, es lo exacto que llevo tres meses y medio condenado a un silencio absoluto. Siete veces he querido dar mi visión personal de la España de ahora y siete veces se me ha condenado a callar, lector. Lo que he escrito ha sido cascote, ripio, pasatiempo, nadería. Porque en los tiempos normales pueden darse sensaciones literarias de las cosas, pero no en los tiempos de excepción. Siempre, naturalmente, que en los tiempos de excepción, nos midan con el mismo rasero que al adversario. Y ahora...

Junto al dolor de mi patriotismo, que me aprieta y que me ahoga, siento además la vileza que se masca en torno a esta sagrada profesión del periodismo, que es hogaño, más que nunca lo fuera, oficio vil, de los que se cotizan en los bolsines de la lonja del deshonor. Muy pocos son los escritores que a la hora de ahora saben cumplir con su deber. Y no digamos nada de los políticos. España está condenada a no tener hombres representativos, carece de una voz colectiva porque acaso –y es lo trágico– no siente maldita la necesidad de decir nada. España carece de españoles.

¡Qué asuntos los de la prensa! Para un buen sector de ella no ha habido otro problema que el de la pasta de papel; para otro, la escaramuza se ha reducido a avivar la delación y las denuncias secretas. ¡Qué asco! Y los pocos que aún sienten el instinto liberal, avergonzados de la escena, han tenido que refugiarse en la paradoja a caño libre y en el cultivo del despropósito y de la charada.

Advierto, sin ruborizarme, nuevo amigo, que son un poco deslavazadas e inconexas estas confidencias. Pero es que todas, las confidencias lo son por íntima naturaleza. Y ¡son tan pocas las veces que uno se confiesa ante el lector!

Tú, amigo mío, que trabas desde hoy conocimiento conmigo, me produces el mismo religioso respeto que me causaría ver a una mujer o a un niño por una senda dantesca de la que yo solo conociera la complicada topografía. Y no quiero ir delante de V. porque podemos ir los dos del brazo. Es más cómodo y más cordial para los dos. El diario no es otra cosa, en el fondo, que el color y la inteligencia que pongamos los dos, tú y yo, en este abrazo. Mis juicios tienen valor cuando son un eco honrado de los tuyos y tus juicios, lector, se sutilizan y perfilan cuándo eres, además de inspirador, exégeta juicioso y honesto que recibes lo que entregas, sin quejarte de la usura y del desgaste del cambio. Solamente la hoja periódica influye en ti cuando tú te dejas influir por ella, separando la espiga de la paja, que has de aventar con presteza para que no se te meta en el ojo cegándote.

Hoy, Galicia, es, acaso, la tierra de la emoción. El silencio gallego es el más trágico de todas las tierras españolas, porque cantó a su hora, lloró cuando debía llorar y hoy, hosco y ceñudo, se cierra herméticamente ante toda sensación y ante todo juicio. Esa niebla que al cristalizar es la que da la coloración, el matiz y la saudade a los ojos de las mujeres de tu raza acrece en espesura y en densidad al acercarse al páramo castellano, al olivar andaluz, a la *plana* catalana y al canchal verdinegro de las Extremaduras. Vamos, entre todos, a disipar esa niebla, la tuya y las de fuera,

para ver claro si esta España nuestra es de carne y hueso, de bulto, o un fantasma más que se nos escapa cuando queremos aprehenderle para mirarle a los ojos y estudiar el peso y el volumen de su sesera.

El Pueblo Gallego (27-01-1924)

Páginas autobiográficas

La gerencia de una gran revista americana, nos ha invitado a media docena de escritores españoles a trazar nuestras autobiografías: Yo he escrito, enviado y certificado la mía, hoy. Me interesa que se conozca en Salamanca; estas páginas dicen así:

«Apenas si yo me llamo Pepe. Nací... iba a decir el año en que nací, pero los escritores, como las mujeres, no tenemos edad, o como decía Cánovas, tenemos la edad que ejercemos. Nací, digo, de una familia castellana, en un pueblo histórico de la provincia de Salamanca, expulsado con dos meses y medio de anticipación del vientre de mi madre. No soy siquiera sietemesino, y dicen los que me vieron que era tamaño como un conejito, feo, sin las uñas formadas y apenas con cuero cabelludo: un verdadero monstruo. Me dieron agua de socorro y, la vida de mi madre y la mía, pendientes estuvieron de un hilo, hasta dos meses y medio después, en que empezó mi verdadera formación fisiológica. Pero luego fui rollizo y muy mamón –mamé cerca de dos años y medio, según las crónicas–, y de una voracidad insaciable. No fui nunca niño precoz, como os cuentan otros colegas que lo fueron ellos, sino muy lento y bastante tímido. A mi madre la llamé siempre «tata»; a la rolla Lorenza, «Ina»; a la leche, «michi», y al chocolate, «tate» o «tete», según el humor que tenía en abrir la boca.

Me llevaron a la escuela creo que a los cuatro años. Allí tampoco se guarda recuerdo de que asombrara a nadie. Pero quise al maestro –¡pobre don Nicolás Caballero Blázquez![235]– con todas las veras de mi corazón de niño. Don Nicolás me regalaba continuamente libros, estampas, caramelos. Mi primer examen lucido me valió un dominó de pastillas de chocolate que me regaló mi padre. Aquel año presidió los exámenes el alcalde de Alba de Tormes, don Pedro Canto, que me quería mucho y que me preguntó lo del templo de Sansón con lo de la cabellera de Dalila, los ríos de España y la Salve. Yo no quise pedirle permiso para ciertos menesteres urgentes y de menor categoría que me apretaban en verdad, por miedo a que creyera una deserción lo que era simplemente urgente menester, y mantuve la línea de fuego –o de agua– en el campo de batalla. Fui soberbio y meón al mismo tiempo.

De aquella escuela me llevaron a la de otro pedagogo que me tiraba de las orejas y que rompía las varas de fresno sobre mis costillas de niño de siete años, hasta que mi padre se cuadró, poniendo coto a las demasías de aquel ilustre majadero, bien avenido con los retoños de los ricachones, a los que adulaba.

A los diez años empecé el bachillerato. Recuerdo a un cadete que hablaba con su novia, una rubia muy guapa, en la muralla de Ciudad Rodrigo, cerca de la ventana de mi cuarto, y al santo abrigo de la ciudad; eran amigos de mi padre. Aprendí muy bien Historia natural, Psicología y francés, y me aficioné grandemente a la lectura. Aún recuerdo con emoción unas novelitas blancas, editadas por el Sr. Máme de Tour[236], que me regalaba mi querido profesor de francés, D. Perfecto S. Benito, un clérigo liberal y simpatiquísimo, lleno de inteligencia y de cordialidad. Pude verle unos días antes de morir, hace cinco años, en el Palacio Episcopal de Palencia, cuando salí de la prisión militar de Oviedo[237], y nuestra última charla fue lenta, triste, y por su parte, augusta y majestuosa, como una puesta de sol. ¡Pobre Perfecto!

En Ciudad-Rodrigo pasé cinco años, hasta los quince. A los catorce me gustó una muchacha. A los quince me hicieron bachiller y fumé los primeros pitillos. Luego, en la Universidad de Salamanca, me crié a la vera de D. Pedro Dorado Montero. Y el diablo me apuntó la horrenda idea

[235] Maestro de párvulos en Candelario a partir de 1860 y de Alba de Tormes a final de siglo, jubilándose en 1903. Cuando le diera clase a Sánchez Rojas debía de rondar los 60 años. En *La Basílica Teresiana* ("Recuerdos de niñez", 1915) volverá a insistir en el carácter de este hombre, ya muerto entonces, como un "bondadoso y dulce anciano" o "bondadoso y muy inteligente".

[236] *Alfred Mame et fils* casa editorial e imprenta de Tours que publicó varias colecciones de literatura para la juventud cristiana. Es de suponer por lo que precede que las leyó en versión francesa.

[237] En 1918.

de escribir. El poeta Cándido Rodríguez Pinilla fue mi sabio y discreto maestro en las primeras andanzas. Mi primer artículo lo publiqué en una revista de niños luises, «El Estímulo»[238], y mi primera conferencia, a los diez y seis años, versó sobre «Las novelas de José María de Pereda». Y mi vida de escolar en Salamanca, fue deliciosamente inquieta. ¡Días dorados aquellos, reja del primer amor que no se olvida, amistad de Cándido, de Paco, de Marcelino, de Fernando, de Julio, de Luis, de José María, de Filiberto, de D. Miguel: habéis sido el faro en las horas de tinieblas y la fe que me ayudaba a subir la cuesta en los días de angustia! En unas asignaturas era el primero y en otras de los últimos.

Unamuno y Dorado me enseñaron a pensar y sentir. ¡Aquella cátedra de Derecho Penal, herrumbrosa, discreta, aquel hombre –nada menos y nada más que un hombre– que andaba a cintarazos con las ideas para acallar el dolor lacerante de su corazón! ¡Don Miguel, los paseos de don Miguel, aquellos monólogos suyos preñados de pasión y de ideas, nobles, luminosos y claros! Salamanca es mi patria espiritual, ya que no fuera materialmente la de mi nacimiento, y en la ausencia reconstruyo sus facciones con el mismo diligente cuidado con que recuerda, un ausente los ojos, y la boca, y los brazos, de la mujer amada.

Conocí Madrid a la edad del pero –a los veintiún años–, hice bastantes sandeces, tiré mis afectos de mozo por la ventana y marché a Italia. En Italia –Bolonia, Florencia, Milán, Roma– consumí los no despreciables ingresos de mi padre, casi por completo. Estuve después en Suiza. Luego en París. Después recorrí España, casi por entero. Muerto mi padre, comenzó una vida muy dura para mí, que he concluido hace pocos meses. Literalmente, la cazurrería, la memez, la indignidad de los desocupados, de los envidiosos y de los melancólicos, me echaron del pueblo en que nací. Cometí varios delitos; no robé. Durante un año que ejercí la abogacía, no reconocí ninguna superioridad en los botarates que viven de la renta, de la usura, o de la ganzúa. Pero, ¡bah!, aquello pasó, y paisanos tengo, como don Luis de Zúñiga y otros amigos, no llegan a cuatro, a los que me unen los afectos más hondos, duraderos y leales.

¡Y he vivido, queridos amigos míos, he vivido... que no es poco! Gracias a una campaña mía, dos inocentes fueron indultados de dieciséis años de presidio, contra la labor subterránea de un escribano, la inconsciencia de un juez y el desahogo de un curialillo, paisano mío, que se atribuía las gestiones que Eudoxio de Castro y yo efectuábamos en Madrid. Gracias a mi tenacidad, se celebró en 1914 el Centenario de la Beatificación de Santa Teresa en Alba de Tormes. La política –¡a cualquiera cosa llamamos política!– de este pueblo, giraba en torno a mí, hace unos años. He podido ser diputado y subsecretario– ¿a que no me desmienten ni Santiago Alba ni Francisco Cambó?– y no me ha dado la gana. Mi pluma no me ha servido jamás de grosería. No tengo más que relaciones públicas y confesables con los cajeros de los muchos diarios y revistas en que ahora, asiduamente, colaboro, y que me dan desde hace unos meses para vivir con decoro.

A medida que pasa el tiempo, tengo aspiraciones muy modestas. No creo en la gloria; no me gusta María Guerrero[239]; no leo a Raírez-Ángel [sic][240], a Hernández Catá[241], a Carretero[242], a Belda[243]... Me cargan los literatos –con las excepciones consiguientes– porque son bestezuelas inmundas, llenas de vanidad y de estupidez. Prefiero la amistad de gente sencilla y buena. Mis aficiones, los viajes, los libros; las cuartillas. También me agrada conversar –y converso mucho– con mujeres guapas.

Cuando mis amigos me suponen contento, no saben que daría todo mi nombre, si alguno tuviera, por un hogar modesto, por unos ojos de mujer honrada donde pudiera contemplar lo infinito, y, sobre todo, por tener cerca de mi corazón o de mis manos, la cabellera de un niño, o mejor aún de una niña, que pudiera deshacer en silencio y con deleite. Y para lograr esto, que es tan poco, y que sin embargo, es todo en la vida de gentes fundamentalmente afectivas, como yo, tenemos que luchar diez o doce años. Y al final de la lucha, cuando disponemos de un solar en

[238] Revista católica, científico-literaria fundada por la Academia de Santo Tomás de Aquino de Salamanca Salió su primer número el 7 de enero de 1902. Sánchez Rojas escribió una crítica literaria en el nº 3 de 22 de enero de 1902. Es probable que la conferencia fuera también en dicha academia donde leyó otras dos en noviembre del mismo año.

[239] María Ana de Jesús Guerrero Torija, actriz y empresaria de teatro.

[240] Se refiere a Emiliano Ramírez-Ángel, periodista y novelista toledano.

[241] Alfonso Hernández Catá, natural de Aldeadávila de la Ribera (Salamanca) y de su misma edad; fue periodista, novelista y dramaturgo.

[242] José María Carretero Novillo, novelista y periodista español que firmó con el seudónimo de "El Caballero Audaz".

[243] Joaquín Belda Carreras, periodista y novelista nacido en Cartagena.

el Hipódromo, cerca de la Castellana y el arquitecto Luis trae los planos del hotel...[244] advertimos que estamos solos y que a cuenta del fantasma de la popularidad, hemos ahuyentado la realidad de una ventura. Eso sí: no guardo espinas de los días de lucha y no quiero mal a nadie. Los bellacos de la pluma, los chulos del éxito fácil, los eternos filisteos, son hoy también mis amigos. Ahora los digo, confidencialmente que, como tenía fe en mi esfuerzo, no me quitaron el sueño ninguna noche. Los pobres se hirieron a sí mismos con las armas de su inconsciencia, de su ignorancia, de su desdén disimulado y envidioso...

El Adelanto (11-09-1924)

Cuatro años…

Encuentro Salamanca muy cambiada, después de cuatro años. A simple vista, la población me parece más densa y aquietada; la comunicación de la ciudad con los pueblos, más íntima y continua; la absorción de los pueblos por la capital, más avasalladora y radical que nunca. Se me antoja también advertir que Salamanca está más rica y que vive mejor. También he creído advertir que las muchachas son más bonitas que en mi tiempo, y que visten mejor que antes. Veo, en una palabra, muy ciudad a la ciudad del Tormes.

Esto, en lo físico y en lo externo, que ya comprenderéis perfectamente que no he tenido tiempo de penetrar en muchos recreos en las horas que llevo aquí y en las pocas que me restan de permanecer en Salamanca. También advierto que la ciudad está viuda; la sombra del querido ausente pesa demasiado sobre estas paredes, besadas y mimadas por el sol. Sí, es una viudita harto guapa y lozana Salamanca; pero que no quiere ponerse en estado de merecer porque su vida perteneció al pasado y sabe que los amores nuevos no han de borrar los antiguos.

Especialmente, en cambio, Salamanca atraviesa un periodo de apocamiento, crisis y depresión. Es menos ciudad; es decir, menos civil que nunca. He leído en la prensa una polémica sobre un telegrama de madrugada, sostenida en la Casa de la Salina por los señores diputados provinciales, que casi me ha hecho llorar de pura risa. La vida del espíritu está también suspendida y apagada. Ya sé yo que es un mal de España esta depresión circunstancial; pero Salamanca ha sabido sortear el temporal con su risa y con su sátira, y hogaño el hueco de Torres Villarroel está vacante todavía. Salamanca, que debiera ser rectora de sus pueblos y sugerirse de sus inquietudes, está hogaño amodorrada como ellos, caldeada sobre el llano, brezado por el Tormes y mirándose al ombligo de sus paneras y de sus torres.

Después de cuatro años de ausencia, Salamanca, más que alegría, me ha proporcionado una sensible dosis de tristeza. No conozco muchas, demasiadas caras; no me sugieren ningún recuerdo muchos apellidos que me deslizan al oído en las presentaciones: Soy yo –¡yo, también!– un poco extraño en este ambiente. Y cuando advierto que hay algo mentable y fatal, el tiempo, el tiempo que todo lo olvida y todo lo recuerda, que todo lo perdona y de todo acusa al corazón, se me antoja que las piedras me cobijan amorosamente a su regazo y que me regalan los oídos el alma con estas palabras:

– Los extraños son ellos; pero no tú, ¿verdad?

Y siento la comezón de quedarme aquí siempre, de tirar –una vez más– el porvenir por la ventana y de pedir a Dios que, cuando yo me muera, sea esta tierra la que me arrope como una madre a su hijo, al abrigo de cierzos forasteros e insanos.

El Adelanto (14-09-1924)

[244] La Asociación de la Prensa de Madrid promovió la construcción de una urbanización de 'hoteles' (chalets) para periodistas. El terreno elegido fue al final del hipódromo en la manzana lindante con el paseo de Ronda, Carretera de Chamartín, Calle de Serrano y la llamada Calle de Cien Metros. A José Sánchez Rojas se le adjudicó uno, pero desconocemos si llegó a vivir en él.

Confidencias

Para el marqués de Selva-Alegre

– Llevo a Salamanca en el corazón –me dijo un día mi querido Eloy–. ¡Y tú, hombre, con esas violencias de palabra, con esos exabruptos, ¿dónde la llevas, Pepe?

– ¡En el corazón también, Eloy!

– ¡Pues nadie lo diría, Pepe!

– ¿Qué quieres? Para mí, la violencia es la medida del cariño. El insulto es una forma del afecto. Injurio al que quiero; desdeño al que desprecio... ¡ y desprecio plenamente a tantos!

Ayer, pasando por la calle de Eloy Bullón, he recordado esta sabrosa charla con mi querido paisano, el distinguido e ilustre salmantino. ¿Qué saben de amores los que jamás se alejaron de Salamanca? ¿Qué saben de la patria chica los que nunca –¡nunca!– lucharon lejos del cobijo de nuestras torres? Mi españolismo comenzó en Bolonia, durante los días trágicos de la ejecución de Francisco Ferrer; con Benito Mussolini –hoy presidente del Consejo de Ministros en Italia– tuve un fuerte altercado que concluyó en la Comisaría del distrito de la calle de la Independencia. Mi salmantinismo comenzó en Madrid, doctorándome en Derecho y Ciencias sociales, cuando un pobre hombre, el doctor Mellado, que en paz descanse, se permitió juicios poco lisonjeros sobre los catedráticos de nuestra Universidad. Mi amor a Alba de Tormes no me obliga, que yo sepa, a elogiar a cuatro usureros, ni a admirar a cuatro botarates sin entendimiento, sino a estudiar y a amar a Teresa de Jesús. Y siento hoy el orgullo de que yo he sido el escritor español que más veces he evocado el hechizo de la vega, y el matiz rojo de las piedras de Salamanca...

¿Confidencias? ¿Y para qué confidencias, Eloy? Tú sabes que solo el silencio está relleno de ellas. Nuestra Salamanca ideal –tú lo sabes también– acaso comienza en Madrid. Sí; en Madrid comienza nuestra Salamanca. Una noche –hace ya algunos años– cenábamos tú, Clemente de Velasco, Isidro Pérez Oliva, el Marqués de Flores Dávila y otros amigos, con Tomás Bretón. Al acabar la cena en Tournié, unas bandurrias y unas guitarras preludiaban, a lo lejos, la jota de la «Dolores». ¿Recuerdas? Cuando todos pensaban en la Dolores, y en Calatayud, y en las bravas mozas aragonesas, yo me limpiaba un lagrimón, y tú callabas a mi vera, y el buen Clemente de Velasco, aculatado por los cigarros de Isidro, me miraba en silencio, presa de una honda e intensa emoción... Sin decirnos nada, nos lo decíamos todo. La luna, que platea durante la noche las piedras de nuestra ciudad, nos besaba en la frente entonces y sentíamos nuestro deber dentro de las entrañas.

¡Salmantino: no sabe de amor el que no sabe de ausencia! Ausencia y esperanza son las medidas y las pesas de amor. Regaños, riñas, violencias accidentales, ¿qué son sino pruebas de amor? Yo he escrito, por ejemplo, que falsificaría de buen grado mi partida de nacimiento; pero no cedo a nadie mi primacía de afecto por Alba de Tormes. ¡A nadie! Yo he satirizado momentos de cobardía colectiva, de abyección de nuestra ciudad y volveré a satirizar, pero llevo a Salamanca, no ya sobre mi cerebro, que nada vale, sino sobre mi corazón, que es mío, solamente mío. Y cuando hace cinco años purgaba yo, en un calabozo militar de Oviedo, mi escaso españolismo –según me dijeron unos pobres hombres– sentía España dentro del corazón como una llaga, y mi alegría era tan grande, tan grande, Eloy amigo, que, ante la perspectiva de una condena posible, componía sonetos y más sonetos en la soledad de la prisión.

¡Bah, bah! Cuando estamos lejos, es cuando verdaderamente estamos cerca de lo que queremos.

Mi salmantinismo –lo diré de una vez– es mi obra. ¡Mi obra, usurerillos, abogadetes melancólicos, anónimos desde Calvarrasa para abajo! Mi obra soy yo... Soy talludo, y tengo hijos por el mundo... hijos de espíritu, calentados ante el corazón, paridos en fiebres de amor y de insomnio…

El Adelanto (20-09-1924)

En el campo

Hoy que tengo el espíritu cobarde
de un hablar de traición que me lo ha herido...
(E. Marquina. «Elegías»)

Hoy tengo el espíritu cobarde; busco en el silencio refugio. Y refugio también en la soledad. Un hablar de traición y de vileza que ha herido algo que esté por encima de mi espíritu y de mi

corazón me trae cobarde y aplastado, y busco el campo y el cielo para dialogar con ellos a solas. Y la paz, vuelve de súbito a mi alma. Y con la paz, la fortaleza. Y con la fortaleza, el perdón.

Solamente vosotros, los hombres que no habéis vivido, no sabéis perdonar, no sabéis perdonarlo todo. El perdón es hijo, a la vez, de este matrimonio, debe ser, en todo hombre bueno, el entendimiento y la sensibilidad. Y ante el hablar de la traición y de la vileza que nos hiere por la espalda, conviene monologar, mano a mano, con el santuario de la propia conciencia, retorcerse –fibra a fibra– el corazón, salir por el momento de la estrecha angostura de nuestras preocupaciones personales y comprenderlo todo.

Comprenderlo todo, primero. Comprender lo incomprensible, lo paradójico, lo absurdo. Y justificarlo a continuación, hasta el punto de advertir que las cosas deben ser como son y no deben ser de otro modo. Debemos estimarnos, no a pesar de nuestras vilezas, sino precisamente por ellas. Cristo, que comprende a la Magdalena y se deja perfumar por ella los pies con un ungüento aromático, hecho tal vez para intensificar los placeres de la carne, echa, en cambio, a patadas del templo a los mercaderes. Símbolo que, aquí, en el campo, es más transparente que el cielo azul que tengo sobre mi cabeza –pesarosa– y más claro que el agua del regato donde voy a beber ahora. El pecador puede arrepentirse, pero el mercader, no. El mercader peca por estipendio. No desinteresadamente como pecan los que aman.

¡Este hablar de traición y de vileza!

Este engranaje de bellaquerías, de pequeñeces, de mal disimulado despecho, ¡cómo se vendría abajo, como retablo de feria, si hablase crudamente el corazón!

Mas, ¿para qué la defensa? La mentira no hiere, rebota sobre quien la lanza.

Pasarán los huracanes, y cuando el termómetro del espíritu vuelve a su gradación normal, ¡qué venganza no haber tomado ninguna, qué desquite haber comprendido, qué terrible lección la de mirar de hito en hito a unos ojos que no pueden sufrir el encuentro con nuestros ojos!

¡Dios mío, y cómo comprendo ahora tu sonrisa triste en el Gólgota, tu perdón no a uno, sino a los dos forajidos que te acompañaban a la hora del suplicio en los maderos infamantes! Es que tenías, mi buen Jesús, la seguridad de tu resurrección dentro del tercer día. Y como estabas seguro de la vida eterna, podías sufrir la muerte temporal. Así, nosotros, sepamos llevar, con la faz contenta y el ánimo sereno, las contrariedades menudas o grandes de cada día, para ganarnos, bien ganada, la eterna paz de la mañana eterna que anhela nuestro pobre corazón cansado.

¡Qué hermoso está el campo! Y esa fiesta del crepúsculo que riega de sangre el llano, y esa fiesta de luz en los cielos, se han hecho para mí esta tarde.

¡Gracias, Dios mío!

Balan unos corderillos que regresan al aprisco luego, unas vacas vienen al abrevadero por el camino muerto del monte madrileño. La campanita de la parroquia del pueblo tañé a la oración.

> Campanes de les viles escondides
> que tantes hores ni heu tocat en pau:
> adeu-siau ![245]

dijo con Maragall.

Y me descubro. «Angelus domini nunciavit María». «Et concepit de Spiritu Sancto!...» ¡Buenas noches, María, madre de los pecadores, puerta del cielo, estrella de la mañana, consuelo de los afligidos, refugio de los pecadores; buenas noches!

El Adelanto (19-11-1924)

Carta abierta a Don…

Mi querido amigo: Crea usted que siento una verdadera repugnancia en hablar, ante el público, de asuntos meramente personales. Si soy nombrado cronista de la Diputación de Salamanca,

[245] Joan Maragall. *Altres vistes al mar*. 1901. El texto original dice: "Campanes de viletes escondides / que tantes hores m'heu tocat en pau: / adéu-siau!" (campanas de pueblecitos perdidos / que tantas horas me habéis todos en paz: / Adiós.)

aceptaré el nombramiento, que solicito, como una carga de honor. Y si no lo fuera, siempre recordaré, emocionado y agradecido, las pruebas de afectuosa consideración que me ha dado estos días Salamanca entera.

Lo que no comprendo es que haya gentes tan candorosas o tan complejas que pregunten a un escritor por sus ideas políticas. Para describir un paisaje, para estudiar una época histórica, para trazar una monografía sobre un personaje determinado, lo de menos es ser blanco o negro, rojo o azul celeste, sino saber escribir, aprender a estudiar y conocer, con la psicología del personaje estudiado, el ambiente del período histórico en que se produjera.

Un integrista, por el hecho de serlo, no escribe mejor ni peor que un republicano. Un republicano no está ni más ni menos incapacitado que un monárquico para estudiar a Meléndez Valdés o para describir las bellezas de la Sierra de Candelario.

Afirma usted, querido amigo, que han llegado a usted rumores que propalaba un varón docto y sesudo encasillándome nada menos que como un terrible comunista. ¡Riámonos, amigo mío! Aparte de que siempre, siempre, he odiado la tiranía, roja o blanca, con todo mi corazón, mi intervención política ha sido, en estas tierras de pan llevar, tan modesta como la de votar a Pérez Oliva que no me regaló nunca beneficio, sinecura ni canonjía de ningún linaje.

Cuando luchamos con mujeres o con eruditos –tanto monta– hemos de imponernos siempre la regla de elemental estrategia de saber callar y de saber esperar, para no hacer el juego que desean de nosotros, sino el que nosotros queremos desarrollar.

Hablar de política cuando ventilamos cuestiones históricas o puramente estéticas es solemne, imperdonable majadería, que nos hace pensar en aquel dicho de Napoleón de que las batallas no las ganamos nosotros, sino que las pierden los demás.

De los restantes extremos que usted toca en su larga, efusiva y substanciosa carta ¿qué quiere usted que yo le diga, amigo mío? No soy ni más ni menos que un escritor, que tiene la costumbre de vivir en público y a quien se le da una higa, y a veces ciento, de los comentarios inevitables que su labor provoca. No he manejado nunca la ganzúa de la caja de los cuartos, he desdeñado y seguiré desdeñando muchas cosas y no sirvo para acólito, porque el humo del incienso me marea y me apestan los tufillos de la adulación y de la lisonja. En verdad, en verdad, le digo a usted que ni el aplauso me enardece, ni la censura me abate, ni la contrariedad me desespera, ni el éxito me exalta. Los que hemos vivido mucho tenemos una idea, harto despreciable y limitada del tiempo, y sabemos de las mudanzas de las cosas y de los hombres.

Hace tiempo que estoy completamente curado de espantos.

Pero he dado, tal vez, demasiada importancia a un incidente liviano y seguramente estoy abusando de la paciencia de usted. Sin embargo, no debemos silenciar embustes, enredos, equívocos y maquiavelismos de aldeanos consagrados a la ociosidad. Tal vez por eso desdeño esos humildes oficios del erudito a la violeta que viene a ser en la vida del arte, lo que la madre Celestina en las de Calixto y Melibea. El artista, harto hace en luchar a brazo partido con nuestra Señora la Belleza, para gozar sus caricias o para padecer sus desdenes; el otro es, a lo sumo, a lo sumo, el porterillo que se detiene ante el umbral de la alcoba, porque el tálamo nupcial –yunque y altar donde el arte se engendra entre dolores placenteros– no se ha hecho para que él lo profane con su mirada, ni lo manosee con sus manazas groseras y plebeyas. De los misterios del amoroso ayuntamiento donde la belleza brota, no suele saber el que quiere, sino el que puede. No acariciará jamás a la Sulamita, virgen y morena, quien sólo sabe ahitarse de ajos y de cebollas, en ventas y mesones, con las mozas del partido.

¡Pobre gente, tan minúscula y tan endiosada! No sabe tener en cuenta que vive de las limosnas de nuestro silencio y de nuestra piedad. Con pegar dos patadas al retablo de Maese Pedro, quedarían deshinchados tales varones como los globitos de papel, inmóviles y disecados para siempre. Y cuando adoptan posturas de piedad, están monísimos. Eso sí: son tan torpes que nosotros confiamos siempre, a la larga, no en nuestra sagacidad, sino en la torpeza que, inevitablemente, les descubre el juego.

Y nada más, amigo mío. Ya es bastante. Puede ser mucho más. Nosotros bailamos siempre, como los osos, al son que nos tocan.

Un afectuoso apretón de manos de su amigo,

El Adelanto (03-11-1925)

Para alusiones

Dice «La Gaceta Regional» de anoche, con el título de «Apostilla»:

«Hace bien el señor Sánchez Rojas en desdeñar la erudición. Esto permite determinadas licencias, de las que no pueden usar los ratas de biblioteca.

Así, por ejemplo, al reseñar la representación de «Son mis amores reales», dice el articulista que el conde duque se llamaba don Baltasar de Zúñiga, cuando todo el mundo sabe que el célebre valido se llamó don Gaspar de Guzmán. Por lo demás, la cosa no tiene importancia.»

Ninguna. Y mucha, queridos colegas de la «Gaceta». Dicenta dice mil veces en «Son mis amores reales el nombre y apellido del conde duque. Pero yo que escribí mi artículo, enfermo, lo olvidé. Me acordaba de otro don Gaspar, de don Gaspar de Zúñiga. Sí. ¿Por qué me acordaba yo? Pregunta es esta que brindo a mis compañeros de la «Gaceta» para que me la contesten.

Sí, es una apuesta. Eso no viene aún en la «Enciclopedia Espasa».

Y había otro error de bulto en mi artículo. Esta mañana, al leerlo, lo advertí. Es el más gordo. Llamaba soneto a la famosa décima de Góngora sobre el asesinato de Villamediana. Como aún no ha llegado la «Enciclopedia Espasa», a la V, mis queridos amigos no han podido advertirlo.

Tanto monta un apellido como otro. Sí, es desdeñable la erudición, amigo Bravo. Lo que no haré nunca es escribir, como en «La Gaceta» se escribió, que el Cid, Santa Teresa, Cervantes, Hurtado y no sé si la Celestina, han paseado por nuestra Plaza Mayor, que es un disparate más grande que afirmar que Carlos V se compraba los guantes en el comercio de Jesús Rodríguez López[246].

El Adelanto (22-11-1925)

Para concluir

Realmente he ganado la apuesta a mis amables, meticulosos y eruditos compañeros de «La Gaceta Regional». No han tenido tiempo desde el sábado hasta ayer, lunes, de averiguar la causa de mi confusión entre don Gaspar de Guzmán y don Baltasar de Zúñiga, cuando ambos personajes eran uña y carne, más uña que carne, naturalmente, en el reinado de don Felipe IV. Y es que tan válido [sic][247] fue de este el uno como el otro. Más don Baltasar que don Gaspar. Este se llevaba los palos y aquel se movía entre las cortinas. Tío el Zúñiga del Guzmán, aquel era el Crispín y este el Leandro de los intereses creados de aquella pobre España de entonces. Verdad es que en la tarea de forzar armas y de tapar ducados no les iba en zaga el mismo Villamediana, que se quedaba con buena parte de los dineros de los vasallos en razón a su pingüe oficio de correo mayor del reino, que era toda una patente de corso.

Y nada más. Digo, sí: estoy asombrado de que me haya salido redondo un párrafo tan erudito. Cualquiera que haya leído los volúmenes del señor Cánovas del Castillo sobre la casa de Austria, sabe estas menudencias perfectamente.

No creen que yo estaba en Babia y con fuerte dolor de cabeza, estos buenos chicos, al escribir mi artículo. Me sería muy fácil convencerlos. Escribo sin solemnidad, sin libros gordos al lado y sin apuntes en libretas o cuadernillos. Más difícil es que yo me convenza de su destreza en cazar gazapos que están al alcance de cualquier hombre un poco enterado de estas cosas. El más gordo, que no he tenido rebozo en confesar, no me lo cogieron.

Anoche lo silencian piadosamente, resucitando aquella broma que me daba don Miguel de Unamuno sobre la caña de pescar, broma que tiene muy otro sentido del que ellos le atribuyen. A ellos les hubiera aconsejado, no cañas de pescar, sino serdas para arcos de violón. Con decir que para no haber caído en ninguno de los dos errores, me bastaba con haber leído el reparto de la obra que tenía, por lo demás, delante de mis ojos, está dicho todo.

Muy amables las alusiones sobre Mussolini, sobre Lenine [sic] y hasta sobre el señor de Zúñiga. Muy amables, sino pecaran de provincianas y de inocentes.

Me han regocijado tanto, que yo les prometo sendas biografías sobre los tres personajes cuando tengan que hablar sobre el fascismo, sobre los soviets o sobre la política del ante último de los Austrias.

[246] Comerciante salmantino que tenía una tienda en la Plaza Mayor.
[247] Por *valido*.

Ninguno de estos personajes cae todavía bajo la jurisdicción del Espasa. La Z no ha llegado aún y en ella se encontrarán los Zúñigas: y para disertar sobre el periodista italiano, director de «Avanti», que no fue jamás albañil, o sobre el famoso polemista del bolchevismo, tendrán que esperar al apéndice que se publique con las gestas y discursos más interesantes de ambos.

Y sigo pensando –y ya concluyo–que los ratones de bibliotecas, de las despensas y de los diccionarios enciclopédicos, han venido a este mundo sin otra misión que la de roer.

Estos pequeños roedores no me han sido jamás simpáticos, la verdad. Nunca trabajan con el corazón ni con la cabeza, sino con los dientes y para los dientes. Allí donde hay un adarme de queso, allí están ellos, vigilantes, atentos, engolando la voz, haciéndose los interesantes, sentenciando «ex cathedra», adoctrinando bobalicones y hablando de arte, de poesía, de historia y de cosas que no están, ni pueden estar al alcance de los roedores. Que se conformen con el queso olvidado en la alacena por el dueño imprevisor estos ratoncetes de nombres, de apellidos y hasta de parentelas, para ellos desconocidas, de los validos y favoritos de la casa de Austria.

De no serles desconocida esta parentela, algo me hubieran contado de las bodas del conde duque en Salamanca con una hija de Monterrey, del enterramiento de un su hermano político en las Agustinas y de otras cosas muy locales que ellos no saben, porque sobre ellas pasaron como sobre ascuas Villar y Macias y Dorado, que son los dos únicos historiadores salmantinos de alguna cuenta. Ya ven cómo es más fácil ser erudito que escritor, por ejemplo, o que hombre bien criado.

El Adelanto (25-11-1925)

Glosa risueña a una nota oficiosa

Siento deseos de comentar la nota oficiosa donde la comisión que llaman permanente de la Diputación provincial[248], explica, con más profusión de la que demanda la sobriedad de un fallo en justicia, el nombramiento que ha hecho de Cronista de la provincia a favor del padre Alonso Getino, provincial en España de la Orden de Predicadores o de Santo Domingo de Guzmán. Me confunden los términos de acalorada simpatía que tienen los señores diputados provinciales para mí. ¿He de añadir, yo, que soy naturalmente cordial y afectuoso, que estoy de todas veras conmovido? El redactor de esa nota define con poca precisión, es cierto, pero define lo que él entiende por paciencia investigadora y lo que él diputa temperamento artístico. A pesar de la confusión y vaguedad de sus noticias estéticas, me adjudica la mejor parte, no la materialidad de las miserables pesetas, en el gracioso reparto de sus alabanzas.

No me ha sorprendido esa nota. Sería del todo veraz y completa, si añadiese que a la petición que hizo la Federación Obrera de Salamanca reclamando para mí el cargo de cronista, sucedió otra instancia análoga suscrita por los catedráticos verdaderos –los de oposición– de todos los centros docentes, con la firma del señor Rector de la Universidad a la cabeza.

Nada dice la nota de esa instancia, tal vez por espíritu de economía en su pintoresco y de todas suertes conmovido autor.

En el pleito de la solicitud me enredaron los elementos de la Unión Patriótica, sabedores del resultado final descontado, anunciado, solicitado, buscado y previsto por ellos, como me anunció el señor Arenillas. El señor García Tejado, nuestro alegre y confiado presidente, llegó a designarme despacho oficial y un automóvil de Obras Públicas, para investigar en los archivos municipales de la provincia, a llamarme con su candorosa llaneza cronista oficial, ante las bellas que acuden a la sección vermouth del Liceo, donde él pollea, y a sugerirme la posibilidad de apetitosas combinaciones, dietas y sinecuras, en las que es tan hábil y experto su atolondrado entendimiento, siempre juvenil y paradójico. El señor Bustos y Miguel, por su parte, después de escenas conmovedoras para recordarme su amistad con mi buen padre, que tanto le conocía, llegó a asegurarme, el sábado pasado, en su casa, a las tres de la tarde, que modificaba de raíz la ponencia hecha a mi favor ante «presiones» que no podía sacudir humanamente, haciéndose lenguas a continuación, en balbuceos expresivos ante mis reparos un tanto rudos, de su viejo, leal y entrañable afecto por mi persona y familia, y de su admiración por mi obra literaria, que desconoce.

Ante razones de ese calibre y ante «presiones» de tal calidad, tuve el gesto, elegante y piadoso, de relevar al señor Bustos de su apretada situación, dejándole en cristiana paz de espíritu para

[248] Publicada por *El Adelanto* el mismo día y en la misma página que este artículo.

redactar esa bella nota oficiosa, digna del catedrático «municipal» de Cosmografía de nuestra Facultad de Ciencias. El señor Arenillas y Sainz (don Mariano) ha sido más franco en su postura; se cobraba –y está en su derecho– del desdén absoluto que por su obra literaria hemos sentido siempre los escritores salmantinos. Jamás he abierto, ante sus solicitaciones, halagos y dedicatorias cursis, el chorro de mi fácil e innata simpatía por sus improvisaciones líricas y por sus epitamios regocijantes:

y yendo por un camino
tropecé contra un encino,
alma de mi Cantalpino.

Realmente, queridos lectores, no tengo más que añadir, por ahora. Se me ha hablado de «compensaciones» –anoche me ofrecía el señor García Tejado la plaza de conservador del Museo, también ofrecida a los señores Cividanes y García Boiza– sin advertir mi querido amigo y presidente que yo no me puedo dejar ganar del espíritu mendicante o de pordiosería, tan salmantino, en el que son tan sutiles y especiosos los que aparentan creer que así justifican sus alegres piruetas al frente de los cargos públicos.

De mi pluma, amigos lectores, vivo, y a mi pan me atengo, que no a la esperanza, poco varonil, del acrecimiento de gananciales con moza rica o devota.

Les doy sinceramente las gracias por el rato de buen humor que han sabido proporcionarme, y seguiré escribiendo ante amigos, o en mangas de camisa, o en las mesas de Novelty, en la grata compañía de mi «jefe» y amigo Guillermo Sáez, la crónica contemporánea de mi ciudad, de sus escasos hombres y de sus bellas y numerosas mujeres, las santas reinas a que alude en su impresionismo el señor Bustos y Miguel. Todo antes que allanarme a las compensaciones ofrecidas, o que escribir ligerezas contra la figura sagrada de Fray Luis, completamente deshechas por Agustinos sagaces, en páginas que desconoce oficial y particularmente el redactor de la nota, porque no figuran en los expedientes que analiza con tanta profusión.

Espero otra segunda nota oficiosa, para que se desvanezcan mis jocosos reparos. Tengo a ella el mismo derecho que el doctor Prieto Carrasco.

«Ad Majorem Dei Gloriam. Amén. Vale.»

El Adelanto (22-12-1925)

El cargo de cronista

He aquí el escrito que ha presentado hoy ante la Diputación nuestro compañero José Sánchez Rojas, recabando la nulidad del nombramiento hecho hace pocos días y que tantos comentarios ha suscitado y suscita en toda la provincia:

«Señor presidente de la excelentísima Diputación provincial de Salamanca:

José Sánchez Rojas, mayor de edad, etcétera, ante V.I. comparece y en la forma más respetuosa tiene el honor de exponer: Que con fecha l9 Diciembre ha sido provisto el cargo de cronista de la Corporación de su digna presidencia, en virtud de acuerdo tomado por la comisión provincial y cuyo concurso fue anunciado en el «Boletín Oficial» de esta provincia, correspondiente al 18 de Octubre próximo pasado.

Contra dicho acuerdo, y en virtud del derecho que me concede el artículo 170 del vigente Estatuto Provincial de 20 de Marzo de 1925, me propongo entablar el oportuno recurso contencioso administrativo, pero en atención a lo dispuesto en el párrafo segundo de dicho precepto legal, son aplicables a tal recurso las disposiciones de los artículos 253 y 256 del vigente Estatuto Municipal de 8 de Marzo de 1924 y el primero de estos dos últimos, según el 255 de este cuerpo legal, no puede utilizarse sin el trámite previo de reposición ante la autoridad que haya tomado expresado acuerdo. Por eso acudo con el presente escrito ante V.I. con el objeto de apurar la vía gubernativa.

Los fundamentos de esta reposición son bien claros. Las mismas bases que para la provisión del cargo de cronista figuran en el «Boletín Oficial» de esta provincia antes citado, sirven de fundamento para ella.

Con arreglo al artículo 153 y por tratarse en este caso de un funcionario técnico, la Corporación provincial, o mejor dicho, la Comisión provincial (cuya competencia para el nombramiento

no hemos [de] discutir, pues el acuerdo está consentido), anunció el concurso para la provisión de expresada plaza. Bien es verdad que el artículo 117 del Estatuto provincial, en su apartado segundo, señala entre las atribuciones de la Comisión provincial, la de nombrar a los funcionarios de la Diputación, excepto para los cargos de secretario, interventor, depositario y jefe de la Sección provincial de presupuestos municipales, que los atribuye a la Diputación provincial en pleno.

Y precisamente en esto, es en lo que fundo el presente recurso de reposición; porque si el nombramiento de cronista podía haberse hecho perfectamente por la Comisión provincial, en virtud del apartado segundo del artículo 117, entre este precepto y las bases para la provisión del cargo, existe una contradicción manifiesta y al nombrar a la persona que ha sido designada para tal cargo, o se ha infringido el último precepto legal citado, o se han infringido las bases publicadas en el periódico oficial.

¿Si la Comisión provincial tenía atribuciones para hacer ese nombramiento, por qué entonces se dice al final de las bases «se asigna como remuneración de este servicio la cantidad de 3.500 pesetas, pagadas por mensualidades vencidas, a contar del día en que el cronista sea nombrado por la excelentísima Diputación?»

Luego el nombramiento de cronista adolece de defecto, ya que en las bases se determina quién es la entidad que tiene que nombrarle, o sea la excelentísima Diputación, y ha sido designado por la Comisión provincial, o el defecto y la infracción legal está en la convocatoria, porque con arreglo al apartado segundo del artículo 117 es el nombramiento de la competencia de la Comisión provincial. Por lo expuesto:

Suplico a V. I. que en atención a las razones legales expuestas, que ya que no ha hecho uso de la atribución que para suspender los acuerdos de la Diputación o de la Comisión provincial le otorga el artículo 125, pues el del nombramiento de cronista, según las bases, no es de la competencia de la Comisión permanente, se sirva dar cuenta a la Comisión provincial del presente escrito, para que reponga el acuerdo recurrido, dejando por tanto, sin efecto, el nombramiento, notificándome la resolución que recaiga a los efectos de entablar el recurso contencioso-administrativo con arreglo a ley y al mismo tiempo para acreditar el requerimiento previo que determina el artículo 1º de la ley de Responsabilidad civil de funcionarios públicos de 5 de Abril de 1904 y Reglamento para su ejecución de 23 de Septiembre del mismo año.

Dr. José Sánchez Rojas

Salamanca 29 de Diciembre 1925.»

La comisión permanente conocerá del presente recurso el día 4 del próximo mes de Enero.

El Adelanto (31-12-1925)

Segunda glosa risueña a la segunda nota oficiosa

> «La Comisión conoció de la instancia de don José Sánchez Rojas, solicitando la reposición del acuerdo de nombramiento de cronista de la provincia, acordándose no haber lugar a lo solicitado, toda vez que la Comisión provincial, al hacer el nombramiento, tuvo en cuenta todas las disposiciones legales».
>
> (De EL ADELANTO de ayer)

Vaya, ante todo, una declaración. Este pleito de cronista de la provincia de Salamanca, sólo me interesa desde el punto de vista jocoso. Aunque yo gane el pleito contencioso administrativo, que he de incoar tan pronto como la Comisión provincial me notifique el acuerdo recaído, no había de concursar sin recusar previamente a cuatro de los seis señores que hoy forman la Comisión permanente. En el trámite previo legal para pedir la reposición de un acuerdo evidentemente nulo, como algún día dirán los Tribunales, me atuve tan sólo a razones jurídicas. Las morales, las políticas, las puramente técnicas, he de reservarlas para cuando haya de informar ante el Tribunal Contencioso.

El apartado de la nota oficiosa queda glosado con palabras del señor García Tejado. Este pensó siempre, y así lo dijo en peñas, casinos y tertulias, que el nombramiento tenía que hacerlo

legalmente el pleno de la Diputación. Tan es así, que me hizo solicitar el concurso, entre otros diputados, de mis entrañables amigos don Antonio Pérez Tabernero y don Julio Álvarez, además del de los señores Zúñiga y Rodríguez Higuera.

No hablé con estos dos últimos señores, a los que no tengo el gusto de conocer personalmente, porque el mismo señor presidente me aseguró que eran cosa suya, pero sí con don Julio Álvarez, que es paisano mío muy querido, interviniendo en las conversaciones mis amigos el ex diputado a Cortes por Salamanca, don Juan Mirat, y don Emilio Clavijo, propietario de Alba de Tormes, que no me desmentirán, a buen seguro, y con don Antonio Pérez Tabernero, al que me ata, desde hace muchos años, un viejo y leal afecto.

El señor Arenillas, en una breve y demasiado expresiva conversación que tuve con él en la acera de Correos de nuestra Plaza Mayor, era del mismo parecer.

Pero... determinados elementos empujaron a don Juan Domínguez Berrueta a que luchara contra mi candidatura, el señor Domínguez Berrueta no quiso prestarse al juego, que amparaban el señor Bustos y el mismo señor García Tejado, con la oposición del señor Arenillas, que trabajaba por el reverendo padre Morán, Agustino, que no le hizo caso, y se pensó en la fórmula de la Comisión permanente.

Nada más por ahora. Yo marcho el viernes a Madrid por muy breves días para contar esta pintoresca y regocijada historia a los que están en el deber de conocerla en todos sus detalles y recovecos familiares. Si el pleito hubiera sido puramente político, cualquiera decisión me hubiera parecido aceptable.

Esta, no. El nombrado jamás ha cantado las glorias de la ciudad, sino que ha sido su detractor más encarnizado y furioso. Son religiosos los que hacen estas afirmaciones: son el padre Blanco y el padre Miguélez en su 17 edición de «Los Nombres de Cristo», publicada por el Apostolado de la Prensa, y el padre Marcelino Gutiérrez, y tantos otros. La figura de Fray Luis había de ser menospreciada e incomprendida públicamente «entre una prosa mazorral y pedestre» –es frase del padre Blanco– y «dando, coces contra el aguijón» –según afirma el padre Miguélez– para que este pseudo-erudito dominicano –continúa hablando un historiador católico y agustino– la mancillase «con el rencor atávico y furioso de los inquisidores.» Por eso no paso yo ni pasa nadie que tenga conciencia de la espiritualidad de Salamanca, de su tradición histórica y de la figura nobilísima del que cantó la Flecha y la Noche Serena, y pedía a la Virgen María paz y olvido para sus cuitas y desconsuelos.

El Adelanto (06-01-1926)

Presentación de la tuna por Sánchez Rojas

Anoche, en la Radio Salamanca, dieron ante el micrófono un bello concierto los muchachos que forman la Tuna Escolar Salmantina. Invitado por la Sociedad Emisora, el cronista de los estudiantes y compañero nuestro muy querido, Pepe Sánchez Rojas, radió maravillosamente, como si fuera un profesional del micrófono esta emocionante presentación que fue anoche oída por infinidad de radio-escuchas de Salamanca y de fuera de ella, y que hoy publicamos íntegra para que sea saboreada y gustada de nuestros lectores.

«Amigo radio escucha: Allí donde quiera que te encuentres, en Salamanca o fuera de ella, al cobijo de nuestras torres o lejos del hechizo de nuestras torres, buenas noches. Si has sido, además, estudiante de nuestra escuela, y hoy tejes la tela de tus ocios, inventando quimeras, a la vera de tu mujer y de tus hijos, de médico rural, de abogado de secano, de boticario de emplastes con rumor de morteros y de almireces, con las buenas noches recibe también un abrazo cordial. Me lo dan para ti los tunos de Salamanca. Estos muchachos reanudan hogaño los sueños que a nosotros nos interrumpió la vida. Las mozas que hoy adoran son tal vez las hijas de las que nosotros adoramos y sus quimeras, llenas de luz y de poesía, son las mismas que antaño iluminaron nuestro corazón.

¡Si yo te tuviera a mi lado, radio escucha hoy pueblerino y ayer universitario, hoy miembro acaso de la Unión Patriótica con todas sus consecuencias y ayer socio corriente y moliente de «La Perla» y demás sociedades coreográficas, con todas sus consecuencias también, si yo te tuviera a mi lado, te diría tantas cosas...! El mundo está variando, amigo mío; las cosas pasan, nosotros envejecemos con nuestra melancolía y con nuestros sueños truncados y rotos, y las palabras se

van haciendo sagradas y nobles que ya no se las lleva el aire, como palabras de juramento de hembra olvidadiza y casquivana. Quedan las palabras, y las transmiten las ondas, y van derechas de mis labios a tus oídos, y yo quisiera decírtelas con toda pureza y con toda emoción, en esta noche desapacible y huracanada, porque me las dictan la juventud y la esperanza, la juventud que se nos escapa de las manos y la esperanza que ya no suele guiñarnos con sus ojazos de lucero inquieto y temblón.

Por una de estas dichosas bromas de la suerte, loca e incomprensible, he vuelto a Salamanca, para dormir y arropar en ella mis sueños, y visito todos los días la Escuela, y dialogo en silencio con el árbol grande que hay en el centro del Claustro, y los muros de las aulas me susurran al oído las canciones que vosotros y yo, de muchachos, dejamos pegadas en los muros, y soy como hermano de estos estudiantes y de estos tunos. ¡Grata amistad la de estos muchachos! A su contacto, me remozo y me oreo, y ellos van formando, en las capas de mi espíritu acongojado, pero esperanzoso, mi segunda mocedad, más serena, más consciente, más tranquila, más rica de emociones y de incidencias que la primera.

Y sin notas oficiosas abrumadoras y mal escritas, sin ponencias de ganapanes aliados con la frescura y con las dietas, sin concursos de resultado previsto y sin explicaciones de segunda mano, me han hecho a mí, eterno estudiante, su cronista honorario, y yo estoy con mi cargo como niño con zapatos nuevos, y de vosotros les despido y me despido, en estas vísperas de carnestolendas, con rumbo a las nobles ciudades del Norte de España, donde llevamos la obligación sagrada, de alegrar, con nuestros pasacalles estudiantiles, los sueños de esas recias y calladas muchachitas vascongadas, que van a ver a su príncipe con traje de tuno, envuelto en su elegante y airosa capa española, con cintas en la diestra y con el sombrero de cuchara, ladeado.

Al Norte queremos llevar el perfume de la placidez de nuestra Salamanca, para traernos, en cambio, la fortaleza de su tierra roja, rica de hierro, y el salitre de su ría, que es el camino de Francia, la de la Marsellesa y la de la Madelón, y de Inglaterra, la del Parlamento, la de la Carta Magna y la de Cronwell [sic].

Les daremos el oro de nuestros ocios a cambio del acero de su voluntad y de su inquietud. Nos damos cuenta de nuestra Embajada y estamos orgullosos de ella. Y cuando volvamos a nuestra calle de la Rúa, a reposar de nuestras andanzas y de nuestros trotes, sabemos muy bien, radio-escucha amigo y pueblerino, que tú habrás viajado con nosotros idealmente, y prometemos traerte, con el bramido de la tempestad y de los temporales del Cantábrico, el recuerdo de aquel maestro y amigo tuyo[249], que piensa todos los días en el retorno para unirse a su esposa, que es nuestra ciudad, la tuya y la mía, la madre que nos enseñó, en el silencio de las aulas y en la tibieza de sus rejas, las delicias del pensar que no se borran y las del querer que no se desvanecen nunca en los arcones del recuerdo.»

Al concluir su presencia el cronista honorario de nuestros tunos, estos, que le oían en la cabina del micrófono, le saludaron con una ovación.
La Tuna ejecutó luego el programa que ya habíamos anunciado para ayer, tocando sus pasacalles. Los radio-escuchas escucharon complacidísimos la composición del maestro Bernalt, «Todos aprobados», el pasacalle «Haro, París y Londres» y otras piezas que fueron gustadas por todos los teleoyentes de nuestra región.
En total, un éxito para la emisora Radio Salamanca y para la simpática Tuna Escolar Salmantina.

El Adelanto (30-01-1926)

Por qué soy cronista de tunos

¡Pues, señor...! Hace ya meses, allá por las postrimerías del año que hace tres acabó melancólicamente para siempre, sin pena ni gloria, unos diputados provinciales –los de Salamanca, mi tierra– me enredaron en un mal fregado. "Solicita –me dijeron– la plaza de cronista de la provincia que acabamos de crear, y será para ti. Te daremos sueldo, y te añadiremos dietas, y te pondremos automóvil. Tú serás nuestro hombre y cantarás nuestras glorias y nuestras tradiciones. Sueldo inicial, mil duritos anuales querido amigo, y ya lo iremos subiendo y aumentando." "Yo –me añadía el presidente de aquella Corporación– sé que la provincia es rica y no me

[249] Otra alusión más sin nombrarlo a Miguel de Unamuno, desterrado.

detengo en barras. Ya me he señalado diez y seis mil pesetas de gratificación; tendré pronto tres automóviles. ¿Aceptas?" Pues, acepté y firmé la solicitud para aquel concurso peregrino. Los catedráticos, todos los catedráticos de oposición de la Universidad de Salamanca, y los obreros –por consejo expreso del presidente de aquella Diputación–, y los estudiantes y las modistillas pidieron la plaza para mí. Y a la hora de votar, los diputados no me concedieron un solo voto. Emitiéronle a favor de un fraile, Alonso Getino[250], provincial de los Dominicos de España. Y en una nota oficiosa, aquellos buenos señores me hicieron funerales de primera clase. Yo no podía ser cronista oficial –decían– porque escribo en los cafés. Además, escribo sin libros a la vista. Luego tengo el enorme inconveniente de que yo, como estilista, estoy muy por debajo de ese fraile Getino. Y me quedé sin la plaza. Pero se armó la gorda. El fraile ha renunciado la plaza y no ha podido tomar posesión. El ministro no ha recibido a los diputados provinciales, que no han dimitido porque tienen cuentas feas que arreglar todavía. El presidente no renuncia a las diez y seis mil pesetas que él se ha señalado para costas y pluses de posada. Yo he entablado un pleito contencioso administrativo contra el acuerdo, que pienso ganar. Y publiqué una carta de un jurado del concurso, donde escribía haber sin "h" y rectitud con dos zedas. Y publiqué la conversación que tuve con el diputado encargado de escribir la ponencia hecha a mi favor un día antes, y modificada en dos horas ante "presiones terribles del alto clero". El Gobierno ha dejado que esos diputados se desenreden, yo me río, el tiempo pasa, quieren darme un banquete, se prohíbe, se publican unas adhesiones, se ordena que no se sigan publicando más, y hete, lector, que, a estas horas, en Salamanca, un pleito puramente literario es la preocupación política del día.

He de confesarte sin rebozo que no he subvencionado a los diputados para que me hicieran tan lindo juego. Ha sido cosa espontánea de ellos. Mis tunos no se allanaron y los hombres me han nombrado –sin dietas– su cronista honorario. He aquí por qué soy cronista de tunos. He aquí la razón de que lleve capa estudiantil y guantes blancos de tuno andariego. Lo de la boina, es cosa de comodidad. He aquí por qué también, finalmente, queridos amigos de San Sebastián, torno ahora a la Concha, subo al monte Igueldo, soy por unos días huésped de vuestra hermosa ciudad y testigo mudo y enamorado de vuestra educación y de vuestra gentileza ciudadanas.

La Voz de Guipúzcoa (16-02-1926)

Los primeros amigos

Nuestra primera preocupación, al llegar a Huesca, ha sido la de conocer a estos buenos amigos que nos han de hacer grata nuestra larga o corta permanencia en la linda ciudad alto aragonesa. Recordamos… Un amigo nuestro, el ingeniero Miguelito Moya ha sido diputado a Cortes por la capital; otro amigo nuestro –Pepe Ulled Altamir– ha luchado contra Miguelito en los comicios. Hasta ahora conocemos a un librero muy simpático, Iglesias, que nos surte de los últimos libros; a una preciosa y lindísima muchacha, que nos sonríe invariablemente cuando pasamos por el Coso Alto; al dueño de una mercería que se nos ha ofrecido para todo…

Madrugamos mucho. Trabajamos, escribimos; el pan de la ausencia –bien ganado– es tan dulce y sabroso como otro cualquiera. Unos retratos familiares decoran las paredes de nuestra habitación del hotel. Trazamos un programa de vida y lo vamos cumpliendo inexorablemente. Dos artículos diarios; traducciones; unos libros originales en preparación. El tiempo que sobra para las cartas familiares, muy largas y muy animosas, para los paseos, para las exploraciones solitarias por la urbe… Pensamos en Salamanca, en Fili, en Sáez, en Paco Ruipérez, en Novelty...

La baturrica que me sirve, donosa y espabilada, anuncia dos señores:

– ¡Que pasen!

Son los primeros amigos. Dos muchachos. Catedráticos. Uno de ellos, amigo mío de Madrid. Se ofrecen para todo, pero yo no necesito nada… Cambiamos palabras de afecto; nos estrechamos cordialmente las manos. Nos tuteamos enseguida. Me ganan y les gano el corazón. Salimos juntos. Me presentan las chicas guapas en el teatro.

– Otro señor pregunta por usted –me dice la chiquilla.

Es un alto empleado civil. Nos citamos en el espléndido Casino, uno de los más hermosos y confortables de España; después pasearemos. Idénticos ofrecimientos; las mismas cordiales palabras, amistosas y sinceras.

[250] La elección tuvo lugar el 27 de diciembre de 1925.

– ¿Esta otra tarjeta, señor Rojas? –me dice la chiquilla.

Es un luchador. Profesor de la Normal. Sus ojos tienen fuego de iluminado; sus palabras son concisas, ásperas, pero llenas de emoción. Me cuenta de las miserias de aquí, tan parecidas a las de allá y a las de todas partes.

¡Ya tengo mis amigos, Fili, Sáez, Ruipérez, contertulios queridos y lejanos de Novelty! Se diría que los he conocido siempre; se diría que nuestras almas han vuelto a encontrarse por segunda vez. Y ya conozco a las chicas, tan finas y tan soberanamente guapas, de Huesca. Y para que todo se ponga bien: la temperatura es primaveral. Salgo a cuerpo y voy por el abrigo al hotel, ya bien entrada la noche.

El Adelanto (28-02-1926)
El Diario de Huesca (18-03-1926)
El Socialista (24-03-1926)

Glosas en torno a Croce

Un pobre muchacho que no ha pasado todavía, por las trazas, de la infancia intelectual, D. E. Jiménez Caballero[251], se dedicó días pasados en "El Sol" a meterse conmigo y con mi traducción del libro de Benedetto Croce "España en la vida italiana durante el Renacimiento", Mundo Latino, Madrid 1925. "El traductor –decreta este pedantuelo de cuota, que no conoce el italiano ni ha leído a Croce, por lo que veremos después–, el traductor ha sido el Sr. Sánchez Rojas, que prologa también el libro. El prólogo es flojillo. La versión, mejor." Y añade luego; "Como el prólogo de Sánchez Rojas se anda un poco por las ramas, digamos nosotros algunas breves palabras centrantes de esta gran figura italiana actual."

Vamos, pues, con estas palabras centrantes del Sr. Jiménez Caballero. Para orientar al lector sobre la significación de Croce en el mundo del espíritu, este muchacho sugiere al lector dos nombres: el de Ortega y Gasset uno y el de Eugenio D'Ors otro. O Jiménez Caballero no ha leído jamás a Croce, o no sabe literalmente lo que se pesca. "Para la confrontación esencial –añade este atolondradillo– quedémonos con el de Ortega". La disparidad entre ambos filósofos no es solamente de calidad y de cantidad, sino también de orientación. Croce es un filósofo y un erudito; Ortega, un "dilettanti"[252]. Croce siente una gran emoción liberal ante las cosas, y sobre todo, patriota; sobre todo, italiano, y sobre todo, hombre de su siglo. Ortega, como buen "amateur", en momentos de peligro; habla de las delicias del "tennis", de los cabellos rubios y de las almas sensibles como los arcos rubios de un violín. La confrontación sugerida por el Sr. Jiménez Caballero es, pues, un puro dislate. La obra de Croce es copiosa y abundante; el Sr. Caballero, con la cursilería del "parvenu"[253] que nos quiere mostrar todos los billetes que lleva en la cartera, exhibe su calderilla copiándola de la Enciclopedia Espasa. La obra de Ortega, cabe en un papel de fumar. Tres, cuatro libritos, donde inicia los temas, sin agotarlos, sin poseerlos nunca. Los goza siempre a flor de piel, como un buen "dilettanti". Ya ve el Sr. Caballero cómo su confrontación no aparece por ninguna parte.

Rectificando mi prólogo, este osado pedantuelo, que habla siempre de memoria, como es añeja costumbre en su gremio; rectificando mi prólogo, que no es tal, pues se trata de la reproducción de dos artículos, impresiones de la lectura, escritos precisamente en "El Sol" cuando apareció el libro que ahora he traducido, el Sr. Caballero se limita a copiarlo y a glosarlo con una gran frescura. Eso sí, cuando se separa de él desbarra por su cuenta. Así, por ejemplo, Caballero acusa a Croce de coqueteos con el fascismo, sin duda para que su confrontación sea más justa y acertada. Pero todo el que sabe algo de Croce como político, sabe precisamente todo lo contrario. Ningún enemigo más feroz de Mussolini que el insigne pensador napolitano. ¿No ha leído el Sr. Caballero el último librito de Croce, "El político", y su famoso artículo "El liberalismo", que publicó "Il Giornale d'Italia" en mayo del año pasado? Si no ha leído estas cosas el Sr. Caballero, ¿para qué habla al buen tuntún de lo que tan brillantemente ignora?

[251] Ernesto Giménez Caballero (1899-1988). Diplomático español y periodista, del grupo de José Ortega y Gasset, sería pocos años después el introductor del fascismo en España, aunque en estos años aún coqueteaba con el socialismo. Durante la Guerra Civil y desde el bando nacional llevó a cabo varias gestiones con Hitler y se encargó de la propaganda del régimen a las órdenes de Millán Astray.

[252] Aficionado, en italiano

[253] Advenedizo, nuevo rico, en francés

Pero el distinguido revistero de libros de "El Sol", que no se aparta un punto de mi prólogo, demostrando de paso que ha leído mal este y que no ha tenido paciencia para leer el libro, llega en su petulancia a meterse con el mismo Croce. Estos chicos son así, y la infancia ha sido siempre verdaderamente audaz. "Con minucia ligeramente torpe (torpe es lo contrario de ligero), con minucia ligeramente torpe –escribe–, sin gran vuelo, Croce nos revive esas dos corrientes esenciales en el articulado de sus capítulos (estilo abogadesco, ramplón y muy intelectual), atendiéndose más al dato y a la exactitud que al color y a la poesía de aquel maravilloso tiempo sido". Indudablemente, señor director de "El Sol", Jiménez Caballero no lee los libros, sobre los cuales habla con tanto énfasis como poca fortuna. Decir esto de un libro que une la exactitud –es natural– al color, y la menudencia a la poesía –véanse los capítulos sobre "El espíritu religioso", sobre "La sociedad española en Roma"–, etc., es mentir a sabiendas de que se miente.

Un consejo, para terminar, al señor Jiménez Caballero. Marche con Gómez de la Serna a Nápoles; no le vendrá mal. Aprenderá italiano; tal vez aprenda español también. Y de Ramón aprenderá donaires y travesuras, a ser más cauto y más honesto intelectualmente, y a no hacer greguerías más que de aquello que verdaderamente le haya sugerido algo. Es muy posible, sin embargo, que dé el salto.

"Dal barbarico sito al dolce nido"[254], este pedantuelo impertinente e infantil no dé pie con bola, como de costumbre, y tenga que acudir a Ortega, o a D'Ors para que le orienten o le "occidenten"[255] un poco.

El Liberal (04-03-1926)

Hacia Huesca

Un viaje muy largo, muy largo, y un sueño tranquilo, muy tranquilo, por tierras de Rioja y de Aragón. Veo amanecer junto a las torres del Pilar. Mi plegaria mañanera es hoy para la Pilarica; «Virgen mía: Dame fortaleza, dame fe en los destinos de mi España». Las torres de la Basílica se reflejan sobre el Ebro. Torno a dormitar. En la estación, dos horas mortales... ¡Paciencia! Luego, a las ocho, otro tren; nuevo cambio de tren en Tardienta. ¡Huesca!..

Ciudad clara, abierta, alegre, limpia, Huesca... Busco alojamiento. Lo hallo a mi acomodo y a mi placer. Un cuarto de estudiante; una comida abundante, sana, nutritiva; cuarto de baño... ¡Ajajá! Y salgo a la calle a proveerme de las pequeñas menudencias de que se olvidó nuestro señor Don Quijote en su primera aventura: Camisas, calzoncillos, pañuelos... El equipaje queda por ahí, perdido. He tenido que visitar la capital del Alto Aragón con toda urgencia; realicé el viaje desde Vitoria, anoche, desde las ocho menos diez. Acaso en el momento en que era más feliz. ¡Bendito sea Dios!

Ciudad alegre, clara, limpia, abierta, esta ciudad de la campana y de los cuatro Reyes. Una catedral gótica, muy hermosa, que visitaré detenidamente. Un casino espléndido, orgullo de la pequeña urbe altoaragonesa. Unas campanitas que tañen dulcemente en el silencio de la mañana fresca. Hasta tres librerías, con libros nuevos y abundantes, en el Coso. De nuevo, a vivir de la pluma. Voy a trabajar intensamente. He escrito a todos mis amigos, que son muchos y muy buenos, que me ayuden así. Telegráficamente se han apresurado a contestarme que están a mi devoción. ¡Muchas gracias! No necesito nada, no necesito a nadie, con mi trabajo.

¡Qué lejana y qué hermosa me parece desde aquí Salamanca! En la soledad de mi conciencia, nunca más fuerte y animosa que ahora, advierto que he creado nuevos afectos, hondos, de mucha raíz, en esta excursión quijotesca por el Norte.

En todas partes he dejado un poco, huellas de mi corazón. Ahora voy a recogerlo, a recogerme, a trabajar, amigos míos... ¡Si casi estoy triste de alegría!

El Noroeste (06-03-1926)
El Adelanto (26-02-1926)

[254] "De un lugar bárbaro al dulce nido". Cita que hace en su libro Benedetto Croce del soneto de ese título insertado en *Il canzoniere* de Pietro Jacopov de Jennaro.
[255] Referencia a la *Revista de Occidente* editada, fundada y dirigida por José Ortega y Gasset en 1923.

Un oscense más

Con estas palabras, que para mí no pueden ser más delicadas ni cariñosas, me saluda ayer, desde «El Diario de Huesca», que tan ágilmente dirige mi querido amigo y compañero el escritor liberal don Luis López Allué, que es, además, el mejor costumbrista aragonés, aunque peque de harto vago, haragán y perezoso. Estoy, pues, en Huesca, como un oscense más, porque aquí he tomado carta de naturaleza. No sé si yo habré entrado en Huesca; lo que sé es que Huesca ha entrado de lleno en mi corazón. Me ha hecho, pues, estricta y absoluta justicia mi querido amigo, el valiente escritor don Luis López Allué, autor de «Capuletos y Montescos», de «Idilio aragonés» y de otros libros tan bellos como conocidos en esta región.

Desde Salamanca, desde el querido periódico donde día a día, voy consignando con ánimo sereno mis impresiones de la querida ciudad aragonésa que me ha señalado la Providencia para mi retiro espiritual, quiero decir a mis paisanos que ya soy, en efecto un poco aragonés, para fortuna mía. Sí; soy un poco aragonés, o para que no se enfade mi sobrino Valenzuela, un «poco demasiado» aragonés, sin dejar, por eso, de ser muy castellano y muy salmantino.

Y si desde aquí añoro, a la caída de la tarde, la luz cárdena de nuestro crepúsculo, yo sé muy bien que, algún día, dando vueltas y más vueltas a la noria de nuestra Plaza Mayor, añoraré la bella torre de la Catedral oscense y los picachos, limpios y puros del Pirineo cercano. ¿Qué queréis, amigos míos? También los andariegos tenemos corazón. Y el mío es, a ratos, cuando no se indigna, de alcachofa mantecosa. Y sabe saturarse, como esponja, cuando vive un ambiente de cordialidad y de amor.

Perdonadme este pecadillo de tener una patria adoptiva. En cambio, otros no tienen ninguna y no son de ninguna parte. Viven desterrados siempre de sí mismos. Son ajenos a su tierra que no conocen; son ajenos fuera porque no tienen raíces corporales. A mí me pasa, al revés. Al lado de mi Castilla, Aragón me ha enseñado la nobleza de sus jotas; Cataluña, la gracia de sus sardanas; Vizcaya y Guipúzcoa, la inocencia de sus zortzicos. Y en todas partes estoy en mi casa, mi querido señor don Luis López Allué.

El Adelanto (21-03-1926)

Todos, estudiantes

Acabo de disertar en el Instituto, ante esta querida Asociación General de Estudiantes del Alto Aragón, de nuestro pobre poeta José María...; me invitaron a que les hablara de algo y yo quise hablarles de algo, que por ser muy mío, era también muy de ellos y de todos: del patriotismo común, espiritual, humano. De algo tan inefable e inútil como un poeta. De algo tan querido y tan entrañable como esa Salamanca. De mi mocedad, de mis maestros. Y ellos, dos [sic] estudiantes, han sabido pagarme la emoción que puse al hacerles esas confidencias...

¡Los estudiantes! ¿Es que yo voy perdiendo la mocedad para siempre o es que me engaño al creer que los estudiantes de ahora, con las excepciones consiguientes, no la disfrutan del todo? Tal vez el foot-ball, el tennis [sic], el golf, les hace más ágiles de cuerpo. ¡Pero lo que es de espíritu, de mollera, de corazón! Anhelaría engañarme. Pero nosotros éramos más locos, más generosos, más buenos, más niños. Y hoy...

Estos estudiantes altoaragoneses, queridos Vicente Santos Mirat, Escanilla, Onís, muchachos de la Asociación General de Estudiantes de Salamanca[256], me han traído esta noche un poco vuestro recuerdo. Hemos hablado particularmente de algo que nos afectaba a todos: del porvenir, de la cultura y de la educación en España. De la España que para mañana estamos formando todos. Les he dicho que contasen conmigo, que yo soy un estudiante más, que por serlo, Dios ha sabido premiarme trayéndome aquí. Me preguntaron por vosotros. Me encargaron que os saludara. Quieren subscribirse a «El Estudiante»; se quejaron de que este, en sus primeros números, era un poco cominero, localista y esquivado. Les dije que ya se editaba en Madrid «El Estudiante»...

Con ellos me he puesto en relación, gracias a un núcleo de profesores jóvenes que hay aquí, muy inteligente y muy liberal: Rivera, Baratech, Gómez Ibáñez, Ramón Acín. Somos amigos. Hablamos de libros y hablamos de muchachas. ¡Onís, Escanilla, Santos Mirat: abrazad a vuestros

[256] Constituida el 23 de noviembre de 1921.

compañeros en nombre de los estudiantes de Huesca! Y para vuestros maestros, Cañizo, Población, Valenzuela, Ramos, Rodríguez Mata, González de la Calle, un saludo cordial de estos sus compañeros del desierto y de la esperanza en una España mejor.

El Adelanto (07-04-1926)

En Zaragoza

En Zaragoza, con estos buenos y excelentes amigos aragoneses, visitando la Seo, visitando el Pilar, visitando la Lonja, visitando el Coso, y la Cartuja, y el canal Imperial, y la playa del Torrero... Zaragoza –como todo Aragón– es cordial y acogedora. El desterrado de ayer, el escritor libre y suelto de hoy, encuentra en Zaragoza, como encontró en Huesca, la efusión y la llaneza baturras. Unas horas de asueto y a mi Huesca de nuevo. He de estar, a las siete y media, en el Coso Alto...

Digo toda mi verdad; la tristeza exterior, que no la otra, forastera generalmente en mi ánimo alegre, ha asomado a mi rostro desde que me supe en libertad. Cuando podemos cantar la canción interior que llevamos dentro: ¿qué más da esta que aquella jaula? La libertad no se impone, ni se merma, para el espíritu. Es libre el que quiere y sabe serlo. El esclavo, en cambio, no siente necesidad de libertad en sus movimientos.

Así, yo, permaneceré en Huesca todo el verano. He de visitar Boltaña, y el valle de Ansó, y el de Ainsa, y el de Tena, y Jaca, y Barbastro, y Monzón…En El Ateneo de Lérida me ha invitado a dar una conferencia; he de ver también todo Aragón. Espero a Pepe Valenzuela para que me enseñe Daroca, y Alcañiz y Calatayud, y Calatorao; con mi amigo, el hijo del señor marqués de la Granja, correré, en Agosto, por el Pirineo; Isaac Nogueras me dispone, en Boltaña, una habitación, con libros y cuartillas, en su sanatorio de la montaña... Huesca –nido y hogar– se me ha colado dentro del corazón. Después de Salamanca la doctora, de su Escuela, de su patio de San Esteban –del íntimo, de aquel patio de clausura donde me placía conversar con Enrique Nogueras– me atraen las «Miguelas» con su ábside, el Coso con sus muchachas tan majas y tan simpáticas, la Catedral con su retablo y sus canónigos que tienen chepa o joroba de alambre, las plazas oscenses –aldeanas y sencillas– los paseos, la línea zarca del Pirineo vecino…

Como Huesca, atraen también sus hijos, todos ellos. El catálogo de sus caballeros es literalmente el censo de sus naturales. Todos ellos supieron advertirme, cuando me creyeron apenado y triste, que sus brazos y sus corazones estaban abiertos para mí. No me preguntaron por qué venía, sino cómo venía. «Amigo –escribió saludándome Ramón Acín– sospechamos que llevas una cruz y los aragoneses, tus hermanos, queremos ser tus cirineos».

A Huesca torno esta tarde, salmantinos. En Huesca, hasta el otoño. Y he de volver muchas veces, muchas, aunque mejor será decir que «quedaré» para siempre en Huesca. ¿Qué queréis? Los que no habéis gozado de las mieles del destierro, no podéis aspirar el perfume de estas flores baturras...

El Adelanto (29-04-1926)

¡Huesca, Madrid…!

¡Huesca, Zaragoza, Guadalajara, Calatayud...! Madrid. Noche perfumada y tibia, primaveral. Los coches, los taxis, los autos, en la estación del Mediodía; la faz redonda y ancha, de prior carmelitano, del amigo Indalecio Prieto, en Regina; la charla alegre, absurdamente pintoresca, graciosísima, del gitano Romero de Torres en la Granja del Henar:

– ¿Oye, tú, no vienez coztipao? ¿Hay morenitaz en Huesca?

– ¡No, hombre, no! No vengo constipado. Y hay morenitas deliciosas en Huesca.

– ¿L'habraz diñao de frío?

– He andado a cuerpo, Maestro Julio.

¡Otra vez, Madrid, y estos queridos amigos, y este ambiente de cordialidad y de respeto al que trabaja y al que lucha! Queremos ver a todos, abrazar a todos. Y los vamos viendo, poco a poco.

Ya hemos gozado de la algarabía de «El Liberal»; y nos ha hecho un mono «Bon», en el «Heraldo»; ya nos hemos tumbado en el diván de la casa amiga, a la vera de nuestra «sobrinita»,

a la que Dios ha dado una nena morena, de ojos azules y plácidos, «Mechita», que nos sonríe y retiene nuestros dedos, así santificados con los suyos de nácar y de rosa. ¡Madrid, Huesca...! Y si no fuera por este Indalecio, por este Julio, por estos queridos camaradas de «El Liberal» y del «Heraldo», por la sonrisa de esta «Mechita», nuestra primera sobrina nieta, nos sentiríamos en el destierro. En el destierro de una ciudad grande, inhóspita, donde las caras tienen miradas duras y gestos indiferentes y de desdén. Pero nuestra alma vibra y es todo un santuario...

¡Huesca, querida Huesca, Huesca del Coso y de Santo Domingo, de San Jorge, de los canónigos con chepa o joroba de alambre, de los corazones majos y de los liberales sinceros y valientes; qué dentro del corazón te llevo, Huesca mía! ¡Anhelo volver a tu regazo, madre! ¡Qué horas más plácidas y más puras he vivido en tu regazo, «Urba Victrix Osca»[257]!

Este Madrid, donde tanto he luchado, donde tanto he sufrido, es para mí, como lo fue para Querol

... la estéril rama
donde el ave, al marchar, duerme una noche.

Y deseo volver al Alto Aragón. A mis libros, abiertos, que me esperan.

A pasear por las «Miguelas» a la caída de la tarde. A levantarme con la aurora, para llenar el número de las blancas cuartillas que me esperan cada día. A pasear, a las siete y media, por el Coso, con mis «sobrinas» hasta la hora de la cena.

¡Alto Aragón de mi esperanza, qué hermoso eres! Que Dios, que el buen Dios de Aragón, me consienta tornar cuanto antes a tu regazo, fecundo y esperanzoso. ¿No ves, Dios mío, que mi destierro comenzaría «ahora», «ahora» precisamente?

El Adelanto (15-05-1926)
El Diario de Huesca (20-05-1926)

Éibar y la libertad

El viaje a Éibar, desde San Sebastián, por el ferrocarril de la Costa Cantábrica, es, sencillamente, una delicia. Aldeúcas guipuzcoanas como nacimientos; vaquitas rojas; carritos que chirrían en el silencio azul de la mañana; allá, a lo lejos, el mar brama furioso y descontentadizo… Pasamos por Deva, y dejamos Zarauz a la izquierda, con sus villas encantadoras… Éibar, al fin… Abrazamos a los noblotes y honrados obreros de Éibar; organizamos, en un santiamén, el recibimiento de los estudiantes de Salamanca, al frente de los cuales vengo yo como profesor de lengua italiana de aquella Universidad.

Estos amigos de lucha y de combate y de horas amargas –Toyos, Echeverría– me preguntan por don Miguel de Unamuno. Sí; está muy bien. Ayer lo vi en Hendaya; traigo muchos abrazos del glorioso pensador. Está muy bueno, muy gordo, muy sonriente, muy trabajador; de política no da curso, como de costumbre… Lleva boina vasca, vive en un hotelito franciscano, cerca de la estación… Sueña con Martínez Anido[258] y con Primo de Rivera…

– ¿Cuándo se va *esto*? Añaden.

¡Ay! Yo no lo sé. No lo sabe nadie. Acaso nuestro destino es soportar esto largamente. Lo merecemos, tal vez.

Y del bracero de mis honrados y nobles eibarreses, salgo a ver la población. En su totalidad, Éibar es una población de trabajadores. Chimeneas, fábricas, más fábricas, cooperativas de producción y de consumo, una Casa del Pueblo, orgullo de la ciudad.

Entre montes está Éibar, el pueblo que vio nacer a Ignacio Zuloaga, que habiendo podido heredar –íntegramente– el patrimonio de Goya, se ha convertido en un marchante más, que zascandilea por los bulevares parisinos. Entre montes está Éibar, en un hoyo u hondón. Un riachuelo sucio y pardo circula por las calles; hay puentes musgosos y evocadores; hay rincones típicamente guipuzcoanos.

[257] Título romano que recibió Huesca y que significa *Huesca, Ciudad Victoriosa*.

[258] Severiano Martínez Anido (1862 – 1938). Militar español que alcanzaría el grado de General. Encargado de la represión del pistolerismo anarquista en Barcelona, ocuparía los cargos de ministro de la Gobernación, y vicepresidente del Consejo de Ministros durante la Dictadura de Primo de Rivera; y ministro de Orden Público en el primer gobierno del Franco durante la Guerra Civil Española.

Las nubes velan las copas o cimas de los montes. Los rostros parecen arrancados de un dibujo de Arrue. Espaldas anchas, tórax soberbios, caritas de niños. Y el corazón como las caras: de niños también.

Las chicas

Mis estudiantes –digo a Toyos, el obrero de más prestigio de Éibar– tienen que nombrar sus presidentas.

– ¿Señoritas?

– No; obreras

– Las hay preciosas…

– Pues, las más preciosas…

– Verá usted, Sánchez Rojas… Hay cuatro monísimas. Trabajan en la Cooperativa Alta. Se llaman Digna, Petra, Paulita y Juanita. ¿Nombradas?

– Nombradas

– ¿Quiere verlas?

– ¡Sí!

Las nenas trabajan en los escritorios. Digna es una princesa robusta de ojos azules y de reposado y sereno andar de diosa. Petrita tiene unos ojitos pícaros de travesura. Paula es una niña menuda, señoril, aristocrática, finísima. Juanita –Juanita Gabilando–, que nació en Buenos Aires, de padres obreros, vino de niña a Éibar. Es regordeta, coloradita; cumplirá diez y seis años para octubre. ¿Recordáis a *Maximina* de Palacio Valdés?

Hablamos. Sonreímos. Quedan nombradas madrinas de los estudiantes de Salamanca. Cenarán con nosotros esta noche en el hotel. Las nenas están radiantes de contento; yo también… Y saldrán a la estación a recibir a los chicos.

A las siete –en el Correo– llegan estos.

Quince mil obreros los reciben en la estación, entre vivas atronadores a España, a Unamuno, a la libertad, a la juventud, única fuerza de mañana. Triunfalmente, vamos a la Casa del Pueblo. Yo voy de bracero, a la cabeza, con Paulita y con Digna. Toyos nos recibe en la casa obrera con palabras llenas de emoción. Yo habló de Unamuno… Tengo el corazón en los labios, y concluyo, entre sollozos… ¡Viva nuestra España!

El señor alcalde

El señor Alcalde me llama a su despacho. Acudo. Me recibe groseramente. Me habla de unas hojas que se han lanzado a la publicidad… Yo no sé nada de tales hojas… Me amenaza con la cárcel, con la deportación: me encojo de hombros.

– ¡Ojo, eh! –me dice el alcaldete–. El delegado de mi autoridad tiene orejas.

– Oídos querrá decir el señor Alcalde –interrumpo respetuosamente.

El delegado policíaco, que presencia el diálogo, no sabe si protestar o sonreír. Opta por sonreír.

– Usted ¿Qué va a decir? –me añade el Alcalde.

– Lo que deba –contesto.

– ¡Estos comunistas…! –interrumpe

– Yo –replico– no soy, ni he sido, ni creo que seré jamás comunista. Todo lo contrario. Para hablar de una cosa, lo primero, señor Alcalde, es enterarse…

– Yo me entero siempre…

– Pues, no se conoce –le digo.

Dejo aquel despacho. Vamos al teatro. El delegado encuentra correctas mis palabras. El Alcalde no deja bailar a mis escolares con las obreritas. Y los obreros, y las princesas, y los estudiantes, del brazo, seguidos de la banda escolar, cantamos y danzamos en el silencio augusto de la noche.

La luna platea los montes. Se oyen zorcicos amorosos e infantiles. La dulce parla de Paulita refresca mi corazón de estudiante y de poeta.

¡Obreros y niños de Éibar: os llevo conmigo y ya no podré olvidaros jamás!...

El Hogar (13-08-1926)

"Sol entre nieblas"

Nuestro querido compañero Pepe Sánchez Rojas, que descansa breves días entre nosotros, acaba de escribir una novela de forma autobiográfica titulada "Sol entre nieblas". En el mes de Octubre aparecerá en Madrid. Un fragmento inédito de la segunda parte del libro ofrecemos hoy a nuestros lectores en la seguridad de que sabrán agradecérnoslo.
Dicen así estos dos capítulos de la novela "Sol entre nieblas":

I

Impresiones de Salamanca
Recuerdos de Adolescencia

Mi primer viaje formal fue a Salamanca. Me llevó mi madre en la diligencia-correo que salía todos los días desde Alba a la capital; aún no se había construido la línea transversal de Plasencia-Astorga. Se salía de la Puerta del Río, por el Puente Romano, desde Alba. En el coche iba un ordinario, buena persona, que se llamaba Salazar y que fue hablando todo el camino de saludadores. Pasamos los ventorros; llegamos a Terradillos. Alba, vista desde aquel altozano, tiene todo el aspecto de una gran ciudad. "Aquesta tierra de Alba tan nombrada", que dice Garcilaso en su "Égloga segunda", cuando habla del Castillo de los Duques y del preceptor de los Álvarez de Toledo, Padre Severo, es gredosa y pizarrosa. Las torres de las parroquias se espejan en el río. Unas viejas solanas del siglo XVIII relucían al sol de aquella mañana fría y cristalina de Diciembre. La vieja torre de San Pedro –ya desaparecida– encalada, tenía tonalidades añiles a las siete de la mañana que salía la diligencia. El Castillo, el torreón del Homenaje, daban sensación de cosa vieja y rugosa. Me encantaba contemplar mi pueblecito desde la ventanilla.

Una serie de sorpresas fue aquel viaje para mí. Los montes de Valdesantiago y de los Perales, primero; después, la fuente llamada de Santa Teresa donde es fama que se detenía a descansar la monjita andariega con su hermano en encendimiento espiritual, Juan de la Cruz, el de Fontiveros; el pueblecito de Calvarrasa. Nos deteníamos en la sucia venta a almorzar chorizo, lomo o huevos. La ventera, pitañosa, sobre un mantel que tenía todos los colores del arco iris, servía las viandas regionales. "Caguetas" el cochero no cesaba de cantar y de dar voces. Las mujeres se sentaban en la cocina, frente a la lumbre de pajas, y los hombres almorzaban en el vestíbulo o antesala del mesón.

De Calvarrasa a Salamanca se hacía muy poco pesado el camino. Pronto se descubría la torre de la Catedral Nueva. Una mancha de árboles indicaba el encuentro de varias carreteras y calzadas. Se descubría la ciudad dorada, roja de gusto de tanto como la besa el sol; Santo Domingo, la Torrecilla de la Universidad, el campanario de la Clerecía, el enorme lienzo del Convento de la Merced. Entrábamos en el Puente Romano. Carreteros en invierno; charros con el trigo de las ventas a casa de los señores en el estío. Campesinos graciosos y señoriles cabalgando sobre yeguas lozanas. La calle de San Pablo; la estatua de Colón con una pantorrilla más gruesa que la otra; la casa de la Salina; la Plaza Mayor, en fin.

Salamanca me parecía la ciudad por excelencia. No podía soñar que hubiera en el mundo nada más bonito ni agradable. La Clerecía, tan pesada, tan maciza, tan recargada de pormenores, me parecía el prototipo de la grandeza. La Casa de las Conchas –me habían dicho que detrás de cada concha había enterrada una onza de oro– me gustaba también mucho. Pero, sobre todo, lo que más llamaba mi atención era la casa de don Vicente Oliva, en la calle de la Rúa. Es una casa moderna, que tiene una pequeña fachada árabe y cristales policromados. No me hartaba de mirar aquella casa del padre de mi amigo Nicolás Oliva. Hubiera cambiado la casa de las Conchas por un cristal de aquellos.

Recuerdo exactamente mis primeras impresiones de adolescente en torno a Salamanca. Hoy me sorprende y maravilla, sobre toda ponderación, la elegancia que llevó el Renacimiento a la ciudad del Tormes; de niño me gustaba más la parte vieja; el puente, las tenerías, el paredón de la Merced, las casitas de la Puerta del Río, las callejas estrechas que forman el barrio universitario. Era lo que mejor conocía, porque mi madre tenía una amiga en la calle de Libreros. El trayecto de la diligencia, además, era el más castizo que podía imaginarse. Entraba, como he dicho, por el Puente Romano y se detenía en el Corralón del Parador de los Toros, que está en la Plaza.

La Plaza me gustaba mucho, pero era demasiado grande para mi impetuosidad. Como es tan cuadrada, bien que solo en apariencia, no me daba nunca cuenta de cuál era la derecha y cuál era la izquierda. Tenía que guiarme del reloj del Concejo cuando me dejaban solo.

Me preocupaba mucho la frase de don Nicolás, que jamás decía Salamanca, sino "Roma la Chica". A mí no me parecía tan chica Salamanca, sino todo lo contrario. Me llevaron a la Universidad y vi unos señores serios y acartonados con sombrero de copa; aquello me parecía tan ridículo que me eché a reír como un solemnísimo tonto que yo era.

Cuando iba con mi madre, andaba de compras: los comercios de telas me aburrían de un modo atroz. Sentía ganas terribles de coger la vara de medir y de comenzar a baquetazos con aquellas señoras que se ponían tan pesadas. No comprendía y no comprendo hoy tampoco que fueran tan meticulosas en la elección de un color o de una tonalidad.

E hice un descubrimiento. Llegué a saber el color favorito de algunos pueblos de la provincia. Los más chillones y vistosos los elegía Peñaranda: verdes rabiosos, azules insultantes, rojos de sangre de cocho[259]. Alba seguía en su predilección por los tonos cálidos a Peñaranda. Vitigudino tenía la virtud de elegir lo que se llevaba precisamente en la temporada anterior. Béjar y Ledesma tenían bastante mejor gusto y preferían lo discreto y lo opaco.

Aquel descubrimiento me valió, años después, una magnifica cena.

Apostado en una de las aceras de la Plaza, un día de toros, apoyándome, por cierto, en un escaparate de la librería de la señora viuda de Calón, aseguré a un amigo que sacaría la cédula de vecindad de las forasteras por el tono del traje que llevasen.

Verde rabioso:

– ¡Peñaranda!

Investigación al canto. Peñarandiña la interesada.

Amarillo crema:

– ¡Alba!

Sombrerito del año pasado:

– ¡Vitigudino!

Una cosa discreta:

– Si tenía buena dentadura, Ciudad Rodrigo. Si estropeada –las aguas del río Cuerpo de Hombre destruyen el esmalte de los dientes– Béjar.

Y mis deducciones no fallaron ni una sola vez.

Fue un éxito redondo.

Mi padre me llevó a los toros cuando se inauguró la Plaza Nueva. Torearon –si no recuerdo mal– Mazzantini, Guerrita y Reverte. El despejo de la plaza me encantó. La suerte de varas, en cambio, logró disgustarme grandemente. El tercio de banderillas me gustó mucho; recuerdo la calva y el gesto avinagrado de Guerrita banderilleando y hasta aquellas clásicas y ceñidas medias estocadas con que remataba sus faenas. De Mazzantini –el diputado provincial de Sánchez Guerra– oí decir que era un magnífico director de lidia. Reverte, osado, atrevido, intrépido, inquieto, juguetón, me pareció el mejor de los tres espadas.

Pero no volví a los toros; el teatro me gustaba infinitamente más. En el Liceo de Salamanca vi, por primera vez, "La tempestad" de Chapí y Ramos Carrión, que me causó escalofríos de espanto.

Al colegio

El día 27 de Septiembre de 1895, salí con mi madre a Ciudad Rodrigo; me separé de los míos para ingresar, como alumno interno, en el Colegio de San Cayetano, que dirigían excelentes sacerdotes de aquella ciudad. Cinco horas de ferrocarril separan a Salamanca de Ciudad Rodrigo. Llegamos de noche. Dormimos en casa de una familia amiga. El aspecto de la población me gustó mucho; apenas pude conciliar el sueño pensando cómo sería de día aquella ciudad maravillosa, donde yo iba a pasar nueve meses seguidos, cursando el primer año de bachillerato.

De día confirmé mi impresión benévola de la noche. La casa donde nosotros, mi madre y yo, dormimos, daba a una plazuela que tenía un palacio muy lindo: el de los Condes de Montarco. A diez metros de la casa, estaba también la Puerta del Conde con sus fosos y contrafosos. La Catedral viejecita, anciana, con sus cornisas llenas de balazos y con la bola de la torre abollada del cañón francés, también era muy simpática. Me gustó tanto Ciudad Rodrigo, que apenas me acordaba del momento doloroso de la separación de mi mamá. ¿Qué dolor deja huella a los diez años?

Fuimos al Colegio de San Cayetano. Está frente a la muralla de la vieja Miróbriga. Es un caserón viejo y simpático, con dos patios cuadrilongos y dos inmensos corralones de fines del siglo XVIII. Me encargaron la sotana de paño de Torrejoncillo, el bonete cuadrado y sin picos, el man-

[259] Cerdo (RAE)

to, sin mangas, de paseo y de los días festivos, y las becas azules. La sobrepelliz, encerrada en una magnífica bolsa de azul claro, me la habían bordado las jesuitinas de Salamanca. Compráronme un vasito de metal claro con mis iniciales y el cubierto. Aquello era muy interesante y esperaba con ansia la hora de encerrarme en el Colegio.

El 29, por la noche, dormí en la Galería de San Juan. Nuestros cuartitos, sin techo, estaban separados por un liviano panderete... Rezamos el rosario en la capilla; en el refectorio nos dejaron hablar; intimé en seguida con dos hermanos de mi edad, naturales de un pueblecito del partido de Vitigudino –Cubo de Don Sancho– que se llaman Melchor y Salvio.

Me puse la sotana y el bonete; mi madre me despidió, reteniéndome con gula entre sus brazos. No había salido de la portería cuando ya estaba yo correteando con mis amigos Salvio y Melchor. Preguntaba los nombres, las rarezas de los señores profesores.

El de Latín y Geografía era un pobre bendito licenciado en Filosofía y Letras, llamado don Casiano Sánchez Aires, que tenía un rostro enfermizo y bonachón, un hongo pardo y una capa raída. El de Religión y Moral era un curita muy simpático –hoy canónigo de Coria– llamado don Francisco Vals Valencia, hombre muy elegante, así en su atuendo como en sus preferencias espirituales, según pude observar después en los cinco años que fue profesor mío de distintas asignaturas.

Celebramos la apertura de curso con una fiesta solemne en la capilla; había un bajo, Macario, que cantaba muy bien, y un tenor, Saturnino Galache, de Lumbrales, que no cedía en pureza de timbre al buen Macario. Los colegiales cantaban a coro; los pipis, es decir, los alumnos de primer año, oíamos a los mayorcitos que ya sabían los cantos de memoria.

Compramos los libros de texto; el Reymundo Miguel de Latín, la Geografía –que tenía tiradas en verso de las cuales era autor el propio don Casiano– y el Bernardo Sánchez Casanueva, de Religión y Moral. La Gramática me aburrió, al hojearla; no así la Geografía. Había sin embargo, cosas que no entendía bien. Por ejemplo, una estrofa remataba de esta suerte: Con pesca de escabeches en Bermeo.

Yo creía que no se pescaban los escabeches. ¡Pero cuando don Casiano lo aseguraba en letras de molde!... Hablando de los partidos judiciales de la provincia, así rimaba el excelente don Casiano:

Son cabezas de partido judiciales:
Alba que el Tormes arrulla
guarda de Santa Teresa
gloriosos restos mortales.
Ciudad Rodrigo, en amena
situación al pie del Águeda
tiene linda Catedral,
seminario, fortaleza.
Por sus fábricas de paños
es bien conocida Béjar,
que, cual Sequeros está,
en una fragosa Sierra
y Peñaranda de Bracamonte
con fábricas de paño y jergas.

Italia –en 1895– se dividía, para el buen don Casiano, en el Piamonte, la Lombardía, Nápoles, Sicilia, Toscana y los Estados Pontificios. Los ríos del Asia eran siempre muy caudalosos. Y se pescaban escabeches en Bermeo.

Choqué enseguida con el excelente don Casiano; en cambio, me hice gran amigo de don Paco Vals. Choqué con don Casiano por mi inquietud. Además me hacía reír cuando se enfadaba. Continuamente, tenía el mismo estribillo:

– ¡Chuchumeco! ¡Mamarracho! ¡Monigote!

Y me tiraba de las orejas con bastante confianza y con las escasas fuerzas que al pobre le quedaban.

Supe que tenía un terror pánico a los murciélagos; decidí por ende, meterle murciélagos en la clase.

La presencia y el revoloteo de los quirópteros sacaba de quicio al bondadoso autor de la Geografía. Había una "razzia" general de tirones de orejas. Otras veces, cubría su cabeza con el hongo pardo y se marchaba de la clase, asustadísimo.

Don Paco era de otra manera. Bonachón, franco, agradable, inteligente y tolerante con los revoltosos que yo tenía el honor de capitanear. Creo que sentía una real antipatía por los empollones. La inquietud era para él una prueba de robusta salud y de normal funcionamiento fisiológico. Nos contaba cuentos, chascarrillos; "explicaba" las lecciones y no se conformaba, como don Casiano, con preguntar la lección. Además, no exigía las lecciones de "carrerilla". Quería el sentido, no la letra de las cosas. Y allí la "diñaban" –como decíamos en el colegio– los empollones. Cuando les preguntaba don Paco qué querían decir, no sabían lo que querían decir. Los más revoltosos éramos sus amigos más entrañables. En la clase de don Paco Vals nos liberábamos de las dos clases machaconas "ancien régime", de don Casiano.

Cuba, Maceo

Coincidieron los estudios del bachillerato con la vergonzosa guerra colonial. Ciudad Rodrigo es un pueblo de curas, de militares en activo y de militares retirados, y por lo tanto un pueblo muy patriótico. La gente estaba más que excitada con las noticias que se recibían de Ultramar. Weyler, Blanco y Primo de Rivera, eran considerados como unos portentos en las tertulias del Casino. Nunca había existido una Infantería como la española.

En nuestros dominios no se ponía jamás el sol. Los Estados Unidos, eran un pueblo de bobalicones y de cobardes; un marino se había presentado en Nueva York con un barquito, construido en Vizcaya, asustando a la escuadra yankee. Nuestra prensa era muy patriótica, además de muy culta, y en el Congreso había unos picos de oro que daba gusto oírlos. Con picos de oro se arreglaría nuestra guerra colonial.

Recuerdo aquellos días. Yo también –¡pobre de mí!– me uní a la excitación ambiente. Recuerdo que escribí una carta patriótica a mi buen maestro don Nicolás que le hizo rugir de entusiasmo.

¡Otumba, Lepanto, Bailén, San quintín, Covadonga!

El peso de nuestra epopeya nos hacía invencibles. Los leones se comen siempre a los cerdos. Además no había uniformes en el pueblo de las máquinas de coser, ni eran posibles los trasportes en el pueblo de los ferrocarriles, ni había municiones en los depósitos de Chicago, de Nueva Orleans y de Nueva York. Nos los íbamos a comer crudos. En el Congreso de los Diputados se pronunciaban discursos grandilocuentes; en las columnas de los diarios aparecían artículos donde se demostraba que la victoria sería nuestra…

¡Ay! Recuerdo con espanto aquellos días tan ardorosos. Yo tenía un primo por afinidad en Cuba, médico militar, que no pintaba las cosas tan de color de rosa. Pero el primo era un loco; además era ateo y tenía "malas" ideas.

Las cosas marchaban bien para nuestras armas. Nosotros vibrábamos de indignación ante los insurrectos. Salvio y yo éramos de los más patriotas. En los patios del Colegio cantábamos una habanera:

¡España!
que es la patria del Cid Campeador,
y de Doña Isabel,
vencedora en Lepanto, Madrid, Zaragoza,
los Bruch y Bailén.
Ante tu cetro,
todo el mundo tembló
porque tu escudo
simboliza el león…

Y matábamos a los yankees [sic] a fuerza de pulmones.

Mataron a Maceo[260]. Hubo una manifestación de alegría popular. Los colegiales nos adherimos al entusiasmo común. Nos dejaron salir del Colegio. Era un día soleado y alegre que la anormalidad convertía en simpatiquísimo. Salimos a la calle confundidos con los manifestantes. Músicas, cohetes, aclamaciones, versos conmemorativos. Al fin habían mordido el polvo los malos hijos de España. Antonio Maceo se había llevado lo suyo. El terrible cabecilla –que peleaba por la libertad de su país– las había pagado todas juntas ante el melenudo león de San Quintín.

[260] José Antonio Maceo Grajales (1849 – 1896). Líder independentista cubano.

Los soldados iban emparejados con nosotros. Las mujeres seguían a la música y los chiquillos no se hartaron de dar voces. Salvio y yo, que íbamos juntos, recordábamos la guerra de la Independencia. Allí mismo, ante aquellas viejas, gloriosas murallas, Marmont había huido cobardemente ante la pachorra del General Pérez de Herrasti, en colaboración, todo ha de decirse, con la flema de Lord Wellington, Duque precisamente de Ciudad Rodrigo. ¡Y pensar que cuatro mambises nos iban a derrotar! ¡Era cosa de reírnos!

Y nos reímos. Nos reímos toda la mañana. Don Mateo, el profesor de Matemáticas, leyó desde el balcón del Municipio unos versos preciosos que sonaban muy bien. Aplaudimos a don Mateo con toda la ingenuidad de nuestro corazón de doce años. Era el primer poeta de España; el apotegma del Colegio. Habló después el alcalde. Luego distintas representaciones de las fuerzas vivas echaron su cuarto a espadas. El pueblo rugía desde abajo; Salvio y yo llorábamos a moco tendido cada vez que los oradores nos obsequiaban con un latiguillo que podíamos descifrar con la historia de España de Sánchez Casado. Y sonaba la marcha de Cádiz. Lejos, en tierras ultramarinas, mientras tanto, se morían de frio, sin uniforme, los soldados norteamericanos.

Acababan los discursos. En el balcón se encaramó el último orador; un diputado provincial, menudito, que tenía una mujer muy guapa que nos daba flores cuando íbamos de paseo a su jardín. El hombre, que no había dicho nada a guisa de exordio, pronuncio literalmente estas palabras:

– "¡Mirobrigenses! ¡No digo más porque lloraría!" Y lloró

Y con él nosotros. Y hoy, cada vez que recuerdo este episodio –tan cómico– no me harto de reír:

– "¡Mirobrigenses! ¡No digo más porque lloraría!"

He aquí la literatura del desastre.

II

El Obispo Mazarrasa

Don José Tomás de Mazarrasa sacerdote nacido no sé si en las montañas de León o de Santander, fue nombrado Obispo de Filipópolis y administrador apostólico de la Diócesis de Ciudad Rodrigo cuando el gobierno español, de acuerdo con el Vaticano, restableció aquella Administración Apostólica con su Colegiata. El señor Mazarrasa fue nombrado Obispo en 1885, me parece, el mismo año que yo nací, y murió en su Casa Episcopal de Ciudad Rodrigo, ya octogenario, en 1902 o 1903.

Guardo el más dulce recuerdo de aquel santo anciano. Vivía en la mayor pobreza. En cierta ocasión, los ricos de Ciudad Rodrigo amueblaron su palacio para recibir a unos prelados que asistían a un Congreso archidiocesano; el señor Mazarrasa vendió los muebles, después de utilizados, y repartió su valor entre los pobres. Otra vez le regalaron un coche con mulas; vendió las mulas y el tronco y también repartió los cuartos entre los necesitados, que le adoraban. En fin, con un socialista de Ciudad Rodrigo, Casimiro Muñoz, le ocurrió una incidencia muy curiosa. Le encargó unos cientos de boinas para unos asilados. Le pagó la mitad de su valor:

– Mira, Casimiro –le dijo–. Tú eres socialista; yo, también. Pero tú eres más rico que yo; de modo que, el regalo, chico, lo hacemos a medias. ¿No te parece?

Don José Tomás de Mazarrasa andaba solo por la ciudad, con la sotana literalmente remendada y con las botas cristianamente rotas. Es que materialmente no tenía jamás una peseta el santo Obispo. Se levantaba con el alba a despertar a sus criados y familiares, a los que llamaba "señoritos". Abría las ventanas de su cuarto y hacia su cama. En seguida comenzaba sus oraciones en aquel cuartito, donde no había más que un Crucifijo de madera, una mesita de pino, dos sillas rotas y el humilde lecho de colegial. Decía su misa el señor Mazarrasa, desayunaba chocolate con agua y salía por la ciudad con su breviario. Si reñían unas mujeres, las separaba y las reconciliaba, dándolas las monedas de cobre –rara vez de plata, porque no las tenía– que llevaba en el bolsillo. Si los rapaces andaban en alguna gresca, apedreándose entre ellos, mi buen Obispo los separaba con sendos tirones de orejas, y trocado en esbirro, les devolvía a la autoridad paterna, después de reñir a los padres bastante más que a los retoños. Era amigo de todos; a todos tuteaba. A las casadas las llamaba "pecadoras", aquel anciano que murió puro como había vivido toda su vida, y a las mal casadas, las arreglaba los papeles con el juez y con el cura, para que celebraran el matrimonio con la solemnidad que demandan las honestas costumbres de los pueblos.

Predicaba mucho el buen Obispo. A la pata la llana siempre, sin circunloquios retóricos. Diciendo todo lo que quería decir, sin falsos respetos humanos y con una unción que encendía fervorosamente el espíritu. Odiaba la retórica con toda su alma. Sabia más, mucho más, infinita-

mente más de lo que aparentaba. Era un agudo y formidable psicólogo el señor Obispo. Estaba siempre contento y alegre. Aquel hombre conoció la niñez perenne durante toda su vida.

Por el Colegio iba bastante el señor Obispo. A mí me quería mucho. Iba por la octava de Santa Teresa con gran frecuencia a Alba de Tormes, siendo huésped de las Hermanitas de la Caridad, en el hospital de Santiago. Mi padre era de la Junta del hospital, cargo gratuito en el que puso los mayores entusiasmos de su vida, hasta el punto de comprobar por sí mismo, a diario, la calidad de los alimentos que se daban a los enfermos, y el señor Obispo y mi padre se conocieron, e intimaron mucho. Les encendía el mismo amor de caridad al Obispo católico y al ex-concejal republicano. Los usurerillos conservadores murmuraban porque el señor Obispo fuera a visitar a mi padre y de que fueran los dos excelentes amigos. Por esa amistad fui yo al Colegio de San Cayetano, de Ciudad Rodrigo.

– ¡Mira, Andresito –decía el señor Obispo a mi padre–. Ya que estás tu pervertido y eres herejote, aunque seas buena persona, no es cosa de que se te pervierta el niño! Que vaya a Ciudad Rodrigo y allí le criaremos en el santo temor de Dios... en el santo temor de Dios, que es principio de toda sabiduría: "timor Domini, initium sapientiae"... Esas monjitas, ¿cómo van? ¡Tenéis, caray, buenos garbanzos en el hospital! Cuando mangoneaban aquí los curas, eran duros como balas. Oye, di a Sor Francisca que traten bien al enfermo ese de la Sala de la Trinidad. Es un buen chico. Anoche confesó conmigo. ¡Pobrecito! No tiene padre ni madre, ni perrito que le ladre. ¡Está tísico perdido! Le dejé anoche un duro debajo de la almohada. No tenía más, Andresillo. Tú no sabes cómo es Antonio Calama; siempre me deja a la cuarta pregunta. Y luego, ¡el asilo de ancianos me consume la paga de los dos mil durejos, mal contados, que me dan! Gracias a que aquellos feligreses míos, Clemente, Luis, la Condesa, se portan bien conmigo. ¡Pues podrían hacer otra cosa! Para eso les ha dado Dios el dinero; para que enjuguen las lágrimas de los que lloran. ¡Pícaro dinero, y cuánta falta me hace siempre, Andresillo!

Se contaba del señor Mazarrasa que vino a Palacio a solicitar un indulto. Era queridísimo de los Reyes el santo varón. Pues entró a saludar a doña María Cristina y, tuteándola, según costumbre, la recriminó ásperamente por el lujo que allí reinaba, y la dijo que, de seguir por ese camino, se condenaría por toda una eternidad.

Los cortesanos se miraban asombrados.

Tarde dulce, abrileña. Los colegiales entramos en la Catedral. El señor Obispo se ha puesto muy malito; vamos a viaticarle. Yo soy el acólito encargado de sonar la esquilita, anunciando la presencia del Rey de los Reyes.

La Catedral está literalmente invadida de fieles: solamente se han quedado en casa los enfermos. Hay una gran tristeza en todos, pero en todos los rostros. ¡Dios quiera que las ovejitas no se queden sin pastor!

Don Casiano, con las manos temblonas, recoge su hachón para alumbrar; está llorando a mi vera. Yo también estoy conmovido hasta las entrañas más profundas de mi espíritu y prometo al buen Dios quedarme sin postre ocho días para que salve la vida de mi Prelado. Ni un ruido, ni una voz. Miles de personas acompañan el Santísimo a Palacio. Yo toco la esquilita y la esquilita no repica; llora como yo y llora como don Casiano.

– "Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam!"[261] – reza, lloroso, don Antonio Calama. Suena la esquilita, mi esquilita...

... "Et in peccatis concepit me mater mea"[262]. Y los pájaros pían con tristeza. Y el aire se detiene ante la majestad del momento y ante el dolor unánime de la ciudad. Don Clemente de Velasco, el señor Alcalde, camina como absorto, entre las autoridades. Se oye la crepitación de la cera de los cirios. Mi madre, que ha venido a verme porque son las Pascuas de Resurrección, reza entre la multitud, angustiada. A don Casiano se le acaba de caer un lagrimón; tiene el hongo pardo, lleno de manchitas de cera, porque el cirio tiembla entre sus manos largas y huesudas, manos de un caballero toledano del Greco. Los socialistas, los republicanos –que días atrás dieron un mitin que presidió don Nicolás Salmerón– figuran también entre las filas. Hasta un cura renegado está

[261] "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu gran misericordia." *Miserere* de Gregorio Allegri.
[262] "Y en pecado me concibió mi madre." *Ibidem*

allá, en la Puerta de las Amazuelas de la Catedral, pidiendo por su Obispo. Y con nosotros van los soldados del regimiento, y los ancianos del asilo, y las colegialas del Colegio de Santa Teresa.

– "Ecce enim veritatem dilexisti: incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi!"[263]

Subimos las escaleritas de palacio; los criados, los familiares, no dejan títere con cabeza. Se advierte que el amo falta.

Entramos en el cuarto del señor Obispo.

– "Averte faciem tuam a peccatis meis": –murmura don Antonio– "et omnes iniquitates meas dele![264]

El enfermo está en su lecho; flaco y alegre está. No levanta los ojos del suelo.

– "Miserere mei, Deus; miserere mei, miserere"[265] –sollozamos todos.

Sí; el buen Dios se compadece de mi Obispo.

Mejora lentamente; está salvado; yo me he quedado sin postre durante ocho días.

El señor Obispo ha de vivir todavía algunos años más enjugando las lágrimas de sus diocesanos de Ciudad Rodrigo, que no le han olvidado, ni le olvidarán nunca.

Don Isidoro Melones

Don Isidoro López Toribio, era el profesor de Agricultura y de Historia Natural. Gordo, sonriente, sano, satisfecho. Don Isidoro López Toribio tenía una gran afición a las plantas, y a los animales, y a los bofetones, y a los tirones de orejas, y a los apodos pintorescos, y un odio terrible al naturalista inglés Carlos Darwin.

Algún rencor personal debía tener don Isidoro, sin duda alguna, con el autor de "Un viaje alrededor del mundo". No era posible otra cosa. Eso de que los hombres procedieran directamente del rabo de los orangutanes, gorilas y chimpancés, que se divierten como pueden en la soledad de los bosques, se le hacía muy cuesta arriba a don Isidoro.

Estudiamos un texto evolucionista del catedrático del Instituto de Salamanca –luego de la Central– don José Gogorza. La lección cuarenta y tres trataba precisamente de la evolución de las especies. Aquel día se superaba a sí mismo el bueno de don Isidoro, que se pasaba "explicando" toda la hora:

– Está visto, caballeritos –comenzaba don Isidoro, tomando alientos– este Carlos Darwin, este mequetrefe, este mamarracho –por algo nació en Inglaterra, donde nunca sale el sol– era hijo de una mona y de un orangután. ¿Estamos? ¿No le han visto ustedes, caballeritos? Tiene una facha de mico, que da pena el verle ("Risas generales").

Y las patillas. ¿Han visto ustedes, las patillas de Carlos Darwin, caballeritos? Tiene pelo de zorra. ("Risas maliciosas"). A ver, don Honorato, si me hace el favor de no reírse, ¿estamos? Esto no es cosa de risa... ("Hilaridad general").

Don Isidoro comenzaba a amoscarse. Repartía unos coscorrones a derecha e izquierda. Renovado el orden en las filas, el buen profesor continuaba de esta guisa:

– ¡Pues sí, caballeritos! Como íbamos diciendo, ni al diablo se le ocurre –porque cuidado que es ocurrencia– que los hombres procedamos de tales animalitos. El que no esté conforme con ser hijo de Dios, y de Adán y Eva, que levante el dedo, porque aquí mismo le pego cuatro tortas, ya que ese tal no tiene concepto de la dignidad humana, ¿estamos? Además, el que es evolucionista insulta a su madre, ¿estamos? Queda demostrado, caballeritos, que el darwinismo no tiene pies ni cabeza.

Quedaba demostrado. Solamente a un inglés –a un hijo de esa Inglaterra que nos arrebató Gibraltar– podía ocurrírsele que el hombre procede derechamente de los gorilas de las selvas.

Damos la lección de insectos. Aquel día pregunta don Isidoro al pelotón de los torpes. No dan pie con bolo. Todos se atascan en la clasificación.

– A ver, señor Pérez – grita don Isidoro, ya congestionado.

– Ápteros, los que no tienen alas –responde Pérez.

– Muy bien. ¿Y qué más?

– Dípteros, con dos alas.

[263] "He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo: Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría." *Ibidem*

[264] "Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades." *Ibidem*

[265] "Ten piedad de mí, oh Dios; ten piedad de mí, ten piedad."

– ¡Adelante, hombre, con el carro, adelante! ¿Qué más?
– Afanípteros.
– ¿Qué son los afanípteros, señor Pérez?
El señor Pérez no sabe lo que son los afanípteros. Y musita despacio:
– Coleópteros.
– ¡Bueno, coleópteros! ¡A ver; una propiedad general de estos insectos!
Pérez, exclama:
– ¡Pues... pues que son fusibles al soplete!
Don Isidoro le tira la regleta, la tiza del encerado, el bonete que tiene sobre la mesa. Nos hartamos todos a reír.
Don Isidoro replica calmando su agitación y encarándose con el pobre Pérez:
"¡Oye, Pérez, coleóptero de mi alma! ¡Ven, que te voy a fundir al soplete!"
Sube el reo las escaleras del patíbulo. Don Isidoro va a darle un coscorrón; de pronto, se detiene y suelta una sonora carcajada.
Pateos, risas, algarada general... Salvio ha salpicado de mocos la sotana de tanto como se ha reído.

Bachilleres

"¡Ya somos bachilleres, mamá, ya somos bachilleres! Mándame cinco duros que ya tengo don.
Este verano lo pasaré contigo. Se acabaron el colegio y el manto, y el bonete y los inspectores, y el refectorio. ¡Al diablo con todo, mamá!
¡Mira, no te asustes! He estado en la cárcel media hora. Pues verás. Como ya iba a ser bachiller, tú comprenderás que no debía rezar la disciplina del Colegio con nosotros. La disciplina es buena para los "pipis", para los de primer año. Yo y Salvio, que te manda muchos recuerdos, pedimos permiso a don Santiago, el Rector, para que nos dejara salir de paseo. Como don Santiago está siempre de mal humor –por algo le llama Su Majestad el Obispo– nos dijo que nanitas. Entonces, yo y Salvio decidimos escaparnos, saltando a unas escaleras, por las tapias del corral grande, que miran a la casa de don Clemente, el Alcalde, que es tan amigo de papá.
Nos escapamos, y estuvimos de merienda en la Estación, comiendo conejo con patatas, lomo y queso. Me gasté el dinero y por eso te lo pido. Después fuimos al teatro nuevo que han hecho aquí, cerca de la Plaza, y nos fuimos al Paraíso a ver una zarzuela que se llama "Campanone".
¡Más nos valiera no haber ido! Figúrate que, en cuanto se alzó el telón, vino donde estábamos un policía con bigotes largos que se encaró con nosotros. Nos pidió el nombre y se lo dimos.
Y yo y Salvio fuimos a la cárcel.
Nos soltaron en seguida, pero peor fue el remedio que la enfermedad. Llegamos al Colegio y la emprendieron a tortas con nosotros. Además no nos dieron de cenar; hasta llegar a mi cuarto fui recibiendo pescozones de todo Cristo.
Hemos venido a Salamanca con don Julián. Mi padre, pasa las mañanas en el Instituto, pero no me ha recomendado a don Antonio Boyer, como tú querías. Habla con él de Tolstoi y de no sé qué cosas de Rusia y de la Revolución. Acabé ya con el grado de Letras y hoy "entro" en Ciencias. No tengo miedo. Además, como tú tienes tanta influencia con los santos, no habrá que lamentar ninguna desgracia. Además, no me toca don R... Por cierto que cuando se cruza con papá en el patio del Instituto, hace fú como el gato. Yo estoy con miedo, porque tú ya sabes cómo es papá, y temo que la emprenda con él a bastonazos.
Bueno, adiós. Si me mandas dinero, te querrá mucho tu hijo..."

"Madre: en Ciencias me han dado aprobado solo. Es que me tienen tirria, créelo. Bueno; yo tampoco estuve muy bien que digamos; la verdad por delante. Pero a los de Ciudad Rodrigo nos tratan como si fuéramos quintos. Es lo que dice don Julián; quieren acabar con estos Colegios los ministros liberales. Y se van a salir con la suya.
Ya soy bachiller; fíjate bien, ¡bachiller! Ahora estoy pensando qué carrera debo seguir. Me gustaría ser Ingeniero Agrónomo, y abogado, y médico, pero papá dice que esa es mucha tarea para un hombre solo y que ya nos pondremos de acuerdo este verano. Me ha prometido papá que en Agosto iremos a Portugalete. Yo tengo muchas ganas de ver el mar. Mira: me gustaría salir a un barco y caminar sin saber a donde, a ciudades extrañas y bonitas, y luego a otras, y luego a otras, y luego a otras...
Me dice papá que pongas mañana la mesa del convite. Nosotros iremos mañana a las diez, con Pepe el marino, en un coche; Pepe el marino tiene que visitar a un enfermo. Esta noche nos quedamos al teatro; también Manolo se queda con nosotros.

Hemos comido en el Pasaje. Te lo digo porque siempre me escribes que te lo cuente todo. Te advierto que me acordé de ti porque comimos flan. ¡Un flan más rico! Lo hubiera partido contigo de buena gana.

Dile a la nena que la llevo un juguete; una muñeca, que dice papá y mamá, que he comprado en el comercio de Prudencio, el de la Plaza. Y dile a Julianito que también le llevo a él una pelota, pero de las grandes.

He estado hoy con don Mamés. Fue a verme al Instituto. ¡Que viejo más agradable, mamá! Y es más alegre que unas castañuelas. Pero yo no te voy decir a ti como es, porque tú le conoces desde que eras niña y yo solo le conozco desde ayer.

Pero me parece que vamos a ser buenos amigos.

Tengo verdaderos deseos de ir a casa. Me gustaría dormir en la misma alcoba de Manolo. Entra fresco y la ventana va a dar al jardín. Aquí, en Salamanca, hace ya un calor espantoso. Eso sí; dormí bien, de un tirón, porque tú no sabes, mamá, lo bien que se duerme cuando es uno bachiller y cuando le esperan las vacaciones a uno.

Estoy muy contento; papá me ha comprado un reloj y Manolo me ha regalado otro bastante bonito. ¡Antes, ningún reloj y ahora dos de pronto! He metido uno en cada bolsillo y los pongo siempre de acuerdo. Eso sí; cuando no miro al reloj de la Plaza, no sé cuál es el que se adelanta y cuál es el que se retrasa, y los pongo a capricho y a la buena de Dios. Lo que viene a ser lo mismo, después de todo. ¿No te parece, mamá, que es igual que sean las seis menos cinco que las seis y dos minutos?

Ya no me acuerdo si tengo alguna otra cosa que contarte.

Como mañana nos veremos, de todo hablaremos largo y tendido."

Con nosotros se ha hecho bachiller Perico, que quiere estudiar para caballería en Valladolid. Ha hecho un grado graciosísimo.

– Vamos a ver, señor Perico –le preguntó don Fabián Ruano– ¿usted habrá ido al teatro alguna vez?

– ¡Puede! –le ha dicho con gesto chulesco Perico al Tribunal, atusándose los ricitos chulones de la frente.

– ¿Qué es eso de puede? –ha replicado enfurecido don Fabián–. ¿Ha ido usted, sí o no?

– ¡Vaya una pregunta! – ha seguido en el mismo tono de glacial indiferencia Perico.

– Eso quiere decir, ¿que ha ido usted, en efecto? –ha preguntado estrechando el cerco don Fabián.

– ¡Chipi! – contesta Perico.

– El tribunal se ríe. Don Fabián le pregunta cómo se llama el intervalo ese cuando se baja el telón y se suspende la representación hasta tal o cual jornada. Y le ha subrayado bien la respuesta don Fabián.

– "Entre acto" y acto. ¿Cómo se llama eso?

La mujer del quesero ¿qué será?

Perico se rasca la oreja. La contestación es, ciertamente, peliaguda. Repasa en su memoria, busca, escudriña. Al fin, halla una palabra salvadora en el desván de su magín.

– Se llama oda –responde satisfechísimo–.

Pausa.

El profesor de francés, señor Boyer, le pregunta con gran amabilidad:

– ¿Usted qué va a estudiar, señor graduando?

– Yo, para caballería, responde Perico.

– Aplaudo la determinación de usted –insinúa con socarronería gala don Antonio Boyer–. Ciertamente, ciertamente, aplaudo su determinación. Puede usted retirarse.

Y Perico recibe unas calabazas dignas de figurar en su gran cocina de matanza, durante el mes de Diciembre.

El Adelanto[266] (04-07-1929)
El Adelanto (14-07-1929)

[266] Por su extensión se publicó en dos entregas.

¡Caminico de Huesca!

Para Ramón Asín

– "¡Tira "pa" Huesca, maño!" –dice el dicho aragonés.

– "Pa" Huesca tiro, maño, ¿no lo ves? El corazón mío tira siempre para Huesca; la querida ciudad de San Lorenzo y del Coso, la ciudad de Vilacampa, y de García López, y de Montestruc, y de Mallada y Campos; mi corazón tira siempre, mañico, para tu tierra, que es un poco –bien lo sabe Dios– la mía. De no existir Salamanca, yo quisiera haber nacido en Huesca; como Joaquín Costa, como Fernando el Católico[267], como Pedro de Luna el antipapa, como Miguel Fleta, el gran tenor... Y si no pidiese a Dios todos los días que sean las piedras de Salamanca las que arropen mi último sueño, hermanico maño, quisiera dormir eternamente, a la vera de Enrique Nogueras, hermano mío también, allá en el Pirineo azul, junto a Boltaña, o en los alcores de Graus, junto a don Joaquín...

Caminico de Huesca, ¡qué hermoso eres! Noble tierra de Aragón, ¡qué buena eres! Baturricos de palabras fuertes, y de ideas nobles, y de sentimientos infantiles, ¡cuánto os debe España! ¡Ay!, caminico de Huesca, caminico azul, caminico de mi destierro que fue, al fin y a la postre, el primer peldaño de mi liberación espiritual y material. Caminico de Huesca... Miranda, y Haro después, y en seguida Logroño, y luego Calahorra –que para mí es algo más, mucho más que la tierra de los pimientos, porque... ¡silencio, corazón!...–. Caminico de Huesca... Tierras de Alaoz, y de Navarra, y de Aragón... Zaragoza, y las torres del Pilar espejándose en el Ebro. Y Tardienta, y el castillo de Loane[268], y el ancho valle del Isnela[269], y la ciudad en anfiteatro, apiñándose en torno a la bellísima catedral.

¡Caminico de Huesca...! ¡Pobre pluma mía, que no sabes ahora, ni puedes, ni debes tampoco, expresar toda la ternura represada en este momento en mi corazón! Yo, como el poeta, soy también, "en el buen sentido de la palabra, bueno", y he descubierto ahora mismo que para el bueno todos los caminos son su camino y todas las ciudades su ciudad.

Solamente los tontos, los mediocres, los envidiosos y los fantasmones de pan llevar, son extranjeros en todas partes..., extranjeros hasta en su ciudad natal.

El Adelanto (13-08-1929)

De un concurso literario

Ya que todo el mundo habla en Madrid del concurso de "La Libertad", no voy yo a silenciar este pobre incidente de nuestras castizas costumbres literarias porque mi nombre vaya unido al mismo. Por fortuna, llevo la mejor parte... He acudido a un concurso y el jurado acordó que mi trabajo[270] debiera ser el premiado, pero que no lo premiaba "por si acaso lo tachaba la censura". El trabajo no lo ha tachado la censura y aparece hoy, domingo, en las columnas de "La Libertad". No tuvo el pobre más defensor que don Ramón del Valle Inclán, que sostuvo siempre el mismo criterio. Los otros miembros del jurado, Marcelino Domingo, Cristóbal de Castro y don Emilio Gutiérrez Gamero, son colaboradores constantes y retribuidos de "La Libertad" y han elegido una crónica de un señor don Eduardo Haro, a quien nadie conoce, una crónica que publicó "La Libertad" el domingo pasado, y cuyo autor es amigo íntimo y colaborador literario de don Joaquín Aznar, director del ex-diario albista, hoy propiedad del señor March, que merece notas oficiosas, llenas de elogio a sus virtudes, de la Dictadura...

Estos son los hechos, y publicados están los trabajos. Yo no voy a defender mi pleito, entre otras razones, porque no lo necesita. Pero las bases del concurso dicen entre otras cosas, que los ideales expuestos en la crónica han de encajar en los del diario. Yo hablo del arte revolucionario

[267] Lapsus de Sánchez Rojas al considerar a Huesca como la cuna del rey Fernando el Católico. Sabido es, como lo indica el propio Sánchez Rojas en otros artículos, que su nacimiento se produjo en la localidad zaragozana de Sos, actualmente Sos del Rey Católico

[268] Entendemos que se trata de una errata y que, en realidad, se refiere al castillo de *Loarre*.

[269] La irregular y, en ocasiones, casi ilegible letra de Sánchez Rojas, ocasionaba con frecuencia errores como los que encontramos en este artículo. En este caso el cajista sustituye el valle del *Isuela* (río que atraviesa la ciudad de Huesca) por el desconocido del *Isnela*, así como la en la dedicatoria del articulo a Ramón Asín en lugar de Ramón Acín.

[270] Sánchez Rojas se refiere a su artículo «De Sevilla a Madrid» (O.C. Tomo IV, página 53), publicado en *La Libertad* el domingo 18 de agosto de 1929 con la mención "*Recomendada especialmente para su publicación*".

mejicano y el señor Haro del charlestón, de la Quinta Avenida, que no ha visto, y de la Pradera, donde tengo para mi capote que no se ha solazado lo bastante.

Valle Inclán no firmó el acta del jurado y don Marcelino Domingo, que se llama liberal, coincidió, a última hora, con los afectos personales, muy estimables, del señor don Joaquín Aznar. Para don Marcelino Domingo, liberal, el jurado calificador es, en última instancia, el señor encargado de la censura. Yo sabía de antemano que el premio no era para mí y sabía de antemano también que no encontraría más valedero que el señor Valle Inclán, entre otras razones poderosas, porque los jurados que iban en su compañía no saben castellano. Don Marcelino, maestro de Tortosa, escribe un castellano de Barcelona, y a lo que afirman todos los de Barcelona, un catalán de Madrid. El incomparable Cristóbal de Castro, ya sabemos todos lo que escribe y cómo escribe. En cuanto al señor don Emilio Gutiérrez Gamero, uno no sabe exactamente si fue a los toros con Goya o si fue el padrino de Calomarde. No sabemos más sino que propuso como académico de la Española, frente a Ramón Pérez de Ayala, al señor Primo de Rivera, rechazando este general, con muy buen sentido que le honra, la propuesta. Estos son los hechos, y por mí, puede rodar la bola. Me pidieron autorización para publicar el trabajo y respondí que lo daba con el mayor gusto, siempre que fuera retribuido decorosamente. Decorosamente me lo han retribuido. Quiero recordar una pequeña anécdota: recién abierto el concurso, el señor Castro y Tiedra, poeta de Medina de Ríoseco y secretario de "La Libertad", me llamó para lamentarse que, debiendo yo ser el premiado, según él, se hubiera hecho público en Madrid que acudiese yo al certamen y que eso se había asegurado en las mesas de Regina, en la tertulia de Romero de Torres y a la puerta del "Heraldo". Yo estaba en Salamanca entonces y las conversaciones de portería deben estar apartadas de los torneos académicos. Lo cierto es que el señor Haro es colaborador literario del señor Aznar, que ha publicado un trabajo digno de ver la luz en "El Eco de Belchite", que ha llevado las dos mil pesetas, y que Domingo, Castro y Gutiérrez Gamero, que viven de la pluma y cobran respetables ingresos de "La Libertad", se han pasado a la torera las condiciones del concurso y han coincidido en sus afecciones con las personales e íntimas de don Joaquín Aznar, excelente persona y director del ex-diario albista de la calle de la Madera.

El Adelanto (21-08-1929)

Cercedilla

Cercedilla, y los pinares, y el manchón verdinegro de esta deliciosa sierra de Guadarrama, pulmón sano que permite que se mueva con cierta agilidad el cuerpo un tanto anémico de Madrid. Cercedilla, y las "torres" umbrosas, y el pianillo que desgrana sus notas melancólicas en una casa doliente, y las madrileñas bonitas con alpargatas y a "la negligée"[271], y el aire puro, serrano, que aspiramos golosamente y con unción. Cercedilla, y el reposo, y los nervios que se aquietan, y la lectura reposada en el lecho, y el alegre despertar mañanero, con las primeras luces del alba, y el paseo reparador, y el pensamiento que se hace todo él aire, y transparencia, y bondad, y el dolor, al fin, que nos embarga a nosotros, los hombres, porque hay vidas segadas en flor que no han fructificado aún, que no fructificarán jamás, y que esperan ansiosamente la última ronda de esa sucia y vieja y desdentada guadaña que no sabe elegir sus víctimas de entre los fracasados, y los malos, y los estériles, los que no sueñan ni pensaron nunca.

Cercedilla. Luces en la sierra. Allá, en lo alto, el Sanatorio. Los hotelitos diseminados parece que tienen alma también ahora, en el silencio y en la paz augusta de la noche... Acodo mis brazos en el rellano de la ventana y pienso no sé en qué... Un gramófono cercano me trae un aire canalla, pero mi espíritu, limpio de cochinería, y con mi espíritu, este lindo paisaje de sierra castellana. Pienso no sé en qué, acodado en la ventana. ¿En la vida, en el tiempo, en la muerte, en la eternidad? El caminito de Santiago blanquea en el firmamento. Este caminito, cuando todos seamos polvo, cuando de nuestro nombre no quede huella alguna, dentro de mil años, de dos mil años, seguirá luciendo como ahora. Todo se habrá perdido menos los dos grandes ocios de la humanidad: el amor y el pensamiento. Pero el dolor seguirá siempre eterno, eterno... Nuestros hijos, nuestros nietos vendrán en busca de salud. Y la guadaña seguirá segando a troche sin elegir sus favoritos.

¡Ay, Sanatorio de Guadarrama; qué daños haces con tus luces simétricas, rojas, opacas, amarillentas, mortecinas! Eres un aviso, pero eres también una liberación. La muerte es algo más que

[271] Bata femenina insinuante y atrevida.

triste para los que jamás vivieron de veras. Para los que han dicho una palabra de consuelo a los hombres, o los han extendido la mano y abierto el corazón en un momento de amargura, para los soñadores, y para los laboriosos, para los que a diario ganan el pan que comen y meditan, el pensamiento que les nutre, ningún sentido tiene la muerte. San Francisco la llamaba "hermanita muerte". "Sorella morte". Santa Teresa, tan alta vida esperaba al lado de su Jesús, de su Jesús de Teresa, que moría de angustia por no morirse, por no abrazar a su Esposo, en el cielo, en un abrazo de eternidad, que ya tiene de duración cerca de cuatro siglos.

El Adelanto (29-08-1929)

Ciudad de plata

Para…

Hay dos ciudades de oro en España, Salamanca y Tarragona, y una ciudad de plata: Madrid. El granito del Guadarrama es plata; el cielo a la hora del crepúsculo, es plata; plata, el halo que asciende de la urbe, que se agarra al firmamento y que forma como una nube peregrina para nimbar el cerco del sol. Y son plata también, los edificios flamantes y las casonas viejas, los jardinillos [sic] raquíticos en las plazoletas solitarias, las vías de ancho cauce y los callejones que aún quedan del tiempo de los Austrias, las tristes huras simétricas de los arquitectos de último cuño y los graciosos palacios próceres de cruz y chimenea. Madrid es plata diluida en polvo de plata. Así lo vio Goya en la Pradera del Corregidor y en las orillas del Manzanares; así lo vio Velázquez en los árboles del Pardo y en los montes del Guadarrama; así lo ve ahora Romero de Torres, que inicia valientemente el tema madrileño.

¡Cómo me gusta flanear, vagar por las calles de Madrid, entre dos luces, después de haber trabajado todo el día, en esa hora de quietud de ánimo y de reposo de los sentidos que coincide con la del atardecer! No me place compañía en esa hora; prefiero ir solo, por la ciudad de plata, conversando conmigo mismo. Conozco ya Madrid rincón a rincón, piedra a piedra; buena parte de mi vida –no sé si la mejor o la peor– es madrileña y tuvo por escenario estos parajes que guardan para mi espíritu el hechizo de la evocación sentimental. Esta calle del Arenal, por donde camino ahora, frente al gracioso palacete isabelino de los Duques de Castro-Enríquez, es mi curso del doctorado, y la sombra de Giner de los Ríos, y los ojos azules de una niña esbelta, encuadrados en un gran sombrero negro de los que se llevaban hace veinte años. Más abajo, en la plazuela de Isabel II, bajando por la Escalinata, hay una imprenta que me dio convertidos en libros mis primeras cuartillas de traductor. Por la calle de Arrieta, gano el rincón de las Carmelitas; una fuente canta romances infantiles en el centro de la plazuela; el órgano de la comunidad inicia el "Miserere"; sin querer, me descubro, y ante los muros de ladrillo, recuerdo sueños que se fueron, y, que de vez en vez, rebotan con inusitado ímpetu, en mi corazón insatisfecho. "¡Miserere mei, Deus secundum magnan misericordiam tuam!" ¿Por qué no te compadeces, Dios mío, de tus hijos, los soñadores, según la medida de tu gran misericordia? ¡Mira, Señor, que nuestra vida vale por lo que soñamos y no por lo que vivimos! "¡Miserere Deus!" Danos, con el pan, el sueño de cada día. Venga la noche para el corazón con sus fantasmas amables que no nos dejen dormir, sino soñar. ¡Sea, Señor, nuestra vida, toda nuestra vida, un perpetuo sueño, y Tú, y tus criaturas bellas, el eje y el centro del soñar!

Hacia la Plaza del Senado, por el Rincón de las Carmelitas. Nuevas sombras. La paz bondadosa de Isidro Pérez Oliva, que me regaña por imprevisor al salir del Senado; Canalejas sonriendo la víspera de ser asesinado villanamente frente a la librería de San Martín, en la Puerta del Sol; las narices de careta carnavalesca de don Joaquín Sánchez de Toca y el hongo –grande como la quilla de un trasatlántico –de don Abilio Calderón. Y la niña de los ojos azules y del gacho sombrero negro, y del hablar caricioso, y del ritmo de Diana Cazadora al caminar, que sale sonriendo conmigo –hace ya muchos años– con siete kilos de caramelos que la han regalado Isidro Pérez Oliva, y Luis Maldonado, y Antonio Palacios, y Linares Rivas, y el Conde de Romanones. Automáticamente sigo el mismo sendero de hace veinte años:

> Tu calle ya no es tu calle
> ¡que es una calle cualquiera
> camino de todas partes![272]

[272] Manuel Machado, *Soleares*.

La Plaza de Santo Domingo, con el balcón cerrado. Y toda la Plaza de Santo Domingo es para mí este balcón.

Ciudad de plata Madrid, diluida en polvo de plata. Tal vez los que son de plata diluidos en polvillo de plata son mis recuerdos. Decía Enrique Federico Amiel, el filósofo ginebrino, que el paisaje no es más que un estado de alma. Cuando retorno a casa en busca de la cena, y luego, de la expansión con los amigos de lucha y de dolor, torno tonificado por la dulzura y por la suavidad de este grato ambiente madrileño. Y pido a Dios para esta madurez plácida mía, tolerancia, comprensión, humildad, generosidad, desinterés, transigencia, entendimiento para todas las actitudes, para todos los gestos, para todas las criaturas. Y hoy, 4 de Octubre, festividad del Pobrecito de Asís, el santo que amansó al lobo de Eusubbio[273] y comió a la vera de Santa Clara viendo florecer cruces de luz en los panes humildes, comidos en amor de Dios sobre la tierra desnuda, y hoy, 4 de Octubre, releo el "Canto al sole", y bendigo a Dios en la belleza y en la humildad de todas sus criaturas... ¡Ay, callecitas de plata, balcones cerrados de Madrid!

El Adelanto (05-10-1929)

El Nacimiento

Desde el día de Todos los Santos esperábamos los niños ansiosamente las fiestas de Navidad.

Los días eran cortos, y melancólicos los atardeceres. La *señá* Leonor vendía castañitas asadas bajo los soportales de la plaza. Los chicos nos recogíamos en casa después de merendar. Había una novena de ánimas en la iglesia románica de San Juan, donde el sacerdote refería ejemplos terribles de condenados que se retorcían, como sarmientos secos, entre las llamas infernales. Y al acabar la novena, el pueblo prorrumpía en un canto que era un sollozo, en un canto que era un lamento desesperante, donde vibraban terrores milenarios y espantosos.

¡Ay! ¡Aquellos cantos me quitaron más de una vez el sueño! Y las benditas almas del Purgatorio, que yo me imaginaba con rabillo rojo como el diablo, me lo quitaron también. Durante un mes de Noviembre, hubo en Alba eso que llamaban cuadros disolventes: historias de aparecidos, de fantasmas, de espíritus en pena. Llegó a descomponerse el cordaje de mis nervios infantiles. Tuve pesadillas. Mi madre comenzó a preocuparse seriamente de mi estado. En el espejo bruñido y virgen de mi espíritu se reflejaban fuertemente las impresiones extrañas.

Mi padre fue nombrado, por empeño del ex subsecretario de Hacienda, Isidoro García Barrado, fiscal municipal. Lo dijo en casa después de comer al recibir el nombramiento; yo se lo conté a una vecina y amiga nuestra, doña Sofía, que tenía una escuela de niñas en su casa. Doña Sofía me dijo que el oficio de papá, el de acusón, era el mismo oficio que tenía el diablo. Aquellas palabras causaron un efecto singular en mi alma. Fui corriendo a casa; abordé a mi padre, y le dije en un tono resuelto, que no dejó de sorprenderle, que no fuese fiscal ni un sólo minuto más, porque se condenaría. Mi padre se rio primero a carcajada limpia; pero advirtiendo mi no fingida excitación, procuró disuadirme de que aquella misión de fiscal municipal, además de gratuita y honoraria, era tan inocente como el amor de un corderillo blanco. A duras penas logró convencerme.

Decía –perdone el lector estas divagaciones, que tienen un sabroso encanto para mí–, decía que desde el día de Todos los Santos esperábamos los niños ansiosamente las fiestas de Navidad. Venían primero los Santos, con los puestos de castañitas asadas y con los buñuelos de viento; los difuntos con la obligada visita al Camposanto, con las roscas de pan blanco y mollar de mucha corteza, con los hachones amarillos; la novena de San Juan; el santo de mi padre –San Andrés, el 30 de Noviembre–, con las partidas de tresillo, que duraban toda la noche; la fiesta de la Purísima Concepción, también en San Juan, con las ringleras de niños blancos y bonitos en la procesión de prima tarde. Venía, por fin, la matanza...

Vosotros no sabéis todo lo que significa esta palabra, *matanza*, para un salmantino, para un charro como yo. El gruñido espantoso de los cerdos al morir asesinados por el terrible cuchillo del matarife cuando despunta el día; la agitación tremenda de la casa con las artesas, las tripas, las guitas de atar, la máquina de embutir chorizos, de embutir lomos, de embutir salchichones;

[273] Gubbio.

la madre, los hermanos, las tías, las sobrinas, las criadas y las vecinas de mayor devoción y afecto, con mandilones, con terribles puños postizos manchados de la sangre de los cochinos; la probadura de las *chichas*, de la morcilla, después de los garbanzos; el *somarro*, la limonada, el turrón de almendra, por la tarde, al anochecer… Los cuentos familiares y las narraciones en derredor de la hermosa fogata de la cocina; las vejigas que se guardan por los rapaces para *estrumpirlas* el día de Nochebuena, cuando espera la escarola con los rojos granos de la granada y el vinillo blanco de Moríñigo sobre la mesa, a la llegada de papá. ¡Dios mío! ¡Cuánta poesía amontona un charro en torno a los lomos de un cochino sacrificado en el corral de la matanza!

Llegaba Navidad. No tocaba nunca la lotería. La Nochebuena venían a casa los abuelitos. Las monjitas mandaban la colación; pavos, los charros; cigarros, vinos y turrones, los amigos. Las hermanas de la Caridad enviaban unas mantecadas riquísimas; tarta de almendras las Benitas; las hijas de Santa Teresa, la tortilla carmelitana de vigilia.

Yo me pasaba todo el día comiendo con creciente apetito; verdad es que no paraba un solo minuto de la mañana a la noche.

La cena. Alegría. Intimidad. Grata expansión en torno a los manteles blancos. Papá bailaba. Los chicos nos vestíamos de mamarrachos. El abuelo Miguel comía y callaba. Se prolongaba la cena hasta después de medianoche. El volteo alegre, atropellado, violento de las campanas de los Padres, brincaba dentro de mi corazón. La misa del gallo. Nos íbamos todos a los Padres.

Yo subía al coro. Tenía un amigo, el hermano Hilario, que me daba confites y recortaduras de hostias y de formas. En el coro sonaban las zambombas, las panderetas, las castañuelas. Con un aparatito de hoja de lata relleno de agua se imitaba el canto del canario. Yo era el encargado de soplar aquello. Hacía filigranas. Gorjeos más bonitos no se oyeron nunca en las selvas de la virgen América. El hermano Hilario tenía que tirarme de la blusa más de una vez, porque no obedecía exactamente todo lo que me ordenaba. Me tenía dicho el buen lego que en el *Gloria* y el *Credo* trinase todo lo que me viniese en ganas, pero que al llegar a la consagración moderase prudentemente mis modulaciones. Y no podía contenerme. El pajarito seguía cantando en la enramada cuando el ministro del altar ofrecía a los fieles la carne y la sangre del dulce cordero inmaculado. No había modo de hacerme callar.

Después de la misa bajaba a ver el Nacimiento, que estaba a la izquierda del altar mayor. Cintas de papel de plata simulaban arroyos y regatos; había viejas muy graciosas con cestas al hombro, pajes, pastores, pastorcitas, puentes rústicos atrevidísimos, chozas y cabañas de paja. El Niño Jesús recibía, desde el portal, el aliento del bondadoso buey. Las figuritas de la Virgen y de San José respiraban una tristeza dulce y melancólica. Una estrellita de abalorios mostraba a los Reyes Magos –Melchor, Gaspar y Baltasar– el camino de Nazaret. Y había corderitos blancos, ovejitas rojas, bueyes con cuernos retorcidos, gansos sobre un lago formado de papel de plata, pajaritos en las enramadas, árboles corpulentos, musgo, vereditas de arena, castillos feudales, casas de campo de estilo suizo...

Todos los días, los Reyes Magos, con su impedimenta de pajes, criados y presentes que iban a regalar al Niño Dios, se acercaban un poquito más al Portal de Belén. El día de los Santos Inocentes –el 28– aparecían unos bebés de cartón, desnarigados, descabezados, recibiendo con cara asustada los hachazos de los verdugos y esbirros del Rey Herodes. Y el día de los Reyes desmontaban de sus cabalgaduras a Melchor, a Gaspar y a Baltasar, y aparecían ofreciendo en el Portal, ante la cuna del Niño Dios, sendas costaladas de oro, incienso y mirra.

Yo soñaba las noches de Navidad con estas cosas, acariciando al niño Manolo, viendo la dulce sonrisa de la Virgen, oyendo la aspiración bronca del pobre buey –*¡oh, pio bove, io t'amo!*[274] –, escuchando el rumor de las zambombas, de las sonajas, de los panderos, de los tamboriles.

El Tormes (05-01-1930)
Crónica (29-12-1929)
La Esfera (22-12-1917)

[274] Giosuè Carducci, *Il Bove*.

La fiesta

«Già similmente mi stringeva il core»[275]
(Leopardi, I canti)

Solo hay fiestas para los niños. Los domingos en la niñez tienen *otro color* que los demás días, la naturaleza parece más recogida, proyectamos sobre las cosas la solemnidad de nuestros vestiditos estirados y flamantes. Después...

Después, todos, pero todos los días, son iguales. A medida que van pasando los años, nos vamos olvidando de admirar. Las cosas van desflorando su ingenuo pudor ante nosotros. Estamos tristes y cansados. Uncidos ante el trabajo, pesa sobre el nuevo día el nuevo afán. Queremos alcanzar la gloria y advertimos que la gloria es como el haz de rayos que creen retener los niños entre sus manecitas las mañanas soleadas.

Y un día, solo un día, cuando miramos serenamente unos ojos puros que comienzan a alumbrar nuestros senderos, cuando tornamos como el hijo pródigo a los umbrales de la casa solariega, cuando volvemos a Dios después de una caminata fatigosa, entonces, y solo entonces, advertimos que la poesía de las cosas depende de la luz que sobre ellas proyecta nuestro corazón.

Conocerá el lector, seguramente, aquella estupenda poesía que se llama *La sera del dì di festa* del pobre Giacomo Leopardi. La noche es dulce y clara; ya no sopla el viento sobre los tejados y alumbrando las huertas se alza la luna y serenas se yerguen las montañas a lo lejos. «¡Oh, amada mía! –grita el poeta–. ¡Oh, amada mía! Callan los senderos y la nocturna lámpara se filtra a través de las rendijas de los balcones. Duerme tú, que el sueño se apodera de ti en tu cámara silenciosa, que no te aflige cuidado alguno, que ignoras las llagas que me has abierto en medio del corazón».

Esta amada del poeta es, sencillamente, la duda, la inquietud, el retorno a la serenidad. Las cosas han perdido, como aquel idolillo de que habla Flaubert, su polvillo dorado... Pero –poetas cristianos– oímos al fin, como el poeta de Recanati, el solitario canto del trabajador que vuelve a su humilde casa para dormir de un tirón hasta el amanecer. ¡No pasan todas las cosas por el mundo sin dejar huella alguna, dulce poeta, no! Estos apuntes, estos recuerdos de las fiestas de mi pueblo, no son sino la huella que han dejado en un hombre los recuerdos de la infancia.

Desde el 14 de Octubre comenzaban para nosotros las fiestas. Íbamos a las ocho de la mañana a ver *sacar* a la Santa del convento. Como culebras, defendiéndonos de los codazos de las personas graves, penetrábamos en el vestíbulo a ver a las monjitas envueltas en su velo tupido. Salía la Santa con su gorro doctoral, con su pluma en la diestra y la palomita que la dictaba sus páginas. ¡Santa Teresa era Doctora! Esa palabreja tenía para nosotros una sugestión de inquietud...

Sonaban los cohetes; la charanga preludiaba una marcha muy seria. Nuestras madres nos ponían de rodillas ante la Santa. Estallaba algo así como un sollozo colectivo en la plazuela:

– ¡Santa bendita, Santa bendita!

Había vejetes que temían no volver a verla más y que, en efecto, se morían aquel invierno; había mujeres que se anegaban en llanto, lluvia mansa que refrescaba los surcos resecos de su dolor no compartido; había mocitas casaderas que pedían a Santa Teresa que en el año las cogiese ya de señoras formales; había forasteros que admiraban aquel cuadro de luz de la Plaza de las Madres con curiosidad insaciable...

Y entraba la Santa en la Iglesia. El pueblo desfilaba ante la imagen. «En mi niñez –dice Leopardi en *La noche del día de fiesta*– cuando esperaba ansiosamente el día festivo, velaba toda la noche. Y allá, cuando todo duerme, un canto que se iba alejando, que moría lentamente por los senderos, poco a poco, me iba apretando el corazón». Aquel día, aquel 14 de Octubre –¿de qué año?– descendía hasta nosotros, niños que dejábamos de ir a la escuela, el eco del canto de Santa Teresa a su Esposo, entre un coro de serafines.

La fiesta era muy solemne cuando éramos niños, más solemne que ahora. Había en Alba un señor, don Pedro Canto, que se ponía un uniforme de jefe superior de administración; aquel uniforme tenía un sombrero de tres picos y un espadín. Había en Alba varios alcaldes –don Victorio

[275] "De la misma forma entonces me oprimía el corazón"

Elena, don Sergio Gómez, don Luis López Laporta[276]– que llevaban chistera y tubo como Dios manda. El convento de los Padres Carmelitas era también Colegio de la Orden y había cuatro o cinco docenas de capas blancas sobre el hábito café, entre novicios y profesos.

Recuerdo, muy vagamente, la fiesta del año 1892; tendría yo siete años y medio justamente. Hubo un certamen en el teatro, se premió a un poeta que hablaba de Otumba, de Lepanto y de otras muchas cosas muy bonitas que sonaban muy bien[277].

Predicaba Manterola. Le oí dos sermones. Y pidió a la Santa morir en Alba y en Alba murió el famoso diputado-cura de las Constituyentes, el adversario digno de la elocuencia de Emilio Castelar. Advertí que, al conducir el cadáver al Campo Santo, llevaba las vestiduras sacerdotales. Que no iba como los demás, dando la cabeza al mundo, sino a su última morada.

Por entonces había yo decidido ser Papa.

Antes había pensado ser Rey y, enseguida, Napoleón. Pregunté si se morían los curas; me dijeron que sí. Pregunté también si se morían los médicos; la misma respuesta. No me cabía en la cabeza que los que confesaban y los que curaban fueran de barro mortal. Y ante el cadáver de Manterola, mis ansias de ser cura, al mes Obispo y al año justo Papa, tomaron otros derroteros.

Para morirse uno...

Una vez vino una peregrinación a Alba. No recuerdo que año. Solo sé que eran portugueses, que arrastraban muy dulcemente ciertas sílabas y que vestían con facha militar. La calle de San Pedro estaba llena de gente que les vitoreaba. Estaban engalanados los balcones y los peregrinos traían una banda que sonaba mucho, o lo que era igual para mí entonces, que tocaba muy bien.

Llegaron los peregrinos a las Madres. Yo me coloqué con los chicos al lado de los músicos. Burlé la vigilancia de los polizontes y me coloqué en la Iglesia.

Los peregrinos cantaban el rosario...

¡Qué rosario! Yo no he oído nada más bello. El bajo era un negro, con unos belfos de media arroba, colgantes y gordezuelos, que cantaba con una voz henchida de dulzura:

«*¡Speculum Justitiae! Salus Infirmorum ¡Refugium Peccatorum! Consolatrix aflictorum!*»

Y unos niños, la masa coral –cascadas de notas cristalinas como las del surtidor de una fuente, durante una noche de Abril, en Verona– glosaban con voz de oro:

– ¡*Ora Pro Nobis!*

Aquella noche –no sé de qué año– comprendí la esencia del catolicismo latino. El culto a María es la nota de ternura, de poesía, de mayor intensidad estética que tenga religión alguna. María es la madre común.

Supe que aquel bajo había perdido a su madre. Y –niño– entendí su canto y llevo dentro de mi espíritu el sonido de aquella voz suya que lloraba, que rezaba, que suspiraba, que gemía quejumbrosa en la iglesia de las Madres de mi pueblo, hace muchos años, una noche fría, cuando yo era niño...

Hace años…

Hace años, un día del mes de Agosto, hubo un motín popular.

Ya están suficientemente juzgadas aquellas cosas.

El caso es que todos vimos el cuerpo de la Santa.

Yo le vi también a través de la reja del coro bajo que hay a la izquierda del presbiterio. Había poca luz en la iglesia, me apoderé de unos prismáticos para contemplar a mi sabor los restos de una de las mujeres más simpáticas y atractivas de la tierra.

Hubo gentes que vieron muchas cosas.

Yo vi una capa blanca muy hermosa; un trocito de frente; un trocito del lindo pie derecho.

Y no vi más, ni quise ver más.

Me bastó con aquella visión peregrina; la frente, el pie derecho... Ahí estaba la frente de mi escritora y el pie derecho de la monjita andariega.

¡Oh, fuerzas del símbolo! ¡Oh, sugestión inenarrable de la epopeya teresiana! Yo no vi más, yo no quise ver más. Era blanca la frente como una azucena y tenía manchitas del color del lirio.

[276] Se refiere a alcaldes no consecutivos que van desde 1891 a 1902. Son estos los que llevaban chistera ya que entre ellos hubo otros alcaldes que no nombra. Sergio Gómez no nos consta como alcalde, sino más bien Sergio Díaz Cabrera.

[277] Se trató de un Certamen literario convocado con motivo del IV centenario del descubrimiento de América. La poesía a que se refiere fue la ganadora *¡Isabel!¡Colón!* de Pedro Alcántara Galán que leyó un actor de la compañía teatral que amenizó las fiestas teresianas de ese año. Andrés Sánchez Rojas, padre de José, perteneció a la comisión organizadora y leyó en el teatro la memoria del certamen.

Y era muy lindo el pie que resistió vendavales por esas llanuras, por esas calzadas, inundando la meseta caldeada de ideales y de palomares místicos.

Y al contemplar la frente –aquella frente de las *Moradas* y de los *Avisos* a las monjas– y el pie derecho de aquella mujer que fue denostada en Medina del Campo por esa plebe que quiere ser de buen tono y que, a las veces, se recluta en las capas que se llaman altas de la sociedad, torné por un momento a los dorados días de la infancia. Y oí la voz de Teresa diciendo a mi España que despertara de su modorra, y exhortándola a que se fabricara su castillo interior para gozar de esta suerte a todas horas, de la presencia del Jesús –dulce y manso– del Evangelio.

El Tormes (26-01-1930)
La Basílica Teresiana[278] (15-10-1915)

Caminito del cielo

Me acuerdo de cuando nos preparaba a recibir la primera comunión el párroco don Juan Antonio Ruano, que murió de Obispo en Lérida en Diciembre de 1913. Nos juntábamos los muchachos en la iglesia de San Juan, de cara al retablo churrigueresco del presbiterio y mirando al púlpito de piedra pintado con los escudos de la villa –la estrellita y el puente–. Me acuerdo muy bien de los ejercicios y he olvidado del todo lo que nos hacían cantar.

Un día nos hablaron del caminito del cielo, caminito sembrado de ortigas o de abrojos; no puedo precisar si fueron don Fabián Encinas o don Domingo Monleón, ambos sacerdotes y coadjutores a la sazón, los encargados de la plática. A los diez años vemos prácticamente, con los ojos del corazón y de la cara, el caminito del cielo. Allí está Jesús-niño, en los brazos de su mamá, la Virgen, que tiene cabellos rubios y ojos azules como en los cuadros de Murillo y de Tiépolo. El caminito es una senda recta. Se camina por él con los pies desnudos. Las espinas se clavan en ellos y los llenan de sangre.

Y allí, bajo las bóvedas de San Juan, prometíamos los niños no pecar nunca, para que no padeciese el buen Jesús, para que su mamá no llorase. ¡Dulces propósitos de la infancia! Y sonaba el órgano, y a su arrullo surgían nuestras plegarias, derechitas al cielo, como nubes de incienso. Llevo tan dentro, tan dentro del corazón, aquellos cantos infantiles, que lo que no consiguen jamás Titta Ruffo o Rossina Storchio, conmoverme, lo logran siempre los coros infantiles de una procesión, de una escuela o de una fiesta. Mi espíritu sufre no sé qué sacudida singular al escuchar esos cantos. La inocencia de los pequeños purifica el cantar, lo limpia de toda estridencia humana, y si miráis a lo alto, veréis al buen Dios sonriendo desde su trono de fuego, repitiendo sus palabras:

– ¡Dejad que los niños se acerquen a mí!

Y es el caso, que solo pueden acercase a Dios los niños.

Iba diciendo que una tarde de Mayo, después de la fiesta de la Cruz, nos hablaron del caminito del cielo. Yo debí entender mal o soñar con el opio de la poesía de la plática, porque se me metió en la cabeza que aquel camino empezaba en una ventana que hay en el coro de la iglesia de San Pedro. Lo conté en casa y mi padre me dijo que sí.

Conseguí subir un día al coro de San Pedro, entré en él, me encaramé en un banco, me asomé a la ventana. Nada: solo columbraron mis ojos un pedacito de cielo azul.

¡Dios mío, que decepción más terrible la decepción primera! Los ojos no vieron lo que el corazón se empeñaba en ver a toda costa. La primera desilusión, la más larga, la más terrible. ¿Dónde estaba el caminito del cielo?

Me duró mucho tiempo el mal humor. Ninguna de las amarguras posteriores ha sido comparable a aquella.

¿El caminito del cielo? Las espinas se hincan en los pies; llagadas llevamos las plantas; una tristeza densa cubre nuestra faz a lo largo del sendero de la vida. Pero arriba queda siempre el jirón del cielo azul. Lo azul puede trocarse en negro, pero en lo negro brillan las estrellas saltonas, regando de luz el espacio.

¡Y ay del que no sigue, en horas de amargura, la trayectoria de una estrella, que es fe, que es luz, que es esperanza!

---

[278] En *La Basílica Teresiana* su título fue «Recuerdos de niñez, (I)».

Todos los niños sienten anhelos místicos. Yo, al menos, los sentía. Iba para Luis Gonzaga o cosa así, y me quedé, como otros muchos, en el camino.

Nuestra fe era una cosa simplista. El Padre Eterno tenía barbas blancas; el buen Jesús era un niño; el portal de Belén estaba en lo alto de una montaña, donde había arroyos y puentes para los trenes, y túneles atrevidísimos que hoy no se atreven a soñar los ingenieros; el nacimiento de los Padres Carmelitas nos suministraba estas representaciones gráficas.

La Pasión del Señor la *veíamos*, en cambio, en la parroquia de San Pedro, cada Viernes Santo. ¡Qué miedo nos entraba a los rapaces! Veíamos desclavar de la cruz al Nazareno; veíamos el pelo de la cabeza, sanguinolento, pegado a las sienes, debajo de la corona; veíamos descender el Redentor al sepulcro.

Y después, el sermón de la Soledad, en las Madres. Pocas imágenes más bonitas que la Soledad de mi pueblo. La iglesia estaba severa, desnuda, oscura, allá, en el altar mayor, lucían dos velones amarillos. La Soledad, cubierta con su manto, lloraba la muerte de su Hijo, para dentro, como lloran los fuertes, sin gritos desgarradores. La Soledad de mi pueblo está llorando; tiene rojas las mejillas y las manos cruzadas; la boca permanece semiabierta en un espasmo de dolor sin consuelo, y es de piedra el corazón que no sufra ante la imagen.

De niño, me conmovía; de hombre, también. Pero hoy sé por qué me conmueve; leo en sus perfecciones, ese perfil, aquel rasgo, aquella levísima insinuación. Y es el caso que de niño la veía mejor y que ahora busco algo que yo vi y que se me ha escapado.

Moraleja: la fe vivifica más que el arte. El arte sin fe es estéril; la fe sin arte, sin emoción, puramente racional, no es tampoco fe.

Moraleja: en la infancia nacen las emociones. Y si en la juventud las perdemos, ante la frivolidad ambiente, ¡no hay redención para nosotros!

Stabat Mater Dolorosa
iuxta crucem lacrymosa
dum pendebat Filius;

cantaban al órgano en aquellos Viernes Santos de la niñez, y verdaderamente, se partían los montes de pena ante la muerte del Justo y ante el dolor sin consuelo de la Soledad de mi pueblo, que no ha cesado de llorar en los tres siglos y medio que lleva de existencia.

El Tormes (02-02-1930)
La Basílica Teresiana[279] (15-11-1915)

Del collar de mis recuerdos

Voy recordando las cosas a medida que acuden a mi memoria. Sin orden, concierto ni hilación [sic]. No voy a pararme a bosquejar un índice cronológico. Me vería apurado para hacerlo.

No pienso que estas páginas puedan tener un valor histórico; lejos de mí tan funesto pensamiento. Me preocupa solamente que tengan un simple matiz psicológico y experimental, para mí tan solo, cuando menos.

Y así una vez...

Una vez, no sé cuándo, me asomé a la celda donde murió Santa Teresa. Ahí estaba la Santa bajo las colchas del lecho, en una celda alfombrada. Dos velitas ardían en un altar. La colcha era roja, con el escudo carmelitano.

Confieso que estas exhibiciones gráficas interesan los sentidos de los niños, como excitan la curiosidad de los pequeños escolares las imágenes de los libros. Se ve el hecho y no se olvida jamás. Pero se aprende mal.

El artificio de la imagen se sobrepone a la realidad del hecho histórico y la representación gráfica nos lleva, como de la mano, a lo anecdótico y a lo menudo, con detrimento de la comprensión exacta de la realidad verdadera.

Me explicaré. La celda donde murió Santa Teresa en el Convento de la Anunciación de las Madres Carmelitas de mi pueblo, y que se exhibe a la curiosidad de los miles de devotos que por

[279] En *La Basílica Teresiana* su título fue «Recuerdos de niñez, (II y III)», que contiene también el artículo «Del collar de mis recuerdos» publicado, posteriormente, en *El Tormes* (O.C. Tomo I, página 372).

allí pasan, no es exactamente la misma celda de la Santa. Santa Teresa murió en un pobre camastro de madera; el lecho de hoy es suntuoso y rico. La celda no estaba alfombrada, seguramente. ¿Por qué ha de variarse aquella habitación? ¿Por qué no ha de tornar a su estado primitivo? ¿No ha de ganar con ello la devoción teresiana, ilustrísimo señor Obispo de Salamanca?

He visto la casa del Dante en Florencia, la de Rossini en Bolonia, la de Madame Staël en el cantón de Ginebra, el palacio de Voltaire en Ferney (Francia), el museo de Zorrilla en Valladolid. Todas estas casas –como la estupenda sala de Felipe II en el Escorial– conservan el espíritu de los genios que por allí pasaron. Comprendemos la austeridad del vate Florentino, la poltronería del músico, el refinamiento un poco morboso de la autora de *Corina,* las maneras principescas del gran burlón de la Enciclopedia, los hábitos bohemios y desordenados de nuestro último gran poeta romántico. La celda de mi pueblo ha perdido ya su carácter teresiano de sobriedad, de pobreza, de sencillez, de todas las virtudes que dio a la Regla Carmelitana mitigada la reforma de la Santa. Y la simple celda estaría mejor.

De niño, naturalmente, aquella celda me causaba una impresión enorme. La imagen de la Santa tiene la faz serena y roja; no parece aquella imagen la de una enferma del corazón, achacosa, vieja y decaída. Son muy pocos los artistas que han logrado darnos una impresión de Teresa de Cepeda. Era morena, alta y graciosa. Tenía un lunar muy bello. Era proporcionada de estatura y hermosa. Tenía la color quebrada y los ojos, errabundos y ensimismados, eran negros. Y el rostro de Teresa dejaba vislumbrar los resplandores de una vida interior muy trabajada y la fuerza de una energía que no se doma, sino que se vigoriza ante las dificultades de toda suerte.

Santa Teresa no hubiera tenido precio para Alcalde Constitucional de una ciudad castellana donde todo el mundo hace lo que quiere.

Una vez trasladaron los restos de un viejo Conde de Alba o de un venerable señor Arzobispo, pariente de los Álvarez de Toledo, desde las ruinas de San Leonardo a la iglesia de Santiago. Era un día de mucho calor. Hubo una procesión por la dehesa; aquel traslado de huesos venerables, pero remotos, fue una ceremonia dulce...

Me extrañó que nadie llorase, que los asistentes a la ceremonia fuesen a ella del mejor humor, que los mismos clérigos entonasen los responsos con voz más jubilosa que en los entierros. Sentía yo la soledad de aquellos huesos del viejo Conde, del venerable Arzobispo o de quien fuese. Yo iba al lado de los que llevaban la cajita de cinc con los huesos ya calcinados de las cenizas remotas de aquellos personajes de los que no nos había hablado nunca el maestro.

Después he comprendido que el tiempo es el mejor amigo de las penas y de las alegrías del corazón. Si unos años cicatrizan las llagas más atroces del espíritu ¿qué logrará el sedimento de cuatro, de cinco, de seis siglos sobre la memoria?

Caminábamos con aquellos huesos por la calzada de Navales adelante. Lucía el sol sobre un cielo de zafiro.

El tiempo y la naturaleza ponían una nota de dulzura sobre la traslación de aquellos huesos anónimos y remotos, un poco remotos los pobres.

Y vino la tropa a Alba. Y formó un cuadro en la plaza Mayor. Y mi padre me presentó a un teniente.

– ¡Chacho, un teniente!

Y desfilaron los caballos, piafando ante nuestros ojos asombrados de tanto estruendo. Y un cura dio una bofetada a un soldado que blasfemó.

¡Tenía yo cinco años y parece que lo estoy viendo!

No hubo escuela aquella tarde. Nos soltó el maestro, don Nicolás Caballero y Blázquez que ya ha muerto. Y nos habló de la Patria. Y nuestro corazón de españoles saludó la bandera al paso del escuadrón.

¡Dulce enseña de la Patria, roja como la sangre y áurea como el sol! Recuerdo al abanderado, gallardo, serio, jinete sobre un hermoso bruto rojo, al pasar por el arco de la plaza: Don Nicolás nos miraba de reojo. Nos quitamos la gorra al paso de la bandera y contestamos el «¡Viva España!» temblón de aquel bondadoso y dulce aciano.

Luego he visto la bandera española lejos de mi Patria, sobre los escudos de los consulados.

Algunos hombres se reían al pasar. Otra vez vi esa bandera pisoteada por unos cafres en Barcelona... Y al verla, no sentí aquella dulce emoción que me transmitió de niño la voz temblona y

varonil del buen don Nicolás. Sentí mucha ira, y comprendí que los hombres nos matemos por ella como por una mujer, y que cubra el cuerpo inerte de los que mueren bendiciéndola, porque la bandera de mi Patria simboliza, a la vez, lo que hay de carnal en nosotros, la sangre, y lo que hay de espiritual en nosotros, el anhelo, que es insaciable como el oro, y amarillo como el sol que nos alumbra.

El Tormes (09-02-1930)
La Basílica Teresiana[280] (15-11-1915)

Cantares de niñez

El Rey moro tenía tres hijas. Y todas tres eran bellas. ¿Cómo se llamaba una de las que hablaba el bello romance convertido en cantar infantil?

– ¡Ay, ya no me acuerdo!

Ya no me acuerdo, pero el perfume del cantar penetró en mi espíritu, una tarde radiante de niñez, jugando con los chicos y con las chicas en corro, allá en los portales de abajo de la Plaza Mayor. ¿Cuántos años hace, corazón? Salimos de la escuela los bebés; besábamos la mano a nuestras madres, tomábamos la merienda y, correteando, correteando, íbamos a la plaza. Como nosotros chillaban los jilgueros; el buen sol de primavera enrojecía nuestros mofletes; emparejábamos con las niñas, y allá, a la puesta del sol, cuando tañía gravemente la campana de San Pedro, cantábamos nosotros, sin que el día muriente dejase una estela de amargura en el corazón.

Quisiera ser tan alta – como la luna,
¡Pim! ¡Pom! ¡Fuego!
como la luna
Para ver los soldados – de Cataluña
¡Pim! ¡Pom! ¡Fuego!
de Cataluña

Queríamos estar altos como la luna y, en realidad, lo éramos. En la luna viven los niños, en el sol las estrellas. Sus almas vibran ante la más tenue sacudida exterior. El alma es toda sonora y el pensamiento es –todo– una interrogación.

Y queríamos ver los soldaditos de Cataluña. ¡Pim! ¡Pom! ¡Fuego! ¿Por qué esos soldaditos y no otros? ¿Cuándo se compuso ese cantar que, como todos los de los niños, se conserva en toda su pureza, frescura y lozanía? ¿Es un recuerdo del sitio de Gerona? ¿Es un recuerdo de los somatenes del Bruch? ¿Es la estela de las hazañas de don Juan Prim –moreno, bajito, nervioso– allá en los Castillejos, arrebatando, sobre un caballo blanco, la bandera roja al moro?

¡Pim! ¡Pom! ¡Fuego! Soldados de Cataluña. Tarde de primavera. Corros infantiles en los portales de abajo de la Plaza Mayor. Pureza de corazón. Niñez. Pájaros que corretean, que chillan alborozados en el azul del cielo, sobre las cabecitas puras, diciendo el *ritornello* del cantar.

¡Sagrados cantos, corros sagrados de la niñez! Oigo los cantos hoy y digo, lleno de pena, con el poeta de Recanati:

Un canto che s'udia por li sentieri
lontanando morire a poco a poco,
già similmente mi stringeba il core[281].

Rey moro tenía tres hijas

Recuerdo las hijas. ¡Nada! No salen las tres moritas. Y acudo a esa fuente perenne de emoción que se llama el *Romancero*. ¡Ea, aquí está!

Rey moro tenía tres hijas,
todas tres como la plata,

[280] En *La Basílica Teresiana* su título fue «Recuerdos de niñez, (II y III)» que contiene también el artículo «Caminito del cielo» publicado en *El Tormes* (O.C. Tomo I, página 371).

[281] Giacomo Leopardi. *La sera del dì di fiesta*. "Un canto que se escuchaba por las veredas / y alejándose moría poco a poco / entonces, igual que ahora, me oprimía el corazón."

la más pequeña de todas,
Delgadina se llamaba...

Si, Delgadina se llamaba la más pequeña de todas. Nuestro corazón las veía rubias, allá en las tierras del sol, con los albornoces blancos. El padre, el Rey, era un terrible señor barbudo, de mirada torva... ¿Cuántos siglos tiene este bello cantar? ¿Cuántas emociones ha suscitado en doce, en catorce, en dieciséis generaciones de niños? ¿Por qué se conserva tan lozano el cantar, como en el día que lo lanzó al aire el humilde juglar anónimo que lo compusiera? ¿Cuántos sueños –*todas tres eran de plata*– no ha despertado ese cantar en la niñez?

Delgadina se llamaba la más pequeña de las tres hijas del Rey moro. De marfil eran sus manos, el cuello de leche, azules sus ojos tímidos, que mantenían bajos delante de sus padres, y después, delante del galán que la requebraba de amores. ¿No os acordáis de Delgadina?

Vosotros habéis pasado de la niñez; habéis conocido muchas amarguras; el dolor ha martilleado sobre vuestras sienes y sobre vuestros corazones. Habéis ahuyentado del recuerdo la imagen de las tres hijas del Rey moro. Y no han sido –todas de plata– las realidades de vuestra ilusión...

Pero un buen día recordáis el bello cantar... Habéis ya saboreado todos los placeres; ellos han dejado en vosotros su terrible mueca de ironía. El corazón, insaciable, pide más, y siempre más. Y aparece Delgadina, aquella Delgadina de la trova del Romancero, aquella Delgadina entrevista en la niñez, con sus ojos azules mirando al suelo, con la faz roja, con el albornoz blanco de su pureza.

Nel mezzo del cammin di nostra vita[282], guiándonos por los senderos, entre las tinieblas. Y allá, a lo lejos, se columbra el sol...

Princesa, princesita del Rey moro, princesita de plata de nuestro Romancero, tan mimoso y varonil al mismo tiempo: ¿dónde te escondiste tantos años desde aquella tarde, que ni los ojos te vieron, ni el corazón te buscó? Princesita de plata que no tienes en los ojos llamaradas de lujuria; ¡estás muy linda con tu albornoz blanco, con los carcajes en las manos, y las pulseras en los pies, y la túnica de lino, a la morisca usanza!

Delgadina se llamaba...

El Tormes (16-02-1930)
El Sol[283] (16-08-1918)
La Esfera (22-09-1923)
La Basílica Teresiana (15-12-1915)

Aterrizaje en Daroca

Regreso, volando, desde Barcelona a Madrid, después de doce días de estancia en la ciudad condal. Mañana limpia y soleada sobre el Mediterráneo, Sitges y Villanueva –blancas, blancas– sobre el mar azul, el Montsat y los viñedos del Priorato, nieve en Aragón. El trimotor, nuestro MCKKA, vuela con una velocidad vertiginosa. He madrugado y duermo dulcemente en la cabina. Llevamos el viento de cara. Nieva. Tempestad de nieve. Horizonte cerrado y neblinoso hacia Guadalajara, hacia Madrid.

Indecisiones en el piloto, un muchacho catalán, prudente y circunspecto, y diálogos desde su puesto de mando, con el observador. Caminamos por los pedregales estériles de Teruel. La tierra hace toda suerte de arrugas y de jorobas. Volamos sobre Daroca; hemos dejado atrás la cintita parda del Ebro, que va a morir junto a Tortosa, en el mar. Baches y más baches, ocasionados por las alternativas de la presión.

El trimotor baila de cuando en cuando a dos mil metros de altura. Es la primera vez que tengo la sensación aguda de un peligro, vago y remoto, si queréis, pero de un peligro. Sigue nevando. Toda la zona oriental de la provincia de Zaragoza es un sudario blanco.

Y desandamos lo andado. Vuelta de nuevo hacia la costa en busca de sol. Mi compañero de excursión, Fernando Barangó Solís , advierte el cambio y me interroga con la mirada. Yo alzo los hombros con indiferencia. En realidad, un viaje aéreo sin ninguna peripecia, no tiene nada de

[282] "En el medio del camino de nuestra vida". Dante Alighieri. *Divina Comedia*. "Inferno". Canto I.

[283] En *El Sol* y *La Esfera* su se publicó bajo con título fue «Delgadina se llamaba». En *La Basílica Teresiana* lo hizo como «Recuerdos de niñez, (IV)», que contiene también el artículo «De la escuela» publicado en *El Tormes* (O.C. Tomo I, página 377).

particular. Pero los motores funcionan bravamente. Sin duda, aterrizaremos en cualquier parte. Ya planea el descenso nuestro piloto. Las murallas y la Colegiata de Daroca a la vista. Nuestro piloto da vueltas y más vueltas en derredor del pueblo de nuestro querido Pepito Valenzuela, el Benjamín de los diputados en las Cortes que mató de mano airada la Dictadura. Y sobre un campo de nieve aterrizamos.

Aterrizamos sobre la nieve. Abrimos la puerta de la cabina y el aire sutil y frío corta como un puñal recién afilado. Un pueblecito, una venta y la sábana blanca, inmensa, de esta llanura baturra. Sentimos hambre y frío. El piloto nos advierte que nos recogerá un automóvil y caminamos, sobre la nieve, más de un kilómetro. Nuestros zapatos quedan inservibles. A la venta, al filo de la una de la tarde. Allí nos calentamos al calorcillo de la leña en la cocina. Estamos en la venta de las Cañadas, término de Restenur. Llegan unos aldeanos, a prestarnos su auxilio, si tenemos necesidad de él. Y, en seguida, un automóvil que nos recoge.

En Daroca unos minutos. Por teléfono dan al piloto el parte meteorológico y podemos continuar. No nos permite más que una parca refacción en el parador del Ruejo, un hombre achaparradete y sucio, muy charlatán y pintoresco. Daroca es una villa prócer. Escudos bajos, los balcones saledizos, un castillo en un otero, una linda puerta de la muralla que da acceso al interior: Baturricas guapas que nos contemplan a nosotros –hombres pájaros– como a héroes de leyenda. A una de ellas rubia y gentil –se llama Isabelica– le pregunto por Valenzuela. El papá de la nena es valenzuelista y votó contra Lozano. Y ahora don Pepito –este querido y noblote don Pepito– ¿será de nuevo diputado? ¿Lo sé yo acaso?

Le digo a Isabelica que sí y que vendré con él para entonces. El piloto nos mete prisa hasta atragantarnos. Apenas nos deja saborear el café. Al automóvil y al avión. Despegamos majestuosamente. Toda la parte de Guadalajara sigue cuajada de nieve. El río. Molina de Aragón. Guadalajara: Diviso perfectamente el panteón de la condesa de Bornos, el círculo de la plaza de toros, la Academia de Ingenieros, Alcalá y los macizos albos del Correccional y de la Galera. Desde Guadalajara al aeródromo de Getafe hemos tardado exactamente diez minutos. De nuevo Madrid. Mañana tornaremos al trabajo, después de este agradable descanso de unos días.

El Adelanto (20-02-1930)

Anónimos

Desde el domingo pasado, que publiqué en "Crónica" mi conversación con el estudiante mallorquín, don Antonio María Sbert, perseguido por la Dictadura, llueven sobre mí centenares de anónimos, que he de abonar a razón de cinco céntimos por unidad al cartero. A la redacción de "Crónica'', a mi dirección en Barcelona y en Madrid, veo llegar todos los días sobres y sobres con letra desconocida, donde se me dice que diga, de una vez para siempre, si yo he visto la nota marginal donde Primo de Rivera negaba al apellido de Sbert su calidad de español y si a mí me consta que el general jerezano, que tan merecido tiene su reposo, ofreciese al estudiante la presidencia de las juventudes de la U.P. Como yo no puedo contestar a gentes que no firman y a gentes que disimulan su caligrafía, demasiado conocida, y a gentes que se amparan con un seudónimo cualquiera, he decidido contestar en este artículo a todos mis amables comunicantes y corresponsales. Y mi respuesta espero que ha de hacérseles harto clara y llena de franqueza.

Con relación al escrito de Primo de Rivera, yo me limité a copiar un papel que leía atentamente Sbert. Los señores Torrens y Gaspar, fueron testigos de la entrevista. El papel, que tanto ha irritado los upetistas, dice –volvamos a repetirlo– de este modo. "Al cabecilla Sbert (no aparece ni apellido español), sobre darle de baja en sus Escuelas, póngase de acuerdo con Anido y destiérrelo a Fuerteventura o a Fernando Poo. –Madrid, 19 de Marzo de 1929. – Miguel Primo de Rivera. –Señor Subsecretario de Fomento".

– ¡Cierre usted el paréntesis, querido Sánchez Rojas! –me dijo Sbert al acabar de escribir yo la palabra español.

Y lo cerré.

Con posterioridad al diálogo de Sbert y del ex-presidente del Consejo de ministros, aquél me aseguró que el agudo ingenio jerezano le había ofrecido la presidencia de las Juventudes de la U.P. Advertí al señor Sbert que sus manifestaciones, eran gravísimas y él se limitó a consignar que mi deber era, sencillamente, consignar sus manifestaciones con la mayor lealtad. El señor Sbert tenía razón.

Algunos comunicantes, como, el que firma "Un curioso estadístico", cuya prosa se parece como una gota de agua a otra gota de agua a la del ex-ministro de Hacienda José Calvo Sotelo,

antiguo contendiente mío en el Ateneo de Madrid, me dice, con manifiesta inocencia, que no he debido esperarme a que la Dictadura se marchara para escribir ese artículo. Comentando los treinta y tres días que estuvo incomunicado Sbert, replica que nuestras leyes procesales no toleran esas incomunicaciones ilimitadas. Ambos argumentos me han hecho sonreír. El segundo se le ocurre a cualquiera, pero se deshace replicando que la Dictadura violó cosas más serias que las leyes procesales. Respecto al primer argumento...

Respecto al primer argumento, tengo que decir ahora que ha pasado todo, que rechacé en cierto Ministerio 6.666 pesetas con 66 céntimos para estudiar el problema agrario en Castilla, cantidad que me había asignado el último ministro de Trabajo de la normalidad, mi querido amigo el señor Chapaprieta, así que el 13 de Septiembre prescindió de las imperativas de la ley. La Dictadura cortó violentamente mis artículos de "La Libertad", en torno al asesinato de Matteotti, y desde entonces no torné a colaborar en el diario de la calle de la Madera. Indalecio Prieto sabe que el Gobernador de Vizcaya, señor Vallarín, tachaba hasta mis artículos literarios en "El Liberal", de Bilbao, durante mí destierro en Huesca, a ver si me reducía por hambre. Con relación a otro periódico madrileño, tengo que decir, que mis artículos, francamente políticos, se perdían inexorablemente en el correo. Sin la grata amistad de los compañeros de "Prensa Gráfica", de la Agencia de Luis de Sirval y de mis colaboraciones en "El Hogar", de Buenos Aires, hubiera perecido, sencillamente, de hambre. Tengo el orgullo de decir que he llevado los tacones rotos durante los seis años y pico que ha durado la Dictadura. Y contando, como contaba con la amistad entrañable de Martínez Baldrich, hijo del señor Martínez Anido, y no utilicé mi amistad con Roberto, sino para evitar que fueran perseguidos ciertos estudiantes. Mi amigo Carlos de Onís, puede dar buena fe de estas aseveraciones mías.

Y he de decir más en honor del noventa y nueve y medio por ciento de mis compañeros, los escritores españoles. A todos, pero a "todos" nosotros, se nos ofrecían colaboraciones pingüemente pagadas. No sé que aceptasen arriba de dos o tres entre ciento y pico escritores solicitados. Todavía más, por conducto de un condiscípulo, gobernador que fue unos meses en la situación pasada, a mí me ofrecían el oro y el moro si me avenía a poner en solfa la personalidad del señor Unamuno, maestro al que debo las mejores y más hondas inquietudes de mi espíritu.

¿Tienen bastante mis anónimos comunicantes con esta réplica? ¿Quieren que sea todavía más claro, más breve y más concreto? Con permiso de la censura, no tengo el menor inconveniente en complacerles.

El Adelanto (21-02-1930)

De la escuela

Las escuelas públicas de Alba están todas en un mismo edificio, que podrá tener treinta y cinco años[284] de existencia. La de los párvulos está en el centro; la de las niñas a la izquierda; a la derecha la de los adultos. Las escuelas son unos salones largos, con unas columnas que interrumpen la vigilancia del maestro. Son frías, y tan altas, que el maestro necesita unos pulmones privilegiados. Las tres escuelas tienen patios o unos corrales con tenadas. No hay retretes en ellas. El material vale muy poco; mapas medianejos y estampitas horribles con episodios de las Historias Sagrada y Española. No se han graduado estas escuelas todavía. Y es el caso que el Ayuntamiento está orgulloso de ese edificio, porque tiene cierta elegancia exterior y un patio de entrada muy bonito.

Los maestros no quieren decir en voz alta que aquellos salones son indecorosos y fríos, que el material pedagógico es deficiente, que es más que necesaria la graduación. Ahora parece que la inspectora, señorita Victoria Adrados, quiere poner pronto remedio a tal estado de cosas en las dos escuelas de su jurisdicción. Crea la señorita Adrados que la opinión la acompañará en la empresa.

Yo asistí casi siempre a la escuela de párvulos que dirigía don Nicolás Caballero, anciano bondadoso y muy inteligente, el niño de más edad de los que allí nos reuníamos. En la escuela no chillaba nadie. Fuera de ella, nos desquitábamos jugando *a la una anda mi mula* y al marro en las horas de recreo. En estos juegos se desarticuló una pierna uno de mis mejores amigos de entonces, que hoy vive casado y con una florida y copiosa descendencia. En aquella escuela cantábamos

[284] No he querido retocar adrede este capítulo, escrito pocos años después de haber salido de la Universidad (Nota del autor)

el Bendito. El buen don Nicolás tenía una gran emulación; muchas veces, desquitándolo de su sueldo –el Ayuntamiento pagaba entonces, no sé si ahora también, una decorosa subvención a los profesores– nos obsequiaba con premios extraordinarios, libros, estampas y dulces. El pobre viejo, un poco inquieto de nervios, nos reñía con aspereza y siempre acababa la riña con un beso sonoro y paternal.

¡Pobre don Nicolás! Parece que le estoy viendo con el puntero, señalándonos las letras del alfabeto; parece que le estoy viendo forzándome con su diestra temblona a coger la pluma de no sé qué manera, que me cohibía atrozmente y que me hacía llenar la plana de borrones; parece que le estoy viendo entonar el Bendito, iniciando la cascada de notas infantiles; parece que le estoy viendo jugar con nosotros en el patio con su humor alegre. Aquel pobre viejo respetaba el pudor infantil con una gran delicadeza. Estaba ayuno de toda suerte de malicias. De sus sesenta y ocho años podía quedarse con el pico, que su infantilismo era de buena ley. Y nosotros le respetábamos y, sobre todo, le queríamos, le queríamos mucho.

Yo me rompí una tarde la cabeza, haciendo la mula, en el patio. No podía estarme quieto. Mucho más que a mí le asustó a él el espectáculo de la sangre. El porrazo fue tan serio que en la botica tuvieron que coserme el cuero cabelludo. Todavía tengo las señales de una hermosísima cicatriz. Aquel pobre anciano lloró aquella tarde sin consuelo.

Le pagué siempre aquellas lágrimas con amor, con veneración, con una siempre renovada gratitud. Todos los años, ya de adolescente, iba a saludarle.

– ¡A ver si eres como Fulanito, y como Fulanito, que salieron de mi escuela! ¿Lo oyes bien? ¡De mi escuela!

Y me citaba el ejemplo de unas glorias locales que ceñían en sus frentes coronas locales también. Y no de laurel todas las veces, sino de cardos y de calabazas, a lo mejor.

Estudiaba ya en la Universidad y fui a felicitar un año a mi maestro de escuela. Celebraba sus días el 11 de Septiembre. ¡Ya no estaba allí! Le habían jubilado y había muerto en casa de un hijo suyo, sacerdote.

Y le lloré como si fuera de los míos.

No comprendo que se deprima la labor del maestro, que las gentes le burlen, que los padres no le hagan caso, que la sociedad no se esfuerce por elevar el nivel de la misión educadora. Yo no tuve de escuela una cárcel; yo no tuve de maestro un dómine; yo no pensaba en la hora de salir de la escuela, sino de entrar en ella.

¡Pobre don Nicolás Caballero! Jugábamos con él. Se enfurruñaba con nosotros para besarnos a continuación. Y nos hablaba de un pueblo –Venecia– que estaba sobre las aguas:

– ¿No es bola, don Nicolás?

Y de un monte, el Vesubio, que echaba humo.

– ¡Mira qué cosas, hombre!

Y de la Virgen

– ¡Qué guapa, chacho!

Y aquellas narraciones, henchidas de poesía del buen anciano, florecieron en nuestra niñez y ellas darán, más tarde o más temprano, su fruto sazonado en nuestros corazones.

El Tormes (23-02-1930)
La Basílica Teresiana[285] (15-12-1915)

Del paisaje

«El paisaje es un estado del alma»
E. F. Amiel

Yo creo que el sentimiento de la naturaleza va disminuyendo en nosotros con los años. De niño se contempla y se siente mejor un paisaje. Tenemos los ojos mejor dispuestos y el alma mucho más limpia para recibir impresiones exteriores. Paisajes hay en Alba, en Salamanca, en Ciudad Rodrigo –donde pasé mis cinco años de bachillerato– que, lejos de evocar en mí una impresión directa, me trasladan a los años de niñez y a emociones y sugestiones entonces recibidas

[285] En *La Basílica Teresiana* su título fue «Recuerdos de niñez, (IV)», que contiene también el artículo «Cantares de niñez» publicado en *El Tormes* (O.C. Tomo I, página 374).

en el espíritu. Eso me sucede con la vega de mi pueblo, con la puerta del Río y sus aledaños de Salamanca, con las murallas y la Catedral de Ciudad Rodrigo y la visión de las huertas que rodean el Águeda. Recientemente, durante una mañana calurosa de Junio, en la bellísima Zamora, contemplando desde uno de los arrabales las torrecillas bizantinas de la vieja Basílica, recordé también, con toda precisión, las primeras emociones que recibió mi espíritu de niño, a mis ocho o diez años, ante los campos –tan leoneses– de Valorio.

El sentimiento del paisaje, que definió Juan Jacobo Rousseau y que hoy consideramos refinado patrimonio de los espíritus selectos y superiores solamente, yo creo que es una virtud teológica, una gracia del cielo que Dios reparte abundantemente entre los niños, y aún entre los hombres que se conservan tales. La comunión con la Naturaleza es una de tantas manifestaciones del amor humano. Hay como una renuncia de deseos, como un abrirse el alma por entero a la contemplación de las cosas, como una entrega voluntaria y libre de los campos, de las montañas, de los ríos, de los árboles y del cielo estrellado a lo inefable y hondo de nuestro espíritu contemplativo. En estos momentos de éxtasis, de visión generosa, de derramamiento del corazón en las cosas y de la belleza de las cosas en nuestro corazón, realizamos, conscientemente de hombres e inconscientemente de niños, un acto puramente religioso, ya que nos hundimos y nos damos por entero a la obra del Creador. Rezamos, sin saberlo, ante la Naturaleza; su imagen tan bella nos trae el sentimiento de Dios; la belleza, antes que la verdad, nos habla claro de la excelsitud de nuestro destino, y es en estas horas de fusión honda, de derramamiento de nuestro ser, de desinterés pleno, de absoluto olvido del anhelo que nos ata a la tierra, es en estas horas cuando el fervor de la plegaria se adueña de nosotros y la sumisión a la ley eterna del Amor nos hace señores y dominadores de nosotros mismos.

Un niño ante la Naturaleza se encoge primero. El espectáculo le es tan grato, tan nuevo, que su silencio ya es un canto inmaterial, una sonrisa del buen Dios que le inunda de bienestar el alma. Pero luego se desborda en él el empuje de la fuerza vital contenida. Corre, salta, chilla, da el nombre a lo que ve: es su oración ¡peregrina oración, Dios mío, pero oración humana, al fin! Rinde un tributo a la vida, que es su yugo y su liberación también. Se siente vivir. La poesía del paisaje ha prendido en su almita blanca, blanca de inocencia, blanca de pureza, y no sabiendo decir su emoción, la vive.

Yo recuerdo como un cuento de hadas, como un reino del ensueño sin contornos ni líneas, mis primeras impresiones de la Vega desde el Espolón y mis primeras correrías por las orillas del Tormes, a la salida de la escuela de don Nicolás, en las tibias y amorosas tardes primaverales. Caminaba de sorpresa en sorpresa. El descubrimiento de un remanso, de una sombra, la grata canción del Tormes respirando quietud, el tono pizarroso de la Villa con sus cuestas y declives, el telón lejano de la Sierra de Gredos, la motita blanca de la ermita de Nuestra Señora de la Guía que ya ha desaparecido, el monte de Navales, abrían mi alma a los más frenéticos trasportes de alegría. Casaba de tal suerte el bienestar físico con el bienestar moral, y me sentía vivir tan plenamente, tan amorosamente, tan intensamente, que no deseaba ninguna cosa para seguir viviendo. No conocía entonces la inquietud del anhelo, ni el torcedor de la esperanza, ni el aniquilamiento de la duda, ni las congojas de la meditación. Era un pájaro más, suelto y libre, pero no sentía como él la necesidad del calor del nido. Mi nido era el mundo, todo el mundo; las cosas todas me prestaban su calor y me era grato tumbarme a la sombra de un fresnillo y pasar allí horas y horas, viendo cómo se espejaban las torres de la Villa en el manso río, sin advertir entonces que el reflejo de las cosas que se espejan vale más vale que la imagen y la visión directa de ellas.

Alba está ya muy trasformada.

Con las obras de la Basílica, comenzadas si no recuerdo mal hace veintidós años, desapareció un barrio entero. Luego, al tapiar las Madres Carmelitas la huerta del Monasterio, desaparecieron las casucas del ala izquierda de la calle de San Pedro. Y con ellas, la ermita de la Cruz, de donde salían los judíos y los pasos de Jueves y Viernes Santo.

Era pintoresca aquella barriada que ha desaparecido. La ermita formaba ángulo con una callejita que desembocaba en una plazuela llamada *la Corralada*. Los habitantes del barrio eran pescadores y gente humilde, por lo general. En aquel barrio estaba el Colegio privado de segunda enseñanza, que desapareció afortunadamente, porque no prestaba utilidad alguna al pueblo y su existencia obedecía al deseo de invertir una partida del presupuesto municipal en favorecer amigos.

Los estudiantes eran para nosotros entonces unos héroes de leyenda, unos semidioses. Estudiaban libros grandes. ¡Hay que ver! No cantaban como nosotros el Bendito a voz pelada, ni a voz pelada como nosotros la tabla de multiplicar.

Eran unos hombres los estudiantes: fumaban, tenían novia, sacaban notas, iban para bachilleres y al año siguiente, a los dos años, tendrían Don. ¡Qué cosa el don!

Un día fui con los estudiantes a la Fuente del Cornezuelo.

Hablaron de mujeres; dijeron unas cosas que no entendí. Volví triste del paseo. Entonces pensé que las cosas –que me parecían tan bellas– y los hombres –que me parecían tan buenos– encerraban su veneno ponzoñoso.

El Tormes (02-03-1930)
Basílica Teresiana [286] (15-01-1916)

[286] En *La Basílica Teresiana* se publicó bajo el epígrafe «Recuerdos de niñez (V)».

OPINIONES Y REFLEXIONES

A propósito de Galán

He mandado a paseo las cosas de la ciudad. Galán, con sus tonadas, me ha hecho espectador de las impresiones del campo, de la vida del gañán, de la castidad de la moza salamanquina de senos abultados y ¡vive Dios! que he tornado parte activa en los amores y en las rondas, en las alegrías y las penas de los héroes de nuestro poeta.

A estos grandes poetas les debemos –a Galán le debo yo– unos ratos deliciosos, de hondo sentimiento, unas cuantas lágrimas que resbalan de mis ojos cuando leo sus poesías.

Entonces me fijo en esos charros, de que se burlan los señoritos cursis de la ciudad, en sus quereres, en sus faenas, que valen más, infinitamente más que los quereres y almas, de los señoritos tontos que meten todo el Universo en sus chanchullos, amoríos y noviazgos.

Después, con una vida corriente, con la prosa callejera, vuelvo a olvidarme de esas cosas, hasta que Galán me descubre sus charros.

En las tendencias, en los procedimientos, en los amores que tiene Galán a las cosas viejas, no me fijo. ¿Para qué? Galán, como dijo Unamuno, en ocasión solemne, ni es pendón ni mucho menos, aunque muchos hagan de esto, del pendón que ellos se imaginan, el mejor elogio, y el pendón les sirva para los mayores ditirambos. Entre Galán y Medina, –otro gran poeta regional– existe todo un abismo. Si Galán está a punto de cantar las glorias de la Inquisición, para Medina el mejor sistema de gobierno es la anarquía. Y yo me quedo con los dos.

Porque en esta Salamanca hay que repetir mucho las cosas, aun a trueque de ser pesados y cargantes.

Guerra Junqueiro dice –y está en lo firme–, que los poetas no pueden dividirse en monárquicos y republicanos. Y el mote de labarista[287] es muy chico para Galán, que es grande.

De «Campesinas» no quiero hablar hoy. Ya se encargará alguien de hablar en El Diario con más autoridad que yo y mientras siguen algunos pescando el pendón, yo repito, –y esto lo dijo también Unamuno– que la poesía no tiene campos ni divide a los hombres, y que las causas de la división son la envidia y las malas pasiones.

El Diario (07-03-1904)

La fiesta del Trabajo[288]

Sí; festejemos el trabajo, pero no en el día de hoy solamente, sino en todos los días de nuestra existencia.

Para ello, sacudamos la modorra.

Procuremos ser dueños de nuestra actividad, y no lacayos y servidores de ella.

¡Que todo trabajo nos sea leve! Dispongámonos a él como a un placer intenso.

[287] En Salamanca se publicaba en ese momento el periódico católico fundado por el obispo P. Cámara *El Lábaro. Labarista*, pues, sería tanto como neocatólico.

[288] Existen otros artículos con este mismo título y distintos contenidos publicados años más tarde en *La Publicidad* y *El Pueblo* (O.C. Tomo I, páginas 420 y 430), y en *El Pueblo Gallego* (O.C. Tomo III, página 99).

Las revoluciones chicas y caseras, las que mudan etiquetas y frascos sin variar de líquidos, las que cambian collares dejando ladrar los mismos perros de siempre, se consiguen con cuatro gritos destemplados.

Pero la revolución grande –así la individual como la social– es la que sigue, a los vuelcos de nuestro corazón, de nuestras entendederas, de nuestra conducta...

Preparémonos a ella, cambiando el concepto de trabajo, de esclavitud del cuerpo en dominio del espíritu.

Y hagamos de él, conscientemente, una fiesta continua en los talleres, en las fábricas, en las Universidades.

El Diario (02-05-1904)

El miedo a los motajos

Encuéntrome, como decía Cervantes, "con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla", pensando qué he de escribir, sin que venga en mis ayudas ningún amigo, gracioso y bien entendido, porque los que tengo se hallan fuera, sin pensar en los aprietos en que yo me hallo.

Pero algo ha de salir, sea lo que fuere, y no pongo título al artículo hasta que no lo concluya.

Hacer un artículo sobre el año nuevo que se nos ha echado sobre los hombros, sería una inocentada. Disertar sobre crímenes tan repugnantes como los de Peñaflor, una cosa impropia de un chico de GENTE JOVEN. Dar otra vuelta a lo de la Universidad hispano-americana, un trabajo excesivo. Y escribir mil horrores sobre la rendición de Puerto Arturo, la bravura de Stoessel y las animaladas de la guerra, una predicación en desierto, de la que no habían de enterarse los rusos ni los japoneses.

Y me doy mil apretujones en el caletre y recorro los periódicos del día: no sale nada.

¡Por fin! releo un artículo de mi querido amigo Federico de Onís, que trata del miedo a las ideas. Al principio, me parece bien. Pero luego se me ocurren algunas observaciones, y no quiero callármelas porque es el único modo de que yo haga esta noche un artículo.

Mi amigo Onís, meditando, sin duda, sobre cosas recientes que no son ajenas, del todo, a los escolares, vuelve a quejarse de la señora intolerancia, a la que pone de vuelta y media, y tomando el pulso, ya que no el cabello, a nuestra pobre España, sostiene que la enfermedad mental que tiene más hondas raíces en nuestro carácter colectivo, es el miedo a las ideas. "Los españoles tememos más al pensamiento ajeno que los niños al coco". Tal es la tesis de mi amigo.

A mí no me parece de tanta importancia la enfermedad que nos aqueja en España. Para mí reside en la epidermis, no en los adentros del organismo.

Los salvajes temen a las fuerzas desconocidas y mantienen todo género de supersticiones. Y los pseudo-civilizados de por acá, temen no a las ideas, sino al manto que las encubre, al nombre que llevan, al motajo por que son conocidas.

Aquí asustan los anarquistas, no por la idea que desenvuelve la escuela, ni por las bombas que tiran los exaltados, que así tienen que ver con el anarquismo como Tolstoi con Sardá y Salvany. Asustan por el mote, y por el mote se les condena.

Y es que para tener miedo a las ideas, miedo de veras, consciente, había que conocerlas de antemano. Los curas se asustan del liberalismo, aunque no sepan a punto fijo lo que sea, como los liberales se quejan de la reacción, aunque no sepan tampoco lo que reacción significa. Y es que la creencia, el "lagarto, lagarto", vive dentro de nosotros, acobardándonos y envileciéndonos.

¡Ojalá fuera miedo a las ideas la dolencia nacional! Tendríamos cerebro enfermo; lo que supondría necesariamente que teníamos caletre, aunque en malas condiciones.

Vivimos al revés. España es el pueblo de las viceversas, como dicen mis paisanos que exclamaba un francés que vivió entre ellos. Los españoles nos dejamos convencer de cualquier cosa, después de conocida, pero cuando no es así, somos los hombres de testa más endurecida; la confesión de los polemistas de café, de que son tal o cual cosa, en principio así lo justifica. Por lo que a mí respecta, soy tolstoyano, zolesco, unamunista, clásico y romántico en cosas de arte; republicano, carlista y liberal en política; escéptico y creyente en embustes gitanescos. Y así se arma cada zipizape en los adentros de mi espíritu, que ni yo mismo me entiendo.

Lo peor del caso es que todos los españoles necesitan ser algo. Para nosotros lo importante no es el frasco, sino la etiqueta. Apreciamos mejor el anillo de un buen cigarro que el aroma que exhala.

Y así vivimos, en pleno campo de Agramante, actuando de cocos para entretener nuestras respectivas niñerías.

Gente Joven (07-01-1905)

Honremos al poeta

Todos los salmantinos quieren tributar homenajes de admiración al pobre Galán, muerto en plena juventud, cuando más falta nos hacía. Y se ha pensado en veladas. Y se han citado nombres prestigiosos que se encarguen de acordar la forma de honrar la memoria del poeta.

Sin embargo, yo soy muy exclusivista en estas cosas. No tienen derecho a llorar la muerte de Galán, los que no han leído sus libros, hermanando los espíritus en un calor común. No están de pésame, ni pueden estarlo, los que no han soñado nunca. No es a los viejos, sino a nosotros, a los muchachos, a quienes corresponde tomar parte activa en tales manifestaciones del dolor colectivo. Y llamo muchachos, a todos los que piensan con sinceridad y sienten con bríos, aunque tengan canosa su cabeza. De estos muchachos honorarios, tenemos algunos, por fortuna, en Salamanca.

Para tales comisiones, han sonado nombres perfectamente respetables, enteramente dignos, pero que no son los más apropósito para el caso. De hacerse alguna velada literaria, son los literatos los encargados de cantar, una vez más, las glorias del insigne poeta y del amigo querido. Todo lo que no sea llevar el asunto por estos derroteros, se me antoja caminar al más lamentable fracaso y a la más grande ridiculez.

Y de hacerse una velada necrológica, ha de ser con la cooperación de los escritores salmantinos de primera fila: Luis Maldonado, Cándido Pinilla, Miguel de Unamuno, Mariano Berrueta.

El papel de nuestros literatos regionales, debe ser pasivo enteramente. Creo que lo mejor que puede ocurrírseles, es, recitar ellos mismos los mejores versos de Galán. Y que uno de ellos cierre la velada leyendo un panegírico del muerto. No he de indicar quién es el más llamado a esto.

A todos los admiro y a todos les quiero de veras, como literatos y como hombres.

A los que, con absoluta buena fe y con alteza de miras, han lanzado la buena idea de honrar solemnemente la memoria del gran poeta salmantino, conviene recordarles que a ellos alcanza la responsabilidad de lo que en Salamanca se ejecute. Y no está de sobra recomendar que nunca puede ser más censurable la ligereza ni más criminal el desmayo que en los momentos presentes.

Hay que obrar sin precipitación.

No podríamos ofrecer dignamente a Galán, sus amigos y admiradores sinceros, unos magníficos buñuelos para que adornasen su tumba oscura.

Hay que llevarle flores sencillas, rellenas de aromas campestres, y no es el elemento oficial, dicho sea con todos los respetos, el que debe desparramarlas en el cementerio.

Las exequias de un poeta no son las exequias de un político; hay gran distancia. A todos nos toca llorar por igual, porque a todos nos dio su espíritu el poeta, pero a los que con él oficiaban de sacerdotes en el templo de la Poesía, les toca afligirse ruidosamente, y a nosotros, los fieles, llorar en silencio. También nos corresponde otra cosa; la de echar a trompazos de la iglesia a los indiferentes, a los neutros, a los que buscan la exhibición propia y no pueden soltar las lágrimas porque las tienen fuertemente atadas en sus adentros.

Lloremos la muerte de Galán, sí, pero a nada conduce el estrépito, ni la comiquería, ni el funeral forzado. Se ha muerto un hermano querido, que jamás nos engañó porque sus sentimientos eran transparentes.

El muerto no es un tío, que se nos murió en la Habana, dejándonos por herederos, ni los amigos del poeta podrán consentir, tampoco, que haya lágrimas de tales sobrinos.

El Castellano (11-01-1905)

La mujer de Galán

¡Pobre mujer! La esposa del poeta es la madre de cuatro criaturas; ¡de cuatro angelitos que dejó Galán en la tierra, al calorcillo de la madre, una madre obscura, a cuyo lado labró el poeta el poema de su vida!

Todos hablan del poeta. ¡Nadie se acuerda de la compañera de su corazón! Mientras los escritores y los amigos de Galán lloran su muerte, yo me asocio al dolor de la viuda, que se retorcerá de pena, secos los ojos para que los hijos no lloren, en la casa vacía, en el tranquilo pueblo de gañanes rudos.

Aquellas tonadas que rimó el poeta, le venían de dentro; aquellas rondas que hizo sentir Galán a los novios primerizos, que se estremecían de amor en la reja, en la reja de la moza Cándida, eran remembranzas de su juventud. Y aquellas sinfonías íntimas de su espíritu; aquellos estallidos de gozo; aquella alegría del vivir, que cantaba la musa del bardo castellano, venían de su compañera, que iluminó la juventud dorada de José María, que tejió, a su lado, más tarde, el poema casero de placeres sin fin.

¡Pobre viuda! Mientras los señores de la ciudad se desgañitan en disquisiciones sobre la escuela a que perteneció Galán, la humilde mujer cuidará de los hijos, engañándoles, cuando pregunten por su padre. Y sólo algún fiel criado, cualquier labriego de Guijo, de esos que rezan en la ermita del Buen Cristo, verá caer, silenciosas y graves, las lágrimas de la mujer,

viviente imagen de la madre muerta.

"Caballero andante sin dama es como árbol sin flores", dijo, no recuerdo si con estas mismas palabras, el de la "Triste Figura". La inspiración de Galán es incomprensible sin la hembra hacendosa, sin la compañera leal. Ella le hizo poeta, "ella y el campo"; Fray Luis y Mira de Mescua[289] le perfeccionaron en el arte.

El equilibrio sano, la rigidez moral, el optimismo bonachón y alegre, la paz de espíritu que resplandecen en los escritos todos del poeta muerto, proceden a derechas, sin meterse en otras quebraduras y retablos de Maese Pedro, de la que llora en estos momentos, no al poeta que dio renombre a las letras españolas, sino al padre que han perdido los nenes, los nenes de los dos.

"Cada cual habla de la feria, como le va en ella", reza el adagio. Y como en el mundo fue feliz Galán, no canta dolores enmarañados, ni llora por llorar. Galán era sincero. Como Jorge Manrique llora en *El Ama* y en sus versos más recientes tragedias de familia, que enlutaron su espíritu, acallando la musa de las romerías y de los marros populares.

He leído no sé dónde o he sospechado yo mismo alguna vez, que toda obra literaria no es otra cosa que la biografía del escritor, más o menos disfrazada, deslizándose, más o menos libre, por entre las redes de la farsa.

Es esta una regla que no admite excepción de ningún género entre literatos, que son, además, personas formales.

Escribió su candoroso idilio Palacio Valdés en *Maximina*; lloró Balart sus negras soledades de viudo en *Dolores*; cantó el himno del hogar, nuestro poeta, con desbordante júbilo, con intensa ternura, en sus mejores quintillas:

¿Por qué estás triste, mujer?
¿Pues no te sé yo querer
Con querer tan singular,
De esos que hacen llorar
De doloroso placer?
. . . . . .
Y si lloras desconsuelos
Y torturas de los celos,
¡Vive Dios! que lloras mal;
Testigos me son los cielos
De que mi amor es leal.

Los admiradores de Mariano José de Larra asocian el recuerdo del insigne prosista a los desvíos de su amante. El nombre del gran épico italiano va unido al de Beatriz. Los lectores de Bécquer saben que el poeta triste creía en Dios el día que unos ojos azules le miraban.

Los salmantinos no pueden ignorar que la oración que recen por el poeta; debe estar unida al recuerdo de la viuda, si quieren que Galán se lo agradezca, desde su mundo presente; ¡el mundo de las almas sencillas que tejieron y cantaron su idilio de amor y de ternura!

Gente Joven (14-01-1905)

[289] Así en el original por Mira de Amescua.

El pueblo y los poetas

Mañana, domingo, Salamanca rendirá un tributo de santa memoria al hijo ilustre que la rejuveneciese con sus dulcísimos cantos. Y es nuestro homenaje sencillo, humilde, modesto, sin ostentaciones oficiales ni ruidosos reclamos, como corresponde a hermanos de corazón y de afecto.

Salamanca paga, por primera vez, las deudas que tiene con sus hijos más insignes. Salmantino fue Ruiz Aguilera y de su memoria no quedan más reliquias que un rótulo en una calle estrecha.

A Galán le rendimos otro homenaje más vivo, el de una fiesta en la que nos leerán, en público, por última vez, aquellas magníficas estrofas, donde relató el poeta nuestros paisajes áridos y nuestros caracteres rudos, a quienes mueven el amor y la fe.

Homenajes son estos que deben repetirse a cada momento, donde quepan todos, sin distinción de castas ni de regiones.

España entera necesita, de vez en cuando, ponerse en ambiente de quijotismo y de poesía, que la mueva a soñar, para que, animada y encendida con las llamas de un glorioso pasado y de un porvenir risueño, se lance a empresas, por las que cobre prestigios y alientos.

Hay que pregonar nuestra fe en la poesía, nuestra confianza en el ideal, a voz en grito, para que los corazones despierten de su modorra y sean tierra abonada a los ensueños y a las ilusiones de todo género.

Tenemos que arrancar de nuestro pueblo del contacto de los políticos; tenemos que burlarnos de su entusiasmo por los eruditos; debemos empeñarle en una lucha encarnizada para que menee tristemente la cabeza cuando se le hable de soluciones concretas, de torpezas de la imaginación y de ideales próximos.

Elevemos el alma del pueblo, del gran pueblo español que ha sido romántico y quijotesco siempre, poniéndola al habla con la de los poetas que sienten con él y con él lloran. Y tendremos conciencia nacional, cuando tengamos sentimientos artísticos, coraje de luchadores.

No es el pueblo mejor aquel que vive con mayores comodidades, sino el que más canta, el más capaz de albergar en su espíritu todo género de ideales y de sueños de conquista. Tenemos que sustituir nuestros burdos programas regeneradores con odas patrióticas, henchidas de fe en nuestra misión colectiva, como tenemos que cambiar también nuestros congresos de vividores que se pelean por la tajada, en torneos populares donde nos canten el amor de nuestra madre, la patria, y la necesidad del sacrificio.

Andamos cabizbajos y medrosos porque no tenemos ideal. Nuestras últimas derrotas nos han sumido en la más dolorosa quietud, –la quietud del agonizante–, y necesitamos que nos arrullen y nos mimen con caricias de juventud, para seguir viviendo.

Mañana unirá Galán en el mismo grito de admiración sincera, en el mismo amor al terruño, a los que, a diario, se pelean, como unirán otros cantores nacionales, en el amor a la patria.

Yo pido versos, muchos versos, fiestas, muchas fiestas como la de mañana, para que nuestro pueblo se alimente de ideales y con ellos viva, y con ellos forje un ideal que le haga grande y vigoroso.

Gente Joven (25-03-1905)

Quijotismo nuevo[290]

Señoras, Señores:

Invitado por mis amigos, los estudiantes de la Facultad de Letras de esta Universidad, a tomar parte activa en este acto, en conmemoración del tercer centenario de la publicación del Quijote, he andado de cavilación en cavilación y de duda en duda, porque era bastante difícil que yo, estudiante de Derecho, acertase a topar con la redoma encantada y encontrase un regular motivo para componer cantos a las excelencias del espíritu quijotesco, desentrañando, con absoluta independencia, los problemas que el inmortal libro contiene.

Para los que aseguran tontamente que Cervantes quiso acabar con la lectura de los libros de caballerías, mi criterio, en este acto, está, de veras, definido. Y para esos otros que afirman,

[290] Discurso pronunciado por José Sánchez Rojas en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca en la velada organizada por los estudiantes a propósito del tercer centenario de la publicación del Quijote. En ella intervinieron también Antonio Boudías, José Salcedo, José María de Onís, Fernando Íscar y Federico de Onís.

sin hacerse ningún caso de la vocinglería de los eruditos, que D. Quijote representa, en nuestra historia psicológica, el predominio de la imaginación sobre la inteligencia, la necesidad de la rebelión y las ventajas que proporciona eso de desfacer entuertos y de salir por el mundo, lanza en ristre, a romperse la crisma con los follones, los arrieros, los yangüeses, y como es natural, con los estudiantes, licenciados y doctores en Derecho, mi mejor papel es el de callar, porque mis estudios no son los mejores para cantar endechas a Dulcinea del Toboso, ni para librar cuerdas de galeotes, sino para comer los garbanzos con Teresa Panza, discutir con el cura de la aldea en rabiosos silogismos y casarme con Antonia Quijano, una vez muerto D. Quijote, su tío, dejándola por heredera de sus escasos terrones manchegos.

Mi posición en esta velada es difícil como veis. Difícil, porque mi temperamento me lleva con D. Quijote, y mi educación mental me llama, a voz en grito, al lado de Sansón Carrasco; difícil, porque el Caballero de la Triste Figura pregona el amor, –un amor del que no ha de sacar provecho alguno–, y el derecho civil me hace fijar en la dote más de lo que mi natural desprendimiento deseara; difícil, porque mi corazón hubiera sufrido cruelmente si al bondadoso enamorado manchego le prenden los cuadrilleros de la Santa Hermandad, y mis aficiones me llevan a ponerme serio por el orden público alterado, por la justicia del castigo, por el atropello de la ley y de otras cosas tan santas como estas, y de otras menos santas, como el pago de las costas y la prisión que, en todo caso, tendría que sufrir Don Quijote por sus locuras dañinas.

Verdad es, que con D. Quijote a la vista, puedo defender esto o lo otro, la justicia absoluta con su rigidez kantiana o la justicia del capricho y del acomodamiento a las circunstancias. Cierto es también, que con textos de Cervantes en la mano, puedo acatar humildemente todas las cosas sancionadas entre la broza y las malezas de todos los códigos o revolverme, airado, contra todas las disposiciones positivas que no surjan de mi voluntad y de mis nervios. Pero no puede ponerse en duda que el inmortal libro se enderezó a dar una paliza a los abogados de aquel entonces y a sus nietos de hoy, y que esos abogados han sido los maliciosos inventores de la patraña de que Cervantes se propuso enterrar los libros de caballerías, cuando su propósito fue terminar con los códigos, con las compilaciones y con toda nuestra labor inútil, que ha terminado entre las rechiflas de la plebe, siempre hambrienta, no de los derechos nominales, que nosotros hinchadamente la reconocemos, sino de otros derechos, de contenido real.

Afortunadamente, si D. Quijote volviera al mundo en los días de éste su tercer centenario, notaría con agrado que Juan Haldudo, el rico, paga al mozo Andrés, en maravedises contantes y sonantes después de la azotaina y que sus burlas con nuestros refranes sanchopancescos, pilares de la vieja jurisprudencia, han engendrado a jueces, a buenos jueces, como Mr. Magnaud[291], que absuelven a mujeres que roban pan y a pensadores que sostienen muy serios, que si el perdón es bueno en ocasiones, debe serlo siempre, y que si el indulto se aplica por una sola persona y en ocasiones faustas solamente, debe indultarse por todos y siempre, a todas horas, en las circunstancias más triviales de la vida.

En el derecho contemporáneo, comienzan a infiltrarse gotas de piedad, tranquilas aguas de humanitarismo sano, y lo que fue durísima piedra berroqueña, en la que tantos espíritus perdieron su agilidad, comienza a ser hoy piedra blanda, susceptible de toda clase de bordado y pulimentos, capaz de romperse y desgastarse con el más ligero roce y al más fino golpeteo.

En estos días en que nos imponen oficialescamente la recordación forzosa de las andanzas del ingenioso hidalgo, yo quiero que soñemos, los que andamos entre códigos metidos, con la ley suprema que brota del amor a la garrida moza del Toboso y que dejemos nuestras pláticas caseras con el cura y el barbero, con el bachiller y con el canónigo, con el ama y la sobrina; y que antes de fijar en máximas de bronce las leyes externas de los pueblos cantemos nuestra ley íntima, la ley de nuestro amor, que es muy poco abogadesca y demasiado humana y demasiado abierta a todos los aires, que, por sus resquicios, puedan colarse.

¡Cantemos el amor a la mujer, el cariño a Aldonza Lorenzo, las ilusiones que mecen nuestra juventud, los himnos retozones de la lucha! Despreciemos a Dulcinea si representa la gloria, como quiere el Sr. Unamuno, si no simboliza, ante todo y sobre todo, nuestro contento diario y nuestra felicidad íntima. Nos basta con Aldonza, porque Dulcinea es el ídolo, no del hombre, sino del caballero andante, que necesita encomendarse a una dama singular para seguir la costumbre de que hablaban aquellos libros de caballerías que dieron al traste con el seso del pobre D. Quijote. Además, Dulcinea es desdeñosa como ficción humana que es. Si tuviera sentido común la disparatada señora, se pondría orgullosa e insoportable con los agasajos, aplausos, vítores,

[291] Paul Magnaud (1848–1926). Magistrado francés conocido como el «buen juez» por la equidad y benevolencia de sus sentencias

aclamaciones y hurras, con que hoy atruenan en toda España, a su enamorado caballero. Pero Dulcinea no se abraza al cuello del insigne loco, no besa sus labios con ardor, no se duele de los antiguos desdenes ni de las pasadas pretericiones, no ha querido enterarse después de tres centurias de ensueños, de aquel amor que ella encendiese, de aquel amor que le llevó a D. Quijote a sus andanzas de caballero andante, de aquel amor, padre de tantas ternezas y de invocaciones tan retóricas y musicales.

No es necesaria al Quijotismo la figura de Dulcinea. Basta con cualquier pasión ordinaria que inspire Aldonza Lorenzo, con tal que sea pasión verdadera y no imitación y copia de los amores de los Amadises.

Seamos caballeros andantes, pero no por nuestros fracasos amorosos, –a la usanza de D. Quijote–, sino que nuestras aventuras caballerescas broten de la plenitud de nuestra dicha y de la virilidad de nuestro corazón. Hubiera sido más grande y más sublime el ingenioso hidalgo llorando los desdenes de su Aldonza y gozándose en ellos, que no sufriendo dolores inauditos por la Dulcinea fantástica. Podrá decírseme que los más grandes amores, los amores que en actos se resuelven, están formados de pocos, de muy pocos retazos de prosaísmo y de muchos, de incalculables jirones de imaginación creadora; y que así, las zafias lugareñas que nos tocan el corazón con la varita mágica de sus encantos, se convierten, de golpe y porrazo, en hermosísimos y encantadores idoletes, ante quienes nos postramos, de rodillas, en elevado culto. Pero yo replico que el toque está en amar a la moza del Toboso, aunque nos diga Sancho que no pasa de un mediano parecer y aunque nos hagan saber cariñosamente que desprende un tufillo inaguantable de ajos y cebollas, y que eso de suspirar por Dulcinea, es retórica y nada más que retórica, refinada soberbia que se viste de amor, y no otra cosa.

Fracasado D. Quijote ante una moza adocenada, la viste en sus adentros, de princesa del Toboso, creyéndose digno de ella, para justificarse su derrota de hidalgo viejo y flacucho.

Mi querido maestro, el ya citado Sr. Unamuno, comentando las aventuras que yo, de nuevo, comento esta noche, ha creído de buena fe, que la esencia del verdadero quijotismo consiste en sobrevivir a través de las edades futuras, en perdurar en la memoria de las gentes. El renombre, es el resorte de acción; Dulcinea, el pretexto. Y como nosotros, hijos del siglo XX, podemos separarnos de toda clase de comentaristas sinceros y quitar al quijotismo cervantista las prendas que tengamos por conveniente, tenemos que censurar en el caballero de la Triste Figura no pocos defectos y tachar no pocos lunares que empañan sus otras bellezas.

Yo deseo que nuestro quijotismo no nos traiga aparejados molimientos ni palizas, porque la impotencia de no salir vencedores materialmente, implica la impotencia de nuestra Fe y de nuestro Amor. En la obra de Cervantes, que yo admiro con la furiosa pasión del sectario y en las aventuras de D. Quijote, a quien yo sigo casi siempre, se nota la ausencia de ternura y, a veces, pasa por pasional lo que no es sino maravillosamente retórico. Mejor querría a D. Quijote casado con Aldonza, padre de muchos hijos, entretenido con una pasión, que no por ser ordinaria, deja de ser más sublime que sus aventuras todas, que no jinete en Rocinante, invocando a Dulcinea, en las llanuras de la Mancha, entre suspiros y suspiros, que examinados en sus propias entrañas, tienen un dejo de afectación, suenan a hueco.

Tenemos que ser Quijotes, sí, pero corrigiendo y tachando no pocas cosas del héroe cervantesco, creándonos un quijotismo nuevo para nuestro uso y abuso, sin relegar al olvido la creación de Cervantes, ni ponerla, tampoco, entre los santos de nuestra imitación y cariño.

Es verdad que nosotros, los futuros abogados y los ya curtidos en el oficio, necesitamos y necesitan resortes íntimos, oleadas de pasión que sustituyan nuestros secos razonamientos de cabeza, pero D. Quijote será modelo, modelo a medias, y no otra cosa, del quijotismo de la época.

Tenemos héroes que imitar, héroes de carne y hueso, aquellos que poetizaron siempre y falsearon alguna vez los juglares anónimos de nuestro fresquísimo y sabroso Romancero.

Y voy a terminar, señoras y señores. Labor de patriotismo es esta de congregarnos los salmantinos en la Universidad a la que quiso Cervantes como a las niñas de sus ojos, en estos días en que conmemoramos el tercer centenario de la publicación de su maravilloso libro, y de desear sería, que sin olvidar nuestros lutos recientes y nuestros fracasos nacionales, repitiésemos, de vez en cuando, estos festejos, donde se recuerdan glorias pasadas, porque el espíritu saca fortaleza y el corazón alientos, para las empresas históricas, que, todavía, de seguro, nos aguardan.

Labremos nuestro porvenir, soñando, sin traerlo a la vida, con nuestro pasado.

HE DICHO

Gente Joven (07-05-1905)

«Nuestras cosas»

Si no fuéramos nosotros, los redactores de GENTE JOVEN unos pobres muchachos que prescindimos en absoluto, de los gustos de las gentes para vivir con arreglo a nuestro capricho, era para echarse a temblar con esos enemigos ocultos que nos surgen a cada esquina, con esos consejeros que nos llenan el magín de reflexiones prudentes, con esos pobres degenerados, compañeros nuestros muy queridos, que no pueden perdonarnos el terrible delito de escribir un artículo cada semana, viviendo en plena calle, sin acostumbrarnos a callar y a rumiar pacientemente el deleitoso sosiego de su vida obscura.

Un día nos cuadriculan y encasillan como si fuéramos anónimos diputados rurales; otro, nos aconseja un sabio joven que es cosa ridícula eso de subir en el pulpito y adoctrinar a las muchedumbres; otro, cualquier burgués congestionado nos tiende la mano para prestarnos algún auxilio que estamos muy lejos de necesitar, y siempre, el coro de los fracasados, de los imbéciles o de los pordioseros que limosnean un huequecito en nuestra humilde revista, mueven la cabeza tristemente cada vez que acertamos con el látigo y nos fingen una compasión que no han sentido nunca. "Estos muchachos tienen trastornada la cabeza con lecturas perniciosas, no hagamos caso de sus majaderías".

Así dicen los tales y quieren que colguemos las disciplinas y que dejemos el cultivo de nuestras queridas aficiones, luchando, con nosotros, por medio del ridículo. El ridículo es el arma de todas las medianías, de los envidiosos todos. La burla es la cosa más accesible para los equilibrados. La risa es la matadora de las energías, recurso supremo de los apreciables *clowns* de GENTE JOVEN.

No ha muchos días que un periódico de Madrid, que goza de excelente crédito entre ciertas personas sensatas (usureros, mamás pudientes, seminaristas, burgueses, luises) enumeraba nuestra Revista entre las publicaciones libertarias españolas, junto a la *Revista Blanca*, la *España Moderna* y *La República de las Letras*. Aquella piadosa clasificación –que a mí, personalmente, me dejó tranquilo– era un trallazo de uno de nuestros más insignes mayorales, para alentar el desprestigio con que quieren envolvernos. Como no pueden ponernos un cartelón en las espaldas, para que sirvamos de espectáculo de feria, nos quieren hacer un insulto tabernario por la intención e inocente por el fondo. Y si les replicamos con nuestro silencio –con este silencio compasivo que tanto les revuelve– tornan a su monótona canción de "¡cosas de intelectuales! ¡cosas de los devotos de Unamuno!"

Pero venid acá, espíritus soeces, almas de cántaro, viejos del diablo; venid acá y confesadme con toda seriedad, con toda la seriedad que yo pongo en estos ataques: ¿por qué nos aborrecéis tanto? ¿Por qué os empeñáis en esta campaña anónima en que siempre llevaréis la peor parte? ¿A qué vienen estas añagazas, tanta obstinación violenta, tanto embuste continuado? Me diréis, ya lo sé, que no os dejamos tranquilos, que nuestros artículos llevan gérmenes de rebelión, que detrás de la literatura se esconden arranques pasionales, aires de juventud, algo que os ofende y que disuena en vuestros oídos, cargados de la cerilla del convencionalismo.

Agregaréis que todo eso del intelectualismo es ya un espadón mohoso que no podéis llevar al combate. Afirmaréis –si cabe en vuestro espíritu sinceridad y crudeza– que lo que sentís no es desdén, ni compasión, sino envidia, ruin envidia. Y acabaréis la confesión diciéndome que vuestros consejillos están dictados por el miedo, lo mismo que vuestra eterna adulación.

Nosotros aborrecemos, como *Brand*, la genial creación de Ibsen[292], a todos los consejeros, a los malos y a los buenos, sobre todo a estos últimos. Necesitamos espuelas que nos lleven, desalentados, a la lucha, no frenos compasivos que nos detengan en la marcha. Necesitamos que llegue a nuestros oídos el eco del clarín guerrero, no que nos muestren el estandarte blanco de la paz.

Y viviremos, cayendo un día y levantándonos otros, despreciando vuestras campañas indecentes y colgaremos la pluma cuando os hayamos desenmascarado a todos.

Gente Joven (03-06-1905)

[292] La frase resulta algo ambigua. Lo que quiere decir –ya que son devotos de Ibsen– es que aborrecen de la misma manera que aborrecía Brand, personaje del poema dramático del noruego que lleva el título de su protagonista, que se queja de la miseria de sus congéneres porque carecen de pasión, algo similar a lo que defenderán los "devotos unamunianos".

Jóvenes tristes

He abierto un periodiquito provinciano, *El Eco de Z*, uno de estos periódicos familiares y caseros, donde los chicos ilustrados, orgullo y esperanza del pueblo, hacen el amor por todo lo alto, sonetilmente, a las distinguidas y un tanto rústicas beldades con las que tertulian a diario y a las que acompañan de continuo. Un señor Gómez, distinguido aficionado a las letras, escribe una tristísima *Rápida*, que dedica a la muy bonita y gentil señorita M. L. H., un artículo llorón y jeremiaco que pone los pelos de punta y que deja el corazón angustiado.

El señor Gómez no cree en las ilusiones ni cifra en ellas su vida interior de muchacho. Desdeña todo esto, carga la culpa de sus cuitas a las espaldas del Supremo Hacedor y de toda la corte celestial y ni su bellísimo dueño, la señorita M. L. H. "hará cambiar de rumbo a la barquichuela de su corazón que se precipita por el espumoso Océano y que naufragará seguramente".

Verdaderamente, lectores, la juventud está perdida sin remedio. Su pobre literatura, sin pasión y sin virilidad, sin arranques impetuosos y gallardos, es una sarta de memadas sin enjundia, un tropel de majaderías interminables. La juventud es vieja. Y se acobarda ante la burla de las coquetuelas del montón y cifra todas sus esperanzas, sus ensueños todos, en la posesión de estas lindas bestezuelas, de estas Antoñitas Quijanas, que les cortarán sus alitas de pájaros nuevos y les harán desertar de sus amores a la Gloria.

El señor Gómez, colaborador meritorio, sin duda alguna, de *El Eco de Z.*, representa a millares de muchachos españoles, insinceros y cobardes, a toda esa bazofia juvenil que sueña con la dote, a los diez y seis años, y que charla de ideales y no ensueños, sin haber sentido nunca, con el alma entera, lo que estas cosas son y significan.

El señor Gómez será, seguramente, de estos buenos chicos que se consumen de inacción y de envidia en los claustros de la Universidad; uno de estos jóvenes que no dejan estela en su camino y que sueñan, con los ojos abiertos, en estas diosas que se yerguen, altivas e insoportables, en los altarcitos que les levantan sus anodinos devotos.

Pero la juventud seria, la juventud honrada, tiene que protestar de todas estas zarandajas que manchan la literatura y que envenenan el corazón. Desprecio profundamente a todos aquellos que fingen copiar en sus escritos el estado de su alma y me parece sencillamente odioso el proceder de todos los que se mienten a sí mismos para adquirir una sonrisa forzada de las que les atan a la vulgaridad.

Además, todas estas coplas carecen de ritmo espiritual; generalmente son falsas y con falsedad no hay poesía. Carecen de pasión y sin pasión no hay arte intenso, que caliente las almas en sublimes anhelos y en inquietudes hondas.

La vida nos sonríe. No se puede creer en el fracaso seriamente a los veinte años. Nuestra tristeza es pasajera. El éxito nos embriaga y ensoberbece. Nuestro mundo es el mundo de la lucha. Cayendo un día, tropezando otro y levantándose al fin, adquieren los nervios cierta agilidad; hacemos más flexible el espíritu. La sensibilidad se adquiere golpe tras golpe, en plena calle, respirando el oxígeno callejero y asimilando todas las impresiones que se reciban. No hay arte sin vida y el lloriqueo juvenil es producto de la impotencia y de la haraganería mental.

El pesimismo es letra muerta a nuestros ojos. Bécquer nos divierte, pero nada más. Es muy respetable el dolor, cuando se ha destrozado una afección íntima, pero no hay tal dolor cuando se publica a los cuatro vientos, en cualquier *Eco de Z*. Y así como la duda mental es la dignidad del pensamiento –como ha dicho tan ingeniosamente el psicólogo Guyan– así también la ternura, el optimismo bonachón, la franqueza, el gesto risueño constituyen la dignidad de la juventud. El llorón, ya lo he dicho, es generalmente un impotente y un necio.

En realidad de verdad, acaso no haya, en el mundo del pensamiento, teorías del todo honradas, opiniones en cuya elaboración haya trabajado exclusivamente la cabeza. Son estas generalmente justificación de nuestra conducta, explicación de nuestros móviles internos del obrar. Shopenhahuer [sic] dijo mil perrerías de las mujeres porque estuvo toda su vida enamorado. Construyó todo un sistema filosófico en una intensa. Y el señor Gómez se ha creído ateo, y hasta es posible que le miren con horror los clérigos de Z, con su demoledora *Rápida*.

Y allá van, para consuelo de todos los fracasados, y en justificación de sus cuitas, estas graciosísimas palabras del humorista portugués Eça de Queiroz, con las que termino este desahogo.

"El buen Shopenhahuer formula todo su Shopenhahuerismo, cuando es un filósofo sin editor y un maestro sin discípulos, cuando sufre horrendamente de terrores y manías; y esconde su dinero bajo los ladrillos; y redacta sus cuentas en griego, con perpetuos lamentos de desconfianza; y vive en las bodegas con miedo a los incendios; y viaja con un vaso de latón en los bolsillos

para no beber en copas que hubieran podido contaminar labios de leprosos... Entonces Shopenhahuer es sombríamente shopenhahuerista. Pero apenas entra en la celebridad, y se le aquietan los nervios miserables, y se ve rodeado de tranquila paz, no hay en todo Francfort burgués más optimista, de más alegre rostro y que con más regalo disfrute de los bienes de la Inteligencia y de la Vida... ¡Y el otro! ¡El Israelita! ¡El muy pedantesco Rey de Jerusalén! ¿Cuándo descubre el sublime Retórico que todo es Ilusión y Vanidad? ¡A los sesenta y cinco años, cuando el poder se le escapa de las manos trémulas, y su serrallo de trescientas concubinas le parece ridículamente superfluo! ¡Entonces rompe en grandilocuentes quejas! ¡Todo es vanidad y aflicción de espíritu! ¡Nada hay estable sobre la tierra! En efecto, mi buen Salomón, todo pasa, y, principalmente, eso de poder usar de trescientas concubinas. Pero que restituyan a ese viejo sultán asiático, teñido de literatura, su virilidad, ¿en qué se convertirá su lamento del Ecclesiastés? ¡Romperá entonces, en segunda y triunfal edición, el éxtasis del *Cantar de los Cantares*!"[293].

Consuélese, mi querido señor Gómez, que usted no viajará con un vaso de latón en el bolsillo para que no le contaminen labios de leprosos ni habrá perdido tampoco, en algún magnífico serrallo, las flores de su juventud.

¡Abajo con los jóvenes tristes!

Gente Joven (10-06-1905)

Más sobre la sinceridad

Por primera vez en GENTE JOVEN, un compañero nuestro ha confesado un puño de verdades a propósito de nuestra sinceridad. Él mismo se acusa también de este defecto moral que sería grave, en un ambiente de espíritus nobles y de corazones sanos. Pero nuestra insinceridad, es ciertamente pasiva. Creemos lo que decimos y creemos lo que no decimos. Nos peleamos, a menudo, por unos idoletes, cuyo derrumbamiento nos dejaría tranquilos, pero a nuestros ídolos de veras, a los intangibles, les rendimos, fervorosos, la religión del silencio. Si nuestras arremetidas fueran muy valientes y sinceros nuestros cantos y presentásemos completamente desnudas, nuestras creencias, nos ahogaría esta atmósfera de ramplonería moral y de tosco sanchopancismo. Quedaríamos solos con nuestras quijotadas y con nuestra exaltación mental. Nos señalarían con el dedo. Acaso nuestros ídolos sucumbieran bajo el peso de nuestra imprudencia. Y dueños absolutos, plenos de nosotros mismos, aparecemos esclavos de lo exterior y nos dejamos o fingimos dejarnos llevar de la corriente.

Somos fuertemente románticos y aparecemos públicamente, incoloros. Somos hondamente religiosos, tenemos nuestro Dios y pasamos por indiferentes; tal vez, los clérigos, los adoradores del ritual, los apegados a los convencionalismos externos, nos miren con un prolongado desdén; tal vez, se inquieten un poquito con nuestras calaveradas. Tenemos, sobre todo, dos sentimientos robustos, sanos; el del Amor y el de la Justicia. Pero al primero le hacemos el honor de no manosearle nunca y respecto del segundo adoptamos siempre una posición discreta. También somos políticos. Germinan en nuestro espíritu ideales de reconquista espiritual de nuestro suelo; amamos también, sobre todas las cosas a nuestra madre común, la Patria. Soñamos con ella y sus fracasos, sus desalientos, sus desmayos nos llegan al alma. Quisimos que la juventud española albergara, en su espíritu, obras verdaderamente grandes, de reconstitución nacional, pero sigue con su paso de andadura, sin apretar la marcha para no fatigarse en la carrera. Tenemos la osadísima pretensión de que somos nosotros, y no las gentes doctas, graves y viejas, los encargados de sanear la Patria. Pero nos llaman soberbios, ignorantes, nos dicen que eso de mirar toda la vida a través de los cristales de nuestra juventud es un error supino y hasta se burlan de nosotros con una risa dudosa, porque son las ilusiones, el alimento diario de nuestro espíritu. Nosotros, que sabemos perfectamente a qué atenernos acerca de este particular y de otros muchos, nos cansamos de arrojar margaritas a puercos, de predicar ilusiones a imbéciles y de aconsejar luchas a los hombres equilibrados y sin inquietudes. En esto consiste, precisamente, nuestra insinceridad; en el cansancio de la pelea.

"Tenemos miedo de encontrarnos ridículos" ha escrito, en alguna ocasión, el Sr. Íscar, a propósito de las campañas de nuestro periódico, pero esa afirmación no es, enteramente, cierta. El

[293] De la ciudad y las sierras (Nota del autor)

enamorado de los grandes ideales no se encuentra ridículo nunca. Preguntadle a un individuo que ama de veras a una mujer si teme la burla y os responderá que no. Del mismo modo los que creen firmemente en las excelencias de sus predicaciones, sienten un placer gratísimo al no encontrarse solo, al no medirse por el rasero común de las gentes ordinarias. Y, de todos modos, mejor es hacer payasadas que no repetir constantemente las eternas vulgaridades, las tonterías que han repetido, ufanas, mil y mil generaciones.

¿Procederá, acaso, nuestra insinceridad de la cobardía de espíritu? Tampoco. No nos agrada el papel de lavanderas porque muchos sujetos a quienes pudiéramos zarandear semanalmente, nos parecen, sencillamente, despreciables. Es preferible seguir serenamente nuestro camino, a conceder importancia a estos vuelcos fugaces, que, a la larga, proporcionan una mayor agilidad a nuestros músculos. Seguimos aquel sabio consejo de no pararnos a tirar piedras a los gozquecillos que nos salen a ladrar al camino porque en el caso de enfurecernos imprudentemente por estos ladridos, no llegaríamos nunca al término de nuestro viaje. Preferimos las predicaciones mansas, la disertación serena y sosegada; el reposo es la condición, que, desde luego, hemos impuesto a nuestra conducta.

Con él, nos ahorramos innecesarios disgustos, hasta choques intestinos, porque lo primero que salta a la vista de cualquier lector asiduo de GENTE JOVEN, es ese grato anarquismo que reina en nuestra casa y que nos viene tan ancho. Cada cual pensamos de distinta manera, pero sentimos al unísono. Por debajo de estas contradicciones, más aparentes que reales, (porque es el corazón, y no el cerebro, el que da una íntima cohesión a los grupos) reina el mejor de los compañerismos, el ganado día por día, escaramuza tras escaramuza, batalla tras batalla, el que se alimenta de dudas y de vacilaciones.

De nuestra insinceridad tiene la culpa el ambiente que nos rodea. Y no somos nosotros, ciertamente los culpables. El que nos arroje a la cara este insulto, nos absolverá seguidamente de buen grado.

Gente Joven (01-07-1905)

Fiebre difamatoria

Me decido, después de mil cavilaciones y dudas, a contestar el artículo, que, con este mismo epígrafe, apareció días pasados en las columnas de *El Adelanto*, suscrito por un publicista tan sensato y razonable en sus apreciaciones artísticas, como el modesto Crotontilo[294]. El autor de croniquillas encantadoras y de magistrales briznas que lleva ese pseudónimo, tan ventajosamente conocido no solamente en la capital sino en todas y cada una de las cabezas de partido de esta provincia, merece, desde luego, la más cariñosa consideración de todos los que con él discutan. Pero no puede negarse que Crotontilo, en su famosa *Fiebre difamatoria*, ha formulado los juicios más singulares y las apreciaciones más extrañas que pueden concebirse y que estas y aquellos no pueden pasar en silencio y sin protesta, por parte de los que tienen aficiones literarias.

Crotontilo se ha equivocado, de medio a medio, al escribir, largo y tendido, sobre una enfermedad que ni ha existido ni existe afortunadamente en Salamanca: la difamación literaria. Precisamente se respetan toda clase de prestigios y algunos de ellos, Galán sobre todo, Maldonado, Mariano Berrueta, Unamuno y otros que no cito adrede, son indiscutidos.

Nosotros, los jóvenes, los que hemos inventado todas esas cosas de juventud y de rebeldía y de férrea independencia de espíritu para pasar el rato, somos extraordinariamente dóciles. No hemos derrocado ídolos, ni deshecho reputaciones. Y es duro, muy duro eso de tener que pasar por difamadores, cuando nadie ha tenido, entre los periodistas salmantinos, crudeza suficiente para arremeter contra esas personalidades, (que no son, ciertamente, las que he citado), de cuyos prestigios se muestra tan preocupado Crotontilo.

Yo siento decir las cosas al desnudo, pero ahora, en el caso presente; no tengo otro remedio. El incansable eregidor de estatuas, el inventor de las reputaciones más extrañas que disfrutamos, es Crotontilo. La mayor parte de los idoletes que nos ha descubierto son, de todo punto, anodinos, vulgares y ñoños. Y si llama fiebre difamatoria al silencio, mejor dicho, al desdén en que en-

[294] *El Adelanto* de 1 de noviembre de 1905. Crotontilo se queja de que no se sepa apreciar a personas salmantinas de valía y critica los últimos Juegos Florales de los que fue Unamuno mantenedor y salió por las de Pavía diciendo que los concursantes de tales juegos "se parecían a los caballos de carreras".

volvemos todos a esos dioses ante los cuales él se arrodilla, pido a Dios que esa dolencia cause los mayores estragos. Yo procuraré ser atacado de ella y haré los mayores sacrificios para extenderla y propagarla convenientemente.

Asegura Crotontilo que en su último viaje a esta ciudad escuchó cosas que le indignaron. No quiero suponer, porque no soy malicioso, que sus apreciaciones sean producto de la excursión a Salamanca, pero sí he de decirle, por lo menos, que, ya sea por su benevolencia, ya por su educación artística tan distinta de la educación artística actual, tiene la manía de enamorarse de las figuras más pequeñas, agrandándolas y viéndolas con lentes de aumento.

No quiero insistir más y más sobre tema tan molesto y tan fastidioso. Lamento que Crotontilo juzgue las cosas desde fuera, sin enterarse bien de ellas, lanzándose a comparaciones, en las cuales de seguro no entraría tan directamente como ahora, si viviera cerca de la ciudad, para la cual escribe con una asiduidad tan estimable.

La benevolencia tiene sus límites. La bondad de Crotontilo no ha ocasionado destrozos de consideración, ni ha herido susceptibilidades de ningún género. Pero se ha expuesto a una tremenda réplica de sujetos respetables y amigos suyos, los cuales le han perdonado, en atención a sus méritos y a los años que lleva de labor periodística, su famosa arremetida, que de puro recia, ha quebrado las mismas armas de las cuales quería servirse, sin hacer blanco.

Y vamos a otra cosa, para terminar con este artículo, que ya se va alargando demasiado. Crotontilo hace también apreciaciones literarias. Quiero comentarlas brevemente. No versan sobre literatos salmantinos y esto es siempre una ventaja.

Crotontilo se ríe de Shopenhahuer [sic], no de la manera que supo hacerlo el excelso ironista portugués Eça de Queiroz en su maravilloso libro *La ciudad y las sierras*, sino con una carcajada burlona y compasiva. No quiero sospechar que Crotontilo desconozca al taimado y graciosísimo filósofo alemán, pero le ruego que otorgue mayor consideración al maestro querido de la juventud. "Jamás le he concedido ni un palmo de terreno" –dice Crotontilo, el despreocupado Crotontilo hablando del gran maestro– y añade que Shopenhahuer [sic] "le hace reír con sus *cosas*", en cursiva y todo.

Termina Crotontilo hablando de la *Comunión*, la desheredada poesía del cantor murciano. Para mi amigo, dicha composición "no es más que una serie de renglones cortos sin ritmo ni poesía, en la que se ve el afán de imitar al celebrado Rubén Darío". Indudablemente, Crotontilo ha hecho su artículo de prisa y corriendo. Le desafío a que me presente una composición, *una sola*, del genial Darío, que se parezca remotamente, muy remotamente a *Comunión*. Acabo de hojear, con algún detenimiento, los *Cantos de Vida y Esperanza* de este último poeta. Es completamente distinto del poeta murciano. De tener alguna influencia *Comunión* en cuanto a la factura de los versos, es marquinesca.

Y no hablo de otras cosas, porque las barbaridades y porquerías" (así, en crudo) que, según Crotontilo, encierra la composición de Medina, me harían incomodar agriamente con un amigo, que, a pesar de haberse equivocado ahora haciendo suposiciones gratuitas y juicios literarios completamente absurdos, ha logrado una reputación envidiable por su sensatez, frescura, afabilidad, benevolencia y discreción.

El Castellano (08-11-1905)

Los críticos

Yo creo que no existe gente más antipática, ni más empachosa, ni más impertinente, que los señores críticos. A todos les profeso un aborrecimiento cordial. No producen y censuran; no saben hacer versos y señalan los ripios ajenos con una constancia fastidiosa; disparan cartuchos contra los pedestales más elevados y ellos viven, como los asnos, con la mirada en el suelo. Está bien la crítica para la edad madura, cuando se ha rimado, y se han regado los ojos de lágrimas con los ensueños juveniles y se ha vivido con un pie en el fracaso y acariciando con la mano el rostro fresco de la gloria.

Pero es ridículo que los muchachos, que deben divertirse, y decir chicoleos a las muchachas bonitas, y hacer novillos en las clases de los catedráticos cargantes, y gastar a los respetables padres, algo más de la asignación reglamentaria, se pasen la vida hablando mal de los que, sin pararse a tirar piedras a los canes que les ladran en el camino, producen y producen.

El crítico es un fabricante. Fabrica chistes y frases, como Galdós fabrica libros, como el zapatero hace zapatos, como el sastre corta prendas de vestir. Es un apreciable clown que cobra por hacer piruetas y cabriolas con el ingenio. Nada ve derechamente; está obsesionado con el sesgo que ha de dar al artículo que ha de ser comentado al día siguiente, con la ironía punzante que ha de meter en la frase que ha de decir a los amigos en las mesillas de la cervecería. Es un esclavo de su oficio. La profesión le domina tiranamente y no se despoja jamás del látigo ni de las ropas pontificales.

La otra noche escuché a un corrillo de estos pobrecitos clowns que se desgañitaban en injuriar a un hombre que había cometido el terrible delito de hacer una comedia mala. Y hablaban de sí propios con una soberbia petulante. Ellos eran los impecables. Y miraban con desprecio al buen público y el buen público, indiferente al sacerdocio de la crítica, parecía decirles con sus miradas hostiles.

– Apreciables mozos: de aquí a mañana cambiaréis de opinión. ¡Ya os conocemos! Estrecharéis la mano de ese hombre a quien maltratáis, doblaréis el espinazo ante su presencia, y le adularéis como unos viles cortesanos. Adulación más, adulación menos ¿qué importa?

La Iberia (26-01-1907)

Sobre una conferencia

Busco un huequecito en las columnas de NUEVO MUNDO para disertar alrededor de la conferencia que recientemente acaba de pronunciar en el Ateneo el dramaturgo Sr. D. Joaquín Dicenta. Cuando queremos ser sinceros, cuando queremos escribir honradamente se nos cierran con estrépito, machacándonos las uñas, las puertas de los rotativos; por esta vez yo no los he buscado. Sé muy bien que el señor Dicenta es un prestigio hecho, una reputación consagrada por los alguaciles del cuarto poder, y es vano empeño pelear con este señor ilustre que ya ha recibido los más solemnes espaldarazos de la crítica oficialesca, espaldarazos infalibles que le han obligado a ingresar en la orden de los caballeros insignes.

Y voy ahora a la conferencia. Se llamó "aire de la calle"; su autor sabrá por qué. Los padrinos tienen siempre una razón oculta para motejar a sus ahijados, delante de la pila bautismal. Yo deseaba respirar algo distinto de esta atmósfera cargada y pedantesca del Ateneo; no fue así. Dicenta nos infectó con crudezas de hombre que sabe poco, con osadías de rebelde de "doublé". Fue una desazón para mi, provinciano humilde, que siempre me he empeñado, pese a mis equivocaciones, en ver "algo" en las reputaciones hechas.

Y no es que me pareciese del todo mal la arenga de "meeting" que endilgó Dicenta hace dos domingos. Como protesta contra el literatismo, como masaje fuerte para estas almas enfermizas que se empeñan en cantar, en plena orgía espiritual, la infinita vanidad del todo, me pareció todavía muy poco lo que dijo. El arte tiende a socializarse, es indudable; el poeta civil necesita imponerse de nuevo para que nos arranque lágrimas de despecho, llamaradas de santa ira, entusiasmos locos. El odio fecundo engendra amores y de una suprema inquietud brota lo estable. Mas el odio no se infunde con latiguillos, ni jamás nos inquieta demasiado un apóstol que trae su armadura de las peleas callejeras, si antes no tiene lleno el espíritu de unción evangélica. Y se me antoja que es un temperamento muy poco apostólico el del autor *de Juan José* y de *Aurora.*

"¡Socializar el arte! ¡Descender al arroyo y luchar en él! ¡Levantar barricadas con artículos virulentos!" Este lindo programa del Sr. Dicenta me deja soberanamente tranquilo. No creo en su eficacia ni en su seriedad. Como tampoco creo en la seriedad y en la eficacia de las rimas azules, ni de las princesas nacaradas. Cero es igual a cero. Dirigir una muchedumbre no es ponerse delante de ella. Hay el peligro de que la masa arrastre al caudillo, como ha vislumbrado un gran espíritu, el Sr. Benavente. *Aborrecer* la plebe es quererla; ir contra sus groserías, es prestarla delicadezas. Dominar, pegar a un hijo es darle fuerzas para sufrir mañana. Dicenta sabe muy bien que las "Auroras" de los barrios bajos quieren tanto más a sus hombres cuanto más las abofetean estos.

Lo de menos, para influir en la plebe, es convivir con ella. Mi escasa experiencia personal me dice que es lo más peligroso. El aristócrata ruso Tolstoi, espíritu misantrópico, aislado, enemigo de pláticas estériles, huye de las gentes. Ibsen, el gran revolucionario, jamás firmó ningún mensaje colectivo, ni unió su protesta nunca a la de otros. Los dos, que tanto han influido con sus

novelas y con sus dramas en las grandes conmociones sociales del siglo pasado y del actual, han vivido siempre encerrados en el arca de si mismos.

Y los grandes revolucionarios ni fueron charlatanes, ni caudillos populacheros. Se recrearon más bien en el odio de las masas. Calvino fue otra cosa, pero ya está juzgado definitivamente para todos. Está muy bien la lucha, mas cuando se lucha consigo mismo, cuando la revolución es íntima y se arroja hacia fuera, en noble y levantada arenga. Por lo demás, debe saber muy bien el Sr. Dicenta que los ídolos deben estar muy lejos de los amadores, que el hondo amor en la ausencia fructifica y arraiga. Los ídolos cuando pierden aquel polvillo de que hablaba Flaubert en *Madame Bovary,* son unos insignes muñecos despreciables. Aquí no tenemos República por exceso de republicanos, ni democracia sana por esas estridencias de muchos que se llaman demócratas. Así pienso yo al menos.

Hay otra cosa en la conferencia del Sr. Dicenta que me desagradó enormemente. Fue aquella alusión a los jóvenes que reniegan de sus ideales para cazar un acta. La protesta, en general, se me antoja acertada, siempre que los señores protestantes prediquen con el ejemplo y siembren verdadera abnegación. Y aquí casi todos los literatos rebeldes van para concejales y sueñan con una heredera rica. Las letras son un medio para adular a Maura, a Moret, a Salmerón.

Mas la protesta del dramaturgo se personalizó demasiado, o al menos, el público la subrayó con singular coraje. Confieso que se me cayó el alma a los pies y que sentí impulsos de arrojar a los fariseos del templo. Los que más aplaudieron a Dicenta entonces debieron haber sentido el sonrojo de la vergüenza. Se trataba de dar salida a una envidiuca literaria, no a una protesta sincera, y aquello me indignó. ¿Más claro? Allí no se envidiaba un acta; se envidiaban unas singulares aptitudes de algún escritor en el que todos pensamos en aquellos momentos...

Y a estas explosiones malsanas van encaminados estos comentarios. La conferencia, en sí, no los merece. Yo no esperaba tanto. Y la señora Pardo Bazán[295] debe pensar en el mal efecto que a la larga, causó la conferencia del cronista distinguido. Escribo estos renglones, un poco retrasados, para que no me ciegue la impresión de los primeros momentos. Aquello no fue lo convenido, señora. "El aire de la calle" se trocó en un tufillo insoportable de meeting. Y de las retóricas pseudo-revolucionarias de meeting, ya se ríe todo el mundo. Le dio la clave de la risa López Silva, que sabe muy bien a qué atenerse.

Nuevo Mundo (18-04-1907)

De cómo se conoce a España

He aquí un incidente pintoresco que quiero referiros. El Sr. Gilberto Beccari, persona estimable y discreta, encargado recientemente de redactar, en mi compañía, la sección española de la importante revista florentina, *Nuova Rassegna de Litterature Moderne*, que se publica mensualmente, me ruega que le oriente respecto al movimiento mental español de ahora. El Sr. Beccari conoce bien la literatura española, pero tiene de la actual noticias vagas y confusas; así, por ejemplo, el Sr. Beccari creía, de buena gana, en un señor D. Isaac Muñoz, novelista, autor de un libro erótico, *Voluptuosidad*, y natural de Guadalajara, del cual Sr. Muñoz ha publicado un cuento un periódico de Florencia, presentándole como «a uno de los más jóvenes e ilustres literatos españoles.» Yo he de poner al Sr. Beccari en relaciones con distinguidos escritores de España, para que se oriente. Conoce bien el castellano, por haber residido muchos años en el Paraguay.

Yo pienso que de esta confusión y vaguedad de ideas que tienen los extranjeros más cultos de nuestras cosas, tenemos nosotros toda la culpa. Es más que una lástima, un crimen, esta tendencia que se nota en los escritores españoles a no salir de la casa solariega. No quieren gallear más que en el corral propio; tienen miedo a cruzar los Pirineos y los Alpes. A lo sumo, buscan un elogio en París, en la Ville Lumiére, sin tener en cuenta que lo francés va en decadencia y que la luz que despide la gran ciudad no es más que un candil de aceite comparándola con la luz que despiden otros pueblos y otras civilizaciones. Y, por la apatía de nuestros escritores, se nos conoce mal, se nos juzga peor y no se nos lee nunca. Aquí, en Italia, apenas conocen más que a D. Benito y algo a la Sra. Pardo Bazán. De lo demás, nada. Para la mayor parte de los italianos, seguimos

[295] Era entonces presidenta del Ateneo.

siendo el pueblo de los comienzos del reinado de D. Amadeo, el que viera y el que juzgara un poco ligeramente Edmundo de Amicis. Esto, en lo que se refiere a lo literario. De las demás manifestaciones de la cultura intelectual, muy poco. De Echegaray, no mucho. Los hombres de ciencia sospechan que es un buen literato y los literatos que debe ser un buen ingeniero: lo mismo que ahí. Ahora que los que nos preocupamos algo de literatura hablamos mal de sus dramas lo mismo en Roma que en Madrid y que los que hacen matemáticas dicen horrores de la ciencia de D. José, en Barcelona como en Genova. De Benavente hay traducidas varias comedias, de Dicenta el *Juan José*, de tal manera que la desconocería el mismo populachero padre que lo engendró, y alguna otra cosa de los Quintero, que pierde todo el sabor y toda la frescura, por residir esta y aquél en la forma y no en la médula. Repito que lo momentáneamente actual es desconocido, no sé si por el escaso valor del momento, por el miedo del escritor a curtirse la cara con otros aires, o por qué. Además, hay quien supone que la cabeza de España está en París. Así, aconsejando yo, no hace muchas noches, a una bella señorita italiana a que siguiera sus estudios, ya comenzados del español, me replicó que la cosa no valía la pena.

– ¿Cómo? –la interrumpí. –¿Y Cervantes? ¿Y los místicos? ¿Y..,?

– Sí, eso sí –me dijo sin dejarme acabar; –pero lo de ahora me lo leo en francés, en volúmenes amarillos de tres francos cincuenta. Crea usted que no vale la pena.

Esta afirmación, que no es enteramente exacta, tiene, sin embargo, sus dolorosos asomos de verdad. Pocos se nutren en las propias fuentes: los demás acuden a los abrevaderos de la esquina. Se nos acusa de plagiarios y de ladrones, pero de los que roban y plagian lo peor, lo más pasajero, lo menos *clásico* y lo que menos cuesta plagiar y robar. De Francia para arriba, no nos importa casi nada. Si nuestra curiosidad ha de agitarnos un poco y nos obliga a aprender lenguas nuevas, ahí tenemos a Maucci que nos resarce del esfuerzo por una peseta. De cruzar los mares, de sondear otros públicos, no nos preocupamos. Y así, Pereda, que aparte de su escaso valor mental, puede competir y superar como paisajista y descriptor a Loti y a Zola, no es conocido más que en España y América. Y como Pereda, otros muchos de quien no quiero hacer mención especial, por no alargar demasiado este artículo.

Ahora tienen ocasión los escritores españoles de hacerse oír en Italia. *Nuova Rassegna de Litterature Moderne* les ofrece un buen traductor en el Sr. Beccari. Por mi parte, quiero dar pruebas de un juicio independiente y sereno, rechazando aquello que por su propia naturaleza sea rechazable. En la revista, caben todas las apreciaciones, menos las que supongan enconos y molestias, y los juicios que no sean groseramente expuestos. Y para terminar, ruego a todos aquellos que, al leer estas mis líneas, crean ver en ellas un asomo de vanidad personal que tengan en cuenta que se trata de la difusión de la cultura española en Italia, y que yo no debía callar, aunque, por azares de la suerte, me veo atado a esta labor, a la que deseo sinceramente las mejores venturas, por amor a mi pueblo.

Nuevo Mundo (05-03-1908)

¿Maurista yo?

"No me gusta la occidentación [sic] que va usted tomando" –me dice en una carta una persona a quién yo quiero y respeto mucho–. "Vuelves a hacer piruetas sobre el maurismo" –agrega un amigo–. "¿Te olvidas de las víctimas de Salamanca"[296] –escribe un estudiante anticlerical, condiscípulo mío en los tiempos de Requejo[297] y compañía–.

¡No, no y no! Ni me voy occidentando, sino orientando; ni hago piruetas hacia el maurismo –no debo ningún empleo a los mauristas ni a los otros–; ni me olvido de las víctimas de Salamanca, apreciable republicanito mío. Es que Maura ha hecho unas cuantas cosas buenas, inspiradas en sentido liberal. ¿Cuáles? Limpiar el pesebre a periodistas, mozas alegres, revendedores; preocuparse de la higiene; una ley contra la usura; despreciar ese profesorado atento solo a la mejora de sueldo y al número del escalafón; reírse de los *soidisants*[298] liberales...

[296] Maura era Ministro de la Gobernación durante los sucesos en Salamanca de 1903.
[297] Se refiere a Prudencio *Requejo, catedrático de Derecho Mercantil a la Universidad de Salamanca.*
[298] *Soi-disants*. Aspirantes, en francés

Pero a mí me gustan mucho ciertos cuadros y me revientan los pintores, sus padres. Me agradan mucho las rubias que van al Retiro y estoy muy lejos de hacerles el amor. Leo muchos versos y desprecio personalmente –descontando media docena escasa– a casi todos los poetas españoles.

Y no es esto que desprecie a Maura. El mocito es de cuidado y tengo para mí que es bueno y voluntarioso.

Cuando me veáis de diputado maurista, chillad entonces. Hasta tanto, no tenéis derecho. Hay que permitirse brincos y volteretas, cuando no estén relacionados con el estómago ni con proyectos de conveniencias futuras. Puedo alzar la voz y gritar, que para eso sirven todos los deportes. Y de los deportes el más inofensivo es –desgraciadamente, para España– el de la política.

El Castellano (11-02-1909)

El erotismo en la novela[299]

¿Cree usted, que, en efecto, se registra hoy una producción singularmente copiosa de novelas, cuyo erotismo puede ser censurable?

Sí, me parece que sí. Declaro que no soy consumidor de tal linaje de libros. Comencé a leer unas novelas de Alberto Insúa que cultiva un erotismo de mala fe, y tuve que dejar aquello, no por sucio solamente, sino por ñoño, insípido, monótono y árido.

He hojeado también algunos libros de Trigo. No me interesan. Luego, aquellas disertaciones suyas de sociología pesetera me regocijaban extraordinariamente.

Creo, que, en efecto, hay una producción singularmente copiosa de libros pornográficos. Creo que tal pornografía es ilícita, inmoral, antiartística y vulgarmente plebeya. Creo finalmente –y acabo de consignarlo en otra parte–, que debiéramos imitar la campaña que emprendió en Italia el anterior Presidente del Consejo Sr. Luzzati, castigando con dureza a los propagandistas, autores, arregladores, dibujantes y sociólogos de tal guisa.

¿Cuáles son, en la valiosa opinión de usted los imperativos de la moral artística en especial relación con la novela, y cuáles, por consiguiente, los preceptos y límites que impone?

Me parece pleonástica esa frase de la moral artística. El arte, si es verdadero arte, es moral. La moral, si lo es de veras, es artística. No es cosa de ponerme a demostrar y a analizar ahora estos puntos de vista.

Los autores eróticos actuales me parecen antiartísticos: 1º, Porque tratan de dar una impresión de la vida extraña al arte, en nombre de la razón unos, del instinto genésico otros, de la Vida –con *v* grande– algunos, por ejemplo, Trigo. 2º, Porque escriben mal. 3º, Porque convierten su libro en mercancía gruesa. 4º, Porque hasta cuando escriben liviandades las describen de memoria. Cantan la exaltación genésica, como pudiera cantarla un franciscano casto, en frío.

Harto se nota en ellos que no han pasado, en las picardías de la juventud, del amor alquilado por horas, como los simones.

Eça de Queiroz, en *O Primo Basilio,* en *A Reliquia,* tiene páginas crudísimas. Pero saben a observación directa y están enfocadas artísticamente. Por eso, desde mi punto de vista, no son inmorales tales páginas. En el *Quijote* hay pasajes tan escabrosos como el de la venta, en la primera parte. De ellos sale el lector henchido de risa sana y alegre. Estos autores de hogaño –los latinos especialmente–, son tristes, profundamente tristes, graves, acartonados, como la lujuria que se medita y no se realiza.

Tales libros tienen tanta relación con el arte como las postales obscenas y como los estereóscopos de sorpresa de los viejos verdes. Son una mercancía que todo pueblo que se preocupe de incubar ideales en su juventud, debe perseguir como repugnante y canallesca.

Nuestro Tiempo (Mayo-1911)

[299] Encuesta que hace *Nuestro Tiempo* a diversas personas de la prensa y el arte sobre el *Erotismo en la novela*. Sánchez Rojas en este aspecto se muestra muy pudoroso, incluso a veces agresivo, en otros artículos contra autores y novelas que le parecen indecorosas.

El derecho, la fuerza, los obreros

Italia –se dice– obra con Turquía como los Estados Unidos obraron con nosotros y como se portó Inglaterra con el Transvaal[300]. En los conflictos jurídicos, principalmente en los internacionales, el derecho es patrimonio del más fuerte. Y sobre este cañamazo mental bordan disertaciones sentimentales los periodistas para pasar el rato.

Esa lamentación se me antoja sencillamente ridícula, porque justifica el abandono, el retraso y la pereza. Italia es algo más que una afirmación geográfica, y Turquía no pasa de ser un baluarte del despotismo y de la brutalidad. Lo que en Turquía hay de progresivo, de racional, de justo, de compatible con el estado actual del siglo, es obra de italianos. Análogamente lo que nos hizo perder Cuba, no fue la intervención yanquee, sino la rapacidad de los funcionarios españoles y la ineptitud colonizadora de la raza española. Es mucho más patriótico hacer esta afirmación de plano que encubrir nuestra derrota con las absurdas consideraciones.

Hay además otro aspecto de la cuestión. La fuerza de un pueblo o de un individuo no es calidad exclusiva de los cañones o de los puños, sino manifestación evidente de plenitud y de grandeza. El más fuerte no es el más bruto. No es la fuerza bruta la que falla las contiendas, sino la fuerza moral. Cuando un pueblo tiene excelentes barcos y cañones para defender lo que cree su derecho, para ensanchar sus fronteras, detrás de los cañones y de los barcos, hay un estado de opinión, un estado de cultura, un estado de riqueza. Una buena Marina, que es un artículo de lujo de un país, supone cubiertas las atenciones elementales.

El romanticismo en política es tan pernicioso como en literatura y como en amor. Nuestra misión, como españoles, no es cargarnos de razón en Marruecos, por ejemplo, contra la hipocresía francesa, sino defenderla materialmente cuando llegue el caso.

El derecho no tiene imperio sin la fuerza. Los santos principios de justicia, que nuestros inocentes abuelos creían escritos en el interior de la conciencia, han pasado a la punta de las bayonetas y a la mecha de los cañones. Y es natural. El idealismo estriba más que en soñar, en realizar el ideal. El idealismo no es impotencia, sino acción. Estas frases sentimentales que ha dado a luz el bombardeo de Trípoli contra la fuerza, confundiéndola torpemente con la violencia, revelan a las claras la crisis actual porque atraviesa el patriotismo español.

Quiero insistir en este punto, aun a trueque de alargar estos comentarios, que son breves, más que breves rápidos por su naturaleza. Me duele confesar que el socialismo nacional, por estrechez de espíritu de sus directores, por carencia de instinto, por grosería, está produciendo un terrible daño a las posiciones idealistas del intelectualismo español. El socialismo, que es anhelo de cultura, lo van trocando nuestros obreros en torpe cuestión de estómago. No quieren solamente imponerse a las clases burguesas, aunque con una torpeza incalificable motejan de burgués a quien como ellos vive del trabajo y no puede pensar en huelgas ni aventuras a trueque de morirse de hambre, sino que se han empeñado en hacer girar toda la vida política de la patria alrededor de sus reivindicaciones, como si ellas fueran el único problema nacional. La blusa se ha hecho pedante y la chaqueta miedosa.

Ella, la blusa, quiere imponernos su cerrazón mental. Con ese cosmopolitismo incoloro de los anarquistas, que son unos sociólogos comparables por su oquedad a los conservadores, quieren quitarnos el único ideal futuro que nos queda como pueblo: nuestra expansión por África. Los republicanos, miedosamente, no se atreven a ventilar en juicio contradictorio desmanes tan notorios. Y hay que decirles que el socialismo no es negación de patria, sino afirmación de ella y hay que enseñarles el camino recto.

El socialismo, en su contextura política, como partido, es tan dictatorial y tan hermético como un partido reaccionario.

Y los obreros deben estar en la vanguardia, de soldados: los jefes han de salir de fuera y no han de vestir blusa. Pablo Iglesias, si careciese de integridad moral y de fe ardiente en algo que no ha definido todavía, sería un político vulgar.

El Adelanto (07-10-1911)

[300] En la Guerra de los ingleses con los Boers sudafricanos, tuvieron aquellos Canarias como base de operaciones, escala, repostaje, etc.

El espíritu ciudadano

Asistía yo, hace pocas noches, en una pequeña población castellana, a una junta de una sociedad. En una pequeña población castellana no puede haber más sociedad que un casino; de un casino se trataba en efecto. Se quería reformar el reglamento; algunos socios presentaron enmiendas de carácter general sobre la gestión económica, sobre las atribuciones de la directiva, etc.; todo en abstracto, sosteniendo puntos de vista, más o menos acertados, sobre el espíritu que debe presidir la organización de estos centros de recreo.

Pero no fue posible la discusión serena. Pronto degeneró en polémica agria. Confundíase la crítica teórica con la censura personal, la tendencia colectiva con la alusión mortificante. Los reformistas no consiguieron, naturalmente, sus propósitos; excusado es decir que eran excelentes. Como en todas las sociedades del mundo impera el régimen de las mayorías y las mayorías son refractarias a toda reforma, aquellos no encontraron ambiente favorable. Y se trataba de cosas tan sencillas, tan claras, tan lógicas, tan naturales, que, en cualquiera otra parte, hubieran hallado, no ya ecos de protesta, sino calor de simpatía y de adhesión mentales. Y aquello no era un fenómeno local. Con razón dicen los italianos que «tutto il mondo è paese»[301]. Sobre todo entre nosotros, los españoles, porque no hay pueblo que sea más ferozmente individualista, más enérgico, de menos espíritu social y ciudadano, que España.

Así es, en efecto. Apenas tenemos conciencia de la «ciudad», del espíritu ciudadano, del sentido político. No hemos sentido nunca eso de que la nación es una síntesis donde se funden y armonizan las antítesis sociales. No nos damos cuenta de que español es un término más genérico que castellano, por ejemplo, y que hombre es un concepto, una idea mucho más universal que la de español. No entendemos eso, ni podemos entenderlo. La política –toda la política española– es una lucha sorda de Cataluña contra Castilla, de Valencia contra Murcia, de Galicia contra Asturias. El político, diputado o senador, ministro o alcalde, gobernador o juez de paz, no representa una idea sino un interés, un pueblo sino un bando, un barrio sino una casa. Nuestra sociabilidad no es orgánica, sino atomística. No somos células vivientes que se cruzan y entrecruzan para formar tejidos, sino granos de arena que se juntan accidentalmente en un montón. Nos juntamos sin fundirnos. Mas sin fusión no hay pueblo, ni patria, ni sociedad. Sin fusión no es posible la vida.

¿Nosotros, los españoles, nos hemos fundido alguna vez? Creo que no. En el fondo, siguen imperando las castas que se repelen mutuamente con encono recíproco. Todos somos intangibles. Rechazamos, resistimos la crítica colectiva. Creemos cumplir con el deber –con todo el deber– cuando lo cumplimos dentro de la familia. Pero nadie cree en serio que ser un mal concejal, un mal abogado, un mal juez, un mal profesor, es cosa grave, mucho más grave que ser un mal padre de familia o un mal hijo. Vemos la responsabilidad personal en bruto, la inmediata, la directa; la otra, la mediata, la indirecta, se nos escapa por completo. Y Dios nos juzgará en juicio universal, no en personal contienda. No vemos que somos parte de un mecanismo complejísimo y amplio; que ese mecanismo deja de funcionar por el desgaste del chirimbolo más accidental y subalterno; que los derechos de la patria potestad, por ejemplo, se truecan, en este mecanismo, en deberes para con nuestros hijos; que entre un maestro y un discípulo todos los derechos son para este y todas las cargas para aquel; que, finalmente, la sociedad limita y expropia a la fuerza nuestras cualidades más personales e íntimas, hasta nuestra libertad. Así que todos tenemos que volcar todo nuestro contenido íntimo en la plaza pública, desparramar nuestros tesoros en el subsuelo de la patria para fecundarle.

De nuestra falta de espíritu ciudadano proviene directamente la inmoralidad colectiva que nos corroe. Y somos irresponsables porque ese espíritu, del que carecemos, sería nuestro único juez posible. Un excelente sujeto de limpia vida privada no tiene el menor inconveniente, al frente de un puesto público, de acceder a las súplicas del amor, de la amistad, del compañerismo para favorecer un truchimán de cuidado. Un político que ha escalado una posición brillante no tiene el menor reparo de delicadeza para cubrir los gastos de bolsillo de sus hijos con el dinero público, dándoles un puesto de altura. En una aldea, en una población de escaso nivel cultural o de vida social rudimentaria, el ciudadano elige al amigo para un cargo público, al amigo inepto, con preferencia al indiferente o al adversario discreto y listo. Un crítico profesional tropieza con el inconveniente de engañar al público de sus lectores con tal de elogiar un libro, una comedia o

[301] "Todo el mundo es país".

un cuadro de un amigo suyo. Un caudillo político es capaz de acudir a las malas artes de la injuria personal al enemigo para excitar las malas pasiones de sus huestes.

Y sin espíritu ciudadano no puede existir la santa, la inestimable virtud de la tolerancia. La sociedad nos proporciona la comunicación con nuestros semejantes, la comunicación el conocimiento, el conocimiento la tolerancia, la tolerancia el amor. Nuestras verdades, como nuestros errores, son relativas. Nuestro patrimonio de ideas, de sentimientos, de anhelos no es un factor exclusivamente intelectual. Todos tenemos razón, en el fondo. Sin un suave, sin un dulce eclecticismo sería imposible la sociedad. Desde el momento en que nuestro corazón nos suministra también ideas, desde el momento en que el laboratorio de estas es un hogar herméticamente cerrado a las miradas profanas, es necia cosa convertirnos en depositarios de la verdad. Hay tantas verdades como individuos; de su conjunto brotará la verdad única.

Nuestro deber urgente es fomentar este espíritu ciudadano, que es manantial de tolerancia y fuente de verdad. Hasta que no convirtamos la sociedad-casino y la sociedad-congreso en ciudad, en sociedad sin motes, en mansión de tolerancia, de bondad y de adhesión inteligente, nos ahogará esta atmósfera mezquina, provinciana, de murmuración casera, de cominería femenil que respiramos.

Nuevo Mundo (02-11-1911)
La Publicidad (10-06-1918)

La manía razonadora

Un amigo mío me habla del articulito de ayer –a los zapateros no les decimos que nos hagan unos zapatitos, ni al sastre que nos corte una levitita– y me dice que trato de defender el divorcio. No lo entiendo bien. Es una cuestión esa que no me preocupa por ahora. Acaso no me preocupe nunca. Y agrega el amigo que no le he convencido, cuando yo no trato nunca de convencer a nadie, acaso porque yo no estoy convencido de nada. ¿Para qué? Antes de almorzar soy pesimista y bien almorzado un bonachón optimismo. Antes creía en unas cosas y en otras creo ahora. Procuro ser sincero cuando río y sincero cuando lloro. No me interesan los sistemas, sino los hombres. No creo en la razón. Creo que nuestra razón –¡pobrecita!– es el grito de dolor que se nos escapa o el triunfo de alegría que se desborda porque no cabe en nosotros.

Es sincero Salomón cuando canta los blancos pechos de su amada y es sincero también cuando, muchos años después, afirma que todo es vanidad. No es un Salomón el que habla; son dos perfectamente humanos. El hombre no se contradice nunca, porque nunca se repiten idénticamente los mismos estados de espíritu. Afinando más, puede decirse, desde luego, que ni las mismas palabras tienen el mismo valor en el mismo autor en dos épocas distintas. Como se enriquece su contenido espiritual de experiencia, se enriquece también su vocabulario, espejo de aquel contenido. La palabra "amor" era en Benavente hace dos años –*Por las nubes*– gloria, riqueza, pujanza, dinero, acometividad, fuerza, brío, juventud, y la palabra amor es hoy, en el diccionario espiritual del maestro de todos –*La losa de los sueños*– silencio, dulzura de derrota, alegría callada, cimiento nuevo en solar inculto, sacrificio, rebelión, maternidad.

Nos invade la manía razonadora. Diría la manía abogadesca si los abogados fueran los únicos atacados de esa manía. La razón tiene un proceso y la vida otro. Las cosas pasan de un modo en la mente y de otro modo distinto en la vida. Y la vida quiere decir para mí mi vida y para ti, amigo, la vida tuya. Si lo meditas bien, cuando tú razonas, te justificas, y cuando yo razono, me justifico. Un argumento, visto al desnudo, es una expansión vital, un intento de conquista del exterior, una afirmación de tu sentido o de mi sentido de las cosas. Y para ser hombres del todo hay que curarnos de esa manía, de esa esclavitud de la razón, de ese callejón antipático del dilema. El dilema de la vida no tiene dos caras, sino infinitos aspectos.

Bucea en ti y los descubrirás, hombre. Bucea en ti, amigo mío, pon al aire tus entrañas, orea tu espíritu. Báñalo de piedad y de tolerancia. No te dejes poner, como los animalejos prehistóricos, como las flores muertas, el rótulo correspondiente. El rótulo es la ausencia del perfume y el perfume de las cosas es la comprensión. Y el que comprende las cosas, no las excluye, las defiende todas, las ve todas, las ama todas.

El Adelanto (22-12-1911)

Lo de siempre[302]

Veo un número de AVANTE, amigos míos, y me entra la comezón de escribir un artículo. ¿Por qué no? Y casi todo el número está dedicado a esa cuestión magna del arrabal del Puente, de las inundaciones, de los barrios obreros, del Sindicato. ¿Y por qué no hablar de esa cuestión si conozco la ciudad y si conozco a los protagonistas? Dejemos defensas de gestiones a un lado y ataques a otro. Dejemos a don Clemente de Velasco[303] con sus aficiones agrícolas, al Señor Obispo con sus pastorales, al Magistral con sus dentelladas, a los ignorantes con su ignorancia y a los mal dirigidos con sus torpezas. Esa cuestión tiene un aspecto público, de civismo, y sobre el cual quiero yo hablar precisamente, con serenidad y sin apasionamientos.

¿Cuál es el origen de esa agitación, que ya sale de vuestras murallas y comienza a apasionar a la provincia entera? Muy sencillo. El efecto de la ineducación pública en unos cuantos ciudadanos. Se trata de hacer una obra social, que puede ser buena, que puede ser mala, pero que seguramente y a la larga beneficiará a unos cuantos. Y el fermento antisocial, anárquico, individualista, de egoísmo, de cobardía, salta a la superficie. Es la historia eterna de nuestra Castilla, un mal regional. El pueblo no sabe su bien. Cuando lo sabe, se lo ocultan. Y se levanta una polvareda para eso: para gastar en un día lo que puede ser base de bienestar para toda su vida. Los empeñados en revolver la charca no suelen ser siempre los interesados. De amigos del pueblo –¡pobre pueblo!– actúan en las grandes poblaciones los petroleros; en las chicas los redentores visten a las veces la sotana de la paz.

Hay un aspecto ridículo en esa campaña mirobrigense, de pequeñas pasiones, de envidiucas, de odios mal disimulados: la que se refiere a esa denuncia de malversación de caudales, que sería regocijada, si no fuera triste el motivo a que obedece. Lo que quiere decir que ni aún para la crítica de actos públicos estamos capacitados todavía, porque a la censura razonada se opone la calumnia y a la crítica de buena fe, la hablilla pueblerina, la verdad a medias y desfigurada, la suspicacia ruin, el deseo de explotar las iras populares para que estallen sobre la misma cabeza de los desvalidos.

Decía Azcárate, hombre que por su honradez está fuera de todos los partidos y sobre ellos, que en España se calumnia mucho porque se censura poco. Y es verdad. Advertid cómo en todas estas tierras de pan llevar la crítica se estrella contra los que hacen algo, bueno o malo. Lo que molesta a las gentes es que se haga. Y no comprenden nunca el desinterés absoluto. Siempre preguntamos, no por las heridas del guerrero, sino por los laureles que conquista en el campo de batalla. Si vuela el luchador, los topos se molestan, porque no comprenden más que su andar a saltos, enfangándose más y más en el légamo de la charca. Si corre, los bueyes encomian las ventajas de la carreta. Si brinca, arremeten contra ese medio de locomoción, porque eso no era lo convenido.

Y en cambio, notad también cómo es perfectamente impune el señorito que no hace nada, el que no sale al sol para que no se curta su rostro, el que pasa toda su vida en la camilla del hogar murmurando cominerías.

Para estos tales no hay sanción posible. Y suelen ser además, en todas partes, los santos caciques. He pensado muchas veces que si estos señores desaparecieran, el mismo pueblo soberano les llamaría. Porque el caciquismo –en el sentido total de la palabra, no en el político solamente– obedece no al deseo de mandar de los de arriba, sino al deseo de adular de los de abajo.

Y con esta campaña que ahora comentáis todos, se patentiza un mal. La ausencia de educación cívica de los que la explotan para sus fines. Y puede ser causa de un bien. El bien de que las gentes todas se vayan acostumbrando a opinar en público, porque la opinión tiene sus glorias y sus responsabilidades. Claro es que la opinión entre europeos no es la arremetida entre las kábilas.

Avante (27-04-1912)

[302] Unos meses antes (26-10-1911), Sánchez Rojas había publicado un artículo con el mismo título, aunque distinto contenido en el diario salmantino *El Adelanto* (O.C. Tomo III, página 228).

[303] Clemente Velasco y Sánchez Arjona (1860 – 1941). Político liberal, alcalde de Ciudad Rodrigo (1906 – 1909), diputado a Cortes (1910 – 1923), presidente de la Federación de Sindicatos Agrícolas y director general de Agricultura, Minas y Montes (1919).

El fanatismo

Mariano de Cavia, sin acordarse de que ha sido aquel *Sobaquillo* de antaño, diserta hoy en *El Imparcial* sobre ese fanatismo de los cuernos que ha llegado a tomar caracteres alarmantes entre los madrileños. De las tres cosas que más me molestan hoy, "la" Francia, y los toros, los entusiastas del Gallo, del Pastor o de otro héroe por el estilo me asquean en absoluto.

No se puede llegar a más. *Don Modesto* compara al Gallo con Cervantes y con Isabel la Católica; unos espectadores llenan de besos la cara del diestro; por la noche, le hacen una ovación en Fornos sus partidarios; a todas horas no se habla más que de su estocada, de su faena, de sus pases, de sus gitanos y de su calva.

Somos un pueblo feliz. Aquí tenemos todos los problemas resueltos. Muere El-Mizziam, y eso no le interesa al pueblo madrileño. Estamos pendientes de unas negociaciones difíciles con Francia, y eso tampoco logra sacar a la opinión de su quietud. ¡Torea el Gallo! Nuestros soldados en Marruecos tienen un día amargo, y en Madrid, las gentes besan al gitano torero de la Pastora.

¿Habrá llegado el momento de la decadencia? Esa preocupación por los toros ¿no será el pretexto para rehuir la presencia en el espíritu de otros problemas más difíciles?

Se gasta el tiempo, no en visitar museos, no en asistir a espectáculos teatrales, no en cultivar el deporte sano, sino en rodear de alicientes dramáticos esta fiesta que será muy nacional, pero muy salvaje.

¿Que otros pueblos tienen el boxeo? Bien; eso quiere decir que también aman espectáculos salvajes. Y no es cosa de que nos justifiquemos con la conducta ajena. ¿Qué diríais de dos jayanes que se pegaran porque uno de ellos quería que se le tuviera por más bruto que el otro?

Evitemos que ese fanatismo por los toros sea el último fanatismo que nos quede.

El Adelanto (20-05-1912)

Brevemente

Por un elemental deber de cortesía, he de replicar a las observaciones que me hace el doctor Albiñana, a propósito de mis comentarios sobre el crimen de Cespedosa[304].

Le agradecería muy de veras, sin embargo, que tuviera la bondad de no sostener una polémica, porque quiero contestar de una vez para todas. El piensa una cosa y yo pienso la opuesta; él tiene un concepto de justicia y yo tengo otro concepto. El espectáculo no es nuevo. Si no hubiera diversidad de opiniones en el mundo, sería ciertamente harto ñoña y aburrida la vida.

Del crimen de Cespedosa sigo pensando lo que pensaba.

Han muerto dos niñas de difteria en el pueblo sin asistencia facultativa. Si me horroriza el crimen del pobre Leopoldo Soler, no me apena menos la dolorosa y sencilla tragedia a que ha dado lugar un espíritu mezquino de venganza, que, afortunadamente, gracias a la campaña de mis amigos de *La Ciudad*, va desapareciendo completamente. Si el doctor Albiñana[305] piensa que es lícito remover las cenizas de un cadáver y jugar con ellas como con pelota en raqueta, allá él con sus pensamientos.

¿Para qué he de contestar a las preguntas que tiene la bondad de dirigirme el doctor Albiñana? ¿Quiere darme una nueva versión sobre la manzana del Paraíso? ¿Quiere deleitarme con algún pasaje de Juan Jacobo y entablar una discusión sobre el pacto, a propósito del *Brujo*, del Juzgado de Béjar[306] y del señor Rodríguez de Dios? ¿Quiere bordar sobre el cañamazo de mi ignorancia médica alguna disertación sobre la herencia microbiana? ¡Estoy tan ocupado, doctor Albiñana! Y me declaro, desde luego, vencido.

Vencido, y sin ninguna molestia por sus apreciaciones, que respeto, pero que estoy muy lejos de compartir. Sigo pensando que no puede acusarse de complicidad al pueblo de Cespedosa. Sigo creyendo que no puede aislarse a un pueblo de la asistencia médica. Sigo sosteniendo que el espíritu de clase tiene que desaparecer en una época, como la nuestra, de absoluta solidaridad

[304] Véase "Del crimen de Cespedosa", *El Adelanto*, 22 de Agosto de 1912. (O.C. Tomo III, página 68).

[305] José María Albiñana Sanz, director de la *Federación Nacional de Sanidad Civil.*

[306] Tras detener e interrogar a más de 20 personas, quedaron inculpados solo tres: Ciriaco Hernández Redondo alias *el Brujo*, Pablo Vallejo Hernández alias *Pablines* y Santiago Hernández, alias *Chaguete*. La causa quedó sobreseída por falta de pruebas.

social. Yo no pretendo que el doctor Albiñana sostenga lo que yo sostengo, ni crea lo que yo creo; la opinión está ya formada en torno al crimen de Cespedosa. Y es inútil, señor doctor, luchar contra la corriente, inútil y peligroso.

El Adelanto (22-08-1912)

¿"Azorín", en la Academia?

El telégrafo nos dice que el señor Maura apadrina la candidatura de *Azorín* para una vacante de la Academia Española. Con el sutilísimo escritor presentan su candidatura el señor Navarro Reverter, un hacendista, y el señor Saralegui, un técnico. El señor ministro de Estado, hombre donoso y gentil, uno de esos viejecitos currutacos, limpios y elegantes, que tienen su repertorio sabroso de ironías cuando en el Parlamento un diputadito de oposición no entiende del todo el presupuesto de gastos y lo encuentra exagerado y metafórico, estaría muy bien en la Academia.

Su figura versallesca haría *pendant* con las barbas venerables de don Alejandro Pidal y con los ricitos de nuestro amigo don Juan Antonio Cavestany. Del señor Saralegui, dicen los que le conocen que es todo un sabio, y como verdadero sabio que es, no parece tan decorativo como don Juan y como don Alejandro. *Azorín*, gordo, callado, con semblante de fraile casto, pulcro, aniñado, tímido, jugará tranquilamente con el bastón y mirará el techo del salón de actos de la Academia en honda, en profunda meditación...

Hablando en serio, hace bien, muy bien, el señor Maura apadrinando la candidatura de *Azorín*.

Pocos temperamentos más clásicos, más selectos, más académicos –en el sentido griego de la palabra– que el autor de *Lecturas* y de *Castilla*. Ha renovado, con la lengua, la tradición clásica de las letras españolas. Escribe el castellano más rico, más denso, que se escribe hogaño. Sabe darnos impresiones nuevas, sutilísimas, con las palabras viejas que él ha desenterrado y puesto en circulación. Escribe con la limpieza, con la elegancia, con la fuerza expresiva de un Saavedra Fajardo, por ejemplo. Ha trazado el camino que debe seguir la juventud española para bucear todo lo que hay de noble, de grande y de castizo en la cultura patria. Ha visto, como nadie ha sabido ver, los pueblos castellanos; esos pueblos tendidos en la llanura, cerrados en su dolor, ocultos en la corteza de su aislamiento; esos hidalgos que hablan gravemente en las reboticas de los pueblos; esas viejas que siguen las procesiones y no dan paz a su estribillo: "¡Ay, Señor!"; esas iglesias sombrías de Cristos sanguinolentos, de exvotos, de vírgenes morenas; esos labriegos míseros, escuálidos, arrancados de un lienzo del Greco; todo lo que hay de permanente, de eterno en Castilla, *Azorín* nos lo ha descubierto y nos lo ha revelado, como si antes de él hubiéramos tenido ojos en la cara y no hubiéramos visto.

Y Gracián, y el Greco, y Velázquez, y Fernando de Rojas –el desenfadado autor de *La Celestina*– le han servido de marco para sus evocaciones peregrinas. Y ha puesto en circulación valores desconocidos: Somoza, Mor de Fuentes, Cadalso. Y señorilmente, con apuntaciones rápidas, ha trazado *Azorín* la primera historia de la cultura española, casi sin pretenderlo, como señor que ofrece a un mendigo una onza de oro y se extraña de su agradecimiento. Y como periodista, *Azorín*, con una abnegación que torpemente han tratado de tapar sus adversarios, con un sentido ético poco frecuente en esta época, por aristocracia de espíritu, por miedo infantil a ciertos razonamientos, ha hecho una labor de publicista, enamorado más del gesto que de la entraña de las ideas conservadoras, y, sobre todo, del que las encarna y personifica. Recuerde el lector su lindo librito *El político*, que pasará a las antologías futuras.

Azorín debe entrar en la Academia por derecho propio. Él sí que ha dado lustre, limpieza y esplendor al idioma; nos parece que escribe mejor que el señor Navarro Reverter, sin que haya en nuestro ánimo el menor asomo de molestia para el señor ministro de Estado.

No sabemos que don Juan sea precisamente un estilista. El señor Maura, apadrinando al autor de *Los pueblos*, personifica un anhelo de los escritores más selectos, más escogidos de la nación. Acaso *Azorín* no es popular; no importa. Hay manjares que no pueden ser gustados por paladares plebeyos. Pero tampoco fueron populares, en su día, los escritores que dejaron huella permanente en las letras.

El Adelanto (01-02-1913)

El retablo de Maese Pedro[307]

Las pícaras amarguras tienen la culpa de que haya suspendido, durante tres o cuatro semanas, el consabido retablo del maese consabido. Ellas me han enseñado a enriquecer el caudal de mi experiencia personal acaso más de lo que yo mismo quisiera. Durante mi silencio he aprendido muchas cosas, y es bueno que os las vaya contando con serenidad y en mi espíritu, con serenidad suficiente para contarlas.

La farándula sigue buena, a Dios gracias, pero buena y talluda y lozana.

Aquí, un periodista no puede decir lo que piensa. Puede un galopín cualquiera de la curia –abogado, procurador, escribano– cobrar minutas por escritos inverosímiles, por diligencias que no hace, por aranceles imaginarios que no están en la ley. Y sigue siendo el galopín escribano, procurador, abogado. Trata un periodista de decir humildemente la verdad, sin rencores, y ya veis: le dan mueras y pegan por la espalda a su padre.

No os sonriáis, aunque yo me sonría en medio de mi dolor sereno. Esto no es más que un síntoma, y mi intervención personal no tiene la menor importancia. Pero esto es un síntoma de la enfermedad de España. Galopines, hinchando el registro de la voz y unas ovejitas que balan al lado de los galopines. Y si vas contra el galopín, te dicen que has gritado ¡muera España!

No parece sino que no hay más patriotismo que el que usufructúan esos señores para tener la ganzúa y saltar con ella la caja de caudales.

Mi periodismo molesta: esto es todo. Y algo más que mi periodismo. Las buenas gentes creían que eso servía para que yo contará –¿qué se yo?– que llegaban buenos a la capital de la provincia.

De esos menesteres, caros amigos, se encarga el *reporter*; para eso le convidáis a comer, para que no se le escapen vuestros ires y vuestros venires. Ya veis si viene nutrida la sección de sociedad de *El Adelanto*; no se le escapa nada. ¿Pero yo? ¡No, hijos míos! Mi periodismo es un sacerdocio, no un negocio.

Y cuando me llenáis –no mi pueblo, no– vosotros, vosotros, el que se dé por aludido, de cieno, elevo mi corazón a Dios y sigo mi sendero cantando… y perdonando.

Mucho tengo que agradeceros; no lo sabéis bien. He procurado que no fueran estériles mis lágrimas de indignación; no lo han sido; pronto sabréis que no lo han sido. Desgarraduras de afecto muchas. De antiguos polvos, lodos recientes.

Y como este caso, algunos otros, pero sensibles, no, nada sensibles… en cambio, amigos ignorados los hemos tenido a nuestra vera; alguna noble mujer de Salamanca –el cielo ayude sus empresas de altruismo a la niñez– nos ha dicho viriles palabras de consuelo. Y esto nos ha indemnizado de otras cosas. Y otras alegrías más dulces ha tenido nuestro corazón de mozo en su calvario.

He elevado mi corazón a Dios. ¡Bendito sea Dios! Y he seguido mi sendero, cantando y perdonando. Pueblo mío, si has escarmentado en la cabeza de mi padre, me doy por satisfecho. Pero ¿escarmentarás? ¡Ya ves los defensores que tienes en la Diputación! ¡Y la fuerza de los que me han injuriado entre los vapores del vino!

Sigamos nuestro sendero, y continuemos siempre perdonando y cantando.

La Ciudad (29-03-1913)

Sinceramente…

«Odio l'usata poesía».
Carducci, ODE BARBARE.

He aquí un periódico castellano: artículo de política local, boletín de los mercados, noticias de los que nacen, de los que se casan. Un sueltecillo envenenado contra el diputado, contra el cacique, contra el alcalde en candelero. Ese periódico local, conservador, republicano, carlista, no descuida nunca la nota literaria, el apunte de paisaje, uno canta la canción de la tarde; el otro, la de la mañana; el tercero, la del mediodía...Campos yermos, la eterna llanura, los surcos inacabables, el mar dorado de las mieses, el lento y majestuoso descenso del sol. Apenas una metáfora nueva, creadora, de un espíritu hondamente emocionado que va vertiendo su emoción en el papel. Casi siempre, metáforas viejas y manidas que fueron un día nuevas y fragantes en

[307] Con este mismo título hemos localizado numerosos artículos, todos ellos de distinto contenido, en diversos medios de comunicación (O.C. Tomo III, páginas 60, 61, 64, 76, 77, 79, 80, 263 y 266; O.C. Tomo V, páginas 42 y 383).

unos versos de Gabriel y Galán, en una impresión directa del paisaje de Miguel de Unamuno, en una evocación de Azorín. Y el periódico castellano, este, aquél, *La Voz* de tal pueblo, *El Eco de* aquella villa, *El Clamor* de aquella sedentaria ciudad de colegiata, todos, con una monotonía que espanta, van descubriendo a estos juglares de nuevo cuño que caen inexorablemente, como la langosta, sobre estos campos que nada les han hecho, que nada han sabido sugerirles a ellos, que se limitan a ser ecos de ecos, reflejos de reflejos y sombras de sombras.

Sinceramente... Sinceramente, amigos míos; en esta consagración literaria de los campos yermos, de las llanuras sedentarias, de los gañanes de Castilla, hay su tufillo –que apesta, de tan penetrante como es– a falsedad y artificio. Cronista conozco yo cansado de pintar la aurora y el recencio mañanero, que se levanta cotidianamente a la hora de almorzar. No ha visto –podéis asegurarlo– el disco rojo del sol sino desde la ventanilla del ferrocarril en un viaje preciso. Poeta he leído –tampoco quiero guardar el secreto– que cantaba el mirto como planta clásica y en su ciudad lo tenía, con gran asombro suyo, cuando se lo mostró.

El otro diserta sobre la espiga y trabajo le mando si le dicen separar la de trigo de la de cebada. Aquél otro canta la tranquilidad de la aldea, y en ella se aburre mansamente –si por acaso la visita– que no puede soportar la dureza del escaño, ni la grasa de las carnes, ni la malicia del rústico, ni la primitiva simplicidad de los esparcimientos aldeanos. Juglares de la poesía vulgar, «l'usata poesía» que odió tan civilmente Carducci, debemos exponerlos a la vergüenza pública, para que dejen de croar como las ranas al atardecer, en el légamo de las charcas.

¡Castilla! Se diría que se deleitan en cantar lo feo, lo monótono, lo vulgar, aquello que es igual en todas partes, estos troveros de la nueva era. Ni un jardín, ni una fuente, ni los alcornoques copudos de grata sombra, ni los álamos que bordean las orillas de los ríos, ni los negrillos que cortan, en la extensión inmensa, la sequedad de los páramos... Siempre la sola nota campesina, rústica, que lo mismo puede ser de payés catalán que de charro salamanquino, lo mismo de huertano de Levante que de montañés de los Picos de Europa. El regionalismo literario exige la mayor discreción para acertar con el carácter justo, preciso, de cada pueblo; hay que saber afinar a cada momento, con la nota diferencial, con el matiz psicológico, con el recoveco pintoresco.

Y nosotros, los castellanos, –es hora de decirlo– apenas si tenemos color local. Somos el pueblo más expansivo de España. Hemos salido de casa para volver a ella como el hijo pródigo y... tornar a salir. Aventureros, valientes, fuimos en busca de aquella lotería de las Américas para volver al rancio solar llenos de tristeza y de abandono.

Nuestros cronistas hallan bello este abandono, juzgan alegre aquella tristeza. Nuestros campesinos aran como araban los romanos; no saben arrancar, a fuerza de mimos, los tesoros de la madre tierra; están recelosos ante la novedad, ante el adelanto. La usura paraliza el tráfico; vive la gente en la pobreza; todos piensan en los afanes del día.

Una tristeza mansa envuelve estas llanuras. Apenas se canta... Ese perfume dominguero de alegría, de casto bullicio, en los pueblos alegres –Cataluña, las Vascongadas, Asturias– no se conoce entre castellanos. Y la literatura local parece que se complace en eternizar este momento de angustia, de indecisión colectiva de un pueblo que purga sus lamentables equivocaciones de su generosidad y de su buena fe.

Sinceramente... Sinceramente, esa juventud que cultiva, a guisa de novedad, esa literatura decadente y malsana –que malsano y decadente es todo lo que no es sincero– debiera aguzar su imaginación para construir una Castilla ideal, de ensueño, aunque no tuviera gañanes, cazurros, ni tierras estériles y pardas, ni recencios mañaneros. Estéticamente no está mal la vara de medir junto a la esteva, ni el *parvenu* junto al hidalgo pobretón, ni un poco de uniformidad junto a la arquitectura gloriosa de nuestro no menos glorioso individualismo. El amor está reñido con esa complacencia en dibujar nuestro retraso, nuestro aislamiento, nuestra pobreza de holganza.

La Vanguardia (02-08-1913)
El Adelanto (27-08-1912)

Más del caso Maragall

Un distinguido colaborador de *La Vanguardia*, don Ángel Ruiz y Pablo, escribe un nuevo artículo titulado *Caso lamentable*, tornando a quejarse de la escasísima difusión de los libros de Maragall fuera de Cataluña. Nosotros ya nos hemos ocupado de las causas que han originado esta desatención española en torno a los libros del gran poeta catalán, en estas mismas columnas. El Sr. Ruiz y Pablo, en su citado artículo, lleno de buenas intenciones y de candor infantil, ignora tal vez nuestro trabajo, porque hace preguntas que son una réplica indirecta y tácita a las observa-

ciones que aquí, en LA ACTUALIDAD, hemos consignado recientemente. «¿Por qué en Madrid –pregunta el articulista– y en el resto de España, fuera de Cataluña, no se conoce la obra de Maragall? ¿Qué hay que hacer para que sea conocido un escritor que escriba desde estas tierras? –¿Escribir en castellano? Las obras completas de Maragall se componen de once tomos; de los once, seis los escribió en castellano. –¿Escribir de cosas que afectan a España entera? Por espacio de muchos años publicó en el *Diario de Barcelona* artículos en castellano, algunos admirables y todos hermosísimos... ¿Escribir algo en los periódicos de Madrid? Escribió para *La Lectura* algunos ensayos y para *El Imparcial* artículos que este diario acogió con júbilo. –¿Qué más se necesita para ser conocido en España? A todos los que vivimos en la periferia nos interesa saberlo y lo preguntamos, aunque la cuestión no es de hoy.» Todas estas preguntas formula el Sr. Ruiz y Pablo, preguntas que ya dejé yo contestadas, por anticipado, en mi trabajo *Sobre los libros de Maragall*. Torno a repetir que no conozco hombre más puro, más desinteresado, más exquisito, más penetrante que Maragall en las letras españolas contemporáneas; vuelvo a decir con júbilo que yo, castellano, sé catalán, que conozco el espíritu actual de Cataluña y que me explico, sin embargo, el desvío del gran público hacia los libros de Maragall, por no haberse propagado convenientemente en Castilla la edición de sus obras publicadas por don Gustavo Gili. Para ser conocido en España, no sólo hay que escribir en castellano –ça va sans dire– sino constantemente, con perseverancia, en los periódicos de Madrid. ¿Quién desconoce hoy, en toda España, a nuestro querido y admirado don Miguel de los Santos Oliver? La colaboración asidua del *ABC*, no la de *La Vanguardia*, del eminente periodista, explica el misterio. ¿Otro caso? Sea. El de Rusiñol. *El pueblo gris* es tan conocido dentro como fuera de Cataluña; *El místico* se aplaude en todos los teatros de la nación; los cuadros se admiran lo mismo en Madrid que en Barcelona. Cosas muy sabrosas respecto a este particular he oído yo al gran don Ángel Guimerá[308]. El espíritu catalán, para afirmarse, ha tenido que verterse fuera de la región, y los casos de Borras, de la Barrientos, de Cambó[309] –más español cuanto más catalán es– son, en este respecto, sumamente instructivos y curiosos. ¿Quién puso barreras fuera de Cataluña a Pi y Margall[310], Prim, Balaguer, Durán y Bas?

Escribió muchos años en el *Brusi* Maragall, dice el Sr. Ruiz y Pablo. Pero esa colaboración, si intensificó la fama local y regional del autor de los *Elogios*, fue en detrimento de su renombre fuera de Cataluña. También en *La Lectura*; pero *La Lectura* es una revista de público selecto, limitado, inaccesible a las multitudes. El magisterio de Maragall en *El Imparcial* fue corto y efímero. Y el renombre tiene algo de mecánico. Depende del número de veces que el apellido de un autor se imprime en letras de molde. Así Belmonte, el torero, y la lindísima Consuelito Fornarina son más populares que Cambó y que Gaudí, y éstos más populares que Cossío[311] o que don Francisco Giner[312], etc.

¡No, no y no! Digan lo que quieran los señores Unamuno y Ruiz y Pablo, no hay, en este caso, una conspiración del silencio. El fenómeno es más complejo, pero en él no juega ningún papel una hostilidad regional que no existe. Puede haber algo de incomprensión castellana con respecto a Maragall –tan catalán, tan barcelonés–, como hay algo de incomprensión catalana con respecto a Benavente –tan madrileño–; pero el espíritu de Maragall era de una exquisita modestia y odiaba toda clase de farándula y exhibicionismo. Maragall conquistará sus lectores uno a uno, pero no en rebaños ni colectivamente.

Y esa es, tal vez, la mayor gloria de Maragall. Como Enrique Federico Amiel, como Vicente Wenceslao Querol, su gloria se irá cimentando, en el silencio, a medida que vaya prendiendo en el espíritu de las muchedumbres. Y Maragall no era un banderín de enganche; Maragall era una violeta escondida, en los campos verdes, a los pies de su montaña, viendo a lo lejos la veta azul del mar.

La Actualidad (18-04-1914)

[308] Ángel Guimerá y Jorge (1845 – 1924). Escritor, poeta y dramaturgo español, uno de los máximos exponentes del resurgimiento de las letras catalanas a finales del siglo XIX.

[309] Francisco Cambó y Batlle (1876 – 1947). Político y abogado español, de ideología conservadora y catalanista. Cofundador y líder de la Liga Regionalista, fue ministro de Hacienda y de Fomento durante el reinado de Alfonso XIII, y amigo personal de Sánchez Rojas

[310] Francisco Pi y Margall (1824 – 1901). Político, ensayista e historiador español de ideología republicana federal, 2º presidente del Poder Ejecutivo de la Primera República.

[311] Manuel Bartolomé Cossío. (1857 – 1935). Pedagogo krausista e historiador del arte español. Dentro de la Institución Libre de Enseñanza, fue ahijado y alumno favorito de Francisco Giner de los Ríos, su inseparable compañero y su sucesor

[312] Francisco Giner de los Ríos (1839 – 1915). Filósofo, ensayista y pedagogo español, creador y director de la Institución Libre de Enseñanza.

La guerra

Recorriendo estos poblachones castellanos, advierto que una misma inquietud se apodera de todos los espíritus. No se habla sino de la guerra. Y mientras en Burgos cultivan el *canard,* en Valladolid, por ejemplo, son más sensatos y reflexivos. Todos van, vienen, vuelven y retornan de los escaparates, de las pizarras, de los transparentes donde se exhiben despachos telegráficos. El pueblo es, decididamente, francófilo. Impresionable, recoge sin reserva, los noticiones procedentes de Francia y de Inglaterra. La posibilidad de que la guerra pueda coger desprevenida a España llena de horror a las gentes, desde 1898 acá, nos hemos hecho prudentitos y tenemos conciencia del escaso valor de nuestros medios defensivos. Nadie quiere pelea. Y se habla de la lucha con el placer sabroso del que, por el momento, nada tiene que perder en tales lides. La curiosidad obedece a un estímulo dramático; el choque espantoso de las enormes masas de los ejércitos beligerantes no ha tenido precedentes en la historia; se espera ese choque como el estallido de un volcán, como un estupendo cataclismo cósmico que ha de enrojecer el mapa europeo con torrentes de sangre. En las aceras y en las mesas de los cafés, se escriben y trazan planos y mapas un tanto arbitrarios y caprichosos. Se confunde el Nosa con el Sena; el Bravante viene a unirse con Lila y Amberes, de pronto, se sitúa frente a Aquisgrán. La buena fe de las gentes quiere anticipar el futuro trabajo de las Cancillerías que ha de trazar fronteras nuevas a los pueblos. La guerra es nerviosismo, y es inquietud, y es también retórica. Se diría que estos buenos castellanos añoran los tercios de sus abuelos y que las cercanías de Rocroy y de Waterloo les atraen como un imán. En las conversaciones, en los runruneos de los corrillos, suena el nombre de Lieja con cascabeleo de triunfo. A pesar de las matemáticas del Estado Mayor, a pesar de lo mecánico, de lo objetivo de la estrategia de la guerra moderna, la razón moral y el escozor de una humillación violenta han tenido un gesto que ha sabido desbaratar los planes más sesudos y meditados.

El fantasma de la guerra no nos deja devanear con calma. Bajo los soportales, enfrente de las iglesias y de los palacios abandonados, la emoción estética yace ahogada bajo la espantosa impresión del conflicto europeo. Nuestro pueblo ha sido también un pueblo guerrero. Toda nuestra historia está rellena de ruido de tambores, de estremecimiento de caballos bajo el castigo de las espuelas, del fragor de la fusilería y del estampido de los cañones. Olvidamos el nombre de los sabios por el de los capitanes; Flandes, Francia, Italia y América ocupan toda nuestra historia moderna. La guerra nos envilece poco a poco; deja sin cultivar el gañán su predio, abandona el oficial sus talleres, por la codicia del oro y por el sueño de la América lejana. Se cierran nuestros telares; quedan incultos e improductivos nuestros campos; nos convertimos en capitanes y leguleyos... Ninguna preocupación por la vida material en nuestros libros clásicos; la pereza engendra la picardía; los Buscones y Lázaros de toda laya no encuentran depresiva la limosna. No hay culto al hogar porque toda la vida española es trashumante y sin base de substentación. Las escenas de horror vistas en los Países Bajos, en Túnez, en Orán, en el Milanesado, en las Indias, embotan la sensibilidad del pueblo. Junto al sueño de grandezas, junto al afán del lucro, junto al anhelo de la conquista, se cierne una terrible miseria material. Se vive de la sutileza y de la trampa; hay como un desvío sistemático de la realidad ambiente; ahoga la indelicadeza, la grosería, del escenario y de sus héroes, a través de nuestros siglos guerreros.

De espaldas a la vida, encariñados con nuestros fantasmas bélicos, acostumbrados a que el azar nos saque de toda suerte de apuros, vivimos como aquel hidalgo toledano que tenía bruñida su espada y que yantaba buenamente de lo que el criado se procuraba en sus correrías por la ciudad. Apenas se estudia en nuestros colegios y universidades; no se cultivan las ciencias de observación; únicamente florecen los embelecos de los sofistas.

A fines del siglo XVIII, es posible, en la Universidad de Salamanca, el caso de Torres Villarroel, que encuentra público para sus almanaques. Pasa el reinado de Carlos III como un relámpago; el pueblo es hostil a toda clase de reformas. Los barullos de la invasión suspenden en seguida nuestra vida nacional y esta es la hora en que todos nos esforzamos por sacudir de nuestro pueblo los resabios guerreros que le han sumido en la más terrible inconciencia.

¡La guerra! Decididamente, el fantasma de la guerra no nos deja devanear con calma. Hogaño, como antaño, no se cubren las formas. Aplana la hipocresía de las notas diplomáticas. Mientras los pueblos fuertes han venido preparándose para la guerra, sus jefes hablan del amor a la paz. Se violan los tratados; un pueblo pacífico encuéntrase, bien a su pesar, metido de hoz y coz en la contienda. Sus campos eran jardines; sus ferrocarriles cruzaban y entrecruzaban su territorio, orgullosos de servir de intermediarios a todo el comercio europeo.

¿Dónde vamos? ¿Quién puede aventurar una profecía en estos momentos de tan hondo malestar para Europa? ¿Podrá borrarse de un tirón todo el esfuerzo de cultura, de trabajo, de meditación que hemos acumulado durante el siglo XIX? ¿Estará la voluntad humana –cada vez más estrecha, más firme– a merced de un gesto hosco de las cancillerías?

Advertid que el brazo de los labriegos permanece inactivo en Francia, en Bélgica, en Rusia, en Alemania, en Austria, en Inglaterra, en Servia; que se cierran las fábricas y los almacenes; que se paraliza el tráfico; que el comercio intelectual se hace imposible y nulo; que está en crisis la comunicación de los pueblos; que hasta en esta esquina de Europa los primeros chispazos de la contienda rebotan sobre la Canadiense, sobre los Altos Hornos, sobre las minas de Riotinto.

Y si la moral guerrera hace sinónimas las ideas de la fuerza y del derecho, hagámonos fuertes para tener razón y, sobre todo, para imponerla. Busquemos la pelea, dejando a un lado los imperativos éticos, midiendo la destreza de nuestro brazo. ¿No es brutal la moral de la guerra? ¿No se inicia acaso, en los albores del siglo XX, un estado de fuerza, cuyas derivaciones en el orden de la cultura, del derecho, de la moral, del comercio, del arte, es imposible preveer y calcular en estos primeros instantes de inquietud?

La Vanguardia (25-09-1914)

Una sola disciplina

Un pueblo no es la suma de sus especialistas; un pueblo puede muy bien no ser inteligente y estar materialmente lleno de sabios; un sabio –en el sentido alemán de especialista, de investigador de una disciplina– puede ser perfectamente un hombre tosco, sin ninguna finura intelectual.

He observado que en los pueblos pequeños de escasa mentalidad se atribuye el súmmum del talento, de la habilidad, de la cultura, a los abogados. Para un ignorante, un abogado es un hombre que sabe de todo, que entiende de todo y que parla de todo. Hay que oír a los abogados charlar con perfecto desenfado, haciendo uso de una maquinilla, de una lógica abogadesca, para producir ideas. A nadie se le ocurre pensar que ese abogado puede ser una eminencia en Procedimientos Judiciales y un perfecto botarate en todo lo demás. La inteligencia más bien se pervierte que se desarrolla con el cultivo constante de una sola disciplina. La paciencia experimental nada tiene que ver con la agilidad, con la frescura del espíritu. Un sabio no tiene otra autoridad que la del radio de la disciplina que cultiva. Yo, al menos conozco sabios muy brutos e ignorantes muy inteligentes, mucho más inteligentes que los sabios de mayor monta.

Hispania (Londres) (1915)

Divagaciones[313]

Entre cantos se han aprestado los hijos de Italia a guerrear; entre cantos, y gestos, y gritos, y aclamaciones. La campana municipal ha rasgado el aire dulce de Roma, tañendo grave y pausadamente desde lo alto del Capitolio; D'Annunzio ha cantado las bienaventuranzas de los que viven sedientos de gloria y ha envidiado a las madres que tienen hijos con sangre roja que verter por las locuras de la patria; los diputados, los periodistas y el público de las tribunas cantaron en Montecitorio, al acabarse la sesión del 20 de Mayo, el vibrante himno de Mainelli[314]. Y luego, al anochecer, cuando las primeras estrellas refulgían en el cielo límpido de la ciudad, y las ruinas del Foro y del Coliseo tornaban a su silencio y a su negrura, doscientos mil romanos, con antorchas triunfales, alumbraban las piedras que saben de victorias, y cantando, cantando, se dirigían al Quirinal. Dos pajes colocaban tapices rojos de terciopelo en los balcones de los Saboyas y se izaba la bandera nacional. La figurita exigua de Víctor Manuel saludó militarmente a la muchedumbre; apareció luego la maga monteregrina con sus ojos negros y melancólicos; las princesitas Mafalda y Juana, protegidas por la sonrisa de su madre Elena palmoteaban jubilosas, y el heredero, el principito de Piamonte, contestaba a los vítores del pueblo, agitando su gorrita de marinero...

---

[313] Existen otros artículos con este mismo titulo y distinto contenido publicados en *La Libertad* (O.C. Tomo I, página 95) y en *El Sol* (O.C. Tomo III, página 338).

[314] Creemos que se trata de un error de Sánchez Rojas, o del cajista, al trascribir el texto manuscrito de aquel, y que, en realidad, se refiere al poeta Goffredo Mameli (1827 – 1849) autor de la letra del himno nacional italiano.

Amigo mío: no arrugues el entrecejo, no me digas que las batallas no se ganan con canciones, no reniegues del espíritu de tu raza latina por tus amores, más o menos sinceros y reflexivos, por la causa de otros pueblos cuya lengua no entiendes aunque la sepas y cuyas aspiraciones van, al fin de cuentas, contra los intereses que pueden ser mañana los de tus hijos y de tu pueblo. Yo te digo mi verdad, amigo germanófilo. Cuando los rubios de ojos azules y de faz rubicunda entraban en Amberes, entraban en Bruselas, entraban en Lieja, cantando su cantar ¡Alemania, Alemania, sobre todo! yo pensaba que había muchas cosas –Dios, la libertad de los pueblos pequeños, la independencia nacional– sobre Alemania, y aquel cantar rudo, que apagaba el ruido de los sables, me sonaba como a blasfemia. Pero el himno marcial y alegre de la Marsellesa me conmueve porque lo entiendo, porque me habla de mi raza, y de los derechos de que gozo como ciudadano, y de mi libertad de pensar como hombre. Y la campana que tañía desde lo alto del Capitolio el pasado jueves me es grata también, porque no hay nada más dulce que su tañido para mi corazón latino, y porque llevaba palabras de consuelo a los viejos carillones belgas, y porque saludaba sacudiendo las ondas del Mediterráneo –nuestro mar– a los campanarios españoles y franceses que se despedían de la jornada con la oración de la tarde.

¡Literatura, palabras, canciones, música! –seguirás comentando, amigo germanófilo–.

Y bien; sea como tú dices. Pide tú morteros y más morteros; técnicos y más técnicos; profesionales y especialistas del arte de guerrear. Admira tú a los pueblos que hacen de la fortaleza un culto. Inclínate por las gentes que lo subordinan todo a la rapidez. Admira el mecanismo de las máquinas complicadas y vigorosas, sin advertir que el día que salta un tornillo, todo el artefacto se inutiliza para siempre. Canta el Alemania, el Alemania, sobre todo. Sigue, sigue con tus rencores a la taimada Bélgica, a la pérfida Albión, a Francia tu enemiga –¿tu enemiga?... pero tu hermana de sangre.

Déjame divagar un poco; yo no trato de convencerte; tu tienes tus amores y yo los míos. Tú te estremeces de placer ante los certeros disparos del 42 –¡caramba, qué morteros!– a mí me sacan de mi placidez habitual los ecos de las canciones con que estos días se vigoriza Roma. La contienda es tan grave, tan honda la crisis, tan solemne el momento, que el que no siente palpitaciones en su corazón no merece ser hombre. España, es cierto, permanece alejada de la guerra, no porque la neutralidad haya sido una invención feliz de este buen señor Dato que estaba destinado a ser neutral para todo desde la nebulosa, sino porque nuestro alejamiento obedecía al imperio de la necesidad, de la necesidad que, según los alemanes, no conoce leyes. Pero la suerte espiritual de España se está decidiendo también en esta guerra, tan fecunda en sorpresas, que ya no hay prevenciones que valgan para lo futuro.

Los pueblos luchan y se desgarran entre sí. Nosotros, en lugar de afirmar cada vez nuestro españolismo, de aprovechar estos momentos preciosos para pesar mañana en el ánimo de los pueblos y hasta para ofrecer hidalgamente nuestra casa como asilo para calmar las pasiones, firmar la paz, seguimos aplicando a los pueblos beligerantes el sonsonete del Maura sí, del Maura no[315], o las diferencias tendenciosas de los belmontistas o joselistas irreductibles. Vosotros, sobre todo, germanófilos, sois especiales; habláis de la guerra como si discutierais tercios de lidia. Nosotros, los de la acera de enfrente, también pecadores y contumaces, impulsados en parte por la sequedad de vuestros juicios, cargamos también la mano, y mientras tanto, arde la casa, los acaparadores hacen su agosto, reforzamos el presupuesto casero, disminuyen las subsistencias, el pueblo pide pan y Dato sigue encareciendo el exquisito neutralismo de que disfrutamos.

Italia... ¡Ah, sí, hablábamos de Italia! Hablabais vosotros de traición, de deslealtad, de maquiavelismos redivivos, de la amenaza que se cierne sobre la Península hermosa en cuanto el Estado Mayor alemán estudie matemáticamente el castigo que se merecen esos descastados. Y hablaba yo de canciones, de campanas, de himnos, de antorchas triunfales, de... música celestial en estos tiempos en que se admira más el mecanismo que el espíritu.

¿Y qué triunfará? ¿El mecanismo sobre el espíritu? ¿El espíritu sobre el mecanismo? ¿La organización fría sobre el entusiasmo irreflexivo? ¿El hombre sobre el mortero o el mortero sobre el

[315] El *ABC* publicó en sus páginas montones de breves opiniones sobre Maura en que habían de contestar con un *Maura, sí; Maura, no*. El mismo José Sánchez Rojas mandó la suya que fue publicada el 5 de julio de 1914, diciendo de él que era "la libertad hecha carne. Libre de las ligaduras de la *golfería* profesional.".

ímpetu? ¿Las matemáticas sobre el brío o el brío sobre las matemáticas? ¿Quién triunfará, Dios mío, en este infierno desatado que se llama Europa?

Yo no lo sé, pero lo adivino... Esas canciones romanas traen a mi espíritu remotas esperanzas de liberación. Sí, sí; no habléis de deslealtades, un pueblo que canta a la hora del peligro no es, no puede ser traidor. Si ha sido un poco taimadillo, mejor para él. Nunca será de los bobos el reino de este mundo. Por mi parte –amigos germanófilos, de la tertulia de mi botica albense– prefiero Maquiavelo a De Bernhardi[316] y prefiero las melazas de los artistas a los birretes de los profesores que no dejan los achíperres académicos ni en el ejercicio de los menesteres más subalternos.

Y la ciencia –la ciencia de esos profesores– puede dar en quiebra; el arte, hijo predilecto del espíritu, nunca. Estos italianos, que saben de ciencia alemana demasiado y que tienen una sagacidad mucho más viva que los súbditos del Káiser, yo os aseguro que van a hacer algo más que cantar arias en la frontera austriaca...

El Adelanto (26-05-1915)

Las flaquezas humanas

Estos días me he dedicado, para matar el tiempo, a curiosos experimentos psicológicos; los hombres son a ratos interesantes. Siempre menos que las mujeres, que el paisaje, que las piedras, pero a las veces enseñan alguna novedad. La estulticia es, como la bondad y como la perfidia, un mar sin fondo.

Por de pronto, las gentes juzgan como son. Cada cual se imagina que el prójimo vive en su mismo plano espiritual. La mayor parte de los juicios personales son autojuicios. Dime cómo piensas, te diré quién eres. Como muchas veces no piensas, no existes, no eres. Dime cómo siente tu hermano y te diré cómo obras tú. Dime cómo te defiendes y yo te diré cómo te atacan.

La bondad es un tesoro que se desparrama fuera, como la malicia es una cloaca que se desparrama también por el que la lleva dentro del corazón. En el plano moral no se conoce el taparrabos. Cada cual se exhibe como es. Y cuando se adorna de plumas y de cintajos, más desnudo anda. Los caparazones, las conchas, en que se envuelven los hombres, son tan frágiles que no resisten jamás a la luz de los ojos que miran de frente.

A las veces, tapándonos las narices, renegando de semejante oficio, tenemos que aspirar ciertos perfumes malsanos. Flotan en la atmósfera moral. Nuestro deber es descender hasta los pozos negros y no mancharnos, como no se manchan los cisnes en los légamos de las corrientes estancadas.

Descansar en la nobleza ajena es asegurarse y hundirse en la propia nobleza. Quien no confía en los demás, desconfía de sí mismo. Verdad es que sólo oteamos la lumbre de la confianza absoluta en unos ojos puros –los de la madre, los de la esposa, los de la hija– y que sólo en las miradas de mujer bebemos hasta saciarnos las aguas limpias de la confianza, madre del amor.

¡Ay! Las flaquezas humanas revisten diversidad de formas. Hay una maldad inconsciente –la del idiota, la del imbécil, la del loco, la del niño mal educado–. Estas gentes se pasean por el precipicio, se cuelgan boca abajo de los picachos, porque no ven. En el fondo del fondo de la maldad humana, ¡cuánta inconsciencia hay! Hay también una bondad inconsciente que tanto monta, como su contrario. Bondad sin inteligencia, no es bondad. El esclavo no es ni bueno ni malo: es una cosa solamente. Solamente el libre, el responsable, el que, pecador o no, dialoga a solas con su conciencia, tiene derecho a hacer piruetas y a abrirse camino, a puñetazos o a caricias, como sea, entre el rebaño de carneros y de papanatas.

No creo en la nobleza del caballo, ni en la mansedumbre del burro, ni en la bravura del toro, ni en la fiereza del león. Estas son calidades humanas y las de las bestias se designan sólo con un nombre aproximativo porque no tenemos idea de cómo son. Noble, manso, bravo o fiero sólo

[316] Friedrich von Bernhardi, militar prusiano, a las órdenes de Bismarck, aunque ya retirado cuando estalló el conflicto de la I Guerra Mundial que predijo como próxima e inevitable en 1912 en su obra *Deutschland und der nächste Krieg* (Alemania y la próxima guerra). Bernhardi consideraba que la guerra era un derecho y un deber. La población alemana aumentaba a ritmo acelerado y necesitaba expansión para su supervivencia. Entre la diplomacia para obtener más colonias y la guerra, se inclinaba por esta última. Basaba sus teorías en las de Darwin y la supervivencia del más fuerte.

puede decirse del hombre. Lo demás es instintivo y en el instinto se hunde en los resquicios más ocultos de la inconsciencia.

Yo voy creyendo, al revés del pobre Leopardi, que renegaba de las mujeres porque él era jorobado, y de los hombres porque suponía que también se burlaban de su joroba, que lo bueno es el instinto, la naturaleza, y lo malo, la educación, lo que se llama educación, el conjunto de artificios en que nos movemos muy a nuestras anchas como el pez en el agua. Del mismo modo que el calzado estropea el pie –nada más hermoso que el pie de un niño en mantillas– la educación estropea el instinto, que es lo humano y lo verdadero. Han venido las leyes a falsear el carácter, las costumbres, las convenciones, las modas y las hipocresías.

Tendemos a lo complejo, a lo artificial, en lugar de volver a lo sencillo y a lo primitivo. La lógica es una cosa y la vida otra. Nada más hermoso que el rostro de una mujer visto al natural; nada más repugnante que ese mismo rostro visto con una lente de aumento. El amor, sentido, es algo tan hondo como la fe y como la inocencia; el amor, analizado, intelectualizado, falseado, o es un grito fisiológico, o una confesión de impotencia, o una necesidad de apoyo, o un mero resorte de vanidad, o una afirmación vital, o una sacudida del instinto, o una postura de defensa, todo menos algo sencillo y cristalino que reflejan las imágenes que se espejan a su vista.

Las flaquezas humanas son... eso, flaquezas, imperfecciones, defectos. Solamente deben movernos a la piedad. El que ante un culpable no se siente culpable a su manera y esquive su mirada, es un ser despreciable. El que ante un niño no se siente niño, pierde toda esperanza de redención, como el poeta florentino y Virgilio a la puerta del infierno, «lugar de los que no aman ni esperan». El que ante un hombre no se siente hombre y se juegue la vida por la muerte y la muerte por la vida, es un esclavo más de sus pasiones y de sí mismo.

En el fondo, la compasión mueve –como decía el Dante del amor– el sol y las demás estrellas de la vida. El que no perdona, no se perdona. El que no se perdona, sus razones íntimas tendrá para sentirse tan despreciado. El que se desprecia no conoce aquella perfecta alegría de que hablaba San Francisco de Asís al hermano León...

He aquí, brevemente esbozadas, algunas reflexiones que nos han sugerido curiosos experimentos psicológicos, hechos estos últimos días para matar el tiempo. Reflexiones al alcance de cualquiera, ya lo sé, puesto que están al alcance de uno. Y de hombre a hombre no va nada, por muy ignorantes o muy cultos, por muy buenos o muy malos que seamos.

El Adelanto (23-08-1915)

En "El Gato Negro"

Pues anoche leía yo la última *De sobremesa*, de J. Benavente (*Imparcial*, del 26 de Julio de este año de gracia), y tuve que buscar la firma, detenerme en ella, tornar a leer el artículo y convencerme, al fin, de que era su autor el de *Los intereses creados*. No, no era posible, y, sin embargo, era. Supuse que se trataba de una broma del cajista, de una mixtificación, de una burla al respetable público. Aquello era de Jacinto Benavente, a quien yo –que nada sé ni valgo– no desdeño; ahora menos que nunca. ¡Qué caso más triste! Porque si aquel artículo estuviera firmado por Cirici Ventalló o por cualquiera otra mentalidad de circo o de mesa de café, la cosa era más que tolerable.

Me quedé dormido, como después de leer una página literaria del señor marqués de Figueroa. Los papeles de encima de la mesa se trocaron en los veladores del Gato Negro. Benavente charlaba de la guerra con Enrique Amado, Nilo Fabra y un señor canoso que yo no conocía. Benavente jugaba con sus manos femeninas y largas; Amado recordaba la muerte de la pobre Consuelito; Nilo Fabra bebía cerveza y más cerveza… Al aparecer yo, con mi empaque provinciano, Benavente me acogió con una sonrisa de conejo; Amado con corrección británica; Fabra con el desdén del señorito que se sabe ignorado por el que llega. Benavente me preguntó:

– ¿Y Salamanca?
– Salamanca, marcha
– ¿Y Unamuno?
– Haciendo una labor admirable y digna; la que corresponde a su talento y a su bondad.
– ¿Usted cree? –apunto Benavente.
– No; afirmo, aseguro –remaché con imperio.
– ¿Usted será anglófilo, no?

– Sí. Admiré a Shakespeare a través de usted, Benavente. La cultura de usted es esencialmente inglesa. Sin Inglaterra, no hubiera usted escrito *La noche del sábado*. Sin Italia, no se le hubiera ocurrido a usted componer *Los intereses creados*, que yo pongo por encima de mi cabeza, querido amigo. Sin Francia… pues, sin Francia… Esa ligereza, esa gracia zumbona, esa facilidad estupenda, ese *savoir faire* de usted, ¿no son franceses?

Hice una breve pausa. Benavente callaba y callaba, pensando en una frase ingeniosa que me desconcertase; encendió su habano, que mascaba nerviosamente.

Continué impertérrito:

– He leído su artículo de *El Imparcial* del lunes. Yo compro *El Imparcial* los lunes para leer a usted, Jacinto. Aquel día –permítame que sea tan crudo como lo es usted a veces con los débiles y algunas también, justo es decirlo, con los fuertes– aquel día no mereció su artículo los cinco céntimos que me costó.

Benavente callaba; sus ojos inteligentes y fríos *miraban para adentro*; mascaba con rabia el habano; apenas dijo, con su voz suave y apagada:

– Siga, siga usted…

– Allá voy –seguí diciendo–. Usted no puede, en justa reciprocidad, extrañarse de la extrañeza de don Benito, Benavente… ¡No, no! ¡Lo digo en serio! El autor de los *Episodios Nacionales* sabe muy bien las cosas; eso de *La Esfera* lo demuestra; es un trabajador que si no madruga ahora, porque está viejo, ha madrugado toda su vida. En mi plano actual, Benavente –y Dios me lo conserve los años que me queden de vida– el que no madruga no puede opinar más que por conjeturas…

Benavente saltó sobre la silla; me interrumpió con brusquedad.

– ¿Quiere usted decir...?

Como se sueñan –y se escriben– las cosas más absurdas, yo estaba tranquilísimo. Me sentía dos hombres: uno que charlaba; otro en guardia, defendiendo al que charlaba.

– Quiero decir –continué– lo mismo, lo mismo que usted supone. No se alarme. Yo no le he censurado jamás; yo le estimo mucho; yo me avergüenzo de que para atacar su postura de usted, que es abominable, algunos tiren piedras contra el tejado de sus comedias. Se ha autosugestionado usted para *querer ser* sincero; ya me comprende. Vino la guerra; usted sintió, como los demás, piedad por Bélgica; usted sabe muy bien inglés, francés… ¿Sabe usted alemán? Usted se hubiera ido con los aliados de buena gana. Pero con los aliados estaban Unamuno, Pérez de Ayala, Ortega, Zulueta, *Xenius*. Usted iba a ser uno de tantos; no el primero, no el único. Mientras estos tomaron posiciones, usted vadeó el terreno. Dijo usted que le gustaba Francia. Luego insinuó usted algo contra Inglaterra, hablando de una información de Juanito Pujol. Poco a poco se ha dejado usted llevar de sus pasiones. Ha dicho usted lo que no puede decirse: aquello de D'Annunzio, que gana más dinero que usted escribiendo libros… ¡Sí, amigo mío, sí! Si Ortega, si Zulueta, si Unamuno defienden a Alemania, ¿no nos hubiera usted cantado la *cocotte* francesa?

Callé. Benavente no replicaba cosa alguna. ¿Cólera, desprecio, rabia, humildad? No lo sé.

De pronto sentí frío, mucho frío… Desperté. Era la madrugada. *El Imparcial* aparecía arrugado sobre la mesa. Junto a la frase «Aparto la guerra del 70 con Francia, a la que fue provocada (Alemania) por el Imperio francés, Imperio militarista», etc., había esta acotación: «Eso no es verdad. ¿Y el telegrama de Bismarck?» Cacareaban los gallos.

Nuevo Mundo (10-09-1915)
Crítica (21-12-1915)
Crítica (14-01-1916)

En torno a la guerra. ¿Qué hace España?[317]

Traduzco a continuación, con los comentarios que me sugiera, el trabajo que con este título ha aparecido en el diario de Bolonia, *Il Resto del Carlino*, del 27 de Junio, llegado a nosotros recientemente. El artículo lo firma el maravilloso literato y filósofo florentino Juan Papini.

Dice así:

[317] Casi todo el texto, salvo el apartado IV y algunos comentarios entre paréntesis, corresponde al escritor italiano Giovanni Papini. Para diferenciar uno de otro, destacamos el texto del autor italiano en distinto tipo de letra.

I

«¿Por qué no se habla de España? ¡Pobre patria de conquistadores decaídos!

Jaleamos Rumania –menos hermana, al fin de cuentas, de nosotros que el país de Lucano y Ercilla– y no decimos una palabra de la península occidental. Claro está que Rumania nos preocupa más por razones militares y políticas, demasiado conocidas, para que insistamos en ellas. Pero eso de cortejar, de coquetear con las diplomacias caprichosas de los pueblos balkánicos, se parece demasiado a la vergüenza que ha tenido que soportar Italia durante diez meses. No era digno continuar así. Podía comprenderse y excusarse semejante actitud para una gran nación verdadera, para una potencia poderosa al fin y al cabo como Italia, ¡pero con las tribus de Bucarest y de Sofía! Dejémoslas tranquilas, y que hagan lo que quieran, que si al final, su gusto no coincide con el de los amos y vencedores, peor para ellas y no sabrán que hacer con sus garrotes. Esta famosa Rumania, admitiendo que tenga grandes ambiciones, no tiene grandes ejércitos y su valor en el momento es puramente militar.

En este silencio con relación a España –que vale tanto como despreciarla– hay su mucho de injusticia. España, quiérase o no, es la primera de las naciones a las que no llaman grandes los textos de las escuelas. Está en categoría detrás de Italia y la precede como extensión territorial. Hay poco más de veinte millones de españoles en algo más de quinientos mil kilómetros cuadrados. La desproporción que se advierte entre la población y el territorio, la hay también entre los habitantes y el ejército, que en paz tiene un contingente de ciento veinte mil hombres y en guerra apenas pasa del medio millón. Empeñada España en una guerra seria e invadido su suelo, espontáneamente se reforzaría. Los españoles son excelentes soldados, como lo han demostrado hasta la saciedad en la guerra de Marruecos, dificilísima como todas las guerras coloniales africanas. Lo sabe Francia; desde hace algunos años, lo sabe también Italia.

La desdichada guerra de Cuba causó grandes daños morales a los españoles. La derrota del Almirante Cervera encogió el espíritu nacional, eso nos pasó a nosotros también con Adua. Ahora se ha descubierto que los moralísimos Estados Unidos recurrieron a una superchería para meterse con España. Es que querían, a toda costa, anexionarse la isla pródiga en tabaco y azúcar, con vagas protestas de liberación. La guerra marroquí, aunque haya demostrado las cualidades de resistencia del infante, del cazador español, no ha dado ocasión a hechos de armas tan clamorosos que borren, en la memoria de Europa, las melancólicas derrotas de 1898.

Esta fecha –1898–también nos recuerda cosas tristes a nosotros, los italianos. Cualquiera dirá que se acercaba el fin de los latinos. Dos o tres años antes, Guillermo Ferrero había escrito para todos nosotros la oración fúnebre.

«(Refiérese el autor al libro del historiador Ferrero, *La Europa Joven*, dónde se hacían tristes glosas para Francia, Italia y España –a España casi, casi se la desprecia en ese libro– tan interesante anecdóticamente como flojo cuando trata de hacer conclusiones... a la alemana.)»

Para Italia y para España, comenzó en aquel año de humillaciones y desventuras el periodo de ascensión. Fortalecimos los huesos; vigorizamos el espíritu y el cuerpo. España, menos que nosotros, porque está enferma y es pobre; ¡no porque sea menos valerosa que nosotros, no!

Los italianos tenemos el deber de deshacer con relación a España el error en que cayó Francia con relación a Italia. La proporción allá se anda, pero deben ser más cordiales, más amorosas las relaciones. Nosotros hemos sufrido a cuenta de los franceses y los españoles sufren a cuenta de los italianos. Si Italia está más rica, más poblada, más poderosa, mejor defendida que la hermana menor, no debemos –como hizo con nosotros Francia– despreciarla sin conocerla, burlarse sin amarla.

No olvidemos, además, que España es la única nación de Europa donde la cultura italiana reciente tiene una influencia que sólo supera la cultura francesa.

«(Otro paréntesis. Cuello Calón, Pérez Oliva y, sobre todo, Dorado Montero han traducido e incorporado a la corriente española toda la labor de los juristas italianos –Garofalo, Ferri, Carnevale, Sighele, Lombroso, D'Aguanno, etc–. D'Annunzio, Pascoli, Carducci son conocidos entre nosotros. Como los dramaturgos italianos actuales. Leopardi, Silvio Pellico, Manzoni son conocidísimos también. Del Dante, de *La vita nova*, han editado una soberbia versión los Sres. Montaner y Simón, de Barcelona. Emilio Castelar, Pedro Antonio de Alarcón, Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez , han escrito páginas cariñosas sobre Italia. Yo, finalmente, he traducido y prologado libros de B. Croce, de R. Murri, de J. Papini.)»

Los españoles nos conocen y nos estiman, no solamente, como los alemanes, por lo que hemos hecho en la Edad Media y en el Renacimiento, sino por lo que hacemos, escribimos y pensamos los vivos, en este siglo fresco y actual.

Ha tiempo que se fundó en Roma un comité ítalo-español cuyo deber era, según la intención de los iniciadores, crear mayor intimidad entre los dos pueblos. Nada ha vuelto a saberse del tal comité. Estaba compuesto de políticos y no entraban en él, precisamente, los políticos que querían verdaderamente a España desde hacía muchísimos años, cuando nadie hablaba de ella y trabajaban por propagar el amor entre nosotros...

«(Alude Papini a la ausencia de Croce, de Farinelli, de Beccari, de Schiff, de Prezzolini, en ese comité.)»

¡Pobre y querido país del Cid y de Don Juan, de Segismundo y de Don Quijote recomendado al celo de los adocenados de la Cámara popular!

II

No podemos prescindir de España como si no existiese. Nosotros, menos que nadie. Cierto es que desde hace algún tiempo España falta de los conciertos diplomáticos y que su infantería ya no es la mejor ni la invencible como en los tiempos de Carlos, como en los tiempos de Felipe. Pero, en la hora de ahora, en que todas las grandes naciones están empeñadas en una guerra que será verdaderamente el principio de una nueva historia, también las pequeñas naciones tienen su importancia. Ya lo hemos visto con Bélgica, con Servia. Ahora se habla de Suiza, de Holanda. Se trata de enzarzar en la contienda a Grecia, a Bulgaria, a Rumania. Hasta se ha hablado de la intervención de Portugal.

España es la más grande nación entre las pequeñas y nadie se preocupa de saber lo que piensa. Nadie, exceptuando, claro es, a los alemanes. Alemania estaba trabajando a España como trabajó en Italia. La hacienda alemana se ha extendido por allá y no ha abandonado sus posiciones. La propaganda ha aumentado durante los últimos años, para contrarrestar las simpatías francófilas del país.

Un Preziosi español podría escribir un libro para España análogo al que escribió el nuestro para Italia. Piensa por nosotros, según parece, un italiano de origen inglés: Roberto Murray.

Pensando en Portugal que es, desde hace siglos, una especie de sucursal inglesa, Alemania quería para sus juegos su base de iberismo. No pensaba mal del todo, que había su apoyo desde tiempo.

En España nadie pensaba en Gibraltar. Los alemanes han resucitado el pleito y tratan de envenenar la llaga. Andan demostrando en sus periódicos, estampados en castellano –El ABC y El Correo Español, por ejemplo– que Gibraltar es una espina en el corazón y en el talón de España, y, que desde el estrecho, Inglaterra no sólo es dueña del paso entre los dos mares, sino de toda la Península. Los germanófilos españoles han dicho, por ende: si la Triple Inteligencia quiere nuestra ayuda, que nos den Gibraltar y algo de Marruecos. De otro modo, nos conviene ayudar de tapadillo a Alemania y hacer unos cuartos con el contrabando. Luego, los alemanes prometen mucho porque nada cuesta prometer, especialmente a los alemanes. Prometen, si España queda neutral –o lo que es igual, en la práctica favorable a Alemania– no solamente Gibraltar, sino una buena tajada de Marruecos y todo Portugal. Para fortuna de los españoles, no ha muerto aún el espíritu realista de Sancho que prefería, a cambio de las Ínsulas que le prometió Don Quijote, algo bueno que comer. Con nosotros Alemania, en los primeros meses, nos ofrecía con largueza el oro y el moro: Córcega, Saboya, Argelia, Túnez, Marruecos, Marruecos también. Cuando se trató de comprobar las ofertas, el buen señor Bülow quería que nos contentásemos con un cachito del Trentino y con un bocadejo de Fluli. El dominio de la tierra no es tan plástico, tan elástico, como el atlante de los pangermanistas.

Por eso, España no pica, ni picará. También en España la influencia alemana ha tratado de paralizar los verdaderos instintos del país, El marco ha hecho de las suyas en la tierra de la peseta enferma. El clero católico no duda de la victoria alemana. Un célebre español contaba hace días que un amigo suyo, sacerdote, le decía «que si Alemania fuera vencida, dudaría de la existencia de Dios». La fe en la divinidad corre ahora a cargo de los ejércitos de Von Kluck y de Hindenburg. Temo que los clérigos españoles –si eso que se cuenta es verdad– no tardarán mucho tiempo en convertirse al ateísmo.

III

Pero los españoles que piensan de tan estúpida manera no son –para honra de España– más que la cola del pueblo campeador. La cabeza piensa, y como piensa, pues piensa de otro modo. Los mejores cerebros de España están con los Aliados, contra Alemania. Los dos únicos escritores conocidos que defienden a Alemania son Pío Baroja y Benavente.

«(Baroja, con ciertas restricciones, amigo Papini, Benavente...)»

Todos los demás, desde los viejos Ayala y Galdós (Pérez de Ayala es un muchacho, señor italiano) a los maduros Azorín y Valle Inclán, están con la civilización contra la Kultur, por los países libres contra los cuarteles imperiales. En ningún país del mundo, tal vez, se han escrito cosas tan fuertes y tan atroces contra las alemanadas, il tedeschume, como las de Miguel de Unamuno, el pensador que gracias a mí, comienza a ser conocido y leído en Italia.

«(Y gracias a Beccari, traductor de sus *Poesías*, de *La vida de Don Quijote,* etc. Y gracias a Cervesato. Y a los modernistas de Rinnovamento. Y a la revista *Rassegna D'Arte antica e moderna* que ha publicado el primoroso trabajo del Sr. Unamuno sobre el Greco, etc.)»

Vea, quien quiera tener noticias sobre este particular, su respuesta a la enquête de la revista España y el mensaje que envió a la revista Iberia, fundada recientemente en Barcelona.

En España han existido ciertas reacciones contra los afrancesados, pero nadie ha negado la comunidad de raza, la tradición cultural de que se nutre. La influencia del arte y del pensamiento francés es –como en Italia– poderosísima desde hace más de dos siglos; la poesía, que parece vanidad de solitarios, tiene su valor práctico en los momentos de peligro. El espíritu se impone, al fin, mejor que las acciones de los Bancos. Desgraciadamente, para empujar esta simpatía instintiva y tenaz, hay recuerdos y espinas en el corazón, que harían vacilar a D. Alfonso XIII si el ejército fuera más fuerte y hubiera razones urgentes de intervención inmediata. Con los ingleses hay algo más que el escollo de Gibraltar; la artillería del rey Jorge podría impedir, si quisiera, el encuentro de la flota española. Hay algo de rubor desde la guerra americana. Se cree en España que si Inglaterra hubiera maniobrado a tiempo contra la codicia yanquee –desenmascarando, por ejemplo, aquella infamia de la explosión del Maine– Cuba hubiera sido la perla de la corona española todavía. Con Francia hay el pleito de Marruecos arreglado a la buena de Dios con una componenda que hizo creer, a la vuelta de mil tergiversaciones, en una mala voluntad francesa.

Por otra parte, Alemania ayudaría y permitiría la anexión de Portugal. Pero los españoles conocen bastante bien la ridiculez de la promesa alemana y no ignoran que Portugal no entraría de buena gana en su unión con España. Dos veces se unió a ella y dos veces se separó voluntariamente. España tiene bastante que hacer con la rica y descontenta Cataluña. Parece también que los alemanes han tratado de apoyarse en Cataluña, dispuesta siempre, por sistema, a decir que no, donde Madrid dice sí. Pero también en la noble Cataluña han cambiado los humores aunque las relaciones económicas con Alemania sean más intensas que en el resto del país. En los últimos Juegos Florales de Barcelona –que tienen todavía alguna significación espiritual en aquella tierra tenazmente regionalista– se concedió el premio de honor al poeta Apeles Mestres por una colección de poemas ferozmente antialemanes. Y desde los periódicos viejos como La Veu de Catalunya hasta las revistas nuevas como Iberia sostienen la buena causa, que hoy es también la causa de Italia. No creo, pues, que el Sr. Vázquez de Mella, jefe de los germanófilos españoles, logre cambiar el espíritu de su patria ni que impida, si la ocasión y la necesidad se presentan, el cambio de la pacífica neutralidad de ahora. Mientras tanto, el Sr. Vázquez de Mella se preocupa de surtir de puercos a sus amigos alemanes. Corre por España la historia de una gran matanza de cerdos, comprados con el oro alemán de un alemán de Madrid y concentrados en Cangas de Onís, pueblo natal del mencionado Vázquez de Mella. Alemania, finalmente, ha pagado 180.000 marcos por cinco españoles asesinados durante el bombardeo de Lieja. No está mal. Por ahora no debe pasar de pagar rumiantes y difuntos. No creo que los españoles vivos puedan pagarse a 56.000 marcos por cabeza».

IV

Hasta aquí el artículo de Juan Papini. Aparte de ciertas inexactitudes insignificantes de detalle, es indudable que el autor está perfectamente informado de las cosas de España. Naturalmente, su punto de vista es el de un italiano, o lo que es igual, el de un interesado directamente en la contienda. Tenemos, pues, que separarnos en algunas apreciaciones, de ciertos asertos formulados por el famoso autor de *El crepúsculo de los filósofos*. Adrede, para no abrir demasiados paréntesis en el texto del trabajo periodístico del Sr. Papini, hemos dejado algunos comentarios, pocos, para el final.

ABC y *El Correo Español* no son periódicos alemanes escritos en castellano, sino periódicos españoles escritos y redactados en Español. Nosotros censuramos frecuentemente la anglofobia un poco inocente de esos dos diarios; nosotros nos hemos extrañados de una serie de nombres –Schneider, Azpeitúa, Armando Guerra– que han surgido en *ABC* así que se disparó el primer morterazo sobre los fuertes de Lieja; nosotros hemos escrito en el periódico español, *Hispania*,

que edita en Londres el Sr. Pérez Triana, los juicios más opuestos a la intervención del Sr. Mella y de los carlistas españoles, calificándoles de un caso insólito de ignorancia y de incultura. Con todo eso, esos diarios son españoles. Españoles de Madrid.

La intervención española en Portugal –se ha hablado mucho de ella, achacándola a manejos ingleses– sería siempre una locura. Todos lo saben en España. Pero mayor locura sería todavía esa aventura sobre Gibraltar. El apoyo de Alemania sería nulo; no es de creer que nos mandasen sus barcos en aeroplano. Harto tiene que hacer Alemania con defenderse a sí misma en este empeño de vida o muerte.

Sí. Con los aliados está la plana mayor de la intelectualidad española. Los germanófilos sin embargo se defienden a maravilla con argumentos de odio, extraídos de la cantera inagotable de la capa media intelectual española. Afortunadamente, esas huestes andan medianamente de conocimientos. Desconocen hasta las cosas más elementales –geográficas, políticas, administrativas, científicas– del país que se han empeñado en adorar.

Cierto es que Francia, mejor aún, que ciertos políticos franceses, Caillaux especialmente, nos han molestado en los incidentes diplomáticos de Marruecos. Pero Francia merece actualmente nuestra más fervorosa simpatía. Tallarín se va curando de sus ligerezas.

Si Francia, nuestra hermana mayor, se ha burlado de nosotros alguna vez, nosotros la deseamos hoy toda suerte de venturas en esta hora crítica que ella soporta con tanta dignidad y sin alharacas.

Finalmente. El artículo del Sr. Papini merece nuestra gratitud. Corresponde al afecto, a la estimación que sentimos por los italianos en España. Como nos conoce, como entiende a maravilla el castellano, como ha glosado con alto espíritu lírico algunos escritores nuestros –Santa Teresa, Cervantes y Saavedra– como ha escrito bellas páginas alrededor de algunas de nuestras leyendas populares –en torno a la figura de Don Juan Tenorio, por ejemplo– nos felicitamos de que el gran filósofo florentino hable con amor de los españoles y llore con nosotros los porrazos recientes. Por ser él tan italiano es comprendido, íntimamente comprendido por los españoles. No tema, pues, Papini que nos compren los alemanes a 36.000 marcos por cabeza, ni los italianos por 56.000 liras, los franceses por 36.000 francos, los ingleses por 36.000 libras. Somos pobres ¡ay! pero hidalgos. Y cumpliremos con los dictados de la hidalguía, a pesar de las voces de los danzantes, en esta grave catástrofe que está deshaciendo a Europa.

Revista Castellana (Septiembre-octubre-1915)

Reflexiones sobre el heroísmo

La inteligencia de un pueblo se mide, más bien, por su rapidez en la percepción. Un hombre inteligente es el que siempre se halla de vuelta ante las cosas. Un pueblo inteligente, no es el que hipoteca su opinión en manos de una casta, sino el que discute, deshace y rehace a todas horas sus proyectos.

Colección Ariel (1916)

Castellanismo y germanofilia

– ¿Y usted no se ha dado cuenta de que todos estos caballeros que dirigen esta asquerosa farsa castellanista son unos germanófilos vergonzantes?

– ¿De veras?

– ¡Y tan de veras! Alba, el albismo, mejor dicho, las honradas masas de acaparadores y caciques que integran el albismo, son francófilas pero anglófobas. Calderón, que tiene la mentalidad de un peón caminero, es un adorador de "Armando Guerra" y del "ABC". Merino... Merino es todo un poema; Merino, boticario –ya su hijo Carlos, nuestro buen amigo, es de otra pasta–, jura por las manos de Hindenburg. Villanueva, el avinagrado don Miguel Villanueva y Gómez, el peor genio de Haro, es un comensal del príncipe de Ratibor y acaba de manifestarse –¡ya lo ha visto usted!– con esos diputados castellanos, pecheros y siervos de la gleba de nuestros orondos caciques.

– Según eso, ¿quiere usted significar que el movimiento "castellanista" es un manejo germanófilo?

– ¡Sí, señor! Inconsciente, pero germanófilo. El principio de las nacionalidades vivas, de los pueblos vivos, que acaba de lanzar Wilson a la humanidad, se les ha atragantado a nuestros personajes y personajillos. Sin los poderes arbitrarios ellos no podían vivir. Una democracia organizada les rasparía las uñas con que sostienen sus tentáculos.

En una Castilla castellana, autónoma, libre, consciente, los astorganos mandarían a paseo a García Prieto, los de Valladolid a Alba y a Zorita, los de Salamanca a García Sánchez y a Sánchez y Sánchez (don Jesús), los palentinos a Arroyo y a Calderón, los zamoranos a Rodríguez y a González, los burgaleses a Aparicio, los sorianos a Eza. Toda la máquina se despedazaría en mil pedazos. Ante la actitud españolísima de Cataluña, los caciques defienden su presa. ¡Germanofilia pura! Pero como maniobra germanófila, tosca. Descubren el juego y se dejan ver las cartas. El primer acto les está resultando un poco desigual.

– ¿Lo cree usted sinceramente? ¿Es usted tan optimista que sospecha que nuestros pobres campesinos se darán, al fin y al cabo, cata del hediondo escamoteo?

– ¡Sí, señor! ¡Tengo una fe absoluta en esos pobres campesinos! ¡Hay que enseñarles a traducir del catalán "¡Adeu, Espanya!" de Maragall. El grito triste y angustioso del gran poeta resuena a todas horas en el llano. ¿Pero es usted tan sordo que no le ha oído nunca en el silencio de nuestros rastrojos amarillos, dentro de la honda paz de nuestros encinares, en las cocinas de nuestras pobres aldeas tostadas por el sol? España es para nuestros campesinos un Rey que va de caza, un fisco que les acribilla, un gobernador civil que les irrita, un cuartel que les lleva los hijos, un diputado que les dice bobadas y les paga la "convidá" de cuando en cuando, por el voto. Madrid es para ellos la delicia de los señoritos que les aumentan la renta para dormir con una buena moza. En el fondo... la "unidad nacional" les hace reír. Ellos son regionalistas, castellanos. Quieren sus concejos libres de intervención, quieren los bienes viejos del concejo, anhelan la vieja autonomía municipal que les robaron los Austrias. Predicándoles un día y otro día, caerán del burro y se pondrán en frente de los caciques. Es cuestión de propaganda a secas. A ella vamos. Este es el momento. Este es el momento, ya que los caciques han tachado de importunas las demandas de Cataluña.

– ¿Y no temen ustedes perecer en la corriente?

– ¡Bah! En Castilla no pasa nada de lo que dicen ciertos diarios de Moya. Mejor dicho: pasa lo contrario de lo que dice el "trust". Yo vengo de allá ahora; todavía traigo el pelo de la tierra; los mensajeros de Burgos han sido recibidos con enojo. Y el regionalismo es un sentimiento difuso que se propaga como la gripe. El castellano anti-catalán de Valladolid es un movimiento artificioso que se va ahogando por el regionalismo municipal y anticaciquista de Salamanca, de León, de Zamora y de otras poblaciones.

– ¿Esas tenemos?

– ¡Sí, señor! No hacemos literatura; vamos a hacer política agraria por de pronto. Diremos a los colonos lo que hay. Haremos una liga contra los diputados actuales. Inquietaremos el corazón de las gentes. ¡Y a concretar la protesta, a darle forma y contenido, a pelear contra el enemigo común de castellanos y catalanes!

– ¿Y contra Cataluña no hay un ambiente hostil de opinión en aquellas provincias?

– ¡Qué ha de haber! Un amigo de Alba, colaborador de la "Biblioteca Patria", es el encargado de llamar viajantes de comercio a los catalanes, entre el silencio receloso y hostil de las gentes. Los escritores libres, Julio Senador, González Carreño, Íscar-Peyra, Díaz Caneja, los que saben dónde aprieta el zapato, hablan palabras de cordialidad y de admiración a Cataluña. Repito a usted, mi buen amigo, que mi Castilla está sacudida espiritualmente y que los catalanes no inspiran recelo, sino amor. ¡Al tiempo, al tiempo! Porque la farsa durará muy poco. De ello nos hemos encargado muchos. No podemos tolerar que se nos siga tomando el pelo. Nosotros nos representamos a nosotros mismos. Nuestros caciques, que son la negación de nuestra tradición democrática, son tan completamente extraños a nuestro espíritu como un alemán. Son los últimos representantes, en definitiva, de la política austracista. Son los hijos de aquellos flamencos gordos y cerriles que venían a ahorcarnos, aprovechando la privanza de un extranjero poderoso. Pero ahora son servidores de un príncipe vencido, que prepara la maleta. ¡Yo le aseguro a usted que en el Villalar que se prepara ellos serán los vencidos inexorablemente, fatalmente!...

La Publicidad (14-12-1918)

Año nuevo

El año de 1918 quedará en la historia como uno de los más ricos de contenido espiritual, por el que han atravesado los hombres. Ha tenido la virtud de envejecerlo todo y de llenarnos el espíritu con toda suerte de inquietudes y de anhelos. Hace un año por ahora no podíamos pensar como hoy pensamos, porque nuestros pensares de ahora están enriquecidos con la experiencia de los siglos que durante el año se han derrumbado. Ya no hay utopías, y hasta en los cerebros conservadores de cemento armado brota el cardo de la inquietud, que les trastorna un poco y los hace un poquito trágicos, en medio de la grata oquedad en que vivían.

El año de 1918 ha moldeado pensamientos que se esfumaban en la vaguedad y en la inconcreción y ha abierto paso a sentimientos que apenas consentía tejer esa tupida redecilla de intereses que los bachilleres, los barberos, los canónigos y las amas de los hidalgos trenzaban y tornaban a trenzar en derredor de los horizontes más limpios y más libres. El año de 1918 nos ha trocado de viejos en eternos niños.

La humanidad se remoza y hermosea como nunca. Apenas nos miramos en las tinieblas de la noche cuando el gallo preludia la alborada. Y cuando los viejos y grotescos mascarones que dilapidaban en la noche sus mejores energías pasaron al mundo de diablería de que surgieron, llegaron, de lo infinito, gentes con cara fresca, que llevan en la carne el rocío de la aurora y en la mirada la sed de luz de sol que apenas comienza a asomar su disco rojo por los montes del oriente.

Las afirmaciones y las negaciones de hace doce meses, han abierto paso a una serie de interrogaciones que levantan esperanzas en los pechos bien criados. Los hombres, como los niños, lanzan palmadas de alegría y risotadas de júbilo ante este remozamiento del mundo. ¿Qué pasará? ¿Qué no pasará? ¿Los sueños son de la carne de las realidades o la realidad se fabrica con la carne de los sueños? ¿El querido y melancólico príncipe de Dinamarca, el hermano Hamlet, recobrará la razón cuando acierte a descubrir, detrás de la oquedad de las palabras, la substancia de las realidades? ¿Resucitará nuestro padre Don Quijote, levantándose de la fosa del cementerio de la aldea manchega, donde reposa hace ya tantas centurias? ¿Los cuerdos morirán a manos de los locos? ¿Será nuestra historia una serie interrumpida de exquisitas y generosas locuras?

Por nuestra parte, confesamos que el año de 1918, que no podemos enterrar ya nunca en el montón anónimo de tantas fechas insignificantes, nos ha roto preocupaciones e ideas que creíamos para siempre incorporadas a nuestra armonía espiritual. La realidad comienza a reírse de las aulas a cambio de las veces que las aulas se rieron de ella.

Han fracasado los profesores berlineses, los imperativos categóricos y las resistencias conservadoras, porque el mundo no es de pizarra impermeable, sino de cera virgen. Las cosas que, antes de la sacudida, tendían a la estratificación, a la cristalización, se disgregan hoy en expansión inefable que escapa a todos los juicios y se ríe de todas las profecías, y se divierte con todos los apriorismos. Las ideas, eran, en último término, una consecuencia de la fuerza material, las trincheras de los poderosos, las plazas donde se hacían fuertes todos los osados. Y hemos descubierto ya que el mundo, como el campo, no tiene puertas.

No tiene puertas el mundo, y mientras el dolor sea patrimonio de los hombres, el ansia de libertarnos de los demás nos llevará también a libertarnos de nosotros mismos y a inventar nuevos ensueños que hoy apenas se dibujan en lo que los viejos llamarán osadías. La autoridad rígida era hermana del anarquismo. Los emperadores nutrían a los bolchevikis [sic] y hoy vemos que los bolchevikis son unos pobres lacayos que juegan a los emperadores. El máximo peligro social estriba acaso en la disciplina bruta. Del cuartel se pasa al Soviet –tanto monta– y del Czar a Trotsky. Y rebasando luego esas reacciones y contrarreacciones asoman esos cataclismos angustiosos, nuncios de la bancarrota de unos y de otros, de todos.

En España, el año de 1918 también ha rozado, naturalmente, algo más que la piel de nuestra sensibilidad. No por menos invisible es menos evidente nuestra intranquilidad. Ya veremos qué nuevos elementos de tranquilidad o desasosiego nos aporta este año que acaba de nacer. En este sitio, iré glosando, si Dios quiere, las novedades que este nuevo tiempo nos traiga aparejadas.

Iberia (18-01-1919)

La Fiesta del Trabajo[318]

Mientras el trabajo no sea una fiesta para todos los mortales, mientras eso que se llama maldición bíblica y judaica no lo consideremos en lo más hondo de nuestro espíritu como una bendición y como una ventura, no podremos celebrar nuestra gran fiesta del trabajo. En esta concepción actual, mecánica y positivista de la historia, la fiesta del primero de mayo, hoy, en que la mayor parte de las reivindicaciones obreras se han incorporado al patrimonio legal de todos los pueblos, no tiene, desgraciadamente, contenido espiritual alguno.

No se puede celebrar la fiesta del trabajador de la mano o de la inteligencia la holganza y el "dolce far niente"[319] No puede reducirse a peso, ni a medida, ni a tiempo, el trabajo humano. Porque llegará un día en que desaparecerá por absurda la división en clases de los trabajadores. Hay profesiones manuales entre los obreros de la inteligencia; hay laboreo artístico, profundamente emotivo e inteligente, en muchos de los obreros puramente mecánicos. Un abogado, en todo aquello que es trámite procesal, trabaja exclusivamente con la mano, que no con la mente, como un limpiabotas. Un obrero de objetos artísticos tiene que poner en su obra el mismo amor inteligente que un escritor en su ensayo o que un escultor en su estética.

Del trabajo tienen hoy las clases trabajadoras el mismo concepto semítico de nuestros antepasados. Es para ellos una carga, una servidumbre, una esclavitud. Y este concepto negativo, antihumano y anticristiano del trabajo, se ha ido apoderando también de las profesiones liberales todas. Ese concepto ha culminado con la imposición de la jornada de ocho horas. Y hasta ha habido un Sindicato de médicos, el de Gerona, creo, que se ha negado a ejercer su profesión en determinados momentos, con una falta de sentido moral que asusta y con un concepto puramente mecánico de su misión que da grima. Se odia al trabajo, y porque se le odia, la fiesta del trabajo no pasa de ser, hoy, entre nosotros, una trágica broma que hiela el corazón.

Es el mismo sentido, la misma postura de los castellanos. Los castellanos ricos de los siglos XV, XVI y XVII no transigían con más profesión que con la del ejercicio de las armas. Todas las demás se les antojaban a nuestros abuelos plebeyas, repugnantes y propias de pechero y mal nacido. Este sentido de odio al trabajo lo ha heredado hoy la burguesía terrateniente. Hace años, cierta pobre señora, cuyo patrimonio había tenido su origen en un antepasado suyo, ladrón, que a base de pacto de retro se había apoderado de las tierras de sus convecinos, quería marcar, para humillarme, en una reunión, la diferencia que, en efecto, existía entre ambos. Y me dijo dos frases, que no he olvidado:

– Yo vivo –me dijo– de mis rentas. Usted, pobrecito, tendrá que trabajar para vivir.

La dije que, en efecto, a pesar de haber tenido un abolengo, no de ladrones ni de usureros, sino de virreyes, marqueses y grandes de España, tenía que trabajar para vivir. Y cambiamos de disco. Yo me reía de las condecoraciones y de las cruces; aquella señora, cuyos abuelos habían padecido la del mal ladrón en los patíbulos vulgares, era decidida partidaria de ellos. Y su razón me convenció:

– Si no fuera por las cruces, no distinguiríamos el frac de los camareros del frac de los señores.

La replicó que eso no era verdad del todo. Porque reyes existieron, como aquel Milano de Servia, o como aquel Leopoldo de Bélgica, o como aquel Carlos de Portugal, que las prodigaban entre peluqueros, bailarinas, cocottes, tramoyistas, hampones y parásitos…

Volviendo al tema, día llegará en que la fiesta del trabajo no se circunscribirá a una fecha determinada, porque todos los días de trabajo serán fiestas. Milagro es este que está reservado a la futura pedagogía colectiva de los pueblos. Cuando el obrero tenga conciencia de que en el mecanismo humano tanto monta un tornillo como un volante, tanto una correa como una rueda, porque solamente las cosas, al ser solidarias, se funden en una verdadera, que es el espíritu que mueve, y que ejecuta, y que hace obedecer a la mano, y pensar al cerebro, y sentir al corazón, estarán contentos y tendrán el orgullo de ser nada más y nada menos que trabajadores manuales. Cuando el obrero intelectual –escritor, político, médico, ingeniero– se dé cata de que el talento, lejos de endiosar, humaniza y empequeñece y hace humilde al que lo posee y al que lo ejercita con el santo y constante temor de emplearlo mal, comenzará a tener un sentido de responsabilidad y advertirá como sus actos no solamente rebotan sobre él, sino directamente sobre todos los

[318] Existen otros artículos con este mismo título y distintos contenidos publicados en *El Diario* y *El Pueblo* (O.C. Tomo I, páginas 383 y 430), y en *El Pueblo Gallego* (O.C. Tomo III, página 99).

[319] Expresión italiana que viene a significar *"la dulzura de no hacer nada".*

humanos, y sentirá la fiereza de su misión, y percibirá como es la cadena que une el pasado con lo futuro y la tradición con el futuro, preñado de sorpresas y de misterios.

Pues solamente el trabajo, como fiesta, como diversión o, dicho con un término puramente de Estética, como "juego", como recreación, nos libera, nos humaniza y nos satura de alegría. Hasta que no lo domeñamos y esclavizamos, no somos verdaderamente señores de él y de nosotros mismos. De mí sé decir con toda verdad que mis cuartillas lejos de ser mi cadena son el alba ejecutoria de mi nobleza humana, Y que cuando no puedo trabajar, que cuando me acuesto sin haber ganado mi coscurro de pan cotidiano, me siento esclavo y me siento triste. Porque el trabajo ha tiempo que lo convertí en fiesta para mi corazón y no tengo más holganzas, ni más pasatiempo, ni más diversiones que las de soñar despierto y las de ir trasladando estos sueños al papel, día por día, en un inmenso diario íntimo, que no es otra cosa que la justificación de mi vivir.

La Publicidad (03-05-1922)

Amor y celos

La absolución del maestro Ferraro, que mató a su esposa con un estilete al tener la evidencia de los amores de esta con el barón Athos de San Malato, ha dejado completamente satisfecha a esa señora respetable que se llama la opinión pública. Pero yo, que formo parte de esa opinión, me atrevo a sostener, por cuenta propia, que el veredicto ha sido un disparate y que ha hecho perfectamente el tribunal de Derecho accediendo a la revisión de la causa por nuevo Jurado que ha pedido el Ministerio fiscal.

No se puede matar a nadie y por achaques de amor menos que por cualquiera otra cosa. Un hombre y una mujer que se aman están obligados a los recíprocos pactos de amor hasta que dejan de amarse. Una relación amorosa que no descansa en la libertad es completamente absurda y cómica. Se ama porque sí y se deja de amar por la misma razón. No nos vengan los mozos con la peregrina teoría de que solamente se ama una sola vez en la vida. Los rosales florecen todas las primaveras y en el corazón del hombre y de la mujer brotan las plantas del cariño con la misma facilidad con que se amustian y desaparecen.

¿Por qué deja de amar una mujer a un hombre? Hablo de este caso, y no del contrario, porque es el que precisamente se ventila en el proceso Ferraro. Puede dejarle de amar porque se secó el afecto en el corazón. Puede dejarle de amar –y este es el caso más frecuente– por una serie de groserías, de indelicadezas, cuyo matiz solamente podía percibir la víctima. El hombre, que se ve burlado por su esposa, inmediatamente se imagina deshonrado. ¿Por qué? Esto es lo absurdo y contra esto hay que reaccionar en casos semejantes. ¿Es que el honor del hombre depende exclusivamente de un capricho medular de su esposa? Estos hombres calderonianos se nos antojan perfectamente incongruentes y sandios. Aunque así fuera ¿podemos disponer de la vida de una mujer que nos amó unos años? ¿Hasta cuándo hemos de sostener ese prurito de aves de corral, de asnos garañones, de monos, de sultanes de harén? ¿Ha de resolver una pistola lo que no han sabido resolver el ingenio, el talento, la ductilidad mental, la efusión del hombre?

Ferraro, aunque su pobre mujer sea todo lo culpable que los señores jurados quieran, es un vulgar asesino. Contra la infidelidad cabe la separación de sexos, el divorcio, o lo que vale más que todo eso, el desprecio, y mejor aún, la indiferencia. Quedan los hijos –ya lo sé– queda un pasado doloroso por liquidar, pero el hombre, que es verdaderamente hombre y no chulo, hombre y no macho, liquida religiosamente ese pasado. No hay derecho a pretender la fidelidad absoluta de la mujer, ni siquiera cuando el hombre no tiene nada de que arrepentirse en este respecto. Es completamente árabe la concepción española que hace depender el honor del hombre y de la mujer del puro instinto sexual. Contra esa tendencia tenemos que reaccionar los hombres si no queremos que, con el tiempo, las mujeres aprendan nuestras lecciones y nos apliquen nuestros mismos procedimientos.

Pienso, por un momento, que acaso discurro así porque soy soltero y que, casado, tal vez me sumase al aplauso de las estrofas calderonianas y a los párrafos sonoros y huecos de los abogados que defienden a los asesinos de sus esposas. Buceando en mi conciencia, pensando en voz alta, escribo que es muy difícil que pueda alguna vez cambiar de opinión. Lo más personal de cada uno, su concepto del honor, no puede, en puridad, depender nunca de la conducta de los seres que nos rodean y que están atados a nosotros por vínculos oficiales de estimación y de afecto. Además, en la zona que llamamos amorosa de la vida, no estamos colocados en el mismo plano

las mujeres que los hombres. La mujer se casa cuando puede y el hombre cuando quiere. En el afecto de la mujer entran, en dosis muy apreciables, sentimientos tan subalternos y fugaces como los de la gratitud, completamente ajenos al verdadero amor. Dada la escasa relación de sexos en que se debate la vida española, el hombre suele confundir el entusiasmo erótico con el sentimiento tranquilo y apacible del amor. El primer encuentro de los cuerpos suele ser, generalmente la primera repulsa inevitable de las almas. La hembra, más casta que el macho por regla general, suele soportar con más flema y con más cautela su fracaso espiritual. Pero con su educación de monja boba, de novia de reja, de hembra apañadita y casera a quien han enseñado a ver en los hombres posibles adoradores de sus gracias, suele caer de bruces en el primer conflicto sentimental que se la presenta.

¿Por eso está deshonrado el marido? Por eso ¿ha de encomendar la solución del pleito de su honor a la pistola y al puñal? Nosotros no lo comprendemos así. Generalmente estos asesinos de sus mujeres suelen ser unos pobres necios que luego lloran el extravío. Les importa no el adulterio, sino su publicidad. Son hombres que viven, en negocios de amor, por la galería y para la galería. Transigirían con la afrenta si no fuera pública. Si observáis el proceso psicológico de estos crímenes, advertiréis que el móvil no es dolor de la afrenta, sino la herida de la vanidad. Vanidad que les ha llevado al altar y que les ha conducido, igualmente, al banquillo de la Audiencia.

Advertid de paso que esta opinión pública que encuentra naturales las absoluciones en los llamados delitos de amor está compuesta siempre de gentes de equívoca conducta y hasta de alegre y disipada moral. A los juicios orales asisten las neuróticas, las rameras y las tontas de capirote. Así como muchos hombres piensan en este respecto con los espolones como los gallos, hay mujeres que parecen de serrallo y de mancebía. Admiran en el asesino, no el crimen, sino el amor que se imaginan que le ha inducido a matarla. Lectoras del "Caballero Audaz" y de Guido de Verona, estas pobres hembras no han llegado a comprender que hay un sentimiento más fuerte que el del amor sexual, el de la estimación, y que es peor arma la del desprecio que la herida del puñal.

Ferraro debe ser condenado. Hay que liquidar la casta de los vengadores, de los epilépticos, de los impulsivos. Cuando una mujer nos ha amado y deja súbitamente de amarnos, debemos encontrar en nosotros mismos, y no en ellas –pobres Evas atolondradas– las razones de su desvío. Y si podemos hacer uso de nuestra libertad, consagrarnos valientemente a nuevas posibilidades de ser amados, y si no podemos, ¡bah!, a compadecer a nuestro pobre ideal que seguramente no aceptaría como premio, sino como expiación, el legitimar sus amores con la que nos ha desdeñado y hemos sabido tratar con la más dulce indiferencia, esa terrible arma contra la que no sabe luchar ninguna mujer que nos ha pertenecido.

La Publicidad (13-07-1922)

¿Y las Academias?

Bien suprimidos están los Concejos, nidales de caciques, antros de forajidos, covacha de gentes mediocres. Bien suprimidas están las Diputaciones, que según el dicho de Zahonero, al igual de la ortografía, el bazo y la forma poética, están llamados a desaparecer. Pero ¿y las Academias? ¿Han pensado en las Academias los dignos señores del Directorio? Yo, por mi parte no comprendo que se escarnezca al marqués de Cortina como ex ministro y como consejero de coches camas y que en cambio, se le guarden todas las consideraciones como miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. No acierto a ver la diferencia que puede existir entre Romanones, como cacique mayor de la Alcarria y Romanones como presidente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, igualmente no comprendo que dejemos de respetar a Maura como ex jefe de un partido nacional y le rindamos todo género de pleitesías como presidente de la Real Academia Española.

El académico no es un animal inofensivo como un autointelectual cualquiera. Por el contrario, suele tener más conchas que un galápago y más tintas que un calamar cuando lucha con aguas adversas. Lo de menos es que pula, fije y dé esplendor a la lengua, que lleve uniforme y que haga guiños y zalemas a las damas bonitas durante las recepciones académicas. Lo de más, es que preside Tribunales, que cobra subvenciones, que define palabras, que hace papeletas y que caciquea, mansa, suavemente, con su carguito. Ha de jurar si son o no son de mérito las obras de los catedráticos, ha de dar su fallo inapelable en concursos, ha de repartir pesetas… Señores del Directorio ¿no han pensado ustedes en lo que se presta una Academia cualquiera a caciquear? ¿Por qué no las suprimen ustedes de una sentada, digo de un plumazo?

Los mayores contribuyentes, de solar y escudo conocidos, y a corriente de sus recibos trimestrales, deben sustituir, sin más trámites, a los actuales usufructuarios de los históricos sillones. La banca, la industria, el comercio y hasta la clase obrera llevarán al seno de esas corporaciones la flor y nata de su representación. Se adoptará el criterio de que cada región nombre dos o tres representantes. Sánchez Dalp y Luca de Tena serán los procuradores de Andalucía; Alfonso Sala y el conde Caralt, de Cataluña; Díaz de la Cebosa y Vitórica, de Castilla la Nueva; Merino y Martín Veloz, de Castilla la Vieja y de León; Fernández Daza y el obispo de Coria, de Extremadura, etc., etc. Los estamentos modernos –profesorado, milicia, Prensa– han de ser también representados. Se suprimirán las dietas para hacer economías. Y el uso del uniforme no será obligatorio.

Algunos valores nuevos han de ingresar también, no por sufragio de sus colegas, sino por Real decreto. En la Academia de Bellas Artes se suprimirán los desnudos. En la de la Lengua se definirán palabras como vicegerente, autointelectual, sutilezas, galantería, mujeres alegres, fascismo, impunidad, responsabilidades, confiscamiento, destierro, destitución, normas constitucionales, parlamento y otras que no están suficientemente claras. En la de Morales y Políticas se prescindirá del segundo calificativo que se da evidentemente de cachetes con el primero. Y el legislador, siempre atento a las necesidades de la realidad, irá dictando normas reguladoras para el mejor funcionamiento de estos Centros.

La presidencia nata debe reservarse para el que ostente la jefatura del Gobierno. Así se podrán interpretar auténticamente las notas oficiales y fijar para siempre el sentido preciso de aquellos vocablos que, por su naturaleza, se presten al equívoco. Ya que el Estado paga a las academias, es evidente que las Academias han de vivir sujetas al servicio del Estado. Si las armas han de proteger a las letras, ha de ser siempre con su cuenta y razón. Venga ese descuaje académico y que Francos torne a sus banquetes, Ricardo León a sus párrafos de tocador y de cosmético, D. Antonio a la pintura de sus acuarelas, Cavestany a sus baladas orientales y amorosas, Julio Casares a su oficina de interpretación de lenguas en el ministerio de Estado, Gabrielito a sus estudios tan actuales sobre Carlos II, Sandoval a sus sonetos, Rodríguez Marín a su madriguera de la Biblioteca Nacional, el marqués de Figueroa a sus divagaciones eroticosentimentales, Palacio Valdés a continuar los papeles del doctor Ángel Jiménez, Álvarez Quintero, el mayor, a sus patios sevillanos, Benavente a sus comedias, y Saralegui, el conde de la Viñaza y otros señores que no sé cómo se llaman, en sus ocupaciones habituales, que ignoro y que no pongo demasiada diligencia en conocer.

El Pueblo Gallego (09-03-1924)

La significación del año 1924

En un listín negro simboliza EL LIBERAL la significación del año que fue despedido anteanoche con singular algazara en la Puerta del Sol. Pocos años más tétricos, más antipáticos, más tristes que el que acaba de marcharse. Queremos aprehender en él un rasgo agradable cualquiera, y no acertamos a encontrarlo. Perdido, completamente perdido también, para la vida de la cultura y del espíritu, fue el dichoso añito de 1924. Y como en España, en Europa... Heredero de las miserias y de las lacras de sus antecesores, ha sido para los españoles el año que desapareció, el del crimen del coche correo y el del misterio de las niñas desaparecidas, y para los italianos, el del asesinato de Matteotti, y para los rusos, el de la muerte de Lenin, y para los yanquis, el de la pérdida de Harding[320], y para los ingleses, el del aplazamiento de los sueños del laborismo. En 1924 solamente Francia dio señales de juventud política con la sustitución de Millerand[321].

1924 ha sido un año miedoso y estéril. El movimiento mundial más hondo y más general en todos los pueblos ha sido el de un ataque a fondo y sin cuartel contra el comunismo. El espectro de una guerra futura vuelve a asomar su faz al finalizar el año. Alemania torna a convencernos de que no se conforma con la derrota. Italia liquida muy lentamente los últimos residuos de una dictadura agonizante. España...

Inútil es buscar en España huellas espirituales de este año que acabó. En todas las manifestaciones de la cultura hemos vivido de prestado. En el teatro nos han traducido a Luis Pirandello

[320] Warren Gamliel Harding (1865 – 1923) Vigésimo noveno presidente de los Estados Unidos.
[321] Alexandre Millerand (1859 – 1943). Undécimo presidente de la Tercera República Francesa.

y han triunfado nuestros arregladores, mixtificadores y traductores. Benavente y Linares Rivas viven de la sonrisa de su propia decadencia, y los hermanos Álvarez Quintero han reverdecido sus laureles con las coplas de "Cancionera". La canción frívola no ha enriquecido su repertorio, y el arte lírico se ha dormido por completo. En los escaparates, libros traducidos, monografías de importación y ensayos grises de noveles. Solamente en el mes de mayo cantó la musa austera y noble de Antonio Machado en "Nuevas canciones".

La primavera ha venido;
¡nadie sabe cómo ha sido!,

y hace unas cuantas semanas nos deleitaba "Azorín" con la lectura de su discurso de recepción en la Academia Española con páginas como las de "El veredero", "Un canito", "Cataluña", "Ávila de los Caballeros", que descuellan entre sus mejores páginas de todos los tiempos.

¡Pero nada más, lector! Un centenar de páginas de prosa y una docena de bellísimos cantares. El año que terminó ha sido el triunfo de la cocaína y la apoteosis del cabaret, que culminó en la cuchilla de la horca una triste mañana de junio. Realmente, nada mejor que un listín negro puede simbolizar el año de 1924.

El Liberal (02-01-1925)

Dos preguntas

La revista "Ellas" me ruega que escriba, si prefiero, en las mujeres, el cabello corto o el cabello largo y que no emplee más de una cuartilla para mi divagación. El pelo corto, el pelo largo... ¿qué más da, para un ecléctico de tomo y lomo como yo, que gusta de las melenas y de los cabellos amplios y abundosos a la vez? El pelito corto, la melena, que se llevaban las lindas italianas en los días espléndidos del Renacimiento, parece cosa de efebos, de mocitas tempranas y abrileñas, de angelitos donde tímidamente comienzan a insinuarse con el sexo las formas femeniles. La melena es deliciosa para las caritas de facciones perfectas y delicadas, para los rostros aniñados, para las frentes nobles. Y el pelo abundoso, la cabellera abundante –rubia, negra– va muy bien con las hembras hechas y derechas, con las mujeres hermosas. Es de ver el cabello, completamente suelto, en los desnudos clásicos. Es de ver, por ejemplo, cómo rima el pelo negro con el rojo carmesí en los retratos de los pintores renacentistas o los cabellos de oro, las madejas doradas, con los blancos y con los azules, en los lienzos de los grandes retratistas.

Sin embargo, y como regla general... prefiero el cabello largo. Los hombres vamos perdiendo la noción de la caricia delicada pero varonil. El cabello largo se presta a las exploraciones más graciosas y sutiles. Hundir la mano diestramente en el cabello de la mujer preferida, es plato de dioses. El cabello tiene suavidades de terciopelo y de seda para las manos atrevidas y cariciosas. Recordad el peinado de las rubias de Botticcelli, de aquellas ninfas de la Primavera que danzan en prados de azul y de oro. Recordad el peinado de la "Bella" y de la "Fornarina" de Rafael, que hemos admirado en Florencia. Recordad el moñito abundoso y apretado de aquella Venus de Médicis. Nuestra fantasía los suelta y los desata en un momento y los imaginamos cubriendo los hombros y las espaldas, como manto glorioso y soberanamente bello...

Pero la melena nos place también en las muchachitas, un poco varoniles, que tocadas de boina blanca, acuden, frescas y rojas, las mañanas domingueras, a gozar de las delicias de la sierra. Las nenas que en San Rafael y en el Guadarrama llevan la maquilla en la diestra y un juboncillo bien ajustado al tórax, están muy bien con la melena... Pero la melena es, entre nosotros, cosa exótica. Lo español es el cabello abundante y copioso. El cabello rubio de Isabel, que hace enloquecer de amor al duque de Gandía. El cabello moreno de doña María Cayetana de Silva, que hace beber los vientos al heredero de los Vista-hermosas, Pepito Pignaletti [sic][322]. El cabello castaño de la Calderona, que hace olvidar a Felipe IV sus juramentos matrimoniales haciendo que su esposa, Isabel de Borbón, piense más de la cuenta en Villamediana.

[322] José María Pignatelli de Aragón y Gonzaga (1744 – 774). 3º Duque de Solferino, también conocido como marqués de Mora –aunque este no fuera un título nobiliario español–, quien mantuvo una relación sentimental con Julia de Lespinasse a la que Sánchez Rojas dedicaría varios artículos.

Otra revista uruguaya, "La mujer" que se publica en Montevideo, me pregunta secamente: "¿Es usted partidario del divorcio?" Y me pide que razone mi afirmación o mi negación, enviando al cajero el importe de mis meditaciones. ¡Rasgo generoso y poco frecuente, en las "encuestas", que suelen ser generalmente una colaboración vergonzantemente gratuita!

Lo grave es que nunca me he parado a pensar seriamente en el divorcio. Hay que ser seguramente marido, y marido experto para tener una opinión decente y pasable sobre el particular. Este problema no puede plantearse abstractamente con todas las mujeres, sino con una mujer concreta, de carne y hueso, la que a cada uno le ha tocado en el reparto. Como a mí no me ha tocado ninguna, es claro que no puedo opinar por experiencia y que no me va a ser posible pedir al señor cajero de "La Mujer" de Montevideo el importe de mis meditaciones.

¡El divorcio, el divorcio...! Lo terrible es que, quieran o no quieran, las leyes civiles de todos los países, las almas viven generalmente divorciadas. Por cada separación de cuerpos autorizada por la ley, existe un millón de almas paradas y divorciadas unas de otras. Cuando el amor no entra para nada en el matrimonio, el divorcio realmente está ya establecido antes de la ceremonia nupcial. Y cuando es el amor la causa determinante, ¡con qué cuidado ha de mimársele y ha de atendérsele para que no se marchite y no se borre de las almas!

La grosería, va siendo una cualidad tan frecuente en el alma del hombre, que no me explico, ciertamente, cómo las mujeres nos toleran y nos sufren. La mujer, por ser mujer, tiene toda clase de derechos sobre el hombre, y el hombre, por ser hombre, toda clase de deberes con relación a la mujer. Yo creo que somos nosotros los que moldeamos el alma femenina y que pocas veces tiene la culpa la mujer de los defectos que nosotros gratuitamente le achacamos. Las hacemos buenas o las hacemos malas nosotros. ¡Se conforman las pobres por tan poca cosa! Un hombre, además del amor, tiene otras preocupaciones sociales; la mujer, no. La mujer, y la mujer española sobre todo, se conforma con ser el ministro del interior de las relaciones matrimoniales, dejando al marido todas las demás carteras. Surge el choque, generalmente, por incomprensión o grosería masculina, porque no sabemos darnos cuenta de que la lógica de la mujer no es nuestra lógica, y su sensibilidad no es nuestra sensibilidad tampoco.

El alejamiento sistemático de los sexos, elevado a dogma en España –"entre santa y santo, pared de canto", dice un adagio bárbaro, que nos equipara al mico– tiene toda la culpa de la tristeza íntima de nuestros matrimonios. El amor, para ser fecundo, tiene que ser una consecuencia obligada de la amistad. Se ama lo que se estima, y se estima lo que se conoce, después de conocido...

Ya sé que estoy dando vueltas en derredor del tema y que no me atrevo, o que no quiero penetrar en él. Pero es que no he tenido ocasión de "sentir" personalmente el problema. En el fondo, soy un hombre tan poco calderoniano o tan poco español en este punto, que no acierto a plantearme la conveniencia o la inconveniencia del divorcio.

Desde el momento en que cesamos de amar, o desde el momento en que cesan de amarnos, concluye, de hecho, para mí, toda fuente de relaciones recíprocas. Y solo quedamos obligados en lo sucesivo, a las normas generales de la buena crianza, de la generosidad, de la delicadeza y del silencio. Del silencio respetuoso –y amablemente irónico como la vida– sobre todo.

El Noroeste (27-03-1925)
El Pueblo (14-02-1925)
El Adelanto (07-02-1925)

Mi correligionario

A Nicasio León Bencomo, exdiputado a cortes por la Gomera (Canarias)

Todas las tardes, cuando llego tempranito a utilizar mi sillón en la Biblioteca del Congreso de los diputados, me encuentro contigo, mi noble amigo, y a guisa de diálogo cordial y de saludo amistoso, cruzamos invariablemente las mismas palabras:

– ¿Qué, Nicasio? ¿Continúas siendo mi correligionario?

– ¿Y me lo preguntas tú, amigo Pepe? ¡Siempre!

Y después de comentar la actualidad de un modo un poco autónomo, despachamos ambos, yo mis cuartillas, y tú y yo nuestras queridas cartas lejanas.

Todos los días, mi querido Nicasio, pero todos los días, nuestro ejército se va reduciendo un poco. Cada vez somos menos. En este querido y grato rincón de la Biblioteca, apenas si queda-

mos en estos momentos arriba de cuatro: Luis Bello, Álvaro de Albornoz, tú y yo. Los demás, transigentes, ya sutilizan, y distinguen, y razonan, como si el corazón supiera de razones, de distinciones y de sutilezas. Pero nosotros, tú y yo, que nos vemos a diario, seguimos en el mismo plano que adoptamos, por impulso propio, hace varios meses, y en este plano continuamos, con la mayor firmeza y con el mismo, absolutamente con el mismo entusiasmo juvenil de los primeros minutos.

Desde aquella fecha, tú perdiste el acta que arrancaste del corazón de tus paisanos, apenas habías cumplido tus veinticinco años, y yo he ido perdiendo, poco a poco, mi tribuna diaria para con el público. Desde que el año pasado me dio por dejar al descubierto con todas sus macas el fenómeno fascista, apenas si puedo hablar. Y nuestro diálogo concluye siempre del mismo modo:

– ¿Pasó aquello?

– ¡No!

Y dos meses con la misma pregunta, mi noble amigo, y en los dos meses las mismas negativas, «doce» veces seguidas.

Pero tú y yo, querido amigo y mi único correligionario, estamos siempre en nuestro puesto. Nuestro silencio forzado lo tachan otros de pereza, de haraganería. Pero tú sabes que he tenido que refugiarme en los libros, donde, después de todo, se gana más, mucho más. Un monólogo casi diario, ajeno a la política, con mis queridos paisanos de Salamanca y unos comentarios, también generalmente extraños a ella, en un diario de Valencia, con mi colaboración de un artículo mensual con una empresa que da el mismo artículo en un día determinado en veinte periódicos liberales españoles, con mis crónicas para «El Hogar», de Buenos Aires, son las conversaciones normales con el público que he podido no interrumpir. En Madrid y en Barcelona, silencio forzoso. Y silencio no sé por qué, porque elijo mis armas en un plano ideal y en mi habla mucho más el entusiasmo que el despecho.

Pero seguiremos adelante, tú sin tu tribuna y yo sin la mía, hasta que Dios quiera. Y volverán las cosas por las que hemos peleado y dejaremos de ver a los hombres, mañana en candelero y ahora en desgracia, que no hemos podido, ni sabido, ni querido abandonar. Y cuando mañana nos hablen los Panzas del fruto que hemos recogido, nos encogeremos de hombros, pensando en lo que ya lo estamos recogiendo ahora, acompañando a nuestros dos desterrados, al tuyo y al mío, en amor, por las libertades y en emoción cordial.

El Adelanto (03-06-1925)

Divagación sobre el público

«Un estadista –ha escrito recientemente Ramón Pérez de Ayala– es a la manera de una fuente; para mantenerse pura y clara ha de estar manando de continuo; si se la cesa de oír es como si secase, signo de agotamiento y de muerte; si por acaso vuelve a manar, comienza brotando turbia.» Completamente de acuerdo con el agudo y querido amigo. El estadista –y el escritor, añadimos nosotros– han de hablar o han de escribir continuamente para que el público les oiga o les lea. Mudos los políticos y perezosos los escritores, pierden en unas horas el predicamento que han ganado durante una vida. Alhucemas, vivo, nos parece hoy una figura tan pretérita como Calomarde o Martínez de la Rosa.

Un académico de la talla de Gutiérrez Gamero, o de otro escritor por el estilo, nos recuerda algo tan inocente como los árcades[323] bobos del siglo XVIII o como los primeros románticos del grupo de Enrique Gil, el autor de «El señor de Bembribe»

El político y el escritor pertenecen al público. Al público se deben y con el público viven en amores continuos, pero azarosos y un tanto ricos en incidentes y escamaruzas, porque el público, como las mujeres no se entrega siempre del todo a quienes le consagran lo mejor de su espíritu y de su labor. Perdiendo el contacto, se borra el recuerdo, y hay que volver a comenzar de nuevo. Alba, Romanones o Lerroux, al cabo de dos años de silencio, son hombres completamente

[323] La palabra se refiere a los habitantes de la Arcadia, lugar utópico e idílico, referido en el mundo pastoril clásico. Y en este caso a los neoclásicos españoles, especialmente los salmantinos, contra los que mostró siempre una animadversión literaria al igual que contra los románticos.

distintos a como eran en el año 1923, porque la realidad política de hogaño nada tiene que ver con la de antaño. Igualmente, un escritor cualquiera que haya perdido su costumbre de dialogar frecuentemente con el público, ha de renovarse y remozarse a diario para ganarse la confianza del lector que le seguía y para hacerse con el sector de opinión que le volvió, en castigo de su pereza, las espaldas.

Muchas veces he pensado en la esterilidad de estos pobres oficios de político y de escritor en el país en que vivimos y en los años de gracia que corren para todos. Unos y otros son como pobres enamorados de una mujer hermosa que creyeron ver en una ciudad extraña y que resultó ser después muñeca de cera que se exponía en los escaparates de una tienda de modas. Se calla a veces, no por ganas de callar, sino porque el público que ha de oír se ha vuelto de una sordera incurable e irreductible. Se deja de escribir en ocasiones, no por falta de temas, sino porque, realmente, la red de intereses creados nos aprisiona de tal suerte, que no suele permitirnos la porción más pequeña y decorosa de libertad. ¿No tenemos políticos y escritores porque no tenemos público? ¿No hay público porque no sabemos hacerlo nosotros? Dejemos la interrogación en suspenso hasta otro día.

Dejemos la interrogación en suspenso, porque, realmente, no sabemos muchas veces si el que dirige va delante porque él quiere o solamente porque le empujan los demás. De mí sé decir con toda verdad y con toda honradez, que si las censuras no han logrado nunca enojarme y menos detenerme en el camino, los elogios me han dejado siempre cariacontecido y pesaroso. Y de muchos políticos españoles sé a ciencia cierta y por su propia boca, que jamás lograron una palabra de amor o de afecto cuando volaron alto y que siempre encontraron ecos de adulación y de aplausos cuando anduvieron, como los topos, a ras de tierra.

De don Práxedes Mateo Sagasta me ha contado muchas veces su nieto y mi amigo Carlos Merino, incidentes de su vida política, llenos de dolor, a raíz de la declaración de guerra a los Estados Unidos. El anciano estadista sabía ciertamente que marchábamos a una catástrofe segura. Nadie escuchaba a don Práxedes cuando manifestaba sus recelos en la intimidad. Se le denostaba, se le injuriaba, se le suponía en complicidad con los americanos.

El entonces presidente del Consejo se detenía alguna vez en el Salón de conferencias; allí rumiaba su dolor a solas; el eco de las patrioterías del salón de sesiones le hicieron sollozar más de una vez. Y el anciano abandonaba su butacón del salón de conferencias, y a la cabecera del banco azul, con el semblante tranquilo, discutía amargamente con aquellos energúmenos. Y al retorno al hogar, acariciaba a su nieto y en él refugiaba todas sus esperanzas y alegrías de buen abuelo.

Como Sagasta, los políticos y los escritores de hogaño, son protagonistas de una pesada tragedia, y a las veces no saben, ni pueden, ni quieren olvidar sus humillaciones íntimas y se refugian en sus nietos, es decir, en sus esperanzas remotas, seguros de que ha de llegar un día en que la palabra surja limpia y precisa de su boca y de su pluma, y puedan continuar, sus coqueteos con este público que hoy no sabe escuchar en silencio, ni sabe leer entre líneas.

El Adelanto[324] (04-09-1925)
El Luchador (12-06-1926)
El Pueblo Gallego (13-06-1926)
El Pueblo (26-06-1926)

Tunos y tunas[325]

Mis amigos, los estudiantes de la Tuna Escolar Salmantina, me preguntan si ellos deben usar exclusivamente el título de tunos. Mis amigos, los de la Tuna Juventud, me requieren también para que solucione este pleito que tan agitados les tiene. Confieso que no soy erudito –ni quiero serlo– ni académico, ni cazador de voquibles. Apenas, amigos míos, si me llamo Pepe. Pero tengo para mí –y no debo recatar mi parecer– que son tunos los estudiantes que tocan instrumentos

[324] En *El Luchador*, *El Pueblo*, y *El Pueblo Gallego*, se publicó, con ligeras variaciones, bajo el título «Sobre el público»
[325] Poco tiempo antes de este artículo se creó la *Tuna Artística de Juventud* en Salamanca bajo la dirección de Joaquín Tojo. Para celebrar el éxito por la pieza de su cosecha titulada *El soldado cautivo*, obsequiaron con una cena a su director y otros, entre los que estuvo José Sánchez Rojas. Al parecer la universitaria *Tuna Escolar Salmantina* reclamaba para sí la exclusividad del término "tuna" de donde surge el artículo de Sánchez Rojas.

musicales y que el nombre de tunas corresponde a las asociaciones filarmónicas exclusivamente estudiantiles. ¿Está claro? Tuno es el estudiante que toca algo y que se matricula y estudia o no estudia, pero es estudiante. Y cuando en una agrupación hay elementos escolares y elementos que no lo son, el remoquete de tuna es algo abusivo e inexacto.

Pero yo no quiero ni pretendo que ambas tunas lleven la sangre al río y se den de cachetes, y diriman sus cuestiones a bastonazos. Las tunas que ellos forman en estos días, nuncios del Carnaval, deben ser de muy otra naturaleza de las que dirimen sus contiendas, agarrándose el moño y resolviendo sus diferencias a presencia del señor comisario de la Policía. Estas tunas de Salamanca han de ser muy bien educaditas, muy prudentes y poco habladoras. Por un quítame allá esas pajas como es un voquible sin transcendencia, no debe romperse la armonía que debe ser condición precisa en toda agrupación musical, estudiantil o no. A todos les anima el mismo fuego sagrado, idéntico amor a la bullanga y al regocijo. Propongo que se den la mano ambos presidentes, que almuercen juntos, que olviden sus querellas mutuas. ¡Pelillos a la mar! A todos les oímos con el mismo gusto, y si tenemos nuestras preferencias por los que son exclusivamente escolares, eso no quiere decir que no estimemos, y de veras, a los que no lo son y en ayuntamiento con ellos fundan y dan vida a otras agrupaciones musicales. Amíguense todos, los tunos y los medio tunos, y suenen los pasacalles por nuestra vieja ciudad, sirviendo de fondo al sueño de las bellas, que tienen el buen gusto de amar a los estudiantes. Amen.

El Adelanto (19-01-1926)

Todavía más sobre Croce

Benedetto Croce, el insigne pensador napolitano, el ex ministro de Instrucción pública de Italia en el Gabinete del liberal Juan Giolitti y miembro desde hace ocho o diez años del Senado de su país, no ha transigido jamás con la dictadura ni con la tiranía. Lo que ha hecho como filósofo, como verdadero filósofo que es, y no mero «dilettanti» o contemplador superficial y palabrero de los fenómenos sociales; lo que ha hecho como filósofo ha sido explicarse las violencias del fascismo mussolinista como naturales y obligadas consecuencias de los excesos del comunismo. Pero desde el principio puso cátedra al aire libre contra el dictador y contra los comunistas, señalando el hecho curioso de que los comunistas de ayer son los amigos del «duce» de hoy. Croce se jacta siempre de ser un viejo liberal italiano. El liberalismo es para el ilustre pensador la zona templada de la política posible. Supera, diluyéndolos y plasmándolos en la realidad, los aciertos de los extremos, y pone al descubierto sus imposibles prácticos y mentales. Y recaba para el liberalismo la gloria de haber sido –continuamente– el forjador de la «terza» Italia y del «Risorgimento»[326].

El comunismo y el mussolinismo, en cambio, demuestra Benedetto Croce que son ajenos, en absoluto, a la verdadera y pura e italiana tradición. Tan reaccionario le parece el comunismo como el sentido autoritario en la política. Los «camelots du roi»[327] resultan, en París, amigos de los comunistas; los comunistas italianos de la Emilia y de la Lombardía superan hoy a Farinacci en violencias y expresión y en medidas regresivas y torpes contra los adversarios. «Se da siempre el caso –señala perspicazmente Benedetto Croce–, se da siempre el caso de que los comunistas se hacen reaccionarios de golpe, sin detenerse jamás en las templadas y austeras formas del liberalismo nacional.» El liberalismo es la perspicacia, la sagacidad, la belleza y la norma capital de la ética política contemporánea. Y evoca el genial pensador el liberalismo de su maestro Francisco de Sanchis, el insigne historiador de la literatura italiana, que deportado, desterrado, encarcelado, loaba sus inquietudes y sus ansias nunca satisfechas de libertad.

Y el liberalismo –repite– es siempre lo tradicional y lo italiano. Liberalismo es Leopardi, y Alfieri, y Silvio Pellico, y Mazzini; liberalismo es Carducci; el Carducci del «Himno a Satanás», y de «Odas bárbaras» y de «Miramar». Lo reaccionario blanco se ha cocido, en cambio, en los hornos de «L'Action Française»[328], y huele a gabacho del «Sacre Coeur» que apesta y marca.

[326] Movimiento nacional cuyo objetivo era la unidad de Italia

[327] Organización paramilitar que actuó como tal entre 1908 y 1936.

[328] Movimiento francés conservador, monárquico, contrarrevolucionario, antidemocrático, antisemita que apoyó el catolicismo reaccionario y a Vichy en la II Guerra Mundial. *Sacre Coeur* (Sagrado Corazón) basílica emblemática de París.

Reaccionario es D'Annunzio, como reaccionario es, en el fondo, todo hombre frívolo y sensual. Y reaccionario es ese pasmo de modistillas lúbricas y de horteras decadentes que se llama Guido da Verona.

No puedo extractar más someramente las ideas de Benedetto Croce en torno a los problemas de la política italiana contemporánea.

Y como ve el lector discreto, a pesar de las palabras «centrantes» de los pedantuelos de la Granja del Henar, en nada se parece Croce ni a D. José Ortega y Gasset, el catedrático, ni a D. Eugenio D'Ors, el catalán renegado. Croce enrojecería de vergüenza antes de disertar sobre las delicias del golf o del tennis [sic] en momentos difíciles para su patria. Croce no renegará jamás del cielo azul de su Nápoles radiante y mediterráneo. Estamos en presencia de un filósofo; es decir, de un hombre y de un patriota. Recomiendo a mis amigos del Mundo Latino que me permitan traducir «El político», el último bellísimo opúsculo de Benedetto Croce, para orientar, no para accidentar, al lector español sobre un momento crítico del pensamiento italiano.

Ya ve el señor D. E. Jiménez Caballero[329] cómo no vale hablar por hablar de lo que se ignora. Es una cosa peligrosa. Y es una cosa estéticamente fea también, distinguidos «dilettanti» del tennis, del golf, de las duquesas rubias, de las comidas de la Zarzuela con tortillas doradas y mujeres sensibles y tensas como las cuerdas de un violín...

El Liberal (16-03-1926)

Patriotismo[330]

Los editores de Joaquín Costa me han hecho un obsequio muy delicado y muy gentil, regalándome todas las obras completas del glorioso pensador de Graus. Los cuarenta, los cincuenta volúmenes, se apilan alegremente en mi cuarto, entre clásicos españoles e italianos, libros nuevos y de tinta fresca, periódicos y revistas. Uno de esos volúmenes contiene, con «El Ama» de nuestro José María Gabriel y Galán, el discurso que Costa pronunció en los Juegos Florales celebrados en Salamanca el día 15 de Septiembre de 1901. Preceden a la poesía y al discurso las cartas que Costa cruzó, con Unamuno, con Mariano Núñez, con «Zeda» y con Ramón Fernández Robles, advirtiendo que glosaría la palabra «patria» con absoluta libertad de criterio.

He leído estos documentos –que no conocía– con emoción, y las palabras de Costa, en Salamanca, son las nobles y viriles palabras de un hombre a quien le duele España como un cáncer, dentro del corazón y dentro de la inteligencia.

Yo, cerrando el libro, pienso también en la Patria. Patria y tierra de padres. Patria, es, por ende, patrimonio corporal: el de la tierra. Pero [a] ese patrimonio, va unido que para eso es espiritual el concepto, el tesoro de nuestras tradiciones, de nuestras glorias, de nuestros desmayos, de nuestros amores, de nuestros odios. Patria es tierra e historia a la vez. Y como patria es historia, patria es también verdad. En lo que tiene de espiritual el concepto de la patria, es una idea. En lo que tiene de patrimonio físico, de cuerpo, es un sentimiento. No pueden por ende, amar a la patria, más que los que la estudian y la conocen con espíritu de libertad.

¿Y qué es la patria, qué esta patria espiritual nuestra española, qué es esta España, que tantas y tantas veces –como si fuera una mujer esquiva– nos quita el sueño? ¿Es el Romancero? ¿Es el Cid ganando batallas, casando a sus hijas, sufriendo las penalidades del destierro en premio a su lealtad? ¿Es Isabel la Castellana, Fernando el Aragonés? ¿Es Carlos el Hermoso? ¿Felipe el melancólico? ¿Fernando el abyecto? ¿Es la Inquisición? ¿Es el Quijote? ¿Es las Cortes de Cádiz o el «Vivan las caenas»? ¿Los cien mil hijos de San Luis o los veteranos de la libertad? ¿Tadeo Calomarde o el conde de Aranda? ¿Sagasta o Nocedal? ¿Mella o Melquiades?

¡Ay mi patria! «la nuestra», es hija del futuro. Más que como a madre, la queremos y la concebimos como a nena. Queremos para ella cantos de cuna, no elogios pretéritos. La soñamos –inocente y virgen todavía– en perpetua formación. Nosotros mismos nos sentimos patria; llevamos dentro del corazón la responsabilidad de nuestra conducta y sabemos que, o la patria no es nada, o será una cosa que nosotros ponemos en nuestro pensamiento y con nuestra emoción.

[329] Continúa con la polémica emprendida con Jiménez Caballero en el artículo *Glosas en torno a Croce* (O.C. Tomo I, página 349) y a propósito de la traducción de Rojas del libro de *Estética*.

[330] Existe otro artículo de Sánchez Rojas con este mismo título y distinto contenido publicado dos años antes en *El Pueblo Gallego* (O.C. Tomo III, página 363).

¡España mía! Los que no han vivido, de muchachos, lejos de ti, no han sabido quererte en la ausencia y entre palabras hostiles... Y tú sabes bien, Patria española, que los que no te llevamos casi nunca en la lengua, te encendemos luces perpetuas de idolatría en nuestro corazón, sangrante y dolorido.

Revista Popular (01-04-1926)
El Pueblo (09-04-1926)
El Socialista (26-03-1926)
El Noroeste (23-03-1926)
El Diario de Huesca (21-03-1926)
El Adelanto (07-03-1926)

Aragonés fino[331]

Para José María Ramos

Me voy dando cuenta de que estas nobles tierras de Aragón –para mí tan queridas porque sus hijos me han rodeado de un gratísimo ambiente de cordialidad y de amor que no podrá olvidar nunca mi corazón, de suyo generoso y desde luego, bien nacido–, me voy dando cuenta de que estas nobles tierras de Aragón son un semillero de leyendas que han propalado por ahí, a cuatro vientos, todos los necios y sordos de corazón y de mollera. En Huesca, por ejemplo, no hace frío, y la gente me pregunta que si he visto los osos polares por estas tierras. El baturro no es zafio ni bruto, sino fino y perspicaz de entendimiento.

Esas baturradas que andan por ahí, las propalan los mismos que se creen capaces de hacer –o han hecho ya– lo que atribuyen a los «mañicos», sus propagandistas. Por ahí anda una película idiota, «Nobleza baturra», que me tiene indignado ahora que conozco y estimo a los aragoneses. Los «mañicos» no parten nueces con la cabeza; los «mañicos» no ponen la burra delante del tren; los «mañicos» no son toscos ni zafios. La tosquedad, la plebeyez de espíritu, la incomprensión, la mentira soez y la calumnia sistemática son patrimonio de los señoritos zarzueleros y peliculeros, que sacuden al exterior el cretinismo, denso y tupido, que llevan dentro, como los alcornoques sacuden las bellotas.

Aragón es tierra precisamente de lo contrario. El hombre más sagaz de España, el único gran político diplomático que hemos tenido, Fernando V, marido de Isabel, la de Madrigal, es aragonés, y no madrileño. Baltasar Gracián, el del «Criticón», es aragonés, y no de Sevilla. Aragoneses son los Argensola; don Francisco de Goya y Lucientes nace en Aragón, y el conde de Aranda. Costa es de Graus, y no de Jerez. También es aragonés Tadeo Calomarde –me responderéis–. Cierto. Pero Torquemada es de Burgos; y Bellido Dolfos, de Zamora; y el alcalde Ronquillo, de Ávila; y Fernando VII, de Madrid.

A lo que voy viendo, el aragonés es, a secas y a la pata llana, voluntarioso. Calidad inestimable. Don de los cielos. Pero es fino, inteligente, sagaz y cauto. Esos baturros del cine y de los cuentos de «Blanco y Negro» han nacido de la mollera de los que los inventan, mixtifican y dibujan. Bastante mal, generalmente.

El Socialista (03-04-1926)
El Adelanto (03-04-1926)
El Diario de Huesca (27-03-1926)

La Fiesta del Trabajo[332]

El trabajo es siempre fiesta para el cerebro y para el corazón. Siempre. La holganza, por el contrario, es estéril y es pesada servidumbre.

Solamente a los judíos se les pudo ocurrir que el hecho de ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente, es una maldición bíblica. El origen divino del hombre está precisamente en su

[331] Tanto en *El Adelanto* como en *El Diario de Huesca* el título es «Aragón es fino». *No descartamos que el título de El Socialista* pueda ser una errata o mala lectura del original manuscrito.

[332] Existen otros artículos con este mismo título y distintos contenidos publicados en *El Diario* y *La Publicidad* (O.C. Tomo I, páginas 383 y 420), y en *El Pueblo Gallego* (O.C. Tomo III, página 99).

ejecutoria de trabajo. Y María fue virgen porque parió con dolor y con trabajo. Y Jesús pudo ser Dios porque vivió trabajando y porque murió sufriendo, en el madero infamante de una cruz.

El Pueblo (01-05-1926)

Un brindis

Sí yo hubiera podido asistir el domingo pasado a la inauguración del Centro Republicano de Huesca, hubiera dicho, poco más o menos, lo siguiente:

«– Amigos: Hace años, decía Ortega y Gasset, en Salamanca, que España bulle a algunos españoles como una llaga lacerante dentro del corazón. Yo soy uno de esos españoles a los que les duele España. Me duele España tanto, tanto, algunas veces, queridos amigos, queridos liberales de Huesca, que la pluma sólo me sirve para gritar y la palabra para lanzar ayes de desesperación de pena...

En un momento de calma porque estoy entre vosotros, y Huesca ha sido para mi espíritu un bálsamo y un calmante, quiero deciros algunas palabras llenas de verdad. La verdad es el único y el mejor tributo que debemos a las personas que amamos. Enterremos la España tradicional para dar paso a una España que está naciendo ahora. No hagáis caso de cantos funerarios; inventad cantos de cuna, infantiles e ingenuos para esta España. Aprended a olvidar, pero aprended a esperar también,

que no es firme el amor que no espera,[333]

como dijo el poeta de Castilla.

El patriotismo es hoy una virtud de esperanza. El amor a la patria, como todo amor humano, es un amor de cultura y de cerebro. Se ama lo que se conoce bien. La historia os aplastó a vosotros, los aragoneses, después de aplastarnos a nosotros, los castellanos. Aragón fue la democracia articulada y Castilla la protesta viva y suelta del pueblo que quiere abrirse paso.

Y después... ¡ah, después!, salvo el breve descanso de aquel Carlos III de Borbón, el Buen Rey, nos hemos ido desangrando, debilitando, empobreciendo poco a poco. El siglo XVII fue grotesco, y el XVIII estéril, y el XIX se perdió para la cultura y acabó con la pérdida de las colonias, y en lo que va del XX estamos sin resolver ningún problema de política vital para nuestro futuro. El patriotismo es hoy virtud de esperanza y de trabajo. El que no trabaja, el que no sueña, el que no cumpla con todo su deber, íntegramente y absolutamente, no es un buen español. España, idea y sentimiento a la vez, ha de brotar de nuestro cerebro cansado y de nuestro corazón dolorido...

Cumplamos con todo nuestro deber, honrando a España, con nuestro trabajo modesto, lento, callado, cotidiano, trabajo de sacrificio y de silencio. Tú, escritor, escribe; tú, labrador, labra; tú, ingeniero, construye bien; tú, arquitecto, no pierdas la fisonomía de los monumentos de tu pueblo y de tu raza. A España, como a la mujer digna, no se la compra ni se la hereda; se la conquista. España ha de ser el botín legítimo de nuestra guerra justa con el ambiente. España y tú, y yo, y el otro, y el de más allá; la suma de nuestros esfuerzos y el producto de nuestras idealidades de hoy. España será lo que nosotros hagamos que sea.

¿No tiemblas, español, por tu responsabilidad? ¿No te duele España como un puñal afilado que llevas dentro del corazón y del cerebro a la vez?

Por esa España niña, que está naciendo ahora, por esa España ideal y futura, por esa España de Cervantes y de Goya, y de Garcilaso, y de Graciano, y de Teresa de Jesús, y de Agustina de Aragón; por esa España vuestra y mía, queridos hermanos de Aragón, yo bebo, a la vera del sepulcro de Costa, esta noche, mi vaso de buen vino. Y brindando por España, yo brindo también por Huesca, que llevo bien pegada al corazón, y que añoro a todas horas, en este Madrid, soñando por volver a soñar y a esperar a nuestro lado.»

Y dichas estas palabras, que no pude pronunciar, hubiera contemplado los bustos de Costa, y de Mallada, y de García López, para cobrar fe y esperanza en la España que anhelo para vosotros y para mí.

El Diario de Huesca (02-06-1926)

[333] "Una nube" en *Campesinas* de Gabriel y Galán.

La decadencia de D. Ramiro

Yo te digo, lector, por si no lo sabes, que "Don Quijote de la Mancha" es un libro de decadencia. La frase no es mía ¡Dios me valga!; la frase es de... D. Ramiro de Maeztu. ¿Lo dudas, lector? Lee la revista "Alma Española" de 15 de diciembre de 1903. Allí don Ramiro llama ya a "Don Quijote" "el libro de los viejos". En otro artículo, "El libro de los viejos" –véase la "Correspondencia de España" de 1901–, encuentra su autor –las frases todas son también suyas y muy suyas–: " l), el método de crítica, que es el que Nietzsche aconseja: "Ver el arte por la óptica de la vida; 2), la condenación del "Quijote" como libro de lectura para los niños, por ser obra de decadencia, de desilusión; 3), la prueba biográfica de este aserto, por la historia de Cervantes y de su estado de ánimo al componer su obra maestra; 4), la prueba histórica general, por el estado de ánimo de España, después de tantas guerras, hacia el año 1600". Y subraya el propio autor de las líneas entrecomilladas y el padre de la frase de la decadencia: "Esta fue la primera vez en la Historia en que se vio el "Quijote" como "la obra de la decadencia española." Todas estas frases puede verlas el lector en el artículo que publicó el Sr. Maeztu en "El Sol" del 27 de mayo actual con el título de "La decadencia y el Quijote".

Pero el desarrollo de este tema de la decadencia del "Quijote", de la exclusiva del Sr. Maeztu, ha tenido su evolución natural. En el diario "España" de 1904 Maeztu publica la parte "esencial" del paralelo entre Don Quijote y Hamlet. El 1 de enero de 1905, con la entrada de año, "La Prensa", de Buenos Aires, estampa un trabajo de Maeztu "de siete apretadas columnas", ¡pobres lectores!, "España y El Quijote". Sintéticamente ese artículo es nada menos que "la apoteosis de nuestra decadencia", y el mismo tema torna a desarrollar Maeztu, descubridor del misticismo de la madre Celestina y de los amores candorosos de Calixto y Melibea en el Polyglot Club de Londres, en conferencia presidida por el comandante Martin Hume en la Universidad de Londres en 1918, y a partir del año 1919, en conferencias, en artículos y en libros.

Esta idea central maeztuana, completamente objetiva y serena, cuyo valor y cuya novedad veremos ahora, ha provocado, según Maeztu, la oposición más estruendosa. ¿No te has enterado tú del estruendo, lector? Cuando Maeztu la emitió por primera vez en el Ateneo en 1900, "se armó una gritería".

"¡Ah! Es que –apunta Maeztu curándose en su salud–, es que… "estoy seguro"… de que no se hubiera suscitado tamaño escándalo cuando se dijo que el "Quijote" era el libro de nuestra decadencia, si la idea hubiese sido entonces conocida". ¡Ah, vamos! Pero el caso es que no lo era. Hablar de esas pruebas biográficas y de esas pruebas históricas generales, es, Sr. Maeztu, hablar… por hablar… Hay momentos de franco optimismo en el autor cuando escribe su libro; los hay antes de 1600 en el espíritu público nacional. Eso lo sabe también cualquiera. La tesis de Maeztu tal como él la formula es, sencillamente, vacua. De ninguna obra estética, precisamente porque es estética, puede desprenderse tesis filosófica alguna. Cervantes no se propuso probar nada, sino deleitar a todos, precisamente al revés de lo que imagina hacer con sus escritos D. Ramiro. Cervantes no era pedante: era vulgo, era pueblo. Ni Felipe III ni Felipe IV –ahí está ese curiosísimo libro de Croce tratando esa cuestión concreta– pierden un ápice de su prestigio en España. Hasta Carlos II, tal vez, no advierte España que decae. Y en otro respecto que no es estético, ¿hasta qué punto puede generalizarse diciendo que es un libro de abatimiento el "Quijote"? Lo que ocurre es que los lectores proyectamos siempre las luces o las sombras de nuestro espíritu sobre los libros que leemos. No se olvide que cuando cobra su cordura el caballero enloquece Sancho, y que es Sancho el que cree a pies juntillas, cuando muere D. Alonso, en los libros de caballerías. Todas esas apretadas columnas de Maeztu son, a secas, pintorescas divagaciones sin ningún valor. No cabe más crítica en torno al "Quijote" que crear una nueva obra de belleza en torno a él. Todo lo demás es perder el tiempo.

¿Decadente el "Quijote"? Como frase sin contenido, no está mal. En el "Quijote" o en otro gran libro cualquiera encontramos un eco de nuestras amarguras los hombres; pero a mí, de niño, en el colegio, me prolongaron la niñez aquellas escenas maravillosas de lances de amor en la venta de Juan Palomeque; Dorotea, Luscinda, Lela Marién, Don Fernando, Cardenio, el cautivo, Clarita, Don Luis, el oidor. ¿A qué viene la condenación dogmática del "Quijote" como libro para niños? Con una obra de arte, como no se prueba nada, puede intentarse probarlo todo. Lo que no puede hacerse –y ya termino– es divertirse con los analfabetos y con los simples, tratando de demostrar que Cervantes era un pobre hombre –"deshonrado" le llama Maeztu, que ha oído campanadas y no sabe dónde, en el proceso de Ezpeleta– y que somos nosotros los

geniales cuando disecamos con nuestra lógica y atronamos con nuestra voz de bajos profundos a los pobres hombres.

El Liberal (03-06-1926)

Goya y fray Luis

Al mismo tiempo que Aragón se dispone a celebrar el centenario de don Francisco de Goya y Lucientes, se dispone Castilla –y en su nombre la Universidad de Salamanca– a conmemorar el tercer centenario de la muerte del alto y nobilísimo prosista de "Los Nombres de Cristo" y de "La perfecta casada". Por las trazas, y a lo que se anuncia, los claustrales salmantinos, de acuerdo con los reverendos hijos de San Agustín piensan, como se dice vulgarmente, tirar la casa por la ventana. Premios de varios miles de pesetas, certámenes públicos, cabalgatas históricas, mascarones más o menos universitarias, hasta sendos mensajes a las juventudes hispanoamericanas, constituyen el programa oficial de festejos, que ya se está lanzando a los cuatro vientos acaso con demasiada ligereza. Asoman excesivamente la oreja los sesudos y graves componedores del certamen –catedráticos de la hornada de Burell, auxiliaretes muy dignos y muy neos, diputadillos provinciales y glorias más o menos de la localidad–, para que no nos atrevamos a descubrir, desde luego, y si Dios no lo remedia, que lo remediará, el resultado probable de esta mojiganga pseudoliteraria. Al final de cuentas veremos como cosa natural, de autor laureado, por ejemplo, al buen padre Getino[334], que como premio a sus injurias a Fray Luis de León recibió el cargo de cronista oficial de la provincia de Salamanca, o a cualquiera indigesto ensayista teológico, recibir los honores oficiales con las pesetas correspondientes en ese concurso semiuniversitario, semifrailuno, que se prepara muy a la sordina, a pesar de su aparente y cacareada publicidad.

Porque todo es tendencioso en ese certamen, al que se pretende dar el aire de nacional. Y todo lo que no sea interpretar, a través de la sensibilidad moderna, el temperamento lírico del inquieto y dulcísimo agustino, es perder lamentablemente el tiempo. De significar algo Fray Luis, significa precisamente la reacción del humanismo contra la teología del Renacimiento, contra la ortodoxia cerril de su tiempo y de su escuela, de la inquietud contra la disciplina, de la poesía, para decirlo pronto y bien, contra la lógica. A Fray Luis le persiguen los oficiales de la Inquisición y los doctoruelos Martínez de Cantalapiedra, menos por heterodoxo que por poeta. Sabe demasiado, siente sobre todo demasiado, y por eso se desconfía de él. Es impopular dentro del claustro por la misma razón que son impopulares, siglos después, Unamuno y Dorado Montero. Se sospecha que, a la larga, se burle de sus colegas. Se teme demasiado que los estudiantes que profesan en sus aulas y oyen sus lecciones den cuenta de que pierden el tiempo fabricando andamios intelectuales que deshará, elegantemente, de un soplo, ante la traducción exacta de un texto hebreo, el glorioso agustino. Se le echa de su cátedra porque molesta y porque irrita. Tal es la verdad. Y como de hecho la glorificación de Fray Luis significa la mayor censura para la Escuela que no le permitió volver a su cátedra desde las cárceles del Santo Oficio de Valladolid, y que no le paga nunca los dineros que le debe por sus funciones docentes, ya que procurará soslayar lo que hay de trágico en el proceso de nuestro más alto prosista, y se marcará al espectador de buena fe con alegatos incoloros y documentos comineros, para ocultarle que Fray Luis fue, sobre todas las cosas, lo que hoy llamaríamos un artista puro y un liberal puro.

Sobre todo, un liberal puro... Sus opiniones sobre la ley, sobre el castigo, sobre la justicia, son todavía hoy el escándalo de los mojigatos y asustadizos. Tiene de su padre, San Agustín, la plena libertad de espíritu del que mira la verdad cara a cara, por el gusto de mirarla y de regodearse en ella, y de sus amigos, los poetas latinos, la elegancia y la serenidad del hombre que ha vivido mucho y que no se sorprende de cosa alguna. No es enfático nunca. Seguro de su valor, sabe que donde él esté, está también la cabecera. No sabe intrigar, no sabe moverse en las sombras, no pretende nunca abrirse paso entre figurones. En su granja agustina, a la vera del Tormes y a la caída del sol, prefiere el canto de los pájaros a las disputas de los filósofos y un plato de tosca loza de Alba a las mejores vajillas. Como todos los inquietos, ama la soledad, y la paz del campo, y aquel paisaje, hoy ya clásico en nuestra poesía lírica, de la Flecha, con sus tierras paniegas, y el río que se retuerce en semicírculo, y la llanura, cuya monotonía quiebra con los cerros de los

[334] Sánchez Rojas fue propuesto como cronista de Salamanca, pero la diputación eligió al P. Getino con gran disgusto de aquél.

Arapiles primero, y con las nevadas cresterías de la Sierra de Gredos, después. Y todas sus preocupaciones son de hombre, preocupaciones objetivas de problemas que no le afectan personal ni profesionalmente. Y si en la tragedia de Rodrigo con la Cava, y la paz que le sugiere con sus pláticas sabrosas doña María Varela de Ossorio, la dama salamanquina, su amiga. Y cuando se ve perseguido, recuerda el arte exquisito de Salinas, o prorrumpe en salutaciones filiales hacia la Virgen María, que le ha abandonado.

En una cosa debieran semejarse los centenarios del pintor aragonés y del prosista castellano: en ser ambas fiestas, fiestas de tolerancia, de comprensión, de respeto a las figuras que, por vivir literalmente de espaldas a su época, saben preparar otros tiempos que les comprendan y acaten sin vacilaciones. En nada cede la independencia del fraile de Belmonte a la del pintor de Fuendetodos. Más que reflejar los siglos en que vivieran, lo que hacen los dos colosos, el aragonés y el castellano, es interponer, refractar su propia personalidad en ellos, para darnos una sensación de alivio y de reposo. Gentes de la talla moral de Carlos IV, de María Luisa, del Deseado, de Montijo, de Chamorro, han de producir, por reacción, un Goya, como los cancerberos del Santo Oficio, y la ferocidad dominicana y la pedantería académica, han de dar a Fray Luis como tipo de excepción. Más que ante un estilo o ante un pincel, nos encontramos en presencia de dos hombres. Mil seiscientos veintiocho y mil ochocientos veintiocho tienen más de un punto de contacto que nos sería muy grato analizar si dispusiéramos de más espacio para estas breves notas.

Pero mientras los aragoneses, con un fino instinto de la realidad, dan a su centenario el valor de un culto y la fuerza de una bandera, los castellanos –ciertos castellanos– pretenden dar al suyo, el carácter de una mojiganga a puerta cerrada que sirva solamente de regodeo a unos cuantos. ¡Grave error! Todo lo que no sea resucitar, revivir, reactualizar la figura de Fray Luis equivale a perder el tiempo y a ignorar que las grandes figuras son de todos y pertenecen a todos.

Céltiga (25-04-1928)
El Pueblo (15-02-1928)
El Luchador (10-02-1928)
El Pueblo Gallego (11-02-1928)
La Voz de Guipúzcoa (11-02-1928)

Pucherazos

Del adversario, el consejo leal. Si yo fuera Presidente del Gobierno y dirigiera las riendas de este país como el señor general Primo de Rivera, suprimiría de raíz los concursos de belleza. Estos concursos son siempre en puridad, elecciones amañadas y clandestinas. Pero, siempre. En el de Hijos de Madrid, recientemente celebrado en la villa del Oso y del madroño –más del primero que del segundo– las señoritas candidatas han hablado claramente de pucherazos, lo mismo que si se tratase de comicios concejalescos en Vitigudino. En las elecciones de "ABC", hechas en Febrero para nombrar, con destino a París, la mujer más bonita de España, una morena verdaderamente encantadora, la señorita Perucho, corista del Teatro Martín, –cuarto núm. 374, 2. piso izquierda– retó varonilmente a la señorita Pepita Samper para que un Jurado examinase concienzudamente la dentadura de las dos ilustres enemigas y la conformación de espaldas de la madrileña y de la valenciana. Siempre que se trata de mujeres, ocurre lo mismo. Mi experiencia de jurado en esta suerte de concursos, me obliga a hablar así, para denunciar estos excesos ante la opinión pública y contribuir a la obra de saneamiento a que nos invita constantemente el Poder Público,

Las mismas elecciones de la verbena de la Paloma, en el Barrio de la Latina, en Madrid, se vienen falseando bastante. Nos recomiendan una chica determinada el concejal del distrito, el compañero en andanzas electorales, y, lo que es más grave todavía, el maestro sastre y el maestro casero. No hay modo de resistirse a tanta tentación. El año pasado yo me vi obligado a formular nada menos que voto particular para conservar ileso, el físico. Mis compañeros votaron a una chica ya entradita en años, que estaba bastante interesante. El público se dio cuenta de la maniobra, y prorrumpió en protestas. La pobre chica tuvo que abdicar inmediatamente en una princesa no tan adelantada. Al jurado se le dio una silba de padre y muy señor mío. Gracias a mi voto particular, yo no tuve ningún percance serio que sufrir. El Presidente, Romero de Torres, que es un gitano, me dejó solo en las astas del toro, se quedó en su estudio, y cuando por la noche, en la tertulia, le contaba yo lo acaecido, el Maestro se burlaba de mi donosamente. El año anterior también tuvimos que intervenir en una reyerta bastante seria entre una Reina y una Princesa, que

olvidándose del protocolo, se tiraban del moño lindamente, como unas rabaneras. Y la primera elección –modelo de elecciones en su género– tuvo de contera un duelo entre Marianito Benlliure y un bizarro ingeniero agrónomo, que acabó con unos callos bien puestos en casa de Juan, y con un idilio más en el catálogo de las víctimas del simpático retoño del gran escultor valenciano.

Hasta en nuestras elecciones de la verbena de hace quince días, comenzamos a advertir las maniobras de la prensa madrileña. En el "Mundo Gráfico", llegado hoy a Salamanca, nos enteramos que el premio ha sido para una rubia, la linda señorita Pilar Paniagua, y el premio de mantones para nuestra preciosa soberana, Andrea Núñez Rivas. Doy la voz de alarma a mi amigo Pepe Campúa para que no deje sorprender su buena fe con estos bulos que dejan en mal lugar la seriedad de nuestra querida Asociación de la Prensa. A lo mejor, algún pretendiente de la misma Pilarita, para hacer méritos, ha originado estos pequeños "quid pro quo..." Si yo fuera Poder, acabaría con estos chanchullos, que prueban lo arraigada que está la mala hierba en nuestras costumbres públicas. Estas mujeres nos harán siempre andar de cabeza a los hijos de Adán.

El Adelanto (29-07-1929)

Crisis de inteligencia

Desde Madrid a Valencia de Alcántara. Y un telegrama, y a Madrid de nuevo. Tierras de Illescas, de Torrijos y de Talavera, castillo de Oropesa, encinares y canchales de Extremadura. Sol de fuego. Y los latifundios de Mirabel y de Garrovillas. Y una charla breve, pero substanciosa, con el amigo Julio Senador. Otra vez, el tren. Me deleita el ruido de los trenes; tiene su ritmo; la cabeza descansa y el corazón sueña. ¡Taf, taf!...

El Occidente de España ahora y hace días, el Oriente. Dos mundos, dos pueblos, dos mares, dos hermanos siameses unidos, sí, pero vueltos de espaldas. Plasencia, Sitges... Hernán Cortés, Ausias March... Marcelo Rivas Mateos, Francisco Cambó... Latifundios, masías junto al mar... Gabriel y Galán, Verdaguer... Señoritos de timba, señoritos que madrugan y ganan su pan en el escritorio... Terratenientes egoístas, industriales audaces... Extremadura, Cataluña... Tierra rica aquí y allá, pero el hombre ¡qué distinto! Y la mujer... La pueblerina extremeña –hay también señoras, muy señoras– la pueblerina asocia su dote al título académico del primer holgazán que por aquí acampe... La catalana hila más delgado; prefiere, naturalmente, el productor al consumidor. Alianzas de zánganos con abejas no son corrientes en Cataluña... Oriente, Occidente... Dos mundos, dos Españas... ¡Taf, taf!...

Fumo. Me tumbo. Contemplo el techo del vagón. Nadie me rompe la meditación. Voy solo. El expreso rueda al amanecer por el deleitoso valle del Sagre. Cúpula de la Magistral de Talavera. El Padre Tajo rodando hacia Portugal. En Toledo llora la lujuria del rey godo y en Lisboa oye con agrado los estampidos que apuntan al Palacio de las Necesidades. ¡Taf, taf!... Pero, ¿qué nos pasa a los españoles? Resumen de tres o cuatro mil kilómetros de tren: padecen una crisis de inteligencia –¡grave mal!– las clases que aquí se llaman a sí mismas inteligentes. El escritor escribe al dictado y con sordina; el editor prefiere un libro cochino a un libro fuerte; el profesor explica lo que puede. Pero todo es caótico y está sin trabar. El político viejo, agazapado en la provincia, prepara su advenimiento transigiendo con todo lo transigible, engañando aldeanos y amparando pollos. La prensa –empresa– mira a ver si puede dar dividendos a los accionistas. Los que piensan han comenzado a vivir tan ricamente sin pensar. Crisis de inteligencia la de España en este momento. No de virilidad, de entendimiento. No "matiza" hogaño la inteligencia española. Se echa en brazos de lo que cree irreparable porque no sabe repararlo. Así sube el cretino, o el majadero puro, o el zulú... Lo que flota, arriba; lo que pesa, abajo... ¡Taf, taf!... Illescas. La patria de la novia de Miguel de Cervantes. La torre del Hospital. El calabozo de Francisco I, el vencido de Pavía. Tierras toledanas; trigales y viñas. El contorno madrileño. Villaverde. Las Delicias. El taxis [sic]. La casita que nos espera. Un montón de cartas. ¡Se come! Llevamos dentro de la cabeza el ruido del tren. ¡Taf, taf!... Sí, sí; crisis de inteligencia. Que vale tanto como crisis de liberalismo y ausencia de ciudadanía.

El Adelanto (01-09-1929)

A las puertas de la Academia

Dentro de unos días –según se anuncia– se proveerá en la Real Academia Española la vacante producida por la muerte de *Andrenio.* Descartado Valle Inclán, que no encontraría padrino de cuenta, fuera de Pérez de Ayala, el juego anda entre un naturalista insigne, el señor Bolívar, y un buen aficionado a las letras, el señor Martínez Kleiser. Es difícil aventurar el triunfo. Casi nunca se tiene en cuenta el valor intrínseco del candidato, sino la posición social. La del señor Martínez Kleiser es excelente, a lo que cuentan, y amigos tiene en la Academia del fuste de don Armando Palacio Valdés. Al señor Bolívar, que como buen sabio vive apartado de toda suerte de baraúndas, se le da una higa, a lo que parece, de esta clase de torneos, porque, aunque resulte derrotado, sabe que, a la larga, será siempre el vencedor.

Yo no me explico que se dé estado periodístico a estas luchas académicas y que apadrinen estas o las otras candidaturas escritores que se llaman independientes y libres de prejuicios y de preocupaciones de toda laya. Es indiferente, en el fondo, para la marcha de las letras, que sea Fulano o Zutano el elegido. Los hombres insignes que están en la Academia están en ella por pura casualidad. Casos como el de *Azorín,* que estuvo dando aldabonazos no sé cuántos años a la puerta de la Academia, son verdaderamente lamentables. A la gloria de *Azorín* no le añade cosa alguna el hecho de ser académico. En realidad, tenemos que perdonarle estas pequeñas debilidades si queremos juzgarle con absoluta ecuanimidad. Ahí están Baroja, Valle Inclán, Unamuno, Dionisio Pérez, Ortega y Gasset y otros, que no necesitan para nada el sufragio de los inmortales. La Academia Española se va trocando, en los tiempos que corren, en una especie de Academia de baile o en una pintoresca sociedad masónica. Lo del acopio y caza de vocablos es un recurso inocente para justificar la percepción de unas dietas, pero nada tiene que ver con la marcha y con la evolución de la Lengua. La Lengua la forma el pueblo, pero no las Academias, del mismo modo que las leyes fisiológicas no las sancionan los sabios, sino que brotan de la misma naturaleza humana. Claro está que si la misión del cliente de la casa de Felipe IV es la de del acopio de vocablos, mayor patrimonio de ellos tiene, a buen seguro, un botánico de la altura del señor Bolívar, que un discreto –nada más y nada menos que discreto– aficionado a las letras, como el cantor de las glorias de Cuenca y su región. Pero si ese razonamiento bastara y sobrara para ocupar un sillón en la Corporación de que es Secretario perpetuo el señor Cotarelo, yo votaría por un labriego de mi Castilla, que habla con el decoro y con la precisión de un clásico de las cosas de la tierra, y del cielo, y de los cambios y mudanzas de éste, o por una buena campesina de cualquiera región de nuestra España, que conoce el vocabulario tradicional de las andanzas y famas de la casa que es todo un mundo, y hasta si me apuráis, por un pícaro, algarín o culote de profesión, que sabe analizar mejor que nadie sus piruetas y travesuras para apechugar con la vida como el diablo le da a entender.

Hay una Lengua hablada, la formada por los giros, modismos y expresiones populares, que es la permanente y eterna, y otra, la escrita, que tiene la frialdad de todo lo académico y lo artificioso y que anda siempre agonizante, a la zaga de la otra. Aprisionar la primera en fórmulas, es lo mismo que guardar agua corriente en cestillo, o que poner barreras al campo. Basta para respetarla y conservarla con tener oído y con poseer una dosis razonable de buen gusto. La Lengua escrita, por el contrario, da lo mismo que siga estos o los otros derroteros, porque no tiene viabilidad más que en ciertos grupitos que no tienen maldita la autoridad para imponer estos o los otros cánones. La Academia suprema es siempre el pueblo, el buen pueblo, atento siempre a expresar sus sensaciones con la mayor elegancia y con la más sobria economía.

Por eso no es cosa de incomodarse demasiado por el resultado de la votación. Da lo mismo que la vacante de *Andrenio* sea ocupada por un señor o por otro. Lo lamentable es que no se cubra el hueco que ha dejado *Andrenio* en las letras españolas.

Mundo Gráfico (22-01-1930)
El Adelanto (16-01-1930)

Los políticos y el momento actual[335]

Dada la transformación que se está operando en la política española, ¿cree usted que la formación e ideología de los nuevos partidos políticos debe preceder a la convocatoria de unas Cortes constituyentes o salir de estas una vez conocida la voluntad nacional?

¿Cortes constituyentes? ¡Quién lo duda! No pueden tener otro carácter las futuras Cortes españolas. Para los situados en las dos aceras, es la única solución. Se ha roto, indudablemente, el pacto constitucional, y la parte burlada está en el caso de exigir nuevas garantías sólidas o de romperlo ella a su vez cuando lo estime conveniente. Dígase lo que se quiera, este es el último incidente históricamente posible de la lucha que, desde la primera Constitución de 1812, han venido sosteniendo en España los dos Poderes.

Yo creo que ya no caben componendas para ir ganando tiempo; pero si caben, solamente unas Cortes pueden decirlo, unas Cortes constituyentes.

De otro modo, el recelo será mayor cada día, y tornaremos al absolutismo o caeremos en la anarquía.

Cualquiera de los dos peligros, o los dos a la vez, están llamando a nuestras puertas si a tiempo no las cerramos con las llaves de la lealtad y del buen sentido.

El Cantábrico (28-02-1930)

En memoria de un gran pintor[336]

Señoras y señores: En estos momentos bien puedo representar a los que fuimos amigos íntimos y compañeros inseparables del glorioso pintor, cuyo recuerdo nos congrega hoy. Así, mi posición no es crítica, ni apologética, ni tampoco de espectador contemplativo. Mis palabras mejores serán las que no broten jamás de mis labios. Es una plegaria la mía de silencio y de dolor. Cuando murió Julio, sollocé y lloré como un niño; con lágrimas pagué el tributo de veinte años de camaradería diaria. Escribí después, porque de la pluma vivo y con la pluma expreso habitualmente mi sentir, pero aquellas líneas no supieron decir mi tristeza, y menos, el vacío que ha dejado en mi espíritu aquel varón ejemplar, caballeroso y bueno, hombre de solera como este pueblo suyo que guarda la huella de tres civilizaciones, y que él amó con ternura de novio y con la serenidad tranquila del hijo que prefiere a todos el calor de su propio hogar.

Señores: Mi puesto aquí está hoy, junto a los familiares de Julio; es dulce cosa saber que los que amamos reciben algún día la corona de roble y de laurel en su frente luminosa y pura, pero sin esa corona les amaríamos lo mismo. Yo me preguntaba, en los momentos más cercanos a la muerte de Romero de Torres, si la admiración al artista pudo aumentar algún día en mi corazón el afecto al amigo. Y me dije valientemente que no. Julio tenía un valor humano, con independencia de su arte y de su gloria. Era un hombre hecho y derecho. Poco conocido, que Romero se refugiaba demasiado en la anécdota para que nadie catase la esencia de su categoría. Era receloso, y tímido, y precavido, y prudente, y delicado, y pudibundo e infantil, y juicioso, y harto ecuánime nuestro pintor. Era estoico, era cordobés Julio Romero de Torres. Con su alma en su almario, pocas veces dejaba penetrar al curioso en el santuario de su intimidad. Pero yo penetré más de una vez, y quedé cegado de la luz de aquel corazón, y de su sencilla llaneza, y de su altivez aristocrática al mismo tiempo. Julio era todo un gran señor. Cuanto más lo disimulaba, mejor descubría la alteza de su estirpe.

Venís hoy a rendir este homenaje a su memoria un ministro de la República y el varón ejemplar, el "vir bonus" que asumirá probablemente, dentro de unas semanas, la primera magistratura de ella. Cuando el 14 de Abril, en el pueblecito castellano donde me tenía recluido una dolencia pertinaz, ponía yo con mis amigos en el balcón del Concejo la nueva enseña de mi Patria libre, pensé, al recordar mis muertos, en Julio Romero de Torres. Recordaba a mí tatarabuelo, doceañista, muriendo en presidio por no transigir con la vileza del Rey abyecto, en mi tío abuelo, Julián Sánchez Ruano, secretario de las Cortes Constituyentes de 1869, republicano unitario y hombre

[335] Respuesta de Sánchez Rojas a la pregunta que se le formula desde este diario santanderino.

[336] Discurso pronunciado por José Sánchez Rojas el 23 de noviembre de 1931 en el acto inaugural del museo *Romero de Torres* en Córdoba.

de cáustica y agresiva dicción. Pensaba en este hermano mayor, en Julio, que en el cementerio de San Rafael, tengo para mí que se esponjaban de puro gusto sus cenizas el día glorioso del advenimiento del pueblo a sus propias gobernación y autoridad. La República nace con su pintor muerto. Le debe esta, no una reparación, sino una conducta de lealtad y de valorización de su gran obra desparramada, señores Alcalá Zamora y Domingo[337]. Cumplid vosotros con vuestro deber. Yo cumplo con el mío evocándole aquí, con la cabeza descubierta y el corazón trémulo, pidiendo que los nardos más olorosos y las rosas más frescas perfumen para siempre la cuna y el hogar y la tumba del hijo bien nacido y del esposo melancólico y austero de Córdoba la Sultana. ¡Bendita sea la memoria de nuestro Julio, amigos y señores! He dicho.

El Adelanto (24-11-1931)
Diario de Córdoba[338] (24-11-1931)

[337] Ambos estuvieron presentes en la inauguración. Marcelino Domingo era entonces ministro de instrucción pública y Alcalá Zamora ex presidente del Consejo de Ministros de la República.

[338] Se publicó bajo el epígrafe «Unas cuartillas de don José Sánchez Rojas» incluido en un extenso artículo dedicado a la inauguración en Córdoba del museo Julio Romero de Torres.

CARTAS PERIODÍSTICAS

Los sucesos de Salamanca

Sr. Director de El Adelanto.

Muy señor mío: Acabo de leer en el periódico que usted acertadamente dirige, un artículo, sin firma, titulado *Por si acaso*[339], que me obliga a escribir esta carta para depurar los hechos del 2 de Abril[340], de los que tuve el horrible disgusto de ser testigo presencial. Y ruego la publique, porque mis noticias, pueden servir y dar alguna luz.

Estoy sediento de justicia, no, de venganza.

Y después de la horrible excitación nerviosa que he tenido hasta el sábado, y después de haber estado afónico porque no me canso de maldecir a los violadores de mi sagrada *Alma Mater*, creo que es llegado el caso de coordinar las ideas y de relatar los hechos.

Fui comisionado en la primera visita que los estudiantes hicimos a... Velasco. Acompañaba a los señores Peñuela, San Segundo, Martín Lázaro y González Cobos. Le saludamos haciendo esa ceremonia de doblar el espinazo, que está al uso entre la gente oficialesca. No contestó al saludo. Le expusimos el objeto de la visita y nos replicó aquel tirano infame, con el gesto que pudiera hacerlo cualquiera de esos que usan las navajas que en su provincia se estilan, en estos términos: «*No tengo que darles cuentas de nada. Ustedes no son más papistas que el papa*».

Como alguno de nosotros, me parece que el señor González Cobos le replicase en muy buenas formas, que podría suponerse el espíritu de clase que entre nosotros existe y la protesta que formularíamos por los medios legales, volvió a replicar: «*Que con nosotros no ventilaba nada. Que subiera el atropellado señor Laita.*»

Subió Laita y subimos nosotros. Ni nos mandó sentar ni cruzó ninguna palabra cariñosa. Entonces ese desdichado Velasco la cogió con el atropellado en tales formas, que tuvimos que despedirnos violentamente.

Visitamos al señor Unamuno acto seguido, y le pedimos la clase de Fray Luis de León (cuya alma estará protestando ahora ante el trono del Altísimo), para formular una solemne protesta. Se interesó vivamente y nos concedió la clase. Nos hablaba como un padre a sus hijos.

Cuando al día siguiente le vi cruzar impávido entre las balas, pensé que era enorme la diferencia entre una autoridad académica y una autoridad gubernativa.

El jueves puedo jurar que no vi una pedrada ni un tiro dentro de la Universidad.

Anduve en la refriega con un arma, digo mal, con dos, un pito y el Derecho político del señor Gil Robles, mi querido maestro.

Todos los estudiantes teníamos armas semejantes.

Diga usted a Villalobos, señor Director, que no pude asistir al entierro por las causas que más arriba le indico. Y que firmé un telegrama que recibiría el sábado, donde le detallaba ciertos

[339] Publicado en *El Adelanto* el 6 de abril de 1903 poniéndose al lado de los estudiantes.

[340] El día 2 de abril, tras una protesta estudiantil, la Guardia Civil, con órdenes concretas del Gobernador Joaquín Velasco, cargó y disparó contra los estudiantes, falleciendo en el acto Federico García Gómez, estudiante de derecho, e Hipólito Vicente García, de medicina. El desencadenante de las protestas estudiantiles fueron los malos tratos recibidos por el estudiante Laita que fue agredido por un individuo que portaba una navaja ilegal y que el inspector de policía Serapio Benito no había querido tomar como prueba. Sabido en la Universidad los estudiantes protestaron frente a la gobernación y mandaron comisiones que fueron recibidas como cuenta el autor en su artículo.

acuerdos que tomamos los estudiantes de la Villa[341]. No supimos la llegada de Velasco hasta el día siguiente. Sino [sic], le hubiéramos ofrecido cama y abrigo galantemente.

Esto es lo que aconteció *con las dos primeras comisiones*. De la tercera tengo noticias *que no se la recibió siquiera*. Yo no formé parte de ella.

Y como entiendo que el único, que el exclusivo origen del motín del miércoles y de los asesinatos del jueves, ha sido la descortesía y destemplanza del Gobernador destituido, no me parecen pruebas inútiles los hechos que en estas líneas consigno.

Y con esta ocasión, me reitero de usted affmo. S. S. q. s. m. b.[342]

Alba de Tormes, 7 de Abril de 1903

El Adelanto (08-04-1903)

La peor obra de Dios

Por Isidoro Lagunilla

Una carta

Señor Isidoro Lagunilla.
Salamanca

Mi querido amigo y compañero: Recibí su libro con una expresiva dedicatoria que vivamente le agradezco. No recordaba yo, de modo alguno, ni el nombre ni el apellido del autor que tan hermoso y discreto libro me enviara, pero luego que lo leí, reconocí enseguida el espíritu del amigo cariñoso, y más tarde, el cuerpo en que aquel espíritu se encerraba, revestido con los atavíos de un pseudónimo, recurso fácil y hoy muy en boga, que a mí me hubiera engañado seguramente, si el estro de usted tan rico y aun tan original, en medio de la imitación campoamoriana que usted cultiva con verdadero éxito, no lo denunciase.

He de darle mi opinión sincera. De sobra sé yo, señor Lagunilla, que no tengo títulos para ello. Soy un pobre diablo metido en la literatura y dispuesto a destrozar todo lo que buenamente pueda. Soy el último del oficio.

Pero tengo para literato fina cualidad extraordinaria (y note usted con qué facilidad me ensalzo y me elogio). Soy brutalmente franco o francamente brutal, como usted prefiera, que no reconozco ni linderos ni fronteras en los sahumerios y en las diatribas. Además, como

también la gente que escribe
tiene su corazoncito,

soy yo extremadamente apasionado. Dejo guiar a mi cabeza de mi corazón y nunca atiende este las indicaciones que aquella le sugiere. Lo que pasa es que yo lo hago instintivamente, sin dar al acto psíquico alcance intencional de ningún género. En usted, en cambio, esto procede de reflexión madura y de hondo análisis. Me ha parecido usted un pensador como pocos.

Vayamos por partes. De las dos en que *La peor obra de Dios* se divide, me entusiasman y me deleitan más los *Poemas del alma* (y entre ellos el intitulado *Ideal*), que los esbozos, apuntes o esquemas novelescos del amor del señor Zarazoso y de la señorita Aurora. El sesgo que da usted al argumento, con retratar de magistral modo los ideales de un joven de talento, ideales que necesariamente son los de usted, que ha creado al protagonista de marras, no me llenan ni me parecen realmente humanos, con ser de un purísimo idealismo. Cuando el amor, y suele ser este el tema obligado de todos los libros de entretenimiento, es tratado por los jóvenes, pecan estos, aunque muy pocos lleguen a usted en la observación, perspicacia e ingenio de verdadero *literatismo*. Tienen amor de papel, furor de odas y verdaderos momentos de exasperación lírica. Yo mismo, con juzgar una tonta de capirote y una coqueta *sui generis* a la señorita Aurora, no prodigaría alabanzas al señor de Zarazoso. Fue víctima de la teoría muerta de librotes viejos. Yo, en el caso del protagonista, hubiera mandado a paseo a todos, incluso al grandioso Campoamor,

[341] El rector don Miguel de Unamuno el día 3 tras los sucesos proclamó las vacaciones de Semana Santa para los estudiantes. Por esta razón los estudiantes albenses se encontraban en la villa.

[342] *Afectísimo, su servidor que su mano besa*. Antigua fórmula de cortesía.

no me hubiera hecho caso de regeneraciones, hubiérame hecho *hombre* de ocras[343], libre y sin trabas, y ¡qué diablos! acaso, acaso, hubiera terminado en un idilio de paz y de ventura lo que fue producto de elucubraciones cerebrales sin jugo alguno.

Los apuntes están muy bien escritos. El estilo preñado de concisión me enamora y me subyuga de veras el ambiento poético, que en los apuntes se respira.

Yo le doy mi enhorabuena. Aunque yo no esté conforme con usted en la resolución del cuento, no se deduce que yo haya de censurarlo. A veces, noto el influjo sano de Campoamor, pero de eso le felicito yo. Porque de censurarle, enseguida vendría la trompeta del reporterismo lleno de vaciedad, que encuentra semejanzas entre un cuento mío, *Consejos a las mujeres*[344], y no sé qué dolora del maestro, cuando el cuento era (y a usted se lo digo en secreto) un estado subjetivo de mi alma; solo mío.

Al hablarle de *El Ideal*, conviene hacer un distingo que a mí me importa señalar desde luego. Hablo del zarandeado *anarquismo*, que es a la sociedad lo que escepticismo a las ideas religiosas. Yo, discurriendo poéticamente, seré anarquista, pero mi anarquismo será momentáneo, tendrá un origen subjetivo y no se apoyará en tesis *a priori* formuladas. Yo entiendo que si es de este género el de usted, merece aplauso. Pero si de reflexión procede, y en las elucubraciones de Hamon, Grave, Kropotkine, etc., se funda, entonces la cosa cabe discutirse.

Los demás cantos son bellísimos y prueban, que si con el ritmo sonoro de las sílabas, es usted un músico, también en la grave prosa castellana tiene usted harmonía [sic] íntima, que del alma nace y que jamás se borra.

Y aquí paz y después gloria.

Perdóneme mi relativo retraso en escribirle, pues tengo sobra de ocupaciones, y sabe cuán de veras le aprecia su amigo y compañero q. b. s. m.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS
23 de Junio de 1903

Noticiero Salmantino (23-06-1903)

Carta abierta

Srta. Ángela Barco:

Palacios Rubios.

Mi distinguida amiga: en esta su casa de GENTE JOVEN andan los chicos alborotados y dando gritos, brincando de puro contentos, por aquellos piropos que V. les enderezaba en *El Castellano*. Se creen mis compañeros de redacción, unos pequeños Unamunos; elogian, como es natural, esas blanquísimas manos de V. que se han entretenido, no en hacer bordados, como las señoritas vulgares, sino en componer excelentes artículos literarios y están dispuestos a que V. confirme sus agüeros, trabajando ellos de firme y emborronando más cuartillas que el Tostado.

Yo sospecho, sin embargo, amiga mía, que otra les queda dentro y que andan resentidos y tristes, sin que se atrevan a decirse, unos a otros, sus respectivos desengaños. Yo les estoy diciendo a todas horas que V. tiene algo de burlona, que V. ha pretendido, con mil rodeos y zalamerías, jugarles una mala pasada, aunque el tiro vaya contra Unamuno, con el cual siempre tiene que andar V. resentida. No pueden comulgar en el mismo credo una cabecita formada en el *boulevard*, y un rudo cerebro vascongado, ni puede tampoco una admiradora de D'Annunzio tomar en serio a estos muchachos que piensan en bruto, y que escriben como piensan, sin rizar, adobar y perfumar las cosas que se les ocurran.

Estoy sospechando que anda V. diciéndose muy bajito, que comienzo a divagar y que yo mismo me hago el tonto, como si V. no la tomase conmigo en el artículo de *El Castellano*, y no me soltase unos latigazos muy cucos, que a no ser de V., ya me hubieran hecho revelar contra el verdugo.

[343] Así en el original, tal vez por *obras*.

[344] El artículo a que se refiere en que se le critica y firmado por P.K. se publicó en *Noticiero salmantino*, 8 de marzo de 1903. *Consejos a las mujeres* de Sánchez Rojas o Sánchez Domingo se leyó en la *Academia de Santo Tomás de Aquino* el día anterior.

Pero esto de los latigazos míos, que supongo que salieron algo más arregladitos a la calle, quédese para otra ocasión y volvamos a lo otro.

Y lo otro es que a mí se me antoja que ha ido V. de equivocación en equivocación, al juzgar a esta *gente joven*, dicho sea con todos los respetos que se deben a una señorita. Nos ha puesto V. una mascarilla tan espesa que no nos hemos conocido. S*irkassir*[345] se ha reído de todo eso de la milicia angélica, y tengo para mí que no va a tolerar esos tufillos cursis de anticlericalismo mujeriego que ha descubierto en usted, Onís agrega que no es desdeñoso con nadie, ni con V. siquiera, a pesar de lo que contra él ha escrito, el pobre Martín González anda bien alejado ahora de todas estas cosas, y yo, finalmente, he sabido por V. que soy un humorista. De esas pretensiones de sabio, que V. me endilga, y de ese afán de adoctrinar y aconsejar a las gentes, que supone que yo tengo, no he de defenderme, aunque V. me ataque con consejos y con sabiduría, y no esté V., a lo que presumo, en la edad de dar aquellos y de lanzar esta en sus artículos.

Hablando en serio, amiga mía; V. ha querido dar a mis compañeros una gallarda muestra de su inteligencia femenina, y eso es muy digno de alabanza. Pero, ha querido también –y hablo por propia cuenta y por la de otro compañero– excitar nuestra juventud, airearnos un poquito de la polilla que ya vamos echando, y yo, amiga mía, no sirvo para bailar un rigodón, ni para decir frases encantadoras. Lo reconozco.

Tengo para mí que V. se ha propuesto, como digo, obligarnos a lucir nuestras habilidades. Hago los posibles para que estos mis amigos la contesten y discutan con V., ¡pero son tan remolones y tan serios!

Si no cojo yo la pluma, hubiera V. quedado sin contestación.

Por mi parte, y sobre el pedestal que V. me ha descubierto, le doy las más rendidas gracias por la favorable campaña que V. ha emprendido para GENTE JOVEN y me declaro s. a. a.

q. s. p. b.
JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS.

Gente Joven (08-04-1905)

Una carta

Sr. Director de EL CASTELLANO

Mi querido amigo: En el número de EL CASTELLANO de hoy, leo un artículo de nuestro común amigo don Luis Romano Cuesta, al cual no tendría que replicar absolutamente nada, si en él no se me aludiese indirectamente, porque, en efecto, yo fui quien rogué al insigne poeta murciano, don Vicente Medina, que concurriese a los Juegos florales celebrados en nuestra ciudad el día 2 de los corrientes.

Y escribí al eximio poeta, porque estaba interesado entonces en el mayor esplendor del festejo literario e ignoraba que en Salamanca existieran, excepción hecha del señor Romano, poetas de enjundia que supieran cantar los más bellos y delicados sentimientos del espíritu.

Por lo demás, no conozco redactor alguno de *Gente Joven* que tuviera la inmensa tontería de ofrecer laureles a quien los tiene ganados en mil ocasiones. Esas cosas no se ofrecen a los hombres que, como el poeta murciano, no tienen necesidad ninguna de cintajos.

Y no sigo, porque el asunto no merece más comentarios.

Rogándole que publique esta carta en las columnas de su periódico, quedo suyo afectísimo s.s. y amigo

José Sánchez Rojas
Salamanca 18 Octubre 1905

El Castellano (19-10-1905)

[345] Seudónimo con el que Fernando Íscar Peyra firmaba alguno de sus artículos periodísticos jugando con las letras de su apellido Íscar.

Una carta abierta

Amigo Pinilla: Considéreme como presente en el banquete del querido maestro señor Unamuno.

Siento no encontrarme al lado de ustedes hoy. Pero soy el más entusiasta, el más incondicional, en todo aquello que se relaciona con las muestras de cariño, de respeto y de admiración a don Miguel. Podré estar con él un día de malhumor, podré ser injusto, le arremeteré de vez en cuando, pero estas arremetidas y aquellos malhumores no son más que celos mal reprimidos de hijo cariñoso que se rebela alguna vez y de discípulo agradecido.

Hay que proclamar muy alto que en esa Salamanca, hay una elevación de sentido moral por Unamuno creada. Aquí donde tenemos tantos hijos adoptivos que no pasan de politiquillos hueros e intrigantes, tenemos que nombrar nosotros, los muchachos –que somos los más y los mejores– padre de todos al ilustre Rector, de sostenerle con nuestro amor en sus soledades y hasta con nuestras inconveniencias cuando se descarría.

Dele usted un abrazo muy fuerte y muy cordial.

Le quiere su amigo,

José Sánchez Rojas

El Castellano (08-03-1909)

El banquete de esta noche

Señores don Federico de Onís y don Eugenio Cuello Calón.

Mis queridos amigos: Naturalmente, no puedo menos de asociarme al homenaje que se os prepara para esta noche. Aparte de la natural satisfacción que vuestros triunfos personales me produce, pienso en Salamanca, en esta Salamanca que os ha nutrido el cerebro, el corazón; en esta Salamanca, madre nuestra, que tú, Federico, cantabas en aquellas veladas estudiantiles cuando presentías la dicha que ahora te circunda; en esta Salamanca, querido Eugenio, de que tú me hablabas, desde aquella Bolonia de los pórticos y de las torres, añorándola con ansia, pensando en sus crepúsculos y en sus piedras de oro.

¡Salud, amigos! Llevad a Oviedo, a Barcelona, nuestro espíritu romántico, nuestro empuje mozo, nuestro atrevimiento virgen. Decid que sois de Salamanca, que en Salamanca se incubaron vuestras ideas y vuestros amores, que de Salamanca, de sus maestros, de sus escolares, saldrá el grito que nos salve y nos redima.

Eugenio: sé en todo discípulo de Dorado. Dale un abrazo muy fuerte esta noche, que también el triunfo es suyo. Lleva a tus estudiantes su espíritu de justicia, la claridad de su talento, la disciplina mental de su trabajo, el vigor independiente de sus investigaciones. Diles que el derecho no es mandato de dioses, sino achaque de hombres. Desbarata con él los tablados arlequinescos de los viejos rábulas que elevaron a preceptos su sed de dominación y sus antojeras de miopes. Haz buenos antes que sabios. Haz obreros de la cultura, gente humilde que estudie silenciosamente, generaciones nuevas que nos saquen del barranco pantanoso, desde donde, de vez en cuando, nos asomamos a la cultura y a las disputas de fuera de casa.

Y tú, Federico, sé el de siempre, el hermano de *Gente Joven*, el muchachote impetuoso y bueno que fuiste siempre.

Y como vas a Oviedo, no hagas graves de sociología barata, que el que produce graves, produce burros. Infúndales tu alegría reposada, tu donaire un poco zumbón. Enséñales a vivir la poesía, a llevarla a la reja de los amores de tus estudiantes, de sus libros favoritos, de su hogar futuro, sé en todo el discípulo de don Miguel, de este hombre tan incomprendido y tan bueno; de este maestro que llevamos tan en los adentros de nuestra alma los muchachos de nuestra generación.

¡Por vosotros brinda y por Salamanca el amigo ausente! ¡Por vosotros y por nuestros maestros en esta fiesta espiritual!

Os manda un abrazo, y con el abrazo lo mejor de su alma, sus amores, sus ansias, sus anhelos, sus afanes de gloria, vuestro amigo que os quiere mucho.

El Adelanto (29-12-1910)

Carta abierta

Amigo mío: hoy he vuelto a saber que tu dices esto y lo otro, que molestas a Fulano y a Zutano y que otra vez has tornado a molestarme a mí, que tanto te quiero y te admiro. Que te admiro menos de lo que tú mereces y que más de lo que tú mereces te quiero. Y duelen esas noticias, porque ya que tienes un cerebro privilegiado, debes tener también un corazón excelente.

Devolverte las chinas ¿y para qué? Tú, como Cristo, no sabrías perdonar a la Magdalena, porque tú, como ella, no serías capaz de lo más humano: de pecar. Te quieres demasiado para ello. Eres un egoísta. Te crees un héroe y no sabes ser un mártir. Y sólo el que sabe afrontar el martirio, sabe ser héroe.

Nota el vacío de corazones que hay a tu alrededor. Tus amigos más íntimos son tus más íntimos enemigos. Crees que tu ingenio vale más que las ajenas debilidades y no adviertes tu propia debilidad. La inteligencia te devora el corazón. Lo tienes tan oculto, eres tan avaro de él, que la gente te va imitando en esconderlo, porque sabe que ciertos juegos, delante de ti, son peligrosos y aventurados.

Y no se te debe todo de gracia, no. Como tu talento, hay muchos. No eres el primero, sino uno de tantos. Si tu cristianismo no fuera en ti lo que son todas las cosas, posturas intelectualistas, te creerías verdaderamente el último. Mira que el que se ensalza será humillado, que vas subiendo la cuesta de la vida y que el calorcillo de las amistades es blando poyo para ver ponerse el sol.

Cúrate tu soberbia. Aprende a perdonar para que te perdonen. El día que tu mueras seguirá saliendo el sol y los pájaros seguirán piando; no te olvides nunca de ello. No juzgues de corcho las almas que no conoces, ni definas, ni dogmatices. Mira que ya sabemos que chillas contra la razón porque eres esclavo de ella. Mira que ya empezamos a advertir que tu desdén por ciertas cosas es la confesión de tu impotencia para realizarlas. Mira que las gentes sencillas empiezan a no perdonarte y que desde lejos, porque no te conocen, te juzgan un histrión. Si eres bueno ¿por qué no sacas fuera tu bondad? No todo es caminar por el mundo a pie firme; también conviene flotar de vez en cuando.

Y esto no es pedirte piedad. ¿Por qué vas a ser tú juez de los demás y no los demás de ti mismo? ¿Eres tú, acaso, el solo llamado de Dios?

Aprende a ser hombre, a perdonar, a cantar, a bendecir. Y cúrate de tu dolencia, nuevo Hamlet, mandando a paseo tu razón, que te deforma más de lo que tú piensas.

Harás más ganando un corazón que sembrando mil ideas. Con el mío, que en buena lid lo ganaste, te abrazo.

El Adelanto (30-12-1911)

Carta abierta

Barcelona, 6-III-13

Señores directores de LA CIUDAD y de *El Adelanto*.

Amigos míos: Ayer supe la triste nueva del villano atentado de que ha sido objeto mi padre. Por la espalda. A traición. Por un sujeto; un infeliz llamado *Cascabel*, inducido, pagado, no muy espléndidamente, por alguien.

Con decir que yo he hecho una campaña política reciente en nuestro periódico y en *El Adelanto* contra un señor Mosquete; que ese señor Mosquete es amigo íntimo del *Cascabel* –apernador electoral– que mi campaña ha respetado la vida privada y que se conteste con canallesca agresión a mi padre, siento hechos.

Allá el lector deducirá sus conclusiones.

El juzgado instruye diligencias. Retorciendo mi dolor de hijo, respetando las actuaciones del juez, no provoco públicamente a los amigos de los *Cascabeles*, porque tales sujetos no pueden batirse. Emborrachan y dan dos reales a un matón de oficio para que descargue sus iras. Mi padre, que paseaba pacíficamente por la Plaza Mayor con el concejal señor Redondo (don Pedro), no tenía el disgusto de conocer al autor de canallesco atentado.

Recibió, por la espalda, un garrotazo en la cabeza, y el señor redondo no pudo evitar que aun descargase el miserable otros garrotazos sobre el cuerpo de mi padre, tendido ya en el suelo.

Por fortuna, sus heridas no son de gravedad.

El señor Pérez Oliva me dice «Me he enterado del villano atentado contra tu padre y podrás figurarte mi indignación y mi disgusto».

Mi actitud está bien clara y definida. Mis amigos de Alba me han dado con sus torpezas la mayor contrariedad»

Al señor Mosquete le doy las gracias.

Pobre idea tenía yo –como pobre idea tiene alguno que le ampara mucho– de su talento, pero respetaba su ética con saber algo que, más que en documentos escritos, está grabado en la conciencia de todo un pueblo.

No esperaba que mi padre vertiese su sangre por el delito de decir su hijo la verdad, sin acritudes, con la zumba acostumbrada en esta suerte de campañas políticas. Un elemental deber moral me obliga en adelante a no decir palabra del señor Mosquete, cuando solo el discutirle era hacerle un honor. Si tales procedimientos electorales cuajan, es que se ha comprendido que no he dicho al público lo que en privado pienso de la calidad de ese candidato amparador de *Cascabeles*.

El atentado, lejos de abatirme, me ratifica más en la justicia de mi campaña y de su intención se dará cuenta el público. Espero la derrota de ese hombre, que es lo que me interesa por la salud de mi pueblo: Confiar en su triunfo sería echarnos en brazos de esa inmensa anarquía que devora a los pueblos, la sed de los intereses creados; el tejido de los silencios, la hez armada que vela rencores; el desprecio sistemático de las normas jurídicas y éticas.

Nada más.

Rogándoos que publiquéis esta carta, acudiendo si es preciso –que no será– a vuestros sentimientos humanitarios y filiales, os envía un fuerte abrazo vuestro amigo y compañero que os estrecha la mano,

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Diputación, 237, 3º

La Ciudad (08-03-1913)
El Adelanto (10-03-1913)

Carta abierta

Señor don Eudoxio de Castro.
Salamanca.

Mi querido Castro: En tu folleto *Funcionamiento del Jurado en España. Necesidad de su reforma* –del que ahora no hablo, porque he de escribir muy pronto con todo detenimiento sobre él– leo en el capítulo X, *De las preguntas del veredicto*, página 53, lo que copio a la letra. «En una causa por homicidio seguida contra tres hermanos por un Juzgado de instrucción de la provincia de Salamanca, el Jurado pronunció un veredicto que produjo verdadera estupefacción entre los mismos jueces de hecho.

Como consecuencia del fallo popular, se absolvió al que parecía ser autor verdadero del delito, condenándose a los otros dos hermanos cuya inocencia se proclamaba públicamente. El Tribunal popular hizo saber en el acto que había padecido error al pronunciar el veredicto y todos los que de él formaban parte suscribieron una solicitud pidiendo el indulto, único medio de enmendar el yerro.» Las señas, querido Castro, me parecen mortales. ¿Te refieres al Juzgado de instrucción de Alba de Tormes y a los hermanos Agapito, Serapio y Leandro Reyes, condenados los dos últimos y absuelto el primero, en una causa de homicidio?

Aclara esta duda públicamente.

Si tu folleto, aparte de su valor jurídico, puede contribuir de algún modo a reparar un entuerto de justicia, y tú tienes la bondad de explicar con todo detenimiento las causas que produjeron el yerro, harás una obra dos veces buena. Necesaria, además, para la solicitud de indulto que toda la villa de Alba de Tormes, sin distinción de hombres ni de ideas, va a pedir a favor de los desgraciados Leandro y Serapio Reyes, que llevan padeciendo ocho o diez años en el penal de Cartagena culpas que positivamente no cometieron.

Te agradecerá esta obra de reparación social, con toda su alma, tu amigo que te abraza,

El Adelanto (28-03-1914)

Nueva carta abierta

Señor don Eudoxio de Castro.–Salamanca.

Mi querido Castro: Agradezco muy de veras tus manifestaciones sobre el conjunto de yerros, de inadvertencias y descuidos que llevaron al penal de Cartagena a los inocentes Leandro y Serapio Reyes. Yo también recordaba todo eso, pero vagamente, y nunca podré olvidar, aunque viva muchos años, la impresión dolorosa que me causó la lectura de aquel veredicto. Los pobres encartados, que no entendían del todo el alcance de las preguntas, mirábanme en interrogación muda según las iba leyendo el señor presidente del Jurado, que por error notorio les condenó, y yo apartaba la vista de aquellos infelices –Serapio había ido conmigo de niño a la escuela– porque no tenía valor para decirles la tremenda verdad en la mirada, ni sentía tampoco deseos de fingir una alegría que estaba muy lejos de sentir. Ahora ya no cejemos hasta el fin, amigo mío. Pidamos auxilio a la Prensa, preguntemos su parecer a los maestros del Derecho, a Dorado Montero, a Elorrieta, a los periodistas Íscar, Rubio, Rodríguez Pinilla, etc.; convoquemos a un mitin donde quepan todos los hombres de buena voluntad, aunque, con ellos nos hayamos peleado por discrepancias políticas; agitemos la opinión, en una palabra, para conseguir un indulto pronto y justo.

Te abraza tu amigo,

José Sánchez Rojas.

El Adelanto (06-04-1914)

Un error judicial

Señor don F. Íscar-Peyra.

Mi querido Fernando: De perlas me parecen tus propósitos. Y como afirmas con gran tino que lo primero de todo es divulgar, de alguna manera, la verdad de aquel error, a ello voy.

El 25 de Enero de 1905 apareció muerto de una puñalada, de una sola puñalada en el corazón, Antonio Martín Pérez, vecino de esta villa. Era pendenciero el muerto. Sin que yo le ofenda, descubriéndome con respeto ante su tumba –que desde la muerte de mi padre sé lo que el corazón llama culto a los muertos– es el caso que la víctima de aquel homicidio lo fue por verdadera casualidad.

Llegaba el muerto de la romería de Terradillos a la villa y discutió agriamente con Bonifacio, Agapito, Leandro y Serapio Reyes. Leandro y Serapio, los condenados, separáronse del grupo y marcharon a su casa, quedando Antonio con Bonifacio y Agapito; el primero de espaldas a la pared y los otros dos, padre e hijo, luchando con Antonio. Hubo una puñalada; Antonio quedó tendido para no levantarse más.

De una sola puñalada. Agapito fue absuelto por el Jurado, y Bonifacio, padre de los tres procesados, murió en esta cárcel mientras se tramitaba el sumario.

¿Después? Asistí al juicio oral. Yo era y sigo siendo amigo de Leandro y Serapio Reyes. El Jurado, después de dictar el veredicto, dijo que se equivocó, y para reparar el yerro solicitó el indulto de los que había condenado por ligereza.

Eran difusas y poco claras las preguntas. El Jurado creyó que la calificación de *coautor* era una cosa baladí, y al encontrarse con la condena, uno de aquellos jueces populares, Carlos Dueñas, no salía de su asombro. Se plantearon de tal modo los términos de defensa, que era necesario separar la de Agapito de las de sus hermanos Leandro y Serapio Reyes. Leandro así lo quiso y ese fue el consejo de Castro –que se hubiera prestado gratuitamente a ello– y el mío propio, pero...

Y yo que voy buscando con esta campaña el indulto de unos inocentes –a todo el pueblo de Alba consta la inocencia– yo, que no necesito escabeles de exhibición para zaherir y que vengo contemplando durante nueve años el espectáculo de una pobre madre que viene llamando con tesón a la puerta de los poderosos en balde, y siempre en balde, yo creo que el «defensor» debe «personarse» en el Ateneo. El acusador privado fue el distinguidísimo letrado don Carlos G. Ceballos. ¿No podría aportarnos algún dato sobre el particular?

Y requiero a don Pedro Dorado Montero, mi querido maestro, del que guardo el más fervoroso recuerdo, para que nos guíe en esta campaña.

Te abraza,

El Adelanto (11-04-1914)

El banquete a Rojas

Se ha empezado a cubrir de firmas el mensaje que se ha iniciado para obsequiar con un banquete al señor Rojas el martes próximo. Este documento dice así.

«Paisanos:

Los hermanos Reyes han salido de su encierro. Aquella tremenda equivocación que hizo vibrar el sentimiento de todos nosotros, ha sido al fin reparada a costa de hurgar incesantemente los rígidos organismos que intervienen en la aplicación de la justicia penal.

Al llegar a Alba las desdichadas víctimas de los errores pasados, debemos pensar en que es noble, y justo también, rendir un tributo de gratitud a don José Sánchez Rojas, brillante paladín del anhelado indulto.

Esta comisión, sin otros títulos que el haber sido testigos de la labor del señor Rojas, os propone y ruega la suscripción a un banquete que en honor de aquel señor se celebrará en la fonda de Meras el día 3 de Agosto, a la una de la tarde.– *Luis de Zúñiga* y *Félix Hernández.*»

El acto promete estar muy concurrido. Las personas lo mismo de Alba que de fuera de la población que quieran adherirse al banquete, pueden dirigirse hasta el lunes a cualquiera de los dos señores de la comisión.– *El corresponsal.*

Una carta

Se nos ruega la inserción de la siguiente carta:

«Salamanca 30 de Julio 1915.– Señores don Luis de Zúñiga y don Félix Hernández.- Alba de Tormes.- Mis queridos amigos: Doy a ustedes las más expresivas gracias por su cariñosa iniciativa de obsequiarme con un banquete popular, teniendo en cuenta mis gestiones en el indulto de los hermanos Leandro y Serapio Reyes.

Acepto el banquete por ser ustedes los iniciadores, en primer término, y en segundo, para demostrar con él que ha sido tan unánime la opinión del pueblo de Alba como censurable la conducta de los que han trabajado en la sombra para evitar y aplazar la hora de la gracia a toda costa. Que de todo ha habido en la viña del Señor.

En Alba recibí yo mismo la repulsa de un señor presidente de cierto Círculo, que al remitirle los pliegos del indulto para que los firmasen los socios, me replicó que «en los círculos no se hacía política». Para ese caballero, la clemencia era política. Y al aceptar hoy el cariñoso homenaje que ustedes, mis paisanos, han iniciado, pienso que se inaugura con él una serie de fiestas de fraternidad, que culminarán con el homenaje a mi querido amigo don Isidro Pérez Oliva por sus gestiones en el ensanche del puente.

Yo estoy contento porque he cumplido con mi deber y agradecido además a las dificultades que me han salido al paso porque me han servido de espuela a la constancia y a la voluntad.

Muchas gracias, y reciban ustedes un fuerte apretón de manos de su amigo que les quiere,

José Sánchez Rojas

El Adelanto (31-07-1915)

El indulto de los hermanos Reyes

Señor Director de EL ADELANTO.

Mi querido amigo: Con gran sorpresa mía, recibo una carta del señor Castro y Alburquerque (don Eudoxio), alegando los justos títulos que tiene para que no se prescinda de su nombre en el indulto de los hermanos Reyes, firmado ya por Su Majestad.

Como yo no soy responsable de los juicios que se hagan alrededor de este asunto, consigno que, en efecto, el señor Castro y Alburquerque, distinguido abogado y autor de un folleto sobre *El Jurado*, me acompañó a Madrid, poniendo toda su actividad al servicio de esta causa.

Queda complacido, pues, el señor Castro y Alburquerque, aunque ya comprenderá perfectamente este señor que yo no puedo responder de lo que se escriba y mucho menos de violentar a mis paisanos para que amplíen un homenaje a todos –y son muchos– los que han intervenido, desde hace año y medio, en este asunto.

Mi deber es hacer pública mi gratitud al señor Obispo, a los señores Maldonado, Pérez Oliva y Lacierva, a *El Adelanto*, a la Prensa de Madrid, y no digo que al señor Castro Lacierva porque sus trabajos han sido tan públicos y notorios que no han menester del menor encarecimiento.

Te abraza tu amigo,

El Adelanto (02-08-1915)

El Ayuntamiento de Salamanca

Señor director de ESPAÑA:

Un concejal de este Ayuntamiento, D. José Durán, ex administrador de las obras de la basílica de Alba de Tormes, debía diez y ocho trimestres de agua a la Corporación municipal. Varios alcaldes venían tolerando este abuso. El actual, D. Antonio Díez Ambrosio, cumplió con su deber, cortando la corriente de agua al concejal aludido.

En reciente sesión, el munícipe moroso pidió explicaciones a la Alcaldía, porque había lesionado su dignidad de ciudadano y de concejal. El alcalde –que es, además de honrado, un muchacho decidor y ocurrente– replicó que allí no había cuestión de dignidad, sino de pesetas. El pueblo vitoreó a su alcalde. Los mauristas y los radicales, que viven en esta ciudad amancebados, protestaron de las frases del alcalde; el pueblo les hizo callar. Las habilidades abogadiles nada valieron contra la entereza del alcalde. Este fue vitoreado en la plaza Mayor; el Sr. Unamuno estrechó cordialmente la mano del alcalde decidor y honrado.

La actitud del pueblo de Salamanca, aplaudiendo a su alcalde y rompiendo las combinaciones de la razón social radical-maurista, que se dedica a derribar alcaldes, quiere decir:

Primero. Que los concejales que deban diez y ocho trimestres de agua al Municipio tienen que irse a su casa, para que las funciones ciudadanas recobren su decoro.

Segundo. Que los que amparan a estos morosos están igualmente incapacitados para la vida pública; y

Tercero. Que los grupos políticos que en casos como este no quieren ir por el camino recto, no son dignos de ser tomados seriamente por la opinión.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS
Salamanca, 11 Julio 1915.

España (12-08-1915)

El Ayuntamiento de Salamanca

La publicación de mi carta del 11 de Julio en el último número de ESPAÑA sobre asuntos del Ayuntamiento de Salamanca y de su concejal D. José Durán Cabezas me obliga a dar algunas explicaciones de actos posteriores a aquella fecha.

Los mauristas aprobaron la conducta del señor alcalde, y censuraron el proceder de su correligionario, señor Durán, que debía diez y ocho trimestres de agua a la Corporación Municipal. Justo es que lo consignemos.

Y nada más, porque también en Salamanca –donde hay un sentido ético y político– se van dejando, dejando las cosas...

El concejal, Sr. Íscar –maurista– denunció en sesión pública que había varios concejales incompatibilizados moralmente con el cargo. Ninguno protestó en el salón. Luego, en una reunión secreta, parece que D. Miguel Íscar adujo cargos concretos. Pero... nada entre dos platos.

España (19-08-1915)

Un centro antiflamenquista en Salamanca

Señor don Leoncio Martín y demás señores. Muy señores míos: Me parece admirable la idea de fundar un centro antiflamenquista[346] en Salamanca. Con esto contestaría concretamente a la pregunta que ustedes han tenido la bondad de dirigirme en su carta de hoy. Pero se me ocurre algo más que decir en este respecto.

Los toros, en sí, pueden pasar. Un torero en la plaza, como un abogado en el bufete, no son molestos. Lo son cuando llevan el uno el sentido abogadesco a la zona moral de la vida y el otro sus gestos chulos a la plaza pública. Así, los toros han producido el flamenquismo y los abogados la casuística. Para esa plaga moral, con mis modestos recursos, me tienen a su lado.

Cuenten, pues, con la adhesión incondicional de su affmo. seguro servidor, q. ls. e. ls. ms., José Sánchez Rojas.

El Adelanto (05-10-1915)

Omisión subsanada

Salamanca, 5 de Octubre de 1915
Señor director de EL SALMANTINO

Mi distinguido amigo y compañero. Ante la negativa del redactor jefe de *El Adelanto*, señor Rubio, que no quiere publicar la carta de adhesión que envió el señor Maldonado al banquete celebrado en Alba de Tormes en honor del señor Pérez Oliva, me apresuro a enviar a usted este documento que tuvo la bondad de dirigirme personalmente el ilustre senador de nuestra escuela.

No necesito decir a usted que mi gusto hubiera sido enviar simultáneamente a todos los diarios dicha carta. El señor Rubio, faltando a lo que yo estimo un deber periodístico elemental, me la ha devuelto sin darla a la publicidad; él sabrá porqué [sic] motivos.

Por lo demás, yo no tengo que hacerme ni dejar de hacerme solidario de dicha carta. Pertenece al público y el público juzgará.

Con este emotivo, se reitera de usted afectísimo amigo y compañero, q.b.s.m.

José Sánchez Rojas

El Salmantino (06-10-1915)

Al margen de "La Celestina"

(Carta abierta al Sr. D. Enrique Díez-Canedo)

Querido Díez-Canedo: En el prólogo con que encabezas la edición popular de *La Celestina,* que acaba de publicar la Casa Editorial Calleja, escribes lo siguiente, acerca del escenario probable de los trágicos amores de Calixto y Melibea: «Traza *La Celestina* un animado cuadro de la España ciudadana de su tiempo. ¿En qué ciudad se desarrolla? Tampoco está claro; pero ha de ser en una villa principal, con río navegable: Melibea quiere «gozar la vista de los navíos». Esto ha dejado suponer que se trataba de Sevilla, única ciudad de España accesible a la navegación fluvial. El Sr. Foulché-Delbosc se inclina a situarla en Toledo; pero los más la fijan en Salamanca. A la verdad, las indicaciones que el texto proporciona son vagas. El detalle del río puede ser una libertad que el autor se permita. Pero cuesta trabajo imaginarse que un escritor tan objetivo en sus tipos no lo fuese en el lugar de la escena, y menos que llegase a la estilización. Hasta parece deponer en favor de Salamanca la declaración de los preliminares en que se dice: Yo vi en Salamanca la obra...» (TRAGICOMEDIA DE CALIXTO Y MELIBEA. – *Casa Editorial Calleja.* – Madrid. – Sin fecha. – Edición Enrique Díez-Canedo. – Introducción, página XXII.)

[346] Los jóvenes promotores en Salamanca de esta asociación, envían a distintos personajes su opinión y adhesión a la iniciativa. Esta es la respuesta de Sánchez Rojas. Cándido Rodríguez Pinilla que la precede dice que, aunque surgido del mundo de los toros, es una enfermedad social. "El matonismo, la chulería, el amor a las cosas plebeyas, la tendencia a la juerga, integran el flamenquismo; este es el todo; la afición a los toros, una parte solamente."

Hasta aquí tus palabras juiciosas, discretas y ponderadas. En efecto: el deseo de la dulce Melibea de gozarse la vista con la presencia de los navíos, desconcierta un poco. Pero cuando Pármeno cuenta a su amo Calixto dónde se halla la casita de Celestina –«Tiene esta buena dueña, al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías, una casa apartada, medio caída, poco compuesta y menos abastada»–, ya nos añade un detalle más, que lo mismo puede referirse a Toledo, que a Salamanca, que a Talavera de la Reina, donde el bachiller Fernando de Rojas vivió una buena parte de su vida, y donde murió. Otros pormenores hay después, en el texto de la tragicomedia, que *solamente* pueden referirse a Salamanca.

Así, en el acto octavo, Calixto pide a Sempronio que les saquen las ropas, cuando tañen las campanas a misa del alba, para ir «á la Magdalena». En el acto onceno torna a hablarse de la Magdalena, y Celestina nos cuenta de «la calle del Arcediano», donde quiere alcanzar a los mancebos, «y jamás he podido con mis luengas haldas». Pues la iglesia de la Magdalena y la calle del Arcediano –hoy calle de las Mazas– se encuentran en Salamanca, muy cerca del sitio donde una tradición oral perenne ha colocado la casita de Celestina «al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías, en la cuesta del río».

Peña Celestina se llama en Salamanca a la cuesta que se alza a la izquierda del puente romano y de la Puerta del Rio, sobre las tenerías, al Este de la ciudad y al remate de la vieja y típica barriada universitaria; los estudiantes conocen bien este sitio, soleado las mañanas claras y nítidas de invierno. Muy cerca de la Peña está la iglesia románica de la Magdalena, del siglo XIII, detrás del Colegio de su nombre, hoy Escuela Normal de Maestros. La calle del Arcediano, hoy de las Mazas, comunica el viejo Hospital de Estudios –hoy Instituto– con el Colegio de Trilingüe y con el convento de los Verdes o de la Merced. El barrio era –y sigue siéndolo– lugar favorito de gente maleante y revoltosa. Yo te aseguro que si dieras una vuelta por Salamanca tu hipótesis se convertiría, ante el sabor castizo del barrio, en afirmación rotunda y categórica.

Un amigo nuestro, muy erudito y competente en estas materias, D. Francisco Maldonado Andrés, catedrático numerario de Lengua y Literatura españolas de la Universidad de Valladolid, me da otros datos, curiosos y peregrinos. Háblase en *La Celestina* de que el río se heló, de que en una avenida el río se llevó un ojo del puente, y en 1490 precisamente se heló el Tormes y un furioso temporal se llevó un ojo del puente romano. Se habla en la tragicomedia de un eclipse; un eclipse total fue visible totalmente en Salamanca a fines, del siglo XV. Hay más: habla el bachiller Rojas de la llegada a la ciudad de un alto personaje, embajador de Francia, y, en efecto, un emisario de la nación vecina visitó en Salamanca al príncipe D. Juan. Estas curiosas referencias que me ha hecho verbalmente el Sr. Maldonado son ciertamente, como ves, de la mayor importancia para fijar con bastante exactitud el escenario de *La Celestina.*

¿Bastan estos detalles, limpios como te los doy de toda cita indigesta y farragosa, para reforzar tu hipótesis de que Salamanca pudo ser muy bien el escenario de los amores trágicos de la palomita ingenua de los ojos verdes y el galán impetuoso? Yo creo que sí, querido Díez-Canedo. Mas ¿y el torreón de Melibea, y las tapias del jardín, y los condenados navíos sobre todo? No, no me preguntes más. Ni en Salamanca se topa uno con las tapias de los cipreses, ni en Verona se topa uno tampoco con el jardín azul de Julieta. Una vivienda, cuyos bajos están destinados, hoy a establos o cuadras, dicen en Verona que fue el palacio de la novia de Romeo. En Salamanca hubo muchos torreones, y de cualquiera de ellos pudo caerse el protagonista.

Yo no sé la fuerza que en achaques de erudición puedan tener ciertas conjeturas; pero es más que posible, probable, que Fernando de Rojas, el bachiller judío de la Puebla de Montalbán, estudiase en Salamanca. Es muy verosímil también la sospecha de que el bachiller escribiese su tragicomedia en la plenitud de sus lecciones, glosas y tareas estudiantiles. Las citas constantes, eternas, fastidiosas, de autores griegos y latinos, revelan esa incontinencia moza del que no sabe disimular su condición; incontinencia que, dicho sea de paso, aquí se ha pegado a los viejos, y que no sabe descargarse de todo el peso libresco; incontinencia tan en moda en el siglo XV en los bulliciosos patios salmanticenses, y en el siglo XX en las academias de la Villa y Corte del oso y del madroño.

Salamanca, Salamanca –no lo dudes ya, aunque tu discreción te haya inclinado a sospecharlo– es el escenario españolísimo de los castizos y trágicos amantes. Aparte de que concierta perfectamente con nuestra hipótesis una tradición de mozas alegres, de viejas zurcidoras, de brujas, de terceras, de clérigos, de rufianes, de escolares con el ambiente salmantino. Hasta esos conjuros y hechicerías de que se vale Celestina para cazar incautos, hechicerías y conjuros que tanto han asustado al Sr. Cejador –los perfumes, estoraques, menjurjes, mosquetes, polvillos, algalias, almizcles–, son eminentemente salmantinos. Como son salmantinas las cuevas de San Cebrián o

de San Cipriano, y aquellas diabólicas ciencias de la geomancia, piromancia, aeromancia, hidromancia, nigromancia, practicadas por aquel gran estudiante truhan que se llamó el marqués de Villena. Como son salmantinas, tres siglos después, más que mediado el XVIII, las farsas, adivinaciones y predicciones astrológicas de aquel estupendo aventurero –que así entendía de rejonear toros como de urdir silogismos, de ganar cátedras como de confeccionar aguas milagrosas– de D. Diego de Torres y Villarroel.

Yo no sé si saldrá, por ahí algún erudito que nos descubra los planos de la casa de Celestina, del torreón de Melibea, con la medida exacta de la veleta de la Magdalena –un angelote que tornamos a ver en *El lazarillo del Tormes*–. Hasta ese día, la tradición salmantina viene como anillo al dedo para robustecer tu opinión.

Te quiere y te admira tu afectísimo amigo y compañero

JÓSE SÁNCHEZ ROJAS
Salamanca, Enero 1918.

Postdata.– «Se goza Melibea con la visión de los navíos.» Cuando ya está compuesta esta carta, pienso en algo, querido Canedo, que no quiero callar. ¿Es un modo irónico de contarnos el bachiller que la dulce Melibea es flaca de condición? ¿No conoces la tradición del Lunes de aguas? El miércoles de Ceniza salían las rameras de la ciudad al otro lado del río; el Tormes se poblaba de barcazas. Y tornaban a Salamanca, allá a las mancebías de la calle del Arcediano, propiedad del Cabildo, el lunes de aguas, es decir, ocho días después del de Resurrección. Los escolares acompañaban a las mozas en barcazas adornadas con ramaje. Se consagraban fiestas a Venus y a Baco y la tradición persiste hoy, holgando los estudiantes, y marchando al campo a comer el *hornazo* de Pascuas. ¿No serían aquellos navíos estas mismas barcazas? Porque la tradición se conoce desde mediados del siglo XV. La sospecha no es, al menos, descabellada, porque, concertando los demás pormenores, como has visto, bien puede concertar también esta conjetura.

Y nada más.

La Esfera (30-03-1918)

Carta abierta a «El Timbalero»[347]

Querido tocayo: Tú no sabes que aunque poco aficionado a los toros soy amigo de algunos diestros, a los que quiero bien. Saleri[348], por ejemplo, es un excelente amigo mío, inteligente; este bravo mozo moreno, elegante y castizo, paisano y gran amigo del conde de Romanones, encanta por su charla, por su brío, por su contención y por una ausencia de farándula que no suele ser patrimonio de otras profesiones, y que se encuentra en la torería. Un diestro jamás habla mal de un compañero, justifica las malas tardes, elogia y celebra las buenas, y siempre pone en su juicio ponderación y seguridad.

Pues esta noche he hablado con Saleri. Hacía ya algunas semanas que no le encontraba y nos pusimos a departir amigablemente. Saleri torea este año los toros de la tierra, y he prometido presenciar sus faenas. Quiere agradar Saleri en Salamanca, quedar bien, lucirse y probar a los charros que sabe manejarse ante los toros. Salamanca tiene para él, como para nosotros, una evocación romántica. Por nuestras dehesas empezó la «afición», los días amargos bajo las «tenás», luego los más lucidos en las pequeñas plazas. Y ahora, que conoce la gloria que se traduce en sortijas de platino en los dedos, en amores de mujeres que se extasían al paso del diestro, en esa voz tácita del público que vuelve el rostro a su paso, Saleri, buen chico, recuerda su formación en nuestra tierra áspera y en la ciudad querida besada por el sol.

Los toros de la tierra me dice Saleri que le gustan mucho. Son bravos, fuertes, recios y acometedores. Tienen poder y, de hecho, son más duros que otros famosos y celebrados. Y la feria de Salamanca tiene su predilección.

[347] *El Timbalero*, cronista taurino salmantino.
[348] Se trata del torero Julián Saiz, *Saleri II*, nacido en Romanones (Guadalajara) que toreó varias temporadas en Salamanca y que *vistió de luces* por primera vez en la plaza de Toros de Alba de Tormes. En estas fechas del artículo se confirma su actuación para las ferias de septiembre.

Saleri torea en Madrid mañana. Y he prometido al querido amigo presenciar su faena. Es de los que van derechos más que al cajón de los cuartos, al aplauso y estimación de los inteligentes. Su toreo es, como su vida, lleno de ecuanimidad, de gracia y de tolerancia. Le aplaudiremos mañana.

Como en Septiembre, seguramente en Salamanca. Mira por dónde, querido «Timbalero», yo también había de escribir alguna vez de toros. Y hasta de tomar una barrera y decirle que «nos» deje la capa para que la luzca alguna chica bonita.

Nos despedimos. Sigue hablándome Saleri de su entusiasmó por nuestra ciudad.

Y como él no necesita ambiente... pues yo se lo hago.

Vete preparando el lápiz para comentar las faenas de Saleri con tu amigo que te abraza.

El Adelanto (04-04-1918)

Los daños de la tormenta

Otra carta de Sánchez Rojas

Nuestro querido amigo y compañero D. José Sánchez Rojas, que se encuentra accidentalmente en Alba de Tormes, ha enviado al Sr. Íscar Peyra, presidente de la comisión periodística nombrada con motivo de la ruina de nuestros campos, la siguiente carta, cuyo interés no se ocultará seguramente a nuestros labradores.

«Alba de Tormes, 3 Julio 1918.– Mi querido Fernando: Como es natural, estoy a tu disposición y a la de todos los compañeros para realizar en Madrid una campaña que dé a las gentes la sensación real de la catástrofe de nuestros campos. Y anticipándome a vuestros deseos, he telegrafiado largamente a los amigos de «El Sol», contándoles menudamente lo ocurrido en la trágica tormenta del día de San Pedro y anunciándoles que haré una campaña persistente en pro de los intereses de vuestros desdichados labradores.

Con eso no hago otra cosa, como tú sabes, que continuar la tradición del gran diario y mis personales puntos de vista en el problema de la Tierra.

Pero una campaña persistente debe encaminarse hacia finalidades concretas y yo espero vuestras órdenes para iniciarla sin más requerimientos. ¿Insistimos, sobre todo y ante todo, en el anticipo reintegrable? Porque con la tasación de los daños, y las limosnas del Estado y el perdón de los tributos, no se logra nada o bien poca cosa se logra.

Debemos aceptar todos el mismo punto de vista para defenderlo desde los distintos sectores de la prensa madrileña, ya que la eficacia de esta clase de campañas depende mucho de la repetición mecánica y persistente de las cosas.

Y me parece también oportuna una información gráfica de la catástrofe y hecha también con la mayor urgencia para ganarnos prontamente la asistencia de la opinión pública. «Nuevo Mundo» y «Mundo gráfico» pueden ayudarnos eficazmente en este sentido.

Pero yo espero vuestras órdenes para actuar intensamente desde distintos periódicos. Saluda a los compañeros y recibe un abrazo de tu mejor amigo, Pepe.

El Adelanto (05-07-1918)

Carta abierta al Excmo. Sr. Ministro de Estado

Distinguido señor Ministro: Por el artículo *Fatales coincidencias*[349], publicado en este mismo lugar, merecí, hace quince días, la denuncia del Fiscal de Prensa de Barcelona, señor Farina; ese artículo –que acabo de releer– es tan inocente, señor Dato, como una elucubración sociológica de usted, como un suelto de *La Época* o como uno de esos almuerzos que celebran sus correligionarios para derribar Gobiernos o para oponerse al avance de las izquierdas. El concepto de la neutralidad es doble y dobles los derechos que la neutralidad impone. No somos únicamente los españoles los que podemos empañar o manchar esa delicada concepción del cerebro palacie-

[349] En realidad, el artículo se publicó bajo el epígrafe "Coincidencias fatales", *Iberia*, 13-07-1918 (O.C. Tomo III, página 301).

go de usted, señor Ministro; son también los alemanes los que pueden quebrantarla dentro de nuestro suelo, mediante la comisión de delitos que definen y castigan los capítulos I, II, III y IV del título I del libro IV del Código Penal. Como esa ley de fomento y protección del espionaje alemán no deroga esas disposiciones del Código Penal, comprenderá usted, seráfico señor Ministro, que mi artículo, lejos de ser denunciable, velaba por los fueros de nuestra soberanía y que yo escribía un artículo de polémica precisamente para dar cierto contenido jurídico a la noción de neutralidad, que en el cerebro de usted no pasa de ser un tópico de diplomático de rigodón y de palafrenero de servicio.

Para usted, en efecto, señor Dato, ese comodín resobado y necio de la neutralidad a ultranza, más que la defensa de una postura política, más que el postulado de una necesidad nacional en un momento determinado, es un número de programa de ferias, hecho con el exclusivo objeto de que el Congreso de la Paz se firme en Madrid, de que usted luzca casacones nuevos y de que la plana joven de su partido baile con las más guapas y apetitosas señoras de los diplomáticos, que vayan a Madrid en tal supuesto cada día más lejano, la acreditada danza del oso.

La neutralidad que usted defiende no puede sernos simpática, señor Ministro. Para usted la guerra es un negocio que pueden aprovechar los pueblos pacíficos, oídos sordos a las groserías y estridencias de la clientela. La neutralidad que no está contenida por el pudor no puede ser más que una servidumbre vergonzosa.

¡Y es tan fácil defendernos de las acometidas de unos y de otros, señor Dato, mantenernos dignamente en nuestro puesto, sin más que derogar esa ley, carta magna de los espías, y excitar simplemente el celo de los fiscales para que apliquen en toda su pureza las disposiciones penales que definen y castigan los delitos contra la seguridad exterior del Estado, los de traición, los que comprometen la paz y la independencia nacionales, y los de piratería! Usted, que es un buen abogado y que anda diciendo *sotto voce* a todo el mundo con su gestito cada día más compungido y con sus ricitos cucos cada día más rizados, que ha hecho esa ley por sugestiones del Embajador americano, sabe, mejor que nadie, que nuestra legislación común es más que suficiente para congraciarnos con todos. Porque, con esa ley de excepción, los perjudicados son los pueblos de la Entente y los favorecidos los Imperios. Y de paso, usted, que tiene sus puntas y ribetes de mal intencionado, afianza los puntales de su política del silencio, y siguiendo el juego de todos los escandalosos, queriendo ahuyentar el escándalo nos cuela a todos de rondón en él.

Ya sé yo, mi asustadizo señor Dato, insigne estadista de la política del avestruz, la tragedia íntima que ha despertado en su espíritu de usted de antiguo pollo bien la redacción de esa nefasta ley del espionaje. Lo que repugnaba personalmente al señor Dato convenía como anillo al dedo al Jefe del partido conservador.

Lo que comprometía la personal significación aliadófila de usted en el Gabinete era un sensible escollo para la vuelta al Poder de sus amigos y comensales. Dando al país la sensación de la magnitud de nuestra indefensión ante los ataques marítimos, ante el silencio desdeñoso con que son acogidas nuestras notas en Berlín, ante las filigranas de unos jefes de policía corrompidos y bellacos, el país tenía que defenderse, agrupando a todos sus hombres civiles en una acción común. La consecuencia lógica era la de no pensar más en los partidos homogéneos. Cultivando el silencio, aplicando de hecho la censura previa a las noticias telegráficas, el país puede adormecerse y volver al viejo trote de los partidos turnantes.

Acabe usted con esta ley que ni siquiera amordaza la pluma de los escritores. Podremos pecar por inocencia alguna vez, pero yo le aseguro que todo puede decirse, sabiéndolo decir, de tal suerte, que ni el señor Farina podrá darse cata de ello. Y sea usted piadoso con los presuntos delincuentes, que sin quererlo ni saberlo han infringido una ley flamante. Usted y los suyos se tragan, cuando les conviene, la Constitución y todavía no les hemos dicho una palabra. De usted, etc.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Iberia (03-08-1918)

Los niños de Francia

Nuestro muy querido amigo y colaborador, D. José Sánchez Rojas, iniciador de la idea de traer a Salamanca huerfanitos de la guerra, idea que ha sido acogida con tanto entusiasmo, dirige al Sr. Vicecónsul de Francia, Mr. Gissot, la siguiente hermosísima carta, que con el mayor gusto reproducimos.

Mr. Emile Gissot, vicecónsul de Francia.
Salamanca.

Mi querido amigo: No tiene usted que agradecerme mi decisión para que no se pierda la iniciativa lanzada por los amigos del Círculo Franco-Español, de traer a Salamanca unos cuantos huerfanitos de esos bravos «poilus»[350] que están salvando a Francia, y con Francia a nosotros, de los últimos combates del imperialismo moribundo.

Mi punto de vista es que nos hacen ustedes un señaladísimo favor si tienen la gentileza de confiarnos ese depósito sagrado. No tiene que hacer aquí nada la caridad; conforme y para nada hablaba yo de caridad en mi llamamiento. Ni aún la comunidad de razas. En cosas más altas de amores y merecimientos pensaba yo. Si esa semilla francesa convive con nosotros algún tiempo, el beneficio será para la tierra donde germine más que para el labrador que nos la proporcione.

Y los que hayan sabido leer la lealtad de Francia en la bravura de sus soldados, la aprenderán en los ojos claros de sus niños. Y nosotros seremos los gananciosos.

Lo que hace falta es que esa idea no muera, que nos reunamos, que interesemos a los organismos oficiales, que hagamos entender a todos que la neutralidad no es la abstención de los deberes humanitarios, sino su cultivo y desarrollo conscientes y sistemáticos. Nunca podrán conciliarse mejor mis deberes de español con mis amores de francófilo, que para mí, ahora y siempre, se funden en la misma aspiración.

Mande usted cuanto guste a su afectísimo amigo y s. s. q. e. s. m.[351]

Una vez más *El Adelanto* se pone a la disposición de una causa tan cierta como noble y tan hidalga como española.

El Adelanto (05-08-1918)

Un caso de Concejo abierto

Sr. D. Fernando de los Ríos.

Mí distinguido amigo: Leo en EL SOL su trabajo sobre el Concejo abierto. Con relación a Salamanca, tengo unas notas sobre el particular, que le transcribo sin comentarios a continuación.

«Villarino de los Aires (Vitigudino). Lo de Villarino de los Aires, pueblo de 600 vecinos, que se encuentra enclavado en un sitio pintoresco y abrupto, allí donde las aguas del Tormes desembocan en las del Duero, se reduce a esto: En el año 1476 vendió el Sr. D. Gonzalo del Mercado a los vecinos del pueblo una finca, «Media Trabanca», que tiene 1.400 hectáreas de cabida. Los compradores, reunidos en concejo abierto y a campana tañida, consignaron que compraban en nombre del común y para el común la finca de «Media Trabanca» en la cantidad de 500.050 maravedises. Quiso luego la Hacienda del Estado incluir la finca del Concejo entre los montes públicos enajenables, contra cuya pretensión protestó el pueblo, reunido en concejo, multitud de veces, hasta que en 1877 se resolvió que «Media Trabanca» se hallaba exceptuada de la venta por pertenecer en dominio pleno a los habitantes de Villarino de los Aires.

Desde el 77 acá, se explota en colectividad la finca, del siguiente modo: 90 hectáreas se destinan a pastos, y las restantes de la finca se dividen, para el cultivo, en tres hojas: una para barbecho, otra para cereales y la última para legumbres. Cada vecino tiene un lote o porción; únicamente disfrutan en común de la rastrojera.

El Concejo de Villarino de los Aires hace el reparto dividiendo en cuarteles la hoja de barbecho, anunciando luego, con pregón y bando del alcalde, el sorteo de los cuarteles. El pueblo, en el acto del repartimiento, se reúne en asamblea, dividiéndose en tantos grupos como cuarteles tiene la finca, presidido cada corro por el más anciano, quien procede, según su leal saber y entender y sin reclamaciones ulteriores, a la subdivisión de las parcelas. La distribución es familiar, no individual; teniendo derecho a estas los matrimonios en los que uno de los cónyuges, por lo menos, sea natural de Villarino. Los forasteros no tienen derecho al uso y disfrute de las parcelas, salvo el maestro de instrucción pública; al cura, médico y boticario únicamente se les pagan los

[350] *Poilu*: Sobrenombre que se dio a los soldados de la Primera Guerra Mundial que estaban en las trincheras.
[351] ***Su Servidor Que Estrecha Su Mano.***

Consumos. Hay otra excepción: ni el veterinario, ni el herrero, aunque casen con hembras del pueblo, pueden disfrutar de «Media Trabanca». Los matrimonios nuevos disfrutan del primer reparto que se haga después de la boda.»

Este es el caso más típico de la provincia. Hay también el de Villavieja, en el mismo partido; pero el terreno del común es solamente para las clases menesterosas y nunca para vecinos pudientes. En Fuenteliante (Ciudad-Rodrigo) el Concejo tiene terrenos comunales de proindivisión para los vecinos. Un caso de Concejo abierto larvado, en esta provincia, y general, se da en todos los Ayuntamientos para los contratos de médico y botica.

Su afectísimo amigo
JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS
Alba de Tormes (Salamanca), 11 de agosto 1918

El Sol (31-08-1918)

La "colonia" de Murias

Carta abierta a don Pablo de Azcárate, diputado a Cortes por León

Muy distinguido señor y amigo mío: Acabo de leer la carta abierta que ha tenido usted la bondad de dirigirme en el número de EL SOL del día 20 de abril. Realmente, la política de León y de su provincia es un poco desconcertante para todos los que la contemplamos desde fuera. Yo le diré a usted sencillamente que para escribir el artículo *Los luchadores de Murias de Paredes*, leí el folleto del Sr. Álvarez, y escribí particularmente al comandante Sr. Rubio, primer presidente de la "colonia" con cuya amistad personal me honro desde hace muchos años y que de la lectura del folleto y de las impresiones que me comunicó el Sr. Rubio, persona separada en absoluto de la política militante, llegué a las conclusiones contra las que usted, diputado a Cortes por León, y heredero de un apellido que siempre he venerado, se ha creído en el deber de protestar públicamente.

Si me he equivocado, crea usted que lo lamento muy de veras y que yo seré el primero en rectificar tan expresivamente como sea preciso. No sabe usted las dificultades con que tenemos que luchar los castellanos de buena fe para enterarnos derechamente de las cosas más sencillas. Se diría que todos tienen interés en ocultarnos la verdad y que todos nos suponen, desde luego, colocados en su plano partidista y personalísimo. Si los atacados son de la izquierda, sus periodiquitos se encargan de contrarrestar aviesamente nuestro liberalismo; el de la derecha, los seráficos conservadores de nuestra Castilla acuden al cómodo expediente de suponernos terriblemente complicados en maquinaciones contra el orden de ellos, lo cual, ciertamente, no es una censura que nos acongoje. Recientemente, Sr. Azcarate, ruedan sobre la mesa de mi despacho no sé cuántas cartas de Soria excitándome a que descubra unos cuantos manejos del diputado por aquella capital, señor vizconde de Eza, contra el proyecto del ferrocarril directo, pero callo, porque carezco de datos precisos, claros y concretos. Pues los impacientes ya la emprenden conmigo, achacando el silencio a miras interesadas. Y así, en todas las ocasiones.

Volviendo al caso de la "colonia" de Murias de Paredes, me he valido de las informaciones que más a mano tenía. La carta de usted me desconcierta un poco. Me encuentro con un distrito que parece renegar del Sr. Dato, y que logra, al cabo de algún tiempo, deshacerse de él. Me encuentro también con que forman parte de la "colonia" personas estimabilísimas, un poco inocentes y candorosas quizás, cuyo prestigio es inmaculado. Observo, por otra parte, que, en los incidentes electoreros, acuden estos hombres a caciques, y eso ya me hace sospechar –la intervención de esos elementos no la ocultaba en mi artículo– que alguien trata de aprovecharse de un movimiento político originariamente puro. ¿Qué pensar de todo esto? ¿A qué carta debe quedarse uno? Posteriormente, su escrito de usted, Sr. Azcarate, la limpieza de su nombre, sus afirmaciones concretas y categóricas, me aturden y despistan.

¿He sido engañado? Pues en ese caso crea usted que rectificará con el mayor gusto su a. a. y s.s., q.e.s.m.

José SÁNCHEZ ROJAS
21-IV-19

El Sol (25-04-1919)

La huella de Dorado Montero

Al regresar a Palencia, recibimos esta carta del Sr. D. Darío Benito Sánchez, distinguidísimo abogado y diputado provincial por Piedrahíta (Ávila), que con el mayor gusto reproducimos gracias a una deferencia del director de EL SOL.

No hacemos comentarios. La carta se comenta por sí sola. La juventud española –castellana, sobre todo– debe en efecto, un tributo de amor y de gratitud a la memoria de Pedro Dorado. ¿Y qué mejor tributo que el de costear, entre otros, una edición económica de sus libros, que lleguen al corazón del pueblo, para sedimentarse en él? Seguramente D. Fernando de los Ríos, diputado a Cortes por Granada, y D. Eugenio Cuello Calón, profesor de Derecho penal en la Universidad de Barcelona, secundarán con entusiasmo la idea del Sr. Benito Sánchez.

Su carta dice así:

"Piedrahíta, 22 de agosto 1919

Sr. D. José Sánchez Rojas.

Mi querido amigo: Desde que estudié "Penal" con Dorado Montero, siento una devoción por él difícil de traducir al lenguaje escrito. ¡Figúrate lo que habré sentido su muerte!

Aquel hombre, que se había dedicado todo entero al cultivo de la ciencia, que hablaba poco en mi tiempo y cuando lo hacía, si se le escuchaba, producía las mayores inquietudes del espíritu; aquel hombre, querido Pepe, no se debió morir, para bien y gloria nuestra y de nuestra patria, y hasta de la Humanidad.

Como todos los hombres de su valimiento, al abandonar este mundo no lo hizo sin dejar rastro alguno de su paso: ha quedado su obra y en ella un ánimo luminoso a seguir, que ojalá no se olvide.

Por todo esto, cuando tuve noticia del intento de comprarle una lápida, pensé suscribirme, porque no quiero que en nada que signifique honrar la memoria del maestro Dorado Montero falte mi nombre ni mi peseta. De esta te remito diez para la lápida en su honor.

Ahora que aporto mi concurso a la idea de la lápida, si te he de ser sincero y me lo permites, te diré una cosa: Me parece muy poco una lápida para Dorado Montero y que un hombre como él es acreedor a una estatua, a un mausoleo y, mejor que todo esto, a "una edición económica" de sus obras, que esté al alcance de todos y puedan divulgarse y conocerse por todos.

Seguramente lo que yo desearía para honrar la memoria de Dorado te parecerá cosa de romanos, que es decir de mucho dinero, y no me opongo a ello; pero el Maestro tiene muchos admiradores, tuvo muchos discípulos, y si no todos le amaron, quizá no haya uno que no le admirara… Y, reunidos unos y otros ¿sería difícil realizar lo que te digo? Lo que no es fácil es hacer circular la idea, concretarla luego y ejecutarla después, y, aun así, no es invencible.

Tú, por tu especialización y colaboración en periódicos que se leen mucho y hacen opinión; por tu amor a Dorado; por tus amistades, y porque supongo que te ha de parecer bien, puedes hacer mucho por ello. Ahí están Calón, Fernández de los Ríos y otros. Quizá no les parezca mal y contigo se hagan portavoces de la necesidad de hacer algo más que una lápida para perpetuar la memoria del "vir bonnus", prudente y sabio que se llamó Pedro Dorado Montero.

Si yo tuviera realizado algo comparable con su grandeza, me produciría una vivísima satisfacción.

Ya sabes que es muy cordial amigo tuyo, que te abraza, Darío Benito Sánchez."

Con nuestro modesto concurso puede contar el Sr. Benito Sánchez. Es un deber de gratitud que tenemos con el mejor de nuestros maestros y con el más leal de nuestros amigos. ¡Que no se pierda la huella de Pedro Dorado entre los mozos!

El Sol (09-09-1919)

Disparatario

Señor Director de España:

Querido amigo: En el *Disparatario*[352] del número pasado veo que se burlan ustedes de una expresión mía escrita adrede en un artículo de *El Sol* donde dice: «suenan las ocho en la Catedral de Palencia, *doce* golpes argentinos etc.» otros varios amigos me han hecho la curiosa observación de que, cómo al dar las ocho, pueden sonar doce campanadas. Y a ellos les he replicado que el reloj de la catedral de Palencia toca los cuartos. Ahora sumen ustedes y díganme si escribí bien o si escribí mal.

Le quiere su amigo de siempre,

José Sánchez Rojas.

NOTA: Se ha adelantado nuestro amigo Sánchez Rojas a nuestra intención. Pensábamos incluir nuestro «Disparatario» del número anterior en el «Disparatario» de éste. Sánchez Rojas nos lo evita.

España **(**30-10-1919)

Un nuevo libro de Sánchez Rojas

(Del libro "El dolor de Castilla" próximo a salir)

Al señor don Juan Díaz-Caneja[353]

Querido Díaz-Caneja: Reúno en este volumen algunas de las meditaciones que me ha sugerido la inquietud castellana en torno al momento actual. La mayor parte de estos trabajos vieron la luz en "El Sol", de Madrid y en LA PUBLICIDAD de Barcelona. Al repasarlos ahora y reunirlos en un libro, advierto que todos ellos obedecen a una constante preocupación y que son hijos de un mismo dolor: el dolor de haber nacido liberal y castellano al mismo tiempo.

La tragedia de 1898 llegó a mi espíritu por los libros y por los relatos de mi pobre padre más que por la sacudida brusca y por la contemplación directa de la realidad. Era yo muy niño cuando nuestros garrulos periodistas llamaban cerdos a los americanos y cuando perdimos las colonias. Recuerdo vagamente la llegada de los repatriados, tuberculosos y hambrientos, a nuestros pueblecitos de Castilla. España no me ha dolido dentro del corazón hasta más tarde. La gran guerra me dio la medida de nuestra insensibilidad y de nuestra estupidez colectivas. Y en los veranos de 1917 –en las prisiones militares de Oviedo rimé mi primer soneto– y de 1918, en el hediondo, mezquino y antiespañol verano de 1918, sobre todo, sentí de cerca la tragedia nacional que tenía más cerca y a la vista: la de mi Castilla, la de nuestra Castilla, querido Díaz-Caneja.

¿Y a quien sino a usted, que se libertó de la vanidad de ser mesnero de las mayorías parlamentarias, debe dedicar estos trabajos un publicista que dejó de ser literato al uso, esto es, bufón de señoritos y postre de ociosos y desocupados fariseos? La política en usted se ha convertido en un terrible desasosiego; la literatura en mí ha dejado de ser un vano pasatiempo para trocarse en una guerra sorda contra los demás y contra mí mismo. A usted le parece ridículo parlotear con diputadetes rústicos habiendo campesinos a mano que le oigan; a mí se me antoja estéril hoy –estéril e inmoral– convertir la pluma en pincel y en tarrito de esencias, cuando debe ser barreno cargado de dinamita, para horadar y disolver la costra berroqueña de nuestras gentes.

Empiezo este libro hoy, 27 de enero de 1919, momentos antes de salir para Salamanca, la dorada ciudad que nos alienta y ampara en nuestras luchas. No sé cuándo verán la luz estos trabajos que comienzo a coleccionar, pero presiento y afirmo que esta fecha quedará grabada en nuestros corazones para siempre… Dentro de unas horas, abrazaré a usted. Hace ya cuatro

[352] En la sección del "Disparatario" de *España* **(**23-10-1919) a que se refiere decía lo siguiente:

"**La hora incierta**

«Las ocho... Las ocho en la catedral de Palencia, doce golpes argentinos, musicales, melodía de cristal en un jardín de otoño, ruido de fuentes parleras, etc.» (José Sánchez Rojas, en «El Sol», 23 Agosto 1919.)"

[353] Juan Díaz-Caneja Candanedo (1877 – 1948). Jurista y escritor español, autor de textos castellanistas y, durante algún tiempo, director del periódico *El Ideal Castellano*.

años que no le veo; entonces era usted diputado a Cortes y creía en Dato; entonces era yo un pobre hombre que escribía unas tonterías en torno a las menguadas mujericas que parió el mujeril ingenio de Benavente… Hoy, cuando tornemos a vernos, estará usted liberado del ambiente del Salón de Conferencias como yo me siento limpio de los mismos que respiré en los saloncillos, tertuliejas y peñitas de la Corte. Y los dos, con la buena compañía de tantos amigos abogados, vamos a jurar consagrarnos para siempre a estos campesinos, a esta tierra, a esta ancha Castilla que hace los hombres para gastarlos, a esta "ampla Castella", encerrada en sus barbechos que entristecía a Maragall porque no podía oír el canto de las olas y nadie le hablaba de los mares. Y, desde Salamanca, diremos a los catalanes que sigan el consejo de su poeta.

¡Amigo mío: Castilla se hunde para siempre si no la libertamos "nosotros", usted, nuestros amigos, yo mismo! No hay más corazones que los nuestros en la meseta; pobres o ricos, no florecen y arraigan y se marchitan en el llano más ideas que nuestras ideas. Nuestras almas están vivas; las demás… Pero ¿es que nuestros señoritos, nuestros caciques, nuestros terratenientes, nuestros administradores, nuestros letradillos vacuos y nuestros ignaros diputadetes provinciales, tienen la fuerza que les supone el pesimismo reconcentrado y solitario de nuestro amigo Julio Senador? ¿No estribará nuestra empresa en dar lanzadas y mandobles a moro muerto y a pellejo de vino?

En lugar de arropar en algodón en rama una patria muerta que nos legaron nuestros padres, tenemos que crear y rehacer una cosa viva y libre que daremos en patrimonio moral a nuestros hijos. ¡Sea este libro canto de cuna donde brece mi corazón el porvenir que quiero para mi raza!

Y recíbalo usted como recuerdo de la hermandad espiritual que con usted y con lo más bravo, puro, fuerte, noble y recio de esta tierra –Pérez Solís, Íscar Peyra, Landrove, Rodríguez Pinilla, Bernis, Garrote, Gascón, Senador, Villalobos, Ruipérez, Rivera y Pastor, Albarrán y tantos y tantos otros– sellará dentro de unas horas, al lado de una Escuela donde aprendió a pensar, al lado de una ventanita –ya cerrada– donde aprendió a querer, su amigo y compañero que le abraza.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

La Publicidad (03-12-1919)

Carta abierta

Sr. Director de EL ADELANTO:
Salamanca

Sr. Director: Indalecio Prieto me cuenta ahora, saliendo del Ateneo, que en EL ADELANTO de ayer, sábado, me dirige Martín Veloz[354] una carta que, naturalmente, no he leído. Y le replico haciendo uso, no de cortesías elementales que no se tienen conmigo, sino amparado por la ley de imprenta.

Por lo demás, gozo de libertad, aunque el martes fui detenido a instancias de Veloz que no goza, por lo visto, de predicamento en el Juzgado de guardia sino solamente en los calabozos de él, porque el dignísimo Sr. Juez de Chamberí, sin oírme, me puso enseguida en libertad. Hace también ese hombre, creo –es Prieto quien me lo dice– la afirmación de que yo he suplantado las firmas de protesta. Prieto, Araquistaín, Valle Inclán, Bagaría, Bilbao, Guixé, Pedroso, Giral, Fernández Navarro, se lo dirán a usted en EL ADELANTO.

¿Para qué proceder por calumnia contra Veloz si es irresponsable? Los desplantes a nada conducen. Gozo de buena salud, trabajo mucho, voy solo por la calle y proseguiré mi campaña contra el flamenquismo.

De usted, Sr. Director

El Adelanto (20-02-1922)

[354] Diego Martín Veloz (1875 – 1938). Militar y político español, nacido en Cuba y afincado en Salamanca por cuya capital obtuvo acta de diputado al Congreso en dos ocasiones y una más por el Distrito de Peñaranda de Bracamonte. Personaje de carácter violento, mantuvo una mala relación con Sánchez Rojas.

Del banquete de Asorey

En el banquete al eximio Asorey[355], celebrado el sábado en Madrid, se leyó la preciosa carta de nuestro querido Sánchez Rojas, que fue premiada con una ruidosa y prolongada salva de aplausos:

"Madrid, 5 de julio de 1924.
A D. Basilio Álvarez.
Mi querido Basilio: Cuando me preparaba a asistir al banquete en honor de nuestro querido Asorey, la presencia inesperada de un familiar mío en Madrid –que regresa esta noche a sus lares– me priva del honor y del gusto de almorzar con ustedes. Es lo mismo, porque estoy espiritualmente con ustedes, que son lo mejor del espíritu ondulante y gracioso de Galicia, y con Asorey, que ha sabido plasmar para siempre en madera hasta los ojos empapados de niebla, hechos de niebla, de las mujerciñas que, con el ternerillo en los brazos, esperan, con deleite y con pena a la vez, el momento de que el comprador lleve "o tesouro" en el mercado. Brinde usted, en mi nombre, por Asorey, que ha traído el decoro compostelano y el recuerdo de Mateo a nuestra Feria Nacional de Bellas Artes y hasta apunte la sospecha mía de que ha sido la incompetencia, más que la malicia, lo que no ha sabido premiar su lozana galleguita, la más bella, sin duda, de las esculturas presentadas. Brinde de paso por ese Renacimiento gallego que se apunta y asoma por todas partes, y que se llama con el lápiz Castelao, Asorey con el buril, Cabanillas con el estro, Montes con la erudición y con la cultura que se abren paso y –¿por qué no?– Basilio con el empuje y la bravura.
Para todos un abrazo; el más fuerte para usted de

José Sánchez Rojas"

El Pueblo Gallego (08-07-1924)

Una carta abierta

Madrid, 31 Agosto 1924
Señor don José Sánchez-Gómez[356]

Querido Pepe: Te suplico que digas a Mariano Núñez y a esos buenos compañeros nuestros de El Adelanto toda mi gratitud por las cariñosas y amables frases que me han dedicado estos días con motivo de mi intervención en la Verbena de la Paloma.

Solamente me parece justo una aseveración en nuestras hipérboles, la de mi exaltado romanticismo. Desde que con Julio Romero de Torres, con el duque de Canalejas, con Mariano Benlliure y Tuero y con otros queridos compañeros intervenía activamente en la organización de los festejos, me preocupé sólo de recordar que, gracias a un salmantino, al glorioso Tomás Bretón, la Verbena de la Paloma tenía un sentido y un matiz bien definidos para el alma popular.

Los que nunca os habéis separado demasiado de las Torres de Monterrey, los que no habéis luchado ni vencido fuera del «pueblo», no podéis advertir nunca hasta qué punto es querido el recuerdo de la patria chica en la ausencia.

Para mí el cielo es Salamanca, encima de las nubes, con el Padre Eterno sentado en un trono en el Rollo, los ángeles, mis paisanos, y los pasillos de la gloria –que sé yo– cualquier calle castiza donde soñamos de mozos: la calle de Libreros, pongo por calle…

Hoy, desgarrados de Salamanca, no pensamos más que en ella, hasta cuando en nada pensamos. Y si buscamos un aplauso, es en Novelty donde lo buscamos. ¿Inocencia, infantilismo? No lo sé; pero esa es la verdad.

[355] Francisco Asorey González (1889 - 1961). Escultor gallego, una de las figuras más relevantes del arte escultórico español del siglo XX.
[356] Amigo de Sánchez Rojas desde los años universitarios. Redactor de *El Adelanto* y afamado cronista taurino del mismo bajo el pseudónimo de *El Timbalero*.

Fui a los toros con Canalejas y con Ricardo Marín, el dibujante insigne. Tanto les he hablado de esas piedras, que gozarán de su visión conmigo, dentro de quince días. Hasta entonces.

De nuevo, mil gracias, y recibe un abrazo de tu amigo, compañero y tocayo,

José Sánchez Rojas

El Adelanto (02-09-1924)

Una carta dirigida a Unamuno por sus amigos íntimos

Los amigos íntimos de Unamuno dirigen a éste, desde Salamanca, el siguiente Mensaje, redactado por el señor Sánchez Rojas, que se está cubriendo de firmas rápidamente:

"Señor don Miguel Unamuno. - París.

Señor maestro y amigo muy querido: Hemos leído con honda emoción las páginas que usted consagra a esta ciudad, tan suya como nuestra, y hacemos los votos más fervientes para que usted torne de nuevo a su hogar y a su Escuela, porque Salamanca, sin usted, está como viuda y como vacía de todo ambiente y contenido espirituales.

¡Ay, don Miguel!; y qué dentro del corazón le llevamos todos y cuánto le evocamos y le añoramos a todas horas y de qué modo su recuerdo permanece indeleble y puro en nosotros a través de la distancia y a través del tiempo!

Nuestro amor a la ciudad, maestro, está unido al amor que le tenemos, porque este pueblo, donde los frutos del corazón y de la cabeza crecen lentos y tranquilos como los de nuestros pinos, es un poco espejo y creación de usted, querido ausente, y no podemos otear el campo de San Francisco ni la carretera de Zamora ni desde los Oteros los picos nevados de Gredos ni desde el Rollo los bosques de Agujas de las torres y de los campaniles sin que surja la figura de usted, austera, noble y grande y la añoranza de cuanto le debemos.

Salamanca, maestro, continua como usted la dejó: más triste y más bella que nunca.

También nosotros continuamos en nuestro puesto, esperando su retorno, con palabras que no podemos, ni sabemos, ni queremos mantener secretas.

Reciba usted con un abrazo fervoroso, la expresión acendrada y pública de nuestra amistad y nuestra adhesión inalterable.

Salamanca octubre de 1924.

Cándido Rodríguez Pinilla, José Sánchez Rojas. Siguen las firmas..."

Las Provincias (07-10-1924)
El Diluvio (07-10-1924)
El Adelanto (07-10-1924)
Heraldo de Zamora (07-10-1924)
La Noche (07-10-1924)
El Pueblo (07-10-1924)
La Libertad (07-10-1924)
El Liberal[357] (09-10-1924)
La Voz de Soria (10-10-1924)
El Progreso (Santa cruz de Tenerife) 16-10-1924)
La Voz de Menorca (17-10-1924)
La Prensa (19-10-1924)
La Veu de Catalunya[358] (07-10-1924)

[357] El 7 publicó la carta en la edición extraordinario de Barcelona, Sevilla y Murcia. El día 9 volvió a publicarlo en la de Madrid, Barcelona y Sevilla.

[358] En *La Veu de Catalunya* se publicó en catalán bajo el epígrafe «Salamanca i l'Unamuno».

Una idea

Hemos recibido la siguiente carta que con el mayor gusto publicamos:

«Madrid, 14 Noviembre 1924.
Señor director de EL ADELANTO.
Salamanca.

Sí, querido Mariano: No necesito decirte que hago mía vuestra idea de erigir un monumento a Bretón en Salamanca y que estoy a vuestras órdenes para secundar, desde la prensa de Madrid, las iniciativas vuestras que me parezcan más atinadas y hacederas. En una tertulia, a la que concurro habitualmente, compuesta en su mayor parte de artistas, he hablado de la idea de EL ADELANTO, que ha sido acogida con verdadero entusiasmo.

Y se me ha ocurrido, aprovechando el calor de los primeros momentos, que podía celebrarse ahí, en los primeros días de Diciembre, para dar tiempo al tiempo, una velada de pago, en el teatro del Liceo, cuyos fondos podían destinarse íntegramente al monumento. Yo podía requerir el concurso de algunos escritores que, como Antonio Casero, Alfonso Hernández Catá y Luis Bello, son oriundos o nacidos en esa tierra de Salamanca.

De mí no tengo que decirte que dispones en absoluto: ya lo sabes. Y hasta se me ocurre pensar que he cumplido, mejor que muchos salmantinos, mis deberes para con el pobre y glorioso don Tomás Bretón, porque en las fiestas verbeneras del pasado mes de Agosto, que tuvieron tanta resonancia en los barrios populares de esta corte, no me preocupé de otra cosa sino de exaltar los nombres, siempre unidos, de Bretón y de Salamanca.

Recibe un abrazo de tu amigo y compañero,

El Adelanto (18-11-1924)

Una carta[359]

Madrid 3 de Marzo de 1925
Señor director de EL ADELANTO
Salamanca

Mi querido Mariano: Recibo constantemente cartas y más cartas de salmantinos residentes en esta corte, dirigidas unas –muy pocas– a mi casa, calle de la Paz, 13, Iº, y otras a las redacciones de «La Libertad», «El Liberal» y al Ateneo. Temo fundamentalmente que no lleguen todas a mi poder y me sirvo de tu periódico para rogar a todos mis paisanos que se dirijan siempre a mi casa.

Muy pronto, así que ultimemos ciertos preparativos y que acabemos de cambiar impresiones con ciertas personas, varios amigos, como Gregorio Fraile, los doctores Gil y López Prieto, otros y yo, nos dirigiremos a todos los salmantinos que conocemos en Madrid, por medio de una carta circular, con el fin de celebrar una asamblea o reunión preparatoria en los salones de la Casa de Galicia, que nos ha cedido su presidente y amigo don Basilio Álvarez.

Me importaría mucho tener en mi poder la mayor cantidad posible de adhesiones, con la expresión de los domicilios correspondientes de las personas adheridas. Aunque la convocatoria queremos hacerla con la debida antelación, por medio de todos los periódicos de Madrid y de Salamanca, utilizaremos simultáneamente la carta circular a que acabo de referirme, y sería utilísimo que pudiéramos aprovechar una especie de «censo» de la colonia salmantina en Madrid. Por eso y para que todos faciliten nuestra labor, les ruego públicamente, en la imposibilidad de dirigirme a todos ellos en particular, que me remitan una expresión de sus apellidos, profesiones y domicilios.

En esa reunión, cuya presidencia ofrecemos al ilustre catedrático del Doctorado de Medicina don Hipólito Rodríguez Pinilla, se invitará al doctor Zuñiga Cerrudo y a cuantos han intervenido en este pleito, a que expongan sus personales puntos de vista, inspirados todos en el más fervoroso amor a Salamanca y sus gentes. Mi papel, bien modesto, se reduce exclusiva-

[359] En *El Castellano* (19-10-1905) existe otra publicación con este mismo título, aunque distinto contenido.

mente a sumar voluntades. No quiero cargos, ni aunque el diablo me tentase con los halagos de la vanidad, podría hacerle caso, porque tengo ocupadas, y bien ocupadas, todas mis horas. Contesto así a cuantos me envían sus adhesiones.

Las acepto y las agradezco solamente para ponerlas en conocimiento de los amigos que hemos tomado sobre nuestros hombros la tarea de convocar a la colonia salmantina. Nada más.

Agradeciéndote la publicación de esta carta, te envía un fuerte abrazo tu amigo y compañero.

José Sánchez Rojas

El Adelanto (06-03-1925)

Leyendo el estatuto provincial

Excelentísimo señor don Francisco Cambó.
Barcelona

Mi querido don Francisco: Leyendo el Estatuto Provincial, recién sacado del horno, pensé –¡vaya usted a saber por qué secreta asociación de ideas!– en una crudísima noche de Diciembre, en Barcelona, en que usted, presentándome a unos cuantos señores que desde entonces conquistaron todo mi afecto y devoción, me recomendaba con ese gesto imperativo suyo, tan catalán:

– ¡Vea usted la Universidad Industrial mañana, temprano! ¡Y por la tarde, el Instituto de Estudios Catalanes! ¡Y luego, la Escuela para la mujer, y la Escuela de Orientación profesional, y el laboratorio de Psicología! Amigo Puig y Cadafalch: que no le oculten nada a este castellano. Digan a Aynaud que lo acompañen en un auto. Que lo vea todo, ¿eh? Pero todo. Y luego viene usted –añadió– a mi casa y charlamos.

Me acuerdo de aquella noche, y de los días siguientes. De la sala de Cervantes del Instituto; de la Escuela para la mujer, tan hermosa, tan hogareña, tan íntima; de una tarde inolvidable pasada en Valvidriera con Manuel Aynaud en el hotelito, rodeado de pinares, donde murió Verdaguer, que sirve de escuela a los niños sordomudos; de la Universidad Industrial, con aquellos bravos muchachos obreros, tan formales, tan juiciosotes, tan austeros. Y me acuerdo con tristeza. Aquella labor de cultura desaparece de un golpe. Suprimidos muchos de estos servicios, la Escuela de Altos Estudios Comerciales, la de Enfermeras, la de Pedagogía, el Curso de intercambio, los Estudios Normales, aplazadas para mejor ocasión las publicaciones de los «Cuadernos de Estudio», del «Boletín de los Maestros», de la colección «Minerva», veremos desaparecer fatalmente, las enseñanzas técnicas y de laboratorio que todavía subsisten.

¿Qué quiere usted? Si la patria no es cultura, si no es conocimiento del ayer para bucear mejor el hoy y preparar más diligentemente el mañana, convengamos en que nosotros no sabemos lo que es patria. De Cataluña nos llevan lo mejor, lo que por ser más de ustedes, más catalán, era también lo más español, lo que todos nosotros entendíamos y nos unía a ustedes en amplia y fecunda comunidad espiritual. Aprovechando resortes administrativos, ustedes, nuevos brujos, habían revelado a la superficie un alma colectiva, catalana, que a los hombres de la meseta, nos ataba fuertemente a Cataluña. Una de las salas, la mejor, de la «Biblioteca de Cataluña», la habían ustedes consagrado al recuerdo, al culto y al estudio de un español tan poco sospechoso como Cervantes, y allí se apilaban todas las ediciones que se han hecho en el mundo del «Quijote» y toda la copiosa bibliografía cervantesca ¡Con qué gozo, vi mi nombre humilde, entre tantos muchos gloriosos, y mi librito «Las mujeres de Cervantes», al lado de estudios más acabados, más bellos y más completos sobre el complejo y melancólico Miguel!

Al acabarse tantas ricas posibilidades, un castellano, en un periódico castellanísimo, siente en lo más hondo de su espíritu el dolor que a ustedes les sobrecoge en estos momentos. Y, hoy más que nunca, renueva su fe en la patria como valor de cultura y como impulso sentimental.

De usted, y de todos esos beneméritos catalanes, affmo. s. s. que estrecha s. m.[360]

José Sánchez Rojas.

El Adelanto (27-03-1925)

[360] "Afectísimo su servidor que estrecha su mano". Fórmula de cortesía ya trasnochada.

Sobre el turismo

Señor director de «El Pueblo Gallego» – Vigo.

Querido Fernández Matos: Nuestro gobernador civil, don Luis Díez del Corral, es un varón excelente y está animado constantemente de la mejor buena fe. No conoce la vacilación, el pesimismo, ni la duda. Ahora ha echado sobre sus excelentes hombros riojanos la ingrata tarea de fomentar el turismo de esta quieta y dulce Salamanca, donde he arribado, por la divina misericordia, Dios quiera que para siempre. El turismo, como usted sabe, es un factor que depende de tres factores a la vez: del florecimiento de la industria hotelera, de la excelencia de las comunicaciones ferroviarias y de la situación geográfica del pueblo, cuyo turismo quiere fomentarse y explotarse.

Estos dos factores últimos, en lo que se refiere a nuestra Salamanca, pueden cambiar de importancia si los salmantinos nos ponemos al habla con ustedes, los gallegos. De periódico a periódico, quiero entablar diálogo público con usted, mi querido Fernández Matos, para lograr que sea pronto realidad el proyecto del ferrocarril de Zamora a Vigo, pasando por Orense.

Ustedes y nosotros resultaremos altamente favorecidos.

Ustedes, porque pasando por Salamanca, se acercan a Madrid, y nosotros, porque canalizamos forzosamente el turismo de los viajeros ingleses y norteamericanos que desembarcan en Vigo. Con nuestra línea a Ávila, que está a punto de concluirse, podemos ir y regresar a Madrid en el día.

Acabando pronto el ferrocarril Zamora Vigo, evitan ustedes la horquilla de León, que nada les favorece; se acercan a Madrid, cuya distancia acortan en ciento y pico de kilómetros, y Salamanca recoge, de paso, todas las mercancías oceánicas para casi toda la nación.

Pienso que este proyecto, que debe ser el sueño de los salmantinos, y que hoy es ya la ilusión de gallegos tan ilustres y beneméritos como nuestro común amigo don Eloy Luis André, debe ser la primera preocupación colectiva de nuestra ciudad. Estoy seguro de que todas las ciudades gallegas nos ayudarán.

A usted, director de uno de los diarios gallegos que gozan de mayores simpatías y predicamento, le ruego que se haga eco de nuestra pretensión y que nos ayude eficacísimamente en ella.

En el Gobierno civil de esta provincia hemos constituido ayer una Junta encargada de fomentar los intereses de este pueblo. Varios amigos, entre los cuales tengo el honor de figurar, hemos sido encargados de redactar un anteproyecto de la campaña a realizar. Yo pretendo que nuestra primera aspiración ha de ser la de mirar a Galicia, a esa tierra noble y mimosa, acercando a nuestras preocupaciones de tierra adentro las preocupaciones del mar, cercano a Inglaterra y a los Estados Unidos. El nombre de Salamanca no puede despertar recelos –usted lo sabe y yo lo sé– entre los hijos de la dulce Rosalía. Un abrazo cordial, querido Fernández Matos, de su amigo y compañero,

El Adelanto (26-11-1925)

Carta abierta a Pepe Valenzuela, catedrático, ex diputado a Cortes

¿Recuerdas, mi querido «sobrino» Pepe, el precioso cuento de Oscar Wilde? ¡Pues, señor…! Voy a ponerle en el mejor romance que me sea posible… Erase que se era un hombre a quien todos querían en su ciudad porque tenía fantasía, don de los dioses, y porque contaba muy lindas y muy bellas historias a sus amigos y a las mujeres que él amaba, ora carnalmente, ora espiritualmente.

Este hombre amaba a muchas mujeres a la vez. Y odiaba a las esquivas y a las que sólo se cuidaban de su belleza física, porque esa pasa con el tiempo, y es caduca, y es perecedera. Todos los días nuestro hombre frecuentaba las tertulias y las visitas. Y los que le amaban le decían: «¿Qué has visto hoy, buen hombre; hombre del ensueño y de la imaginación?» Y el hombre replicaba: «He visto cómo tocaba la flauta un fauno en la selva; he visto además un corrito de faunos pequeños en torno al fauno grande». «¿Y que más has visto?» Y el hombre de la imaginación seguía diciendo: «Pues vi también tres preciosas sirenas que me sonreían. Estaban las sirenas al borde de las olas. Y peinaban con peines de oro sus cabellos verdes».

Y una mañana salió de la ciudad el hombre que contaba lindas narraciones a los amigos y a las mujeres que amaba. Aquella mañana vio, en efecto, las sirenas, orillitas de la mar, peinando sus cabellos de oro con peines verdes. Y después de las sirenas oyó el canto del fauno tocando la flauta. Y vio un enjambre de faunitos en derredor del fauno grande. Y aquel día los amigos de fuera de su ciudad le preguntaron: «¿Qué has visto hoy?» Y él replicó, sin mentir: «¡Pues hoy no he visto nada!»

¿Conoces, querido Pepe, hombre bueno y generoso, aragonés noblote y liberal, al hombre del cuento precioso de Oscar Wilde? Desde Aragón, tu tierra, de cara al Pirineo, te envía un abrazo. Ese hombre soy yo.

Te quiere

José SÁNCHEZ ROJAS
Huesca, marzo 1926

El Socialista (23-03-1926)
El Diario de Huesca (20-03-1926)
El Adelanto (09-03-1926)

Una carta del escritor don José Sánchez Rojas, desterrado en Huesca

El notable escritor José Sánchez Rojas, desterrado en Huesca, según saben ya nuestros lectores, nos escribe la carta que publicamos a continuación relacionada con la petición de indulto que hicieron, en Alcañiz, al ministro de Gracia y Justicia, varios periodistas zaragozanos.
Dice así el señor Sánchez Rojas:

Huesca 23 marzo 1926
Sr. Director de HERALDO DE ARAGÓN.– Zaragoza
Querido amigo y compañero: Agradeciendo mucho la iniciativa de los queridos compañeros de Zaragoza, a la cual soy ajeno en absoluto, solicitando el indulto de mi destierro del Sr. Ministro, ruego a usted que haga constar que en esta fecha me dirijo al Sr. Ponte[361], diciéndole que la intervención es puramente oficiosa y que yo no quiero, ni puedo, ni debo, solicitar, ni solicito, cosa alguna de este Gobierno.
Suyo, afectísimo compañero,

J. Sánchez Rojas

Heraldo de Aragón (24-03-1926)

Política femenina

Para Fili[362]*, exdiputado evangélico.*

Tengo el gusto de comunicarte, mi dilecto jefe y mi entrañable amigo Fili, que el noventa por ciento de las muchachas de Huesca, que son guapísimas y saladísimas, dejando a un lado, por ahora, nuestras encantadoras paisanitas, me tutean. Me tutean y las tuteo. Yo las digo, simplemente, «tout simplement», Carmencita, Mary, Isabelita, Lolita o Rafaela. Ellas a mí, «tout simplement» también, «tío Pepe» a secas. Hemos establecido recíprocamente el trato de la llaneza y de la cordialidad más exquisitas.

Pero ¿a santo de qué me dedica a mí este hombre una crónica galante? –dirá para su capote el charro que riñe rudas batallas en su interior con el hombre evangélico y previsor, solemnemente previsor– y no aludo a la Caja, ni a Fernando Íscar, ni a Sáez, ni a Pepe Bustos, ni a Primitivo –que asimismo hay en tu personalidad doble, triple o cuádruple–... Espera, Fili... Vivimos

[361] Galo Ponte y Escartín (1867 – 1943). Ministro de Gracia y Justicia, entre 1925 y 1930, durante la dictadura de Primo de Rivera.
[362] Filiberto Villalobos, médico y radiólogo en Salamanca, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes durante la República y partidario de la política de Melquiades Álvarez.

en una época de feminismo integral. A falta de ciudadanos, comienzan a darse ciudadanas en la vida pública. Y ducho en las marrullerías que aprendí en las reboticas albenses, cuando el Notario me vencía en polémicas sobre Derecho canónico e Isidro daba qué hacer a los carteros, repartiendo mercedes entre sus numerosos amigos, tan constantes y tan fieles, ducho en las marrullerías, hago política faldariega, que ahora se lleva mucho, con el éxito que todos tenemos ocasión de comprobar a cada paso...

¿Comprendiste, Fili? Resulta que tío Pepe, en Huesca y en Salamanca, no es revolucionario, ni peligroso, ni sagaz, ni nada. Es tío Pepe a secas. Un hombre que escribe y que habla mucho, que reparte cigarros y caramelos y que parece que siempre está en tren de iniciar idilios que no remata nunca. ¡Bah! La eterna mariposa, un infeliz que nunca tendrá cuenta corriente, ni llevará raya en los pantalones, ni se cuidará de su indumento, aunque las cosas hayan cambiado mucho desde que te dejé. ¿Vas comprendiendo, hombre ingenuo, evangélico e infantil? De ahí a lo otro, hay un paso. Nutriremos el «villalobismo», al cual me honro en pertenecer, de caras bonitas y de palmos seductores. Y cuando sepan las chicas que tú, a mi lado, eres un ángel custodio junto a Lucifer, la partida estará ganada indefectiblemente para nuestra causa.

¡Para nuestra causa, sí! Para la nuestra, para la de los pobres, para la de los humildes, para la de los ingenuos, para la del «pueblo», Fili. El día que Salamanca aprenda a conocer sus verdaderos y positivos valores morales, te nombrará también su hijo adoptivo, Fili bueno.

¿Querías que te hablara de mí? Pues de mí, y de ti, y de los nuestros, te hablo. Recuérdame como te recuerdo.

Te abraza tu amigo,

El Noroeste (03-04-1926)
El Adelanto (27-03-1926)

Los soldados romanos

Señor redactor de «El Espejo Indiscreto» HERALDO DE MADRID

Querido amigo y compañero: Perdóneme que salga en defensa de la lírica, a propósito de los soldados romanos, que con las muchachas, el Coso, las «Miguelas», la ermita de San Jorge y el corazón noblote y mágico de los naturales de la ciudad de Huesca, forman parte de los encantos y hechizos de esta querida ciudad. ¡Los soldaditos romanos…! Venga usted, señor redactor de «El Espejo Indiscreto», el Viernes Santo del año que viene a Huesca. Vea las cofradías, las dos cofradías, de los soldaditos. Llevan casco, peto y unas calzas muy graciosas todos; y unos lanzas, y otros astrales. Los soldaditos van de la Catedral a Santo Domingo, a rendir guardia de honor al Santo Sepulcro. Y una música y melopea les acompaña; una melopea de timbal, flauta y saxofón, única, e inimitable, e inconfundible. ¿Música india? ¿Vieja música guerrera de arcabuceros y ballesteros de la romana Osca? Yo no lo sé; pero la melopea se llega al corazón. Y los oscenses, oyéndola, tornan a revivir los días dorados de la niñez, y los que ya no somos extraños en esta ciudad gratísima y hospitalaria, corremos por el Coso para ver a los soldaditos, y no sabemos olvidar jamás la extraña y dulcísima melopea.

Ya ve usted, amigo mío, como los soldados romanos están en su lugar en las «Joticas melancólicas» –¡y tan melancólicas!– que usted comentaba el otro día.

Un abrazo de su amigo y compañero, José Sánchez Rojas

Heraldo de Madrid (03-05-1926)
El Diario de Huesca (06-05-1926)

El homenaje a Maldonado y una carta de Sánchez Rojas

Señor don Mariano Núñez:

Querido Mariano: rompiendo el silencio que voluntariamente me he impuesto en esta época de tantos «acontecimientos», quiero asociarme de todo corazón al que la Escuela y la ciudad de Salamanca proyectan en honor de don Luis Maldonado.

Los que ya vamos perdiendo la juventud, pero todavía sentimos sol y calor en las bardas de nuestro espíritu, recordamos, con melancólica evocación la figura de Maldonado, aquellos cuentos magistrales en los Lunes de tu periódico, aquel su efímero paso por la subsecretaría de la presidencia del Consejo de ministros; aquella su prosa lígrima y castellanísima y sus romanzas del «Ciego de Robliza», y sus páginas de «Memorias», y su amistad cordial y efusiva, y su figura caballeresca y atractiva. Para nosotros, los que formamos el grupo de «Gente Joven» –Onís, Hortal, Martín González, Fernando Íscar– tuvo Maldonado sus palabras más cordiales y halagüeñas. Y todos nosotros para él el más grande de los respetos y la más respetuosa simpatía.

Súmame al homenaje, querido Mariano, que en honor de Maldonado se proyecta. Creo que en él tendré que decir algo todavía en loor del gran literato salmantino.

Ya se nos van los hombres… ¡danzamos entre muñecos lúgubres y fantasmones molestos, que nos hacen hundir, cada vez con más fruición, nuestra vista en el pasado!

Un abrazo de tu amigo affmo.

JOSE SANCHEZ ROJAS

El Adelanto (24-11-1926)

Rectificando

Para el señor alcalde de Mérida y para ciertos escritores y periodistas extremeños

A mi regreso a Salamanca, me doy cuenta de que unas palabras mías han levantado una terrible tempestad en las provincias de Cáceres y de Badajoz, de Badajoz y de Cáceres. Un señor alcalde –el de Mérida– me escribe una carta, me remite dibujos de la ciudad y en términos corteses y personalmente cariñosos para mí me demanda una rectificación. ¿De qué? He dicho, por lo visto, señor alcalde, que Mérida es un nido de galgos de caza y de señoritos ociosos. ¿He negado, por eso, la importancia histórica de la bella ciudad española? ¿He renegado de las palmeras –tan lindas– de la Plaza Mayor? ¿He insultado a Pizarro o a Hernán Cortés? ¿He ofendido el pudor de sus honestas mujeres, la feracidad de sus dehesas, el civismo de los indígenas, el olfato de los galgos o la inteligencia de sus señoritos? Francamente, no lo entiendo, señor alcalde. Muchas gracias por las palabras corteses y prometo a usted, y soy hombre que cumple su palabra, un artículo en una gran revista cantando las bellezas de la primorosa Mérida. Pero rectificación, ¿de qué, por qué?

En 1917, y en vísperas de la huelga revolucionaria que dio al traste con la rotación de los partidos turnantes, visitaba yo Mérida. Era alcalde un señor Pacheco; diputado, otro señor Pacheco; senador, otro señor Pacheco. Tomé café en un bar, un chucho vino a interrumpirme, y el chucho era del señor Pacheco. Le di una patada. Se me dijo que había cometido una gran imprudencia porque era el perro del diputado. En vista de la observación, le aticé cuatro patadas más. Me vi en presidio. Mérida era un inmenso estercolero, material y político. Por la noche, leía yo en público, sentado en la terraza del casino, la revista "España", y de orden del alcalde, venían a decirme que aquella revista no se podía leer. Unos señoritos ociosos, despechugados, apoyaban la orden del Amo, hermano del diputado y del dueño del chucho. Yo no hice caso del emisario y seguí leyendo

Si aquello ha cambiado, felicito al señor alcalde. Mis palabras eran reflejo de aquella impresión, un poco demasiado pretérita acaso, pero no injusta. Después, en la revista "España" –Agosto de 1917– hablé de aquello, y entonces, como ahora, los escritores y los escribientes la tramaron contra mí. En cierto casino hasta se sortearon los señoritos para batirse conmigo. Y me dijeron toda suerte de cosas mal sonantes, que no me ofendían. Ofende quien puede, no quien quiere.

Por eso, tú, folicular io de Almendralejo, que con tu cortesía proverbial pides un bozal para mí, y tú, director a sueldo de una hojita de 30 ejemplares que admites esas colaboraciones, y tú, pobre hombre, que me llamas Sánchez a secas sin darte cata de que das demasiada beligerancia al apellido, y tú, señorito ocioso y melancólico, despechugado y cazador, que te asustas de la patada que recibe el perro de tu cacique y que crees que ofende a tu hermosa y noble región el que te desprecia a ti, y tú, y tú, no tenéis voz ni voto en esta cuestión. Para el señor alcalde de Mérida, que sabe dialogar, todos los respetos; para vosotros malos extremeños que ponéis en tela de juicio la hidalguía de vuestra comarca, mi risa más estentórea y despectiva. Cuando

vayáis a la escuela y sepáis comportaros como hombres, no como señoritos, discutiremos. Bien dice "La Libertad" de Badajoz, cuando, asegura que mis palabras son bien inocentes y que he sido demasiado benévolo y parco en la glosa.

El Adelanto (10-09-1929)

Carta abierta

Al señor presidente de la Diputación Provincial de Salamanca

Mi querido Rodríguez Aniceto: Creo que ya me conoces lo suficiente para saber que soy un hombre que prescinde siempre del amor propio en todas sus iniciativas. No sé si es achaque de humildad o de soberbia, pero he creído siempre que el oficio del hombre que tiene la desgracia de escribir en los papeles, es uno: la del sembrador, atento solamente a arrojar la semilla en toda suerte de tierras estériles o fecundas. Que prenda o no la simiente, es achaque de la tierra, que no del sembrador. En estas mismas columnas, hace días, he reforzado la tesis de mi director, de que los charros vayan a Barcelona y de que nuestra ciudad no pase inadvertida en la gran ciudad de Cataluña. La empresa me parece harto fácil. La Diputación que tú diriges y presides con tan rara fortuna, es la llamada a crear la iniciativa. Voy a decirte públicamente lo que pienso, para que te adhieras a mi iniciativa o me des calabazas. En ningún caso ha de quedarte rencor. Nuestras diferencias podrán ser siempre técnicas, pero nunca personales, porque los dos somos bien nacidos.

¿Qué puede costar enviar a Barcelona veinte estudiantes, tres o cuatro parejas de baile y cuatro o cinco escritores o catedráticos, que puedan dar la emoción de Salamanca en Barcelona? Pongamos treinta mil pesetas. Pero las conferencias pueden y deben ser de pago, y los espectáculos de danza, también. Supongamos que todo sale mal y que solo se recauda el cincuenta por ciento. Pues se han gastado quince mil pesetas en pregonar el nombre de Salamanca. Yo llevaría hasta coros regionales. Lo barato en estas iniciativas es desarrollarlas ampliamente. Salamanca no figura ni en el Palacio del Pueblo Español... por la incuria de la Diputación precedente. En Sevilla se limitó a construir un barracón indigno, que nos puso en ridículo. Yo recuerdo la vergüenza que se apoderó de mí cuando me llevaron al pabellón de Castilla en la ciudad del Betis. Y aquel juguete de cartón costó más caro que si hubiera sido de buena piedra de cantería. Se rectificó a destiempo, y el descrédito fue mayor.

Pero Salamanca, como Sevilla y como Bilbao, como Barcelona y Valencia, es una de las ciudades rectoras de nuestra España. Las gentes esperan de nosotros ideas, emociones, actividades de orden espiritual. La Universidad sigue pesando, con su glorioso esplendor pretérito, sobre las gentes. Y nos da por el naipe de no exhibirnos y de permanecer mudos. ¿A qué viene eso? Los organismos oficiales salmantinos debieran gastar mucho dinero en propaganda turística y no sabemos que se preocupe de Salamanca más que el Patronato Nacional del Turismo. Yo soy el único escritor que llevo, consciente y gradualmente, una labor en este sentido que no me ha valido hasta la fecha ni el más modesto oficio de gracias de nadie. En lo que va de año, he escrito tres o cuatro docenas de artículos sobre Salamanca y su región en "La Esfera", "Nuevo Mundo" y "Mundo Gráfico", de Madrid; en "Mercurio", de Barcelona; en "El Hogar" y "Plus Ultra", de Buenos Aires. Que yo sepa no recuerdo haber recibido una carta de aliento o de protesta de ahí y puedo mostrar centenares de ellas de otras regiones de España y de fuera de España preguntando rutas, itinerarios y fuentes de información literaria o artística. Llega ahora el momento de que Salamanca llame, por unas horas, la atención de España, desde Barcelona, y no creo que nos convenga desaprovecharlo. Ahí donde se reúnen las seráficas fuerzas vivas para cualquier iniciativa estéril que jamás llega a cogüelmo, llega la razón de convocarlas ahora para trazar algo, para iniciar algo; lo que sea. Doctores tienen los organismos oficiales, asesores la Delegación de Turismo y la Asociación de la Prensa, que sabrán concretar programas concretos y avisados.

Yo te ruego, querido Presidente, que seas tú, precisamente tú, quien estudie el modo de ir cortando el aislamiento material en que nos encontramos todavía. Y tú dirás: Por una mezquina cuestión de pesetas no debemos renunciar a la idea de que Salamanca deje de dar el tono que le corresponde en este Certamen.

Un abrazo de tu amigo de siempre,

El Adelanto (11-12-1929)

Una carta de Josep Sánchez Rojas

Hem rebut la carta següent que agraïm cordialment:[363]

Madrid 24-III-30

Señor Director de LA VEU DE CATALUNYA. – Barcelona
Querido amigo: Una fuerte afección gripal que me ha tenido varios días en cama, me ha privado del honor y del placer de contar con usted ayer, domingo, 23 del corriente. De antiguo conoce usted mí amor a Cataluña, a su lengua y su espíritu, y ha sido para mí bien sensible no poder compartir con ustedes, mis compañeros, los escritores catalanes y castellanos, horas de cordialidad que han sido la secuela obligada de las de dolor para Cataluña, que a todos nosotros nos hirieron en nuestra dignidad civil y en nuestros afectos más hondos y arraigados. Agradecería a usted mucho que publicase esta carta en LA VEU DE CATALUNYA, y que manifestase a los amigos que me invitaron a esa fiesta que espiritualmente estuve en ella, que mí amor a Cataluña es viejo patrimonio de mí corazón y que estoy siempre a la vera de ustedes, como un buen compañero de lucha.
Salude afectuosamente a todos y le abraza su amigo,

José Sánchez Rojas.

La Veu de Catalunya (27-03-1930)

Una carta del señor Sánchez Rojas

Salamanca, 27-IV-31
Señor director de EL ADELANTO

Querido Mariano: Se me dice que circula por aquí el rumor de que en el pueblo de Nava de Sotrobal, el día de la proclamación de la República, pronuncié frases feroces contra los propietarios del contorno. Entre ellas, la de que las hoces del segador servían para algo más que para cortar mieses.
Estoy seguro de que ninguna de las muchas personas que me oyeron pudieron escuchar semejante estupidez.
Claro está que, los que cunden esas frases, y otras de tan mal gusto, mienten a sabiendas de que mienten. Lo que yo dije, y repito ahora, y repetiré siempre, es que en la República los campesinos gozarán de más derechos que los conejos de los montes del contorno. Yo comprendo que la sospecha de esa superioridad del aldeano sobre el roedor moleste a los roedores humanos que viven del prestigio de sus dientes bien afilados.
Te abraza tu amigo y compañero,

José Sánchez Rojas

El Adelanto (28-04-1931)

El banquete a Sánchez Rojas

CARTA ABIERTA

Madrid, 22-XII-31.
Señor don Eloy Díaz Jiménez y Molleda.
Salamanca

Querido Eloy: Con el pie en el estribo para esa Plaza Mayor, me entero de tu generosa carta en EL ADELANTO. Te la agradezco de todo corazón, y además, acepto ese homenaje. Porque... ¿te lo digo? De las felicitaciones que recibo, las que más agrado me producen, son las de

[363] *Hemos recibido la carta siguiente que agradecemos cordialmente:*

Salamanca; los escritos que hago con más cuidado son para Salamanca; los aplausos que con más ahínco busco, y también las censuras más acres que esta arriscada labor de escritor público que me han deparado los hados, son, precisamente, las censuras y los aplausos de esa ciudad.

Yo no sé si hago bien o mal, en hacerte esa confidencia; pero así es como te lo cuento y yo cargo, naturalmente con la responsabilidad de contártelo. Hasta eso de que empalmes los pájaros de hogaño con los nidos de antaño, cuando los diputados provinciales de la U. P. de nuestra clara urbe me dejaron compuesto y sin novia, obsequiándome con un destierro a Huesca, que ellos pidieron, después de indicarme su Presidente que me iba a comprar muebles para mi despacho oficial de cronista y otorgarme dietas para mis viajes por la Provincia –hasta allí llegó, como tú sabes, la broma– me parece un recuerdo oportuno, no porque yo fuera el burlado, sino porque detrás de mí estaban todos los escritores salmantinos, preteridos y chasqueados ante la prosa silvestre y mal cuidada de un reverendo muy estimable como teólogo, como investigador –aunque en las cosas de Fray Luis de León se pase siempre de la raya– y como reverendo, pero no como conocedor ni amante de las piedras de Salamanca, que no tuvo tiempo de cantar en los años que le duró la plaza, enfrascado como estaba en exaltar las glorias de su orden dominicana con el erario provincial, tan pródigo con él y tan miserable, durante la Dictadura, con los artistas de Salamanca: músicos, pintores, escultores, literatos. Hacía falta el presupuesto entero para mascaradas bufas y para gasolina de automóviles. Pero todo aquello es una historia muy larga, que no siento deseo alguno de comentar por espíritu de benevolencia. Solo recordaré que una persona que estos días ha muerto, don Francisco Núñez Izquierdo, de venerada memoria para mí, se puso a mi lado, a pesar de las amenazas que recibió de obsequiar con multas y suspensiones al periódico desde donde te dirijo esta carta abierta. Y ahora, allá tú con el empeño en que tu buena amistad te ha metido.

Con agradecértelo de veras, yo salgo del paso. Hasta mañana, que voy a pasar con vosotros estas vacaciones, y recibe un fuerte abrazo de tu amigo,

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

El Adelanto (23-12-1931)

POESÍA

Zamora

A Paco Antón

Llanura. Valle de Valorio. Aurora.
Recio castillo, torres orientales:
Del ancho Duero, los líquidos cristales
Espéjanse en la cerca de Zamora

Casucas, muros, templos. ¡Zamora.
La poesía que resuena aquí a raudales!
Oigo del Romancero los timbales
Tiene el silencio voz inquietadora.

Aquí el juglar entona las cadencias,
Y veo a Diego Arias, «el buen viejo»,
Brindando protección a la Señora.

Cuenta del Cid las ausencias,
Mén Rodríguez, el leal, nos da un consejo,
Acuña, el comunero, reza y llora.

Heraldo de Zamora[364] (11-01-1918)
El Adelanto[365] (12-01-1918)

Nieve

Hoy nieva en mi pueblo. Los copos cuajados
descienden del cielo implacablemente,
una mujer guapa gime débilmente
llorando á mi puerta. Los niños, morados,

piden en mi casa su pan angustiados.
Silencio. Navidad. Blancura. La gente
demanda limosna con gesto doliente
llamando a las puertas de los potentados.

[364] Difiere ligeramente del publicado en *El Adelanto.*
[365] Dedicado a Paco Antón, se publicó bajo el epígrafe general «Letras salmantinas», y contenía los sonetos «Zamora», «Nieve» y «Ante un retrato».

¡Dulce Jesús bueno, cuyo nacimiento
celebro esta noche, transido de pena,
que esta Nochebuena no vive mi padre!

¡Derrite la nieve con tu blando aliento;
que María, tu Madre, sea esta noche Madre
de los que no tienen ni portal ni cena!

El Adelanto (12-01-1918)

A Teresa de Jesús

¡Oh, Teresa, Doctora Castellana,
Que mi pueblo custodia en su regazo:
Dame tú pluma, virgen, dame el brazo
De tu noble piedad carmelitana!

En fervor y en pureza seas mi hermana
Que en odio a Fray Martín me une a mí un lazo
Con tu divino Amor. ¡Que sea yo el mazo
De la impiedad moderna y cortesana!

¡Ay! Me duele el corazón, Teresa mía.
Un serafín de amor me lo ha tocado.
Una llaga sangrienta llevo al pecho.

¡España, ella, tú, lo habéis deshecho!
Dile a Jesús, tu Esposo, que he llorado,
Que lloro y lloraré más todavía!

La Basílica Teresiana[366] (15-02-1918)
El Hogar[367] (19-04-1918)

Alba de Tormes[368]

Alba de Tormes tiene su castillo;
Del claro río se espeja la corriente
Bien encinchada en vega sonriente
Que cantó Garcilaso, el gran caudillo.

Las glorias de los Duques, su cuchillo
Y su horca, Teresa la doliente,
De los Perales la parlera fuente,
Son su timbre de honor y su martillo.

¡Alba de Tormes, madre: eres la fosa
Donde yacen de muerte mis querellas!
Con Teresa me tienes enterrado.

[366] Bajo el epígrafe «Tres sonetos teresianos» se incluían los dedicados a «Ávila de los caballeros», «Alba de Tormes» y «A Teresa de Jesús».
[367] Se publicó, con ligeras variaciones, con el título «Sonetos», y contenía, además de este que tenía como cabecera «Ante el sepulcro de Teresa», «Tus dos hijos» y «Y soy un luchador».
[368] Versión previa al soneto definitivo que Sánchez Rojas dedicaría a la villa en que nació. Difiere ligeramente de los publicados en los otros medios.

No dejas ver la luz de las estrellas.
¡Tienes el corazón amodorrado!
¡¡Yo picaré tu fibra pizarrosa!!

La Basílica Teresiana (15-02-1918)
Castilla (25-02-1919)
Revista Castellana[369] (1918)

Ávila de los caballeros

Salpicada de peñas y de cantos
Yaces, ciudad ilustre, entre murallas.
Ya no sabes luchar; ya solo callas
Pensando en tus guerreros y en tus santos.

Tienes, místico pueblo, los encantos
De la vejez prendidos en tus mallas
Y en tus cotas guerreras, sin las vallas
De mocedad nutrida en desencantos.

En tus templos humildes veo a Teresa
Con su hermano Rodrigo emparejada,
A la busca de infieles por tu gloria.

Del Dios Amor hiciste buena presa
En dulce posesión bien sosegada.
¡Qué sujeto le tienes a tu historia!

La Basílica Teresiana (15-02-1918)
La Libertad[370] (10-11-1922)

El patio de Escuelas

¡Oh, patio estudiantil que haces de noria
y que preside Luis, el Agustino;
de tu hechizo el secreto yo adivino
á través de los siglos de tu historia!

A Cervantes dejaste tu memoria
tamizada en su libro peregrino;
y el fraile de Hontiveros, el divino,
tejió con tu esplendor votos de gloria.

¡Oh, patio estudiantil de luz bermeja
que llevas letras rojas en los muros,
con leyendas de grados y de amores:

tú guardas de mi amada resplandores,
que eres vecino –¡oh, patio!– de la reja
donde murieron mis amores puros!

El Adelanto (01-03-1918)

[369] Además de este, contenía otros dos sonetos; uno de ellos dedicado a «Burgos» y el otro a «Toledo».
[370] En *La Libertad* se publicó bajo el epígrafe «Líricos modernos», y contenía los sonetos titulados «Carlos V a caballo», «Ávila de los Caballeros» y «Burgos».

Oviedo

Tienes, Oviedo, aspecto de campaña;
pareces una ruda fortaleza;
junto á tus piedras, mi entusiasmo breza
una dulce oración que dice: España.

Y tu torre, magnífica espadaña,
otra tierna oración conmigo reza;
mi pequeñez iguala su grandeza,
pero sirve á mi Sancho de guadaña.

¡Pueblo rudo de Fruelas y de Ordoños,
cuna lluviosa de la patria mía,
patio de Escuela de la hispana gente:

¡Lloren en Covadonga tus retoños;
inunda con tu orvallo de agua fría
este cazurro pueblo indiferente!

El Adelanto[371] (04-03-1918)

A las torres de Monterrey

¡Torres de Monterrey, torres graciosas
De mi dulce y amada Salamanca:
Una luna redonda, chata y blanca
Con tus cornisas juega primorosa!

Y mi ensueño cabalga en luminosas
Haces de luz que de la nada arranca
Y monta mi ilusión grande en el anca
Del Pegaso de patas vigorosas.

¡Torres de Monterrey, castas y bellas,
Alumbradas con blanca luz de luna
En la noche triunfal y ensoñadora:

Despierten a tu luz las cien estrellas
De mis ensueños mozos!
¡Y que, una a una,
Desparramen su lumbre cegadora!

La Basílica Teresiana (15-04-1918)

Tus dos hijos

Y pienso en tu retoño todo el día.
Mi amor se enciende en besos fraternales,
Y le acaricio y mimo en desiguales,
Locos transportes de melancolía.

[371] Dedicado a Fernando Íscar-Peyra, y firmado en la Cárcel de Oviedo el 27-IX-17, se publicó, con la indicación "Del libro en prensa Sonetos y canciones" y contenía los correspondientes a «Burgos», «Toledo» y «Oviedo».

¡Entrégame a tu hijo, estrella mía!
Quiero ser padre yo. Somos iguales.
Tendrás un hijo más, que los caudales
De tu bondad requiere su alegría.

El será tu bebé; yo, tu hijo grande;
Los dos te besaremos en la frente;
El será tu acicate; yo, tu freno.

Y en nuestro humilde hogar, tranquilo y bueno,
Besaremos los dos eternamente
A una madre cual tú, que a los dos mande!

El Hogar[372] (19-04-1918)

Campanas[373]

Esta mañana, al despertar, he oído
las campanas que doblan en Toledo;
os aseguro que he sentido miedo
al oír del bronce el lúgubre tañido.

Esas campanas tienen un sonido
milenario y letal. Con gran denuedo
tañen y tañen lentas ¿Canto ledo,
canto mudéjar, que cantar ha sido?

Ignoro lo que canta esta campana,
pero he visto la imagen de la muerte
revestida de túnica bendita.

En el silencio, el mal Satán se agita
al sentir el tañido. ¡El alma advierte
la segur de la Parca bien cercana!

La Basílica Teresiana (15-05-1918)

Al Cristo de la Vega

¡Oh, Cristo de la Vega, cuyo brazo
Mantienes desclavado del madero
Con gesto retador y ceño fiero:
Tu presencia me llena de embarazo!

Yo también, Cristo mío, rompí el lazo
De mi tranquilo y dulce amor primero.
Fui perjuro, taimado y embustero.
La adversidad en mí descargó el mazo.

¡Hoy que torno de Flandes, vengo a verte
Y a suplicarte tu perdón piadoso.
Mi Cristo de la Vega, rudo y frío!

[372] Se publicó con el título «Sonetos», y contenía, además de este, «Ante el sepulcro de Teresa» y «Y soy un luchador».
[373] *La Libertad* y *El Sol* publicaron un artículo (en prosa) de José Sánchez Rojas con este mismo título que también se incluyó en su libro *Paisajes y Cosas de Castilla* bajo el epígrafe «Las campanas».

¡Hazme de aquella novia fiel esposo:
Vuelve tu brazo al leño de la muerte
Cuando ella te lo pida, Cristo mío!

Revista Castellana[374] (Julio 1918)
La Libertad[375] (20-10-1922)
La Basílica Teresiana (15-03-1918)

Paisaje

Un perrito faldero que retoza
Sube al barranco de «La Degollada»;
La posadera fuerte y bien peinada:
He aquí la venta de «La Buena Moza.»

Un paisaje dantesco se alboroza
Con luz de mediodía. La cañada.
Olivos decorando la calzada.
Lo gris que en azul de oro se remoza.

Asomado al barranco, tengo miedo.
Unos carros ahí van por el camino.
Una campana de monjitas suena.

¡Y a mis pies ilumínase Toledo
Y tiene la hora encanto peregrino
En la venta de sol y moscas llena!

Revista Castellana[376] (Julio 1918)

Tu retrato

Se contempla de noche en la hermosura
De tu divino rostro, nena mía.
Y te toco la frente siempre fría,
Y te beso la boca siempre pura.

Y en mis ojos florece la ventura
Y en mi rostro resurge la alegría
Y mi gran corazón tope la vía
Y desparece toda mi amargura.

Perdóneme, mi amor, que yo soy bueno
Y en la lucha me dejo las espinas
Y a todo el que me ofende, le perdono.

¡Oh reina mía, asiéntate en mi trono,
Dame la mano cuando tú caminas
Y aleja de mis pasos todo cieno!

Revista Castellana (Julio 1918)
El Adelanto (12-01-1918)

[374] Se publicó en esta revista bajo el epígrafe general «Sonetos», y contenía los siguientes: «Madrigal», «Y soy un luchador», «Tu retrato», «Al Cristo de la Vega», «Paisaje» y «Salamanca».
[375] Se publicó en *La Libertad* con el título general «Líricos modernos» y contenía los sonetos «Al Cristo de la Vega» y «Así eres tú».
[376] Se publicó bajo el epígrafe general «Sonetos», y contenía los siguientes: «Madrigal», «Y soy un luchador», «Tu retrato», «Al Cristo de la Vega», «Paisaje» y «Salamanca».

Y soy un luchador

¡Y soy un luchador, hermosa mía!
Lucho por ti y lucho por mi España,
Y en las horas violentas de campaña.
Tu dulce amor sostiene mi agonía.

Ruda batalla he dado en este día.
Blandí el acero con creciente saña,
Y mi espada, magnífica guadaña,
Bajó a la cueva, entró en la mancebía.

¡Estoy cansado de luchar, hermosa!
Me duele el corazón. Estoy cansado.
A dormir me retiro. Tengo frío.

Hazme sitio en tu lecho, ¡oh, la preciosa
Dulzura de mi ardor! He despertado.
¡Dame otra espada tú, lucero mío!

Revista Castellana[377] (Julio 1918)
El Hogar (19-04-1918)

Un soneto a falta de otra cosa

Querido señor Director: Renuncio a escribir un artículo esta semana. Usted sabe mejor que nadie la razón. Mi prosa debe ser horriblemente subversiva; acabo de leer mi «Crónica de la semana», tan terriblemente mutilada, que no la conoce ni el padre que la engendró. Prefiero hacer sonetos germanófilos sobre el pasado, ya que no me dejan comentar el presente ni el porvenir en prosa. Va el primero sobre don Carlos I de España y V de Alemania. De paso preguntaré a Romanones si también la censura nos prohíbe meternos con el Emperador. Hasta ahora, a mí no me han permitido llamar cursi a Alcalá-Zamora y tonto de la cabeza a don Torcuato Luca de Tena.

Su amigo y compañero,

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Carlos V a caballo

Mirad a Carlos quinto, el cruel germano;
la mandíbula avanza prominente;
una arruga ensombrécele la frente;
¡su caballo parece el soberano!

Una tinta rojiza tiñe el llano
de los campos de Mülberg. El muriente
sol se despide hasta el alba sonriente.
Su retrato concluye el gran Ticiano.

En Santiago protestan los pecheros
de los gastos del Rey; de sus fazañas;
se levantan los rollos en Castilla.

[377] Se publicó bajo el epígrafe general «Sonetos», y contenía los siguientes: *En Revista Castellana*, «Madrigal», «Y soy un luchador», «Tu retrato», «Al Cristo de la Vega», «Paisaje» y «Salamanca»; en *El Hogar*, «Ante el sepulcro de Teresa», «Tus dos hijos» y «Y soy un luchador».

Los obispos se llaman comuneros:
muere la libertad en las Españas:
¡acaba en horca vil el buen Padilla!

Iberia (14-09-1918)
La Tierra de Segovia[378](25-04-1920)
La Libertad[379](10-11-1922)

Salamanca[380]

¡El sol besa tus piedras, ciudad de oro!
Tienes la gracia del Renacimiento;
La majestad de tu recinto siento
Cantada por los ángeles en coro.

¡Salamanca de lumbre: yo te adoro!
Recoja tu beldad mi último aliento,
Arrójenme tus piedras, cuando el viento
De la existencia barra mi decoro.

Junto a tus piedras, ¡yo he soñado tanto!
Cabe a tus rejas, miel gusté de amores,
Aquí en tus aulas, mis pensares fueron.

¡Llevo dentro del alma los colores
De tu luz otoñal, que se encendieron
¡Al soplo de ilusiones que ahora canto!

Castilla (10-10-1918)
Mi Revista[381] (30-11-1920)
El Adelanto (22-01-1918)
Revista Castellana[382] (Julio 1918)

Burgos

Burgos tiene las dos torres gemelas
de su iglesia Mayor mirando al cielo;
estas agujas sienten el anhelo
de erigirse del sueño en centinelas

Si eres Quijote, con las torres vuelas
del ágil Clavileño en ancho vuelo
a otras regiones altas sin recelo
de cansar al corcel con tus espuelas.

Pararrayos de luz fuerte y dorada,
por doquiera verás agrestes torres,
atalayando el firmamento, puras.

[378] El verso del segundo cuarteto "sol se despide, hasta el árbol siente", en La Libertad aparece como: "sol declina de priesa hacía Occidente;" y en Iberia: "sol se despide hasta el alba sonriente".

[379] Bajo el epígrafe «Líricos modernos», contenía los sonetos titulados «Carlos V a caballo», «Ávila de los caballeros» y «Burgos».

[380] Existen ligeras diferencias en cada uno de los medios en que se publicó.

[381] Contenía en un mismo artículo, titulado «Ciudades castellanas», los sonetos correspondientes a «Toledo» y «Salamanca».

[382] Se publicó bajo el epígrafe general «Sonetos», y contenía los siguientes: «Madrigal», «Y soy un luchador», «Tu retrato», «Al Cristo de la Vega», «Paisaje» y «Salamanca».

Y en tu visión de luz atormentada,
de estas agujas la visión no borres,
¡que serán tu caballo de aventuras!

La Voz de Castilla (17-08-1919)
La Esfera[383] (16-07-1927)
La Libertad[384] (10-11-1922)
La Tierra de Segovia (16-04-1920)
El Adelanto[385] (04-03-1918)
Revista Castellana[386] (Noviembre-1918)

Toledo

¡Mi Toledo, mis calles tortuosas,
mi Cristo de la luz y mis conventos,
hornacinas y patios, monumentos
del moro, en estas piedras prestigiosas!

Oyendo misa, he visto vigorosas
figuras de Doménico. ¡Cual sarmientos
se retuercen los santos en tormentos!
¡Oh hidalgas telas, grises y gloriosas!

Yo soy aqueste hidalgo toledano
que está empuñando el pomo de la espada.
Con el alba paseo en los Cigarrales;

por la noche cortejo a mi velada,
al acostarme, al corazón la mano
cuento a la Virgen mis dolientes males.

Mi Revista[387] (30-11-1920)
El Adelanto (04-03-1918)
Revista Castellana[388] (1918)

¡Así eres tú!...

A la usanza gentil de Garcilaso,
quiero trazar tu imagen hechicera,
colores robaste a la Primavera,
rojas tintas al sol en el ocaso.

Tu boca del amor es lindo vaso,
tus ojos claros son fuente parlera,
con dos chorros de luz, a la manera
de las aguas que riegan mi Parnaso.

[383] En *La Esfera*: este soneto se tituló «A las torres de Burgos».
[384] Bajo el epígrafe «Líricos modernos», contenía los sonetos titulados «Carlos V a caballo», «Ávila de los Caballeros» y «Burgos».
[385] Dedicado a Fernando Íscar-Peyra, y firmado en la Cárcel de Oviedo el 27-IX-17, se publicó, con la indicación "Del libro en prensa Sonetos y canciones" bajo el epígrafe general «Sonetos» y contenía los correspondientes a «Burgos», «Toledo» y «Oviedo».
[386] En *Revista Castellana* también tenía como epígrafe general «Sonetos», y contenía los relativos a «Burgos», «Toledo» y «Alba de Tormes».
[387] Contenía en un mismo artículo, titulado «Ciudades castellanas», los sonetos correspondientes a «Toledo» y «Salamanca».
[388] Además de este, contenía otros dos sonetos; uno de ellos dedicado a «Burgos» y el otro a «Alba de Tormes».

Tus labios saben a madura grana,
tu frente es manantial de toda albura,
tu cuello es el sostén de mi poesía,

Tus brazos frescos, son mi Soberana,
los tallos de una flor que dan verdura
a cuanto brote de la pluma mía.

El Eco de Santiago (18-11-1922)
Mundo Gráfico[389] (28-08-1929)
El Diario de Huesca (10-03-1926)
La Libertad[390] (20-10-1922)
La Voz de Castilla (24-08-1919)
Revista Castellana[391] (Julio 1918)

Saetas del viernes Santo

¡Oh, Cristo del Gran Poder!
Descalzo voy tras de Ti.
¡Los guijarros de la lucha
los llevo dentro de mí!

Eres preciosa, morena,
Virgen de la Encarnación…
También es morena ella…
¡Como os parecéis las dos!

Huesca del Alto Aragón,
tierrica de mi destierro;
los ojos de una mañica

me han hecho subir al cielo,
¡Huesca del Alto Aragón,
tierrica de mi destierro!

Nuevo Mundo (02-04-1926)
El Diario de Huesca[392] (01-04-1926)

Jotas de Ronda[393]

Fernando quiso a Isabel
Aragón quiso a Castilla:
¡Alumbra tú mi destierro,
con tus ojos, baturrica!

Vine libre y salgo preso
de estas tierras de Aragón…
¡Cómo se burla el destino,
señor ministro mayor!

[389] En *Mundo Gráfico* se publicó bajo el epígrafe «Soneto: A Merceditas», en *El Diario de Huesca* lo hizo como «A una muchacha de Huesca», en *La Voz de Castilla* se tituló «La amada», y en *El Eco de Santiago* y en *La Libertad* (donde también se incluía el soneto «Al Cristo de la Vega»), «Así eres tú».

[390] *La Libertad* también incluía el soneto «Al Cristo de la Vega».

[391] Con el título general «Sonetos», *Revista Castellana* lo publicó bajo el epígrafe «Madrigal» y, además, contenía los siguientes: «Y soy un luchador», «Tu retrato», «Al Cristo de la Vega», «Paisaje» y «Salamanca».

[392] Originalmente, en *El Diario de Huesca,* la estrofa «los ojos de una mañica – me han hecho subir al cielo» figuraba como «los ojos de tus baturras – me han hecho gozar tu cielo».

[393] Existen ligeras variaciones en cada uno de los medios en que se publicó.

El Cinca marcha p'al Ebro,
el Ebro marcha a la mar,
lo mismo que a mí me pasa,
marchando donde tú vas.

Vine siendo castellano
y ahora soy Aragonés.
¿Qué quieres, Castilla mía?
¡Son cosicas del querer!

Huesca es peor que la cárcel,
me dijeron al venir.
Primero dije que no…
y ahora me digo que sí.

¡Pilarica aragonesa,
Pilarica de mi vida:
dame para mis quereres
una linda baturrica!

El Diario de Huesca (08-04-1926)
El Adelanto (09-04-1926)
El Socialista (10-04-1926)
El Noroeste[394] (11-04-1926)

Nuevas joticas de ronda[395]

Una jota es una jota
y un querer es un querer.
¡Por más que quiero contarte,
todo lo callo, mujer!

¡Todo lo callo, mujer!
¿Pa qué me tratas así?
Vine alegre, saldré triste:
¡Ay, pobrecito de mí!

¡Ay, pobrecito de mí,
me robastes el cariño,
era un hombre casi viejo
y tú me has trocado en niño!

Y tú me has trocado en niño,
baturrica de ojos negros.
¡Cuando miraba a la tierra,
di de bruces en el cielo!

Di de bruces en el cielo,
en el cielo de Aragón.
Estaba dormido, y tú
dispertaste el corazón.

Dispertaste el corazón,
los pájaros me cantaron,
el alba s'hizo pala mí
y las noches ni alumbraron.

[394] *El Noroeste* se tituló «Joticas de ronda».
[395] Existen ligeras variaciones en cada uno de los medios en que se publicó.

Y las noches ni alumbraron,
baturrica de ojos negros,
¡yo siempre cantaba en prosa
y para ti ya canto en verso!

Teruel (15-04-1926)
El Socialista (12-04-1926)
El Diario de Huesca (11-04-1926)
El Adelanto[396] (11-04-1926)
Mundo Gráfico (07-07-1926)
Democracia (02-08-1926)

Joticas melancólicas

Te quiero, Huesca, lo mesmo
que a una madre quiere un hijo,
principiaste siendo cárcel;
te vas convirtiendo en nido.

Te vas convirtiendo en nido,
en nido tibio y suave
pa este pajarico solo
que ya no quiere marcharse.

Que ya no quiere marcharse
de tu hechizo querencioso,
de tus Miguelas, tus calles,
tus muchachas y tu Coso.

Tus muchachas y tu Coso,
y tus soldados romanos,
y tu ermita de San Jorge,
y tus corazones majos...

¡No me levante el destierro,
señor menistro mayor:
déjeme soñar a gusto
en la tierra de Aragón!

En la tierra de Aragón
han brotado dos rosales;
los llevaba tapadicos,
tapadicos y ahora salen.

Un rosal es rojo y grana
y sus rosas nacen frescas;
el otro es blanco y es puro:
¡el rosal de mis tristezas!

¡Salamanca de altas torres
Salamanca la doctora:
espérame en tu regazo,
cuando me suene la hora!

El Noroeste (09-05-1926)
El Diario de Huesca (25-04-1926)

[396] En *El Adelanto* se publicaron bajo el epígrafe «Coplas del Alto Aragón»; en *Mundo Gráfico* y *Democracia* su título fue «De ronda».

A mi pueblo

Aquesta tierra de Alba, tan nombrada
(Garcilaso.– Égloga Segunda)

Alba, sombras, iglesias, el castillo;
un sepulcro, la vega sonriente,
el cristalino Tormes transparente,
donde amó Garcilaso, el buen caudillo.

Las glorias de los Duques, su cuchillo
y su horca, Teresa la doliente,
de los Perales la parlera fuente,
son su timbre de honor y su martillo.

Con Teresa me tienes olvidado,
villa de mi niñez, que eres la fosa,
donde yacen de muerte mis querellas…

¡Tienes el corazón amodorrado,
yo saltaré tu masa pizarrosa,
iluminando tu solar de estrellas!

El Tormes (24-11-1929)

CANCIONES

A Tomás Bretón[397]

Letra de José Sánchez Rojas, música de Gerardo Gombau.

I

Esta noche en Salamanca
recordamos la Verbena
que Bretón feliz creó.
Y yo que soy madrileña
traigo flores a su estatua
en la casa en que nació.

Esta noche la Dolores
no ha salido a la ventana
que ha tenido que cerrar.
Aquí tiene otros amores
la baturrica lozana
por quien la supo cantar.

Estribillo

Las morenas y las rubias
han dejado el Manzanares
por el Tormes,
y traen lutos madrileños
con caireles y alamares,
con claveles y con flores.

[397] Fuente: *Cornezuelo* nº 8. Alba de Tormes, diciembre 1995

Con motivo de un homenaje en Salamanca a Tomás Bretón, la cantante Angelina Bretón y Gerardo Gombau ensayan unas canciones al efecto. José Sánchez Rojas escribe esta letra a la que pone música don Gerardo. Para más información véase «Angelina Bretón», *El Adelanto*, 11 de Septiembre de 1925 (O.C. Tomo IV, pagina 180) y «Una impresión del acto», *El Adelanto*, 10 de Septiembre de 1925 (O.C. Tomo III, página 122).

II

Y la Casta y la Susana
y la Rita chulapona,
Julián y Don Hilarión
me encargaron que mañana
deposite una corona
en la estatua de Bretón.

Salamanca la dorada
puede estar orgullosa
de la gloria de Tomás.
La baturra enamorada
y la chulapa celosa
no te olvidarán jamás.

ORACIONES

Anotaciones de Sánchez Rojas dirigidas a Santa Teresa en el *Libro de visitantes* de la iglesia de la Anunciación de Alba de Tormes[398]

1901

Religión y Patria: Santa Teresa y el Cid; he aquí las ideas y los personajes más notables que representan los sentimientos que hicieron grande a mi nación.[399]

Santa Teresa, que en este siglo de tinieblas brille la luz de tu sabiduría frente al vicio y la crápula social sobresalgan tus virtudes puras.[400]

1905

Santa Teresa de Jesús, rogad por nosotros.[401]

Mayo 1914

Dame, Teresa, tu corazón de fuego y tu libertad de espíritu. Y así las obras serán amores y los amores obras.

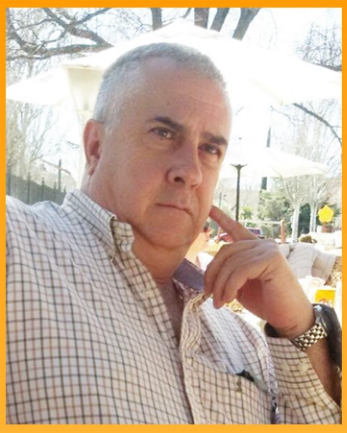
Junio 1914

¡Óyeme espíritu, espíritu, libertad, amor!

Agosto 1915

Santa Teresa: dame paz de corazón.[402]

[398] Fuente: Manuel Diego Sánchez. *L'Aceña* (Alba de Tormes, nº 25. Abril – junio 2007)
[399] *La Basílica Teresiana* nº 47. Salamanca, 15 de agosto de 1901
[400] Ibidem nº 48. 15 de septiembre 1901
[401] Ibidem nº 94. 15 de julio de 1905.
Firmada, además de José Sánchez Rojas, por T. Guillén, José M. Bergareche y Bernabé de Mendizábal.
[402] Ibidem nº 15. 15 de septiembre de 1915



GERARDO NIETO ARIAS

Creador y propietario del blog *Entre el Tormes y Butarque* –un verdadero fondo documental de Alba de Tormes– donde lleva recopilando los periódicos en que escribió José Sánchez Rojas desde 2009. Fruto de esta recopilación fue la antología de este autor que publicó bajo el título *Sol entre nieblas* (Biblioteca de Temas Albenses, 2016).

JESÚS MARÍA GARCÍA GARCÍA

Ha dedicado muchas horas de su tiempo libre a estudios salmantinos y albenses. Es autor de *Prensa y vida cotidiana en Salamanca. Siglo XIX, Fernando Araújo: Un krausista salmantino. Alba de Tormes: páginas sueltas de su historia, Alba de Tormes: Historia y Urbanismo,* y *Fuero de Alba de Tormes.*

Ha escrito también breves estudios sobre *El Soplón del Diarista de Salamanca* y *Teresa de Jesús en los principios de la Psiquiatría.* Ha llevado a cabo ediciones de las *Leyendas de Bécquer* y *Vicente Sainz Pardo, un poeta suicida* entre otros trabajos.

En 2015 junto con Julián Moreiro creó una Biblioteca de Temas Albenses.

José Sánchez Rojas nació en Alba de Tormes (Salamanca) en 1885 y falleció en Salamanca en 1931. A pesar de los elogios que recibió en vida por su depurada y excelente prosa, fue olvidado relativamente pronto, aunque aún a mediados del siglo pasado algunos periodistas le recordaron en sus respectivos periódicos con nostalgia.

Su pueblo natal le dedicó una calle que aún lleva su nombre y su recuerdo. Y algunos albenses llevamos años reivindicando su buen oficio periodístico y su obra esparcida en más de ciento setenta y cinco periódicos de la época. Obra basada esencialmente en artículos de muy variados temas destacando los dedicados a crónicas del momento, retratos de personajes políticos, literarios y mujeres, descripciones de Castilla, de su paisaje, de su gente, de sus problemas... Y todo ello con un estilo elegante que mereció el halago de Antonio Machado: "Sánchez Rojas –diría de él– es, sin duda el mejor cronista contemporáneo. Escribe maravillosamente".

Además de los artículos periodísticos dio a la imprenta algunos libros que fueron compilaciones de estos. Entre los más conocidos se encuentran *Tratado de la perfecta novia*, *Paisajes y cosas de Castilla*, *Sensaciones de Salamanca* y *Las mujeres de Cervantes*. Este último fue reeditado en varias ocasiones desde 2005 a 2016.

Julián Moreiro además de su biografía (*Crónica de un cronista*, 1985) dio a conocer algunos de sus escritos en la antología *El encanto de la vega y otros artículos* (1986). Gerardo Nieto elaboró otra antología con artículos dedicados a Alba de Tormes en la Biblioteca de Temas Albense bajo el título *Sol entre nieblas* (2016).

Estas Obras Completas recogen y ordenan por temas cuanto dio a la luz este extraordinario periodista durante treinta y un años de su vida.